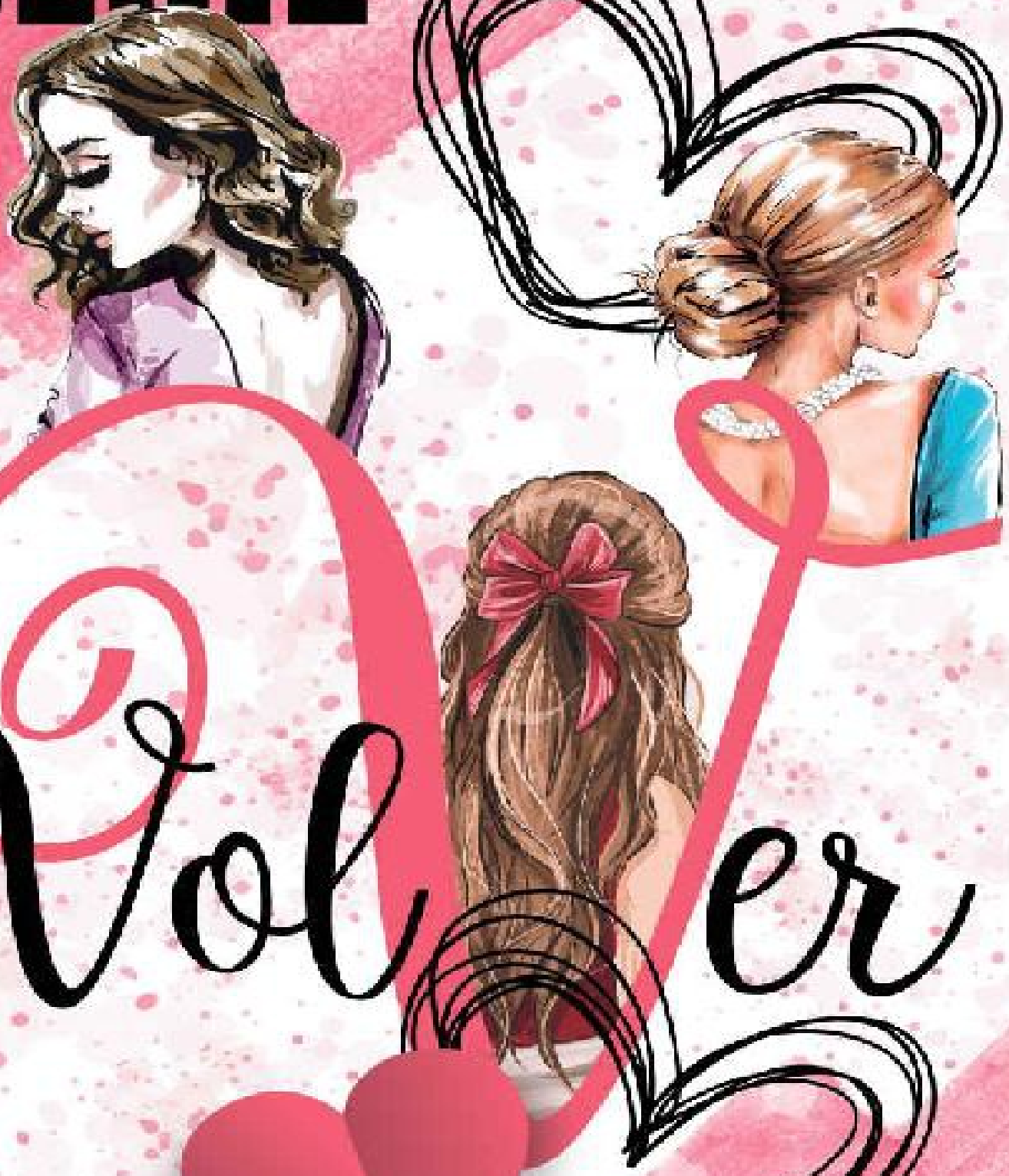
SERIE



Volver

ELIZABETH BERMÚDEZ

SERIE

Volver

ELIZABETH BERMÚDEZ

Incluye las novelas:

- Volver a nacer + *nuevo extra.*
- Volver a creer + *nuevo extra*.
- Volver a sentir + *nuevo extra*.
- *Epílogo extra final*.

Título: *Serie Volver*
Incluye tres libros completos; Volver a nacer, Volver a creer y Volver a sentir.
Octubre 2021
©2021, Elizabeth Bermúdez

Diseño de portada: @bbccreative_1 Imágenes: Shutterstock
Maquetación: Elizabeth Bermúdez.

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Esto es una obra de ficción. Todo parecido con la realidad es mera casualidad. Todos los nombres, situaciones y hechos plasmados en esta novela son producto de la imaginación de la autora.

SINOPSIS

Tres hermanas, tres historias de amor y tres hombres increíbles.
Los protagonistas de esta serie son:

- **Elena** vive junto a **Martín** en un matrimonio pactado para salvar su vida.
- **Eva** tiene demasiadas cicatrices en su cuerpo y en su alma como para creer en el amor. Pero **Víctor** no cesará en el empeño.
- **Virginia** convive con la desilusión de ser invisible para **Miguel**, el hombre que ama desde hace años.

Adéntrate en la serie VOLVER por completo en un solo volumen. En esta nueva edición se incluyen como novedad:

- Tres partes extras en cada título.
- Un gran epílogo inédito.

ÍNDICE

Sobre la autora
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
Epílogo Volver a nacer
34
35
36
37
38

39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
Epílogo Volver a creer
Prólogo
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78

79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
Epílogo Volver a sentir
EPÍLOGO EXTRA
SERIE VOLVER
Otras novelas de la autora

Sobre la autora

Elizabeth Bermúdez nació en Huelva, lugar donde reside actualmente.
Licenciada en Derecho, le apasiona escribir y leer novelas románticas. La mayor parte de su tiempo libre lo dedica a crear historias de amor con la ilusión de que en el futuro vean la luz y enamoren a los lectores.
Se define como una persona familiar y amiga de sus amigos. Le encanta viajar, leer y disfrutar al máximo de los buenos momentos que ofrece la vida.

Anteriormente publicó:

Deseos del destino
Secretos
Tus huellas en mi corazón
Imaginarlo o vivirlo. La mirada de un Miller
La sombra de su pasado
Volver a nacer
Volver a creer
Volver a sentir
Y de repente, el mundo se paró
El amor lo cambia todo

A todos mis lectores, que siempre me piden más de mis historias.
Espero que lo disfrutéis mucho.

Volver a nacer

Sinopsis

Cuando el dueño de la cadena de televisión privada más importante del país, Sebastián Quiroga, descubre que su nieta no murió al nacer, tiene casi veinticinco años y está en peligro, de inmediato traza un plan para salvarle la vida.

Elena ignora quién es realmente y lo que ocurre a su alrededor. Vive alejada en un pequeño pueblo en la sierra de Huelva, Aracena, con las personas que cree que son sus verdaderos padres.

Martín Quiroga le debe todo lo que es a la persona que lo adoptó cuando tenía doce años, Sebastián, el abuelo de Elena. Por ello, cuando su padre le pide algo que nadie más puede hacer por él cederá sin remedio.

Volverse a casar no entra en los planes de Martín, y menos con una mujer que no conoce ni su rostro. Sin embargo, es necesario para que la vida de Elena no esté en riesgo. Se negará a enamorarla y a tener un matrimonio normal con ella. Ambos serán conscientes del trato, que es una unión necesaria y de cara a los demás.

Martín es un importante hombre de negocios, acostumbrado a vivir solo en la gran ciudad sin que nadie guie sus pasos. Compartir su espacio con Elena, una mujer más joven que él y de costumbres muy diferentes a las suyas, le va a poner todo su mundo del revés.

Elena derrocha simpatía, vitalidad e inocencia, ha tenido una vida tranquila hasta que Martín Quiroga se convierte en su marido y descubre que en cualquier momento se puede volver a nacer.

1

Madrid, 2014.

En una calurosa tarde, de finales del mes de julio, Sebastián Quiroga se encontraba en el despacho de su casa. Acababa de enviar varios correos electrónicos y se despedía del ordenador por unas semanas. Al día siguiente se marchaba a Marbella, donde siempre pasaba las vacaciones de verano, alejado del estrés de la gran ciudad, los negocios y de una complicada vida.

Unos suaves toques en la puerta le hicieron levantar la vista del portátil que acababa de cerrar.

—Señor, tiene una visita. Es importante —anunció Rodolfo. Llevaba más de veinte años al servicio del señor Quiroga y sabía que no le gustaba atender asuntos de trabajo en casa.

—¿De qué se trata? —preguntó con el ceño fruncido. Conocía bien al sirviente y supo que si se atrevió a interrumpirlo era porque sería un asunto importante.

—Un señor insiste en hablar con usted. Se llama Dionisio López de Guzmán, es notario. Dijo que viene a cumplir con un encargo. No me explicó nada más. Solo que era de vital importancia que usted lo recibiese cuanto antes.

Sebastián no esperaba a nadie, ni conocía a ese hombre de nada, pero el hecho de que un notario quisiese hablar con él le preocupó.

—Dile que pase, Rodolfo. Veamos qué quiere.

Con un leve asentimiento de cabeza salió en silencio, sabía que el señor Quiroga estaba de mal humor por tener que recibir a aquella inesperada visita. Le indicó al desconocido que lo siguiese y lo acompañó hasta el despacho sin decir una sola palabra.

El notario se presentó de inmediato cuando le estrechó la mano con firmeza al señor Quiroga.

—¿A qué debo su visita? —preguntó Sebastián, sin darle margen al desconocido ni invitarlo tan siquiera a tomar asiento.

—Vengo a cumplir un encargo de Andrés Verdoy —resonó la voz seria y profunda del notario mientras sacaba unos documentos del maletín que tenía en la mano.

Tras escuchar aquel nombre tan familiar, Sebastián se quedó frío como el hielo. No había vuelto a tener noticias de su yerno desde que murió su hija, y de eso hacía casi veinticinco años.

—No me interesa nada de ese hombre —manifestó de inmediato, con rencor. Aún lo culpaba de la muerte de Carolina.

—Andrés Verdoy ha fallecido —reveló el notario sin miramientos—. Tenía órdenes de si eso ocurriese, debía entregarle en mano estos documentos. —Le extendió un abultado sobre tamaño folio, cerrado—. Es su última voluntad —le informó. Con un gesto le hizo saber que desconocía el contenido.

—¿Cómo ha ocurrido? —atinó a preguntar con manos temblorosas mientras cogía el sobre de encima de la mesa, se había quedado en trance.

—Lo desconozco. Mi labor termina aquí, señor Quiroga. Siento que nos hayamos conocido en estas circunstancias. —Le extendió la mano, se dieron un breve apretón y con una mirada terminaron la visita.

El notario se marchó sin más. Sebastián se quedó solo en el despacho, con el sobre aún sin abrir pegado al pecho, preguntándose qué contendría y porqué su yerno se ponía en contacto con

él después de tantos años y tras su muerte.

Con nerviosismo, Sebastián se sentó, respiró hondo y abrió el sobre con cuidado, temeroso de lo que podría encontrar allí. Los recuerdos del doloroso pasado le volvieron a la mente. A él nunca le gustó que su única hija escogiese a Andrés Verdoy como marido, pero estaban muy enamorados y no pudo hacer otra cosa más que ceder ante aquel repentino matrimonio. Su yerno siempre le pareció esa clase de persona oscura que ocultaba algo.

Cuando abrió el sobre por completo, observó que contenía un montón de documentos debidamente ordenados. Sebastián comenzó a leer el primero de todos; una carta dirigida a él. Estaba escrita a mano.

Querido suegro:

Si tienes esta carta ante ti es porque ya no estoy en este mundo. Mis enemigos habrán conseguido su objetivo y me han eliminado, al igual que lo hicieron con nuestra querida Carolina.

Ahora que estoy muerto, debes de conocer unas cuantas verdades sobre mi vida. Una de ellas es que no era un simple policía como os hice creer a ti y a Carolina. Soy un agente secreto del gobierno dedicado a misiones especiales, entre ellas, la que le hizo perder la vida a tu hija. Debes de saber que a Carolina la secuestraron y la mataron mis enemigos, me descubrieron en una misión y fueron a por mi familia por venganza hacia mí. Ellos actúan así, de esa forma nos hacen sufrir más, ya que matan y torturan a las personas que queremos.

Después de morir ella, el único amor de mi vida, ya no tenía nada más que perder, se había acabado todo. Durante años, me dediqué a buscar sin descanso a sus asesinos. Los encontré a todos; a quién ordenó el secuestro, los captores y quien apretó el gatillo. Vengué la muerte de mi mujer, sin embargo, eso no me hizo sentir mucho mejor. El amor de mi vida ya no estaba, tenía una vida rota y sin sentido.

Mis enemigos siguen ahí, son muy poderosos, y aunque maté a tres de ellos y capturamos a otros, sabía que mi vida siempre correría peligro, se tomarían venganza tarde o temprano, y lo han logrado. Si han llegado hasta mí, pese a todas las precauciones que siempre he tomado, también pueden llegar hasta Elena. Tú debes protegerla, es sangre de tu sangre, no confío en nadie más. Eres rico, poderoso y muy inteligente. Sé que cuando te revele quién es ella, la protegerás con tu propia vida.

Como sabes, cuando secuestraron a Carolina, estaba a punto de dar a luz, sus captores nunca tuvieron intenciones de entregarla a cambio del cuantioso rescate que te pedían. Todo era un macabro plan para torturarme. Las órdenes eran muy claras, debían matarla después de crearnos falsas ilusiones y negociar un rescate. Nunca quisieron dinero, solo venganza.

Carolina tenía un tiro en el brazo y estaba de parto cuando llegamos a rescatarla. Los secuestradores, después de yo reducir a dos que no consiguieron escapar, me amenazaron en su lecho de muerte, diciéndome:

"Algún día tu hijo correrá con la misma suerte que su madre, disfruta mientras puedas, nunca vas a conseguir dormir tranquilo".

Ese día tuve que tomar la decisión más dura y difícil de mi vida; decir a todos que el parto había concluido de forma desastrosa, al igual que Carolina tras dar a luz. De lo contrario, mi hija la matarían como a su madre tarde o temprano, por ello os mentí.

Mis enemigos lo creyeron y ya no tendrían nada contra mí, solo yo mismo.

Durante todos estos años me he sabido proteger, pero sabía que estaban ahí y en cualquier descuido me eliminarían.

Necesito que sepas que tienes una nieta maravillosa de veinticuatro años, nació viva, se llama Elena y se encuentra en un pequeño pueblo de la sierra de Huelva, en Aracena. Es un lugar tranquilo y seguro. Vive con una familia de mi confianza, es feliz y desconoce sus verdaderos orígenes.

A quienes Elena cree sus verdaderos padres son una pareja amigos míos, fueron agentes secretos también, pero se retiraron. Ellos han cuidado de mi hija durante todos estos años.

Carlos Galván, el hombre que Elena supone que es su padre, es una persona normal y corriente, se gana la vida en el pueblo como dueño de un bar, y quién ella piensa que es su madre, Rosa, es costurera. Ellos tienen una hija en común, cuatro años menor que Elena. Creo que ambos ya han hecho demasiado por mi hija en todo este tiempo, y lo último que deseo es que alguno esté en peligro por mi culpa, por eso te pido que ahora tú te encargues de proteger a Elena. Lee toda la documentación que te adjunto y sigue mis instrucciones.

Durante todos estos años, siempre supe de mi hija desde la distancia. La vigilé sin que nadie descubriese que estaba viva, porque si mis enemigos se llegaban a enterar de su existencia Elena moriría de una forma cruel.

Han descubierto que algo me une a ella, fui débil y tenía una foto suya en un cajón de la mesa de noche de mi habitación. Entraron en mi casa cuando yo no estaba, y al volver, descubrí la foto de Elena marcada con un círculo rojo en el rostro. Mi casa se encontraba tal cual la había dejado esa mañana al salir, salvo la foto de mi hija. La encontré sobre la cama junto con una bala al lado. Tarde o temprano descubrirán la ubicación de esa foto, es en el castillo de Aracena, e irán a por ella, y en ello pueden descubrir a Carlos. Necesito que te la lleves de allí.

Si esta carta está en tus manos es porque a mí no me ha dado tiempo de ir a por Elena y sacarla del país para ponerla a salvo. En estas circunstancias, yo podía proporcionarle otra vida y otra identidad. Ahora tú puedes hacerlo también, aunque de otra forma, tal que mis enemigos descarten relación alguna conmigo.

Necesito que sepas que no me fío de nadie, a parte de mi amigo Carlos y su esposa, pero no quiero implicarlos más. Ellos tienen otra hija por la que velar también. Te encomiendo a mi hija a ti, su abuelo.

Trae a Elena a tu lado y protégela. No olvides que nadie debe saber que ella es mi hija, ni tu nieta.

Siempre albergué la esperanza de poder decirle a Elena que era su verdadero padre y tenerla junto a mí, pero no era seguro. Jamás quise exponerla a mis enemigos hasta tener la completa certeza de que ella estaría a salvo, y eso no fue posible durante todos estos años.

Sé que en estos momentos debes de odiarme por lo que te acabo de revelar. También sé que siempre te sentiste culpable por no haber podido rescatar con vida a tu hija, pero no podía contarte la verdad, quién era yo realmente ni los intereses de esos hombres.

Solo me queda pedirte algo más, no te ciegues por el odio que debes sentir hacia mí en estos momentos, no podemos cambiar el pasado, pero sí el futuro. Ahora solo importa Elena.

Te pido perdón por haberme cruzado en la vida de tu hija. Me enamoré de ella y pudo más mi corazón que mi cabeza, nunca debí casarme con ella antes de abandonar por completo aquella peligrosa misión. He vivido durante estos últimos años despreciándome por haberle robado la vida que le pertenecía, que nos pertenecía como familia.

Cuida de Elena, ella nunca me conoció. La observaba desde la distancia, jamás pude abrazarla, ni besarla, ni tan siquiera como a la hija de mis amigos, era demasiado arriesgado. Te pido una cosa, hazlo tú, por mí y por su madre. Procura que siga siendo una persona alegre y feliz como hasta ahora. Elena no te decepcionará, te aseguro que nada más conocerla te

sentirás orgulloso de ella.

Le entrego este sobre a un notario, en estos momentos no es seguro, ni tan siquiera, avisar a Carlos. Todo ha sucedido demasiado deprisa.

Andrés Verdoy.

Las manos de Sebastián le temblaban como nunca antes mientras sostenía la extensa carta entre ellas. La leyó en tres ocasiones seguidas, trataba de asimilar todo lo que allí se revelaba. Tenía lágrimas en los ojos y no podía creer que tuviese una nieta de veinticuatro años, hija de su adorada Carolina.

Sebastián Quiroga había vivido durante todos esos años en la soledad de un gran dolor por perder a su única hija tan joven, y ahora la vida lo recompensaba con una nieta de la cual ignoraba la existencia.

Después de leer toda la documentación que contenía el sobre, se centró en cómo manejar aquello. Era un asunto sumamente delicado y tenía que pensar muy bien cómo llevar a la realidad lo que Andrés le pedía. Poner en riesgo la vida de su única nieta era lo último que pensaba hacer.

El resto de la tarde y de esa noche, Sebastián no descansó ni un solo instante. Trazó un meticuloso plan para cumplir con lo que su yerno le encomendaba, y lo más importante, que Elena estuviese segura. Tenía la absoluta certeza de quién lo iba a apoyar y ayudar sin condiciones; su hijo Martín.

***

Cuando la única hija biológica de Sebastián murió, él y su mujer llevaban distanciados casi un año. Begoña estaba cansada de estar siempre sola en casa y de las continuas peleas con su marido. Carolina ya no vivía con ellos, se había casado, y Sebastián nunca tenía tiempo para ella, tan solo para los negocios. Se sentía muy sola y deseaba otra vida.

Tras la muerte de Carolina, apenas después del funeral, Begoña le comunicó a su esposo que se marchaba de España, cogió las maletas y se fue a vivir a Francia con una hermana.

Cuatro años después, Sebastián continuó sumido en la soledad, solo encontraba refugio en el trabajo. Era un hombre muy rico, dueño de la principal cadena de televisión privada del país, ser el presidente de esta le daba vida y lo alejaba de los malos recuerdos. En esos años, había intentado un acercamiento telefónico con Begoña, aún seguían siendo marido y mujer, no se llegaron a divorciar, pero ella siempre lo rechazó de forma contundente.

En fechas señaladas Sebastián prefería trabajar y no centrarse en la nostalgia de años pasados. Un día de Navidad, tras un almuerzo con unos directivos de la cadena, decidió pasear por el centro de la ciudad y prescindir del chófer habitual que lo llevaba a todos lados. Cuando fue a coger un taxi para volver a casa había una gran cola, una boca de metro estaba cerca y decidió tomar ese medio de transporte que no usaba desde hacía años. Al bajar las escaleras se encontró a una mujer y a un niño con mal aspecto. Poco acostumbrado a ir por esos lugares, se sorprendió, eran unos mendigos que pedían para comer, como indicaba el cartón escrito que tenían delante. Captó por completo su atención el hecho de que el niño sostenía a la mujer entre los brazos y lloraba desesperado mientras que la gente pasaba sin inmutarse ante la escena.

Cierto sentimiento se instaló en el pecho de Sebastián y se paró frente a ellos, no pudo continuar el camino sin preguntarle al angustiado niño si necesitaban ayuda. La mujer tenía muy

mal aspecto, la tez de su cara era mortecina, tenía los ojos medio cerrados y temblaba. El chico, de unos doce años de edad, le hizo saber que su madre llevaba unos días muy mal, últimamente no había querido comer. Sebastián le cogió una mano a la mendiga y notó que ardía en fiebre. Los ayudó sin pensárselo, de inmediato llamó a una ambulancia. Se llevaron a la mujer enferma y el niño se quedó allí algo asustado.

Sebastián se interesó por si tenía a alguien más quién lo cuidase, pero el pequeño le hizo saber que solo contaba con su madre, mientras le rogaba entre llanto que quería ir con ella al hospital. Lo tomó de la mano y le prometió que lo llevaría hasta allí.

Cuando llegaron, de inmediato, Sebastián preguntó por el estado de salud de la mujer. Los médicos le confirmaron que no habían podido hacer nada por ella, la habían traído en muy mal estado y acababa de morir.

Con el dominio y el saber estar que siempre mantenía en todas las situaciones, Sebastián les comunicó a los facultativos que la mujer tenía un hijo de doce años llamado Martín, el cual se acababa de quedar solo en el mundo. Arreglaron que los servicios sociales se hiciesen cargo del menor en unas horas y le diesen la triste noticia del fallecimiento de su madre.

Antes de abandonar aquel lugar, los ojos de Sebastián se posaron en el menor, sentado en la sala de espera con gesto preocupado, balanceaba las piernas nervioso, y sintió pena por él. No tenía a nadie más. Se paró a pensar la suerte que correría a partir de ese momento. Su madre era una inmigrante polaca, Martín había nacido en España y desconocía quién era su padre, según había podido averiguar.

El sonido de una botella al caer en la máquina expendedora que estaba cerca de Martín llamó la atención de Sebastián, una señora mayor la recogió y se marchó. Sebastián fue hasta allí, sacó unas chocolatinas, agua y un zumo. Fue hasta el niño, se sentó al lado y se lo ofreció. Tan solo aceptó el zumo tras la insistencia de Sebastián. Este no se veía preparado para darle la fatal noticia, no sabía cómo hacerlo.

Pasada una hora, llegó una mujer con una carpeta verde entre las manos, se dirigió hacia Martín, pero antes de hablar con él lo hizo con Sebastián. Se presentó y le indicó que era de los servicios sociales. Se llevaría al niño a un centro hasta que alguien quisiese adoptarlo o cumpliese la mayoría de edad.

Sebastián se apartó y dejó que la señora se sentase al lado del niño para transmitirle, la que sería, la peor de las noticias que hubiese recibido en su corta vida. Desde la distancia observó cómo Martín rompió a llorar, desgarrado. No entendía por qué le afectaba tanto aquel asunto, no conocía al niño de nada, pero no podía evitar el sentimiento de protección que se le había instalado en el pecho de un momento a otro.

Martín se negaba a caminar y a acompañar a la mujer, como le indicaba de buenas maneras mientras le explicaba dónde lo llevaba.

En un impulso, Sebastián se dirigió hasta ambos y le pidió a la asistenta social hablar con ella a solas. Le manifestó la firme voluntad de adoptar al chico y ofrecerle un hogar sin carencias.

Finalmente, el todopoderoso Sebastián Quiroga adoptó a Martín, le dio su apellido y dijo a todo el que lo quiso oír que era su hijo, producto de un escarceo amoroso años atrás.

Martín recibió la mejor educación en colegios y universidades privadas. Sebastián estaba orgulloso, trabajaba con él, era muy bueno en los negocios y cada día celebraba la decisión que tomó de acogerlo y cuidarlo como si fuese un hijo. A los treinta y dos años de edad, Martín Quiroga era el hombre de confianza de Sebastián, en él se apoyaba para todo y creía con firmeza en cada arriesgado paso que proponía para el Grupo Quiroga. Todos y cada uno de ellos triunfaban. En el terreno laboral no tenía igual, sin embargo, en el personal era un desastre. A su

padre le preocupaba que no estuviese asentado en ese sentido, pero él tenía claro la clase de vida que deseaba.

***

Después de pasar la peor noche que recordase en la vida, Sebastián llamó a Martín apenas el reloj marcó las ocho. No podía esperar más. Sabía que su hijo estaba de vacaciones y llegaba de madrugada, ese fue el motivo por el cual no se presentó en su casa nada más recibir la carta de su yerno.

El móvil de Martín sonó con insistencia mientras se revolvía en el sofá y maldecía al mismo tiempo por no haberlo dejado apagado. Cuando volvió a escucharlo, lo cogió de la mesa de al lado y vio que se trataba de su padre. Sebastián no lo llamaba dos veces seguidas si no se trataba de algo urgente.

—¿Qué ocurre, papá? —respondió somnoliento, mientras se incorporaba e intentaba abrir los ojos del todo.

—Tenemos que hablar. Ven a mi casa de inmediato. —No le dio más explicaciones, no era seguro hablar de aquello por teléfono.

—¿No puedes esperar unas horas? —se quejó malhumorado—. Acabo de coger el sueño hace unos minutos.

—No. No puedo —afirmó contundente—. Date una buena ducha. Te espero con un café bien cargado para que te despejes. Es importante. No tardes. —Colgó sin darle más explicaciones.

Dejó a Martín preocupado. Se levantó, fue a la ducha de su habitación y antes de entrar en el baño fijó la vista en la mujer desnuda que dormía entre las sábanas de su cama.

En menos de diez minutos estuvo listo y tomó rumbo a casa de su padre. No se molestó en coger el coche. Vivía muy cerca de él, en un ático muy parecido al suyo. Estaba seguro de que el aire matutino terminaría de despejarlo.

—¿Qué ocurre, papá? —preguntó nada más pisar el despacho de su padre, siempre se refería a él como tal y así lo consideraría hasta el final de sus días.

Sebastián fue hasta él, lo abrazó y lo besó, hacía más de quince días que no lo veía.

—Siéntate, Martín —ordenó mientras se posicionaba detrás de la mesa y ocupaba un gran sillón de cuero negro.

—¿Te encuentras bien? ¿No te ibas hoy de vacaciones? —preguntó con el ceño fruncido, claramente preocupado. Observó las ojeras y el aspecto desaliñado que tenía.

—Mis vacaciones tendrán que esperar. Ayer un notario me entregó esto. —Le extendió el sobre completo.

—¿Qué es? —preguntó extrañado al cogerlo entre las manos e inspeccionarlo por fuera. Era un sobre blanco, sin nada escrito.

—Por favor, tómate ese café. —Le indicó una taza humeante que tenía delante—, y mira el contenido.

Lo obedeció. Conocía suficientemente bien a su padre como para saber que aquello era de vital importancia.

Cuando terminó de leer la carta de Andrés Verdoy, levantó la vista y clavó los ojos en Sebastián. Aquello superaba todo lo que había podido imaginar desde que le vio la cara al llegar.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó preocupado. Sebastián sonrió con desgana cuando le

dio a entender que estaba con él en aquello—. Tenemos que pensar en algo seguro para ella. Es tu nieta y me hago una idea de lo que debes sentir en estos momentos.

—Ya tengo un plan trazado. Quiero ponerlo en común contigo. Eres una pieza fundamental en él y necesito tu aprobación.

—Haré lo que me pidas —respondió de inmediato.

Como miembro de la familia Quiroga desde hacía años, Martín conocía bien todos los secretos de esta, pero aquello lo dejó frío.

—No es tan simple. Lo que voy a pedirte es muy egoísta por mi parte. Para salvar la situación de mi nieta necesito hipotecar tu vida, pero no tengo otra opción.

—¿De qué se trata? —preguntó con valentía. No pensaba negarle nada al hombre que le debía todo lo que era.

—Tendrías que casarte con Elena. —No dio rodeos al asunto. Lo miró fijamente y esperó una respuesta.

Cuando Martín asimiló bien lo que había escuchado, abrió mucho los ojos y respiró hondo. De no haber estado sentado, se habría caído de la impresión. Él había jurado que nunca volvería a casarse ni a compartir su vida con otra mujer. Le gustaba vivir solo y llevárselas a la cama cuando le apetecía, sin compromisos.

—¿No existe otra alternativa? —murmuró con un hilo de voz.

—No puedo airear ni confiar esto a nadie más. Te he reconocido como mi hijo biológico ante todos, si alguien llega a sospechar que Elena es mi nieta y está casada contigo, de inmediato, desecharan la idea. No es posible que yo permita que contraiga matrimonio con su tío. Lo he pensado mucho, es la mejor opción y la más segura para ella. Tú y yo podremos proporcionarle seguridad, tenemos los medios y el dinero.

Martín revisó el resto de la documentación en silencio, bajo la atenta mirada de Sebastián. Trataba de buscar otra alternativa, poner a salvo la vida de aquella muchacha sin tener que implicarse con ella de la forma que pretendía su padre.

—¿Cuándo será la boda? —resolvió de forma pausada, resignado, tras largos minutos en los que valoró la situación y concluyó que no existía otra mejor.

Una amplia sonrisa de orgullo y satisfacción se dibujó en la boca de Sebastián. Sabía que Martín no lo defraudaría pese a proponerle lo peor que le podía pasar en la vida, volverse a casar.

—Lo antes posible.

—Habrá que informarla de todo. Si a algo me niego es a enamorarla. Tu nieta tendrá que estar al tanto de todo —sentenció rotundo.

Aliviado y en paz, Sebastián asintió. Contar con la buena disposición de Martín en todo ese asunto era lo que necesitaba.

—Gracias, hijo. No tendré vida suficiente para pagarte esto.

Martín suspiró. Unirse a una mujer que no sabía ni como era le parecía una auténtica locura, pero no podía dejarlo solo en aquello. Sentía el deber de ayudarlo de la forma que fuese.

—¿Cómo piensas hacer que ella acepte casarse conmigo y se marche del lugar en el que vive ahora? ¿Y si tiene pareja? —aventuró.

—Le expondremos la situación y le haremos entrar en razón. —Martín frunció el entrecejo cuando lo escuchó hablar en plural—. Quiero viajar mañana mismo a Aracena. Me gustaría que me acompañases y estés a mi lado en todo momento. Por otro lado, desconozco si tiene pareja. Sería un gran inconveniente, pero deberá adaptarse a las circunstancias.

—Te acompañaré —aceptó resignado—. ¿No piensas que se puede asustar y no confíe en dos desconocidos que aparecen de la nada?

—Hablaremos antes con el hombre que ella cree que es su padre. A él lo creerá.

—¿Y si se niega a casarse conmigo?

—No conozco a una sola mujer que no se sienta atraída por ti. Confío en que, pese a ser un matrimonio pactado, no le disgustes demasiado —resolvió con media sonrisa.

—Yo solo espero que todo esto salga bien y logremos que su vida no corra peligro.

—Gracias de nuevo, Martín. Sé que te pido demasiado.

—No te preocupes, lo importante ahora es Elena. Tu nieta. Te mereces recuperar los años perdidos a su lado y si está en mis manos brindártelo, lo haré con gusto.

Ambos se abrazaron con emoción, se palmearon la espalda con fuerza, a sabiendas de que a partir de ese momento sus vidas iban a cambiar tanto como si volviesen a nacer.

2

Con la vista perdida en el paisaje de los edificios de Madrid, desde la terraza del gran ático del que era propietario, Martín estaba metido de lleno en los pensamientos que lo envolvían. Se acarició el dedo de la mano donde tiempo atrás tuvo un anillo y se dijo que pronto volvería a llevar otro en el mismo lugar. Intentó pensar cómo sería Elena, solo sabía de ella que era casi ocho años menor que él y se había criado en un pueblo del sur de Andalucía. Pensó que las diferencias entre ambos serían muchas y rogó a los cielos porque fuese una mujer fácil de tratar. Tenía poca paciencia y no estaba preparado para nuevas peleas conyugales. Por otro lado, se mentalizaba para llevar otra vida de cara a los demás. A partir del momento en que se casase con ella tendría que ser discreto con las mujeres que estuviese y, a la misma vez, aparentar estar enamorado de su mujer, esa parte era la que peor llevaba. A los treinta y dos años podía asegurar que nunca se había enamorado perdidamente.

Inmerso en lo que se le venía encima, no se dio cuenta de que una mujer semidesnuda lo observaba con atención desde hacía varios minutos.

Gisela se había despertado al escucharlo entrar, pero Martín no fue a la cama donde ella lo esperaba. Al no sentirlo por la casa, se colocó una camisa blanca de él sobre el cuerpo desnudo y decidió salir a buscarlo.

La mirada lujuriosa de Gisela lo repasaba de arriba abajo, fijó los ojos en los pies descalzos, nunca entendería esa manía que tenía de andar así nada más poner un pie en casa, continuó por las musculosas y torneadas piernas, que se delimitaban debajo de los vaqueros oscuros que llevaba, miró un poco más arriba y se pasó la lengua por los labios al clavar la vista en el culo, siguió con el repaso y reparó en la amplia y corpulenta espalda, era más que evidente que la trabajaba a diario, seguida de una nuca ancha y desnuda, siempre llevaba el pelo muy corto, casi rapado. Fantaseó con ver ese color de pelo claro que despuntaba un poco más largo, pero Martín nunca lo dejaba crecer.

Sumergida en estos pensamientos, unos ojos azules se cruzaron con los suyos, con una sonrisa coqueta y contoneando las caderas a conciencia, sin cerrarse la camisa, mostrándole su desnudez, se acercó a él.

—Será mejor que te vistas y te marches. Tengo trabajo —la rechazó sin miramientos cuando intentó besarlo.

—Pensé que podríamos pasar el día de hoy juntos. No te incorporas hasta mañana.

Conocía bien el trabajo de Martín. Gisela era presentadora de uno de los programas de más éxito de la cadena, y él era el vicepresidente.

—No te confundas. Entre nosotros no hay nada. Hemos coincidido en el final de nuestras vacaciones, aunque dudo que haya sido fortuito, y hemos pasado la última noche en mi casa, pero no estoy interesado en una relación. Ya te lo he dejado claro en otras ocasiones.

—¿Por qué te resistes a lo que hay entre nosotros? —Se aproximó de nuevo en actitud cariñosa.

—Lo que hay es buena química en la cama, nada más. —Cortó el tema de golpe y puso distancia entre ambos—. Recoge tus cosas y márchate lo antes posible —ordenó de forma brusca. No estaba de humor para aguantar los ruegos de siempre de Gisela.

—¿No han significado nada estos días juntos por Milán? ¿Por qué eres tan frío? —le

reprochó con cariño al intentar un nuevo acercamiento, comenzaba a desesperarse. Llevaba más de un año loca por Martín y no conseguía nada estable con él.

—Eres una mujer preciosa, Gisela. No pierdas el tiempo conmigo, nunca te daré lo que buscas. Esto termina aquí. —Dio media vuelta, entró en el salón tras dar el asunto por concluido y la dejó sola y cabreada en la terraza.

Se sintió humillada, era una mujer joven, guapa y exitosa en el terreno laboral. En los últimos meses había recibido varias ofertas de cadenas de televisión de la competencia del Grupo Quiroga, pero no quería dejar a Martín. Estaba enamorada de él. Le gustaba tenerlo como jefe y presentarse en su despacho con alguna excusa tonta y que esta lo llevase a pasar un buen rato juntos.

Cuando recogió todas sus pertenencias y se dispuso a marcharse, subida en los altos tacones que siempre llevaba, vestida con ropa de marca y con una maleta pequeña en la mano, Martín estaba sentado en el amplio sofá del salón inmerso en el ordenador.

—Adiós —resonó la voz de la mujer, herida y esperanzada—. Espero que esto sea uno de tus muchos cambios de humor y nos volvamos a ver pronto.

—No lo esperes —pronunció serio, sin levantar la vista de la pantalla ni dejar de teclear con ganas.

Ofendida como nunca antes, tiró con fuerza de la maleta de carrito y salió por la puerta tras dar un sonoro portazo.

Al quedarse a solas, Martín apartó el ordenador de las piernas, cerró los ojos y se llevó las manos hasta ellos. Luego se masajeó la cabeza y suspiró mientras lamentaba los cambios que se avecinaban en su vida.

***

Apenas despuntaban los primeros rayos de sol cuando Sebastián y su hijo pusieron rumbo a Aracena. Mientras conducía, a Martín no le gustaba depender de chófer como a su padre, se sintió por primera vez como hacía años que no le pasaba. Una sensación de vacío y no saber qué le esperaba tras el largo camino en carretera lo agobió. Después de más de cinco horas al volante, estaba deseando llegar. Las últimas curvas hasta el pueblo se le hicieron interminables.

—Es bonito el lugar donde ha crecido mi nieta. —Sebastián admiraba el paisaje y la vegetación. El GPS indicaba que estaban a punto de llegar—. Es un sitio con encanto.

—Sí, no te lo niego, es un lugar maravilloso. Tendremos tiempo de descubrirlo, calculo que estaremos por aquí unos días mientras que aclaramos todo con ella. Reservé dos habitaciones en el mejor hotel que encontré.

Sebastián asintió mientras lo admiraba con orgullo, lo sentía como a un verdadero hijo, en ocasiones hasta le sorprendía lo que se parecía a él de joven.

Quedaron que primero se dirigirían al bar del que era dueño Carlos Galván, el hombre que había criado a Elena y ella creía su verdadero padre.

Antes de partir hacia el pueblo, Sebastián se tomó veinticuatro horas para averiguar dónde vivía exactamente su nieta y dónde estaba el bar del que era dueño Carlos. Esa información no se la proporcionó su yerno, le indicaba que con los contactos que tenía en las altas esferas del país lo averiguaría con solo levantar el teléfono, y así fue. Consiguió hasta la declaración de la renta de Carlos Galván y toda la familia del año anterior. Averiguó algunas cosas de su nieta, pero prefirió descubrir otras cuando la conociese.

Cuando Martín aparcó en la acera de enfrente del bar del que era propietario Carlos, apagó el GPS, se quitó el cinturón de seguridad y miró a su padre.

—¿Nervioso? —preguntó al verlo callado y aferrado a la carpeta donde llevaba toda la documentación que Andrés le había enviado.

Sebastián se removió incómodo en el asiento, estiró las piernas y observó la calle, estaba desierta.

—Ahora vamos a hablar con Carlos Galván. Los verdaderos nervios llegarán cuando lo haga con ella para contarle la verdad. Aún no sé cómo hacerlo y ni alcanzo a imaginar cómo será la primera reacción —le transmitió con miedo.

—Será impactante, eso no lo dudes, pero haremos que lo asimile bien.

—Gracias por estar conmigo en esto.

—Es un asunto de familia y tú eres la única que tengo. Todo lo tuyo me afecta.

Sebastián suspiró, le dio una palmada en el brazo en señal de agradecimiento y bajaron del coche a la vez.

—¡Joder, qué calor! —se quejó Martín nada más poner un pie en el asfalto, parecía que desprendía fuego.

—Es la sierra en pleno mes de julio y a las tres y media de la tarde, ¿qué esperabas? —comentó Sebastián adelantándose al paso de su hijo, para entrar primero en el bar.

El lugar estaba vacío, todas las mesas estaban con las sillas colocadas encima y un olor a lejía les llegó de inmediato. Observaron la espalda de un hombre que limpiaba con una fregona detrás de la barra.

—¿Está cerrado? —preguntó Martín a modo de llamar la atención del señor.

—Para ustedes no —respondió tras observarlos con detenimiento—. Siéntense, en un minuto les atiendo. —Continuó con la tarea en la que estaba cuando ambos llegaron.

—No hemos venido a comer… —explicó Sebastián—. Buscamos al dueño de este lugar, ¿es usted?

—Sé a qué han venido. Los esperaba. —Salió de detrás de la barra y se dirigió a ellos.

Martín lo observó bien, era un hombre de cuerpo atlético, saltaba a la vista que lo cuidaba, alto y de facciones marcadas.

—¿Usted es Carlos Galván? —preguntó Sebastián. La foto que le habían pasado sus contactos era de hacía algunos años.

—El mismo. Sebastián y Martín Quiroga, ¿verdad? —les indicó distinguiendo a la perfección quién era cada cual—. Esperaba vuestra visita en estos días. Sentaos, tenemos que hablar. No os preocupéis, estamos solos —aclaró al ver que Sebastián buscaba con la mirada si dentro había más personal.

En silencio, mientras Martín bajaba tres sillas encaramadas en una mesa y las ponía bien para tomar asiento, Carlos se dirigió a la entrada del lugar y cerró con el pestillo para que nadie más los molestase.

Los tres hombres se sentaron bajo miradas en silencio, ninguno quería ser el primero en tomar la palabra y desvelar información demás.

—Hemos venido a contarle la verdad a Elena —pronunció Sebastián con valentía—, pero antes queremos hablar con usted.

Tenía la suficiente experiencia en la vida como para saber que ese hombre lo sabía todo sobre la presencia de ambos allí.

—Estoy al tanto de casi todo. Sé que Andrés ha muerto, aún conservo buenos amigos en mi antigua profesión. Conociéndolo, estoy seguro de que te hizo llegar un documento para

que velases por la seguridad de Elena, pero ya te digo que no hace falta, para eso estoy yo.

—Elena es mi nieta —le recordó Sebastián, haciéndole entender que tenía derechos sobre ella.

—La he criado y la quiero como a una hija. Creo que mi amigo Andrés no entendió nunca que Elena dejó de ser un caso para mí y pasó a ser una hija más. Daría la vida por ella al igual que por mi otra hija y mi mujer. Las tres son mi mundo entero.

—Sabemos que ha cuidado muy bien de Elena en estos años, que es alguien de fiar, por eso hemos decido hablar antes con usted que con ella.

—Creo que en estos momentos debemos pensar como si fuésemos uno solo y en la seguridad de Elena, es lo primordial —terció Martín.

—Tienes razón, hijo. —Sebastián puso sobre la mesa la carpeta con toda la documentación que le proporcionó su yerno—. Un notario enviado por Andrés me hizo llegar esto. —Se lo extendió a Carlos, lo abrió y comenzó a leer el contenido.

Martín y Sebastián lo observaron en silencio durante un largo tiempo. Cuando Carlos terminó de leer casi toda la documentación levantó la cabeza y los observó, primero a uno y luego a otro, con detenimiento.

—La situación es delicada. —No quiso usar otra palabra más fuerte para no asustarlos.

—Somos conscientes —resonó la voz de Martín, serio y tajante.

—¿Cuáles son sus planes? —preguntó Carlos, con la documentación en las manos.

—¿Y los suyos? —Contraatacó Sebastián, como hombre de negocio que había sido durante toda la vida, no pudo callarse—. Antes ha dicho que nos esperaba y estaba informado de la muerte de Andrés. ¿Qué sabe de todo esto? —preguntó con tono serio, sonó a acusación.

Carlos bufó, pero entendió que era él quién debía poner primero las cartas sobre la mesa.

—Andrés llevaba unos meses atrás muy extraño. Ya no nos comunicábamos por los mismos medios y cortó de raíz nuestros encuentros personales. Nunca me dijo a qué se debía, pero no me quedé tranquilo. Me puse en contacto con antiguos compañeros y les pedí ayuda, pero lo hice demasiado tarde. La única información que me proporcionaron fue la de su muerte y cómo lo encontraron. Después de eso, todas mis alarmas de protección hacia Elena se activaron.

—¿Cómo murió? —se interesó Sebastián.

—Lo torturaron durante días. Me ahorraré los medios que utilizaron para que no vomitéis en el suelo —comentó con ironía.

Martín y Sebastián tragaron con dificultad.

—¿Es posible que… le sacasen información? —preguntó con miedo Martín.

—Os puedo asegurar que por duras que fuesen esas torturas, Andrés jamás habló. Lo que me preocupa es hasta dónde puedan llegar esas personas. Desconocía que habían visto el rostro de Elena. —Eso lo supo al leer la carta que le dejó a su suegro y estaba en la documentación que tenía en la mano—. Pensé que le habrían pinchado los teléfonos o seguido a uno de nuestros encuentros.

—¿Por qué nos esperaba? —preguntó Martín, intrigado.

—Porque conocía bien a Andrés, siempre fuimos como hermanos. Cuando me enteré de la forma en la que murió, supe que pondría al tanto a su rico y poderoso suegro de la existencia de Elena. Estoy seguro de que no lo hace porque dude de que yo no vaya a cuidar bien de ella, sino por salvar a mi familia y ponernos a salvo. Pero se equivoca. No me voy a quedar al margen.

—¿Quién o quiénes lo han matado? —Martín no pudo callarse la pregunta.

—Sospecho que personas relacionadas con el secuestro de Carolina. Pensamos que habíamos terminados con esa organización creada años atrás para implantar el pánico en el país, pero, al parecer, siempre quedan cabos sueltos con los que no contamos.

—No nos ha contado cuáles son sus planes —le instó Sebastián.

—Proteger a Elena, como he hecho siempre.

—¿Usted solo? Ya tiene una edad —le recordó Martín, repasándolo de arriba abajo.

—Elena está sana y salva, por ahora lo he hecho muy bien —le retó herido en el orgullo.

—La situación ha cambiado. Creo que es evidente —contestó Martín, con aires de hombre de negocios, mantenía la vista clavada en la carpeta que sostenía Carlos en las manos.

—Soy todo oídos. —Se reclinó en la silla y prestó atención a ambos—. Si tenéis un buen plan, me uniré a él.

Martín fue a decir algo, pero Sebastián le cortó de inmediato. Aquel asunto le correspondía guiarlo a él.

—Tenemos que evitar por todos los medios que se relacione a Elena con Andrés o conmigo. —Carlos asintió de buena gana—. Que Elena sea su hija a los ojos de todos y de forma legal ya no es seguro, eso ha servido durante estos años atrás. Hay que actuar y hacer evidente que no tiene relación alguna con la familia Quiroga.

—¿Qué sugiere? —preguntó en tono burlón.

—Elena debe casarse con Martín.

De repente, la silla sobre la que se balanceaba Carlos tocó el suelo de forma abrupta y se los quedó mirando como si estuviesen locos.

—¿Quiere casar a su nieta con su hijo? —preguntó con la mandíbula casi descolocada.

—Martín no es mi hijo biológico. —Hizo un aspaviento con la mano para quitarle seriedad al asunto—. Lo reconocí como tal porque no quería que nadie cuestionase a mi futuro heredero.

—Me he perdido. —Puso los ojos en blanco y suspiró.

—Vaya, no es usted tan brillante como pensaba. Si mi nieta se casa con Martín cuanto antes y las personas que mataron a Andrés llegan hasta ella, desistirán de hacerle nada. No es posible que esté casada con su tío y usted o yo lo permitamos. Ese sería el principal escudo ante todos. Martín es muy conocido en la sociedad, saldría con ella en prensa y revistas, alardearían de un matrimonio feliz. Después nos encargaríamos de una seguridad privada, personalizada para Elena en todo momento hasta que encontremos a las personas que acabaron con la vida de Andrés.

Carlos asintió, trataba de asimilar todo aquello.

—¿Y usted está conforme con todo esto? —preguntó sorprendido de que Martín se prestase a un matrimonio así. Con un leve, pero seguro, asentimiento de cabeza, él afirmó—. ¿Pretenden llegar como si nada y cambiarle la vida a Elena de la noche a la mañana? ¿Piensan contarle la verdad y que debe casarse con este hombre que no conoce? —Nunca había sentido tanto miedo. El hecho que Elena se enterase de que no era su verdadero padre lo aterró.

—Es necesario —resonó la voz de Martín—. Ella debe de ser consciente de lo que ocurre a su alrededor. Bastante tiempo ha pasado engañada.

Con un sonoro golpe, al dejar caer la carpeta en la mesa con ganas, Carlos se puso en pie.

—¡El necesario! —bramó—. Yo solo seguía órdenes de su verdadero padre.

—No perdamos las formas, señores —terció Sebastián levantándose también—. Hay un claro objetivo; proteger a Elena y hacer lo mejor para ella. ¿Qué le parece nuestro plan? —preguntó de frente y sin miedos a Carlos.

—Es… es… está muy bien calculado —titubeó reticente a admitirlo.

—Sería bueno que estuviésemos unidos. Por el bien personal de Elena y la situación en sí. No olvide a su familia en todo esto.

Carlos asintió. Le costó admitirlo, pero Sebastián Quiroga era un hombre razonable y decidido.

—Bien, le contaremos la verdad, el peligro que corre y la necesidad de que se case con Martín cuanto antes. —Los tres hombres estuvieron de acuerdo—. Ahora dígame, ¿cómo es mi nieta y qué vida ha tenido hasta ahora? —Con un gesto amable de la mano lo invitó a tomar asiento de nuevo, Carlos lo hizo y luego Martín lo imitó. Finalmente, Sebastián también se sentó. Con paciencia, esperó a conocer un poco más a su nieta a través del hombre que la había criado.

—Cuando Andrés ideó todo, de forma repentina, tras el fatal desenlace de Carolina, lo catalogué como un plan brillante pese a las terribles consecuencias que tendría para él y la familia de Carolina, pero no había elección. Acepté de inmediato porque Rosa, mi mujer, estaba retirada de su puesto desde hacía meses ya que recibía sesiones de quimioterapia. Era policía secreta también. Andrés planeó mi supuesta muerte en el tiroteo del recate de Carolina y la muerte de Rosa como consecuencia de su evidente enfermedad. Nosotros nos llevaríamos a la niña lejos y nunca nadie sospecharía nada. Así fue por todos estos años. Rosa y yo tenemos otra hija, Virginia, cuatro años menor que Elena. Ambas se llevan muy bien, se adoran. Elena es toda una mujer. Siempre ha sido una niña sana, de buenas costumbres, cariñosa y generosa. Derrocha simpatía y vitalidad. Debo admitir que es mi debilidad. Siempre he querido protegerla más que a mi propia hija, quizás de forma inconsciente por el peligro que podía correr. —Suspiró, los miró y se frotó las manos con nerviosismo—. ¿Cuándo piensan hablar con ella?

—Cuanto antes. No podemos esperar más. Le juro que no me pueden más mis ganas de estrecharla en mis brazos, sino las de protegerla —aseguró Sebastián, sincero.

—Está bien. Vayan esta noche a casa, es esta misma calle un poco más arriba, el número diecisiete, y les presentaré a Elena. Prefiero que todo se desarrolle allí. Podemos cenar juntos, como unos amigos invitados, y luego, cuando el ambiente se relaje y os conozca un poco le contamos todo. Pienso que podemos ir poco a poco. Decirle primero que es su nieta, y cuando lo asimile, en unos días, hacerle la proposición para que se case con Martín y exponerle el peligro que le acecha.

—¿No es eso demasiado tiempo? —preguntó Sebastián, preocupado. Deseaba llevarla de inmediato a Madrid, a una casa segura y con personas de seguridad privada que velasen por ella.

—Elena está a salvo. Desde que me enteré de la muerte de Andrés tengo a tres hombres que controlan quién sale y entra en el pueblo —les reveló.

En vista de que ella estaba segura, a ambos les pareció bien lo planteado por Carlos. Lo último que querían era asustar a Elena.

—Está bien. Lo haremos como usted plantea —accedió Sebastián tras sopesar la situación.

—Nos vemos esta noche —les despidió Carlos.

—Gracias por proteger a mi nieta durante todos estos años. —Sebastián le estrechó la mano y se marcharon.

Carlos se quedó mirándolos al salir. Sentía que una parte de su vida estaba a punto de derrumbarse. No sabía con qué ojos lo miraría Elena al día siguiente cuando ya fuese conocedora de quién era realmente.

3

Cuando Carlos apareció en la habitación de costura de Rosa, de inmediato, su mujer, supo que algo grave pasaba. Lo conocía demasiado bien y al mismo tiempo estaba al tanto de la muerte de Andrés Verdoy. Desde que esto sucedió ambos vivían con el constante miedo de que sus vidas fueran a cambiar de forma radical. Habían meditado mucho la situación, valoraron marcharse del pueblo, incluso fuera de España, pero quizás eso levantase más sospechas. Decidieron continuar como siempre; Carlos a cargo del bar, Rosa como la mejor costurera del pueblo y Virginia y Elena estudiando.

—Dime que las niñas están bien —pronunció Rosa en una especie de ruego. Soltó la tela que cosía en esos momentos y se acercó a su marido, él se quedó en el marco de la puerta.

—Están bien. Virginia sigue en la playa con las amigas y a Elena me la acabo de cruzar en la calle, me dijo que pasará la tarde en casa de Nora.

Rosa suspiró un poco más aliviada.

—¿Qué sucede?

—Como pensamos, Sebastián Quiroga ya sabe toda la verdad. Ha venido a verme al bar hace unas horas. Andrés lo informó a través de una carta después de morir.

—¿Y sus intenciones son…? —preguntó un poco crispada. Parecía que se le atascaban las palabras.

—Siéntate. —Fue hasta ella y juntos se sentaron en el sofá de aquella habitación, donde Rosa recibía a las clientas.

—No me trates como si me fuese a partir por la mitad. —Sacó todo su carácter.

Carlos nunca le ocultaba nada a su mujer, tenía el don de saber qué le sucedía con solo respirar cerca de ella.

—Ha venido dispuesto a contarle toda la verdad a Elena, llevársela y protegerla con sus propios medios.

—¿Sin contar con la opinión de Elena ni la nuestra? ¿Por qué cree que él la va a proteger mejor que nosotros?

—Tienen un plan trazado. El hecho de que Elena continúe aquí no es seguro para ella ni para nosotros. Eso ya lo sabíamos, solo que estábamos esperando unos días a ver cómo se desarrollaban las cosas.

—¿Tienen? —preguntó asombrada—. ¿Sebastián Quiroga y quién más?

—Su hijo, Martín, pero resulta que no es su hijo biológico. Lo adoptó hace años. Hizo creer a todos que había sido producto de un escarceo amoroso mientras estaba casado con Begoña. —Ambos conocieron al matrimonio en el pasado, cuando sucedió el secuestro de Carolina.

—¡No me cuentes cosas que no vienen al caso! —Hizo un aspaviento con la mano, molesta, en señal para que se callase.

—Si te doy estas explicaciones es porque vienen al caso. —Observó la cara en silencio de su mujer y le tomó una mano entre las suyas antes de continuar—. Sebastián Quiroga ha planeado que Elena y Martín se casen, de esa forma disiparemos cualquier duda sobre Elena.

—¡¿Cómo?! —Lo soltó de inmediato y se puso en pie de forma enérgica—. ¿Es que aquí

Elena no cuenta? Es su vida la que trata de manejar.

—La quiere proteger a cualquier precio —rectificó de forma paciente mientras la observaba alterada delante de él.

—¿Apruebas esa locura? —preguntó atónita.

—Al principio, cuando me la expuso, reaccioné como tú. Pero si lo piensas bien, es una gran idea. Martín es famoso en la prensa, saldrá a la luz de inmediato ese matrimonio. Eso nos servirá para despistar por un tiempo a las personas que estén tras la pista de Elena. Sebastián Quiroga tiene muchísimo dinero, me ha propuesto unirme a él y a su hijo para proteger a Elena, y muy a mi pesar, creo que es la mejor opción. Tenemos que encontrar a las personas que mataron a Andrés y la estrategia del matrimonio nos hará ganar tiempo y seguridad.

Rosa lo miró con desaprobación, no estaba de acuerdo con su marido.

—Pero ya hay personas expertas que están encargadas de averiguar sobre la muerte de Andrés —argumentó enfadada.

—Sí, pero no hay nadie, aparte de ti y de mí, y los hombres que contraté, hasta ahora, que velen día y noche por la seguridad de Elena.

—Estás convencido del plan de Sebastián Quiroga, pese a que eso le pueda destrozar la vida a nuestra hija —le reprochó.

—Estoy convencido de que es lo mejor para que esté a salvo. En Madrid, bajo la protección de esos dos poderosos hombres, casada y con seguridad privada veinticuatro horas del día estará blindada. Ella estará segura, y nosotros también. —Nunca le había expuesto, hasta ahora, su temor por ellos.

—¿Cuándo vamos a comunicarle todo esto a Elena? —preguntó apenada por la situación. Conocía bien a su marido y sabía que estaba decidido.

—Esta noche. He invitado a Sebastián y Martín a cenar. Cuando lleguen le diremos a Elena que son unos amigos y tras la cena, con un ambiente más relajado, le contaremos la verdad. ¿Estás de acuerdo?

—Creo que no me queda nada más que decir —contestó molesta—. Está todo decidido. Solo te advierto una cosa, apoyaré de forma incondicional a mi hija, tome la decisión que tome, cuando le expongamos todo esto.

Carlos suspiró, puso los ojos en blanco y rezó.

***

Horas después, mientras Elena y Rosa preparaban los últimos detalles para la cena, sonó el timbre de la casa. Carlos miró el reloj situado encima de la chimenea y comprobó que llegaban diez minutos antes de lo previsto.

—Deben ser los amigos de papá. Yo abro. —Elena salió de la cocina y se dirigió a la puerta de la casa. Nunca tenían invitados y le hacía ilusión recibir a dos personas que vivían en la gran ciudad. Ella aspiraba ir algún día y hacer su gran sueño realidad.

Carlos y Rosa dejaron lo que estaban haciendo y fueron tras Elena.

Cuando abrió la puerta, se encontró con dos hombres, uno mayor, de unos sesenta y tantos años y otro más joven, muy guapo, la impresionó nada más cruzar la mirada con la suya.

—¿Eres Elena? —Sebastián fue el primero en hablar.

—Sí. Deben de ser los amigos de mi padre, ¿verdad? Pasen —los invitó de inmediato con una sonrisa inmejorable.

Se hizo a un lado y con un gesto amable de la mano los animó a pasar. Sebastián no se movió, se quedó paralizado, observaba a la joven que tenía frente a él. Tuvo que contener las lágrimas que amenazaban con brotar y aclararse la garganta para que bajase el incómodo nudo que tenía en ella.

—Sebastián, Martín, bienvenidos a mi casa. Pasad, por favor —intervino Carlos acercándose a ellos.

La voz del hombre sacó a Sebastián del trance en el que se encontraba, cogió aire y dio un paso hacia Elena.

—Sebastián Quiroga. —Le extendió la mano a su nieta, pero ella no se la tomó, era demasiado cariñosa y especial para esos formalismos. Le dio dos espontáneos besos que hizo que el corazón de su abuelo se acelerase como nunca antes.

Luego, decidida, dio un paso hacia Martín junto con dos besos. Lo cogió desprevenido, no esperaba encontrar a alguien como ella y esto hizo que sucediese algo que nunca había logrado otra mujer; dejarlo sin respiración.

Elena Galván logró impresionarlo con una sonrisa perfecta llena de vitalidad, una mirada azul oscura cargada de sinceridad y la simpatía con la que lo recibió lo dejó como a un adolescente frente a la mujer de sus sueños. Jamás imaginó que ella fuese como la persona que tenía delante. De repente, el nudo que tenía en el estómago desde que supo que se tendría que volver a casar desapareció.

—Buenas noches, encantado de conocerla. —Fue lo primero que salió de los labios de Martín. No le pasó desapercibido el gesto contrariado que notó en el rostro de Elena por ser tan formal con ella.

—Buenas noches, pasen, por favor —intervino Rosa para deshacer el incómodo silencio que se hizo y donde todas las miradas estaban puestas en Elena.

Se dirigieron al salón y tomaron asiento en un sofá cercano a una mesa grande, estaba preparada con comida. Rosa le pidió a su hija que le ayudase a sacar los demás platos de la cocina, así dejaron a los tres hombres solos.

—Es preciosa —murmuró Sebastián con orgullo apenas su nieta se alejó lo suficiente.

Carlos asintió.

—Ya has visto lo guapa que es por fuera, pero ni te imaginas que por dentro lo es aún mucho más. La simpatía, la bondad y la generosidad que derrocha siempre hacen que todo el que esté a su lado se renueve de energías. Es la alegría de la casa. Nunca está de mal humor ni tiene malas palabras para nadie —comentó Carlos con orgullo.

Sebastián comprendió que si su nieta era así era gracias a que Rosa y Carlos lo habían hecho muy bien como padres en todos esos años. Le dirigió una sonrisa y un gesto con la cabeza en señal de agradecimiento. Carlos lo entendió, pero el nudo de emoción que tenía en el pecho no lo dejó articular palabra.

La cena discurrió con normalidad. Degustaron algunas de las exquisiteces típicas, como el jamón de bellota, carne ibérica a la plancha, queso y unas migas.

Cuando Carlos le hizo saber a Elena que Sebastián y Martín dirigían el Grupo Quiroga, conocido en toda España, solo se habló del gran trabajo que conllevaba sacar adelante una cadena de televisión como era la suya, la más vista del país. Elena los miraba como dos héroes. Jamás en la vida soñó con conocer ni compartir mesa con personas tan importantes. Sebastián estaba fascinado con cada pregunta que le hacía su nieta, le contaba con lujo de detalles los esfuerzos de toda una vida para lograr lo que hoy era y tenía.

Martín se quedó un poco más al margen, dejó que fuese su padre quien guiase la

conversación. A veces, Elena esperaba que él respondiese a alguna de las preguntas, pero ni él mismo sabía lo que le ocurría, se estaba comportando como nunca antes. Aquella mujer lo tenía asombrado por completo. Observarla y escuchar el dulce timbre de aquella voz se convirtió en lo mejor que le había pasado últimamente.

—¿Y tú, a qué te dedicas, Elena? —preguntó su abuelo. Sabía que estudiaba algo de diseño, pero nada más concreto.

—He realizado varios cursos a distancia de diseño. Desde pequeña he visto a mi madre coser y me fascina crear modelos de vestidos. En un futuro me gustaría ser diseñadora de vestidos de novia. Que cada mujer a punto de casarse cumpla su sueño con una de mis creaciones.

Era una mujer emprendedora y soñadora. Sabía que ese gran sueño no lo podría realizar en el pueblo donde vivía, por ello aspiraba a reunir una buena cantidad de dinero y trasladarse a la capital andaluza, allí deseaba comenzar, poco a poco, como diseñadora. Tenía pensado alquilar un piso en el centro de Sevilla y montar un atelier de costura.

—Elena también trabaja de guía turística por el pueblo —informó Carlos—. Enseña a los visitantes la Gruta de las Maravillas y organiza senderismos en bicicleta y andando por rutas alrededores del pueblo. Le gusta mucho el ejercicio.

Casi de forma involuntaria, Martín la repasó de arriba abajo. Comprendió el atuendo deportivo, unas mallas, camiseta y deportes, con los que los recibió. Después fijó la vista en el menudo, pero atlético cuerpo de la muchacha. Era evidente que hacía ejercicio, tenía unos brazos formados.

—Si desean conocer bien este lugar puedo hacerles de guía. O se pueden unir a algunos de los senderismos que tengo organizado en los próximos días —les ofreció Elena con simpatía y buena disposición.

—Te tomo la palabra —se animó Sebastián de inmediato. Tuvo que moderar la tremenda alegría que le dio el ofrecimiento de Elena—, pero que sea algo en plan relajado. Más a mi medida, tengo una edad. Martín sí está en forma, él sí puede apuntarse a esos senderismos organizados.

Su hijo lo miró de forma reprobadora.

—No traigo el equipo, pero en otra ocasión —se disculpó con educación.

—Eso no es problema, mi padre te lo puede prestar. Si realmente estás interesado, claro —comentó Elena con amabilidad.

Tras los postres, un exquisito flan casero de huevos de campo, Carlos se puso serio e invitó a todos a ir hasta el sofá. Sentía que era él quién debía comenzar a decirle a Elena la verdad. Le hubiese gustado revelarle aquello en un momento de intimidad junto con su mujer, pero comprendía que Sebastián tenía derecho a estar presente en tan delicada situación.

—Señores, si me disculpan, tengo que hacer una llamada que no admite más retraso. Salgo un momento a la puerta. —Con la educación y el saber estar que lo caracterizaban, Martín salió de escena de inmediato. Sabía lo que vendría a continuación y sentía que sobraba en todo aquello.

Una vez se retiró, el tenso ambiente en el salón era evidente. Elena miraba con intriga a su padre y a Sebastián, ambos se dirigían miradas en silencio que ella no lograba entender. Rosa se limitó a tomarla de la mano y a acariciársela con nerviosismo.

—¿Qué ocurre aquí, mamá? —preguntó tensa. Era una persona muy lista y se dio cuenta de que la presencia de Sebastián allí no era la de una simple visita de cortesía de un antiguo amigo de su padre.

—Elena, hija —resonó la voz de Carlos, sentado frente a ella—. Tenemos que hablar contigo.

De inmediato, ante el tono de preocupación que notó en su voz, miró hacia Sebastián, sentado en un sillón a la derecha del sofá que ella ocupaba junto con su madre.

—Tranquila, cariño —alentó Rosa. Podía leer el miedo que se reflejaba en los ojos azules de su hija.

—Elena, hay algo que debes de saber —tomó de nuevo la palabra Carlos—. Lo último que deseo es causarte algún tipo de sufrimiento o dolor. Daría mi vida si pudiese evitar este momento, pero no puedo. Es necesario que conozcas una gran verdad. —Se retorció las manos sudorosas y se las pasó por la frente mientras se ponía en pie, claramente nervioso—. Ni siquiera sé cómo empezar —lamentó—. Verás, hija… Esto es difícil para nosotros. —Hizo una larga pausa y luego continuó—: Rosa y yo no somos tus padres biológicos.

—¡¿Qué?! —preguntó sorprendida, negaba con un gesto de la cabeza. Tenía lágrimas en los ojos ante tal revelación inesperada. Luego, clavó la mirada en Sebastián—. ¿Por qué me decís esto delante de este señor? —preguntó extrañada. No entendía nada.

—Elena, yo …—comenzó a decir Sebastián, con la voz tomada por la emoción del momento y sentir a su nieta tan rota.

—Por favor —le cortó de inmediato Carlos—, me corresponde a mí terminar esto.

Sebastián asintió bajo la atenta mirada de Elena, se apartaba las lágrimas que rodaban por sus mejillas mientras Rosa le tenía un brazo echado sobre los hombros en señal de apoyo.

—Tranquila, mi vida —susurró en el oído de su hija.

—Cariño, como te acabo de decir, nosotros no somos tus verdaderos padres. Aunque desde que llegaste a nuestras vidas, tu madre y yo, sentimos que eres tan nuestra como Virginia. Todo ocurrió muy rápido. Tu verdadera madre murió mientras te daba a luz en unas condiciones que no eran las más adecuadas. Carolina, así se llamaba ella, estaba secuestrada en ese momento. No dio tiempo de llegar a un hospital y falleció a los pocos minutos de tu nacimiento, tu padre decidió que Rosa y yo nos hiciésemos cargo de ti. Dejamos Madrid y nos instalamos aquí, lejos de gente que deseaba hacerte daño.

Con un gran dolor en el alma, Elena recibía la noticia más dura de toda su vida. Lloraba y temblaba sin atinar a pensar por qué sucedía todo aquello en esos momentos.

Carlos se aclaró la garganta, se paseó delante de su hija de nuevo y le hizo un gesto con la mano a Sebastián para que lo dejase terminar.

—No entiendo nada. ¿Dónde está mi verdadero padre? ¿Vive?

—Murió hace una semana. —Carlos se lo reveló con dolor.

—¿Y todos estos años? —preguntó con desesperación. Miró a su madre, pero ella permaneció callada.

—Ha cuidado de ti desde la lejanía. Déjame que te cuente cómo fueron las cosas para que entiendas tu historia. —Elena asintió asustada. Rosa y Sebastián aguantaron el tipo tras hacer grandes esfuerzos—. Tu padre, Andrés, y yo éramos amigos desde nuestra juventud. Ambos entramos a formar parte del servicio nacional de inteligencia del país. Teníamos misiones secretas y arriesgadas de las que no puedo hablarte. Tus padres estaban casados y felices. Andrés iba a dejar ese trabajo, aquella era la última misión, ya había pedido el traslado permanente a las oficinas para cuando tú nacieras. Pero todo salió mal. Nos descubrieron, escapamos y tomaron venganza con nuestra familia. Secuestraron a Carolina, con Rosa lo intentaron, pero por aquellos entonces recibía tratamiento para su enfermedad, estaba internada en el hospital, y no pudieron atraparla con tanta facilidad como a Carolina. Cuando

llegamos al lugar donde tenían secuestrada a tu madre algunos de ellos se escaparon. Andrés y yo teníamos una diana pintada en nuestra espalda. Él decidió darte por muerta, fingir mi muerte en el tiroteo del rescate y que llegase a sus oídos que Rosa había fallecido poco después como consecuencia de su enfermedad. De esa forma, nosotros cuidaríamos de ti mientras Andrés se encargaba de organizar un grupo y encontrar a quién ordenó el secuestro de tu madre. Tu verdadero padre no tenía familia. Tu madre era hija única, pero tenía a sus padres. Ellos nunca supieron de ti, les hicimos creer que naciste muerta.

—¡No puedo creer todo esto! —lamentó Elena con las manos en los ojos.

Rosa y Carlos tampoco podían creer lo que estaba sucediendo, pero así se habían dado las cosas, no tenían tiempo de hacerlo como les hubiese gustado, en familia y sin la presión de un próximo paso que presagiaban iba a ser peor que aquella noticia.

—Mi vida, este señor, Sebastián Quiroga, es tu abuelo. Hace muy poco que se ha enterado de que tiene una nieta —confesó Rosa, al ver que su marido se había quedado callado y no decía nada. Solo observaba en silencio el dolor de Elena.

Como si fuese un gesto a cámara lenta, ella volvió el rostro y fijó los ojos en los de Sebastián. Se había quitado las gafas y se enjuagaba las lágrimas con aquellas manos temblorosas marcadas por la edad.

En un gesto involuntario, nacido del gran corazón que siempre tenía para todo, se levantó y fue al lado de aquel hombre, un desconocido hasta el momento para ella, lo miró bien a los ojos y algo muy tierno se le despertó dentro. No supo explicar qué, pero verlo así de afectado la hizo llorar más. Sebastián se levantó, la abrazó y Elena le devolvió el gesto con el corazón encogido.

—Mi niña —resonó la voz de Sebastián mientras le acariciaba el cabello—. Tenerte es un regalo del cielo. He pasado demasiado tiempo solo. La vida no podía ser tan injusta conmigo.

Rosa y Carlos observaban la escena abrazados y con el corazón roto. Conocían a su hija y sabían por el mal momento que pasaba.

—Yo… yo… no sé qué decir. Estoy bloqueada —se excusó Elena cuando interrumpió el abrazo con Sebastián.

Rosa fue a su lado y ambas se abrazaron.

—Cariño, será mejor que descanses, asimiles todo y mañana será un nuevo día —le aconsejó con todo el amor de una madre.

Elena asintió. Tenía ganas de meterse en la cama y llorar. La vida se le había puesto del revés en un solo segundo y necesitaba pensar en muchas cosas.

—Descansa, Elena. Voy a permanecer en el pueblo unos días más. Mañana hablaremos cuando estés más tranquila. —Sebastián se acercó, le dio un beso en la frente y se despidió de Rosa y Carlos. Comprendía que necesitaban aquel momento de intimidad familiar, al fin y al cabo, él era un extraño para su nieta.

Al salir a la calle Martín lo esperaba recostado sobre la pared, fumándose un cigarrillo.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó nada más verlo aparecer.

—Creo que bien. Ya sabe que soy su abuelo y nos hemos abrazado. Necesita algo de tiempo. Mañana la volveré a ver, estaremos más tranquilos y hablaremos con más calma. —Martín lo abrazó y comenzaron a caminar.

—Vamos, te invito a una copa. Creo que ambos la necesitamos.

Sebastián no la rechazó, bebía en contadas ocasiones y esta lo merecía. Se encaminaron hacia el bar del hotel y allí se quedaron durante un largo tiempo. La noche estaba muy agradable y ambos sabían que no iban a conciliar el sueño con facilidad tras tantas emociones.

4

Elena pasó la noche más larga de su vida. Después de marcharse Sebastián, sus padres la acompañaron a la habitación y, con ella en la cama, como cuando era una niña, ambos sentados al lado, hablaron largo y tendido de lo mucho que la querían y lo seguirían haciendo siempre. Entre confesiones, Rosa le reveló que ella también había sido un agente secreto, pero se retiró a causa de la grave enfermedad que ya había superado. Elena sentía que estaba en un sueño, la vida acababa de rompérsele en mil pedazos y no sabía por dónde comenzar a recomponerla. Miraba a sus padres y algo fuera de lo común se le agolpaba en el pecho, pensaba en su abuelo y lo sentía como a un extraño y cuando recordaba a Virginia las ganas de llorar se apoderaban de ella. Solo podía pensar en el momento en que su hermana se enterase que en realidad no lo eran. Tenían una relación extraordinaria y el miedo a que eso se perdiese la abrumaba.

Sin ganas de abandonar la habitación ni la cama, Elena pasó allí casi todo el día siguiente. A media tarde, cuando refrescó, Rosa la animó para que saliese a dar un paseo, respirase aire nuevo y ordenase las ideas. Conocía a su hija mejor que nadie y sabía lo bien que le sentaba caminar o coger la bicicleta. Ella no estaba hecha para estar parada ni encerrada en una habitación, era un espíritu libre y soñador que siempre tenía mil ideas para realizar en mente.

Sebastián no salió de la habitación en todo el día, salvo para comer con su hijo en el comedor del hotel. Se estuvo encargando de muchos detalles, desde la distancia, para cuando Elena llegase a Madrid.

Martín también pasó la mañana haciendo gestiones delante del ordenador, pero tras una pequeña siesta, cuando refrescó un poco, salió a dar un paseo por el pueblo. Necesitaba estirar las piernas. Sin darse cuenta, se encontró parado frente a la puerta del bar de Carlos Galván, entró, el hombre lo invitó a un café y no hablaron mucho más, ya que había más clientes en el local. Martín no pudo resistirse a preguntarle por Elena. Para su sorpresa, el mismo Carlos lo animó para que fuese a ver a su hija y entablase amistad con ella, al fin y al cabo, se iba a convertir en su futuro marido. Era bueno que se fuesen conociendo un poco más antes de que ella recibiese la noticia.

Sin saber cómo, Martín terminó en la puerta de la casa de Elena. Rosa lo recibió, le comunicó que la muchacha no estaba, pero le indicó con detalle dónde la podría encontrar. Como madre, sabía que su hija necesitaba soltar todo lo que llevaba por dentro y hacer muchas preguntas que aún no había realizado, quizás Martín era la persona adecuada para que la ayudase en esos difíciles momentos.

Como siempre que necesitaba pensar y tomar una decisión importante en la vida, Elena se dirigió a uno de sus lugares favoritos, la Peña de Arias Montano, un sitio cercano a Aracena. Allí, en un alto de la montaña, se encontraba una ermita con unas vistas espectaculares. A Elena le encantaba sentarse bajo el arco blanco y perderse en sus pensamientos. Le maravillaba contemplar el atardecer desde allí. Se consideraba una privilegiada por poder disfrutar de aquel paisaje. Por lo general, era un espacio tranquilo, salvo los fines de semanas,

donde acudían muchos turistas.

Cuando perdió la noción del tiempo que llevaba allí sentada, pensando quién era realmente, se levantó y se dirigió a la baranda que tenía delante, como una especie de balcón desde el que se divisaba la sierra y el pueblo de Alájar a sus pies. Recordó la primera vez que fue allí de niña y el miedo que le producía asomarse, siempre lo hacía de la mano de su padre, en ese momento sintió el vértigo de años atrás. Cerró los ojos al mismo tiempo que los puños sobre el hierro de la baranda y dejó que el viento le azotase de lleno en la cara, se le revolvió el pelo y echó la cabeza hacía atrás, abrió los ojos y miró las nubes que tenía encima. Una sensación de paz la embargó y se sintió libre.

Justo en ese instante, Martín se acercaba por detrás. Mientras lo hacía, se preguntaba qué tipo de impulso lo había llevado a montarse en el coche e ir en busca de Elena. La observó a una distancia prudente mientras la repasaba de arriba abajo. Las bonitas piernas al descubierto de aquella mujer le llamaron la atención, llevaba unos vaqueros cortos que le sentaban muy bien. Desprendía un aire juvenil que hacía años no encontraba en nadie. Se quitó las gafas de sol y la miró mejor, mientras lo hacía, respiró hondo y se impregnó los pulmones de aire puro y con ese olor a naturaleza que lo renovó por dentro. Con paso lento y silencioso, se acercó a Elena hasta que se colocó a su lado.

—Preciosas vistas. —Con la mirada clavada al frente la sobresaltó.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendida, con los ojos muy abiertos y la vista puesta en él, lo reconoció al instante. No podría olvidar una cara y un cuerpo como el suyo. Era a la última persona que pensaba encontrarse allí.

Con ese aire interesante que caracterizaba a Martín, Elena lo observó apoyado en la baranda y relajado, admiraba las vistas. Se volvió a colocar las gafas de sol y ella lo catalogó como el gesto involuntario más sexi que jamás hubiese visto. Lo miró de perfil y admitió que era muy guapo, tan solo tenía una imperfección en aquella cara bonita, una pequeña cicatriz en la parte superior de la ceja derecha.

—Me pasé por tu casa y tu madre me indicó dónde encontrarte —contestó con aire despreocupado, sin ponerle mucho interés al asunto, mientras jugaba con los dedos de las manos.

—¿Y para qué fuiste a mi casa a buscarme? —se interesó sin dejar de prestarle atención.

—Quería saber qué tal estabas después de la noticia que recibiste ayer —le reveló ya de frente.

Suspiró algo agobiada y cambió de posición, cierta incomodidad le recorría el cuerpo al tratar con él, un extraño, ese tema.

—Estoy como si mi mundo se hubiese partido en mil pedazos y no sé quién soy ni donde estoy parada —confesó mientras se giraba y comenzaba a caminar con paso lento.

Martín la siguió.

—No debe ser fácil. Si te puedo ayudar en algo… —Ni él mismo entendió tal ofrecimiento, pero le salió solo. En la profundidad de los ojos azules de Elena podía leer la tristeza que la embargaba.

—Gracias. ¿Tú… eres mi tío? —preguntó resuelta y se paró de golpe, como si hubiese sido un descubrimiento.

De inmediato, él negó con un gesto de la cabeza y una amplia sonrisa le apareció en el rostro al ver la cara de desconcierto de Elena.

—Yo no soy nada tuyo. —Pensó que pronto sería su marido, pero no se lo dijo.

—Pero… eres hijo de Sebastián. Mi padre me lo dijo.

—Tu abuelo me adoptó hace muchos años, pero lo ha llevado como un secreto. —Hizo un gesto con la mano sobre sus labios a modo de que no lo revelase—. A los ojos de todos soy su hijo legítimo, pero no soy tu tío. No nos une ningún lazo sanguíneo.

Ella asintió en silencio sin saber cómo tomar aquello. Por un lado, la inundó cierto alivio de que ese hombre no fuese su tío.

—¿Por qué estás aquí? ¿Dónde está Sebastián? —preguntó de golpe.

—Tu abuelo espera a que estés preparada para hablar con él a solas, comprende que esto no es fácil. Nos alojamos en el hotel Convento de Aracena, por si quieres hablar con él. Supongo que tendrás mil dudas por resolver. Te aseguro que Sebastián te contestará a todo.

—Me da miedo hacer algunas preguntas. Siento que no quiero saber más. Mi vida era muy tranquila hasta ayer, pero creo que esa paz ya no volverá en mucho tiempo. En estos momentos me da la sensación como si hubiese vuelto a nacer, pero no sé qué rumbo tiene mi vida ni cómo manejar esto.

La sinceridad y el presagio de Elena hicieron que la piel de Martín se erizase. No pudo contener el gesto de ponerle bien el pelo que le tapaba la cara. Se lo colocó detrás de la oreja y le acarició la mejilla. Sin saber por qué, sintió pena por ella. Aún no sabía que todo iba a cambiar mucho más.

—Puedes hacerme algunas preguntas a mí, te responderé hasta donde pueda —se ofreció de buena gana.

—Tú sabes todo, ¿verdad?

—Soy el hombre de confianza de tu abuelo. Su mano derecha.

—¿Cómo es? —preguntó intrigada.

—Es la mejor persona que he conocido jamás. Es generoso, amable, atento y siempre mira por los demás. Estoy seguro de que cuando lo conozcas os llevaréis muy bien. Te quiere con locura, y daría la vida por ti, desde el momento en el que se enteró que existías, hace un par de días. Hasta la mirada y la energía le han cambiado, es otro hombre. Me da la sensación de que ha rejuvenecido diez años. No tengas miedo a conocerlo y hablar con él, te aseguro que lo está deseando.

—¿Tú conociste a mi verdadera madre? —preguntó casi con miedo. Le faltaban muchas piezas del puzle y tenía un gran lío en la cabeza.

—No, cuando yo llegué a la vida de tu abuelo hacía tiempo que ella no estaba, pero he visto fotos y Sebastián me ha hablado mucho de ella. Estoy seguro de que le encantará contarte cómo era.

Con un profundo suspiro, Elena echó a andar de nuevo. Martín la siguió unos pasos por detrás. De nuevo se fijó en aquel cuerpo menudo y ágil que caminaba deprisa.

—Si no eres mi tío… ¿qué somos? ¿Cómo debo llamarte y tratarte? —preguntó al darse media vuelta de golpe, y casi tropezó con Martín.

Un silencio se hizo entre ambos mientras él pensaba que no podía decirle que en poco tiempo lo tendría que tratar como a su marido.

—Podemos ser amigos, ¿qué te parece? —propuso de forma espontánea, no se le ocurrió otra cosa.

—Amigos —repitió con un gesto, asintiendo.

—Sí, conocernos y contarnos cosas de nuestras vidas. Al fin y al cabo, somos medio familia. Siempre tendremos en común a Sebastián, es tu abuelo y yo lo quiero y lo considero mi padre.

—Bien, seremos amigos. ¿Te puedo pedir el primer favor de amigo? —preguntó para

sorpresa de Martín.

—Sí, claro —pronunció con miedo, no sabía qué le iba a decir.

—¿Me puedes llevar con mi abuelo? Tengo ganas de hablar con él y me cuente muchas cosas.

—Claro, eso está hecho.

Ambos comenzaron a caminar en dirección al coche de Martín.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? En coche desde Aracena hay quince minutos, dudo que hayas venido andando.

—Le pedí a mi amiga Nora que me dejase aquí mientras hacía unas gestiones en Alájar. Ahora le aviso de que no tiene que recogerme. A veces vengo aquí en bicicleta, es un recorrido de unas dos horas y algo ida y vuelta, pero no lo hago en verano.

—Te gusta hacer deporte —afirmó Martín mientras montaban en el coche. Ella admiró el lujoso todoterreno negro. No estaba acostumbra a ver vehículos así.

—Sí. —Lo miró mientras conducía y fijó la vista en el musculoso brazo, era evidente que hacía ejercicio para mantenerlo de aquella forma—. Y tú, ¿qué deporte practicas? No creo que el desarrollo de tus músculos sea de genética —comentó para relajar el ambiente.

—Tengo un entrenador personal.

Martín se concentró en las curvas que los llevaban de nuevo a Aracena y Elena decidió no preguntar más. Estaba claro que era un hombre de dinero y hacía la vida de tal.

Cuando llegaron a la puerta del hotel, para sorpresa de ella, Martín no se bajó del coche.

—La habitación de Sebastián es la veintisiete. Yo voy a dar una vuelta. Espero que todo vaya muy bien.

—Gracias por todo.

Martín asintió. Pensó que pronto, cuando se enterase de que se tendría que casar con él, no se las daría con tanta amabilidad.

—¿Nos veremos de nuevo antes de que te vayas?

—Por supuesto.

Tras un breve y rápido apretón de mano, Elena se bajó. Martín arrancó y se marchó bajo la atenta mirada de ella, no entró en el hotel hasta que desapareció de su vista el coche. Lo catalogó como un hombre misterioso al mismo tiempo que guapísimo. De nuevo se alegró de que no fuese su tío, de lo contrario tendría un problema.

Con dos suaves toques de nudillos en la puerta, Elena llamó en la habitación de Sebastián. Estaba nerviosa. Le temblaban las manos y las piernas, no sabía qué iba a decirle cuando lo tuviese de frente. Ese hombre era su abuelo, pero ella sentía cierta culpabilidad por no sentirlo y quererlo como tal.

Nada más abrir y encontrarse con la persona que más deseaba ver en la vida, los ojos de Sebastián se empañaron y tuvo que quitarse las gafas para apartar las lágrimas que comenzaron a brotar de ellos. Una gran emoción lo embargó y en un gesto impulsivo se abrazó a Elena, llorando. Ella correspondió al gesto y también se emocionó, algo dentro de su cuerpo despertó y sintió a ese hombre como alguien muy cercano.

—Perdón, Elena. Perdona a este viejo —se disculpó por la efusividad con la que la recibió —. Pasa, por favor. ¡Qué alegría más grande tenerte aquí, mi niña! —Se hizo a un lado de la puerta y le ofreció pasar a la habitación.

Entró con paso inseguro. Aunque conocía bien ese hotel y al personal, organizaba excursiones con los clientes, nunca había estado en ninguna habitación. Por lo que apreció

nada más poner un pie allí, dedujo que su abuelo se alojaba en la mejor suite que tenían.

—Martín me dijo dónde encontrarte. Creo que si eres mi abuelo debemos hablar y conocernos mejor.

Emocionado, Sebastián admiró la nobleza y la bondad que se reflejaban en el rostro de Elena. Le recordó tanto a su fallecida hija que no pudo contener las lágrimas que de nuevo aparecieron.

—Te pareces tanto a Carolina, tu madre —reveló con añoranza, con la voz ronca.

Con amabilidad, lo tomó de la mano y lo ayudó a sentarse, le preocupó verlo tan nervioso.

—¿Quieres agua o algo? Tranquilízate, no me voy a ir.

Sebastián asintió y le indicó el minibar. Ella cogió dos botellitas de agua, también necesitaba que bajase el nudo que tenía en la garganta, y se sentó al lado de su abuelo.

—Esto es raro y difícil a la misma vez —confesó mientras tomaba un trago de agua.

—Lo sé, y me hago una idea de cómo debes sentirte, mi niña. Me pasa algo parecido. De la noche a la mañana me he enterado de tu existencia y otras más cosas.

Sin saber por dónde comenzar, de todas las preguntas que le bullían en la cabeza, Elena asintió con media sonrisa forzada.

—Me gustaría saber muchas cosas.

—Puedes preguntar con libertad todo lo que quieras. No hay nada que desee más en este mundo que nos conozcamos mejor.

El sentimiento que le transmitió la mirada limpia y sincera de Sebastián le dio un vuelco en el corazón. Observó con la sonrisa y el brillo en los ojos que la admiraba y se sintió querida sin necesidad de que se lo dijese con palabras. Pudo leer en el rostro de ese hombre que daría la vida por ella.

—Quiero saber cómo eran mis verdaderos padres, gustos, aficiones, cómo se conocieron y, sobre todo, sus muertes. Si hay algo que me estremece de toda esta historia es ese hecho.

—Comprendo —pronunció más serio. Adoptó una postura más rígida en la silla para tratar el tema con seriedad—. Deben de ser muchas las dudas que te abrumen. Prometo hablarte de tus padres y cómo murieron. Tienes derecho a saber la verdad. Es tu historia, al fin y al cabo.

—Gracias. Lo necesito para comprender mi vida y saber dónde dirigirla a partir de este momento.

Con un suspiro, Sebastián comenzó a contarle cómo se conocieron sus padres, cuando se casaron, la feliz noticia al saber que iba a ser abuelo, el dolor y sufrimiento por el secuestro de Carolina, su muerte, los años posteriores, el feliz momento en el que supo que Elena vivía y la extraña muerte de Andrés.

Tras más de dos horas, en las que prácticamente solo habló él, Elena supo casi todo de su reciente familia.

—¿Y mi abuela? —preguntó, ya que le extrañó que apenas la nombrase en todo el relato anterior.

—Ella se marchó tras la muerte de tu madre —comentó con un gran dolor, sin extenderse en más explicaciones.

—¿Alguien investiga la muerte de mi verdadero padre? ¿Cogerán al culpable? —preguntó con miedo. En todas las aclaraciones de Sebastián no le dijo nada sobre esto.

—Sí. Se encargan de ello.

Sebastián no le dio más explicaciones y ella pareció entender que su padre había muerto a causa de las arriesgadas misiones que desempañaba como agente secreto del gobierno.

Elena suspiró y se retorció ambas manos, sudorosas.

—¿Tienes miedo? —se interesó mientras se levantaba. Se dirigió hacia la ventana, observó que se había hecho de noche.

—No.

—No tienes que preocuparte por nada. Estoy aquí, y siempre estaré, para protegerte. Lo eres todo en mi vida.

Elena se dio media vuelta y lo miró. La distancia que los separaba le pareció eterna. Con pasos firmes se acercó a su abuelo y lo abrazó con sumo cariño, hasta ella misma se sorprendió, pero le salió sin pensarlo.

—Gracias por esta charla. Me has ayudado mucho.

—Gracias a ti por venir. Me has hecho muy feliz.

—Es tarde, me gustaría quedarme y seguir hablando y conociéndote, pero mañana debo levantarme a las seis de la mañana. Tengo un senderismo en bicicleta organizado con varios turistas. ¿Nos vemos antes de que te vayas?

—Por supuesto, mi niña.

—¿Te gustaría conocer el pueblo? Puedo hacerte una visita guiada. Martín también puede venir.

—Me encantaría y a él también, estoy seguro.

—¿Comemos mañana juntos? Puedo venir sobre las dos y media, y a la hora de más calor ir a la Gruta de las Maravillas. Es un lugar fresco y espectacular.

—Te espero mañana entonces.

Sebastián la acompañó hasta el ascensor y se despidieron con un nuevo abrazo y un beso. Elena nunca había sentido el cariño de unos abuelos y le gustó el que le mostraba.

Cuando salió del hotel, consultó la hora en el reloj de mano y comprobó que eran más de las once de la noche. Los excursionistas del próximo día deberían estar esperando la confirmación que siempre enviaba la noche anterior al grupo de WhatsApp que creaba. Cuando buscó el móvil en el pequeño bolso que llevaba, comprobó que no lo tenía. Se tocó los bolsillos del pantalón, tenía la costumbre de metérselo en la parte trasera, y tampoco estaba ahí. Hizo memoria y, de inmediato, recordó que debió dejarlo en el coche de Martín tras enviarle el WhatsApp a Nora para que no fuese a recogerla a la vuelta.

Con decisión, se dio media vuelta y se dirigió a la recepción del hotel. Conocía a todo el personal ya que contaban con ella como guía turística y monitora de los senderismos que el propio hotel organizaba para los huéspedes.

—Disculpa, Raúl. —El chico la miro un poco mal, la había visto subir horas antes, sabía quién era ella a pesar de llevar solo unos meses en aquel puesto de trabajo—. ¿Puedes llamar a la habitación de Martín Quiroga y pasarme con él?

—Elena…. —titubeó—. Sabes que no podemos hacer esto. Ese hombre se aloja en una de las mejores habitaciones, es alguien importante —lo comentó en tono bajito y mirando a ambos lados, para que nadie los escuchase.

—Lo conozco, ¿vale? Me he dejado el móvil en su coche y lo necesito. ¿Puedes llamarlo, por favor? —le rogó un poco crispada. Era tarde y quería irse a descansar cuanto antes.

El chico se lo pensó un poco y accedió tras mirarla con gesto interrogativo, pero no le dio más explicaciones. Ella suspiró con alivio cuando le pasó el teléfono. Solo le quedaba que no estuviese dormido. Necesitaba el móvil con urgencia.

Varios tonos del teléfono de la habitación sacaron a Martín de la ducha. Con paso ligero y anudándose una toalla azul marina de cintura para abajo, con todo el pecho mojado y descalzo, atendió la llamada.

—Martín, soy Elena —pronunció su nombre con un tono de alivio y desesperación al mismo momento—, perdón por la hora. Espero no haberte despertado, pero creo que me dejé el móvil en tu coche y lo necesito. Debo ponerme en contacto con un grupo de senderistas que tengo mañana organizado. Te llamo desde la recepción del hotel.

—No te preocupes. Estaba en la ducha. Si me das unos minutos, me visto, bajo y vamos a mi coche.

—Vale, gracias.

—Voy en cinco minutos.

Elena le dedicó una medio sonrisa forzada al recepcionista, no había dejado de escuchar la conversación en ningún momento y se alejó un poco. Decidió esperarlo en la entrada del hotel, necesitaba respirar aire fresco.

Nada más colgar el teléfono, Martín se secó el resto del cuerpo, fue al armario, cogió unos vaqueros al azar, una camiseta azul marina y se calzó unos deportes blancos. Ni siquiera se miró al espejo, salió de la habitación tras coger sus pertenencias.

Cuando Elena lo vio aparecer, faltaban unos metros para que llegase hasta ella, le dio un vuelco el corazón. Una mirada azul transparente se cruzó con la suya. La repasó de arriba abajo y la tomó con delicadeza del brazo para continuar andando juntos.

—Tengo el coche un poco más abajo —le indicó una vez se encontraron.

—Siento molestarte tan tarde.

—No te preocupes, no soy de acostarme temprano. ¿Qué tal fue con tu abuelo? —preguntó sin interrumpir el paso, con la mirada al frente.

Ella lo mirada de lado y se preguntaba cómo podía ser tan arrebatador. Era el hombre más atractivo que había visto en su vida, y en ello incluía a los de las revistas y televisión.

—Fue muy bien. Las horas que hemos pasado juntos hablando me han hecho sentir que nos conocemos desde hace algún tiempo. Es una buena persona. Mirarlo a los ojos me hace sentir por él cierta ternura que nunca se me había despertado por nadie —le confesó de forma espontánea.

—Me alegro. Estoy seguro de que vas a llegar a querer mucho a Sebastián.

—Yo también lo creo —afirmó sonriente.

—Aquí tienes el móvil. —Se lo entregó tras abrir el coche. Estaba en el asiento del copiloto boca abajo.

—Gracias. Como ya te dije, debo avisar a un grupo con el que voy de senderismo en bicicleta mañana. Aún no les confirmé la hora de salida.

—¿Qué ruta vais a hacer? —se interesó, apoyado en la puerta abierta del coche, sin dejar de prestarle atención mientras ella escribía en el teléfono.

—La ruta reina de la sierra. Partiremos desde la Peña de Arias Montano, haremos Alájar – Fuenteheridos – Galaroza. Es una de mis rutas preferidas, de una dificultad media. Hay paisajes espectaculares. Si te animas, nos puedes acompañar. No somos muchos.

—Me gustaría, llevo varios días sin practicar deporte y me vendría bien, pero me temo que no tengo el equipo adecuado.

—No te preocupes por eso, yo te lo consigo. Debes de tener la misma talla que mi padre, de ropa y pie, y la bicicleta no es un problema, en el hotel las alquilan. Un mini bus nos lleva hasta la Peña y de allí partimos todos. ¿Qué me dices? Acabo de quedar con ellos a las seis de la mañana en la puerta del hotel.

—Vaya, sí que os levantáis temprano por aquí.

—A las diez de la mañana hay que estar de vuelta porque luego hace demasiado calor,

pero comprendo que prefieras dormir hasta tarde. Hay a quienes no les gusta madrugar.

—Dormir no es unas de mis aficiones, te lo puedo garantizar. Me gusta aprovechar el tiempo y la vida. Creo que me vendrá bien hacer un poco de ejercicio, nunca he realizado senderismos rurales en bicicleta. Además, me gustará verte en acción, a ver si consigues rendirme. —Le giñó un ojo y en el rostro se le dibujó media sonrisa que hizo que a Elena se le acelerase el corazón.

—Hecho entonces. Dejaré ropa adecuada de mi padre en recepción temprano para que te la suban.

—Perfecto. Nos vemos mañana. —Ambos echaron a andar hacia la puerta del hotel de nuevo—. Te acompaño hasta tu casa, es tarde. —Continuó caminando en dirección a la casa de ella.

—No te preocupes, esto es un pueblo. Todos nos conocemos y nunca pasa nada.

—Insisto, por favor. Me gusta pasear y respirar el frescor de la noche.

Elena asintió y dejó que la acompañase, su casa estaba a pocos minutos.

—Buenas noches, Elena —se despidió Martín una vez llegaron.

—Buenas noches, gracias por todo. Hoy ha sido un día diferente gracias a ti. Lo termino mucho mejor de lo que lo empecé.

—No hay de qué. Siempre que lo necesites, ahí estaré para ayudarte. Somos familia, casi.

—Sí, eres casi mi tío —bromeó con una sonrisa.

—Casi. Que duermas bien. —Se dio media vuelta y se marchó.

Lo primero que hizo nada más entrar en casa fue ir hasta la ventana de su habitación, situada en la parte superior de la vivienda, y ver cómo Martín se alejaba calle abajo. Nunca había conocido a un hombre así y eso la tenía un poco descolocada, pero al mismo tiempo ni se le pasaba por la cabeza soñar algo con él.

Luego, se tumbó en la cama y contestó a los WhatsApp que tenía de Nora. Estaba preocupada por su amiga. Elena no le contó qué le ocurría, pero la tristeza de esta no le pasó desapercibida cuando la dejó en la Peña de Arias Montano. Si bien no era la primera vez que la llevaba allí y luego la recogía, supo que esta vez le pasaba algo importante.

Nora estaba a punto de casarse en unos meses. Tenía una vida feliz, y Elena no quiso empañar los buenos momentos por los que pasaba. En unos días se marchaba de vacaciones y si le contaba lo que le acababa de pasar se preocuparía y querría quedarse a su lado para apoyarla, eran como hermanas. Habían ido juntas a la guardería, al colegio y al instituto.

5

La ruta en bicicleta por los senderos de la sierra de Huelva fue una experiencia sin igual para Martín. Nunca pensó disfrutar tanto en una salida que casi hizo por compromiso. Durante el recorrido descubrió que Elena era una estupenda guía, condujo al grupo durante todo el tiempo con maestría y desenvoltura. En todo momento fue a la cabeza, y hubo ocasiones en las que a Martín le molestó cómo varios ciclistas la repasaban con interés de arriba abajo. Era una mujer menuda, pero muy bien proporcionada. Derrochaba simpatía y vitalidad. Era pura energía, no dejó de hablar durante la etapa, animó y alentó a todos hasta llegar al final del recorrido.

Cuando estuvieron de vuelta en el hotel ya comenzaba a hacer calor de verdad, todos iban con ganas de darse una ducha y tomar un buen desayuno. Elena se despidió del grupo y se hicieron una foto de recuerdo de todos los participantes, siempre lo hacía. Martín no se mostró muy participativo para esto, pero ella fue hacia él y casi lo obligó a posar.

—¿Contento con la experiencia? —preguntó antes de marcharse. Sostenía la bicicleta con una mano y sujetaba el casco con la otra.

—La he disfrutado. Creo que algún día volveré a repetir. Enhorabuena, eres una buena guía.

—Gracias. Creo que echaré de menos todo esto cuando me vaya de aquí. —Martín se puso rígido y frunció el ceño. Hasta donde sabía ella aún no conocía los planes de futuro trazados para su seguridad.

—¿Tienes pensado marcharte? —preguntó con sumo interés.

—Tengo un sueño y, aunque adoro este lugar, sé que aquí es imposible hacerlo realidad. Quizás en un año lo ponga en marcha.

—¿Se puede saber de qué se trata? —indagó con curiosidad.

—Me gustaría ser diseñadora de moda. He aprendido mucho de mi madre y he realizado algunos cursos a distancia, pero deseo hacer uno específico y montar mi propio negocio. Llevo ahorrando algunos años.

—Vaya —se sorprendió—. Nunca lo habría imaginado.

—Todo el mundo tiene un sueño. ¿Cuál es el tuyo? —Deseó saber un poco más de aquel hombre que le resultaba todo un misterio.

—Mi sueño ahora mismo es darme una ducha y tomarme un buen desayuno.

Elena sonrió de tal forma que le mostró que había pillado la indirecta, no quería hablar de él. Saltaba a la vista que era un hombre reservado.

—Bien, te dejo para que subas y te des esa ducha. Yo voy a hacer lo mismo. Ya nos vemos —se despidió alejándose de él sin montarse en la bicicleta, pensaba llegar a casa andando con ella.

—Adiós, Elena. Gracias por una de las sesiones de deporte que más he disfrutado nunca.

—Un placer, señor Quiroga —contestó de espalda a él.

Martín no vio la enorme sonrisa que Elena mostraba en esos momentos. Se sentía renovada y feliz, sin comprender del todo el porqué de ese estado.

Ella tampoco vio que Martín se quedó en la puerta del hotel, agarrado a la bicicleta,

mientras veía cómo se alejaba. De repente, sacudió la cabeza, le entregó la bicicleta al personal del alojamiento y subió a la habitación con una extraña sensación de energía y vitalidad que nunca antes había experimentado. Se sentía tan bien que tenía ganas de continuar haciendo más ejercicio. Se duchó y bajó a la piscina. Le apetecía nadar y refrescarse.

A las dos de la tarde, Martín bajó al restaurante del hotel, no había hablado con su padre en toda la mañana y la noche anterior quedaron en que comerían juntos. Cuando entró en el salón, se encontró con que Sebastián estaba acompañado en la mesa. Charlaba de forma animada con Elena, la reconoció de espaldas. Lucía un vestido de rayas, en tirantes, y llevaba el pelo recogido en una cola alta. Fijó la vista en la nuca de ella y recorrió con la mirada la espalda que quedaba desnuda.

—Martín, hijo, te estábamos esperando. —La voz de Sebastián lo alejó de los pensamientos en los que estaba inmerso. La maravillosa piel clara de Elena lo había dejado con deseos de acariciarla y sentir el suave tacto de aquel cuerpo.

De repente, se encontró con los ojos azules más limpios y despejados de maquillaje que jamás hubiese visto. Elena llevaba la cara lavada, sin un solo retoque de pintura, y eso le llamó la atención. La belleza que encontró en ella lo descolocó. Tenía las mejillas un poco sonrosaras, pero era natural. Observó que solo llevaba unos pequeños pendientes en forma de trébol, nada más. Ella se giró en el asiento, apoyó una mano en el brazo de la silla, y lo miró con atención. Por la expresión que le vio en el rostro, Martín supo que no sabía que se iba a reunir con ellos. Él también ignoraba que ella estaría ahí.

—No me comunicaste que comeríamos con Elena —le reprochó a Sebastián con tono amable—. Siento que me hayáis tenido que esperar.

—No importa. Mi nieta me contaba vuestro paseo de esta mañana. —Martín ocupó el lugar de la mesa que estaba destinado a él y la saludó con un leve movimiento de cabeza. Se sintió un poco incómoda, notó que no le hacía mucha gracia compartir almuerzo con ella y Sebastián—. A Martín le gusta tenerlo todo bajo control y saber cada paso que da. Relájate un poco, hijo —le disculpó. Lo conocía bien y supo, por la cara que le mostró al verla allí, que aquella comida había alterado los planes que tenía para ese mediodía.

—No me gusta llegar tarde ni hacer esperar a nadie. Considero que jugar con el tiempo de los demás es la mayor falta de respeto que existe.

—Como ves, es un hombre de negocios. Cada minuto cuenta. —Sebastián trató de relajar el ambiente.

—Estoy contigo, Martín. La puntualidad y el compromiso en algo es una seña de identidad, cumplirlo o no dice mucho de cada persona.

—Cada día admiro más a mi nieta —resonó la voz orgullosa de Sebastián mientras la observaba embobado.

Un camarero se acercó a ellos, pidieron la comida, la cual transcurrió mientras hablaban sobre los lugares a los que los llevaría Elena para que conociesen Aracena antes de marcharse en los próximos días.

Tras una extensa sobremesa en un ambiente muy relajado, en el jardín del hotel, bajo una sombrilla tomando una granizada cerca del frescor del agua de la piscina, Elena los animó a moverse un poco.

—Me gustaría que conocieseis la Gruta de las Maravillas. Es un lugar espectacular y os aseguro que allí abajo hace mucho fresquito. Es un recorrido de unos cincuenta minutos

aproximadamente.

—Me encantaría ir y que nos la enseñes —dijo Sebastián muy animado.

Martín permanecía callado. Ocultaba sus intensos ojos azules claros tras unas gafas de sol. Parecía sumido en sus pensamientos, pero no le quitaba atención a ella.

—Martín, hijo, si estás cansado, sube a la habitación. Yo voy con Elena.

—No. Os acompañaré. No voy a perderme de conocer la que dicen es la gruta más espectacular del mundo, y de la mano de una buena guía. En marcha. —Se puso en pie y se encaminó a la salida.

Sebastián tomó a su nieta del brazo y siguieron los pasos de Martín.

Una vez entraron en la gruta, descendieron muchos escalones, la oscuridad y la sensación de humedad del lugar se hizo notar de inmediato. Elena iba a la cabeza, Martín y Sebastián la seguían. No entraron con el grupo organizado que los precedía, ella pidió a sus compañeros hacer aquel recorrido de forma solitaria y guiándolo en exclusiva. Solo trabajaba de guía turística en la gruta en contadas ocasiones, cuando había más grupos o algún compañero no podía hacerlo, le gustaban más las visitas guiadas al aire libre.

—Haremos un recorrido de un kilómetro aproximadamente, es lo transitable al público. Habrá subidas y bajadas, pero las iremos haciendo progresivamente —les informó Elena.

A Sebastián le encantó verla metida de lleno en su papel. Era muy profesional en todo lo que se proponía.

—Este lugar es precioso, hija —admiró Sebastián.

—Había escuchado hablar de este sitio, pero verlo en vivo es impresionante. —Martín estaba asombrado con tanta belleza alrededor.

—Es un manantial inagotable. Tiene un conjunto de galerías, salones y lagos que ha labrado el agua —explicó—. Los iremos recorriendo todos poco a poco.

Comenzaron a caminar y Elena les fue explicando el origen de aquella gruta, y la evolución desde que abrió al público en 1914. Sebastián y Martín quedaron alucinados con el extenso recorrido y las explicaciones de ella. Al salir, ambos comprendieron a la perfección el nombre de la gruta. Eran auténticas maravillas lo que habían visto dentro.

Con la sensación de haber pasado uno de los mejores días de su vida, Sebastián se despidió de su nieta. Él y Martín la acompañaron cerca de su casa y volvieron al hotel, había sido un día intenso y necesitaban descansar.

—¿Cuándo le vas a decir que está en peligro y nos tendremos que casar? —preguntó Martín antes de entrar cada uno en su habitación. Estaba una enfrente de la otra.

—Mañana. No podemos esperar más. Elena debe saberlo todo cuanto antes. Hablaré con Carlos y me pondré de acuerdo con él por si desea estar presente en ese instante.

Martín asintió y se despidió de su padre. Le comunicó que no se reuniría con él en la cena. Tenía muchas cosas pendientes que lo mantendrían ocupado hasta bien entrada la noche.

Cuando Elena entró en casa fue directa a la estancia de costura de su madre, ella pasaba allí la mayor parte del día. Al cruzar el patio de la casa vio que sus padres hablaban. Por los movimientos de Carlos, se paseaba intranquilo y los aspavientos que hacía con las manos, dedujo que algo le preocupaba. Se acercó con sigilo y alcanzó a escuchar de qué hablaban.

—A mí tampoco me gusta que nuestra hija se aleje de nosotros, pero debes de reconocer que en estos momentos, dadas las circunstancias, es lo mejor para todos. —Rosa trataba de hacerlo entrar en razón. Su marido estaba desesperado y buscaba otras alternativas para la

seguridad de Elena.

—Es un buen plan el que se case con Martín y se marchen a Madrid, pero no dejo de darle vueltas al asunto y trato de encontrar otra forma en la que mi hija no tenga que sacrificar su vida. Tiene sueños e ilusiones, joder, y creo que todo esto terminará con la persona que ahora es. No quiero que cambie, y algo me dice que, en cuanto se vaya con Sebastián y Martín será otra, para siempre.

A punto de marearse y perder el conocimiento, Elena tuvo que sostenerse contra el marco de la puerta y respirar hondo. Sus padres estaban de espaldas a ella y no habían notado que estaba allí.

—Debemos hablar con ella ya. Exponerle la situación —propuso Rosa, angustiada.

Carlos se rascó el mentón y lo meditó por unos segundos. Aquella situación lo superaba.

—Creo que no hará falta, mamá. —Elena los miraba a ambos con los ojos muy abiertos y lágrimas en ellos. No entendía nada—. ¿Qué es todo eso de que me tengo que casar con Martín y marcharme a Madrid? —preguntó asustada, con el corazón acelerado.

—Es lo que pretende tu abuelo —le espetó Carlos con un tono de voz más alto de lo normal.

En el fondo de su ser deseaba que Elena se negase por completo al plan de Sebastián, por muy conveniente que fuese para todos. Él deseaba continuar la vida como hasta ahora, con sus dos hijas a su lado, y felices. Quería pensar que Elena no estaba en peligro, que no existían sospechas de que era hija de Andrés Verdoy y que nunca harían nada contra ella.

—¡¿Qué?! —Elena ahogó un grito y se llevó las manos a la garganta—. ¡No lo puedo creer! —Movía la cabeza a ambos lados.

—Elena, mi vida, deja que te expliquemos las cosas. —Rosa fue hasta ella y trató de calmarla.

—No hay mucho que explicar. Mi abuelo tiene planeado que me case con su hijo y me vaya con ellos.

Rosa y Carlos guardaron silencio. No le rectificaron. Carlos asintió y Rosa la abrazó.

Alterada y descompuesta por el descubrimiento que acababa de hacer, lloró en los brazos de su madre sin poder creerse que aquello le estuviese pasando. Entre tanto, sus padres le daban tiempo para que se calmase.

De repente, se deshizo de la protección que le brindaba Rosa.

—Voy a ver a mi abuelo y a ponerle las cosas claras —dijo con rabia mientras se apartaba las lágrimas de la cara.

Sin que les diese tiempo a detenerla, Elena salió corriendo y se marchó.

Rosa y Carlos escucharon el sonoro portazo. Ella esperaba que su marido saliese corriendo detrás de Elena, pero no lo hizo. Lo miró con cara de reproche y se revolvió el pelo, desesperada. Había sentido en carne propia el dolor y la decepción reflejada en los ojos de su hija.

—¿Es que no piensas ir tras ella? —gritó indicándole con una mano el camino que tomó Elena.

—No —reveló con pasmosa tranquilidad—. Creo que le corresponde a Sebastián contarle todo. Una conversación entre abuelo y nieta, a solas. Y sea Elena quien elija el futuro que le espera.

—¡Joder! —maldijo Rosa. Ella tampoco fue tras su hija. En el fondo, sabía que su marido llevaba razón. Le correspondía a Sebastián aclarar aquel tema con ella—. Nunca debió enterarse así —lamentó con lágrimas en los ojos.

—Ya no podemos hacer nada. —Estaba resignado.

Cuando entró en el hotel, Elena no se molestó en acudir a recepción y preguntar por Sebastián ni avisarlo para que bajase, eran más de las diez de la noche y supuso que estaría descansando después de la ajetreada tarde en la gruta. Como alma que lleva el diablo, recorrió el largo pasillo que la llevaría a encarar a su abuelo y decirle todo lo que tenía por dentro.

Sumida en sus pensamientos y en todo lo que pensaba reprocharle a Sebastián se tropezó con una persona que no vio venir. Tan solo sintió el choque contra el pecho duro de un hombre que la tomó por ambos brazos de inmediato para mirarla a la cara.

—Elena, ¿estás bien? ¿Ha pasado algo? —preguntó Martín, preocupado. La vio visiblemente alterada y con los ojos rojos, señal inequívoca de que había llorado.

—¡Déjame pasar! Tengo que aclarar un par de cosas con mi abuelo.

—¿Qué ocurre? —preguntó reteniéndola con más fuerza. No la pensaba dejar ir así.

—¡¿Que… qué ocurre?! —gritó alterada sin importarle nada—. ¿No lo sabes? —preguntó con media sonrisa forzada—. Nos vamos a casar, ¿no te lo han contado? —se burló con ironía. Al ver que Martín se quedó callado y no se sorprendió, dedujo que él era conocedor de todo—. Ya veo que lo sabes. —Lo miró con desprecio.

—Ven conmigo —ordenó, serio. La tomó con fuerza de la mano y casi la arrastró para que le siguiese a paso ligero. No era conveniente hablar nada más sobre ese tema en el pasillo de un hotel.

Elena se resistió, pero él era más fuerte, tuvo que ponerle una mano en la boca para que no gritase más y casi la llevó en volandas a la habitación. Una vez dentro, la soltó y se recostó sobre la puerta con los brazos cruzados a la altura del pecho, impidiéndole salir.

—¡Déjame hablar con mi abuelo! Contigo no tenga nada que aclarar.

—Cálmate y luego iremos a hablar con Sebastián.

—¿Cómo puede aparecer de la nada y pretender que me case contigo? ¿Y tú estás de acuerdo? —Lo miró de arriba abajo mientras él permanecía en silencio—. Estoy segura de que te sobran mujeres que se lancen a tus pies.

—¿Cómo te has enterado de todo? —preguntó con calma.

—Mi padre y mi madre hablaban y los escuché. Esto es asqueroso.

—Creo que no te han contado todo.

—Ah, ¿pero hay más? ¿Qué es todo esto? —exigió saber acercándose a él en actitud desafiante.

—Al parecer solo sabes que debemos casarnos.

—Y marcharnos a Madrid —apostilló.

—¿Nada más? —Ella lo miró con los dientes apretados—. ¿No sabes las razones por las que debemos hacer eso? —preguntó al dar por sentado que no se lo habían explicado.

Elena movió la cabeza. Sintió que Martín estaba en una posición superior a la de ella, manejaba más información y se burlaba de aquel berrinche.

—Tu padre no debió dejarte a medias. Siéntate —le ordenó con semblante serio—. Yo te lo explicaré todo. No es algo que me corresponda a mí, pero dadas las circunstancias, no es aconsejable que te presentes en ese estado ante tu abuelo. Estoy seguro de que vas a decir cosas de las que luego te lamentarás.

—No vas a convencerme con nada de lo que me digas —rebatió dolida.

—Solo te expondré la situación. Tú tienes la última palabra.

De malas formas, Elena se sentó en la cama y se cruzó de brazos, a la espera de las

explicaciones de Martín, se tomaba su tiempo moviéndose por la habitación. Fue al minibar y sacó dos botellas de agua, le extendió una.

—Ya sabes las intenciones de tu abuelo, que te cases conmigo y vengas a vivir a Madrid, pero no sabes las razones para esto. Bien, se trata de un plan para tu protección. Elena, estás en peligro. Si no te lo hemos dicho antes de una forma más clara ha sido para no preocuparte.

—¿En peligro por qué? —preguntó ansiosa por saber más.

—Cuando Carlos y Sebastián te contaron tu historia obviaron que las personas que mataron a Andrés Verdoy encontraron una foto tuya. Tu rostro estaba marcado con un lápiz rojo. Después de descubrir esto, cogieron a tu verdadero padre y lo mataron. Él temía por tu vida y le dejó una extensa carta a Sebastián revelándole la existencia de su hija y cómo protegerte de estas personas. —Martín observó que Elena se retorcía las manos, el pecho le subía y bajaba alterado—. Carlos y Sebastián temen que las personas que encontraron esa foto localicen dónde estaba realizada y den contigo. Si descubren que eres hija de Andrés Verdoy te matarán como a tus padres. —No le ocultó nada. Ya era hora de que supiese toda la verdad—. Yo no soy hijo biológico de Sebastián. Me adoptó cuando tenía doce años, pero se encargó de decir a todos que fui producto de un escarceo amoroso mientras estuvo casado. Siempre me han considerado hijo legítimo de Sebastián Quiroga, por ello el plan de que te cases conmigo es tan bueno —volvió a informarla para que entendiese todo—. Si te localizan y estamos casados nadie sospechará que puedes ser hija de Andrés y Carolina, nunca sería posible que Carlos y Sebastián permitiesen esa unión entre tío y sobrina. Nadie más debe de saber que Sebastián es tu abuelo. Si te casas conmigo será tu suegro a los ojos de los demás —resumió todo lo más que pudo.

—¡No puedo creer esto! —lamentó con lágrimas en los ojos—. ¿Y tú estás de acuerdo con este teatro? ¿Estás dispuesto a casarte conmigo sin conocerme de nada? —preguntó con miedo.

—No te confundas. Yo haría cualquier cosa que mi padre me pidiese. Le debo demasiado en esta vida. Él me ha rogado que acceda a este plan y he cedido. Por supuesto, sería un matrimonio de cara a los demás, de conveniencia —le aclaró con pasmosa tranquilidad mientras observaba como reaccionaba.

La confusión apareció en la cara de Elena. No había tenido tiempo de digerir todo aquello.

—Mi respuesta es no. No pienso casarme contigo, pero… ¿estamos locos? —Se levantó y se paseó por la estancia, visiblemente nerviosa.

—No debes de pensar solo en ti. También en Rosa, Carlos y tu hermana. Las personas que mataron a tu verdadero padre son muy poderosas, quieren venganza. No sería justo que expongas a los que más quieres en esta vida. Si llegan hasta ti, llegarán a ellos.

Tras escuchar esto, sintió como un fuerte escalofrío le recorría todo el cuerpo. Las piernas se le convirtieron en gelatina y tuvo que tomar asiento de nuevo. Se tapó los ojos con ambas manos y lloró. Aquello la superaba. Hasta el momento había tenido una vida tranquila y de un instante a otro la tenía patas arriba.

Martín suspiró y maldijo para adentro, no quería que le afectase verla así. La sentía indefensa y vulnerable. La pena y la compasión se le instalaron en el pecho e hizo que se sentase al lado de Elena y la abrazase. Estaba seguro de que necesitaba sentir la protección de alguien tras la dura revelación.

—¿Mi vida y la de mi familia corren peligro? —preguntó aferrada a Martín, mientras la sentía temblar.

—Sí, Elena. No te voy a mentir. Carlos te tiene puesta vigilancia desde que supo de la

muerte de Andrés, y Sebastián y yo montamos toda una estructura infranqueable de seguridad para tenerte protegida hasta que encuentren a las personas que mataron a tu padre.

—No quiero que a mis padres y a Virginia les pase nada —reveló casi aterrada de miedo.

—Acepta el plan que ha trazado tu abuelo y todos estaréis más seguros —le aconsejó mientras la miraba a los ojos y le colocaba el pelo bien detrás de las orejas.

—Me casaré contigo —asintió convencida de ello. Lo miraba muerta de miedo. Lo último que quería en el mundo era que sus padres o Virginia estuviesen en peligro por su culpa.

—Buena decisión. Todo va a ir bien. —Trató de tranquilizarla tomándole las manos entre las suyas.

—¿Por qué haces todo esto? —preguntó perdida en los ojos azules de Martín. Intentaba encontrar la respuesta en ellos.

—Por Sebastián, ya te lo he dicho. No hay nada en este mundo que no hiciese por mi padre. Tú eres lo más importante para él en estos momentos y yo el medio de salvarte. No hay más que hablar. Nos casaremos. —Zanjó resuelto.

Elena asintió, se mordió el labio y se arrojó a los brazos de Martín, llorando desconsolada.

—Lo siento —se disculpó de inmediato, tras darse cuenta de que no tenían apenas confianza—. Debería marcharme. —Intentó ponerse en pie, pero él lo impidió.

—No estás bien. ¿Por qué no bebes un poco de agua, te recuestas en la cama y te recompones antes de ir a ningún lado? Te puedo dar un analgésico para que te sientas mejor —le ofreció ante el claro signo que realizó con la mano en la frente, donde evidenció que le dolía la cabeza.

—Creo que la cabeza me va a explotar. No puedo pensar con claridad. —No sabía qué hacer. Nunca antes se había encontrado en una situación como esa.

—Ven conmigo. —La tomó de la mano y la llevó hasta la parte superior de la cama para que se recostase allí.

Elena, incapaz de pensar y tomar ninguna decisión en ese momento, hizo lo que le dijo.

Martín se quedó a su lado tras colocarle bien unos cojines, pero pasados unos minutos le sonó el móvil y se disculpó con ella para atenderlo. Se marchó al balcón.

En medio de la tormenta que la azotaba, con los ojos medio cerrados, Elena lo observaba moverse de espaldas y hablar con la persona que lo había llamado.

Cuando entró en la habitación de nuevo, la conversación se había extendido más de lo esperado, ella estaba dormida. Fue hasta su lado, se sentó y la observó bien. Cerró los ojos, suspiró y rogó porque aquel matrimonio fuese lo mejor posible. Elena era una buena persona y no se merecía todo lo que le acarrearía ser su mujer de cara a los demás. No sabía el mundo que le esperaba.

Salió de nuevo al exterior e hizo una llamada. Informó a Carlos de que su hija estaba bien y que pasaría la noche en una habitación del hotel. Su padre intentó ir a buscarla, pero Martín lo hizo entrar en razón y le pidió que le diese tiempo de asimilar todo.

En mitad de la madrugada Elena se despertó desorientada, en una gran cama que no era la suya y con cierto olor a tabaco que provenía del balcón abierto. Hacía aire y la cortina blanca de la estancia se movía. Asustada, se sentó en el colchón y trató de poner en orden sus pensamientos. Se llevó las piernas al pecho, se revolvió el pelo y cuando alzó la mirada Martín estaba de pie al lado de ella. Se sobresaltó y se movió al otro extremo de la cama.

—Tranquila. Estás en mi habitación. Te quedaste dormida.

—Es muy tarde —afirmó con la mirada puesta en la oscuridad de la noche que se divisaba por las vistas de la terraza—. Mis padres deben estar preocupados. Tengo que irme.

—Avisé a Carlos de dónde estabas. —Ella lo miró con los ojos muy abiertos—. Le dije que deseabas estar a solas y poner en orden tus pensamientos, que ibas a quedarte en el hotel a pasar la noche. No le especifiqué que estuvieses en mi habitación —le aclaró para que se quedase más tranquila.

Elena observó que la miraba con media sonrisa, como si fuese una quinceañera y no una mujer de veinticuatro años que no tiene que dar explicaciones a nadie de con quién pasa las noches.

—Aquí las cosas son diferentes a como lo deben ser en tu mundo. Esto es un pueblo, todos nos conocemos, y no tengo por costumbre pasar las noches fuera de mi casa sin avisar —le explicó molesta.

—Comprendo —asintió poniendo los ojos en blanco. Era consciente de que sus mundos eran muy diferentes, y no por el tema económico, sino por el ambiente que los rodeaba a cada uno.

Este gesto la cabreó aún más, se levantó de la cama y comenzó a ponerse las sandalias que estaban allí cerca.

—Me voy —resolvió con actitud desafiante.

—Si decides marcharte, te acompañaré a tu casa. No te voy a dejar ir sola. Ten en cuenta que si nos ven salir los de recepción a estas horas, mañana serás la comidilla del pueblo entero, pero si te vas mañana por la mañana, puede que con el ajetreo del día ni se den cuenta de que pasas por ahí. Tú misma, a mí me da igual. —Se encogió de hombros y esperó una respuesta.

Pensativa, con los puños cerrados y los dientes apretados, valoró la difícil situación en la que se encontraba.

—No puedo pasar el resto de la noche aquí. ¿Tú dónde vas a dormir?

—No te preocupes por mí. Cuando el calor me agobia, no soporto la cama, duermo en el suelo. —Ella frunció el ceño y lo miró en silencio—. Estoy acostumbrado.

Fue hasta Elena, la ayudó a quitarse de nuevo las sandalias, en el proceso no pudo evitar fijarse en las bonitas piernas que tenía, llevaba un simple vestido corto de verano, y la ayudó a meterse en la cama de nuevo.

—Mi futuro marido —pronunció despacio, trataba de asimilarlo, mientras le colocaba bien las sábanas para arroparla con delicadeza.

—¿Decepcionada? —Le siguió el juego.

—Mucho —reveló con los ojos fijos en él y la barbilla alzada—. Siempre deseé casarme por amor, y con el padre de mis futuros hijos.

En ese momento, Martín comprendió que Elena era muy diferente a todas las mujeres con las que se codeaba, pero al mismo tiempo también supo que en él nunca encontraría lo que ella buscaba. No creía en el matrimonio, mucho menos en el amor eterno, y siempre tuvo claro que no quería hijos.

—Lo podrás hacer cuando todo esto termine y nos divorciemos. Esto es una situación pasajera.

6

Unos repetidos toques, con insistencia, en la puerta despertaron a Martín. Dormido en el suelo, con solo un cojín en la cabeza, desde que logró conciliar el sueño a altas horas de la madrugada y vestido por completo, solo se deshizo de los zapatos, se incorporó y observó cómo Elena dormía profundamente. Fue a abrir con rapidez antes de que se despertase. Consultó la hora y era más de las nueve de la mañana. Él siempre se levantaba temprano, aunque se acostase el día anterior de madrugada.

Tras la puerta se encontró de lleno con Sebastián. De inmediato, salió al pasillo y la dejó a medio cerrar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Martín en un susurro.

—Me extrañó no verte en el desayuno. Te llamé y no me contestabas al teléfono.

—Estaba ocupado. —Incómodo, porque Elena se despertase, no quiso darle más explicaciones a su padre—. Te veo luego.

Comprendió de inmediato que su hijo no estaba solo en la habitación. Lo reprendió con una mirada socarrona y guardó silencio.

Una voz de mujer dentro de la habitación llamó a Martín. Este se puso rígido y Sebastián reconoció que se trataba de Elena.

—¡Joder! —maldijo con los dientes y los puños apretados—. Solo debías casarte con ella, no meterla en tu cama a los dos días de conocerla. Con mi nieta no. Eres un…

No le dejó terminar la frase. Le puso una mano en la boca para que no lo escuchase y se acercó a él más.

—No es lo que piensas —le susurró en el oído—. Nunca te traicionaría así. Luego te explico todo.

Sin darle margen de reacción, entró en la habitación y le cerró la puerta en las narices.

Encontró a Elena sentada en la cama con el pelo revuelto.

—Me asusté al ver la puerta entreabierta y no estabas.

—Hablaba con Sebastián en el pasillo —le reveló recostado sobre la pared, con los brazos cruzados a la altura del pecho, sin dejar de observarla.

—¿Sabe que he pasado la noche aquí? —preguntó con la voz entrecortada. Martín solo asintió con un movimiento de cabeza, serio, sin dejar de taladrarla con la mirada hasta el punto de ponerla nerviosa—. ¡Dios mío! —lamentó llevándose ambas manos a la cara.

—No te preocupes, ahora bajaré y le explicaré todo. ¿Quieres acompañarme y hablamos con él ambos?

—Prefiero que lo hagas tú. Quiero irme a mi casa y hablar con mis padres.

Martín asintió sin cambiar de postura. La observó levantarse.

—¿Todo sigue como anoche? —Deseó saber.

—Sí. No he cambiado de parecer. Me casaré contigo si es la única forma que toda mi familia esté más segura —manifestó resignada.

—Bien.

Martín se puso los zapatos y salieron juntos de la habitación. Se despidieron en la recepción del hotel. Elena se marchó y él se dirigió al comedor. Tenía una conversación pendiente con su padre.

De camino allí, se llevó la mano a la frente y se dijo que ni su anterior matrimonio le había dado tantos dolores de cabeza como presagiaba le iba a dar este. Había jurado no atarse a una mujer nunca más y ahí estaba, a punto de ser un hombre casado de nuevo.

Cuando Sebastián vio entrar a su hijo se levantó de la mesa de inmediato y le hizo una señal para que acudiese a él. Martín, de camino a él, situado al fondo en un lugar apartado, pidió un café bien cargado a un camarero. Con aire cansado y sin alterarse se sentó frente a su padre, esperaba ansioso una explicación.

Desde que escuchó la voz de Elena en la habitación de Martín había pensado mil cosas diferentes, y ninguna buena.

—Anoche escuchó una conversación entre sus padres en la que decían que tus intenciones eran que se casase conmigo. —Comenzó a explicarle—. Al parecer, Carlos no le dijo la conveniencia de ese plan para la seguridad de ella misma y su familia. Llegó al hotel hecha una furia y dispuesta a hablar contigo para poner las cosas claras. Me la encontré por casualidad, cuando bajaba para cenar algo, y decidí llevarla a mi habitación para que se calmase y explicarle cómo era la situación realmente. Se hizo tarde y en el estado de nerviosismo que tenía se quedó dormida. Ha pasado la noche en mi cama y yo en el suelo —le aclaró.

Con un suspiro que le encajó el cuerpo de nuevo, Sebastián normalizó la respiración. Tenía le pecho encogido desde que Martín apareció en el salón.

—¿Qué tal se lo ha tomado todo? —preguntó con miedo.

—Ha entendido la situación y está dispuesta a casarse conmigo e irse a Madrid por la seguridad de todos.

—No sabes la alegría que me acabas de dar, hijo.

Martín asintió. Él no sentía la misma.

—¿Dónde está Elena?

—Se ha marchado a casa. Supongo que tiene muchas cosas de las que hablar con sus padres y poner en orden la que será su nueva vida de ahora en adelante.

—Bien. Intentaremos que sea feliz y no se preocupe demasiado. Ya he hablado con la empresa de seguridad. Tu casa y la mía han sido reforzadas con nuevos sistemas. También he pedido que en cuanto Elena llegue a Madrid siempre la sigan dos guardaespaldas sin que ella sea consciente. No quiero abrumarla, por ello es mejor que estos siempre vayan de incógnito. Debemos de hacerle creer que con el simple hecho de que se case contigo, se traslade a Madrid y viva en un lugar con seguridad, todo estará controlado y ella a salvo.

—¿Por qué has reforzado mi casa? —preguntó con el ceño fruncido.

—¿Dónde piensas vivir con Elena?

—¿Vivir con ella? —inquirió abrumado—. Pensé que viviría contigo y solo haríamos vida de casados en público.

—Martín, en cuanto que la prensa se entere de que te has casado querrán saber cosas sobre ella y si tu faceta de mujeriego se ha reformado. Debéis convivir juntos y deberás ser sumamente discreto con tus futuros líos de faldas. Por mucho me que gustase la idea, Elena no es una mujer para ti.

—Está bien. —Accedió, sabía que lo que le exponía su padre era una gran realidad—. Mandaré a que acondicionen una habitación para ella.

—Gracias, hijo. Pásame todos los gastos. De todo lo de Elena me encargo yo.

—Creo que puedo permitírmelo. —Le hizo un guiño con el ojo y decidió bromear, aunque en realidad de lo que tenía ganas era de salir corriendo.

***

Cuando Elena llegó a casa, sus padres estaban sentados en la mesa de la cocina. Siempre desayunaban allí.

—Martín me contó como son las cosas en realidad —comentó con semblante serio, sin sentarse como esperaban ellos.

—Elena, aquí con nosotros también estarás segura. Pienso cuidar de ti como lo he hecho todos estos años. —Carlos fue hasta ella.

—Lo sé, papá. Sé que me queréis como a Virginia, pero esto es decisión mía. Voy a aceptar el plan de mi abuelo. Me duele marcharme y dejaros, pero ya sabéis que tenía intenciones de irme en un año o dos, a lo sumo, de aquí. Solo se han acelerado las cosas.

Con un gran amor, Carlos la estrechó entre sus brazos.

—Nunca te vamos a dejar sola. Siempre estaremos ahí para todo. Eres nuestra hija —le recordó.

—Siempre os querré y os estaré eternamente agradecida. Para mí siempre seréis mis padres, no conocí a otros.

—Te queremos, hija. —Rosa se levantó y se unió a ellos—. Nos tendrás ahí cada vez que nos necesites.

—Lo sé —murmuró, presa de la emoción.

—Estaré a tu lado, aunque sea desde la distancia, todos los días. Pienso coordinar toda la seguridad que Sebastián y Martín tengan pensada para cuando vayas a Madrid. De la de aquí me encargo yo. Conozco a cada persona de este pueblo y cada rincón.

—Gracias, papá.

Elena era consciente de que su vida iba a cambiar, pero Carlos sabía que no se imaginaba cuánto. Él había conocido el ambiente de Sebastián Quiroga, sabía lo rico que era, y estaba seguro de que, en un principio, su hija se iba a abrumar con todo eso. Elena era una mujer criada en la simplicidad de un pueblo de pocos habitantes. No estaba acostumbrada a la vida de la gran ciudad, y mucho menos la que supondría ser la mujer del hijo de Sebastián. Pero él no podía hacer otra cosa, solo estar ahí y velar porque no le pasase nada y fuese feliz dentro de las circunstancias.

Horas después, Elena fue al hotel en busca de Sebastián, deseaba hablar con él a solas y que le expusiese con detalles cómo iba a ser su vida de ahora en adelante. A Carlos no le quiso hacer demasiadas preguntas, no quería preocuparlo ni transmitirle la inquietud que le acechaba en esos momentos. Nunca hubiese imaginado que alguien quisiese hacer algo en contra de ella, nunca tuvo enemigos, todo lo contrario, se llevaba bien con todas las personas que conocía.

Cuando Sebastián abrió la puerta de la habitación, no se esperaba a Elena. Encontrarla de frente, y una vez que ella ya lo sabía todo, lo emocionó. Se abrazó a su nieta y le correspondió al abrazo. Elena había comprendido que su abuelo solo deseaba protegerla, si bien le había trazado una vida que no deseaba, era por su bien y el de su familia. Estaba dispuesta a sacrificarse porque todos estuviesen a salvo. Era una persona muy generosa, y siempre solía pensar antes en los demás que en sí misma.

—Tranquila, mi niña. Todo va a ir muy bien. Martín me lo ha contado todo. Celebro que ya sepas esta verdad. Es necesario que hablemos de muchas cosas cuanto antes.

Sebastián la hizo pasar a su habitación, allí tendrían la intimidad necesaria para tratar el futuro de Elena.

—Tengo algunas preguntas que hacerte —se atrevió a plantear, una vez sentada en un sofá que había en la gran habitación.

—Puedes hacerme todas las que desees. Cuando salgas por esa puerta no quiero que exista ninguna duda en tu cabeza. Ten siempre confianza conmigo para preguntarme y pedirme lo que te haga falta. Tengo mucho dinero, no te preocupes nunca por el tema económico en tu vida. Todo lo mío es tuyo desde que tuve conocimiento que existías.

Si Sebastián pretendía tranquilizarla en ese plano, consiguió todo lo contrario. El hecho de que su abuelo fuese tan rico la abrumó.

—Quiero empezar por el principio de todo para tratar de comprender esta historia. ¿Quién mató a mi padre?

—No lo sabemos con certeza. Personas expertas investigan la muerte y tratan de dar con ellos.

—¿Fueron las mismas personas que mataron a mi madre?

—A ella la secuestraron primero cuando estaba embarazada de ti, pero sí, el fin era matarla. Según Carlos y la carta que me dejó Andrés, la organización de criminales que creyeron desarticulada en el pasado no estaba extinguida. Hay alguien que busca venganza.

—No entiendo el porqué de esa venganza.

—Carlos, Andrés y Rosa se infiltraron en la organización. Era la misión que les encargó el gobierno. Cuando fueron a atentar en un centro comercial donde iban a morir muchas personas, gracias a ellos, eso no se produjo. Detuvieron a muchos, pero el jefe principal quedó suelto. Él fue el encargado del secuestro de Carolina. Después Andrés lo mató, pero, al parecer, hay alguien que quiere cobrarse aquello. Tu verdadero padre está muerto y sobre tu rostro hay una diana pintada. No saben que eres su hija, pero si investigan a fondo lo descubrirán tarde o temprano, por ello debemos tomar medidas.

—Entiendo —murmuró con la piel erizada. Su abuelo había sido completamente sincero y sintió un fuerte escalofrío por el cuerpo—. Si me caso con Martín conseguiremos alejarlos de mí y de toda mi familia, es lo que realmente me importa —concluyó.

—Sí. Casada con Martín y con unas medidas de seguridad en vuestra vivienda estarás a salvo. Lo único que no me gusta de todo esto es que no podré gritar a los cuatro vientos que eres mi nieta. Ni podrás llamarme nunca abuelo en público.

Elena sintió la pena que esto le producía. Se acercó a él y le tomó una mano entre las suyas en un gesto de cariño.

—No será para siempre. Algún día podremos hacerlo —lo animó al mismo tiempo que lo hacía con ella misma.

—Mientras, ante los demás, estaré muy orgulloso de ti como nuera.

—Me encantará tenerte como suegro —le siguió el juego, ambos sonrieron y se relajaron un poco—. ¿Cómo… cómo será mi vida en Madrid? —se atrevió a preguntar. Solo le faltaba por aclarar esa parte.

—Será cómo tú desees que sea. Te pondré a tus pies el mundo entero. Te debo mil regalos, mi niña. Tienes casi veinticinco años y no has recibido nada de este abuelo que desea darte todo lo mejor.

—Me refiero a mi vida con Martín, una vez casados.

—Viviréis juntos, en casa de Martín, eso es necesario. Es grande y ya está acondicionada en seguridad, cada cual tendréis vuestro espacio en casa, no te preocupes. Una vez estés

instalada en Madrid, piensa qué quieres hacer, lo que sea, lo haremos realidad.

—¿Cuándo nos tendremos que casar y marcharnos? —Era la pregunta del millón, la que más miedo le daba hacer y la respuesta que obtuviese.

—Cuando todo esté listo en Madrid y coordine algunas cosas con Carlos, pero pronto.

Ella solo asintió, en esos momentos no tenía cabeza para nada más. Solo pensar que se iba a marchar a la gran ciudad y que se convertiría en una mujer casada de cara a los demás mientras que convivía con un hombre al que no conocía la abrumaba. Le hubiese encantado preguntarle cómo era Martín, necesitaba conocer un poco más a la persona con la que iba a compartir su vida en un futuro, pero no se atrevió a hacerlo. Miró a su abuelo y se dijo que a él tampoco lo conocía, tan solo le transmitía mucha ternura cuando la observaba de aquella forma en la que podía adivinar que lo haría y daría todo por ella.

Tras una noche en la que le dio muchas vueltas al futuro, Elena se levantó temprano y se fue a su lugar favorito para pensar y relajarse. Solo sentada en la Peña de Arias Montano, admirando las vistas y el pueblo de Alájar a sus pies, podía sentir que la opresión que tenía en el pecho desaparecía. Recordó de nuevo el miedo que le daba de pequeña acercarse a la baranda que había delante del arco blanco, en ese momento no temía a la caída al vacío desde allí, temía a una vida y a un matrimonio que jamás hubiese imaginado.

La decepción ante un futuro incierto y no planeado la asolaba. Siempre deseó casarse por amor. Enamorarse hasta los huesos y darlo todo sin condiciones. Quizás esos sueños le impidieron encontrar el verdadero amor, a su edad aún no se había enamorado como su amiga Nora. Había tenido un par de novios, pero nada serio como para pensar en el matrimonio y en el hombre con el que quisiese pasar el resto de su vida.

Decidió entrar en la iglesia y contemplar el interior, rezar para que su nueva vida fuese bien. Se sentó en un banco y permaneció en silencio varios minutos. Cuando salió de nuevo al exterior, en una última visual al paisaje, observó a un hombre de espaldas y comprobó que se trataba de Martín, para su gran sorpresa. Se dirigía a la baranda donde ella había estado minutos antes. Con paso firme, fue hasta él.

—Precioso, ¿verdad? Para mí es el lugar ideal para pensar y estar sola. —Lo sorprendió cuando se situó al lado y lo miró con media sonrisa.

—Necesitaba dar un paseo, y no sé por qué terminé aquí —se excusó. No esperaba encontrarla allí—. ¿Qué tal estás? —preguntó mientras apoyaba la espalda y los codos en la baranda, mirándola de medio lado.

—Mejor. Ya he hablado con mis padres y con mi abuelo.

Martín asintió y cruzó los pies, miró a ellos y luego lo hizo al frente mientras respiraba hondo. Se había enfrentado a duras situaciones en la vida, pero casarse con Elena y volver a compartir espacio con una mujer se le hacía muy difícil.

—¿Estás preparada para lo que viene? —se atrevió a preguntar.

—¿Lo estás tú? —Deseó saber. En aquel barco del matrimonio iban de la mano.

—Yo ya he estado casado antes. Para mí no es nada nuevo. —Quiso hacerse el fuerte a la misma vez que sorprendió a Elena, ella ignoraba ese dato.

Le dieron ganas de hacerle mil preguntas sobre su anterior matrimonio, pero le pareció una indiscreción. No eran amigos ni tenían confianza pese a ser su futuro marido.

—Mi abuelo me dijo que viviremos en tu casa.

—Sí, es grande. No te preocupes. Prepararé una habitación para ti. Yo no paso mucho tiempo allí, trabajo la mayor parte del día.

—¿Qué haces? —preguntó con curiosidad. De repente, necesitaba saber mucho más de él.

—Soy el vicepresidente del Grupo Quiroga. Entre tu abuelo y yo dirigimos la cadena de televisión más exitosa del país.

—¿Te gusta tu trabajo? —Para ella era fundamental dedicarse a algo que la impulsase a levantarse por las mañanas.

—Sí. Nunca imaginé llegar hasta donde estoy. —No le dio más explicaciones, ambos comenzaron a caminar hacia los aparcamientos.

—¿Qué te inquieta a ti? —se atrevió a preguntar tras unos instantes de silencio.

—Me inquieta cómo será nuestra convivencia y cuánto tiempo vaya a durar esto. —Fue sincero con ella.

—Siento haber alterado tus planes —se disculpó sin saber por qué.

—Yo espero no alterar demasiado los tuyos. Tendrás que acostumbrarte a mi vida más que yo a la tuya. —Le hizo saber con amabilidad.

—Intentaré no ser un obstáculo.

—¿Tienes pareja o alguna ilusión en estos momentos? —se interesó Martín. Era algo de lo que no habían hablado. Intuía que no, pero necesitaba la confirmación expresa.

—No —respondió sin dar más explicación—. ¿Y tú?

—Nada de lo que nos debamos preocupar.

Al pasar por el lado de un arco de piedra, casi derrumbado por un lateral, Elena se quedó mirándolo. Martín continuó andando y se paró en seco cuando se dio cuenta de que ella no lo acompañaba. Miró hacia atrás y vio tal expresión de añoranza en su rostro que lo enterneció.

—¿Qué ocurre? —preguntó ajustándose las gafas de sol.

—Es el arco de los novios —explicó ella con cierto tono de nostalgia—. La leyenda popular dice que la pareja que pase debajo de él cogida de la mano se casará con toda seguridad. Siempre imaginé hacerlo.

Con la decisión que lo caracterizaba, Martín dio dos zancadas, se situó al lado de ella, la tomó fuerte de la mano, Elena se estremeció al sentir el contacto, y pasaron debajo del arco.

—¿Por qué has hecho eso? —protestó sorprendida, sin soltarse aún de la mano.

—Nos vamos a casar con toda seguridad. —Le sonrió y tiró de ella para continuar caminando, nunca había creído en ese tiempo de leyendas—. ¿Te apetece tomar algo? —propuso al pasar por un bar que había allí mismo—. Es bueno que nos conozcamos un poco más. Me gustaría saber cosas sobre ti.

Elena aceptó. Se sentaron en la terraza y pidieron dos cafés, apenas eran las once la de mañana.

—¿Cuándo nos casaremos? —Fue ella la primera en hacer la gran pregunta que su abuelo había dejado sin respuesta concreta.

—Esta mañana he hablado con mi padre. Debemos ir a Madrid a cerrar unos asuntos, como mucho será una semana. Podrías quedarte aquí para recoger todo y organizarte. Vendríamos por ti y ya nos casaríamos. Diremos a todos que fue una boda sin pensarla, el plan es que me enamoré de ti nada más te conocí y decidí que eres la mujer de mi vida.

—Vaya, cuantas mentiras —bromeó.

—Son necesarias.

—Lo sé, comprendo la situación.

—¿Qué te gustaría hacer una vez te instales en mi casa y estemos casados?

—Mi meta es ser diseñadora de vestidos de novia. Montar mi propio taller y cumplir el sueño de muchas mujeres, ser quién diseñe el traje más importante de sus vidas. Pensaba

trasladarme a Sevilla en un año y comenzar a cumplirlo.

Le sorprendió el entusiasmo con el que defendió qué deseaba hacer en el futuro.

—Tu abuelo y yo te ayudaremos en todo lo que necesites. Una vez establecida allí, piensa cómo lo quieres y lo pondremos en marcha.

—Nunca he estado en Madrid —le reveló casi con miedo. En cierto modo le asustaba pasar de vivir en un pueblo a la gran ciudad.

—Yo mismo te haré un tour por los principales sitios de la ciudad. Te gustará. Además, es el mejor lugar para lanzarte como diseñadora. Tu abuelo tiene muchos contactos. Vas a triunfar.

—Prefiero ir poco a poco —pronunció con miedo.

—Tú marcas el paso, yo te sigo. —La miró por encima de las gafas de sol y le sonrió.

Elena le correspondió al mismo tiempo que pensaba en los esfuerzos que tendría que hacer para no enamorarse de ese hombre que cada día le resultaba más atractivo.

***

Al día siguiente, en la puerta del hotel, Elena se despidió de su abuelo y Martín. Se marchaban unos días a Madrid y volverían en una semana para recogerla y llevarla con ellos. Mientras, Carlos cuidaría de su hija mayor, a la más mínima sospecha de algo avisaría al grupo de policía encargado de la muerte de Andrés y todos tendrían protección oficial, pero no haría eso a menos que fuese necesario, no deseaba someter a su familia a aquella presión. Una vez activado ese protocolo todo se le escaparía de las manos.

Virginia llegó a casa tras unos días de vacaciones en la playa con un grupo de amigas.

Al terminar la cena en familia, en la que notó algo de tensión, Carlos y Rosa la pusieron al tanto de lo ocurrido en su ausencia. Lo pensaron mucho antes de ella regresar, y entre los tres decidieron que Virginia debía estar al tanto. Elena y ella eran más que hermanas, lo sabían todo la una de la otra, y para Elena hubiese resultado un mal trago mentirle y decirle que se casaba por amor de la noche a la mañana con un desconocido.

Una vez a solas ambas hermanas, en la habitación que habían compartido desde pequeñas, cada cual tumbada en una cama, hablaban del futuro de ambas. Virginia estaba triste por tener que separarse de Elena.

—Podrás venir a verme. Martín me dijo que tendré un cuarto para mí, te puedes quedar ahí conmigo. —Trató de animarla.

—Papá dijo que en un tiempo prudencial no era recomendable que te visitásemos.

—Quizás sean solo un par de meses, hablaremos por teléfono a diario y nos conectaremos por internet.

No había nada que dijese Elena que pudiese con la tristeza que embargaba a su hermana. Sentía que la perdía para siempre.

—Ya nada será igual —protestó. No le había afectado tanto el hecho de saber que no eran hermanas de verdad, como el de tener que separarse.

—Tarde o temprano teníamos que hacer nuestras vidas. Sé que todo ha ocurrido muy deprisa —lamentó Elena al tratar de justificar que se distanciarían en unos días.

De repente, Virginia se incorporó de la cama en un salto y fue por el ordenador portátil, estaba en una estantería de la habitación.

—Si tu futuro marido es el vicepresidente del Grupo Quiroga, debe ser famoso y haber

fotos de él en internet. Quiero ver la cara del hombre que será mi cuñado —bromeó cambiando de actitud. Virginia era una persona muy alegre y resuelta, una polvorilla como su madre le llamaba.

Virginia solo sabía de Martín que era ocho años mayor que su hermana e hijo adoptivo de Sebastián Quiroga.

—Es guapo y simpático —comentó Elena como si nada, sin dar más detalles.

Cuando Virginia tuvo una foto de él en la pantalla emitió un sonoro grito de júbilo y se llevó ambas manos a la boca.

—Si está buenísimo. Madre mía, este hombre es como los de las revistas. —Lo admiró con los ojos muy abiertos—. ¡Qué suerte has tenido! Vas a ser la envidia de muchas mujeres. Levantarte y desayunar con este hombre ya te alegra el día.

—Es un matrimonio pactado, habrá semanas en las que ni lo vea, aunque vivamos en la misma casa. Ya me dijo que trabaja mucho.

—E irá también muchas horas al gimnasio, tiene un cuerpazo. —Virginia estaba alucinada —. Es guapísimo, qué ojazos tiene. Y ese pelo tan corto, casi rapado, le da un toque canalla que me encanta.

—No le deben faltar mujeres alrededor. Solo sé que estuvo casado —le reveló a su hermana.

—Y ahora será tu marido —bromeó Virginia con una gran sonrisa. Le gustaba para Elena —. Hacéis buena pareja.

—¿Qué importa eso? Nada es real.

—Podrás presumir de marido cuando salgas con él —le guiñó un ojo y sonrió—. Y quién sabe si surja algo entre vosotros. Vais a vivir juntos y pasaréis muchas horas en la misma casa.

—¿Tú crees que alguien como yo le interese a Martín Quiroga? Debe de estar acostumbrado a otro tipo de mujeres, elegantes y sofisticadas.

—Eres guapísima, hermana. Siempre envidié tus ojos azules y tu pelo sedoso, y tienes un cuerpo espectacular. Si a eso le añadimos que tienes un corazón más grande que la tierra entera, debe estar muy ciego para no ver que eres la mujer perfecta.

—No digas tonterías. —Hizo un aspaviento con la mano para que se callase.

—¿Me vas a decir que no te gusta ni un poquito? —preguntó con una sonrisa socarrona.

—Es muy guapo, no te lo voy a negar. Es el típico hombre que es imposible no mirar. Por ahora, ha sido muy amable y atento conmigo. Creo que llevaré bien la convivencia con él.

—Te gusta —revolvió Virginia con una amplia sonrisa.

Elena le tiró un cojín a la cabeza y ambas hermanas terminaron entre risas y achuchones en la cama, como cuando eran pequeñas.

A la mañana siguiente, Elena se levantó con una sonrisa en la cara cuando apagó el despertador del móvil y vio que tenía un mensaje de Martín en el que le decía:

Buenos días, ¿cómo está mi futura esposa? Estamos destinados a casarnos, recuerda que ya pasamos juntos por debajo del arco de los novios. Estaré muy ocupado durante todo el día, pero cualquier cosa siempre puedes llamarme.

No esperaba un mensaje como ese de él. Se quedó pensativa unos segundos, sin saber qué contestarle. Por fin escribió:

Buenos días, futuro esposo. Yo también estaré muy ocupada. Debo hacer las maletas y prepararme para mi nueva vida.

Martín no le contestó más hasta aquella noche.

Futura esposa. Mi casa ya está lista para recibirte. Te envío fotos de cómo quedó tu habitación. Si aprecias que falta algo o no te gusta lo que sea, solo tienes que hacérmelo saber. Del resto de la casa podrás cambiar lo que desees, para tu comodidad, cuando estés instalada. Buenas noches.

Tras leer aquel mensaje el corazón de Elena se aceleró. Martín Quiroga tenía el don de alterarle la vida. Admiró las fotos que adjuntó, le encantó todo lo que vio en ellas y se lo hizo saber deseándole también buenas noches.

7

En los dos días sucesivos, Elena no tuvo noticias de Martín ni de su abuelo. No los molestó porque supuso que estarían muy ocupados. A la siguiente mañana, tocaron a la puerta mientras la familia Galván desayunaba al completo. Elena fue a abrir y se encontró con Martín. No lo esperaba ni le había avisado de que vendría.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendida.

—¿Puedo pasar y te lo explico? —resonó su voz muy seria, tanto que a Elena le preocupó.

—Claro, pasa, pasa. —Se hizo a un lado y él entró.

Carlos, Rosa y Virginia se levantaron de la mesa y acudieron al salón. Martín los saludó de forma breve, no hubo una presentación formal con Virginia. Ella se le quedó mirando y pensó que en persona era mejor que en las fotos.

—Debes acompañarme, Elena —comenzó a decir—. No traigo buenas noticias, lo siento. Tu abuelo ha sufrido un infarto cerebral y se encuentra en el hospital. La situación es delicada. Me ha pedido que te lleve junto a él cuanto antes.

Ella tuvo que sentarse de inmediato ante la impresión. Virginia y Rosa acudieron a su lado mientras Martín continuó poniéndolos al tanto con detalles médicos.

Mientras Elena lamentaba la situación, Rosa y Virginia la consolaban. Martín se dirigió a Carlos y mantuvieron una breve conversación, apartados. No había tenido tiempo de informarlo de lo ocurrido con Sebastián, todo sucedió demasiado deprisa.

—Será mejor que nos pongamos en marcha cuanto antes —comunicó Martín a Elena—. Coge algunas cosas que vayas a necesitar, el resto mandaré a alguien para que lo recoja.

Virginia se ofreció para ir a por la maleta de su hermana. Ya tenía preparada algunas cosas para marcharse la próxima semana.

—¿Se va a morir? —preguntó Elena con mucho miedo y algunas lágrimas en los ojos.

—Hay que esperar a ver cómo evoluciona. Está en una de las mejores clínicas del país y lo tratan buenos médicos.

Elena suspiró agobiada. No deseaba perderlo ahora que lo había encontrado.

Entre nervios y prisas, se despidió de su familia. Carlos, contrariado, no le gustaba que se marchase de aquella forma, pero no pudo evitarlo.

Cuando se montaron en el gran todoterreno negro en el que llegó Martín, Elena observó que un hombre estaba al volante. Él tomó asiento junto a ella en la parte trasera.

—He traído al chófer de mi padre para que conduzca a la vuelta —le explicó una vez en marcha.

Elena solo asintió. No sabía qué decir, estaba tan abrumada que no le salían las palabras. Mientras veía pasar el paisaje a través de los cristales tintados del coche, un sentimiento de abandono se le instaló en el pecho. Rogó a los cielos para que su abuelo se recuperase y cerró los ojos mientras recostó la cabeza sobre el asiento, sentía que le iba a explotar. Estaba muy cansada, desde que supo que se tenía que casar con Martín Quiroga no dormía por las noches, solo pensaba en su nueva vida.

Sentado al lado, Martín la observó. Supo que necesitaba estar en silencio y ordenar sus pensamientos. Todo había pasado demasiado deprisa.

Elena se quedó dormida sin querer, se despertó cuando entraron en Madrid. Martín había estado atento a ella casi todo el camino mientras la admiraba por la gran fortaleza y valentía que había demostrado desde que la conoció. Pocas mujeres lograban captar tanto su atención y ella lo consiguió desde el primer minuto.

—Hemos llegado —anunció cuando el coche se paró delante del hospital.

El chófer abrió la puerta de Elena, bajó del vehículo medio avergonzada por haberse dormido como un bebé durante el viaje. Se reunió con Martín y alzó la vista hacia el alto y elegante edificio donde se encontraba su abuelo. Había soñado en muchas ocasiones con visitar la capital, pero nunca se imaginó en tales circunstancias.

Cuando entraron en el hospital le llamó mucho la atención que todo el personal parecía conocer a Martín. Le saludaban con confianza. Elena permaneció a su lado y se limitó a sonreír con timidez a las personas que se fijaban en ella.

Una vez en el largo pasillo que llevaba hasta el lugar donde Sebastián se encontraba, Martín la tomó de la mano con firmeza sin decirle nada. Ese gesto la sobresaltó y él lo notó de inmediato.

—Recuerda que nadie puede saber que eres la nieta de Sebastián. Estás aquí por ser mi prometida. Es lo que deben creer todos —le advirtió en un susurro pegado a la oreja. Elena lo miró con los ojos desencajados y reprochándole no habérselo dicho antes—. Estuviste casi todo el camino dormida, apenas tuvimos tiempo de hablar —le aclaró con tono amable y media sonrisa.

La incomodidad que ella sentía en esos momentos por ir de la mano de Martín nunca la había experimentado antes. Él parecía que estaba acostumbrado, lo llevaba con tal naturalidad que lo admiró.

La habitación de Sebastián estaba al final del pasillo, en un rincón. Era la más grande de la planta. Una enfermera los acompañó en cuanto que Martín se acercó a la sala de espera que precedía a la habitación. Elena se impresionó cuando vio a Sebastián. Estaba conectado a un montón de artilugios y tenía los ojos cerrados.

Cuando se acercó y le tocó la mano, con el breve contacto, abrió los ojos. Ella se asustó, pero Martín la miró y asintió transmitiéndole que todo estaba bien. La enfermera comprobaba que los aparatos electrónicos a los que estaba conectado fuesen bien y tomaba notas en un papel. Hacía su trabajo, ajena a ellos.

—Abuelo —pronunció muy bajito Elena, para que solo él lo escuchase, con ojos llorosos y muy emocionada. Era la primera vez que lo llamaba así. Le dio un beso y lo miró de nuevo a los ojos—. Tienes que recuperarte. Ya estoy aquí. Yo cuidaré de ti. Te vas a poner bien.

Un emocionado Sebastián intentó comunicarse con Elena, pero no pudo. Ella solo apreció las lágrimas que rodaron por sus mejillas.

—Ha perdido la movilidad en la mitad del cuerpo y esto le ha afectado al habla —le informó Martín—. Quise esperar a que estuvieses aquí para decírtelo. No había necesidad de que tuvieses un viaje más angustiada de lo que ya estabas —le explicó en un tono bajo de voz, que solo escuchó ella.

Cuando iba a replicarle, se abrió la puerta y entraron dos médicos. Martín se los presentó y estos los pusieron al tanto de las últimas horas de Sebastián. La evolución era muy buena, el habla y la movilidad perdida la podría recuperar poco a poco. Con algunos intensos meses de rehabilitación volvería a andar por sí solo y a hablar.

Tras unas noticias tan esperanzadoras, cuando los médicos y la enfermera abandonaron la habitación, en un impulso, Elena se abrazó a Martín. Lo cogió desprevenido, pero le

correspondió. Ambos suspiraron y sintieron que era lo que necesitaban, el apoyo del otro.

Sebastián, que observaba lo que ocurría entre ambos a los pies de la cama, sonrió. Le agradaba ver que semejante e inesperada situación servía para unirlos más.

Con un quejido que llamó la atención de Elena y Martín, les indicó con los ojos que les quería decir algo. Trató de hablar, hacía grandes esfuerzos, pero solo emitió balbuceos imposibles de interpretar. Como pudo, con la mirada, le transmitió a su hijo que le llevase papel y bolígrafo. La parálisis del cuerpo le había afectado a toda la zona derecha, pero él era zurdo.

Con decisión, Martín salió de la habitación en busca de lo indicado mientras Elena le tomó la mano y trató de tranquilizarlo. Cuando regresó, se lo puso en la cama y Sebastián cogió el lápiz con mano temblorosa. Comenzó a escribir con letra dispar mientras Elena y Martín esperaban a que terminase. Al finalizar, Martín cogió el cuaderno y leyó:

—Casaos ya. Hoy. Si yo muero no testamento. Cuida de ella.

Con esas escasas palabras, poco inconexas, Martín entendió todos los miedos de su padre y lo que trataba de transmitirle. Asintió y miró a Elena, ella no entendía nada de lo escrito en aquel papel.

—Tu abuelo quiere que nos casemos ya. No ha modificado aún el testamento y no estás incluida en él. Si muere no tienes derecho a nada. Para quedarse tranquilo quiere que nos casemos, tengas un buen respaldo económico a mi lado y la protección de tu vida por lo que nos acecha en estos instantes.

Elena lo miró como si estuviese loco y movió la cabeza en señal de negación. Sebastián protestó al verlo y se alteró.

—Papá, tranquilízate. —Martín lo tomó de la mano y lo miró a los ojos—. Será como tú quieras. Elena, lo importante en estos momentos es que esté sin preocupaciones. El hecho de no resolver esta situación lo altera —le explicó con la mirada puesta en la máquina que indicaba que le habían subido las pulsaciones.

—Está bien. —Cedió, estaba entre la espada y la pared. En esos momentos solo deseaba que su abuelo se pusiese bien—. Pero, no podemos casarnos hoy, aquí.

Sebastián volvió a pedirle, mediante señas, el cuaderno a Martín. Se lo extendió y volvió a escribir:

—Aquí. Llama al juez amigo.

Martín sabía de la eterna amistad que su padre tenía con un juez. Estudiaron juntos en el colegio y nunca dejaron de ser amigos.

—Tranquilo, llamaré a Gonzalo y le explicaré la situación. —Se relajó un poco, por el contrario, Elena se tuvo que sentar debido a los nervios que se apoderaron de ella.

—Voy a hacer unas llamadas. —Martín se retiró de la habitación con semblante serio. Le hacía tan poca gracia como a Elena terminar aquel día como un hombre casado legalmente, pero las circunstancias lo requerían así.

—Abuelo, todo va a estar bien. Te vas a recuperar. Tenemos pendiente muchas cosas por vivir juntos —lo animó una vez a solas. Sebastián tan solo lloró, con la mirada fija en ella.

A Elena se le partía el corazón al verlo así. Los pocos días que lo conoció en Aracena le dio la impresión de que era un hombre con mucha energía. Sentada a su lado, le cogió la mano, la llevó hasta sus labios y se la besó. Con lo que había pasado, se dio cuenta de que quería a Sebastián, el miedo que sentía a perderlo solo podía ser que ya lo consideraba parte de ella y de su familia. Justo en ese momento, entendió lo que se decía de la llamada de la sangre.

Pasada casi una hora, Martín volvió a la habitación. Elena ya pensaba que se habría marchado sin despedirse.

—Todo arreglado. Gonzalo estará aquí en un par de horas y nos casará —anunció nada más entrar. Una sonrisa se dibujó en el rostro demacrado de Sebastián. Elena intentó controlar el temblor de sus manos y el pellizco que sintió, de repente, en el estómago—. ¿Necesitas algo, Elena? —preguntó con amabilidad.

—Supongo que solo mi mano para firmar —bromeó algo tensa. Intentaba relajarse y dar normalidad al asunto, pero no podía—. Se me hace muy raro casarme en un hospital, nunca lo hubiese imaginado.

—Es necesario —confirmó Martín—. ¿Podemos salir un momento fuera? Será bueno que respires un poco de aire fresco.

Ella accedió y lo acompañó en silencio. Sebastián estaba constantemente vigilado, no había problema porque se quedase unos minutos a solas.

Martín la llevó a un balcón privado del que tenían unas preciosas vistas.

—Aquí podremos hablar con privacidad. En unas horas seremos marido y mujer, pero nadie más, aparte de nosotros, debe de saber que hoy hemos contraído matrimonio aquí. Haré que en unos días salte a la prensa del corazón que nos casamos en unas idílicas vacaciones donde me enamoré de ti como un loco.

—¿Y mis padres y mi hermana? ¿No les puedo decir nada? —preguntó angustiada.

—Acabo de hablar con Carlos. Está al tanto de todo. Podrás hablar con él una vez nos casemos.

—Está bien —respondió escueta. No sabía qué más decir, aparte de seguir sus órdenes. Confiaba en que todo lo que él y su abuelo hacían era por su bien.

—Me puedes preguntar con total libertad todo lo que se te pase por la cabeza en estos momentos.

Cogió una bocanada de aire y suspiró.

—Siento que esto va demasiado deprisa, con respecto a cómo me lo había imaginado —manifestó alterada.

—La situación de Sebastián ha acelerado los planes, pero no tienes de qué preocuparte.

—Gracias por todo lo que haces. —En el fondo de su corazón sintió agradecerle que estuviese junto a ella y llevase las riendas de todo mientras su abuelo estaba postrado en una cama.

—Eres una gran mujer. Haces que todo sea más fácil. —La admiró, sintió un leve pinchazo en el corazón al ver la tristeza que reflejaban sus ojos y deseó devolverles la vida.

La tomó de ambas manos, se las acarició en señal de apoyo y la abrazó. Sentía que ella lo necesitaba.

Una vulnerable Elena se abrazó a Martín, le transmitió que entre esos fuertes brazos y aquel pecho de acero estaba segura. Deseó quedarse así más tiempo. Se impregnó de su aroma y le resultó delicioso.

Cuando el juez llegó unas horas después, Elena y Martín estaban en la habitación de Sebastián, lo esperaban. Gonzalo se interesó por el estado de su amigo, ignoraba hasta el momento lo que le había sucedido.

Posteriormente, en un breve acto, Martín y Elena firmaron unos documentos que los convirtieron en marido y mujer ante los ojos llorosos de Sebastián. Verlos casados lo tranquilizó, si algo le sucedía Elena estaría segura. Sabía que su hijo siempre la iba a cuidar.

En el fuero de su corazón deseó que se enamorasen y fuesen un matrimonio normal algún día, pero conocía muy bien a Martín y sabía que no era un hombre para el matrimonio, ni de formar una familia.

***

En los días posteriores, Sebastián evolucionó muy bien, Elena casi no se movió de su lado. Martín arregló que tuviese una habitación cerca de la de su abuelo. Ella deseaba cuidarlo y estar pendiente de él, y era más seguro que estuviese allí.

Una semana después, Sebastián fue dado de alta. Debía continuar la recuperación con especialistas, pero podía volver a casa. Continuaba sin hablar bien, tendría que trabajar duro en ello y conseguiría hacerlo como antes. Ahora permanecería por unas semanas en una silla de ruedas y más adelante se podría valer de muletas. Los médicos le explicaron que las consecuencias del infarto cerebral podían haber sido peores. No había daños irreversibles, con los meses y una dura rehabilitación volvería a estar como antes. Lo que sí sabía es que no volvería a llevar el ritmo de vida que tenía tiempo atrás. Había renunciado a la presidencia del Grupo Quiroga para siempre. Dos días atrás Martín se convirtió en el presidente, Sebastián pensaba dejar todos los negocios en manos de su hijo, estaba más que capacitado para llevarlo, él se pensaba dedicar a disfrutar de Elena y a hacer sus sueños realidad, además de protegerla.

Mientras unas enfermeras ayudaban a Sebastián a vestirse para marcharse a casa, Elena y Martín lo esperaban en la sala de estar privada que tenían para ellos.

—En su hogar se sentirá mejor. Estoy segura de que se va a recuperar muy pronto. Yo lo ayudaré. Ya me he informado de los ejercicios que debe realizar para recuperar la movilidad y el habla por completo —comentó, animada y dispuesta.

—Elena, ya he contratado a personal especializado. Ellos te informarán del programa y la evolución. Dejo eso en tus manos, en las próximas semanas voy a tener que trabajar mucho. Debo hacer mi trabajo como presidente y buscar a alguien competente para que desarrolle el trabajo que yo hacía antes.

—No te preocupes, con Sebastián estaré bien.

—No vas a vivir con él. —La sacó del error.

—¿Va a vivir solo? —preguntó asombrada.

—Él nunca ha estado solo, tiene a Marina y Rodolfo. Ellos se encargan de la casa, y ahora lo harán de él junto con el personal especializado.

—Pero yo…

—No se hable más. Viviremos juntos. Es lo que procede.

Con un suspiro, Elena zanjó el tema. No quiso insistirle. Ellos tenían sus vidas y ella se sentía como una intrusa que no encajaba en ninguna parte.

—Estás cansada. —Apreció Martín al fijarse en las ojeras que ensombrecían aquella mirada azul.

—No he descansado mucho en estos días.

—Tampoco has comido bien. Has perdido peso. —La repasó de arriba abajo y se sintió incómoda con aquella mirada escrutadora de su reciente marido—. Me encargaré de que esos dos aspectos mejoren una vez te instales en mi casa. Te pido disculpa si no te he cuidado lo suficiente los últimos días.

—No soy una niña. He estado bien, como cualquier otra persona que tiene un familiar

ingresado, incluso mejor. Disponía de habitación y baño propio.

—Vamos —Martín consultó el reloj y calculó que Sebastián ya debería de estar esperándolos. La tomó de la muñeca con firmeza y tiró de ella, salió andando a su lado sin apartar la mirada de ambas manos luego entrelazadas y aquel contacto le aceleró el corazón.

Después de dejar a su padre instalado en casa, Martín llevó a Elena al que sería, de ahora en adelante, el hogar que compartirían. Nada más entrar en el garaje subterráneo que tenía el edificio, ella alucinó. Nunca pensó que pudiese existir un lugar así. Había mucha luz, era muy espacioso y solo observó coches de lujo que había visto en revistas y televisión.

—Esta es mi plaza, las cuatro siguientes también son mías —le informó Martín al bajarse del todoterreno negro en el que habían llegado.

—¿Ese coche también es tuyo? —preguntó con la vista clavada en un vehículo deportivo color gris plata.

—Sí.

—¿Y para qué quieres el resto de plazas de garaje? —preguntó con inocencia.

—Para cuando tengo invitados.

Con gesto cortado, Elena se encogió de hombros y lo siguió hacia la puerta que llevaba a un ascensor.

—Una de ellas será para ti. Me encargaré de comprarte un coche.

—No. No lo necesito. —Lo cortó de inmediato, asustada—. Esta ciudad es muy grande, no la conozco. Solo estoy acostumbrada a conducir por el pueblo. Me adaptaré al transporte público.

—Tendrás tu propio coche para cuando lo necesites. Ya hablaremos de cual prefieres. Por ahora tendrás un chófer a tu disposición por si necesitas salir. No es seguro que utilices el transporte público, y mucho menos que te muevas sola —le advirtió.

Los días que había permanecido en el hospital, junto a su abuelo, Elena se había olvidado por completo que cierto peligro la perseguía. Tras las palabras de Martín volvió a la realidad y el miedo se le instaló de nuevo en el cuerpo.

En silencio, entraron en el ascensor y observó cómo él marcó unos dígitos y subieron directos a la última planta. Una vez se abrieron las puertas, Elena vio que no tenían vecinos, solo había una puerta. Martín introdujo una llave y la invitó a pasar antes de hacerlo él.

—Bienvenida a tu casa.

Con paso firme, pero inseguro, se adentró en el que sería su hogar por algún tiempo. Se volvió hacia Martín y lo observó recostado en la puerta, mirándola. Le costó tragar mientras se tranquilizaba y se decía que aquel hombre sería su marido por unos meses y aquella impresionante y lujosa casa la que compartiría con él.

Se giró y recorrió con la mirada el gran salón y las vistas que se divisaban desde los ventanales que conectaban con la enorme terraza. Las cortinas no estaban echadas y esto hacía más grande el lugar, a la misma vez ella se sintió muy pequeña.

—Espero que te guste. El ático tiene dos plantas. —Señaló las escaleras que conectaban con la superior—. Aquí se encuentra el salón, la cocina, mi despacho, un gimnasio y la puerta que hay bajo las escaleras da a un pasillo en el que hay varias habitaciones para el servicio. En la planta de arriba se encuentran tres habitaciones con baño propio en cada una.

Elena asintió impresionada por todo aquello. Era incapaz de articular palabra. Pensaba que una casa como aquella solo la vería en las películas, ahora iba a vivir ahí. De repente, mientras le enseñaba la parte de abajo de la casa, no se sintió preparada para un cambio de

vida tan grande.

—De ahora en adelante serás la señora de esta casa. Mis espacios son mi habitación, el despacho y el gimnasio, si hay algo que no te guste del resto de la casa lo puedes cambiar sin preguntarme.

—No. No. ¿Cómo voy a cambiar nada? Yo solo estoy de paso.

—Mientras estemos casados será tuya también. No sabemos qué tiempo tendremos que permanecer en esta situación. Ven, voy a enseñarte tu habitación, aunque ya la conoces por fotos.

Subieron a la planta superior por una amplia escalera en forma de caracol. Cuando Martín abrió la puerta del cuarto de Elena y la hizo pasar, se sintió abrumada. Nunca imaginó dormir en un lugar así. Era más grande de lo que pensaba, con una gran cama, la más enorme que había visto nunca, un escritorio blanco, un tocador en el mismo color y una televisión de sesenta pulgadas. Había dos puertas que estaban abiertas, una era el baño, contaba con una enorme bañera en el centro y una ducha al fondo, y la otra puerta era un vestidor. Cuando Martín la hizo entrar, sintió que aquello era como estar en una tienda de ropa. Estaba lleno de vestidos, pantalones, camisas, chaquetas, bolsos, zapatos y mil complementos.

—¿Impresionada? —preguntó con tono burlón—. Te has quedado muda desde que subimos.

—Sí, muy impresionada —admitió con reserva—. No esperaba que nada fuese así.

—Te acostumbrarás. Es la vida que te corresponde vivir de ahora en adelante. Tu abuelo nunca permitirá que tengas menos. Me he tomado la libertad de llenarte el vestidor.

—Gracias, no tenías por qué hacerlo.

—No me las des. Solo contraté a una persona que lo hizo. La decoración, la ropa y la moda no me interesan.

—Entiendo.

—Espero que encuentres todo lo que necesites. Supongo que querrás darte un baño y descansar. Si te parece nos podemos ver abajo dentro de un par de horas. Hay algunos temas que debemos hablar.

—Perfecto.

—Mi habitación es la puerta de enfrente. —Le indicó antes de salir.

—Gracias por todo.

—No me las des. Nos vemos en un rato.

Una vez a solas, soltó el bolso en un sillón, observó la cama y sin pensarlo se tumbó en ella. Se sentía abrumada, nunca se imaginó rodeada de tanto lujo. Desde su posición recorrió con la mirada la que sería desde ese instante su habitación. Le gustaba, era espaciosa y estaba decorada con mucho gusto. Tras unos instantes, en contra de su voluntad, se levantó casi a rastras y se dirigió al baño. Sentía la piel pegada a la ropa, necesitaba una ducha en condiciones, pero al fijar la vista en la bañera, se le antojó un relajante baño. No lo pensó demasiado, abrió el grifo y dejó que el agua corriese a gran velocidad mientras se desnudaba.

Tras más de media hora metida en la gran bañera, donde se permitió cerrar los ojos y no pensar en nada, se obligó a salir. Martín la esperaba y debía arreglarse. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que su maleta se había quedado en el coche. Contrariada, no tenía pensado usar la ropa que estaba en el vestidor, tenían aún las etiquetas puestas, pero no tuvo más remedio que coger algo de allí. Encontró unos pantalones básicos en blanco y los combinó con una camisa de gasa en tono azul, como sus ojos. Se colocó unas sandalias doradas planas que encontró entre un montón de zapatos de tacón, dio gracias a quien hubiese

comprado todo aquello que tuviese el sentido común de dejar unos zapatos cómodos. Finalmente, se dirigió al baño de nuevo, se secó el pelo, y se le quedó mejor de lo que esperaba. Siempre había llevado el cabello largo, pero meses atrás se había dado un corte medio y le resultaba muy cómodo. En un mueble cercano, con una estantería de cristal, encontró todo lo que una mujer puede necesitar para maquillarse. No pensaba hacerlo, pero decidió taparse las ojeras, ponerse un poco de colorete, otro poco de rímel e hidratación en los labios. Al mirarse al espejo, se encontró bien consigo misma, le gustó el resultado. Pese a los cambios que iba a sufrir, no pensaba perder su esencia.

Suspiró y se encaminó hacia el salón. Cada día la ponía más nerviosa estar a solas con Martín. Ese hombre le gustaba y no sabía cómo remediar aquello.

8

Cuando Martín sintió que Elena se dirigía al salón, comenzó a llenar dos copas de vino sobre la mesa. La esperó con ambas en las manos y con la mirada clavada en ella mientras descendía las escaleras con una elegancia natural, digna de una reina. No pudo evitar admirarla. Cada día, en su fuero interno, reconocía lo que valía aquella mujer. Al mismo tiempo, le tenía lástima por encontrarse en aquella difícil situación junto a él.

La voz de Martín sobresaltó a Elena, no se había fijado en él. Se sorprendió al encontrarlo allí, casi a pie de escalera, el corazón le dio un vuelco. Estaba arrebatador con aquella camisa blanca por fuera de los pantalones vaqueros oscuros. El perfume que llevaba de inmediato inundó el ambiente, olía a fresco y a hombre. Con una sonrisa, se acercó a ella y le extendió una copa para que la cogiese. Era una persona seria, sonreía poco, por lo que Elena había advertido desde que lo conocía. Le devolvió el gesto y se sintió en una nube.

—Nos debemos un minuto de paz. —La recibió con amabilidad—. Estamos casados, y, pese a las circunstancias, creo que podemos brindar por nosotros. Para que este matrimonio sea creíble de cara a los demás debemos ser amigos, llevarnos bien.

Con la copa en la mano, Elena asintió. Tenía toda la buena disposición del mundo para que aquello saliese bien. No quería que nadie estuviese en peligro por su culpa.

—Tienes toda la razón. Vamos a convivir juntos y pienso que es esencial que nos conozcamos un poco. No ser dos extraños hará más llevadera esta situación.

—Por nosotros, por el principio de una amistad —pronunció Martín a modo de brindis. Elena chocó la copa con la de él y lo observó llevársela a los labios y darle un largo trago. Ella no estaba acostumbrada a beber, solo se mojó los labios—. Por volver a nacer —dijo tras acabar con todo el contenido.

Elena tomó aire y dejó la copa sobre la mesa, sentía que había vuelto a nacer desde que supo que Sebastián Quiroga era su abuelo.

—Todo esto asusta un poco. —Se paseó por el amplio salón mientras lo observaba al detalle.

—Puedo llegar a comprenderte más de lo que te imaginas. —Martín rememoró el día en el que Sebastián lo llevó a su casa por primera vez. No lo olvidaría jamás—. Te acostumbrarás a vivir así. Solo es cuestión de tiempo. —La notó un poco débil, se acercó y le tocó el hombro —. Estaré a tu lado para cualquier cosa que necesites. Confía siempre en mí. No dudes nunca en exponerme cualquier cosa que te surja. Debemos tener confianza, considero que es la base de cualquier relación.

—Gracias por todo, Martín. Te agradezco de corazón lo que haces por mí y lo bien que te portas.

—Se lo debo a Sebastián. Él me salvó la vida y me la cambió por completo.

No se atrevió a preguntar en qué circunstancias lo adoptó.

—En eso estamos iguales —murmuró con tristeza. En el fondo le hubiese gustado seguir siendo la misma Elena de hacía unas semanas para siempre.

—No pierdas nunca tu esencia —le aconsejó mientras se tomaba el atrevimiento de acariciarle la mejilla con los nudillos, perdido en sus ojos—. A partir de hoy no volverás a ser

más la mujer que eras, en tus hábitos de vida y apariencia —aclaró—, pero no dejes que eso te cambie por dentro. Ser mi mujer de cara a los demás conlleva un disfraz, pero nunca dejes de ser tú. Ven, tengo algo para ti. —La tomó de la mano y la llevó junto al sofá. Encima de una mesa baja de cristal biselado se encontraban varias cajas de diferentes tamaños. Todas estaban envueltas en papel de regalo rojo.

Bajo la atenta mirada de Elena, Martín se encargó de abrir los paquetes. Le había encargado a su secretaria que lo comprase todo, pero no le indicó que debiese envolverlos. Rita, tan eficiente como siempre, debió suponerlo. Comenzó por la caja más pequeña, estaban colocadas en forma de escalera, eran tres.

—Nuestros anillos de casados —anunció tras sacarlos de una caja azul de terciopelo. Eran de oro blanco. Con destreza se colocó el suyo, le tomó la mano a Elena y se lo puso. No le pasó por alto que temblaba mientras le sostenía la mano—. En el hospital todo fue muy precipitado y no tuvimos tiempo de nada. Mañana se hará pública la noticia de que nos hemos casado. Luego, apareceremos juntos y enamorados en la presentación de la inauguración de la programación de la temporada que hacemos cada año en estas fechas.

Elena asintió, no tenía nada que objetar, además él no le estaba consultando nada, se lo estaba notificando. Aquel matrimonio ya era un hecho y ella una simple marioneta. Tomó asiento en el sofá que tenía situado a la espalda, sintió que las piernas le flaqueaban.

Con aquel porte de elegancia que lo caracterizaba, Martín continuó en pie. Abrió otra caja y sacó un móvil de última generación.

—Es para ti. Tendrás que cambiar el número que tenías hasta ahora. Es igual que el mío, si no sabes utilizar cualquier función me preguntas.

Elena lo tomó entre las manos y lo observó bien.

—Gracias —pronunció casi sin ser consciente.

—Ya te he dicho que no me las des, es necesario para tu nueva vida. Todo ha sido pagado por tu abuelo, no quiero que pienses que son regalos míos —le aclaró serio y tajante.

—Entiendo —contestó cohibida. Martín tenía el don de hacer que todo el que estuviese a su lado se sintiese muy pequeño.

Por último, abrió la caja más grande. Era un ordenador portátil. Elena fijó la vista en la marca y el modelo, apreció que era uno muy caro.

—Con este ordenador podrás trabajar desde casa y hacer muchas cosas. Esto no es una prisión. Tendrás libertad de movimientos, aunque sean vigilados. Y, lo olvidaba —Sacó la cartera y extrajo dos tarjetas bancarias—, están activadas y estás autorizada en ellas. Úsalas. Paséate por las tiendas más exclusivas y compra cosas. —Elena fue a protestar, pero Martín la cortó—. Tienes que llevar una vida como la que llevaría cualquier mujer que fuese mi esposa —le recordó—. Debe de ser así para que no sospechen de este matrimonio.

—¿Algo más? —preguntó altiva. Comenzaba a cansarse de tantas órdenes seguidas.

—Recuerda que debes dirigirte a Sebastián, siempre, como tu suegro. Tan solo podrás llamarlo abuelo cuando estemos solos.

—Lo recordaré —contestó seria. Le molestó que la tratase como a una niña a la que hay que repetirle la lección varias veces.

—Bien, creo que podemos cenar. Tengo un hambre voraz, no como en condiciones desde hace días —se quejó Martín.

—Me parece bien —contestó al mismo tiempo en el que pensaba que mientras comía tendría la boca llena y pararía de darle órdenes.

Elena también tenía hambre, en los últimos días había descuidado la dieta. Era celiaca y

debía poner especial atención en los alimentos que tomaba y la preparación de los mismos.

En la cocina encontraron varias comidas hechas. A Elena le sorprendió, parecía casera. Algunas estaban en el frigorífico envasadas y otras en ollas encima de la placa de cocinar.

—Dora es una excelente cocinera. Te gustarán los platos que hace. —De inmediato se dio cuenta de que no le había hablado de ella—. Es como un duende que vela por mí y la casa. Se encarga de mantenerla en orden y de las comidas. Te la presentaré mañana. Hoy tiene el día libre. Ella vive aquí, en las habitaciones del servicio —le informó—, pero no te preocupes, realiza sus tareas cuando no estamos y luego se va a sus dependencias. ¿Qué te apetece? —preguntó cuándo ya ambos habían visto todo lo que había.

—Un poco de sopa de verduras y esa tortilla de patatas tiene muy buena pinta —Señaló a la encimera, estaba tapada con un bol grande de cristal—, con eso tengo suficiente.

—Yo me decanto por el arroz y el paté de pato en tostadas de pan.

Martín le indicó dónde estaba cada cosa en la cocina, algo que le sorprendió, y entre ambos pusieron la mesa. La comida supo a gloria, ninguno dijo nada hasta finalizarla.

—¿Quieres postre? Dora hace unas natillas exquisitas.

—Me encantará probarlas.

Mientras se la comían, Martín la observaba casi a escondidas, no quería que ella se percatase de cómo disfrutaba del postre.

—Está buenísimo. Toda la comida ha estado exquisita —elogió Elena con el estómago lleno a más no poder.

—Le gustarás a Dora —murmuró Martín con los ojos clavados en ella. Elena le atisbó una especie de orgullo en el comentario, pero lo desechó de inmediato—, y espero que ella te guste a ti. Lleva muchos años trabajando para mí, desde que me independicé con veinte años. Sebastián se enfadó un poco porque ella dejó su casa para venir conmigo.

—Os conoce bien a ambos —afirmó.

—Sí, pero pese a ello, Dora no debe conocer quién eres realmente —le advirtió.

—De acuerdo. —Se quedó pensativa por unos instantes y lanzó algo que la inquietaba—. ¿Y si pregunta por qué dormimos en habitaciones separadas?

—Te aseguro que eso no le va a sorprender.

Con maestría zanjó el tema, se levantó de la mesa y llevó los platos al fregadero. Elena hizo el intento de limpiarlos, pero Martín no la dejó.

—Es tarde, vámonos a descansar. Dora lo recogerá todo mañana.

Elena no protestó, estaba agotada. Necesitaba tumbarse en una cama y cerrar los ojos. No pensar en nada, solo que el sueño se apoderase de ella por muchas horas.

Antes de subir a la habitación, recogió el móvil y el ordenador, lo habían dejado en el sofá tras abrirlo. De camino a la planta superior, Martín le explicó que el ordenador estaba configurado y puesto en marcha por un equipo de informáticos del trabajo.

Cuando llegaron a la puerta de la habitación de Elena, Martín se paró de golpe, le abrió y esperó que pasase. La observó dejar en una mesa cercana a la entrada lo que llevaba en las manos y ambos se miraron en un incómodo silencio.

—Espero que descanses, Elena. Todo es nuevo en esta habitación —le hizo saber—. Si no estás cómoda con algo, se cambia.

—Está todo perfecto. Me gusta mucho, incluso más que en las fotos que me enviaste. —Martín notó que lo dijo por cumplir. Un cierto nerviosismo se apoderaba de ella en ocasiones. Lo había percibido—. Buenas noches.

—Elena, hay algo que deberíamos resolver cuanto antes —pronunció serio y tajante,

acercándose peligrosamente.

—¿Qué? —preguntó con voz cortada, los ojos fijos en el azul claro de los suyos que en esos momentos parecían desprender fuego.

—Esto.

En un movimiento que no presagió, la tomó por la cintura con firmeza, la acercó sin demasiada delicadeza a su cuerpo, le colocó la mano en la mejilla derecha y la besó.

Lo que pensaba que iba a ser un solo y breve beso, se convirtió en una vorágine de sentimientos que ninguno de los dos supo dominar. Algo indescriptible acababa de nacer, sin lugar a dudas.

Martín la sentía temblar entre sus brazos, mientras que una gran necesidad, nunca antes experimentada, le hacía desear saborear cada rincón de aquella exquisita boca. Al mismo tiempo, Elena se dejaba llevar por un maestro que besaba como un auténtico dios.

—Martín… no creo que esto… —consiguió protestar entre jadeos. Tenía la respiración alterada y los ojos entornados.

La suave y delicada voz de ella lo devolvió a la tierra. Como si un rayo lo hubiese alcanzado, se separó de su lado y la miró como si no hubiese pasado nada entre ambos.

—Debes acostumbrarte a que te abrace, te acaricie y te bese. No será la primera vez que lo haga. —Ella lo miró confusa y con la mandíbula casi desencajada—. Cuando estemos en público, deberemos comportarnos como una pareja enamorada. Debes admitir que resultará muy raro que nos miremos como extraños y entre ambos no existan gestos de dos personas que supuestamente están tan locamente enamorados como para haber contraído matrimonio apenas conocerse —argumentó con destreza.

Nuevamente, Elena se sintió muy pequeña a su lado. Él sabía dominar todas las situaciones y ella estaba temblando como un flan sin poder articular palabra.

—Dame un poco de tiempo —atinó a decir—. No es fácil acostumbrarse de la noche a la mañana a todo esto y … a ti —lo dijo tras un suspiro con el que se quedó más serena.

—Buenas noches. —Martín le dio un beso en el cabello. Se marchó con el olor de ella impregnado en las fosas nasales y el sabor de sus labios en la boca. Aquella mujer tenía el don de descolocarlo a cada instante.

Tras cerrar la puerta, Elena se tumbó en la cama y se llevó los dedos a los labios. Rememoró el beso que se acababan de dar y se preguntó si estaba preparada para representar el papel de la esposa de Martín Quiroga en público. De inmediato, con la valentía y coraje que siempre la habían acompañado, se dijo que lo iba a hacer a la perfección. Se trataba de un reto para ella. No le iba a dar la oportunidad a Martín de que se sintiese mal a su lado, todo lo contrario, iba a conseguir que estuviese orgulloso de ella. Se reprendió por comportarse como una adolescente en el primer beso y se prometió a sí misma el dominio de los sentimientos que se despertaban en el interior de su ser cada vez que tenía demasiado cerca a su marido. Cuando pensaba en él de esa forma, la palabra *marido* se le hacía muy grande, pero debía acostumbrarse a ella para representar bien el papel de esposa.

Sumida en estos pensamientos, notó que el nuevo móvil que le había entregado Martín sonó. Solo fue un pequeño toque. Se acercó a él, lo cogió y vio que tenía un WhatsApp. Se dio cuenta de que el número estaba registrado y grabado como Martín. Lo abrió y comenzó a leer:

Discúlpame si el beso te ha molestado, pero era necesario. Buenas noches.

De inmediato, ella le contestó:

No pasa nada. Creo que ha sido un buen ensayo. Que descanses.

Sonrió para sí, pero el triunfo le duró poco. El móvil volvió a sonar. Martín le había contestado:

Continuaremos ensayando para perfeccionar.

Contrariada, no le contestó más. Algo le decía que era el típico hombre que siempre tenía la última palabra. Él era muy consciente del físico que tenía y la atracción que ejercía en las mujeres que lo rodeaban, pero Elena juró que no caería en sus redes.

A la mañana siguiente, sobre las ocho, Elena había dado mil vueltas en la cama. No podía dormir, pero le parecía muy temprano para levantarse. No sabía qué hacer. La noche anterior no había quedado en nada concreto con Martín, y le parecía muy temprano para llamar a su abuelo o ir a su casa. De repente, se acordó del ordenador, aún ni lo había abierto. Fue a por él, y se volvió de nuevo a la cama. Al abrirlo, tenía un *post-it* verde pegado en la pantalla. En él le indicaba la contraseña del aparato, le sorprendió que fuese la fecha del día en el que se convirtieron en marido y mujer. Ella no lo olvidaría nunca, pero creyó que Martín no la recordaría, para él fue un día como cualquier otro, sin embargo, allí estaba: *19agosto2014.* Cuando la introdujo y el portátil se encendió, se encontró con otra gran sorpresa, el fondo del escritorio era una foto de la Peña de Arias Montano, con la peculiaridad que ella estaba al fondo, de espaldas. Reconoció la ropa y supo en qué momento debió tomársela Martín. Sin poderlo evitar, cogió el móvil de encima de la mesilla y le puso un WhatsApp.

Buenos días, espero no despertarte. Solo quería decirte que acabo de ver el fondo de pantalla de mi ordenador y me gusta mucho. Gracias.

No recibió respuesta de forma instantánea, se puso a indagar las funciones del nuevo ordenador.

Al cabo de media hora, el móvil le sonó, era un WhatsApp, nadie más tenía ese número, por lo que supo que era Martín. Tenía curiosidad por ver qué le había contestado.

Buenos días. Llevo levantado un par de horas. Estaba en la ducha después de una hora de entrenamiento. Me alegro de que te guste, pensé que había que personalizarlo. También es una forma de que no eches de menos tu tierra. Considéralo un regalo de bodas.

La respuesta de Elena no se hizo esperar:

Perdón. Yo no te regalé nada.

En cierto modo, le gustaba seguirle el juego.
Con una sonrisa de la que Martín no era consciente mientras le respondía, escribió:

Puedes sorprenderme.

Elena chasqueó la lengua, había vuelto a tener la última palabra. No lo pensaba permitir. Con una sonrisa le envió:

No te conozco lo suficiente como para saber qué te gusta.

Martín cogió el teléfono cuando le volvió a sonar, lo había dejado encima de la cama mientras se vestía, pero no pudo terminar de hacerlo, la curiosidad por ver qué escribió Elena le pudo. No tardó ni un segundo en contestarle:

Creo que acabas de encontrar algo en qué emplear tu tiempo libre, dedícate a conocer a tu marido.

Le añadió una carita sonriente que la desconcertó.

Con un buen humor que no recordaba en años en ese horario matutino, Martín terminó de vestirse. Elena no le contestó más. Dio la conversación por terminada. En ocasiones tenía el don de descolocarla. ¿Era un flirteo lo que acababan de tener o también formaba parte de aquel matrimonio fingido? Prefirió dejar pasar el tema. Se vistió y bajó a desayunar.

No había hablado con Martín qué harían aquel día, con el pensamiento puesto en ello, se encontró con la sorpresa de que la esperaba sentado con una taza de café en la mano. El lugar de ella estaba puesto a su derecha, él presidía la mesa.

—Buenos días —saludó sonriente, sin levantarse.

Elena acudió a la mesa y se sentó.

—Buenos días —contestó. Observó el buen desayuno que tenía delante y se sorprendió de que lo hubiese hecho él.

De repente, una señora apareció de la nada y la sobresaltó.

—Aquí están las tostadas como te gustan, poco hechas.

Dora se quedó mirando a Elena, ninguna esperaba a la otra esa mañana.

—Elena, ella es Dora. Dora, te presento a mi esposa. Nos casamos hace unos días.

Los ojos de la sirvienta casi se le salieron de las órbitas cuando escuchó las palabras de Martín. Esperaba pronto a una mujer en la casa, había presenciado el despliegue de cambios y ropa, pero Martín no le había dicho nada más, y ella, tan discreta como siempre, no preguntó. Sabía muy bien lo reservado y complicado que era con su vida personal.

—Encantada, Dora. —Fue Elena la primera en reaccionar. Se puso de pie y le dio dos besos a la señora.

Dora se extrañó por el gesto, aún no salía del asombro de todo lo que estaba ocurriendo allí.

—En… enhorabuena. A los dos. No sabía nada. —Correspondió a los besos, la observó bien y de inmediato supo que era la mujer perfecta para Martín, ella no la miraba como las otras. Solo tuvo que ver la transparencia y sinceridad de sus ojos—. Estoy aquí para lo que necesite, señora.

—Por favor, no me llames señora. Solo Elena —le indicó con amabilidad. Dora asintió y le hizo un gesto para que volviese al lugar que ocupaba en la mesa antes de saludarla.

—¿Qué desea que le sirva?

—Tomaré un café y fruta, gracias. Pero no se moleste, yo lo hago. —Todo estaba en la

mesa. No necesitaba que se lo pusiesen por delante como si fuese una inútil.

—Dora, cuando terminemos de desayunar os dejaré a solas para que os pongáis de acuerdo con el funcionamiento de la casa. Explícale a Elena las rutinas y si ella desea cambiar algo lo hacéis.

La mujer asintió y los dejó solos. Le había gustado Elena, pero no se le pasó por alto que aquel repentino matrimonio era muy extraño. Al mismo tiempo, pensó que si Martín había vuelto a caer en las redes de la vida conyugal era porque había perdido la cabeza por ella.

—No esperaba la noticia —murmuró Elena, un poco cortada, cuando la mujer se alejó.

—Sí, le ha sorprendido. Pero le has gustado. —Con un guiño de ojo la tranquilizó—. Te llevarás bien con ella.

—Quiero ir a casa de mi abuelo.

—Iremos en un par de horas, tengo que hacer unas cosas en el despacho antes. Comeremos con él y lo pondremos al tanto de cómo va a ir todo entre nosotros de cara a los demás.

—Bien.

—¿Has hablado con tu padre?

—No, desde que nos casamos solo he hablado con mi madre y mi hermana. Él ha tenido mucho trabajo.

—Todo va a ir bien. —Le acarició una mano con la suya mientras ambos tenían las miradas en ellas.

Luego, se levantó y se marchó al despacho. De nuevo, Elena lo sintió como a un extraño, la cercanía que le mostraba cuando hablaban a través de mensajes desaparecía en persona.

—Deja que eso lo haga yo. —La voz de Dora la sorprendió cuando recogía la mesa del desayuno.

—No me importa. Siempre lo he hecho y no tengo otra cosa que hacer. —Continuó con la tarea. Dora la ayudó.

—Tú eres diferente, ahora sé por qué has sido la elegida —reveló la mujer de frente—. No solo tienes una gran belleza, eres humana.

Elena frunció el ceño y asintió sin terminar de comprender las palabras muy bien, pero no preguntó. Aventuró que se llevaría bien con Dora.

La mujer la puso al tanto de las tareas de la casa, los hábitos y costumbres. Elena no modificó nada, todo le pareció bien.

—Solo hay algo que me gustaría comentar con usted y que llevemos a cabo entre ambas —sugirió con amabilidad.

—Dígame. Y por favor, no me llame de usted. Martín me llama Dora.

—Está bien. Tuteémonos, ambas. —Dora asintió—. Soy celiaca. Debo tener especial cuidado con mi alimentación y me gustaría tener un espacio para mí en la cocina.

—Oh, claro, asistí a un curso de cocina para celiacos. No tiene de qué preocuparse. Dejaré libre un mueble para tus alimentos y compraré una tostadora y sartenes exclusivas para ti. También cocinaré alimentos que puedas tomar y sin mezclar con los que no.

Elena se sintió encantada de no tener que explicarle todos los cuidados en la cocina.

—Gracias. Es toda una ventaja que conozca la intolerancia al gluten que tenemos algunas personas.

—Dos tardes a la semana imparto clases de repostería en una escuela privada. Cuando se dieron esos cursos me pareció interesante y me apunté. Ahora, una vez al mes mis clases van dirigidas a repostería para celiacos.

—Me parece genial. —Elena estaba asombrada. No esperaba que Dora fuese alguien tan

formada—. Qué suerte he tenido.

—Creo, muchacha, que la suerte la ha tenido tu marido.

En un acto espontáneo, Dora se acercó y le dio un cariñoso beso en la mejilla.

9

Elena y Martín pasaron toda la tarde en casa de Sebastián. Después de la exquisita comida que preparó Marina, puso al tanto a su padre de todos los planes que aquella misma mañana había trazado con Carlos. Lo principal era hacer muy creíble, a los ojos de todos, que el matrimonio con Elena era perfecto. Ella debía estar alejada de toda sospecha que era hija de Andrés Verdoy.

Un orgulloso Sebastián admiraba a su hijo y a su nieta. Ambos eran toda su vida. Verlos juntos le daba un vuelco el corazón. Dio gracias por tenerlos a ambos y poder disfrutarlos por más tiempo, que aquel inesperado achaque no lo hubiese sacado de juego para siempre.

Aquella noche cuando llegaron a casa y encendieron la televisión, en el programa del viernes después del telediario, dedicado a la actualidad semanal de los personajes famosos, se dio la gran noticia. Martín Quiroga, el presidente de la cadena y soltero de oro, se había casado de forma repentina con una hermosa joven. No existían imágenes de ambos juntos, pero sí de ambos por separado. Martín se había encargado de proporcionar al programa unas cuantas de su mujer. Los colaboradores hablaban de Elena con entusiasmo, indagaban en su pasado y a qué se había dedicado. Cuando Martín advirtió que todo aquel gran circo estaba asustándola, cogió el mando a distancia y lo apagó.

—Ya es suficiente por hoy. Vámonos a descansar. —Se puso en pie y le extendió la mano a modo que ella se la tomase.

Elena se quedó mirándolo unos segundos, aceptó el ofrecimiento y se puso en pie. Martín la guio hasta las escaleras sin soltarla. Así llegaron hasta la habitación.

—Que descanses, bella Elena. Ha sido un día intenso para ti. Ser mi mujer no es fácil. —Le dedicó una breve sonrisa a modo de relajarla.

—Te aseguro que podré con ello.

Lejos de encontrar a una mujer débil, descubrió a una que no esperaba. Sintió un inesperado orgullo que lo asustó.

—Mañana será el gran día. —Elena temblaba por dentro, no se imaginaba con él de la mano, como su marido, delante de tantas personas—. No te dejaré sola ni un instante. —Le acarició la mejilla y se perdió en aquellos ojos de azul intenso que pedían a gritos que la calmaran.

No la abrazó ni la besó como le hubiese gustado. Con un escueto, *Buenas noches*, desapareció. Para sorpresa de Elena, no fue a su habitación, bajó de nuevo al salón.

Cuando llevaba allí más de una hora, con una copa de licor en la mano y en la oscuridad, Dora apareció.

—¿No deberías estar junto a tu esposa? ¿Qué haces aquí tan pensativo? ¿Todo está bien? —preguntó preocupada. Martín solo asintió con los ojos cerrados. Supo que no deseaba conversación, lo conocía demasiado bien como para saber que en su cabeza había mil pensamientos desordenados que era incapaz de encajar—. Ella me gusta. Hazla feliz.

Cuando ya se alejaba, le escuchó murmurar:

—A mí también me gusta.

***

Con cierta intranquilidad, Martín esperaba a Elena en el salón. Vestido de esmoquin, había perdido la cuenta de las veces que se había ajustado bien la chaqueta y los gemelos.

Consultaba el reloj y aún faltaban cinco minutos para la hora que quedó con ella en la que se verían abajo. Había visto salir al maquillador y al peluquero, ambos les indicaron que su esposa había quedado espectacular.

Elena estaba nerviosa, esa misma mañana, cada cual anduvo por casa, pero no se vieron, ella le preguntó mediante mensajes qué era lo más aconsejable para llevar a la gala de la cadena. Martín solo le indicó que cualquier vestido largo de los que componían el vestidor estaría bien. Desconocía qué habría allí, ni le interesaba, pero estaba seguro de que la estilista encargada de llenarlo escogió algunos.

Con una última mirada en el gran espejo del vestidor, Elena se admiró. Aquel vestido en color marfil con cuentas en cristal por el cuerpo era el más bonito de todos. No pudo resistirse a él. El diseño sirena le sentaba muy bien, se ajustó el escote palabra de honor y se retocó dos mechones de pelo sueltos del recogido que llevaba en el pelo. Subida en unos altos tacones, se animó para comenzar la gran aventura. Cogió la cartera de encima de la cama y se encaminó hacia las escaleras. Su marido debía de estar esperándola.

El sonido de los zapatos de Elena, hicieron que Martín se volviese hacia ella. Verla descender por las escaleras, como si fuese una reina, le aceleró el pulso. Ajena a su mirada, centrada en sus pasos, no se dio cuenta de que la miraba embobado.

Al llegar junto a ella, le extendió la mano en el último escalón. Incapaz de articular palabra, carraspeó un poco antes de decir nada.

—Estás deslumbrante —acertó a decir, sin dejar de admirarla con una sonrisa de la que él mismo no era consciente.

—Gracias. Los chicos han hecho un buen trabajo, me han dejado hecha un pincel. —Se refirió al maquillador y al peluquero. Había insistido en que no hacían falta, pero Martín le dijo que vendrían de todas formas.

—Serás la envidia de todas las mujeres esta noche —comentó mientras se dirigían cerca del sofá del salón. No la había soltado de la mano.

—Tú también estás muy guapo. —Sentía que le debía un cumplido.

—Sin duda esta noche me harás sombra.

—Lo siento —se disculpó con una sonrisa.

—Yo no.

—Espero estar a la altura en todo momento. —Martín sintió, a través de su mano, que estaba nerviosa.

—Estás perfecta. Solo te falta algo.

Casi asustada, lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? —Se había repasado mil veces de arriba abajo antes de salir de la habitación.

—Unos pendientes.

—¡Oh! —Se tocó ambas orejas en un acto reflejo—. No tenía unos acordes, pero con el peinado no se nota.

Martín se volvió, se agachó a la mesa cercana y le entregó una caja pequeña.

—Nada que no se pueda remediar. Mis disculpas por no adjuntar algunas joyas. Se me pasó por alto. Ábrelo. —Le indicó cuando vio que no lo hacía.

—Son… son espectaculares. —Eran unos diamantes perfectos para la ocasión—. ¿Cómo

has sabido…? —preguntó perpleja.

—El maquillador tuvo la amabilidad de ponerse en contacto conmigo para comunicarme que mi esposa se había dejado olvidadas todas sus joyas en casa.

Elena sonrió. No se le ocurrió otra excusa cuando le preguntó por los pendientes que usaría.

—Gracias.

—Son tuyos. Mañana vendrá alguien de la joyería que frecuento y te traerá un muestrario para que elijas todo lo que te guste y vayas a necesitar. Deja que yo te los ponga —le indicó cuando vio que le costaba hacerlo.

La cercanía de Martín y el suave roce de sus dedos hicieron que el ritmo de su corazón se acelerase. Respiró hondo cuando él se alejó y relajó el cuerpo.

—Te quedan perfectos —admiró satisfecho—. Ya podemos marcharnos.

Le hizo un gesto para que pasase delante de él. Ambos se encaminaron a la salida.

Antes de abrir la puerta, Martín recordó algo.

—Lo olvidaba, toma. Ponte esto. —Sacó un anillo del bolsillo de la chaqueta—. Llevas el anillo de casada, pero todo el mundo se fijará esta noche en que lleves dos, falta el de la pedida de matrimonio.

Elena lo tomó en la mano y lo admiró antes de colocárselo. Era un anillo muy fino y elegante, en oro blanco, con un diamante en forma de corazón en el centro.

—Es precioso —elogió mientras lo deslizaba en el dedo—. Gracias por elegir algo tan sencillo, pero elegante a la vez, va conmigo. Supongo que he de llevarlo siempre.

Martín asintió ensimismado en sus dedos.

—Fue fácil elegirlo. —La información le salió sola. No tenía pensado decirle que se molestó en hacerlo.

—¿Por qué? —Deseó saber, estaba intrigada.

—Creo que tienes un corazón tan sencillo y perfecto como ese. —Le tomó la mano y le acarició el anillo con los dedos—. Eres lo que se ve, como este diamante. No escondes nada. No cambies nunca, Elena. —Le dio un cariñoso beso en la mano y la soltó—. No permitas que el mundo en el que te adentras hoy haga de ti una persona diferente. Me gustas como eres.

Tras esta declaración que ella no supo cómo tomar, abrió la puerta y salieron en silencio. La magia que los envolvía segundos atrás desapareció. De nuevo, en el ascensor y en el trayecto en el coche lo sintió como alguien muy lejano.

Llegó la hora, eran las palabras que se repetían de forma constante en la cabeza de Elena mientras, nerviosa, se retorcía las manos. Impaciente, esperaba que Martín le abriese la puerta del coche, como le había indicado antes de bajar. Habían llegado al lugar donde se desarrollaba la gala de presentación de la nueva temporada de la cadena. La asistencia de su presidente, y hasta hacía poco soltero de oro, era de máxima expectación. A través de los cristales tintados del coche Elena podía observar el gran barullo que había fuera. Cuando Martín le abrió la puerta y le extendió la mano, se la tomó de inmediato. La agarró con fuerza y le dio un breve apretón, con ello le indicaba que todo estaba controlado.

Con una sonrisa deslumbrante, nunca antes había mostrado una así, Martín emprendió camino por la alfombra roja. Tomó a Elena de la cintura y como una pareja enamorada, pasearon sonrientes y saludaron a las personas que llamaban su atención para captar la fotografía del momento.

—Tranquila, les daremos lo que buscan y luego nos dejaran en paz —le susurró en el oído mientras aparentaba ante los medios que le daba un cariñoso beso en la mejilla.

Sin soltarla, se pararon ante muchos fotógrafos. Elena causó un gran revuelo nada más poner un pie fuera del coche. Martín la guio con maestría en todo momento, mostrándose un marido de lo más enamorado. Elena posaba y sonreía con timidez. Tener el constante apoyo de su marido y la simpatía que derrochaba la tenía encandilada. Sin ser consciente de ello, lo miraba como si realmente fuesen unos recién casados y enamorados.

Los fotógrafos los vitoreaban y elogiaban. Pedían la gran foto. Un beso. Sonriente, como nunca antes, Martín entró en el juego. Miró a Elena indicándole que la iba a besar frente a todos, ella estaba preparada. La agarró con más fuerza por la cintura, y lo que iba a ser un breve beso en los labios, se convirtió en algo muy apasionado donde ella le correspondió con creces. Estaba decidida a representar su papel a la perfección y Martín fue testigo directo de ello. A duras penas, se separó un poco de su mujer. Le acarició la mejilla con delicadeza y continuaron hasta el final de la larga alfombra roja.

Martín no se reconocía a sí mismo. Trató de convencerse al decirse que todo lo hacía para que la prensa pensase que realmente había perdido la cabeza por aquella mujer. Él nunca habría regalado en público un beso como el que se acababan de dar.

Antes de entrar en el recinto, donde terminaba el paseíllo de gente y fotógrafos a ambos lados, unos periodistas comenzaron a lanzar preguntas.

—Señor Quiroga. ¿Por qué una boda tan precipitada?

Esa noche Martín estaba de un excelente humor y decidió atender a la prensa. Se acercó un poco a ellos, sin soltar a Elena, y se mostró amable y sonriente.

—¿No es obvio, señores? —Miró a Elena con tal admiración que logró que le diese un vuelco el corazón—. ¿Quién no cae rendido ante una mujer así? Tengo la gran suerte de que me dijo sí. —Les guiñó un ojo y continuó el trayecto de la mano de ella. Se mostraba orgulloso y feliz.

—Señor Quiroga ¿a qué se dedica su esposa? —Escuchó esta pregunta cuando estaba de espaldas.

—¿No es obvio? A hacerme feliz. Ha cambiado mi vida por completo. ¿Cuándo he sido yo tan amable con vosotros? —comentó con media sonrisa socarrona mientras llevaba una mano de Elena a sus labios para depositar en beso en ella.

—Señora Quiroga ¿qué le enamoró de su marido? —Lanzó otro periodista.

—Me ganó por completo con sus detalles diarios. —Para sorpresa de Martín, contestó en vez de continuar caminando hacia los escasos pasos que quedaban para cruzar la puerta que los aislaba de ellos.

Antes de desaparecer, pidieron una foto de Elena sola. Martín no se había separado de ella desde que se bajaron del coche.

—Lo siento, señores. Esta noche no pienso despegarme de mi bella esposa ni por un solo instante.

Dicho esto, desaparecieron y ambos suspiraron al deshacerse de la presión mediática.

Tras saludar a algunas personas en la antesala del lugar donde se llevaría a cabo la gala, Martín y Elena ocuparon la primera fila. En sitios privilegiados, como les correspondían.

—Las cámaras nos enfocarán de vez en cuando y saldremos en pantalla —le indicó Martín en un susurro al oído—. Te tomaré de la mano y te miraré de forma especial durante las dos horas que dura esto —le advirtió.

Con naturalidad, pero en un gesto muy calculado, Elena le acarició la mejilla y se inclinó

hacia el oído de su marido con una gran sonrisa.

—Te seguiré el juego —susurró.

Esa simple caricia consiguió cortarle la respiración a Martín.

—Me tienes impresionado. —Aprovechó el momento de confidencias.

Durante la gala, se tomaron de la mano y se dedicaron miradas cómplices, las cuales no pasaron desapercibidas a ninguno de los presentes. Ambos comprobaron que representar aquel papel no era tan complicado como pensaron.

Una vez finalizado todo sobre el escenario, Martín le indicó que debían acudir a un cóctel, no pensaba quedarse mucho tiempo, pero era necesario hacer aparición en el mismo.

Después de presentarle a más personas a Elena, ella era incapaz de recordar tantos nombres, tuvieron un momento a solas. Ella le agradeció con un gesto de la mirada que hubiese sido tan atento durante toda la noche.

—Has causado sensación. Solo se habla de ti. Todos te envidian esta noche —le comentó Martín con una copa en la mano, brindó y bebió con los ojos fijos en los de su mujer—. Apenas has comido nada.

Había muchas bandejas con exquisita comida, pero ella no probó bocado.

—No tengo hambre. Los nervios me tienen el estómago cerrado —justificó.

—Los disimulas muy bien. —Se acercó con sigilo y le dio un breve beso en los labios.

Cada vez que la besaba o la acariciaba, sentía todo su cuerpo en tensión, pero tenía la gran habilidad de que solo se percatase él de ello. Martín prometió que terminaría con eso. Lograría que lo recibiese con naturalidad.

Por otro lado, Elena disfrutaba con cada gesto de Martín hacia ella. Se repetía que aquello no era más una representación, pero también fantaseaba con que no le importaría que todo fuese real entre ambos. Su marido le gustaba cada día más, los sentimientos que le despertaba no podía acallarlos por más que lo intentaba.

En el único momento en el que Elena se separó de Martín fue cuando necesitó acudir al baño. Se encontró que estaba lleno de señoras cuando llegó, algunas la saludaron, ya habían sido presentadas aquella noche. Incluso dos señoras mayores se atrevieron a darle la enhorabuena por el reciente matrimonio y elogiaron su vestido y lo bella que era.

Cuando Elena salió del aseo todo estaba despejado, solo había dos mujeres, se retocaban los labios frente al espejo.

Las saludó con amabilidad cuando se dispuso a lavarse las manos. Una de ellas, se volvió y la repasó con descaro de arriba abajo.

—Zorra, con esa carita de niña buena has conseguido que se case contigo en un tiempo récord. ¿Cómo lo has hecho? —Gisela no pudo evitarlo. Estaba demasiado dolida con la noticia del reciente matrimonio de Martín. Verlos juntos aquella noche la encendió y le hizo perder los papeles—. Hace unas semanas tu marido estaba en mi cama. ¿Lo sabías? —reveló con maldad.

—Gisela, esto no te conviene —le advirtió la otra mujer, la tomó por el brazo mientras miraba a Elena en actitud desafiante.

—Solo la estoy poniendo al tanto con la clase de hombre que se ha casado. Quizás no lo conozca lo suficiente —le espetó altiva.

—Sé muy bien con quién me he casado —respondió con coraje. No iba a permitir que nadie le hablase de esa forma—. Está claro que esto es un arranque de celos por tu parte en toda regla. Yo no tengo la culpa de que no lo supieses retener en tu cama.

Con el porte de una reina, se dio media vuelta y salió del baño.

La amiga de Gisela tuvo que aguantarla con todas las fuerzas para que no se fuese contra Elena.

Con un suspiro, se felicitó a sí misma tras relajarse de la tensión provocada con aquella desconocida. No sintió remordimiento alguno por interponerse entre esa mujer y Martín, estaba claro que ella iba a cazarlo.

Martín observó desde lejos, mientras hablaba con unas personas, que Elena salió del baño algo alterada. Tras ella vio salir a Gisela. Maldijo la coincidencia entre ambas mujeres en aquel lugar donde él no pudo estar presente y de inmediato fue junto a su esposa.

—¿Te ha molestado esa mujer? —Mientras le hacía la pregunta no dejaba de seguir con la mirada a Gisela.

Elena sintió el contacto de la mano de Martín sobre el brazo. No necesitó más para tranquilizarse y dominar la situación.

—No, solo me ha felicitado por nuestro matrimonio —mintió.

—Bien. —Asintió, pero no le creyó—. Es hora de irnos. Estoy cansado de tanta felicitación.

Sin despedirse de nadie, tomados de la mano, fueron hasta la salida. Allí los esperaba un coche para llevarlos a casa.

En el ascensor, Elena se deshizo de los zapatos de tacón. Sentía que no podía más con ellos. Martín admiró el gesto con una sonrisa en los labios.

—No los aguanto ni un minuto más. Da igual que sean caros y de marca. Machacan los pies igual que otros.

Su marido no pudo evitar una carcajada.

Una vez en casa, para sorpresa de él, fue directa al sofá y se sentó allí con los pies en alto.

—Puedes subir tú —le indicó cuando percibió que no tenía intenciones de hacer aquella parada—. Yo necesito unos minutos para reponer los pies.

—¿No has tenido suficiente con el trayecto en el coche? —preguntó burlón.

—No me los he podido quitar ni estirar las piernas bien.

Lo observó deshacerse de la chaqueta, la pajarita, quitarse los gemelos, subirse las mangas de la camisa y abrirse los tres primeros botones de la camisa.

—Veo que no soy la única que estaba incómoda.

—Las galas y recepciones como las de hoy me agotan. Es la parte que no me gusta de mi trabajo —le reveló sentado a su lado. La imitó y colocó los pies en la mesa baja que tenían delante—. Me tienes impresionado —comentó con admiración.

—¿Por qué no he aguantado hasta la habitación con los tacones? —bromeó con una sonrisa y el ceño fruncido.

—Hoy lo has hecho realmente bien. Nuestra aparición en público ha sido espectacular. Nadie dudará de este matrimonio. —Era su forma de felicitarla.

—Estaba un poco nerviosa, pero he intentado que no se notase.

—Tu belleza ha eclipsado los nervios. Hoy todos se han marchado enamorados de ti. Mañana tendrás revolucionada a toda la prensa y televisión del panorama nacional.

—Es lo que pretendíamos, ¿no? Que se enteren de que estamos casados y felices.

Martín asintió con pesar. Ni él mismo entendía todos los sentimientos que se le agolpaban en el pecho en ese instante.

—Creo que es hora de ir a dormir, princesa. El baile ha terminado. —Se puso en pie y le extendió la mano a modo de ayudarla.

Ella la aceptó y dejó que la guiase hasta la habitación.

—¿Algún plan para mañana? —preguntó antes de despedirse. Le agobiaba no saber cómo iba a ser su día siguiente.

—Mañana lo hablamos. Ahora descansa y que nada te preocupe. Todo está bien. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla. Elena no lo esperaba.

No le dio tiempo a reaccionar cuando Martín ya había desaparecido. Entró en la habitación, suspiró y se dirigió al baño para desmaquillarse. Frente al espejo se fijó en los pendientes que llevaba, recordó cada momento de aquella noche al lado de su marido, mientras representaban ser una pareja ideal, y la piel se le puso de gallina. No podía evitar sentirse, cada vez, más atraída por él.

Después de deshacerse el peinado y desmaquillarse, sintió que era la Elena de siempre. Delante del gran espejo, admiró el fabuloso vestido que aún llevaba y maldijo de inmediato cuando se dio cuenta de que no podía quitárselo sola. Lo intentó de mil maneras, se contorsionó como pudo, pero fue imposible. No quería pedirle ayuda a Martín, se moría de la vergüenza, pero no podía dormir así. Pensó en que quizás ya estuviese dormido, pero debía intentarlo, cogió el móvil y le escribió un mensaje.

¿Duermes? Tengo un problema con el vestido. ¿Serías tan amable de ayudarme?

Esperó y rezó para que le contestase.

10

Pensativo, tumbado en la cama, con el torso desnudo y ambas manos debajo de la cabeza, Martín no podía conciliar el sueño. Escuchó el móvil sonar y no lo cogió, pero tras unos minutos algo le hizo mirarlo y se encontró con el mensaje de Elena. Cerró los ojos, lamentó la situación y se levantó. No se molestó en colocarse una camiseta.

Cuando ella ya empezaba a pensar que tendría que dormir con aquel vestido, unos toques en la puerta le asustaron.

—¿Puedo pasar, princesa? Alguien me ha avisado de que necesitas a un valiente caballero —bromeó tras la puerta.

En dos zancadas Elena acudió y abrió de inmediato. Le impactó verlo desnudo de cintura para arriba. Aquel torso que parecía dibujado, era el más espectacular que jamás había visto. Le dejó la boca seca, tuvo que carraspear para poder hablarle.

—No… no puedo bajarme yo sola la cremallera del vestido. Serías tan amable… —Martín pudo notar el apuro por el que pasaba. Tenía las mejillas coloradas e intentó no mirarlo demasiado.

Se colocó de espaldas y le indicó el lugar exacto.

Con dedos expertos, Martín realizó la tarea. Se recreó en el momento, no la bajó con prisa, se permitió rozar la piel a conciencia y notar como Elena se estremecía con el suave roce. Poco a poco fue descubriendo la hermosa espalda de su mujer, parte del sujetador de encaje en color marfil, y cuando fantaseaba con descubrir si llevaba bragas o tanga la cremallera llegó al fin. Sacudió la cabeza, intentó serenarse y se reprendió mentalmente por los pensamientos y las ganas que ese simple gesto le provocó.

—Listo —anunció tras terminar la tarea. Apartó las manos del cuerpo de Elena como si le quemase.

—Gracias. No sé qué habría hecho sin ti. —Lo miró con ambas manos sosteniéndose la parte delantera del vestido para que no se le cayese.

Martín deseó, como un adolescente, que eso ocurriese. Nunca había sentido tantas ganas de ver el cuerpo de una mujer.

—De nada —respondió en tono seco, casi molesto, mientras la devoraba con la mirada sin ser consciente de ello.

Ambos notaron la tensión del momento. Respiraban con dificultad y sus miradas ardían.

Martín salió de inmediato de la habitación sin decir nada, dejó a Elena descolocada. Sabía que si permanecía allí un segundo más acabaría arrancándole la ropa. Tenía la suficiente experiencia con las mujeres como para saber que ella sentía el mismo deseo que él, pero Elena era una mujer prohibida. Se lo debía a Sebastián.

De nuevo tumbado en la cama, maldijo la situación y juró poner distancia entre él y Elena. No iba a permitir nunca más un momento como aquel. Por otro lado, tampoco quería que ella malinterpretase nada. Él no deseaba una esposa ni un matrimonio para siempre.

A la mañana siguiente, una llamada de teléfono despertó a Elena.

—¡No me lo puedo creer! —gritó Nora escandalizada—. De no haber estado Virginia a mi lado y me corrobora todo y me pellizcaba mientras te veía por la televisión como una

famosa…

—Siento no habértelo dicho yo —se disculpó muy apenada—. Todo sucedió muy deprisa. Tú te ibas de vacaciones y estabas liada con los preparativos de la boda.

—No hay excusas para algo así —le reprendió—. Somos como hermanas, para las buenas y las malas. Me hubiese gustado estar a tu lado en tan duros momentos.

—Supongo que Virginia te lo ha contado todo.

—Supones bien. Y también tienes mi palabra, seré una tumba.

—Gracias. —Dedujo que le había contado todo.

—¿Qué tal estás? ¿Cómo va todo? —preguntó casi con temor.

—Estoy segura y mi familia también, es lo que importa.

—¿Y tu marido? ¿Cómo va todo con él?

—Vivo en una casa muy grande, no lo veo mucho, y cada paso que damos fuera de ella es calculado.

—Lo he visto por foto. Es un hombre de infarto.

—Sí, Martín es muy guapo. No puedo negar lo evidente.

—Y… entre vosotros…

—No hay nada.

—Ambos estáis solteros. Saltaban chispas desde la pantalla. Se apreciaba una química especial, y no sois tan buenos actores.

—Pero no somos el ideal del otro —comentó decepcionada.

—Tengo muchas ganas de verte y abrazarte —reveló con nostalgia.

—¿Cómo ha ido la vuelta al trabajo? ¿Y los preparativos de la boda? —Cambió de tema, no quería centrarse en ella o se pondría a llorar.

—Va todo muy bien.

***

La semana siguiente continuó hablándose de Elena y Martín en todos los medios, la imagen de los dos de la mano y el beso en la alfombra roja dio mil vueltas y salió en la prensa. A nadie le quedaron dudas de que eran una pareja enamorada tras aquello. El matrimonio no hizo una nueva aparición.

En esos días, Elena se dedicó a hablar mucho con su abuelo. Le encantó conocer a su madre a través de él, ver fotografías y que le relatase anécdotas familiares. No indagó demasiado sobre su abuela, entendió que era un tema que le dolía a Sebastián y, como tenían mil cosas de las que hablar, decidió dejar el tema para otro momento.

Los avances de Sebastián en esa semana fueron muy positivos, Elena estaba muy contenta. Pasaba la mayor parte del día con él, cuando volvía a casa por la noche solía cenar sola. Martín tenía unos días complicados, llegaba muy tarde. Elena lo escuchaba llegar a altas horas de la noche, cuando estaba ya en la cama. Le costaba conciliar el sueño desde que era una mujer casada.

Aquel día, Elena decidió pasar la tarde en su nuevo hogar. Con ropa cómoda, se sentó en el sofá del salón con el portátil y se inscribió en el curso de diseño de moda que tantas ganas tenía. Lo podría hacer por internet y acudir a clases dos tardes en semana. Le pareció perfecto.

Cuando cerró el ordenador, después de cuatro horas delante del él sin moverse, Martín entró en casa. No lo esperaba para la cena, le sorprendió.

Con aspecto cansado y deshaciéndose de la chaqueta y la corbata, fue hasta ella y se sentó en un sillón próximo. Fijó la vista en unos folletos de moda y bocetos que estaban esparcidos por el resto del sofá, al lado de Elena.

—Hola, ¿qué tal la tarde? ¿Qué haces? —se interesó a modo de entablar conversación.

—Ya estoy inscrita en el curso que deseaba hacer. Comienzo en unos días. Por lo demás, la vida en la gran ciudad resulta aburrida —se quejó sin ser consciente de ello.

Sin entender por qué, Martín se sintió culpable. Había tenido una semana horrible, entre el trabajo, la coordinación con el padre de Elena y la seguridad que tenían entre manos para ella no le dejó tiempo de nada.

—¿Qué te gustaría hacer? —preguntó recostándose en el sofá para adoptar una posición más cómoda.

—Echo de menos hacer ejercicio. Llevo casi tres semanas aquí y siento que lo necesito. Me podrías recomendar un gimnasio.

—Tengo un entrenador personal que viene tres días a la semana a casa, de seis de la mañana a siete y media. Puedes unirte a nosotros o comenzar con él cuando yo termine.

—Me parece bien. Me uniré el próximo día a ver qué tal.

—Mañana entonces —confirmó—. Por la tarde podemos hacer un poco de turismo. Es viernes y me lo voy a tomar libre. Te pido disculpas por no haberte atendido como te merecías, pero me ha sido imposible. Prometo que este fin de semana te resarciré.

—No te preocupes. Tengo hecha una lista de lugares que quiero conocer. Iré sola.

—Yo te llevaré. Además, debemos hacer una nueva salida como pareja y que los medios nos capten. Lo he hablado con tu padre esta mañana.

—¿Qué tal va todo? —preguntó con temor. Nunca le decían nada.

—No tienes de qué preocuparte.

—¿Habéis dado con las personas que mataron a mi verdadero padre?

—No. —No le mintió—. Pero estamos preparados para cuando hagan cualquier movimiento. —Elena suspiró incómoda—. ¿Te apetece que salgamos a cenar? Llevas toda la semana metida en esta casa o en la de Sebastián. Te hará bien cambiar de aires.

—¿Cómo sabes dónde he estado? Apenas nos hemos visto —preguntó con curiosidad.

—Me preocupo por ti. Me gusta saber qué hace mi mujer. —Le guiñó un ojo y se puso en pie—. No acepto una negativa. Voy a ducharme, nos vemos en una hora aquí.

Con la agilidad que lo caracterizaba, Martín subió las escaleras bajo la atenta mirada de Elena.

Cuando entró en la habitación, Dora le colgaba unas camisas, las acababa de planchar.

—No guardes la azul clara. Déjala sobre la cama. Voy a salir a cenar con Elena.

¿Me puedes hacer el favor de llamar a *San Marcos* y reservar? —Iba con prisa.

—¿Martín, tú sabes del problema de tu mujer? —lo alertó Dora al ver que escogía aquel lugar.

—¿Qué problema tiene Elena? —preguntó preocupado.

—Es celiaca.

—¿Celiaca?

—Sí. Tiene que tener especial cuidado con las comidas con gluten, las suyas deben ser cocinadas aparte.

—Lo sé, lo sé —contestó molesto. No desconocía del todo la intolerancia.

—Algo me dice que no sabes muchas cosas de tu esposa —comentó colgando unos pantalones. A Dora era a la única que le permitía tales comentarios—. Dedícate a conocerla.

Ella es la mujer indicada para ti.

Martín puso los ojos en blanco y se metió en el baño. Desde ahí le ordenó:

—Llama a *La Luz*, allí tienen una cocina especial para la comida sin gluten.

Dora sonrió y se marchó a hacer la reserva. No sabía muy bien qué clase de relación tenía con Elena, pero apostaría su vida a que ella era la horma de su zapato.

Martín estuvo listo en menos de una hora, esperó a Elena en el salón mientras confirmaba la reserva realizada por Dora.

Elena escogió un vestido camisero largo con el fondo azul marino y estampado. Lo adornó con un cinturón y se dijo frente al espejo que iba adecuada para una cena con su marido. No se esmeró en el pelo, lo dejó suelto y le dio un par de hondas en el contorno del rostro.

Cuando Martín la vio bajar las escaleras, de nuevo algo se le revolvió en el interior. Ella tenía el don de despertarle el corazón, a su lado le latía con fuerza.

—¿Lista? Estás muy guapa.

En esta ocasión no acudió hasta ella. La esperó quieto donde estaba.

—Podemos marcharnos —anunció mientras lo repasaba de arriba abajo. Llevaba unos pantalones vaqueros oscuros, camisa azul cielo y una chaqueta azul marina. Sin corbata estaba arrebatador. Vistiese como vistiese, siempre lograba cortarle la respiración.

Aquella noche Martín condujo, no utilizaron chófer. Pero Elena advirtió que nada más salir del garaje del edificio dos coches los seguían. Eran los guardaespaldas que los protegían. No pudo evitar sentirse mal porque Martín se viese sometido a todas esas medidas, pero no dijo nada.

Una vez en el restaurante, los atendieron de forma especial nada más poner un pie en él, los llevaron a un reservado en la planta superior con unas vistas maravillosas a la ciudad de noche.

Cuando les entregaron las cartas, a Elena de dieron una diferente. De inmediato leyó que se trataba de la carta especial para celiacos, miró la de Martín y él tenía otra. En silencio lo miró y él sonrió.

—¿Por qué no me lo habías dicho en todo este tiempo? —le reprochó.

—Supongo que hemos hablado de cosas más importantes —se excusó.

—Esto es importante. Es tu salud —rebatió serio y molesto.

—No la he descuidado.

—Has estado una semana en el hospital con tu abuelo, comías todos los días allí.

—Me las arreglé. En esos momentos yo no era lo primordial.

—Elena, no vuelvas a ocultarme nada así, por favor.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó con curiosidad.

—Me lo dijo Dora antes de reservar. ¿Y si no me hubiese advertido y te llevo a un lugar que no tengan una carta adecuada a ti?

—Tengo una carta para mí. —Aireó la que sostenía en las manos y Martín sonrió—. Creo que estaban avisados de que yo era la celiaca.

—Quiero lo mejor para mi mujer. —Se lo dijo mirándola a los ojos y serio. Fueron palabras que salieron solas. Cuando las escuchó de sus propios labios se arrepintió.

Por el contrario, a Elena le halagó oírlas al mismo tiempo que sintió unas mariposas en el estómago.

—¿Cuándo te diagnosticaron que eras celiaca? —preguntó con interés mientras esperaban la comida con una copa de vino blanco.

—Tenía un año. Me puse enferma, no mejoraba, tenía diarreas, me ingresaron y dio la casualidad de que la hermana del médico que me trató también era celiaca y eso abrió los ojos del doctor al tratarme.

—¿Cómo ha sido tu vida desde entonces?

—Llevo una dieta normal, como alimentos sin gluten y cocinados en lugares donde no se cocinen otros con gluten, y listo. No es una alergia. Es una intolerancia. Y si un día como algo que lleve gluten no me pasa nada grave, solo tendré problemas intestinales puntuales.

—En la cadena colaboramos con la Asociación de Celiacos de España —le informó—. Conozco bien la intolerancia. Nos la explicaron en una reunión.

—Vaya, es una gran labor.

—¿Tu abuelo sabe que eres celiaca? —preguntó de golpe.

—Sí —respondió con tranquilidad.

Martín solo asintió. Ni él mismo podía comprender por qué le molestaba tanto desconocer cosas de Elena.

Tras una exquisita comida donde la comida tuvo el principal protagonismo, se marcharon a casa. Martín nunca llegó a imaginar que una cena así le pudiese resultar tan atractiva, fue en ese momento donde descubrió que le encantaba pasar tiempo con Elena. Le fascinaba escucharla y mirarla, cada día la admiraba más y cierto sentimiento de protección hacia ella se hacía más grande.

Cuando llegaron a las puertas de las respectivas habitaciones se despidieron.

—Gracias por la riquísima cena. Me ha encantado el lugar y compartirla contigo —le agradeció Elena.

—Ha sido un placer. Que descanses. Te espero mañana para una buena sesión de entrenamiento. Los viernes Tony me da más caña.

—Espero aguantar el ritmo.

—Estoy seguro de que lo harás. Me estás demostrando que puedes con todo.

En un gesto que ella no esperaba, se inclinó y le dio un beso en la mejilla, demasiado cerca de la comisura de los labios. Sentir su aliento tan cerca la alteró.

Martín se separó de inmediato, tenía ganas de volver a besarla, pero no podía dejarse llevar por los impulsos. A Elena no la podría echar de su vida para siempre como estaba acostumbrado a hacer con el resto de mujeres.

A la mañana siguiente, Elena se reunió con él en la sesión de entrenamiento en el gimnasio de la casa. No había estado ahí antes. En el tiempo que llevaba allí ni se había acordado de que Martín le dijo que había uno. No estaba acostumbrada a esos lujos.

La jornada fue muy bien. El entrenador, Tony, un chico joven, de la edad de Elena más o menos, era muy simpático y adaptó la clase a ella. Al finalizar la felicitó y la animó a unirse a ellos de nuevo, pero Martín sugirió que cada cual tuviese sus horas de entrenamiento por separado. Ver a Elena a las siete de la mañana con unas mallas ajustadas y un sujetador deportivo no era lo mejor para comenzar el día, no quería pasarse las horas siguientes imaginando sus curvas y un cuerpo perfecto, sudoroso, que lo ponían a cien.

Tras la sesión de deporte desayunaron juntos.

—Me ha gustado tu entrenador. —No lo dijo con una intención afectiva, sino profesional, pero por la expresión de Martín al levantar la cabeza de la tostada que untaba y clavar los ojos en ella sintió que malinterpretó el comentario—. Quiero decir, es un chico muy amable y profesional.

—Llevo tres años con él. Financio la empresa que ha montado. Me contó el proyecto y creí en él.

—Eres muy generoso.

—Me gusta dar una oportunidad a la gente que vale. ¿Qué vas a hacer el resto de la mañana? —preguntó para cambiar de tema. Hablar de Tony lo puso de mal humor.

—Iré a ver a mi abuelo y luego volveré a comer aquí. Quiero estudiar un poco. El curso empieza en unos días y me gustaría ir por delante.

Martín asintió serio.

—Tengo la tarde libre. ¿Qué te parece si salimos a dar un paseo por El Retiro?

—Me encantaría. Tengo ganas de conocerlo —comentó ilusionada.

—Seguro que habrá quién nos vea y se encargue de airear nuestra salida.

Con ese comentario le dejó claro que no la invitaba porque le apeteciese, sino porque era necesario continuar con la farsa del matrimonio delante de la sociedad.

Elena abrió la boca y esbozó un *oh*. Luego se tensó al pensar que no sería un paseo ni una visita relajada, sino un postureo en el que tendría que estar pendiente de cuando Martín se le acercase o la abrazase.

Cuando Elena acudió a casa de su abuelo y le contó la salida de la noche anterior a cenar con Martín y la de aquella tarde a El Retiro, este se alegró mucho. Ya balbuceaba algunas palabras y caminaba más tiempo apoyado en la muleta que en silla de ruedas. Los avances en las secuelas producidas por el infarto cerebral iban mejorando a grandes pasos.

Hacía una buena tarde, Martín llegó a casa antes de las cinco, se puso ropa cómoda y unas deportivas, luego un chófer los dejó en El Retiro.

Elena disfrutaba al pasear al aire libre, ver a la gente correr, hablar, montadas en las barcas. Todo ese ambiente le dio vida. Había pasado las últimas semanas casi encerrada y aquello le resultaba una completa liberación. Tras una larga caminata, Martín le sugirió que se sentasen en el césped a tomar algo.

Le pareció una idea estupenda. Necesitaba sentir la naturaleza alrededor.

Él fue a por unos refrescos mientras Elena lo esperó sentada.

—Has estado muy callada mientras hemos caminado. ¿Te encuentras bien? —preguntó sentado en el césped.

—Sí. Observaba todo, el lugar, la gente… ¿Has venido alguna vez a correr aquí? —preguntó con la mirada fija en las personas que lo hacía.

—Sí, hubo una época en la que venía mucho. Ya no, hace un par de años que solo hago ejercicio en casa.

—¿Por qué ya no vienes?

—Falta de tiempo.

—Me gustaría probar un día —comentó recorriendo el lugar con la mirada.

—Podemos venir el domingo —le ofreció.

—No es necesario que me acompañes, puedo hacerlo sola.

—Vendremos juntos. Acabas de renovarme las ganas de hacer ejercicio al aire libre. —La miró allí sentada entre el sol y la sombra, con el pelo moviéndose un poco debido al aire que hacía y no pudo evitar acercarse más a ella y colocarle bien el pelo detrás de la oreja. Le gustaba verle el rostro despejado.

En ese gesto, se dio cuenta de que, mezclado con la gente del parque, había alguien interesado en ellos, les hacía fotos desde detrás de un árbol. No se preocupó en alertar a los

guardaespaldas que debían estar cerca, ya que identificó al paparazzi.

—Creo que va siendo hora de que te bese —susurró en el oído de Elena a modo de prevenirla—. Tenemos compañía. —Ella no lo entendió bien y frunció el ceño, contrariada—. Nos están haciendo fotos. Creo que es justo que le demos lo que buscan —comentó con aire burlón. Ni él mismo entendía aquel buen humor. Siempre que tenía algún fotógrafo cerca se cabreaba.

Elena lo miró y asintió como dándole permiso, algo que le causó risa a Martín, nunca le había pedido autorización a ninguna chica para besarla, pero con ella todo era muy diferente. Se acercó, le acarició la mejilla con una mano, con mimo, sin dejar de mirarla a los ojos y luego le dio un beso en la boca. Fue breve y apenas lo pudieron saborear como ambos anhelaban. Se quedó cerca de ella y le tomó una mano entre las suyas. Acarició el anillo de casados y el que le dio por el supuesto compromiso, ambos los llevaba en el mismo dedo.

—Creo que ya han tenido suficiente —murmuró tras permanecer muy cerca de ella unos minutos.

—¿Eso crees? —preguntó con actitud resuelta mientras se levantaba y tiraba de su mano —. Yo veo los programas de televisión y rara vez sacan una sola foto. —Sin soltarlo, comenzó a caminar con él—. Vamos a regalarles un paseo de un matrimonio de recién casados.

—¿Y cómo son esos paseos? —preguntó confuso, dejándose guiar por ella.

—¿Tú no habías estado casado? —preguntó, se paró y lo miró de frente.

—No tuve un matrimonio normal.

—Vaya, eres especialista en eso —bromeó. Estaba risueña y alegre.

—Muy graciosa —le reprendió con una sonrisa—. ¿Cuál es el plan?

—Un paseo lleno de confidencias, sonrisas, arrumacos y besos.

—Bien, comencemos por los besos. —La tomó por la cintura de golpe, la pegó a su cuerpo y le dio un beso en condiciones, como el que deseaba desde hacía mucho. Todo el cuerpo de Elena se estremeció cuando la boca de Martín invadió la suya con maestría mientras enredó su lengua con la de ella. Nunca la habían besado de aquella forma tan pasional y arrebatadora. Se dejó llevar y le correspondió con creces mientras entrelazaba las manos alrededor de la nuca de su marido.

Cuando sintió que las piernas se le aflojaban, se sostuvo en los hombros de él. Era más alto, y al llevar deportes tuvo que ponerse de puntillas para besarlo mejor.

—Le acabamos de dar un verdadero beso de enamorados, ¿tú que crees? —preguntó Martín sin soltarla.

—Sí. —Fue incapaz de decir nada más. Un calor interior la tenía atrapada.

—Bien, ahora démosle confidencias, sonrisas y arrumacos —murmuró mientras comenzaba a caminar sin soltarla de la mano.

Elena lo miró de soslayo y sonrió de tal forma que Martín se preguntó si era fingido o real, pero él solo supo que le dio un vuelco el corazón. La abrazó por detrás y juntos caminaron unos pasos así, mientras le susurraba al oído:

—Vas a acabar conmigo —lo pronunció con pesar, mientras le daba un beso en la mejilla. De nuevo la tomó de la mano y continuaron caminando entre miradas cómplices, mientras les tomaban fotos desde la distancia.

Sin ninguno ser completamente consciente, disfrutaron al máximo de la situación. Cada cual trataba de convencerse de que aquello no era más que un papel, una representación, pero los sentimientos de cada cual iban por otro lado.

11

Después del paseo por el parque y una cena rápida en casa, cada uno se fue a su habitación a darse una ducha y a descansar. Ambos tenían la misma sensación, les gustaba ir descubriéndose y conocerse cada día un poco más. El tiempo que pasaban juntos se iba muy deprisa.

Antes de dormir, cada uno en la cama, trataban de conciliar el sueño, pero los recuerdos de la tarde que habían pasado no lo permitían. Aquel apasionado beso aún les quemaba en los labios.

En un arrebato, Martín no pudo evitar ponerle un mensaje al móvil de Elena. Aquella noche, ya se habían hecho públicas las fotos de ambos paseando por el parque. Le adjuntó varias con un texto:

Buenas noches, princesa. Nuestro paseo ya lo conoce medio país. Hoy has conseguido sorprenderme de nuevo. ¿Dejarás de hacerlo algún día?

Elena escuchó el sonido del teléfono y lo miró de inmediato. Sonrió al leerlo y le contestó:

Espero que no. Por ahí dicen que cuando una mujer deja de sorprender a su marido este pierde el interés en ella. Pensaré con qué te sorprendo mañana. Buenas noches.

Le añadió varias caritas sonrientes y Martín se sintió como un adolescente al leerlo. Hacía años que no se enviaba mensajes así con ninguna mujer.

Había jurado no acercase tanto a Elena ni comenzar a tener cierta confianza con ella, pero tenerla cerca lo llenaba de vida. No podía decir con precisión qué pasaba en su interior, pero lo cierto era que algo había cambiado desde que apareció en su vida. Nunca había extrañado a ninguna mujer, excepto a su madre, y Elena había logrado que la echase de menos en muchos momentos.

Después de estos mensajes Elena sabía que no podría conciliar el sueño. Era tarde, pero llamó a su hermana. Hablaba todos los días con Virginia y en esta ocasión lo necesitaba más que nunca.

—Hola, hermana. Un poco tarde. ¿No puedes dormir? —preguntó Virginia.

—No.

—¿Tu guapo marido te roba el sueño, pero no asalta tu cama? —preguntó en tono burlón. Sabía que no le gustaban esas bromas, pero también tenía la certeza de que en algún momento le confesaría lo evidente.

—Es complicado ser su mujer sin serlo —reveló.

—Comienzas a sentir cosas por él —afirmó Virginia en tono calmado. Había dejado las bromas aparte. Conocía bien a su hermana y sabía que ese tema era complicado.

—Es muy atractivo y guapísimo. Me ha besado en un par de ocasiones y no puedo parar lo que ha despertado en mí.

—Es tu marido, vivís juntos. Lo tienes muy fácil con él. Enamóralo si no lo está ya.

—Martín no tiene mis ideales de pareja. No quiero sufrir ni ser un pasatiempo para él. Nunca vamos a dejar de tener contacto, de una forma u otra siempre seremos familia.

—Elena, no eres tonta. ¿Le gustas? —preguntó exasperada.

—Martín es el típico hombre al que le gustan todas, pero no se compromete con ninguna.

—He visto en las fotos cómo te mira. No puede ser tan buen actor. Siente algo por ti. Te apuesto lo que quieras. Y tú estás colada por él hasta la médula, aunque no lo reconozcas en voz alta —zanjó convencida de ello.

Elena suspiró.

—Te echo de menos a mi lado.

—Yo también te extraño, hermana. Espero que pronto podamos vernos.

***

El resto del fin de semana Elena y Martín lo pasaron juntos. La llevó a conocer algunos lugares de interés en Madrid. Volvieron a pasear como una pareja, de la mano, por la Plaza de España, Sol y el Museo del Prado. La llevó a una terraza de un edificio con vistas a tomar un café y por la noche una copa. No hablaron de ellos, Martín se dedicó a hacer de un guía espectacular, la puso al día del funcionamiento de la gran ciudad.

También fueron a visitar a Sebastián. Siempre le daba una alegría enorme verlos llegar juntos. Se les notaba que cada día se llevaban mejor y tenían más confianza. Se lanzaban miradas y gestos cómplices que a un viejo como él no le pasaban desapercibidos.

El lunes siguiente, Elena volvió a acudir al entrenamiento en el gimnasio. Lo hizo cuando finalizó Martín, ambos se cruzaron en la puerta y la dejó sola con Tony mientras se marchaba de mala gana. Con la sonrisa que Elena y el entrenador se recibieron, consiguieron poner a Martín de mal humor para el resto del día.

Cuando finalizó la sesión, ella invitó al monitor a desayunar, algo que nunca había hecho su marido.

Cuando Martín bajó a la cocina, tras la ducha y arreglarse, se encontró con su mujer y Tony sentados a la mesa, entre carcajadas.

—Oh, Martín, siéntate, tienes que escuchar lo me le pasó a Tony con …

—Llego tarde. No tengo tiempo para charlas —la cortó de forma desagradable y se marchó con gesto serio.

Tony, que conocía bien al señor Quiroga desde hacía varios años, supo de inmediato que no tenía que haber aceptado el ofrecimiento de la señora. Se disculpó con ella y se marchó tras poner la excusa de que llegaba tarde con otro cliente.

Aquel día, Elena no vio ni supo nada más de Martín. Llegó a casa a altas horas de la noche cuando ya estaba acostada.

A la mañana siguiente, Elena bajó a desayunar, iba vestida y arreglada, lista para salir. Quería hacer algunas compras de materiales específicos para el curso de diseño que comenzaba en breve. Para su sorpresa, encontró a Martín desayunando en la isla de la cocina.

—Buenos días —lo saludó.

Él estaba vestido para ir a trabajar, llevaba un traje de chaqueta hecho a medida en negro, corbata negra y camisa blanca. Lo encontró algo serio y distante, por ello no le dio más conversación. Se puso a hacerse un café.

—Buenos días —contestó Martín y luego le dio un sorbo a la taza, mientras la repasaba de arriba abajo.

Elena estaba de espaldas y llevaba un vestido de punto negro, a la altura de las rodillas, le marcaba cada curva del cuerpo a la perfección. Luego, Martín bajó la mirada hasta las botas altas de tacón negras, casi llegaban a las rodillas, la encontró muy sexi. Su esposa había cambiado mucho en el último mes. Cada vez la sentía más atractiva y más mujer.

—¿Mucho trabajo hoy también? —preguntó ante el incómodo silencio. Se sentó a su lado y lo miró.

—¿Solo vas a desayunar eso? —Fijó la vista en la taza de café.

—No tengo hambre.

Martín chasqueó la lengua, contrariado. Se preocupaba por ella y porque comiese bien. Desde que había llegado a Madrid la notaba más delgada.

—Hoy tengo el día tranquilo. ¿Te apetece acompañarme y te enseño las instalaciones principales del Grupo Quiroga y la cadena? —le propuso de repente—. Sebastián me ha mencionado en varias ocasiones que te lleve. Desea que conozcas lo que algún día será tuyo. A menos que ya tuvieses un plan para hoy. —Clavó la mirada en su ropa.

—No, no tenía ningún plan. Solo ir a comprar unos lápices y cuadernos, y luego visitar a mi abuelo.

—Bien, ya tenemos plan para hoy. —Elena notó que le mejoró el humor. A veces, tenía un carácter muy seco y serio.

—¿Voy bien así? —preguntó por si se tenía que cambiar de ropa.

—Estás perfecta. ¿Nos vamos?

Se terminó el café que le quedaba en la taza y se marchó con Martín. Tenía ganas de conocer las instalaciones de la cadena de televisión y el despacho de su marido. Cuando pensaba en él le gustaba imaginarlo en el lugar que ocupaba la mayor parte del día.

Durante toda la mañana, Martín paseó a Elena por todos los principales platós de la televisión y le presentó a un montón de gente que a ella les eran conocidos de los programas. También le presentó a algunos actores de series que estaban rodando esa mañana. Elena alucinó con todo, le encantó conocer el mundo de la tele desde dentro. Martín le explicó con soltura cómo se grababan los programas y cuáles eran los más vistos por la audiencia.

Para finalizar la visita, a mediodía, la llevó a un edificio anexo al gran complejo Quiroga, se encontraba en las afueras de la ciudad. Nunca llegó a imaginar que fuese tan grande. El despacho de Martín era enorme. Tenía una mesa gigante para él solo, con dos ordenadores, uno de mesa y otro portátil. A la izquierda tenía otra mesa con doce sillas y a la derecha un sofá con una mesa baja delante y dos sillones enfrente.

—Desde aquí lo controlas todo —comentó Elena mientras admiraba el lugar. Tenía mucha luz y la decoración era de diseño.

Martín estaba parado a la entrada, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Admiraba cómo ella disfrutaba al conocer el imperio de su abuelo. Tenía claro que no era una mujer interesada, estaba deslumbrada porque no había visto nada igual antes. Ello lo llevó a los recuerdos del pasado, cuando él también se impresionaba con facilidad al ver la riqueza en la que vivía Sebastián.

—Casi todo.

—Ahora eres el presidente.

—Es un mero cargo. Llevo años al frente de esta empresa junto con mi padre. Tomaba muchas decisiones sin consultarle.

—¿Qué ha cambiado desde que mi abuelo no está aquí? —se interesó. Era consciente de que debía tener más trabajo.

—Tú lo has cambiado todo —confesó con una mirada intensa y fija en ella. No fue una acusación ni un reproche, lo manifestó con melancolía.

—Disculpe, señor. —La secretaria interrumpió de repente. La puerta estaba entreabierta—. Tiene unas firmas pendientes en recursos humanos desde ayer.

—Cierto, Rita. Ahora mismo me paso. Le presento a mi esposa, Elena.

La mujer acababa de llegar, estaba en la hora del almuerzo cuando Elena y Martín entraron minutos antes.

—Encantada, señora. —La mujer, de mediana edad, le sonrió.

—Hola. —Elena fue hasta ella y le dio dos besos, algo que sorprendió a la secretaria.

—Es usted muy guapa. Felicidades por el matrimonio. Les deseo todo lo mejor del mundo.

Después, Rita se marchó. Elena y Martín se miraron algo incómodos por las palabras de la mujer.

—¿Te importa quedarte aquí unos minutos mientras voy a firmar unos documentos que no puedo dejar que pasen de hoy?

—Claro, ve. Yo te espero aquí —contestó sonriente y con amabilidad. No le importaba lo más mínimo.

—Vuelvo enseguida —se disculpó Martín y se marchó.

Cerró la puerta y Elena se sintió con más intimidad para curiosear el lugar de trabajo de su marido.

Admiró la gran mesa, paseó los dedos por ella con delicadeza, se tomó el atrevimiento de sentarse en el sillón de Martín y giró sobre él como una niña, mientras todo el despacho le daba vueltas alrededor.

De repente, la puerta se abrió y una mujer entró como alma que lleva el diablo.

—Maldito hijo de perra, no te vas a negar más a hablar conmigo —vociferó muy alterada.

Elena clavó la mirada en la elegante y sofisticada mujer que tenía delante. Su actitud y gritos no se correspondían con la apariencia.

—Señora, el señor Quiroga no está. Como puede comprobar —añadió Rita, iba tras ella y trató de impedir que entrase. Relacionarse con Silvia siempre le resultó una tarea muy cansada. El carácter de aquella mujer era terrible. Los aires de grandeza que derrochaba no tenían límites.

—¿Y tú quién eres? —preguntó de malas formas. La taladraba con la mirada.

Elena, ajena a lo que allí ocurría, quién era esa mujer y porqué había entrado de esa manera, estaba asustada. No supo cómo reaccionar.

—Señora, la acompaño a la salida —se ofreció Rita, incómoda por la situación.

—No pienso moverme de aquí hasta que llegue tu jefe. —Se adentró más en el despacho hasta que se situó al otro lado de la mesa que ocupaba Elena—. Tráeme un café, vamos —exigió con desprecio a la secretaria.

Atónita, Elena observaba la escena sentada en el sillón. De repente, algo se despertó en su interior que nunca antes había sentido.

—¡Un momento, Rita! —le llamó la atención Elena cuando la secretaria se retiraba—. ¿Se puede saber quién es esta mujer y por qué ha entrado de esta forma en el despacho de Martín? —Silvia le sonreía con insolencia mientras Rita buscaba las palabras adecuadas para aclarar aquella situación—. Salga de inmediato de aquí y espere al señor Quiroga fuera —ordenó a la desconocida, ante el silencio de ambas. Se puso en pie y le hizo un gesto con la mano para

que saliera. No sabía qué sucedía allí, pero estaba dispuesta a tomar cartas en el asunto.

—Tú no sabes quién soy yo, querida —comentó Silvia con desprecio mientras le mostraba una sonrisa cínica.

—Al parecer, eres tú la que no sabes quién soy yo. Martín es mi marido —aclaró con el mentón alto mientras la igualaba en altura al levantarse.

—¿Tu marido? —preguntó con la mandíbula casi desencajada. Miró a Rita, a modo que se lo confirmase, y vio como la mujer asintió en silencio.

—¿Quién es usted y qué quiere? —preguntó Elena en tono acusatorio.

—Así que es cierto que se ha vuelto a casar… No eran rumores los que han llegado a mis oídos mientras he estado en Tokio. —Sonreía de forma malévola—. Mis más sentidas condolencias, querida. No sabes lo que has hecho al unirte con ese hombre. Perdón, no me he presentado, qué mal educada —comentó de forma frívola mientras se llevaba una mano al pecho y cerraba los ojos en un gesto estudiado—. Soy Silvia, la exmujer de tu reciente marido.

Elena casi se atragantó al escucharla, las piernas le comenzaron a temblar sin encontrarle sentido al nerviosismo que apareció de repente. Miró con los ojos casi desencajados a la pija superficial que tenía delante y le costó creer que Martín hubiese estado casado con alguien como ella. Aparentaba más edad que él a pesar de ser evidente que había pasado en más de una ocasión por quirófano para retocar el más que operado rostro.

—Seas quién seas, no te da derecho a irrumpir así en un lugar de trabajo —contraatacó al mismo tiempo que se repetía mentalmente que no debía dejar que aquella mujer pasase sobre ella—. Como puedes comprobar, Martín no está. Te agradecería que te marches y vuelvas en otro momento, y entonces trates con él lo que sea que te haya traído hoy aquí. —Intentó ser educada y no perder los papeles.

—¿Ya te ha abandonado tu marido? —preguntó a modo de burla—. ¿Tan enamorada estás de ese monstruo como para haberte casado con él en tan poco tiempo? Eres guapa, muchacha, y tienes buen cuerpo —reconoció mirándola de arriba abajo con descaro—. Podrías haber encontrado a otro con el mismo dinero, pero un poco más humano. ¿Cuántas condiciones te ha puesto para acceder a este matrimonio? ¿Ya sabes que cuando te divorcies no tendrás derecho a nada? —le informó con maldad—. ¿Has accedido a la condición de no tener hijos y si los hubiese por un error él se queda con la custodia del niño? —Silvia soltaba veneno como una víbora. Le desagradó que una muchacha simple e insignificante, como la catalogó nada más verla, hubiese llegado, donde hasta el momento, solo lo había conseguido ella; ser la mujer de Martín Quiroga.

—No te importa mi vida con Martín. —Escupió Elena entre dientes. Los ojos le echaban fuego tras escuchar todo lo que había revelado.

—¿Qué coño haces aquí, Silvia? —resonó la voz de él, seria, alta y clara. Estaba parado al lado de Rita y miraba a Silvia de tal forma que Elena sintió miedo. Tenía un leve tic en la mandíbula y los puños cerrados—. Espero que no hayas molestado a mi mujer —le advirtió desafiante—, de lo contrario me veré obligado a que seguridad te saque de aquí.

—Todo está bien, Martín —intervino Elena, nerviosa. No deseaba que aquello se convirtiese en un escándalo.

Él asintió y miró de nuevo a Silvia. Esperaba una explicación.

—Hace más de una semana que trato de hablar contigo por teléfono y tu secretaria siempre me da largas —le recriminó, retorciendo el asa del caro bolso entre las manos.

—Hace mucho que dejaste de ser una prioridad en mi vida, no sé si te has dado cuenta —

comentó con ironía mientras la taladraba con la mirada—. No tenemos nada de qué hablar.

—Yo creo que sí —rebatió Silvia.

—Mejor me marcho —se excusó Elena. No pintaba nada en aquella incómoda situación.

—No. Tú te quedas —ordenó Martín sin moverse de donde estaba parado—. Es ella la que se marcha. —Le hizo un gesto con la cabeza y la invitó a salir.

Elena se quedó dónde estaba, ante tal ambiente de tensión no se atrevió a provocar más.

—Hace dos meses que no recibo mi dinero, y dudo que te hayas quedado sin liquidez —le reprochó Silvia. No pensaba marcharse sin solucionar un tema que era vital para ella.

—¿De qué dinero hablas? —preguntó como si estuviese loca.

—No te hagas el tonto. De los seis mil euros mensuales que me pasas desde nuestro divorcio —le reprochó sofocada.

—¡¿Qué?! —Él no le pasaba tal cantidad, pero de inmediato ató cabos, cerró los ojos y se lamentó. Ella le pedía ese dinero mensual para tener un divorcio amistoso y sin escándalos. Nunca accedió, y si lo había recibido en esos años, como afirmaba, solo se lo pudo pasar una persona; Sebastián—. Vete de aquí ahora mismo —pronunció con los dientes apretados y el mayor asco que hubiese sentido antes—. No vas a recibir ni un solo céntimo más. Se acabó el chollo. —La miró de arriba abajo con desprecio, pasó por su lado y se situó al lado de Elena —. Búscate a otro que pague tus caros caprichos.

—¿De verdad quieres que saque a la luz el contrato matrimonial que me obligaste a firmar cuando nos casamos? —lo amenazó sin importarle nada.

—Puedes hacer lo que te plazca, Silvia. No me importan tus chantajes. Tendré a un equipo jurídico que vigile tus pasos. Quizás hasta consigan que me devuelvas el dinero que te he pagado estos años —le habló con calma y esto hizo que ella se pusiese muy nerviosa.

—Me las pagarás, Martín Quiroga —juró antes de darse media vuelta y marcharse con la espalda recta y aires de grandeza.

Rita salió tras ella y cerró la puerta del despacho. Nunca antes había presenciado algo igual.

—Siento todo esto —se disculpó Martín de inmediato.

Elena suspiró, pasó por su lado en silencio y tomó asiento.

—Nunca te hubiese imaginado casado con alguien como ella —murmuró con la mirada fija en la puerta por la que acababa de salir Silvia.

—Nos divorciamos hace siete años. Era muy joven cuando me casé. Fue un error. Nuestro matrimonio apenas duró dos años.

—No me extraña, si acostumbraba a gritar como lo hizo antes de tú llegar… —comentó con una sonrisa. Decidió relajar el ambiente.

Una vez más, Elena lo había conseguido. Lo sorprendió de nuevo, le sonrió y se preguntó cómo tenía la habilidad de sacar lo mejor de él. Deseó abrazarla y besarla, pero se contuvo.

—Vamos a almorzar. Es tarde. —Le devolvió la sonrisa, le tendió la mano y ella se la tomó de inmediato.

Después de la comida, Martín se disculpó y se retiró al despacho de casa, ella subió a la habitación. Hizo una llamada a sus padres y luego se quedó dormida.

Mientras, Martín no perdió ocasión para hablar con Sebastián. Apenas había comido, estaba inmerso en todo lo que tenía que reprocharle a su padre, pero no quería hacerlo delante de Elena.

—¿Cómo pudiste acceder al chantaje de Silvia y habérmelo ocultado durante todos estos años? —bramó en cuanto que Sebastián le cogió el teléfono.

—Daría cualquier cosa por tu tranquilidad y para que seas feliz. Esa mujer solo quería dinero y para mí no era un problema si con ello desaparecía de nuestras vidas. He olvidado los dos últimos pagos con todo lo de Elena —se lamentó al caer que esa era la razón por la que ya sabría el asunto. Conocía bien a la que fue su nuera por un tiempo y estaba seguro de que se lo habría reclamado.

—No me habría importado el escándalo que hubiese montado. Solo era una mujer despechada, y no por amor, sino porque no iba a conseguir nada de mí económicamente.

—Martín, Silvia es capaz de todo —le advirtió preocupado.

—No le temo. No va a recibir ni un euro más de esta familia. Que haga lo que quiera, tendré a todos nuestros abogados pendientes de cualquier cosa que llegue en nuestra contra. Es la imagen de muchas marcas de publicidad, a ella menos que nadie le conviene un escándalo —comentó tranquilo.

—Bien, lo dejo en tus manos —comentó resignado.

—Papá, gracias por todo. Te quiero, viejo —terminó por decir, sabía que Sebastián lo quería de verdad.

—¿Qué tal está mi nieta? Hoy no vino a visitarme y la extraño. —Cambió de tema, pero Martín lo notó emocionado. No eran muchas las ocasiones en las que le manifestaba el amor que le tenía. Solía ser muy reservado con respecto a sus sentimientos. Un hombre duro que en pocas ocasiones sacaba el gran corazón que tenía.

—Hoy la he llevado a conocer las instalaciones de la cadena. —No le mencionó nada sobre el desafortunado encuentro con Silvia—. Es una gran mujer —confesó orgulloso de ella.

La sonrisa que apareció en el rostro de Sebastián tras escuchar aquello fue enorme. En el fondo de su corazón albergaba la esperanza de que Elena conquistase a Martín como no lo había logrado ninguna mujer antes.

Aquella noche, mientras cenaban unas verduras a la plancha que Dora les había dejado preparadas, Martín encontró a Elena muy callada. Ya la iba conociendo bien y de inmediato supo que le ocurría algo.

—Si tienes alguna pregunta que hacerme es el momento. Es obvio que algo te preocupa —comentó mientras la miraba fijamente, recostado en el respaldo de la silla. Dejó casi toda la comida en el plato, no tenía hambre.

—No… —Él la miró interrogativo, con una ceja alzada—. En realidad, es sobre lo que ha pasado esta mañana con tu ex, pero yo no tengo derecho a hacer preguntas.

—No quiero que nada te preocupe. Dime qué es.

—Silvia me preguntó si también tuve que firmar un contrato prematrimonial donde se establecía que no tendríamos hijos, y de haberlos por algún error, en caso de divorcio, tú tendrías la custodia. ¿Es verdad que hubo uno así con ella? —Le costaba creerlo. En su mundo las personas se casaban por amor, y sin condiciones.

—Sí —contestó impasible.

—¿Y ella firmó eso? —preguntó asombrada y con los ojos muy abiertos.

—Eran mis condiciones para casarme —manifestó con indiferencia.

—¿No querías hijos? —Ella soñaba con ser madre y crear una familia. Le costaba creer que alguien no desease tener hijos dentro de un matrimonio.

—No —respondió rotundo y molesto, sin darle más explicaciones. El hecho de que Elena lo mirase como si tuviese dos cabezas lo cabreó.

Ella había terminado con el yogurt que aún tenía en las manos, se levantó, lo tiró y lo miró apoyada en la encimera. Ninguno pronunció una palabra más a pesar de tener mucho que decirse.

—Estoy cansada. Ha sido un día largo. Me voy a dormir. —Lo miró sin comprenderlo.

Desde que conocía a Martín siempre tuvo la sensación de que era alguien complicado el cual nunca llegaría a conocer ni entender bien, algo que cada día corroboraba más.

—No me gusta que mi mujer mi mire de esa forma —murmuró con pasividad, sin moverse de la silla.

—No soy tu mujer —se defendió.

—Si mañana muero, serás mi viuda legal. Eres mi mujer —afirmó contundente—. Piensas que soy un ser cruel y sin sentimientos, ¿verdad? Algo ha cambiado en ti desde que te has encontrado con Silvia hoy, en la forma de mirarme lo puedo ver —afirmó. Elena se retorcía las manos sudorosas. Estaba nerviosa.

—No tengo derecho a hacerte preguntas. Si realmente fueses mi marido me gustaría saber algunas cosas. —Fue sincera.

—¿Qué deseas saber de mí? —preguntó arrastrando las palabras. Ella no contestó de inmediato—. Quizás esta noche me sienta generoso y decida satisfacer tu curiosidad. Pregunta —la instó mirándola de frente y mostrándole una sonrisa serena.

12

—¿Por qué le hiciste firmar un contrato prematrimonial así a tu ex? Se supone que cuando te casas es por amor y crees en la otra persona, y es para siempre —añadió con un suspiro.

Martín tuvo ganas de soltar una carcajada, pero por respeto no lo hizo. Solo sintió lástima de ella por ser tan ingenua.

—No me casé por amor. Nunca estuve enamorado de Silvia. Se quedó embarazada la noche de nuestra graduación, en la que ambos bebimos demasiado. Nuestras familias eran muy amigas y si no me responsabilizaba de mis actos mi padre se decepcionaría de mí, y es lo último que siempre he deseado. Dos días antes de contraer matrimonio en una celebración por lo civil, íntima, descubrí que Silvia había perdido al bebé en un aborto natural. Mi intención fue parar aquella boda, pero ella y su padre me suplicaron que no lo hiciera. Temían un escándalo. Accedí, pero puse mis condiciones. —Elena asintió al comprender la situación. Martín se relajó al ver que lo miraba con otros ojos.

—¿Por qué arruinar tu vida al casarte con una persona que no amabas?

—Nuestra relación siempre estuvo basada en el sexo, nos llevábamos bien en ese sentido. No me importó casarme, nunca deseé hacerlo ni formar una familia, pero ella se empeñó en no parar aquella boda, y yo establecí mis condiciones.

—¿Nunca has deseado ser padre? —preguntó con miedo.

—No. Tengo muy claro que no deseo tener hijos jamás.

—¿Por qué? —La pregunta salió sola de sus labios.

—Porque soy un egoísta. No quiero compartir mi tiempo ni mis responsabilidades con nadie. —Fue una respuesta dura, pero sincera.

—Comprendo —murmuró pensativa.

—No, Elena. No comprendes nada, pero hoy ya he saciado un poco tu curiosidad. Me conoces un poco más, para bien o para mal. Solo te voy a pedir una cosa, no me juzgues por lo que fui, sino por lo que sea o haga desde que me conoces.

Ella asintió y sonrió. En el fondo, sabía que Martín era una gran persona, solo que presagiaba que había pasado por duras situaciones en la vida que lo habían convertido en alguien así de insensibles en temas familiares.

—Ven aquí. —La tomó por los hombros, la acercó y la abrazó.

Ella le correspondió al mismo tiempo que sentía que estaba muy necesitado de cariño.

—Eres una incógnita para mí —manifestó Elena mientras permanecían abrazados. Ninguno deseaba deshacerse del calor del otro.

Martín la miró a los ojos muy de cerca. Sentía ganas de besarla y perderse en ella, pero se controló.

—¿Aceptarías el reto de descubrir esa incógnita que supongo para ti?

Con los ojos rebosantes de felicidad, ella asintió. No le salían las palabras. Martín estaba decidido a dar un paso más y Elena lo iba a acompañar sin pensarlo.

Sin poder evitarlo, se acercó a ella y le dio un beso en los labios, fue apenas un simple roce, pero ambos desearon profundizarlo y perderse en la exquisita sensación de la unión de sus bocas.

Cuando Martín se separó, la sintió con ganas de más, mucho más. Las mismas que él. Le

acarició la mejilla con delicadeza y la cogió en brazos para sorpresa de Elena. Subieron las escaleras en silencio, sin soltarla y sin dejar de mirarse a los ojos. Fue en ese preciso instante cuando ambos descubrieron que se podía besar con la mirada, y esos besos llegar a ser incluso mejores que los reales.

Con toda la fuerza de voluntad del mundo, Martín abrió la puerta de la habitación de ella, entró y la dejó sobre la cama como si fuese un bebé. Le dio un beso en la frente y después la miró con la mayor ternura que Elena hubiese sentido antes de nadie.

—Buenas noches. Por una vez en mi vida, voy a hacer las cosas bien —murmuró—. Tú también eres una incógnita para mí —le reveló—. Vamos a descubrirnos juntos. —Le acarició los labios con los dedos y se marchó.

En esos momentos Elena no sentía mariposas en el estómago, tenía leones que rugían, vivos y con ganas de luchar por aquello que se había despertado dentro de su ser. El hombre que acababa de salir por la puerta se había convertido en el centro de su vida sin apenas darse cuenta de ello. Nunca había sentido por nadie lo que Martín le despertaba. Con tan solo pensar en los besos que se habían dado o cómo la miraba, la piel se le ponía de gallina. Las ganas, el deseo y la pasión que le despertaba conseguían asustarla. Era demasiado intenso. No sabía cómo ni cuándo, pero estaba perdidamente enamorada de él. Un marido que no ejercía de tal en la realidad, pero sí lo era dentro de la legalidad. La besaba como un amante y quizás no la amase. Un hombre que no deseaba una familia ni creía en el amor, y ella soñaba con ello desde pequeña.

Sumida en las diferencias que la separaban de Martín se quedó dormida. Esa noche soñó con él, con sus besos, con aquellos intensos ojos azules, con aquel rostro perfecto y su magnífico cuerpo sin un solo gramo de grasa. Al despertar, deseó que se convirtiese en realidad, pero era consciente de la imposibilidad de algo así entre ambos.

***

Los siguientes días Martín estuvo muy ocupado y, a pesar de vivir en la misma casa, no se vieron, ni siquiera, en los cambios de los entrenamientos. Él llegaba a altas horas de la noche, cuando ella ya había cenado y estaba a punto de dormirse.

Una mañana, Elena se encontró con la sorpresa de que una mujer la esperaba en el gimnasio, pero no había rastro de Martín ni de Tony.

—Buenos días, señora. Mi nombre es Carla. Desde hoy seré su entrenadora personal —se presentó una chica joven.

—¿Y Tony? —preguntó asombrada. Martín no le había comunicado nada.

—Tony, mi hermano —aclaró la mujer—, vendrá, a partir de la próxima semana, martes, jueves y sábados. El señor Quiroga me ha contratado para que entrene con usted lunes, miércoles y viernes.

—Disculpa… no… no sabía nada —atinó a decir.

—Señora, si no le parecen bien los días, el horario… Estoy a su disposición.

—No, no. Lo primero, no me llames señora —le aclaró cuando puso en orden todo lo que estaba sucediendo. No lograba entender por qué Martín no le había comentado nada—. Están bien los días y las horas. Solo siento que esto me haya cogido de sorpresa, mi marido no me había comunicado nada.

Carla asintió algo incómoda al mismo tiempo que comprendía a Elena.

—Tony me ha puesto al tanto de cómo fue en sus clases. He preparado una tabla similar, si

le parece bien.

—Sí, sí, claro. Discúlpame, pero hoy esperaba encontrarme aquí con él. Estará bien lo que tengas preparado. Vamos allá —la instó. Fue amable con ella mientras ardía por dentro por Martín no haberle dicho nada del cambio.

La sesión de entrenamiento fue bien. Carla le dio caña y Elena, esa mañana, tenía ganas de soltar adrenalina. Muchos de los puñetazos que le dio al saco de boxeo imaginó que eran para Martín.

—Espero que le haya gustado mi clase, señora. Perdón, Elena —rectificó de inmediato.

—Eres muy profesional, Carla. Discúlpame si en algún momento has sentido que no deseaba que estuvieses aquí. Creo que tú y yo nos vamos a llevar muy bien. —Le guiñó un ojo, se secó el sudor de los brazos con una toalla y se despidió de ella hasta el próximo entrenamiento.

Cuando Carla se marchaba, se encontró con Martín en el salón.

—¿Cómo ha ido el entrenamiento con mi mujer? —preguntó con una taza de café en la mano y el periódico en la otra.

—Muy bien, señor. —Carla ya lo conocía, lo había entrenado en un par de ocasiones en las que Tony no pudo hacerlo —. Creo que hemos conectado bien —afirmó contenta.

—Estoy seguro de que tendréis muchas cosas en común. Tenéis la misma edad.

—Que tenga un buen día, señor.

—Hasta la próxima, Carla. Y gracias por hacerle hueco a mi mujer en tu apretada agenda, sé que estás muy solicitada.

—De nada, señor Quiroga, ha sido un placer.

Cuando Elena bajó a desayunar, después de la ducha, Martín ya no estaba. Tenía una conversación pendiente con él, pero sin remedio iba a esperar. No pensaba dejarlo pasar más de aquella noche, aunque tuviese que esperarlo despierta hasta altas horas.

Aquella tarde Martín llegó temprano a casa, apenas era las cinco cuando Elena lo escuchó entrar e ir directo al despacho. No dudó en interrumpirlo, no podía esperar más, llevaba horas con ganas de poner algunas cosas claras entre ambos.

Tocó a la puerta y entró cuando se lo indicó. Dora estaba por la casa, por lo que cerró la puerta, no deseaba que los escuchase.

—¿Por qué no me has informado sobre el cambio de mi entrenadora? He llegado y no sabía nada. He quedado como una idiota a la que su marido le maneja la vida —le reprochó. Estaba muy enfadada, Martín nunca la había visto así.

Se reclinó sobre el sillón, cruzó los brazos a la altura del pecho y la miró unos minutos en silencio. La admiró y le resultó muy sexi en aquella faceta que desconocía.

—¿No te gusta? Es tan buena en su trabajo como Tony.

—No hablamos de eso, sino de por qué no me dijiste nada del cambio —le recriminó parada frente a él con ambas manos en la cintura.

—Tony es mi entrenador, si también te entrena a ti no puedo hacer cambios en los horarios cuando lo necesito —explicó sin convencerla demasiado.

—¿Y por qué no me lo comentaste?

—Se me pasó, no creo que sea para tanto. —Observó que ella seguía cabreada—. ¿Tienes algún interés especial en Tony? —preguntó serio mientras se ponía en pie para igualarla en altura. Le molestó el interés y el enfado de ella en el asunto.

Elena no se esperaba la pregunta. Entre ellos no había nada, ni tenían derecho a exigirse nada.

—¿Te molestaría? —preguntó a conciencia, mostrándole una sonrisa que lo encendió. No podía creer que Martín tuviese celos, ella los sentía cada noche cuando lo escuchaba llegar a altas horas.

—Somos marido y mujer de cara a los demás. Me debes respeto —bramó.

—Tranquilo, seré tan discreta como tú. Quizás me puedas dar unas clases de cómo hacerlo bien. ¿Me vas a decir que en mes y medio que llevamos casados me has sido fiel? —Le lanzó un dardo envenenado y dio de lleno en el centro de la diana.

—Si necesitas a un hombre, házmelo saber, cariño. —Le mostró la sonrisa de un diablo.

—No, gracias. Me gustan más de mi edad —contestó. Estaba envalentonada. No iba a permitir que él ganase aquella batalla.

—¿Estás segura? —preguntó mientras se acercaba peligrosamente. Lo había herido en el orgullo. Elena era siete años menor que él y con aquel comentario había logrado que se sintiese mayor—. Te sorprendería lo que este viejo puede hacerte sentir.

La proximidad de Martín le alteró la respiración, pero no se movió de donde estaba, no pensaba mostrarle ningún síntoma de cobardía. Lo retó con la mirada. Dos ojos azules, claros contra oscuros, se medían sin decir palabra.

En un arranque, Martín la tomó con fuerza por la cintura, la pego a su cuerpo y la besó. Hambriento y voraz, le saqueó su boca con un intenso beso lleno de rabia. Aun así, ambos se estremecieron y sintieron un deseo inexplicable que no tenía control. Se demoraron en el beso que llevaban días esperando, hasta que Elena lo apartó de su lado de malas formas. Lo miró, fue a decirle algo, pero las palabras no le salieron. El pecho le subía y le bajaba a gran velocidad. Avergonzada por la situación, decidió darse media vuelta y marcharse.

Cuando Martín iba a salir tras ella, sonó el teléfono. Era una llamada importante, la estaba esperando. Se debatió, por unos segundos, entre seguirla o atenderlo. Escuchó un gran portazo de la entrada y supo que se había ido. Descolgó la llamada y se centró en aquel asunto urgente. Ya arreglaría las cosas con su mujer en otro momento.

Cuando Elena volvió a casa era casi media noche. Tras marcharse, paseó por las calles, necesitaba despejarse y pensar en todo lo nuevo que Martín despertaba en ella cada día. Luego, fue a casa de Sebastián. Aceptó la invitación de quedarse a cenar con toda la intención de llegar cuando él no estuviese despierto. Conocía sus costumbres y casi siempre se retiraba a la habitación después de las diez, cuando estaba en casa.

Suspiró tranquila cuando abrió la puerta y encontró el salón a oscuras. Sin hacer ruido, se dirigió a las escaleras, pero antes de poner el primer pie en los escalones vio luz en la terraza. Movida por la curiosidad fue hasta allí. Encontró a Martín sentado fuera, se fumaba un cigarrillo recostado en el sofá mientras tenía la mirada clavada en el cielo. No notó la presencia de ella, lo observó con atención durante unos segundos, estaba sumido en sus pensamientos.

—Hace frío aquí. —La voz de Elena hizo que la mirase, pero no se alteró al verla, continuó en la misma posición—. Deberías entrar —le aconsejó en tomo amable.

Mientras se frotaba los brazos, llevaba una chaqueta y sentía escalofríos. Él tenía solo una camisa, remangada y abierta casi hasta la mitad del pecho.

—Estoy acostumbrado. No te preocupes por mí —murmuró con pesar, sin mirarla a la cara, centrado en el humo del cigarrillo—. Ve a dormir, es tarde —le aconsejó para deshacerse de ella.

Lo repasó con la mirada y por alguna extraña razón sintió pena de él. Nunca lo había visto así, parecía derrotado. Todo lo contrario, al hombre lleno de energía que había conocido hasta

el momento. Le hubiese gustado sentarse a su lado y hablar con él, pero no se atrevió. Recordó la última vez que se vieron y no terminaron bien. Cada vez estaba más confusa con respecto a ese complicado hombre.

Dio media vuelta y se marchó sin decirle nada. Subió a la habitación, se duchó y habló durante un rato con Virginia y Nora por el grupo de WhatsApp. No les contó que Martín la besó a la fuerza y que le había cambiado de monitor porque ella sospechaba que estaba celoso. Hablaron del curso de diseño que había empezado, de los preparativos de la boda de Nora y de lo mucho que ambas extrañaban a Elena en el pueblo.

Dos horas después, no lograba conciliar el sueño. Había estado atenta y no escuchó subir a Martín. Decidida, se enfundó en una bata y decidió bajar a beber agua, pero la principal razón era averiguar si aún estaba donde lo dejó.

El movimiento de la cortina le indicó que la puerta de la terraza estaba abierta, fue hasta ahí y vio que seguía allí. Estaba tumbado en el sofá y parecía dormido. Con cautela, se acercó a él. Observó varias colillas de cigarrillos en el cenicero y restos de una copa de alcohol. Cuando se aproximó más, comprobó que roncaba. Se quedó allí quieta, admirándolo. Admitió para sí misma que era magnífico en todos los sentidos. El compás de su respiración captó su atención, fijó los ojos en su pecho y deseó sentirlo de nuevo junto a ella.

No quería despertarlo, pero si lo dejaba allí cogería una pulmonía. Hacía frío. Con delicadeza, se acercó más a él, se inclinó y le puso una mano sobre el hombro, a modo de despertarlo. Lo zarandeó con suavidad al ver que el sueño era profundo.

De repente, en un movimiento rápido y casi involuntario, Martín agarró a Elena con brusquedad por la muñeca y la arrastró hasta él. Aterrizó sobre su cuerpo mientras él la inmovilizaba. Ella gritó no solo por el susto, le ejercía demasiada presión sobre las muñecas.

Cuando Martín tomó conciencia de dónde estaba y que era Elena, aflojó sus manos, pero no la soltó del todo. La miró con el rostro desencajado mientras trataba de recuperarse. Tenía la respiración muy alterada, como si hubiese librado una batalla. Elena podía sentir en su pecho los fuertes latidos del corazón de Martín.

—Solo quería despertarte —se excusó asustada—. Te habías quedado dormido y hace frío. No podía dejarte aquí toda la noche. Lo siento, no era mi intención despertarte de esta forma. Creo que estabas soñando. —Trató de levantarse sin éxito, la tenía atrapada debajo de su cuerpo y no le dejaba margen de movimiento. La miraba como un lobo a punto de atacar a su presa.

Martín sintió el cuerpo de Elena estremecerse y tomó conciencia del momento.

—Discúlpame por mi reacción. Creo que te he asustado.

Se levantó con gran agilidad, le tendió la mano para ayudarla y ella se la tomó.

—Un poco —confesó mientras se componía bien la ropa—. No esperaba esta reacción por tu parte. Supongo que estabas soñando y has pensado que te atacaban —justificó lo sucedido.

Avergonzado, Martín cerró los ojos y lanzó un suspiro que la sorprendió. Se dirigió al salón y ella lo siguió detrás, en silencio.

—Durante años dormí en la calle —confesó con profundo dolor. No le gustaba recordar el pasado ni darle pena a nadie—. Cuando algo o alguien me toca mientras duermo, reacciono como has comprobado. En varias ocasiones, a mi madre y a mí nos atacaron con patadas, palos e incluso en una ocasión nos rociaron con gasolina mientras dormíamos en parques, bocas de metros o portales. Nunca he vuelto a conciliar el sueño con tranquilidad, siempre estoy alerta.

La observó y vio que lo miraba con los ojos muy abiertos y vidriosos, a punto de llorar,

mientras se masajeaba de forma involuntaria las doloridas muñecas.

—¿Te he lastimado? —preguntó con culpabilidad. Le tomó ambas manos entre las suyas y se las acarició con mimo, mientras Elena sentía que estaba roto por lo sucedido. La llevó hasta el sofá y se sentaron—. ¿Te encuentras bien? —Lo tenía preocupado. Estaba como en trance.

—¿Dormiste en la calle siendo un niño? —preguntó con pesar, sin poder terminar de creerlo.

—Desde los seis años hasta los doce —confirmó. Nunca se había sincerado de esa forma con nadie, pero los ojos con los que lo miraba Elena hicieron que confiase en ella sus recuerdos más dolorosos—. Sobre cartones o plásticos. A mi madre la echaron de nuestra casa, no tenía dinero para pagar el alquiler y nos quedamos en la calle. Ella era una inmigrante polaca, no tenía familia en el país ni dinero para regresar al suyo.

—¿Y tu padre? ¿No le pidió ayuda?

—Nunca me habló de él. No sé quién es. Solo me dijo que no quiso saber nada de nosotros cuando le dijo que estaba embarazada.

—¿Cuándo te adoptó Sebastián? —preguntó con un nudo en la garganta, mientras le acariciaba el mentón con cariño y dolor al mismo tiempo.

—A los doce años. Pasó por la estación de metro donde estaba con mi madre enferma. La llevó a un hospital, pero murió. Luego él me adoptó —resumió.

—Lo desconocía —comentó afectada.

—No me gusta hablar de mi pasado. Eres la primera persona con la que me he sincerado. Ahora conoces a un Martín diferente.

Elena sintió pena por el niño que fue a la misma vez que sentía un gran orgullo por el hombre en el que se había convertido. En un impulso, lo abrazó. Él le correspondió. Necesitaba refugiarse en ella y olvidar los malos recuerdos que hacía tiempo no rememoraba.

Sumidos en un prolongado abrazo, del que ninguno deseaba deshacerse, Elena le frotó la espalda. Estaba frío del tiempo que había pasado en la terraza.

—Te has quedado helado ahí fuera —comentó sin romper la unión.

—Ya se pasa. Tenerte así hace que mi cuerpo entre en calor con rapidez. —Rompió el contacto con brusquedad y la miró a los ojos—. Bésame —suplicó en un ruego desesperado, como quién pide agua en mitad del desierto.

No se lo pensó dos veces, lo tomó con ambas manos por el mentón, le acarició ambas mejillas y se acercó a su boca. Deseaba besarlo y curarlo de alguna forma. El dolor que reflejaban los ojos de Martín desde que despertó le partía el alma. Comenzó un beso tímido y pausado donde él se dejó guiar, luego ella lo profundizó y Martín se perdió en él. La deseaba con todas sus fuerzas, como nunca antes había deseado a ninguna otra mujer.

13

—Creo que ambos hemos entrado en calor —murmuró sobre sus labios, sin soltarla. En contra de todo lo que sentía y deseaba hacer con ella en esos momentos, decidió parar aquello antes de que pasase a mayores.

Elena apoyó la frente contra la de él y cerró los ojos mientras tomaba aliento. Necesitaba serenarse y normalizar el ritmo de la respiración.

—Será mejor que nos vayamos a dormir. —Ella asintió y abandonó sus brazos. Se quedó sentada en el sofá a una distancia prudente.

Martín se pasó las manos por la cabeza y suspiró, también necesitaba serenarse. Luego le tendió la mano y ella se la tomó. Así fueron hasta las habitaciones, en silencio y entre miradas cómplices.

—Perdóname por lo de esta tarde —se disculpó él antes de entrar en el cuarto—. No debí comportarme así. No sé qué me pasó.

—Te perdono. —Le puso una mano en el pecho y se lo acarició de forma involuntaria. Se puso de puntillas, iba descalza, y le dio un beso en la mejilla—. Buenas noches.

Martín la abrazó antes de que se adentrase en la habitación. Necesitaba sentirla cerca una vez más.

—¿Qué estás haciendo conmigo, Elena? —suspiró sin soltarla—. Cuando miro tu rostro de ángel me haces confiar de forma ciega en ti —reveló con pesar.

—Gracias por confiar en mí.

—Lo haces todo más fácil. Eres como una luz en mi oscuridad, un ángel en mi vida desde que estás en ella.

—Solo soy una persona con sentimientos, que sufre, padece y se compadece de las personas que quiere y tiene a su alrededor. Alguien normal y corriente en mi mundo, aunque, en poco tiempo, he podido comprobar que en el tuyo no es así.

Con una última caricia en la mejilla de Elena, Martín se retiró a su habitación. Aquella mujer había llegado para poner sus sentimientos patas arriba. Cuando la miraba se le pasaban cosas por la cabeza que nunca antes había imaginado.

Al día siguiente, Elena no coincidió con Martín para desayunar. Pasó la mañana y no supo nada de él. Como siempre, su marido la desconcertaba. Nunca sabía cómo iba a reaccionar o qué iba a hacer.

Después de comer, como cada día, se dedicaba a realizar el curso online de diseño. Inmersa en él recibió un mensaje de Martín.

¿Te apetece seguir descubriendo la ciudad y la incógnita que supone tu marido para ti? ¿Nos vemos sobre las siete?

Aquella tarde, Elena había quedado con su entrenadora. Llevaba unos días insistiéndole para salir con ella y otras alumnas a las que también entrenaba. Tomaban café y charlaban sobre la evolución de cada cual. Una vez al mes, todas asistían a una clase común en el gimnasio que Carla y Tony tenían abierto al público.

Le contestó a Martín:

He quedado con Carla y otras chicas para tomar café en un sitio cercano. ¿Me puedes recoger allí?

La respuesta de él no se hizo esperar.

Perfecto. Te aviso cuando esté en la puerta. No olvides mandarme la ubicación.

Elena sonrió con ironía, como si Martín no supiese en todo momento dónde estaba ella. Solo tenía que llamar a los dos discretos guardaespaldas que la seguían siempre a todos lados. No sabía ni sus nombres ni se los habían presentado, pero tampoco insistió en ello. Cada vez que le preguntaba a su padre por las medidas de seguridad o cómo iba todo, le contestaba lo mismo; debía confiar en él y en Martín. Su abuelo, tras el revés ocurrido, salió un poco de juego.

El café con las chicas pasó muy rápido. Carla le presentó a Mati, Ángela y Romina, todas estuvieron muy bien. Sus maridos conocían a Martín, uno de ellos era presentador de los informativos de la cadena. Las mujeres fueron muy amables con ella y les ofrecieron ayuda para lo que necesitase nada más se enteraron de que no conocía bien Madrid. Quedaron un día para ir de compras juntas, Elena no se pudo negar ante la insistencia de las tres.

Había conectado muy bien con Carla desde que se conocieron, ambas eran muy parecidas en muchos aspectos. La entrenadora estaba decidida a que Elena tuviese un grupo de amigas y se relacionase más.

En medio de la conversación, cuando Elena les comentó que deseaba montar un negocio de vestidos de novias, en el que ella sería la diseñadora, todas aplaudieron la idea y la elogiaron. Carla se iba a casar el próximo año y aún no tenía el diseño del vestido. De inmediato, se lo encargó a Elena y esta se puso feliz de tener a su primera clienta.

De repente, cuando hablaba de diseños, algo que le apasionaba, el mundo se paraba y se olvidaba de todo, notó que se hizo un silencio en el local y las mujeres que la acompañaban en la mesa desviaron la atención hacia la entrada.

De inmediato, supo cuál era el origen del revuelo que se había formado en el local. Martín se dirigía hacia ella con paso firme y seguro. Mostraba una sonrisa maravillosa y venía vestido de forma impecable, con un traje chaqueta azul, hecho a medida y una corbata burdeos.

—Señoras —saludó con un asentimiento de cabeza—, espero que hayan tenido una buena tarde —comentó con amabilidad.

Elena observó que todas las personas estaban atentas a su mesa. Comenzó a recoger el bolso y la chaqueta. Martín debía haberla llamado, pero había perdido la noción del tiempo y se olvidó de consultar el móvil.

Como todo un caballero, ayudó a su esposa a colocarse la chaqueta y luego la saludó con un breve beso en los labios, el cual ella no esperaba.

Con rapidez, Elena de despidió de las mujeres con las que compartía mesa y, para su sorpresa, hasta salir del lugar, Martín la tomó de la cintura y fueron así hacia el coche que los esperaba en la puerta. El resto de las personas del local los siguieron con la mirada y envidiaron a la pareja.

—¿Dónde vamos? —preguntó, curiosa, en el primer semáforo que paró el chófer del coche en el que la recogió Martín. No le dio ninguna indicación desde que se montaron.

—Es una sorpresa —contestó su marido de muy buen humor. Le sonrió y le guiñó un ojo.

Pese a la curiosidad que la embargaba, no preguntó más. Se limitó a admirar los edificios de las lujosas calles por las que pasaban.

Después de unos quince minutos, el vehículo estacionó en una amplia y bonita calle.

—Es aquí, vamos —indicó Martín.

Bajaron del coche. Elena esperó a que llegase a su lado, en la acera de la avenida, y le indicase a qué habían ido allí. Observó que había un par de tiendas de marcas de lujo, pero dudaba que Martín quisiese ir de compras.

La tomó de la mano con decisión, la agarró con fuerza, e hizo que ella caminase a su paso.

—Cerré el trato esta misma mañana —Se pararon delante de un amplio escaparate de una tienda vacía, en reformas—, es tuyo. Está a tu nombre. Puedes empezar a cumplir tu sueño cuando desees.

Elena lo miró y luego al escaparate de nuevo. Él estaba subiendo la reja, abrió una puerta y la hizo pasar.

—¿Esto es…? —No atinaba a realizar la pregunta completa. Estaba bloqueada.

—Es un local comercial de dos plantas, en la mejor zona de Madrid, con mucha luz y visibilidad. Aquí podrás emprender tu negocio. Estoy seguro de que te vas a convertir en una gran diseñadora.

—Pero… esto es demasiado…

Observó el lugar, estaba sucio y en bruto, pero una gran ilusión creció en su interior. Se lo imaginó tal y como siempre soñó su tienda de vestidos de novia, amplia, elegante y con muchos diseños.

—Sebastián me dio indicaciones para que pusiese todo a tu alcance. Sé que esto es tu sueño. No hay prisa, comienza cuando estés lista —le indicó al ver que lo miraba con cara de pánico—. Toma, son tuyas. —Le entregó las llaves.

Elena las cogió con manos temblorosas.

—No sé qué decir a todo esto. Estoy impresionada.

—No digas nada, solo disfruta del momento.

La tomó de la mano y caminó con ella hasta el fondo del local. Entraron en una especie de despacho, había una mesa y dos sillas. Martín fue hacia un frigorífico pequeño situado en un rincón y sacó una botella de champán. Cogió dos copas de un mueble y fue hasta ella. Descorchó la botella con maestría y llenó ambos recipientes bajo la atenta mirada de Elena mientras se preguntaba cuándo había organizado todo aquello.

—Porque tu sueño se cumpla pronto. —Le entregó una copa a Elena y alzó la suya. Ella la chocó con la de él y ambos bebieron—. Te ayudaré en todo lo que necesites para poner tu negocio en pie.

—No sé cómo agradecerte todo esto —comentó impresionada y nerviosa a la vez.

—La próxima semana hay una gala benéfica a la que me gustaría que me acompañes. Es en favor de los niños desfavorecidos. Soy el anfitrión, la organizo cada año, y este me gustaría que mi mujer estuviese ahí conmigo.

De la forma en la que pronunció *mi mujer* hizo que Elena sintiese un leve tirón en el vientre.

—Te acompañaré —accedió de inmediato. Se sentía halagada.

—Es una cena, pero tranquila, ya he avisado de que deben poner un menú especial sin

gluten.

—Martín… no es necesario. Yo…

—Elena, soy el dueño de esa fundación. El cubierto cuesta mil euros y te aseguro que todos los años se quedan personas con ganas de asistir. Lo recaudado es para ayudar a los niños —le explicó.

—¿Mil euros? —preguntó asombrada.

—Pagarían más. Te lo aseguro. Todas las personas que asisten no lo hacen por colaborar con la causa, sino por la repercusión mediática que les proporciona asistir y codearse con otras personas. Al día siguiente salen en prensa y televisión, y eso es bueno para la imagen pública de la que viven. Yo solo me aprovecho de ellos y su dinero, es la única forma de que ayuden a los demás —le explicó.

—Eres una gran persona, Martín. —Lo admiró y él pudo verlo reflejado en sus ojos.

—Si te empeñas en creerlo… —Se acercó a ella y la abrazó—. Ahora vamos por la segunda sorpresa que te tengo preparada —anunció con entusiasmo. Consultó el reloj y comenzaron a caminar hacia la calle—. Se nos hace tarde.

—¿Qué es? —preguntó. No alcanzaba a imaginar de qué otra cosa se podía tratar. Acababa de poner al alcance de sus manos el sueño de su vida.

—Un coche. —No pudo aguantar el secreto.

—¿Un coche? —repitió.

—Sí. Tu abuelo me encargó que te comprase uno. Ha tardado un poco más de lo esperado desde que lo pedí.

—¿Lo elegiste tú?

—Sí.

—Y… de querer un coche, ¿no debería elegirlo yo? Por otro lado, no lo necesito.

—Dudo mucho que entiendas de vehículos. He escogido uno seguro y el que llevaría mi mujer. Creo que te gustará. —Le guiñó un ojo y caminaron hacia el concesionario que tenían delante.

Elena lo siguió mientras pensaba que ese hombre siempre ganaba. Al entrar en el lugar se fijó en la marca, se trataba de *Porsche*.

—Madre mía —murmuró. No pudo evitar la expresión.

Martín la miró y sonrió satisfecho.

De inmediato, los recibió un hombre de mediana edad.

—Señor Quiroga. Un gusto tenerlo por aquí. Su coche está preparado. —Lo recibió con amabilidad, extendiéndole la mano.

—Le presento a mi esposa, Elena. El coche es un regalo para ella.

—Encantado, señora. Soy René Medina. Tiene usted un marido muy generoso. Hacen una pareja maravillosa.

—Gracias —contestó Elena.

—Tenemos un poco de prisa —apremió Martín al vendedor. No tenía ganas de pasar una hora allí entre halagos y explicaciones—. Creo que toda la documentación está en orden y podemos llevarnos el vehículo.

—Por supuesto, señor Quiroga. Vamos. —Les hizo un gesto con la mano.

Le siguieron hasta un lugar apartado. El coche se encontraba con una funda roja colocada. El vendedor se encargó de destaparlo y los ojos de Elena se agrandaron cuando lo vio en todo su esplendor. Era enorme, en color granate, los asientos en cuero blanco y debía costar una pequeña fortuna.

—¿Te gusta? —preguntó Martín. Ella asintió de inmediato—. Es un *Porsche Panamera 4* —explicó.

No entendía de marcas, sin embargo, ella lo hubiese elegido tal cual. Le encantaba, pero al mismo tiempo creía que era mucho coche para ella.

—Es… es precioso —comentó emocionada mientras rodeaba el vehículo. Parecía una niña con juguete nuevo.

Martín sentía cierta emoción en el pecho que no había experimentado antes.

—Es tuyo. —Le entregó las llaves—. Nos podemos ir.

—Señor, puedo explicarle el funcionamiento a la señora —intervino René.

—No se moleste. Lo haré yo mismo. Recuerde que tengo uno igual en negro.

—Sí, señor. Como desee.

Martín le indicó a Elena que ocupase el asiento del copiloto. Él entró y arrancó el vehículo con maestría.

—Lo llevaré yo. Se ha hecho de noche y no estás familiarizada con él. Mañana te explico cómo funciona todo y damos una vuelta a la luz del día. Ahora vamos a llevarlo a casa.

Una emocionada Elena asintió. Durante todo el trayecto no supo si admiró más el interior del coche y todas las funciones que tenía o a Martín mientras lo conducía y le explicaba cosas.

—Creo que me va a dar miedo conducirlo, por temor a rayarlo o algo. Es muy grande —comentó.

—No te preocupes, tiene un seguro a todo riesgo. De todas formas, puedes comprarte tres como este en el caso de que le pase algo. —Ella lo miró extrañada—. Creo que aún no has mirado el saldo de tu cuenta bancaria. El de las tarjetas que te entregué —le indicó sonriente.

No lo había hecho. Hasta el momento no había necesitado usar esas tarjetas y mucho menos consultar la cuenta.

Aparcaron el coche en la plaza que Martín le indicó que sería la de ella de ahora en adelante. Elena consultó el reloj y era casi las diez de la noche. Martín le propuso ir a comer en algún lado, pero prefirió hacerlo en casa.

Cuando iban en el ascensor, de repente, este hizo un ruido raro y se quedaron a oscuras.

—Martín, ¿qué pasa? —preguntó, asustada. Nunca se había quedado encerrada en un lugar así.

—No lo sé, debe ser un apagón.

Tocó a tienta varios botones, continuaron sin movimiento en el aparato y accionó el timbre de emergencia. Se acercó y la abrazó. La notó temblar.

—Tranquila. En breve nos sacarán de aquí —le dijo mientras le acariciaba la espalda.

Elena se abrazó a él con fuerza y así permanecieron varios minutos, en silencio y a oscuras.

—Te estoy complicando la vida, Martín. No creas que no lo pienso a diario —reflexionó sin saber porque apareció ese sentimiento de culpabilidad en aquel momento—. Todo lo que haces por mí y el tiempo que pierdes por mi culpa… Gracias por todo.

—Me la estás complicando, pero no en el sentido en el que crees —afirmó con pesar mientras le acariciaba el cabello.

Ella alzó la cabeza para tratar de verlo en medio de la oscuridad y sintieron sus alientos muy próximos. Ambos tenían la respiración alterada e intentaban dominarse con respecto a lo que sentían.

Sin poder contenerse más, asaltó la boca de Elena sin piedad. Por su parte, ella sentía las

mismas ganas y le correspondió como nunca antes. Tenerla tan entregada entre sus brazos lo encendió por completo. Comenzó a quitarle la chaqueta, la dejó caer al suelo. Elena lo imitó, se deshizo de la de él con prisas. Luego, Martín le sacó la amplia camisa por la cabeza y la dejó caer a los pies, sin miramientos. Paseó las manos por la espalda desnuda y la estrecha cintura de aquella mujer que lo volvía loco, las llevó hacia sus pechos y los masajeó a través del sujetador sin dejar de besarla. Elena gemía contra sus labios. Necesitaba más. Sentía que su cuerpo era un volcán en erupción.

De repente, la luz volvió y el ascensor se abrió de golpe. Se apartaron de inmediato, y por suerte no había nadie en la planta, pero escucharon la voz de Anselmo, el portero, preguntaba si estaban bien.

Elena se puso la camisa como pudo y recogió el resto de ropa, junto con el bolso, todo en una gran bola contra su pecho.

—Estamos bien, Anselmo. Vamos para arriba. Gracias por la preocupación. —Martín alzó la voz y evitó que el hombre llegase hasta ellos.

Pulsó de inmediato la última planta, introdujo los dígitos que lo llevaban a ella, y luego miró a Elena. Tenía el pelo revuelo, los labios hinchados y las mejillas sonrosadas. Era la mujer más apetecible que había visto nunca.

Ella se mordía el labio, un poco avergonzada, no por lo sucedido entre ambos, sino por el hecho de que casi la vio semidesnuda el portero del edificio.

—No voy a disculparme por lo que acaba de suceder entre nosotros —le advirtió Martín acariciándole la mejilla—. Ambos lo deseábamos. He podido sentir cada reacción de tu cuerpo y estabas más que dispuesta a terminar lo que empezamos si no llega a ser porque volvió la luz.

—No esperaba que te disculpases —respondió para sorpresa de él. La miró con una gran sonrisa—. ¿Es la sensación que te he transmitido? —preguntó con fingida coquetería. Le iba a demostrar que ella también sabía jugar—. De hecho, esperaba que continuases —lo retó con descaro.

No supo en qué momento salieron esas palabras de su boca, pero las dijo y se sintió orgullosa. Lo deseaba con todas sus fuerzas.

—Nunca dejarás de sorprenderme —murmuró satisfecho y triunfal.

La tomó por la cintura y retomó el beso en el que estaban inmersos antes de la interrupción. Elena lo recibió con la misma pasión. Juntos, sin dejar de besarse como locos, salieron del ascensor. Martín abrió la puerta de casa con dificultad, pero no apartó a Elena de él en ningún momento. Una vez dentro, dejaron caer al suelo lo que llevaban en las manos, para fundir sus cuerpos mejor el uno contra el otro. Caminó con ella en una clara dirección, pero no consiguieron llegar. Algo inesperado los distrajo.

14

—¿Qué coño haces aquí, Gisela? —bramó Martín, los ojos le echaban chispas. Cuando vio a la mujer en el salón de su casa en compañía de Dora, miró a ambas de tal forma que sintieron miedo.

Elena reconoció a Gisela de inmediato, era la persona con la que se encontró en el tocador de señoras el día de la gala de la cadena.

Martín no dejó que Elena se alejase de él. Con posesión, la agarró por la cintura para darle el lugar que se merecía.

—Señor… le dije que usted no estaba, insistió. Pasó sin permiso. Llamé a seguridad del edificio, pero me dijeron que aparece entre las personas autorizadas para visitarlo —se excusó Dora, nerviosa y apenada por la situación, ella sabía de la relación anterior entre Gisela y Martín.

—Vaya, aprecio que estás muy enamorado de tu mujer —comentó Gisela con maldad—. Sabes, quizás, mientras te pedía matrimonio se acostaba conmigo. —Se dirigió a Elena. La miraba de arriba abajo con asco.

—Gisela, vete de mi casa ahora mismo —gritó Martín—. Vas a lamentar esto, créeme —la amenazó.

—Me da igual todo, Martín. Me has echado de tu vida como si fuese una colilla. Tu mujer debe de saber que en algún momento lo harás con ella también. Tienes ese don, no quieres a nadie. Eres un completo egoísta sin sentimientos —gritó alterada y fuera de sí.

—Nunca tuvimos nada serio. Siempre fui claro en ese aspecto. —Por alguna extraña razón necesitaba que Elena no creyese que tenía algo con esa mujer.

En un arranque, Martín la cogió con fuerza del brazo, tiró de ella y la llevó hasta la puerta. Abrió y la echó sin miramientos, cerrándole en las narices.

—Eres un hijo de puta, yo te quería. ¿Por qué te has casado con ella? ¿Su carita de niña buena te ha hechizado?

Elena escuchó esto a través de la puerta. Gisela continuaba gritando y dando golpes con el puño.

Martín hizo una llamada y al poco se escucharon voces. Seguridad sacó a la mujer del edificio.

Cuando Martín se dio cuenta, estaba solo en el salón. Tanto Elena como Dora habían desaparecido. Contrariado, se pasó las manos por la cabeza, estaba alterado y furioso. Pensó en Elena y no se atrevió a ir en su busca. Se sentó en el sofá y lamentó lo sucedido, pero lamentó aún más lo implicado que estaba, cada día, con Elena. ¿Qué iba a hacer con todo lo que sentía por ella? Se preguntó más de una vez. No supo darse una respuesta, solo sabía que llevaba demasiado tiempo negándoselo y ya no podía más. Ella había llegado hasta ese lugar escondido en su corazón que no había sabido tocar nadie antes. Tenía que admitir lo que siempre renegó, se había enamorado. Había entregado su corazón sin apenas darse cuenta de ello. Debía resolver aquella situación, no podía seguir viviendo bajo el mismo techo con una mujer que necesitaba más que respirar.

Se tomó dos copas de alcohol, pero ello no ayudo a dar con una solución. Se fue a su

habitación, se metió en la ducha y luego se fue a la cama, a lamentarse por haber permitido que Elena tocase su corazón, de tal forma que ni él mismo lo reconocía.

Al día siguiente, Martín y Elena no se vieron ni se enviaron mensajes.

Las intenciones de él eran las de hablar con su mujer en el desayuno, pero Carlos lo llamó a las siete de la mañana y le pidió que se reuniesen de inmediato. El padre de Elena se había trasladado a Madrid, vivía en un piso que le había asignado un amigo que investigaba la muerte de Andrés Verdoy. No le contó nada a su hija en todo el tiempo, ella creía que estaba en Aracena, pero lo cierto era que se encontraba muy cerca desde hacía semanas. En ese tiempo, comprendió a su fallecido amigo. Observaba y cuidaba de su hija desde la distancia, sin poder decirle que estaba allí.

Hacía dos meses que Elena se había casado con Martín, en ese transcurso, Carlos no cesó ni un solo día de buscar a los culpables de la muerte de su amigo. Encontró a la persona que lo ordenó todo. Al parecer era el hijo del jefe de la banda terrorista organizada que Andrés y Carlos desarticularon años atrás. Ese hombre solo quería venganza. Carlos estaba oficialmente muerto y no tenía familia, pero en Andrés había encontrado algo; una fotografía de Elena.

Aquella mañana se llevó a cabo la detención de toda la organización, pero el jefe había escapado. No tardarían en encontrarlo. Carlos le aseguró a Martín que el fin de la intranquilidad por la seguridad de Elena llegaría pronto. Una vez cogiesen a ese hombre podrían respirar con libertad el resto de sus vidas. Sin embargo, Martín sintió cierto ahogo que nunca llegó a imaginar. Si el desenlace llegaba pronto, Elena y él no seguirían casados, ni juntos. En vez de producirse una gran liberación por ello, cierta sensación de pérdida que no deseaba lo asoló.

Cuando llegó a casa era más de las doce de la noche, al entrar en su habitación vio luz por debajo de la puerta de Elena. No se atrevió a molestarla por si dormía, pero tras una ducha decidió enviarle un mensaje.

Hoy ha sido un día intenso. Tenía toda la intención de hablar contigo en el desayuno, pero surgió algo importante que me ha entretenido hasta estas horas. Siento lo de Gisela anoche. Te pido disculpas porque tuvieses que presenciar la desagradable escena. Sin embargo, no te pediré disculpas por lo que estuvo a punto de pasar entre nosotros. Ambos lo deseábamos.

Martín observó que Elena leyó el mensaje al poco de enviarlo. Esperó, con el teléfono en la mano, una respuesta.

Elena escribió, mientras el corazón le latía con fuerza:

Creo que debemos olvidar lo que pasó ayer entre nosotros. No deberíamos complicarnos la vida.

De inmediato, Martín le respondió:

¿Y si yo estuviese decidido a complicarme la vida? ¿Lo estarías tú también?

No supo cómo interpretar aquello. ¿Quería solo acostarse con ella o algo más?

Se tomó unos minutos, y cuando ya Martín pensaba que no le contestaría, lo hizo.

Para empezar, creo que tenemos un claro problema de comunicación. Tú en la habitación de enfrente y yo aquí… Por otro lado, sinceramente, no creo que nada entre nosotros pueda funcionar más allá del teatro que representamos delante de los demás.

Elena esperó con ansias una respuesta. Observó que lo leyó y desapareció de la conversación.

De repente, la puerta de la habitación se abrió de golpe, se sobresaltó. No esperaba que Martín entrase sin llamar. Lo hizo con paso decidido y se acercó de forma peligrosa, estaba sentada en la cama. La observó con una mirada ardiente, esta hizo que las mejillas se le prendiesen de inmediato. Apoyó una rodilla sobre el colchón y se inclinó hacia ella sin importarle llevar solo unos calzoncillos negros.

—Desde que te miré por primera vez a los ojos, un rayo me partió en dos. Cuando estoy contigo soy otro, ni yo mismo me reconozco. Llevo casi tres meses negándome esto que siento por ti, poniendo mil excusas para alejarte, engañándome y engañándote cuando digo que todo lo que hago por ti es por Sebastián. La verdad es que eres muy especial para mí y me importas demasiado —confesó con claridad, sin titubeos.

Elena sentía en esos momentos que el corazón se le salía por la boca. Una declaración así la dejó sin habla. Tragó con dificultad mientras lo miraba con los ojos vidriosos. Estaba emocionada.

—¿Cómo de especial soy para ti, Martín? —preguntó casi en un susurró, con los ojos muy abierto, sin terminar de creer lo que estaba sucediendo entre ambos.

—Tanto como para continuar con este matrimonio cuando las amenazas que nos llevaron a él desaparezcan. No quiero que te vayas de mi lado. He descubierto que tenerte cerca es lo mejor que me ha pasado en la vida. —Elena fue incapaz de decir nada, un nudo en la garganta se lo impedía—. Dime algo, por favor —le rogó desesperado.

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó a modo de reproche mientras trataba de aguantar las lágrimas—. ¿Que me he enamorado? Probablemente eso no sea una novedad para ti. La mayoría de las mujeres que miras se enamoran de ti, creo que ya estás acostumbrado a ello.

—A mí solo me importa una, tú. Te deseo como nunca me ha pasado con nadie —contestó mientras le acariciaba el mentón, perdido en sus ojos.

—Somos muy diferentes. Te aseguro que no encontrarías en mí lo que deseas. Te decepcionaría.

A pesar de estar enamorada de él, no quería sufrir. Sabía que ella no era una mujer para Martín, él solo buscaba deseo y placer.

—Estás muy equivocada. —Con una sonrisa, le acarició el pelo con mimo.

—Me he criado en un pueblo, y tú en la gran ciudad. Para mí, la familia, los amigos y el dinero tienen un valor diferente al que tú les das. Eres ocho años mayor que yo, pero has vivido como veinte vidas más. La mía ha sido muy simple, tanto que, a mi edad, aún no me he acostado con ningún hombre —confesó con rabia y algo avergonzada, pero había llegado la hora de dejar las cosas claras entre ellos. Sabía que confesándole aquello lo alejaría para siempre—. Soy una mujer sin experiencia, no te proporcionaría el placer que te dan otras. Llámame recatada, antigua, mojigata, como prefieras. Tengo muy claro lo que quiero en esta vida; ser feliz junto a un hombre que me ame y yo lo ame, y formar una familia. Otra cosa no me vale. —Martín la miraba descolocado. Nunca llegó a imaginar que Elena pudiese ser virgen a su edad—. Y ahora, te puedes ir y mañana hacer como que esta conversación nunca

la hemos tenido y continuar con la farsa de este matrimonio solo hasta que sea necesario.

Elena cerró los ojos, se le hacía imposible mirarlo e intentó serenarse. Aquella confesión, que salió sin pensarla, la había alterado hasta el punto de desear salir corriendo.

Tras unos segundos en silencio, asimilaba toda la información que le había proporcionado. La miró con más ternura que nunca.

—Al único sitio donde voy a ir, va a ser a la cama. —Martín la tomó por la barbilla y la obligó a que lo mirase—. Y será contigo —afirmó mientras se acercaba más, colocándose sobre ella, asaltándola—. Tu marido —recalcó bien estas palabras—, va a proporcionarte toda la experiencia que necesitas, y te puedo asegurar que será un auténtico placer para ambos.

Se apoderó de la boca de Elena con propiedad y decisión, sin dejarle opción a réplica. La pasión estaba más que encendida, ambos sabían por igual que esta vez no podrían parar aquello. Para el gran asombro de Martín, en esta ocasión mandaban los sentimientos más que la pura necesidad física de siempre.

Con la soltura de todo un experto, recorrió todo el cuerpo de Elena con ardientes caricias que le provocaron mil reacciones nunca antes experimentadas. La sentía perfecta en todos los sentidos, cada gemido de ella lo encendía más. Le hubiese gustado ir mucho más lento, alargar los preliminares, pero sentía que iba a explotar. Desde que conoció a Elena no había estado con otra mujer, nunca había pasado tanto tiempo sin sexo desde los quince años.

Elena se aferraba a Martín y lo arañaba de una forma tan apasionada y desenfrenada que hizo que él la sintiese tan suya como nunca había sentido a otra mujer. Estaba completamente entregada y preparada para el momento, correspondía a cada caricia y a cada beso con necesidad de mucho más, y él se lo pensaba dar. Ambos se dejaron llevar por los sentimientos que lo embargaban, estallaron en un mar de pasiones desenfrenadas que los dejaron rendidos y sin fuerzas.

Martín permaneció sobre Elena, sin salir de ella, hasta que se recuperó un poco, con un ágil movimiento, y sin romper la conexión que aún los unía, cambiaron de posición. Se quedó tumbado y Elena sobre él adormilada, sintiéndose en la mismísima gloria mientras la mano de su marido le masajeaba la espalda con suaves caricias que volvían a despertar nuevas sensaciones en su piel.

—Descansa, princesa —murmuró Martín tras darle un beso en los labios—. Ha sido fantástico.

Ella le correspondió con una sonrisa y un beso en el pecho. Luego se quedó dormida entre los brazos del hombre que amaba.

En medio de la noche, cuando despertó, se encontró sola en la cama. Martín no estaba a su lado, se incorporó y lo buscó en la habitación, pero todo estaba a oscuras y en silencio. Se volvió a tumbar de nuevo, se arropó y sintió escalofríos al comprobar que la había abandonado sin decirle nada después de hacerle el amor. No entendía por qué no se había quedado a dormir con ella. Sin querer, varias lágrimas rodaron por sus mejillas al pensar que quizás ya hubiese conseguido lo que deseaba, o tal vez lo hubiese decepcionado.

A la mañana siguiente, un sábado de mediados de noviembre, Elena bajó a desayunar tarde. No tenía ganas de moverse de la cama, le pesaba cada parte del cuerpo y tampoco quería ver a Martín, pero le había prometido a Marina y a su abuelo que iría a comer. Se duchó, se enfundó unos vaqueros ajustados y un amplio jersey rojo, se colocó unas botas negras y cogió un abrigo y una bufanda de entre todos los que tenía para elegir en el gran vestidor.

Cuando bajaba las escaleras, distraída, iba revisando que llevaba todo en el bolso, se topó de frente con Martín.

—Buenos días, dormilona. —La recibió con una sonrisa radiante. La tomó por la cintura y le dio un beso en los labios—. Iba a despertarte.

No lo esperaba, le dio un vuelco el corazón nada más verlo y cómo la recibió. Se fijó en que no estaba en pijama, llevaba unos vaqueros y un jersey negro que le sentaba de maravilla, le daba tal toque canalla que le entró ganas de hacer mil travesuras con él. Le posó una mano en el pecho con recelo, aún no se sentía con la suficiente confianza para tocarlo, y lo miró a aquellos ojos en tono azul cielo que le cortaban la respiración.

—Buenos días —respondió seca cuando Martín comenzaba a pensar que se había quedado muda.

Elena lo hizo a un lado, fue hasta el salón, bajo la atenta y extraña mirada de su marido, y dejó lo que llevaba en las manos ahí. Sin volver a mirarlo, se dirigió a la cocina y se sirvió un café.

Sentado en un taburete, rascándose el mentón, pensativo y con una mirada tan sexi que Elena evitaba mirarlo para no dejarse caer la taza, Martín la observaba al detalle.

—¿Te ocurre algo? ¿Estás bien? —preguntó, pensativo.

—Sí.

—¿Qué te preocupa, Elena? —preguntó con paciencia—. Sé sincera conmigo, por favor. —Fue hasta ella y volvió a tomarla por la cintura—. Anoche fue perfecto para mí, ¿no lo fue para ti? —preguntó con miedo.

—Fue maravilloso. —Tras escuchar estas palabras Martín encajó el cuerpo—. Si fue perfecto para ti, ¿por qué me abandonaste en mitad de la noche como si fuese una cualquiera? —le reprochó seria y dolida.

Martín chasqueó la lengua y supo el origen de su enfado. La entendía, él se sentiría igual si lo hubiese dejado solo.

—Por dos razones. La primera, es que si me quedaba a tu lado volvería a hacerte el amor, y no quería que hoy estuvieses dolorida. Y la segunda, es porque no puedo dormir con nadie, nunca lo he hecho —confesó con pesar. Elena lo miraba perpleja sin llegar a creerlo ni comprenderlo. La tomó de la mano y ella vio reflejado en sus ojos la mayor sinceridad jamás apreciada—. Tu misma has comprobado cómo reacciono cuando alguien me toca mientras duermo —explicó—. No me fío de mí mismo, nunca he dormido con nadie por temor a hacerle daño ante una reacción incontrolada.

—Estoy segura de que no me harías daño. —Le acarició una ceja con los dedos, dónde se apreciaba una pequeña cicatriz, y le pasó la mano por la mejilla, en esos momentos sintió pena por él.

—Hace tiempo, tendría unos diecisiete años o así, llegué a casa borracho, de una fiesta con amigos —recordó con los ojos medio cerrados, era evidente que le dolía recordarlo—. Al día siguiente, cuando Dora fue a despertarme y no lo consiguió con una llamada de voz, como era habitual, me zarandeó un poco y en una brusca reacción terminé tirándola al suelo y rompiéndole el brazo.

De inmediato, Elena comprendió que Martín tenía un trauma que no había sido curado con los años. Las secuelas de haber dormido en la calle aún estaban muy presentes en aquel hombre que parecía comerse el mundo allá donde estuviese. Lo abrazó y compartió su dolor.

—¿No has ido a ningún psicólogo para superar esto? —preguntó con miedo, sin romper el abrazo, mientras le acariciaba la espalda.

—Es un imposible. Algunas noches cuando no puedo conciliar el sueño la única forma de hacerlo es dormir en el suelo. Mi cuerpo está acostumbrado a ello, igual que al frío.

Elena se estremeció de tal forma, ante la confesión de Martín, que fue él quien la abrazó más fuerte y le dio un beso en el cabello. No quería que sufriese por su culpa.

—Lo siento tanto, Martín… Si puedo ayudarte en algo…

—Solo necesito que me comprendas —le rogó casi desesperado—. Si no me quedé en tu cama no fue por falta de ganas, sino por miedo a mí mismo.

—¿Es por eso por lo que Dora nunca se extrañó en todo este tiempo que durmiésemos en habitaciones separadas? —Él afirmó con un gesto de la cabeza—. ¿Con tu primera esposa también fue así? —preguntó con temor.

—Sí. —Le colocó el pelo bien y le acarició la mejilla, perdido en aquella mujer que le había robado la razón—. No te preocupes por mí. —Le dio un beso al que Elena correspondió.

La miró y sonrió con picardía cuando apreció que la dejó con ganas de mucho más.

—¿Te gustaría repetir lo de anoche? —preguntó en un susurro muy sensual, pegado a su oreja mientras ella percibía su cálido aliento.

—¿Y a ti? —contraatacó sintiendo mil mariposas en el estómago de solo imaginarlo.

—Por mi parte, tengo toda la intención de continuar con lo que comenzamos anoche. Aún me falta mucho por enseñarle, señora Quiroga —bromeó mientras le mordía el lóbulo de la oreja, juguetón—. ¿Qué me dices?

—Lo estoy deseando —terminó por confesar.

—Muy bien. —La besó de nuevo—. Ahora desayuna en condiciones. Tienes que reponer energías —ordenó en tono mandón mientras le sonreía y la hacía sentir en una nube.

Acababa de descubrir que su marido tenía varios dragones por destruir de su niñez. No le importó, estaba dispuesta a ayudarlo y hacer de Martín un hombre nuevo.

Sin saber en qué clase de relación se embarcaba, decidió arriesgar y vivir lo que sentía. Había descubierto que su marido no había sido realmente feliz, lo había tenido todo desde que Sebastián lo adoptó, pero le faltaba una parte muy importante que estaba dispuesta a brindarle sin condiciones.

Aquel día, almorzaron con Sebastián. Cuando este los observó entrar juntos no le pasó por alto que algo había cambiado entre la pareja. Elena miraba a Martín de una forma diferente, con más complicidad y confianza que otras veces.

Durante la comida, apreció que su hijo no le quitaba ojo a Elena. Sonrió para sí cuando fue más que evidente que deseaba comerse a su mujer con más ganas que al exquisito plato de marisco que tenía delante. Pero no dijo nada, anhelaba con todas sus fuerzas que si había nacido algo entre ambos cuajase sin intervención de nadie, solo de ellos dos.

Tras la sobremesa, Martín y Elena se marcharon, se excusaron para ir a pasear por la Plaza de Oriente. Ella aún no había estado en ese lugar de Madrid y aquella mañana Martín le dijo que pasearían por los jardines y tomarían café en un lugar con mucho encanto al que tenía ganas de llevarla.

Tres horas sin acariciar a su mujer ni poder besarla se le hicieron eternas. Por ello, cuando entraron en el ascensor del edificio de Sebastián para marcharse y se cerraron las puertas, Martín se abalanzó sobre Elena, sin poder resistirse por más tiempo. La besó con pasión y le recorrió la espalda y el abdomen con expertas caricias.

—¿Qué me has hecho? —murmuró entre besos—. Tenerte cerca y no tocarte ni besarte me

quema. —Para él, si algo estaba fuera de su control no era habitual—. Me has hechizado.

Ella sonrió sobre sus labios, feliz y encantada, sin dejar de besarlo.

Tras un largo paseo juntos, de la mano, haciéndose fotos por los alrededores del Palacio Real, terminaron en una cafetería cuando comenzaba a hacer frío. Era un lugar pequeño, acogedor. Tuvieron suerte que hubiese una mesa vacía al fondo.

—La próxima semana tengo planeado ir a Aracena unos días. Ya lo he hablado con mi padre y tengo su autorización para moverme —comentó Elena mientras removía el azúcar en el café. Martín soltó la taza de la que bebía y la miro con atención. Desconocía aquella información. Carlos no le había dicho nada—. Se casa mi mejor amiga, Nora, y no me perdonaría que no estuviese en su boda.

—¿Cuántos días tenías pensado ir? —preguntó pensativo.

—Una semana. Antes le haremos la despedida de solteros.

—No puedo ausentarme por tanto tiempo en el trabajo en estas fechas. Soy tu marido, lo lógico y normal es que te acompañe. ¿No podemos ir solo el fin de semana?

—No tienes por qué venir. Puedo decir que tienes mucho trabajo.

—Voy a ir —confirmó con la mirada clavada en ella—. No pienso separarme de ti salvo lo estrictamente necesario.

—Está bien —aceptó pensativa. La protección de Martín la abrumó.

—El miércoles es la cena de la que te hablé. —Cambió de tema. Elena recordó la fundación que él había creado para ayudar a los niños desfavorecidos—. He hablado con Pepa, ella es una gran amiga y estilista. Irá el lunes a casa con varios modelos de vestidos para que escojas uno.

Ella solo asintió en silencio, pero su marido, que cada día la conocía mejor, supo que algo le ocurría y no se atrevía a decírselo.

—¿Qué te pasa? Dime lo que sea que en estos momentos ocupe tu mente —solicitó con paciencia y dulzura—. Siempre voy a estar ahí para brindarte mi ayuda.

—¿Podría diseñar yo misma el vestido que lleve ese día y escoger las telas? —preguntó con ilusión—. Si mi madre estuviese aquí me tendría el vestido listo en dos días.

—Si es lo que quieres, sí. Cuando lleguemos a casa hago un par de llamadas y mañana mismo tendrás un equipo de profesionales a tu disposición trabajando a toda marcha. ¿Algo más? —preguntó sonriente, como si fuese el genio de la lámpara, decidido a conceder cualquier deseo.

—Gracias. Es todo. —Se inclinó y lo besó.

Un gesto tan simple se convirtió para Martín en uno de los recuerdos más bonitos. Elena nunca dejaría de sorprenderlo. La tomó de la mano, la ayudó a ponerse el abrigo, dejó un billete de diez euros sobre la mesa y se marcharon abrazados.

El broche final de aquel día, el primero como pareja, era una cena romántica en casa, tranquilos, a la luz de las velas. Así se lo había indicado Martín a Dora, para que lo preparase todo.

Al entrar en el salón, a Elena le sorprendió el ambiente. La chimenea estaba encendida, la mesa puesta y varias velas decorativas producían una iluminación íntima y romántica.

15

—¿Qué es todo esto? —preguntó Elena sorprendida, entre los brazos de su marido, le rodeaban la cintura mientras caminaban juntos. Sentir su respiración cerca del oído y los latidos de su corazón contra la espalda la sumergían en un sueño del que no quería despertar nunca jamás.

—Hoy me apetece una cena romántica con mi mujer. Le dije a Dora que lo preparase todo —confesó mientras le besaba el cuello y se impregnaba de su aroma.

Había descubierto que besar y acariciar a Elena era adictivo, una necesidad que no había sentido antes con nadie más.

—Muy buena idea. A mí también me apetece la tranquilidad y la intimidad de nuestro hogar. Dora se ha superado.

Admiró el salón, había flores frescas, y en la mesa se encontraba una cubertería y mantelería que aún no había visto desde que vivía allí.

—¿Te parece si nos damos una ducha antes? —propuso Martín.

Elena asintió. Deseaba deshacerse de las botas y ponerse algo más cómodo.

De camino a la planta de arriba, a mitad de la escalera, a Martín le sonó el móvil, miró quién era y chasqueó la lengua.

—Lo siento, pero tengo que cogerlo. Es importante. Te prometo que luego lo apago, nada ni nadie va a interrumpirnos esta noche.

La mirada que le lanzó hizo que Elena sintiese un leve tirón en el vientre. Pudo leer con claridad en su rostro que le volvería a hacer el amor tras la cena. Sin poder evitarlo, se puso nerviosa. Él atendió la llamada y ella se dirigió a la habitación.

La conversación se alargó más de lo previsto, cuando Martín fue en busca de su mujer, había pasado media hora. Al entrar en el baño de ella, la encontró metida en la gran bañera, tumbada, con la cabeza apoyada en una toalla y los ojos cerrados. La admiró al mismo tiempo que la devoró al imaginar mil travesuras en aquel lugar, juntos.

De pronto, Elena abrió los ojos y lo vio, se sobresaltó y de un impulso se sentó.

—Perdón por la tardanza —se excusó mientras se deshacía de los zapatos y la ropa.

Ella lo miraba con los ojos muy abiertos, no lo esperaba.

—Te propuse una ducha antes de cenar —le recordó al ver su mirada perpleja—, ya veo que has decidido un baño —comentó con naturalidad, sin apartar la vista de los pechos de Elena, el jabón resbalaba por ellos dejándolos al descubierto.

—Eh… Pensé que… cada uno nos ducharíamos por separado —explicó con la boca seca. Tener el impresionante cuerpo desnudo de su marido delante de ella y observarlo en todo su esplendor la dejó cortada.

—Mis intenciones no eran esas —le aclaró con una sonrisa que la derritió.

Se metió en la bañera con decisión y se sentó frente a ella. Lo hizo despacio, adrede, le gustaba alterarla y verle las mejillas sonrosadas en aquellas situaciones de intimidad. Para él era algo tan nuevo como para ella.

—¿Qué te apetece que hagamos? —preguntó mientras le acariciaba la pantorrilla—. Si lo prefieres solo podemos bañarnos y hablar —comentó con cierto deje de decepción.

—A mí siempre me apetece besarte. Lo hace usted muy bien, señor Quiroga —comentó

coqueta, mientras se acercaba más a él.

Martín la atrapó entre sus brazos, le apartó el pelo mojado de alrededor de la cara y la besó.

—¿Solo esto? —preguntó entre besos. En un movimiento que ella no esperaba la sentó a horcajadas encima de él.

Elena pudo notar su disposición. La acarició con manos expertas y sonrió sobre sus labios cuando notó que temblaba y soltó un gemido. Dejó de besarla y la observó, necesitaba a una Elena participativa, quería escuchar de sus labios qué deseaba.

—Algo como lo de anoche no estaría mal, creo que también lo haces muy bien —confesó mientras se sentía en una hoguera. Martín sonrió satisfecho.

—De ahora en adelante siempre será mucho mejor que anoche, te lo prometo.

La besó con desenfreno y se dedicó a cumplir la promesa que acababa de hacerle.

Horas después de haber disfrutado juntos de un baño muy instructivo y una exquisita cena entre besos y confidencias, se sentaron en la gruesa alfombra del salón frente a la chimenea encendida, hablaron durante horas de la niñez de ambos. Martín se centró en los años que pasó con Sebastián.

Tras relatarle una anécdota de cuando la lio parda en el Instituto y lo echaron, Elena sonrió al mismo tiempo que bostezó.

—Vamos a la cama, es tarde —la animó Martín.

Ambos miraron el reloj y se sorprendieron, era de madrugada.

Él la ayudó a ponerse en pie y subieron a la planta de arriba abrazados. Cuando llegaron ante la puerta de la habitación de ella, Martín se despidió con un beso en la frente.

—¿No me acompañas? —le rogó con una mirada suplicante.

—Es tarde y estás cansada —se excusó—. Debo dejarte dormir.

—Tú también estás cansado —afirmó mientras le acariciaba la mejilla.

—Nunca estaré lo suficientemente agotado como para no hacerte el amor. Por hoy es mejor así. —Le dio un beso en el cabello y se retiró a su habitación, bajo la atenta mirada de su mujer.

Cuando Elena pensaba que estaba inmersa en un sueño del que no quería despertar, fue consciente de que era real. Martín estaba ahí en su cama y la besaba con cálidos y torturadores besos.

—Estoy aburrido —confesó mientras la abrazaba con mimo—. Me he levantado temprano, he hecho ejercicio, me he duchado, he desayunado, he trabajado y he dado mil vueltas por la casa, armándome de paciencia, esperando a que te despertases —le relató mientras ella sonreía ante la cómica enumeración que realizó con pesar.

—¿Qué hora es? —preguntó medio adormilada aún.

—Casi la una.

—Yo nunca duermo tanto —confesó alarmada mientras se incorporaba un poco en la cama.

—La tengo agotada, señora Quiroga —afirmó con una gran sonrisa de satisfacción—. Espero que haya descansado lo suficiente porque hoy tengo todas las intenciones de volverla a agotar de nuevo —confesó perdido en ella, mientras le daba besos por el cuello y la garganta.

—¿Qué tienes pensado? —preguntó a modo de provocarlo.

—Siempre me gustó improvisar. —Se incorporó, se sentó a su lado y la miró serio—. Hay

algo que no me ha dejado dormir esta noche y debemos hablar antes de tener relaciones de nuevo. —Consiguió preocuparla, lo miró desconcertada—. Al abrir el cajón de mi mesita de noche y ver una caja de preservativos, he caído en que las dos veces que hemos estado juntos no hemos usado protección. —De inmediato, Elena cerró los ojos y se lamentó del terrible error. Se había dejado llevar—. Perdí el control, es algo que nunca me había pasado antes —se excusó—. Nos hemos arriesgado dos veces. No quiero hijos, Elena.

—Ha sido culpa de ambos.

—Puedo llamar a un médico, que te recete la píldora del día después y nos indique algún método anticonceptivo.

Ella pudo leer el miedo en los ojos de Martín porque se hubiese quedado embarazada. Sin saber por qué esto le dolió.

—No tienes de qué preocuparte. Hace un año que tomo pastillas anticonceptivas para regular mi regla —confesó seria.

En un impulso, donde el cuerpo le encajó de nuevo, la abrazó y la besó.

—Dios, Elena, qué peso me acabas de quitar de encima.

Ella permaneció seria y callada. Sin entender qué le pasaba, sintió una gran tristeza y se aguantó las ganas de llorar. En ese instante, se preguntó dónde la llevaba aquella relación. Era un hombre complicado, no dormían juntos y no quería hijos. Ella soñaba con algo muy diferente, y sabía que algún día lo iba a necesitar pese a estar locamente enamorada de Martín.

—¿Te ocurre algo? —preguntó preocupado, alzándole el mentón para que lo mirase.

—¿Tú y yo qué somos? —preguntó de golpe, seria.

—Marido y mujer. Estamos casados —respondió algo descolocado. No esperaba la pregunta. Él supo muy bien con la intención que la realizó.

—Soy consciente de lo que firmo —comentó con ironía—. Dime algo que no sepa —le exigió.

Nervioso, y sin saber qué responder, Martín se levantó de su lado y se paseó por la habitación mientras se masajeaba la cabeza, intranquilo.

—Yo que sé —respondió tras unos minutos de absoluto silencio—. ¿Por qué ponerle un nombre a lo que tenemos? Nos gusta estar juntos, creo que es más que evidente. Nos atraemos como dos imanes. Cuando estoy contigo todo es muy fácil, las horas pasan muy deprisa. Tienes el poder de que me olvide de todo y me centre solo en ti, en esos ojos que me hacen perder la razón cuando me miran de la forma en la que lo estás haciendo ahora. Solo deseo besarte y perderme en ti —confesó con el corazón galopándole a toda fuerza contra el pecho. Tras decir todo aquello en voz alta sintió cierta liberación.

Con desesperación, Elena tiró de la camiseta de Martín, aterrizó encima de ella y terminaron besándose como locos. No hacían falta más palabras. Los actos hablaban por sí solos. Se amaban, y eso hicieron, amarse durante el resto del día. No salieron de la cama.

Durante los dos días siguientes, Elena estuvo inmersa en la confección del vestido que tenía en mente para la cena de la fundación de Martín. El salón de casa se convirtió en un taller, con dos costureras profesionales a las órdenes de ella y un sinfín de telas para que pudiese elegir. Tal despliegue la emocionó, se dio cuenta, una vez más, que Martín lo haría todo por ella.

Él también estuvo muy ocupado, encargándose de que todo saliese bien. Este año, en especial, quería impresionar a su mujer, por ello se involucró más que en los eventos

anteriores.

El día de la cena de gala de la fundación llegó, Martín se encontraba, de nuevo, nervioso, a pie de las escaleras esperando a que Elena hiciese aparición. No le había dejado ver el vestido ni le había revelado el color que escogió. Para ella era muy importante que fuese sorpresa, de alguna forma, era como su debut de diseñadora.

Cuando Martín la vio descender por las escaleras con aquel vestido azul cobalto, la parte superior ajustada al perfecto cuerpo y la falda más voluminosa, se le cortó la respiración. Le extendió la mano, ella se la tomó, hizo que se girase sobre sí misma y continuó contemplando el diseño de espalda descubierta y anudado al cuello. Posó las manos en la cintura de Elena y la atrajo hacia él.

—Estás maravillosa. Me has dejado sin palabras. —La besó y recorrió la espalda desnuda con las manos.

—Gracias —musitó sobre sus labios.

—El vestido es fabuloso. Te vas a convertir en una gran diseñadora —la admiró mientras hacía que diese otra vuelta sobre ella misma—. Te queda muy bien el pelo recogido. Acentúa los rasgos de tu rosto y tus ojos azules se ven más.

Elena llevaba un moño alto que le dejaba la cara despejada por completo, para que luciese bien la espalda al descubierto.

—Tú también estás muy guapo. —Lo observó bien y le acarició el mentón.

Él la desarmaba de cualquier forma, no hacía falta que estuviese vestido con un traje de firma.

—Antes de marcharnos, quiero darte algo. —Lo miró asombrada cuando le entregó una caja alargada en color negro—. Todo lo que te he entregado con anterioridad, el móvil, el ordenador, el coche, el local, los pendientes que llevas puesto —enumeró—lo hice en nombre de mi padre, tu abuelo. Eran objetos necesarios para tu nueva vida. Ahora que las cosas han cambiado entre nosotros, quiero que tengas algo mío, de corazón, y lo recuerdes como tal. Ábrelo —le instó a ello con una gran sonrisa.

Con manos temblorosas y emocionada, abrió la caja. Encontró un brazalete espectacular de oro blanco.

—Martín… esto… esto es demasiado —atinó a decir.

Él lo cogió de la caja y le tomó la mano a Elena.

—Nada es demasiado para ti. Soy tu marido. Déjame consentirte como te mereces. —Se lo colocó y la besó de inmediato a modo de acallar su réplica.

—Es maravilloso, como tú. —Le acarició el rostro flotando en una nube. Se sentía la mujer más feliz sobre la tierra. No le hacía falta que Martín le dijese con palabras lo que sentía por ella, se lo demostraba y sus ojos se lo gritaban.

Cuando llegaron a la cena, causaron un verdadero revuelo, no había prensa dentro, pero todos se giraron para observarlos y muchos se acercaron a saludar a la pareja del momento.

Sebastián, más recuperado, había decidido asistir. Iba en silla de ruedas, ya no la necesitaba, pero la escogió para la ocasión porque era más cómodo para él que la muleta. Cuando vio llegar a Martín y Elena de la mano, y que su hijo se deshacía en atenciones con ella, lo embargó una enorme felicidad.

—Querido suegro. —Elena fue hasta él con una sonrisa y lo saludó de forma cariñosa—. No sabes la alegría que me da verte aquí y tan recuperado.

Ambos sonrieron ante la interpretación de ella, pero estaban rebosantes de felicidad.

—Hijo, esta noche tu mujer está bellísima. Hacéis una pareja envidiable. —Tenía ganas de

manifestarles aquello desde hacía tiempo, y esa fue la ocasión perfecta, en público, representando un papel, pero él lo decía de verdad y Martín lo supo.

—Lo sé papá —afirmó con orgullo mientras le daba un beso en la mejilla—. Soy un hombre muy afortunado. Si nos disculpas, quiero presumir de mujer por todo el salón. Vamos a saludar a algunas personas.

Sebastián asintió con una gran sonrisa y los admiró marcharse cogidos de la mano.

Nuevamente, Martín le presentó a su mujer a muchísima gente de la que ella fue incapaz de recordar los nombres. A cada persona que elogió el vestido, Martín se encargó de decirle que era un diseño exclusivo de ella y que pronto abriría una tienda de vestidos de novia.

Como Martín no deseaba que su mujer se sintiese sola en la cena, invitó a Carla y Tony, los entrenadores. Esto hizo especial ilusión a Elena, en varias ocasiones que Martín se ausentó entabló conversación con ellos, con ambos ya tenía confianza.

Fue una noche mágica, Martín la halagó a cada instante, se sintió protegida y amada, también envidiada, muchas mujeres la miraban con deseos de estar en su lugar, recibir los besos y atenciones que su marido le dedicó aquella noche. Si alguien tenía duda de que eran una pareja enamorada, tras verlos aquella noche nadie lo cuestionaría.

—Gracias por un menú sin gluten para mí y tener la consideración con los demás. He descubierto que había veinticinco personas con el mismo menú que yo —comentó Elena a su marido mientras bailaban.

—No me las des, es lo mínimo que debo hacer por mi bella esposa. Esta noche me siento envidiado —manifestó con orgullo.

Elena sonrió y continuaron bailando. Estaba previsto que la fiesta se prolongase hasta altas horas de la madrugada.

Cuando Carla y Elena salían juntas del baño, esta última le comentó que iba a buscar a Martín, hacía un buen rato que le había perdido la pista.

—Si busca a su marido, lo vi subir a la planta de arriba cuando venía hacia aquí —le comentó una señora de mediana edad, entraba al baño y les sonrió como si las conociese.

—Gracias —dijo Elena con amabilidad.

En la planta superior del lugar donde se desarrollaba la fiesta estaban las oficinas de la fundación, Martín se lo había comentado a Elena cuando llegaron. En las escaleras que subían había una cinta negra que impedía el paso a los asistentes, pero Elena se encaminó en busca de su marido tras despedirse de Carla. Mientras subía los escalones, se preocupó un poco al pensar si Martín se había tenido que retirar por algún problema de última hora.

Antes de encontrar a su marido, un camarero pasó por su lado y le ofreció una copa de champán, la declinó en un primer momento, pero luego lo pensó mejor y cogió dos de la bandeja. Se le ocurrió brindar con él en privado. Con una sonrisa, terminó de subir las escaleras, pensaba sorprenderlo y demostrarle que a ella también le gustaba improvisar.

Se dirigió hacia un pasillo amplio, encontró una indicación, el despacho de dirección estaba al fondo. Fue hacia allí, dedujo que ese lugar era el que le correspondía al dueño de la fundación. Conforme se acercaba, advirtió que la puerta no estaba cerrada del todo, con una sonrisa y paso firme avanzó. Tenía ganas de estar a solas con su marido.

Con cuidado, abrió un poco la puerta con el pie, llevaba las manos ocupadas con las copas. De repente, se quedó parada cuando vio a Martín de espaldas, reconoció de inmediato a la mujer que lo acompañaba, era Gisela. Elena se quedó de piedra al verla con un conjunto de ropa interior negro y un ligero. Con descaro, se acercó a Martín y lo besó con una sonrisa dedicada a Elena, la vio observar la escena en silencio. Su marido no la rechazó.

Herida como nunca antes y sin saber cómo reaccionar, echó a correr. Dejó caer las copas por el pasillo, el estruendo del cristal hizo que Martín apartase a Gisela de malas formas, se asomó para descubrir quién más había allí, pero no divisó a nadie.

Cabreado y con una mirada asesina, tomó a Gisela del brazo y la llevó dentro, había ido tras él sin que le importase que la viesen así en el pasillo.

—Vístete y sal de aquí ahora mismo. Quedas despedida de la cadena. —sentenció. Salió tras un sonoro portazo y se marchó de mal humor.

Carla interceptó a Elena cuando bajaba las escaleras, visiblemente afectada. Se había demorado saludando a unos conocidos.

—¿Qué te ocurre? ¿Te encuentras bien? —preguntó preocupada tomándola del brazo.

—No. Quiero irme de aquí ahora mismo. —Caminó deprisa hacia la salida.

—¿Aviso a Martín? —preguntó alarmada.

—¡No! No quiero volver a verlo en la vida. Estaba ahí, con… con… Vámonos de aquí. —Rompió en llanto, Carla comprendió la situación y la ayudo a llegar hasta la calle.

Se montaron en un taxi en la puerta y Carla dio la dirección de su casa. Elena se negaba a volver a la suya.

—Creo que debes serenarte —comentó cuando Elena la miró sin reconocer el lugar al que llegaban—. Esta noche estoy sola, mi pareja está de guardia. Pasa la noche en mi casa, será lo mejor.

Elena suspiró, asintió y cerró los ojos. En esos momentos solo tenía ganas de morirse.

16

—¡No es posible que nadie sepa dónde está mi mujer! —Martín golpeó la mesa, furioso.

Tenía delante de él a tres personas de seguridad, aquella noche se encargaban de velar, sobre todo, por Elena, y le decían que no sabían nada de ella. La fiesta había llegado a su fin y no volvió a verla allí. Le confirmaron que a casa no había llegado.

Como un loco, juró despedir a todo el equipo si no daban con su paradero de inmediato. Se puso en lo peor, el corazón se le iba a salir del pecho. Llamó a Carlos y él comenzó a hacer gestiones.

—Ya la localicé —le comunicó su suegro tras una hora desesperado—. Está en casa de su entrenadora, Carla. No sé por qué razón se ha ido con ella y no ha avisado a nadie, pero está segura. Tiene ya a dos personas en la puerta del edificio de esa mujer. Es tarde, mañana nos dará alguna explicación.

—¿Qué hace allí? ¿Está bien? —bramó Martín sin entender nada.

—Investigo a todas las personas con las que se relaciona mi hija. Esa mujer se ha convertido en su amiga. Ambas están solas en casa, el novio de Carla es médico residente y tiene guardia.

—No entiendo nada —se quejó Martín pasándose las manos por la cabeza, desesperado.

—Algo le habrás hecho. Hace días que os paseáis como tortolitos, algo me dice que el papel de la farsa de vuestro matrimonio dejó de serlo hace tiempo —le reprochó Carlos.

Martín bufó, pero no le dio explicaciones.

—Mañana iré temprano a casa de esa mujer, dame la dirección.

—No. Yo seré quién hable con mi hija. Ya es hora de que sepa que estoy en Madrid, muy cerca de ella.

—Bien, esperaré tus noticias. —Estaba resignado. Sabía que cuando Carlos decía no, era no.

Se marchó a casa con ganas de llamar a Tony y que le indicase la dirección de su hermana, pero no lo hizo. La actitud de Elena presagiaba que lo había visto con Gisela. Mucho se temía que todo hubiese sido un plan para que su mujer los viese. Se lamentó haber sido tan torpe y decidió esperar al día siguiente. No era plan de presentarse de madrugada en una casa ajena a discutir con su mujer.

Aquella noche Elena apenas pegó ojo, le contó a Carla con detalles la situación en la que había encontrado a su marido y por qué no quería verlo más. No le dijo nada del porqué se casaron, solo se centró en el momento tan feliz que vivían y la traición de Martín con Gisela, su amante antes de casarse con ella.

Al día siguiente, a las doce de la mañana, Carlos aún no le había cogido el teléfono a Martín, lo había llamado diez veces. Desesperado, decidió llamar a Tony y ser él mismo quien fuese en busca de su mujer, pero no llegó a hacerlo, el padre de Elena lo llamó y le comunicó que estaba en Aracena con ella. Él mismo la había llevado a petición de su hija tras ver lo rota que estaba por culpa de su marido.

Aquella noche era la despedida de soltera de su mejor amiga y el sábado se casaba. Carlos le informó de las intenciones de Elena de pasar en el pueblo unos días, y él se lo había

concedido. Estaría a su lado todo ese tiempo.

Martín no hizo más preguntas, sabía todo lo que le interesaba, el paradero de su mujer. Elena iba a empezar a conocerlo bien a partir de ese instante.

***

Nada más poner un pie en la habitación de la que fue su casa hasta hacía poco, Virginia le preguntó a su hermana qué le pasaba. La conocía muy bien y supo que estaba mal. Elena se desahogó con ella y le contó todo. Por un lado, Virginia se puso feliz por el hecho de que hubiese encontrado el amor y fuese un tío como Martín, pero por otro lamentó que sufriese como lo estaba haciendo.

Virginia había tenido varios desamores a su edad, aconsejó a su hermana y la animó a salir y olvidarse de Martín Quiroga por los días que estuviese en el pueblo. Decidió hacerle caso, centrarse en la despedida de Nora y Rafa aquella noche en el bar de su padre. Carlos les había cedido el lugar para la ocasión.

Se levantó de la cama, se miró al espejo y apartó los restos de lágrimas de sus mejillas.

—Nora no se merece verme triste en estos días tan importantes y felices para ella. Haré un esfuerzo y dejaré mis problemas con Martín aparcados hasta que vuelva a Madrid en unos días. Es hora de divertirnos. —Se volvió hacia su hermana con una sonrisa y Virginia la admiró más que nunca.

La fiesta de despedida de solteros de la pareja fue todo un éxito, ellos no la esperaban. Se reunieron unos cincuenta amigos y todos, vestidos en representación a la película *Grease,* cantaron, bebieron y bailaron.

Desde la barra, sentado en un taburete, con una cerveza en la mano y sin dejar de seguir los pasos de Elena con la mirada, aquellas mallas de cuero y los zapatos rojos le hacían tener mil fantasías con ella, Martín esperaba con paciencia que terminase de pasárselo bien para hacerle notar su presencia.

—Elena, mira —le indicó sonriente Nora—. ¿No me dijiste que Martín no podría venir? Está ahí. —Lo señaló con el dedo. Ella era ajena a los problemas del matrimonio.

Elena y Virginia se volvieron al instante sin poder terminar de creerlo. Elena sintió un nudo en el estómago y el corazón comenzó a latirle muy rápido cuando su marido la saludó alzando el vaso de cerveza mientras hizo un leve asentimiento con la cabeza.

De inmediato, en un arranque, fue hasta él. En ese justo momento, Virginia aprovechó para hacerle un breve resumen a Nora de cómo estaban las cosas entre la pareja, la actitud de su hermana presagiaba que allí se iba a desatar una tormenta.

—¿Qué haces aquí? No estás invitado —le recriminó con las manos en la cintura y los ojos echándoles chispas.

—Estás invitada tú que eres mi mujer —rebatió sin alterarse. La miraba serio y con apariencia relajada, continuaba sentado en el taburete con la cerveza en la mano.

—¡No vuelvas a decir que soy tu mujer! —le reprochó alterada.

—Tenemos que hablar, Elena —comentó paciente.

Ella soltó una sonora carcajada.

Martín ya había visto el vídeo de seguridad donde salía corriendo escaleras abajo. La hora coincidía cuando él estaba en el despacho con Gisela. En la planta de arriba no estaban activadas las cámaras aquella noche, toda la gala se desarrollaba en el salón principal.

—Vete de aquí, Martín. No hay nada que hablar entre tú y yo. Estoy en la fiesta de despedida de soltera de mi mejor amiga y no me las vas a arruinar —le recriminó con rencor.

Se dio media vuelta y lo dejó con la palabra en la boca. No había dado ni tres pasos cuando la tomó con fuerza por el brazo y la hizo girar, quedó de cara a él, muy cerca.

—No es lo que piensas. Todo fue una trampa. —La taladró con la mirada cuando vio que sonreía sin creerlo.

—No me toques. —Se soltó del agarre con un manotazo y se fue.

Se reunió con Virginia y Nora, estas no habían dejado de observar a la pareja, junto con el resto de amigos.

Elena fue por una copa, solo deseó pasárselo bien y olvidar que él estaba allí.

Después de dos horas, Martín continuaba en el mismo lugar. De vez en cuando Elena lo miraba y él le alzaba el botellín de cerveza en señal de saludo, acompañado de una sonrisa paciente y sincera.

—La fiesta se ha terminado. —Martín se acercó a ella y la tomó del brazo, haciendo que lo mirase. Ya había bebido demasiado, estaba muy contenta. Bailaba y cantaba sin parar, no iba a permitir que la situación fuese a mayores—. Nos vamos —ordenó serio, sin soltarla.

—Oh, mi guapo marido viene en mi rescate. —Elena se colgó de su cuello y lo miró con ojos achispados—. ¿A qué es guapo el muy cabrón? —preguntó revolviéndose en sus brazos para mirar a sus amigas—. Baila conmigo, no recuerdo que lo hiciéramos en nuestra boda. Uy, perdón… ¡Que nos casamos en un hospital! —Se llevó la mano a la boca y la tapó mientras sonreía con ironía—. Siempre ha sido todo tan romántico entre tú y yo… —se mofó.

—Deja de dar el espectáculo —le advirtió echando chispas por los ojos, estaba dando gritos y todos los miraban.

—Eres un aburrido. —Le echó en cara. Se tambaleó, pero Martín fue ágil y la cogió en brazos.

—Nos vamos —sentenció, serio.

Sin contemplaciones, la tomó en brazos con agilidad y salió con ella tras indicarle a Virginia que se la llevaba. Esta no puso objeciones, era su marido.

—Quiero el divorcio —murmuró Elena con los ojos casi cerrados una vez en la puerta, cuando le dio el aire de la madrugada. Martín tenía el coche cerca, pero en su estado si la montaba sería peor. Decidió ir andando con ella hasta el hotel—. Deseo mi vida de antes, todo era más fácil. Tenerte en mis pensamientos las veinticuatro horas del día es muy agotador —reveló medio somnolienta.

Martín no pudo evitar esbozar una sonrisa. Le gustaba estar en la mente de su mujer a todas horas.

—Mañana hablaremos con calma —comentó con paciencia.

—No quiero hablar contigo. No necesito explicaciones. Seguro me mientes con gran habilidad y termine creyéndote. Tienes pinta de mentir muy bien, como todo lo que haces, y una estúpida enamorada como yo te creerá tarde o temprano. —Arrastraba las palabras al hablar.

No le importó que se le quedasen mirando cuando pasó por la recepción del hotel con ella cargada en brazos. Al llegar a la habitación, la dejó sobre la cama y la miró. Elena se despertó, pero no atinaba a saber dónde estaba.

—¿Por qué hiciste que me enamorase de ti como una estúpida? —murmuró lamentándose de ello mientras le acariciaba el mentón.

Él no dijo nada, solo le sonrió. Le hacía gracia el estado en el que se encontraba. Sin

entender por qué, sentía una emoción que no había experimentado nunca. El hecho de que Elena le hubiese confesado que estaba enamorada de él lo hizo feliz como nunca antes. Y la creyó, los borrachos y los niños siempre decían la verdad.

De repente, se incorporó en la cama con los ojos muy abiertos y la frente sudorosa.

—Voy a vomitar —anunció asustada.

Martín la ayudó hasta el baño, pero no llegaron a tiempo. Todo se convirtió en un desastre.

Tras una hora, como un marido atento y enamorado, la arropó y veló su sueño. Estaba seguro de que cuando despertase iba a lamentar cada copa que se bebió aquella noche.

Se sentó a su lado en la cama y la contempló embobado en su espectacular belleza.

—Mi amada Elena —Le acarició la cabeza con delicadeza, estaba profundamente dormida —, hiciste que me enamorase de ti como nunca imaginé que podría hacerlo de nadie. Has complicado mi vida por completo, me planteo cosas que siempre tuve claras no hacer. Soy incapaz de imaginarme sin ti a mi lado, ¿qué me has hecho? —murmuró con los ojos cerrados, trataba de visualizar cómo iba a ser su vida de ahora en adelante. Solo tenía algo claro, Elena formaba parte de ella y no pensaba dejarla ir—. Descansa, mi princesa. Mañana te sentirás morir —auguró con un lamento.

Cuando despertó al día siguiente, se encontraba desorientada. No sabía dónde estaba. Se alarmó al no reconocer la habitación. Se dio cuenta de que estaba desnuda y no recordaba nada de la noche anterior. Asustada, se puso en pie y con lo primero que se topó fue con un hombre en el suelo. Ahogó un grito y se agachó de inmediato. Su corazón se tranquilizó un poco cuando reconoció a Martín, pero de nuevo se aceleró al pensar que estaba allí tirado por algo malo. Se arrodilló a su lado y trató de despertarlo, pero no reaccionaba. Asustada como nunca antes, lo zarandeó en el hombro con fuerza, por la cabeza se le pasaban un montón de cosas malas mientras lamentaba haber bebido tanto la noche anterior como para no recordar qué hacía allí con él. La cabeza le daba vueltas sin parar.

En un gestó rápido, que no advirtió, Elena se vio tumbada de espalda contra el suelo y Martín sentado sobre ella a horcajadas mientras le inmovilizaba con fuerza las manos.

—¡Joder, Elena! —maldijo asustado—. ¿Estás loca? Podría haberte lastimado. —No la soltó, la tenía agarrada por ambas muñecas a la altura de la cabeza—. ¿Cómo se te ocurre despertarme así? —le reprochó furioso, gritándole, casi fuera de sí.

—Creí que… que te había ocurrido algo —atinó a decir—. ¿Sabes el susto que me he llevado al verte ahí? —se excusó removiéndose debajo de él, incómoda, para que la soltase. Martín no cedió.

—Creo recordar que te conté qué me ocurre cuando me despiertan de esta forma —le recriminó sin piedad.

—¡Lo olvidé! —gritó con lágrimas en los ojos mientras el pecho le subía y bajaba como consecuencia de la respiración alterada.

—Al parecer olvidas muchas cosas con facilidad, como venirte a tu pueblo sin avisar a tu marido —le reprochó más calmado.

—Mi marido estaba muy ocupado con otra como para interrumpirlo —escupió con rabia —. Suéltame —exigió removiéndose.

Una sonrisa apareció en el rostro de Martín cuando le confirmó lo que presagiaba, lo había visto con Gisela.

—Me gustan las vistas que tengo. —La miró con descaro. Estaba desnuda. Clavó los ojos en sus pechos. Le parecían perfectos y exquisitos. Se le antojó probarlos, pero algo le decía que su mujer no estaría muy por la labor y no deseó enfadarla más.

Con agilidad, se levantó y le extendió la mano para ayudarla a ponerse en pie. Aprovechó y se volvió a recrear en aquel cuerpo desnudo que lo volvía loco.

Elena aceptó la ayuda con la poca dignidad que le quedaba en aquellos momentos. De inmediato, se metió en la cama de nuevo y se tapó con la sábana hasta los hombros.

—¿Por qué estoy contigo aquí, en un hotel? —Reconoció el lugar. Martín se alojaba en la misma habitación que la última vez—. ¿Qué hago desnuda? —preguntó en tono acusatorio mientras cerraba los ojos y se llevaba la mano a la cabeza, pareciera que tenía un martillo sin parar de clavar puntillas.

Con la elegancia que lo caracterizaba, se sentó en la cama, al lado de ella, y la miró sonriente.

—Anoche bebiste demasiado. Encontré a mi mujer en un estado… Dejémoslo en una novedad para ella, ya que no sueles beber. Te traje hasta aquí porque lo lógico de un matrimonio es que pasen la noche juntos —advirtió como trataba de dominar las ganas de gritarle—. Estás desnuda porque te mareaste al tumbarte en la cama, te ayudé hasta el baño, pero no llegamos a tiempo. Vomitaste encima de ambos. —En ese momento apreció que él estaba en calzoncillos—. Nos duchamos y te metí en la cama. Es todo. ¿No lo recuerdas?

Avergonzada como nunca antes en su vida, se tapó los ojos y se quiso morir ante el espectáculo que le describió. No recordaba nada.

—Lo siento —manifestó con culpabilidad. Se reprochó haber perdido el control de aquella forma.

—No te preocupes, los maridos hacen esas cosas. —Le quitó importancia mientras sonreía embobado en ella.

—Será mejor que me vaya. —Hizo amago de salir de la cama, pero no vio sus prendas.

—Si piensas hacerlo desnuda, adelante. —No le dio ocasión de que preguntase por la ropa —. Si no quédate donde estás. No tienes nada que ponerte, lo tiré todo anoche. —Ella lo miró con ganas de asesinarlo—. ¿Qué querías que hiciese? —preguntó con fingida inocencia.

—Disfrutas con toda esta situación, ¿verdad? —le acusó dolida. Se sentía humillada.

—Yo solo disfruto cuando te veo feliz y te tengo desnuda en mi cama, completamente entregada a mí. Solo tú eres capaz de hacerme sentir cosas que jamás llegué a imaginar que existían —reveló mientras recorría con los dedos las ojeras en su rostro, le colocó bien el pelo revuelto y le acarició la mejilla con delicadeza.

De inmediato, se apartó del contacto de Martín. No quería creer en lo que aquella intensa mirada azul le transmitía.

—Necesito algo de ropa. —Decidió cambiar de tema.

—Puedes coger algo mío del armario. O puedes llamar a alguien para que te acerque una maleta con ropa.

—¿Dónde está mi teléfono? —preguntó con tono acusatorio—. ¿También lo tiraste? —le reprochó enojada.

—No traías teléfono, solo me preocupé de ti y cuidarte. No me fijé dónde se quedaron tus pertenencias. Las tendrá tu hermana —aventuró sin saberlo con certeza.

Suspiró y cerró los ojos. Sentía que un tren había pasado por encima de ella. Estaba muy cansada.

—¿Puedes marcharte un rato y dejarme sola? —exigió enfadada. No estaba de tan buen humor como Martín.

Él la observó en silencio durante varios minutos, sin moverse y sin responderle.

—Te busqué como un loco por toda la fundación. Nadie sabía nada de ti. He despedido a

varias personas por ello. Pensé que te había pasado algo. Nunca antes había sentido tanto miedo. —No podía esperar más tiempo para aclarar la situación—. Todo fue una trampa. Me dijeron que debía subir al despacho porque había un problema. Gisela estaba allí, y estoy seguro de que a ti te hicieron ir hasta ese lugar para que nos vieses.

Elena respiró con dificultad al recordar que la señora que no conocía de nada le indicó, con demasiada amabilidad y detalles, dónde se encontraba su marido.

—He sido una ingenua con respecto a nosotros. No he sabido ver que para ti solo era una aventura, una más. Verte en los brazos de Gisela me hizo aterrizar en la realidad.

—Por favor, Elena, tienes que creerme. —Nunca le había rogado a ninguna mujer. Se sentía desesperado. Ella no estaba por la labor de creerlo y perdonarlo con facilidad—. Gisela no significa nada para mí. Durante todo este tiempo, desde que te conozco, no ha habido otra mujer. Créeme, por favor. —Volvió a pedirle.

Elena lo escuchaba en actitud fría y distante, frente a él se hacía la fuerte, le manifestaba que sus palabras no tenían efecto alguno en ella.

—Cuando te canses de rogarme, ¿podrías avisar a mi hermana para que me traiga ropa? —Martín la miró sin reconocerla. Estas duras palabras las recibió como una patada en el estómago que lo dejó sin respiración.

Cogió el móvil de encima de la mesilla y marcó el número de Virginia, antes de que le contestase se lo dio a Elena. Se fue al baño y la dejó sola.

—Virginia, soy yo —dijo al escuchar la voz somnolienta de su hermana.

—¿Todo arreglado con tu marido? —preguntó esperanzada. Por alguna extraña razón Martín le caía bien y le gustaba como cuñado.

—No. Solo estoy usando su móvil porque no tengo el mío, no sé tu número de memoria para llamarte desde el teléfono del hotel.

—¿Has pasado la noche con él en un hotel? —preguntó sorprendida.

—No tengo ropa. ¿Puedes traerme algo?

—¿Te la arranchó en una noche de pasión desenfrenada? Anoche estabas muy lanzada —comentó risueña pese a dolerte un poco la cabeza.

—No estoy para tonterías. Ven al hotel y trae ropa —ordenó cabreada y le colgó.

El resto del día Elena no vio más a Martín, cuando Virginia le llevó la ropa se fue a casa de sus padres y no pensaba hablar más a su marido, pero un insistente Martín la llamó más de diez veces durante aquella tarde. A las once de la noche le puso un mensaje.

La prensa se ha enterado de la crisis por la que pasa nuestro matrimonio. Se ha publicado que me has dejado y he venido por ti. No quiero habladurías. Están en la puerta del hotel. Ven a dormir con tu marido y mañana iremos a la boda juntos. Es una orden. Si no estás aquí en menos de media hora iré a tu casa a buscarte y entonces sí que le daremos a la prensa un buen titular.

Le maldijo una y mil veces tras leer aquel mensaje al que no le contestó. Sopesó la situación y lo consultó con su padre. En aquellos momentos no podía pensar con claridad.

Cuando Martín ya pensaba que tendría que ir en busca de Elena personalmente, tocaron a la puerta. Era ella, venía con el vestido que llevaría a la boda en una funda y una maleta pequeña de ruedas. Nada más verla, esbozó una enorme sonrisa y la ayudó con el equipaje pese a la negativa de su mujer.

—¿Tienes ganas de dormir hoy también en el suelo? —Casi le ladró Elena en cuanto que

cerró la puerta.

Si no fuese porque Carlos le explicó la poca conveniencia de aparecer más de la cuenta en la prensa, y justo en los momentos que estaban más cerca de atrapar al hombre que mandó a matar a Andrés, no hubiese ido.

—No, he decidido que voy a dormir a tu lado en esta enorme cama. —Elena le miró sobresaltada—. Hoy más que nunca tengo la completa certeza de que no me vas a tocar mientras duermo, serás tú la que evites acercarte a mí —reveló convencido de ello.

—Eres imposible. —Bufó. Pasó por su lado y se centró en colocar la ropa en el armario.

Luego, se metió en el baño y tardó en salir. Martín la esperó recostado en la cama, con el pecho descubierto. No le gustaba usar camiseta, tan solo llevaba unos pantalones cortos.

Cuando Elena salió, por fin, del baño, se centró en consultar el móvil. Le daba la espalda a Martín mientras la repasaba de arriba abajo con atención.

—Ese pijama de ositos que llevas… ¿es una estrategia para hacer que no te desee esta noche en la cama? —comentó mordaz, con una gran sonrisa—. Déjame aclararte que te deseo desde que te conozco, de todas las formas. Hasta en tus peores facetas, borracha y vomitando —le recordó sin ánimo de hacerla sentir mal.

—Déjalo ya, ¿quieres? —comentó cabreada—. Vamos a dormir. —Se metió en la cama y apagó la luz. Luego se tapó hasta la cabeza con la sábana.

A Martín le divertía aquella situación. Todo era muy nuevo para él, esas peleas de pareja, las cuales en el fondo disfrutaba junto con las sensaciones y sentimientos que ella le provocaba. Lamentó que Elena no le hubiese dejado opción de arreglar la situación entre ambos.

Cuando la luz del día se coló por el balcón, las cortinas no estaban echadas, despertó a Elena. Para su sorpresa, se encontró abrazada al pecho desnudo de su marido. Se sentía tan cómoda, y recordaba haber dormido tan bien, que creía estar en un sueño del que no deseaba despertar.

Con sumo cuidado, se atrevió a acariciar el pecho de Martín y disfrutar del momento. Cerró los ojos y soñó con un matrimonio de verdad, donde todas las mañanas fuesen así.

Martín sintió un leve hormigueo que lo despertó con suavidad. De inmediato, recordó que aquella noche había dormido junto a Elena. Se había quedado dormido casi al alba, la contempló durante horas y descubrió que deseaba tenerla así siempre. Supo que estaba despierta, pero ninguno se atrevió a romper el momento durante un largo rato.

—Me encantaría que este fuese mi despertar de todas las mañanas durante el resto de mi vida —comentó medio adormilado, con añoranza. La abrazó más fuerte junto a él.

En un movimiento, la colocó debajo de él y la atrapó con fuerza mientras la miraba de una forma tan especial, que hizo que se le acelerase la respiración.

Elena intentó alejarse de su marido, pero él no lo permitió. Necesitaba ese momento de intimidad entre ambos.

—No tengo nada con Gisela. Ella no me interesa. Todo fue una trampa, por favor, créeme. Está despechada porque lleva tiempo queriendo formalizar una relación y yo me negaba a ello. Desde que me casé contigo, por increíble que te parezca, no he estado con otra mujer —confesó mientras Elena sentía los latidos de su corazón en el oído—. No tires por la borda lo que teníamos. —Le dio un beso en el cabello y suspiró a la espera de una respuesta.

Había pensado mucho en ese asunto, era de la opinión de Martín, todo debió haber sido una trampa de aquella mujer, pero no se lo dijo. Pese a todo, estaba dolida con él.

—¿Qué teníamos? —preguntó a modo de reproche, incorporándose y mirándolo a los ojos —. Nos acostábamos cuando tú tenías ganas. Era muy cómodo tenerme en la habitación de al lado y dispuesta. —Lanzó con maldad. Quería herirlo tanto como lo estaba ella.

—¿Quieres que te recuerde qué teníamos? —la retó devorándola con la mirada.

Sin darle tiempo de reacción, la atrapó entre sus brazos con más fuerza y la besó como nunca antes. Demostrándole toda la pasión y el amor que le tenía. Cuando sintió que Elena había perdido la voluntad, se alejó de ella y la miró serio, mientras la observaba alterada y jadeante.

—Lo que ambos acabamos de sentir con este beso es lo que teníamos. Este fuego que nos consume y estas ganas que no podemos frenar. ¿Estás dispuesta a renunciar a esto? Yo no —confesó contundente.

—Estoy dispuesta a no sufrir —rebatió con la cabeza alta.

—Lo nuestro puede funcionar, Elena —intentó convencerla—. Confía en mí —le rogó con el corazón en un puño. Nunca había sentido el miedo que le producía perderla para siempre.

—Ahora soy un entretenimiento para ti, Martín. Una novedad. He visto en lo que se han convertido Silvia y Gisela después de una relación contigo y no quiero ser como ellas cuando te vayas y me dejes destrozada, porque estoy segura de que antes o después lo harás —afirmó contundente.

Estas duras palabras lo hirieron en lo más profundo. Sintió como si un puñal le hubiese atravesado el corazón.

—Será mejor que nos vistamos. No querrás llegar tarde a la boda de tu amiga. —Salió de la cama sin mirarla y se metió en el aseo.

17

Cuando Elena salió del baño, se encontró con la sorpresa de que Martín se había marchado. Le dio el espacio y la intimidad necesaria para que se vistiese a solas en la habitación.

Cuando se disponía a bajar y se preguntaba dónde estaría su marido, recibió un mensaje en el que le indicaba que la esperaba en la recepción.

Martín estaba de espaldas, les daba indicaciones a unos turistas que le habían preguntado algo, cuando Elena lo vio. De inmediato, el corazón le dio un vuelco. Era un hombre inconfundible, lo reconocería hasta en la oscuridad. Se permitió admirarlo desde una distancia prudente. El traje azul marino le quedaba como un guante, los hombros anchos rellenaban la chaqueta sin permitir que formase ni una sola arruga o imperfección. Admiró la naturalidad innata que tenía para todo lo que hacía, le sonrió a una niña que llevaba la pareja con la que hablaba y Elena se derritió con esa sonrisa, pese a no ser para ella. Estaba guapísimo. Hacía varios días que no se afeitaba y no lo había hecho para la boda. La incipiente barba le daba un toque muy sexi, sin embargo, no había dejado crecer el pelo de la cabeza. Siempre lo llevaba muy corto, casi rapado, parecía un soldado. Era tan guapo, que todo le sentaba de maravilla. Inmersa en sus pensamientos, no se dio cuenta cuando acudió a su lado, reaccionó al tocarle el codo, luego le dio un beso en la mejilla.

—Espectacular, como siempre. ¿Es un diseño tuyo? —Admiró el vestido morado, en gasa, con detalle de tres botones dorados en las mangas largas y mucho volumen en la falda, de arriba abajo.

—Sí. Me lo confeccionó mi madre.

—Te sienta muy bien ese color. —Le acarició la mejilla, le apartó el pelo suelto detrás de la espalda y le susurró—: Ahora voy a besarte como un marido besa a su mujer. Hay dos fotógrafos de la prensa a mis espaldas. Vamos a despejar esos comentarios donde anuncian crisis en nuestro matrimonio.

Sin dejarle tiempo para decir nada, la besó como un hombre completamente enamorado. Tomaron las fotografías, se demoró más de la cuenta en el beso, y lo disfrutó a conciencia. Finalmente, cogió a su mujer de la mano y entraron en el vehículo que los esperaba en la puerta para llevarlos a la iglesia donde tendría lugar la ceremonia.

Elena lloró en el momento del enlace de su amiga, no pudo evitarlo. Nora era como una hermana y verla feliz y radiante, cumpliendo su sueño, junto a un hombre que la amaba sin límites, la emocionó.

En todo momento, Martín se comportó como un marido atento al lado de ella. Apenas conocía a la gente, pero tenía cierto don, terminó hablando con casi todos los invitados. No eran muchos, Nora y Rafa deseaban una boda íntima, no llegaban a cien.

En medio de la comida, Martín le indicó a Elena si podían salir al jardín un momento. Necesitaba decirle algo y no quería hacerlo en la mesa que compartían con ocho personas más. Ella accedió y cuando ambos se levantaron, sin dar explicaciones, se hizo un silencio entre los comensales.

—Cosas de recién casados. —Rompió el hielo Virginia. Realizó un brindis por los novios y consiguió devolver la normalidad a la mesa.

—¿Ocurre algo? —preguntó Elena a Martín preocupada cuando estuvieron a solas. Lo

había observado pensativo durante la cena, estuvo muy pendiente del móvil y temía que le hubiese pasado algo a su abuelo.

—Ha surgido un problema con los negocios que tenemos en Londres y debo marcharme cuanto antes —anunció serio. Ella asintió de buena gana, comprendió la situación. No le dio importancia al hecho de que abandonase la boda sin terminar la comida—. Vente conmigo —intentó convencerla, esperanzado—. Empecemos de nuevo, tú y yo solos, y nuestros sentimientos. —No quería marcharse y dejar las cosas como estaban, algo le decía que si lo hacía la iba a perder para siempre—. He pedido que me reserven dos asientos en primera, el vuelo sale desde el aeropuerto de Sevilla en tres horas.

El brillo en los ojos de su mujer y el no decir de inmediato no, le hizo sentir esperanzas.

—No puedo marcharme de la boda de mi mejor amiga cuando apenas ha empezado —comentó con dudas—. Además, todo entre tú y yo es muy complicado.

—Elena, debo marcharme. Lo que más deseo en estos momentos es quedarme a tu lado y arreglar las cosas, pero no puedo.

El aeropuerto de Sevilla se encontraba a una hora del lugar donde se celebraba la boda.

—Vete, Martín. Arregla los asuntos que requieren tu presencia. Ya tendremos nuestro tiempo cuando regreses.

—Elena, te necesito a mi lado como respirar. Es posible que tenga que pasar un tiempo en Londres, no será cuestión de un par de días.

Estuvo a punto de flaquear, al mismo tiempo que todo el cuerpo le temblaba. La sinceridad se reflejaba en los ojos de Martín, deseaba más que nunca besarlo y solo ser ellos dos, pero la razón se impuso al corazón.

—Quizás la distancia nos venga bien y veamos todo con más claridad.

Dio dos pasos y se acercó más a ella, le recorrió la mejilla con los nudillos y sintió como temblaba.

—Yo lo tengo todo muy claro. No me gusta estar alejado de ti, te extraño cada segundo que no te tengo cerca. —Observó cómo ella sentía lo mismo, pero no dijo nada—. Te amo. Joder, sí, te amo con locura —reveló desesperado, tenía que abrirse como nunca antes—. Me cuesta expresarlo en voz alta, pero es la pura verdad. No sé cómo te has metido de lleno en mi corazón. He descubierto que mi mente es muy débil con respecto a ti, porque soy incapaz de sacarte de ahí por más que lo he intentado desde que te conocí. Y ya no quiero hacerlo, deseo que te quedes para siempre.

Con el corazón a punto de salírsele del pecho, la emoción que sentía no la dejaba pensar con claridad, dos lágrimas rodaron por sus mejillas. Martín fue a limpiárselas, pero ella se apartó.

—No me hagas esto —suplicó acongojada—. No en estos momentos.

—Ven conmigo, por favor. —Le tendió la mano para que se la tomase—. Si no me acompañas, es que no sientes lo mismo que yo. Cuando regrese todo entre nosotros estará roto y sin posibilidades de nada más. —Le dio un ultimátum.

—Adiós, Martín —pronunció tras debatirse consigo misma, sintiéndose entre la espada y la pared.

Él asintió cabizbajo y dolido. Sentir su rechazo dolía más que cualquier paliza.

—Te esperaré en el aeropuerto —la animó por última vez.

Como una niña asustada, se dio media vuelta y echó a correr. Si se quedaba un segundo más, sabía que se iría con el amor de su vida, sin medir nada más.

Dolido, Martín tragó con dificultad, sacudió la cabeza, se apartó unas lágrimas de los ojos

que amenazaban con salir y maldijo interiormente. Sin despedirse de nadie, se encaminó hacia el aparcamiento y puso rumbo al aeropuerto.

Cuando Elena apareció de nuevo en la mesa, ya habían servido los postres, antes hizo una parada en el baño para recomponerse. Virginia, que la conocía bien, la miró con expresión pensativa.

—¿Y tu marido? ¿Habéis discutido? Vaya cara que traes, hermanita.

—Se ha tenido que ir. Ha surgido un problema y debe coger un avión a Londres de inmediato —explicó con tristeza a pesar de tratar de disimularla.

—¿Te ha dejado sola? —se sorprendió—. ¡Qué mal educado! Deberías haberlo acompañado, eres su mujer y Londres debe ser fantástico —murmuró.

Con la intranquilidad que la recomía por dentro, se acercó más a ella y le confesó la propuesta que le hizo, junto con la inesperada declaración de amor.

Una hora después, cuando los novios ya habían abierto el baile, un camarero le entregó a Elena un sobre. En ese instante, estaba acompañada de Nora y Virginia, con ellas no tenía secretos, por lo que lo abrió en presencia de ambas.

Era el pasaje del vuelo, se lo enviaba Martín y tenía una nota dentro.

Te esperaré hasta el último momento. No pierdo las esperanzas, confío en que finalmente decidas apostar por lo nuestro. Sé valiente, Elena. Te juro que viviré solo para hacerte feliz.

Nora no entendió nada, pero Virginia se encargó de explicárselo con brevedad sin obviar ningún detalle. Elena la reprendió con la mirada. Era el día de su boda y no quería preocuparla con nada.

—Tú estás enamorada hasta las trancas de ese cabrón, ¿verdad? —preguntó Nora sin tapujos. En la fiesta de despedida, cuando Martín apareció, Elena le contó las razones por las que no quería ni verlo.

—Sí —respondió con sinceridad.

—Yo creo que todo fue una trampa de la bruja esa, por si te sirve mi opinión —comentó Virginia.

—Yo también lo creo. Solo hay que mirar a Martín para saber que está loco por ti —confirmó Nora.

—Yo también creo que es sincero —murmuró Elena muy bajito.

—¿Y a qué esperas para correr junto a él y ser feliz? —La animó Nora. Le arrebató el billete y comprobó la hora en la que salía el vuelo.

Tomó a Elena de la mano, se aseguró de que cogiese el bolso y entre ella y Virginia la arrastraron hasta la salida. La montaron en el coche que llevaría a los novios cuando finalizase la celebración, y le dieron instrucciones al chófer para que la llevase al aeropuerto de Sevilla en la mayor brevedad.

De camino a reunirse con Martín, Elena miró la hora y comprobó que iba con el tiempo justo. Rezó para llegar a tiempo e irse con él. Estaba decidida a vivir su amor.

Apremió al conductor cuando vio que iban con retraso debido a unas retenciones cerca del aeropuerto. Podía divisarlo y ver como despegaban los aviones. Quedaban treinta minutos para que cerrasen las puertas de embarque.

Una vez en la entrada del aeropuerto, ni siquiera se despidió del conductor. Se bajó, dio un sonoro portazo y echó a correr cerciorándose de que llevaba la documentación para volar.

Cuando advirtió que los tacones eran demasiado altos, no dudó en quitárselos y correr

descalza con ellos en la mano. No le importó que todo el mundo la mirase, solo quería llegar junto a su marido.

Al ponerse a la cola de los controles de seguridad, advirtió que si la esperaba en su turno nunca llegaría. Era demasiado larga e iba muy lenta. Desesperada, le rogó a cada persona que la dejase pasar. No llevaba equipaje e iba a perder el avión. Todos le permitieron que siguiese adelante.

—Gracias. Gracias. Mi marido me espera —les explicó al pasar apurada.

Miró el panel para saber a qué puerta de embarque dirigirse, con los nervios no la veía. Cuando finalmente la divisó, echó a correr en la dirección que la llevaría junto a Martín para siempre. Al pasar por los largos pasillos del aeropuerto, corriendo como nunca antes, levantaba la expectación de todas las personas que estaban allí, perecía flotar entre una nube de gasa morada, volaba a la misma velocidad que los aviones.

Al llegar a la puerta correspondiente, la vio vacía. Tan solo una azafata recogía unas cintas extensibles.

—Señorita, tengo que embarcar. Ese avión no puede despegar sin mí, por favor. Ahí va mi marido —le explicó desesperada. Indicándole con la mano la dirección del túnel que la llevaría hacia el avión y hacia él.

—Lo siento, no puedo dejarla pasar. Las puertas se han cerrado, el avión va a comenzar a moverse en breve.

—Pero usted aún tiene que embarcar… —suplicó.

—Lo siento. No puedo dejarla pasar. —La miraba comprendiendo la desesperación que tenía reflejada en el rostro.

La azafata desapareció sin poder hacer nada y Elena, hundida y con lágrimas en los ojos, se sentó y comenzó a ver cómo el avión comenzaba a moverse para posicionarse en el despegue. Cada vez que avanzaba y lo veía más lejos, sentía que había perdido a Martín para siempre. No había llegado a tiempo. Él nunca sabría que ella estuvo allí, lo intentó y deseó decirle que lo amaba con locura.

Una vez más calmada, se secó las lágrimas que le corrían por las mejillas, trató de recomponerse, cogió los zapatos y el bolso que había dejado caer de forma inconsciente en el suelo y se puso en pie para marcharse. Antes de hacerlo, miró hacia el lugar que la habría llevado a aquel avión, junto a su marido. De repente, la mente le jugó una mala pasada y vio con claridad cómo Martín volvía y la miraba con asombro mientras le mostraba una medio sonrisa. Cerró los ojos y parpadeó con fuerza para deshacer aquella visión, pero no desapareció. La imagen de él cada vez estaba más cerca. Lo observó con la camisa medio abierta, la chaqueta y la corbata en la mano. Tenía aspecto de cansado.

Ilusionada y feliz como nunca antes, tiró todo lo que tenía en las manos y corrió como una loca hacia su marido. Él hizo lo mismo y ambos se encontraron a mitad de camino, entre besos y abrazos, sin terminar de creerse que aquello fuese real.

Elena se separó un poco de él, le tocó el rostro con las manos, necesitaba comprobar que era Martín de verdad. Sintió que se le mojaban los dedos, su marido estaba llorando. Lo miró emocionada y se dio cuenta de que ella también lloraba.

—Te amo como nunca llegué a pensar que se podría —reveló—. Duele, duele mucho quererte, Martín Quiroga, pero ¿qué hago si te has metido en un lugar de mi corazón del que no saldrás jamás?

Tras aquella confesión y con el vello de punta por las sensaciones y sentimientos que despertaron en él, la besó con pasión. Nunca había sentido la paz que las palabras de Elena le

produjeron.

—Yo también te amo —repitió entre besos.

—No llegué a tiempo —se disculpó ella.

—Creo que sí —rebatió con una gran sonrisa. La volvió a besar y se sintió desfallecer.

—¿Por qué te bajaste del avión? —preguntó con curiosidad.

—Me di cuenta de que nada es más importante que tú en estos momentos. Me marchaba a Londres para solucionar unos problemas, cuando el más grave e importante lo dejaba aquí desatendido. Venía dispuesto a hacerte entrar en razón, somos el uno para el otro.

Elena sonrió, feliz y encantada.

—¿Y cómo pensabas hacerme entrar en razón? —preguntó coqueta y risueña, abrazada a él.

—Así. —La besó de nuevo y se perdió en él. Saboreó cada rincón de aquella boca que se le hacía exquisita y se entregó en cuerpo y alma—. Cuando me respondes así, siento que eres mía por completo. No importan las palabras, cada célula de tu cuerpo me lo transmite. Yo también soy tuyo. Me tienes hechizado. Has conseguido que vuelva a nacer. Contigo me planteo cosas que jamás llegué a imaginar que haría por nadie.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo cuáles? —Con cada palabra conseguía intrigarla más.

—Ya te las iré contando. Por ahora, creo que debemos marcharnos de aquí.

Ambos miraron a su alrededor y observaron que la sala se comenzaba a llenar. Martín la tomó de la mano y se fueron.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó Elena cuando aún iban por el largo pasillo del aeropuerto hacia la salida.

—Por lo pronto, a un hotel. —Martín consultó la hora. Eran más de las once de la noche —. Mañana decidiremos qué hacemos, pero de ahora en adelante siempre juntos. Te necesito cerca a todas horas.

—Me gusta la idea de no alejarme de ti —confesó con una gran sonrisa. Se paró, lo besó y continuaron el camino entre abrazos y miradas llena de complicidad y deseo.

Tomaron un taxi y Martín le indicó al conductor que los llevase al mejor hotel de Sevilla. Los dejó en el Alfonso XIII, se alojaron en la mejor habitación y Martín pidió que le subiesen fresas con champán.

Una vez a solas, en la intimidad, le pidió a Elena dos minutos. Hizo una llamada a Londres mientras lo esperaba sentada en la cama, inmersa en todo lo que había vivido en las últimas horas. Se sentía plena y feliz pese a haberse enamorado de un hombre complicado, rico y poderoso, que no deseaba tener hijos, ocho años mayor que ella, con un divorcio a sus espaldas y una infancia complicada. Martín era todo un reto, pero estaba dispuesta a afrontarlo con valentía y amor.

—¿En qué piensas? —La pregunta la sacó de sus pensamientos. Cogió la copa de champán que Martín le ofreció y se le quedó mirando, sin levantarse. Le gustaba aquella perspectiva.

—En todo lo que ha cambiado mi vida en estos meses y el gran reto que tenemos por delante, nuestro amor —confesó con nostalgia.

—¿Echas de menos tu vida anterior? —preguntó casi con miedo.

—Si en esta nueva vida estás tú, no. Todo es mejor contigo a mi lado. —Se levantó y lo admiró desde la clara desventaja que tenía en esos momentos. No llevaba zapatos y los bajos del vestido le arrastraban bastante—. Te amo —confesó acariciándole la barbilla y el mentón —. Mi nueva y complicada vida es fantástica si tú estás en ella y me miras como lo haces ahora mismo.

—¿Cómo te miro? —preguntó, embobado en ella.

—Como si me necesitases para respirar, pero al mismo tiempo sé que dejarías de hacerlo por mí.

Martín le dio un beso en los labios, no lo profundizó. Aquella noche quería que fuese especial. Si la besaba como deseaba hacerlo todo iba a terminar muy deprisa.

—Por nosotros. Por este matrimonio —dijo Martín. Brindaron y bebieron de las copas.

Luego, Elena le dio un bocado a una fresa que él le ofreció, no le gustaba el sabor del champán, pero en un ágil movimiento, Martín la besó y le arrebató el trozo de fruta de su boca.

—Exquisita. La más rica que jamás he probado. —La degustó bajo la atenta mirada de ella.

Embelesada, observó con atención cuando pasó por su garganta. Tenía la vista fija clavada en el cuello de su marido.

Le gustó el juego. Tomó otra fresa, le ofreció un bocado a Martín y luego ambos la compartieron entre besos. La obligó a beber otro poco de champán y lo obedeció.

Martín puso música y la sacó a bailar.

—Te debo un baile, princesa. No me quedé al de la boda de Nora. ¿Con quién bailaste? —preguntó con el ceño fruncido.

—Con mi padre.

La besó sintiéndose muy afortunado.

Cuando terminó la música, la llevó hasta la cama e hizo que se sentase en ella mientras él permaneció en pie. Se tomaba su tiempo. Estaba decidido a disfrutar de cada segundo, sin prisa.

—¿Qué hizo que un hombre como tú se enamorase de alguien tan simple como yo? —preguntó perdida en él mientras lo admiraba.

Lo cogió desprevenido. No se esperaba una pregunta como esa. Pese a las ganas que tenía de desnudarla y hacerle el amor, decidió que antes tenía que dejarle claro algo.

Tomó a su mujer de la mano con mimo, tiró de ella con delicadeza y la colocó delante de un gran espejo situado cerca del baño. Se posicionó detrás de ella y puso las manos sobre su cintura. Elena sentía el calor del pecho de Martín sobre la espalda.

—Quiero que te veas bien. —La sobresaltó cuando le habló con un susurro muy cerca del oído—. Eres una mujer extraordinaria, en todos los sentidos —apuntilló—. Tu belleza salta a la vista, tu rostro perfecto, casi angelical, los ojos azules, el pelo… Tienes un cuerpo maravilloso —Lo recorrió con expertas manos—, eres amable, sincera, cariñosa y tienes una personalidad cautivadora. Pero, ¿sabes qué es lo que me hizo enamorarme de ti como un loco? —Elena negó con un gesto—. Tu alma y tu corazón son más maravillosos aún, poseen mucha más belleza que la exterior. Eres una mujer fuerte, aunque aparentes ser frágil a primera vista, nunca te quejas por nada y siempre tienes una sonrisa en los labios junto a la mejor de las disposiciones para afrontar lo que venga. Mirarte es sentir una paz y un amor que jamás pensé que existiesen. Deseo estar en tus brazos el resto de mi vida, y no dejar de sentir lo que me provocan tus besos. Todo eso es lo que me hizo enamorarme de ti como un loco. Eres mía por completo, mi mujer. Prometo amarte y respetarte el resto de mis días. Siento que soy el hombre más afortunado del mundo por ser correspondido con tu amor —confesó—. Fue muy fácil enamorarme de ti, soy yo el que se pregunta ¿qué viste en mí? Tú no eres como las demás mujeres que se mueven por el dinero y la posición social. Casada conmigo, tal y como sucedió todo, ya lo tenías.

La besó en el cuello y aspiró su aroma mientras ella se dejó llevar.

Elena fijó los ojos en los de Martín a través del espejo, emocionada.

—Vi la mirada de un hombre bueno que haría cualquier cosa por las personas que quiere, incluso sacrificar su vida y su felicidad, como hiciste al casarte conmigo sin conocerme. En un principio lo hiciste por mi abuelo, pero en el fondo sé que también fue por mí. Tu alma y tu corazón no podían permitir que mi vida corriese algún riesgo si estabas ahí para poder evitarlo. —Se revolvió entre sus brazos y lo besó—. Eres increíblemente maravilloso en todos los aspectos, Martín Quiroga, pero nunca olvides que tu mujer te ama por lo que hay aquí. —Le tocó el pecho en el lado del corazón con la palma de la mano. Él sintió el calor a través de la camisa.

Emocionado, Martín la cogió en brazos y fue con ella hacia la cama, la dejó allí con cuidado, y luego la besó. Se enredaron entre ardientes besos y caricias como dos amantes que se acababan de encontrar. Le hizo el amor con pasión y dulzura, saboreando cada instante y gozando de cada reacción que producía en Elena. Era entregada y pasional, y eso lo volvía loco. Siempre estaba dispuesta para él y le devolvía cada beso y cada caricia con creces. Jamás pensó que su ángel, como algunas veces pensaba en ella, pudiera llegar a ser una verdadera diabla en la cama.

La insistencia del móvil de Martín los despertó a la mañana siguiente. Para la gran sorpresa de él, se dio cuenta de que se había quedado dormido junto a Elena. Ambos estaban enredados, desnudos. La observó abrazada a su pecho, con una pierna encima de las suyas y sonrió. Todo con Elena era tan nuevo que se sentía otro.

El teléfono volvió a sonar, se revolvió en la cama, arrastrándola con él, y lo cogió de la mesilla.

—Martín, ¿dónde coño estás? ¿No ibas de camino a Londres? Me acaban de decir que no has aparecido —bramó Sebastián. Estaba muy enfadado—. Espero que no estés metido en la cama con nadie y esa sea la razón por la que has descuidado un asunto tan importante —le reprochó. Conocía bien a su hijo.

Desconocía que Martín acudió a la boda junto con su nieta. Hasta donde él sabía, Elena había ido al pueblo sola, así se lo dijo Carlos. Deducía que su hijo había aprovechado este tiempo para estar con alguna mujer.

Ante el cabreo que manifestaba Sebastián, Martín solo pudo sonreír a través del teléfono. Se sentía feliz y nadie iba a conseguir lo contrario.

—Vamos por partes —pronunció con calma. Elena se despertó y lo observó hablar por teléfono—. Estoy en Sevilla, en un hotel. Anoche decidí, a última hora, no subir al avión porque aquí tenía un asunto mucho más importante que arreglar que en Londres.

—Un asunto de faldas, supongo —le reprochó molesto.

—Supones bien —comentó con una sonrisa. Elena escuchaba la conversación. Martín la mantenía pegada a su cuerpo.

—Espero que seas discreto. Recuerda que eres un hombre casado —le recordó en tono de mandato.

—La verdad, no he sido muy discreto —anunció con tranquilidad—. Me he besado con ella en público sin importarme los demás. Creo que anoche nos reconocieron al entrar juntos en el hotel, pero no me importa —comentó con pasividad mientras le sonreía a Elena.

—¡Eres un inconsciente! —bramó fuera de sí—. Estamos cerca de terminar con todo, pero aún no puedes divorciarte de Elena. Tenéis que continuar como un matrimonio feliz —

ordenó.

—Y lo somos. Elena me hace muy feliz. —Depositó un beso en el cabello de ella mientras sonreía.

—No entiendo nada. ¿Te estás burlando de mí?

Elena miró a Martín exasperada y le arrebató el teléfono para sorpresa de él.

—Yo te lo voy a explicar mejor, abuelo. Martín y yo nos hemos enamorado.

La valentía en la reacción de su mujer lo dejó con la boca abierta.

—¡¿Qué?! —preguntó Sebastián. Pensó que se trataba de una broma.

—Amo a tu nieta, papá. —Martín cogió el teléfono de nuevo.

Sebastián conocía bien a su hijo, su voz nunca había resonado con tanta felicidad.

—Martín, Elena no es como las demás —le advirtió. Antes que felicidad por la noticia sintió miedo. Él mejor que nadie sabía que su hijo no estaba hecho para una sola mujer.

—Lo sé. Ella ha cambiado toda mi vida y mis esquemas. Quiero seguir casado con ella, la deseo como mi mujer el resto de mi vida.

Tras escuchar estas palabras, Sebastián rompió a llorar de felicidad. Su sueño de verlos juntos y felices se había hecho realidad.

—Disfrutad de vuestro amor, no te preocupes por lo de Londres, hijo. Enviaré a algunos de nuestros asesores a solucionarlo.

—Iremos pronto a verte —dijo Elena sonriente alzando la voz mientras abrazaba a su marido.

—Me diste muchas cosas en la vida, Sebastián Quiroga, pero sin duda, tu nieta fue la mejor de todas. Bendigo el día en el que se te ocurrió nuestra unión. Cuidaré de ella el resto de mis días —prometió con orgullo mientras la besaba.

Pasaron el resto del día en la cama. Aprovecharon la estancia en Sevilla y al día siguiente, antes de partir hacia Madrid, hicieron un poco de turismo. Ambos habían estado en la capital andaluza, pero pasear por sus calles cogidos de la mano y enamorados era algo nuevo.

18

Lo primero que hicieron Elena y Martín al llegar a la capital, fue ir a ver a Sebastián. Sabían lo contento que se pondría de verlos juntos.

—Estoy más recuperado desde que me disteis la gran noticia. El fisioterapeuta me dijo que notó la evolución en estos dos días. —Los recibió sonriente y más contento que nunca. Los abrazó a ambos y se sintió lleno de felicidad. No podía pedirle más a la vida. Las caras de Martín y Elena derrochaban puro amor.

—Estás muy recuperado, abuelo. —Apreció.

Los había recibido de pie y sin muleta. Ahora solo usaba un simple bastón. Y el habla había mejorado casi por completo.

—La felicidad —respondió rebosante de dicha—. Esto hay que celebrarlo. Marina, trae champán. Tengo que brindar con ellos.

Marina y Rodolfo felicitaron a la pareja, ellos sí eran conocedores del porqué de aquel repentino matrimonio. Eran sirvientes de absoluta confianza y Sebastián no pudo reprimir las ganas de decirles la verdad sobre Elena.

—Brindemos por todo, por nosotros y por tu recuperación —anunció Martín.

Sebastián lo admiró y se dijo que era otro hombre. Nunca lo había visto mirar a una mujer como lo hacía con ella, el brillo en sus ojos lo delataba. No le cabía la menor duda de que estaba loco de amor, y esto lo emocionaba.

Aquella noche cenaron en casa de Sebastián, Marina tenía preparada una comida especial.

—Elena, la próxima semana cumples veinticinco años. Ya que estáis felizmente casados, ¿y si hacemos una gran fiesta? Puedes invitar a tu familia y amigos —propuso su abuelo muy contento en mitad de la cena—. Aquí en mi casa hay sitio para hospedar a algunos si lo deseas.

Martín ignoraba cuándo Elena cumplía años, pero agradeció que su padre se adelantase.

—Podemos hacer algo familiar. Conozco un lugar donde se puede llevar a cabo la celebración, ¿qué te parece? —preguntó a su nieta.

—Me parece genial. Estará bien dónde decidas. Lo que sí me gustaría es que estuviesen mis padres y mi hermana. —Desde que vivían en Madrid no habían ido a verla por las cuestiones de seguridad.

—Mañana lo hablaré con Carlos —dijo Sebastián—. Lo arreglaremos todo. Tendrás una celebración inolvidable, mi vida.

Siempre deseaba darle más y lo mejor. Se había perdido mucho en la vida de su nieta, pero estaba decidido a recuperarlo.

—Gracias. —Le dio un beso, estaba sentado a su derecha y luego, cuando Martín puso cara de pena por no recibir otro, se levantó y le dio un casto beso que él se encargó de profundizar e incomodarla por estar delante de su abuelo.

Una vez en casa, a altas horas de la noche, Elena se sentía agotada, pero feliz. Mirar a Martín y sentir su amor era lo más grande que le había pasado. No paraban de darse besos y caricias, todo era muy nuevo para ambos. Nunca antes habían vivido algo así.

—¿Un baño para relajarnos antes de dormir? —propuso él cuando comenzaban a subir las escaleras.

—Sí, por favor. Lo necesito.

Tras una ducha en la que se demoraron más de lo previsto, se detuvieron a enjabonar el cuerpo del otro, se prodigaron caricias íntimas y atrevidas y, finalmente, terminaron haciendo el amor contra los azulejos mojados.

Luego fueron a la cama de Elena a ver una película. Cuando ella pensaba que Martín iba a pasar la noche a su lado, la sorprendió levantándose y despidiéndose con un beso hasta el día siguiente.

—¿No te quedas? —preguntó decepcionada y herida en lo más profundo. No quería dormir sola.

—Es lo mejor. No me termino de fiar de mí mismo, jamás me perdonaría si te hiciese daño de forma inconsciente.

—Anoche…

—Anoche me quedé dormido después de hacerte el amor.

—Pues hazme el amor de nuevo —resolvió con una sonrisa pícara al intentar convencerlo.

—Hoy no. —Le dio un beso en el cabello a modo de contentarla—. Buenos noches, mi vida.

—¿Nunca lo vamos a intentar? —preguntó con preocupación. Deseaba un matrimonio en el que dormir con su marido fuese lo habitual.

—Dame tiempo, por favor. Todo esto es demasiado nuevo para mí. Deja que lo asimile.

Elena asintió y accedió por aquella vez. Le iba a conceder lo que le pedía, pero no estaba dispuesta a hacerlo más tiempo, estaba decidida a remediar aquella situación.

A la mañana siguiente, antes de marcharse a trabajar, no tenía tiempo de desayunar en casa, Martín entró en la habitación de Elena para despedirse de ella. No la encontró en la cama como esperaba. La escuchó en el vestidor, fue hacia allí y encontró a su mujer en ropa interior mientras rebuscaba qué ponerse. Se quedó en silencio, mirándola. Le entraron ganas de llevarla a la cama y perderse con ella durante todo el día, pero no podía.

—¿Te gustan las vistas? —preguntó Elena, con ambas manos en la cintura, sorprendiéndolo.

—Son las mejores que he admirado —comentó acercándose con una sonrisa enorme. La tomó entre sus brazos y la besó.

Lo cogió por las solapas de la chaqueta y lo observó.

—Está usted hoy muy guapo, señor Quiroga, arrebatador —lo elogió con una sonrisa.

—No debí venir a despedirme de ti. Solo quise darte un beso y me voy con ganas de hacer mucho más. Me tendrás pensando en cómo quitarte este conjunto tan sexi durante todo el día —lamentó, perdido en ella.

—¿Qué vas a hacer hoy?

—Tratar de solucionar el problema de Londres a través de videoconferencias con los asesores que envió mi padre. No llegaré hasta la noche. —La atrapó con más fuerza junto a su cuerpo y le dio besos húmedos desde la garganta hasta los pechos—. Y tú, ¿qué vas a hacer? —preguntó concentrado en la tarea.

—Continuar con el curso de diseño. Falta poco para finalizarlo, y poner en marcha la decoración del local. Me gustaría abrirlo a mediados del próximo año. Ah, y también pensaré en ti, mucho —confirmó atrapada en sus brazos.

—Me gusta que pienses en mí siempre.

Le dio un beso de despedida y se marchó en contra de su voluntad.

Cuando Martín regresó eran las nueve de la noche pasadas. Dora le comunicó que Elena no estaba, había salido a realizar unas compras. Decidió subir y darse una ducha y estar listo para cuando ella regresase.

Elena se encontró con Dora cuando la mujer se marchaba, aunque vivía en aquella casa, al terminar el horario de trabajo tenía por costumbre ir a pasear. Le indicó que Martín había llegado y estaba en la ducha.

Con una sonrisa traviesa y un plan en mente, subió las escaleras y fue a la habitación de su marido directamente. Lo escuchó en el baño, se quitó el vestido de lana gris y cuello vuelto que llevaba, las medias y las botas, pero se dejó la ropa interior. Decidida, se metió en la ducha con él, pensaba retomar lo que dejaron a medias aquella mañana.

Con el corazón latiéndole fuerte contra el pecho, lo observó a través del cristal. Le caía el agua con fuerza en la cabeza y tenía ambas manos apoyadas en la pared. Se recreó en la amplia y musculosa espalda y en los firmes glúteos. Se mordió el labio inferior y se acercó. Lo abrazó por detrás y le depositó un beso en los omoplatos haciendo que se sobresaltase.

De inmediato se volvió hacia ella. Aún no se acostumbraba a compartir su vida y su espacio con otra persona de forma constante.

—Elena —pronunció sobresaltado al tenerla de frente—. No te esperaba. Perdona si he sido muy brusco.

—No pasa nada. —Se alzó de puntillas y le depositó un breve beso en los labios.

Él la admiró con una sonrisa, le hacía gracia verla debajo de la ducha con la ropa interior puesta.

—¿Y esto? —preguntó paseando las manos a conciencia por las prendas, con caricias torturadoras.

—Te quedaste con ganas de quitármelo esta mañana. Como buena esposa, no deseo negarle nada a mi marido —le susurró en el oído mientras le lamía el lóbulo de la oreja.

—Eres una diosa —murmuró entre sus pechos, mientras se deshacía con maestría del sujetador y luego las braguitas.

Decidida a avanzar en aquella relación, Elena lo tocó sin que él la guiase, como en anteriores ocasiones. Esto lo tomó por sorpresa, pero de inmediato pudo apreciar el placer que provocó en él. La dejó llevar las riendas por primera vez, a pesar de que se moría de ganas por empotrarla contra la pared y hundirse en ella.

Cuando Elena se colocó de rodillas y, atrevida, lo saboreó, creyó que se mareaba de placer. No le dejó terminar, la alzó por los hombros, la besó como un loco bajo los chorros de agua de la ducha sintiendo su propio sabor, hizo que le rodease la cintura con las piernas y la penetró de una fuerte embestida. Estaba completamente preparada para él. Eso lo encendió aún más. La obligó a que lo mirase a la cara, deseaba ver aquellos ojos azules contra los suyos cuando la llevase hasta el orgasmo.

Cada vez que hacía el amor con Elena era mejor.

—He estado deseando esto durante todo el día —confesó Martín sin soltarla, cuando tuvo fuerzas suficientes para hablar—. No he logrado concentrarme en ninguna reunión —reveló con pesar.

—Yo también lo he deseado durante todo el día.

—No hemos acabado por esta noche —anunció con una sonrisa.

—Yo también deseo más. —Lo besó mientras Martín sonreía contra sus labios—. No voy a dejarte dormir esta noche. No tendrás excusa para abandonar mi cama —pronunció esta última frase con cierto deje de melancolía que a él no le pasó desapercibido.

—Dejar tu cama me duele más que ti, créeme.

—Ya solucionaremos eso —confirmó, decidida.

***

Mientras Martín y Elena disfrutaban de una felicidad nunca antes vivida, lejos de ellos, un hombre llamado Nizan tenía en sus manos una fotografía de ella sobre la que juraba cobrarse la venganza que había prometido al morir su padre. Sabía que tenía a toda la policía de España detrás de él, pero también contaba con los contactos necesarios para burlar los controles, entrar de nuevo en el país y llegar hasta Elena Galván. Acababa de descubrir que sí era hija legítima de Andrés Verdoy. Elogió el plan trazado de casarla con su tío, pero él había descubierto que era una farsa. Martín Quiroga no era hijo de Sebastián.

Nizan sabía que Carlos estaba detrás de él, había descubierto quién fue en el pasado. Esperaban que volviese a poner un pie en España para detenerlo, pero no sabía que él tenía pensado entrar en el país de polizón en un barco. Había pagado mucho dinero al capitán. Desde la costa de Cádiz, se dirigiría a Madrid, y una vez allí, se encargaría de terminar lo que no pudieron todos los hombres que Carlos Galván detuvo y envió a prisión. Acabar con la vida de Elena concluía la sed de venganza que llevaba por dentro desde que vio, escondido en un armario, como Andrés Verdoy mataba a su padre.

***

Elena y Martín continuaban cada día más enamorados. Faltaban dos días para el diecinueve de diciembre, el cumpleaños de ella. Los preparativos de la fiesta y la llegada de su familia en las próximas horas la tenían de los nervios.

Por otro lado, Martín continuaba sin dormir con su mujer. Cada noche le suplicaba que se quedase, pero él no accedía. Elena se quedaba triste y con lágrimas en los ojos y él se sentía culpable por no poder darle todo lo que necesitaba. Que pasase las noches sola en su cama le dolía, pero el miedo que sentía a despertar sobresaltado y hacerle algún mal podían más que las ganas de abrazarla toda la noche.

Un día, mientras cenaban, Elena se armó de valor. Estaba dispuesta a plantarle cara al principal problema de su matrimonio.

—Martín, tenemos que hablar —anunció seria, tras soltar los cubiertos sobre el plato. Apenas había probado bocado.

Al escuchar aquellas palabras y observar el rostro de su mujer, a Martín se le puso la piel de gallina. Algo inexplicable le sucedió que lo dejó paralizado.

—¿Qué ocurre? —preguntó casi sin voz. Trató de disimular que le temblaban las manos.

—No puedo más. Te juro que he llegado a mis límites. No puedo más —lamentó ella con tristeza.

Martín sintió caer el alma a los pies, tomó una bocanada de aire, le cogió una mano entre las suyas y rezó.

—Me estás asustando —reveló con los ojos muy abiertos, a la espera de que dijese algo más.

—No podemos continuar así. No puedo soportar como cada noche sales de mi cama después de hacer el amor y nos quedamos destrozados. Extrañándonos. Me hace falta tu calor al lado. Apenas duermo y creo que a ti te pasará lo mismo.

—¿Qué propones? —preguntó con un nudo en la garganta.

—No propongo nada, te doy un ultimátum. Si la próxima vez abandonas mi cama después de que hagamos el amor, no volveré a dejar que me toques. Y cuando menos lo esperes, me colaré en tu cama y dormiré a tu lado. Te amo tanto que no me importan las consecuencias de probar esto, pero no podemos continuar así. Necesito un marido por las noches, no un amante —le reprochó.

Contrariado, negaba con un gesto de la cabeza al mismo tiempo que un atisbo de sonrisa le apareció en los labios. Nunca dejaría de admirar a su mujer, en todos los sentidos.

—¿Qué ocurre? —preguntó al ver que no decía nada. La contemplaba embobado, cada vez más sonriente.

—Cuando has comenzado a hablar, he temido algo mucho peor de lo que me propones —reveló más tranquilo—. He de confesar que me has hecho pasar un gran miedo, como nunca lo había sentido antes.

—¿Qué temías? —preguntó intrigada y con curiosidad.

—Que me dejases —confesó serio y sin atreverse a mirarla a los ojos.

—¡¿Cómo?! —Nunca se le habría pasado por la cabeza. Le tomó el mentón con la mano y lo obligó a mirarla—. Esto es un problema en nuestra pareja, y como tal, corresponde solucionarlo entre ambos. Te voy a ayudar. Siempre voy a estar ahí para todo, mi amor. Te amo más que a mi vida, jamás te dejaría. No puedo vivir sin ti. Mi corazón te pertenece por completo, si no estás en mi vida yo me muero. Lo quiero todo contigo, hasta el final de mis días —confesó emocionada. Luego lo besó, sin dejarle tiempo para decir nada.

—Te amo más allá de lo racional. Tenerte a mi lado, sentir todo lo que me provocas y sentirme correspondido, es lo mejor que me ha pasado desde que tengo recuerdos. Te amo tanto que duele, pensar por un segundo que te podía perder, me ha hecho reaccionar antes mis miedos. Mi vida sin ti no tiene ya sentido, sé que eso me hace vulnerable, nunca me he guiado por los sentimientos, pero contigo lo racional carece de sentido. Vamos a intentarlo. —Los ojos de Elena se iluminaron—. No hay nada en este mundo que no hiciese por ti. Me dejaría matar con gusto por la mujer que amo. —La besó, se levantó sin interrumpirlo, y la cogió en brazos—. Vamos a empezar esto bien —murmuró sobre sus labios cuando subían las escaleras—. Te hubiese hecho el amor sobre la mesa, pero creo que será mejor en nuestra cama. De la cual no pienso marcharme esta noche. —Elena sonrió feliz, sintiéndose vencedora—. ¿Preparada para la aventura? —preguntó al aterrizar ambos en la cama, sin dejar de besarse.

Como le prometió, Martín no abandonó la cama de su mujer aquella noche. Apenas durmió, pero disfrutó al tenerla dormida y saciada entre sus brazos.

—¿Todo bien? —preguntó somnolienta. Acababa de amanecer y unas caricias en la espalda la despertaron.

—Muy bien. Primera noche superada —comentó con optimismo.

—Las superaremos todas. Aún es temprano, tengo sueño. Relájate y duérmete —murmuró.

Martín la obedeció y ambos se quedaron dormidos hasta las doce de la mañana. En esta ocasión, Elena se despertó antes y admiró a su marido. Se veía relajado. Observó el amplio pecho, fijó la mirada en cada delineado músculo y pasó la mano por el musculoso brazo. Se atrevió a darle un beso en el cuello, luego continuó por la mandíbula y terminó en la boca.

—Te gusta arriesgar, querida esposa. —La sobresaltó tras corresponderle al beso.

—Sí —afirmó con el rostro rebosante de felicidad.

Aquella tarde, Martín pensaba pasarla en casa con su mujer, pero Carlos lo llamó y le pidió que se reuniese con él de inmediato.

Regresó cerca de las once de la noche, encontró a Elena en el sofá, acurrucada en una manta con la televisión de fondo. Cuando se acercó a ella comprobó que estaba dormida. Se sentó a su lado, la contempló y le dio un beso en el cabello. Se despertó y se quedó embobada en él.

—¿Por qué me miras con ese brillo tan especial en tus ojos y esa sonrisa? —preguntó con la voz pastosa.

—Porque todo ha terminado. Somos libres. Esta mañana, el hombre que mató a tu padre ha entrado en el país en un vuelo procedente de Polonia. Lo han detenido en el aeropuerto. La llamada que recibí después del almuerzo era de Carlos, pero no podía decirte nada hasta que me explicase todo en persona. —Se abrazó a ella y suspiró. Notó la intranquilidad de Elena a través del abrazo—. ¿Qué ocurre? —preguntó con el ceño fruncido.

—Si todo ha terminado… ¿Nuestro matrimonio también? —inquirió con miedo. No sentía la alegría que manifestaba Martín.

—Elena. —Soltó una carcajada y la besó—. Estoy feliz porque no hay ninguna amenaza contra ti, la mujer que amo. Este matrimonio va a continuar hasta el final de mis días, son mis intenciones.

Se abrazó a él, lo besó y le susurró:

—Y las mías. —Se sentó correctamente, se alejó un poco de él, y le pidió—: ¿Me puedes dar las explicaciones que en estos meses me negasteis? Creo que tengo derecho a saberlo todo.

Martín asintió de buena gana. Se posicionó a su lado, se puso cómodo y la atrajo hacia su pecho.

—Te haré un breve resumen. Estoy cansado y tengo ganas de dormir. A tu lado —especificó—. Toda la documentación que Andrés le dejó a Sebastián nos fue de mucha ayuda. Carlos y los contactos que tenía de años anteriores han llevado la operación en secreto. Yo los he ayudado de forma económica. Siempre he estado al tanto de todo. Para empezar, descubrimos que la persona que mató a tu verdadero padre era el hijo del principal cabecilla de la organización que Carlos y Andrés tenían órdenes de extinguir en el pasado. Al parecer, Nizan, así es como se llama, al llegar a la mayoría de edad, trató de reavivar el negocio de su padre. Han detenido a todas las personas que trabajaban para él y han encontrado varios pisos y almacenes donde operaban. Eran una organización criminal —aclaró—. Nizan escapó cuando detuvieron a todos, pero ha cometido un error al volver al país y lo han atrapado. Pasará muchos años en prisión. Ya no tiene a nadie que lleve a cabo sus planes, de eso se ha encargado Carlos. —Elena no quería interrumpirlo, tenía mil preguntas que hacerle, pero temía que si se las hacía no le contase todo lo que tenía pensado—. Ya estás a salvo, pero yo te voy proteger siempre. Hoy por fin voy a poder dormir tranquilo. La persona que deseaba atentar contra ti está en prisión. —La abrazó y le besó la frente.

—Siempre me sentí protegida a tu lado —reveló emocionada—. Martín… —De inmediato, presagió que lo iba a interrogar. No era necesario que supiese más de lo que le había contado.

—Te tengo una sorpresa. Mañana tenemos invitados para desayunar. —Ella lo miró

intrigada. Desde que vivían juntos nunca habían invitado a nadie a casa—. Tu madre y tu hermana llegan mañana para la celebración de tu cumpleaños, como bien sabes, Carlos está aquí en Madrid, pero también vendrá, junto con Sebastián. También me tomé la libertad de llamar a tu amiga Nora y preguntarle cuándo regresaba del viaje de novios. Les he regalado dos billetes y alojamiento para que pasen unos días en Madrid y puedan estar en tu cumpleaños. Llegan mañana.

—Mi amor. —Lo abrazó eufórica y le dio un millón de besos en agradecimiento—. Me haces muy feliz. Gracias, gracias.

—Has pasado unos meses alejada de tu familia y amigos. Te mereces tenerlos cerca, y más en el día de tu cumpleaños.

—¿Nos podemos ir a la cama y comenzar a celebrar tan buenas noticias? —preguntó con una sonrisa traviesa mientras se mordía el labio inferior.

—Será todo un placer, señora Quiroga.

19

A la mañana siguiente, Elena estaba rebosante de felicidad. Había pasado una noche de amor inmejorable y tenía en la mesa del desayuno a las personas que más amaba reunidas. Observó cómo su marido y su padre hablaban y se trataban con gran complicidad. Rosa y Sebastián charlaban sobre los anteriores cumpleaños de Elena y cómo los celebró. Nora y Rafa le contaban a Virginia qué tal les había sido el viaje de novios en Nueva York, Virginia los miraba embobada ya que era su ciudad preferida y se moría por visitarla.

Elena se sentía muy orgullosa de la familia que tenía. Si bien la vida le había quitado mucho, también le había dado. Cada uno de ellos era un verdadero tesoro. Estaba segura de que la querían y siempre estarían a su lado pasase lo que pasase.

En medio del desayuno, a Sebastián no le importó sacar el tema allí, consideraba que estaban en familia, le preguntó a su nieta si, una vez pasado todo, deseaba cambiarse el apellido. Al fin y al cabo, Galván, tampoco era el verdadero de Carlos, pero llevaba tantos años usándolo que lo consideraba suyo.

—Prefiero que todo se quede como está. Yo sé que soy tu nieta y un cambio de apellidos no va a servir para nada, ¿no crees? —preguntó con una sonrisa.

—Todo será siempre como tú lo desees, mi niña. Estás incluida en mi testamento y casada con Martín. Siempre te va a corresponder lo que te pertenece.

—Sabes que no me importa el tema económico. Soy muy feliz desde que estáis en mi vida, pese a todo lo que ha pasado.

Martín le tomó la mano y se la llevó a los labios. Depositó un beso en los nudillos y la miró con admiración.

La emoción que sentía Sebastián cada vez que los veía así hacía que el corazón se le acelerase.

Virginia se alegraba de ver a su hermana tan bien con Martín, siempre le gustó su cuñado para Elena. Carlos y Rosa, pese a la distancia que de ahora en adelante los separarían de Elena, estaban felices por ella. Nora y Rafa entendían a la nueva pareja, ella estaba muy contenta porque su mejor amiga viviese los mismos momentos de ilusión que ella vivía de recién casada.

Después del desayuno, las mujeres se marcharon a hacer algunas compras. La Navidad estaba a la vuelta de la esquina y tenían regalos pendientes.

Los hombres se fueron a ultimar los detalles de la celebración del cumpleaños de Elena, era al día siguiente.

—¿Qué habitación deseas que establezcamos como nuestra de ahora en adelante? —preguntó Martín a Elena.

Estaban en el sofá, abrazados frente a la chimenea, cansados del duro día familiar. Los padres de Elena y su hermana se quedaron en casa de Sebastián y Nora y Rafa en un hotel cercano. Martín se encargó de tener la casa libre, necesitaba ciertos momentos de intimidad como el que disfrutaban en aquellos momentos.

Elena se revolvió entre sus brazos y lo miró con atención.

—¿Eso significa que…?

—Vamos a dormir siempre juntos, y debemos tener una habitación común. ¿Con cuál nos quedamos? La tuya o la mía.

Emocionada, lo abrazó. Sentía que su matrimonio avanzaba a pasos agigantados. Martín ponía todo de su parte para que fuesen una pareja normal.

—Me hace muy feliz esta decisión, mi amor. Creo que es justo que en esta ocasión sea yo la que ceda y me mude a tu habitación —resolvió risueña.

—Estaré encantado de recibirte en mi guarida. Debes de saber que nunca más dejaré que te vayas de ahí. —La besó sintiéndose el hombre más afortunado.

A la mañana siguiente, Elena tuvo el mejor despertar de todos los cumpleaños. Su marido la besaba y acariciaba con mimo hasta que abrió los ojos.

—Feliz cumpleaños, mi amor.

Sentir aquella mirada de Martín le hizo estremecerse de felicidad. La besó y deseó que el mundo se parase, no necesitaba nada más.

—Es el mejor de los regalos. Despertar a tu lado. Sé que realizas un gran esfuerzo en complacerme y no abandonar esta cama. Puedo sentir lo cauteloso que eres cuando te mueves, aún no estás completamente tranquilo cuando duermes a mi lado, pero sé que pronto lo estarás.

—Me estoy acostumbrando a tenerte cerca con gran facilidad. Cuando me rozas en medio de la noche o terminas en mis brazos de forma inconsciente, aunque me despierto de inmediato, sé que eres tú. Te arrimo a mi pecho y de inmediato me quedo dormido, eso me gusta. Nunca había conciliado el sueño con tanta facilidad, pero sentir tu respiración y los latidos de tu corazón son como una nana para un bebé —confesó mientras la abrazaba.

—Me encanta cuando en medio de la noche me buscas para abrazarme, no solo lo haces despierto —le reveló para sorpresa de él—. Creo que podemos afirmar que a mi lado estás curado. Estoy sana y salva. —Se tocó el cuerpo mientras él la devoraba con los ojos. Elena desnuda por la mañana era el manjar más exquisito.

—Curado por ti, mi ángel. Cuando me acaricias es pura magia, solo tú consigues que me olvide de todo y seamos nosotros dos.

Le recorrió el cuerpo con sus grandes manos, la besó y Elena se entregó a él por completo. No imaginaba una mejor forma de comenzar el día tan especial que siendo amada por su esposo.

Dándole vueltas a la cabeza, Martín esperaba a Elena en el despacho para marcharse a la fiesta de cumpleaños. No estaba seguro del todo del regalo que le iba a entregar. Por un lado, le parecía lo más maravilloso que le podía hacer a su mujer, pero por otro sentía que era poco comparado con todo lo que Elena le había dado sin ni siquiera ser consciente de ello. En esta ocasión, deseaba entregarle algo muy personal y que ella desease, pero le atormentaba que echase en falta algo material en tan señalada fecha.

Sumido en estos pensamientos, no se dio cuenta cuando entró en el despacho hasta que le llamó la atención. Fue entonces cuando fijó la vista en ella y la deseó como nunca antes. Llevaba un vestido rojo, corto, ajustado al cuerpo, que le sentaba como un guante. Se había pintado los labios en rojo y llevaba el pelo semirecogido, con suaves ondas.

—Estás espectacular, mi vida —murmuró al darle un beso en la mejilla y maldecir para sus adentros. No tenía tiempo de tumbarla sobre la mesa y saciar aquella incomodidad que había surgido en sus partes al verla con aquella prenda.

—Gracias. Tú también estás muy guapo —lo elogió mientras lo admiraba. Llevaba un traje chaqueta negro y una camisa blanca sin corbata. Estaba arrebatador. Martín siempre lograba hacerla sentir como una adolescente, torpe e inexperta, que se sobresaltaba con una mirada ardiente o todo el cuerpo le temblaba cuando sentía el calor de sus manos en él—. Creo que llegamos tarde. ¿Nos vamos? —No le veía intenciones de marcharse.

—Espera, ha llegado la hora de tu regalo. —Esbozó media sonrisa y comenzó a sacarse algo del bolsillo superior de la chaqueta.

Aquella mañana le había indicado que su regalo se lo entregaría al finalizar el día.

—Pensé que me lo darías en la fiesta, con el resto. Pero ya sabes que tú eres mi mejor regalo. ¿Qué más puedo pedir?

—Mucho más, siempre hay más. He querido dártelo en la intimidad. Tú y yo, solos. —Le extendió un sobre y lo cogió con sorpresa—. Ábrelo —la instó con una sonrisa.

Lo abrió cautelosa, sacó una tarjeta escrita a mano, reconoció la letra de su marido y leyó:

Lo quiero todo contigo. Tú haces que pierda mis miedos por completo y desee vivir una vida diferente a la que siempre imaginé. Formemos una familia de verdad. Tengamos un hijo. Te amo.

Martín Quiroga, el hombre que lo daría todo por tu amor.

Pd; enamorado hasta la médula y sin remedio.

Con el corazón latiéndole como nunca antes, Elena lo miró con lágrimas en los ojos. Le temblaban las manos con las que sostenía el papel. Desde luego era el mejor regalo que podría recibir.

—¿Qué me dices? —preguntó Martín al ver que estaba en trance. Sabía que deseaba tener hijos, se lo había manifestado en varias ocasiones, por ello consideró que aquello sería el regalo perfecto. Nada material le haría tanta ilusión ni le aportaría esa gran felicidad que se reflejaba en su mirada.

—Te amo. Te amo. —No paraba de repetir, emocionada. Tomó el rostro de Martín entre sus manos y lo besó—. Es el mejor regalo que jamás me podrías haber dado. Gracias.

—Mi amor, para de llorar o tendrás que volver a maquillarte. —Le limpió las lágrimas impregnadas de rímel negro que corrían por sus mejillas y la besó—. Espero que sean lágrimas de felicidad —comentó con una sonrisa, a modo de broma.

—Por supuesto. Siempre deseé tener hijos. Ellos complementan a una pareja y dan una gran felicidad. Vas a ser un padre estupendo.

—Eso espero. —No estaba muy convencido de ello—. A veces creo que tenerte a mi lado me hace superar mis miedos. Hace un par de noches, cuando veíamos una película, observé tu cara cuando la pareja tuvo un bebé y ahí supe que quería tener un hijo contigo. Deseaba que me mirases con esa felicidad en el rostro y verte con un hijo nuestro en tus brazos —confesó, emocionado.

—Gracias.

Martín supo que se las daba por la revelación que acababa de hacerle. A Elena siempre le gustaba conocer un poco más de lo que había en el interior de su complicado marido.

—Mejor nos vamos —anunció abrazado a ella—, o voy a comenzar a poner en práctica mi regalo. —Le dio un último beso y se separó de ella.

—¿Quieres tener hijos ya? ¿Tan pronto? —preguntó sorprendida. Deseaba hijos, pero también disfrutar del matrimonio ya que no tuvieron un noviazgo.

—No creo que sea pronto. Mientras vienen y no, tienen que pasar nueve meses —reveló con una gran sonrisa.

Eufórica, lo abrazó de nuevo y lo besó. La llenó de felicidad conocer las intenciones de su marido.

—Vámonos, antes de que decida celebrar mi cumpleaños en la intimidad de mi casa, desnuda y con mi marido.

—Suena muy, pero que muy bien —le susurró en el oído—. Hoy estás demasiado sexi con ese vestido que no veo la hora de quitártelo.

—Lo que llevo debajo es aún más tentador —le revelo en voz baja, con un guiño del ojo.

—Dios, Elena, acabas de terminar con la poca coherencia que me quedaba. Ven aquí. —La sentó en la mesa y comenzó a subirle el vestido. La respiración se le aceleró cuando descubrió el liguero que llevaba—. Definitivamente, creo que vamos a llegar tarde —murmuró perdido en ella.

Aparecieron con una hora de retraso en la fiesta. Cuando llegaron, todos los invitados los esperaban con las copas en las manos, cantaron cumpleaños feliz al verla aparecer y un cartel con globos bajó del techo, en el que ponía: *Feliz 25*.

Seguidamente, Martín dio las gracias a los asistentes por estar en un día tan especial.

—Disculpen el retraso. Fue mi culpa. Quise darle mi regalo de cumpleaños a solas antes de salir hacia aquí. —Tomó con firmeza a su mujer por la cintura, la pegó más a su cuerpo y le dio un beso en la mejilla.

Una gran emoción embargaba a Elena, no pudo evitar que un par de lágrimas escapasen de sus ojos. Estaba abrumada al ver a tantas personas, eran unos cincuenta. Martín invitó a algunos amigos y Sebastián se tomó el lujo de hacerlo también. Ambos estaban orgullosos de ella, deseaban que el círculo más estrecho de amigos de la familia Quiroga la conociese bien.

—Y yo que pensaba que iba a llegar tarde a la fiesta. Os habéis hecho de rogar, pareja —comentó un hombre al que Elena no conocía.

—¡Miguel! —Martín se abrazó con alegría a él—. ¿Qué haces aquí? —preguntó con sorpresa.

Eran íntimos amigos desde el colegio. Compartieron habitación en el internado en el que estudiaron. Desde hacía siete años Miguel se había establecido en Suiza.

—Tu padre me invitó. Me lo encontré esta mañana. Todo ha sido muy rápido, quería contártelo en persona. Soy el nuevo director del hospital Central.

—¿Cómo? ¡Qué alegría me das! —Lo volvió a abrazar y palmear la espalda con ímpetu. Le alegró muchísimo que volviese a Madrid.

—¿No me presentas a tu mujer? ¿Cuándo me ibas a informar de que volvías a ser un hombre casado? —comentó sin dejar de mirar a Elena.

—Elena, te presento a Miguel. Un gran amigo, casi un hermano. Nos conocemos desde los doce años.

—Encantado. Eres guapísima, Elena. Ahora sé por qué este granuja perdió la soltería. —Se acercó a ella, le dio un beso y le susurró en el oído: —Nunca lo he visto mirar a una mujer con la devoción con la que lo hace contigo.

Elena sonrió mientras Martín le puso mala cara a su amigo. Era un mujeriego incorregible y nunca perdía esa característica.

—Gracias por el cumplido —agradeció ella, sonriente. Miguel le había caído bien.

Luego se disculpó con ambos, los dejó y se reunió con su hermana y Nora. La noche

estaba pasando muy deprisa y no había tenido tiempo de hablar con ellas.

—¿Qué te ha regalado Martín que habéis llegado una hora tarde? —preguntó Virginia con una sonrisa pícara en cuanto que su hermana se acercó a ella. Aún no había tenido ocasión de hacerle la pregunta. Elena la miró interrogante. Virginia puso los ojos en blanco y Nora soltó una carcajada—. No lo entenderíais —les comentó con una sonrisa.

—Salta a la vista lo que habéis estado haciendo antes de llegar —reveló sin tapujos Virginia—. Estoy segura de que mi cuñado ya ha visto ese conjunto tan sexi de lencería fina que te regalé ayer cuando fuimos de compras. Pero has sido tú la que le has dado el regalito a él —comentó risueña.

—¿Qué te ha regalado Martín? Por tu cara es algo muy especial. —Nora tomó partido en la conversación.

—Me dijo que quiere que tengamos un hijo. —Nora y Virginia se miraron sin entender que aquello pudiese ser un regalo—. Martín nunca ha deseado tener hijos. Me lo comentó alguna que otra vez y yo le demostré mi contrariedad en ello. En estos momentos estamos tan bien y tan enamorados que ha cambiado de opinión. Desea que tengamos un bebé —explicó con brevedad.

—Comprendo, y os pusisteis a encargar a mi sobrino de inmediato. De ahí el retraso —manifestó sonriente Virginia. Elena le dio un leve codazo para que bajase la voz mientras Nora sonreía feliz al comprobar que el matrimonio estaba mejor que nunca.

Entre tanto, Martín se acercó a ellas, venía acompañado de Miguel y Rafa. Este último tomó de la mano a su mujer y se despidieron. Al día siguiente se marchaban muy temprano. No podían quedarse más tiempo, tenían mucho trabajo retrasado que debían poner al día antes de finalizar el año.

—Amigo, te presento a mi cuñada, Virginia. —Se habían quedado los cuatro solos.

—Encantado. Eres muy guapa, como tu hermana —la elogió repasándola de arriba abajo. Había logrado impresionarlo de verdad.

—¿Tú también estás casada? —preguntó con la poca vergüenza que lo caracterizaba—. Últimamente todas las mujeres bellas los están —se quejó con una sonrisa.

—No, soy muy joven. Aún no encontré el amor de mi vida. Ese que me haga dar el salto al matrimonio y dejarlo todo como mi hermana —comentó con una sonrisa. Miguel le había gustado.

—He de confesar que a mis treinta y tres años tampoco he encontrado al gran amor de mi vida. A veces cuesta —reveló risueño, con un guiño de ojo.

Martín lo conocía bien, por ello lo apartó un poco de Virginia y le advirtió con un susurro en el oído:

—Solo tiene veinte años y es mi cuñada. Ni se te ocurra poner los ojos en ella. —Le palmeó la espada con fuerza. Miguel tosió y forzó una sonrisa ante Elena y Virginia, que los observaban.

La fiesta llegó a su fin a altas horas de la madrugada. Elena no recordaba haberlo pasado tan bien nunca en la vida. Llegó a casa risueña y un poco achispada, se había tomado un par de copas.

—¿Feliz? —preguntó Martín mientras la desnudaba para irse a la cama.

—Inmensamente feliz —respondió colgada de su cuello, admirando el rostro de su marido —. Gracias, por tanto. Hoy he recibido muchos regalos, algunos que ni me ha dado tiempo a abrir, pero sin duda el tuyo ha sido el mejor de todos.

—Tengo ganas de verte embarazada —confesó reteniéndola entre sus brazos, ella podía

sentir el deseo de su marido—. Quizá pronto engordes. —Llevó la mano hasta su vientre plano y lo acarició.

—¿Qué prefieres, un niño o una niña? —preguntó perdida en él. Descubrir aquella nueva faceta de su marido la tenía en una nube.

—Una niña tan guapa como su madre —reveló sin dudarlo.

—Yo deseo un niño tan apuesto como su padre, pero no me importa que la niña venga primero. —Cuando nombró tener más hijos la cara de Martín cambió de inmediato y Elena soltó una carcajada—. No pensarás que me voy a conformar con un solo hijo —comentó risueña.

—Vayamos poco a poco —dijo algo asustado.

—No te preocupes, iremos poco a poco. Te daré tiempo para que te adaptes a tu faceta de padre. —Lo besó y logró tranquilizarlo. Con aquella conversación había conseguido que la punzante erección que tenía desde que entraron en la habitación disminuyese.

—Y ahora, voy a hacerte el amor como te mereces, como broche final en el día de tu cumpleaños. Te lo debo. —Lo miró con sorpresa—. Antes en el despacho solo hemos follado como locos —especificó sonriente. Elena lo corroboró con una sonrisa y se entregó a él.

Una vez más, se sintió única y especial entre los brazos de su marido. Hacer el amor con Martín era la mejor experiencia de su vida y a la que no pensaba renunciar jamás. Lo amaba como nunca llegó a pensar que se podría. Con solo mirarlo el corazón le daba un vuelco que se lo colocaba del revés. La intensidad de lo que él despertaba, a veces, le hacía sentir miedo, pero cuando lo tenía como en esos instantes, dentro de su cuerpo en todo su esplendor, sabía con certeza que él sentía lo mismo.

A la mañana siguiente, Elena era incapaz de moverse de la cama. Se encontraba como si un camión le hubiese pasado por encima. Miró somnolienta a su marido, él la miraba sonriente y fresco como si llevase días durmiendo y descansando. Comprobó que su rostro no tenía signos de resaca alguno y lo envidió.

—¿Cansada? —preguntó con una sonrisa mientras le daba un beso de buenos días.

—No puedo ni dar la vuelta en la cama. Me pesa todo el cuerpo —se quejó con los ojos cerrados—. No pienso moverme de este colchón en una semana.

—Vaya, yo que tenía pensado llevarte a esquiar —reveló, sentado a su lado.

—Muy gracioso.

—No es broma —comentó serio—. Tengo una casa en Sierra Nevada. Había pensado ir a esquiar y de paso, quedarnos allí en Navidad. —Elena se revolvió en la cama y lo miró con atención al comprobar que lo decía en serio—. ¿No has visto nunca la nieve?

—Lo más cerca que la he tenido ha sido en las heladas de mi pueblo, pero nada comparado con una estación de esquí. Sería fantástico ir, pero no sé esquiar.

—Yo te enseñaré. Me defiendo muy bien.

—¿Hay algo que no hagas bien, señor Quiroga? —comentó abrazándolo con orgullo. Martín no respondió, solo le acarició el cabello.

—Lo arreglaré todo para pasar unas semanas allí. Te gustará. Nos iremos mañana mismo.

—¿No vamos a pasar la Navidad en familia? —preguntó extrañada.

—¿No te gusta la idea de pasarla a solas con tu marido en la nieve, aislados de todo? —Trató de desviar el tema, pero ella captó que había un trasfondo.

—Son las primeras Navidades con mi abuelo. Me gustaría pasarlas en familia. Había pensado pedirle a mis padres y a Virginia que se quedasen hasta año nuevo, pero antes quería

hablarlo contigo.

—No me gusta la Navidad. —Soltó serio y seco.

Elena hablaba de esa época con entusiasmo, pero él no se lo encontró nunca. Solo tenía malos recuerdos en esas señaladas fechas.

—¿Por qué? —insistió con una caricia por su abdomen. Lo notó en tensión y pretendía relajarlo—. A mí me encanta el ambiente que se crea. Las comidas y salidas con amigos y familia, el árbol decorado en casa, los adornos por las calles y comercios… Es una época especial. Siempre soñé con ver la cabalgata de reyes de Madrid, pensé que este año lo podríamos hacer.

—Mi madre murió en Navidad, nunca tuvimos dinero para celebrarla, y en casa de tu abuelo nunca se hacía nada por esas fechas. Ambos lo preferíamos así. Si te soy sincero, detesto toda esa época —zanjó el tema.

Miró a Elena y vio que había sido demasiado brusco con ella. Le acarició la mejilla e intentó solucionar lo que había provocado.

—Si lo deseas, puedes pasar las Navidades con tu familia, que a mí no me gusten no significa que renuncies a ellas. Yo me marcharé esos días y volveré cuando todo haya acabado.

—¿No podrías hacer un esfuerzo y pasarla juntos? —pidió con anhelo.

—No me pidas tanto en tan poco tiempo, por favor. Ten un poco de paciencia conmigo —le rogó con pesar. Elena tomó un poco de aire sin saber qué decir ni cómo reaccionar a aquella nueva situación que no esperaba—. Bajo al gimnasio. Te veo luego. —Le dio un beso fugaz y se marchó.

Hizo que se sintiese vacía y sola. Se tapó la cabeza, intentando apartar aquel nuevo problema, pero de inmediato se dijo que no era la solución. Tenía que enfrentarlo junto a Martín.

Cuando habían pasado dos horas desde que bajó al gimnasio, en vista de que no subía, decidió ir en busca de su marido. Lo encontró haciendo flexiones y chorreando en sudor. Se permitió el lujo de admirarlo por unos minutos y contemplar aquel cuerpo impresionante que amaba hasta la saciedad.

—¿Por qué te machacas de esa manera? —preguntó al entrar. No se había preocupado en vestirse, se colocó una bata blanca sobre el cuerpo desnudo—. ¿Qué ocurre, Martín? —Sabía que le pasaba algo. Él la miró sin abandonar la posición que tenía y ella colocó las manos en jarra y le devolvió una mirada seria y molesta.

—Siento no poder darte todo lo que deseas. No soy perfecto —murmuró—. No pasa nada porque estemos unos días separados.

Se levantó, pasó por su lado y se tendió en un banco de abdominales.

Enfadada porque la ignoraba, no dejó que continuase con la tarea. Para sorpresa de él, se colocó a horcajadas encima.

—Te amo, Martín Quiroga. Con tus defectos y virtudes. No vamos a pasar nuestras primeras Navidades separados —resolvió con don de mando—. Las acoplaremos de forma en la que ambos nos sintamos bien, pero juntos y felices. Somos un matrimonio y debemos aprender a superar este tipo de situaciones. Siempre voy a estar ahí para lo que necesites. —Se inclinó sobre él, sin importarle que estuviese impregnado en sudor, y lo besó.

—Te estoy poniendo perdida —advirtió con una gran sonrisa. Llevó sus manos a las cadenas de Elena y la posicionó mejor encima de él. Con hábiles manos le abrió la bata y comprobó lo que ya había notado, no llevaba nada debajo.

Con descaró, ella se deshizo de la prenda de seda y lo besó, unió su pecho al suyo y sintió en la piel toda la humedad de Martín. De aquella forma, le hizo entender que ambos eran uno. No importaba cómo se encontrase el otro. El matrimonio significaba estar ahí para todo de forma incondicional.

—Te amo, nunca me apartes de tu vida —le rogó entre ardientes besos.

—Nunca. Eres mi razón de vivir.

20

En los dos días sucesivos, Elena y Martín no hablaron más del delicado tema de dónde y cómo pasar las Navidades. La familia de ella tenía pensado marcharse después del famoso sorteo de la Lotería de Navidad, Virginia quería vivir el ambiente de las calles de Madrid en esa mañana.

Sin saber cómo, Elena convenció a su marido de dar una vuelta por el centro de la ciudad, le apetecía caminar y tomarse un café fuera de casa. Martín se dio cuenta de que lo hizo para que simpatizase con el ambiente, pero no dijo nada.

Al llegar a casa, le tenía una gran sorpresa preparada que Elena no esperaba. Nada más abrir la puerta de entrada, un gran árbol lleno de luces y colores llamó su atención. De inmediato, sorprendida, aún con los guantes y el gorro en las manos, se volvió hacia él.

—¿Y esto? —Lo miraba con los ojos rebosantes de alegría.

—¿Tienes idea de todo lo que yo haría por ver siempre la felicidad que en estos momentos se refleja tu rostro? —Se abrazó a ella y le acarició el cabello—. Sé que es lo que deseas. Disfrutar de una Navidad en familia. Te juro que no hay deseo tuyo que no esté dispuesto a cumplir. He descubierto que soy feliz cuando tú lo eres, sin importar lo que sea —confesó perdido en su mirada.

La ternura con la que le transmitió aquello hizo que Elena temblase de emoción. Se abrazó a él y dieron vueltas por el salón.

—Gracias, mi amor —agradeció, más calmada cuando sus pies estuvieron sobre el suelo y contempló el árbol al detalle—. Es precioso. Nuestra primera Navidad juntos. No te vas a arrepentir. Haré que sea especial.

—Esto no es todo —anunció con una enorme sonrisa. Le encantaba ver la cara de expectación de su mujer.

—¿Hay más?

—Mucho más. Les he pedido a tus padres y a Virginia que pasen estos días con nosotros, y han aceptado. No se marcharán hasta principios de año.

—Oh, mi amor. Eres único. Te amo. —Se abrazó a él, y lo besó agradecida.

—Deseo una vida nueva contigo. He decidido que es una buena forma de comenzar. Creando buenos recuerdos y borrando los malos de mi pasado. Hiciste que creyese en el amor y en el matrimonio, que pudiese dormir a tu lado, que desease tener hijos y celebrar estas fechas. Me has convertido en otro hombre. Siento que a tu lado soy mejor. Tú has conseguido que vuelva a nacer.

Elena le recorrió todo el rostro con una suave caricia de sus dedos, perdida en él.

—Es tanta la felicidad que siento en estos momentos que me da miedo. Te amo.

Los días siguientes pasaron muy deprisa, celebraron la cena de Navidad en casa de Sebastián, en familia. Fin de año lo celebraron en casa de Elena y Martín. Él le dio la gran sorpresa a su mujer de invitar a Carla y a su novio, a Tony y Miguel. Virginia, agradeció que hubiese más invitados, estaba un poco aburrida sin sus amigas en esas fechas, pero decidió quedarse ya que consideraba que ese año era importante para su hermana. Habían pasado demasiadas cosas y necesitaban sentirse unidas.

Tras la cena, Miguel y Virginia insistieron en marcharse a una discoteca, finalmente Martín y Elena accedieron junto con Tony, Carla y su prometido. Sebastián, Rosa y Carlos se fueron a dormir.

La familia de Elena se marchó con anterioridad al día de reyes. La tarde antes de la cabalgata Elena obligó a su marido a ir de compras. Como era la tradición, tenían que ponerse los regalos debajo del árbol ya que aún no había ninguno. Llegaron a un gran centro comercial juntos y cada cual se fue hacia un lado en busca de los regalos para el otro. Aquello fue toda una experiencia para Martín, nunca había salido a comprar nada para ninguna mujer. Siempre se lo encargaba a su secretaria.

Cuando regresaron a casa, entre risas, abrazos y besos, cada cual colocó sus paquetes debajo del árbol. Martín insistía en abrirlos antes de tiempo, pero Elena lo reprendió como a un niño pequeño.

El día cinco de enero lo pasaron juntos. Desayunaron y comieron fuera, y luego vieron la gran cabalgata de Reyes. Martín disfrutó con cada sonrisa de Elena de aquella tarde, y cómo bailaba al son de la música. En muchas ocasiones se preguntaba cómo había podido cambiar tanto desde que la conocía.

Al día siguiente, a las siete de la mañana, Martín despertó a su mujer. Estaba ansioso por abrir los regalos. En pijama y escuchando las protestas de Elena porque aún no había amanecido, bajaron al salón. Con la ilusión de unos niños abrieron los paquetes.

Martín le había comprado a su esposa un equipo de ropa para la nieve completo, un exclusivo maletín de piel, propio de la mujer de negocios en la que se convertiría en unos meses, una cámara de fotos, para inmortalizar los buenos momentos que estaban por venir y unos pendientes muy finos y nada llamativo, en oro blanco, los cuales les encantaron a Elena para llevar siempre.

Por su parte, ella le regalo una cartera de bolsillo, con una foto de ambos incorporada dentro, unas zapatillas de andar por casa con las iniciales de ambos, unos guantes de boxeo y unos gemelos de oro con la inscripción; *Te amo.*

Al día siguiente pusieron rumbo a Sierra Nevada. Martín enseñó a su mujer a esquiar y disfrutaron de las vistas y unos días solos y sin pensar en trabajo ni familia. Llegaron al acuerdo de desconectar los móviles, y si surgía algo importante, Sebastián o la familia de Elena los llamarían al teléfono fijo de la casa.

***

Francia.
Febrero de 2015.

Hacía un mes que Begoña, la aún mujer de Sebastián Quiroga, vivía en una constante inquietud. Cuando Eva le comunicó a finales de año que le habían otorgado una beca en la mejor Universidad de Madrid para finalizar los estudios de música, casi le dio un infarto. Trató de hacerle desistir de la idea o que la pidiese en otro país, pero ella siempre deseó conocer el lugar donde nació.

Las intenciones de Begoña fueron acompañarla, pero con tan mala suerte que su hermana, Catalina, se rompió una cadera dos días antes de terminar el año y no pudo hacerlo. Desde que murió su yerno, se sentía desprotegida. Durante todos aquellos años, desde que Eva

nació, siempre supo que Andrés veló por ambas. Si bien nunca Eva supo que su padre estaba vivo, no era seguro, sí se veía con frecuencia con su suegra en lugares públicos como cines y museos para intercambiar información.

En más de una ocasión, durante aquel mes que Eva estuvo lejos de ella, Begoña pensó en presentarse ante su todavía marido y contarle lo que no había hecho en años, cuidar y criar a su nieta en Marsella, pero entonces recordaba el juramento que le hizo a Andrés días antes de saber que lo habían asesinado, donde en una extraña conversación le pidió que cuando Eva cumpliese treinta años le entregase la llave que le dio años atrás. Era de una caja fuerte de un banco. Allí estaba toda la verdad de quién era ella, pero aún faltaban cinco años para cumplir con aquello.

Cuando Eva llegó a Madrid, alquiló un piso en la zona de El Retiro. En la Universidad entabló amistad con una chica y ambas decidieron compartir la casa. Estaba encantada con su nueva vida, los nuevos compañeros y el trabajo que había encontrado casi por casualidad. Victoria, su compañera de piso, tocaba el piano todas las noches en un sofisticado restaurante, pero en la época de exámenes decidió compartir algunas noches con Eva, de esa forma tenía más tiempo para estudiar.

Por otro lado, Eva estaba entusiasmada con un profesor de la universidad, con el que salía con frecuencia. Desde que había llegado a Madrid la vida le sonreía y se sentía feliz. La beca terminaba en junio, pero pensaba quedarse de forma definitiva en la capital, no se lo había comunicado a su abuela porque no sabía cómo decírselo.

***

La primavera llegó y con ella algunos cambios.

La vida que compartían Elena y Martín continuaba cada día más feliz, ella había terminado el curso de diseño, su marido le daba clases de cómo emprender un negocio con éxito por las noches y estaba entusiasmada con la próxima apertura del local que su abuelo le compró. Martín la ayudaba y aconsejaba en todo, estaba segura de que iba a triunfar porque lo tenía junto a ella y era muy bueno en todo lo que hacía.

Por otro lado, la recuperación de Sebastián fue casi milagrosa, cinco meses después del infarto cerebral había recuperado el habla por completo y solo se notaban las secuelas en un bastón que usaba para apoyarse al andar. Ver a Elena feliz junto a Martín fue la mejor medicina.

Con nostalgia, Eva tocaba en el restaurante en el que lo hacía desde principios de año, aquella era la última noche. Había encontrado un trabajo a tiempo parcial en una academia de música. Cuando finalizó la pieza e hizo un descanso, una señora muy bien vestida se acercó a ella con interés.

—Hola, mi nombre es Silvia. Soy la hermana del dueño de este lugar. Es la segunda vez que te veo y te pareces mucho a alguien que conozco. ¿Tienes una hermana?

—Hola, encantada. No, soy hija única. Me crie en Marsella con mi abuela. Mis padres murieron en un accidente de tráfico cuando yo apenas tenía un año.

—Oh, lo siento. Pero te pareces tanto a otra mujer… El parecido es increíble ahora que te trato de cerca. Bueno, por ahí dicen que todos tenemos un doble en esta vida… Enhorabuena, tocas muy bien.

—Gracias. Hoy es mi última noche.

—Vaya, una lástima que mi hermano te deje ir. Si no es mucho preguntar, ¿por qué te marchas? Él tiene dinero, estoy segura de que si le pides un aumento de sueldo te lo dará.

—No es eso, señora. He encontrado un trabajo a tiempo parcial que lo compatibilizo mejor con mi vida.

—Vaya, pues buena suerte.

—Adiós, señora —se despidió Eva.

Silvia se fue directa al despacho de su hermano, en la planta superior del restaurante. Le pidió todos los datos de Eva y lo interrogó. Se fue satisfecha llevándose la dirección y el teléfono de la pianista. En su mente se comenzaba a fraguar un plan.

A la noche siguiente, a altas horas de la madrugada, Silvia se encontraba en un reservado de una discoteca, haber sido la mujer de Martín Quiroga la dejó muy bien relacionada. Era la típica persona que estaba en todos los acontecimientos sociales como invitada. Su imagen generaba dinero, representaba a varias marcas. En aquel mismo reservado se encontraba Gisela. Desde que Martín la había despedido de la cadena ambas mujeres se volvieron muy amigas.

Desde una planta superior con cristales, Silvia fijó la mirada en una mujer que bebía y bailaba con un hombre, estaban muy acaramelados mientras se metían mano de vez en cuando y se besaban.

—¿Qué hay ahí abajo que llama tanto tu atención? —Gisela la sobresaltó cuando se posicionó a su lado. Le traía una copa.

—Mira bien —la apremió con una sonrisa.

Gisela se esforzó y tras unos minutos se llevó una mano a la boca, escandalizada.

—¿Ya la ha dejado? Hasta donde sabía eran un matrimonio feliz.

—No es quién tú crees que es —comentó con tranquilidad sin dejar de mirar a la pareja. Había reconocido a Eva.

—¿Cómo? —La miró extrañada—. ¿No es Elena, la mujer de Martín? Si no la ha dejado, le está poniendo los cuernos. Voy a sacar unas fotos. —Cogió el móvil y realizó unas cuantas.

Con una sonrisa, Silvia dejó que disfrutase del momento. Tras unos minutos, la tomó del brazo y la alejó de los cristales y del grupo.

—Te voy a contar algo. Y luego, tú y yo vamos a vengarnos de Martín Quiroga por todo lo que nos hizo. La suerte está de nuestro lado.

La diferencia entre Silvia y Gisela radicaba en que la primera nunca lo quiso, pero la segunda estaba enamorada de él, tras los meses no había podido olvidarlo. Sin embargo, ambas mujeres tenían la misma sed de venganza.

21

Martín estaba deseoso de que llegase el fin de semana. Tenía planeado ir a París con Elena en los días festivos de Semana Santa. Desde que estaba casado, se tomaba el trabajo y los descansos de una forma diferente. Cada día le gustaba más dedicar parte de su tiempo a su mujer, y pasarlo con ella en viajes fugaces que planeaban. Tenían una lista de todos los lugares a los que querían visitar. París era una prioridad porque Elena necesitaba entablar relación con ciertos proveedores de telas de la ciudad. Tenía pensado abrir las puertas del local de diseños exclusivos de vestidos de novias a principios de verano.

Cuando se sentó aquella mañana en la mesa del despacho de presidencia del Grupo Quiroga era las siete de la mañana. Aquella semana tenía que recuperar las horas que estaría fuera los próximos días. Le sorprendió encontrar un sobre grande, blanco, cerrado y sin nada escrito en su mesa. No le preguntó a la secretaria sobre la procedencia de este o cómo había llegado allí porque Rita llegaba a las nueve. El primer impulso que tuvo fue tirarlo, como hubiese hecho tiempo atrás, pero desde que su mujer estuvo en peligro su forma de ser cambió. Pensando en Elena, abrió el sobre con cuidado. Lo que encontró en él lo paralizó de golpe, se le aflojaron las piernas y tuvo que sentarse de inmediato. Solo había cinco fotografías en tamaño folio, para que las viese bien y no hubiese lugar a dudas. Examinó cada una de ellas al detalle.

Tras ello, unas lágrimas de rabia e impotencia le aparecieron en rostro. No se esperaba aquello. Era lo último que pensaba encontrar en aquel sobre. Buscó alguna nota o algo escrito, pero no encontró nada. Necesitaba saber quién lo enviaba, pero no pudo averiguarlo. Llamó a seguridad y pidió la lista de las personas que habían tenido acceso a su despacho y le corroboraron que desde que Rita lo abandonó la tarde anterior y luego él, solo habían entrado las limpiadoras y personal de mantenimiento a limpiar los cristales aquella mañana.

Sumido en la ira y la desilusión que lo embargaba en aquellos momentos, sintió que todo su mundo se partía en dos. Tiró todo lo que tenía sobre la mesa y no se centró más en cómo había llegado aquel sobre a su oficina. Metió todas las fotos de nuevo en el sobre y volvió a su casa. Tenía que poner las cosas en claro con su mujer.

De camino a allí, mientras conducía como un loco, repasaba mentalmente las fotografías que habían quedado grabadas en su mente. Sabía que jamás podría borrar aquellas cinco imágenes tan nítidas. En todas aparecía Elena con otro hombre. En una paseaban de la mano con tranquilidad por la cuidad, en otra entraban en un hotel abrazados, y las tres restantes eran de su mujer en ropa interior en la cama con otro hombre. Recordó que últimamente Elena siempre estaba muy ocupada y salía mucho sola. Todo comenzó a encajarle.

Tras un sonoro portado, donde sintió que la casa se venía abajo, Elena se sobresaltó. Se estaba haciendo un café y casi se le cayó la taza vacía al suelo. Apenas era las nueve de la mañana, pero no podía dormir, sentía cierta incomodidad desde que Martín abandonó la cama, esto hizo que se levantase, se duchase y bajase a desayunar.

—Martín, ¿pasa algo? —preguntó asustada cuando lo vio entrar como un huracán.

—Al parecer, no tienes bastante conmigo —la acusó sin piedad mientras la miraba distante, con los puños cerrados. Trataba de controlar la ira que lo consumía por dentro—.

¿Qué soy para ti, Elena? —gritó con desgarro mientras la miraba de arriba abajo con asco y desprecio.

Ella no atinaba a decir nada. Estaba tan paralizada que tenía las palabras agolpadas en la garganta, nunca lo había visto así.

Ante un prolongado silencio, Martín le tiró el sobre. Ella no lo esperaba, le chocó contra el pecho y cayó al suelo, donde se esparcieron todas las fotografías.

Desconcertada, se agachó y recogió el contenido. No tuvo que decirle nada Martín, ella misma las vio y se quedó de una pieza cuando comprobó que la que aparecía con otro hombre en la cama era ella. Miró a su marido aterrorizada.

—No soy yo —pronunció con un grito ahogado, llevándose la mano a la boca—. Te lo juro.

Incapaz de sostenerse en pie por sí misma, tuvo que sentarse en la silla más cercana.

—¿Estás segura? —preguntó a modo de burla. Distante y acusándola con la mirada.

—Es cierto que esta mujer es igual que yo, pero yo no… —Fue incapaz de continuar. Las palabras se le atragantaban mientras repasaba aquellas fotografías al detalle. La mirada de Martín le decía que no había nada que le dijese para que creyese en ella—. Las fotos son muy evidentes, y nítidas —reconoció con temor—, pero yo nunca he entrado en ese hotel ni conozco a ese hombre —argumentó nerviosa y descolocada.

—¿Pretendes que te crea cuando todo te acusa? —preguntó sintiendo el desprecio más grande que hubiese sentido por alguien.

—No soy yo. —No sabía qué otra cosa decir en su defensa—. Solo te pido que me creas, mi amor. Yo te amo. ¿Cómo iba a estar con otro hombre si tú lo eres todo para mí? —trataba de convencerlo mientras le rodaban millones de lágrimas por las mejillas. Verla así de desesperada y rota no lo conmovió—. No sé de dónde hayan salido esas fotos, quizás sean un montaje para hacernos daño. Somos tan felices… —Alargó la mano y trato de acercarse y tocarlo, pero Martín se alejó como si tuviese la peste.

Elena se rompió en dos cuando sintió su rechazo.

Martín pensó bien en las últimas palabras que le dijo presa de la desesperación, de repente, se encendió una pequeña luz en toda la oscuridad que lo azotaba desde aquella mañana. De golpe, le quitó las fotografías de las manos, las metió de nuevo en el sobre y la observó sin acercarse a ella ni consolarla en el sufrimiento.

—Más te vale que todo esto sea un montaje. Voy comprobarlo con un experto.

Sin despedirse, salió de nuevo tras dar otro sonoro portazo que la estremeció.

Destrozada como nunca antes, fue hasta el sofá y se echó allí, donde lloró sin parar, preguntándose porqué Martín no creía en su palabra. Le dolía la desconfianza y el despreció con el que la había mirado. Su vida se acababa de romper en mil y un pedazos, ya nada volvería a ser igual con él. Lloraba sin parar, sabía que en el fondo no habría forma alguna de reparar la gran brecha que se había abierto entre ambos. Martín había perdido la confianza en ella y eso no era fácil de perdonar ni recuperar.

Elena permaneció en el mismo lugar, sin moverse, hasta media tarde. Aquel era el día libre de Dora y lo agradeció. Cuando ya pensaba que su marido no volvería a venir más, la puerta se abrió de golpe de nuevo. Se incorporó de inmediato y lo miró esperanzada, pero solo tuvo que verle el semblante para saber que nada había cambiado. Si la expresión con la que la miró aquella mañana la estremeció, la que mostraba en aquellos instantes la aterrorizó.

Elena lo observaba en silencio con el corazón a mil por hora, se retorcía las manos al mismo tiempo que trataba de controlar el llanto. Algo le decía que estaba todo perdido, pero

albergaba la esperanzada de que Martín la mirase a los ojos y la creyese.

Sin demasiados miramientos, la tomó del brazo con fuerza y la levantó para que estuviese a su altura.

—Eres una zorra mentirosa —le espetó con la mayor crueldad. Elena sintió que se moría. No soportaba que la mirase de aquella forma y creyese que lo había engañado con otro hombre—. No sé cómo pude, tan siquiera, albergar la breve posibilidad de que estas fotos fuesen un montaje. Un experto las ha analizado y me ha corroborado que no hay alteración alguna en ellas. Son reales —gritó de forma incontrolada. La zarandeó y esperó a que dijese algo.

Elena no podía articular palabra. Estaba como paralizada, solo sabía llorar de impotencia y sin control alguno.

—¡No llores, ni se te ocurra hacerte la víctima! —volvió a gritar Martín. La soltó y se paseó como un león enjaulado delante de ella.

—No soy yo. Nunca te engañaría —confesó con un hilo de voz, derrotada—. ¿Cómo puedes creerlo? —Lo miró como si fuese un monstruo.

—Ahórrate los ruegos. Entre nosotros todo ha terminado. Me das asco. Desaparece de mi vida para siempre. Desde hoy estás muerta y enterrada para mí. —La miró con desprecio. Verla destrozada no lo conmovió ni un ápice—. ¡Lárgate! —Le indicó con la mano hacia la puerta—. Te odio tanto o más como te amé una vez. Vete de aquí antes de que me arrepienta de algo. —La echó sin piedad—. Eres la peor de las mujeres que he conocido.

Dolida, no le respondió, lo miró por última vez, ambos se sostuvieron las miradas por unos segundos, ella se dio media vuelta, abatida y casi arrastrando los pies, y, sin importarle ir descalza, se encaminó hacia la salida. No podía soportar por más tiempo que la mirase de aquella manera.

—Algún día, te arrepentirás de todo lo que me acabas de decir. No me pidas perdón, porque jamás te lo concederé. —Fueron las últimas palabras que le dirigió, de espaldas, sin alterarse, mientras arrastraba los pies antes de cerrar el portón para siempre y crear un mundo distanciado entre ambos.

Una vez dejo atrás la casa en la que había sido tan feliz, no pudo esperar que llegase el ascensor. Salió corriendo escaleras abajo, no le importó que fuesen quince pisos, solo quería marcharse lejos y no estar cerca de Martín nunca más.

Cuando salió a la calle, se percató de que estaba lloviendo, no le importó. Descalza, con unas simples mallas y un jersey amplio, se adentró bajo la lluvia que cada vez era más insistente.

Una vez a solas, tras Elena cerrar la puerta, Martín cayó de rodillas sobre la gruesa alfombra del salón y gritó, con los puños cerrados, de rabia, dolor y decepción. En esos momentos estaba descubriendo lo que realmente era el mismísimo infierno. Se sentía engañado, manipulado y usado como nunca antes. Se lo había dado todo, la había amado como a ninguna otra, había hecho cosas por ella que nunca hubiese hecho ni por él mismo, y le pagaba así, con la traición más cruel que hubiese imaginado. Sentía un dolor tan grande y profundo en el pecho que solo deseaba desaparecer y morirse. Se derrumbó por completo en el suelo y se colocó en posición fetal. Lloró como no lo hizo nunca, mientras una incesante lluvia caía contra los cristales y él no era consciente de esto.

Después de dos horas, sin saber cómo, Elena se encontró en el edificio de su abuelo. El portero, al verla entrar en el lamentable estado en el que venía, se asustó y acudió de

inmediato para ayudarla. Estaba como ida, no respondía a las preguntas del hombre. Preocupado, con delicadeza, la acompaño hasta el ático del señor Quiroga y cuando llegaron a la puerta llamó con insistencia. No veía muy bien a la mujer. Se temía que le hubiese pasado algo malo. Su aspecto era horrible, pero le preocupó aún más que lo mirase y no reaccionase a sus palabras. Estaba en shock.

Cuando Rodolfo abrió la puerta, se alarmó de inmediato. Ayudó al portero con Elena y la entraron en la casa. Ella no era consciente de lo que la rodeaba.

Ante el barullo formado en el salón, Sebastián acudió de inmediato a ver qué sucedía. Lo primero que vio fue a su nieta en un estado deplorable y con la mirada perdida. Cuando se acercó, Elena se desplomó. Rodolfo estuvo rápido e impidió que cayese al suelo. La recostaron en el sofá mientras el portero llamaba a una ambulancia por órdenes de Sebastián.

Cuando los sanitarios salieron de la habitación donde llevaron a Elena y la examinaron a solas, Sebastián había llamado mil veces a su hijo, pero Martín no atendía el teléfono. Marina hizo tila, pero el señor Quiroga no se la tomó, aún estaba sobre la mesa. El médico se dirigió a Sebastián y le confirmó que Elena se encontraba bien. No tenía golpes por el cuerpo ni le había pasado nada. Había salido del estado en el que llegó y habló con el sanitario. Esto lo dejó tranquilo y fue el hecho por el que no decidieron hospitalizarla. Su salud no corría peligro en aquellos momentos. Le recetó unos tranquilizantes y le recomendó volver al hospital en unos días para comprobar la evolución.

Los sanitarios se marcharon, Rodolfo y Marina los acompañaron a la salida, y Sebastián fue a ver a su nieta. Cuando entró en la habitación, la encontró recostada en la cama entre cojines y arropada con el nórdico. Observó que tenía color en las mejillas.

—Siento mucho el susto que te he dado —se disculpó apenada, nada más verlo entrar.

Fue hasta ella, se sentó en la cama y la abrazó. Elena se refugió en él y así permanecieron un buen rato. Sebastián la sentía temblar y no podía llegar a imaginar qué la tenía en ese estado. Decidió darle unos minutos antes de preguntar.

—He llamado a Martín, pero no me coge el teléfono —le informó aún abrazado a ella. Se imaginó que en aquella situación desearía que su marido estuviese cerca.

—No. No llames. —Se separó de él y lo miró con los ojos muy abiertos, asustada.

—¿Qué ocurre? —preguntó alarmado—. ¿Martín es el responsable de esto? —La miró, ella le apartó los ojos, las lágrimas comenzaron a brotar y Sebastián le alzó la barbilla para que estuviesen de frente—. ¿Qué ha pasado, Elena? —preguntó muy serio.

—Todo ha terminado entre nosotros —comenzó a explicar.

Luego, le contó lo sucedido. Lloró, muchísimo, de nuevo, y Sebastián con ella. La consoló y le prometió que todo se solucionaría mientras la acunaba como a una niña pequeña entre sus brazos. Elena se quedó dormida y Sebastián juro que nadie le haría daño a su nieta, ni su propio hijo. Martín iba a responder por todo lo que ella había pasado. Él no había visto esas fotos, pero estaba seguro de que no era su nieta. La creía y la apoyaría hasta el fin del mundo, aunque eso significase perder a Martín para siempre.

22

A la mañana siguiente, muy temprano, Sebastián aporreó con fuerza la puerta de Martín hasta que le abrió. Tenía que hablar con él y resolver todo aquello.

Cuando lo vio, descubrió que no tenía mejor aspecto que Elena. Desaliñado, con pronunciadas ojeras y apestando a alcohol le hizo un gesto para que pasase. Entró en silencio. Recorrió con la mirada el salón y vio que todo estaba revuelto, había objetos rotos y los pies descalzos de su hijo sangraban, pero él parecía no percibir el dolor.

—¿Qué coño ha pasado aquí? —preguntó alterado. Se preocupó por él. No pensaba encontrarlo en tal situación—. ¿Tú te has visto?

Martín se encogió de hombros sin darle importancia.

—No grites. La cabeza se me va a romper de un momento a otro —se quejó. Fue a la cocina a por un analgésico y se lo tomó con agua bajo la preocupada observación de su padre —. Así me ha dejado tu nieta —la acusó sin piedad—. Pero no te preocupes, no existen heridas que el tiempo no cure. Pasará. Necesito una ducha —comentó masajeándose la cabeza. Arrastraba las palabras al hablar.

—¿No te interesa saber dónde está tu mujer? —preguntó a modo de reproche cuando lo vio subir las escaleras, ignorando que estaba allí.

—Si me dices que está muerta, no iría al funeral. Me da igual todo lo que se refiera a ella.

Sebastián fue a replicarle, pero se dio cuenta de que era inútil entrar en esa batalla. Decidió esperar sentado en el salón a que bajase despejado y tener una conversación más calmada. En el fondo, sabía que no sentía aquellas palabras, era el despecho lo que le hacía hablar así. El amor que le tenía a Elena no se podía borrar de un día para otro pese a la supuesta traición en la que Martín creía ciegamente.

Una hora después, cuando Sebastián pensaba que no iba a bajar de nuevo, su hijo apareció con otro aspecto. Se había duchado y se colocó un pantalón de chándal negro y una camiseta blanca.

—¿Aún estás aquí? —preguntó molesto al verlo sentado en el salón.

Las fotos estaban esparcidas por el suelo, Sebastián las recogió y las observó al detalle durante todo el tiempo que Martín no estuvo. Pensaba llevárselas y averiguar qué estaba sucediendo. Él creía en su nieta, la desesperación de Elena y la verdad reflejada en sus ojos la verían hasta un ciego, no entendía cómo Martín podía pensar algo tal vil de ella.

—Elena se presentó en mi casa a media noche. En un estado lamentable —recalcó para atraer su atención, pero ni así lo consiguió—. ¿Cómo pudiste dejar que se marcharse descalza y con la lluvia que caía? —le reprochó.

—Supongo que ya sabes todo. —Centró la mirada en las manos de Sebastián, sostenía las fotografías—. Te las puedes llevar. No quiero discutir contigo ni que digamos cosas de las que luego ambos nos lleguemos a arrepentir. Comprendo que ella es tu nieta, así que por el bien de nuestra relación es mejor que corramos un tupido velo sobre este asunto y no lo mencionemos más. No quiero saber nada de Elena. Ella para mí ya no existe —zanjó serio y distante.

Sebastián quería a Martín como a un hijo, sentía el dolor por el que estaba pasando. Fue hasta él, le puso una mano en el hombro y le dio un abrazo en silencio. Martín le

correspondió.

—Descansa, hijo. No dejes que el odio se apodere de ti. Siempre has sido muy inteligente. —Comprendió que no era el momento de convencerlo de nada, sino de hacerle ver las cosas por sí mismo.

Se marchó consciente de que tenía una conversación importante con él, pero lo conocía bien y supo que había que darle un tiempo. Mientras, pensaba averiguar quién había enviado esas fotos y con qué fin. Por el momento, ya había hecho todo lo que podía hacer. Paralizar que aquellas fotos viesen la luz. Habló con mucha gente influyente y pagó a otras para que aquello no estallase de forma pública y la persona que lo organizó se sintiese triunfadora.

***

—Han pasado cinco días y nada. ¿Lo has hecho bien? —preguntó Silvia a Gisela con interés, mientras desayunaban juntas.

—Las fotos llegaron a manos de Martín —confirmó con una sonrisa. Aunque él la echó de la cadena, conservaba a gente dentro que le hacían favores—. Supongo que si no han saltado a los medios como ordené, es porque él, que tiene más contactos que yo, lo ha paralizado.

—Me han confirmado que lleva dos noches saliendo hasta altas horas de la madrugada —le hizo saber Silvia.

—El personal de limpieza me ha dicho que la foto de su mujer ya no está sobre la mesa de su despacho. Se la encontraron en la papelera —comentó Gisela con una sonrisa triunfadora —. Y se comenta por la cadena que anda de un humor de los mil demonios.

—Ha probado su propia medicina. Por fin una mujer traiciona al gran Martín Quiroga y lo deja hundido en el fango. —Ambas mujeres chocaron las manos, sonrientes. Habían conseguido su objetivo.

Tras varios días encerrado en casa, Martín reanudó su vida normal. No pensaba dejar que una mujer lo destruyese. Se armó de valor y se dijo que volvería a ser el hombre de antes. Nunca le pensaba entregar tanto poder sobre él a nadie como el que le confió a Elena.

Le ordenó a Dora que recogiese toda la ropa de su aún mujer y la enviase a casa de Sebastián. No le explicó nada a la sirvienta de aquellos cambios, pero su padre sí lo hizo cuando fue a llevar la ropa. Dora habló con Elena y se mostró de su parte, pese a que todo la acusaba en aquellas fotos, ella la creía. En el tiempo que la había tratado comprobó que era una persona leal, honesta y sincera, que amaba a Martín por encima de todo.

Por su parte, Elena estaba completamente hundida. Llevaba cinco días en cama, sin comer apenas y sin ganas de hablar con nadie. Solo lloraba. Continuaba en casa de su abuelo y este, al ver que no mejoraba, comenzó a preocuparse seriamente por ella. Hizo que un médico viniese a verla, pero la encontró bien. Tan solo estaba muy baja de ánimos. Le hacía falta hablar, salir y distraerse. Él comprendió que estaba mayor para sacar a su nieta de aquella situación, pero sabía de la persona indicada. Llamó a Virginia sin que Elena lo supiese y le contó el estado en el que se encontraba su hermana. Le ofreció alojamiento indefinido en su casa y la muchacha aceptó de inmediato.

Cuando Virginia estuvo ante su hermana, casi se desmayó. Estaba más delgada, ojerosa y demacrada. Nunca la había visto con tan mal aspecto.

Para Elena fue una completa sorpresa que su hermana abriese la puerta de la habitación en la que llevaba encerrada días. Tan solo salía para comer cuando su abuelo le insistía mucho.

—¿Qué te ha hecho ese cabrón para que estés así? —preguntó con ganas de matar a Martín, después de haber abrazado y besado a su hermana.

Cuando Sebastián le dijo que viniese le contó la historia sin entrar en demasiados detalles.

Elena se derrumbó ante Virginia, lloró de nuevo y le relató el infierno que llevaba vivido desde que Martín se presentó en casa con unas fotografías que la acusaban.

Como todos los que conocían a Elena, Virginia la creyó. No la veía capaz de traicionar el gran amor que sentía por su marido con una aventura.

Las hermanas estuvieron varias horas, a solas, en la habitación. Cuando Sebastián consideró que habían tenido un tiempo prudente de confidencias e intimidad las interrumpió. Estaba más alterado de lo normal al ver a Elena en aquel estado. Deseaba comprobar si la idea de traer a Virginia había servido para que su nieta levantase los ánimos.

—Ya veo que la visita de Virginia te ha devuelto la vida —comentó cuando abrió la puerta, la vio sonriente y observó que en sus maravillosos ojos volvía a haber luz. Ya no tenía aquella mirada perdida y sin vida de días atrás.

—Gracias por traerla. —Se levantó de la cama, para sorpresa de su abuelo, y lo abrazó.

—Me alegro de verte mejor. —Le dio un beso, emocionado—. Virginia, puedes quedarte todo el tiempo que desees, ya lo sabes.

—Gracias. Creo que me quedaré unas semanas.

—¿Y la universidad? —preguntó Elena, preocupada.

—He decidido cambiar de carrera. Creo que Derecho no es lo mío. —Llevaba un año y medio en aquella titulación—. He hablado con papá y mamá y voy a matricularme en periodismo, aquí en Madrid —anunció muy contenta.

—¡¿Cómo?! —El cambio de vida en Virginia hizo que Elena se olvidase se sus propios problemas.

—¿Qué os parece si Virginia nos cuenta todo mientras cenamos? —propuso Sebastián—. Marina nos tiene una cena exquisita. —Ambas aceptaron y se encaminaron al salón—. Virginia, desde ya te digo que tienes mi apoyo incondicional para todo lo que necesites en tus estudios y una nueva vida aquí en Madrid.

—Gracias, es usted muy amable.

—No me hables de usted. ¿Tan viejo te parezco? —bromeó, e hizo que ambas estallasen en carcajadas.

La cena discurrió entre risas y novedades. Elena se alegró mucho de que Virginia tuviese tan claro, por fin, por dónde quería llevar su vida. Sabía que se decidió por la titulación en Derecho porque su novio estudiaba aquella carrera, pero desde que lo dejó, no la veía contenta. Ella era un espíritu libre, impulsiva, aventurera e inquieta, no la imaginaba en la faceta de abogada.

***

Tras dos semanas, Elena, en compañía constante de su hermana, comenzó a comer más, salió a dar paseos y empezó a plantearse cómo sería su vida de ahora en adelante. No había tenido noticias de Martín en todo ese tiempo, tan solo la llamó Rita, su secretaria, para comunicarle que su marido había iniciado los trámites del divorcio. Ella se lo comunicó a Sebastián y este le dijo que él se encargaría de todo.

Desde casa, se pasaba el día encerrado en el despacho, trabajaba en varios asuntos que lo inquietaban, uno era la separación entre Elena y Martín y otro era el tema de las fotografías de

su nieta con otro hombre. Las había mandado a analizar y obtuvo los mismos resultados que su hijo; no eran un montaje. Esto le hizo caer en algo que hasta el momento, desde que Elena apareció en su vida, no había pensado. Contrató a un detective privado y le ordenó investigar la vida de su mujer desde que se marchó a Francia con su hermana. Desde entonces apenas supo de ella y no se habían vuelto a ver.

Con respecto a Martín, se habían visto poco, hablaban casi a diario por teléfono, pero las conversaciones se limitaban, en exclusiva, a temas de trabajo. Había llegado al acuerdo con su padre de no hablar más de Elena y ambos lo cumplían. Sebastián conocía bien a su hijo y sabía que todo intento con respecto a mejorar la situación con ella iría en perjuicio de la relación con él. Nada ni nadie haría creer a Martín que su mujer no lo había traicionado.

Una mañana, cuando Elena se levantó, estaba mareada. Virginia dormía junto a ella en la gran cama que tenía en la casa de Sebastián. Sobraban habitaciones, pero las hermanas preferían estar juntas.

—Anoche apenas cenaste —le reprendió Virginia mientras la ayudaba a volver a la cama.

—Tenía el estómago revuelto. Debió de sentarme mal algo en el almuerzo. He pasado la noche inquieta, quizás esté incubando algún virus.

—Creo que deberías ir al médico. Sebastián me dijo que lo tienes pendiente desde el día que llegaste aquí y te desmayaste —le recordó.

—Mañana iremos. Hoy solo quiero dormir. Me encuentro fatal.

Se derrumbó en la cama, y así permaneció durante todo el día. Virginia estaba preocupada porque el color rosado, de los días anteriores, habían vuelto a desaparecer de las mejillas de su hermana. Cuidó de ella sin decirle del malestar a Sebastián. Elena le pidió no preocuparlo más de lo necesario.

Al día siguiente, continuaba igual. Virginia insistió y fueron al médico. Le hicieron varias pruebas y quedaron pendiente de los resultados.

Cuando fueron a recogerlos, Elena se encontraba mucho mejor. Estaba segura de que había pasado un virus estomacal. Sentada con Virginia en la consulta del médico, esperaban las pruebas mientras el médico consultaba en el ordenador.

—Señora, ya tenemos el resultado de todo. No tiene de qué preocuparse —anunció con una sonrisa. Él mismo fue testigo de lo mal que se encontraba días atrás y de lo preocupada que estaba por tener alguna enfermedad grave. Virginia le tomó una mano a Elena, se la apretó y sonrió. Ambas respiraron con tranquilidad—. Tengo una buena noticia que darle, está usted embarazada.

El médico sabía que Elena estaba buscando un hijo, la había atendido meses atrás cuando fue a una revisión, le quitó las pastillas anticonceptivas y le confirmó que estaba en perfectas condiciones para quedarse embarazada en cualquier momento, como era el deseo de ella y Martín antes de suceder todo.

—¡¿Cómo?! —preguntó sin apenas voz y los ojos muy abiertos. No se esperaba aquella noticia.

—Va a ser usted madre, Elena. La voy a derivar a mi compañera para que sea Patricia quien la lleve el resto del embarazo. Es una de las mejores. —El hombre tecleó en el ordenador mientras Elena y Virginia se miraban en silencio, desconcertadas—. Tiene la cita con ella mañana a las seis de la tarde. ¿Le va bien? —preguntó sonriente. El doctor se mostraba más alegre que las dos mujeres que tenía frente a él.

Elena solo asintió. Estaba en trance.

Virginia ayudó a su hermana a levantarse y salieron a la sala de estar. Allí, Elena se volvió a sentar. Le temblaban las piernas. Tenía que asimilar que estaba embarazada, iba a ser madre en aquel momento tan complicado de su vida.

—¿Estás bien? —preguntó Virginia con miedo, tomándola de la mano.

—Sí. —Elena la miró con una sonrisa en la cara y se llevó una mano al vientre y se lo masajeó—. Voy a ser madre —afirmó con entusiasmo.

Virginia la abrazó, el cuerpo le encajó cuando vio que su hermana estaba feliz con la noticia.

—Me alegro mucho. Voy a ser tía —anunció contenta.

—Uf. —Suspiró Elena al tomar aire—. Es algo que tendré que asimilar, pero estoy feliz. En estos momentos de mi vida ha nacido una ilusión que hará que me centre en ella por completo.

—Me alegro de que así sea. Yo estaré ahí en todo momento para apoyarte.

—Gracias.

—¿Se lo vas a decir a Martín? —preguntó con miedo Virginia.

—No —respondió de inmediato, muy seria—. Este hijo va a ser solo mío. Él cree que lo engañé con otro hombre, ¿piensas que no dudará de su paternidad? —Virginia solo asintió en silencio. La situación era complicada y Elena la única que tenía el poder de decidir cómo hacer las cosas—. Por ahora no quiero que nadie más se entere de esto. Tengo que pensar con calma cómo manejar la situación. Por favor, no digas nada por ahora —le rogó apurada.

—Todo será como tú desees. Tienes que estar tranquila y cuidarte, ahora llevas un bebé dentro de ti —le recordó con cariño mientras unía su mano a la de su hermana en el vientre.

Al día siguiente, Elena volvió al hospital acompañada de Virginia. Patricia, la doctora que la llevaría durante el embarazo le pareció muy buena. Empatizó con ella de seguida y le agradeció que la tratase tan bien.

La doctora le dio cita para dentro de dos días. Le haría una ecografía y comprobaría cómo evolucionaba el bebé. Estaba embarazada de casi tres meses. A partir de ese momento, muchas cosas iban a cambiar en su vida. Desde los cuidados que tenía que comenzar a tener debido al embarazo, como una nueva rutina. Tenía tres cosas claras; no podía seguir viviendo en casa de Sebastián, debía trabajar y Martín nunca se enteraría de que ella iba a tener un hijo suyo. Desde que supo que estaba embarazada había pensado muchísimo y tenía decidido qué iba a hacer de ahora en adelante.

—¿Qué planes tienes? —preguntó Virginia mientras tomaban un refrigerio en El Retiro. Después de salir del hospital a Elena le apetecía caminar un poco, era media tarde y había mucha gente en el parque.

Virginia conocía bien a su hermana y, por lo callada que había estado y las vueltas que dio en la cama la noche anterior, sabía que algunos cambios importantes le rondaban en la mente.

—He decidido volver al pueblo. Antes de saber lo del embarazo pensaba quedarme aquí y comenzar con mi negocio, pero ahora lo más sensato es marcharme de un lugar donde me puedo encontrar con Martín. No deseo que sepa que voy a tener un hijo.

Virginia suspiró. Le daba rabia que su hermana dejase a un lado el sueño de convertirse en diseñadora de vestidos de novia y volviese al pueblo, pero por otro, comprendía que quisiese estar lejos de Martín. No le había dicho nada, pero había visto a su cuñado en las revistas, acudía a fiestas muy bien acompañado.

—¿Tienes idea de quién ha podido hacer lo de las fotos? Está claro que ha sido para

separaros. Erais una pareja que causaba envidia.

—No lo sé, ni me importa. Solo sé que cuando Martín tenía que haber demostrado su amor y confianza en mí no lo hizo.

A la tarde siguiente, después del almuerzo, Elena decidió salir a pasear sola. Virginia tenía unas gestiones que hacer para emprender una nueva vida en la capital. Cuando Elena regresó a casa, su abuelo la recibió con un gran abrazo y llenándola de besos.

—Mi vida. ¡Qué feliz soy! ¿Cómo no me has dicho nada? —Ella lo miró sin entender a qué se refería—. ¿No pensabas decirme que estás embarazada? —preguntó con dulzura.

De repente, necesitó sentarse. Su abuelo la acompañó al sofá más cercano.

—Eh… —titubeó, sin saber por dónde comenzar—. Tenía que asimilar la noticia yo primero —se excusó sin saber qué decir.

—Cariño, voy a estar ahí apoyándote en todo. Y si tengo que amarrar a Martín para que cumpla con sus obligaciones lo haré.

—No, abuelo. Martín no debe enterarse de que estoy embarazada —le rogó casi desesperada.

—¿Qué? —preguntó sorprendido—. Es el padre —afirmó contundente.

—Por cierto… —lo interrumpió mientras se llevaba una mano a la cabeza en señal pensativa—. ¿Cómo te has enterado de mi embarazo?

—Te has dejado el móvil encima de la mesa antes de salir. Ha sonado en varias ocasiones con insistencia y me tomé la libertad de cogerlo por si era algo urgente. Una enfermera del hospital me comunicó que te adelantan la cita de la ecografía de mañana por la tarde al mediodía. Creo que me confundió con tu marido y me dio la información sin preguntar.

Elena lamentó aquel error. No entraba en sus planes que su abuelo conociese tan pronto su estado.

—Ha sido una sorpresa para mí, pese a que Martín y yo llevábamos unos meses buscando este bebé —reveló preocupada.

—Con más razón para que lo sepa. ¿O piensas tenerlo sola? —preguntó alterado. Se levantó, se metió ambas manos en los bolsillos y caminó pensativo. Ya en casa no usaba el bastón, tan solo cuando salía a la calle. La mejoría de Sebastián tenía sorprendido a los médicos.

—Martín nunca creería que este hijo es suyo, o lo cuestionaría, y eso me mataría. Él cree que estuve con otro hombre, no ha confiado en mí y no lo hará cuando le diga que estoy embarazada. Saberlo solo me generará problemas. Cuando nazca el bebé querrá hacerle las pruebas de paternidad y luego tendré que compartirlo con él, mientras que ante sus ojos siempre seré una traidora y me odiará. No voy a pasar por eso. Lo tengo claro. Te pido que no le digas nada, abuelo —le rogó nerviosa.

Sebastián captó la intranquilidad de su nieta y accedió a ello. Al fin y al cabo, en los momentos en los que estaban, Martín no se merecía recibir tal noticia.

—¿Qué tienes pensado? —preguntó preocupado—. Cuenta siempre con mi apoyo incondicional.

—Lo sé. Voy a volver al pueblo —anunció con tristeza. De inmediato, Sebastián se dio cuenta de que no era lo que deseaba—. Allí no sabré nada de Martín ni él de mí. Virginia y tú no me lo decís, pero no soy tonta, pongo la televisión, leo la prensa y revistas y uso internet, sé que se divierte con frecuencia en fiestas con mujeres y no puedo evitar que eso me duela. Por otro lado, es cierto que el impulso definitivo para volver a Aracena me lo ha dado el

hecho de saber que estoy embarazada. Quiero que mi hijo se crie lejos de conflictos y peleas. Si me quedo aquí vivirá de cerca todos los que tendré siempre con Martín cuando sepa que es el padre.

A Sebastián se le vino el mundo encima cuando sintió que perdía de nuevo a Elena. No la quería lejos de él, y mucho menos ahora que iba a ser madre.

Agotada del paseo y las emociones vividas con su abuelo al saber que estaba embarazada, se retiró a su habitación.

Tres horas después, Sebastián se presentó en el cuarto de su nieta. Había pensado mucho la nueva situación y no estaba dispuesto a perderla, si tenía que sacrificar la vida de Martín, lo haría.

—Elena, cariño, he encontrado la solución a todo esto. No tendrás que marcharte de Madrid. Vas a hacer tu sueño realidad. Abrirás la tienda de vestidos de novia como tenías pensado, antes de verano. Martín no va a ser un obstáculo para ti.

Ella lo miró sin entender nada.

23

—Voy a enviar a Martín por un largo tiempo a Londres —anunció sin remordimientos. Elena fue a decir algo, pero Sebastián le hizo un gesto con la mano para que le dejase terminar—. ¿Te acuerdas del problema que surgió en nuestras empresas de allí a finales de año y él nunca fue porque se quedó a tu lado? —Ella asintió, lo recordaba—. Bien, el problema está casi solucionado. Por suerte, esos informes solo me los han ido pasando a mí. He sido yo el que ha estado al tanto. Uno de los gestores nos estaba desfalcando dinero, bien, pues no le diré a Martín que todo está casi solucionado, lo voy a volver a liar todo y lo que yo y los gestores hemos averiguado en casi seis meses, él tardará un poco más —Sonrió de forma malvada—, lo voy a arreglar todo. Si Martín no está en Madrid, ya no tendrás motivo alguno para marcharte. Él no te verá embarazada, no tendrá relación con nadie que le informe. Tú podrás abrir tu negocio y realizar tu gran sueño. ¿Qué me dices? En mí tendrás todo el apoyo necesario para criar al niño. El tema económico, ya sabes que no es un problema —le recordó, esperanzado en que aceptase lo que le proponía.

Elena lo miró pensativa y sintiéndose culpable de tener la vida de Martín en sus manos sin él ni siquiera saberlo.

—Es una oferta muy tentadora, abuelo. Tendría que pensarlo con calma.

—Tómate el tiempo que necesites —la animó.

—Me siento mal manejando la vida de Martín a nuestro antojo —reveló con culpa.

—Es un caso extremo. Dadas las circunstancias, por la ceguera de mi hijo, tengo que elegir entre tú o él. Y mi elección eres tú, no porque seas mi sangre, sino porque eres la parte débil y perjudicada. Si él no sabe apreciar la gran mujer que eres en todos los sentidos, yo sí. Algún día se dará cuenta de lo que ha perdido y te pedirá perdón.

—Nunca lo perdonaré.

—Dame una respuesta cuando estés segura de lo que hacer. —Le dio un abrazo y un beso y la dejó sola de nuevo.

Virginia llamó a su hermana y le dijo que se quedaba a cenar con unas amigas y a tomar unas copas. Aquella noche coincidió en una discoteca con Miguel, el amigo de Martín que conoció el día del cumpleaños de Elena. Desde entonces no se habían perdido la pista, se dieron los teléfonos y hablaban de vez en cuando. Se saludaron entre la multitud y apenas se dijeron mucho más, la música estaba muy alta. Luego, Virginia vio que se dirigió hacia un reservado donde estaba su todavía cuñado. Lo observó con una rubia que no lo dejaba solo ni un instante. Estaba claro que iba a su caza.

Antes de dormir, Elena veía la televisión desde la cama. Hizo *zapping* por varias cadenas y se paró en el canal que, en un programa de cotilleos, daban la noticia, en primicia, que Martín Quiroga y la presentadora Gisela Soler habían vuelto. Enseñaron una imagen borrosa de ambos, se besaban en un lugar rodeados de más gente.

Con lágrimas en los ojos, triste y destrozada, Elena apagó la televisión y lloró al recordar la foto de Martín con otra mujer. No quería que le hiriese verlo, pero le dolía demasiado. En esos momentos sufría el doble, por ella y porque su hijo nunca tendría una familia como la que siempre soñó.

Martín terminó la noche en casa de Gisela. Desde que coincidieron en aquella fiesta la mujer no se despegó de él. Estaba dispuesta a conquistarlo de nuevo y no dejarlo escapar. Él, debido a los malos momentos por los que pasaba, se dejó embaucar y terminó en la cama con ella. Últimamente bebía más de la cuenta, y aquella noche Gisela se aprovechó.

A altas horas de la madrugada, Martín llegó a su casa. Fue directo por una copa y se la bebió en la oscuridad del salón, con la vista clavada en las luces de los edificios del exterior.

Llevaba casi quince días en los que el dolor de la traición de Elena no se calmaba con nada. Sentía un gran agujero en el pecho que no conseguía llenarlo ni con el trabajo, ni el alcohol, ni en los brazos de otras mujeres. Elena lo había dejado marcado de por vida.

Se terminó la copa, y antes de echarse otra, se quitó la camisa y los zapatos. Tan solo se dejó los pantalones del elegante traje que había llevado aquella noche. Se sentó en el suelo, llevó las rodillas a la altura del pecho y se sumergió en los recuerdos de su pasado, feliz junto a Elena, con ella en la cama, cuando le sonreía y cuando planeaban una vida juntos llena de felicidad. De repente, con rabia, estrelló la copa contra la pared que tenía enfrente. Junto a ella destrozó un cuadro, este cayó al suelo y se partió en dos. No se inmutó ante los estruendos. Ahora, con la imagen de las fotografías de Elena y su traición con otro hombre, cogió la botella de licor que se había puesto al lado y se la bebió. Cuando la vació, la estrelló contra la misma pared. Se puso de pie, casi no podía sostenerse, y agarrándose al mobiliario se encaminó hacia la habitación. Al pasar por la puerta cerrada de la habitación de Elena, no había entrado más desde que ella se marchó, la abrió. Nada más poner un pie allí, el olor a ella le impregnó las fosas nasales. Los buenos momentos vividos en esa habitación le volvieron a la mente y se refugió en ellos. Fue hasta una foto que tenía Elena encima de la mesita de noche, era de ellos dos en la nieve. La cogió entre las manos y pasó el dedo, con nostalgia, por el rostro de ella. Se sentía burlado y traicionado. Amaba a aquella mujer como nunca había pensado que se podría. Con todas sus ganas, estrelló el cuadro contra un cristal. Ambos se rompieron. En un repentino ataque de rabia y furia, cogió una silla y comenzó a golpear todo lo que estaba al alcance. Cuando había destrozado casi toda la habitación, derrumbado, se dejó caer sobre la cama. Con parte de las cortinas entre los puños, las había arrancado, lloró. Abatido, se preguntaba una y otra vez porqué Elena le había hecho aquello. Lleno de rabia y borracho, comenzó a hablarle a los trozos de cristales que había en el suelo y reflejaban el rostro de Elena debido a la fotografía que estaba cerca.

—¿Por qué me hiciste esto? ¡¿Por qué?! —gritó con la voz desgarrada—. Me has dejado roto en mil pedazos, sin saber cómo reconstruirme —la acusaba sin piedad—. ¡Maldita seas! No puedo sacarte de mi mente ni de mi corazón. Trato de encontrarte en cada mujer que miro, pero eres única, joder. Me has destrozado la vida. Me hiciste creer en una familia, pero me has engañado. ¡¿Por qué?! ¿Acaso yo no era suficiente para ti? Te lo he dado todo y me has dejado vacío. Te imagino en los brazos de otro, disfrutando con otro en la cama como lo hacías conmigo y me vuelvo loco. Te odio, Elena, maldigo la hora en la que me enamoré de ti.

Entre lamentos, lágrimas, reproches y maldiciones cayó vencido. Se quedó dormido en la cama que fue de ella. Allí permaneció hasta el mediodía siguiente. Hacía días que no dormía más de dos horas seguidas, pero aquella noche, entre las sábanas de la mujer que amaba, que aún conservaban su olor, fue como si la volviese a tener a su lado.

—¿Tú te crees que puedes continuar así? —La voz de Dora lo sacó del sueño en el que se

encontraba. Maldijo y se incorporó un poco, como pudo, apenas podía moverse, para mirarla —. El salón está destrozado, mira esta habitación y mírate tú —le reprochó con energía.

Dora se permitía ciertas licencias con Martín. Echarle la bronca cuando hacía algo mal era una de ellas.

—Deja de gritarme. La cabeza se me va a romper —murmuró con la boca pastosa. Todo le daba vueltas.

La mujer continuó observándolo, estaba boca abajo en la cama, con la cabeza en los pies de esta. Le dolía verlo hundido.

—No puedes seguir así. Necesitas ayuda.

—No necesito a nadie. Solo que se pase este dolor que Elena me ha provocado.

—Un día cuando llegue, te voy encontrar muerto por algún rincón de la casa. Desde que ella se fue, escenas como estas suceden a menudo. O la crees y la perdonas, o cambias de vida y dejas de compadecerte. Te estás destruyendo, mírate y mira a tu alrededor y reflexiona.

Martín ni siquiera le prestaba atención. Con los ojos abiertos, tenía la vista perdida en el infinito.

Con coraje, Dora cogió un cojín del suelo, se lo tiró con ganas y acertó dándole de lleno en la cabeza. Esto hizo que la mirase a la cara, y cuando fue a decirle algo la mujer se marchó. Se derrumbó de nuevo contra el colchón y se durmió. Era consciente de que no podía continuar así.

***

Como Sebastián ya sabía que su nieta estaba embarazada, Elena lo invitó a ir a la ecografía que le harían aquella tarde. Por supuesto, aceptó encantado. Él y Virginia la acompañaron. Entre los tres quedaron en guardar silencio hasta que ella estuviese preparada para decirles a todos que iba a tener un hijo.

Elena sabía de la amistad entre Virginia y Miguel desde que se conocieron, en más de una ocasión le había dicho que era muy mayor para ella y que no se hiciese ilusiones, por ello le advirtió de que no le dijese nada si coincidía con él. Virginia no le contó que lo había visto en dos ocasiones, en la discoteca y una tarde para tomar café, pero en ninguna de ambas hablaron sobre la separación de ellos y la situación por la que pasaban.

Emocionada, Elena se preparó para ver y escuchar los latidos del corazón de su hijo por primera vez. Cuando se tendió en la camilla y le pusieron el gel sobre el abdomen tenía lágrimas en los ojos a punto de brotar. En aquellos instantes echaba de menos a Martín a su lado, perdiéndose todo aquello, con lo que ambos habían soñado.

Virginia y Sebastián, sentados cerca de Elena, estaban ansiosos porque llegase el momento.

En el monitor se comenzó a ver algo, Elena intentó distinguir a su hijo, pero no lo veía con claridad. Con paciencia, esperó a que Patricia le indicase algo. La doctora estaba centrada en la pantalla, movía el ecógrafo en el vientre de Elena mientras fruncía el ceño.

—¿Todo va bien? —preguntó al ver el gesto serio. Patricia era muy amable y sonriente y desde que apareció la imagen en el monitor Elena apreció preocupación en el rostro de ella.

La doctora accionó un botón y Elena comenzó a escuchar un sonido irregular. Se tranquilizó un poco cuando le sonrió de forma amigable a su anterior pregunta.

—¿Escuchas? —Elena asintió—. ¿Escuchas bien? —Insistió con una amplia sonrisa.

—Es mi bebé —dijo emocionada, unas lágrimas escaparon por sus mejillas.

Sebastián y Virginia admiraban la imagen borrosa en silencio. Eran incapaces de decir nada.

—Tenemos una sorpresa —anunció Patricia con alegría.

—¿Mi bebé está bien? —preguntó incorporándose un poco en la camilla, para ver mejor el monitor, como si ella lo entendiese.

—Oh, sí —afirmó con una sonrisa—. Están muy bien. ¿Escuchas el sonido doble? —Elena asintió sin saber muy bien a qué se refería—. Son dos. —La futura madre se quedó callada, no la entendió muy bien—. Tienes a dos bebés aquí, Elena. Estás embarazada de gemelos.

—¡¿Qué?! —preguntó con la mandíbula desencajada. Se tumbó en la camilla y sintió que se mareaba. Un sudor frío le cubrió la frente.

Patricia comenzó a abanicarla de inmediato. Sebastián y Virginia no atinaron a levantarse y ayudarla, se habían quedado de piedra. Ninguno esperaba una noticia como aquella.

—Tranquila. Están bien. No tienes de qué preocuparte. Vigilaremos más el embarazo y lo prepararemos todo.

—Dos bebés —pronunció Elena muy despacio, trataba de asimilarlo.

—Dos —confirmó la doctora, sonriente.

—Abuelo, Virginia, ¿habéis oído? —preguntó al verlos callados y sentados, con la vista clavada en el monitor.

—Sí —manifestaron a la vez. No sabían si levantarse y felicitarla, consolarla… Elena no daba muestras de qué sentía en aquellos instantes.

—Voy a necesitar mucha ayuda con ellos —comentó nerviosa y feliz al mismo tiempo.

Era la señal que ambos esperaban. Se pusieron en pie, fueron hasta ella y la abrazaron.

—Estaremos a tu lado de forma incondicional, mi vida —prometió Sebastián mientras le daba un beso en la frente.

—Voy a consentir mucho a mis sobrinos, y a cuidarlos —la animó Virginia.

Finalmente, salieron del hospital felices y sonrientes. Elena siempre deseó ser madre de más de un hijo, lo que nunca imaginó es que le viniesen dos de golpe, pero lo afrontó bien. No se hundió ni se le vino el mundo abajo, todo lo contrario, se prometió superarse y luchar por sus hijos, pensaba ofrecerles lo mejor.

Aquella noche, Elena no pudo dormir. Se sentía feliz y desgraciada al mismo tiempo. Anhelaba compartir todas aquellas emociones con el padre de sus hijos, tenerlo a su lado y que la abrazase en aquel momento en el que tanto lo necesitaba. Sin embargo, se mentalizó para criar a sus hijos sola. Se convenció de que no necesitaba a Martín, no se merecía, después de cómo la trató y lo que pensaba de ella, que le diese tal noticia. Estaba segura de que no la recibiría con alegría.

La noche fue larga y le dio para pensar mucho. Iba a tener dos hijos y debía trazar con cabeza la que sería su vida de ahora en adelante.

A la mañana siguiente, lo primero que hizo al levantarse fue ir al despacho en la casa de su abuelo. Él siempre estaba allí desde muy temprano.

—Acepto tu proposición. Envía a Martín a Londres y me quedaré en Madrid. Abriré mi negocio, tendré a mis hijos y cuidaré de ellos. Necesito ser autosuficiente para sacarlos adelante, no pienso vivir de nadie —manifestó contundente.

Feliz, Sebastián no le rebatió nada. Elena iba a continuar a su lado y eso era lo más importante.

—Me alegro muchísimo, hija. —Se acercó a ella, la abrazó y la besó—. Estás haciendo lo

correcto. Aquí lo tienes todo. Nunca te va a faltar de nada.

Elena solo asintió, convencida de que le iban a faltar muchas cosas, entre ellas el padre de sus hijos, pero no se lo dijo.

—Me tendré que ir a vivir a otro lado, no quiero habladurías de que vivo con mi suegro. Además, necesito mi propio espacio.

—Eso no es problema. Mañana mismo pongo a mis asesores y abogados en marcha para que comiencen la búsqueda de un piso a tu medida.

—No es necesario… Yo…

—Elena, eres mi nieta. Vas a vivir como te corresponde. No voy a permitir que pases necesidades. Yo te compraré una casa y tu trabajarás para ti y tus hijos —propuso como buen negociador que era.

—Vale —aceptó sin más remedio. Era consciente de que no tenía dinero para comprar ni alquilar nada.

—Además, no olvides que cuando tengas el divorcio obtendrás una buena suma de dinero.

—No quiero nada de Martín.

—No lo utilices para ti, hazlo para tus hijos si así te quedas más tranquila.

—Necesito que la prensa y la gente se olvide de que fui la mujer de Martín Quiroga —le pidió con recelo.

—Haré todo lo que esté en mi mano. Tendrás total anonimato. La prensa te dejará en paz.

Elena asintió, feliz.

—Gracias por todo.

—No es nada, mi niña. Tú lo eres todo para mí. Mañana mismo envío a Martín fuera de Madrid. Deseo que estés tranquila en todos los aspectos de tu vida.

—Sé que esto debe ser difícil para ti. Él … al fin y al cabo, es para ti como un hijo.

—Sí, pero se está comportando como un ciego imbécil, y debe recibir un escarmiento. A ver si al cambiar de aires se da cuenta de la gran mujer que ha perdido.

—Dudo de que se retracte de sus pensamientos.

Sebastián no le dijo que tenía a un detective detrás de una pista. Estaba decidido a llegar al fin de aquel asunto y que Elena y Martín volviesen a ser una familia, ahora más que nunca.

—¿Y si Martín no acepta marcharse? —preguntó preocupada.

Desde que supo que estaba embarazada de gemelos no se veía en Aracena. Deseaba desarrollar su vida en Madrid, lanzarse como diseñadora y poder vivir de ello y ofrecerles un futuro a sus hijos.

—Lo hará. No te quepa la menor duda. Él nunca me niega nada, y en estos momentos de su vida necesita un cambio y marcharse a Londres será como una vía de escape que tomará nada más que se lo plantee.

—Nunca le voy a decir que va a tener dos hijos. Quiero que me prometas que tú tampoco lo harás.

Sebastián asintió a sabiendas de que tarde o temprano tendría que romper aquella promesa.

Cuando Elena se marchó del despacho de su abuelo apenas era las nueve de la mañana. De inmediato, Sebastián llamó a Martín y este le confirmó que aún se encontraba en casa desayunando.

—En cinco minutos estoy ahí, espérame —le dijo antes de que le colgase. Salió de casa con prisa y se dirigió a la de su hijo. Nunca se le había hecho un camino tan cerca tan largo.

—¿Qué te trae por aquí a estas horas? —murmuró Martín con desgana. No se levantó a recibirlo. Abrió la puerta Dora y luego desapareció.

—No tienes buen aspecto —comentó a modo de reproche.

—Gracias por el cumplido —murmuró mordaz. Se terminó el café y lo miró interrogativo.

—Tenemos que hablar —anunció Sebastián, serio—. Vuelven a existir problemas graves en Londres. No confío en nadie más, quiero que vayas y lo soluciones.

—¿De qué se trata? —preguntó preocupado.

—Nuestras acciones bajan cada día y han desaparecido tres millones de euros sin justificar del estado de las cuentas en nuestros negocios de allí. Algo pasa y no podemos continuar así más tiempo.

—Creí que ese problema ya estaba solucionado. Enviaste a dos hombres y tú lo has ido supervisando todo en estos meses.

—No ha sido así. No te quise abrumar con más problemas, intenté sacarlo yo solo adelante, pero por lo que se ve estoy mayor.

—Pásame toda la documentación y la estudiaré.

—El problema hay que tratarlo allí. Debes irte a Londres.

—¿Y la presidencia del Grupo Quiroga?

—Yo me encargaré por un tiempo y estaremos en constante comunicación a diario.

—Arreglaré todo para marcharme cuanto antes. —Sebastián suspiró cuando vio la buena disposición—. Tenemos unos meses duros por delante —aventuró—. Cuídate, viejo —le aconsejó—. Dile a tu nieta que te ayude, si le sobra tiempo cuando no se esté revolcando con otro en la cama —comentó de forma hiriente.

—¡Retira tus palabras de inmediato! —exigió con un grito, levantándose y dando un sonoro golpe en la mesa que hizo que los platos y la taza se levantasen e hiciesen ruido contra la superficie—. He cumplido mi promesa y no te he nombrado a Elena en todo este tiempo, no lo hagas tú. Por el bien de nuestra relación.

—Discúlpame. —Martín se levantó y le acarició el hombro en señal de arrepentimiento.

—Que no se vuelva a repetir. —Le dio un abrazo—. Mantenme informado de todos los pasos, cuando te vas y cómo quedan las cosas aquí en la cadena.

***

Cinco días después, Martín había arreglado todo para su marcha a Londres por un tiempo indefinido. No sabía lo que le iba a llevar resolver la situación allí. De ante mano, presagiaba que pasaría todo el verano inmerso en números y descuadres financieros.

Desde la marcha de Elena de su casa no supo nada más de ella. Ignoraba si se encontraba en casa de Sebastián, había vuelto al pueblo o vivía con su amante. Pasó en varias ocasiones por el local que compró para ella y no había visto señales evidentes de abrir el negocio.

El vuelo de Martín salía en cinco horas, al revisar los últimos documentos se dio cuenta de que su padre no había firmado los poderes que lo autorizaban en los bancos de Londres. Sin pensarlo, fue a su casa. Sabía que él siempre estaba allí. Quedaron que solo acudiría al despacho de la presidencia en el Grupo Quiroga dos días en semana, el resto lo dirigiría desde casa.

Sebastián firmó los documentos y ambos se despidieron en un emotivo abrazo. Martín no le preguntó por Elena, aunque en realidad se moría de ganas por saber de ella.

La tranquilidad reinaba en Sebastián mientras Martín estaba en su casa, sabía que Elena pasaría todo el día fuera con Carla, su antigua entrenadora, le había pedido que fuese ella la encargada de diseñarle el vestido de novia. Era su primera clienta y esto la tenía muy

ilusionada.

Para más rapidez, Martín se acercó a casa de su padre andando, pero se arrepintió de ello cuando se encontró con Elena en el portal del edificio cuando se marchaba. Él salía del ascensor distraído, con los documentos firmados debajo del brazo, cuando ella entraba por la puerta. Casi chocaron ya que Elena venía pendiente del móvil.

Ambos quedaron frente a frente, ninguno supo cómo reaccionar. Se quedaron como dos bloques de hielo. Había pasado casi un mes desde la última vez que se vieron.

—Perdona, no te vi —se disculpó Martín al verse tan cerca de ella. El característico perfume de Elena le inundó las fosas nasales y la deseó como nunca antes.

—Venía distraída —comentó con la respiración alterada por la inesperada impresión de verlo.

Tenerlo parado frente a ella, mirándola con aquellos ojos claros, acusadores, le hicieron temblar las piernas. Comenzó a verlo borroso y sintió que perdía el sentido. Intentó caminar hacia el ascensor y perderlo de vista, pero no le dio tiempo. Al pasar por su lado se desmayó. En un acto rápido, la cogió entre sus brazos y evitó que aterrizase en el suelo.

—¡Elena! —Le dio varias palmadas en las mejillas para que reaccionase. Estaba blanca como la leche.

Sin perder tiempo, la cargó en brazos y entró con ella en el ascensor. Pulsó el piso de Sebastián y mientras llegaban trató de que reaccionase, pero no lo hizo. Preocupado, sin poder evitarlo, no perdió la ocasión de darle un beso. La amaba con todas sus fuerzas y verla indefensa y desvalida lo ablandó.

Cuando entró en casa de su padre, la llevó directa al sofá. Cuando este escuchó la voz de su hijo salió del despacho y se encontró con la escena; Martín sentado al lado de Elena, ella comenzaba a abrir los ojos. Marina le daba un vaso de agua mientras Rodolfo pedía una ambulancia.

—No es necesario —protestó Elena, apenas sin fuerzas cuando escuchó la llamada.

—¿Qué ha pasado, Martín? —preguntó a modo de reproche Sebastián.

—Estoy bien, abuelo —lo tranquilizó Elena.

—Déjalo, Rodolfo. Debe ser una bajada de tensión como las que sufrió últimamente. Yo me encargo.

El sirviente colgó el teléfono y desapareció junto con Marina.

—Elena, ¿cómo te encuentras, hija? —Se acercó a su nieta, preocupado.

Martín continuaba sentado a su lado, la miraba son el rostro serio y aún tenía la mano cerca de ella, le acababa de apartar el pelo de la frente. Estaba sudando.

—Estoy bien. Vete —se dirigió a Martín. Evitó el contacto con él e intentó levantarse. Sebastián la ayudó.

—¿Qué tienes? —Martin no pudo evitar la pregunta. Ver a Elena enferma le hizo olvidar todos los rencores contra ella.

—Lo que tenga es cosa mía, recuerda que yo para ti estoy muerta.

Sintiéndose mejor, comenzó a caminar sola hacia su habitación.

Dolido y con una gran rabia interior por callarse lo que tenía ganas de gritar, Martín la observó de espaldas. Sebastián fue tras ella sin decir nada. Le hubiese gustado decir la verdad y ver la reacción de su hijo, pero sabía que no era el momento. Con los años, había aprendido que la paciencia y el saber estar eran las mejores armas para ganar una gran batalla.

24

Dos meses después.

La vida de toda la familia Quiroga cambió bastante. Martín y Elena ya no eran marido y mujer. Firmaron los papeles del divorcio y cada cual comenzó una nueva vida lejos del otro.

Martín continuaba en Londres, inmerso en cuentas y negocios, trabajaba más de doce horas al día. Gisela se había ido a vivir con él. Había acabado la temporada del programa que presentaba en la cadena de la competencia y hasta septiembre no comenzaba de nuevo. Insistió hasta que él accedió a aceptarla en su casa. Estaba muy solo y ella era un entretenimiento en su vacía vida.

Elena continuaba feliz con el embarazo, estaba de casi cinco meses. Su estado era más que evidente, pero esto no llegó a los oídos de Martín. No salía demasiado y cuando lo hizo se sintió como una completa desconocida, no como la ex de Martín Quiroga en la que todos tendrían puesta la atención. Desde luego, de ello se encargó Sebastián. Deseaba que su nieta llevase una vida normal. Elena estaba muy ilusionada. Ya sabía el sexo de sus bebés, iba a tener dos niñas. Desde hacía un mes vivía en un gran ático que su abuelo le compró. Se encontraba en el mismo edificio donde estaba el local de la tienda de vestidos de novia. Sebastián solo quería hacerle la vida más fácil y cada día se esforzaba en ello. En un par de semanas, Elena haría la inauguración de la tienda y cumpliría su gran sueño *Elena Galván, diseñadora*, se había convertido en una realidad. Ya tenía varias clientas, Carla no se cansaba de recomendarla. Pese a no tener a Martín a su lado, se sentía dichosa. Notar a sus hijas moverse a diario y sentirse una mujer realizada en el plano laboral la alejaban de los pensamientos de ser una madre soltera y abandonada.

Por otro lado, también estaba contenta porque muy pronto tendría a sus padres en Madrid para siempre. Desde que se enteraron de la nueva situación de ella y de que iban a ser abuelos, decidieron volver a la capital, ya nada los retenía en Aracena. Sus dos hijas y sus nietas los necesitaban.

Tras dos meses de intensa búsqueda, el detective contratado por Sebastián encontró a Begoña. La mujer estaba más cerca de lo que pensaban. Hacía un mes que dejó Marsella y se trasladó con su hermana a Madrid. Vivían en un lujoso hotel mientras terminaban de reformar el piso que habían comprado para trasladarse de forma definitiva, ya que Eva había decidido no volver más a Marsella. Estaba ilusionada con Diego, un profesor de piano. Desde que lo conoció, cuando llegó a Madrid, entre ambos surgió una química muy especial. Él estaba casado, pero el matrimonio no pasaba por buenos momentos y tenía intenciones de divorciarse. Mientras, llevaba una relación discreta con Eva, de la que ella comenzaba a cansarse. No le gustaba que sus encuentros se limitasen a citas escondidas, deseaba pasear de la mano con él por la calle y hacer la vida de una pareja normal. Diego le decía que ya faltaba poco, pero ella comenzaba a desesperarse.

Por su parte, Sebastián estaba impaciente por ver cara a cara a su todavía mujer. Tenía en sus manos todas las piezas del puzle, solo debía comenzar a ordenarlas y que todo encajase.

No le había dicho nada de estas últimas averiguaciones a Carlos, primero quería hablar con Begoña a solas y luego pensar bien qué camino tomar.

Sentado en la recepción del hotel donde se alojaba su mujer, Sebastián esperaba su llegada mientras hacía como el que leía el periódico, pero en realidad estaba pendiente a todas las personas que salían y entraban.

Después de veinticinco años sin verla, estaba nervioso. Sabía el aspecto actual que tendría porque el detective le había entregado varias fotografías.

Tras una hora y media allí sentado, observó que Begoña entraba cargada de bolsas junto con su hermana Catalina. Ambas mujeres charlaban de forma amena mientras se adentraban en la recepción, camino de los ascensores. Sebastián se permitió el lujo de recrearse en ella antes de hacer aparición. Comprobó que seguía siendo toda una dama, elegante, sofisticada y con ese saber estar admirable. Apreció que no había perdido la gran belleza que siempre la caracterizó. Tenía los mismos ojos azules que Elena, y su misma sonrisa. No había dejado de quererla. En todo ese tiempo, siempre la tuvo presente, nunca la olvidó. Sin embargo, no se perdonaría jamás la cobardía de no ir en su busca años atrás. Ahora comprendía que si lo hubiese hecho habría descubierto muchas cosas.

Con paso seguro y una sonrisa forzada se acercó a Begoña.

—Buenas tardes, señoras. —Las sorprendió. Tanto, que su mujer dejó caer las bolsas que llevaba en las manos al suelo—. Espero que hayan disfrutado de la jornada de compras —comentó con educación mientras Begoña, nerviosa, recogía los paquetes. Como todo un caballero, la ayudó y sus manos se rozaron. Ambos sintieron una corriente eléctrica similar a la que se produjo en el momento que se dieron el primer beso de novios—. Cuñada, todo un placer volver a verte —se dirigió a Catalina con un asentimiento de cabeza.

—Hola —saludaron ambas, sin saber muy bien qué más decir.

—Necesito que hablemos a solas, Begoña —anunció serio. Llevaba demasiado tiempo esperando aquel momento como para perderlo con tonterías. Dirigió una mirada a Catalina haciéndole entender que sobraba.

—Podemos hablar en el restaurante del hotel —propuso Begoña, algo alterada.

—No. Allí que se quede Catalina —ordenó con descaro—. El asunto que tengo que tratar contigo es tan delicado que dudo que desees que tengamos público alrededor. Subamos a tu habitación.

—Si lo que quieres es el divorcio…

—Nunca he estado interesado en ello. —No la dejó continuar hablando—. No sé si en estos veinticinco años te hayas dado cuenta —comentó con ironía—. ¿Subimos? —Hizo un gesto hacia la puerta del ascensor abierta. Begoña se mostró reticente—. No me hagas perder más tiempo —casi ladró entre dientes.

La tomó del brazo sin contemplaciones y juntos entraron en el ascensor vacío. Catalina decidió no tomar partido en el asunto. Sebastián siempre fue un buen hombre y nunca dejó de tenerle aprecio. Se fue al restaurante del hotel a tomarse un té.

—Sigues igual que siempre —le reprochó Begoña mientras subían. Estaba acostumbrado a hacer lo que deseaba.

—No te creas, ahora sé más cosas que hace unos años. La vida no pasa sin dar lecciones.

Cuando el ascensor se paró, Begoña salió en silencio y Sebastián la siguió de cerca. Entraron en la habitación y él tomó asiento como si estuviese en su casa. Ella permaneció en pie. Su todavía marido la miraba de forma inquietante.

—¿Qué quieres? —preguntó nerviosa, mientras se retorcía ambas manos y se paseaba

delante de él. La miraba a la espera de respuestas. Tranquilo, sereno, con las piernas cruzadas y relajado en el sillón, mientras le mostraba una sonrisa forzada.

—La verdad, querida. —Ante la expresión de desconcierto de Begoña sonrió con amplitud —. Me temo que me ocultas muchas cosas. Siéntate —Le hizo un gesto con la mano invitándola a ello—, lo vas a necesitar. Dudo que puedas resumirme veinticinco años sin cansarte de estar en pie.

—¿A qué verdad te refieres? —preguntó a la defensiva.

Mientras más nerviosa conseguía ponerla, más disfrutaba el momento.

—A la verdadera razón por la que desapareciste después de enterrar a nuestra hija. Y el por qué no has regresado en todos estos años.

—No te molestaste en buscarme —le reprochó dolida. No le había hecho caso y continuaba paseándose de un lado para otro.

—Te llamé muchas veces, y a tu hermana, pero nunca me cogiste el teléfono. Solo recibí aquella carta tan dura en la que me decías que lo nuestro estaba acabado para siempre —le recriminó—. Ahora, por fin te he encontrado —comentó satisfecho.

—Ya es tarde para nosotros.

—Cierto. No te he buscado para encontrar a mi mujer, sino para que me cuentes de una vez por todas la verdad.

La respiración de Begoña comenzó a acelerarse. Sintió calor y se deshizo de la chaqueta. Estaba segura de que Sebastián sospechaba algo.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar. Tan solo de nuestro divorcio, si es que lo quieres después de tantos años.

En vistas de que ella no pensaba decir nada, desesperado, sacó una fotografía del bolsillo de la chaqueta y la tiró encima de la mesa que tenía cerca.

—En ese caso, iré a hablar directamente con esta joven. Quizás ella me quiera dar más explicaciones que tú. —Se puso en pie con decisión y comenzó a caminar hacia la salida.

Begoña cogió la fotografía entre las manos y pudo ver a Eva junto ella y Catalina, la foto era de las tres en Madrid, de hacía una semana. Recordaba aquel paseo por Gran Vía.

—¡No te acerques a Eva! —ordenó alzando la voz, con los ojos muy abiertos, descolocada.

Con suma tranquilidad, Sebastián se volvió hacia ella. La miró en silencio por unos segundos y luego le mostró un gesto serio y unos ojos cargados de resentimientos.

—Así que mi nieta se llama Eva. Bonito nombre. —Caminó de nuevo hacia el lugar que ocupó minutos antes y se sentó de nuevo—. Comienza por el principio, querida, y no te saltes ninguna parte. Soy todo oídos.

Begoña suspiró, se llevó una mano al pecho y supo que él ya lo sabía todo. En silencio, se sentó en un lugar cercano. Sabía que tenían una larga conversación por delante.

—¿Cómo lo has descubierto? —preguntó con un nudo en la garganta.

—No esperes ni una sola explicación de mi parte mientras tú no me aclares todo.

Comprendió que estaba en desventaja. En esos momentos, él tenía la sartén por el mango. Tendría que contarle todo si no quería que se presentase ante Eva.

—Eva es nuestra nieta —confirmó con culpabilidad. Durante todos aquellos años fue consciente de que lo estaba privando de algo muy grande.

—Dime algo que no sepa, querida —comentó serio y distante—. Te escucho.

—Todo fue idea de Andrés. Me alertó del peligro que correría la niña si hacíamos público que había sobrevivido al parto. Tú estabas con los trámites del entierro y liado con la policía.

No podíamos quedarnos en Madrid con ella, y yo sabía que tú jamás dejarías tus negocios. Nuestro matrimonio no pasaba por buenos momentos, desde que Carolina se casó nos convertimos en dos extraños —le reprochó—. Acepté marcharme lejos con mi nieta para salvarle la vida. Nunca pensé que fuesen tantos años, Andrés me dijo que sería por un tiempo, pero se volvió eterno. Las amenazas sobre él siempre estuvieron presentes. Desde que murió he pensado en ponerme en contacto contigo en muchas ocasiones, contarte la verdad. Vivo con miedo de que a Eva le pueda pasar algo. Antes él velaba por ella, pero ahora… Eva se empeñó en venir a estudiar a Madrid, y ha decidido quedarse para siempre. Eso me inquieta —resumió sin apenas ser consciente de lo que decía. Las palabras salían solas de su boca.

—Como comprenderás, tengo mil preguntas que hacerte, pero solo te voy a hacer una en estos momentos. La que más me interesa; ¿cuándo voy a conocer a mi nieta? —Lo miró espantada—. Cuando preguntó por su abuelo… ¿le dijiste que estaba muerto? —aventuró. Por la cara que le mostró supo que dio en el clavo—. Pues a ver que te inventas para decirle que he resucitado.

Se levantó ante el rostro expectante de su mujer y se dirigió hacia la puerta sin decirle nada más.

—¿Te vas? —preguntó, atónita, poniéndose en pie y encaminándose hacia él, ya tenía la puerta medio abierta. Le pareció increíble que en medio de una conversación tan importante decidiese marcharse.

—Te doy un par de días para que pienses un poco.

—¿Cómo has descubierto todo? —preguntó en medio de la desesperación del momento.

—Cuando uno está a punto de morir, como me ocurrió hace unos meses —Ella desconocía aquella información—, decide reconciliarse con el pasado. El mío eras tú, y mira con lo que me encontré.

Le mintió con descaro, pero debía decirle algo que creyese. No se le ocurrió una mejor forma. No pensaba revelarle que tras surgir las fotos que separaron a Elena y Martín, donde una mujer exacta a ella estaba con otro hombre y Elena juraba que no era ella, se le ocurrió pensar si al igual que le hicieron creer durante años que ambas niñas murieron en el parto, igual las dos estaban vivas. Y si Carlos solo había criado a una, la otra podría tenerla Begoña.

Estaba seguro que tras los años, en ese momento de la vida, era el único que tenía toda la información en sus manos. Maldijo a Andrés por no revelarle que su otra nieta sobrevivió al parto, Eva había estado sin protección desde que él murió. Su yerno había jugado con todos ellos. Él había pasado años sin saber de sus nietas y esas hermanas sin conocerse. La única incógnita que le quedaba en todo aquel asunto era si Carlos conocía de la existencia de la otra gemela viva.

—Tendrás noticias mías en breve, querida. Y ni se te ocurra desaparecer con mi nieta —le advirtió—. Os tengo vigiladas.

Tras cerrar la puerta, Begoña se derrumbó por completo. Verlo después de tantos años le había removido muchísimos sentimientos. Una gran culpabilidad le azotaba más fuerte que nunca. Era consciente de que lo había privado del cariño de su nieta. Ahora tendría que enfrentar la realidad, y a Eva.

***

Las gemelas de Elena no la dejaban dormir aquella noche, se movían demasiado y tenía cierta inquietud que no podía controlar. Se repetía una y otra vez que serían los nervios. Al día

siguiente era la inauguración oficial y apertura de su negocio. Todo estaba listo, la tienda llena de telas y diseños. Había pasado dos meses inmersa en la labor de decoración, tanto del local como de la casa en la que vivía. Se sentía cómoda y orgullosa de cómo había quedado todo. Nada de lo que la rodeaba hubiese sido posible sin que ellos, su familia, Sebastián, Virginia, Rosa y Carlos no hubiesen estado ahí a pie de cañón. Dora, Marina, Rodolfo y Carla también se portaron de maravilla. Nora y su marido, desde la distancia la apoyaron en todo y los esperaba con ansias en la inauguración de *Elena Galván, diseñadora*. Nora aún no había visto a su mejor amiga embarazada y se moría por tocar aquella tripa y sentir a sus sobrinas, como las llamabas desde que se enteró de la noticia.

Con gran dolor, Elena les había contado a todos ellos lo sucedido con Martín y la firme decisión de llevar aquel embarazo ella sola. La apoyaron y la comprendieron. Ninguno de ellos llegaba a entender cómo Martín la había condenado de aquella manera.

Cuando fue a la cocina a por un vaso de leche fría, durante el embarazo le había dado por beberla en medio de la noche, se encontró con Virginia dormida en el sofá. Estaba rodeada de apuntes. En la próxima semana tenía un examen muy importante de inglés, como no comenzaba la Universidad hasta pasado el verano, decidió aprovechar el tiempo en formarse de cara a la futura carrera escogida.

Virginia vivía con Elena desde que se mudó a su nuevo hogar, la próxima semana se marcharía con sus padres. La casa que Carlos y Rosa habían comprado estaba de reformas y Virginia prefería marcharse cuando todo hubiese terminado.

Como una buena hermana, Elena se acercó a ella, recogió los folios esparcidos por el suelo y le colocó el pelo bien, le estaban tapando la cara.

—¿Qué hora es? —murmuró Virginia al sentir a Elena cerca.

—Las tres de la madrugada. Creo que es hora de que te vayas a la cama. Estás agotada. Últimamente me aprovecho demasiado de ti, hermanita. —Se sentó a su lado y la abrazó. Le acarició la barriga y sintió que sus sobrinas estaban despiertas.

—No seas tonta. Estoy encantada de compartir estos momentos de tu vida contigo. Además, es fascinante verte trabajar y cumplir tu sueño. Aprendo mucho de ti, estoy segura de que en la nueva faceta de empresaria y mamá vas a ser la mejor.

—Gracias por la confianza.

—¿No podías dormir? —preguntó al apreciar el vaso de leche a la mitad encima de la mesa.

—Están algo revoltosas esta noche. Supongo que les transmito mi inquietud de cara a mañana. Espero que todo salga bien. —Suspiró.

—Todo va a salir perfecto. Llevas tiempo organizando la inauguración al milímetro.

—Qué ganas tengo de teneros a todos reunidos. Mi familia es una parte muy importante en este proyecto. Gracias a vuestro apoyo sé que saldré adelante sin problema con mis hijas.

Virginia la abrazó y le dio un beso. Entre ambas se hizo un silencio incómodo.

—¿Lo echas de menos en estos momentos cruciales en tu vida? —se atrevió a preguntar. Desde hacía tiempo le había pedido que no hiciese alusión a Martín, le dolía recordarlo, pero no se pudo contener.

Virginia conocía bien a Elena y sabía que nunca se olvidaría de aquel hombre ni lo dejaría de amar.

—No te voy a mentir, no lo he olvidado —se sinceró—. En estos momentos de mi vida —masajeó la abultada barriga—, es muy difícil hacer como que él nunca existió. Ellas me lo recuerdan a diario. Me duele muchísimo que no vivamos estos momentos únicos juntos. Que

no sea conocedor de que va a ser padre, pero así se han dado las cosas y no puedo hacer nada más, solo afrontar lo que viene sola y con vuestro apoyo incondicional.

Virginia se abrazó a ella. emocionada. Cada día admiraba más la valentía de su hermana.

Horas antes de la inauguración de la tienda, Carlos y Sebastián supervisaban que todo estuviese en su sitio. Elena, Rosa y Virginia acababan de subir junto con Nora y Rafa que estaban recién llegados.

Sebastián sintió que tenía ante él la ocasión perfecta para tratar con Carlos el tema de Eva en privado.

—Pensé que entre nosotros no existían más secretos. —Comenzó la conversación, serio y mirándolo a los ojos. Carlos lo observó sin saber a qué se refería—. He descubierto que Eva existe.

—¿Quién es Eva? —preguntó contrariado. No le gustaba que lo mirasen con la desconfianza que lo hacía Sebastián.

—Mi nieta.

—¿Qué nieta? —preguntó sin comprender a quién se refería. Lo miró como si se hubiese vuelto loco.

—La gemela de Elena. La crio Begoña. Ya lo sé todo. ¿Me vas a negar que no sabías nada?

—¡¿Cómo?! —preguntó con la boca abierta. No salía del asombro.

—Lo he descubierto todo. Mis nietas nacieron vivas, las dos. Andrés se encargó de que tú criases a una y Begoña a otra. Yo nunca le gusté demasiado y me dejó al margen —comentó con ironía.

—Pues explícamelo bien porque te juro por mis hijas que no sabía nada de lo que me dices. —Carlos se sentó, y por la pérdida de color en el rostro, Sebastián supo que desconocía la existencia de Eva.

Sebastián comenzó a explicarle lo que había descubierto con lujo de detalles. Desde su primera sospecha cuando aparecieron las fotos que separaron a Martín y Elena, hasta la conversación del día anterior con su mujer.

—¿Has visto a Eva? —preguntó casi con miedo.

—Solo por las fotos que el detective que contraté me entregó. Es igual a Elena.

—Joder —maldijo contrariado por desconocer aquello—. El cabrón de Andrés nunca me dijo nada. Debo de reconocer que era bueno, nunca sospeché ni lo más mínimo. ¿Y ahora? — Pocas cosas lograban desconcertarlo en la vida, pero esta lo consiguió.

—Hay dos mujeres iguales, que son hermanas y desconocen la existencia de la otra.

—Habrá que reunirlas. Ya no existe peligro alguno sobre ellas.

—No tan rápido. Dame un poco de tiempo. Primero quiero conocer a Eva, tratarla y averiguar si era ella la mujer de las fotografías que le entregaron a Martín para romper el matrimonio con Elena. Si hay alguien más metido en ese asunto quiero saberlo antes de que ambas hermanas conozcan la verdad.

Carlos asintió, estaba de acuerdo. La impactante noticia lo había dejado sin capacidad de habla y reacción.

—Cuenta conmigo para todo lo que necesites. —Se ofreció, preocupado. De nuevo estaban en problemas.

La inauguración de *Elena Galván, diseñadora,* fue todo un éxito. No acudieron

demasiadas personas por expreso deseo de Elena. Sabía que su abuelo podría convocar a gente importante y a la prensa, pero prefirió realizar una inauguración como la que siempre soñó. Con la familia, amigos y personas interesadas en los diseños de sus vestidos. Sebastián tampoco insistió en darle publicidad, no interesaba que la imagen de Elena fuese expandida por los medios, Martín no podía enterarse aún que ella estaba embarazada y Eva no podía conocer de golpe y porrazo que existía una mujer con su mismo rostro.

Aquella noche Elena se fue feliz a la cama, hacía tiempo que no se sentía tan completa y realizada. No pudo evitar sentir el vacío de Martín más que nunca. Lo había extrañado durante toda la noche a su lado, apoyándola. Él compró aquel local, le enseño estrategias de marketing y empresas y muchas cosas del mundo de los negocios que desconocía. Le hubiese gustado tenerlo allí, como siempre soñó.

En su fuero interno, no culpaba a nadie de la separación de ambos, si bien pensaba que había algún interesado en ello, solo culpaba a Martín por no creerla y dudar de su gran amor.

A los dos días siguientes de la inauguración, Elena contaba con una gran cantidad de visitas a la tienda y muchos pedidos. Sus diseños enamoraban a primera vista, y más que los clientes trataban con ella, con la simpatía y amabilidad que la caracterizaba, quedaban atrapados por la magia que desprendía.

Cada noche, cuando llegaba a casa y se acostaba, aparte de dar gracias por cómo le iba la vida, pese a no tener a Martín en ella, tenía la costumbre de hablarle a sus hijas. Sentía que durante el día no era muy consciente de que estaba embarazada, los diseños y estar dedicada a la tienda y clientes la absorbían por completo. Aquel era el momento de intimidad de cada noche en el que se sentía mucho más cerca de sus bebés.

—Mis niñas. Vosotras me dais fuerzas para todo. Mamá siempre va a estar ahí. He realizado mi gran sueño de emprender mi negocio, pero al mismo tiempo cumplo otro, que es el de ser madre. Me siento feliz de teneros, pese a que vuestro padre no esté a mi lado. Fuisteis concebidas con amor, os buscamos y seréis criadas con amor. Yo ejerceré de padre y madre. Os juro que nunca os va a faltar nada. Cada día de mi vida me esforzaré en ello. Os amo. —Sintió que ambas se removieron a la vez, sonrió y continuó acariciándose el vientre —. Martín, ¿por qué no estás aquí con nosotras? — lamentó con tristeza—. ¿Por qué tuvo que suceder todo? ¿Por qué se terminó la felicidad tan grande en la que vivíamos y soñábamos alcanzar?

Pese a los meses transcurridos desde que se separaron, cada día se preguntaba por qué tuvo que pasar aquello en su vida. Había intentado odiarlo, pero no pudo. El gran amor que sentía por ese hombre era demasiado profundo como para borrarlo de buenas a primera. Sabía que necesitaría media vida más para apartarlo de la mente. Se había jurado que no lloraría más por él, dolía demasiado, pero intentaba apartarlo de sus pensamientos y que las lágrimas quedasen dentro.

Cansada y somnolienta, se acurrucó en la cama y con una sonrisa en los labios rememoró los buenos momentos que pasó al lado de su exmarido. Recordó cuando se miraron por primera vez y el corazón se le revolucionó como nunca antes, cuando la tomó la de mano y al sentir su piel contra la de ella le aparecieron mil mariposas en el estómago, cuando la besó por primera vez y creyó que no sería capaz de mantenerse en pie porque las piernas se le convirtieron en gelatina. Rememoró con un suspiro cuando hicieron el amor por primera vez, nunca lo olvidaría. Todas aquellas sensaciones nuevas que él le hizo sentir y, finalmente, se quedó dormida con una imagen en la mente, la más emocionante de toda su relación con Martín; cuando le pidió que tuviesen un hijo. Aquella noche, se permitió soñar con una vida

feliz, los cuatro.

25

Dos días le había concedido Sebastián a Begoña, pero ni uno más. De nuevo, se presentó en el hotel, dispuesto a descubrir si había hablado con Eva y le había contado que estaba vivo.

Decidido a subir a la habitación de su mujer, cuando cruzaba la recepción, se encontró de frente con ella. Begoña, con la elegancia que la caracterizaba, iba arreglada y dispuesta para salir.

—Buenos días, querida. —La interceptó Sebastián. La mujer se sobresaltó. Venía distraída y no lo vio hasta que lo tuvo encima—. ¿Dónde vas tan temprano tú sola? —preguntó con media sonrisa forzada.

—Catalina tiene jaqueca. He bajado a desayunar —contestó algo tensa.

—Bien, desayunemos juntos. Tenemos que hablar.

Cuando Sebastián observó que retorció con ambas manos el asa del bolso supo que algo le ocurría. Se dio media vuelta y miró alrededor. Luego la miró y esperó una explicación.

—Sebastián, por favor, vete. No es el momento —susurró entre dientes.

—Yo creo que sí lo es.

—Eva está a punto de llegar —confesó alterada al ver que no tenía intenciones de marcharse. Esto hizo que apareciese una sonrisa de satisfacción en el rostro de su marido. Le molestó ver que disfrutaba del momento.

De repente, Begoña se quedó con los ojos fijos y muy abiertos, Sebastián se dio media vuelta y pudo ver que una mujer igual a Elena, con una sonrisa maravillosa en el rostro, se dirigía hacia ellos. De inmediato supo que era Eva. El corazón le dio un vuelco, un nudo le apareció en la garganta, las manos comenzaron a sudarle y tuvo que frenar las lágrimas que estaban a punto de estallar por la emoción. Para él fue impactante ver a una mujer exactamente igual a su otra nieta. Esperó a que Eva se acercase a ellos. No dio señales de saber que aquella chica risueña que se aproximaba a ambos era su nieta.

—Buenos días, abuela —saludó Eva a Begoña con dos besos.

Un incómodo silencio se hizo entre los tres cuando ninguno dijo nada más. Sebastián sonreía, Begoña le suplicaba con la mirada que no desvelase la verdad y Eva miró a la pareja con una sonrisa pícara. Desde hacía unos días notaba a su abuela distinta, como si le tuviese que decir algo y no encontraba el momento. Al ver a aquel apuesto hombre a su lado dedujo que aquella era la razón. Por fin había encontrado a un compañero, llevaba años alentándola para que saliese y tuviese una relación.

—Buenos días, cariño —respondió Begoña. Con la mirada le suplicaba a Sebastián que no dijese nada.

Un nuevo silencio se hizo entre los tres, ninguno habló. Eva observó a la pareja de nuevo, Sebastián estaba centrado en su nieta, la estudiaba con detenimiento y Begoña rezaba para que la verdad no estallase en ese momento. Conocía bien lo impulsivo que era su marido.

—Tú debes ser la nieta de Begoña, ¿verdad? —preguntó Sebastián, al fin, con una gran sonrisa, admirándola. Eva asintió de inmediato—. Sebastián Quiroga.

Le extendió la mano y Eva se la tomó de inmediato.

—El señor es… es un amigo. Nos hemos encontrado por casualidad. Hacía años que no

coincidíamos.

Sebastián la reprendió con una mirada mientras que mostraba una sonrisa hacia ella.

—Veinticinco exactamente. No he olvidado los años pasados —recalcó con fingida inocencia—. Tienes una nieta bellísima —elogió a Eva mientras trataba de refrenar la emoción de tenerla junto a él.

—Gracias. —Eva lo miró y sintió cierta ternura que nunca antes se había despertado en ella—. ¿Quiere desayunar con nosotras? —le ofreció de corazón.

De inmediato, Begoña la reprendió con la mirada. La chica se encogió de hombros y esperó una respuesta por parte de Sebastián.

—Oh, me encantaría. Sería todo un privilegio comenzar el día en compañía de dos mujeres como vosotras.

Les hizo un gesto con la mano y se encaminaron al comedor del hotel.

—Eva, ¿a qué te dedicas? —preguntó Sebastián cuando les sirvieron el desayuno. Desde que se habían sentado, Begoña no hacía más que hablar del tiempo y el tráfico en Madrid. A él le interesaba saber cosas de su nieta, conocerla.

—Estudio música. Es mi último año. Decidí venir a Madrid porque es una ciudad que me encanta, una vez aquí, me ha conquistado y pienso quedarme. He conocido a mucha gente que me ha abierto algunas puertas. Empecé a trabajar algunas noches, tocando el piano, en el restaurante Lasarte, quizás lo conozcas.

—Claro, conozco al dueño. Su hermana estuvo casada con mi hijo —comentó con naturalidad.

—Silvia, es encantadora.

—¿La conoces? —preguntó sorprendido.

—Sí. De hecho, me ofreció un trabajo y todo.

—Eva hizo de modelo para un anuncio de publicidad, por cierto, mi vida, todavía espero verlo en televisión —relató como una abuela orgullosa.

—Silvia me dijo que lo habían restringido. ¿No te lo comenté? —preguntó confusa. Begoña hizo un gesto de negación con la cabeza—. Según me informó, le había dicho su amiga, la que trabaja en la tele, que la campaña de publicidad, con las fotos en ropa interior no fueron bien vistas y decidieron hacer otra sesión donde se llevase más ropa.

Sebastián estaba atento a la conversación sin perder detalle.

—Por ese lado lo entiendo, no me gustaba que salieses en la televisión con tan poca ropa. Por lo menos te pagaron muy bien la sesión de fotos.

—Sí, y también me sirvió para saber que ese mundo no es lo mío. Nunca lo había pasado tan mal, cuántas horas, pobres modelos.

—Si algún día necesitas un trabajo, ponte en contacto conmigo. Soy el dueño del Grupo Quiroga y la cadena de televisión. Seguro que encontramos algo en lo que encajes —le ofreció mientras sus pensamientos estaban en otro lado—. ¿Cómo se llama la amiga de Silvia? Si trabaja en la televisión seguro que la conozco. —Estaba dispuesto a llegar hasta el fin del asunto. Acababa de descubrir, casi sin querer, quién estaba detrás del plan urdido para separar a Martín y Elena. Eva había sido una víctima a la que usaron sin piedad.

—Gisela. Me la presentó un día que coincidimos en una discoteca, muy amable también. Hace algún tiempo que no sé nada de ellas.

—Ni yo. No me codeo con la juventud —contestó con una sonrisa fingida. No quiso darle información sobre aquellas arpías, solo tenía ganas de cogerlas por el cuello a ambas.

—Si me disculpáis, voy a subir a ver a la tía Catalina. Encantada de conocerlo, Sebastián

—se despidió Eva. En un gesto afectuoso le posó la mano en el antebrazo.

Begoña la miró reprendiéndola con la mirada por dejarla sola.

—Eva es maravillosa —comentó orgulloso más que ella se alejó.

—Sí. Lo es —confirmó Begoña con los ojos puestos en la espalda de su nieta mientras la veía abandonar el salón.

—No voy a perder más tiempo, querida. Te doy una semana como máximo para que le cuentes que soy su abuelo.

Tras aquel ultimátum, se levantó, le hizo un gesto con la cabeza, dejó la servilleta sobre la mesa y se marchó.

Cuando iba a montarse en el coche que lo esperaba fuera, le sonó el teléfono.

—Sebastián, tenemos que hablar. Es urgente. —Era Carlos y no le gustó nada la angustia que escuchó en su voz.

—Nos vemos en mi casa en media hora. Voy de camino. He descubierto quienes están detrás de la separación de Martín y Elena.

Carlos tardó un poco más en acudir a casa de Sebastián desde donde estaba. Este lo esperaba impaciente.

—¿Qué ocurre? —preguntó preocupado, en cuanto que Rodolfo lo hizo pasar al despacho y cerró la puerta.

—Estamos en problemas. Nizan no es el hombre que está en la cárcel. Nos engañó a todos. El verdadero Nizan entró en España hace una semana como polizón en un barco.

—¿Cómo sabes eso? —inquirió alarmado.

—Han detenido al capitán de un mercante en Cádiz, un asunto de drogas, y ha cantado, era su nuevo socio y conocía los planes de Nizan. Mis contactos me avisaron esta misma mañana.

—Joder —maldijo—. ¿Qué hacemos ahora? Elena está divorciada, y embarazada. No podemos darle la noticia de que está de nuevo en peligro.

—Le he puesto seguridad. Hay que ponérsela a Eva también. No sabemos si ese hombre conoce la existencia de ambas. Estamos peor que al principio, ahora son dos.

—Haz lo que consideres. No escatimes en gastos. Antes que nada, está la seguridad de mis nietas.

—Ya tengo a gente investigando la vida de Eva para saber sus rutinas y que la sigan siempre. Por cierto, está con un tío que la engaña, tiene mujer e hijo.

—Bien, tú encárgate de que Elena y Eva estén a salvo y de coger a ese tal Nizan. Yo me pongo manos a la obra con el hombre que engaña a mi nieta y de las dos arpías que separaron a Martín y Elena. Los tres van a recibir su merecido.

—Cuéntame esa parte. ¿Qué has descubierto? —preguntó interesado.

Sebastián le relató la conversación con Eva y ambos lo tuvieron claro. Ambas descubrieron que Elena tenía una gemela y la usaron en su beneficio. Silvia por venganza y Gisela para volver con Martín.

Cuatro días después, Begoña se puso en contacto con Sebastián. Le pidió tiempo. Eva estaba muy apenada, había roto definitivamente con su novio y llevaba un par de días metida en la cama, llorando. Begoña le comunicó que pensaba irse con ella de crucero, junto con Catalina, a las tres les vendría bien despejarse. Su marido estuvo de acuerdo. La idea de alejar a Eva de Madrid por quince días no podía haberle venido mejor.

Uno de los objetivos de Sebastián estaba cumplido. Eva había visto a su profesor con su mujer e hijos en el parque tan felices. Se desengañó de las mentiras que llevaba diciéndole

meses atrás, no pensaba dejar a su familia. Ella solo era un entretenimiento pasajero. Tenía entre manos a las siguientes; Silvia y Gisela. Por lo pronto, había conseguido que le comunicasen a Gisela que no iba a continuar como presentadora del exitoso programa de música que presentaba en horario de máxima audiencia, y también se encargaría de que no volviese a presentar ningún programa en el panorama nacional. Con respecto a Gisela, la había vetado en varios eventos en los que tenía mano y se estaba encargando de que su adinerado prometido viese con claridad la clase de persona interesada y manipuladora que era.

No pensaba dejar que nadie dañase a sus nietas. Las iba a proteger con su vida y dar su merecido a aquellos que les hicieron daño.

Por otra parte, entre Sebastián y Carlos quedaron en que, por ahora, era mejor mantener a Martín alejado de Elena. No iban a contarle que estaba embarazada, lo de su hermana gemela, ni que volvía a estar en peligro. El hecho de que Martín entrase en escena en aquellos momentos podría ser contraproducente para la seguridad de Elena. Era mejor que todo quedase como estaba hasta que atrapasen a Nizan.

26

Mes y medio después.

Con energía, cabreado y sin pararse a doblar las prendas, Martín metía la ropa a puñados en la maleta que lo llevaría de vuelta a España en unas horas. Se sentía como un monigote en manos de toda la familia Quiroga. Había descubierto la farsa que inventó su padre para alejarlo de Madrid y de su vida. Pensaba ir a gritarle que lo sabía todo y se había acabado. No quería saber nada más de él ni de sus negocios. Se consideraba un hombre lo suficiente capaz como para crear sus propias empresas y no depender de las de Sebastián Quiroga.

No se molestó en comunicarle a Gisela que se marchaba. Vivían juntos, pero no la consideraba su pareja, además, había conseguido un trabajo en un periódico londinense como becaria y pasaba casi todo el día fuera. Estaba tan ocupado que no tenía tiempo de echarla de su vida ni de su casa. Por otro lado, ella le hacía compañía y tenía a una mujer cerca cada vez que la necesitaba.

Montado en el avión, mientras despegaba y veía por la ventanilla cómo dejaba Londres atrás, centró los pensamientos en Elena. Volver a Madrid, a casa de Sebastián y a la cadena implicaba conocer qué había sido de ella en todos esos meses. Se había armado de valor y no deseó saber nada de la vida de su exmujer en todo ese tiempo. Se preguntaba a diario qué sería de ella, pero sabía que le dolería conocer si estaba con otro hombre. Algo de lo que estaba convencido. Aún continuaba roto por todo el daño que le había causado, consideraba que estaba peor que antes de conocerla. Ella había sido un remanso de paz que lo curó en muchos aspectos de su vida, cuando se separaron todo volvió a ser peor que antes. No conseguía dormir más de dos horas seguidas y continuaba sin poder conciliar el sueño al lado de nadie.

Maldijo a Elena y los cambios que había sufrido por culpa de ella. Una vez había descubierto que las razones que lo llevaron a Londres fueron una farsa creada por su padre, dedujo que todo había sido para alejarlo de ella. No comprendía porqué Sebastián había vetado a Gisela en la cadena y en los demás medios, iba dispuesto a recibir muchas explicaciones, cuando las obtuviese, pensaba dejar Madrid para siempre y emprender una nueva vida lejos de todo lo que tuviese que ver con la familia Quiroga.

***

Begoña llevaba horas llamando a Sebastián y no conseguía dar con él. Tras el aparatoso accidente sufrido por Catalina cuando se montaron en el barco en Roma para iniciar el crucero, no tuvieron más remedio que permanecer en la ciudad todo este tiempo para la completa recuperación de la mujer. Begoña, no le había contado a Eva nada sobre Sebastián, no había tenido tiempo ni encontrado el momento adecuado.

Por otro lado, Sebastián estaba tranquilo al respecto porque ellas estaban lejos. Aún no habían dado con el paradero de Nizan, el hombre era escurridizo como el agua.

Eva estuvo todo ese tiempo junto a su abuela y su tía, pero hacía dos semanas que se marchó a Marsella para recoger algunas cosas que necesitaba. Begoña estaba tranquila hasta

que Eva le comunicó que en vez de volver a Roma como quedaron, se fue a Madrid. Consideraba que su tía llevaba unas semanas bien y la permanencia en Italia no era necesaria, pero no sabía por qué ambas se negaban a viajar de vuelta a Madrid.

Con el vientre cada día más abultado, Elena se sentía plena y feliz. El negocio le iba de maravilla, tenía una agenda llena y clientas satisfechas que no paraban de recomendarla. La fecha de parto se acercaba, estaba de casi siete meses. Se encontraba inmersa en la decoración de la habitación de sus hijas. En ocasiones ni ella misma sabía de dónde sacaba tiempo para llevarlo todo hacia adelante, pero se sentía autosuficiente y capaz de enfrentar la vida y circunstancias que le habían tocado.

Aquel día, había quedado con Virginia para ir a comprar las cunas de sus gemelas después de salir de la revisión médica que le tocaba, ya tenía el cuarto pintado y solo le faltaba escoger el mobiliario que tenía casi elegido por catálogo. Finalmente, Virginia no pudo acompañarla, le surgió una entrevista de trabajo para unas prácticas y Elena decidió ir sola. Consideraba que estar embarazada no le impedía hacer una vida normal, ir al médico y de compras sola. Se había acostumbrado al tráfico de Madrid sin problemas, le gustaba salir con su coche y conducir.

La consulta con la doctora Patricia, la había llevado durante todo el embarazo y se habían convertido en amigas, fue muy gratificante. Vio a sus gemelas y le confirmó que estaban bien de peso y eran unas niñas sanas. Como Elena era su última paciente antes de ir a desayunar, fueron juntas.

En la cafetería, un médico se acercó a ambas y saludó a Patricia con confianza.

—Elena, te presento al doctor Gabriel Granados, llevamos un mes saliendo juntos.

—Oh, encantada. Enhorabuena. Hacéis una estupenda pareja. —Se los quedó mirando y sintió envidia de no tener a un hombre a su lado que la mirase así.

—¿Para cuándo? —preguntó Gabriel, tras darle dos besos, al reparar que estaba embarazada.

—Para dentro de dos meses y medio.

—Oh —se sorprendió. Pensó que le faltaban días.

—Está embarazada de gemelas —aclaró Patricia con una sonrisa.

—Vaya, ¿algún antecedente en la familia por parte del padre o tuyo?

Elena se quedó callada. Nunca se lo había planteado. Sabía que por parte de ella no sería, y de la familia de Martín conocía muy poco.

—Ha sido una sorpresa —terció Patricia.

—Enhorabuena. Te deseo que todo vaya muy bien. Nos vemos en otra ocasión. Tengo una operación. —Le dio un beso breve en los labios a Patricia.

—No iré a comer a casa. Tengo que ir al hospital Central por un asunto, luego te cuento.

Gabriel asintió y se marchó.

—Es monísimo. Me alegro mucho por ti —comentó Elena a la doctora, tomándola de la mano en gesto de cariño.

—Sí. Llevo un mes muy feliz junto a él. Nos vemos en una semana. No puedo quedarme más tiempo, tengo un día complicado —dijo mientras se levantaba del asiento.

Se despidieron y cada una se marchó para continuar con los quehaceres del día.

***

Un hombre esperaba con paciencia, sentado al volante de un coche de lujo, a su objetivo. La seguía hacía una semana, solo esperaba el momento idóneo para cumplir una venganza que llevaba un año planeando. Le debía a su padre terminar con la hija de aquel hombre. Sabía que solo después de hacerlo se sentiría en paz consigo mismo. Tenía un avión privado esperándolo para escapar después de terminar con aquella preciosa joven que tenía las horas contadas. La había visto entrar en una tienda, esta se encontraba en un lugar apartado y sin mucha gente, no habría testigos y podría escapar con facilidad. Por fin había encontrado la ocasión que tanto ansiaba.

Una enorme sonrisa maléfica apareció en el rostro de Nizan cuando vio que su víctima se disponía a cruzar la carretera. Con varias bolsas en una mano, de compras realizadas, y pendiente al móvil en la otra, comenzó a cruzar por el paso de peatón sin echar demasiada cuenta al tráfico.

Colocado de forma estratégica y con el motor del coche encendido, Nizan quitó el freno de mano y aceleró a gran velocidad. Sin piedad ni remordimiento alguno, la atropelló y continuó sin pararse. Sintió un gran alivio interior y tiró un beso al cielo cuando miró por el espejo retrovisor y vio a la mujer tirada en el suelo, boca abajo y sin moverse.

Varias personas que estaban en la misma tienda de la que ella había salido, escucharon el golpe y acudieron en su ayuda. No alcanzaron a detener al vehículo ni verle la matrícula. Solo divisaron que era un coche grande y negro. De inmediato, trataron de auxiliar a la mujer que no daba señales de vida. No quisieron moverla, llamaron a una ambulancia y esperaron a que los sanitarios pudiesen hacer algo por ella.

Con un sonoro portazo, Martín entró en casa. No venía de buen humor. Por un problema en el aeropuerto había estado una hora metido en el avión después de aterrizar.

Soltó la maleta y la chaqueta de mala gana en el sofá y se encaminó hacia la planta de arriba. Necesitaba darse una ducha, y cuando estuviese despejado ir a hablar con Sebastián.

—Martín, ¡qué sorpresa! —Dora se dirigió a él con una sonrisa. Llevaba más de tres meses sin verlo—. No sabía que venías.

—Hola, Dora —saludó con desgana—. Ha sido un viaje imprevisto. No tuve tiempo de avisar a nadie. Voy a darme una ducha.

Continuó el camino, escaleras arriba, y no se dirigió más a ella. Dora se sintió decepcionada. Le hubiese gustado abrazarlo, pero, al parecer, traía un humor de perros. Cuando estaba así era mejor dejarlo solo.

Minutos después de entrar en la ducha, sonó el teléfono de la casa. Dora lo atendió y, ante la insistencia de Miguel, gran amigo de Martín, la mujer se aventuró a ir a la habitación y pasarle el teléfono.

Cuando lo interrumpió, salía de la ducha envuelto en un albornoz.

—Es Miguel. Insiste en hablar contigo. Dice que es algo urgente. Te ha llamado al móvil, pero no estabas operativo.

Martín recordó que aún lo tenía en modo avión.

—¡Qué pronto me has localizado! —protestó. Miró a Dora con mal gesto y la mujer lo dejó solo.

—Tu secretaria en Londres me dijo que volvías a casa. Es un asunto importante. Se trata de Elena.

—No me interesa nada que tenga que ver con ella —contestó enfadado, a punto de colgarle.

Nada más pisar aquella habitación y el baño los recuerdos con ella lo inundaron. No la había olvidado.

—Ha sido brutalmente atropellada. Está muy mal, es posible que no sobreviva. Me sentía en la obligación de informarte. —No tenía pensado decírselo así, pero lo conocía bien y sabía que le iba a colgar de un momento a otro.

—¡¿Qué?! —Notó que las piernas le fallaban. Tuvo que tomar asiento y sintió un ahogo en el pecho que le impidió respirar con normalidad.

—La persona que atropelló a Elena se dio a la fuga. Me avisaron del suceso, bajé y me encontré con que era ella. No sé ni cómo decírselo a tu padre. Debo ponerme en contacto con los familiares.

—Voy para allá. Por favor, avisa a Sebastián, pero te ruego que lo hagas en persona. Acompáñalo tú mismo al hospital y vigílalo.

Sin más, Martín le colgó, tiró el teléfono sobre la cama, se vistió con prisa y salió corriendo sin darle ninguna explicación a Dora, que se quedó mirándolo, muy preocupada. Lo conocía bien y supo que algo grave había ocurrido.

Alterado, nervioso, corriendo y exigiendo ver a su mujer, así fue como se presentó Martín en el hospital. Lo recibió de inmediato el médico que atendió a Elena al llegar. Miguel le había dejado instrucciones de que lo dejase pasar y ver a la paciente pese a su estado.

El doctor Llorente lo acompañó hasta el lugar donde tenían a Elena. Durante el trayecto, no le mintió, fue muy claro, no le dio muchas esperanzas de vida.

Al entrar, Martín encontró a la mujer que amaba enchufada a varias máquinas, con una vía puesta y con el cuerpo cubierto hasta la garganta.

—La acabamos de operar. Está muy magullada y tiene varias lesiones importantes en la espalda. También tiene un fuerte golpe detrás de la cabeza. Su rostro es la única parte del cuerpo que no ha sufrido daño alguno, un par de rasguños como puede apreciar.

Martín se había quedado paralizado en los pies de la cama. Las manos le sudaban, tenía un nudo muy gordo en la garganta y por las mejillas le rodaban lágrimas de las que ni siquiera era consciente. La miraba sin poder creer que fuese ella, su gran amor. Estaba a punto de perderla y el mundo se le vino abajo en un segundo.

El doctor comprendió que desease unos instantes de intimidad con su mujer. Le concedió unos minutos y se retiró.

Una vez a solas, con miedo, se acercó a Elena. Estaba con los ojos cerrados, no era consciente de que él estaba allí. La tomó de la mano, se la llevó a los labios y sintió su calor. Le pasó una mano por la frente, le apartó el pelo y luego la besó con delicadeza. Verla en aquella situación lo había sobrepasado. Sentirla tan frágil y desamparada, hizo que apareciese de repente una gran ternura hacia ella y olvidase que llevaba meses odiándola. Comprendió que ahora la amaba más que nunca y no quería perderla.

—Mi amor, abre tus maravillosos ojos —rogó desesperado, sin parar de llorar. Se retiró un poco y la observó entre lágrimas—. No puedes dejarme. Por favor, lucha —le pidió con una mano de ella entre las suyas—. Tienes que vivir. Puedo soportar que estés con otro hombre, pero no que te marches para siempre. Te amo, Elena. Siempre te amaré. Me marcaste a fuego y nunca olvidaré tus besos, tus caricias ni la forma en la que me sonreías. Eres única, mi vida. ¿Por qué todo tuvo que ser así entre nosotros? —lamentó aferrado a ella—. Te hubiese hecho tan feliz… No te vayas —rogó con el corazón en un puño—. Tienes mucha vida por delante, aceptaré que no sea a mi lado, pero viviré tranquilo sabiendo que eres feliz y realizas tus sueños. No puedo con esto, verte así… —se derrumbó por completo. Cayó de rodillas al suelo y colocó los codos

en la cama—. Me cambiaría por ti en este momento sin dudarlo —confesó acongojado, con el corazón en la mano.

Sumido en el dolor más grande que había sentido nunca, notó que alguien le ponía una mano en el hombro. Se volvió y no reconoció a aquella mujer.

—Eras su marido, ¿verdad? —preguntó la desconocida. No había podido evitar escuchar parte de las palabras que le decía.

—Sí. ¿Quién eres tú? —Se puso de pie, se limpió las lágrimas y esperó una respuesta.

—Soy Patricia. Elena es mi paciente. Nos hemos hecho amigas en los últimos meses. No la llevo en este hospital, pero tuve que venir para un asunto y escuché que la mujer que llegó sin identificar, brutalmente atropellada, era Elena Galván. He querido acercarme para comprobar si era cierto.

La miró bien a la cara y se limpió varias lágrimas que brotaron de sus ojos. No había consultado la ficha médica, ni sabía qué tenía exactamente, primero quiso verla. Echó un vistazo a los aparatos a los que estaba enchufada y comprobó la frecuencia cardiaca y la tensión arterial. La observó dormida y tragó con dificultad. La vio muy mal.

—No es justo. Esta misma mañana estuve con ella… y ahora está así…

De repente, Patricia se quedó callada. Miró bien el rostro de Elena y luego fijó la mirada en su cuerpo. En esos instantes entró el doctor Llorente. No podía permitir que la paciente estuviese acompañada más tiempo.

—Siento interrumpir —dijo el doctor.

Patricia y Martín no le contestaron ni lo miraron. Ella observaba con atención, y los ojos muy abiertos, el cuerpo de Elena. Martín miraba la reacción de la mujer.

—¡No es ella! —exclamó con energía Patricia. Dirigió la mirada hacia Martín y el doctor Llorente, ambos la miraron como si se hubiese vuelto loca—. No es ella —repitió con media sonrisa mientras se apartaba las lágrimas del rostro.

De un tirón, quitó la sábana que cubría el cuerpo desnudo de la mujer que estaba en la cama. Martín y el doctor la miraron sin comprender nada. Patricia se llevó las manos a la boca y suspiró con alegría.

—¿Qué dices? —le reprochó de malos modos Martín mientras volvía a cubrir el cuerpo.

—Esta mujer no estaba embarazada cuando llegó, ¿verdad? —preguntó convencida de ello. Apreció un vientre plano y sin cicatriz alguna.

—No —respondió el doctor Llorente.

—No es Elena. No es Elena —repitió—. No sé quién sea esta mujer, pero no es Elena —repitió de nuevo con énfasis. Intentaba que la creyesen.

—Esta mujer está loca —murmuró Martín, cabreado—. Reconocería a Elena entre un millón de mujeres. Es ella, doctor —afirmó convencido.

—Por lo visto no es así —rebatió la doctora, contundente—. Elena está embarazada de casi siete meses. La tuve esta mañana en mi consulta en una revisión, soy su médica. No es esta mujer —confirmó aliviada de que no fuese su amiga.

—¡¿Cómo?! —Martín no supo si reír o llorar. Aquello le parecía un juego de mal gusto—. ¿Y quién es esta mujer? Es exacta a ella —exigió saber sin llegar a creerla—. ¿Cómo es posible?

—Está claro que debe ser su hermana gemela —terció el médico sin dudar.

—Elena no tiene ninguna hermana gemela —contestó Martín a la defensiva.

—No conozco ningún caso de dos personas que sean iguales y no tengan parentesco alguno.

Por unos instantes, los tres se quedaron en silencio. Cada cual le daba vueltas al asunto en su cabeza.

—¿Dónde está Elena? —bramó Martín, casi desesperado.

—En su casa, supongo —respondió Patricia. Sacó el teléfono y comenzó a marcar.

En un arranque de desesperación, Martín salió corriendo de la habitación, enfiló el largo pasillo y buscó la salida de aquel hospital. Necesitaba comprobar por él mismo que Elena estaba sana y salva.

Cuando llegó al coche, arrancó y se puso en marcha, las palabras de Patricia volvieron a su mente. Elena estaba embarazada. Él lo ignoraba. Dio un golpe contra el volante y comenzó a encajar las piezas del puzle.

27

Como un loco, Martín se presentó en casa de Sebastián. No sabía dónde encontrar a Elena. No tenía cómo localizarla, había borrado el contacto del teléfono hacía meses.

Marina abrió la puerta y entró como un huracán, arrasó a la mujer.

—¿Dónde está mi padre? —exigió saber, alterado.

—El señor… salió —atinó a decir. Lo observaba fuera de sí.

—¿Y Elena? ¿Dónde está Elena? —Se paseó por el salón alzando la voz.

—No vive aquí. Estará en su casa —le informó algo asustada.

—¿Dónde vive? —la apremió nervioso.

—Yo… la señora… no quiere saber nada de usted —manifestó amedrentada.

—Es importante, Marina. Necesito ver a Elena. ¿Está en Madrid? —La mujer asintió sin saber qué decir—. Dame la dirección —exigió sin paciencia.

—No… no me acuerdo de la calle… —titubeó, nerviosa.

—Joder, no me vengas con esas —maldijo con un grito que la estremeció—. Es una cuestión de vida o muerte.

—Vive… en el mismo edificio donde está su negocio. No recuerdo el nombre de la calle. —Estaba nerviosa y alterada. No sabía si hacía bien en decirle aquella información.

—Bien, con eso me vale. —Se dio por satisfecho—. Gracias —murmuró de pasada cuando se fue de la misma forma en la que llegó.

Nada más marcharse, Marina se dirigió al teléfono y llamó a Sebastián, no le contestó. Entonces, tras pensarlo por unos minutos y considerar que era un caso urgente, llamó a Carlos.

Miguel fue a buscar a Sebastián para darle la noticia, pero no lo encontró en casa, decidió ir al despacho en la cadena. No sabía qué pasaba aquella mañana que a todos los móviles que llamaba ninguno le respondía. No quiso ponerse en contacto con Virginia, no estaba preparado para ser él quién le diese tal noticia.

Aquella tarde, Elena no se sentía bien. Se había acostado a la hora de la siesta y cuando despertó lo hizo alterada. Una mala sensación le recorría el cuerpo sin saber explicar qué era exactamente. Tenía una especie de angustia instalada en el pecho que le preocupaba. Se tomó una infusión y se tendió en el sofá del salón. Intentó estar tranquila por el bien de sus bebés.

Había dejado el teléfono en vibración en la cocina tras hacerse una manzanilla, lo escuchó varias veces, pero no se molestó en ir a ver quién era.

Estaba medio dormida cuando unos sonoros golpes en la puerta, junto con la insistencia del timbre, la despertaron.

Algo atontada, consiguió dirigirse hacia la entrada. Abrió sin mirar de quién se trataba. La voz que la llamaba le era conocida, pero el aturdimiento que tenía no la dejaba pensar con claridad.

Cuando sus ojos se cruzaron con los de Martín ambos se quedaron impactados. Él la miró con una amplia sonrisa en la boca, la respiración alterada y los ojos llorosos. La emoción lo embargó por completo cuando descubrió que aquella mujer que tenía ante él sí era Elena. Bajó la vista hacia su vientre y comprobó que estaba muy embarazada. La sensación de felicidad se igualó a la de impotencia en aquellos momentos. La abrazó en un impulso, para sorpresa de ella, y comenzó

a besarla por todo el rostro sin parar. La tocaba con las manos comprobando que era real, de carne y hueso. Una inmensa felicidad y una sensación de paz se apoderó de su cuerpo.

—¡Estás bien, mi amor! —manifestó con alivio y alegría—. Acabo de vivir una verdadera agonía, pero no eras tú, mi vida. —Elena intentaba alejarlo de ella, pero la fuerza de Martín no le permitía apartase de su lado—. Gracias, Dios. Por devolvérmela sana y salva —agradeció mirando al techo—. Esto sí que es un verdadero milagro.

Volvió a abrazarla y a besarla pese a la resistencia de ella. La euforia de Martín no reparaba en que la estaba asustando.

—¿Estás borracho o qué te pasa? —Consiguió apartarse de él. Se dio media vuelta y se adentró en la casa. Martín fue tras ella—. ¡No te acerques! —gritó cuando él volvió a tocarle el brazo—. Vete de aquí ahora mismo —enfadada y desconcertada, le indicó la salida con una mano.

—Mi amor, no me pidas eso. No voy a dejarte nunca más —manifestó con una sonrisa, embobado en ella y en su nuevo aspecto. La encontró maravillosa—, mucho menos ahora que sé que estás embarazada. —Se aproximó de nuevo y Elena lo encaró en silencio, desafiante—. Ya hablaremos del por qué yo desconocía tu estado hasta este momento. Hoy no puedo enfadarme contigo por nada, no después de pensar que estabas a punto de morir.

Elena frunció el ceño, no entendía por qué le decía todo aquello ni qué había ocurrido para que Martín estuviese allí con ella con tan buena disposición, hasta donde recordaba él la odiaba.

—Me echaste de tu casa a altas horas de la madrugada y me dijiste que para ti estaba muerta —le reprochó con desprecio.

Recordó aquel día y sintió un puñal en el pecho. Cerró los ojos y lamentó todo. Hasta ese instante no era consciente de lo ciego que había estado durante todo ese tiempo.

—Te amo, Elena. Nunca voy a dejar de hacerlo. Lo eres todo para mí. He sido un completo imbécil durante todos estos meses.

—Yo te odio, Martín Quiroga, como nunca pensé que se podría —reveló con dolor y rencor.

—Dímelo mirándome a los ojos —la retó con valentía. De frente. Muy cerca de ella.

Elena no se acobardó.

—Te odio, Martín. Te encargaste de matar mi amor por ti con tus dudas. —No titubeó al decírselo. Lo miró de frente, con la cabeza alta y le sostuvo la mirada con el mentón alzado y las manos en la cintura.

Con arrogancia, él sonrió. No le había pasado desapercibido cómo le sudaba la nariz ni cómo le temblaba la barbilla por más que trataba de controlarlo.

—Si me lo permites, déjame comprobarlo por mí mismo. —Sin darle tiempo de reacción, se lanzó hacia su boca y la besó de una forma arrebatadora. En un principio se resistió, pero terminó cediendo y entregándose a aquel beso—. Mentirosa —la acusó con una sonrisa cuando la soltó, cogiéndola desprevenida—. Aún tiemblas y vibras con mis besos, y me los devolviste. Sientes lo mismo que yo —reveló con una sonrisa de satisfacción.

Se pasó los dedos por los labios, relamiéndose el exquisito sabor de ella.

—¡Vete de mi casa! —gritó todo lo alto que pudo mientras trataba de controlar las ganas de llorar—. Hasta donde recuerdo, me dijiste que te daba asco.

—Ahora sé que no eras tú la mujer de las fotos. También sé que nunca me engañarías —afirmó convencido de ello.

—Un poco tarde. Todo está perdido entre tú y yo. —No dio importancia a sus palabras. Tenía muy claro que nunca iba a volver con él.

—No todo. Estás embarazada. Vamos a tener un hijo —afirmó con orgullo y feliz, a

sabiendas de que no era el mejor momento para estarlo ni celebrarlo.

—¿Qué te hace pensar que es tuyo? —preguntó con malicia y rencor. Le sostuvo la mirada y lo retó, altiva.

—Nunca más en mi vida volvería a dudar de ti —confesó con el corazón en la mano.

Cuando Elena le iba a responder, Carlos y Sebastián entraron por la puerta como una manada de toros.

—Martín, ¿qué haces aquí? —inquirió Sebastián a modo de acusación.

Elena estaba visiblemente alterada, varias lágrimas corrían por sus mejillas a pesar de que trataba de apartarlas.

Carlos lo miraba de forma desafiante.

—Comprobar que Elena está sana y salva —respondió, serio y contundente.

—Ya la has visto, vete —ordenó Carlos.

—Ah, no. En el hospital hay una mujer que es igual que ella, está muy mal. Miguel me avisó creyendo que era Elena. ¿Se puede saber quién es y qué pasa aquí? —No pensaba marcharse sin recibir muchas explicaciones.

—¡¿Cómo?! —preguntó Sebastián con un hilo de voz. Necesitó sentarse.

—¿Una mujer igual a mí?

—Ha sido brutalmente atropellada y el conductor se dio a la fuga. Fui a verla, pensé que era Elena. Su rostro es igual. Una doctora llamada Patricia entró y me dijo que no podía ser Elena porque estaba embarazada y aquella mujer no. ¿Qué coño está pasando? —Miró a Carlos y Sebastián de forma acusadora.

Elena también sintió que las piernas le fallaban. Carlos la ayudó a tomar asiento mientras le dirigía una mirada cómplice a Sebastián.

—¿Qué pasa, abuelo? —exigió saber ante el silencio formado. Le quedaba claro que Martín decía la verdad y su padre y él sabían mucho más.

—Voy a hacer una llamada. —Carlos se retiró con el móvil en la mano.

—¿Quién es esa mujer, papá? —Martín lo miraba con ojos recriminatorios. Lo conocía bien y sabía que le ocultaba algo.

—Elena, debes ser fuerte para lo que viene —manifestó Sebastián, apenado.

Ella miró a Martín para que le dijese algo más. No entendía nada de lo que estaba sucediendo.

—A mí no me mires, te juro que sé lo mismo que tú con respecto a esa mujer —se excusó.

Tras unos minutos en silencio, en los que Elena y Martín temieron por la salud de Sebastián, lo veían muy afectado y con la respiración alterada, Carlos volvió a aparecer.

—La mujer del hospital es Eva. Ha sido atropellada —confirmó como si todos la conociesen. Sebastián se llevó las manos a la cabeza—. Los médicos están haciendo todo lo posible por salvarla.

—¿Cómo ha podido suceder? —preguntó Sebastián.

—Las dos personas que la vigilaban fueron agredidas. No llevaba escolta.

—¿Quién es Eva? —preguntó Elena alzando la voz. Se le había terminado la paciencia.

—Cariño, esto es duro. No es la forma más adecuada para que te enteres, pero dadas las circunstancias… Mi vida, tienes una hermana gemela. Hasta hace muy poco todos desconocíamos la existencia de ella. No habíamos querido decirte nada por el avanzado estado en el que te encuentras, pero, al parecer, no hay más remedio que desvelar este gran secreto —anunció Carlos con pesar.

—¡¿Cómo?! —dijeron Elena y Martín a la misma vez, completamente sorprendidos. Él también necesitó sentarse, lo hizo junto a ella.

—No puede ser —lamentó muy afectada.

—¿Te encuentras bien? —Martín se preocupó. Estaba muy pálida y comenzó a tener sudores por la cara—. ¿Llamo a un médico? —preguntó alterado y nervioso. Era la primera vez en su vida que perdía el control de la situación.

Elena asintió y tomó el vaso de agua que le ofrecía su padre.

—Sebastián, será mejor que vayamos al hospital a ver a Eva —resonó la voz de Carlos tras ver a su hija más recuperada.

Con un gesto, Carlos le indicó a Martín que se acercase, se alejaron un poco y decidió ponerlo al tanto.

—Volvemos a tener problemas. Ahora Elena y Eva están en peligro. No te muevas del lado de ella, aunque ya ambas tienen seguridad.

Martín asintió y no hizo más preguntas. No pensaba separarse nunca más en la vida del lado de Elena.

—Yo necesito explicaciones —murmuró Elena cuando tomó conciencia de que Carlos y Sebastián se marchaban.

—Te las daré, mi vida. Pero en estos momentos Eva nos necesita más —dijo Sebastián. Le dio un beso en el cabello y se marchó con Carlos.

Se quedó a solas con Martín, se miraron y sintieron un gran vacío. Él acudió de inmediato junto a ella y la abrazó. No lo rechazó, necesitaba el apoyo de alguien en aquellos momentos de incertidumbre.

—He pasado el miedo más grande de toda mi vida cuando pensé que aquella mujer eras tú —confesó aliviado mientras le acariciaba el cabello y la espalda.

Elena continuó nerviosa y alterada. No se encontraba cómoda con él en el salón de su casa, pero también sabía que no se iba a marchar ni le podía dar las explicaciones que necesitaba.

Cada hora que pasaba, Martín se preocupaba más por ella, terminó por llamar a Miguel para que viniese a examinarla. No se fiaba de nadie más en aquellos momentos.

Pese a las protestas de ella, Miguel la reconoció, le recomendó que se acostase y tomase una infusión. Necesitaba estar tranquila por el bien de ella y el bebé.

Cuando Miguel bajó a la planta de abajo del ático, Martín lo esperaba. No lo había dejado pasar mientras auscultaba a Elena.

—¿Está bien? —preguntó impaciente y alterado.

El tiempo que Miguel pasó con Elena él llamó a Carlos y este lo puso al tanto de todo, menos de quiénes fueron las culpables de su separación, aquello le correspondía a Sebastián.

—Sí. Solo un poco nerviosa por la situación. Es impactante. Dos mujeres iguales, hermanas. —Martín le había contado lo poco que sabía cuándo lo llamó para que la atendiese—. Elena embarazada…

—Sí. Todo es de locos. —Se sentó como si estuviese en su casa e invitó a Miguel a que lo imitase.

—No sé ni por dónde empezar a preguntar o quizás no deba hacerlo. No sabía que estaba embarazada. Hoy ha sido un día de los que nunca olvidaré.

—Para mí también. Creer que ella era aquella mujer… Pensé que me volvía loco.

—¿Tú y ella…? Su hijo… —Miguel no sabía cómo preguntarlo.

—Estoy seguro de que soy el padre del niño. Ahora todo tiene sentido.

—Esa mujer …

—He hablado con el padre de Elena mientras estabas arriba y me ha contado muchas más cosas. Eva se crio en Marsella con la esposa de Sebastián. Todos han ignorado la existencia de

ella hasta que mi padre descubrió que estaba en Madrid. Ambas ignoraban la existencia de la otra hasta donde sé. ¿Cómo sigue ella? —se interesó por el estado de la hermana de Elena.

De inmediato, Miguel sacó el móvil e hizo una llamada al hospital.

—Está estable dentro de la gravedad —informó—. Me tengo que ir. Hay algunos problemas que dejé aparcados y debo solucionar.

Ambos amigos se despidieron y Martín se quedó solo. Sin pensárselo, subió las escaleras y se dirigió a la habitación de Elena, deseaba saber cómo seguía.

La encontró en la cama con el móvil en la mano.

—No creo que eso ayude mucho a tranquilizarte —le reprendió con calma.

—¿Qué está pasando? —exigió saber—. Virginia me acaba de decir que está encerrada en casa. —Acababa de hablar con ella—. Mi padre dio órdenes de que no salga. Hay una mujer atropellada con mi misma cara, que resulta que es mi hermana. Y tú estás aquí, custodiándome.

—No sé mucho más que tú —mintió—. Acabo de regresar de Londres hoy mismo.

—Pues haberte quedado allí —gritó exasperada. Tenía los nervios a flor de piel.

Martín fue hasta ella, le quitó el móvil y la miró de forma paciente.

—Será mejor que descanses —le recomendó con dulzura.

—Vete, Martín. No te quiero cerca.

Él asintió, se dio media vuelta y se marchó. Tenía ganas de hablar con ella, que le explicase muchas cosas, pero comprendía que eso la alteraría más. Prefirió dejarla sola y aplazar la conversación que tenían pendiente.

A la mañana siguiente, cuando Elena bajó a desayunar, lo encontró recostado en el sofá. No lo esperaba allí, se sobresaltó al verlo. Llevaba la misma ropa del día anterior y su aspecto era desaliñado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó a modo de reproche, exasperada.

—Cuidarte.

—No te necesito. Llevo meses cuidándome sola.

—A partir de ahora siempre estaré a tu lado.

—No te quiero cerca.

Cuando Martín fue a replicarle, sonó el timbre. Él se levantó con agilidad y abrió. Elena lo miró molesta, no le gustaba que se comportarse con esas confianzas en su casa.

Sebastián entró con gesto serio y unas ojeras visibles. Tenía aspecto de cansado.

—Buenos días. He pasado toda la noche en el hospital —anunció.

—¿Cómo está Eva? —preguntó Elena, preocupada. No había podido dormir en toda la noche.

—Los médicos están contentos con la evolución. Es joven y tiene ganas de luchar.

Elena suspiró aliviada.

—Quiero ir a verla. Conocerla —manifestó con impaciencia.

—Cuando los médicos autoricen las visitas valoraremos la impresión de que te vea y esto pueda afectarle. Ella, al igual que tú hasta hace poco, ignora que tiene una gemela.

Elena asintió comprendiendo aquel aspecto.

—Abuelo, necesito explicaciones —rogó paciente.

—Lo sé, cariño. Por eso estoy aquí. —Sebastián se sentó, ella lo hizo a su lado y Martín enfrente—. Tú madre estaba embarazada de gemelas. Cuando todo sucedió, tu padre me hizo creer que habíais muerto, a Carlos y Begoña les hizo creer que solo sobrevivió una de vosotras y le entregó a cada cual una. Nunca sospeché nada, siempre os creí muertas a ambas. Cuando apareciste en mi vida, jamás pensé en que tuviste una gemela y podría estar viva como tú, pero

con el asunto de las fotos que os separaron —Los miró a ambos—, no estaban trucadas, y siempre supe que no se trataba de Elena, no me hizo falta que me lo jurara, entonces me plantee otra mujer igual, y ahí comenzó todo. Investigué a Begoña tras recordar que salió de mi vida muy deprisa después del funeral de Carolina y nunca más la volví a ver. Hace unos meses descubrí que Eva vivía y estaba estudiando en Madrid. Begoña también estaba aquí, me presenté ante ella y le dije que lo sabía todo, pero no le revelé tu existencia —le confesó a Elena—. Eva aún no sabe que soy su abuelo ni que tiene una hermana.

—¿Si lo sabes desde hace meses, por qué no nos has dicho nada a ninguna? —preguntó extrañada.

—Porque volvéis a estar en peligro, mi vida. Todo está como al principio —reveló con gran dolor, pero era necesario que fuese consciente de la situación para que entendiese lo que vendría. Él ya había hablado con Carlos y habían trazado planes.

—¿Cómo? —preguntó angustiada, con una mano en la garganta.

—El hombre que estaba en la cárcel desde hacía meses no es el verdadero Nizan. Nos consta que entró en el país, a través de un barco como polizón, y ha venido a vengarse. Carlos está seguro de que el accidente de Eva está relacionado. Intentaron matarla. Hoy comprobaran los datos del coche, una cámara lejana logró captarlo y están limpiando las imágenes.

—¡Joder! —maldijo Martín, ya era conocedor de aquellos datos, pero el vello se le volvió a poner de punta.

—Debemos extremar las medidas de seguridad para ti y para Eva. —Elena asintió con miedo —. Debes salir de esta casa y de este edificio. Si ese hombre tiene la información de que sois dos mujeres, algo que desconocemos, irá por ti tarde o temprano. —Tenía que ser sincero con ella—. Carlos y yo hemos decidido que la mejor opción es de nuevo Martín. —Elena lo miró con el ceño fruncido—. Es de dominio público que lleváis meses divorciados, nadie te buscará junto a él, en su casa.

—¿Qué? —preguntó con la boca abierta. No esperaba aquello—. No voy a volver a vivir con él. No, no y no —se quejó como una niña.

—No seas cría, Elena —comentó Martín serio, se levantó y se paseó delante de ella—. Es una medida de seguridad. Además, no pienses solo en ti, sino en el hijo que esperas también.

—Elena, lo tienes que hacer. No nos compliques más las cosas —suplicó Sebastián tomándola por ambas manos.

Suspiró con mal gesto y terminó por acceder tras ver la angustia por la que pasaba su abuelo. El miedo se impuso a la reticencia de tener cerca a Martín de nuevo.

—Recoge todas tus cosas y márchate cuanto antes con Martín. Ya están instalando más seguridad en el edificio y en su casa —informó Carlos.

—Esto es de locos —murmuró ella llevándose las manos al pelo y revolviéndoselo.

Martín y Sebastián se miraron en silencio. Ambos sabían que tenía una conversación pendiente, a solas, pero aquel no era el momento.

Sebastián se despidió de ambos y se marchó a descansar. Había avisado a Begoña de que volviese de inmediato a España, pero no le contó la situación de Eva. Sentía que los problemas manaban sin parar y no sabía cómo hacerles frente a todos sin perjudicar a nadie.

—¿Te ayudo a recoger tus cosas? —se ofreció Martín cuando estuvieron solos.

—Puedo sola —declinó la ayuda. Se levantó y se fue a la habitación.

Preparó una maleta con ropa y otra con lo necesario para trabajar desde casa. No pensaba abandonar su negocio ni a las clientas que habían confiado en ella.

De camino a casa de Martín, él conducía mientras un coche lo escoltaba por delante y otro por detrás, Elena se sentía incómoda ante el silencio que tuvieron en el trayecto. Iba concentrado en el tráfico, pero cuando entraron en el garaje del edificio, se relajó y rompió el hielo.

—No te culpo por no decirme nada sobre tu embarazo. Comprendo que después de la forma en la que te traté no quisieras hablar conmigo. ¿Me perdonarás algún día? —preguntó una vez había aparcado, antes de bajar del coche.

—No —respondió sin dudarlo. Abrió la puerta y salió del coche sin esperar su ayuda.

—Elena, compréndelo, aquellas fotos… Me confirmaron que no estaban trucadas. Eras tú, bueno no eras tú —rectificó de inmediato—, pero yo no sabía que tenías una hermana gemela.

—¿Por qué estás tan seguro de que es Eva? —preguntó, retándolo.

—Porque siempre me dije que era imposible que fueras tú, pero las pruebas eran evidentes y no encontraba otra explicación. Ahora la tengo.

—Pero Eva no te ha confirmado que fuese ella.

—No me hace falta. No sé muy bien cómo fueron las cosas, pero estoy seguro de que la mujer de las fotos es ella. Sé que he estado muy ciego durante todo este tiempo, pero también te he extrañado cada día.

—Comprendo —se burló con una sonrisa forzada—, me extrañabas mientras estabas con Gisela —le reprochó dolida, sin poderlo evitar—. Te faltó tiempo para volver con ella.

Martín notó que comenzó a alterarse y no pretendía ponerla mal.

—Necesitamos tiempo.

—Sí. Otra vida, porque en esta todo entre tú y yo está finalizado.

Salió del ascensor y esperó que él abriese la puerta, sin mirarlo.

—Por el bien de todos, es mejor que nos llevemos lo mejor posible. No quiero que cada vez que nos crucemos en esta casa terminemos en bronca. No es bueno para ti ni para el bebé. Te juro que haré todo lo que me pidas y esté a mi alcance.

—Bien, haz algo por mí. —La miró expectante—. Habla con Miguel, que lo arregle todo para que pueda ver a mi hermana. Dejaré que me lleves al hospital y me protejas en todo momento —anunció con un toque de dramatismo.

Martín la retó con una mirada. Sacó el teléfono, desafiante, y llamó a su amigo delante de ella.

—Todo arreglado. Podemos ir a ver a Eva.

Elena suspiró y asintió, no esperaba que él accediese, pero la sorprendió una vez más.

Miguel le había comunicado a Martín que Eva despertó durante la noche, pero los calmantes que le ponían la mantenían dormida la mayor parte del tiempo. Con suerte Elena la vería, pero Eva no sería consciente de la visita, y así evitaban la impresión de ambas al encontrarse frente a frente.

28

Cuando Elena puso un pie en el hospital y enfiló el pasillo que la llevaría hasta la habitación de su hermana, comenzó a ponerse nerviosa. Miguel iba delante y los guiaba. Martín, al lado de ella, no le pasó desapercibido el estado de ella. La acercó a él y le infundió ánimos a través de un abrazo.

Ella no lo rechazó. En aquellos momentos no tenía ánimos para pelear con Martín, conocer a su hermana era lo primordial en aquellos instantes.

Miguel abrió la puerta y la hizo pasar, entró con las piernas temblorosas. En un principio, Elena solo divisó una cama con una paciente en esta. Conforme se acercaba, como si fuese en cámara lenta, el corazón le palpitaba más y más deprisa. Se preguntó si estaba preparada para conocer a una mujer igual a ella, su hermana.

Nada más verla, estaba arropada hasta el pecho con una sábana blanca, sintió que el vello se le ponía de punta. La miró bien y comprobó que era su vivo reflejo contra un espejo. Eran iguales. El sentimiento tan extraño que se apoderó de ella y se le instaló en el pecho la dejó sin reacción, casi bloqueada. Su rostro perdió color y fue incapaz de articular palabra.

En un gesto que no pensó, salió solo, la tomó de la mano. No la conocía de nada, pero habían compartido el vientre de su madre durante nueve meses. De repente, sintió un cariño especial por ella y una sensación de protección que no había experimentado antes. Emocionada, con los ojos llenos de lágrimas que comenzaron a brotar sin darse cuenta, le pasó la mano por el rostro, a modo de caricia.

Martín y Miguel observaban la escena en silencio. No se atrevían a articular palabra.

La paciente estaba dormida, era ajena a lo que sucedía a su alrededor.

Con el corazón en un puño, Elena se inclinó sobre Eva y le depositó un cálido beso en la mejilla.

—Eres mi hermana —susurró entre lágrimas—. Te desconocía hasta hace poco, pero ha sido verte y sentir una conexión inexplicable que no había compartido antes con nadie. Por favor, lucha. Tienes que reponerte. No puedo perderte ahora que nos hemos encontrado. Tenemos que recuperar el tiempo perdido. Voy a cuidarte, no estás sola.

De repente, como si todas las palabras que le había dicho las hubiese escuchado, Eva abrió los ojos y la miró. Elena pudo comprobar que tenían el mismo color de ojos. Le resultó mucho más impactante verla despierta. Eran como dos gotas de agua.

Con grandes esfuerzos, Eva intentó hablar. De inmediato, Miguel se hizo cargo de la situación. Comenzó a comprobar que todo estuviese en orden en los aparatos a los que estaba enchufada.

Angustiada, pero feliz de que hubiese despertado, Elena no se apartó del lado de su hermana. Le sostuvo la mano a la que Eva se aferraba con fuerza mientras la miraba con desconcierto.

—Tranquila, no hables. No hagas esfuerzos. Estás en un hospital y te estás recuperando.

—Tú… yo… —balbuceó confusa.

Comenzó a agitarse, un aparato empezó a pitar y Miguel le pidió a Martín que sacase a Elena de allí de inmediato.

Asustada y resistiéndose a ello, Elena se dejó arrastrar por los brazos de Martín hasta la sala

de espera, donde se sentó y tranquilizó hasta que Miguel salió de la habitación de Eva.

—Se encuentra bien. Solo ha sido la impresión de ver a una mujer con el mismo rostro que ella. Nada más que has salido se ha tranquilizado, he hablado con ella y me ha dicho que tuvo un sueño muy real. No la he sacado del error. Creo que no me corresponde a mí informarla de que tiene una hermana gemela. Está estable y despierta. Su mejoría es significativa cada hora que pasa.

Elena suspiró aliviada mientras Martín le tomaba la mano con fuerza, infundiéndole ánimos.

De repente, una señora mayor, con paso ligero y gritando el nombre de Eva se acercó a Elena y la abrazó.

—Mi vida, estás bien. —Le propinaba besos por toda la cara. Elena estaba sentada y no podía moverse. Martín vio que Sebastián y Carlos venían con ella y dedujo que era la abuela de Eva—. Esto es un milagro. Sebastián me dijo que estabas hospitalizada y te encontrabas muy mal.

—¿Quién es usted? —preguntó, confusa. Sebastián apartó un poco a Begoña de ella y esto permitió que Elena se pusiese en pie.

—¿Estás embarazada? —preguntó al apreciar el abultado vientre—. ¿Era eso lo que te sucedía y Sebastián no quiso decírmelo? —preguntó asombrada. Tan solo hacía dos semanas que no veía a su nieta y el embarazo que apreciaba estaba en la recta final. No entendía nada—. ¿Qué ocurre? —preguntó mirándola a ella y a Sebastián—. Eva, cariño, vámonos a casa y me explicas todo bien —dijo presa del pánico.

La tomó de la mano y trató de tirar de ella.

—Begoña, ella no es Eva —reveló Sebastián con paciencia, tomándola del brazo.

—¿Qué? —Lo miró cómo si se hubiese vuelto loco.

—Ella es Elena, la hermana gemela de Eva. Siento que te hayas enterado de esta forma. No estaba previsto que Elena estuviese por aquí. —Les dirigió una mirada de reproche a Martín y su nieta.

—¡¿Cómo?! —Begoña se llevó una mano al cuello mientras ahogaba un grito. Miró a Elena con los ojos desencajados, como si estuviese viendo una aparición.

—Sí, querida. Tú te quedaste con una gemela y Carlos con otra. Andrés nos engañó a todos —resolvió con poco tacto.

Elena ayudó a la mujer a sentarse, estaba blanca como la cal. Martín cogió una revista de una mesa y comenzó a echarle aire.

—¿Dónde está Eva? —preguntó angustiada.

—Sufrió un accidente. Está en esa habitación. —Sebastián señaló la puerta cerrada.

—No —gritó con desgarro mientras lloraba.

—Señora, si es tan amable de acompañarme. Me gustaría tomarle la tensión y comprobar que está bien —se ofreció Miguel al no verla muy bien.

—Vamos. —Sebastián la ayudó a levantarse y se dirigieron a una consulta cercana.

Elena se quedó pensativa y con los ojos llorosos.

—Es mi abuela —murmuró cuando la mujer se alejaba.

Martín y Carlos asintieron a la vez.

—Ya tendrás tiempo de hablar con ella con tranquilidad —aconsejó Carlos—. Creo que lo mejor es que te marches. No debisteis venir —los reprendió a ambos con la mirada—. Begoña se ha ido impresionada al verte, cuando vuelva verá a Eva en cama, dejemos que se haga a la situación.

Elena suspiró y asintió. No se encontraba demasiado bien. Aceptó la mano que Martín le ofreció y se marchó con él cabizbaja.

Begoña tenía la tensión un poco baja, Miguel la tendió en la camilla de la consulta y le puso un cojín en los pies para que se recuperase. Se marchó y la dejó con Sebastián. Les indicó que podían permanecer allí hasta que ella se encontrase mejor.

—Explícame todo porque no entiendo nada —pidió Begoña, más tranquila, a Sebastián, sentado a su lado—. ¿Desde cuándo sabías que ambas estaban vivas?

—De la existencia de Elena tuve conocimiento a través de una carta que me llegó cuando Andrés murió. Me contaba dónde estaba y que debía protegerla. No me decía nada de Eva. Eso lo descubrí con el tiempo.

—Elena está embarazada…

—Sí.

—¿Y Eva? —preguntó con miedo—. Quiero verla. Necesito comprobar que está bien.

—Ahora te llevaré con ella. Está delicada, pero los médicos son optimistas. Dicen que es joven y se recuperará.

Begoña lloró apenada. Deseaba reunir las fuerzas suficientes para bajarse de aquella camilla e ir junto a Eva.

—Tengo dos nietas —resolvió con alegría cuando fue consciente de ello—. ¿Elena está ahí fuera?

—Se ha marchado. Ya tendrás tiempo de verla con tranquilidad.

—¿Por qué me has ocultado que Elena estaba viva? —preguntó a modo de reproche, a sabiendas de que no tenía derecho a hacerlo.

—Por el mismo motivo por el que tú lo hiciste con Eva durante todos estos años. Por su seguridad. El atropello de Eva ha sido intencionado. Han descubierto que son hijas de Andrés y están en peligro, pero tranquila, todos tenemos seguridad privada. Por otro lado, aprovecho para decirte que no puedes quedarte en un hotel, no es seguro. Tendrás que trasladarte a mi casa.

Begoña suspiró, abrumada por tanta información de golpe.

Volver a la que fue su casa tras veinticinco años la puso nerviosa, pero no protestó. Sebastián había conseguido asustarla con todo lo que le había contado.

Cuando se sintió con fuerzas, se bajó de aquella camilla y fue a ver a Eva. Lo deseaba con toda su alma. Era lo único que tenía en el pensamiento en aquellos instantes.

Se le partió el corazón al verla allí en la cama, con tan mal aspecto, pero Eva estaba consciente. Hablar con ella y abrazarla la recompuso.

Begoña sabía que tenía una difícil tarea por delante, contarle toda la verdad en los próximos días.

Cuando llegaron a casa, Elena se sentó en el sofá. No se sentía con fuerzas para subir a la habitación.

Martín se situó al lado de ella, estaba preocupado. No había articulado palabra desde que salieron del hospital.

—¿Te vas a convertir en mi sombra? —le reprochó cuando vio que la acompañaba.

—Creo que ha llegado nuestro momento. Tenemos que hablar. Soy consciente de que te he dicho que te amo, pero no te he pedido perdón como se debe. Quiero hacerlo ahora, aquí, los dos, tranquilos y sin interrupciones. Perdóname por todo, Elena. Fui un imbécil. Estuve ciego de rabia. No creí en ti y eso es algo que jamás me perdonaré. Aún desconozco cómo se fraguó todo el asunto de las fotos, pero te juro que voy a llegar al fondo del asunto. Existen unos culpables por nuestra separación y pagarán por ello, no lo dudes.

—El único culpable fuiste tú —le reprochó con calma, recostada en el sofá, sin ganas de discutir—. Ya nada tiene remedio entre tú y yo. —Estaba convencida de ello.

—No digas eso —le suplicó mientras se acercaba a ella—. Yo te amo, y estoy seguro de que no has podido olvidarme. Estás herida, pero me sigues queriendo. Además, vamos a tener un hijo —le recordó como tabla de salvación—. Es justo que se crie dentro de una familia, que sea feliz. No te niegues a proporcionarle todo eso.

—No me hagas culpable a mí. Todo esto ha sucedido por tu culpa —le echó en cara, con coraje.

—No voy a abandonar nunca a mi hijo, ni a ti. Te amo.

Le acarició el mentón con los nudillos, Elena se dejó, pero fueron interrumpidos.

—Perdón. —Dora entró en el salón, no sabía que ellos estaban allí. Al ver a Elena se acercó a ella, se puso en pie para besar y abrazar a la mujer, no la había visto en todo ese tiempo—. Estás embarazada —afirmó, sorprendida. Miró a Elena y luego a Martín.

—Sí, Dora. Vamos a tener un hijo —anunció él sonriente.

—Oh, qué alegría más grande. —La mujer se llevó las manos a la boca en gesto de sorpresa y los felicitó—. ¿La maleta que está arriba en el cuarto de invitados es de ella? —preguntó con felicidad.

Martín asintió con orgullo. Elena lo miró y le molestó aquella sonrisa que le mostraba a Dora.

—Felicidades a los dos. Encantada de que estés por aquí de nuevo.

La mujer se retiró de forma discreta. Elena no le aclaró nada, solo asintió ante sus suposiciones.

—Dora es ajena a todo lo que está ocurriendo —le informó Martín.

—¿Cuánto tiempo va a durar todo esto? —preguntó en forma de queja—. No me agrada volver a vivir en esta casa contigo.

—Por ahora es lo que hay. Es por tu seguridad. No sabemos si iban por ti, por Eva o tienen conocimiento de que sois dos. Os voy a proteger a ti y a mi hijo, con mi vida si es necesario.

—Deja ya de decir tu hijo cada vez que abres la boca. —Estaba cansada de la situación.

—Perdón, mi amor. No te he preguntado el sexo del bebé. Todo está bien, ¿verdad? —inquirió, preocupado. Era la primera vez que se enfrentaba a aquella situación y no sabía cómo actuar, aparte no habían tenido tiempo de hablar con tranquilidad. Aún no se hacía a la idea de que iba a tener un hijo en pocos meses.

Martín se acercó a ella e intentó posar la mano en la barriga. Se moría de ganas por sentir a su hijo.

—No me toques —le advirtió desafiante.

—Tengo derecho a sentir a mi hijo —rebatió, dolido.

—Deja ya decir; mi hijo —gritó tras perder los nervios por completo—. No es tu hijo —recalcó las dos últimas palabras—. Son tus hijas —confirmó con lágrimas y llena de dolor—. Estoy embarazada de gemelas —reveló.

Tras escuchar sus palabras, Martín se quedó paralizado. No tenía capacidad de reacción. Elena salió corriendo escaleras arriba y él no fue capaz de detenerla.

Deseaba estar sola, llorar y compadecerse de sí misma un buen rato. Todo aquello la superaba. Sentía que desde hacía meses no tenía paz ni descanso. Solo deseaba una vida tranquila y feliz. Entró en la habitación que fue de ella antes de marcharse, fue allí por instinto. Había escuchado a Dora decir que su maleta estaba en la habitación de invitados. Nada más entrar, comprendió porqué Martín le había asignado la otra. Estaba completamente destrozada. Los muebles rotos, las cortinas arrancadas y todo por medio. Parecía que un huracán devastador

hubiese pasado por allí, se derrumbó en la cama, sobre el colchón sin sábanas ni funda y lloró hasta que se vació por completo.

Por otro lado, Martín también lloraba, pero de felicidad. Imaginarse padre de dos niñas lo desbordó. Al mismo tiempo, sintió un gran orgullo y felicidad. Sentado en el sofá del salón, con el corazón encogido, se reprochaba todos los meses que se había perdido al lado de Elena. Se juró que viviría para hacerla feliz junto con sus hijas. Iba a reconquistar al gran amor de su vida. Estaba decidido a borrar de la mente de Elena todos los malos recuerdos y crear unos tan buenos que los anteriores quedasen en el olvido para siempre.

Tras una hora, decidió ir en su busca. Cuando subió las escaleras vio que la habitación que fue de ella tenía la puerta entreabierta. Maldijo para sus adentros, había ordenado a Dora que no se abriese más debido a los recuerdos que le traía. Fue hasta allí y se encontró con la escena aterradora del cuarto completamente destruido, ya ni recordaba aquello, junto con Elena dormida sobre el colchón.

Lamentándose del aquel desastre y que aún permaneciese así, se acercó y se sentó a su lado. Ella no se despertó. Martín la observó en silencio, recreándose en aquella paz y silencio entre ambos. Contempló al detalle todos los cambios que se habían producido en su cuerpo. La encontró más maravillosa en cada uno de ellos. La miró emocionado, orgulloso de haberla encontrado en su camino y que fuese la madre de sus hijas, y al mismo tiempo con anhelo. En aquellos instantes los separaban muchos obstáculos, pero estaba decidido a derrumbar cada uno de ellos.

Elena percibió la presencia de Martín a su lado. Abrió los ojos y se lo quedó mirando fijo. Se sentía débil y sin ganas de discutir. Solo deseaba continuar durmiendo.

—Será mejor que ocupes otra habitación —le ofreció Martín con amabilidad. Le tendió su mano para ayudarla a levantarse y, para su gran sorpresa, la tomó sin rechistar.

—¿Qué ha pasado aquí? —inquirió antes de salir del cuarto.

—El dolor de creer en tu traición fue demasiado grande. Me volví loco —confesó de frente, con un nudo en la garganta. Ella no dijo nada, solo tragó con dificultad—. Será mejor que ocupes mi habitación, te será más cómoda.

—No quiero alterar tu vida —replicó con la mirada clavada en la de él. Podía leer el arrepentimiento y la tristeza que le asolaba en aquellos momentos.

—La alteraste desde el mismo instante en el que te miré por primera vez. —Le acarició la mejilla con los nudillos, un suave roce que ella deseó que no acabase jamás—. Te amo, nunca dejaré de hacerlo. Cuidaré de ti y de nuestras hijas, te lo juro. —Desvió la mirada hacia su vientre, pero no se atrevió a bajar la mano hasta él.

Con cuidado, Martín la acompañó hasta su cama. Elena se recostó sin decir nada. Solo deseaba perderse en un gran sueño y cuando despertase, hubiesen desaparecido todos los problemas.

A las seis de la mañana Elena no soportaba más estar en la cama, le dolía la espalda y necesitaba estirar las piernas. Fue a la ducha, esto la relajó un poco. Cuando estaba delante del espejo del baño, en albornoz, apreció que este apenas le cerraba por el embarazo, mientras contemplaba su imagen. Se masajeó la barriga y cierta nostalgia se apoderó de ella al pensar que tiempo atrás estuvo junto con Eva en el vientre de su madre, como hoy se encontraban sus hijas. Aún no había decidido el nombre que llevarían sus gemelas. Familiares y amigos estaban hartos de preguntárselo a diario y ella no terminaba de decidirse, en aquellos momentos lo tuvo claro. Sonrió para sí misma y en su fuero interno ya supo cómo llamar a sus bebés desde aquel instante.

Luego, fue a la cocina a desayunar. Tenía hambre, la noche anterior no había cenado nada.

Al pasar por el salón, advirtió que Martín estaba dormido en el sofá. Se acercó a él y lo admiró allí tendido. Con un brazo, colocado boca abajo, se tapaba la cara. Fijó la vista en la ancha y musculosa espalda y en el resto de su cuerpo. Se le alteró la respiración, no podía evitarlo cuando lo tenía cerca.

—Yo también hubiese enloquecido si llego a ver a alguien con tu mismo rostro en el estado de Eva —murmuró, casi sin ser consciente de que lo hacía en voz alta, rememorando lo que tuvo que sentir cuando la confundió con su gemela.

—Verte de nuevo tan llena de vida y embarazada fue como volver a nacer —contestó con la voz pastosa, sin moverse de la posición en la que estaba. Consiguió sobresaltarla. Ella lo creía dormido. Roncaba cuando se acercó a él.

Lamentando haber pronunciado sus pensamientos en voz demasiado alta como para que la escuchase, se dio media vuelta, decidida a marcharse, pero Martín fue más rápido y la detuvo al tomarla por la muñeca. Sentado en el sofá y con Elena delante, tuvo a sus hijas muy cerca, en esta ocasión posó sus manos en el vientre de ella, emocionado, y lo acarició sin pedirle permiso.

Elena no se lo impidió ni se alejó, en su fuero interno sabía que tenía todo el derecho de sentir a sus hijas. Se mordió el labio y trató de aguantar las lágrimas que intentaban brotar de sus ojos. Fue un momento único y especial. Con la delicadeza y el mimo que Martín paseó las manos tratando de sentir a sus hijas consiguió ponerle el vello de punta. No era ajeno a estas sensaciones. En un movimiento ágil y rápido, se puso en pie y le alzó la barbilla para que lo mirase a los ojos. Apreció que tragó con dificultad a la misma vez que suspiró, y, sin pensárselo, la besó de la forma más tierna y romántica que jamás hubiese hecho.

—Te amo. Os amo a las tres —murmuró sobre sus labios.

Elena no pudo evitar romper a llorar. Martín no dejó de besarla pese a que él también lloraba. Era muy consciente de que ella había sufrido mucho más que él en todo el tiempo que estuvieron separados, y estaba dispuesto a remediarlo.

***

Cuando Begoña se instaló en la que fue su casa por muchos años sintió una gran añoranza. Marina y Rodolfo la recibieron con los brazos abiertos, la conocían de toda la vida.

Apreció que Sebastián no había realizado cambios significativos, todo estaba como lo recordaba. No quiso usar la habitación de invitados, se instaló en la que fue de su hija Carolina, aún permanecía como ella la dejó.

Tras compartir la cena con Sebastián, en el salón de aquella casa en la que había comido tantas veces, sintió que recuperaba parte de su vida. Pese a la situación en la que se encontraba Eva, se sentía feliz por haber encontrado a Elena.

—Mi hermana Catalina ha decidido quedarse en Marsella. Tras el accidente desea recuperarse en casa, cuando yo tenga todo listo en el piso que compramos aquí se trasladará —comentó ante el silencio que reinaba entre ambos.

La mente de Sebastián estaba en otras cosas, tan solo asintió y continuó comiendo, algo que exasperó a Begoña. No estaba acostumbra a aquel mutismo con él, prefería cuando le echaba en cara cosas.

—¿Tienes remordimientos porque esas hermanas no se conocieron meses atrás por tu culpa? —se aventuró a preguntar.

—Oh, querida, no te atrevas a culparme de nada. He sido tan víctima de todo esto como Eva o

Elena. Tú no has sufrido lo que yo en todos estos años al verme solo —le reprochó con dureza.

—Tenías a tu hijo, al que reconociste públicamente como biológico de una relación mientras estábamos casados. Yo también sufrí eso —le recriminó alzando la voz, dolida.

—Martín no es mi hijo, lo recogí en la calle. No tenía a nadie y yo le podía dar techo y comida. ¿Crees que si fuese mi verdadero hijo sería el padre de las hijas de Elena?

—¿Qué? —preguntó con la boca abierta. Le había dado demasiada información a la vez.

—¿Martín está casado con Elena? ¿Y has dicho… las hijas de Elena?

—Sí, ella está embarazada de gemelas —corroboró. Begoña se llevó las manos a la boca en señal de alegría. No lo esperaba. Iba a ser bisabuela por partida doble—. Elena y Martín… estuvieron casados, ahora están divorciados. Es una larga historia que ya te contaré. —No tenía ganas de darle explicaciones.

Begoña no entendía nada, pero la alegría de tener muy pronto dos bebés en sus brazos lo disipó todo.

—Me preocupa Elena. Tantas emociones en su estado… —comentó Begoña.

—Estará bien. Es fuerte. Martín cuida de ella noche y día.

—¿Pero no están divorciados? —preguntó desconcertada.

—Sí, pero ahora deben convivir juntos. Pasemos al salón y te contaré todo entre ellos con lujo de detalles, querida —comentó resignado.

29

Hacía varios días que se encontraba en casa de Martín y Elena se negaba a colocar de nuevo la ropa en el armario. Confiaba en que pronto todo volviese a la normalidad y ella a su casa, pero la incomodidad de tener las pertenencias que usaba a diario en una maleta, estaban acabando con ella. En el avanzado estado de gestación en el que se encontraba cada vez se le hacía más difícil agacharse.

Para matar un poco el tiempo, decidió ordenarla en el hueco del armario que Martín le dejó libre. Ver parte de la ropa de él allí le removió sentimientos del pasado, cuando eran marido y mujer. Se permitió pasear la mano, con nostalgia, por la manga de una chaqueta de él. Era el traje que usó el día de su cumpleaños, nunca olvidaría aquella noche.

Se sobresaltó cuando descubrió que Martín estaba en el marco de la puerta, recostado, con aire relajado, descalzo y con ropa informal. La observaba con una sonrisa.

—¿Estás bien, necesitas que te ayude? —Miró la maleta medio deshacer, apreció que ella también estaba descalza—. Déjame que la coloque encima de la cama. Pondrás la ropa con más comodidad. —La cogió con agilidad y sin esperar respuesta.

—¿Ya no trabajas? Hace dos días que no te despegas de mi lado —comentó con un cierto deje molesto por tenerlo pegado a ella cada vez que se daba la vuelta.

—Me he tomado unas vacaciones. He trabajado bastante en algo que tu abuelo formó para alejarme de aquí —le recriminó, a sabiendas de que ella sería conocedora de ello.

El móvil de Martín los interrumpió, lo sacó del pantalón y miró quién era. La vista de Elena alcanzó a ver que en la pantalla se reflejaba el nombre de Gisela. Cortó la llamada de inmediato, volvió a metérselo en el bolsillo y la miró, incómodo.

—Puedes cogerlo. Estás con ella, ¿no? Llegaron a mis oídos que vive contigo en Londres —comentó dolida—. Tendrás que explicarle que durante un tiempo debes convivir conmigo, quizás no le guste demasiado.

—Elena… —Avanzó hacia ella. Sabía que le debía una explicación.

—No. —Lo cortó en seco, con un gesto de la mano para que no se acercase—. No me interesan tus explicaciones. Me voy a dar una ducha. Vete.

Sin esperar respuesta ni mirarlo más, se metió en el baño tras dar un sonoro portazo.

Contrariado y desbordado por la situación, sin saber cómo manejarla, Martín no se marchó, comenzó a colocar en el armario la ropa que le quedaba en la maleta. Le puso sobre la cama un camisón, ropa interior, una bata y las zapatillas. Luego se sentó, miró varios mensajes que le había dejado Gisela y los borró todos.

Tras media hora allí, comenzó a preocuparse. Dentro del baño no escuchaba ruido del agua ni a Elena moverse. Sin pensarlo, abrió la puerta con sigilo para comprobar que estaba bien. La encontró en la bañera. La había llenado hasta arriba, estaba recostada en ella, con la cabeza posada en el borde. Tenía los ojos cerrados, parecía relajada. Se quedó allí mirándola, deseó estar junto a ella, como otras veces.

Sumido en los recuerdos, no se dio cuenta de que Elena lo descubrió.

—¿Qué haces aquí? —le recriminó sentada, con las manos sobre sus pechos.

Martín fijó la mirada en la espuma que le resbalaba por el cuerpo mojado.

—Tardabas demasiado tiempo, no escuchaba ruido y me preocupé, quizás te hubiese pasado algo. —Elena puso los ojos en blanco, luego lo miró con ellos muy abiertos cuando vio que se acercaba con una toalla en la mano—. Sal del agua. Debe haberse enfriado y vas a coger frío. —Se paró frente a ella con los brazos extendidos, a modo de acogerla en ellos y arroparla. Elena lo miró con mal gesto, negándose a salir—. No me vengas ahora con tonterías ni remilgos. He besado, amado y saboreado cada rincón de tu cuerpo, no hay nada que no haya visto antes —comentó con una amplia sonrisa. Disfrutaba de la situación.

—Ahora estamos separados. Vete. —Lo miró como una niña con rabieta y esto provocó una sonora carcajada en Martín.

—No me pienso ir —la retó—. Aquí me quedo. —No se movió de la posición en la que estaba—. Te prometo que miraré a otro lado —dijo para contentarla.

Giró el rostro hacia la derecha y esperó paciente a que se decidiese a salir.

Elena soltó un suspiro contrariado y se puso en pie. Sabía que Martín no iba a desistir en el empeño. Estaba aburrido todo el día en casa y ella formaba parte del entretenimiento.

A través del espejo, Martín hizo trampas, vio como toda el agua, junto con la espuma, resbalaba por el cuerpo de ella. Admiró los cambios que observó en él y, sobre todo, fijó la mirada en su vientre.

—Tramposo —murmuró Elena mientras la envolvía en la toalla.

Se había dado cuenta de que la vio desnuda.

Martín fue hábil y le atrapó los brazos dentro del cuerpo, luego la envolvió y la retuvo cerca, aspirando su aroma.

—No me pude resistir. Me declaro culpable —dramatizó con una sonrisa—. Siempre es un placer verte desnuda, y más ahora cuando tu cuerpo ha cambiado tanto y llevas a mis hijas dentro. Te deseo —le susurró en el oído. Consiguió que Elena sintiese el vello de punta y una corriente eléctrica le recorriese la espalda—. Han sido demasiados meses sin ti —confesó mientras le depositaba un beso en el cuello húmedo.

—Martín, por favor —suplicó crispada. No lo creía.

De inmediato se retiró, le dio un toque en la barbilla y le dedicó una mirada cariñosa.

—Te dejo para que te vistas. Te espero abajo para cenar. Tienes que alimentar a nuestras bebés. —Elena lo miró con gesto contrariado—. Hablaremos de lo que tú quieras, o no hablaremos, pero no voy a permitir que te vayas a dormir sin cenar, como pasó anoche. —Ella asintió de buena gana—. Espera, antes de irme te traigo las zapatillas. Aún tienes los pies mojados y podrías resbalarte.

Lo vio desaparecer y aparecer por la puerta mientras el corazón le daba un vuelco. No lo quería solicito y amable, ello no ayudaba a odiarlo como pretendía su mente, ya que su corazón le dictaba otra cosa.

Con agilidad, se agachó delante de ella y le colocó las zapatillas. Gesto que Elena no se esperaba. Notó cómo le acarició el pie antes de introducirlo. Se reprochó a sí misma que aquel gesto insignificante le hubiese alterado el ritmo del corazón y casi saltársele las lágrimas.

—Los tienes un poco hinchados —apreció cuando le colocaba la segunda zapatilla.

—Sí, siempre se ponen así al final del día.

—Bien, cuando bajes los pones en alto para que la retención de líquidos no se acumule.

Cuando lo tuvo a la misma altura deseó besarlo con todas sus fuerzas, pero se refrenó. Las heridas que había provocado en el pasado aún estaban abiertas.

Él se marchó y Elena se quedó un rato más en la misma posición, con la vista clavada en el espejo, sintiéndose enorme y preguntándose por qué no conseguía arrancar de cuajo a aquel

hombre de su corazón.

Cuando se vistió, antes de bajar a cenar, Elena llamó a su abuelo y se interesó por cómo había pasado la tarde Eva. Ella quiso ir a verla de nuevo, pero le dijeron que hasta que no presentase una mejoría significativa, lo mejor era que no acudiese al hospital.

Eva se despertaba a ratos, estaba delicada y débil. Begoña y Sebastián no se movían de su lado durante el día. Las noches las pasaba con una enfermera especializada.

Martín preparó unos suculentos sándwiches, el de Elena con pan sin gluten, desde que había regresado le hizo llenar a Dora la nevera con productos para ella. También hizo una ensalada y llenó un bol de patatas fritas. Recordó que a Elena le encantaban las que no tenían sabor. Lo llevó todo al salón y lo colocó en la mesa baja de delante del sofá. Quería que comiese con los pies estirados, para que estuviese más cómoda.

Elena se emocionó cuando bajó y encontró todo lo que Martín había hecho. Él se preocupó de que se sentase y estuviese cómoda, le dio unos cojines y le colocó una bandeja en las piernas.

—Gracias —dijo Elena.

Martín puso el telediario de fondo y comieron con las noticias, comentándolas. Después, le propuso ver una película y ella aceptó. Estaba tan cómoda que no le apetecía moverse de allí.

De pronto, cuando la película iba por la mitad, formuló un quejido y se llevó las manos al vientre.

—¿Qué ocurre, te encuentras bien? —preguntó Martín, preocupado. Se acercó más a ella y vio que un gesto de dolor se le dibujaba en el rostro.

—Ya se pasa —suspiró con alivio mientras se masajeaba el vientre—. Se han movido a la vez con demasiada brusquedad. A veces me despiertan en mitad de la noche —reveló con una sonrisa.

—Están guerreras —afirmó Martín. Se moría de ganas por notar cómo se movían sus hijas.

—Creo que he comido demasiado y ya no queda espacio para tanto —bromeó con una sonrisa.

—¿Llamamos a un médico? Soy padre primerizo, me asusto por todo y no sé qué hacer —comentó algo nervioso mientras se revolvía en el sofá, inquieto.

—Estoy bien. No hace falta. Aún no estoy de parto, quedan unos dos meses. Dicen que los embarazos dobles se suelen adelantar, pero es pronto.

—Puedo… —se atrevió a pedirle. Tenía los ojos clavados en su vientre—. Me gustaría sentir cómo se mueven.

Después de la velada tan agradable que habían pasado, no pudo negárselo. Asintió, se retiró la bata para que Martín accediese mejor y viese cómo daban patadas.

Cuando él vio que la barriga de Elena se movía tanto, se sorprendió muchísimo. Era la primera vez que tocaba a una embarazada y sentía a un bebé.

—Son tus hijas —murmuró ella. Martín se había quedado muy fijo, emocionado y alucinado a la misma vez.

Elena le tomó la mano junto a la de ella y la paseó sobre su vientre.

—¿Eso ha sido una patada? —preguntó con los ojos muy abiertos.

Ella asintió con una sonrisa enorme. Estaba disfrutando al verlo.

—Se mueven mucho por la noche.

—Es maravilloso. —Elena le guio la mano por toda la amplitud de la redondez de la barriga.

Para sorpresa de ella, Martín se inclinó y dio un beso a sus hijas. Cuando sintió el contacto de

él pensó que se desmayaba. No podía con aquella ternura que demostraba, se sentía débil y sin fuerzas. Nunca imaginó que algo así pudiese ocurrir. Deseó quedarse así el resto de su vida, sin problemas, solo ella, Martín y las niñas.

—Hola, mis chicas, soy papá. —Ante estas palabras susurradas muy cerca de las bebés, Elena podía sentir el aliento de Martín en la piel, no pudo reprimir las lágrimas y comenzó a llorar. Aquello le superaba—. Os quiero mucho, a las tres —puntualizó—. Os amo, sois mi vida entera. Voy a luchar con todas mis fuerzas para que estemos siempre así, los cuatro juntos. Vuestra madre es una cabezota y me costará convencerla de que me perdone. Tiene toda la razón del mundo, pero yo la amo y estoy seguro de que ella a mí. Si dos personas se quieren como nosotros, no pueden estar separados. Nos merecemos formar una familia feliz. Nunca deseé tener una, pero mamá me hizo creer en ello.

Elena lloraba a moco tendido, no podía contener la emoción que le produjeron las palabras del padre de sus hijas. Nunca lo imaginó en aquella faceta tan tierna.

Con dos últimos besos, se despidió de las bebés y la miró.

—No llores, yo solo quiero verte sonreír siempre.

Le apartó las lágrimas del rostro, se perdió en la intensidad de sus ojos azules, y la besó. Deseaba sanar todas las heridas que había provocado en aquella mujer, su mujer.

Elena se entregó al beso, lo deseaba tanto como él.

—Te amo, no lo dudes nunca —murmuró Martín sin apartarse.

De repente, como si le hubiesen dado un pinchazo, lo retiró de ella con brusquedad, se puso en pie y se colocó bien la ropa.

—No, Martín. No volveré a caer en tus redes.

Él trató de tomarla de la mano, pero Elena se marchó.

No fue tras ella. No quería presionarla. Sabía que sentía lo mismo que él, solo que lo negaba una y otra vez. No se daría por vencido.

Aquella noche Elena apenas consiguió dormir, la ternura, los besos y la delicadeza de Martín con ella la tenían conmovida. Un revuelo de sentimientos encontrados, bullían en su interior. Lo amaba más que nunca, lo encontraba más guapo y atractivo. Su sonrisa era mucho más seductora que antes, pero cuando pensaba en todo lo que le dijo cuando la echó de casa y recordaba que hasta hacía unos días vivía con Gisela, no podía perdonarlo ni volver con él.

Juró que nunca más dejaría que la besase. Se impuso que debía mirarlo, tan solo, como el padre de sus hijas.

A la mañana siguiente, Sebastián y Begoña llegaron a casa de Martín. Ella deseaba ver y hablar con su nieta con tranquilidad, conocerla y tratar de recuperar los años perdidos. Iba un poco nerviosa, llevaba un par de días haciéndose a la idea de que había otra mujer igual a Eva y que estaba embarazada de gemelas. Pronto sería bisabuela. Tantos cambios y problemas la tenían abrumada.

En los últimos días, Begoña y Sebastián apenas se separaron. Esa misma mañana habían ido a visitar a Eva. La mejoría era notable, estaba mucho más recuperada pese a que seguía en cama, le quedaban unas semanas más en el hospital y quizás volverse a someter a otra operación. Pero los médicos y sus abuelos eran optimistas.

Martín recibió a Sebastián y Begoña, Elena aún estaba en su habitación. Hacía solo media hora que le había informado de la inesperada visita y estaba arreglándose para el encuentro con su abuela.

—Él es Martín, mi hijo, mi gran orgullo y el padre de nuestras bisnietas —lo presentó a

Begoña.

—Encantado, señora. Papá. —Hizo un asentimiento de cabeza, fue un poco frío con él. Besó a Begoña, pero a él no se acercó mucho—. Elena baja en unos minutos —les informó.

Hasta que Elena llegó, un incómodo silencio reinó en el ambiente.

En el momento en que Begoña la vio descender por las escaleras comenzó a llorar. La emoción le pudo. Sebastián, junto a ella, le pasó un brazo por encima del hombro en señal de darle fuerzas. La comprendía mejor que nadie, cada vez que entraba en la habitación de Eva, solo lo hacía cuando dormía, le impresionaba verla.

—Elena, mi niña. —Begoña acudió junto a ella y la abrazó.

—Abuela. —Correspondió al abrazo. Sintió el afecto de aquella mujer, y tras mirarla a los ojos supo que era una persona noble y cariñosa.

—Estás embarazada. Ya me dijo Sebastián que esperas gemelas, qué alegría. —Le tocó el vientre con una sonrisa y de inmediato se puso seria—. Perdón, igual no debí decir nada.

Recordó que Sebastián le contó que Elena y Martín acababan de reencontrarse y estaban separados.

—No se preocupe. Ya sé que seré padre de dos niñas —resonó la voz de Martín. Miró a su padre serio y de inmediato Sebastián supo que tenían una conversación pendiente, a solas.

—Venga conmigo, sentadas estaremos más cómodas. —Elena tomó del brazo a su abuela y se dirigieron al sofá.

—Por favor, hija, no me trates de usted. Comprendo que te resulte un poco brusco llamarme abuela de buenas a primeras, pero Begoña está bien.

—Será un honor llamarla abuela. —Se inclinó hacia aquella mujer que tanta ternura le transmitía y le dio un beso en la mejilla.

—Creo que vosotras tenéis que poneros al día. Yo tengo que tratar ciertos asuntos con Sebastián en mi despacho. Si nos disculpáis… —Martín comenzó a caminar en dirección al lugar donde pondría todo en claro, de una vez con su padre.

Sebastián lo siguió en silencio. Cuando no lo llamaba papá siempre sabía que venía una conversación seria detrás.

Una vez a solas, Elena y Begoña se quedaron un poco preocupadas tras escuchar que la puerta se cerró de golpe, Martín encaró a su padre sin tan siquiera esperar a que tomase asiento.

—Lo de Londres fue una gran farsa creada por ti para alejarme de Elena. Nunca te perdonaré que me ocultases que estaba embarazada —le acusó con rabia y ambas manos sobre la mesa.

—Vamos por partes —Sebastián se mostró muy relajado, sabía de la gran inteligencia de Martín y no le sorprendió que lo descubriese—, tú solito te alejaste de Elena. ¿Debo recordarte que la echaste de tu casa y de tu vida sin piedad? —le reprochó con dureza—. Por otro lado, si no te conté que estaba embarazada fue porque sabía que al decírtelo le causarías más daño. Dudarías de que ese hijo fuese tuyo y eso destrozaría a mi nieta. Lo hice todo por protegerla y lo volvería a hacer —afirmó con valentía y orgullo—. Tú te portaste con ella como un verdadero canalla y yo tuve que recogerla del lodo donde la dejaste hundida.

—¿Por qué montar toda la farsa en Londres? Debió costarte ponerla en pie y que tardase más de tres meses en darme cuenta.

—Elena se iba a marchar para siempre al pueblo. Lo iba a dejar todo para estar lejos de ti. Tomó esa decisión cuando te vio llegar a una fiesta con Gisela y al día siguiente se publicaron unas fotos de ambos. No iba a permitir que mi nieta renunciase a su sueño y se alejase de mí. Si tú tenías que salir de juego, te lo habías buscado por no confiar en ella. Yo también envié a analizar aquellas fotos. Pese a que me certificaron que no estaban trucadas, siempre creí en

Elena. Tú debías haber hecho lo mismo —le recriminó de frente. Era hora de poner las cartas sobre la mesa.

—Pienso averiguar quién armó todo para separarme de Elena, y lo haré pagar.

—Ya vas tarde, hijo. Como siempre últimamente. —Se sentó frente a él, armado de paciencia y tranquilidad. Cruzó las piernas y las manos encima de estas. Miró a Martín y se permitió recrearse en la incertidumbre que lo reconcomía por dentro. Un leve tic le palpitaba en la mandíbula.

—¿Quién fue? ¿Eva? ¿Sabía de la existencia de Elena?

—Estás perdiendo habilidades, hijo —se burló con una sonrisa. Esto enfureció más a Martín —. Dormir con el enemigo te ha vuelto tonto.

—¿Qué? ¡¿Gisela?! —preguntó, sorprendido. Sebastián asintió—. ¿Ella sabía de la existencia de Eva?

—Ella y Silvia. Esas dos zorras conocieron a Eva por casualidad y le propusieron hacer una sesión de fotos, las que te enviaron, para un anuncio de publicidad. Le pagaron bien a Eva y el anunció nunca salió.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Eva me lo contó. —Martín sacudió la cabeza, confuso—. Desayuné un día con ella y con Begoña, por supuesto no sabe nada de la relación que nos une, me presenté como un antiguo amigo de mi mujer. Casi sin querer, lo descubrí todo en la conversación tras preguntarle a qué se quería dedicar tras finalizar los estudios y si trabajaba.

—Pienso darle su merecido a esas dos. No les voy a perdonar esto. Silvia y Gisela lo van a pagar caro.

—No te preocupes, yo ya hice las tareas. Silvia no volverá a representar tantas marcas como lo hacía, y me encargué de hacerle ver a su futuro marido la clase de mujer ambiciosa que era. La ha dejado plantada a dos semanas de la boda. Y Gisela, no volverá a trabajar en ningún medio de comunicación de España. Ambas mujeres destruyeron la vida de mi hijo y mi nieta sin piedad y yo he destruido la de ambas.

—¿Desde cuándo sabes todo esto?

—Desde hace algún tiempo.

—¿Y por qué me has dejado convivir con Gisela? —le reprochó alzando la voz y con un golpe en la mesa, estaba furioso.

—Porque al poco Carlos me dijo que Elena volvía a estar en peligro, y por lo consiguiente Eva también. Nos centramos en la seguridad de ambas. Tenerte aquí era un problema añadido a todo lo existente.

—Elena tiene casi siete meses de embarazo, ¿no pensabas decirme nada, nunca? —le recriminó.

—No iba a dejar que no conocieses a tus hijas, pero también me tenía que asegurar de que con tus dudas no destrozabas más a Elena.

—Me arrepentiré siempre de no haber creído en ella. Cuando recuerdo cómo la traté y la eché de casa… —Se tapó los ojos, lamentándose.

—Ahora lo que hay que hacer es reconstruir nuestras vidas y atrapar al tío ese que atropelló a Eva. Carlos sabe que está en Madrid, es cuestión de días dar con él.

Martín asintió. Que Elena no estuviese en peligro era una gran tranquilidad, pero cuando eso ocurriese ella volvería a su casa. El tiempo se le agotaba para reconquistarla.

—Cuidaré de Elena. No dejaré que le pase nada a mi mujer ni a mis hijas.

—Te recuerdo que ya no es tu mujer, te faltó tiempo para pedirle el divorcio —le echó en

cara, con dureza.

—Lo sé, he cometido error tras error, pero pienso repararlos todos.

—Lo tienes difícil. Elena está muy herida.

—Trataré de que me perdone. No voy a renunciar fácilmente a tener una familia feliz.

—Suerte, hijo. Tienes todo mi apoyo con ella. Deseo veros felices y contentos junto a mis bisnietas.

Martín fue hasta su padre y lo abrazó.

—Me las has hecho pasar canutas. Trabajaba más de diez horas diarias para dar con los desfalcos que tú mismo habías creado.

—Has resuelto todo en un tiempo récord. Estoy orgulloso de ti.

—He tenido a un buen maestro en esta vida. Te quiero, viejo. Gracias por darles su merecido a Gisela y Silvia.

—Fue todo un placer.

Elena y Begoña estuvieron todo el tiempo inmersas en conocerse mejor. Elena le habló de su niñez, sus sueños, a qué se dedicaba ahora y consiguió que Begoña la admirase como mujer. Por su parte, su abuela también le habló de ella, de la vida que había llevado junto con Catalina y Eva en Marsella, y, sobre todo, le habló de su gemela. Deseaba que conociese a su hermana a través suya. Estaba segura de que cuando se reencontrasen se llevarían muy bien.

—¿Todo bien con mi abuelo? —preguntó Elena a Martín cuando Sebastián y Begoña se marcharon. Lo notó muy pensativo y con gesto serio.

—Sí. Hemos aclarado un par de temas.

—¿Ha quedado solucionado? —le preocupaba que no tuviesen una buena relación. Sabía lo que Sebastián quería a su hijo.

—Sí.

—¿Qué me ocultas? Estás muy serio y pensativo.

—Mi padre me ha revelado quién organizó lo de las fotos para que tú y yo nos separásemos.

—¿Lo sabe? ¿Fue Eva? —preguntó con un grito ahogado y una mano en el pecho, a la espera de una respuesta.

—No, a ella solo la utilizaron como modelo. Gisela y Silvia conocieron a Eva por casualidad y le propusieron hacer una campaña de publicidad. La engañaron.

Elena lo miró con los ojos muy abiertos. Por un lado, se relajó, por otro sintió pavor de que Eva hubiese estado en las manos de esas mujeres.

—¿Ellas sabían que éramos hermanas?

—Supongo que se encontraron con dos mujeres iguales y jugaron la partida a su favor. Tanto Gisela como Silvia me la tenía jurada. Ninguna soportaba que fuese feliz contigo. Fuimos víctimas de una trampa.

—Yo fui víctima de una trampa, tú caíste en ella —aclaró sin dejar dudas.

—Me arrepentiré el resto de mis días. Pero también te pediré perdón y me esforzaré por hacerte una mujer muy feliz.

—Nuestro tiempo ya pasó. Eres el padre de mis hijas y eso no lo puedo cambiar, pero entre tú y yo nunca volverá a haber nada —le dejó claro.

***

Dos días después, Eva presentó una notable mejoría. Estaba despierta la mayor parte del tiempo, comenzó a comer alimentos sólidos y el rostro le adquirió color de nuevo.

Begoña supo que había llegado el momento de revelarle que el hombre que la acompañaba a diario al hospital y la saludaba a través del cristal, no era un amigo, sino su abuelo, y que tenía una hermana gemela. Elena se moría por volverla a ver y los médicos ya habían autorizado que Eva podía recibir más visitas.

Pero todo no fueron buenas noticias por parte de los doctores. Eva tenía una lesión medular que requería ser operada, de lo contrario no volvería a caminar como antes. Ella desconocía esto por el momento. Sus abuelos acordaron no decirle nada en una semana. Aún no se podía intervenir debido a la inflamación del accidente. Decidieron darle tiempo y más adelante contarle la terrible noticia.

30

—Me alegro tanto de verte más recuperada, cariño. —Begoña le ponía las almohadas bien a su nieta para que estuviese cómoda—. He pasado mucho miedo, mi vida, creí que te perdía.

—Ya me encuentro mejor, los sedantes no me tienen tan floja. Espero recuperarme por completo pronto y abandonar esta cama.

—Poco a poco, mi niña. —Le dio un beso en el cabello y tragó con dificultad—. Eva, ahora que te encuentras mejor, quiero que hablemos.

—¿Han encontrado al hombre que me atropelló y se dio a la fuga? —preguntó preocupada, ella no sabía que el atropello había sido intencionado.

—No, cariño, la Policía aún trabaja en ello. —Eva desconocía que en la puerta de su habitación siempre había dos hombres encargados de su seguridad.

—Quiero contarte algo que debía haber hecho hace tiempo.

—Tienes novio —aventuró sonriente—. Me he dado cuenta de que Sebastián te acompañaba a diario a verme.

—No, cariño, no es mi novio. —Eva la miró decepcionada—. En realidad, es mi marido.

—¡¿Qué?! ¿Te has casado sin decirme nada? —preguntó asombrada y con los ojos muy abiertos.

—Llevamos casados muchísimos años, casi perdí la cuenta. —Hizo un aspaviento con la mano. Se había tomado un tranquilizante antes de revelarle todo y parecía que estaba haciendo efecto—. Cariño, hay algunos secretos que debes saber.

Eva la miraba con la boca abierta. No la reconocía.

—Ya veo. ¡Qué fuerte! —comentó perpleja.

—Verás, tu abuelo, ha sido el único hombre en mi vida, el padre de tu madre —puntualizó—. Nunca supo de tu existencia. Nos separamos y él creyó que tú habías muerto, pero en realidad te llevé conmigo.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó preocupada, sin entender lo que le relataba.

—Cariño, la historia es muy larga. Tus padres están muertos, tienes un abuelo, Sebastián, al que ya conociste y está deseando abrazarte de nuevo. Pero también tienes una hermana.

—¿Cómo? —Eva no daba crédito a las palabras de su abuela—. ¿Pero todo esto es cierto o forma parte de una broma macabra?

—Es cierto. Yo también desconocía que tengo otra nieta. Lo acabo de descubrir.

—¿Tengo una hermana? ¿Cómo es posible? —No entendía nada.

—Exactamente tienes una gemela.

—¡¿Qué?! —Eva se incorporó en la cama como pudo. Begoña continuaba sentada al lado, muy tranquila—. ¿Tengo una hermana gemela? —preguntó muy despacio con los ojos abiertos, asustada.

—Sí. Se llama Elena. Ella también desconocía tu existencia.

—Esto es de locos. No entiendo nada. —Movía la cabeza de un lado a otro, desconcertada.

—Sebastián está fuera, se muere por darte un beso y un abrazo. ¿Te parece si le digo que pase y ambos resolvemos todas tus dudas? —Begoña sentía que necesitaba ayuda para el aluvión de preguntas que le haría su nieta.

Eva asintió, incapaz de articular palabra.

Cuando Sebastián entró en la habitación lo hizo con lágrimas en los ojos. Había pasado muchísimo miedo desde el accidente. No quería perderla apenas haberla recuperado. Se acercó a ella, con un poco de reticencia, y con la voz tomada por la emoción le pidió si podía darle un abrazo. Eva asintió, emocionada. En esos momentos su cabeza y sus sentimientos estaban revolucionados, sin acertar a encajar por completo lo que sucedía. Se alegraba de tener un abuelo y una hermana. Siempre soñó con una gran familia.

—Mi niña. —Le acarició la mejilla y le besó la mano—. Quiero que sepas que tu abuelo haría cualquier cosa por ti. Estoy aquí para protegerte y darte todo lo que necesites.

La volvió a abrazar y Eva le correspondió.

Cuando ambos se serenaron, Sebastián le tomó una mano y Begoña otra. Eva se sintió en familia, con un cierto calor de hogar pese a estar en una habitación de hospital.

Sus abuelos se sentaron y comenzaron a relatarle la historia de su vida. No le hablaron del porqué Elena terminó casada con Martín ni que un hombre intentaba terminar con ellas debido a una venganza hacia su padre.

Finalmente, Sebastián le prometió a Eva que traería a Elena pronto para que ambas se conociesen.

***

Un poco preocupado, Martín tocó a la puerta de la habitación de Elena. Llevaba encerrada en el cuarto desde que Sebastián y Begoña se habían marchado. Dora le subió algo de almorzar, pero no bajó a merendar y ya pasaban las diez de la noche.

—¿Te encuentras bien? —preguntó si rebasar el marco de la puerta—. Llevas demasiado tiempo aquí y me tienes alarmado.

—Estoy bien. Tengo mucho trabajo atrasado y tengo que ponerme al día. —Estaba sentada delante de la mesa con el portátil abierto.

—No te he dicho nada aún, pero me alegro de que arrancases con tu negocio y te vaya tan bien. Eres muy buena. Llegarás alto —aventuró con una sonrisa de orgullo.

—Me queda trabajo por terminar, ¿me puedes dejar sola? —pidió crispada. Le dolía la espalda y comenzaba a dolerle la cabeza. No tenía ganas de entablar conversación con Martín.

—Creo que necesitas un descanso y despejarte. —Fue hasta ella y comenzó a masajearle la espalda—. Estás muy tensa. Necesitas relajarte.

—Que estés cerca no lo consigue. Me pones en tensión. Quiero volver a mi casa, a mi negocio y no tener que encontrarme contigo a cada segundo —murmuró cansada, arrastrando las palabras.

—Yo te quiero a mi lado el resto de mi vida. Arreglemos un poco todo este caos que nos rodea. Si estamos bien, todo será más llevadero. Por favor, perdóname. Te amo. —Elena se quedó en silencio, no le respondió—. Dime algo —suplicó sin dejar de masajearle el cuello.

Ella se levantó y lo encaró.

—¿Qué quieres que te diga? No puedo perdonarte. Me dejaste rota por la mitad, destrozada, hecha añicos. Nunca podré olvidar el desprecio que vi en tus ojos, la forma en la que me echaste de esta casa y el dolor que me produjo verte con Gisela a los pocos días de dejarme. ¿Tienes idea de lo que he sufrido? Cuando me enteré de que estaba embarazada, no poder compartir algo tan grande contigo me mató. Buscamos tener un hijo. Llevo meses tratando de recomponerme, y cuando por fin creo que me sostengo por mí misma, apareces de nuevo y lo derrumbas todo.

—Elena… —Sentía el dolor de sus palabras como si le clavasen alfileres—. Yo también sufrí muchísimo. Nunca había amado con tanta intensidad ni había sido tan feliz. Cuando vi que todo se rompió, no sé qué me pasó, un monstruo se apoderó de mí. No veía más allá de esas malditas fotografías. ¿Sabes todo lo que yo daría por besarte y borrar tus sufrimientos? —La sinceridad de Martín estaba reflejada en sus ojos. Elena lo creía, y esto mismo hizo que dos lágrimas escapasen pese a que trató de reprimirlas.

—Déjame sola —le rogó con un nudo en la garganta.

—Prométeme que vas a cenar algo. —Ella asintió—. Te daré espacio. Todo el que necesites, pero debes de saber que siempre estaré ahí.

Dos horas más tarde, bajó a cenar. Cuando subió de nuevo, observó que por debajo de la que fue su habitación, la que estaba destrozada, había luz. No lo advirtió antes. Con cuidado, abrió la puerta y encontró a Martín recostado en el colchón. Despacio y en silencio se acercó a él. Comprobó que estaba dormido. Fijó la mirada en el subir y bajar de la respiración de su pecho desnudo y se recreó en él. Lo observó tendido en medio de la cama, no se le veía relajado, todo lo contrario, parecía que libraba una gran batalla.

De repente, comenzó a moverse y a hacer aspavientos con las manos. Tenía una pesadilla, pero no conseguía despertar de ella. Sin pensarlo dos veces, se acercó a él y trató de que abriese los ojos.

—Tienes una pesadilla, despierta, por favor. Soy yo, Martín. —Le acariciaba el rostro con dulzura.

Martín arrastró a Elena hacia su lado y la tumbó en el colchón. Ella emitió un sonoro grito y eso lo hizo abrir los ojos de repente y darse cuenta de la situación.

De inmediato, se apartó de ella y la miró asustado. No sabía dónde estaba ni qué pasaba, estaba desorientado.

Elena logró incorporarse un poco en la cama, apoyó los codos en el colchón y lo miró, recuperándose del susto.

—Tenías una pesadilla —le dijo con la respiración alterada.

—Joder —maldijo masajeándose la cabeza—. ¿Estás bien? —acudió a su lado, preocupado —. Lo siento —se disculpó angustiado—. Podía haberte lastimado. No debiste acercarte. Ya sabes cómo reacciono.

—Estoy bien, solo grité por el susto. ¿Qué haces aquí? —preguntó intrigada.

—En esta cama, con tu olor y los recuerdos que me trae, es en la única donde encuentro paz para conciliar el sueño. Hace meses que no duermo más de dos horas continuadas —confesó con sinceridad. Elena lo sintió derrotado. Tenía unas leves ojeras y del rostro le emanaba cierta tristeza que la conmovió—. Eres la única mujer con la que he dormido una noche entera —confesó con la voz ronca—. Mi curación solo fue contigo. Eres la única persona que quiero de forma indefinida en mi cama, y en mi vida —añadió.

Elena sintió que el corazón le explotaba ante aquella revelación. En aquellos meses, más de una noche, lo imaginó durmiendo con Gisela.

Se llevó una mano al vientre y se lo masajeó bajo la atenta mirada de Martín.

—Tus hijas se han despertado. No paran de moverse —comentó mientras le dedicaba una sonrisa que hizo que él llevase su mano junto a la de ella.

Elena se acomodó mejor en la cama y, para que tuviese mejor acceso, se levantó la camiseta y se bajó un poco el pantalón.

—Las sentirás mejor así. —Martín se abrazó a su vientre, posó la mejilla en él y sintió a sus

hijas. Había tenido un día horrible y tenerlas allí a las tres era toda una recompensa.

Tras un largo rato en el que ninguno dijo nada, Martín continuaba acariciando la barriga de Elena y ella lo observaba embobada. Podría haberse portado con ella como el ser más cruel, pero no tenía duda alguna de que sería un gran padre.

—Duérmete. Necesitas descansar. No me voy a ir. —Martín la miró extrañado. Elena le devolvió una sonrisa y le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Estaba agotado, llevaba meses sin dormir bien y trabajaba muchísimo. Necesitaba descansar sin que ninguna preocupación lo alterase.

—No me fío, Elena —murmuró sin moverse de la posición en la que estaba—. No me perdonaría, ahora menos que nunca, causarte algún daño en medio del sueño.

—Si en algo confío en ti en estos momentos, es que sé con certeza que no me harías daño, ni siquiera dormido y de forma inconsciente.

—Tienes mucha fe en mí.

El sueño, el cansancio y las ganas se apoderaron de él. Se quedó dormido junto a Elena, ella tardó más en hacerlo, pero ambos pasaron una noche como no recordaban en los últimos meses.

Un hormigueo y cierta sensación agradable de bienestar logró despertar a Elena, seminconsciente, creía que aún estaba entre sueños. Martín la besaba en el cuello y la garganta mientras le susurraba que había sido la mejor noche de su vida, le acariciaba el vientre y la mejilla mientras conseguía despertar su deseo. Llegó hasta su boca y la besó, consiguió que entreabriese los labios y le correspondiese al beso. Enredó su lengua a la de él y se permitió disfrutar de aquel exquisito despertar. Se entregó a las sensaciones que hacía tiempo no disfrutaba. Habían sido demasiados meses sin sentir a Martín a su lado, aquellas ganas de entregarse por completo a él y borrar el pasado. Estaba cansada de sufrir. Quería aquello por el resto de su vida, ya no tenía más fuerzas para rechazarlo.

Elena correspondió a sus besos y caricias. Martín sonrió contra sus labios y se sintió feliz.

—Te amo. Eres mi vida entera. Gracias por la mejor noche que he tenido jamás. No dormía así desde que era un bebé. Contigo tengo paz y tranquilidad. A veces, creo que me conoces mejor que yo mismo.

Lo besó y Martín correspondió al beso, feliz de que fuese ella quien tomase la iniciativa.

—Martín… tengo que ir al baño —murmuró contra sus labios. Él se resistió a soltarla—. Me hago pis, el embarazo, las niñas… —Sintió hasta vergüenza de decirle aquello.

Con una sonrisa le dio un último beso, se levantó con agilidad y la ayudo a ponerse en pie.

—Voy a hacer el desayuno para las tres mujeres de mi vida. Te espero abajo. —Le dio un beso que ella no rechazó.

Se marchó contento y feliz, sin atreverse a preguntar qué había cambiado. No le interesaba. Se quedaba con que ese cambio en ella era muy positivo.

Preparó un exquisito desayuno. Se había levantado con energías y auguraba que iba a ser un buen día.

Elena aprovechó y se dio una ducha antes de bajar, esto le dio tiempo a él de poner una bonita mesa para sorprenderla.

El timbre de la casa sonó y Martín, en su estado de buen humor, fue a abrir de inmediato. No se paró a pensar quién sería. Dio por hecho que alguien de confianza. Contaba con un portero de toda la vida que solo dejaba subir a las personas autorizadas, y desde que Elena convivía de nuevo con él dos guardaespaldas no se movían de la puerta en todo el día.

La gran sorpresa se produjo cuando se encontró de frente con Gisela. Era la última persona que esperaba ver.

La mujer, muy contenta de verlo, se arrojó a sus brazos. Le dio un beso en los labios y justo en ese momento el destino jugó sus cartas y Elena lo presenció.

—Martín, ¿qué pasa? Te he dejado mil llamadas y mensajes en estos días y no me has contestado —le reprochó Gisela, colgada de su cuello mientras él le dirigía una mirada asesina. Se dominaba para no reaccionar de una manera que lamentase—. Me tienes preocupada, mi amor. ¿Te ocurre algo?

Gisela apreció que tenía ese leve tic en la mandíbula que solo le aparecía cuando estaba muy enfadado.

Elena terminó de bajar las escaleras y recorrió el salón en dirección a ellos. Fue en ese instante cuando Gisela y Martín fueron conscientes de su presencia.

—¿Qué hace ella aquí? —Gisela señaló hacia Elena como si hubiese visto un fantasma. Miró a Martín ofendida, a la espera de una explicación.

El rostro de Elena la delató, Martín no le contestó a Gisela como pensaba hacer. En un gesto rápido, fue hasta la madre de sus hijas y la paró antes de que cometiese una estupidez.

—¡Maldita zorra! —gritó entre los brazos de Martín, que impidieron que se acercase a Gisela.

Elena luchaba con las manos y las piernas. Tenía ganas de darle su merecido a la mujer que terminó con su felicidad.

—¿No aceptas que él me prefirió a mí? —Gisela se sentía triunfal hasta que reparó en el estado de Elena—. ¿Estás embarazada? —preguntó señalando hacia ella con los ojos muy abiertos.

—¿Quién dirías que es ella, Eva o Elena? —le preguntó Martín sin soltar a la madre de sus hijas.

—Eh… ¿qué?... ¿de qué hablas? —Lo miró confusa sin saber quién de las dos era. Tragó con dificultad al pensar que tal vez fuese Eva, aunque tan solo se vieron en una ocasión, la miraba como si hubiese jugado con ella.

—Lo sabes muy bien. No hace falta que disimules. Lo sabemos todo. —Martín la miraba con desprecio—. Descubriste que Elena tenía una hermana gemela, ambas lo desconocían y jugaste con ello a tu favor junto con Silvia.

—¿Está embarazada de ti? —preguntó horrorizada mientras se llevaba una mano al pecho—. Comprendo que quieras hacerte cargo de la criatura, pero ella te engañó. Tú nunca quisiste hijos… —Estaba fuera de sí. La situación la había cogido por sorpresa.

—Gisela, deja el juego —gritó Martín—. Vete ahora mismo antes de que te saque de aquí a patadas.

—Ella… y tú… —Los miró a los dos—. No, no… —Le volvía loca que hubiesen vuelto como pareja—. Igual ni es tu hijo. Nunca quisiste tenerlos y ahora vas a cargar con uno que quizás no lo será.

Sin poder detener la rabia que la comía por dentro, Elena se zafó de los brazos de Martín, se dirigió a Gisela con rabia y le propinó una sonora bofetada.

Gisela fue a devolvérsela, pero Martín la tomó del brazo con fuerza y lo impidió.

—No te atrevas a ponerle una mano encima porque te juro que no respondo —la amenazó sin soltarla. Le apretaba el brazo y la zarandeó.

—¿Qué te pasa? —le reprochó—. Has echado pestes de esta mujer. Me dijiste que te traicionó y que nunca te tenías que haber casado con ella. Estamos juntos —le recordó alzando la voz—. Vivimos juntos. —Hizo ímpetu en ello—. Dormimos juntos —lanzó el último dardo

envenenado.

—No te confundas. Solo compartíamos cama para saciar nuestras necesidades, y no sabes cómo me arrepiento de eso.

—Te vas a arrepentir de creer a esta mujer y sus mentiras. Yo no tengo nada que ver con lo que me acusa.

—No te esfuerces más. —La miró con asco y la arrastró sin ceremonias hacia la entrada. Abrió la puerta y la dejó fuera—. ¿Quién ha sido el responsable de dejarla pasar? —vociferó a los dos guardaespaldas que custodiaban la puerta.

—Señor… dijo que era su novia. El portero la conocía como tal y la dejó subir.

—Tienen una lista con las personas autorizadas para entrar en esta casa. —Los dos hombres asintieron—. Ella no estaba. Estáis despedidos.

Con un sonoro portazo los dejó a los tres estupefactos. Se giró hacia Elena y fue hasta ella. Le preocupaba lo alterada que estaba.

—Lo siento. No debieron dejarla pasar. No era así como pensaba comenzar el día junto a ti.

—No me toques, Martín. —Le advirtió entre dientes cuando fue a acariciarla.

Verlo con Gisela y que ella le recordase que había convivido con él y ocupado su cama le abrieron de nuevo las heridas del pasado.

—Pero… estábamos tan bien esta mañana… —comentó con miedo. En los ojos de ella se reflejaban una rabia y un desprecio que le hicieron ponérsele los vellos de punta.

—Lo de esta mañana fue un momento de debilidad que nunca, óyelo bien, nunca más se volverá a repetir. Después de verte con Gisela me he dado cuenta de que no puedo perdonarte que a los dos días de terminar nuestra relación estuvieses en sus brazos.

—Estaba roto y despechado, no pensaba. Ella se aprovechó de la situación. Supo embaucarme.

—Podre Martín —comentó con ironía tras darle la espalda y volverse a la habitación. Presenciar todo aquello le había revuelto el estómago.

Aquel día Elena no salió de la cama, cuando Sebastián acudió a visitarla para darle la buena noticia de que podía ir a ver a Eva al hospital la vio tan alicaída que no le dijo nada. Prefirió que estuviese bien. Estaba sometida a mucha presión, altos y bajos y era normal que su cuerpo se resintiese.

***

Desde hacía semanas, Carlos trabajaba de forma intensa al lado de un grupo de policía especializada. Buscaban sin descanso a Nizan Pauloski. Sabían que estaba establecido en un piso del centro de Madrid, había realizado transacciones bancarias en un cajero automático con una cuenta a otro nombre y el reconocimiento facial lo había detectado. Buscaban sin descanso por toda la zona. Si había sacado de la cuenta bancaria tanto dinero era porque lo iba a emplear en algo, y Carlos presagiaba que en nada bueno. Presentía que atrapar a ese hombre estaba cerca, pero tenía miedo de que rebasase todas las medidas de seguridad con las que blindaba cada día a su familia.

31

Dos días después de que Gisela apareciese en casa de Martín, Elena acudió a ver a su hermana. Durante ese tiempo, la relación con su ex fue casi nula. Apenas salió de la habitación y procuró que Dora le llevase la comida allí para no verlo ni tratar con él.

Martín le dio tiempo, comprendía por lo que estaba pasando y lo último que deseaba era alterarla con más discusiones, sin embargo, insistió en acompañarla al hospital. No sabía cómo iba a reaccionar cuando estuviese con su hermana, si se sentía mal quería estar cerca.

Por otra parte, Eva evolucionaba muy bien, los médicos querían operarla de nuevo en unos días, de ahí que Sebastián y Begoña decidiesen que ambas hermanas debían conocerse cuanto antes.

Eva estaba preocupada, aunque esto solo lo habló con los médicos, tenía una pierna paralizada y la otra le dolía muchísimo. Le asustaba que no se hubiera podido levantar en todo ese tiempo. Los médicos insistían en que era pronto, pero ella sabía que tenía algo grave que no le decían.

Aquella tarde, estaba ilusionada, sabía que conocería a su hermana gemela. Begoña y Sebastián estaban con ella a la espera de que Elena llegase. La vez anterior cuando Eva y Elena estuvieron juntas en el hospital, Eva lo recordaba como un sueño. Necesitaba tocarla, abrazarla y hablar con ella. Había deseado tanto una hermana en todos esos años que sintió que el deseo se le había concedido.

Cuando Elena llegó, Begoña y Sebastián estaban en el pasillo, saludó a sus abuelos, con Begoña cada día se llevaba mejor, hablaban a diario y sentía que la quería. Era una mujer educada, dulce y atenta.

Martín le infundió ánimos a Elena cuando Sebastián le indicó que podía entrar a ver a Eva. Le dio un beso en la mejilla y le indicó con la mirada que todo iba a ir muy bien. Elena respiró hondo, preparándose para el momento, entró sola en la habitación.

—Hola, Eva —murmuró con miedo nada más verla. Conforme se acercaba a ella sintió que unos terribles nervios se apoderaban de su cuerpo. La miraba y se veía a sí misma, no estaba acostumbrada y aquello impresionaba bastante.

Eva la recibió con una enorme sonrisa, se retorcía las manos sudorosas en el regazo mientras observaba al detalle la cara de Elena. Le impresionó muchísimo. Era como tener un espejo enfrente.

—Hola —pronunció con un nudo en el estómago, incapaz de decir nada más.

Ambas estaban emocionadas, se miraban con los ojos llorosos, sin atinar a decir nada más, se habían quedado paralizadas.

Elena se acercó y la abrazó. Eva le correspondió y se llenaron de besos.

—Me has hecho mucha falta todos estos años —reconoció Eva—. Pienso recuperarlos y ser una hermana muy pesada.

—Te quiero nada más que supe de tu existencia, no sé si te pase lo mismo, pero siento una conexión muy especial por ti.

—¿Estás embarazada? —preguntó llevando la mano al vientre de su hermana. Elena asintió —. ¡Oh, no sabía nada! Los abuelos no me dijeron nada —manifestó con suma alegría.

—Consideraron que era una noticia que me correspondía dar a mí.

—Es toda una sorpresa. Pronto seré tía —comentó ilusionada—. ¿Sabes ya el sexo del bebé? —Elena asintió risueña.

—Voy a tener dos niñas. Estoy embarazada de gemelas.

—¡¿Cómo?! —Eva la miró con los ojos muy abiertos, sorprendida. No se lo esperaba.

—Sebastián —Aún le costaba decirle abuelo— y mi abuela me han contado algunas cosas de ti, pero no me dijeron eso. ¡Qué alegría!

Volvió a abrazarla y le acarició la barriga a su hermana.

—Me encanta tener otra hermana. No sé si sabes, aunque Virginia no lo es de sangre, yo la considero como tal.

—Sí, me lo contó Sebastián. Estoy deseando conocerla. Me encanta esta nueva familia que el destino me ha brindado. Estoy feliz.

—Yo también, me gusta teneros a ti y a la abuela en mi vida.

—Sí, y Sebastián es un amor. Siempre deseé tener un abuelo como él.

—Tengo tantas ganas de saber cosas de ti.

—Mi vida es muy simple y aburrida. Rompí con la pareja que tenía porque me engañaba y me atropellaron. Para colmo, ayer el abuelo me contó que las fotos que me ofrecieron Silvia y Gisela fueron para separarte de tu marido. Lo siento mucho. Te juro que no sabía nada. Caí en la trampa como una tonta y te destrozaron la vida —lamentó apenada.

—No te preocupes. Tú no tienes la culpa de nada. —Le dio un cariñoso beso en la mejilla y la miró con ternura.

—Y la relación con el padre de mis sobrinas, ¿cómo es? —se atrevió a preguntar.

—Nos divorciamos cuando pasó lo de las fotos, luego descubrí que estaba embarazada, no le dije nada y ahora él ha descubierto mi embarazo y lo de las fotos —resumió sin dar demasiadas explicaciones.

—Sebastián me dijo que Martín y tú os queríais.

—Sí, fui muy feliz con él. Me enamoré de él apenas conocerlo, nos costó dar el paso de exponer nuestros sentimientos, pero cuando lo hicimos ninguno nos arrepentimos. Decidimos tener un hijo. Este embarazo fue buscado y deseado.

—¿No hay posibilidad de que volváis a ser pareja?

—Todo es muy complicado. Creo que ambas hemos sufrido lo nuestro en los últimos meses, ya solo nos queda ser felices. Espero que me ayudes mucho con estas niñas —comentó Elena con una amplia sonrisa para animar a Eva. Sintió que estaba triste tras tocar el tema de las fotos. Se sentía culpable de la separación de su hermana.

—Cuenta con ello. No pienso marcharme de Madrid. La abuela compró un piso que está de reformas. Buscaré un trabajo cuando me recupere y pienso hacer mi vida aquí, a tu lado.

—Me haces muy feliz.

—El abuelo me contó que tienes un negocio de diseño de vestidos de novia —comentó ilusionada—. Háblame me ello, me parece fascinante esa faceta. Si algún día me caso, me hará mucha ilusión que me lo diseñes.

—Por supuesto que sí.

Ambas hermanas pasaron varias horas a solas, poniéndose al día sobre sus vidas.

Tocaron a la puerta y Martín entró sin ser invitado a pasar.

—Hola, Eva, soy Martín Quiroga. No nos conocemos aún. —Fue hasta ella, le tomó una mano y se la llevó a los labios—. Me alegra verte tan recuperada.

Eva lo miraba con la boca abierta. Nunca se imaginó que el padre de sus sobrinas fuese un hombre que cortase la respiración nada más verlo. Entendió que su hermana se enamorase de él

al conocerlo. Se veía un tío decidido, valiente y con un toque arrogante que lo hacía sexi e interesante.

Se volvió hacia Elena, sentada en un sillón al otro lado de la cama de donde estaba Martín, y le preguntó en susurro:

—¿Este es el padre de mis sobrinas? —Elena miró a Martín incómoda, él le sonreía, y asintió —. Tiene pinta de curar cualquier herida que te haya causado de maravilla. ¿No lo vas a perdonar? —preguntó asombrada.

Elena le mostró una sonrisa incómoda y se quedó en silencio.

—Hola, Martín. —Se volvió hacia él con una sonrisa fingida, como si no hubiese pasado nada —. Tienes suerte de que no me pueda levantar de esta cama. De lo contrario te daría una buena patada en el culo por haber hecho sufrir tanto a mi hermana.

Elena ahogó una carcajada, no esperaba tal descaro por parte de Eva.

Martín le sonrió. A pesar de todo, su cuñada le había caído bien.

—Elena, es hora de marcharnos a casa. Llevamos varias horas aquí. Necesitas descansar.

—Márchate tú si tienes cosas que hacer, me iré con mi abuelo —le indicó con mal gesto.

—No me voy a ir sin ti, ya lo sabes.

Eva los miraba como si fuesen la pelota de un partido de tenis.

—Un momento. No me entero de nada, ¿pero vosotros vivís juntos? —preguntó con ambas manos abiertas, desconcertada.

Eva desconocía que estaban en peligro y las medidas de seguridad que las rodeaban a ambas desde que la atropellaron.

—Estaba de reformas en su casa, se mudó a la mía mientras yo estaba en Londres —explicó con rapidez—, pero llegué sin avisar.

Eva solo asintió, sin comprender demasiado la situación.

Elena se levantó, se despidió de su hermana y le dio un beso.

—¿Tú estás segura de no darle otra oportunidad? —le susurró en el oído—. Me gusta el padre de mis sobrinas, me ha caído bien. Si lo perdonas, eso ayudaría a que no me sienta mal por, de una forma u otra, haber sido la culpable de vuestra separación.

Con una amplia sonrisa de satisfacción y encontrar una aliada, Martín se alegró de que Eva estuviese de su parte.

—A mí también me gustas, cuñada. —Había escuchado lo que le dijo a su hermana—. Continúa recuperándote.

—No es tu cuñada —replicó Elena exasperada, poniendo los ojos en blanco, cuando salieron al pasillo—, siempre tiendes a olvidar que ya no estamos casados —le reprendió, molesta.

—Porque tú quieres, mi vida. Una sola palabra tuya bastaría para que me volviese a unir a ti. En este mismo instante, si lo deseas. —Le mostró una sonrisa perfecta que logró enfurecerla aún más.

—¿Te gustan los hospitales o qué? —le espetó molesta. Recordó cuando contrajeron matrimonio por primera vez junto a la cama de Sebastián en otro hospital y se dijo que todo entre ellos empezó mal.

Se adelantó a su paso, odiaba verle esa sonrisa de satisfacción en la cara mientras ella ardía por dentro.

Aquella noche, Martín interrumpió a Elena en su habitación antes de marcharse a dormir. Desde que llegaron del hospital no le había dirigido la palabra. Habían cenado en un silencio sepulcral.

—¿Qué quieres, Martín? —preguntó cansada. Estaba en la cama con un libro por delante.

—Venía a darle las buenas noches a mis hijas ¿puedo? Hace días que no me dejas acercarme a ti. Necesito sentirlas y que sepan que su padre está ahí.

Elena suspiró, apartó el libro a un lado y asintió dándole permiso. Clavó la vista al frente y esperó a que se acercase.

—Hazlo rápido porque tengo sueño y me iba a dormir.

—Mentirosa. Tienes tanto sueño como yo en estos momentos. Te puedo asegurar que ambos tenemos ganas de lo mismo, solo que tú eres una terca que no lo admites.

Elena no hizo caso a sus palabras. Se repetía mentalmente que no entrase en el juego.

Él se tendió a su lado, para sorpresa de ella, pero no lo reprendió. Posó la mano en la abultada barriga y la acarició con cuidado.

—Buenas noches, mis princesas —susurró—. Dejad descansar a mamá. —Depositó un beso en el vientre de Elena y ella lo sintió como si se lo hubiese dado en los labios. —Solo falta un mes y medio para que estén con nosotros. —Se dirigió a Elena.

—No voy a quedarme en tu casa de forma definitiva. Volveré a la mía cuando todo pase —dejó claro.

—Eres el amor de mi vida, y mis hijas —añadió—. No nos puedes hacer esto. Formemos de nuevo una familia. Ellas se merecen un hogar.

—No intentes culpabilizarme de nuestra situación —le recordó echando chispas por los ojos —. Si estamos así es por tu culpa. Te recuerdo que no fui quién pidió el divorcio.

—Te he pedido perdón hasta el cansancio.

—No es cuestión de pedir perdón, Martín. Hay heridas que no sanan y no me dejan avanzar. No es solo que no creyeses en mí, es tu traición al irte y convivir todo este tiempo con Gisela. No puedo hacer como si nada hubiese pasado y volver a amarte como antes. Lo he intentado, pero me es imposible. Y ahora, si eres tan amable, te agradecería que me dejases descansar.

Dolido por sus palabras, suspiró, se levantó de su lado en silencio y se marchó arrastrando los pies. Elena acababa de darle un gran golpe del que no sabía cómo reaccionar.

Durante el resto de días, el ambiente estuvo tenso entre ambos, solo hablaban lo mínimo. Elena apenas salía de su habitación y Martín solía acudir cada noche a darle las buenas noches a sus hijas.

Cada vez la sentía más lejos. Las esperanzas de recuperarla las perdía poco a poco. Luchar contra su indiferencia lo estaba matando.

Esa mañana, Martín tuvo que ir a la cadena. Se había producido un incendio en un plató donde rodaban unas de las series de más audiencia y quiso comprobar de primera mano cómo había sucedido.

Rosa y Virginia se presentaron por sorpresa en casa de Martín. Querían ver a Elena. Desde que se había mudado con él por cuestiones de seguridad todas llevaban demasiadas restricciones en las salidas que hacían. Virginia le pidió permiso a su padre para realizar unas compras que necesitaba. Rosa la acompañó, terminaron comprando un montón de cosas para las bebés y decidieron llevárselas a Elena.

—Es precioso todo lo que habéis traído para mis niñas. Muchas gracias. Con lo que ha sucedido, voy muy retrasada con los últimos preparativos. Me hubiese gustaba ir llenando los cajones de ropa y esperar el gran momento con todo listo.

—No te preocupes. La habitación de las niñas está arreglada, y con estas cosas que te hemos traído tienes para ambas las primeras semanas —comentó Virginia ilusionada.

—¡Qué ganas tengo de tener a mis nietas en mis brazos! —Rosa no veía la hora de verles las caritas.

—¿Qué tal todo con Martín? —preguntó Virginia mientras su madre volvía a meter todas las compras en las bolsas—. ¿Habéis arreglado lo vuestro?

—No —contestó contundente.

—Yo pensé que después de estas semanas juntos…

—Él lo ha intentado, pero soy yo. Me resulta muy difícil perdonarlo. He sufrido muchísimo. Tiene la esperanza de que cuando las niñas nazcan volvamos. Hace un par de días que está reformando la que era mi habitación cuando llegué aquí. La destrozó cuando me echó y hasta ahora no la está vaciando. Dice que sus hijas tendrán un lugar siempre en su casa y con una habitación en condiciones. Todo es y será muy difícil —presagió en una especie de lamento.

—Ese hombre te ama con locura, hija —murmuró Rosa mientras continuaba con lo que estaba.

—Lo sé, pero también sé que ese amor no fue lo suficientemente grande como para creer en mí. Tengo ganas de volver a mi casa y que todo esto acabe de una vez. Estar tranquila junto a mis hijas y disfrutarlas mucho —comentó cansada de la situación.

—Él es su padre.

—Lo sé, nunca le negaré que las vea y esté con ellas.

Rosa y Virginia se quedaron a comer, Martín llamó a Elena y le comunicó que volvería para la cena, ella le comentó que no estaba sola y él se alegró de que estuviese con su madre y su hermana.

A media tarde, Rosa y Virginia decidieron marcharse, las horas se les habían hecho cortas, hablaron sobre muchas cosas, pero tenían que volver. Virginia debía entregar una documentación, vía email, que no podía dejar para el día siguiente.

Cuando ya se despedían, sonó el timbre y Dora fue a abrir. Dos hombres entraron y se presentaron como los montadores del mobiliario de la habitación. Elena puso los ojos en blanco, ya se le hacía extraño que Martín realizase el trabajo de montar todas las cajas que había visto embaladas en la habitación que sería para sus hijas.

Una vez se cerró la puerta, los hombres no se dirigieron hacia las escaleras para subir a la planta superior, como Dora les indicó, dejaron las cajas de herramientas en el suelo y comenzaron a rebuscar algo en ellas.

Las tres mujeres, junto con Dora, que también se despedía de Rosa y Virginia, no atendieron demasiado a los movimientos de los obreros. De repente, los desconocidos sacaron una pistola cada uno y las apuntaron.

Dora, que estaba más cerca de ellos, gritó, asustada. Nizan le dio un golpe con la pistola y la mujer cayó al suelo, inconsciente. Elena, Rosa y Virginia presenciaron la escena, aterrorizadas. Estaban solas en casa con dos hombres que las apuntaban con un arma cada uno.

En un gesto de protección hacia sus hijas, Rosa se puso delante de ambas. Pese a la experiencia de años atrás en los que fue policía, supo que ante la situación no podía hacer mucho más que llevarse la primera bala. Reconoció a Nizan nada más que reparó bien en uno de los obreros, aquel hombre tenía cara de asesino despiadado. Aparentaba tranquilidad y sangre fía, sin embargo, el otro que la apuntaba, miraba hacia todos lados y empuñaba la pistola con cierto nerviosismo.

Mentalmente, evaluó la situación y las posibilidades que tenían de salir vivas de allí. Debía llamar la atención de los dos guardaespaldas que estaban en la puerta para que entrasen. Se podía formar un tiroteo y salir heridos, pero no había otra vía de escape. Estaba segura de que esos

hombres iban con un claro objetivo, matar a Elena, y de paso a ellas dos por estar allí.

Rosa tenía agarradas a sus hijas por las muñecas, al tocar en la de Virginia, notó la pulsera que Carlos le había regalado, vio un modo de llamar la atención. Aquella pulsera llevaba integrado un GPS que emitía en todo momento donde estaba Virginia. Ella era joven e inquieta y su padre, por más que la reprendía, no lograba controlarla y no estaba tranquilo. En el preciso instante en que esa pulsera no emitiese señal, Carlos recibía una alerta. Sabría cuál era el último punto de ubicación de su hija, con suerte se interesaría en llamar a casa de Elena o venir.

En un gesto rápido y certero, Rosa le arrancó la pulsera a Virginia, la dejó caer al suelo y con disimilo la pisó. Rezó para que el aparato hubiese quedado destrozado y pronto saliesen de aquella situación.

—¿Qué quieren? Llévense todo lo que deseen, pero no nos hagan daño —les dijo Elena muerta de miedo, sin apartar la mirada de Dora. No sabía si la mujer estaba muerta.

—Te quiero a ti —resonó la voz de Nizan—, pero hoy es mi día de suerte. Las tengo también a ellas. —Miró a ambas con una sonrisa perversa y las apuntó directamente. Nizan tenía el mando de la situación, el otro hombre no hablaba. A Rosa le quedó claro que estaba allí para cubrirle las espaldas en caso de que algo se torciese—. Por fin ha llegado el día en el que haga justicia. Voy a vengar la muerte de mi padre.

—¿Qué? —preguntó Elena con desconcierto.

—Usted está equivocado —sonó la voz de Virginia, aterrada.

—Tú madre sabe que no, pero si queréis, antes de enviaros al otro mundo, os revelo todo —explicó con una sonrisa maquiavélica—. Tú padre —se dirigió a Elena—, el verdadero, mató al mío a sangre fría antes mis ojos. Lo vi todo escondido en un armario y juré terminar con él y con toda su familia. Tú eres mi última pieza. Fue toda una sorpresa descubrir que había dos mujeres iguales. El muy cabrón me lo puso difícil. En un principio iba a presenciar el dolor de tu muerte, pero tuve que terminar primero con él. Eso sí, le juré que te mataría y él sabía que lo cumpliría. Y vosotras dos —se dirigió ahora a Rosa y Virginia—, vais a pagar por todas las trabas que Carlos me ha puesto en el camino en este año. De no ser por él hubiese llevado a cabo mi venganza antes. —Dio un paso hacia ellas, le indicó a Rosa que se hiciese a un lado y apuntó a Elena—. ¿Qué tal si primero disparo a tu hijo? Me parece buena idea comenzar por el nieto de Andrés Verdoy. —Rompió en una carcajada macabra que logró poner el vello de punta a Elena.

Las piernas le temblaban y sentía miedo. La mirada de aquel hombre le decía que la iba a matar. Se llevó las manos al vientre, como si con ellas pudiese proteger a sus hijas y suplicó, apenas sin voz, que no les hiciese daño.

Entre tanto, Rosa divisó cerca de la mesa un cuchillo, habían estado merendando y utilizaron uno grande para cortar el pastel de nueces sin gluten que Dora les había hecho. Era grande y tenía una punta afilada. Consideró que era una buena arma. Tenía que hacer algo para evitar que aquel hombre comenzase a repartir balas.

Se tambaleó un poco, fingió estar mareada.

—Creo que me voy a desmayar. —Dio unos pasos de borracha hasta que se situó donde quería.

Elena y Virginia hicieron amago de ayudarla, pero Nizan lo impidió. El otro hombre se encargó de ella, apuntándola. Era lo que Rosa pretendía, que la atención de ambos estuviese dividida.

Cuando el asesino que la apuntaba, tenía toda la pinta de ser un matón a sueldo, se despistó y la perdió de vista por unos segundos, aprovechó la oportunidad, lanzó el cuchillo con fuerza y certeza, y se lo clavó en el pecho. El hombre se tambaleó, disparó, pero las balas fueron contra

algunos muebles y copas de una vitrina. A pesar de estar el silenciador en la pistola, se escucharon ruidos dentro, algo que alertaría a los guardaespaldas de la puerta. Con agilidad, Rosa se cubrió, fue hasta sus hijas y trató de ponerlas a salvo mientras Nizan comprobaba si el hombre estaba muerto.

El revuelo y los gritos alertaron a los hombres de fuera. Intentaron entrar, pero Nizan había bloqueado la puerta por dentro.

Esperanzadas, Elena y Virginia rezaban porque alguien llegase en su ayuda pronto.

—No has perdido tus facultades como agente secreto, zorra.

Se dirigió hacia ella y la apuntó directo con la pistola en la cabeza. Rosa cerró los ojos, presagiaba que era el final, por lo menos no cargaría con el dolor de ver cómo mataba a sus hijas.

De repente, un gran ruido hizo que Nizan se volviese, habían tumbado la puerta y Carlos, Martín y los dos guardaespaldas entraron para rescatarlas.

Nizan intentó dispararles al verse acorralado, pero Carlos le dio un tiró certero en el abdomen que hizo que cayese al suelo de golpe. Los dos guardaespaldas se encargaron del otro hombre tirado en el suelo. Carlos fue a comprobar cómo estaba Dora, Rosa se abrazó a Virginia y Martín fue directo hacia Elena.

Se abrazó a él aterrada, trató de tranquilizarla y la besó. Estaba preocupado, sentía que se iba a desmayar de un momento a otro, temblaba sin control.

—¿Estás bien, mi amor? —preguntó aterrado. Ella solo asintió. No le salían las palabras.

Cuando la intentó llevar al sofá para que tomase asiento, en un reflejo, vio cómo Nizan, medio moribundo, tirado desde el suelo, apuntaba a la espalda de Elena. No supo en qué momento se hizo con otra pistola de nuevo. Carlos y los demás llamaban a la policía y atendían a Dora. Martín se vio solo y sin tiempo de alertar a nadie. Tan solo pudo hacer una cosa, tirar a Elena contra el sofá, ponerse como escudo y llevarse el tiro él.

Cayó al suelo e cuanto que la bala le impactó en el pecho, justo al lado del corazón.

Otro disparo sonó de inmediato, Carlos le dio un tiro en la cabeza a Nizan.

Alarmada, Elena fue junto a Martín, aterrorizada y gritando, colocó ambas manos en la herida por donde no dejaba de manar un montón sangre.

Martín la miró con el rostro apenas sin color.

—Siempre te amaré —susurró en un último aliento antes de cerrar los ojos y de dejar caer la cabeza en los brazos de Elena.

Ella emitió un grito desgarrador que les partió el corazón a todos los que estaban presentes.

32

Tras horas interminables en la sala de espera del hospital, mientras operaban de urgencia a Martín, Elena y Sebastián vivieron una completa agonía.

Miguel estaba en el quirófano con él y eso era algo que tranquilizada a Sebastián. Cuando las puertas se abrieron y este salió, Elena no puedo evitar levantarse y salir corriendo para tener noticias de Martín.

—Hemos extraído la bala. Pasó muy cerca del corazón, pero ha tenido suerte. Se recuperará —informó tranquilizándolos a todos.

Sebastián y Elena no estaban solos, Carlos, Virginia, Rosa y Begoña se encontraban con ellos.

Elena se abrazó a Miguel, suspiró aliviada y le agradeció que lo hubiese salvado.

—Será mejor que vayas a descansar. Te ves agotada y tienes que cuidarte. Martín tardará unas horas en pasar a la habitación. Vete tranquila, yo te aviso.

Tras la insistencia de Rosa y Begoña, Elena aceptó. Carlos la acompañó a casa. Todo el peligro había pasado, pero la necesidad de protegerla y el miedo que había pasado de perder a su familia horas antes tardarían en desaparecer.

Nunca olvidaría cuando, al revisar las cámaras de seguridad de la cadena, descubrieron que Nizan fue el responsable del incendio, de inmediato supo que hizo aquello para sacarlo de juego a él y a Martín y centrasen la atención en otro asunto. En el momento en el que recibió el aviso de que el GPS de Virginia no marcaba la ubicación y el último punto había sido la casa de Martín, supo que algo pasaba. Las llamó a las tres y ninguna atendió el móvil, se puso en contacto con los guardaespaldas y los alertó, pero estos no podían entrar. La puerta estaba atrancada por dentro.

Virginia se quedó en el hospital, fue con Miguel a la cafetería a tomar algo después de la operación. Sebastián prefirió estar cerca y no marcharse. Eva se encontraba en el mismo hospital. Una vez que había pasado todo, fue a su habitación y le contó lo sucedido y el verdadero origen de que fuese atropellada. Ya era hora de que supiese la verdad.

Cuando Virginia regresó con Miguel, le pidió que la llevase a la habitación de Eva, deseaba conocer a la gemela de su hermana, aún no había tenido ocasión de hacerlo.

Sebastián las presentó y se despidió de Eva.

—Te dejo en buena compañía. Verás que pronto la consideras una hermana más. Ya solo nos queda ser felices, mi vida. —Le dio un beso a Eva en el cabello. Lo notó muy cansado.

Las dejó solas y volvió a la sala de espera para cuando llevasen a Martín a la habitación.

—Hola —pronunció Virginia con la mirada clavada en Eva. Le costaba creer que no estuviese frente a Elena—. Esto es un poco raro —comentó agobiada mientras se acercaba a ella.

Eva continuaba en cama, le sonrió y le tendió una mano que Virginia tomó.

—Cuesta hacerse a la idea de que no soy ella, ¿verdad?

—Sois exactas —comentó alucinada—. Me alegra que estés más recuperada. Deseaba conocerte y aproveché la ocasión.

—Sé lo de Martín, mi abuelo acaba de contármelo todo —le reveló.

Virginia la sintió un poco asustada y, en un gesto de afecto, la abrazó.

—Nos acabamos de conocer, pero me gustaría que fuésemos amigas. Elena es mi hermana, la quiero tanto que daría mi vida por ella. Tú eres su hermana y ha sido abrazarte y sentir que ya te quiero.

—Siempre deseé tener una hermana, pero estaría bien que fuesen dos. ¿Qué te parece?

—Me parece que nos vamos a llevar muy bien.

Se fundieron en un abrazo de nuevo y Virginia le hizo compañía durante un par de horas.

Elena volvió al hospital cuando Martín estaba a punto de ser trasladado a una habitación. Había descansado y comido algo. Sentía que su lugar en esos instantes era junto a él. Había arriesgado la vida por ella y sus hijas y se lo agradecería siempre. Le había dado una gran prueba de amor. La más importante.

Cuando Martín llegó a la habitación, Elena y Sebastián lo esperaban, aún iba bajo los efectos de la anestesia. Estaba un poco atontado, pero vio a Elena y le tendió una mano. Ella se la tomó de inmediato y le dio un beso.

—Estás bien, mi amor. He pasado mucho miedo. —Le acarició el rostro y lo miró con lágrimas en los ojos.

Martín cerró los ojos de nuevo, recordó lo sucedido en su casa, el disparo, y sufrió por ella. Sabía que lo habría pasado muy mal. Se alteró y quiso abrir los ojos para descubrir por sí mismo que estaba bien.

—Elena… Ahh —se quejó al tratar de incorporarse un poco para verla mejor.

—Tranquilo, no te muevas. Te han extraído la bala en una operación de muchas horas. Debes recuperarte.

Dejó caer la cabeza sobre la almohada, abatido. No podía más.

—Hijo, te vas a poner bien —dijo Sebastián, emocionado, situado en los pies de la cama. No quería interrumpir el momento entre ellos.

—¿Cómo te encuentras, mi vida? No deberías estar aquí —murmuró Martín, hacía un esfuerzo, los ojos le pesaban y no podía abrirlos apenas.

—Estoy bien, mi amor. Y las niñas también. Lo importante eres tú en estos momentos. —Se acercó a él y lo besó—. Gracias por salvarnos la vida. He pasado tanto miedo a perderte, te amo. —Lo miró a los ojos con un profundo amor y agradecimiento que logró emocionarlo. Comenzó a llorar—. No dudaste en llevarte esa bala tú. —Le recorrió el rostro con las manos, le acarició el mentón y lo volvió a besar sin importarle que Sebastián estuviese presente en aquel momento.

Había estado a punto de perderlo. En las horas que pasó en la sala de espera del hospital mientras lo operaban, supo cuánto lo amaba, mucho más de lo que ella misma imaginaba. Había jurado que si salía con vida de aquel quirófano nunca más se iba a separar de él.

—Daría mi vida por ti o por mis hijas. Lo volvería a hacer. Os amo.

—Y yo a ti. —Se abrazó a él y se sintió la mujer más afortunada del mundo. Notar de nuevo el aliento y el calor de Martín contra su piel era todo lo que necesitaba para recomponerse por completo de la angustia de las últimas horas.

—No llores. —Martín ni siquiera era consciente de ello—. Todo ha pasado. —Le acarició la mejilla con mimo—. ¿Estáis todos bien? —Ignoraba qué había pasado después de recibir el disparo.

—Sí. No tienes de qué preocuparte. —Le acarició la frente y le dio un beso en ella.

—Deberías ir a descansar. Papá, llévatela —susurró cansado.

—Nadie va a moverme de tu lado. Te llevaste una bala que iba dirigida a mí y yo cuidaré de ti. Estas niñas son tan fuertes como su padre y si están junto a él estarán bien. —Se masajeó la

barriga emocionada, con lágrimas en los ojos—. Hasta hace unas horas creía que nunca más volverías a mirarme con estos maravillosos ojos. Estoy feliz. No le puedo pedir más a la vida.

Volvió a besarlo, no pudo resistir el impulso. Necesitaba sentirlo y demostrarle que lo amaba.

Con una enorme sonrisa dibujada en la boca y lágrimas en los ojos, muy emocionado, Sebastián salió en silencio de la habitación.

Martín le correspondía al beso con ganas y entusiasmo, estaba medio muerto, pero no pensaba renunciar a ese placer. Sin querer, emitió una leve queja contra los labios de Elena.

—Lo siento, perdona. No debería… ¿Estás bien? —preguntó asustada, apartándose de inmediato—. Debes de tener reposo y yo… —Se sintió culpable.

—Ven aquí y vuelve a besarme —murmuró reteniéndola por la mano—. Te aseguro que no hay dolor más placentero en el mundo que el sabor de tus labios. Te amo. Cuando pienso que ese tiro pudo llegar a ti… Ese loco logró entrar en mi casa —lamentó.

—Todo pasó. Ahora solo debes centrarte en recuperarte.

—La única recuperación que me interesa lograr es la de mi mujer.

—Estoy aquí contigo. —Le apretó la mano más fuerte—. Y lo estaré siempre. Te amo, seamos felices. No quiero sufrir más.

Era la paz y la tranquilidad que Martín necesitaba en aquellos momentos. Ningún analgésico podría proporcionarle el alivio tan grande que acababa de recibir. La miró con los ojos llorosos y un nudo en la garganta.

—Gracias.

Un par de horas después, entró una enfermera en la habitación para darle unas pastillas.

Martín se despertó cuando la señora de uniforme blanco encendió la luz.

—Debe tomárselo con algo de agua —le indicó a Elena al ponerlos en la mesita de noche—. Son para que duerma mejor y no tenga dolor.

—No quiero medicamentos —murmuró en tono ronco y seco—, prefiero sentir el dolor a estar atontado. Si es muy fuerte, yo mismo le pediré que me dé algo.

La enfermera miró a Elena en señal de ayuda, vio que el paciente era testarudo y no iba a ceder con facilidad.

—Martín, deberías tomártelas —intentó convencerlo.

—Sí te vas a casa a descansar, me las tomo.

Elena llevaba demasiadas horas a su lado y sufría por ella, en sus condiciones no debería estar tanto tiempo allí.

—No me voy a ir —contestó contundente.

—No me las voy a tomar —replicó insolente.

La enfermera los observaba a ambos y se sentía ridícula.

—Señorita —se dirigió Martín a la enfermera—, puede apreciar que mi mujer es muy testaruda. No se quiere marchar a casa a descansar en condiciones, como puede observar está embarazada, de gemelas —puntualizó—. No voy a permitir que pase la noche en ese sillón, como es su intención. Dígale al director de la clínica que ponga una cama aquí al lado o de lo contrario me levantaré y le cederé la mía.

—Señor… no sé si sea posible traer otra cama. Yo le recomiendo a la señora que se marche a casa. Usted está muy bien atendido aquí.

—Martín —susurró Elena—, esto es un hospital público. —Lo llevaron al más cercano.

—Me da igual. Mi amigo es el director y no estoy pidiendo nada del otro mundo. Solo una cama para una persona que la necesita.

La enfermera continuaba allí plantada, con la bandeja de las pastillas en la mano.

—Por favor, deje la medicación ahí. Yo haré que se las tome. Descuide que no pienso permitir que se levante de esa cama —aclaró Elena para que la mujer se fuese más tranquila.

—¿Ves las cosas que me haces hacer por ser tan testaruda? —la reprendió una vez a solas—. La pobre mujer se habrá ido pensando que tienes un marido muy mandón.

—No eres mi marido, no soy tu mujer —replicó con una sonrisa, para llevarle la contraria.

—No siento diferencia alguna a que haya un documento firmado o no entre nosotros. Siempre serás mi mujer.

Elena lo miró con admiración. No pudo contestarle porque Begoña y Sebastián entraron en la habitación.

—Elena pretende pasar la noche aquí. Por favor, que alguien con cordura se la lleve a casa —suplicó al verlos aparecer.

—Me alegra verte tan recuperado, hijo —comentó con admiración Sebastián. Fue hasta él, lo abrazó y lo besó sin hacerle caso—. Nunca te estaré lo suficientemente agradecido por salvarle la vida a mi nieta. Te quiero.

Martín correspondió a las muestras de cariño. Pese a estar débil en una cama se sentía feliz como nunca antes.

—Comprendo que Elena no quiera separarse de ti, Martín —terció Begoña, tenía abrazada a su nieta—. Sufrió muchísimo mientras estabas en quirófano.

Elena suspiró y agradeció el apoyo de su abuela. Había comprobado que en nada de tiempo había llegado a quererla como si hubiese estado con ella siempre.

Begoña y Sebastián se miraron sonrientes. Aquel gesto cómplice no pasó desapercibido para Martín.

De repente, dos celadores interrumpieron en la habitación. Traían una cama para Elena. Detrás de ellos venía Miguel.

—Amigo mío, este viejo se te adelanta últimamente —comentó sonriente. Sebastián ya había pedido que llevasen una cama para su nieta junto a la de Martín—. Me alegro de verte tan recuperado. Me las has hecho pasar canutas en el quirófano. —Ambos amigos de abrazaron y Martín le agradeció haberlo salvado—. Elena, aquí tienes la mejor cama del hospital.

Martín sonrió triunfante.

—No voy a alejarme nunca más de ti. —Lo besó sin importarle que todos estuviesen presentes—. Te amo.

—Me alegra veros juntos de nuevo —manifestó con alegría Miguel—. Tengo que volver al trabajo, esta noche estoy de guardia —les informó antes de marcharse. Tanto Elena como Martín se quedaron más tranquilos teniéndolo cerca.

Begoña y Sebastián se quedaron un poco más, finalmente se marcharon a casa y quedaron que volverían al día siguiente temprano.

—Dame un beso y acuéstate antes de que lo haga yo mismo —ordenó Martín serio. Ella supo que era muy capaz.

Feliz, se metió en la cama que habían colocado cerca de la de él. Deseaba cogerla de la mano y sentir que estaba allí a su lado, que aquello no era un sueño.

***

Tras cinco días, los más largos de su vida, Martín volvió a casa. La recuperación había sido asombrosa. La gran forma física, su juventud y las ganas ayudaron a que se sintiese de nuevo fuerte y con energías.

Entrar en el salón de su casa, donde sucedió todo le hizo sentir cierta inquietud, un inesperado sudor frío apareció en su rostro, Elena lo percibió de inmediato. Lo llevaba tomado de la mano y se la apretó más fuerte en señal de apoyo. Sabía que se reprochaba a menudo lo que hubiese podido pasar, pero estaban bien y juntos.

—Sabes que esa puerta no se le va a abrir a nadie en la próxima semana, ¿verdad? —miró el portón de entrada—. Estoy harto de visitas en el hospital. Deseo tranquilidad, solo estar contigo —La abrazó— y con ellas. —Acarició su vientre.

Elena sonrió feliz. Le apetecía lo mismo. Tiempo para ellos.

Después de almorzar, Dora los recibió con una comida exquisita, Elena lo obligó a subir a descansar y dormir la siesta.

—Solo si tú vienes conmigo.

Le pasó una mano por la cintura y caminó con él. Se tumbaron en la cama, Martín la abrazó, suspiró y aspiró su aroma. Nunca se había sentido tan bien. Le hubiese encantado parar el tiempo en aquel instante donde se sentía tan feliz y completo.

—Me gusta que volvamos a compartir cama. Contigo a mi lado siento que descanso de verdad.

—Pronto no podremos dormir mucho, no sé si eres consciente de que estas dos bebés llegarán muy pronto y necesitarán muchas atenciones.

—Siempre es un placer desvelarme por una de mis chicas. Te amo. Os amo.

***

Begoña y Sebastián no esperaron más tiempo para decirle a Eva que se tenía que someter de nuevo a una operación. Su espalda estaba dañada y requería de una arriesgada intervención que podía devolverle la vida de antes, de lo contrario, tendría que prepararse para vivir en un sillón de ruedas o con muletas. Nunca volvería a caminar con normalidad si no se arriesgaba.

Tras tomar la decisión más difícil de su vida, aceptó someterse a la operación. Deseaba una vida sin ser una carga para nadie y cumplir sus sueños. Todos los días que llevaba en cama, desde que despertó del accidente, sentía que había cambiado. Tenía proyectos y, por primera vez en la vida, sabía lo que quería; ser feliz junto a una familia maravillosa y formar una propia con el tiempo. Pese a que su corazón estaba tan dañado como su espalda, deseaba encontrar a alguien que lo curase.

***

Llevaban tres días sin salir de casa y sin dejar que nadie los visitase. Martín y Elena se dedicaron a recuperar el tiempo perdido.

Él se sentía cada día mejor, Elena cada hora más incómoda. Deseaba que llegase el momento del parto. No se podía agachar, le dolía la espalda, apenas podía dormir y cada día estaba más hinchada. Llevaba dos días que cuando se miraba al espejo se preguntaba en qué momento se había puesto bótox en los labios.

Cuando Martín dio una vuelta en la cama y no la encontró a su lado, se levantó para ir en su busca. La encontró en el cuarto que estaba preparando para sus hijas. Aún no habían hablado de dónde iban a vivir, no le importaba demasiado siempre que estuviesen juntos.

—No deberías hacer eso —le reprendió recostado en el marco de la puerta. Estaba abriendo el plástico de una alfombra enrollada.

Elena alzó la vista y la fijó en él. Tan imponente, guapo y sexi. La miraba con una enorme sonrisa y un orgullo en los ojos que le dio un vuelco el corazón. Admiró aquel pecho desnudo, donde aún llevaba un apósito tras la operación.

—Estoy sentada y no hago esfuerzo alguno —replicó con remilgo mientras le mostraba una sonrisa—. Quería ver cómo eran.

Todo lo que estaba allí lo había encargado Martín. Los muebles, ambas cunas, estanterías, cambiadores. Los dos sillones era lo único que estaban montados. El resto de cajas que había eran cosas de decoración, tales como lámparas, mantas, alfombras, cortinas y cuadros. Elena tenía curiosidad por verlo todo.

Desde la posición en la que estaba, Martín imaginó a las dos niñas en las cunas y Elena allí sentada cuidándolas. Nunca soñó con algo así, sin embargo, se dio cuenta de que era lo que siempre había deseado desde que ella entró a formar parte de su vida.

—Me has dado tanto, Elena —reflexionó en voz alta—. A veces creo que en esta relación yo salgo ganando. No solo tengo a la mejor mujer del mundo a mi lado, que me va a dar dos hijas, sino que ha sabido sacar al verdadero Martín, y no puedo estar más contento con ello. Me gusta esta vida.

—A mí me gustas tú. —Fue hasta él y le dio un beso—. Desde que te vi por primera vez, cuando abrí la puerta de mi casa y el corazón me dio un vuelco, supe que eras el hombre de mi vida. Te vi por algún tiempo como un imposible, estabas en otro mundo muy lejano al mío, pese a ello, cada día lograbas que me enamorase más. —Le recorrió el rostro con una mano. Tenía la mirada fija en la de él—. No sé cómo lo haces, pero siempre logras acelerarme el corazón y sentir estas mariposas en el estómago. Nunca dejaré de amarte.

Dos días después, en mitad de la noche, Elena se levantó al baño. Sentía cierta incomodidad extraña. No le dijo nada a Martín hasta que de vuelta a la cama sintió que había roto aguas. Un líquido marrón oscuro le corría por las piernas. Alarmada, lo avisó.

De inmediato, él llamó a Patricia, la doctora que la había llevado durante todo el embarazo y la llevó al hospital. Allí la esperaban.

Cuando tendieron a Elena en la camilla y Patricia se hizo cargo de la situación tras monitorizarla, miró a Martín con gesto serio y preocupado, logró alarmarlo. Continuaron atendiéndola con prisas, cogiéndole una vía y observando por el monitor a las bebés.

Martín no entendía nada de lo que marcaban los aparatos a los que estaba conectada Elena, pero supo que algo no iba bien. La doctora daba órdenes sin parar a dos ayudantes que tenía. Patricia le pidió que saliese fuera, a la sala de espera, pero él se negó. No pensaba alejarse ni perderse el nacimiento de sus hijas.

Elena tenía mucho dolor, sufría. Ella misma también sabía que algo no iba bien. Preguntaba a la doctora y a Martín, pero ninguno les decía nada. Él no se movió de su lado. La tenía tomada con fuerza de la mano y sufría a la misma vez.

—No puede ser —resonó la voz de Patricia, alarmada, cuando miró el monitor.

Martín no entendió qué se reflejaba allí para la doctora poner aquella cara, pero comprendió que no era nada bueno cuando Elena dio un grito desgarrador y lo miró como si se le fuese la vida.

Patricia tuvo que tomar las riendas de la situación y debatirse entre la decisión más difícil de su carrera.

—Martín, todo se ha complicado. No puedo exponer la vida de las tres. Tienes que elegir, lo siento. ¿Salvo la vida de Elena o la de las bebés? —preguntó con un profundo dolor reflejado en

la mirada.

Cuando Elena escuchó aquello, gritó con fuerza. Martín estaba paralizado, sin poder creer que tuviese que hacer aquello.

Patricia lo apremió con la mirada.

—Las niñas, Martín. No. No lo hagas —suplicó Elena.

En la cara de él supo qué decisión iba a tomar sin necesidad de que le contestase, lo leyó en sus ojos. Gritó de nuevo y se desmayó.

—Sálvala a ella, Patricia. Elena es toda mi vida.

Derrumbado, con lágrimas en los ojos y con el pecho a punto de estallarle, Martín salió y dejó a Elena en manos del destino. Una enfermara lo acompañó fuera, le dio un vaso de agua y le indicó que esperase allí.

Nunca se había sentido como en aquellos momentos, la impotencia que se apoderó de él y el miedo a perder a Elena le hicieron rezar como no recordaba. No se arrepentía de la elección que le había manifestado a Patricia, sentía una gran culpabilidad y pensaba que era el peor padre del mundo por renunciar a sus hijas.

De nuevo volvieron las dudas del pasado, el Martín de antes, y comprendió que ser padre no estaba hecho para él. Se reprochó que por más que lo intentase jamás valdría para ello.

Se consideraba un ser egoísta y despiadado por haber elegido a Elena sin ni siquiera pensárselo, pero ya experimentó creerla medio muerta cuando la confundió con Eva y no podía con ello. Elena era su vida, su amor, con ella a su lado sería capaz de superar todo, pero sin la luz de sus ojos y su sonrisa no sería nadie.

33

Cuatro días después.

El alta se hizo de rogar unos días. Elena estaba cansada de hospitales en los últimos meses de su vida, el olor que desprendían le causaban dolor de cabeza. Necesitaba la soledad y el descanso de su hogar. Emprender una nueva vida y olvidarse de los malos recuerdos.

Martín estaba muy distante con ella, era atento y cordial, pero Elena sabía que libraba una gran batalla interna. Los dragones del pasado habían aparecido de nuevo y ella no sabía cómo matarlos. Estaba algo cansada de tanto luchar, siempre era algo. Parecía que la felicidad completa no llegaba.

Tras dejarla en casa de ella, algo que sorprendió a Elena cuando salieron del hospital, él se marchó. Le hizo saber que necesitaba un tiempo solo para recomponerse de los duros momentos pasados. Le cogió tan de sorpresa que no tuvo tiempo de hablar con él y convencerlo para que se quedase a su lado. Habían pasado por el peor momento de sus vidas, pero debían superarlo juntos. Decidió darle unos días, que se recuperarse del impacto de la bala recibida y de la decisión más dura que jamás había tomado.

Anhelando tener a Martín junto a ella, mientras estaba sentada en el sillón de la habitación de las bebés, fijó la vista en ambas cunas, en blancas y tonos rosas, se emocionó al verlas allí, recordó cuando las montó con Martín varios días atrás y las ganas que tenían ambos de que las niñas estuviesen con ellos, y ahora él la abandonaba cuando más lo necesitaba a su lado.

Varias lágrimas rodaron por sus mejillas, deseó marcharse a la cama y dormir unas horas, pero el llanto de Carolina la devolvió a la realidad. Con una sonrisa, se levantó, se asomó a la cuna y la vio con los ojos abiertos. Los tenía azules, como los de Martín. Le sonrió y la cogió en brazos. Fue con ella hasta el sillón de nuevo y la acunó. Carolina se calmó de inmediato y se volvió a quedar dormida. Elena admiró a su hija con lágrimas en los ojos. Solo pensar que estuvo a punto de perderla la emocionaba. Tenía cuatro días y la amaba con locura, jamás imaginó un amor tan grande. Sumergida en aquella carita redonda y rosada, el llanto de Eva le hizo sonreír. Estaba cansada y necesitaba dormir, pero tener a sus hijas junto a ella, sanas y salvas, le daba fuerzas para todo. Sentía que podía estar el resto de la vida pendiente a ellas, sin que nada les faltase.

Dejó a Carolina con cuidado en la cuna de nuevo y se volvió para coger a Eva. Era igual a su hermana, una madre siempre diferenciaba a sus hijas, pero en ocasiones le costaba. Nada más sentir el calor y el olor de ella, Eva se calmó.

Unos toques en la puerta hicieron que Elena levantase la mirada.

—Las he escuchado llorar. ¿Todo controlado? —preguntó Virginia.

Martín tenía pensado dejar a Elena en casa y marcharse, por ello se ocupó de que su hermana estuviese allí para cuidarla junto con sus sobrinas. Él necesitaba estar lejos, pero al mismo tiempo saber que las tres tenían a alguien con ellas.

Virginia se trasladó a casa de Elena por unos días.

—Sí. En breve les toca comer. Será mejor que hagamos los biberones.

—Gracias por estar aquí y por toda la ayuda.

—Es un placer disfrutar de ellas y compartir estos momentos contigo. Te quiero, hermana.

***

Eva ansiaba conocer a sus sobrinas. Durante los días que Elena estuvo hospitalizada se tuvo que someter a la operación de espalda. Estaba programada desde la semana anterior y los médicos no consideraron oportuno cambiarla. Pese a las largas horas que se llevó en quirófano, todo salió muy bien. Con rehabilitación conseguiría volver a caminar y ser la misma de antes. Era consciente de que su cuerpo tenía demasiadas cicatrices, pero al mismo tiempo daba gracias por poder contarlas y haber conocido quién era realmente.

Se sentía optimista y con ganas de vivir. En los próximos días recibiría el alta y se iría a vivir a casa de Sebastián, donde aún estaba su abuela, hasta que en su casa terminasen las reformas.

Hablaba con Elena a diario y su hermana le enviaba fotos y vídeos de sus sobrinas. Cuando supo que una de ellas llevaría su nombre se emocionó tanto que se llevó media tarde llorando. Fue un gesto muy noble de Elena ponerle su nombre y pedirle que fuese la madrina. Le gustó compartir tal distinción con Virginia, que sería la madrina de Carolina.

***

Pasaron tres días desde que Martín dejó a Elena en su casa con las bebés. No había vuelto a tener noticias de él, lo llamaba y no le contestaba. Le enviaba mensajes y le respondía con monosílabos. Sabía que lo estaba pasando mal, pero al mismo tiempo no atinaba a pensar qué tenía que hacer para que volviese junto a ellas y dejase de sentirse culpable. No entendía por qué se comportaba de aquella manera, lo tenían todo para ser felices y se empeñaba en aferrarse a una decisión que lo mantenía alejado de ellas.

Elena le envió un mensaje en el que le suplicó que volviese a casa, las tres lo necesitaban, pero él no le hizo caso.

Al día siguiente, comprendió que tenía que ponerlo contra la espada y la pared. No podía continuar perdiéndose cómo crecían sus hijas, además, lo necesitaban a su lado tanto como a su madre.

Con valentía, cogió a las bebés y se presentó en casa de Martín. Conservaba las llaves y consideraba que era su casa. Él no la había dejado, solo le había pedido tiempo.

Se encontró con Dora y le indicó que Martín estaba en la habitación. Llevaba días que no dormía ni salía de allí.

Elena dejó el carrito de las niñas en el salón, las cogió en brazo y fue con ellas junto a él.

Lo encontró sobre el colchón, tirado de cualquier forma y dormido. Roncaba. Se quedó allí quieta y lo admiró. Dio media vuelta y se quedó boca arriba en mitad de la cama, con los brazos extendidos, en forma de cruz.

Una idea surgió en la cabeza de Elena, no lo llevaba pensado, pero el destino estaba de su parte.

Las niñas estaban dormidas, aprovechó y puso a cada una a un lado de su padre. De forma que estaban protegidas por su cuerpo y sus brazos.

Fue hasta un sillón cercano y se sentó. Contempló el bello cuadro que tenía ante ella y se emocionó. Los tres eran lo más importante de su vida. Los necesitaba junto a ella por igual.

Estuvo allí más de media hora, la cual pasó muy rápido, hasta que Martín se movió y rozó a sus hijas. Se despertó y las contempló emocionado, como si estuviese en un sueño, sin poder

creer que realmente aquello fuese real. Les acarició las caritas, primero a una y luego a otra y reparó en que Elena lo miraba con una enorme sonrisa.

—¿Por qué has hecho algo así? —le reprendió incorporado en la cama, sin dejar de observar a las bebés.

—Necesitan el calor de su padre. No puedes estar lejos por más tiempo. No te tortures, ya es suficiente —le rogó sentándose cerca de él.

—Podría haberlas lastimado, has sido una inconsciente al dejarlas aquí —lamentó.

—Estoy completamente segura de que nunca les harías daño. Las amas tanto como yo.

—No puedo olvidar la decisión que tomé. No puedo mirarlas a los ojos sin sentirme culpable —confesó al fin en voz alta.

—Deja de darle vueltas, por favor. Eso no te convierte en un mal padre. Sé que serás el mejor del mundo, solo tienes que darte la oportunidad. Nos tienes a las tres aquí contigo. Te amo, te amamos. Queremos tenerte cerca, que nos cuides y nos protejas.

Se acercó a él y lo besó. Anhelaba darle un beso en condiciones desde hacía días. Desde que nacieron Carolina y Eva solo le dio muestras de cariño en la frente o en el cabello.

—Te amo, Elena.

—Lo sé. —Sonrió y le tocó el mentón—. Me has demostrado que me amas más de lo que nunca llegué a imaginar. —Se abrazaron y ambos rompieron a llorar—. No nos apartes de tu lado —le rogó.

—Nunca más.

Había comprendido que tenía el perdón de las tres. Alejarlas de su lado significaba hacerles daño.

El llanto de Carolina y luego el de Eva los interrumpieron. Se sonrieron y cada uno acunó a una.

—Tienen hambre. Bajemos a darles los biberones.

Martín la acompañó con Eva en sus brazos. Elena le entregó a Carolina mientras preparaba ambos biberones y lo admiraba con las dos sobre su pecho. Se habían calmado. Martín les susurraba algo que ella no alcanzaba a oír, las mantenía despiertas, pero atentas a él.

—Esto es más de lo que nunca imaginé —murmuró emocionado cuando Elena estuvo cerca.

—A partir de este instante vivámoslo, por el resto de nuestras vidas. Seamos felices de una vez por todas.

***

Los meses pasaron, la paz y la felicidad llegaron, por fin, a toda la familia Quiroga.

La mayor sorpresa fue que Sebastián y Begoña aceptaron que nunca se habían dejado de amar, volvieron a estar juntos y se sentían plenos como nunca antes. Disfrutaban de sus nietas y sus bisnietas a la misma vez que de su amor. Se dedicaron a recuperar los años perdidos y a conocerse de nuevo.

Eva estaba muy recuperada, caminaba con ayuda de un bastón, pero con el tiempo volvería a usar zapatos de tacón y a salir a correr por El Retiro como tanto le gustaba.

Elena y Martín eran unos padres felices. No dormían demasiado, él no lo llevaba tan mal como Elena, pero valía la pena por tenerlas a ellas. Carolina y Eva tenían tres meses y medio y cada vez que les sonreían a sus padres se les caía la baba.

Aquel fin de semana, todos se iban juntos a una gran casa que Sebastián se había encargado de alquilar en Aracena. Estaban esperando que Eva estuviese más recuperada para pasar unos

días en familia en la sierra. Ella tenía ganas de conocer los lugares mágicos de los que tanto hablaban Virginia y Elena. Las tres se habían convertido en grandes amigas. Pasaban mucho tiempo juntas y se querían como verdaderas hermanas.

Carlos, Rosa y Virginia también los acompañaban. Sebastián deseaba pasar unos días todos juntos, estaba orgulloso de la gran familia que tenía.

Una vez alojados en Aracena, Martín y Elena dejaron a las niñas con sus tías, abuelos y bisabuelos y se marcharon juntos. Necesitaban ir a un lugar muy especial para ambos, la Peña de Arias Montano. Elena deseaba volver a aquel balcón de la mano de Martín, allí había soñado muchas veces con la vida que tendría y en esos momentos, quería ir para agradecer a la Reina de los Ángeles, la virgen que se encontraba en la ermita, la familia que tenía y el gran hombre que estaba a su lado y la hacía cada día más feliz.

Abrazados, se perdieron en las vistas que les ofrecía el espléndido día en la sierra. Era principios de noviembre y había una temperatura maravillosa, no hacía demasiado frío.

Estar entre los brazos de Martín siempre era un privilegio, pero hacerlo en aquel lugar, después de todo lo sucedido, era lo mejor que le había pasado.

El atardecer caía y Martín lo admiraba con emoción, Elena lo había presenciado en muchas ocasiones, pero aquella fue especial. Sintió latir con fuerza el corazón de él contra su espalda, se revolvió entre sus brazos y lo besó.

—Eres mi sueño hecho realidad —confesó perdida en sus ojos.

No le podía pedir nada más a la vida. Tenía a un gran hombre que la amaba con locura, dos hijas maravillosas y sanas, una familia encantadora y un negocio, su sueño empresarial, hecho realidad. Pronto presentaría una nueva colección en una de las pasarelas más importantes del país, aquel viaje a Aracena le vino genial para desconectar y olvidar los nervios y la responsabilidad que le producía que sus modelos gustasen y todo saliese bien en el desfile.

—Volver aquí después de tanto tiempo… —comentó con añoranza Martín—. Han pasado tantas cosas… Recuerdo la primera vez que me acerqué a ti en este lugar. Deseé estrecharte entre mis brazos y besarte como lo acabamos de hacer —confesó perdido en ella mientras caminaban de la mano.

Al llegar cerca del arco de los novios ambos sonrieron, recordaron cuando pasaron debajo de él de la mano.

—¿Lo recuerdas? —preguntó ella en voz alta.

—Desde que te vi deseé hacerte mi mujer —confesó. La tomó más fuerte de la mano, tiró de ella y volvieron a pasar por debajo del arco.

Con una sonrisa que presagiaba que escondía algo tras ella, Elena se colgó de su cuello, se puso de puntillas, llevaba unas zapatillas de deporte y Martín le sacaba más diferencia de lo habitual, le dio un breve beso en los labios y suspiró.

—Te amo desde que nuestras miradas se cruzaron por primera vez. Fuiste un completo flechazo —reveló.

De repente, se puso seria, cuadró los hombros, carraspeó un poco, se frotó las manos, Martín pensó que le iba a hacer un truco de magia, la observaba desconcertado, ella colocó una rodilla en el suelo y le tomó una mano entre las suyas mientras lo miraba algo nerviosa.

—Martín Quiroga, aquí, en este lugar tan especial para los dos, quiero preguntarte algo; ¿quieres casarte de nuevo con esta mujer que te ama con locura?

Sintió que el corazón se le salía del pecho, jamás imaginó que Elena le pidiese matrimonio a él. No esperaba aquel arranque, durante el tiempo que llevaban juntos de nuevo no volvieron a hablar de casarse otra vez, pero en sus planes estaba volverla a hacer su esposa.

—Claro que quiero. Sí, quiero —contestó emocionado y con lágrimas en los ojos. La ayudó a ponerse de pie y la besó con pasión—. No hay nada que desee tanto como volver a ser tu marido —confesó emocionado—. Esto… ha sido toda una sorpresa. —Lo había dejado sin palabras ni capacidad de reacción.

—No te lo esperabas, ¿eh? —Sonrió abrazada a él. Martín negó con una carcajada.

—Siempre consigues sorprenderme, aun cuando pienso que todo lo tengo bajo control, llegas y me dejas sin palabras. Déjame decirte, en mi defensa, que tenía planeado pedírtelo desde hace tiempo, solo que no he encontrado la ocasión perfecta. Deseaba que fuese especial, en comparación con la vez pasada… Y resulta que …

—Lo recordarás siempre porque me adelanté. —Terminó ella la frase. Martín asintió—. No lo tenía planeado. Te juro que se me ha ocurrido sobre la marcha. He mirado hacia la ermita y he deseado entrar en ella vestida de novia y casarme contigo aquí. No tengo anillo de pedida —Se encogió de hombros e hizo un gesto de desilusión—, pero has dicho sí.

—Ya me ocuparé yo de los anillos —resolvió. La cogió en peso y dio varias vueltas con ella en brazos—. Te diría sí un millón de veces, te amo.

Cuando regresaron a la casa, Elena pensó que cenarían en familia, pero no fue así. Entre Virginia y Eva casi la secuestraron, le obligaron a ponerse un vestido que ella no había echado en la maleta, la maquillaron y le arreglaron el pelo.

—Tienes una cita especial con tu futuro marido esta noche. —Fue todo lo que le dijeron cuando preguntó qué estaban haciendo con ella.

Martín se despedía de sus hijas, Begoña y Rosa las tenían en brazos. Cuando Elena apareció en el salón y lo vio perfectamente arreglado, arrebatador, le sonrió y la desarmó. Le temblaron las piernas cuando se acercó y le dio un beso en el cuello.

—Prepárate para la primera noche a solas, sin biberones ni llantos de las niñas —le susurró muy bajito. Le hizo sentir mil cosas a la vez y desear estar desnuda entre sus brazos cuanto antes.

Elena se despidió de sus hijas sin saber qué le tenía preparado en concreto su futuro marido ni a dónde la llevaba.

Eva y Virginia sabían los planes de Martín, pero no dijeron nada por mucho que Elena les insistió.

—Quiero en mi vida a un hombre que me mire como él la mira a ella —suspiró Virginia con añoranza tras verlos juntos.

—Te copio el deseo —comentó Eva con una sonrisa boba. Ver a Elena y Martín causaba envidia.

No la llevó a cenar a un exclusivo restaurante como Elena pensaba. Cuando vio que se bajaban delante del hotel en el que Martín se hospedó las veces que estuvo en Aracena, sonrió. Él no dijo nada, con decisión, la tomó de la mano y juntos llegaron hasta la misma habitación que había ocupado en las dos ocasiones anteriores que estuvo allí.

Cuando Elena entró, la encontró decorada con corazones en la cama y una mesa con una exquisita cena para dos, con velas encendidas. Fue una sorpresa que no esperaba.

Martín hizo que tomase asiento y cuando ella pensaba que él lo haría también, se arrodilló y le entregó un anillo.

—Te dije que lo tenía comprado hace tiempo, solo que no había encontrado el momento adecuado. Lo traje conmigo a Aracena porque pensé que dártelo aquí, donde nos conocimos, era como cerrar el círculo, pero te adelantaste —le explicó cuando ella lo miró asombrada—. Para

mí siempre serás mi mujer, pero deseaba formalizar nuestra relación. Quiero volver a casarme contigo, esta vez por la iglesia. Sueño con verte entrar con un vestido espectacular que me deje sin respiración —reveló emocionado.

Elena lo admiró embobada, lo besó y se sintió que flotaba en una inmensa nube.

—Es precioso. —Admiró la joya y supo que costaba una verdadera fortuna—. ¿Cuándo nos casamos? —preguntó ansiosa.

—¿Qué te parece si eso lo decidimos mañana? Hoy quiero disfrutar de ti como hace tiempo que no lo hacemos. Me muero por descubrir qué llevas debajo de ese vestido. —La desnudó con una mirada lujuriosa.

Llevaba un vestido negro, corto, elegante y sexi que él se moría por arrebatarle.

—Encaje —susurró con voz melosa en el oído de su futuro marido.

—¿Color? —Deseó saber.

—¿No lo quieres descubrir por ti mismo? —preguntó juguetona.

—Déjame imaginarlo antes y luego ver la realidad. —Paseó las manos por sus piernas y comprobó que no llevaba medias. Las introdujo debajo del vestido y llegó hasta sus caderas, rozó el encaje de las braguitas y suspiró.

—Negro —reveló Elena entrando en el juego. Martín cerró los ojos e hizo un gran esfuerzo para no tumbarla sobre la cama y asaltar su maravilloso cuerpo—. Por lo que veo, no tienes hambre —comentó con una sonrisa cuando él comenzó a subirle el vestido por los muslos.

—Estoy hambriento —reveló con un brillo especial en los ojos.

—Ya veo. —Le apartó las manos de sus piernas, se puso en pie y Martín la siguió. Dio gracias a que Elena no desease cenar. Lo sentó en la cama, lo besó situada entre sus piernas y cuando lo tenía jadeante se alejó de él—. Vamos a celebrar su despedida de soltero, señor Quiroga. Disfrute del espectáculo —dijo con voz seductora.

Martín soltó una sonora carcajada cuando la observó contonear las caderas y comenzó a subirse poco a poco el vestido a la misma vez que entonaba una melodía típica del momento.

Lanzó lejos de ella los zapatos de tacón y se quedó descalza. Veía la ansiedad en la cara de Martín y lo hizo sufrir, se quitó muy lentamente el vestido. Cuando se quedó en ropa interior a él se le secó la boca, intentó tocarla y acercarla, pero Elena se deshizo de su contacto con habilidad, dejándolo con las ganas. Lo tenía a cien, disfrutó del momento y le sonrió con picardía mientras se desnudó por completo delante de él. Finalmente, se acercó, lo besó, le quitó la camisa con prisa, lo tumbó en la cama y se sentó a horcajadas sobre su cuerpo. Besó con mimo la cicatriz del pecho, la provocada por la bala, mientras que le desabrochó los pantalones con expertas manos.

—Te amo —susurró él sobre sus labios.

En un giro inesperado, se situó encima de Elena, sin dejar de besarla, y le recorrió todo el cuerpo, llenándola de caricias y ardientes besos hasta llevarla a un clímax sin precedentes.

Elena se sintió llena y completa como nunca antes. Amada y venerada por su futuro marido hasta casi desfallecer de placer.

La intensidad con la que hicieron el amor los dejó exhaustos, pero no durmieron demasiado aquella noche.

Cuando Elena despertó a media mañana del día siguiente, en los brazos del amor de su vida, lo admiró, se sintió orgullosa del gran hombre que tenía al lado. Recordó todo por lo que habían pasado y se centró en los buenos momentos vividos juntos.

Con una amplia sonrisa dibujada en el rostro, con la mano alzada, mientras admiraba el anillo de compromiso, diseñó mentalmente el vestido de novia que le gustaría llevar cuando se casase.

—¿Esa cara de enorme felicidad se debe a la maravillosa noche que usted ha pasado con su

futuro marido? —preguntó sonriente. Despertar al lado de ella era un privilegio.

—Sí, me haces muy feliz. —Se abrazó a él y lo besó—. Todo lo que tenemos en estos momentos es mucho más de lo que jamás llegué a imaginar.

—Igualmente le digo, señora Quiroga.

—Futura —le rectificó con una sonrisa.

—Siempre serás mi mujer.

—¿Te das cuenta de que nos vamos a casar por segunda vez?

—Para mí será la primera, la verdadera. Casarnos en un hospital creo que no cuenta, además no me gusta recordar nuestro divorcio. Ahora contraemos matrimonio enamorados, por voluntad propia y con dos hijas, como el resto de la gente normal —bromeó acunándola en su pecho—. Creo que estoy demasiado rodeado de mujeres, debemos ir a por el niño cuanto antes.

Se apartó de él y lo miró risueña, pero comprobó que no se trataba de una broma.

—Recuerdo cuando no querías tener hijos, ahora me pides el tercero —comentó escandalizada.

—Contigo siempre quiero más. Me has enseñado a amar un estilo de vida con el que nunca soñé, ahora soy adicto a él.

***

El gran momento como diseñadora por fin llegó para Elena. Presentaba la nueva colección de vestidos de novia en pasarela. Había muchísima gente esperando el gran día y estaba atacada de los nervios. Le había dicho a Martín que no quería oír ni hablar de su propia boda hasta que todo aquello pasase. Él, como un marido obediente, le hizo caso.

Pendientes de cada detalle en primera fila, estaban toda la familia y sus hijas, pese a ser muy pequeñas, Martín no quiso dejarlas en casa. Quería que fuesen testigos del éxito de su madre. Estaba seguro de que triunfaría.

Tras finalizar el desfile, Elena salió para agradecer a un público que no paraba de aplaudir. Aquella tarde, junto a Eva y Virginia se debatían sobre qué debía ponerse para ese momento, finalmente, entre ambas la convencieron de que causaría sensación si salía vestida de novia, con el mejor vestido de la colección. Ante la insistencia, cedió.

Cuando Elena salió, nadie la esperaba así vestida. Caminó nerviosa, entre el pasillo que le hicieron las modelos que lucían sus vestidos, hasta el final de la pasarela. Al llegar ahí una chica le entregó un ramo de novia, ella lo cogió sonriente, fijó la mirada en sus hijas, Virginia y Eva las tenían en sus brazos, y vio cómo Martín se levantaba y se dirigía a ella con una sonrisa maravillosa en su rostro. Le devolvió la sonrisa y agradeció el gesto con la mirada, en aquellos momentos lo necesitaba cerca más que nunca.

Centrada en su guapo marido, que iba vestido con un traje de chaqueta negro, impecable, fue ajena a lo que sucedía detrás de ella.

Martín le dio un beso, la felicitó y le susurró en el oído que estaba espectacular. La tomó del brazo con delicadeza, hizo que le diese la espalda al público y comenzase a caminar por donde mismo había venido. Fue ahí cuando Elena se dio cuenta de que habían montado un arco con flores, preparado un banco blanco y una persona con unos documentos en la mano los esperaba. Miró a Martín extrañada.

—Bienvenida a nuestra boda. No podía esperar ni un minuto más para hacerte mi mujer de nuevo. La ceremonia por la iglesia, en la Peña de Arias Montano, la dejo en tus manos.

Ella no podía creer aquello, él asintió y Elena miró a su alrededor. Reprendió con la mirada a

Virginia y Eva por no haberle dicho nada. Aquello era una auténtica encerrona que no se esperaba para nada.

—Martín… esto… —Era incapaz de articular palabra.

—Puestos a que recuerdes una boda por sorpresa, inesperada y en un lugar atípico, prefiero que sea esta, a la primera que tuvimos. Mi único deseo como marido es crearte buenos recuerdos y amarte.

Lo miró con una enorme sonrisa, con la mirada cargada de amor y deseó besarlo. Ese hombre era su sueño hecho realidad.

No fue consciente de la mitad de lo que sucedió en aquel lugar, puso los pies en la tierra cuando tuvo que decir; *sí, quiero* y Martín la besó como si estuviesen a solas.

Emocionada, feliz y encantada de ser la señora Quiroga de nuevo y para siempre, le dio las gracias a su reciente marido por una boda tan inesperada y espectacular. En un tiempo récord, Martín preparó todo aquello y consiguió que Elena viese dos de sus grandes sueños cumplidos el mismo día; casarse por amor y triunfar como diseñadora.

***

Meses después.

—Estoy muy nerviosa —confesó Elena a sus hermanas.

Las tres se encontraban ante un enorme espejo. La imagen de Elena vestida de novia se reflejaba en él. Quedaban pocos minutos para que se reuniese junto con Martín en el altar de la Peña de Arias Montano, en una ceremonia íntima y familiar como la que siempre soñó.

—Estás espectacular —la admiró su gemela con los ojos llorosos.

—Es el vestido más bonito que has diseñado —manifestó Virginia con la mirada posada en él.

Elena estaba deslumbrante. El vestido, el velo, el ramo y su rostro de felicidad la hacían la mujer más hermosa de la tierra.

—¿Y las niñas? ¿Están listas? —se preocupó por sus hijas.

—Todo preparado, entre mamá y tu abuela las han vestido —le indicó Virginia.

—Lo harán de maravilla —le dijo Eva.

Las pequeñas gemelas tenían dieciocho meses. Ellas llevarían los anillos de sus padres hasta el altar y a Elena le preocupaba que las niñas no quisiesen hacerlo, pese a que ya lo habían ensayado con ellas y lo habían hecho muy bien.

—Tu gran día ha llegado, hermana. Sé que siempre soñaste con casarte por la iglesia, en ese lugar y con un diseño tuyo.

—Todo es más de lo que siempre imaginé. La vida me quitó mucho, pero me ha recompensado con creces con Martín, mis hijas, vosotras dos —Las abrazó— y mis abuelos. Tengo una familia envidiable y soy muy feliz.

—Nada de llorar. Estás preciosa y se va a estropear el maquillaje. El amor de tu vida te espera impaciente en el altar —la apremió Virginia tomándola de la mano.

Eva admiraba a su hermana, al mismo tiempo que la envidiaba. De alguna forma se veía reflejada en ella. Anhelaba encontrar algún día la mitad de la felicidad de la que gozaba Elena.

Cuando Elena salió de la habitación y la vieron sus padres, su abuelo y sus hijas, la admiraron. Los mayores se echaron a llorar al verla vestida de novia, radiante.

Las pequeñas gemelas fueron hasta su madre y reclamaron su atención. A Elena se le saltaron las lágrimas al ver sus hijas iguales de blanco, con un diseño de su madre.

Sebastián, era el padrino, se acercó a Elena con orgullo y la abrazó. Sentía que el pecho le iba a estallar de emoción.

Martín esperaba a su mujer en el altar junto con Begoña, la madrina. Estaba nervioso. Le sudaban las manos y no podía estarse quieto.

—Tranquilízate. Llegará de un momento a otro —le susurró Begoña mientras lo miraba sonriente. Desde que lo conoció lo había llegado a querer muchísimo.

Mientras, Miguel, sonreía a su amigo desde la primera fila de los bancos de la iglesia. Nunca había imaginado verlo así por una mujer. Martín había cambiado mucho desde que Elena entró en su vida. Pese a que a Miguel le costase reconocerlo, a su amigo le sentaba muy bien la vida de casado y la faceta de padre.

Cuando Martín vio que Elena y sus hijas estaban preparadas en la puerta de la iglesia para entrar, sintió que las piernas le temblaban. No pudo evitar que dos lágrimas rodasen por sus mejillas cuando comenzaron las notas musicales y Elena y sus gemelas avanzaron hacia él.

Martín tomó una bocanada de aire al mismo tiempo que Elena y sus pequeñas lo miraban sonrientes. Las niñas hicieron el recorrido como le habían indicado, con los anillos en las manos y con paso lento, pero cuando llegaron hasta su padre reclamaron su atención para que las cogiese. Martín, con la mirada clavada en la mujer de su vida, tomó a sus hijas en brazos, se acercó a Elena y le susurró:

—Estás espectacular. Me dejas sin palabras.

—Te amo —le dijo Elena al verlo tan guapo y con sus hijas cargadas en brazos, sin importarle arrugar los trajes.

La ceremonia comenzó, cada cual ocupó su lugar y el cura comenzó a decir unas palabras.

Una vez que se dijeron el sí, quiero, comenzó a sonar una voz en directo que Elena no esperaba. Era una sorpresa de su marido. Una mujer cantaba acompañada por los acordes de una guitarra. Conforme iba escuchando la letra, la emoción y las lágrimas la embargaban. Supo que aquella letra la había escrito su marido. Como regalo, reflejó su historia de amor en una maravillosa canción.

Tras finalizar la ceremonia, las pequeñas disfrutaron mucho tirándoles arroz a sus padres en la puerta de la iglesia. Tras ello, fueron a hacerse algunas fotos en el arco de los novios.

—Desde el día en el que te conté la leyenda sobre este arco he soñado con esto. Pasar por aquí debajo de tu mano, como marido y mujer de verdad —le confesó Elena a Martín mientras posaban para una foto.

—Tus ojos me embrujaron cuando nos cruzamos por primera vez. Cuando vi el azul de tu mirada sentí un pinchazo en el pecho. Eras para mí. Mi corazón te reconoció nada más verte.

—Hemos pasado por mucho, y mucho ha pasado por nosotros, pero esta inmensa felicidad es la recompensa de todo. Volvería a repetir siempre y cuando llegase este día.

—Lo mismo digo, mi hermosa mujer. Te amo. Soy y siempre seré tuyo.

***

—Elena, mañana llevo yo a las niñas a la guardería —le indicó Martín a su mujer.

Por lo general, era ella quién dejaba a las gemelas todas las mañanas. Martín se iba antes al trabajo y su mujer le venía más cerca.

—¿Y eso? —preguntó algo extrañada.

—Voy a hablar seriamente con la responsable de la guardería. Carolina ha venido dos días

consecutivos con bocados de un niño. Cada vez que miro a mi hija y veo esas marcas no sé qué me entra por el cuerpo —bufó enfadado.

—Martín, son niños. Eva le pegó la semana pasada a una compañera.

—Pues que tengan cuidado. Que estén más pendientes. No quiero que mi hija llegue a casa ni con un solo rasguño.

—No puedes tenerlas en una urna de cristal. Son niños, se caen, se hacen heridas y se lastiman.

Martín era un padre sumamente protector. Veía peligro para sus pequeñas en todos lados. Antes de entrar en la guardería pidió ir a verla en persona y supervisar que todo estuviese en orden. Al día siguiente el Grupo Quiroga hizo una donación y mejoraron la seguridad en varios aspectos.

—Eva, hija ¿tú no defiendes a tu hermana cuando le pegan bocados? —le preguntó Martín a su otra hija. Estaba sentado con ambas en el sofá del salón viendo dibujos.

Eva negó con un gesto de la cabeza.

—Martín, debes fomentarles el perdón y la paz —le recordó Elena a su marido mientras lo regañaba con la mirada.

—Y que se defiendan —contraatacó indignado.

—No tienes remedio.

—Tendrán que saber defenderse cuando no tengan a su padre cerca —justificó acunándolas en su pecho mientras les daba un beso en el cabello.

—Creo que lo vas a pasar muy mal cuando estas dos bellezas comiencen a salir con chicos.

—Ah, no. Me niego. Hasta los veinte eso queda prohibido —manifestó escandalizado.

Elena se echó a reír a carcajadas. Estaba deseando que llegase el momento. Sabía que su marido no lo iba a pasar nada bien.

—Yo no le veo la gracia —le indicó molesto.

Elena se acercó a él, lo besó y luego lo hizo con sus hijas.

—Vamos a la cama, es tarde —anunció Martín mientras apagaba la televisión.

Carolina y Eva protestaron, pero ellas sabían que después de la cena solo se veía un poco los dibujos. Sus padres las llevaron a la habitación y las acostaron.

Cuando Elena cerró la puerta del cuarto de las niñas observó que el semblante de su marido aún no se había relajado. Acudió hasta sus brazos, lo besó y trató de que se olvidase de todo lo que lo abrumaba.

—¿Qué te pasa? —le preguntó entre besos.

—Me has hecho pensar demasiado. Imaginar a mis niñas en los brazos de un hombre…

—Para eso falta mucho. Cuando llegue el momento te preocupas. Ahora ocúpate en cuerpo y alma de esta mujer que reclama toda tu atención por completo. Llévame a la cama —le rogó entre besos.

—Vale, pero vamos a poner un pestillo en nuestra habitación. Y me vas a jurar que nunca le contarás a nuestras hijas lo que hacemos juntos.

Elena volvió a estallar en carcajadas.

—El día que tengamos un hijo tú me vas a jurar lo mismo —lo retó.

Martín se quedó pensativo y luego estalló también en carcajadas.

Elena lo besó y lo arrastró hasta el dormitorio.

***

Dos años después.

Aquella noche, Elena llegó a casa un poco tarde, al día siguiente le otorgaban el premio a la mejor diseñadora del año y estaba ultimando los detalles. Había escrito mil discursos, con la ayuda de Eva y Virginia, y ninguno le convencía del todo.

Cuando entró en la habitación, encontró a Martín dormido en la cama junto con Carolina y Eva. Era un padrazo que las consentía en todo y las niñas hacían con él lo que querían. Sonrió al ver a sus tres amores dormidos y tranquilos. Fue hasta ellos y le dio un beso a cada uno. Los había echado de menos. Martín se despertó al sentir su contacto.

—Te hemos extrañado durante toda la tarde —reveló aún somnoliento.

—Y yo a vosotros, ¿qué habéis estado haciendo?

—Como llovía, no pudimos salir. Hemos jugado a las casitas. Yo era el abuelo de sus muñecas —explicó con gesto resignado.

Elena sonrió orgullosa de él y lo besó con ternura.

—Prometo darte un varón pronto, para que puedas jugar al fútbol.

Llevaron a las niñas a la habitación que ambas compartían, cada uno cogió a una en brazos.

Cuando Elena se metió en la cama, tras una ducha, Martín la esperaba. La abrazó y se relajó con su mujer pegada a él.

—No veía la hora de que llegase este momento del día, señor Quiroga.

—Ni yo. Ardo en deseos de hacerte el amor. Espero que no estés demasiado cansada.

—Llevo horas imaginando llegar a casa para perderme entre tus brazos. Soy toda tuya. Haz conmigo lo que desees, siempre es un placer estar entre tus brazos y sentirme amada.

—Señora Quiroga, ¿me da carta blanca? —preguntó con una mirada traviesa.

—Confío en ti plenamente.

—Bien, voy a vendarte los ojos. Si la cosa va de confianza… Y atarte las manos. —Ella accedió de buen grado—. Prepárate para sentir y disfrutar como nunca, esposa mía.

Epílogo Volver a nacer

Tres años después.

La noche de la gala de presentación de la nueva temporada de la cadena era uno de los actos a los que Elena y Martín no dejaron de acudir tras los años. Ambos eran personas reconocidas y los invitaban a muchos sitios, pero siempre declinaban la asistencia. Tenían claro que lo principal en sus vidas eran sus hijas y el hogar familiar, pasar tiempo juntos, por ello, ver a la pareja en un acto como el de esa noche formaba tanto revuelo.

Tras la gala y posterior cena, Martín y Elena decidieron marcharse a casa, habían dejado a las niñas con los abuelos, pero estaban cansados. Sin embargo, el resto de los asistentes, Virginia, Miguel, Eva, Tony y Carla, estos dos últimos seguían siendo muy amigos de la familia, decidieron continuar la noche en una discoteca.

Sebastián y Begoña, al igual que Elena y Martín, también se marcharon a casa. Sebastián asistía cada año a aquel acontecimiento acompañado de su mujer y orgulloso de Martín y Eva. Ambos llevaban el Grupo Quiroga, Martín era el presidente y Eva se había convertido en la vicepresidenta. Tras pasar demasiado tiempo en recuperación con la lesión de su espalda, su abuelo comenzó a contarle e introducirla en el negocio, poco a poco Sebastián le fue enseñando muchas cosas, un día ayudó a su cuñado y desde ahí, casi sin querer, se vio como vicepresidenta de la cadena. Le gustaba su trabajo y se sentía feliz y realizada.

Antes de marcharse, Eva tropezó con un camarero y le cayeron un par de copas de vino sobre el vestido. Tenía ganas de ir con los demás y continuar la fiesta, pero no pensaba llegar a ningún lado así, manchada. A Elena no le importó intercambiarse el vestido con ella para que su hermana pudiese continuar disfrutando de la noche.

A altas horas de la madrugada, Eva se lo estaba pasando de lujo en la discoteca. Hacía años que no se divertía tanto. Se hizo muy amiga de Carla y Virginia. Aquella noche, las tres estaban algo achispadas. Carla se había divorciado hacía poco, Virginia llevaba años detrás de Miguel, pero, al parecer, era invisible para ese hombre, y Eva no encontraba al hombre de su vida. Estaban decididas a encontrar un hombre que acabase con la soltería de las tres, anhelaban una vida como la de Elena y Martín.

Desde la posición en la que estaban, Virginia divisó a un hombre alto, moreno y de buen cuerpo, con unos magníficos ojos grises. Estaba en la barra pidiendo una copa, iba acompañado de otro que tampoco estaba nada mal.

—Mirad a esos dos —les indicó a Eva y Carla para llamar su atención—. Los he observado durante un rato y están solos. Creo que deberíamos ir a presentarnos —comentó con una sonrisa traviesa. Eva desvió la mirada hacia otro lado—. ¿Cuánto hace que no le das una alegría al cuerpo? —preguntó en forma de burla—. El moreno me gusta para ti, y el amigo para Carla. Yo lo intentaré de nuevo con Miguel —comentó resignada y con pocas esperanzas.

Eva no le contestó, ya ni se acordaba de la última vez que estuvo con un hombre en la cama. Desde el accidente y las posteriores operaciones se avergonzaba del cuerpo marcado de cicatrices que tenía.

En un arranque, Virginia tiró de la mano de Eva con ganas. Carla las siguió con una sonrisa. De camino, esta última se encontró con alguien que conocía y se paró a saludar. Virginia no la esperó.

—Hola, guapos. Os veo muy solitos. Soy Virginia y ella…

De repente, apareció Miguel, la cogió en brazos y se la llevó a la pista a bailar. Virginia no lo paró. Solo la buscaba cuando tenía unas copas demás, y ella no pensaba desaprovechar la ocasión.

Eva se vio sola ante dos hombres que la observaban con atención. Miró hacia el lugar donde había desaparecido Virginia, intentó buscar a Carla, pero no supo cómo salir de aquella encerrona.

Al amigo que acompañaba al moreno de ojos grises le sonó el teléfono, se marchó y se quedaron los dos solos.

—Víctor Ferrer —se presentó. Se acercó a Eva y le dio dos besos—. ¿Cómo te llamas? —preguntó con una sonrisa cuando vio que lo miraba al detalle.

Era un hombre muy guapo, tanto que cortaba la respiración. Muy alto, de hombros extremadamente anchos y con unos ojos impresionantes.

—Lo siento, creo que no me encuentro bien. Necesito respirar aire fresco.

Con paso ligero se encaminó hacia la salida mientras se reprochaba haber bebido más de la cuenta. Sentía que le costaba respirar.

Víctor no la dejó sola, fue tras ella. Aquella mujer había logrado captar toda su atención.

—¿Mejor? —preguntó él una vez en la puerta. La sobresaltó cuando lo sintió detrás de ella. Le tenía una mano puesta en el hombro.

Eva se dio media vuelta y lo miró. Con timidez, asintió. Las palabras se la atascaban en la garganta. Ella no era así, no entendía que le pasaba esa noche con aquel hombre.

Víctor se acercó peligrosamente, le mostró una sonrisa arrebatadora y clavó la mirada en sus ojos azules, y sin mediar palabra, la besó.

Eva sintió aquel gran cuerpo, duro como el acero, contra el suyo y se dejó llevar. El desconocido sabía besar muy bien.

Cuando tomó conciencia de lo que estaba haciendo, se separó de él y lo miró con la respiración alterada.

Víctor la observaba con una enorme sonrisa. Apreció que era un hombre seguro de sí mismo.

Carla apareció en ese momento, había presenciado lo ocurrido mientras varias personas los miraban con atención, cogió a Eva del brazo y se la llevó casi a rastras. Entraron en un taxi y se marcharon.

Víctor se quedó con las ganas de saber el nombre de aquella mujer, y muchas más cosas. Le habría gustado terminar la noche con ella, en su cama.

Inmensos en estos pensamientos y con la vista clavada en las luces del coche donde se alejada, sintió que alguien le daba una sonora palmada en la espalda, esto le hizo volver a la realidad.

—Amigo, mío. Aún no has empezado en tu nuevo trabajo y mañana estarás de patitas en la calle con una buena patada en el culo. —Víctor lo miró preguntándose qué había hecho. Fue aquella mujer la que vino a él—. Acabas de besar a la mujer de jefe. Ella era Elena Galván, la esposa de Martín Quiroga —le aclaró.

El vuelo de Víctor se había retrasado y no pudo llegar a tiempo a la gala. Su amigo fue en su representación, se había unido a él hacía una hora en aquella discoteca.

—¡Joder! —maldijo con los dientes apretados. No lamentaba haber besado a la mujer de su

jefe, sino que ella estuviese casada.

—¿Estás loca? ¿Cómo se te ocurre besarte con ese hombre en medio de la calle con toda la gente que había en la puerta de la discoteca? —reprendió Carla a Eva con los ojos desencajados.

—No me importa la gente. No le debo explicaciones a nadie. Quizás ha sido un error, pero nada grave que lamentar. —Intentó quitarle hierro al asunto. Le dolía la cabeza y todo comenzaba a darle vueltas.

—Creo que no has reparado en que vas vestida de Elena Galván. Esta noche tu hermana ha llevado ese mismo vestido y la han fotografiado todos los medios, y resulta que, por casualidades de la vida —ironizó—, tienes su misma cara.

—¡Dios! —Eva se tapó la cara con ambas manos. No lo podía creer. No le importaba aquel hombre, le importaba lo que le podía acarrear a su hermana y Martín.

Al día siguiente, Eva se presentó en el despacho de su cuñado y le contó todo lo sucedido con lujo de detalles. Lo último que deseaba es que su hermana tuviese un problema con marido.

—Nunca volvería a desconfiar de mi mujer, puedes estar segura de ello —afirmó con una amplia sonrisa, tras escucharla con atención y diversión—. Aún no ha llegado nada a mis oídos —La tranquilizó—, pero pararé esas fotos. Estoy seguro de que querrán sacarlas por morbo. Y dime, ¿quién es él? O tendré que descubrirlo cuando localice si alguien quiere publicarlas.

—No le veo la gracia. —Eva estaba muy preocupada y Martín se tomaba aquello como un chiste—. Me dijo que se llamaba Víctor Ferrer, pero no te preocupes, no me suena de nada.

Martín volvió a soltar una sonora carcajada que molestó a Eva, no había dormido en toda la noche, le dolía la cabeza y estaba preocupada, y su cuñado parecía que estaba en un circo, se lo estaba pasando en grande.

—¿Lo conoces? —preguntó alterada. Por su actitud algo le decía que sí.

—Sí, pronto lo harás tú también, querida cuñada —reveló sonriente.

Eva lo miró con los ojos muy abiertos, el teléfono sonó y Martín no le dio más explicaciones.

***

Aquella tarde, Elena se encontraba inmersa en una conversación por el móvil, estaba en el despacho del atelier, lo seguía teniendo donde mismo lo abrió. Un mensajero llegó, le entregó unas cajas, le firmó y se marchó.

Mientras continuaba la conversación, examinó el pedido, lo esperaba desde hacía días, pero no pensaba que fuese tan voluminoso.

Últimamente estaba muy cansada, el embarazo le daba sueño. Se encontraba de cuatro meses, pero se sentía agotada como si fuese el final del mismo. Eva y Carolina estaban muy ilusionadas con la llegada del nuevo hermano, Elena se sentía tranquila porque esta vez solo venía uno en camino, y Martín estaba feliz porque era un niño.

Cuando terminó de hablar, abrió las cajas y se sorprendió muchísimo con lo que encontró dentro. Se fijó bien y descubrió que aquel pedido lo habían entregado por error, no era para ella, sino para su marido.

La dirección reflejada en el justificante era el antiguo ático de Martín. Desde hacía algunos años vivían en la casa de Elena, a ella le resultaba más cómodo tener el negocio en el mismo edificio que su casa.

Elena sabía que su marido no se había deshecho de su ático y lo conservaba tal cual. En más

de una ocasión habían vuelto allí, habían realizado fiestas y cuando su amiga Nora y su marido subían a Madrid les dejaban la casa.

Intrigada, buscó el bolso y fue directa al garaje del edificio. Cogió el coche y fue al ático. Deseaba averiguar qué escondía Martín allí. Si él había realizado aquel extraño pedido y dio aquella dirección era por algo, estaba dispuesta a saber qué era.

Cuando llegó, encontró la casa tal cual la recordaba. Estuvo allí con su marido pasando una noche romántica cuando le dio la noticia de que volvía a estar embarazada. Inspeccionó todas las habitaciones y las encontró como siempre, no había cambio alguno. Recordó que en el hueco de la escalera había una puerta que daba a las dependencias que usaba Dora antes, nunca entró en ese lugar. Abrió la puerta y se adentró en el pasillo, le llevó a otra puerta que estaba medio abierta, entró con precaución, sin saber qué iba a encontrar dentro.

Despacio, sorprendida como nunca antes, recorrió la amplia habitación. Era evidente que se usaba con frecuencia. Se asombró de todo lo que sus ojos divisaron. Saltaba a la vista que Martín era el artífice de aquello.

Sentimientos encontrados embargaron a Elena de repente, por un lado, se sintió triste y decepcionada, sin embargo, no puedo evitar sentirse orgullosa del talento de su marido.

Se acercó despacio a cada cuadro que estaba en la estancia, luego observó al detalle el que estaba por terminar en un caballete. Todas eran pinturas muy realistas que las dejaron impresionada. Desconocía por completo aquel talento de Martín y no llegaba a comprender por qué lo mantenía oculto. Le dolió que lo tuviese en secreto. Creía que entre ambos, a esas alturas, no existía nada que el uno no supiese del otro.

—No deberías haber descubierto esto. No de esta forma. —La voz de Martín la sobresaltó cuando admiraba un cuadro de sus hijas. Eva y Carolina estaban plasmadas con tal toque de realismo que se emocionó.

Sobresaltada, se volvió hacia él y lo observó con ambas manos metidas en los bolsillos del pantalón, con apariencia relajada, a una distancia prudente de ella.

—¿Qué es todo esto? —preguntó asombrada, no era un reproche, todo lo contrario, en su rostro se reflejaba admiración.

—Es mi gran secreto, y tú, mi curiosa esposa, lo acabas de descubrir. ¿Qué voy a hacer contigo?

Con paso firme y seguro se encamino hacia ella y le dio un beso.

—¿Por qué nunca me dijiste nada? —preguntó sin dejar de mirar las obras.

—No sabía cómo iba a terminar todo.

Elena no entendía nada, pero le dio la sensación de que iba a terminar de matar al último dragón en la vida de su marido.

Admiró el trabajo realizado mientras que él se paseaba por la estancia algo incómodo, sin saber por dónde comenzar a explicarle aquello.

Con paciencia, esperaba una explicación. Lo conocía bien y supo que estaba en una encrucijada de la que tenía que salir solo. Mientras, se dedicó a observar los lienzos, casi todos eran retratos de Eva y Carolina, otros de toda la familia, los cuatro. Había un cuadro que la emocionó, era de ella con sus hijas en el campo, con el paisaje de la sierra de Huelva de fondo. Junto con otro, del día de la boda de ambos por la iglesia, se atrevería a decir que eran sus favoritos.

Martín tomó a su mujer de la mano y la llevó hasta un cómodo sillón. Estaba decidido a revelarle lo que llevaba ocultándole algunos meses.

—Nunca te conté cómo me ganaba el dinero cuando vivía en la calle. —Elena sintió que el

vello se le ponía de punta al recordar esa parte de la vida de su marido—. Quizás por vergüenza nunca te hablé de ello. Siempre he tratado de borrar todo lo que sufrí de pequeño, pero hay cosas que siempre quedan en uno. Hacía dibujos, muy reales, a carboncillo, los vendía y no me iba mal. En ocasiones hasta me los encargaban. Desde que mi madre murió nunca más fui capaz de dibujar nada. Una noche os observé a ti y a las niñas y me entraron ganas de plasmar ese momento. Siempre deseé pintar como los grandes, en lienzo y con pintura, pero no me lo podía permitir. Hace unos meses, hice un encargo de todo lo que ves aquí y me lancé.

Admiró las pinturas colgadas en la pared con orgullo.

—¿Por qué aquí y en soledad? —preguntó con curiosidad.

—Me conozco bien. Cabía la posibilidad de que volviese el Martín del pasado, entonces destruiría todo y no quería hacerlo en un lugar donde estuvieseis tú y las niñas.

—¿Qué pasó? —preguntó sabiendo la respuesta.

—Todo fue bien. Descubrí que me encantaba pintar a mi familia. Disfruto y me relajo cuando lo hago.

—¿Cuánto tiempo llevas con ello?

—Seis meses.

Se sintió un poco dolida porque se lo hubiese ocultado durante tanto tiempo.

—¿Me pensabas revelar este gran secreto algún día?

—Sí. Supongo que no lo hice antes porque me daba vergüenza.

—Es maravilloso todo lo que pintas. Quiero unos cuantos de estos cuadros para nuestra casa. Se merecen estar en nuestro salón. Me he enamorado de todos. Tienen un realismo y una perfección admirable. Estoy muy orgullosa de ti. —Lo besó, emocionada—. Espero que me perdones por descubrir todo esto… —Sentía que había invadido una parte muy íntima de él.

—No te preocupes, pasé a recogerte y vi el pedido. Cuando tu secretaria me dijo que habías salido, supe dónde encontrarte, mi curiosa esposa. —Le acarició la mejilla y la besó—. Me alegro de poder compartirlo contigo al fin.

Elena volvió a admirar las paredes, recreándose en los cuadros allí colgados. No conseguía salir del asombro de que Martín fuese el artífice de todo aquello.

—Creo que ese de Eva y Carolina en Aracena es mi preferido. —Las niñas iban de la mano por el campo—. ¿Cuál es tuyo? —preguntó con curiosidad.

—No está aquí expuesto. Mi mejor obra la guardo en un lugar especial. ¿Quieres verla?

—Me encantará.

Martín se levantó y abrió un gran armario, deslizó una estantería vertical y sacó un cuadro perfectamente embalado. Rasgó el envoltorio de papel marrón y se lo mostró.

—Para mí es el mayor tesoro que poseo —le reveló con una sonrisa de orgullo.

Elena lo observó bien, con lágrimas en los ojos. Era un retrato de su rostro, tenía mucha luz. En sus ojos estaba plasmada toda la felicidad que sentía cuando lo miraba. La emocionó tal realismo, pero lo que la hizo llorar de verdad fue el nombre que le había puesto al cuadro: Volver a nacer.

***

Elena llegó al Grupo Quiroga muy enfadada con su marido. Aquella mañana se enteró por casualidad de que Martín había organizado una exposición con todos los cuadros que había pintado desde que nacieron sus hijas. Se trataba de un evento íntimo y familiar, pero no le pensaba perdonar haberse enterado de aquella iniciativa por Sebastián y Begoña mientras

desayunaban ese día.

Algo dentro de ella se rompió y sintió que su marido no le tenía suficiente confianza. Ella le contaba con entusiasmo todos sus proyectos, sus ilusiones, jamás le ocultaba nada, y él, sin embargo, no la hizo partícipe de aquel proyecto. Desde que le reveló su afición por pintar cuadros lo admiró aún más, al igual que a cada obra. Martín comenzó a pintar en casa, y a Elena le gustaba invadir su intimidad cuando no estaba y entrar en la habitación que habían acondicionado para que él plasmase todo el talento que llevaba dentro.

En más de una ocasión le había pedido, hasta rogado, poder exponer alguno de esos cuadros en las paredes de la casa, pero él se negaba ya que aún no se sentía preparado para ello. Y en esos momentos se había enterado de que iba a realizar una exposición de todos ellos en su antigua casa y de que su círculo más íntimo de familia y amigos estaban invitados al evento que ella, su mujer, aún desconocía.

Dispuesta a dejarle algunas cosas claras a su marido, y dolida por su actitud, se presentó en el despacho de Martín. Pasó por el lado de su secretaria mientras apenas le dio los buenos días y fue directamente dentro sin llamar a la puerta ni pedir permiso. Iba tan sumamente cabreada que no le importó nada. Le Elena discreta y educada se había quedado en casa.

—Elena, ¿ocurre algo? —preguntó Martín en cuanto la vio entrar. La miró parada delante de él, con las manos colocadas en la cintura y el semblante serio.

—Por supuesto que ocurre algo, dímelo tú —lo retó fulminándolo con la mirada.

Martín se preocupó, nunca la había visto tan encendida.

—No sé… dame una pista —titubeó nervioso, mientras se acercaba a ella.

—Una pista —bufó mientras se alejaba de él. No quería tenerlo cerca.

—Yo te cuento todo. Mis sueños, mis proyectos, mis miedos, mis inquietudes —le echó en cara—. ¿Haces tú lo mismo? ¡No! —respondió ella misma, contundente. Sin dejarlo decir nada —. Algo falla entre nosotros, Martín, y no soy yo —le dejó claro alzando la voz.

Tras unos minutos pensativo e inquieto, Martín comenzó a esbozar una medio sonrisa. Presentía de dónde podía venir el monumental enfado de su mujer. Se relajó y decidió seguirle el juego un poco más. Aquella fiera que tenía ante él lo divertía.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó con inocencia.

Elena lo fulminó con la mirada.

—¡¿No tienes nada que contarme?! —le reprochó, dolida.

—Siempre te hago partícipe de todo lo que deseo que sepas —le indicó a conciencia, mirándola bien. Sonriente. Disfrutaba de la situación.

—Vaya, entonces resulta que no soy lo suficientemente importante para ti como para contarme algo que ya todos saben.

Martín se acercó a ella, la tomó con fuerza por la cintura, pese a que ella trató de impedirlo, y le susurró cerca del oído:

—Eres lo más importante para mí. Te llevo tatuada en mi piel, en mi pensamiento y en mi respiración. Todo lo que hago va en relación a ti. Quizás, en ocasiones, haya cosas que no te las diga la primera, pero ten por seguro de que tengo mis razones, esposa mía. Te amo.

—Me gustaría escuchar tus razones —le espetó apartando las manos de su cuerpo y separándose de él unos pasos, mientras lo miraba con desconfianza.

Martín la admiró parada frente a él, en actitud desafiante. La repasó de arriba abajo, con ojos hambrientos, recorriendo cada curva del perfecto cuerpo de su mujer. Por alguna extraña razón, verla así de enfadada y alterada hizo que la desease más que nunca.

—Date la vuelta —le ordenó mientras la miraba serio.

Elena parpadeó con fuerza un par de veces, sin entender la orden que no acató.

—Date la vuelta —volvió a repetir con ímpetu.

Tras unos segundos en los que permanecieron en silencio, midiéndose con las miradas, Elena cedió. Se colocó de espaldas a su marido y sus ojos se clavaron en el nuevo cuadro que presidía la sala con dos sofás que Martín tenía junto a su mesa.

—¿Es una muestra suficiente de que lo eres todo para mí? —le preguntó acercándose a ella. Elena pudo sentir su aliento en su cuello mientras sus manos le acariciaban la cintura.

—Esto… ¿Cuándo?... —Intentaba hacer memoria del tiempo que hacía que no visitaba el despacho de su marido—. No me habías dicho nada.

—Como siempre, esposa mía, te adelantas a todas mis sorpresas.

Elena continuó admirando el cuadro con su rostro, allí colgado en la pared. Le parecía increíble que lo hubiese pintado su marido.

—Dame una explicación a todo esto —le exigió perdiendo la paciencia— antes de que comience a pensar que mi marido ha perdido la confianza en mí. —La situación y aquella sonrisa perfecta en el rostro de Martín mientras la miraba en silencio la tenían de los nervios.

—Te amo y me gusta tenerte cerca. Colocar el cuadro en ese lugar me da vida. Cuando alzo la cabeza y fijo la mirada en ti algo se despierta dentro de mí que hace olvidarme de todo. —Se acercó y la besó. Tratando de aplacar su mal humor.

—No nos desviemos del tema, no he venido por esto —murmuró aún molesta entre los brazos de su marido.

—Lo sé. Puedo leer en tu mirada por qué has llegado así de molesta. Pero… —Alzó un mano e impidió que ella hablase— diré en mi defensa que todo formaba parte de una gran sorpresa. Ven aquí—. La arrastró contra su pecho, la besó y la abrazó de nuevo y la llevó hasta el sofá cercano—. Ahora cuéntame a quién tengo que echarle la bronca por no haberme guardado el secreto que preparaba para nuestro aniversario. Deduzco que ya sabes lo de la fiesta que iba a organizar en nuestra antigua casa con todos los cuadros que pinté expuestos en las paredes. Me lo habías pedido en tantas ocasiones que al fin me decidí a hacerlo.

Tras escuchar las palabras de su marido, Elena sintió una gran culpabilidad por su actitud y comportamiento. Bajó la cabeza hasta sus piernas y tomó una gran bocanada de aire antes de mirarlo a los ojos.

—Lo siento —murmuró—. He desayunado con mis abuelos y comentaron lo orgullosos que se sienten de ti por el hecho de que hayas decidido que todos veamos tus obras expuestas.

—Algo de lo que solo tú tienes la culpa —la acusó con una sonrisa—. Desde que descubriste mi secreto le contaste a todos mi pasión por la pintura y lo bien que se me daba —le reprochó con una mirada cálida.

—Me siento orgullosa de ti —confesó con admiración y un gran amor reflejado en su mirada azul—. Me gusta alardear todo lo bueno de mi marido, aunque, a veces, me decepcione, como es el caso, y descubra cosas que me oculta.

Martín esbozó una medio sonrisa.

—No te vas a quedar tranquila hasta que te lo cuente todo, ¿no? —Ella asintió—. He de confesar que se me han agotado las ideas para sorprenderte, y decidí hacer una fiesta con familiares y amigos en nuestra antigua casa con mis obras expuestas para los ojos de todos, en especial los tuyos. Quería sorprenderte con algo especial.

Elena asintió mientras lo admiraba con una sonrisa maravillosa en su rostro, de la cual ni era consciente. Se acercó a él y le susurró:

—¿Te he dicho alguna vez que eres el hombre más maravilloso sobre la tierra?

—Me halaga escucharlo —murmuró haciéndose el duro.

Ella le acariciaba el rostro con mimo.

—Te amo, Martín Quiroga.

—Y yo, esposa mía. No sabes cuánto. Eres lo más preciado que tengo en esta vida. Cada paso que doy en ella miro antes por ti.

Elena lo besó y terminaron haciendo el amor en el sofá que estaba situado debajo del cuadro pintado con el rostro de ella.

***

El día de su aniversario, cuando Elena entró en su antigua casa, descubrió que estaba llena de invitados y admiró las pinturas de Martín. Había algunas nuevas y las reconoció de inmediato, en especial una en la que ella estaba sentada en el sofá con sus dos hijas acariciándole la barriga que apenas se le notaba. El cuadro tenía por nombre: Ampliamos la familia.

Elena besó a su marido y le susurró:

—Me encanta este regalo de aniversario. Me maravilla todo —admitió recorriendo el lugar con la mirada, sonriéndole a todas las personas que estaban allí y sintiéndose una mujer muy feliz y afortunada. Había pasado por mucho, pero la vida la recompensaba cada día.

Sintió lo brazos de su marido alrededor y sus hijas se acercaron a ella. Las besó y supo que no podía ser más feliz de lo que ya era.

VOLVER

a creer

Sinopsis

Cuando las cicatrices no solo están en el alma, cuesta creer de nuevo en la vida, en el amor y en un futuro feliz.

Eva Quiroga lucha día a día para ser la mujer que fue años atrás, pero las consecuencias de un grave accidente, que casi terminó con ella, pesan demasiado. A sus treinta años se siente acomplejada con su cuerpo, y es algo que no puede superar.

Víctor Ferrer acaba de llegar de Estados Unidos cuando su camino se cruza con el de Eva por casualidad. De inmediato reconoce que es la mujer de su vida, aunque ella no es la persona que él piensa que es. Sin dudarlo, ni importarle nada, está decidido a enamorarla, pero Eva se lo va a poner muy difícil.

¿Crees en el amor a primera vista, cuando entre dos personas salta esa chispa y al instante sabes que es el amor de tu vida? Víctor Ferrer, sí. Pero a la misma vez, tiene una complicada situación familiar. Vuelve a España para hacerse cargo de la empresa de su padre y de su sobrina huérfana.

Dos corazones que comienzan a latir de forma diferente tras la primera mirada, dos personas con un pasado que puede impedirles avanzar en el futuro. Un mismo amor con fuerza para rebasar todos los obstáculos del camino. Dos enamorados que vuelven a creer, pero no lo tendrán nada fácil.

34

Eva recibió la visita apresurada, en su despacho de vicepresidencia de la cadena de televisión, de Virginia. Su amiga, y a la que consideraba como a una hermana, entró con prisa. Acababa de presentar los informativos, trabajaba desde hacía un par de años en el Grupo Quiroga y era una estupenda comunicadora, la cámara y los telespectadores la adoraban.

Durante la mañana, Eva le había dejado varios mensajes para que se pasase a verla, pero a Virginia le fue imposible. Entre ambas mujeres, junto con Elena, no tenían secretos, y a Eva ya le quemaba por dentro no desahogarse con alguien sobre lo sucedido la noche anterior. De su amiga Carla solo recibió una reprimenda y necesitaba, más que nunca, la comprensión y la forma de ver las cosas de Virginia.

—No te vas a creer lo que me pasó anoche —anunció Eva cuando Virginia cerró la puerta de su despacho.

—Me tienes en ascuas. He presentado el telediario con la mente puesta en ti. ¿Qué ocurre? —preguntó sentada frente a ella, preocupada.

—Resulta que cuando me quedé sola con ese tío, el de la discoteca, me faltó el aire. Salí a la calle a respirar y me acompañó sin pedírselo. Fue muy atento y caballeroso —tranquilizó a Virginia en ese aspecto, veía sus ojos y no quiso asustarla—, pero me besó allí y muchas personas nos vieron. Y yo llevaba el vestido de Elena —apuntilló agobiada, con un grito ahogado.

Virginia abrió mucho los ojos y soltó una sonora carcajada. Se llevó ambas manos a la boca y miró a Eva. No lo estaba pasando nada bien con todo ese asunto.

—¿Se lo has contado a Elena? —preguntó con media sonrisa que trataba de disimular.

—No. Solo a Martín. Es lo primero que he hecho esta mañana nada más poner un pie aquí. No podría soportar que volviesen a tener otro problema en su matrimonio por mi culpa.

Años atrás, Martín y Elena se separaron por unas fotografías de Eva con otro hombre donde él creyó que era Elena. Pero por aquellos entonces, no tenía conocimiento de que su mujer tenía una gemela.

—¿Cómo ha reaccionado? —se interesó.

—Ha soltado una carcajada. Me dijo que nunca volvería a dudar de Elena y que pararía esas fotos si alguien intentaba sacarlas a la luz.

—¡Joder! A mis oídos no ha llegado nada, por si te tranquiliza.

—Fui una estúpida —lamentó apenada.

—Tú no tuviste la culpa de nada. Ese hombre te besó. Por cierto, ¿quién es él? ¿Lo conoce Martín? A pesar de que acudió a la fiesta organizada por la cadena en la discoteca, no me suena. Y todo el que estaba allí debía tener acreditación para entrar y alguna relación con esta empresa que diriges con Martín.

—Sí, él lo conoce. Su nombre no le resultó indiferente, pero no me dijo de qué. Solo me anunció que pronto lo conocería. Se llama Víctor Ferrer.

—No me suena de nada. Era la primera vez que lo veía. La verdad, que debe ser nuevo. Está como un tren, y te besó. ¿Qué tal? —preguntó con una amplia sonrisa dibujada en el rostro. Deseaba sacarle toda la información.

—Fue un beso espectacular. Hacía años que no me besaban así. —Tras un breve silencio entre

ambas, le reveló aquello. A Virginia no le podía mentir. Con solo mirarla, tenía el don de saber qué le ocurría.

—Me alegro de que por fin alguien haya calado en ese frío corazón que tienes para los hombres. Por el brillo en tu mirada cuando me has hablado del beso, algo me dice que ese tal Víctor Ferrer ha logrado traspasar la coraza que llevas desde hace años.

—Solo fue un beso. Y, aparte de su nombre, no sé nada más de él. ¿Qué tal tú anoche con Miguel? —se interesó, y de paso cambiaba de tema. Aquella mirada socarrona de Virginia la ponía nerviosa.

—Con él siempre es lo mismo. No me deja traspasar esa línea que yo deseo desde hace años. Estoy cansada. No lo intento más, me doy por vencida.

Eva sintió pena por ella. Sabía de los sentimos de Virginia por aquel hombre, pero él no terminaba de dar el paso.

—Por lo menos, a ver si una de las dos acaba con esta soltería que nos persigue… Te deseo toda la suerte del mundo. Voy a sacarle información a mi cuñado sobre ese tal Víctor Ferrer —anunció decidida mientras se levantaba de la silla.

—¡Ni se te ocurra! —le advirtió Eva—. Te lo prohíbo. ¡A trabajar! —ordenó.

Virginia soltó una carcajada. No estaba acostumbrada a verla en aquella faceta.

—Sí, jefa. —Se marchó con una sonrisa.

Al día siguiente, por la tarde, Elena entró en el despacho de su hermana por sorpresa. Eva no la esperaba. Apreció que tenía ojeras y se veía agotada.

—¿Qué te ocurre? No tienes buena cara. —Se levantó del sillón, preocupada, y fue hasta ella.

—Tengo el estómago revuelto. Este embarazo me tiene fatal. —Estaba embarazada de casi cuatro meses—. He venido a buscar a Martín, pero se está demorando en una reunión por teléfono y me cansé de esperarlo.

Eva le apartó el pelo de la cara y le pasó la mano por la frente. La tenía sudorosa.

—¿Te llevo yo a casa? —se ofreció. No la veía nada bien—. Seguro que cuando te des una ducha y te metas en la cama consigues mejorarte.

—Eso quisiera yo, pero no puedo. Esta noche tengo una cena en la Asociación de Celiacos. Me han nombrado su representante por este año y no puedo fallarles —lamentó agobiada. Últimamente sentía que no llegaba a nada. Este embarazo la tenía muy cansada y le costaba hacer su vida diaria.

Eva sintió pena por su hermana. Sentada a su lado, le acariciaba el rostro. Cada vez la veía más blanca.

De repente, Elena se levantó y echó a correr hacia el baño que estaba dentro del despacho de su hermana. Eva fue tras ella y la sostuvo mientras vaciaba el estómago. Ya era la quinta vez aquel día.

—Me parece que vas a tener que quedarte en casa. Estás fatal —aventuró Eva mientras la ayudaba a volver de nuevo al sofá. Elena se tumbó en él y tomó un poco de agua de la botella que le llevó su gemela—. ¿Nos vamos a casa y me quedo con las niñas esta noche para que puedas descansar? Verte así y no poder hacer nada me agobia —lamentó preocupada.

Las gemelas de Elena tenían cinco años, y pese a que el matrimonio contaba con Dora para que les echase una mano con ellas y la casa, en ocasiones les resultaba insuficiente.

—En realidad sí puedes hacer algo por mí. —Elena la miraba al detalle y un atisbo de sonrisa le apareció en los labios—. Acude a la cena por mí. Nadie se dará cuenta —le propuso como si nada.

Eva la miró con los ojos muy abiertos, se dio cuenta de que no bromeaba.

—¿Qué? ¿Me estás diciendo que me haga pasar por ti? —preguntó escandalizada, con los ojos muy abiertos.

—Solo es una cena, una de tantas como a las que acudes con Martín de negocios. Solo será un rato. No puedo quedar mal, es importante. Y aún no quiero dar la noticia de mi embarazo. Si llamo para no asistir, tendré que decir el verdadero motivo de mi ausencia.

—¿Me estás pidiendo que vaya con Martín haciéndome pasar por ti, su mujer? —Eva no daba crédito a lo que le proponía.

—Sí.

—Tú estás peor de lo que me pensaba. —Eva puso los ojos en blanco y se llevó la mano a la cabeza.

—Por favor… —Elena la miró con cara de pena—. Hazle ese gran favor a tu hermana.

—Pero, Elena… —le reprendió.

—No me mires así, no es nada tan descabellado. Te lo pido por las circunstancias —intentaba convencerla con cara de pena.

Eva la miraba en silencio.

—Pero ¿cómo se te ocurre… —No daba crédito a su propuesta.

—Anoche mis hijas me la jugaron por primera vez, se intercambiaron y no las reconocí. Tú y yo nunca lo hemos hecho. Es cierto que nos hemos reencontrado con veinticinco años y no vivimos una niñez juntas. Solo se me ocurrió la idea —justificó—. Por favor, estoy desesperada —volvió a rogarle—. Es por una buena causa.

—Está bien. Iré —cedió finalmente—. Creo que te aprovechas de mí. Sabes que no hay nada en este mundo que no hiciese por mi hermana.

—Gracias. —Elena la abrazó, sonriente y feliz—. Yo también te quiero.

—Voy a decirle a mi secretaria que avise a Martín cuando termine. Te llevo a casa.

En el coche, mientras Eva conducía, Elena la notó más tranquila que el día anterior cuando fue a cenar a su casa y le contó lo sucedido con aquel desconocido mientras llevaba su vestido.

—En estos dos días no ha saltado nada a la prensa. Martín me dijo que no tuvo que interceder en ningún asunto relacionado con tu beso. Igual nadie os hizo fotos en ese momento.

—Pero sí nos vieron. La salida estaba llena de gente. No lo lamento por mí, sino por Martín y por ti.

—No le des más vueltas.

—¿Le has preguntado a tu marido de qué conoce a Víctor Ferrer? —Aún no había podido averiguar quién era.

La noche anterior, cuando ambas hermanas cenaron a solas, Martín llegó tarde. Eva le pidió a Elena que le sacase información cuando pudiese.

—No. Hace una semana que apenas lo veo. Tiene mucho trabajo y llega muy tarde.

—Sí, el inicio de la nueva temporada en la cadena nos trae locos.

Cuando llegaron a casa de Elena, esta se metió en la cama de inmediato. Eva se quedó jugando con sus sobrinas y luego fue a la habitación de su hermana para ver qué tal continuaba.

—¿Qué tenías pensado ponerte esta noche? —preguntó al abrir el gran vestidor, mientras suspiraba. Siempre le abrumaba ver toda la ropa que tenía su hermana.

—Lo que me estuviese bueno, pero al ser tú, puedes elegir lo que quieras. —Le mostró una sonrisa.

Ambas eran como dos gotas de agua. No solo el rostro, también el cuerpo, la altura y el cabello, que lo llevaban cortado igual.

—Muy graciosa. ¿Le has comunicado ya a Martín tu descabellado plan?

—No, pero no le importará.

—Ya, se me olvidaba que él también haría cualquier cosa por ti. —Puso los ojos en blanco, le sonrió y su hermana le devolvió el gesto.

—Por supuesto que haría cualquier cosa por mi mujer —resonó la voz de Martín. Solo había alcanzado a oír aquella última frase. Entró en la habitación, fue hasta Elena y le dio un beso. Se sentó a su lado y la tomó de la mano—. ¿Qué tal te encuentras? —preguntó preocupado.

La secretaria de Eva lo había puesto al tanto de que su mujer se marchó con su hermana.

—Un poco mejor. Hoy he tenido un día horrible.

Martín volvió a besarla en el cabello.

—Así no podremos ir a la cena de esta noche. —No le apetecía nada. Estaba cansado de eventos. Necesitaba estar en casa con su familia.

—Tú sí irás, mi amor —replicó Elena con tono mandón.

—¿Sin ti? ¿Y qué pinto yo allí?

—Mucho si vas acompañado de mí haciéndome pasar por tu mujer —reveló Eva con las manos en la cintura, resignada a hacerlo.

Martín miró a su esposa para que le explicase aquello mejor.

—No puedo dejar de asistir esta noche a esa cena, pero al mismo tiempo me encuentro fatal y no podría probar bocado. El simple olor de la comida me haría vomitar. Debes ir con Eva. No será mucho tiempo, a lo sumo tres horas. Llegar, saludar, que Eva dé el discurso y cenar.

—¿Tengo que dar un discurso? —preguntó asombrada—. No me habías dicho eso —le recriminó.

—Decir unas palabras —le quitó hierro al asunto—. Mira, te lo acabo de escribir.

Cogió una nota de la mesita de noche y se la entregó.

—Me debes una y muy gorda —murmuró Eva cogiendo el papel.

—¿Mi opinión no cuenta? —preguntó Martín mirando a ambas hermanas, sorprendido de que estuviesen de acuerdo en aquello y lo llevasen con toda la naturalidad.

—Tómatelo como si fuese trabajo, mi vida. —Elena lo miró con aquella sonrisa que lo desarmaba y su preciosa mirada con la que sabía que su marido no la cuestionaría.

Resopló con fuerza y se metió en la ducha, resignado. Sabía que aquel acto era importante para Elena y por ello no discutió.

—Puedes coger el vestido color caldera que tanto te gustó de mi última colección. Era uno de los que pensaba ponerme hoy si entraba en él —aconsejó Elena a Eva cuando la vio indecisa en su vestidor.

—Pero no es largo, y seguro que no tienes unos zapatos planos acorde.

Debido a su accidente y sus problemas de espalda, Eva llevaba años sin usar zapatos de tacón altos, como lo que acostumbraba Elena en los eventos.

—Ya estás recuperada por completo. Creo que es hora de que te decidas a volver a llevarlos. Hoy es una buena ocasión. Irás todo el tiempo al lado de Martín, de su brazo, y estarás sentada en la cena —argumentó para convencerla.

Eva lo meditó por unos segundos. Si iba a representar el papel de Elena Galván lo tendría que hacer en todos los sentidos. Debía vestir como iría su hermana, lo que menos deseaba era que alguien descubriese en plena cena el intercambio de ambas, y llevar zapatos de tacón iba en el lote. No escogió unos muy altos y le advirtió a su cuñado que no se separase de su lado en toda la noche.

Cuando llegaron a la cena, Eva y Martín lo hicieron cogidos del brazo y sonrientes. Aparentaban ser la pareja perfecta que eran Elena y Martín desde hacía años. Saludaron a varias personas, Eva dio gracias a que Martín los conocía a todos, y permanecieron durante un buen rato en la antesala. Cuando los asistentes estuviesen sentados en las mesas, Eva debía dar el discurso de bienvenida y luego se serviría la cena.

De repente, Martín vio entrar a alguien que no esperaban aquella noche. Miró a su cuñada, pero no le dio tiempo de decirle nada. La tomó por la cintura y le sonrió. Eva lo miró y no entendió muy bien la expresión de su rostro.

—Estás muy guapa esta noche. Tranquila que todo va a ir muy bien. Recuerda que eres Elena por esta noche —le susurró, a modo de advertencia, Martín en el oído en un gesto cómplice.

Eva no entendió muy bien sus palabras, lo miró para que se las explicase mejor, pero él se centró en otras personas que se acercaban. Saludó a dos hombres que se presentaron ante ellos, entonces Eva comprendió las palabras anteriores de su cuñado. Tragó con dificultad y trató de dominar la situación.

—¡Qué gran sorpresa, señores! —Martín le extendió la mano a Víctor y luego a su amigo, que era el mismo que lo acompañaba la noche que Eva lo conoció en la discoteca, ella lo reconoció al instante—. Os presento a mi mujer, Elena. —Los dos hombres se quedaron mirándola fijamente —. Víctor Ferrer —lo presentó Martín—. Él estará ahora al frente del bufete jurídico que lleva todos los asuntos legales de la cadena y Javier Quintana, el mejor abogado penalista de su bufete. —Eva les dio la mano a ambos. Trató de dominar el nerviosismo que la presencia de Víctor le había provocado. Cuando la estrechó con la de Víctor, notó que él se la acarició y se demoró un poco más. Luego, miró a su cuñado con una sonrisa fingida mientras lo reprendía con la mirada. Martín sonrió—. ¿Qué hacéis vosotros por aquí? —preguntó interesado.

—Mi hermana es la encargada de organizar esta cena —contestó Javier—. No sabía que tu mujer era la elegida para dar el discurso de este año. —Se había enterado en la entrada, donde había un cartel con el rostro de Elena Galván, la nombraban embajadora de la Asociación de Celiacos. Cada año, un personaje conocido de la sociedad y celiaco, era el elegido para representar a las personas con esta intolerancia.

Sin dejar de mirar a la mujer de su jefe, Víctor maldecía la hora en la que aceptó acompañar a Javier aquella noche. Necesitaba distracción y el plan de su amigo no le pareció mal, pero se arrepintió en el instante en el que vio a Martín con su mujer del brazo.

De repente, indicaron por megafonía que todos debían ocupar sus mesas, el acto iba a comenzar, y Eva debía dar el discurso que le correspondía en nombre de su hermana.

De camino al salón, Javier reprendió a Víctor con la mirada. Eran amigos desde la universidad, nunca lo vería como su jefe y dueño del bufete ahora que Rodrigo había fallecido. Javier llevaba años trabajando para el padre de su amigo. Ambos entraron en el bufete a hacer las prácticas en el último año de carrera, pero cuando Víctor se fue por las diferencias con su padre, este le pidió a Javier que se quedase. Desde entonces lo había tratado como a un hijo.

—Aún conservamos la cuenta con el Grupo Quiroga. Es la más importante con la que contamos en estos momentos. Deja de mirar a la mujer de Martín de esa forma si no quieres que te parta la cara esta noche y cancele el contrato que tenemos con ellos —le advirtió en tono bajo.

—¡Joder, con todas las mujeres que hay y tenía que ser la suya! ¡Maldita sea mi suerte! — Nunca había envidiado a nadie, pero en aquellos momentos Víctor lo hacía con Martín Quiroga. Él deseaba a esa mujer desde que sus miradas se cruzaron.

Cuando llegaron a la mesa que la hermana de Javier les había asignado, descubrieron que estaban sentados con Martín y su mujer.

Javier maldijo, pero no pudo hacer nada. Martín Quiroga llegó solo y se sentó, saludó al resto de comensales y posó la mirada en la mujer que estaba en el escenario y se disponía a decir unas palabras. Víctor clavó la vista en ella y la admiró.

Durante el discurso, Víctor no le quitó ojo. Martín advirtió el gran interés del hombre por su cuñada.

Eva descubrió, durante su intervención pública, que Víctor estaba sentado junto a Martín. Tuvo que refrenar los nervios que esto le provocó y centrarse en las palabras que su hermana le había escrito.

Cuando Eva se dirigió a la mesa, Martín, siempre caballeroso, se levantó para recibirla, le dio un beso en la mejilla, en señal de felicitación, y le susurró en el oído;

—Lo has hecho muy bien.

Este simple gesto de complicidad molestó a Víctor, que se revolvió en la silla, incómodo, como si aquella mujer le perteneciese.

Para sorpresa de Víctor y Eva, Martín no se sentó en el lugar que ocupaba, se lo cedió a ella, quedando al lado de Víctor a la derecha y Martín a su izquierda.

Eva reprendió a su cuñado con la mirada por esto, él solo le dedicó una sonrisa triunfante y entabló conversación con las demás personas de la mesa.

Tras finalizar la comida, en la que Eva evitó mirar a Víctor, mientras esperaban los postres, se disculpó para ir al baño.

Martín charlaba con una pareja que tenía al lado, pero no le pasó desapercibido que Víctor abandonó la mesa al poco de hacerlo su cuñada. Con disimulo, echó un vistazo y comprobó que también se dirigía a los servicios.

Cuando Eva salió del cubículo del baño, se encontró con Víctor de frente. La esperaba allí, por suerte para él, no había nadie más.

Eva lo miró con el rostro desencajado, sin saber cómo reaccionar. En el estado de nerviosismo que se apoderaba de ella en esos instantes, dejó caer la cartera que llevaba en las manos al suelo. Con agilidad, Víctor se la recogió y se la entregó en un gesto caballeroso.

—Siento lo del beso de la pasada noche, señora Quiroga. No sabía quién eras —se disculpó, educado.

—Yo… yo… nunca me he besado con usted —contestó nerviosa—. Creo que me confunde. —Lo hizo a un lado y comenzó a lavarse las manos. A través del espejo veía la mirada de Víctor clavada en ella.

—Creo que la que se confunde eres tú —rebatió, decidido y serio, con calma—. Dudo mucho que hayas olvidado el beso que nos dimos, yo aún recuerdo con la entrega que me lo devolviste.

La miraba con los ojos ardientes y media sonrisa en la boca. Verla alterada y sin saber cómo reaccionar ante aquello lo divertía. Era una mujer casada, pero también había sentido su disposición cuando la besó, y ello le hizo insistir.

Eva se volvió sin decir nada, solo quería marcharse de allí, y comenzó a encaminarse hacia la salida. Víctor no lo permitió. La tomó del brazo e hizo que quedase frente a él.

—Suéltame —ordenó en un susurro. Intentó irse, en lo que Víctor la tomó por la cintura con fuerza y la pegó más él—. Por favor, si alguien nos ve aquí… —Lo miraba con el rostro desencajado.

—¿Tienes miedo a la reacción de tu marido? ¿A que descubra que me has besado de una forma tan apasionada que es imposible que estés enamorada de él? —preguntó tranquilo, confiado. Era un hombre que sabía lo que hacía en todo momento.

—Soy una mujer casada, y con dos hijas —murmuró en un ataque de desesperación. A ver si

se apiadaba de ella y la dejaba ir.

—Y yo soy un hombre que ha reconocido a la mujer que desea en su vida para siempre —contraatacó sin piedad.

Eva pudo ver la decisión en el rostro de Víctor, esto la alarmó. Intentó huir de allí, de él, pero no se lo permitió. La tomó con más fuerza entre sus brazos y la besó sin importarle nada más. Deseaba comprobar si lo volvía a besar con la misma entrega de la vez anterior.

En un principio, ella se resistió, pero Víctor no permitió que se le escapase. La besó a conciencia y Eva no pudo oponerse. Terminó correspondiéndole. Completamente entregada a aquellos labios pecadores.

De repente, tomó conciencia de lo que estaba haciendo. Si alguien entraba y los veía sería mucho peor que la vez anterior cuando se besaron en la calle. Ella había acudido aquella noche como Elena Galván. Se zafó de sus brazos en un descuido de Víctor y salió con prisa de aquel lugar.

De camino a la mesa, se recompuso y tomó aire. Iba demasiado alterada.

Víctor no la siguió, salió del servicio de señoras y entró en el de caballeros. Necesitaba unos minutos a solas para poner en orden los sentimientos que aquella mujer casada y con hijos acababa de revolverle.

Cuando Eva llegó a la mesa y se sentó, su cuñado se inclinó hacia su oído, y a modo de confidencia le preguntó:

—¿Tengo que ir a ponerle las cosas claras a ese tío? —La miró con una sonrisa relajada en los labios que la puso muy nerviosa. Pudo leer en los ojos de Martín que presagiaba un encuentro entre ella y Víctor en el aseo.

Sin saber cómo dominar aquella situación, Eva lo miró suplicándole que se fuesen ya y terminasen con aquel asunto.

Martín observó el gesto contrariado y serio que Víctor traía reflejado en la cara cuando se sentó de nuevo en la mesa. Eva le puso una mano sobre el antebrazo para llamar su atención. Lo último que necesitaba era que ambos hombres se encarasen allí. Sabía que Martín era capaz de todo por Elena, y ella esa noche suplantaba a su hermana.

En su fuero interno, Martín se lo estaba pasando bien. Pero decidió que era hora de volver a casa y poner fin a aquel juego. Se puso en pie, tomó a Eva de la mano, y se despidió de todas las personas que los acompañaban.

—Señores, mi mujer y yo debemos irnos. Tenemos a dos hijas en casa y no nos podemos quedar más tiempo. Un placer compartir la velada. Hasta la próxima.

Les dirigió una mirada a Víctor y Javier, a ellos los vería muy pronto, tomó a Eva de la mano, y se marcharon.

Víctor no dejó de observar a la pareja en todo momento. Algo en su interior bullía y no sabía cómo calmarlo. Ver a la mujer que deseaba cerca de otro hombre lo hacía arder de rabia.

—Cuidado dónde te metes —advirtió Javier a Víctor en un susurró, a modo de consejo. Saltaba a la vista el encuentro que había tenido con la mujer del jefe—. Si perdemos la cuenta Quiroga, más del cuarenta por ciento de los beneficios del bufete se van a pique.

—Me importa una mierda ese bufete. —Arrastró la silla con ganas y abandonó el lugar sin despedirse de nadie.

Los demás comensales se quedaron mirando a Javier, a la espera de una explicación. Era evidente que Víctor se había marchado enfadado.

De camino a casa, Martín conducía, Eva sintió que era el momento adecuado para interrogarlo como tenía ganas desde hacía días.

—Antes, cuando me has presentado a Víctor, has dicho que él se va a encargar de los asuntos del bufete de abogados, es hijo…

—Sí —afirmó sin dejarla terminar—. Se marchó a Nueva York hace muchos años, pero ha vuelto para hacerse cargo del bufete y de su sobrina huérfana.

Eva era conocedora de la tragedia que se produjo en la familia Ferrer meses atrás, Rodrigo, su hija y su yerno, iban en un tren de camino a un juicio importante en Galicia y un aparatoso accidente terminó con la vida de ellos y veinte personas más.

—Siempre pensé que Almudena era hija única. —Eva había sentido su muerte, ambas mujeres se conocían y habían trabajado juntas.

—Víctor es algo así como la oveja negra de la familia. No se llevaba bien con su padre.

—Y también es abogado —afirmó.

—Sí.

—¿Os conocíais de antes? —No le había pasado desapercibido que entre ambos hombres existía cierta confianza.

—Desde la universidad. Teníamos algunas asignaturas comunes. Jugábamos al paddle con frecuencia. El muy cabrón siempre me ganaba.

—¿Se encargará de ese bufete para siempre o solo está aquí de forma temporal? —se interesó en saber.

—Por lo que sé, se ha venido de Nueva York por un tiempo. Pero algo me dice que no volverá más. Te mira con gran interés, cuñada. Víctor no es un hombre de rodeos, siempre va por lo que desea —la previno mientras disfrutaba de ello.

—Me ha besado en dos ocasiones, y en ambas pensaba que era Elena —reveló agobiada. Algo le decía que aquello les iba a acarrear problemas a todos.

—Vaya, cuñada, lo vuestro avanza. ¿Ya van dos besos? ¿Hoy ha sido el segundo? —preguntó con una enorme sonrisa. A Eva le molestó que un asunto tan serio se lo tomase a broma.

—Cuidado —le advirtió con una ceja alzada—, él cree que ha besado siempre a tu mujer— apostilló—. Y ya sabes… no hay dos sin tres —con el comentario logró ponerlo tenso y que desapareciese de su cara bonita aquella sonrisa burlona que tenía segundos antes.

35

Al día siguiente, Eva fue al atelier de su hermana. Elena trabajaba duro en su próxima colección. Tras los años, se había consagrado como una gran diseñadora de vestidos de novia.

Eva cruzó la tienda, saludó a las dependientas que atendían a varias clientas con una sonrisa y entró en el despacho de Elena. Le llevaba el vestido que había usado la noche anterior.

—¿Qué tal fue todo? Cuando Martín llegó estaba dormida, y esta mañana apenas hemos tenido tiempo de hablar.

Las hermanas habían quedado para desayunar, como Elena tenía tanto trabajo, le pidió que lo hiciesen en su despacho.

—¿No te ha contado que anoche nos encontramos con Víctor Ferrer, el hombre con el que me besé en la puerta de la discoteca? —lamentó.

Elena lo ignoraba, Martín no le había dicho nada. Se llevó una mano a la boca y sonrió.

—¿Qué pasó? Cuéntamelo todo —la animó ansiosa.

—Estamos en un buen lío. —Se llevó la mano al pelo y se lo revolvió, incómoda.

—¿Estamos? —preguntó Elena descolocada.

—Sí, las dos. O los tres. Martín también. Víctor Ferrer cree que soy tú. Me volvió a besar anoche cuando fui al servicio. Y claro, no le podía decir que no era tú, que era yo… ¡Joder, qué lío! Ya sabía que no era buena idea que acudiese a esa cena haciéndome pasar por ti.

Elena la miró asombrada, sin dar crédito.

—¡Qué mala suerte! O buena, según se mire. Al parecer ese hombre está muy interesado en ti. No pierde ocasión de besarte.

—Hay que aclarar todo esto antes de que Martín y tú salgáis perjudicados. —Era la única preocupación que Eva tenía.

—Habla con él, llámalo y se lo explicas todo —le dijo sin agobio alguno ante la situación.

—Siempre tienes el don de hacer todo muy fácil —le reprochó crispada.

La calma con la que Elena se toma aquel asunto la superaba.

De repente, una dependienta de la tienda las interrumpió.

—Perdona, Elena. Estas flores acaban de llegar para ti —anunció al mismo tiempo que se las entregaba.

La mujer entró y las dejó sobre la mesa.

—Martín nunca dejará de sorprenderme. —Con una sonrisa, Elena comenzó a abrir la nota que había entre las rosas rojas.

Leyó en silencio:

Cuando algo o alguien me interesa, voy a por ello sin medir las consecuencias. Tú has despertado en mí un claro interés, tus besos me han hecho sentir algo muy especial y sé que tú has sentido lo mismo. No soy de los que dejan pasar las cosas. Todo lo contrario, lucho por lo que quiero hasta conseguirlo.

Víctor Ferrer.

—Me parece que estas flores y esta nota no son para mí. —Le extendió el papel a su hermana

para que la leyese.

Cuando Eva lo hizo, la miró con los ojos muy abiertos. Elena le mostraba una enorme sonrisa. Desde hacía años deseaba que su hermana encontrase a un hombre como Martín, y algo le decía que Víctor era el indicado.

—¿Cómo sabe esta dirección? —preguntó casi con pánico en la voz.

—Se ve que es un hombre que se mueve con rapidez.

—A ti y a Martín toda esta situación os divierte, pero yo no le encuentro la gracia —le recriminó—. ¿Y si en vez de enviar estas flores se hubiese presentado aquí? —Trató de borrarle la sonrisa que le mostraba.

—Lo hubiese mandado directo al despacho de vicepresidencia del Grupo Quiroga, que te hubiese dado otro beso y así comprobaba quién eres —resolvió Elena con sentido el humor.

—Muy graciosa.

De nuevo, unos toques a la puerta las distrajeron.

—Perdón, Elena. Hay un hombre que insiste en verte. Ya le dije que hoy no atiendes al público, pero dice que no se irá hasta que hable contigo. —Elena frunció el ceño, extrañada, sus clientas eran mujeres y, por lo general, trataba con los proveedores y representantes vía email o citas concertadas—. ¿Te ha dicho su nombre? —preguntó extrañada.

—Se llama Víctor Ferrer.

Ambas hermanas se miraron, sorprendidas. Eva sintió un sudor frío en la frente y cierta sensación de ahogo.

—Está bien, Adela. Dile al señor que en unos minutos voy. Por favor, ofrécele un café —dijo Elena para sorpresa de su hermana.

Eva la miraba con los ojos desencajados y moviendo la cabeza.

—Estás loca. ¿Qué piensas decirle? —le exigió.

—¿Yo? Nada —zanjó con pasmosa tranquilidad—. Vas a ir tú y de una vez terminas con esto.

—¿Se puede saber por qué no le has dicho a Adela que le dijese que no estabas? —le reprochó alterada.

—Porque volverá a insistir, y no quiero vérmelas a solas con él. —Le hizo un gesto con la mirada para que saliese del despacho y se reuniese con Víctor.

Con mala cara, resoplando y sin ganas, se levantó de la silla y abrió la puerta. Elena fijó la mirada en ella y sonrió. En estos últimos cinco años había llegado a conocer muy bien a Eva y sabía que Víctor era especial para ella. Solo había que mirarla a los ojos para ver la inquietud que le producía su nombre. Pero algo le decía a Elena que era el hombre que terminaría con los miedos de su hermana.

—No te olvides de agradecerle el detalle de las flores —le recodó Elena antes de que desapareciese.

Cuando Eva llegó hasta Víctor, lo encontró sentado en un sofá con una taza de café humeante en las manos. Adela y otras dos dependientas continuaban atendiendo a unas clientas. La tienda estaba llena de gente, no le pareció el lugar más adecuado para revelarle a Víctor todo aquel lío que se había formado casi sin querer.

—¿Qué haces aquí? —preguntó a modo de reproche, con poca delicadeza. Lo miraba desafiante y seria.

De inmediato soltó el café sobre una mesa y se puso en pie.

—¿Has recibido mis flores? —preguntó con una sonrisa inmejorable.

—No has estado muy acertado —murmuró con evidente enfado.

Víctor no se lo tomó en cuenta, se acercó un poco más a ella y tuvo el descaro de saludarla

con dos besos.

—Parece que no te han gustado mucho. Ignoro cuáles son tus flores preferidas. Escogí las rosas rojas por intuición. Creo que van contigo.

—Víctor… tenemos que hablar. —Estaba nerviosa.

—Sí, yo también lo creo —afirmó tranquilo, sin dejar de taladrarla con aquella mirada gris. Tenía ambas manos en los bolsillos del elegante pantalón del traje de chaqueta hecho a medida que llevaba.

De repente, entraron más clientas en la tienda, y un repartidor a dejar unos paquetes. Eva no estaba centrada, solo pendiente a que en todo momento la saludaban pensando que era Elena.

—Tengo que explicarte algunas cosas. Yo… no soy quien tú crees —reveló intranquila, retorciéndose las manos sudorosas.

—No te juzgo. Una mujer casada y con hijos puede volver a enamorarse de otro hombre.

Eva suspiró, cansada de la situación. Víctor no la entendía.

—¿Podemos hablar en otro lugar? —sugirió agobiada. Necesitaba que se marchase de allí de inmediato antes de que todo empeorase.

—Por supuesto. ¿No me invitas a tu despacho? —Le hizo un gesto con la cabeza para que se dirigiesen al fondo de la tienda.

Eva se negó.

—¿Podemos cenar esta noche? Como verás, tengo mucho trabajo. No es un buen momento. —Ambos pasearon la vista por el lugar y lo vieron lleno de clientas y dependientas sacando vestidos y complementos.

—Por supuesto —accedió con una mirada triunfante. Había conseguido más de lo que esperaba en un principio—. ¿Te recojo?

—No —negó rotunda—. ¿Conoces San Mauro? —Era un restaurante en el que había comido en varias ocasiones. Asintió con un gesto—. Bien, nos vemos allí a las diez. Ahora, vete —lo apremió Eva.

—Yo me encargo de la reserva. Que tengas una buena mañana.

Se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla antes de marcharse. Eva, incómoda, se dio media vuelta de inmediato y se dirigió al despacho de su hermana.

—¿Todo aclarado? —preguntó Elena, expectante, cuando Eva entró.

—No. He quedado con él para cenar esta noche. Allí le contaré todo con calma.

—Me parece bien. Salir con hombres como Víctor Ferrer es lo que necesitas desde hace tiempo.

Eva la miró reprendiéndola por el comentario.

—Me voy, tengo una reunión importante en dos horas —dijo consultando el reloj.

—Te quiero, hermana —la animó cuando vio que se marchaba un poco enfadada.

—Yo también, pero a veces me sacas de mis casillas —le contestó Eva antes de cerrar la puerta.

Mientras repasaba en su despacho el dossier con la información de la reunión que tendrían en diez minutos, Eva recibió una llamada.

—Me ha informado Javier Quintana que va saliendo de los juzgados. El juicio de esta mañana se ha alargado más de lo esperado. En una hora estará por aquí —le comunicó Martín a su cuñada.

Tenían una importante charla por delante con el bufete de abogados de la cadena. En uno de los programas de televisión un invitado había vertido información muy delicada y el Grupo

Quiroga resultó demandado. Tenían que responder a la demanda y resolver qué argumentos y pruebas estaban dispuestos a llevar frente a un juez.

Por otro lado, Eva se tranquilizó un poco cuando Martín le confirmó que Javier era la persona con la que se reunirían. En su agenda de aquella mañana solo encontró una reunión con el bufete de abogados Ferrer, por lo general siempre trataba aquellos asuntos, que no eran muy frecuentes, con Rodrigo o Almudena, pero desde que murieron no habían tenido problemas legales de aquella índole y desconocía quiénes fuesen sus sustitutos.

—Eva, la sala de reuniones está lista —le informó Rita, su secretaria, antes de marcharse. Era la hora del almuerzo.

—Gracias. —Le mostró una sonrisa y la envidió mientras consultaba la hora. Era casi las dos de la tarde, tenía una reunión importante por delante, estaba cansada y tenía hambre.

Cuando la mujer se marchó, sonó el teléfono de mesa, Eva lo cogió al pensar que sería Martín, pero se encontró con una llamada desde Francia. Maldijo que su cuñado se la hubiese desviado a esas horas. Al conocer el idioma a la perfección, era la encargada de tratar con los socios del país vecino.

Metida de lleno en la conversación, le envió un mensaje a Martín para informarle de que se iba a retrasar un poco.

Javier Quintana llegó al Grupo Quiroga acompañado de su jefe, Víctor Ferrer. A este último no le apetecía nada ir, pero su amigo insistió en que no debían descuidar la cuenta más fuerte del bufete. Ahora más que nunca debían mostrar a sus clientes que *Ferrer Abogados* continuaba siendo el mismo bufete de siempre.

De camino al despacho de Martín, por el pasillo que enfilaba hacia él, Víctor recibió una importante llamada. Al pasar por la sala de reuniones, estaba abierta y vacía, necesitaba privacidad y, sin pensarlo, entró en ella. Como si se tratase de un lugar que conocía a la perfección, le indicó a Javier que continuase sin él. Cerró la puerta y se centró en la conversación.

Aquella mañana se había hecho público el informe que aclaraba las causas del accidente ferroviario que terminó con la vida de su padre, su hermana y su cuñado. Concluía que había sido un fallo en las vías tal como se temía desde un principio. Ellos y veinte personas más perdieron la vida a causa de que hacía años que no pasaban una revisión exhaustiva.

Víctor cortó la llamada y se quedó pensativo. En su mente ya se trazaban las responsabilidades que debía exigir.

De repente, la puerta de la sala de reuniones se abrió y Eva entró con decisión. Al encontrarse de frente con Víctor Ferrer se quedó paralizada. No lo esperaba allí.

Él la miró con media sonrisa en los labios. Su día acababa de mejorar. Siempre era un placer volverla a ver antes de lo esperado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Eva, a la defensiva. Lo miraba de forma acusadora.

—He venido a hablar con tu marido —afirmó contundente.

Ella se llevó la mano a la cabeza y lamentó la situación. La volvía a confundir con Elena.

—¿Qué le vas a decir? —preguntó, casi con miedo. Sin sacarlo de su error.

El aparente nerviosismo en ella le causaba gracia. Con paso seguro y apariencia tranquila, se acercó.

—Le voy a exigir que te dé el divorcio. Si me besas como lo haces, no puedes estar enamorada de tu marido ni desear estar con él —afirmó mientras le susurraba muy cerca del oído.

Eva lo miró escandalizada. Lo creía muy capaz.

Víctor disfrutaba de la broma mientras la observaba sonriente.

—Vete de aquí, por favor —le rogó, alterada, volviendo la vista hacia la puerta entreabierta —. Ahora tengo una reunión muy importante. Esta noche te lo explicaré todo.

—No hay nada que explicar. Me queda muy claro que no quieres a tu marido, de lo contrario no me responderías como lo haces cada vez que te he besado —confirmó seguro de sí mismo.

—Vete o llamo a seguridad para que te acompañe a la salida —lo retó, altiva, con la mirada al frente y sintiéndose vencedora.

—Hazlo. Monta un escándalo —la desafió sin miedo—. Estoy seguro de que me divertiré. Tú vas a tener que dar muchas más explicaciones que yo. Me encantará ganar este partido. —Le sonreía sintiéndose ganador.

—¿Estás seguro? —Le devolvió la sonrisa a la misma vez que desbloqueaba el móvil para realizar la llamada.

En una zancada, Víctor se acercó a ella como un ave a su presa, le arrebató el teléfono, lo tiró sin miramientos sobre la mesa, la tomó con fuerza por la cintura, la fundió contra su cuerpo y la besó. Le pensaba demostrar que él no tenía nada que perder ni le temía a nadie.

Sumergida en una vorágine de sentimientos, Eva se dejó arrastrar por aquel beso y todos los sentimientos que se despertaban en ella cada vez que tenía cerca a Víctor.

De repente, un leve carraspeo de garganta hizo que ambos tocasen la realidad y fuesen conscientes de dónde se encontraban realmente. Eva se volvió de inmediato y se encontró con su cuñado y Javier Quintana, quienes los miraban sorprendidos.

Víctor no se inmutó, esperaba una reacción por parte de Martín. Estaba decidido a enfrentarlo.

Javier taladraba con los ojos a su amigo. Se preparó para, de un momento a otro, frenar a Martín y Víctor. Estaba seguro de que se liarían a golpes. Eran dos hombres correctos y educados, pero muy temperamentales.

Para sorpresa de todos, Martín se mostró relajado, se adentró en la sala con paso seguro y se dispuso a sentarse a la cabecera de la mesa.

—Solo si tú me lo pides, le partiré la cara a este tío y lo despediré —le dijo a Eva. Luego, fijó la mirada en Víctor y lo retó.

—Martín, por favor. Dejemos las cosas como están —suplicó mientras se interponía delante de Víctor. Había dado un paso para acercarse a su cuñado. Este comprobó que no mostraba arrepentimiento ni confusión por lo que había pasado.

—Tienes huevos, tío. Eso me gusta. —Finalmente, Martín sonrió. Abrió la carpeta que tenía delante y le hizo un gesto a Javier para que tomase asiento. Se había quedado como un pasmarote allí de pie, sin saber cómo reaccionar.

Eva se sentó a la derecha de su cuñado, no pudo evitar esbozar una sonrisa mientras leía la confusión en el rostro de Víctor.

—Creo que el partido lo he ganado yo señor Ferrer. Por favor, tome asiento —le indicó más relajada, tenía ventaja sobre la situación y se aprovechó.

Eva y Martín sonreían, no era la primera vez que la confundía con Elena, pero había sido la mejor de todas. Ver las caras de desconcierto de Víctor y Javier no tenía precio.

Con cautela, Víctor arrastró la silla y se sentó, sin dejar de mirar a Martín. En su fuero interno se preguntaba qué clase de relación tenía con su mujer o si le corría sangre por las venas.

—Bien, señores. Comencemos con la reunión que bastante nos hemos retrasado —anunció Martín—. Creo que no he tenido la ocasión de presentaros formalmente a la vicepresidenta del Grupo Quiroga. —Miró hacia Eva, le sonrió y ella le correspondió con complicidad—. Eva Quiroga, mi cuñada.

—¿Qué clase de broma es esta? —preguntó Víctor en tensión, al tratar de comprender la situación.

Eva no necesitó que le explicase que la reunión con los abogados que tenían para aquel día era con ellos. Solo lamentó que no la hubiesen informado antes o haber pensado en la posibilidad de que Víctor asistiese.

—Yo nunca bromeo en una reunión de trabajo, señor Ferrer —resonó la voz seria y distante de Martín—. Creo que ignoraban que mi mujer tiene una gemela, Eva. —La miró y ella asintió.

Por primera vez en su vida, Víctor sintió un sudor frío en la frente que casi le hizo perder la visión. Bebió agua de inmediato, del vaso que tenía delante, miró a Eva y luego a Javier. Le reprochaba no haberle informado de aquello. El hombre se encogió de hombros, en señal de que no sabía nada de aquello. Estaba tan sorprendido como Víctor.

Sin más dilación, Martín dio comienzo a la reunión. Prácticamente, entre él y Javier resolvieron todo y tomaron las decisiones que debían. Eva y Víctor apenas abrieron la boca. Él la miraba sin prestar atención a la conversación que allí tenía lugar. Sabía que era importante, pero no le interesaba. En su cabeza había otros asuntos prioritarios.

Cuando se dio por concluida la reunión, Eva salió de la sala antes de que Víctor pudiese interceptarla. Durante todo el tiempo le decía con la mirada que le debía una explicación.

Eva no pensaba hablar con él delante de Martín ni de Javier, por lo que se marchó. Le contaría todo, aquella noche, como habían quedado.

Cuando Martín se despidió y Javier y Víctor se quedaron a solas, se miraron desconcertados. Ninguno se había levantado del lugar que ocupaba.

—Hemos tenido suerte. Casi lo jodes todo —se atrevió a decirle Javier.

—Me importa un carajo perder esta empresa entre nuestros clientes. ¿Tú sabías que eran gemelas? —En aquellos instantes solo le importaba una cosa; Eva.

—No tenía ni idea. Sabía que la cuñada de Martín era la vicepresidenta, pero no que era gemela de su mujer. Me muevo en los juzgados, no en las fiestas de la alta sociedad —se defendió ante su mirada acusadora.

Con ímpetu, Víctor arrastró la silla y se levantó. Estaba decidido a ir tras Eva. Aquella mujer no se le iba a escapar más como agua entre las manos.

Cuando salió de la sala de reuniones, se encontró de golpe con dos mujeres iguales. Verlas a ambas juntas lo impactó. Sin saber qué decir ni cómo reaccionar, se quedó en silencio, observándolas al detalle.

De inmediato, Martín hizo aparición. Tomó a su mujer con posesión por la cintura y le dio un beso en la mejilla.

—Ella sí es mi mujer —anunció—. Procura no confundirte o te daré tal paliza que no podrás poner un pie en el suelo en una semana —le advirtió con una sonrisa.

Elena lo miró reprendiéndolo por aquellas palabras.

—Soy Elena Galván —se presentó extendiéndole la mano. Víctor se la tomó de inmediato.

—Víctor Ferrer. No sabía que erais gemelas —intentó excusar la situación.

—Víctor llegó de Estados Unidos hace poco. Es el hermano de Almudena, y el hijo de Rodrigo —informó Martín a su mujer.

Elena conocía a su hermana. Le diseñó el vestido de novia y estuvo en su boda, pero Víctor no asistió a ella.

—Siento mucho lo de tu hermana y tu cuñado, los conocía bien, con tu padre nunca tuve relación. Ha sido una verdadera tragedia —lamentó Elena.

—Yo tampoco tenía relación con mi padre —reveló sin sentimiento alguno—. No he vuelto

por el bufete, sino para ayudar a mi madre con todo lo que mi hermana y su marido han dejado.

Emocionada, Elena asintió. Fue incapaz de nombrar a la pequeña Daniela. Se le partía el corazón solo de pensar en una niña huérfana de dos años.

—¿Nos vamos, mi amor? —preguntó Martín a su mujer. Ella asintió. El estómago le rugía desde hacía más de una hora.

—¿Vienes con nosotros? —Elena esperó la respuesta de su hermana.

—Eva, necesito hablar contigo —resonó la voz grave y seria de Víctor.

Lo miró de soslayo y asintió tras pensarlo unos segundos. Sabía que no le quedaba más remedio que hablar con él a solas y darle algunas explicaciones. Saltaba a la vista que Víctor Ferrer era un hombre que emanaba seguridad, decisión, entereza y prepotencia por los cuatro costados de su gran cuerpo.

Elena y Martín se marcharon sin insistir.

Una vez se quedaron a solas, Eva se negaba a tener ninguna conversación con él en el pasillo. Segura de sí misma, se dio la vuelta, convencida de que Víctor iría tras ella, y se encaminó hacia su despacho. Mientras escuchaba los pasos detrás, cierta sensación de vértigo se despertaba en su interior. Le producía inquietud y nerviosismo estar a solas con él.

En cuanto Víctor entró, cerró con un sonoro portazo. Esto hizo que Eva no llegase a ocupar su sillón, pues, al volverse, se topó con él muy de cerca. Alterada, clavó sus ojos azules en los intensos grises de él. Sin darle margen de reacción, la tomó con fuerza por la cintura y la besó.

Eva le correspondió casi sin ser consciente, ese hombre besaba como un verdadero dios, deshacerse de sus besos era casi un pecado. Sin embargo, se armó de valor, colocó las manos sobre el amplio y duro pecho y lo empujó. Lo miró con los ojos cargados de reproches, ¿es que ese hombre solo sabía besarla cuando estaban a solas? Se deshizo de sus brazos y tomó asiento tras la mesa, en silencio, mientras su corazón se calmaba.

Paseándose los dedos por los labios, relamiéndose aún el sabor de ella, sin dejar de mirarla, se acercó, colocó ambas manos sobre la mesa y la taladró con la miraba. Esperaba una explicación, pero Eva no articulaba palabra. Se sintió como un monigote en sus manos. Había jugado con él a su antojo, y no le gustaba ser la diversión de nadie.

—Dime qué está pasando aquí —exigió saber—. Me queda muy claro que siempre he besado a la misma mujer, tú —afirmó contundente—. Pero en la cena de la Asociación de Celiacos eras Elena para todos. ¿Qué clase de juego es este? —Se le había acabado la paciencia.

—Siéntate, por favor —le pidió sintiendo aún sus piernas temblar mientras se preguntaba si a él no le afectaban los besos como a ella.

Posicionó ambas manos sobre la mesa y jugó con los dedos, mientras intentaba disimular el nerviosismo provocado por tenerlo tan cerca y que la mirase de aquella forma tan intensa.

—Estoy bien de pie. —Continuó en la misma posición intimidante. A la espera de una explicación.

—Siempre he sido yo —confirmó, mirándolo a los ojos.

—Es algo que no dudo. Me hubiese dado cuenta si beso a otra mujer, pese a que tengáis el mismo rostro. No soy tan estúpido. —Esperaba una explicación más extensa y coherente.

—La noche que nos conocimos, me intercambié el vestido con mi hermana antes de ella marcharse a casa, el mío se manchó por un accidente. En la cena que acudí junto con Martín, ella se encontraba indispuesta a última hora y me pidió que fuese en su lugar, y esta mañana Elena me obligó a que saliese a recibirte —resumió algo nerviosa.

—Ya veo que os gustan esos jueguecitos de gemelas adolescentes. No sé cómo un hombre como Martín se presta a ello. Está claro que su mujer lo maneja a su antojo.

Eva había sido muy escueta en su explicación, y él necesitaba saber más. Como buen abogado que era, atacó con agudeza para sacar más información.

—Elena está embarazada, su presencia aquella noche era fundamental, se encontraba mal, vomitando, y me pidió que fuese en su lugar por una buena causa. Tras sus ruegos, Martín y yo accedimos. Y esta mañana, pensaba contarte la verdad, pero la tienda estaba llena de gente. No me pareció el lugar adecuado, por ello te cité para esta noche. Nunca fue mi intención jugar contigo ni burlarme de ti. Las circunstancias nos rodearon y se dieron varios mal entendidos. Yo no sabía que tú ibas a estar en aquella cena, ni en la reunión de hoy —explicó a la defensiva.

—Un poco sí te has burlado de mí. Te lo has pasado en grande cuando Martín nos descubrió besándonos. —Se relajó un poco y le sonrió. La miró de nuevo a los ojos y dio gracias de que no fuese la mujer de Martín Quiroga, aquello le facilitaba las cosas con ella. Tenía muy claro que deseaba a Eva en su vida, y no solo para una aventura.

—Te lo merecías. —Le devolvió la sonrisa, allí, sentada en el sillón de la vicepresidencia del Grupo Quiroga—. Ahora ya sabes que soy tu jefa. —Se sintió superior al decirle aquello—. Si vuelves a besarme, te despido.

—Ya veremos. —Consultó la hora y maldijo. Tenía que marcharse, su madre lo esperaba para que le contase con lujo de detalles todo sobre el informe del accidente de su hija—. Debo marcharme. —Tenía mil preguntas más que hacerle, pero no contaba con tiempo suficiente. Necesitaba hablar con ella con tranquilidad—. Nos vemos esta noche —le recordó al despedirse.

—¿Esta noche? —preguntó confundida.

—Sí, quedamos para cenar. ¿No lo recuerdas?

—Te iba a explicar quién era realmente en la cena. Ya lo sabes. No creo que tenga sentido que mantengamos esa cita.

—Sí lo tiene. ¿No crees que me lo debes después de todo?

—No te debo nada. Todo este lío se formó porque me besaste. No haberlo hecho —le reprochó.

—Eso ha sido lo mejor que he hecho en toda mi vida. —La admiró con auténtica adoración —. Y, déjame decirte, tengo todas las intenciones de seguir haciéndolo —le anunció alegre—. Por favor, cena conmigo. —Le tomó una mano entre las suyas y se la besó.

Eva lo observó, mientras le rogaba, y suspiró. Sabía que no podría pararlo con facilidad. Era un hombre decidido y arriesgado, se lo había demostrado en la nota que le envió con las flores aquella mañana pensando que era Elena.

—Está bien —accedió.

No supo qué le llevó a aceptar, pero algo en su interior la impulsaba a conocer mejor a Víctor. Lo que había despertado en ella desde que la besó, nunca lo había sentido antes por nadie.

—Nos vemos a las diez en San Mauro. —Víctor se marchó sonriente y feliz. Sintió que por fin la vida comenzaba a sonreírle.

Una vez a solas, Eva se reclinó en el asiento, abandonó la postura rígida que había mantenido mientras hablaba con él y cerró los ojos. Sus pensamientos volaron al beso que le había dado hacía unos minutos. El corazón se le volvió a acelerar y suspiró sin ser consciente de ello.

36

Con todo lo que le había sucedido en las últimas horas, Eva necesitaba hablarlo con alguien. Cuando llegó a casa de Virginia eran casi las cinco de la tarde.

—¿Me invitas a merendar y te cuento lo que me ha pasado? —dijo cuando Virginia le abrió la puerta.

—Por supuesto, pasa.

Ambas se adentraron en el salón de la casa y tomaron asiento.

—¡Todo me pasa a mí! —lamentó Eva mientras se revolvía el pelo. Llevaba una melena larga, a la altura de media espalda.

—Traes pintado en la cara el nombre de Víctor Ferrer —murmuró Virginia—. Mejor primero hago café y ahora me explicas qué ha sucedido.

Eva suspiró. Virginia la conocía bien. En los últimos cinco años se habían convertido en casi hermanas. Tenían muchas cosas en común, trabajaban en el mismo lugar, ambas estaban solteras y tenían los mismos gustos y aficiones.

—Anoche acudí a la cena de celiacos haciéndome pasar por Elena —reveló.

—Lo sé, hablé con ella cuando te marchaste con Martín. Se sentía un poco mal por casi haberte obligado a asistir, dar el discurso y llevar tacones.

—Todo eso es lo de menos. —Hizo un aspaviento con la mano para quitarle importancia—. Con lo que no contaba era con encontrarme con Víctor y su amigo allí.

—¡¿Qué?! —Virginia desconocía aquello. La miraba muy sorprendida.

—Me siguió al baño de mujeres y me besó. Y esta mañana mientras desayunaba con Elena en su despacho llegó un gran ramo de rosas rojas con una nota. Eran de él.

—¡Madre mía! —Virginia se llevó las manos a la boca, sorprendida y alucinada al mismo tiempo.

—Eso no es todo —anunció. Virginia abrió los ojos más—. Se presentó en la tienda de Elena al poco de recibir las flores y nuestra hermana me obligó a salir a recibirlo. Iba a contarle la verdad, pero había demasiadas clientas por medio. Le propuse cenar esta noche juntos.

—Cree que eres Elena y no le importa que estés felizmente casada y con hijos —resolvió mientras la miraba perpleja.

—Ya sabe la verdad.

—¿No se lo ibas a decir esta noche? —preguntó confusa.

—Resulta que Víctor ha llegado de Estados Unidos para hacerse cargo del bufete jurídico de su familia, y este no es otro que el que tenemos contratado para los asuntos legales de la cadena. ¿Te acuerdas de Almudena y Rodrigo? —Virginia asintió. Ella tuvo que dar la fatal noticia en los informativos de la cadena—. Pues es su hijo, y ella su hermana.

—Joder, qué pequeño es el mundo.

—Hoy tenía una reunión con Martín y los abogados, no sabía quién iba a asistir del bufete, pero ni se me pasó por la cabeza que pudiese ser Víctor —continuó con la explicación.

—Se presentó él —dedujo Virginia, sonriente.

—Sí. Y como ese hombre no tiene límites, me besó y Martín nos interrumpió.

—No lo puedo creer. ¿Qué pasó? —preguntó con interés.

—Martín y yo nos lo pasamos bien —anunció con una sonrisa, rememorando el momento—.

Luego, mi cuñado me presentó como tal y le dijo que era la vicepresidenta del Grupo Quiroga.

—¡Cómo me hubiese gustado estar allí! ¿Y ahora qué? —deseó saber más—. Es obvio que le gustas, y mucho.

—Nuestra cita de esta noche sigue en pie —anunció algo nerviosa. Virginia observó cómo se retorcía las manos, intranquila.

—Víctor te gusta —afirmó convencida de ello.

—¿A quién no le gusta un hombre como él? Es guapísimo.

—Tienes miedo. —La miró bien y lo pudo leer en sus ojos—. Pero esta vez es miedo de verdad, no la inseguridad de ocasiones anteriores.

Eva la miró con sentimiento de culpabilidad. No sabía por qué se sentía de aquella forma, pero lo cierto era que le daba verdadero pavor lo que Víctor Ferrer había despertado en ella.

—Es un hombre decidido y yo soy una cobarde desde mi accidente. Me da miedo desnudarme ante un hombre y que vea mis cicatrices.

Virginia la tomó de las manos y la abrazó. En todo ese tiempo, hacía ya cinco años de lo sucedido, nunca se había mostrado sido tan sincera.

Como consecuencia del brutal atropello que sufrió Eva, cinco años atrás, esto provocó una lesión en su espalda y varias operaciones posteriores para que pudiese caminar bien. Tenía dos grandes cicatrices en su cuerpo de las que se avergonzaba cuando estaba desnuda y, hasta la noche anterior, no se sintió segura de volver a usar tacones. Estas cicatrices estaban en su columna vertebral y en su cadera izquierda, las cuales, de vez en cuando, les producían dolores y pinchazos al caminar.

—Algo me dice que Víctor Ferrer no tendrá problema alguno en derrumbar todas esas barreras que tú misma te has impuesto. Creo que es el hombre indicado para ti. Estoy segura de que él te hará volver a creer en el amor y que crezca en ti la ilusión —murmuró mientras le masajeaba la espalda, el lugar donde tenía la cicatriz más grande.

***

Cuando Eva llegó al restaurante, el encargado le indicó que el señor Ferrer la esperaba en la barra. Con paso firme, se acercó a él. Víctor era inconfundible hasta de espaldas. Fijó la vista en la chaqueta azul que llevaba y, como sí él la hubiese presentido, se giró. Sus ojos grises se posaron en los de ella, le sonrió como solo él sabía hacerlo y se acercó para saludarla con dos besos en la mejilla.

—Estás muy guapa esta noche —la elogió embobado en ella. Eva desprendía un aura especial.

—Gracias —respondió mientras se colocaba el pelo detrás de la oreja, sintiéndose una adolescente de nuevo. Hacía años que no notaba aquellas inquietantes mariposas en el estómago.

—No me canso de agradecerle al destino que no seas la mujer de Martín Quiroga —reveló—. Eso lo facilita todo —anunció mientras la admiraba.

Una vez más, Eva admiró su descaro.

—Debió de ser muy impactante descubrir que había dos mujeres iguales.

—Lo fue —afirmó perdido en ella.

—Perdón, señor Ferrer, su mesa está lista. Pueden pasar cuando lo deseen —los interrumpió un camarero.

Víctor realizó un asentimiento de cabeza, posó la mano, con suavidad, en la espalda de Eva, le cedió el paso y se encaminaron hacia el lugar.

—Para haber estado fuera de España, veo que tienes mucha mano por aquí —murmuró Eva mientras tomaban asiento. Sabía lo difícil que era disponer de un reservado en San Mauro de un día para otro.

Descubrir que iban a cenar a solas, sin gente alrededor, la puso nerviosa.

—Conservo buenos amigos. ¿Vino blanco? —preguntó mientras consultaba la carta.

—Sí.

Le encargó una botella al camarero y se quedaron a solas.

—Quiero conocerte, saber más de ti. Hasta hace unas horas te cría una mujer casada y con hijos. Me alegro de esta cita, será todo un placer descubrirte.

Eva le sonrió, aquello le daba ventaja.

—Siempre directo, señor Ferrer. Usted también es un desconocido para mí.

—Tenemos una larga noche por delante para descubrirnos. —Alzó su copa para que brindase con él.

Eva lo imitó. Víctor Ferrer le causaba intriga.

Luego, se centraron en la carta.

—¿Eres celiaca como tu hermana? —preguntó desconcertado.

—No. El hecho de que seamos gemelas no significa que tengamos lo mismo.

—No sabes cómo lo celebro. —Alzó la copa de nuevo y bebió, bajo la atenta mirada de ella —. Que estés soltera y no tengas hijos es lo mejor de todo.

Eva lo miró desconcertada, lo había afirmado muy seguro.

—¿Cómo sabes eso de mí?

—No pensaba arriesgarme de nuevo.

Cuando iba a replicarle, apareció el camarero para tomarles nota de la comida.

Una vez se retiró, Víctor se le quedó mirando. Era evidente que deseaba hacerle mil preguntas.

—¿Qué tal llevas el regreso a España? Martín me dijo que vivías en Nueva York.

—Sí, he pasado diez años en aquella ciudad, pero mi madre me necesitaba y decidí volver de forma indefinida.

—Tu vida debe de haber cambiado mucho. —Sintió pena por el duro trago que debía estar pasando: su hermana, su cuñado y su padre habían muerto de golpe y él dejó todo para volver a su ciudad natal.

—Sí —afirmó convencido de ello, sin dejar de taladrarla con la mirada—. Sobre todo, desde que te conocí. —Sintió que la incomodaba con aquellos comentarios y decidió darle una tregua —. ¿Cómo es tener una persona exacta a ti? Os deben confundir mucho. Sois como dos gotas de agua.

—Si te soy sincera, me hace muy feliz. Siempre deseé tener una hermana, pero encontrarme con una gemela fue maravilloso. Y dentro de poco, Elena se diferenciará de mí, como te dije, está embarazada.

—Un momento. Siempre me das demasiada información de golpe y me bloqueas. —Sacudió la cabeza y la miró confundido.

—Elena y yo no nos criamos juntas, nos reencontramos hace cinco años. Hasta entonces ninguna sabíamos de la otra.

—¿Por ello lleváis apellidos diferentes? Pero tú tienes el de tu abuelo y Martín. ¿Y Martín no es algo así como vuestro tío? Vaya lío de familia que tenéis —murmuró sonriente.

—Martín no es hijo biológico de mi abuelo, lo adoptó hace años. Elena lleva el apellido del hombre que la crio, no se lo quiso cambiar cuando conoció sus verdaderos orígenes y yo decidí

cambiarme el apellido y llevar el de mi abuelo, sé que eso lo hizo muy feliz.

—¿Puedo preguntar por qué tú y tu hermana os criasteis separadas? —preguntó extrañado.

—Mi madre murió en el parto y mi padre decidió que Elena se criase con su mejor amigo y yo con mi abuela materna, por aquellos entonces ella estaba separada de Sebastián y él nunca supo de nuestra existencia hasta hace cinco años —resumió algo incómoda, no le gustaba hablar de aquello.

—Vaya. —Había logrado dejarlo sin palabras. No se atrevió a preguntar más. Tenía todas las intenciones de que Eva confiase en él en un futuro, tanto como para contarle su vida sin necesidad de someterla a un interrogatorio.

En aquellos momentos solo le importaba que estaba con ella y era una mujer libre.

Tras la cena, Víctor le propuso ir a otro lugar a tomarse una copa, pero Eva lo declinó. Al día siguiente tenía una importante reunión a las nueve de la mañana.

Como todo un caballero, no insistió, tan solo se empeñó en llevarla a casa, algo a lo que Eva no se pudo negar. No llevaba coche y había comenzado a caer una leve llovizna.

Una vez llegaron a la dirección que ella le indicó, continuaba viviendo con sus abuelos, Víctor estacionó en la puerta del edificio.

—¿No me invitas a subir? —preguntó con una sonrisa burlona. La provocaba.

—No vivo sola —la respuesta lo noqueó.

Ella sonrió para sí. Disfrutaba como una niña cuando lo descolocaba.

—Eva —llamó su atención antes de que se bajase del coche. Era consciente de que no pensaba darle más explicaciones—. Me gustó cenar contigo y conocerte un poco más.

—Buenas noches, Víctor —se despidió de forma educada.

—Espera. —La tomó por el brazo, la hizo que se girase hacia él antes de salir y la besó en los labios. No profundizó el beso como deseaba, fue un simple roce, quedando ambos con ganas de más. Ella lo reprendió con la mirada. Él la miró sonriente—. No me pude resistir —se excusó—. Hasta la próxima.

Eva bajó del coche sin decirle nada más. Se encaminó hacia el portal, el portero acudió a abrirle la puerta y Víctor se marchó preguntándose con quién viviría. Sabía que aquella no era la casa de Martín y dudaba que compartiese piso con alguna amiga a su edad y con su nivel económico.

Al día siguiente, Eva había quedado con Elena y Virginia para cenar. Una vez a la semana se reunían las tres, solas. En esta ocasión, lo habían dejado para el viernes por la noche. Todo el día estuvo lloviendo, y decidieron verse en casa de Virginia. Por otra parte, allí tendrían más intimidad.

—¿Qué tal mis sobrinas? —preguntó Virginia a Elena tras darle dos besos de bienvenida.

—Muy bien. Te reclaman una visita este fin de semana —le advirtió sonriente. Eva y Carolina adoraban a sus tías—. Se han quedado viendo una película con Martín.

—De princesas, seguro —dijo Eva. Había llegado junto con Elena.

—El pobre no ve la hora de tener un varón. Se queja de que se sabe todos los dibujos, series y películas de niñas. Está cansado de jugar a las casitas y con muñecas.

Martín se crio sin hermanos y nunca tuvo niños alrededor. Cuando se vio con dos hijas gemelas, su mundo cambió por completo.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó Virginia a Elena, mientras le masajeaba el vientre—. Apenas hemos hablado esta semana, pero sé todo lo sucedido por Eva.

—Ya estoy mejor. Parece que las náuseas van de paso.

—La que habéis liado con vuestros cambios. Pobre Víctor —comentó Virginia con una sonrisa, a modo de abrir la conversación en el tema que le interesaba.

Elena le devolvió la sonrisa con complicidad, Eva suspiró.

—¿Encargamos algo para cenar? —sugirió Eva.

A Virginia y a Elena les pareció bien. Pidieron de inmediato a un restaurante que servía a domicilio y contaba con comida sin gluten para Elena. Mientras esperaban, tomaron un vino blanco y Elena un refresco.

—¿Qué tal fue anoche con Víctor? —preguntó impaciente Virginia. Aquella mañana no se habían visto en la cadena.

—Bien, nos conocimos un poco más. Fue una cena relajada y cordial.

—E íntima —apuntillo Elena. De camino a casa de Virginia, le había contado que cenaron en un reservado privado.

—Elena, ¿qué sabes de ese hombre por tu marido? —preguntó Virginia con interés.

—No mucho. Fueron amigos de jóvenes y que ha vuelto de Nueva York tras el accidente de su padre y su hermana. Bueno, y que es abogado —añadió.

—¿Te reveló algo más anoche? —preguntó Elena a su gemela.

—No mucho más. Hablamos de las costumbres y la vida en Estados Unidos, y de cómo es tener una hermana gemela —apuntilló.

—¿Te volvió a besar? —se interesó Virginia con una sonrisa pícara mientras bebía de su copa.

—Sí. —Eva se tomó su tiempo antes de responder. A ellas no les podía mentir.

—Me gusta Víctor para ti —comentó Elena, con la mirada fija en su hermana—. Creo que es el hombre que necesitas en tu vida.

—Estoy de acuerdo —confirmó Virginia—. Debes de darle una oportunidad. Yo creo que sientes por él algo más que atracción —aventuró segura de ello.

—Es complicado —comentó inquieta.

—Tú lo haces así. Déjate llevar —la instó Virginia mientras Elena observaba al detalle a su hermana.

—Yo creo que Víctor es el hombre que necesitas —afirmó Elena, segura de ello—. Está interesado en ti a más no poder. Algo me dice que no cesará hasta que llegue a enamorarte.

—Me gusta —aceptó al fin Eva—. ¿A quién no le gusta un hombre como él? Pero al mismo tiempo siento miedo. Mi cuerpo, mis cicatrices… —confesó con recelo.

—Si te ama, las amará —dijo Elena.

—Lo de aquel tío no va a pasar de nuevo. —Virginia y Elena era conocedoras de aquella breve relación de Eva que apenas duró.

Hacía un año, se decidió a tener de nuevo pareja, cuando se desnudó y el hombre vio la gran cicatriz de su espalda y su cadera quedó tan impresionado que se marchó y nunca tuvo más noticias de él.

—Era un gilipollas —apuntilló Elena—, pero Víctor es diferente.

—Eso me da más miedo aún. Me cuesta creer que un hombre como él esté libre.

—Una mujer como tú lo está —le hizo ver su hermana.

—Sois el uno para el otro. Lo veo claro. Brindemos por Víctor y Eva. —Virginia alzó la copa y Elena la siguió. Eva no tuvo más remedio que seguirles el juego.

—Este fin de semana intentaré sacarle más información a Martín.

—¿Habéis quedado para este fin de semana? —se interesó Virginia.

—No —respondió Eva.

—¿Y no tienes su teléfono? —preguntó Elena.

—No.

—El teléfono es fácil de conseguir, llama al bufete, te lo darán. Pero me temo que hasta el lunes no volverás a saber nada de ese bombón. —Virginia bebió de la copa y se quedaron pensativas.

Luego, sonó el timbre y llegó la comida. Mientras cenaban, el tema de conversación fue Víctor Ferrer y todos los encuentros y besos que se había dado con Eva desde que la conocía.

En los postres, un rico helado de vainilla con nueces, sin gluten, para que Elena lo pudiese comer, Eva les comunicó algo.

—Chicas, ya está lista mi casa. En unos días me mudo.

Virginia y Elena lo celebraron con alegría. Hacía casi dos años que Sebastián le había regalado aquella casa a su nieta. En ese tiempo, Eva se dedicó a decorarla con mimo. Deseaba convertirla en su hogar definitivo para siempre.

—Estoy deseando verla acabada. En los últimos meses no nos has dejado aparecer por allí. —Virginia se mostró un poco molesta.

—Quiero que sea una sorpresa. La veréis todos al mismo tiempo, en la inauguración —confirmó contenta.

—¿Cuándo será? —preguntó Elena con interés.

—En la próxima semana. Antes quiero mudarme. Este fin de semana voy a llevar toda mi ropa, mis libros. —Virginia y Elena lo ignoraban.

—Me alegro mucho de que por fin hayas dado el paso hacia la independencia —comentó Virginia. Ella vivía sola desde hacía tres años.

—Yo también. Mi nueva casa me gusta mucho, es muy acogedora —afirmó feliz—. Y ya es hora de que deje a mis abuelos solos. Han cuidado de mí durante estos cinco años, me siento muy bien con ellos, pero ha llegado el momento de tomar mi camino.

—¿Vas a invitar a Víctor a la fiesta de inauguración de tu casa? Estaría bien —propuso Elena.

—No. Eso sería demasiado. Ni siquiera somos amigos.

—Yo creo que sois mucho más —comentó Virginia, risueña—. Quizás tengáis una relación de pocas palabras, lo admito. Pero no pierde ocasión de besarte. —Le guiñó un ojo y le sacó la lengua.

Eva le tiró un cojín a la cabeza. Luego, las tres estallaron en carcajadas.

37

El sábado por la mañana, casi al mediodía, Eva decidió ir a su casa. Un ático situado en el centro de la ciudad, con unas vistas maravillosas y un gran jacuzzi en la terraza. Su nuevo hogar era espacioso y luminoso, lo que siempre deseó. Contaba con dos habitaciones, tres baños, un amplio salón, comedor y cocina.

Entró en el garaje del edificio, aparcó en su plaza de garaje y sacó dos maletas y una bolsa llena de zapatos. Estaba decidida a pasar el día ordenando su nuevo vestidor.

De camino a la puerta del ascensor, la bolsa de los zapatos se cayó de encima de la maleta y volcó todo en medio del garaje. Eva maldijo, se agachó y comenzó a recogerlos. Sabía que iba demasiado cargada, pero no quería dar otro viaje.

—Deje que la ayude. —La sobresaltó una voz masculina a su espalda. El hombre salía de la puerta del ascensor del edificio.

Cuando Eva alzó la mirada y lo vio bien, aún estaba en cuclillas, casi se cayó de espalda.

—¡Víctor! —Lo miró con los ojos muy abiertos.

Con agilidad, él se agachó y comenzó a ayudarla con los zapatos esparcidos por el suelo. Observó las dos maletas y luego se centró en ella.

—¿Qué haces aquí? ¿Estás de mudanza? —preguntó con media sonrisa.

—Sí —afirmó casi con miedo.

—¿Vas a vivir aquí? —preguntó sin poder creerlo. Eva asintió—. Creo que la suerte me acompaña de nuevo con respecto a ti. Me gusta tenerte cerca. Vivo en este edificio —le informó sonriente. Terminó de meter todo en la bolsa y ambos se pusieron de pie.

—¿Aquí? —preguntó asombrada.

Víctor asintió sonriente.

—Siento no poder ayudarte con todo hasta tu casa, pero llego tarde. Llama al portero, es muy amable, te ayudará —comentó de camino hacia su coche.

Eva se quedó mirándolo hasta que llegó a un deportivo negro y subió a él. Al pasar cerca, bajó la ventanilla del copiloto, la observó allí plantada con las maletas al lado y la bolsa en la mano, y le lanzó un beso. Ella echó a caminar sin ser consciente de la sonrisa que se dibujaba en sus labios. Cada vez que se cruzaba con Víctor Ferrer su mundo se desestabilizaba por completo. Se sintió como una adolescente cuando salía de clase, de ahora en adelante esperaría cruzárselo en el ascensor, en el portal o en el garaje.

Eva pasó toda la tarde en su casa, ordenó la ropa de las dos maletas y colocó todos los zapatos. Al terminar, echó un vistazo general al vestidor y se dio cuenta de que le faltaban zapatos de tacón. Estaba tan habituada a verlos en el de su hermana y en el de Virginia que se le hizo raro que la mayoría de sus zapatos fuesen casi planos. Determinó que con el cambio a su nuevo hogar debería de realizar un cambio en ella. Intentar de nuevo volver a ser la Eva de cinco años atrás. Sin miedos, sin reservas. A la que le gustaba vivir la vida con intensidad y divertirse. Se había vuelto adicta al trabajo, ya que ello le alejaba de reprocharse no ser la mujer de antes. Hacía casi un año que el médico le había dado el alta por completo, le indicó que podía hacer una vida normal, sin embargo, sentía que las cicatrices que tenía en su cuerpo nunca la dejarían vivir

con normalidad. En ocasiones, los días grises o de lluvia, le dolían. Y había cierto dolor en su cadera izquierda que cuando aparecía, tardaba horas en desaparecer. A veces, ningún analgésico lograba calmar la incesante molestia que le hacía caminar casi arrastrando la pierna.

Tras dejar todo ordenado en su cuarto fue al que estaba al lado, en un principio pensó poner un despacho con un sofá cama para sus sobrinas, pero finalmente decidió convertir aquella estancia en una auténtica habitación para las sobrinas que adoraba como hijas. Les había prometido que serían las primeras en dormir en su casa y pasar una noche de chicas juntas. Estaban muy ilusionadas.

Luego, se dirigió al amplio salón y paseó las manos por un gran piano blanco. Había sido un regalo de Elena y Martín. Llegó hacía varios días y estaba encantada de tenerlo en su nueva casa. Siempre deseó uno de esas dimensiones. Se sentó y comenzó a tocar una melodía con la mirada centrada en las estanterías llenas de libros que tenía enfrente. Desvió un poco sus ojos, y los clavó en las vistas que les ofrecía las amplias cristaleras que conectaban con la gran terraza y el exterior.

Mientras continuaba tocando, se sintió en un verdadero hogar. Aquel había sido su principal objetivo, que su casa desprendiese el calor que encontraba en la de su hermana y la de sus abuelos. Todo estaba decorado en tonos claros, con mucha luz y espacio, pero al mismo tiempo acogedor.

De repente, el tono del móvil hizo que parase de tocar y atendiese la llamada. Era Virginia y le proponía ir a cenar con unos amigos, pero Eva declinó la invitación, estaba cansada. Solo le apetecía darse una ducha y meterse en la cama con un buen libro. Al día siguiente tenía pensado mudarse por completo. Solo le faltaban algunas cosas personales por trasladar.

Cuando apagó todas las luces y cerró la puerta para marcharse, mientras metía las llaves en el bolso, y enfilaba el pasillo hacia el ascensor, se topó de frente con una imagen que la dejó paralizada. Víctor caminaba con paso seguro en su dirección e iba centrado en una niña pequeña que llevaba en brazos.

—¡Vaya, qué sorpresa! —comentó él cuando casi choca con Eva. Se quedó en silencio unos segundos y miró hacia la puerta de enfrente—. ¿No me digas que tú eres mi nueva vecina? —recordó que en los meses que llevaba allí, había visto movimientos de mudanza en el ático de al lado.

—¿Tú vives aquí? —Eva desvió la mirada, asombrada, hacia la puerta que estaba frente a la suya.

Víctor le mostraba una enorme sonrisa.

—Sí. Al parecer vamos a ser vecinos. ¿Cuándo te mudas? —preguntó con sumo interés. De repente, la niña que tenía en brazos, con la carita pegada a su pecho, se giró y se quedó embobada en Eva—. Le has gustado. —Le acarició el pelo y le dio un beso—. Te presento a Daniela.

—Hola, pequeña. Eres muy guapa. —Eva le tomó una manita y le dio un beso en ella.

Como si la conociese desde siempre, alzó los brazos para que Eva la cogiese.

Víctor se la entró y Eva la cogió asombrada. Daniela se abrazó a ella, algo que la emocionó. Nunca había sentido especial predilección por los niños ni ser madre, pero desde que tenía a sus sobrinas, los adoraba.

—Le has gustado. Venía enfadada —reveló Víctor mientras admiraba a ambas.

Eva evidenció los ojos llorosos de la pequeña.

—¿Por qué estás enfadada, Daniela? —preguntó con cariño, mientras le mesaba el cabello y le acariciaba la mejilla, sin soltarla de sus brazos.

—No quería venir conmigo. Mi madre ha caído enferma con un resfriado y no puede cuidar de ella, y yo no le gusto demasiado. En parte la comprendo, apenas me conoce.

Eva lo miró sin comprender la situación.

—Es mi sobrina, no te hagas una idea equivocada, no tengo hijos —aclaró con una sonrisa. Vio en su rostro que pensaba que era su padre—. Tampoco me manejo muy bien con ellos. —Admiró a las dos, embobado en ellas—. Vivía en Nueva York desde hacía unos años, cuando nació vine a conocerla y luego no la he visto más. Cuando sus padres murieron, hace tres meses, decidí venirme a vivir a España por un tiempo, me conoce desde hace poco, se puede decir.

—¿Es la hija de Almudena? —Víctor asintió mientras Eva miraba a la pequeña con pena—. Conocí a Daniela cuando nació. Cómo has crecido, preciosa.

Le dio un beso en la mejilla y la instó a que se lo devolviese, la niña lo hizo para sorpresa de su tío.

—Se te dan bien los niños —afirmó sin dejarles de prestar atención. Daniela siempre era reacia a dar besos y a Eva se lo dio a la primera.

—Tengo práctica con dos sobrinas.

—Se nota. ¡Joder! —maldijo cuando se dio cuenta de que no había cogido el peluche favorito de Daniela—. Me he dejado el monito de Daniela en el coche. ¿Te importa quedarte con ella mientras bajo en un momento? Mi madre me dijo que sin él no se duerme —comentó alterado.

—Claro, ve. No me importa quedarme con ella.

Víctor abrió la puerta de su casa y la invitó a pasar. Eva no lo esperaba. Encendió las luces del salón y soltó la bolsa de la niña en el sofá.

—Como si estuvieses en tu casa. Ponte cómoda. Vuelvo enseguida.

Eva se sentó con la pequeña en el sofá, sin soltarla de sus brazos. Daniela permanecía aferrada a ella. Admiró la casa de Víctor y comprobó, a simple vista, que era más grande que la suya. Todo estaba decorado en tonos blancos y negros, muy masculino. Saltaba a la vista que era la casa de un hombre soltero. No encontró detalles femeninos ni fotografías familiares.

Sumida en este recorrido de la casa, mientras admiraba la gran chimenea que presidía el salón, notó que Daniela se estaba quedando dormida en sus brazos. La acunó y la niña se durmió por completo. Mientras la observaba, se decía que se parecía a su madre. No pudo evitar sentir pena por ambas.

Con energía, Víctor abrió la puerta. De inmediato, Eva le hizo un gesto para que no hiciese ruido. Le indicó que su sobrina estaba dormida.

Le enterneció verla en los brazos de Eva, tranquila y relajada.

—Mi madre me dijo que debía bañarla y darle la cena antes de que se durmiese, ¿ahora qué hago? —preguntó agobiado, revolviéndose el pelo.

Se movía de un lado para otro en el salón, bajo la atenta mirada de Eva. Le divertía verlo así, él siempre tan seguro de todo. Hasta ese preciso instante, nunca lo había visto titubear en nada.

—Solo son las siete. Deja que duerma un rato, luego la despiertas, la bañas y le das de comer. Se volverá a dormir, te lo aseguro.

—La cena y lo yogures —enumero a modo de recordatorio. Fue a sacarlos de la bolsa y a meterlos en el frigorífico.

De nuevo, Eva lo miraba con una sonrisa. Le divertía aquella situación que lo desbordaba y angustiaba al mismo tiempo.

—Dame a Daniela, la llevo a la cama para que estés más cómoda.

—Yo la llevo.

Víctor asintió y se encaminó delante, entró en una habitación y encendió la luz.

—No tengo un cuarto adecuado para ella. Espero que en la habitación de invitados esté bien.

—Puedes dormir con ella, estarás más tranquilo teniéndola vigilada durante la noche —le aconsejó—. A mí me encanta dormir con mis sobrinas —reveló mientras arropaba a la niña con delicadeza.

Víctor le lanzó una mirada de deseo que Eva interpretó sin necesidad de palabras. Salió de la habitación con la vista clavada en el suelo y él la siguió.

—Tienes una sobrina preciosa.

Daniela era morena con los ojos verdes, no se parecía en nada a su tío.

—No le caigo demasiado bien. Apenas me conoce y no sé cómo entretener a una niña —reveló con misterio—. Me queda un duro fin de semana por delante. Espero que no se ponga a llorar sin remedio y no se calle con nada, porque te juro que no sabré qué hacer.

—Si eso ocurre, llévala al parque con los demás niños, le gustará verlos y jugar con ellos. Y si es tarde, ponle una película de princesas, a todas las niñas les gusta. Pero debes verla con ella y hacer como que te interesa —le advirtió con una sonrisa. Estaba segura de que no había visto dibujos animados desde su infancia.

—Gracias, aunque también puedo llamar a mi vecina de enfrente y pedirle que me eche una mano —sugirió.

—Puedes tocar a la puerta todo lo que desees, aún no vivo ahí.

La miró decepcionado.

—Podrías darme tu teléfono, por si necesito unos consejos urgentes. Mi pobre madre está enferma, con un constipado horrible, no la voy molestar —argumentó mientras trataba de darle pena.

—En ese caso, puedes llamar a Martín. Tiene dos hijas y te aseguro que es un padre entregado. Sabrá aconsejarte. Seguro que tienes su teléfono —contestó de inmediato.

Víctor la retó con la mirada. Algo le decía a Eva que no necesitaría mucho tiempo para averiguar su teléfono. Saltaba a la vista que era un hombre de recursos.

—Si te invito mañana a comer conmigo y con mi sobrina, ¿me dirás que no? —Eva sonrió de forma involuntaria. No perdía ocasión—. Si temes que te vuelva a besar, tienes mi palabra de que no lo haré delante de la niña. Acepta por ella, no por mí —le rogó con cara de pena.

—Está bien —dijo tras unos largos segundos en los que lo meditó—. Pero solo lo hago porque me ha encantado tu sobrina —le dejó claro.

—Debes de admitir que mis besos también te encantan, siento la pasión y la entrega con la que me correspondes. Puedo oír los latidos de tu corazón, cuando me tienes cerca se aceleran.

—Si me vuelves a besar, te despido —lo retó sintiéndose ganadora. Le mostró una amplia sonrisa.

Desafiándola, Víctor se acercó peligrosamente, le tomó la boca y la besó de forma desenfrenada, demostrándole que no le importaba nada de lo que le dijese.

En un principio, Eva se resistió, pero supo retenerla como el buen conquistador que era. Cedió ante sus besos y se perdió en ellos.

—Con respecto a ti, no me retes nunca, Eva. Ten por seguro que jamás te haré caso. El lunes tendrás mi carta de renuncia encima de la mesa, si te sientes más segura sin una relación laboral entre nosotros… —Le sonrió sintiéndose ganador—. No me importa ese bufete ni que el Grupo Quiroga sea su principal cliente, es herencia de mi padre y todo lo que venga de él no me interesa demasiado.

No supo qué responderle ni cómo contraatacar, y era algo a lo que no estaba acostumbrada. Pensó con rapidez y sonrió. La táctica con Víctor era descolocarlo.

—¿A qué hora quedamos mañana para ir a comer con Daniela? —preguntó segura de sí misma.

Víctor la observó con media sonrisa burlona. No esperaba que aceptase y menos que aquella fuese su respuesta.

—¿Nos vemos a la una aquí? También puedo recogerte donde me digas —sugirió.

—Aquí está bien. Debo marcharme. —Consultó la hora y vio que era tarde. Deseaba llegar y cenar con sus abuelos. Hacía varios días que solo los veía de pasada.

—¿Has quedado? —se interesó él.

—No. Bueno, sí. Es algo informal en casa.

—¿Vives sola? —insistió. Le reconcomía el hecho de con quién vivía.

—No.

—¿Compañeras de piso a tu edad y con tu sueldo de alta ejecutiva? —preguntó en tono burlón.

Eva no cayó en la trampa. Sabía que estaba intentando sonsacarla.

—No.

—¿No me digas que vives con tu hermana y tu cuñado? —preguntó asombrado.

Ante esto, Eva no pudo evitar una sonora carcajada.

—Hasta mañana.

Se dirigió a la puerta y se marchó con una sonrisa de satisfacción. Dejarlo con la duda y desconcertado la hacía sentir vencedora.

38

Mientras cenaba con sus abuelos, cierta sensación de nostalgia embargaba a Eva. Llevaba conviviendo con ambos cinco años, le habían ayudado muchísimo en ese tiempo, tras su recuperación del accidente y las secuelas del mismo. Se sentía afortunada de contar con ellos. Sabía que los iba a extrañar mucho en su nuevo día a día, pero había llegado la hora de su ansiada independencia.

—Cariño, estoy muy contenta de que tu casa esté lista y como siempre la deseaste, pero por otro lado me da pena de que te vayas —comentó Begoña con cierta tristeza.

—Lo sé abuela. —Ya les había comunicado que en los próximos días se marcharía a su nuevo hogar.

—¿Cuándo será la inauguración? Estoy deseando ver cómo quedó. Lo has llevado con mucho misterio —se interesó su abuelo.

A ellos tampoco les había dejado ver nada de su nueva casa. Deseaba que fuese una gran sorpresa para todos cuando acudiesen a la fiesta que pensaba dar nada más que se marchase. Iba a ser algo íntimo y familiar, pero tenía la gran ilusión de que toda su familia la descubriese al mismo tiempo.

—En unos días. Concreto con Virginia y Elena para que puedan ambas y os aviso.

—¿Estás feliz, mi niña? —preguntó Begoña, la conocía bien y advirtió en su rostro cierta sensación de tristeza.

—Muy feliz, abuela. Desde que desperté de aquel accidente soy otra. Volví a nacer por completo. Estos cinco años han sido duros, pero al mismo tiempo no los cambiaría por nada. Me encanta mi familia.

—Ahora solo te queda volver a creer, mi vida. No sabes lo que me gustaría verte casada y con hijos como Elena —manifestó Begoña.

Si bien su abuela no conocía del todo los miedos de su nieta con respecto a su cuerpo y volver a ilusionarse con el amor, sí sabía que algo le pasaba, pese a Eva decirle hasta el cansancio que no encontraba al verdadero hombre de su vida.

—Estoy seguro de que el hombre adecuado para mi nieta llegará. Es una gran mujer y bellísima, solo que hasta ahora no se ha cruzado en su camino ninguno que sepa valorarla de verdad —comentó Sebastián. Estaba muy orgulloso de Eva.

Tras los años, había pasado muchas horas con Eva, le había enseñado casi todo lo que sabía para llevar las riendas del Grupo Quiroga junto con Martín, y, mejor que nadie, conocía la gran persona que era su nieta, por dentro y por fuera.

Por otro lado, como un gran abuelo protector, siempre se interesaba con quién andaba ella. No pensaba permitir que jugasen con su nieta ni que le rompiesen el corazón como pasó años atrás con aquel profesor de la universidad. Eva se merecía a un hombre de verdad, que ella fuese su única prioridad en la vida. No iba a permitir menos para ella, consideraba que ya había sufrido demasiado en la vida.

***

Cuando el timbre de su casa sonó, Víctor ya esperaba a Eva. Tenía todo listo. Con Daniela en

brazos, su carita pegada a su pecho, abrió la puerta y la recibió. Aquella tierna imagen conmovió a Eva. Tras ser tía, había descubierto una faceta que no conocía en ella. Le encantaban los niños.

—Hola —los saludó a ambos con una sonrisa. Al ver que la niña no le correspondió, se dedicó a ella en exclusiva—. ¿Cómo estás hoy, preciosa? —preguntó mientras le tomaba los deditos entre su mano—. ¿Me das un beso? —Estaba un poco seria.

Daniela la miró y se quedó con la mirada fija en ella. Tras unos segundos, esbozó una medio sonrisa, se tiró a sus brazos, Eva la recogió de inmediato, y la niña le dio un beso tímido.

—Me gusta mucho tu vestido. Y estas coletas las podemos hacer mejores. —Miró a Víctor y él se encogió de hombros—. Ven, preciosa. Solo tardaremos dos minutos.

Se dirigió hacia el sofá con la niña en brazos y Víctor la siguió.

—¿Me puedes traer su cepillo del pelo? —le pidió antes de que él se sentase junto a ella.

De inmediato, Víctor se lo entregó. Eva le deshizo las dos coletas que llevaba a ambos lados de la cabeza y comenzó a cepillarle el cabello con cuidado.

—Si te doy algún tirón y te duele me lo dices, pequeña.

La niña no le respondió.

Víctor puso la televisión y esperó unos minutos hasta que Daniela centrase la atención en los dibujos.

—Ella… no habla —confesó en un susurro Víctor, estaba sentado al lado de Eva.

—Bueno, aún es pequeña, algunos niños tardan en hablar. La situación se puede hacer preocupante si llega a los tres años sin decir nada.

—No es el caso. Era una niña muy charlatana, pero desde que ocurrió el accidente de sus padres y no los vio más, dejó de hablar.

—¡¿Cómo?! —preguntó asombrada.

—Nunca ha preguntado por sus padres directamente, ni ha llorado por no verlos más. Dejó de hablar. Entiende lo que se le dice y asiente o niega, pero nada más. Así lleva casi tres meses. Mi madre la ha llevado a un médico y está muy preocupada, pero no podemos hacer nada más, tan solo darle mucho cariño.

Había dejado de peinarla. El relato la estremeció. Sintió pena por aquella niña, la abrazó y le dio un beso, transmitiéndole todo el cariño del mundo.

—Pobre, dicen que los niños se dan cuenta de todo —murmuró sobre el cabello de la pequeña —. Dale tiempo, seguro que vuelve a ser la niña que era. Estará pasando su propio duelo.

—Me parte el corazón verla así. Es muy pequeña, se ha quedado sin los dos pilares fundamentales de su vida. Mi madre se hizo cargo de ella, no le va a faltar de nada, pero su vida ya no será igual nunca más. Se va a criar en el campo con personas mayores.

Eva solo asintió. No deseaba profundizar aquella conversación en presencia de Daniela. Continuó peinándola.

—Preciosa, ¿tú quieres ir al parque a jugar un ratito? —llamó la atención de la pequeña.

De inmediato, los ojos de la niña se iluminaron, asintió y sonrió. La había entendido perfectamente.

Víctor hizo memoria y recordó que su hermana le decía que la llevaba al parque a jugar con más niños con frecuencia. Desde que sus padres habían fallecido, Daniela no pisó ningún lugar para niños ni se relacionó con ninguno.

—¡En marcha! —Víctor se levantó con energía, cogió a su sobrina en brazos y le agradeció con una mirada a Eva que estuviese allí. Tenía que reconocer que nunca había sentido el agobio que le producía cuidar de su sobrina y hacerlo bien.

Cuando llegaron al garaje, Víctor no entendía el sistema de seguridad de la sillita de la niña en

el coche. Eva, con destreza y una sonrisa, la sentó y le puso los tirantes y el cinturón ajustado.

—¡Listo! —anunció mientras él metía la bolsa de la niña en el maletero.

—Luego me lo explicas. Ayer la sentó mi madre y no presté atención.

Eva ocupó el lugar del copiloto y salieron del edificio en silencio.

Había algo de tráfico.

—¿A qué parque vamos? Si te digo la verdad, no sé dónde hay uno o cual sea el más adecuado para ella.

—Al final de la avenida, gira a la derecha. Aparcamos y por ahí. Es el parque al que suelo llevar a mis sobrinas.

—Lo sé, me queda mucho por aprender —comentó Víctor al sentir cómo lo miraba—. Todo esto me ha venido de golpe. Mi abuelo y mi madre han cogido la gripe y están en cama, no pueden hacerse cargo de Daniela. Me pidió que la cuidase yo por unos días. Creo que te voy a necesitar. Como ya has apreciado, soy un desastre en la faceta de tío —anunció sonriente—. He observado que se te dan muy bien los niños. Daniela ha dejado que la cojas y te ha dado un beso, yo no lo conseguí hasta días después de verme de forma continuada en casa de mi madre —reveló con pesar.

Eva sintió que se sentía impotente ante la situación. Saltaba a la vista que era un hombre acostumbrado a librar grandes batallas, y ganarlas, pero esta lo superaba por completo. Estaba desorientado y sin saber por dónde seguir el camino correcto.

—Te ayudaré en lo que necesites. —Le mostró una sonrisa deslumbrante—. Pero lo hago por Daniela, conste —aclaró. Él solo asintió—. Me queda claro que no tienes hijos ni sobrinos.

—Almudena era mi única hermana. Los niños nunca me gustaron demasiado. El ritmo de mi vida no me permitía pensar en ellos.

—¿Te vas a quedar aquí para siempre? ¿No has dejado nada en Nueva York? —se atrevió a preguntar.

—Mi madre me necesita, y, por otro lado, debo arreglar muchos problemas legales que se han originado tras la muerte de mi hermana, mi cuñado y mi padre. En Estados Unidos solo he dejado un buen puesto de trabajo, pero no me arrepiento. Aquí he encontrado lo que deseo para el resto de mi vida. —La miró con tal intensidad que hizo que el corazón le diese un vuelco.

Eva lanzó un suspiro inconsciente y se apartó el pelo, comenzaba a sentir calor. Los intensos ojos grises de Víctor le decían que si no fuese porque Daniela iba en el asiento de atrás la besaría. Podía sentir el deseo de aquel hombre, se veía tan relajado y tranquilo mientras buscaba aparcamiento que lo envidió, ella tenía ambas manos entrelazadas para disimular el nerviosismo que él siempre le provocaba.

—Ya casi estamos llegando, preciosa. —Eva se giró hacia detrás y se centró en Daniela. La niña tocó las palmas, contenta.

Víctor terminó de aparcar y miró a su sobrina sin acabar de creérselo.

—Sin duda, sabes arreglártelas con los niños. Has conseguido que sonría y haga algo que no hizo en meses.

—Me alegro de contribuir en su mejoría.

—Y yo de que estés en mi vida. —La miró con intensidad, le tomó una mano entre las suyas y se la acarició—. Nunca voy a dejar que te alejes de mí —le dejó claro.

Eva se deshizo de su contacto, abrió la puerta y se dirigió a sacar a Daniela del coche.

La llevaron al parque, la montaron en los columpios, al principio le daba miedo, pero Eva la animó y se montó con ella. Finalmente, la niña disfrutó y sonrió. Víctor no perdió ocasión de sacar unas fotos para enviárselas a su madre, sabía que ver a su nieta así le haría muy bien.

Daniela terminó corriendo y tirándose por los toboganes como los demás niños. Víctor disfrutó como nunca junto a Eva y Daniela. Lo que presagiaba ser un fin de semana lleno de agobios, pasó a ser el mejor día de su vida que recordaba en mucho tiempo. Se dio cuenta de que siempre estaba metido de lleno en el trabajo o almuerzos y cenas relacionados con él. No tenía momentos como el que disfrutaba en aquellos instantes. Comer pizza con su sobrina y Eva le resultó maravilloso. Supo que deseaba hacerlo más veces en su vida, y también fue consciente de que tenía que cambiar muchas otras.

Para finalizar el día, Eva tuvo la idea de llevarla a un castillo hinchable. La experiencia le encantó a la niña. Saltaba y jugaba con otros niños bajo la atenta mirada de su tío y Eva. En ningún momento soltó ni una sola palabra, ni con ambos ni con los otros niños, solo asentía o negaba, sonreía o se cruzaba de brazos en señal de enfado, pero saltaba a la vista que estaba contenta.

Cuando volvieron a casa de Víctor, Eva se ofreció para bañarla y darle la cena. Víctor se lo agradeció, sabía que su sobrina estaba más cómoda y confiada con la presencia de Eva.

—Creo que te ve como a su madre —murmuró Víctor cuando Eva la acunaba en el sofá tras darle el yogurt—. Gracias por el día de hoy. Todo ha sido más fácil contigo a nuestro lado.

—Ha sido un verdadero placer. Daniela es una niña muy especial que se ha ganado mi cariño apenas conocerla.

Víctor la cogió en brazos y la llevó a la cama, se había quedado dormida.

Eva lo esperó en el salón, mientras se colocaba la chaqueta y el bolso.

Cuando él salió, no esperaba que se fuese tan pronto. Le apetecía charlar un rato a solas con ella.

—¿Ya te marchas? —Eva asintió—. Podemos tomarnos algo —le propuso.

—Mañana es lunes, debo levantarme temprano.

—¿Aún no te has mudado definitivamente?

—No, lo haré en los próximos días.

—Estoy deseando tenerte como vecina. Que me falte sal o cualquier cosa en la cocina e ir a pedírtelo —bromeó.

—No paso mucho tiempo en casa, y odio la cocina. Todo lo que hago es precocinado —le advirtió.

—Yo me defiendo bien, te puedo enseñar muchas cosas. —Eva captó la doble intención del comentario.

—No necesito un maestro. No me interesa la cocina.

—¿Qué te interesa, Eva? —La miró y se cruzó de brazos sobre el pecho, a la espera de una respuesta.

—Ser feliz —contestó con seguridad y la cabeza alta.

—Buena respuesta —la admiró.

—Me marcho, buenas noches.

Antes de que llegase a abrir la puerta, la tomó por el brazo, la paró y la besó. Llevaba deseándolo todo el día, pero prometió no hacerlo delante de su sobrina.

Como en ocasiones anteriores, Eva le devolvió el beso. Luego, se separó de él y lo miró con cara de reproche.

—En lo que a ti respecta, no tengo palabra —confesó Víctor—. Es muy difícil para mí tenerte cerca y no besarte.

—¿No te cansas? —le reprochó alejándose un poco de él.

—¿De tus maravillosos labios? Jamás. Pasaría la vida pegado a ellos.

—Eres imposible —bramó—. Tras el día de hoy pensé que podríamos ser amigos.

—No me interesa una amistad. Creo que te lo he dejado bien claro.

—No soy mujer de una sola noche —soltó nerviosa, retorciéndose las manos.

—Mi intención es tenerte toda y cada una de las noches de mi vida —lo pronunció con tal seriedad que hizo que Eva sintiese un gran escalofrío por todo el cuerpo.

Al ver que sus intenciones eran reales, comenzó a negar con la cabeza.

—Víctor… no te hagas ilusiones conmigo. Yo… yo no puedo.

Intentó retenerla, pero Eva fue más ágil y salió corriendo. Confiada, esperó el ascensor tras cerrar la puerta. Sabía que no la iba a seguir. La niña dormía en la cama y no la iba a dejar sola.

Confundido, aquella mujer le correspondía como ninguna otra, no supo qué le pasaba a Eva, por qué no se llegaba a relajar entre sus brazos y se dejaba llevar como él sabía que deseaba.

***

Al día siguiente, Eva trabajaba en su despacho. Había dormido poco la noche anterior. Las emociones y sentimientos que Víctor despertaba en ella la tenían en vilo y suspirando sin casi ser consciente de ello. Ese hombre se había metido en su cabeza y en su corazón desde que cruzaron la primera mirada y cada día le ganaba más terreno. Sin saber cómo, lo tenía en el pensamiento a todas horas, y era incapaz de sacarlo de ahí. La imaginación volaba sola y comenzaba a soñar algo con él, una pareja estable y con hijos como la que tenía su hermana, pero luego tocaba las cicatrices de su cuerpo y todas sus ilusiones se convertían en humo.

Cuando Eva consultó el mail, encontró uno de Víctor Ferrer. Le llegó desde la cuenta del bufete de abogados, pero en el asunto se identificaba como él.

Sin poder resistirse, abrió el correo.

Buenos días,

Espero que tu mañana vaya mejor que la mía. Trabajo en mi despacho del bufete mientras mi sobrina dibuja y rompe papeles a mi alrededor.

Como aún no tengo tu teléfono personal, y sé que si llamo a tu secretaria me darás largas, he recurrido al mail del trabajo para contactarte. Quería preguntarte si te envío por correo electrónico mi carta de renuncia o prefieres que te la lleve personalmente.

P.D. No me retes, prefiero renunciar a una cuenta millonaria con tu cadena antes de dejar de besarte. Tus labios son demasiado adictivos.

Víctor Ferrer.

Con una enorme sonrisa en la boca, releyó el mensaje varias veces.

Tras unos segundos, pensó bien la respuesta, y se la envió.

“No voy a aceptar ninguna renuncia de tu parte. Si te empeñas en ello, trátalo con Martín.

P.D. ¿Nunca se te ha pasado por la cabeza que pueda tener un novio que te parta la cara por besarme cuando te da la gana?

Besos para Daniela de mi parte.

Eva Quiroga, Vicepresidenta del Grupo Quiroga.

Víctor esperaba una respuesta. Lo leyó y de inmediato escribió:

Recuerda que no me paró el hecho de creerte Elena, a sabiendas de que eras una mujer casada, con hijos y la esposa del jefe. ¿Crees que me va a frenar una renuncia o un novio lejano? Porque está claro que muy cerca no se encuentra. Te sentí muy necesitada de besos como los que nos hemos dado.

Debes de saber que tengo todas las intenciones de que te enamores de mí. Puedes estar segura de que pondré todo mi empeño en ello. No soy de los que se rinden fácilmente.

P.D. ¿Para mí no hay besos, solo para mi sobrina? Vas a hacer que me sienta celoso.

P.D. No seas mentirosa, sé que no tienes relación seria alguna. Me ofrezco de candidato, ¿te intereso? Dime que sí.

Víctor Ferrer.

Eva no tardó en leer el mail. De nuevo, en su rostro se le dibujó una sonrisa de boba que no pudo remediar. No le contestó más. Víctor Ferrer tenía el gran don de hacerla soñar. ¿Cómo no le iba a interesar un hombre como él? Estaba segura de que todas las mujeres que lo rodeasen caerían rendidas ante él. No solo por su impresionante físico, sino por su forma de ser. Siempre tenía una gran sonrisa en el rostro, y ello enamoraba. Emanaba simpatía y amabilidad por los cuatro costados.

La Eva de cinco años atrás habría reaccionado de otra forma a las constantes insinuaciones de Víctor. Pero ahora era una mujer insegura consigo misma y muy consciente de que por fuera era atractiva, guapa, se veía reflejada en su hermana a diario, era algo que no podía negar, y tenía una figura estilizada, pero su piel, su cuerpo desnudo y ella misma eran otra persona. Sabía que debía superar esos complejos, pero le costaba. Durante aquellos años, solo ella supo el suplicio que le conllevó no usar zapatos de tacón, no se lo dijo nunca a su hermana ni a Virginia, lo llevó en silencio, pero cada vez que las veía con unos la envidiaba. Por otro lado, daba gracias a la vida por estar viva. El accidente que tuvo pudo haber terminado con ella para siempre, los médicos mantenían que su salvación fue casi un milagro.

39

La semana llegó a su fin y Víctor y Eva no se volvieron a ver ni a hablar más. Ambos estuvieron muy liados en el trabajo. Él, a mediados de semana, tuvo que ir a casa de su madre que vivía en una finca cerca de Badajoz. La familia de Víctor tenía viñedos y se dedicaba a ello desde siempre.

Entre ponerse al día con todos los pendientes del bufete, su sobrina, su madre que le pedía que le echase una mano en los viñedos, los asuntos de la herencia que le correspondía, y las indemnizaciones del accidente donde fallecieron su padre, su cuñado y Almudena, no tenía tiempo de nada. Apenas había parado por casa.

Por otro lado, para Eva, también habían sido unos días intensos. Aquel viernes por la noche tenía previsto dormir ya en su nuevo hogar, y el sábado hacer la inauguración de la casa. Deseaba que su familia y amigos más íntimos la conociesen y pasasen una velada agradable.

Hacía tiempo que soñaba con aquel cambio de vida. Decidida a llevarlo a cabo en todos los aspectos, el sábado por la mañana fue a la peluquería y se cortó el pelo. Tenía un bonito cabello oscuro a la altura de media espalda, que siempre lo llevaba lacio, decidió darse un corte midi que le favoreció mucho. Cuando salió del salón de belleza, se realizó varios tratamientos de estética y se fue de compras. Lo primero que hizo fue entrar en una zapatería y probarse varios pares de tacones. Estaba decidida a comenzar a usarlos con frecuencia. Le había encargado a su hermana un vestido para aquella noche, era en tono turquesa, y encontró unas sandalias espectaculares en negras que la enamoraron nada más mirarlas. Deseaba recibir a sus invitados como una buena anfitriona.

Cuando fue a recoger el vestido a la tienda de Elena, su hermana estaba allí, al mirar a Eva, de inmediato, supo que todo el cambio en ella y aquel brillo especial en sus ojos se debía a que estaba enamorada. Nunca la había visto así, quizás hasta la misma Eva aún no supiese que había encontrado al hombre de su vida, pero Elena presentía que no tardaría en averiguarlo.

—Estás impresionante. Me encanta tu nuevo look. —Elena la miraba sonriente y feliz.

—Tenía ganas de cambiar desde hace tiempo, y creo que ha llegado el momento. ¿Te gusta?

—Estás guapísima. Igual hasta te copio y me corto el pelo como tú. —Elena lo llevaba más largo, como lo tenía antes Eva.

—¿Está preparado mi vestido para esta noche? —preguntó mientras tomaba asiento en el despacho de su hermana. Sentía que los masajes que le habían dado aquella mañana no sirvieron para nada tras dos intensas horas de compras en el centro comercial.

—Sí, aquí lo tengo. —Señaló una funda en color gris con el nombre de “Elena Galván, diseñadora” estampada en ella. Su especialidad eran los vestidos de novias, pero también diseñaba trajes elegantes para invitadas y fiestas—. Ha quedado precioso, no me lo he probado como en otras ocasiones —Ambas tenían la misma talla— porque esta barriga comienza a crecer. Ya perdí toda la cintura —lamentó con un fingido puchero.

Eva la miró con añoranza, desde hacía algún tiempo, se le había despertado el instinto maternal y deseaba tener un bebé, pero a la misma vez era consciente de lo difícil que le resultaría encontrar al hombre ideal para ello. Sus miedos y reservas no los comprendería

cualquier persona.

—Pronto podré tener a mi sobrino en brazos, seguro que vale la pena. Qué ganas.

—Sí, vuelta a los biberones, los pañales, noches sin dormir…

—No podías dejar a Martín sin el varón.

—No sabes lo que han sido estos cinco años. Me pedía a diario tener otro hijo. Pero yo necesitaba disfrutar de mis hijas, que fuesen más independientes y ahora, dedicarle a él —Se acarició el vientre— toda mi atención.

—Carolina y Eva están muy ilusionadas con la llegada del hermano.

—Por cierto, están enfadadas porque les he dicho que esta noche no pueden venir con nosotros a la inauguración de tu casa, que es solo para los mayores.

—Mis niñas. Ahora subo —Elena y Martín vivían en el mismo edificio donde se encontraba el negocio de Elena— y les digo que el domingo tendremos día de chicas. Las recojo, que pasen el día conmigo, se queden a dormir y las llevo al colegio el lunes por la mañana.

Elena asintió. No era la primera vez que hacían aquel plan con Eva, solo que en las ocasiones anteriores iban a casa de sus abuelos, donde vivía su tía hasta ahora.

Cuando Eva llegó a su casa, se probó el vestido y comprobó, delante del gran espejo que tenía en la habitación, que le quedaba como un guante. Aquel tono azul eléctrico con cierto toque de brillo le parecía espectacular. Era justo lo que necesitaba, brillar con luz propia. Hasta entonces, consideraba que, aunque había sido feliz, lo había hecho a medias, parte de su vida estaba apagada. Admiró el nuevo corte de pelo, se lo revolvió y se dijo a sí misma que estaba de muerte. Por último, se colocó los tacones que había comprado y se admiró al completo. Le gustó el resultado. Deseaba sorprender a su familia y amigos aquella noche, que encontrasen a una Eva renovada.

De repente, le sonó el móvil, vio que era Virginia y lo puso en manos libres mientras se desvestía y se quitaba los zapatos, aún faltaban unas horas para que comenzase la fiesta, apenas eran las cuatro de la tarde. El catering que había encargado llegaría sobre las seis y los invitados a las ocho.

—¿Preparando los últimos detalles? —preguntó Virginia sonriente.

—Está todo listo —contestó mientras se observaba a sí misma, en ropa interior en el espejo. No le gustaba su cuerpo desnudo, aquella fea cicatriz en su cadera izquierda y la de su espalda le hacían sentir escalofríos cada vez que las miraba. Eran pocas las ocasiones en las que se atrevía a tocarlas y sentirlas. Cuando paseaba la yema de sus dedos por ellas sentía como si aquella gruesa piel, un costurón, no fuese de ella. Sin embargo, gracias a las operaciones que produjeron estas estaba viva y tenía una calidad de vida aceptable.

—¿Has invitado a Víctor Ferrer? —preguntó Virginia. En varias ocasiones le había insistido, pero Eva no la tomaba en serio.

—No —contestó con un suspiro mientras se colocaba una bata—. Pensé en hacerlo, pero no me lo he encontrado en estos días. Creo que no te dije que es mi vecino —comentó con naturalidad mientras pulsaba el botón para quitar el manos libres y llevarse el teléfono al oído.

—¡¿Cómo?! Pero… ¡¿cómo has podido ocultarme algo así? —Estaba alucinada.

—Ha sido una semana muy ajetreada. Apenas hemos tenido tiempo de hablar con calma.

—Pero, qué calma ni leches. Esa información debiste dármela en un mensaje nada más que la descubriste —se quejó—. ¿Cómo y cuándo fue? ¿Qué más sabes de él? No me digas que vive con alguien.

—Hasta hace unos días vivía con su sobrina de dos años, pero ha debido marcharse porque no

me lo he encontrado ni una sola vez de todas las que he venido a mi casa. Su madre tiene una finca en el campo, se habrá ido con ella.

—Dudo que tarde en regresar. Lo vas a tener muy cerca por todos lados. Creo que de Víctor Ferrer no te escapas. Además, te conozco, sé que te gusta más de lo que estás dispuesta a admitir.

—Me gusta —aceptó al fin—, pero también me da miedo tener algo con un hombre como él. Seguro que espera que sea perfecta, y no lo soy.

—Algo me dice que se va a encargar de demostrarte que ante su mirada sí lo eres.

Eva puso los ojos en blanco y se tendió en la cama.

Cansado, casi a media noche, Víctor conducía por la autopista en dirección a su casa. Ansiaba llegar, darse una ducha y tenderse en el sofá con una cerveza bien fría. Cuando se sentía tan agotado le era imposible conciliar el sueño.

Llevaba una semana insufrible, se levantaba al alba y llegaba a casa a altas horas de la madrugada. Había ido en dos ocasiones a la finca de su madre en aquellos días, casi había perdido la cuenta de los kilómetros que había hecho en la que le pareció la semana más larga de su vida.

Lamentaba no haber tenido tiempo de llamar a Eva ni de ponerle un email, solo sabía, por el portero del edificio, que no se había mudado de forma definitiva. Iba y venía casi a diario, pero no coincidió con ella.

Cuando Víctor se disponía a entrar su casa, escuchó alboroto y ruido en casa de Eva, se volvió y prestó atención. Parecía una fiesta, se escuchaba música y gente hablando.

De repente, la puerta de su vecina se abrió y salieron dos personas mayores, un hombre y una mujer. Los saludó de forma educada y continuó con su tarea. Cuando estos aún no habían llegado al ascensor, la puerta de la casa de Eva se volvió a abrir.

—Abuela, te dejas el bolso.

Elena ni siquiera reparó en Víctor, salió tan apresurada que no lo vio.

—Gracias, cariño. —Begoña y Sebastián volvieron a besarla y Elena se quedó en las puertas del ascensor hasta que se cerraron.

Al volverse para dirigirse a la casa de nuevo, se topó con Víctor. La observaba mientras permanecía delante de su portón con las llaves puestas.

—Hola, Víctor —lo saludó con una sonrisa mientras se acercaba.

—¿Tienes una fiesta en casa y no me has invitado? —preguntó haciéndose el ofendido.

De inmediato, Elena fue consciente de que la confundía con su hermana. Su embarazo aún no era muy evidente y llevaba un vestido holgado.

Víctor se acercó a ella de forma peligrosa y Elena le posó una mano en el pecho a modo de pararlo.

—Cuidado, creo que me confundes. No te atrevas a besarme, no soy Eva —le advirtió.
Con gran confusión reflejada en sus ojos, Víctor la observó con recelo—. Mi hermana me ha contado que tienes por costumbre besarla cada vez que se te antoja —comentó risueña.

Víctor no se terminaba de creer que no fuese Eva. Ambas eran como dos gotas de agua y todavía no conseguía diferenciarlas.

Elena alzó la mano y le mostró el anillo de casada, luego se la llevó al vientre y se lo masajeó, haciendo notar su incipiente tripa.

Ante las evidencias, Víctor se dio por vencido y retrocedió un par de pasos.

—Lo siento —se disculpó mientras se llevaba las manos a la cabeza—. Siempre os confundo de una forma u otra, y como Eva suele huir de mí…

—Insiste. Te aseguro que mi hermana es una mujer por la que vale la pena luchar.

—Lo sé desde el momento en el que crucé la primera mirada con ella —confesó serio y sin tapujos. A Elena le gustó su sinceridad.

—¿Quieres pasar y saludas a mi hermana y a mi marido? —preguntó mientras le hacía un gesto con la mano. La puerta estaba medio abierta.

Víctor declinó la invitación con un gesto de la cabeza. Tenía aspecto de cansado y esto no le pasó por alto a Elena.

—¿Qué celebráis? —preguntó con curiosidad.

—La inauguración de la nueva casa de Eva. Ya se ha mudado definitivamente. ¿No quieres pasar? —insistió—. Solo estamos la familia y algunos amigos.

—Estoy muerto. Salúdalos de mi parte. En estos momentos solo deseo una ducha y relajarme. He tenido una semana horrible.

Elena lo entendió, su aspecto desaliñado hablaba por sí solo. Se despidieron de forma educada y cada cual entró en una casa.

En la intimidad de su hogar, Víctor se dio una larga y relajante ducha. Cuando salió de ella se sentía como nuevo, se colocó unos pantalones negros de chándal y una camiseta básica blanca. Se dirigió a la cocina, cogió un botellín de cerveza y unos ganchitos y se tumbó en el sofá con la televisión de fondo. A los pocos minutos, escuchó varias voces en el pasillo, la curiosidad le pudo y se levantó para ver tras la mirilla. Era algo que no había hecho nunca, pero todo lo relacionado con Eva lo inquietaba. Observó cómo un grupo de personas se despedían de ella, no alcanzó a verla, ya que no salió al pasillo. Por lo que pudo observar y el silencio posterior, dedujo que se había quedado sola.

Decidido, fue al frigorífico, sacó una botella de champán, cogió dos copas y, sin molestarse en ponerse unos zapatos, iba descalzo, llamó con los nudillos a la puerta de Eva. No obtuvo respuesta de forma inmediata, por lo que insistió sin importarle la hora y ser poco educado.

Al cabo de los minutos, la puerta se abrió. Eva no preguntó quién era, cuando escuchó que llamaban con repetidos toques dedujo que sería alguno de los invitados que acababan de salir. Cuando se encontró con Víctor de golpe, se le cortó la respiración. No lo espera allí, y menos de aquella forma, despeinado, con el pelo húmedo, en ropa de deporte y tan sumamente sexi. Fijó la mirada en la botella y las dos copas que llevaba en una mano y lo observó de forma interrogativa sin decir nada.

Víctor se tomó también unos segundos antes de decir nada. Recostado contra el marco de la puerta la repasó bien de arriba abajo. No le pasó por alto el nuevo corte de pelo, le gustó. Al igual que le gustó el vestido corto y ajustado que llevaba. Comprobó que Eva tenía unas piernas maravillosas. Estaba descalza y sonrió al comprobar que ambos iban igual.

—Ya que no has tenido la cortesía de invitarme a la inauguración de tu casa, he decidido venir y que brindemos por este nuevo comienzo como vecinos. —Alzó las copas y la botella a la altura de los ojos de Eva y le sonrió—. Por cierto, te sienta de maravilla el nuevo corte de pelo —añadió, seguido de un guiño en el ojo—. ¿No me vas a invitar a pasar? —preguntó con fingida molestia al ver que no se movía de donde estaba, pero sin dejar de sonreírle.

—¿Qué te hace pensar que estoy sola? —Le gustaba descolocarlo, que no diese por sentado cómo era ella o su vida.

Borrar aquella sonrisa de satisfacción de la cara le Víctor le provocó una gran victoria, se apartó un poco de la puerta y le hizo un gesto con la mano para que pasase.

Entró como perro por su casa, admiró el salón y le dio su aprobación con un gesto de la

cabeza. Luego, colocó las copas y la botella sobre la mesa y comenzó a descorcharla. Lo hizo con tal naturalidad que Eva pensó que lo hacía a diario.

—No tienes límites, ¿verdad? —preguntó al sentirse una intrusa en su propia casa. Víctor se movía como pez en el agua.

—Con respecto a ti, no. Pero creo que eso ya lo sabes —comentó con naturalidad sin dejar de llenar ambas copas. Las tomó en sus manos y le ofreció una a Eva—. Por la vecina más guapa que se puede tener —le ofreció un brindis.

—Por el vecino tan pesado que me tocó —brindó con una queja fingida mientras le mostraba un brillo especial en sus ojos azules—. La próxima vez no te abriré la puerta.

—Conozco al portero desde hace años y me debe varios favores. Le pediré una llave y te aseguro que no me la negará.

—¿Vivías aquí antes? Has pasado en Nueva York diez años…

—Compré este ático hace unos doce años, apenas lo disfruté, pero nunca me deshice de él. Fue una buena inversión y siempre me gustó.

—¿No piensas volver a Nueva York? —preguntó. Algo en su interior le gritaba la necesidad de saber qué planes de futuro tenía un hombre como Víctor.

—No te vas a deshacer de mí fácilmente. No pienso volver, mi sitio definitivo está aquí. Mi madre y mi sobrina me necesitan cerca —manifestó contundente—. Y tú, ¿dónde vivías antes? —Desde que la conoció, ese dato, lo tenía intrigado.

—Con mis abuelos —contestó de inmediato, sin pudor alguno. No le avergonzaba haber vivido con ellos hasta los treinta años.

—Mira que eres mentirosa. ¿Pretendes que me crea que una mujer como tú, a su edad, vivía con sus abuelos? —preguntó con sorna.

—Piensa lo que quieras, no me interesa lo más mínimo —respondió molesta. Le incomodaba la sonrisa burlona que le mostraba.

—¿Y me puedes explicar por qué vivías con tus abuelos, preciosa? —decidió seguirle el juego. La repasaba con la mirada mientras bebía de la segunda copa de champán que se había servido.

—Porque hace cinco años tuve un grave accidente en el que casi perdí la vida. En todo este tiempo he necesitado los cuidados de ellos. No podía vivir sola —le reveló de forma hiriente, con rabia y dolor.

De un plumazo borró la sonrisa del rostro de Víctor e hizo que se pusiese rígido y serio, comprendiendo que había metido la pata.

En la cara de Eva notó el dolor por el que habría pasado. Tenía los ojos vidriosos e intentaba controlar su agitada respiración. Revelarle aquello, de una forma tan brusca e inesperada, le afectó más de lo que hubiese imaginado.

En un impulso, Víctor se acercó a ella y la abrazó. La sintió temblar entre sus brazos y maldijo haberla llevado a aquel estado.

—Lo siento, Eva. Te juro que no sabía nada —se disculpó mientras le acariciaba el cabello.

Luego, la miró a los ojos, sin apartarla de sus brazos y le recorrió la mejilla izquierda con los nudillos, con mimo. Eva giró el rostro, no quería derrumbarse delante de él. Apretaba la barbilla para contener el llanto que pugnaba por romper.

—No pasa nada. Como podrás comprobar, desde que me conoces, no soy una mujer normal y corriente.

—Eso lo supe nada más que te vi —reveló perdido en ella. La miró con tal intensidad y brillo en sus ojos grises que Eva sintió cómo las piernas le temblaban—. ¿Cómo pasó ese accidente,

qué te ocurrió? —Necesitaba saberlo. Eva lo miró reticente a contárselo. Recordar esa parte de su vida no le hacía bien—. Por favor —le rogó casi desesperado. La impotencia que sentía en esos momentos no la había sentido nunca antes. El hecho de pensar que había estado a punto de perder la vida hizo que todo lo que sentía por ella creciese aún más. Un gran sentimiento de protección se expandió en su interior.

Eva aparentaba ser una mujer fuerte y segura de sí misma, pero estaba comprobando que era muy frágil. Observaba cómo trataba de recomponerse a una simple revelación sin detalles.

—Mi vida ha sido muy complicada en los últimos años. —Con ello le dejó patente que no quería adentrarse en el tema.

Víctor no se dio por vencido, la tomó con delicadeza de la mano y la llevó hasta el sofá, allí tomaron asiento.

—Tenemos toda la noche por delante —la animó para que confiase en él—. Si necesitas cualquier tipo de ayuda, siempre me tendrás. No solo en la puerta de enfrente, también en todos los aspectos que desees.

La duda embargada el rostro de Eva, se debatía entre confiar en él, o no, la parte más dolorosa de su vida. Hacía años que no la rememoraba en voz alta.

Con ternura y delicadeza, Víctor le tomó ambas manos entre las suyas y se las acarició, haciéndole llegar que estaba ahí junto a ella, sin condiciones.

—No me gusta hablar de esto, pero yo he abierto el baúl y ahora me toca zanjar el tema. —Se mostraba resignada y, al mismo tiempo, arrepentida por el impulso donde le reveló todo a Víctor. No tenía intenciones de que conociese tanto sobre ella en tan poco tiempo, pero él conseguía sacarla de sus casillas sin medir las consecuencias de lo que decía.

—Hazlo solo si estás preparada y deseas compartirlo conmigo. Si no es así, entenderé que es una parte muy reservada de tu vida que no estás dispuesta a mostrarme aún—le hizo saber con amabilidad.

Un poco más relajada, Eva asintió.

—Hace cinco años, sufrí un atropello brutal —comenzó a relatar con la mirada posada en la de Víctor, quien la escuchaba expectante—. En un principio, los médicos no creyeron que superase aquel accidente. Un coche, a gran velocidad, me llevó por delante y se dio a la fuga —explicó sin darle más detalles de la posterior captura del autor de los hechos. Nada más escuchar aquello, la piel de Víctor se puso de gallina. Deseó matar con sus propias manos a la persona que originó aquello, pero no la interrumpió—. Cuando desperté en el hospital mi vida cambió para siempre. Fue ahí cuando me enteré de que tenía una gemela y conocí a mi abuelo, Sebastián Quiroga. Yo me había criado en Marsella junto con mi abuela y su hermana. Luego, los médicos me revelaron mi verdadero estado de salud. Tuve que someterme a una complicada intervención para poder caminar, lo hice, y salió bien. Luego llegaron los largos e intensos meses de rehabilitación. Hace muy poco que me he recuperado casi por completo. Mi abuelo me regaló esta casa hace dos años, y no ha sido hasta ahora que he terminado de reformarla por completo. Como verás han sido unos años muy intensos, no solo por el accidente y los daños que sufrí, sino porque cambió mi vida entera. Descubrí muchas cosas que desconocía.

Tras el intenso relato, Víctor se quedó casi conmocionado. No atinaba a decir nada. Todo lo que le había manifestado estaba en su cabeza como piezas de puzles sueltas, era incapaz de encajarlo. Por primera vez en su vida, alguien lo había dejado sin la capacidad de hacer preguntas.

—Para haberte criado en Marsella, no tienes acento francés. —Fue lo primero que se le ocurrió. No deseaba que ella apreciara lo conmocionado que había quedado tras escucharla.

—En casa siempre hablábamos español. Mi abuela y mi tía me criaron en mis raíces. Siempre me hablaban de España y sus costumbres, a pesar de estar lejos, la conocía muy bien a través de ellas. Cuando decidí venir, me enamoré de este país, y supe que nunca más me iría de aquí.

Víctor la miró perdido en ella, incapaz de decir nada más. Se acercó más a Eva y la besó con suavidad y con mimo. Deseaba reparar todo lo que había sufrido en ese tiempo. Los ojos de aquella mujer le revelaron que había pasado por mucho, sin necesidad de que le contase todo.

El roce de aquellos exquisitos labios, aquel sabor que tenía impregnado en sus sentidos, hizo que Eva se entregase a ello. Deseaba a aquel hombre como nunca antes lo había hecho con otro.

La boca de Víctor invadió la suya sin piedad, ganando terreno, devorándola, y Eva se dejó llevar. Le correspondió con ganas. Sentía cómo su corazón latía cada vez más deprisa y una sensación extraña en el estómago, pero todo era exquisito y maravilloso. Las manos de Víctor paseándose por su cintura le hicieron despertar mil sensaciones que tenía dormidas desde hacía años. Colocó ambas manos sobre su amplio y duro pecho y, a través de la camiseta, notó los duros músculos. Bajó las manos hasta el abdomen y comprobó que cada vez era mejor. Luego, las llevó hasta sus brazos y se dio cuenta de que no los podría abarcar ni con ambas manos.

Víctor continuaba disfrutando del momento, nunca había sentido a Eva tan entregada y dispuesta como en aquellos instantes. Cuando llevó sus hábiles manos a la espalda de ella y comenzó a bajarle la cremallera del vestido, Eva reaccionó de inmediato. Se alejó de él con brusquedad y lo miró con la respiración alterada, mientras se sostenía parte del vestido para que no se le descubriese el pecho, Víctor había conseguido desabrocharlo hasta la mitad.

—Será mejor que lo dejemos, por favor —le pidió en un ruego desesperado que hizo que él se preocupase por ella.

Se acercó de nuevo a Eva y le acarició la mejilla con suavidad, mientras en su mirada se reflejaba un claro signo de preocupación. Ella le apartó el rostro y la mirada. Era incapaz de sostenérsela.

Confundido, Víctor se levantó y se paseó delante de Eva. Tomó una bocanada de aire y trató de serenarse, trataba de dominar una situación que se le escapaba entre las manos. Para su sorpresa, ella lo imitó y se levantó. Cuando la vio a su misma altura, se sorprendió.

—Será mejor que te marches, Víctor —le rogó apenada.

—¿Qué pasa, Eva? —Se acercó y la tomó por la cintura con posesión, pese a la reticencia que le mostró en un principio—. Puedo notar tu deseo, quieres lo mismo que yo en estos momentos, lo sé —afirmó contundente. Llevó una mano hasta su barbilla e hizo que lo mirase a los ojos. Le rehuía.

—Vete, por favor —le volvió a rogar—. Necesito estar sola.

Notó la desesperación con la que se lo pedía, sintiéndose atado de pies y manos, incapaz de hacer nada en aquellos momentos, asintió.

—Está bien. Veo que necesitas aclararte. —Se dio por vencido—. Te daré tiempo para que asimiles y aceptes todo lo que estás sintiendo en estos momentos. Ya no somos unos niños —le advirtió—. Eres una completa ingenua si piensas que porque hayas parado lo que estaba a punto de suceder todo va a cambiar. No sé si eres consciente de que ahora el deseo y las ganas, de ambos —recalcó bien—, han aumentado.

—Yo no puedo… —balbuceó.

—Buenas noches, Eva. Lo nuestro no termina aquí, creo que eso ya lo sabes —dijo contundente.

Sin dejarle margen para responderle, se dio media vuelta y se marchó.

Eva estuvo a punto de gritarle que era un arrogante y un prepotente, pero se derrumbó,

abatida, en el sofá. Víctor era mucho más de lo que nunca llegó a imaginar, y eso la tenía desbordada.

40

Al día siguiente, domingo, Eva se levantó tarde y con dolor de cabeza. Apenas había pegado ojo en toda la noche. Lo sucedido con Víctor la tuvo inquieta hasta que logró conciliar el sueño casi al alba, cuando ya había perdido la cuenta de todas las vueltas que dio en su nueva cama. Maldijo un millón de veces el estreno que le había dado, una noche llena de lamentos, en vez de una cargada de lujuria y pasión junto a Víctor, pero sus miedos y reticencias eran los que eran y no podía cambiarlos por más que lo deseaba.

Mientras se hacía un café bien cargado, le vibró el teléfono. Comprobó que Víctor le acababa de enviar un email. Se tomó su tiempo para leerlo. Primero, terminó de preparar el desayuno y la mesa y, una vez sentada y relajada, lo leyó mientras tomaba el primer sorbo de café.

Buenos días, espero que hayas dormido mejor que yo. Me he levantado un poco constipado, y quiero que sepas que eres la única culpable de ello. Anoche tuve que darme una buena ducha fría después de regresar de tu casa.

¿Qué planes tiene para hoy? De antemano, sé que no me los vas a contar, pero recuerda que soy tu vecino y que te vigilo de cerca.

Víctor Ferrer.

Con una sonrisa, que no era consciente de ella, Eva leyó el email dos veces. Recordó los ardientes besos y las atrevidas caricias que se prodigaron y volvió a entrar en calor. Ya era hora de que admitiese, para sí misma, que estaba enamorada de Víctor, el cúmulo de esos nuevos sentimientos que se agolpaban en su pecho y la ahogaban, no podía ser otra cosa.

Muy a su pesar, no le contestó, ya tenía planes para ese día y no podía dejarlos atrás. Se vistió con prisa, iba tarde, y salió de su casa con mucho cuidado, para no alertar a su vecino. Lo último que necesitaba era que le saliese al encuentro.

Como quedó con su hermana, Eva fue a recoger a sus sobrinas para que conociesen su casa y pasar el día juntas. Fue con las niñas a comprar unas cosas para hacer una fiesta de chicas, sabía que ellas disfrutaban con eso, y luego regresaron a casa. Las gemelas estaban impacientes por conocer el nuevo hogar de su tía y pasar la noche allí.

Aquella mañana, Víctor recibió una llamada que lo dejó alterado. Hacerse cargo del bufete jurídico de su padre le estaba dando más dolores de cabeza de los que imaginó en un principio. Sabía que tratar con su madrastra no iba a ser fácil. Alexia era la clase de persona que nunca había tolerado; superficial, ambiciosa e interesada. Destruyó el matrimonio de sus padres para hacerse con el control de todo el poder y el dinero que tenía Rodrigo Ferrer.

Cuando Víctor terminó la carrera de Derecho, se incorporó al bufete familiar. Pero no duró allí ni un año como abogado ejerciente. De inmediato, descubrió que su padre llevaba una doble vida con Alexia, una abogada diez años menor que él. Tuvieron un gran enfrentamiento, Rodrigo se separó de la madre de Víctor y este se marchó a Estados Unidos a realizar un máster. Necesitaba alejarse de todo y emprender su camino sin estar ligado al de su padre. A raíz de ahí, la relación entre Víctor y Rodrigo nunca volvió a ser buena, apenas se hablaban.

Tras la muerte de Rodrigo Ferrer, Alexia nunca imaginó que Víctor apareciese de nuevo en el

despacho y le hiciese la vida imposible. El hijo de su difunto marido, hacía y deshacía a su antojo, no le consultaba nada y esto tenía a la mujer de los nervios. Estaba acostumbrada, pese a no ser la socia mayoritaria del bufete, a tomar decisiones y que Rodrigo las aceptase sin más. Tenía el don de manejarlo muy bien.

La llamada que Víctor recibió, era de un amigo e investigador que lo ayudaba con el tema del testamento de su padre. Le había encargado que averiguase los bienes que tenía Rodrigo Ferrer a su nombre. No pensaba permitir que una trepadora como Alexia se quedase con lo que le pertenecía a él y a Daniela por derecho. El bufete era uno de los mejores de Madrid, facturaba millones de euros cada año y pensaba descubrir dónde estaba cada céntimo ganado.

Víctor ya era conocedor, desde la lectura del testamento, de que la mansión donde su padre vivía con Alexia había sido puesta a nombre de ella dos años atrás, junto con los tres coches de alta gama que poseía. La casa en la sierra de Madrid fue vendida una semana antes de la muerte de Rodrigo, y el mismo día del terrible suceso Alexia hizo una importante transferencia de la cuenta conjunta con Rodrigo a la suya individual. En el reparto testamentario a Víctor solo le había tocado el 45% del bufete, que junto con el otro 45% de su sobrina, el cual manejaría hasta que la niña tuviese la mayoría de edad, lo hacían el accionista mayoritario frente a Alexia que solo poseía el 10%.

La sorpresa de Víctor fue mayúscula cuando el detective privado le confirmó que su padre era dueño de una gran mansión en La Toscana, la cual había sido vendida recientemente, tras el fallecimiento de este.

Decidido a averiguar cómo fue la venta de la misma y comprobar con sus propios ojos los registros de propiedad y conocer al nuevo dueño, comenzó a comprar un billete de avión. Necesitaba viajar a Italia y traerse las pruebas necesarias para destruir a la ambiciosa de Alexia. Estaba seguro de que la mujer había vendido esta propiedad y la casa en la sierra de Madrid valiéndose de artimañas para que él no recibiese nada de ello, pero no estaba dispuesto a permitirlo. En cuanto reuniese todas las pruebas, la demandaría.

Eva y sus sobrinas salieron del ascensor, hacían bastante ruido, se reían y comentaban una anécdota que les había sucedido en el supermercado. Como Eva venía cargada, con las bolsas en las manos, no atinaba a encontrar las llaves de la casa dentro de la mochila. Mientras maldijo para sus adentros, les hizo una señal a las niñas para que guardasen silencio. Estaba segura que con aquel revuelo, si Víctor andaba por casa, no tardaría en salir.

Víctor había pasado toda la mañana, inmerso delante del ordenador, reservando vuelos y hoteles. Le quedaba una semana intensa. Al escuchar voces en el pasillo, no pudo evitar salir a ver quién era. Quizás Eva había decidido montar otra fiesta y no lo había vuelto a invitar.

—¡Joder! ¿Gemelas? ¿Esto es una epidemia o qué? —No esperaba encontrarse con dos niñas rubias, de ojos azules, iguales, como dos gotas de agua.

—Esa boca, Víctor. Hay niñas delante —lo reprendió Eva.

—Últimamente veo doble —murmuró mientras se paseaba las manos por la cabeza y se revolvía el pelo. Se quedó mirando a ambas niñas, sorprendido.

—Son mis sobrinas, las hijas de Elena y Martín —las presentó, Víctor desconocía que tuviesen gemelas—. Niñas, él es Víctor, mi vecino.

Se agachó, para estar a la altura de ambas y les dedicó una maravillosa sonrisa.

Eva puso los ojos en blanco y se volvió para abrir la puerta mientras pensaba que Víctor trataba de conquistar a sus sobrinas.

—¿Cómo os llamáis, preciosas?

—Yo soy Eva.

—Y yo Carolina.

—Te llamas igual que tu tía —apreció Víctor—. Y tú, Carolina, tienes un nombre muy bonito.

—Gracias.

—¿Cuántos años tenéis? —se interesó, sin abandonar la posición en la que estaba.

—Cinco —contestaron a la vez.

—¿Y todas esas bolsas? —preguntó con curiosidad.

—Víctor, deja el interrogatorio para los juzgados —murmuró Eva, reprendiéndolo, mientras abría la puerta.

—Vais a hacer una fiesta de chicas —aventuró. Vio paquetes de chucherías y las gemelas traían unas mochilas con ropa.

—Vamos a hacer una fiesta de pijama —le rectificó Carolina—. Y nos vamos a quedar a dormir con la tita.

—Las tres juntas en su cama porque es muy grande —reveló la pequeña Eva muy ilusionada.

—¿Y… en esa cama no hay sitio para uno más? —preguntó mientras dirigía una mirada pícara hacia su vecina.

—No, es una fiesta de chicas —contestó en tono mandón Carolina.

Esto provocó una sonrisa de satisfacción en su tía, había dejado a Víctor sin palabras.

—Otro día que vengáis os invito a mi casa, hago unas pizzas espectaculares, ¿os gustan?

—Sí, sí —contestaron las niñas, muy sonrientes y contentas.

Con ello Víctor se las había ganado. Miró hacía Eva, que no le mostraba tanta alegría.

—Niñas, vamos dentro.

Carolina y Eva se despidieron de Víctor con un gesto de la mano y se adentraron en el salón de la casa.

—Señorita Quiroga, ¿nadie le dijo que una persona educada siempre responde a los mensajes? —Le había llegado la notificación de que el email enviado aquella mañana había sido leído.

Eva salió un poco para evitar que sus sobrinas escuchasen la respuesta.

—¿Qué te hace pensar que lo soy?

Cerró la puerta de golpe y lo dejó allí como un pasmarote, delante del elegante portón blanco.

Pese a la situación, Víctor no pudo evitar que apareciese una sonrisa en su rostro. Eva era única. Solo ella sabía hacer un desplante como el que acababa de darle y que la desease aún más.

***

En los tres días sucesivos Eva pensó mucho en Víctor, no tuvo más noticias de él y esto lo único que hizo fue tenerlo más tiempo presente en su mente. Cuando llegaba a casa, se demoraba en abrir la puerta por si escuchaba ruidos en la de su vecino, incluso dejó caer las llaves varias veces sobre el mármol del suelo para que él notase que estaba ahí, pero nada. Víctor no salió.

Aquella noche, Eva leía un libro en la cama cuando le sonó el teléfono, apenas era las diez de la noche, pero estaba cansada y necesitaba desconectar, la lectura siempre había sido su gran vía de escape. Le encantaba la novela romántica, leer historias de amor y soñar que algún día encontraría a un hombre como el que describían aquellas historias narradas.

No reconoció el número que aparecía en la pantalla iluminada del móvil, pero decidió atender la llamada.

—Hola, por fin he conseguido que tu hermética secretaria me facilite tu teléfono personal. —Eva reconoció la voz de Víctor al instante. Sonaba tranquila y con cierto deje de satisfacción—.

A estas horas paseo por la Plaza de San Marcos —reveló con nostalgia en su voz—, admiro el bello paisaje desde la perspectiva de la noche, que también tiene su encanto. ¿Y sabes qué? —No la dejó interactuar—. No dejo de acordarme de ti, de lo mucho que me gustaría tenerte cogida de la mano en estos momentos y estuvieses aquí a mi lado. Que fueses mi guía para llegar al hotel esta noche. Te extraño, Eva. En todos estos días no he dejado ni un solo segundo de pensar en ti —reveló sin tapujos, con absoluta sinceridad. Se paró debajo de una farola y esperó a que ella dijese algo. Podía escuchar su respiración a través del teléfono.

Eva sintió que millones de mariposas la invadían a la vez. Él no estaba cerca, no la había tocado ni besado, ni siquiera le había dicho algo atrevido. Sin embargo, sentía su cuerpo como un volcán al mismo tiempo que su corazón latía muy deprisa.

—¿Qué haces en Venecia? —preguntó sin atinar a decir nada más. Un vacío enorme se produjo en ella al sentirlo tan lejos.

—He venido a arreglar unos asuntos que eran urgentes y requerían mi presencia.

Un breve silencio se hizo entre ambos. Víctor esperaba más de ella. Quería llevarla hasta lo que sentía por él, que confiase y se sincerase.

—La Plaza de San Marcos es preciosa. Hace años estuve ahí —reveló al recordar aquel viaje con unas amigas.

Víctor chasqueó la lengua y comenzó a caminar. Eva era una mujer difícil.

—¿No me has echado de menos? —insistió con una gran sonrisa, como si la tuviese enfrente.

—Espero que lo que sea que te haya llevado a Venecia se solucione pronto y no sea nada grave.

—Ya está solucionado, regreso mañana mismo. ¿Me recibirías con una cena? —No se pensaba dar por vencido.

—Odio cocinar.

—Me vale con algo precocinado. Lo importante es la compañía. Aunque si lo permites, te invito a un buen restaurante. ¿Tendré que rogarte mucho para nuestra próxima cita? No dejaré de insistir, Eva —le dejó muy claro.

—Está bien, acepto. —Le encantaba descolocarlo—. Pero que sea a un buen restaurante —exigió con una enorme sonrisa. Víctor supo que estaba bromeando, pero tenía pensado llevarla al mejor de todos.

—¿De verdad? ¿Así de simple? No juegues conmigo, por favor. —No terminaba de creer que hubiese sido tan fácil.

—En serio. No es mi estilo crear falsas ilusiones. ¿Mañana por la noche o estarás muy cansado del viaje? —propuso.

—Para ti jamás estaré cansado. No me perdería esa cena por nada del mundo. A las nueve y media en mi casa —comentó contento, casi eufórico. Se paró en medio de la calle y dio un salto de alegría. Se sentía como un adolescente en la primera cita.

—Hasta mañana entonces, que tengas un buen viaje —se despidió de forma educada.

—¿No me envías un beso? —preguntó juguetón, se había venido arriba—. Te aseguro que dormiré mejor, no te cuesta nada —rogó con una sonrisa mientras se decía que había conseguido más de lo esperado.

—Te envío un beso, Víctor —pronunció resignada—. Hoy te lo has ganado. Por cierto, ¿estamos coqueteando? —le siguió el juego. Aquello le divertía.

—Sabes que quiero mucho más de ti que un simple coqueteo, pero sí. Por algo se empieza. Yo también te envío un beso, mi reina. Te juro que esta noche no dejaré de pensar en ti. Hablar contigo me hace un hombre feliz.

—Buenas noches.

Ambos se despidieron con sonrisas en sus labios. No podían evitar lo que sentían al hablar con el otro.

Al día siguiente, Eva fue a comer a casa de su hermana, y de paso a que le prestase un vestido espectacular, de esos que formaban parte del guardarropa de Elena y de los que ella no tenía tantos. Deseaba sorprender a Víctor. Al mismo tiempo, se dijo que tenía que renovar su armario, el cual estaba lleno de ropa aburrida de ejecutiva eficiente.

Con una ilusión de la que no era consciente, pero su rostro lo revelaba todo, le contó a Elena que necesitaba aquel vestido azul marino que había escogido para cenar con Víctor Ferrer.

De inmediato, Elena supo que su gemela estaba perdidamente enamorada de ese hombre y quizás aún no fuese consciente de ello. Le sonrió y le hizo saber que Víctor tenía su aprobación. Era guapo, apuesto, trabajador, soltero y muy amable. Tenía las cualidades perfectas para hacer a Eva tan feliz como lo era ella con Martín.

—Déjate enamorar por ese hombre, hermana. —Fue el consejo que le dio Elena cuando se despidieron.

Eva no le dijo nada, solo asintió. Deseaba con todas sus fuerzas, pese a sus reticencias y sus miedos, que su relación con Víctor saliese adelante. Soñar era gratis y ella no paraba de hacerlo desde que él apareció en su vida. Solo tenía que armarse de valor y dejar a un lado sus complejos.

No se atrevió a decirle a Elena que ya estaba enamorada de ese hombre. Era su secreto y aún no estaba preparada para manifestarlo en voz alta.

41

Tal y como había quedado con Víctor aquella noche, Eva estaba lista a la hora acordada. Con cierto nerviosismo, como si fuese su primera cita, y ella una inexperta en el asunto, cogió el abrigo y salió de casa. No pensaba esperar a que Víctor tocase a su puerta. Era una mujer decidida y valiente, o eso se repetía a diario, y no necesitaba que la cortejasen como a las damas de siglos pasados.

Cuando Víctor le abrió la puerta faltaban dos minutos para las nueve y media. Tenía la camisa medio abierta, la corbata en la mano y la chaqueta mal colocada. Eva observó su cara, estaba tan descompuesta como la ropa que llevaba.

—Perdón, perdón. Se me hizo un poco tarde —se disculpó Víctor nada más verla. Ni siquiera intentó darle un beso. Deseaba estar perfecto y era consciente de que se había colocado toda la ropa, de prisa y corriendo, cuando escuchó el timbre.

—No te preocupes. No vamos tarde. Es la hora, pero… —Eva lo miró bien, el color sonrojado de sus mejillas y el brillo de sus ojos no le pasó por alto. Alarmada, le tocó la mejilla—. No estás bien —afirmó. Luego llevó la mano hasta su frente y comprobó que ardía en fiebre—. Estás enfermo —anunció con preocupación.

—No, no, me encuentro bien. En cuanto salga a la calle y me dé el aire me sentiré mejor. —Comenzó a buscar las llaves del coche.

—Vamos a dejarlo para otro día —propuso Eva con paciencia. Lo miraba desde la entrada mientras trataba de hacerse, inútilmente, el nudo de la corbata.

—Por nada del mundo renunciaría a esta cena contigo. Nos vamos —afirmó decidido.

—No vamos a ir a ningún sitio, al único lugar donde te voy a acompañar va a ser a la cama. ¿Tú te has visto?

Eva cerró la puerta con energía, soltó el bolso y se acercó a él. Lo tomó por el brazo y comenzó a dirigirlo a la habitación.

—He de admitir que me gusta más este cambio de plan. —La miró con media sonrisa traviesa, apenas podía sostenerse de pie. Hacía grandes esfuerzos.

—No te hagas ilusiones, hombretón. —Le palmeó el brazo y lo instó a que se tumbase en la cama mientras le quitaba los zapatos—. En el estado en el que te encuentras, dudo que puedas hacer algo más que dormir y descansar.

Con la cabeza ya sobre la almohada, Víctor se sentía morir. Le pesaba todo el cuerpo y tenía escalofríos, pero no dejaba de sentirse bien al mismo tiempo. Tener a Eva tan cerca de su cama era todo un sueño.

—Ven y te lo demostraré. —Se hizo el héroe mientras maldecía a aquel resfriado. Tomó a Eva de la mano y la miró muy de cerca, la tenía inclinada sobre él, podría haberla besado y arrastrado hasta su cama, pero se sentía sin fuerzas. Los parpados cada vez le pesaban más.

—Otro día, valiente. ¿Tienes algún medicamento en casa para tomarte? —preguntó mientras volvía a ponerle la mano en la frente. Comprobó que ardía. Tenía la camisa medio desabrochada y apreció que tenía el pecho lleno de sudor.

—Nunca me enfermo, ni tomo pastillas. Cuando me duele la cabeza me acuesto.

—Voy a la farmacia por algunas cosas que vas a necesitar. Me temo que esta vez dormir no

será suficiente. Vuelvo en un rato —comentó al salir de la habitación.

—Prométemelo —le pidió Víctor como si fuese un ruego desesperado. Nunca se había sentido tan solo y desamparado.

—Volveré y cuidaré de ti. Palabra de vecina y jefa. —Le guiñó un ojo, mientras trataba de ocultar su propia preocupación por él, y se fue de inmediato.

Cuando regresó, antes de marcharse cogió las lleves de Víctor y comprobó que eran las de la casa, él dormía profundamente. Estaba arropado hasta la cabeza, y agarraba el nórdico como si le fuese la vida en ello.

Eva se deshizo del abrigo y los tacones, tras deshacerse de ellos, los miró y lamentó que solo le hubiesen servido para tardar más en ir a la farmacia. Estaba una calle más abajo y fue andando. En el camino maldijo no haber pensado en ponerse unas zapatillas de deporte.

Fue a la cocina por una botella de agua mineral y cogió la bolsa de medicamentos que había traído. La llevó consigo a la habitación de Víctor, debía despertarlo y hacer que se los tomase como se lo había indicado el farmacéutico.

—Víctor —llamó su atención zarandeándolo con delicadeza—. Tienes que tomarte esto, quitarte esa ropa y darte una ducha. La fiebre bajará un poco y te sentirás mejor.

Eva observaba como tenía todo el rostro lleno de sudor y el pelo mojado.

Lo ayudó a destaparse e incorporarse un poco, le dio agua y luego unas pastillas. Víctor la miró interrogativo, esforzando media sonrisa.

—Tómatelas. Te puedes fiar de mí.

Decidido, las cogió de su mano y se las metió en la boca, bebió agua y la miró. Tenía los ojos entornados y con un brillo tan especial que Eva sintió ganas de besar aquellos labios apetecibles, pero se refrenó. Le tendió la mano y tiró de él para llevarlo hasta el baño. Una vez allí, lo ayudó a quitarse la camisa, le quitó el cinturón, y, con manos temblorosas y pensándoselo mucho, le desabrochó el pantalón. Era consciente del estado en el que se encontraba y que necesitaba ayuda.

Lo dejó ahí, se dio media vuelta y abrió el grifo de la ducha, la puso templada y cuando se volvió lo encontró igual que lo había dejado. Ella esperaba que, al menos, se hubiese deshecho de los pantalones y los calcetines.

—Desnúdate y métete en la ducha —le ordenó dirigiéndose a la puerta para abandonar el baño.

—Hazlo tú. Me gusta cómo lo haces. Debo admitir que no fue así como imaginé nuestra primera vez. Nunca dudé de que mi cuerpo ardería al mostrártelo por completo, pero he de admitir que no estoy en condiciones de… ya sabes. ¿Puedes ayudarme? Este puto resfriado me tiene más débil que a un niño. —Eva lo miró en silencio—. ¿No me digas que te vas a escandalizar por ver el cuerpo de un hombre desnudo? —preguntó con media sonrisa. Hacía grandes esfuerzos por sostenerse de pie.

Eva se dirigió hasta él, se agachó, le quitó los calcetines y luego le bajó los pantalones.

Cuando Víctor fue consciente de que había llegado al límite del juego, porque pese a sentirse morir, estaba jugando con ella, se dio media vuelta, se bajó los calzoncillos y entró en la ducha. A Eva solo le dio tiempo de divisar un magnífico culo prieto y una ancha espalda, donde no le pasó desapercibido un enorme tatuaje de un dragón sobre la parte izquierda.

Acalorada y con las pulsaciones a mil por hora, con el apetito sexual a flor de piel, salió del baño, cerró la puerta y se sentó en la cama, sofocada. Trató de tranquilizarse mientras se retorcía las manos sudorosas y en su mente solo había una visión, el magnífico cuerpo de Víctor, dudaba

de que alguna vez pudiese borrarlo de su mente.

Cuando él salió del baño, lo hizo envuelto en una toalla marrón de cintura para abajo. Al encontrarla allí sonrió.

De inmediato, Eva se puso en pie, pensaba abandonar la estancia para que tuviese la intimidad necesaria para vestirse, pero, sumida en sus pensamientos, no se dio cuenta del tiempo.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó mientras observaba cómo las gotas de agua del pelo mojado caían sobre su pecho.

—Juegas con ventaja, ya has visto mucho más que yo —comentó sonriente. Era evidente que la ducha le había caído bien.

—Te dejo para que te vistas. Voy a la cocina a preparar algo de cena. —No quiso entrar en el juego, tenía unas ganas enormes de lanzarse a la boca de ese hombre y perderse en él en todos los sentidos.

Cuando Eva rebuscaba en el frigorífico de Víctor, él apareció tras ella. Se había colocado un chándal color gris que le sentaba de maravilla.

—Deberías estar en la cama. Necesitas reposo. Unas pastillas y una ducha no curan el resfriado tan grande que tienes, seguro vas a estar un par de días mal —aventuró reprendiéndolo con la mirada.

—Gracias por estar aquí, pero no deberías. Te voy a contagiar este maldito catarro.

—Métete en la cama. Te llevaré un caldo caliente en condiciones. —Cerró la nevera y varias puertas de la cocina que había abierto—. Tienes que hacer la compra o cocinas menos que yo —murmuró mientras pasaba por su lado y cogía el bolso.

Víctor la miró alertado cuando la vio abrir la puerta.

—No hace falta que vayas a comprar nada.

—No pensaba hacerlo. Voy a mi casa. Cuando vuelva te quiero en la cama —ordenó y le cerró la puerta en las narices.

Víctor sonrió, le gustaba demasiado cuando sacaba todo su carácter. Se dirigió a la habitación y se metió en la cama, sentía que todo el cuerpo le pesa y la fiebre comenzaba a subirle de nuevo. Se deshizo de la parte de arriba del chándal y se metió entre las sábanas.

Minutos después, Eva apareció en la habitación, se había cambiado de ropa, él lamentó no contemplarla más con aquel vestido que le quedaba como un guante, aunque aquellas mallas y el jersey amplio también le hicieron fantasear.

Le acercó un cuenco de sopa caliente, lo obligó a incorporarse y se la dio. Víctor se dejó mimar, tenerla así de entregada era todo un lujo del que se pensaba aprovechar.

—¿Has hecho tú esta sopa? Está de muerte —murmuró casi relamiéndose los labios.

—No. Odio cocinar. Todo lo que tengo en la nevera me lo ha preparado Marina, la cocinera de mis abuelos, o es precocinado.

—Está de escándalo.

—Le diré que te ha gustado. —Lo miró sonriente mientras le daba la última cucharada—. Ahora intenta dormir y descansar —le aconsejó mientras lo arropaba como si fuese un bebé—. Cualquier cosa que necesites, puedes llamarme, estaré ahí —le hizo un gesto con la cabeza y Víctor entendió que se quedaría en el sofá.

—¿No te vas a marchar a tú casa? Estás ahí mismo, te puedo hacer una llamada y vienes. No tienes porqué pasar una noche incómoda. Tampoco estoy tan grave. Me gusta tenerte cerca, pero al mismo tiempo me gusta saber que estás bien.

—Y lo estaré. No te preocupes por mí. Tienes un sofá muy confortable. —Él intentó replicarle para convencerla, pero no lo dejó—. Nadie merece estar solo cuando está enfermo. Te

lo dice alguien que ha pasado por esa experiencia. Tener a personas cerca ayuda a mejorar.

Víctor sintió que se enamoraba aún más de esa gran mujer.

—Gracias. Sabes que si no tuviese este tremendo catarro ya te habría besado e intentado algo más, ¿verdad? —le dejó claro. Se moría por arrastrarla junto a él, besarla y acariciarla.

—Es una ventaja de la que me aprovecharé —replicó sonriente, sintiéndose ganadora.

—Creo que también sabes que nada más que esté completamente recuperado te daré todos los besos que tengo guardados para ti.

Eva chasqueó la lengua, sonrió y se encaminó hacia la puerta.

—No cambias ni con fiebre. Duérmete —le ordenó sonriente.

—Soñaré con tus besos, preciosa.

Se marchó sin replicarle. Dejó la puerta abierta y se tumbó en el sofá. Estuvo un rato con el móvil, revisando mensajes y enviando otros, y luego se dispuso a dormir.

En mitad de la noche, Eva escuchó a Víctor quejarse. De inmediato acudió hasta él. Hablaba en sueños y se revolvía en la cama, inquieto. Tenía una especie de pesadilla, las palabras que decía eran incoherente. Eva le tocó la frente y comprobó que ardía en fiebre de nuevo. Fue al baño, mojó una toalla en agua fría y se la pasó por el rostro, mientras trataba de despertarlo.

Cuando Víctor la vio tan cerca, en medio de la semi inconsciencia, la reconoció y, sin Eva poder evitarlo, la atrajo hacía él y la besó. Preso del estado en el que se encontraba, no era consciente de la situación real, solo que deseaba a aquella mujer. Ella le respondió al beso, pero no tardó en deshacerse de él. Víctor casi deliraba. Lo ayudó a quitarse la camiseta y le dio agua. Se quedó dormido de nuevo y Eva se sentó en un sillón cercano. Lo observó durante horas hasta que amaneció.

—Buenos días —resonó la voz de Víctor mientras se revolvía en la cama, con la vista clavada en Eva, echa un ovillo en el sillón cercano—. Gracias por quedarte a cuidarme. —Se incorporó y tomó un vaso de agua de la mesita de noche, se lo bebió entero de un tirón. Sentía la boca pastosa—. ¿Por qué estás ahí? —preguntó confuso. Hasta donde recordaba, ella se fue al sofá.

—Has pasado una noche intranquila. Te subió la fiebre y tuve que ponerte toallas mojadas. ¿No lo recuerdas?

Víctor negó con un gesto de la cabeza mientras intentaba recordarlo.

—¿Cuida usted así a todos sus empleados cuando se enferman? —preguntó sonriente, era evidente que se había despertado mejor.

—No, solo lo hago con los más atrevidos, los que besan a su jefa. —Le gustaba provocarlo, aquella guerra verbal que lo dejaba descolocado y sin saber qué más decirle.

—Anoche soñé contigo y tus besos. —A Víctor le encantaba ver aquel rubor que aparecía en sus mejillas cada vez que le confesaba su interés por ella.

Eva no le aclaró que la pasada noche fueron reales.

—¿Desayunamos? —Fue otra pregunta que lo dejó descolocado, no esperaba que se quedase. Eva tenía que ir a trabajar. No esperaba que pasase con él el resto del día.

***

Tras dos días en cama en los que Eva estuvo pendiente de Víctor y él se aprovechó de ello para tenerla más cerca, la complicidad entre ambos creció.

El primer día que Víctor se incorporó al trabajo vio en su agenda que tenía una reunión con Martín Quiroga que no podía eludir. Lo llamó y le propuso verse en el despacho de Martín, le venía mejor de camino que hacía unas gestiones en los juzgados. Cuando terminó la reunión con

el presidente del Grupo Quiroga se pasó a saludar a Eva, pero su secretaria le informó de que ya se había marchado y no regresaría hasta después de comer.

Cuando Víctor ya se marchaba, la secretaria se despistó y él aprovechó para entrar en el despacho de Eva. Escribió unas palabras en un papel y se lo pegó en la pantalla del portátil, para que lo viese al abrirlo.

Cuando Eva regresó en el despacho, al abrir el portátil, era lo primero que hacía nada más sentarse delante de la mesa, vio la nota.

Te debo una cena.
Gracias por cuidarme.
V. Ferrer.

Durante unos segundos se recreó en su letra. Le gustó, luego cogió el móvil y le escribió un mensaje como respuesta.

Acepto esa cena, señor Ferrer. Espero que ya esté totalmente recuperado.

Víctor le respondió de inmediato:

Esta noche lo comprobarás por ti misma. Llamaré a tu puerta a las nueve y media.

42

Con la puntualidad que lo caracterizaba siempre, Víctor tocó el timbre de la casa de Eva a la hora acordada. Para aquella noche escogió un traje de chaqueta de invierno en tono oscuro. El lugar donde había reservado era el mejor de toda la ciudad. Deseaba sorprender a Eva, conquistar por completo a aquella mujer era el mayor reto de su vida.

Cuando ella abrió la puerta, Víctor se quedó impresionado. Llevaba el pelo recogido, con un toque informal, y un vestido color morado que le quedaba como un guante. Elegante y sencillo a la vez, por debajo de las rodillas, le hacía una figura espectacular.

Se acercó a ella, despacio, y le dio un beso en la mejilla. Se demoró unos segundos en impregnarse del olor de su perfume.

Eva le correspondió al gesto al mismo tiempo que se sintió un poco decepcionada. Esperaba que le robase un beso en los labios.

—Estás maravillosa. ¿Lista? —Asintió. Cogió el abrigo y el bolso, y se marcharon.

—¿Recuperado por completo? —preguntó Eva una vez dentro del ascensor del edificio, que los llevaría hasta el garaje.

—He tenido a la mejor de todas las enfermeras. —Le guiñó un ojo y le sonrió. Luego, para sorpresa de ella, la tomó de la mano y se dirigieron hasta el coche.

Una vez llegaron al restaurante, antes de pasar al reservado, Víctor propuso que se tomasen un vino en la barra. Observó cómo varios hombres miraban a Eva con atención. Se sintió muy afortunado de ser su acompañante y el único que captase toda su atención. Aquella noche no la encontró tan distante, estaba relajada y a gusto. El brillo que tenía en su mirada era especial.

De repente, un hombre se acercó a ellos.

—Eva, qué alegría volver a coincidir contigo. —Le dio dios besos para sorpresa de ella.

Víctor advirtió de inmediato como la repasaba de arriba abajo y luego lo miraba a él con interés. Trataba de averiguar con quién estaba.

—Diego, ¿qué tal? —preguntó de forma educada, pero en su rostro no apareció alegría alguna por verlo. Todo lo contrario. Víctor notó cierta incomodidad y tensión en el cuerpo de Eva.

Aunque habían pasado cinco años, Eva siempre lo recordaría a Diego como el hombre que jugó con ella y le creó falsas ilusiones. El matrimonio de Diego nunca pasó por mal momento ni jamás se planteó abandonar a su mujer y a su hijo, aunque a ella le hiciese creer durante un tiempo que era así. Hasta que recibió cierta información y una grabación donde pudo ver que los meses que pasó con él fueron un completo engaño durante los que él llevó una doble vida.

—Aún sigo esperando a que contestes a mis llamadas —le recordó con amabilidad y una sonrisa inmejorable.

Un mes atrás coincidió con él en un evento, le hizo saber que se había divorciado y le pidió perdón por lo sucedido en el pasado. Le confesó que se enamoró de ella, que nunca tuvo la intención de herirla, pero que le faltó la valentía para abandonar a su mujer y a un hijo de dos años.

—He estado muy ocupada últimamente —contestó de forma cortante. No le interesaba retomar una relación con él ni volver a ser amigos, como Diego le había sugerido en el anterior encuentro.

—Seguiré insistiendo. Creo que nos debemos un café y una charla tras años sin vernos —

comentó con sinceridad.

Diego siempre fue un hombre educado y detallista. A pesar de haber jugado con ella, tenía que admitir que no era el típico profesor que se enamoraba de sus alumnas. Lo de ellos surgió sin más, solo que él no apostó por aquello como debió y para Eva ya era tarde. Tenía claro que jamás volvería con él.

—Eva, cariño, nuestra mesa ya está lista, ¿pasamos dentro? —preguntó Víctor colocándole una mano en la parte baja de la espalda, con posesión.

Con la dura y seria mirada que le dirigió a Diego le hizo saber que aquella mujer era suya.

Eva no se despidió apenas del hombre, le hizo un gesto con la cabeza y se encaminó dentro del local junto a Víctor.

—Perdona que no os haya presentado, no esperaba encontrármelo aquí —se disculpó por aquella falta de educación.

Víctor supo que aquel encuentro fortuito la había descolocado.

—¿Un admirador? —preguntó con la mirada al frente, detrás del camarero que los guiaba hasta el reservado, y sin quitarle la mano de la parte baja de la espalda.

—Un ex —respondió mirándolo, sin romper el paso. Deseaba ver qué cara ponía al revelarle aquello.

Él sintió la bilis en su garganta, unos celos terribles se apoderaron de su persona. Imaginar a Eva en los brazos de aquel tío lo hizo hervir por dentro.

—Por lo que se ve, tiene toda la intención de volver contigo. —Había apreciado cómo aquel hombre la miraba—. ¿Lo dejaste tú? —No pudo evitar la pregunta.

Ella lo notó algo crispado y rígido. Había perdido la sonrisa y la amabilidad desde que se sentaron a la mesa.

—Sí —respondió de forma escueta, pero Víctor se quedó callado, esperaba más información —. Lo conocí cuando llegué a Madrid, era mi profesor en una de las asignaturas del máster que vine a realizar. Nos enamoramos, o eso creí yo. Me dijo que se iba a separar, pero descubrí que no era así. Hace unos meses volvimos a vernos por casualidad e insiste en que seamos amigos. No me interesa nada con él, lo nuestro está enterrado.

Mientras le relataba aquello, Eva era consciente de cómo Víctor apretaba la mandíbula y sostenía con fuerza el cabo del cuchillo en la mesa. No tenía pensado revelarle tanta información, pero algo dentro de ella necesitaba decirle que no sentía nada por Diego.

Tras escuchar que no tenía intenciones de volver con aquel ex, Víctor encajó el cuerpo de nuevo. Tomó una bocanada de aire y le hizo un gesto al camarero para que dejase la botella encima de la mesa. Él mismo serviría el vino. En aquellos momentos, necesitaba intimidad con Eva. La sentía más cerca que nunca tras haberle revelado todo aquello que no esperaba.

Víctor llenó ambas copas y brindó con Eva, en silencio.

—No me digas que el encuentro con Diego nos va a arruinar la noche —aventuró Eva sonriente. Intentó relajar el ambiente entre ambos.

Mientras trataba de recomponerse, Víctor se dio cuenta de que ella disfrutaba de la situación.

—Disculpa, no entraba en mis planes que esta noche te reencontrases con un antiguo amor —comentó con cierto deje de ironía.

—¿Celoso? —preguntó Eva acercándose más a él. Apoyó ambos brazos en la mesa y lo observó al detalle.

—No lo voy a negar. Me gustaría ser el único hombre en tu vida, pero es obvio que tienes un pasado. ¿Le has roto el corazón a muchos tíos? —preguntó de forma abrupta, pero Eva no lo llevó a mal.

—Siempre me lo han roto a mí. No he sido muy afortunada en el amor —reveló con cierta nostalgia.

—Yo nunca te partiría el corazón. Déjame demostrarte que podemos tener algo realmente bueno. —Le tomó una mano entre la suya y se la acarició mientras la miraba de una forma tan intensa que Eva sintió un gran vértigo por todo lo que le hizo sentir.

—¿Cómo estás tan seguro? —se atrevió a preguntar, casi con miedo en la voz.

—Porque he sentido cada reacción de tu cuerpo y besado tus labios. Ellos no mienten. Tú lo sabes. Sientes algo muy fuerte por mí. No es prepotencia por mi parte afirmarlo, sería valentía por la tuya reconocerlo.

Víctor le sostuvo la mirada, Eva no la apartó ni retiró la mano de su contacto.

—Sí, reconozco que siento algo por ti que jamás he sentido por nadie —Tras escuchar esta confesión, en la boca de Víctor se dibujó una sonrisa enorme—, pero esto no fácil para mí —comentó incómoda.

—¿Por qué luchas contra ello en vez de dejarte llevar? —preguntó con dulzura y paciencia. Trataba de entenderla.

Aquella noche se había propuesto ir despacio, que Eva confiase en él por completo.

—Porque he pasado por mucho y mucho ha pasado por mí. Tengo miedo —terminó por confesar, pero esto fue incapaz de decírselo mirándolo a los ojos. Desvió la mirada hacia un lado y luego agradeció que llegase el camarero con las cartas.

Víctor comprendió que algo importante le abrumaba, pero estaba decidido a que perdiese todos sus miedos. No tocaron más el tema, se centraron en la comida y Víctor sacó el tema de las sobrinas de Eva. El brillo volvió a sus ojos y le encantó descubrir que sería una excelente madre.

De vuelta a casa, ambos sentían que había sido una excelente noche. Víctor no la había besado, pese a morirse de ganas durante toda la cena y cuando entraron en el coche, pero se contuvo. No quería presionarla, intentaba que ella lo desease tanto con él.

Mientras esperaban el ascensor, ya habían aparcado en el garaje del edificio, Víctor leyó en los ojos de Eva el deseo. Sin poder remediarlo por más tiempo, se acercó y la besó. Ambos estaban hambrientos. Subieron sin romper el contacto entre sus labios, se acariciaban y se besaban con desenfreno.

Una vez llegaron delante de la puerta de ambos, situada una frente a la otra, se miraron con intensidad.

—Entra conmigo a mi casa. —Fue más un ruego que una proposición. Nunca antes había deseado tanto a una mujer.

De inmediato, Eva asintió con una sonrisa. Segura de lo que estaba haciendo. Lo que Víctor despertaba en ella era demasiado fuerte.

Víctor le dio un breve beso, eufórico, rebuscó las llaves en el bolsillo del pantalón y abrió la puerta. La hizo pasar con galantería y Eva agradeció el gesto.

—¿Quieres tomar algo? —le ofreció una vez en el salón. Le ayudó a quitarse el abrigo y la invitó a ponerse cómoda en el sofá mientras él se deshacía de la chaqueta y la corbata bajo la atenta mirada de Eva.

Ella negó con un gesto de la cabeza, mientras le sonreía. Se moría de sed, pero él era su único alivio.

Nervioso, como si fuese su primera vez, Víctor se echó una copa, fue hasta ella, se sentó a su lado y le dio un trago bajo su atenta mirada. Luego le ofreció el vaso y Eva dio otro trago.

—Estás nerviosa —apreció mientras le recorría la mejilla con las manos. Pudo notar que en sus dedos aún conservaba la frialdad que transmitían los hielos del vaso que segundos antes

había estado en sus manos—. No te voy a negar que yo también lo estoy. —Le dio un beso en el cuello mientras le apartaba unos mechones de pelo—. Me muero por hacerte el amor —confesó con la voz ronca, perdido en ella y en su aroma.

Eva suspiró, lo miró a los ojos y le mostró una sonrisa tímida y cargada de miedos. Víctor no necesitó más, estaba decidido a derrumbar todas sus barreras y demostrarle lo maravilloso que podía ser todo entre ellos. La besó con intensidad, con toda la pasión y desenfreno que tuvo retenido desde que conoció a Eva Quiroga, porque lo cierto era que había deseado llevarla a su cama desde el mismo instante en el que cruzó su mirada con la de ella.

Entre los brazos de Víctor, Eva se sintió libre y plena. Lo tomó con decisión por la nuca y profundizó el beso, lo necesitaba. Víctor sonrió sobre sus labios tras sentirla tan decidida.

Con las respiraciones alteradas, jadeantes, Víctor la llevó hasta su habitación. No quería hacer el amor con Eva en el sofá. Deseaba que fuese algo muy especial su primera vez juntos.

Eva se dejó guiar en todo momento, correspondía con creces a cada beso y caricia. Ambos pudieron experimentar, casi a la misma vez, la intensidad de lo que estaba naciendo en esos momentos entre ellos.

Cuando Víctor comenzó a bajarle la cremallera del vestido, Eva se tensó sobre sus labios. Él continuó con la labor, hasta llevarla al final del todo mientras no dejaba de besarla, pero al mismo tiempo era consciente de que algo en ella había cambiado. No estaba centrada en el beso, sino en sus manos.

Por su parte, Eva hacía grandes esfuerzos por no parar aquello como su mente le gritaba. Víctor comenzó a besarla por el cuello, continuó por su clavícula, le bajó el hombro del vestido y llevó sus labios hasta ahí, luego dirigió sus labios hacia la nuca de Eva, y cuando intentó que se diese la vuelta ella reaccionó y lo paró en seco. Se compuso el vestido y lo miró con la respiración alterada.

Víctor pudo leer el miedo en sus ojos, la miró asustado. Se acercó a ella, pero Eva dio un paso atrás, aterrada.

—Será mejor que lo dejemos aquí. Lo siento, pero no puedo.

Eva se agachó, recogió los zapatos de tacón que se había quitado momentos antes y los cogió con una mano. Con la otra trataba de que no se le abriese el vestido, y así, huyendo, salió de la habitación, mientras Víctor era incapaz de comprender qué había pasado allí.

Avergonzada como nunca antes, recogió el bolso y el abrigo con intenciones de marcharse a su casa, pero, para su sorpresa, Víctor no lo permitió. Se plantó delante de la puerta, cruzó los brazos sobre el pecho y le sostuvo la mirada. No le reprochaba nada, todo lo contrario. En silencio, le rogaba que confiase en él. Le pedía una explicación, sentía que había hecho algo mal, pero no alcanzaba a saber qué. Necesitaba que ella se lo explicase o se iba a volver loco.

De repente, Eva se estremeció y comenzó a llorar. Millones de lágrimas rodaron sin control por sus mejillas. Una gran impotencia la embargaba y no sabía qué hacer.

Decidido, Víctor le arrancó todo lo que llevaba en las manos, lo tiró al suelo y la estrechó contra su pecho. No la entendía en aquellos momentos, pero sabía que lo necesitaba más que nunca.

—No pasa nada, cariño. Dime qué pasa. Te juro que haré lo que me pidas —la animó con calma y paciencia. Trató de deshacerse de sus brazos, pero él no lo permitió—. No, Eva. No pienso dejarte marchar así. Te vas a tranquilizar y vamos a hablar. No te vas a ir sin darme una explicación. —No fue una exigencia, sino más bien una súplica. Estaba desesperado.

Con la respiración agitada y casi temblando, Eva se atrevió a mirarlo a los ojos. Vio la mirada de un hombre bueno, cargada de amor y esto le valió para armarse de valor. Tomó una bocanada

de aire mientras se dejaba guiar por Víctor hacia el salón de nuevo.

Él la invitó a tomar asiento y le ofreció agua, pero Eva la rechazó. Se refugió de nuevo en sus brazos y Víctor la acogió sin hacer preguntas en voz alta. Todas estaban en su mente.

Pasados unos minutos, en los cuales ninguno dijo nada, Eva se deshizo de sus brazos, lo miró y apartó el resto de lágrimas que aún rodaban por su rostro. Se separó un poco de él, se puso en pie, y, cuando Víctor pensó que se iba a marchar, Eva, dándole la espalda, dejó caer su vestido al suelo y le mostró todos sus miedos y su mayor secreto.

Con los ojos muy abiertos, Víctor observó la enorme cicatriz que tenía en la columna vertebral, comprendió que debía haber sido operada a raíz del accidente que le contó. Girándose un poco, sin llegar a ponerse de frente, Eva le mostró otra gran cicatriz que tenía en la cadera izquierda.

Con valentía, lo miró a la cara, sin importarle estar en ropa interior frente a él. Pudo sentir cómo tragaba con dificultad, al mismo tiempo que la miraba perplejo e incapaz de decir nada.

—No eres tú, Víctor. Soy yo. ¿Ves bien mi cuerpo? No puedo obligarte a amar algo así cuando yo misma soy incapaz de tocarlas.

Víctor expulsó todo el aire que contenía en sus pulmones. Por fin comprendía los miedos y reticencias de Eva. Se levantó y la estrechó contra sus brazos.

—Yo te enseñaré a amarlas. No me apartes de ti, por favor. Me hago una idea de todo por lo que debes de haber pasado, pero yo te amo. No me importan estas cicatrices, amo todo lo que forme parte de ti.

Sin saber cómo ella iba a reaccionar, se atrevió a pasear sus dedos, con delicadeza, por su espalda. Notando cada centímetro de aquella larga cicatriz en su piel.

Mientras, Eva lloraba de emoción. Acababa de decirle que la amaba y la acariciaba con la mayor dulzura que jamás hubiese sentido. Era incapaz de articular palabra. Solo deseaba cerrar los ojos y continuar en los brazos de Víctor por mucho tiempo, sintiendo que la sostenía y estaba ahí para ayudarla.

Tras varios minutos abrazados, Eva rompió el silencio:

—¿Podemos dormir juntos? —preguntó sin atreverse a mirarlo a los ojos—. Solo dormir, por favor —le rogó como una niña asustada.

Con delicadeza, Víctor le alzó la mejilla para lo que lo mirase. Eva vio unos maravillosos ojos grises que rebosaban amor.

—Podemos hacer lo que tú quieras, cariño. Soy todo tuyo.

Eva le dio un breve beso. Víctor la cargó en brazos y la llevó hasta la cama.

Con la cabeza reposada sobre su fuerte pecho, se sintió una mujer muy afortunada. Él la depositó en el colchón, la arropó y luego se colocó a su lado. Ella se abrazó a él y se sintió como nunca antes.

Víctor le acarició el cabello y le dio un beso en la frente.

—Descansa, princesa. Lo necesitas. No me apartaré de tu lado, a menos que me lo pidas.

La generosidad y comprensión de aquel hombre logró emocionarla. Le hubiese gustado decirle que también lo amaba, pero algo le decía que Víctor lo sabía incluso antes que ella misma.

A la mañana siguiente, cuando Eva despertó, hacía años que no dormía tan bien, se encontró entre los brazos de Víctor. Él la miraba con una sonrisa en sus labios. No supo en qué momento se desvistió, pero sentirlo a su lado, con solo los calzoncillos le hizo sentir mucho calor. Ella recordó que iba a ropa interior. Se revolvió, se acomodó mejor y lo miró a los ojos con un profundo agradecimiento.

—Hacía mucho que no dormía con nadie —reveló—. Gracias por esta noche y tu infinita paciencia conmigo. —Le dio un beso en el pecho mientras Víctor le acariciaba el cabello.

—Me alegro de ser yo. ¿Estás bien? —preguntó casi con miedo. Eva asintió con timidez, sin saber qué hacer o qué decir—. ¿Cuánto hace que no estás con un hombre? —preguntó de forma directa.

Ella se apartó de su lado y se incorporó un poco, para mirarlo directamente a los ojos.

—Casi cinco años —reveló sin tapujos. Había llegado la hora de confiar en Víctor. Él la miró sorprendido. Nunca habría esperado algo así, que una mujer como ella y a su edad llevase tanto tiempo sin vida sexual—. Después del accidente donde me atropellaron, tarde más de dos años en recuperarme casi por completo. Luego me refugié en el trabajo y me convertí en una adicta a él. Hace un año me permití la licencia de volver a creer en el amor y buscarlo, confiar en una pareja, pero no resultó fácil. Mis miedos son más fuertes que yo, como has podido comprobar. No soy lo que esperas de mí.

Comenzó a alejarse de él, para levantarse y marcharse para siempre. Daba por finalizada su intento de relación con Víctor. Pero él no lo permitió. La acercó de nuevo a su lado, la besó con infinita ternura y le acarició la mejilla, perdido en ella.

—No me importa el tiempo que necesites. Estaré ahí, Eva. Te juro que a mi lado vas a volver a creer, y ten por seguro que seré yo el hombre que te hará sentir tu primer orgasmo después tanto tiempo, y superar todos los miedos que te azotan. Ya te lo dije en una ocasión, no te vas a deshacer de mí con facilidad.

Volvió a besarla y Eva le correspondió mientras varias lágrimas rodaban por sus mejillas. Víctor era especial y diferente a todos los hombres con los que se había cruzado en la vida.

—Tu prepotencia no tiene límites, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa, mientras se apartaba las lágrimas de las mejillas. Se sentía feliz.

—Con respecto a ti, ya lo sabes. —Volvió a besarla, y ella le correspondió con creces.

Luego, Víctor la invitó a desayunar en una cafetería cercana. No hablaron de cuál sería su relación a partir de aquel momento, pero estaba claro que habían dado un gran paso y estaban mucho más unidos. Él no pensaba dejarla marchar, y Eva comenzaba a volver a creer de nuevo.

Aquella tarde, Eva recibió un mensaje de Víctor en su teléfono.

He tenido que viajar con urgencia a los viñedos de mi abuelo, donde también están mi madre y mi sobrina. En un par de días estaré de regreso.

No pienses, ni por un solo segundo, que he huido de ti.

Te quiero, Eva Quiroga, desde el mismo instante en el que te vi.

Después de leerlo, se sintió en una nube. Le encantó ver por escrito aquella declaración de amor. El corazón le latía con fuerza y miles de mariposas revoloteaban en su estómago mientras le respondía:

Espero que no sea nada grave. Te estaré esperando. Un beso.

En su fuero interno había admitido que amaba a Víctor Ferrer, pero esperaba una ocasión especial para manifestárselo. No podía hacerlo sin mirarlo a los ojos, por ello no le correspondió con las mismas palabras y el mismo amor que él le mostraba en su mensaje.

43

Sentado al lado de la chimenea, con su abuelo enfrente y Dorian, el perro más fiel que había conocido a sus pies, Víctor tenía el pensamiento puesto en Eva. Maldijo la situación que lo había llevado a alejarlo de ella en aquellos momentos y deseó tenerla entre sus brazos y besarla pronto.

—Víctor, ¿te ocurre algo, hijo? Quizás no debí haberte llamado —lamentó Gloria.

Aquella mañana había recibido una llamada desesperada de su madre. Su marido había tenido que viajar por asuntos de negocios, el abuelo de Víctor estaba enfermo y la situación con Daniela cada día tenía más intranquila a su abuela. Desde que se había hecho cargo de la pequeña sentía que no podía con todo. A Félix, el marido de Gloria, no le gustaban los niños y no le hacía nada de gracia que la nieta de su mujer fuese a vivir con ellos de manera indefinida.

Ante aquella situación, Gloria llamó a su hijo, su única tabla de salvación. Sabía que Víctor tenía mil asuntos pendientes en Madrid y mucho trabajo, pero ella sentía que todo lo que había a su alrededor se derrumbaba. Su vida había cambiado de forma radical en cuestión de meses y había perdido a una hija. Víctor comprendía los malos momentos por lo que pasaba su madre, pese a hacerse la fuerte.

—Mamá, puedes llamarme siempre que me necesites.

—Hijo, cuando regresaste de Nueva York me dijiste que te harías cargo de parte de los viñedos, junto con Félix. De esa forma yo me podría dedicar a Daniela y al abuelo en exclusiva, pero no ha sido así. Los negocios de tu padre te retienen demasiado en Madrid, yo te necesito aquí. —No fue un reproche, estaba desesperada y solo lo tenía a él. Había escuchado a Víctor decir mil veces que no quería nada de Rodrigo Ferrer, que arreglaría el tema de la herencia y se dedicaría a montar su propio bufete y ayudarla en los viñedos.

—Creo que mi presencia es más necesaria en Madrid que aquí —argumentó—. No pienso dejar el bufete en manos de Alexia. He descubierto ciertas cosas que lo más probable es que me lleven a enfrentarme con esa mujer en los tribunales —anunció seguro de ello.

—¿Qué ocurre? —preguntó alarmada.

El abuelo de Víctor permanecía con los ojos cerrados, pero estaba atento a la conversación.

—Alexia ha jugado sucio y lo voy a demostrar. Resulta que la única herencia que tenemos Daniela y yo es el bufete, al parecer mi padre no tenía más bienes a su nombre —le informó.

—¿Cómo? ¿El bufete iba mal últimamente?

—No. Todo lo contrario. Facturaba varios millones de euros al año. Desde que papá se divorció de ti creció y se hizo más rico.

—¿Dónde está todo ese dinero? —preguntó preocupada. A ella no le interesaba nada de su exmarido, pero sí lo que le correspondería a su hijo y a su nieta por derecho.

—El chalet donde vivía en Madrid está a nombre de Alexia, la casa en la sierra y el chalet en la Toscana resulta que fueron vendidos unos días antes del accidente de papá. Y la cuenta bancaria de él fue vaciada por medio de una transferencia apenas dos horas después de conocerse el terrible accidente. Como comprenderás, voy a averiguar todo. No pienso permitir que Alexia se quede con lo que no le pertenece. Estoy seguro de que ha falsificado documentación y ha pagado a sus cómplices para quedarse con todo lo de papá. Tú y yo sabemos que solo estaba con él por su dinero y la posición social que le proporcionaba ser su mujer.

—Rodrigo estaba ciego con ella. Solo veía su belleza y juventud. No me extraña que le diese

todo.

—La semana pasada viajé a Italia. He hablado con el comprador de la casa. He descubierto que Alexia la vendió después de la muerte de mi padre, le pagó un extra para alterar la fecha de venta.

—Esa mujer no tiene límites.

—Estoy reuniendo toda la información, con discreción. No quiero que sospeche que sé nada, deseo que todo le caiga encima como un jarro de agua fría. Tengo a gente averiguando cómo se realizó la compra de la casa en la sierra y dónde fue a parar el dinero que falta en la cuenta de papá. En las de Alexia y en las del bufete no está.

—Ve con cuidado, hijo —le advirtió.

Si esa mujer había hecho todo aquello apenas quedarse viuda, era peor de lo que Gloria pensaba. Cuando la ambición en una persona no tiene límites, es capaz de todo.

—Lo tendré, madre. Hago todas las gestiones fuera del bufete, para que nada llegue a sus oídos y crea que todo continúa tal y como lo planeó. En cuanto tenga todas las pruebas la demandaré.

Al día siguiente, un mensajero le entregó a Eva la caja más grande que jamás hubiese recibido. Sorprendida, la recibió en su despacho, casi no cabía por la puerta.

Una vez a solas, la abrió, intrigada. No esperaba nada de tal tamaño, no recordaba haber pedido un frigorífico para la oficina. Deshizo el gran lazo rojo del envoltorio y la caja se abrió de inmediato, dentro había un gran oso de peluche, casi tan grande como ella. En una mano llevaba atados tres globos y en la otra una nota.

Con la ilusión de una niña, admiraba aquel regalo. Con manos temblorosas y emocionada comenzó a leer:

Voy a tener que pasar unos días más en casa de mi madre, junto a ella, mi sobrina y mi abuelo. Me necesitan.

Te envío este peluche para que lo abraces por las noches y no me eches de menos a tu lado. Creo que de él no sentiré celos, tan solo lo envidiaré por estar más cerca que yo.

No veo la hora de tenerte cerca y volver a besarte.

Recuerda que seré todo lo paciente que necesites, aceptaré lo que me puedas dar. Para mí el hecho de estar a tu lado ya es pura felicidad.

Un beso, mi reina. Nos vemos pronto.

Te quiero, Víctor.

Con lágrimas en los ojos, miró bien el peluche y soltó una sonora carcajada. Víctor era increíble. ¿Cómo se le había ocurrido enviarle algo así? Lo cierto era que le había encantado. Nunca le habían regalado nada igual.

Se abrazó al peluche y sintió que Víctor Ferrer estaba ya muy dentro de su corazón, de un lugar del que no lo podría sacar. La sensación de felicidad que tenía en esos momentos la hizo sentirse más viva que nunca.

De inmediato, cogió el teléfono y lo llamó. Deseaba escuchar su voz.

—Escogiste el más grande, ¿verdad? —dijo nada más que él le descolgó.

—¿Te ha gustado?

—Me ha encantado. No esperaba algo así de ti.

—Fui a comprar unos juguetes para Daniela y lo vi en la tienda, me acordé de ti y pensé que

te gustaría. Creo que he acertado.

—Sí, gracias.

—No me las des, es un simple detalle.

—Yo no lo calificaría de simple. No sé cómo llevármelo a casa. Mi imagen de ejecutiva seria se va a ir al traste cuando me pasee por todo el Grupo Quiroga cargada con el oso y los globos.

Víctor soltó una enorme carcajada, imaginándola.

—Me encantaría estar ahí para verte.

—¿Todo bien por los viñedos? —No se atrevió a preguntar más.

—Sí, nada de gravedad.

—Bien. Me marcho a casa. Hoy ha sido un día duro. Dormiré abrazada a mi oso esta noche. Es muy blandito y suave. —Lo abrazó y sintió a Víctor muy cerca de ella.

—Cuando regrese ocuparé su lugar.

Eva sonrió para sí misma. Le gustaba la idea de dormir con Víctor, pero no se lo manifestó.

—Hasta mañana. Dale un beso a Daniela, y otro para ti —dijo, antes de que él se lo pidiese.

—Hasta mañana. Eva —llamó su atención antes de que le colgase.

—¿Qué?

—Te quiero.

No esperó respuesta, le cortó de inmediato. Sabía que ella necesitaba un tiempo para pronunciar aquellas palabras, y se lo pensaba conceder.

Con la mejor de sus sonrisas y como una niña con un juguete nuevo, se paseó, cargada con el gran oso, bajo la atenta mirada de todos los trabajadores del Grupo Quiroga que se encontraba de camino a su coche. Se sentía feliz. Víctor Ferrer sabía sacar lo mejor de ella.

***

La estancia de Víctor en casa de su madre se demoró unos días más de lo esperado. Le hubiese gustado estar de regreso en Madrid para el fin de semana, pero el marido de su madre no volvió del viaje como tenía previsto y Víctor decidió quedarse y poner en orden todo el retraso que llevaban con la nueva cosecha y la contabilidad del lugar.

A mediados de semana regresó a casa, pero no le dijo nada a Eva, quería darle una sorpresa. Durante esos días habían hablado por teléfono casi dos veces al día y se enviaban miles de mensajes, ambos reconocían que nunca antes habían estado así con otra pareja anterior. Todo entre ellos era muy nuevo y deseaban vivirlo.

La tarde-noche del jueves Eva llegó a casa reventada. La última reunión del día se había extendido más de lo esperado. Soñaba con un baño caliente y tumbarse en la cama. Cuando abría la puerta de su casa, Víctor la sorprendió por detrás. La envolvió entre sus brazos y le dio un beso en el cuello. Deseaba con todas sus fuerzas aspirar el aroma de Eva, solo ella conseguía nublarle todos los sentidos como nadie.

—Ya has regresado —murmuró sobre sus labios, feliz de tenerlo allí junto a ella.

—Hace un par de horas. Quería sorprenderte.

—Lo has logrado. Acabas de mejorar mi día. —Le acarició la mejilla y lo besó de nuevo.

Con maestría, Víctor la llevó hasta su casa. Cuando Eva se dio cuenta, se encontraba tumbada en el sofá de su atractivo vecino, llena de caricias y besos a los que correspondía con ganas.

—¿Una copa de vino? —propuso Víctor. Si continuaba besándola de aquella forma terminaría por llevarla a la cama.

—Sí, por favor. He tenido un día de locos. Necesito relajarme.

—Estás en las mejores manos. Déjate mimar.

Mientras Víctor fue a buscar la botella y unas copas a la cocina, ella aprovechó para deshacerse de las botas. Había comenzado a usarlas con un poco de tacón y al final del día siempre sentía que no podía más.

Se puso cómoda en el sofá y colocó los pies en alto. Se permitió cerrar los ojos por unos segundos y percibir que Víctor estaba cerca. Lo escuchaba en la cocina, abrir y cerrar puertas.

—He traído uno de los mejores vinos de mi abuelo. De la cosecha del año 2010. —Le mostró la botella y Eva fijó la mirada en el nombre.

—No lo puedo creer, uno de mis vinos preferidos y es de los viñedos de tu abuelo. —Tomó la botella entre sus manos y la observó al detalle antes de que Víctor llegase a descorcharla.

—Mi abuelo heredó los viñedos de su padre, continuó con el negocio y ahora lo lleva mi madre, su única hija. Tiene la gran pena de que yo no me dedique a ello al completo. Cada vez que lo visito trata de que deje el mundo del derecho y me meta en el campo.

—¿Lo conseguirá algún día? —preguntó en actitud curiosa. Estaba descubriendo que cada día necesitaba saber más de él.

—No lo sé. El día que mi madre no pueda hacerse cargo, lo haré yo. No voy a permitir que se vaya al traste todo por lo que trabajó mi familia durante años. A día de hoy solo tengo claro una cosa. —La miró en silencio y su respuesta se hizo de rogar unos segundos—. Estaré donde tú estés y desees estar.

Eva le devolvió la botella junto con una gran sonrisa. Solo Víctor Ferrer sabía acelerarle el corazón de aquella forma con sus inesperadas confesiones.

—Un día me gustaría conocer las tierras donde nace este gran vino. —Lo observó vertido en la copa mientras movía esta.

—Deseo concedido. Este fin de semana te llevaré a conocer los viñedos de mi familia, y de paso vuelves a ver a Daniela. —Eva asintió algo incómoda. La vía de escape al comentario de Víctor le había salido mal—. Por un futuro juntos —brindó él.

Eva chocó la copa con la de Víctor y bebió de ella.

—Un *Garza* espectacular. El mejor que he probado nunca. —Eva saboreó el vino y le dio otro trago.

—Ya tendrás excusa para tocar a mi puerta todas las noches. Tengo el mejor vino.

—Hay algo más importante —rebatió ella. Víctor se le quedó mirando, expectante—. Eres la mejor compañía. —Volvió a brindar con él y luego lo besó.

Víctor le propuso salir a cenar, pero en realidad a ninguno de los dos les apetecía marcharse del ambiente tan relajado que habían creado. Optaron por pedir comida a domicilio. Ni se molestaron en comer con formalidad. Lo hicieron entre el sofá y la mesa baja que tenían delante.

Tras la cena, el cansancio y el vino comenzaron a hacer mella en Eva, mientras Víctor le relataba con entusiasmo todo el proceso de elaboración de *Garza*, el vino de su familia, ella bostezó sin ser consciente de ello. Los párpados cada vez le pesaban más.

—Tienes sueño. Es hora de ir a la cama y descansar —la animó él—. Vamos, te acompaño a casa. —Le tendió una mano y Eva le mostró una enorme sonrisa. Lo había dicho como si tuviesen que recorrer varios kilómetros.

Aceptó su mano y se dejó guiar.

—Eva, no quiero presionarte. Te deseo cada día más, pero todo entre nosotros será cuando tú estés lista —le dejó claro. Se mostraba paciente.

—Gracias, hoy ha sido perfecto. —Le acarició la mejilla y le dio un breve beso en los labios —. Me gustaría dormir contigo —confesó en un murmullo antes de que Víctor se marchase—,

pero soy consciente de que ello supone un enorme esfuerzo para ti. Tenerme y no tenerme. Necesito un poco más de tiempo —le suplicó con la frente apoyada sobra la suya y ambas manos sobre sus mejillas.

Víctor suspiró con pesar. Haría cualquier cosa por Eva. Se separó de ella, volvió hacia su casa, y cuando Eva pensó que iba a entrar, cerrar la puerta y ella quedarse allí como una tonta, él echó la llave por la parte de fuera, la tomó de la mano, le besó el cuello y le susurró:

—Vamos a la cama. Estás muy equivocada si piensas que el hecho de solo dormir contigo no es un placer para mí.

Abrazada a Víctor, sintiendo su calor y su pecho contra su espalda, Eva pasó la segunda mejor noche de su vida. Jamás olvidaría la primera vez que durmió con él.

Al día siguiente, durante la mañana, mientras trabajaba, Eva recibió un mensaje de Víctor. Cuando se despertaron no tuvieron apenas tiempo de hablar. Se habían quedado dormidos y llegaban tarde a la oficina.

¿Qué planes tiene para hoy? Te invito a almorzar y luego al cine.

Eva le respondió casi al instante. La tarde de los viernes nunca trabajaba.

Acepto, pero a las ocho tengo un compromiso. Les prometí a mis sobrinas que me quedaría con ellas a dormir en su casa. Martín y Elena tienen una cena.

Víctor había pensado pasar el resto del día con ella, hasta el sábado por la mañana que la llevase a los viñedos de su familia. Tenía organizado ir con Eva a los viñedos aquel fin de semana.

No te preocupes, a las ocho en punto te dejaré en libertad. Bromeó.

Comieron juntos, fueron a tomar café a una terraza en la que estuvieron muy a gusto. Charlaron sobre la infancia de cada uno y sus vidas. Eva cada vez se sentía más relajada junto a Víctor. Le gustaba su compañía, que siempre estuviese pendiente de ella, y sobre todo que cada vez que lo mirase él le respondiese con aquel brillo tan especial en los ojos y la bonita sonrisa de su rostro que hacía que se derritiese. No solo era un tío guapo, era el mejor que había conocido jamás, y estaba dispuesta a no dejarlo escapar.

Sentados en el cine, mientras esperaban el comienzo de la película, Eva lo miró y se armó de valor.

—Gracias por tu paciencia. Creo que estoy preparada para volver a creer —confesó aferrada a su mano con fuerza. Le mostró una sonrisa tímida cuando él la miró.

Víctor no esperaba aquella confesión, si bien no le decía que lo amaba, para él resultó lo mismo. Le asaltó la boca y la besó con ganas, sin importarle estar rodeados de gente.

—No te arrepentirás —le susurró en el oído.

Eva lo miró y suspiró. Dormir dos noches junto a él le había devuelto la confianza que le faltaba al lado de un hombre. Víctor le había demostrado que le importaba ella, no su cuerpo. El mimo y la delicadeza con la que la trataba la hacía sentirse única y especial. Se prometió devolverle todo lo que le había dado sin él ser consciente de ello. Se sentía una mujer nueva y era gracias a Víctor Ferrer.

Cuando Víctor dejó a Eva en la puerta del edificio de su hermana, se despidió de ella hasta la

mañana siguiente, quedaron en pasar el fin de semana en los viñedos de la familia de él. En un principio Eva fue reticente a pasar la noche allí, pero finalmente Víctor la convenció. Le explicó que el lugar era enorme y sobraban habitaciones y espacio, además harían muy feliz a la pequeña Daniela con su visita. Esto último fue lo que le hizo decidirse por completo. Víctor ya la conocía bien y sabía que amaba a los niños, haría cualquier cosa por ellos.

Aquella noche, después de las pequeñas gemelas caer rendidas en la cama, Eva llamó a Virginia. Necesitaba contarle todo lo que le estaba sucediendo entre ella y Víctor. Con Elena apenas tuvo tiempo de hablar del tema, apenas llegó a su casa Carolina y Eva se apoderaron de su tía y la llevaron al cuarto para jugar con todo lo que tenían preparado.

En el salón, con la luz medio encendida, hablaba con Virginia. Sabía que Martín y Elena llegarían entrada la noche, y las niñas cuando cogían el sueño, no las despertaba nada.

—¿Te vas con él a pasar el fin de semana? —preguntó Virginia, sorprendida. Eva le había relatado todo lo sucedido con Víctor, con ella y con Elena no tenía secretos. Ambas eran conocedoras de sus miedos y límites tras el accidente. En más de una ocasión intentaron ayudarla, pero Eva se empeñaba en ponerse barreras que no conseguía traspasar.

—Vamos a casa de su madre. Va a enseñarme el negocio familiar. No me voy con él sola.

—¡Vas a conocer a tu suegra! Este Víctor sí que va rápido, pero me encanta para ti.

Eva no lo había pensado desde aquella perspectiva, cómo la iba a presentar Víctor. Ni siquiera habían definido su relación.

—Voy de invitada, quizás me presente como a una amiga. No lo sé. Lo cierto, es que no lo hablamos.

—Disfruta del momento y de todo lo que ese hombre te hace sentir. Te lo mereces. A tu vuelta quiero que prepares una comida y me lo presentes. —Virginia solo lo recordaba de pasada, la noche de la discoteca.

—Víctor es especial.

—Me alegro de que por fin lo hayas encontrado. Te aseguro que no te dejará escapar. Tiene pinta de saber enamorar muy bien a una mujer.

—Se las sabe arreglar —comentó con una sonrisa boba, mientras recordaba todas las cosas por las que habían pasado desde que se conocieron.

—Has caído. Estás enamorada hasta la médula de él, aunque no lo digas en voz alta. —Virginia la conocía bien, sin mirarla a los ojos, con solo escuchar la felicidad que emanaba su voz, supo que pasaba por el mejor momento de su vida.

—Por ahora es un secreto que solo mi corazón y yo sabemos.

—Pues no tardes en decírselo, ni en irte a la cama con él —le aconsejó—. Hombres como Víctor Ferrer ya no quedan y a ti te ha tocado la lotería. Yo que tú, comenzaría a disfrutar del premio.

Eva sonrió. Virginia era más decidida en las relaciones. A pesar de llevar demasiado tiempo enamorada de un hombre para el que era invisible, disfrutaba de la vida. Hacía años que no tenía una relación estable, pero no era una monja como Eva. Le gustaba disfrutar, salir y vivir la vida.

44

A la mañana siguiente, fue Eva quién sorprendió a Víctor, no habían quedado en una hora en concreto para marcharse a los viñedos. A las nueve de la mañana tocó a su puerta y traía churros para desayunar.

Víctor salía de la ducha, envuelto en un albornoz blanco, cuando fue a abrir. Al verla frente suya, con aquel aire tan juvenil, se le cortó la respiración. En vaqueros, con unas zapatillas de deporte y el pelo recogido en una coleta alta, le pareció la mujer más apetecible.

—Buenos días, desayuno a domicilio, señor Ferrer. —Eva se mostraba sonriente y de buen humor.

En un impulso, Víctor la arrastró hacia él y la abrazó.

—Déjame saludarte como te mereces. —La besó como llevaba deseándolo toda la noche.

Eva se perdió en sus labios y sus brazos. Fue Víctor quien interrumpió el beso, cerró la puerta y la llevó dentro, la volvió a besar y la sintió más suya que nunca.

—Si sigo besándote, te aseguro que lo más lejos que vamos a ir hoy es a mi cama. Y no es el plan. Dejémoslo para la vuelta —propuso. Necesitaba aquel fin de semana en familia y relax con Eva para que terminase de confiar en él por completo. No la deseaba insegura ni con miedos, la quería decidida y convencida de estar con él en todos los sentidos.

Desayunaron y luego tomaron rumbo a los viñedos de la familia de Víctor. Se encontraban en Badajoz y tenían unas horas de carretera por delante.

Mientras Víctor conducía, Eva lo observaba de vez en cuando en silencio. A él no le pasó desapercibido el nerviosismo que mostraba. Para tranquilizarla, le tomó una mano, se la acarició y la llevó hasta sus labios. Depositó un beso en sus nudillos y le transmitió seguridad.

—No me voy a apartar de tu lado en todo el fin de semana.

Eva solo le devolvió una sonrisa tímida, no se atrevió a decirle que eso era precisamente lo que le causaba más intranquilidad. Estar junto a él y rodeada de su familia le pareció una auténtica locura que no debió haber aceptado, pero ya no había marcha atrás.

—Aquí comienza la finca de mi familia —indicó Víctor cuando se apartaron de la carretera principal y entraron en un camino de tierra.

Con la cabeza pegada al cristal tintado del vehículo, Eva observó todo el paisaje. El trayecto en coche se prolongó durante más de quince minutos. Al final del camino, Eva divisó una entrada con un gran arco en el que estaba grabado *“Viñedos Garza”*. Luego, una enorme casa, con toda la fachada de piedra, llamó su atención. Tenía dos plantas y calculó que por dentro debía de tener como mínimo diez habitaciones.

—En la parte de detrás hay una piscina, pista de tenis y una zona para hacer barbacoa.

—Vaya, es impresionante. —No esperaba una gran mansión llena de lujos.

—También tenemos caballos. El establo está a la derecha de la casa, por aquel camino —le indicó con la mano una vez que estacionaron delante de las escaleras que llevaban hasta la entrada de la mansión.

—Esto es maravilloso. Aquí se debe de vivir muy bien, lejos de la contaminación, el ruido y el estrés de Madrid.

—Sí, para pasar unos días o una temporada está bien, pero no me veo viviendo aquí como lo

hizo mi abuelo siempre.

—Eres un hombre de mundo.

—Era un hombre al que le gustaba moverse en la gran ciudad, ahora tengo muy claro lo que quiero. —La miró con tal intensidad que Eva sintió cómo sus mejillas ardían.

Víctor desvió la mirada y vio que su madre y su sobrina venían de camino para recibirlos. Con agilidad, se bajó del coche, fue hasta el lado de Eva y la tomó de la mano, con fuerza, para sorpresa de ella. Dieron unos pasos, juntos, y se encontraron con Gloria y Daniela al pie de la escalera.

—Preciosa, mira quién ha venido a verte. —Víctor cogió a su sobrina de los brazos de su madre, la besó y la niña se agarró a su cuello—. Mamá, te presento a Eva Quiroga.

Gloria desconocía que su hijo tuviese pareja formal, pero le bastó ver cómo Víctor miraba a aquella mujer para saber que estaba loco por ella.

—Hola, hija. Soy Gloria. —Le dio dos afectuosos besos y le mostró una sonrisa encantadora.

—Un gusto conocerla. Es usted muy guapa, y joven.

La madre de Víctor tenía el cabello rojizo y rizado, cortado a la altura del hombro. Era delgada y tenía los mismos ojos de su hijo. No tenía pinta de abuela.

—Tú sí que eres muy guapa. Víctor me ha hablado mucho de ti. —Eva lo miró con desconcierto. Desconocía aquella información.

Para aplacarla, Víctor le brindó a Daniela. Eva la recibió en sus brazos y le dio un beso. Para sorpresa de su abuela y de su tío, la niña le correspondió con entusiasmo, como si la conociese de toda la vida.

En los ojos de Gloria, Eva pudo apreciar la emoción que sintió al ver el gesto.

—Te quiere, desde que llegó no nos ha besado a ninguno, solo nos da abrazos —reveló Gloria, emocionada.

—Eva tiene un don especial para los niños, se maneja bien con ellos. Tiene dos sobrinas, gemelas, de cinco años. Me consta que la adoran.

—No quiero imaginar lo que deben de ser dos niñas de la misma edad e iguales, a su edad comenzaran con las travesuras de intercambiarse—comentó Gloria.

—Tienen en quién inspirarse, su madre y su tía lo hacen y ya son mayorcitas —murmuró Víctor mientras subían las escaleras para entrar a la casa. Gloria los miró sin entender muy bien el comentario—. Eva, dile a mi madre que tienes una gemela. No vaya a ser que te confunda algún día con Elena como lo hice yo.

—¡¿Cómo?! Eso no me lo has contado. —En los días que Víctor pasó en casa de su madre le habló de Eva, su vecina y nueva jefa, pero no le contó aquella parte—. ¿Qué pasó? —preguntó interesada en la historia.

—Ya te lo contaremos con calma, seguro que lo encuentras muy divertido, madre —aventuró con una sonrisa.

Eva, centrada en Daniela en sus brazos, solo le dirigió una sonrisa tímida a Gloria, que captó la gran complicidad que existía entre la pareja.

—Papá, ya ha llegado Víctor —anunció Gloria, alzando la voz, nada más entraron en la casa.

—Abuelo, ¿cómo te encuentras hoy? —Víctor fue hasta el sillón donde estaba sentado, cerca de la chimenea, con una manta de cuadros sobre las piernas y su bastón al lado, le dio dos besos.

—Mejor, hijo. Ya pasó ese resfriado que casi termina conmigo.

—Tú eres fuerte como un roble. Te presento a Eva Quiroga, la nieta de Sebastián.

Gloria cogió a su nieta de los brazos de Eva, para que esta estuviese más cómoda. Eva se acercó a Anselmo y le dio dos cariñosos besos.

—Disculpa que no me levante, pero tengo la maldita ciática y me tiene casi postrado.

—No se preocupe. Víctor me ha hablado mucho de su abuelo, tenía ganas de conocerlo. —Lo observó con una sonrisa cálida, aquel hombre transmitía ternura con solo mirarlo. Tenía los mismos ojos que su nieto.

—Y yo a ti. Eres muy guapa.

—Gracias.

—Y tu abuelo, ¿qué tal está? Llevo años sin verlo. Desde que se volvió a casar no quiere saber nada de los amigos de toda la vida —comentó animado.

—Creo que no te he dicho —Víctor se dirigió a Eva—, que nuestros abuelos son viejos conocidos.

—Oh, no lo sabía. La verdad, es que no se volvió a casar, él y mi abuela se reencontraron de nuevo —explicó a Anselmo.

—No sabes cuánto me alegro. La última vez que hablé con él por teléfono me dijo que estaba feliz con sus dos nietas y con el hecho de que una de ellas se hubiese casado con Martín.

—Sí, Elena.

—Su gemela —apostilló Víctor.

—No lo sabía —comentó Anselmo asombrado—. Dos mujeres iguales. ¡Qué afortunados sois Martín y tú! —Se la quedó mirando, sonriente.

Tras el comentario, Eva se sintió un poco incómoda. No sabía en calidad de qué la había llevado Víctor a su casa, no lo habían hablado, pero apreciaba que la madre y el abuelo de Víctor daban por hecho que eran pareja.

—Cuando conocí a Eva no sabía de la existencia de dos mujeres iguales. Envidié a Martín Quiroga por tener a una mujer como ella. —La miró de una forma tan intensa que Eva sintió mil mariposas en el estómago—. Pasado algún tiempo, descubrí que eran iguales y que Eva había jugado conmigo, pero sin mala intención —lo comentó risueño, con un toque de humor. La tomó por la cintura en actitud cariñosa, y le dio un beso en el cabello.

—Hacéis una bonita pareja. —La voz de Anselmo resonó mientras los miraba embobado.

Gloria sintió la incomodidad del momento en el rostro de Eva.

—Eva, cariño, ¿vienes conmigo y con Daniela y te enseñamos el resto de la casa y tu habitación?

Daniela le extendió la mano a Eva. Se la tomó de inmediato y aceptó la propuesta de la madre de Víctor. Él no las acompañó. Se sentó en el sillón vacío, al lado de su abuelo, y contempló las llamas de la chimenea mientras acariciaba a Dorian, el perro de su abuelo era mayor y casi siempre estaba recostado en sus pies.

—Me da la impresión de que por fin has conocido a la mujer de tu vida —comentó Anselmo —. Ella no es como las demás —apreció con sinceridad.

—No lo es —afirmó contundente—. Fue verla y saber que la quería para mí. Siempre me dijiste que cuando llegase la mujer ideal la reconocería nada más verla, yo nunca lo creí, pero te aseguro que lo supe al cruzar la primera mirada con ella.

—Brindemos entonces, ve por la mejor botella, la ocasión lo merece. —Víctor se levantó, fue a un mueble cercano y echó dos copas de vino.

—Salud. —Brindó Anselmo—. Ponte las pilas con ella, querido nieto. A este viejo no le queda mucho y no quiero marcharme sin ver a tus hijos correr por esta casa y estas tierras.

Víctor asintió con una sonrisa. Casarse con Eva y formar una familia era su propósito más inmediato.

Aquella noche, en la cena familiar, Eva conoció a Félix, el marido de Gloria. Le pareció una

persona educada, pero seca y poco cercana. Estuvo casi todo el tiempo en silencio. Se retiró pronto a su habitación tras alegar que estaba muy cansado. Él supervisaba el trabajo de los hombres en el campo y aquel día, al faltar unos cuántos de jornaleros tuvo que hacer más trabajo del habitual.

Aquella noche, Eva y Víctor durmieron en habitaciones separadas. Él no quería abrumarla, deseaba darle su espacio, que se acostumbrase a aceptarlo poco a poco. Tras dejarla en su cuarto, se despidió de ella con un beso en el pasillo. Luego, como no tenía sueño, bajó de nuevo a la planta baja y se echó una copa. Su abuelo ya se había ido a la cama, pero su madre aún deambulaba por la casa. Había ido a ver cómo estaba Daniela y se encontró con su hijo por el pasillo, decidió hacerle compañía y tomar una copa con él.

—Estás enamorado de ella. Solo hay que ver cómo la miras —apreció Gloria mientras miraba a su hijo.

Sentado a su derecha, en el sillón del abuelo, con una copa de licor en la mano, asintió ante las palabras de su madre.

—Sí.

—Me gusta para ti, no la dejes marchar —manifestó con orgullo.

—Es la intención. Hacerla mi mujer —confesó sin miedos—. Vamos poco a poco. Eva es diferente.

—Salta a la vista. Por esa misma razón no la alojé en tu habitación.

Víctor le sonrió a su madre, siempre la consideró una mujer muy sabia.

Al día siguiente, Víctor llevó a Eva a recorrer los viñedos. Le enseñó las tierras y cómo elaboraban el vino. Fue una mañana de lo más productiva. Le encantó todo lo que aprendió, un mundo totalmente desconocido para ella y que le resultó fascinante. Descubrió que Víctor sabía muchísimo sobre el negocio, le explicó todo al detalle, desde la plantación de la vid hasta el proceso de embotellado.

Por otro lado, le gustó conocer al Víctor informal, con botas de campo, vaqueros y moviéndose en un ambiente muy diferente donde lo conocía.

—Me gusta mucho sin traje de chaqueta, señor Ferrer —lo admiró de arriba abajo, acababan de bajarse del todoterreno en la parte trasera de la casa.

Víctor fue hasta ella, la abrazó y la besó.

—Los vaqueros le quedan de muerte, jefa. Me ponen más que esas faldas y vestidos de ejecutiva que sueles usar —le confesó mientras la retenía en sus brazos y le besaba el cuello.

Víctor volvió a besarla y se demoró en ello.

—Tengo que recordarte que tu madre nos espera, y ya vamos tarde —lo interrumpió Eva.

Él gruñó sobre sus labios, se separó a duras penas, suspiró, la tomó de la mano y se encaminaron hacia la casa.

Desde la ventana de la cocina, mientras terminaba de hacer una ensalada, Gloria vio cómo su hijo y Eva se prodigaban besos y arrumacos. Sonrió y dio gracias al cielo porque Víctor hubiese encontrado a alguien como ella. Últimamente en su familia solo había malas noticias, ya era hora de que llegase un poco de felicidad.

En la gran mesa de la cocina, almorzaron unas migas estupendas. El abuelo de Víctor no paraba de decir que eran su especialidad. Félix, el marido de Gloria, no los pudo acompañar. Tuvo que salir de viaje de forma inesperada. Daniela, sentada a la mesa, sonrió y le gustó que Eva la ayudase con la comida. La visita de su tío y Eva aquel fin de semana le había caído muy bien. Estaba más integrada con los mayores, sonreía más y no paró de jugar con ellos. La pena

que Gloria llevaba por dentro era que seguía sin decir ni una sola palabra.

La tarde pasó muy deprisa, junto con Daniela, Víctor le enseñó a Eva los maravillosos caballos que tenían. Montaron a la niña en un poni y pasearon con ella. Cansada de un ajetreado día, Daniela cayó rendida en la cama antes de las nueve de la noche. Entre su abuela y Eva se encargaron de bañarla y de que comiese algo antes de dormir.

Después de la cena, Eva estaba agotada. Se retiró a su habitación, necesitaba una ducha y tumbarse en la cama. Víctor, Gloria y Anselmo se quedaron un poco más en el salón.

Cuando Eva estaba por meterse en la cama, la puerta de su cuarto se abrió con cuidado. Alarmada, descubrió que era Víctor. Le mostraba una sonrisa de niño travieso en sus labios. Se metió ambas manos en los bolsillos del pantalón y se acercó a ella mientras caminaba con paso lento.

—No podía irme a la cama sin darte las buenas noches como deseo. —Sus ojos tenían un brillo especial y el susurro de su voz consiguió ponerle el vello de punta a Eva.

Se acercó más a ella, la tomó por la cintura, la miró risueño, como un niño cuando está a punto de cometer una travesura, y la besó. Se tomó la libertad de profundizar aquel beso y demostrarle todo lo que le podía hacer sentir. Necesitaba que Eva confiase en él por completo.

Por su parte, ella se dejó llevar. Entrelazó sus manos detrás de la nuca de Víctor, se puso de puntillas para tener mejor acceso a su boca y se entregó por completo a todos los sentimientos que ese hombre despertaba en ella cuando lo tenía así de cerca.

Con maestría y mucho tacto, Víctor introdujo las manos dentro de la camiseta de pijama que llevaba Eva. Le agradó comprobar que no tenía nada más debajo. Le acarició los pechos y le rodeó la cintura con ambas manos. Se atrevió a rozar la cicatriz de su espalda, pero lo hizo con tal mimo que ella no se apartó, todo lo contrario, se entregó más a él.

Decidido como nunca antes, Víctor paseó sus dedos por la columna de Eva mientras la besaba, le recorrió el cuello con besos húmedos mientras le susurraba sin descanso que la amaba.

El ambiente entre ambos estaba más que encendido, ambos deseaban lo mismo en aquellos instantes. Eva, a través de los pantalones de Víctor pudo sentir su abultado deseo.

—Estamos en casa de tu madre —murmuró, presa de la pasión, sobre sus labios. Sentía que no podía parar aquello. Deseaba a Víctor como nunca había deseado a otro hombre. Si ella no tenía las fuerzas ni el juicio de parar aquello, se lo suplicaba a él.

—Y qué importa. Esta casa es muy grande. Ella duerme al otro lado del pasillo, y mi abuelo en la planta baja. —Víctor estaba decidido, la deseaba con todas sus fuerzas y la tenía entre sus brazos más entregada que nunca.

Dieron unos pasos juntos, sin dejar de besarse ni acariciarse, hasta que sus piernas toparon con la cama y cayeron en ella.

Eva se sentía perdida, no podía parar aquello.

—Que vayamos a hacerlo por primera vez en casa de tu madre, como dos adolescentes… —murmuró sobre sus labios, sonriente y decidida.

—Mañana lo repetiremos en tu casa o en la mía. Te dejaré gritar todo lo que quieras, hoy debemos hacerlo en silencio —le advirtió con una mirada traviesa.

Eva suspiró, Víctor volvió a besarla mientras le acariciaba los pechos desnudos. Ella comenzó a subirle la camiseta para deshacerse de ella. De repente, cuando se incorporó un poco para sacársela por la cabeza vio que la puerta estaba abierta, había luz en el pasillo y Daniela estaba ahí, casi al lado de ellos, mirándolos con su peluche agarrado entre las manos. No se habían dado cuenta de que había entrado.

De golpe, Eva apartó a Víctor de su lado, se incorporó de la cama y fue hasta la niña mientras

se colocaba bien la camiseta, para tapar su desnudez.

—¿Qué te ocurre, preciosa? ¿No puedes dormir? —le preguntó agachada a su lado, tratando de comprenderla.

Daniela no dijo nada, soltó el peluche y se abrazó a ella, que la recibió de inmediato en sus brazos y sintió cómo temblaba.

Víctor estaba sentado en la cama, intentando recomponerse de la interrupción. Miraba a ambas mientras se revolvía el pelo.

Eva llevó a Daniela hasta la cama, se sentó con ella en sus brazos. Víctor intentó coger a la niña, pero no la quiso deshacer de la protección que sentía con Eva.

Ambos se miraron sin saber qué hacer o cómo actuar en esos momentos con Daniela. Era complicado.

—¿Quieres dormir conmigo? —le preguntó Eva mientras le apartaba el pelo de la cara.

La niña asintió de inmediato y se abrazó más fuerte a ella.

Víctor suspiró y se llevó de nuevo las manos a la cabeza y se la masajeo. Miró a Eva y la vio con una sonrisa en los labios. Su noche de pasión había tocado a su fin.

—Esta era la habitación de su madre —explicó Víctor a Eva mientras le acariciaba el pelo a su sobrina—. Supongo que se despertó asustada y vino aquí.

—Pobre Daniela, es tan pequeña… —La estrechó más fuerte contra su pecho, le dio un beso en la mejilla y miró a Víctor transmitiéndole que sobraba.

—Me voy a mi cama, ¡qué remedio! —lamentó un poco crispado.

—Lo siento, lo deseaba de verdad después de mucho tiempo —confesó Eva con sinceridad.

Víctor asintió maldiciendo la situación.

—Buenas noches. Ni me acerco a darte un beso porque te juro que no podría separarme de ti. Dios, qué oportuna ha sido Daniela.

—Podría haber llegado en un momento más comprometido aún. —Lo miró mientras se mordía el labio.

—Debí haber cerrado la puerta con llave. Ahora ella estaría en la cama de mi madre y yo en la tuya.

Se despidió lanzándole un beso con la mano. Eva lo sintió real. Luego, se acomodó en la cama con la pequeña hasta que ambas cogieron el sueño.

45

De vuelta a casa, en la intimidad del coche que los llevaría hasta Madrid, Víctor agradeció no estar más rodeado de gente.

Había adelantado la salida de casa de su madre antes del mediodía. Necesitaba a Eva sola para él, no compartirla con el resto de su familia.

—¿Impaciente? —preguntó Eva nada más que Víctor arrancó el coche y se alejaron de la casa de su madre.

—Mucho, llámame egoísta, pero te necesito solo para mí. Anoche mi sobrina te robó de mis brazos y no estaba dispuesto a permitirlo durante más horas.

Cuando Víctor se levantó y vio que Daniela desayunaba aferrada a Eva, supo de inmediato que tenía que poner tierra de por medio. Tenía pensado marcharse de la finca después de la sobremesa, pero adelantó los planes. Mintió y le dijo a su madre que tenía que estar en Madrid cuanto antes.

—Te has levantado un poco gruñón, creo que no has dormido muy bien —bromeó Eva con una sonrisa. Podía ver en sus ojos el deseo más puro por ella.

—Cierta incomodidad me lo impidió, pero tranquila, pronto le pondremos remedio. Creo que eres consciente de lo que anoche dejamos a medias, ¿dónde lo continuamos, en tu casa o la mía? —preguntó con un brillo especial en sus ojos grises.

—La mía —contestó Eva de inmediato. Sus ojos también desprendían fuego. Lo deseaba con todo su ser.

Antes de bajar del coche, ya aparcado en la plaza de garaje del edificio, Víctor la besó con intensidad, era una promesa de lo que vendría después.

Subieron en el ascensor entre besos y arrumacos, el ambiente entre ambos estaba más que caldeado. Cuando llegaron ante la puerta de Eva, ella miró hacia la de Víctor.

—¿Necesitas algo de tu casa?

—Nada. Todo lo que deseo eres tú, desnuda y completamente a mi merced. —La besó, se perdieron en sus bocas mientras apoyaba a Eva contra la pared y le recorría el cuerpo con sus manos, tomándose su tiempo.

—Será mejor que entremos. —Eva comenzó a buscar las llaves dentro del bolso.

—Te aseguro que tu vecino no se va a escandalizar por lo que vea aquí fuera —comentó abrazándola por detrás mientras sacaba las llaves.

Hizo que se le cayesen al suelo, Eva lo reprendió con una mirada y él la besó sin importarle nada, demorándose de nuevo en besarla.

De repente, un carraspeo de garganta los alertó. No estaban solos. Se separaron de inmediato y se quedaron con la vista clavada en la sofisticada mujer que tenían delante, que comenzó aplaudir para sorpresa de ambos.

—Vaya, vaya. Cruzo el Atlántico para ver a mi pareja y darle la feliz noticia de que vamos a ser padres y me encuentro con esto. Víctor, creo que me debes una explicación. —Los ojos de la mujer echaban chispas.

Él miró a Dana sin creer que realmente estuviese allí. Mientras, Eva creía que se mareaba. Observaba a aquella mujer y rezaba al mismo tiempo para que todo formase parte de una broma de mal gusto.

—Dana… —pronunció Víctor con los dientes y los puños apretados.

Cuando Eva comprobó que la conocía y no desmentía lo que había dicho, admitió que ella sobraba en aquella escena. Introdujo las llaves en la cerradura y abrió la puerta con manos temblorosas.

—Yo aquí estoy demás. —Miró a Víctor con la decepción reflejada en sus ojos y le cerró de golpe en la cara cuando él intentó ir tras ella.

—¡Eva! —Aporreó la puerta con los puños—. Déjame que te lo explique —gritó con la voz desgarrada.

—Creo que la explicación me la debes a mí. —La voz estridente de Dana hizo que reparase en ella—. ¿Te has liado con tu vecina? —preguntó con las manos en la cintura, enfadada, exigiéndole una explicación.

Dana conocía aquella casa de Víctor, habían viajado juntos en un par de ocasiones a aquel lugar.

Contrariado y enfurecido como nunca antes, Víctor miró de mala forma a Dana, allí parada con dos grandes maletas, un vestido muy poco apropiado para viajar y sus zapatos de tacón de vértigo. Comenzó a abrir la puerta de su casa y ella lo siguió cargando con las maletas y el bolso.

—Podrías echarme una mano. Soy una mujer embarazada. No debo hacer esfuerzos —le recriminó, pero Víctor hizo oídos sordos.

Se adentró en el salón de su casa, tiró las llaves de malas formas sobre la mesa, se sentó en el sofá y trató de calmarse mientras se masajeaba la cabeza.

—¿Qué coño haces aquí, Dana? —exigió con los dientes apretados—. Explícame qué ha sido eso de decir que eres mi pareja y estás embarazada —gruñó, desafiante, luego dio un sonoro golpe sobre la mesa, incapaz de controlarse—. Entre nosotros todo quedó muy claro cuando me vine de Nueva York.

Ella se sobresaltó, lo conocía bien cuando se cabreaba, y sabía que había llegado al límite de Víctor Ferrer.

—¿No me has oído? Estoy embarazada, ¿así es como recibes la noticia? He querido dártela en persona. —Con coquetería y fingida decepción, se sentó a su lado y trató de acariciarlo.

—No has elegido un momento muy acertado. ¿Me puedes explicar qué coño es eso de que estás embarazada? —Volvió a preguntar. Necesitaba oír que era una broma de mal gusto—. Siempre tuvimos muy claro que no queríamos hijos. Además, nosotros no somos nada, rompimos cuando yo decidí quedarme en España, ¿no lo recuerdas? —Estaba furioso.

Se levantó con ímpetu y comenzó a caminar por el salón de la casa como un león enjaulado. Nunca se había sentido tan acorralado.

—Hace tres meses que lo dejamos. Sí, tienes razón. Pero debes admitir que lo hicimos por teléfono, las nuevas circunstancias nos obligaron a ello. Yo no estaba dispuesta a mudarme aquí ni tú a regresar por un largo tiempo, pero he descubierto que estoy embarazada. Decidí venir a comunicarte la noticia y ver si nos dábamos otra oportunidad. Este hijo lo merece, Víctor. Sé que no lo buscamos, pero ha llegado. El destino lo ha puesto en nuestro camino. —La observó llevarse la mano al vientre, masajearlo y se le revolvió el estómago. No estaba preparado para tener un hijo con Dana.

Había compartido seis años de su vida con aquella mujer. Tuvieron una relación cómoda para ambos, compartían los mismos intereses, trabajaban juntos y tenían un círculo de amigos muy selectos en los que encajaban bien. Nunca tenían tiempo de aburrirse como pareja, siempre había un acto, una inauguración o una comida a la que acudir. Era un mundo que a Dana le fascinaba, pero Víctor ya estaba cansado. Ahora, teniéndola frente a él comprendía que nunca la había

amado de verdad. La conoció cuando llegó a Nueva York y ella le abrió muchas puertas, tras años de amistad se hicieron pareja, pero tenía que admitir que nunca se había enamorado de verdad hasta que conoció a Eva Quiroga.

—¿Con qué propósito has venido? —La conocía muy bien. Dana era una mujer que tenía toda su vida calculada al milímetro. No le gustaba dejar nada al azar.

—Por mi parte deseo que nos demos otra oportunidad, regreses conmigo a Nueva York, sigamos con nuestras vidas como antes y le demos a este hijo un hogar, con sus padres juntos.

—¿Y si no acepto? —Quería ver hasta donde llegaba—. Sabes que en mis planes no está volver. Tengo muchos asuntos pendientes aquí que requieren de mi presencia.

—Lo sé, lo sé. —Le quitó importancia con un gesto de la mano—. Pero ahora vas a tener un hijo, debes replantearte todo.

—No has contestado a mi pregunta —la instó a ello, parado enfrente, en actitud amenazante.

—España no es para mí. No voy a dejar mi trabajo ni Nueva York, y mi hijo estará donde esté su madre. Tienes en tus manos que nuestro bebé se crie en un hogar con sus padres juntos o que vivas en otro continente y te vea una vez al año.

—¿Me estás dando un ultimátum? —La miró desafiante—. Tú mejor que nadie sabes que esto no va conmigo —le advirtió.

—Podemos arreglarlo, Víctor. —Trató de aplacarlo—. Hemos tenido una relación de seis años, nos conocemos bien. Llevamos tres meses separados, en los que siempre albergué la posibilidad de que volviésemos, no te lo voy a negar.

—¿El hecho de que no hayamos hablado en esos meses no te hizo desistir de esa posibilidad? —preguntó en tono burlón. No se creía el papel que estaba representando. Dana no hacía nada si no tenía un claro interés en ello.

—Estoy ilusionada y feliz con este bebé, por favor, ¿es que tú no sientes nada? —le reprochó cambiando de tema. Sabía que a Víctor solo se le podía ganar por el lado humano de los sentimientos, era un gran negociador, y cuando ejercía de tal se colocaba una coraza que no dejaba traspasar nada. Intentaba llegar a él antes de que se la colocase.

—Disculpa si no me he puesto a dar botes de alegría al recibir la noticia —comentó mordaz —. Tengo que asimilarlo. Ahora, que ya me has dado la buena nueva, te agradecería que me dejases solo.

Clavó la vista en ella y luego en sus maletas, estaban cerca de la puerta.

—¿Me estás echando de esta casa? —Lo miró escandalizada, con la mano en el pecho.

—Esta casa es mía, Dana —le recordó de forma indiferente—. Te ruego que te marches a un hotel.

—¡No puedo creerlo! —gritó fuera de sí, no se esperaba que la echase—. ¿Te estorbo en esta casa para tus líos con la vecinita? —preguntó de forma hiriente.

—No metas a Eva en esto —le advirtió serio.

—¿Ha sido ella quién te ha secado las lágrimas por tu padre y tu hermana y luego se ha metido en tu cama? —le gritó fuera de sí, que la echase de su casa la había descolocado. No lo esperaba.

—Vete antes de que te saque yo mismo. No sé cómo pude estar tanto años a tu lado, hasta ahora no te veo como realmente eres, mezquina y manipuladora.

Ofendida, cogió el bolso y las maletas, dispuesta a marcharse.

—Me pedirás perdón por esto. Soy la madre de tu hijo y me estás echando a la calle —le reprochó dolida.

—Tienes dinero suficiente para pagarte un buen hotel, donde seguro te podrán atender como

te gusta.

—Tienes mi número, estaré unos días en Madrid, espero que reflexiones y hablemos con calma.

Enfurecida, cerró la puerta. No dio un portazo como le hubiese gustado, ello alertaría a su vecina, y le convenía que pensase que estaba ahí con Víctor. Había venido decidida a recuperarlo y pensaba jugar todas sus cartas.

Al cabo del rato de marcharse Dana, Víctor tocó a la puerta de Eva, necesitaba hablar con ella, darle una explicación, pero no le abrió por más que le rogó, entre gritos desesperados, que lo hiciese.

Tumbada en la cama, con el corazón roto y llorando como no recordaba haberlo hecho nunca, Eva maldecía el día en el que se cruzó con Víctor y se dio la oportunidad de volver a creer. Había jugado con ella, no le había contado que tenía una pareja, si bien era cierto que ella nunca le preguntó, lo dio por hecho. Nunca advirtió indicios de que estuviese comprometido.

Arrepentida, dolida y abatida, apagó el teléfono. Víctor había optado por dejar de aporrear la puerta y llamarla por teléfono, no quería hablar con él, no quería más mentiras. Él, al igual que Diego años atrás, había jugado con ella sin remordimiento alguno.

Cansado, sin saber cómo hacer para que Eva lo escuchase, se recostó en el sofá de su casa, se echó una copa y lamentó todo lo que tenía encima en esos momentos. Sufría por Eva, no se merecía aquello y lo peor de todo era que no sabía cómo arreglarlo. Dana le iba a dar un hijo, su vida se había hundido en un momento y no tenía ni idea de cómo sacarla a flote.

Víctor no se marchó a la cama en toda la noche, estuvo pendiente por si oía la puerta de Eva, no iba a dejar que se le escapase.

Casi al mediodía aún no había escuchado que saliese, decidió llamar de nuevo a su puerta, pero no le abrió. Tenía el teléfono apagado, no quería dejarle ningún mensaje, quería hablar con ella, mirarla a los ojos y que lo creyese. Decidido, bajó y le pidió al portero que lo conocía desde hacía años, la llave del piso de Eva. El hombre, en un principio fue reticente a dársela, pero Víctor lo convenció. Le dijo que sospechaba que la señorita Quiroga se encontraba mal y quizás necesitase ayuda.

Cuando entró en casa de Eva, encontró el salón vacío, fue a su habitación y la cama estaba hecha, no se encontraba en el baño, en la terraza ni en las demás estancias de la casa. Se había marchado y no se había dado cuenta. Maldijo haberse quedado un poco traspuesto en mitad de la noche, debió haberse ido a esa hora. Desde las siete de la mañana hacía guardia detrás de su puerta y no escuchó la de ella ni pasos en el pasillo.

Para quedarse tranquilo fue al garaje, el coche de Eva no estaba allí, pidió las cámaras de seguridad y vio que se marchó con dos maletas. No esperaba que se fuese con tanto equipaje, eso lo cambiaba todo. Estaba huyendo de él.

Sintiendo que ya no podía más, Eva decidió alejarse de todo y de todos por un tiempo, necesitaba estar sola, pensar y decidir qué rumbo iba a tomar su vida después de la traición de Víctor. Estaba enamorada de él, por eso dolía tanto. No recordaba haberse sentido así tras la decepción de Diego. En esos momentos sabía que todo era diferente, de Víctor no podría olvidarse jamás. Había llegado hasta un lugar de su corazón que ni ella misma conocía.

Fue en su coche hasta la estación del AVE, no se sentía con fuerzas para conducir tantas horas, ya en el tren, le contó todo a Virginia y le comunicó que iba camino de la casa que su abuelo tenía en la sierra de Huelva, en Aracena. También le escribió un email a su cuñado, le

explicaba que estaba un poco estresada y necesitaba desconectar unos días. Le comunicó que se tomaba dos semanas de vacaciones y se ofreció a trabajar desde la distancia si surgía algo importante. No le dijo dónde iba ni con quién, pero sabía que tarde o temprano se enteraría de los motivos de su marcha y dónde estaba.

A sus abuelos los avisó un poco más tarde, cuando cogió el autobús que la llevaría hasta Aracena. A ellos les dio la misma versión que a Martín, necesitaba descansar. El trabajo y la mudanza le habían agotado.

De inmediato, Virginia llamó a Elena y le hizo partícipe de lo que le ocurría a Eva. Si bien su gemela no quería preocuparla debido a su estado de gestación, Virginia supo que en esos difíciles momentos las necesitaba más que nunca.

Ambas arreglaron todo y pusieron rumbo a Aracena, junto a Eva, no pensaban permitir que estuviese allí sola. Si tenía que llorar y lamentarse, que lo hiciese en compañía. Iban dispuestas a secarle las lágrimas y sacarla a flote.

Sin tan siquiera dar los buenos días a la secretaria de Martín Quiroga, ni molestarse en pedir permiso para pasar a su despacho, Víctor entró como alma que se lleva el diablo. Estaba desesperado. Eva no le cogía el teléfono ni le devolvía las llamadas. Necesitaba saber dónde estaba, hablar con ella y contarle cómo eran las cosas realmente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Martín ante la abrupta intromisión.

—¿Dónde está Eva? —No dio rodeos, estaba seguro de que Martín estaría al tanto de lo sucedido. Su cuñada no había ido a trabajar y por su mujer sabría todo.

—Está de vacaciones —respondió de forma relajada, reclinándose en el asiento y mirándolo al detalle. Nunca había visto a Víctor Ferrer tan descolocado y nervioso.

—Necesito hablar con ella —exigió.

—Llámala —contestó impasible.

—No me coge el teléfono. Supongo que, a estas alturas, ya sabes lo que sucede entre ella y yo, es la gemela de tu mujer y dudo que entre hermanas tengan secretos.

Martín se tomó su tiempo para responder. Asintió, se llevó la mano al mentón, pensativo, y sonrió un poco.

—No puedo darte más información. No sé hasta dónde eres culpable o si debo levantarme de esta silla y partirte la cara por jugar con Eva. Tú me dirás. —Le concedió el beneficio de la duda. Con un gesto calmado lo invitó a sentarse y esperó una explicación con paciencia.

Exasperado, Víctor hizo lo que le pedía Martín. De malas formas, se sentó delante de él y lo miró desafiante.

—No he jugado con Eva en ningún momento. La quiero. —A Martín le sorprendió su sinceridad y valentía—. Todo ha sido un mal entendido que le tengo que explicar.

—Hasta donde sé hay una mujer que dice ser tu pareja y está embarazada de ti, ¿qué hay de cierto en todo eso? —preguntó en tono acusatorio.

—Dana y yo rompimos cuando me vine a España, teníamos intereses diferente. Es cierto que ha llegado para decirme que está esperando un hijo mío, pero nunca engañé a Eva. Dana y yo nunca quisimos niños, debió de ser un descuido —justificó.

—Te creo, solo hay que verte —manifestó Martín sin cambiar la posición relajada desde la que lo miraba.

—¿Puedo contar contigo? —preguntó casi desesperado.

—No sé qué quieres de mí exactamente.

—Que me digas dónde está Eva. Necesito hablar con ella personalmente.

—Solo sé lo sucedido contigo. Mi mujer me llamó esta mañana contándomelo, pero desconozco el paradero exacto de Eva. Te lo juro por mis hijas. Sé que Elena y Virginia han salido de viaje para ir tras Eva —especificó—, pero no sé cuál es el destino. Todo ha sido muy rápido y Elena me dijo que me llamaría cuando llegase. Estoy tranquilo porque viaja con Virginia.

—¡Llámala y pregúntale dónde está! —le exigió algo alterado.

—¡No me des órdenes! —contraatacó Martín alzando la voz a la misma vez que se levantaba del sillón—. Estoy de tu parte, pero lo haremos a mi manera. Voy a esperar a que mi mujer me diga dónde se va a reunir con Eva, y luego te lo diré. Traicionaré a mi cuñada y a Elena, pero creo que te mereces el beneficio de la duda.

—Gracias —pronunció más calmado, casi abatido. No había dormido en casi toda la noche y la cabeza le iba a explotar de tanto pensar.

—Lo tienes difícil, tío —murmuró Martín.

—Lo sé. Necesito que me escuche y crea en mí. Nunca jugué con ella, joder. Ha sido y siempre será la mujer más importante que ha pasado por mi vida. Estoy dispuesto a todo.

—Míranos, dos hombres de negocios, enamorados hasta las trancas de dos hermanas gemelas. Te doy un consejo, lo mío con Elena no fue nada fácil, mucho peor que esto que pasáis tú y Eva, créeme que hay esperanzas —le aconsejó poniéndose en su piel.

Ambos hombres se despidieron con un apretón de manos, cómplices y más amigos que nunca.

Virginia y Elena llegaron a Aracena sobre las cuatro de la tarde, ellas hicieron el viaje en el coche de Virginia. Encontraron a Eva en la parte trasera de la gran casa, en el jardín. Estaba sentada en un sofá en el porche, acurrucada en una manta con la vista perdida en el bonito paisaje que tenía delante, pero sus ojos no lo admiraban. Estaban sumidos en la tristeza y desolación que le embargaban. Tenía los restos de una tila en la taza que estaba en la mesa de delante. Cuando Elena y Virginia apreciaron la tristeza que reflejaba su rostro, se alarmaron. Tenía un montón de pañuelos tirados por la mesa y el suelo, sus ojos hinchados delataban que se había hartado de llorar.

Elena abrazó a su hermana por detrás y le dio un beso en la mejilla, sorprendiéndola. Virginia se sentó a su lado y la abrazó, transmitiéndole todo su apoyo. Sintió a Eva temblar y notó que sus manos y su rostro estaban helados.

—Vamos dentro, vas a coger frío.

Entre ambas la ayudaron y la llevaron al salón. La chimenea estaba encendida. En una casa anexa a aquella vivía un matrimonio que se encargaba de tenerla lista y limpia para cuando acudiese alguien de la familia.

—¿Qué hacéis aquí las dos? —preguntó con lágrimas en los ojos, emocionada de verlas—. Las niñas… tú embarazo… y tú, Virginia, el telediario… —Se llevó una mano a la cabeza y lamentó la alteración que había producido en las vidas de ambas.

—En estos momentos nada es más importante que estar aquí, a tu lado —le dijo Elena dándole un beso y abrazándola—. De algo tenía que servir que mi marido fuese el presidente de la cadena. Virginia también se ha tomado unos días de descanso, y yo creo que a mi embarazo le vendrá genial unos días de relax por estas tierras que adoro. Tus sobrinas se han quedado encantadas de pasar unas mini vacaciones en casa de los bisabuelos.

—Os quiero, gracias por estar aquí. Sois las mejores hermanas —manifestó Eva con alivio.

Las tres se abrazaron y estuvieron así, en silencio unos minutos.

—¿Cómo te encuentras? —se atrevió a preguntar Virginia. Su aspecto visible era horrible, pero necesitaba saber cómo estaba su corazón.

—Bien —mintió, para no preocuparlas, pero lo cierto era que nunca se había sentido tan mal.

—Bien jodida, y no precisamente en el buen sentido de la palabra —comentó Virginia de pronto, con esos arranques que tenía cuando estaba cabreada—. Estamos aquí para que te desahogues, no para que nos mientas. Te conocemos bien.

Eva miró a Elena con cara de culpabilidad y se disculpó con ella:

—No te dije nada de todo esto porque tienes mil asuntos, la casa, las niñas, el negocio, tu marido, el embarazo… y lo último que necesitas es un disgusto más.

—Yo se lo conté todo. Hay circunstancias por la que tenemos que pasar juntas y apoyarnos, y esta es una de ellas —resolvió Virginia.

—¿Has hablado con Víctor? —preguntó Elena con cierto temor.

—Me ha llamado infinidad de veces, me ha enviado mensajes rogándome que le coja el teléfono, pero no le he hecho caso. Necesito pensar —argumentó sumida en su propio dolor.

—Yo creo que debes de darle la oportunidad de que se explique, a mí me parece que siempre ha tenido mucho interés en ti, creo que te quiere de verdad —le aconsejó Virginia.

—A mí me queda todo muy claro. Esa mujer va a tener un hijo suyo. Lo nuestro ha terminado. No quiero escuchar mentiras ni que me convenza de ellas —pronunció Eva con rabia.

—Creo que, en estos momentos, todo tan reciente, debes de estar muy confundida, pero date tiempo, quizás mañana o pasado lo veas de diferente manera —comentó Elena.

—Te llevó a casa de su madre y de su abuelo, te presentó a su familia, un tío que juega contigo no hace eso. Yo creo que debes de darle una oportunidad, que se explique —aventuró Virginia.

—Lo que comenzaba entre Víctor y yo ha tocado fin antes de empezar nada. Solo nos hemos besado y ni siquiera teníamos una relación seria, de cara a los demás. Es mejor así. Esa mujer va a tener un hijo suyo y yo no voy a ser un obstáculo.

—Estás enamorada de él —aseguró Elena.

—Sí —admitió mirándola a los ojos—. He sentido y siento cosas por él que nunca me ha despertado otro hombre, pero creo que debo dejarlo marchar. Lo último que necesito es complicarme la vida. Me he preguntado mucho, antes de atreverme a dar el paso, si una relación con Víctor me llevaría a algún lado, y el destino me ha dado la respuesta —lamentó.

46

A media tarde, cuando Víctor comenzaba a subirse por las paredes por no tener noticias de Eva, recibió un mensaje de Martín.

Eva está en Aracena, el pueblo donde se crio mi mujer. Su abuelo tiene una casa allí. Virginia y Elena ya están con ella.

Te aconsejo que no acudas de inmediato a buscarla. Dale unos días, que piense todo bien y pueda ver la situación con claridad cuando se la expongas.

Víctor le agradeció la información a Martín, pero no pensaba hacerle caso. Al día siguiente saldría a primera hora rumbo a Aracena. No iba a permitir que Eva sufriese ni un solo minuto más.

Aquella noche, a altas horas de la madrugada, Víctor ya no podía más. Si Eva no le cogía el teléfono como le había rogado en los mil mensajes que le dejó, decidió escribirle un email. No podía esperar más tiempo para manifestarle sus explicaciones y disculpas. Lo haría de nuevo al día siguiente en persona, pero si Eva se dignaba a leer el email y conseguía tocarle el corazón, cabía la posibilidad de que cuando llegase a su lado tuviese el camino un poco más allanado.

Casi al alba, Eva se despertó, ya no podía estar más en la cama, cogió el ordenador portátil y se marchó al salón. Cuando lo encendió, para mirar el trabajo pendiente en su correo, ya que el día antes no lo había hecho, se encontró con un email de Víctor. El asunto era; "Léelo, por favor". Durante varios minutos Eva se debatió entre qué hacer, finalmente lo abrió y lo leyó:

Soy de los que dan la cara y no se esconden. Siempre voy de frente, Eva. Me hubiese gustado decirte todo esto y darte las explicaciones que me pidieses en la cara, que me mirases a los ojos y tú misma descubrieses la verdad en ellos, pero dadas las circunstancias me veo obligado a usar este medio.

Imagino cómo debes de sentirte en estos momentos, créeme que yo no estoy mucho mejor. Me gustaría dejarte muy claro que nunca jugué contigo ni te mentí. TE AMO CON LOCURA, eres lo más importante que tengo en mi vida en estos momentos y me estoy volviendo loco con solo pensar en que pueda perderte para siempre.

Dana fue mi pareja durante seis años en Nueva York. Cuando yo decidí no volver más y quedarme en España con mi familia, rompimos. Fue la mejor decisión. Nuestra relación no estaba bien desde hacía tiempo.

Lo de su inesperado embarazo ha sido toda una sorpresa para mí. Siempre tuvimos claro que no deseábamos hijos. No pienso renegar de mi paternidad, asumiré mi responsabilidad como padre y le daré a mi hijo todo lo que necesite, pero tengo muy claro que no voy a hipotecar mi vida al lado de una mujer que no amo. Intentaré arreglar esta situación lo mejor posible para todos, te pido que creas en mí y tengas paciencia.

Sé que esto es complicado, pero yo te quiero como nunca he querido a nadie antes. Tengo claro que eres la mujer de mi vida y no sería honesto estar con ninguna otra cuando mi corazón te pertenece.

Siento que todo se haya complicado, por primera vez en la vida, a tu lado, he conocido el

verdadero concepto de la felicidad, pero ahora, en estos instantes, te juro que he descendido al más profundo de los infiernos. He de confesar que en una ocasión en mi vida bajé hasta él, pero te aseguro que no dolió tanto.

Te amo, nunca jugué contigo ni con tus sentimientos, todo fue y es real. No puedo cambiarlo, aunque quisiera.

Víctor Ferrer.

Tras leer aquellas palabras, de los ojos de Eva manaban millones de lágrimas. Se sentía aliviada porque una parte de ella creyó en Víctor, pero la otra no podía permitir interponerse y alejarlo de su hijo. La situación era demasiado complicada.

Sin querer, sintió que lo amaba aún más, pese a estar rota por dentro, pero tuvo claro que no quería verlo. La distancia entre ambos sería lo mejor. Tras pensarlo durante una hora, decidió no responderle al email, no deseaba darle ningún tipo de esperanza.

Aquella mañana, cuando Víctor se disponía a salir de casa en busca de Eva, recibió una llamada que le hizo cambiar todos sus planes. El investigador que había contratado para averiguar el verdadero patrimonio de su padre antes de morir y los tejemanejes que Alexia hizo deprisa y corriendo nada más que enviudó, le tenía noticias muy jugosas. Debía reunirse con él, comprobar que todo lo que le había relatado por teléfono era real y dar el siguiente paso en contra de la viuda de su padre. Si se marchaba en busca de Eva corría el riesgo de que Alexia le ganase ventaja, y no lo iba a permitir.

Virginia y Elena se quedaron junto a Eva un par de días más, tiempo que les vino de lujo a las tres. Desconectaron del estresante día a día en el que vivían en la capital y se permitieron charlar, caminar y disfrutar de los paisajes y la pureza del aire de la sierra de Huelva.

Volvieron a la Peña de Arias Montano, ese lugar tan especial del que las tres estaban enamoradas, sus vistas y la paz que se respiraba allí les devolvió salud. Pasear por los senderos de la sierra, admirar la vida que había tras ellos, tan diferente a lo que estaban acostumbradas en Madrid, les hizo serenarse y tomar conciencia de la esencia de la vida. No todo eran reuniones, carreras, prisas y estrés. Las tres llegaron a la conclusión de que, al menos, una vez al mes se merecían pasar un fin de semana así, y lo pensaban cumplir.

Cuando Elena y Virginia le insistieron a Eva por la falta de delicadeza de Víctor al no darle una explicación, pese a ella no cogerle el teléfono, no tuvo más remedio que leerles el email que le envió. Desde ese instante, Víctor Ferrer se ganó a dos aliadas, motivo por el cual Eva no les habló de ello a sus hermanas antes. Sabía que Víctor era sincero, pero ella sentía que no podía estar con él como si nada. Una mujer iba a tener un hijo suyo y no deseaba estar en medio de aquella situación.

Después de pasar tres días junto a Eva, Elena y Virginia decidieron volver a Madrid, pero antes de hacerlo, Elena le confesó a su gemela que Víctor tenía intenciones de presentarse en Aracena en breve. Martín le había dado la dirección donde se encontraba.

—No quiero verlo, aún no me siento preparada —les confesó a Elena y Virginia.

—Martín me dijo que mañana a primera hora sale hacia aquí, ha tenido varios inconvenientes durante la semana y le han impedido venir a buscarte —reveló con detalle Elena.

—Pues ya no estaré aquí. Necesito reunir fuerzas suficientes para volver a mi trabajo, a mi casa y convertirme en la Eva que debí haber sido tras mi accidente, creo que he perdido años de juventud.

Durante los días que llevaba alejada de Madrid y de Víctor había pensado mucho, tenía claro que su vida iba a cambiar por completo. Estaba decidida a dejar sus miedos atrás y ser la mujer que una vez fue, antes del accidente que le cambió la vida.

—¿Dónde piensas ir? —preguntó Virginia. Decidió no interferir en los sentimientos de Eva, si su decisión era no ver a Víctor hasta el momento en el que se sintiese preparada, lo respetaría sin influenciarla.

—Elena, he pensado en la casa de Martín en Sierra Nevada. Comienzan a caer las primeras nevadas y me parece un lugar encantador para terminar estas mini vacaciones que yo misma me he impuesto. Os prometo que luego volveré totalmente renovada.

—Puedes ir, claro. La casa está a tu disposición. Me pondré en contacto con la persona que la mantiene limpia y en orden para que te abra y te entregue las llaves cuando desees.

—Gracias.

Al día siguiente, Eva se marchó con sus hermanas, la dejaron en Sevilla, alquiló un coche y de ahí se fue a Sierra Nevada.

Elena le comunicó a Martín que Eva ya no se encontraba en Aracena, le sabía muy mal que Víctor hiciese el viaje en vano, al mismo tiempo, le reveló a su marido dónde se había ido su hermana, pero le hizo jurar por sus hijas que no se lo diría a Víctor.

Cuando Víctor salía del garaje en su coche, dispuesto a enfrentarse a unas cuantas horas de carretera para reencontrarse con Eva, tras la intensa semana que había tenido, recibió una llamada de Martín. Le comunicó que su cuñada ya no se encontraba en Aracena y le dejó claro que había jurado no revelar su nuevo paradero.

En un principio Víctor pensó en la posibilidad de que lo que le decía Martín fuese mentira, pero razonó y analizó la actitud de él en todos esos días y llegó a la conclusión de que no tenía motivos para no decirle la verdad. Maldijo una y mil veces su mala suerte, llamó de nuevo a Eva, no había dejado de hacerlo todos los días desde que se marchó, pero le había bloqueado las llamadas y los mensajes. No le queda nada más que la paciencia, en algún momento tendría que regresar al trabajo, con su familia y a su casa.

De vuelta a su hogar, cuando soltó la pequeña bolsa de ropa que había preparado para reunirse con Eva, la tiró de malas formas en el sofá en cuanto entró en el salón, recibió un mensaje de Dana. Hacía días que intentaba ponerse en contacto con él, le pedía una cita, pero Víctor no tuvo tiempo ni de contestarle con una negativa. No tenía cabeza para pensar cómo afrontar lo que se le venía encima con Dana, en esos momentos tener un hijo con ella le suponía un problema.

Con el ceño fruncido, cabreado y con ganas de estrellar el teléfono contra la pared, leyó:

He intentado decírtelo en persona, pero como estás tan ocupado, no me has dejado otra vía. Quería comunicarte que estoy dispuesta a venirme a España, dejar mi trabajo y formemos una familia junto a nuestro hijo, pero yo voy en el lote. Si no estás dispuesto a ello, me marcharé en unos días a Nueva York y tu hijo crecerá a miles de kilómetros de su padre.

Quedo a la espera de una respuesta, me gustaría que me la comunicases en persona. Creo que el asunto requiere la importancia para ello.

Tras meditar el asunto por unos minutos, de malas ganas, le escribió:

Dime el nombre del hotel donde te alojas y el número de habitación. Hablaremos.

Ella le respondió de inmediato, esperanzada ante sus palabras.

Dos horas más tarde, Víctor tocó a la puerta de la habitación de Dana, mientras esperaba que ella le abriese, no pudo evitar pensar que debería estar tocando otra puerta y ser Eva quien estuviese tras ella. Maldijo cómo se había truncado todo con la mujer que amaba, cuadró los hombros y expulsó aire. Dana no era una persona fácil, nunca lo había sido. Se preguntó cómo había pasado tanto tiempo a su lado.

—Llevo días metidas en este maldito hotel sin relacionarme con nadie, días en los que ni te has dignado a preguntarme cómo me encontraba, ni interesarte por tú hijo —le reprochó apenas verlo.

De espalda a ella, Víctor puso los ojos en blanco. Trató de no perder la paciencia nada más llegar, pero le iba a resultar imposible. Últimamente en su vida nada salía bien y tenía los nervios a flor de piel.

—Nadie te ha retenido en este lugar, haber salido a pasear o de compras. No he tenido tiempo ni de rascarme en estos días, no empieces —le recriminó, enfadado—. Estoy aquí, hablemos.

—He sido muy clara en el mensaje que te envié. Espero tu respuesta. —Se sentó frente a él, permanecía en pie, y lo miró al detalle.

—No me quedó muy clara tu propuesta, ¿qué pretendes realmente? —la acusó con una mirada. Intentaba averiguar qué ganaba ella con todo aquel circo. Sabía que Dana amaba su trabajo, vivir en Nueva York y estar siempre rodeada de gente importante y famosa. Para ella venirse a vivir a Madrid sería como si cualquier persona se va a un convento.

—Casarnos y darle a nuestro hijo un hogar. Unos padres juntos, una vida en familia —argumentó retorciéndose las manos.

—¿Estarías dispuesta a no volver nunca más a Nueva York? —preguntó con sorpresa. Deseaba oír aquello de sus propios labios.

Dana solo asintió y desvió la mirada. Se puso en pie y le dio la espalda. Se dirigió a una mesa cercana, cogió una botella de agua y bebió de ella.

—¿Por qué me miras así? —La repasaba de arriba abajo en silencio, con una expresión dura en el rostro.

—Trato de reconocerte, no te pareces en nada a la mujer con la que conviví.

—Ser madre me ha cambiado, me he dado cuenta de que te quiero, deseo pasar el resto de mi vida a tu lado, y con nuestro hijo.

—Para mí lo nuestro ha terminado para siempre. No puedo crear una familia a tu lado cuando ya no siento nada por ti —le dejó muy claro.

—Estás encaprichado con tu vecinita —comentó de forma hiriente—. ¿Cuánto tiempo hace que la conoces, tres meses? Tú y yo llevábamos juntos seis años, seis —recalcó alzando la voz —. No es posible que lo tires todo por la borda por esa mujer.

—El problema es que creo que nunca te amé, Dana, ni tú a mí. Nos complementábamos muy bien, por eso duramos tanto tiempo, pero nunca hubo amor de verdad.

—¿Me vas a decir que eso lo has descubierto al acostarte con tu vecina? —le espetó furiosa, echaba chispas por los ojos.

—No voy a hablar de Eva contigo, así que no trates de provocarme. He venido a decirte que mi respuesta es no. No me voy a casar contigo ni a jugar a una familia feliz.

—Y tu hijo, ¿no te importa?

—Me haré cargo de él. No voy a renegar de mis responsabilidades.

—¿Y cómo lo piensas hacer? ¿Yo en Nueva York y tú aquí? ¿Así piensas ejercer de padre?

—Supongo que todo está en tus manos. No me voy a casar contigo ni voy a volver a Nueva

York —le dejó claro de nuevo.

—Entonces no conocerás a tu hijo.

—Lo conoceré, de ello no te quepa la menor duda, solo que no podré estar con él como me gustaría. También supongo que tú no ayudarás con la situación, cuento con ello. —Dana lo miró furiosa, sabía que solo había una persona mucho mejor que ella para negociar, y ese era Víctor —. No me pongas contra la espada y la pared, me conoces muy bien —le advirtió serio y rotundo.

Dana lo miró altiva, en silencio, intentando pensar con rapidez en su siguiente maniobra, pero se quedó bloqueada, sin capacidad de reacción por primera vez en su vida. Estaba demasiado acostumbrada a adivinar el movimiento de su contrincante, y con Víctor, pese a conocerlo durante años, se equivocó. Maldijo a aquella vecina, no tanto por haberle robado su amor como por haberlo hecho cambiar tanto.

—Voy a quedarme un par de semanas más en España, tienes tiempo de reflexionar tu decisión.

Víctor pasó por su lado en silencio, se encaminó hasta la salida.

—Ya hablaremos antes de que te marches —murmuró antes de cerrar la puerta.

Dana tiró la botella de agua que tenía en la mano contra la pared, enfurecida. No soportaba perder. Juró que le ganaría aquella batalla a Víctor. Él era su objetivo y lo pensaba conseguir. Conocía todos sus puntos débiles y pensaba aprovecharse de cada uno de ellos.

Pese a ser sábado, Víctor tenía demasiadas cosas pendientes como para volver a su casa, se dirigió al bufete y decidió adelantar trabajo. El detective que llevaba la investigación de los bienes de su padre le había entregado un gran dosier con demasiada información, debía ponerla en orden, verificar algunas cosas que le faltaban y plantear la demanda contra Alexia, lo único bueno en aquellos momentos desastrosos de su vida era que iba a poder inculpar a aquella mujer.

Cuando llegó al bufete le sorprendió encontrarse con su amigo Javier.

—¿Qué haces aquí un sábado al mediodía? —preguntó asombrado.

—Tengo mucho trabajo, quise adelantarlo, el lunes tengo dos juicios importantes y me dejé la documentación aquí y me gusta repasarla con tiempo —argumentó—. Y tú, ¿qué haces aquí? Me dijiste que te ibas de viaje y regresarías el martes.

—Cambio de planes.

—¿Qué ha pasado con Eva?

Javier y Víctor volvieron a ser muy amigos desde que este último regresó de Nueva York, se conocían desde la universidad. Cuando Víctor comprobó que Javier le tenía la misma antipatía a Alexia que él, sirvió para unirlos aún más.

Le contó a Javier que iba a ir a recuperar a Eva, él había sido testigo del comienzo de ambos en aquella discoteca, cuando la confundió con la mujer de Martín Quiroga, y se había convertido en el confidente de Víctor tras estar a su lado en otras dos ocasiones más en encuentros con Eva cuando la creían Elena.

—Ha huido de mí —confesó. Se sentó en despacho de su amigo, necesitaba hablar con alguien—. La mujer a la que estuve unido durante seis años en Nueva York ha venido para decirme que va a tener un hijo mío, y Eva se ha enterado.

—Uf, lo tienes complicado, tío —comentó sorprendido.

—Lo sé. Tengo que encontrarla y hablar con ella, necesito explicarle la verdad y que me crea. No voy a volver con Dana, aunque vaya a tener un hijo mío. Eva es la mujer de mi vida y lucharé por estar con ella contra viento y marea.

—Siempre tuve claro que no es bueno mezclar trabajo y amor. ¿Peligra nuestra cuenta con el Grupo Quiroga? —se interesó, y esto molestó a Víctor. Lo que menos le importaba en aquellos momentos eran los negocios.

—Deja de preocuparte por eso, ni que fueses socio del bufete. Martín es el presidente de la cadena, es un gran tío y no mezcla el trabajo con las relaciones personales y sabe que somos el mejor bufete de la ciudad. Le hemos sacado las castañas del fuego en varias ocasiones donde llevaban las de perder. Además, mi abuelo y su abuelo son viejos amigos.

—Espero que Eva también sea de las que no mezcla trabajo y relaciones personales.

—Es una mujer muy profesional, y leal, como para caer en eso. Te lo puedo asegurar.

Javier solo asintió, pensativo. Víctor se marchó a su despacho y le encargó a su amigo que cerrase con llave al salir, iba a pasar allí el resto de la tarde. Guardaba la documentación que le había entregado el detective en su caja fuerte personal, la abrió y comenzó a revisarla. Iba a desenmascarar a Alexia. Una sonrisa maléfica apareció en su rostro cuando la imaginó sentada en el bando contrario, en el banquillo de los acusados, ella, la prestigiosa abogada Alexia Dantés, la cual se paseaba por la sala de los juzgados como si fuese una pasarela de moda.

47

Una semana después.

Después de días de desconexión, en los que solo se permitía encender el móvil y mirar el correo electrónico en una hora establecida, Eva se dedicó a pensar qué hacer y dónde dirigir su vida. Tenía treinta años, un buen trabajo, una buena situación económica y una familia envidiable. Se refugió en ello y encaminó su nueva vida y sus pasos a lo único que le faltaba, encontrar el verdadero amor. Si con Víctor no había funcionado, estaba abierta a nuevas oportunidades. Conocer a otros hombres y perder el miedo. Necesitaba a un hombre que la abrazase por las noches, que le hiciese sentir viva, mujer. Deseaba una familia, con hijos, como la de su hermana, que todos los días se levantase ilusionada por hacer feliz a alguien.

Mientras esperaba al taxi que la llevaría al aeropuerto, de vuelta a Madrid, la mente de Eva la traicionó. Se permitió pensar en Víctor, en los momentos que había pasado con él y en todo lo que le hizo sentir, jamás experimentado antes. Ese hombre la hizo volver a creer en una relación, en sentirse mujer de nuevo, sin complejos y lo que más le pesaba en aquellos momentos era que se había enamorado de él como una loca. Una lágrima rodó por su mejilla y se la apartó de inmediato, se negaba a llorar más. Pese a sentirse una desgraciada en el amor, todas sus relaciones se truncaban, no estaba dispuesta a lamentarse de nuevo, todo lo contrario, tenía ganas de enfrentarse a la vida y de luchar por lo que deseaba, encontrar el verdadero amor y ser feliz.

En aquella semana, Víctor deseó parar el tiempo y huir de todo. Tenía demasiados frentes abiertos. Para colmo, Dana acudió al médico porque se sintió mal y este le ordenó reposo absoluto. Víctor se negó a llevarla a su casa, le explicó que igualmente estaría sola todo el día y contrató a una enfermera que la cuidase en el hotel donde se alojaba. La llamaba dos veces al día y procuraba visitarla casi a diario.

Dana continuaba empeñada en volver a retomar una relación, y Víctor cada vez la veía más lejos de él.

Una vez en Madrid, Eva regresó a su casa. No pensaba esconderse por más tiempo de Víctor. Tenía pensado hacer una vida normal, en el trabajo no tenía por qué tratar con él, los asuntos jurídicos siempre los había llevado Martín. Y como vecino, tampoco tenía que encontrarse con Víctor todos los días, y de hacerlo, serían solo unos minutos, luego cada cual en su casa. Convencida de que estaba preparada para afrontar verlo de nuevo, entró en el edificio, saludó al portero y se dirigió a su casa. Salió del ascensor y, con la llave en la mano preparada para introducirla en la cerradura, aligeró el paso hasta su puerta. Sin embargo, todos sus esfuerzos fueron en vano, cuando se disponía a abrir la puerta, de repente, su vecino apareció.

Víctor salía con aire despreocupado, pendiente del móvil, cuando alzó la vista y la vio allí se quedó de una pieza. No la esperaba.

—¡Eva! —Una luz se encendió en la mirada triste y gris que tenía desde hacía casi dos semanas. El corazón le dio un vuelco cuando sus ojos se clavaron en los de ella.

Sintió ganas de abrazarla y besarla, pero se refrenó. Las yemas de los dedos le quemaban, cerró los puños e hizo un esfuerzo titánico por mantener las formas. No quería que huyese de él,

necesitaban una conversación tranquila.

—Hola, Víctor —logró pronunciar de forma educada, con un nudo en la garganta. No tenía previsto verlo tan pronto.

Tuvo ganas de entrar en su casa, cerrar la puerta y refugiarse en la soledad, pero se dijo que no era una actitud muy valiente ni propia de la nueva Eva que se había propuesto ser. Le gustaba su hogar y no estaba dispuesta a marcharse, había asumido tener a Víctor como vecino.

—Eva… —Dio dos pasos hacia ella, acercándose—. Necesitamos hablar. Yo…

—Víctor —lo interrumpió alzando una mano—. Estoy llegando, como ves —Miró su equipaje—, me encuentro cansada, y tú ibas saliendo apurado. No creo que sea el momento más adecuado.

—Yo necesito…

—No me voy a marchar —lo interrumpió de nuevo—. He vuelto para continuar con mi vida. Soy consciente de que nos debemos una conversación, pero creo que estarás de acuerdo conmigo en que debemos mantenerla en otro instante —consiguió decirle aparentando serenidad pese a temblar por dentro.

Víctor suspiró, tomó aire y asintió en silencio.

—No huyas más de mí, por favor. —Tendió una mano y alcanzó a cogerle la de ella. Eva no lo rechazó—. ¿Por qué no me has contestado al email? —Estaba seguro de que lo había leído.

Sentir el contacto de Víctor le hizo temblar las piernas.

—He tenido mucho tiempo para pensar en estos días, y he llegado a la conclusión de que no tengo derecho a pedirte explicaciones. Tú y yo no éramos nada —manifestó con frialdad.

Víctor sintió aquello como un puñal frío directo en el corazón. Se acercó más y Eva pudo sentir su respiración.

—Puede que no llegásemos a hacer el amor ni le pusiéramos nombre a nuestra relación, pero te aseguro que para mí significas mucho más de lo que nunca lo hizo nadie. La conexión y la complicidad que he tenido contigo jamás la tuve con ninguna mujer. Te amo, Eva. La primera vez que nuestras miradas se cruzaron, supe con claridad que eras la mujer que quería en mi vida. Creo que siempre te dejé claro que no deseaba una sola noche en tu cama —le recordó—. No has sido una aventura, no se te pase por la cabeza siquiera pensarlo —le advirtió con los puños cerrados. Deseaba estrecharla contra su pecho, pero no lo hizo.

—Fue mejor no empezar nada serio —replicó altiva—, así ninguno sufrirá. Nos conocimos, salimos en un par de ocasiones y nos dimos algún que otro beso. Fin del asunto, nada importante ni que lamentar.

Tal y como expresó lo que hubo entre ambos hizo arder a Víctor por dentro, la miró contrariado, reprochándole cómo podía describir lo que tuvieron con aquella simpleza.

—Y una mierda —bramó. La tomó por ambos brazos, la acercó a él en un arrebato y se adueñó de su boca.

Iba a demostrarle lo simple que eran aquellos besos, lo que conseguían afectarle y todo lo que le hacían sentir.

Eva intentó forcejear con él y apartarlo, pero Víctor no lo permitió. Finalmente terminó sucumbiendo al beso, entregándose a él por completo.

Cuando la sintió suya en cuerpo y alma, dejó de besarla, pero sin apartarse de ella.

—¿Estás segura de que esto lo sientes con cualquier amigo? —le reprochó con dureza—. Porque a mí solo me pasa contigo.

Eva tomó aire, se compuso y se enfrentó a él.

—No vuelvas a besarme —le advirtió con la barbilla alta—. Si me amas como dices, no lo

hagas más. Cada vez que me besas me haces daño, y estoy segura de que no es tu intención —lo retó con la mirada y esperó una respuesta. Lo había dejado descolocado.

El desafortunado sonido de una llamada entrante en el móvil de Víctor los interrumpió. Él hizo caso omiso a ello, mientras le mantenía la mirada en silencio. Volvió a sonar y lo sacó del bolsillo del pantalón. Eva lo vio chasquear la lengua.

—Atiende la llamada, por lo que se ve, es importante. —Se dio media vuelta y comenzó a abrir la puerta.

—Ya hablaremos —resonó la voz de Víctor a su espalda.

Atendió el teléfono mientras se dirigía hacia el ascensor.

Unos celos terribles aparecieron de repente en Eva al pensar que podía ser Dana quién lo llamaba, pero alcanzó a oír que decía:

—Adelante, quiero a Alexia fuera del bufete cuanto antes. Sé discreto.

En aquella semana, Víctor confió por completo en su amigo Javier y le contó todo lo que estaba descubriendo de la viuda de su padre. Este se ofreció a ayudarlo y poner a la mujer en su lugar, ambos tenían en común hacia ella la misma animadversión.

Aquella noche llegó a casa de nuevo a altas horas, se quedó en el bufete cuando los empleados se marcharon. De esa forma preparaba todo contra Alexia con más libertad. Casi a las dos de la madrugada no creía que fuesen horas para tocar en la puerta de su vecina, aunque ganas no le faltaron.

A la mañana siguiente, antes de marcharse a trabajar, llamó a la puerta de Eva sin importarle que estuviese despierta o no. Para su gran sorpresa, le abrió una chica joven de pelo castaño claro e intensos ojos marrones.

—Hola, soy Virginia Galván. La hermana de Eva —se presentó extendiéndole la mano. Lo vio vestido tan formal, con traje de chaqueta, que le dio reparo plantarle dos besos. Aunque no eran hermanas de sangre, se consideraban y trataban de tal—. Tú eres Víctor, quizás no me recuerdes, nos conocimos aquella noche en la discoteca.

Él hizo memoria mientras le estrechaba la mano y asintió.

—¿Puedo hablar con Eva? —preguntó en forma de ruego. Dedujo que Virginia estaría al tanto de la situación.

Virginia soltó una carcajada que dejó lo expectante.

—Sí señor, directo. Como a mí me gustan los hombres. Está en la ducha. Yo te invitaría a pasar y a desayunar con nosotras, pero no creo que me lo perdone.

De inmediato, Víctor entendió que estaba al corriente de todo entre ambos. Iba con prisas y tampoco le interesaba un desayuno de tres.

—Dile que me he pasado por aquí. Buenos días. —Se dio media vuelta y comenzó a alejarse.

En un gesto de atrevimiento, Virginia le siseó y él se volvió hacia ella.

—Si te sirve de algo, me gustas para mi hermana —le reveló con un guiño en el ojo.

Víctor le dedicó una sonrisa y le se lo agradeció con una mirada. Tener una aliada como ella siempre era bueno. Por lo menos, contaba con la tranquilidad de que la persona más cercana a Eva no la ponía en su contra.

Mientras desayunaban, Virginia le comentó a Eva que Víctor había estado allí.

—Dale una oportunidad. No estás metiéndote en ninguna relación, él ya había roto con esa mujer. Ella está embarazada ahora, bueno, cosas del destino, pero Víctor no la quiere ni tiene intenciones de volver con ella. Es un hombre con la cabeza sobre los hombros, se va a hacer cargo de su hijo, pero no se va a responsabilizar de ella —argumentó casi con orgullo mientras Eva la miraba seria.

—¿Víctor te ha pagado para que estés de su parte? —comentó con ironía, molesta.

—Solo veo la realidad. Un hombre que te ama con locura. Será que aún no se cruzó ninguno así en mi camino… —comentó con melancolía.

Eva puso los ojos en blanco, se levantó, cogió el bolso y el abrigo.

—Vamos, llegamos tarde —le ordenó mientras abría la puerta.

—Odio los lunes —se quejó Virginia levantándose casi a rastras.

Pese a tener una agenda repleta aquella mañana, Víctor llamó a Martín y se cercioró de que Eva había vuelto al trabajo y de que estaba en su despacho.

Con una montaña de trabajo sobre la mesa, que le causaba ansiedad, Eva se enfrentó a su vuelta de las vacaciones. Le ordenó a su secretaria que no le pasase llamadas ni visitas, necesitaba organizarse y ponerse al día.

De repente, la puerta del despacho se abrió sin previo aviso, exaltada, levantó la mirada y se encontró con Víctor de frente.

—Lo siento, señorita Quiroga, no lo pude detener —se excusó la secretaria, apurada.

—No te preocupes, todo está bien. Déjanos solos —ordenó poniéndose de pie, mientras lo taladraba con la mirada por aquel atrevimiento.

Víctor se quedó parado frente a ella, en silencio, esperaba a que aquella mujer desapareciese y cerrase la puerta.

—Hubiese ido hasta el fin del mundo a buscarte de haber sabido donde te encontrabas. Ahora que sé dónde estás, no puedo esperar más para tener una conversación contigo. Te amo, Eva. No estoy dispuesto a renunciar a ti. Eres mucho más de lo que siempre deseé. No voy a volver con Dana, ella ya no significa nada para mí.

—¿Cómo puedes decir eso si es la madre de tu hijo? —le reprochó.

—No voy a hipotecar mi vida al lado de una mujer que no amo, porque finalmente el niño no viviría en una familia feliz, sino en un matrimonio sin amor y sufriría las consecuencias.

Ante su argumento, Eva se quedó sin réplica. Pensativa, en silencio, volvió a tomar asiento, apoyó las manos sobre la mesa y miró a Víctor en actitud desafiante.

—Has estado unido a esa mujer seis años, demasiado tiempo como para olvidarlo todo tan rápido.

—Desde hacía un par de años la relación entre Dana y yo no iba bien, pero ni siquiera teníamos tiempo en nuestras vidas para pararnos y analizar que ya no había nada entre nosotros, todo era mecánico: trabajo, comidas con clientes e invitaciones a fiestas. A ella le encanta ser la abogada de personajes famosos, yo trabajaba en el despacho en temas financieros mientras Dana se relacionaba con los clientes. Ella conocía bien las leyes de aquel país y a mí los números, la contabilidad y las inversiones siempre se me dieron de lujo. Te puedo asegurar que si me echa de menos en algún aspecto, no es precisamente en el sentimental. Cuando pasó el accidente de mi hermana y de mi padre, decidí volver. En cierto aspecto sentía que nada me ataba ya a Nueva York. Dana ni siquiera me acompañó a España para el funeral de mi familia, tenía demasiado trabajo. Cuando le comuniqué que no pensaba regresar y que lo nuestro había llegado a su fin lo aceptó sin más. En todos estos meses no hemos mantenido contacto. Su embarazo me coge tan de sorpresa como a ti.

Con un suspiro, Eva se reclinó en el asiento. Lo creía, veía en su mirada la honestidad.

—Todo esto es muy complicado, Víctor —lamentó sin saber cómo abordar la situación.

—Lo sé, pero dame tiempo. Déjame ver de qué forma lo soluciono y luego podremos hablar de un nosotros —le rogó, de pie, intranquilo, paseándose ante ella.

—No hay un nosotros, ni nunca lo habrá —anunció decidida.

Había tenido mucho tiempo para pensar y tenía muy claro que no iba a interponerse entre Víctor y su hijo. Sabía que si ella estaba cerca o le daba esperanzas, Víctor no actuaría igual. Su conciencia estaría más tranquila si no interfería para nada en la decisión que tomase, además, también sabía que sufriría al estar cerca de él cuando otra mujer tuviese un hijo suyo. Prefería dejarlo marchar y emprender un nuevo camino.

—Eva…

—Por mi parte lo único que vas a obtener es una relación de amistad —le dejó claro, sin dejar que continuase en el argumento que pensaba darle.

—No me interesa ser tu amigo. Quiero mucho más —confesó de frente, decidido y sin miedos.

—A veces, lo que queremos no se corresponde con lo que tenemos —replicó segura de ello.

—Nunca he sido un conformista.

—Estoy decidida a ser feliz y estoy segura de que a tu lado, en estas circunstancias, sufriría más que disfrutaría. Y ahora, ya hemos hablado y cada cual ha expuesto su postura, te ruego que te marches. Tengo mucho trabajo.

El teléfono de la mesa de Eva sonó y ella aprovechó la oportunidad para dejarle claro que la conversación había concluido.

Cuando Víctor dedujo que la llamada que atendía Eva iba para largo, decidió marcharse, pero antes se tomó la libertad de ir hasta ella, acariciarle la mejilla y darle un beso en el cabello. Cuando Eva pensaba que se iba a marchar, se dio media vuelta, le cogió el taco de *pos-it* de la mesa y escribió algo. Se lo entrego antes de marchase en silencio.

Eva lo cogió entre sus dedos de inmediato, sin dejar de escuchar a su interlocutor, lo leyó:

Te juro que te voy a devolver las ganas de volver a creer en un “nosotros”.
Te amo.

Dos lágrimas rodaron por las mejillas de Eva mientras trataba de concentrarse en la importante llamada de teléfono que tenía entre manos.

El resto de la semana, por más que Víctor intentó cruzarse de forma casual con Eva, no lo consiguió. Decidió darle un tiempo, no quería agobiarla. Él también tenía demasiados problemas en su vida y necesitaba espacio para resolverlos.

En más de una ocasión Eva estuvo tentada de llamar a la puerta de Víctor y saber de él, extrañaba su voz, sus mensajes y sus besos, pero se resistió convenciéndose a sí misma de que hacía lo mejor.

El viernes por la noche, Eva decidió salir con Virginia, las habían invitado a una fiesta y asistieron juntas. Era en una de las discotecas de moda de la ciudad. Eva había perdido la práctica en salir cada semana, pero Virginia conocía cada rincón de Madrid donde se celebraban buenas fiestas.

En un principio, Eva casi se obligó a ir a aquel evento, había decidido cambiar su forma de vida y tenía que ponerse manos a la obra. Virginia la animaba, tenía un grupo de amigos a los cuales Eva conocía bien, casi la mitad trabajaban en la cadena, y les caían bien.

Para su sorpresa, pasó una noche muy divertida, donde no paró de reírse, bailar y beber. Hacía años que no estaba tan a gusto en una discoteca, si bien tenían un reservado, pero rodeada de mucha más gente de la que estaba acostumbrada en su vida normal.

Aquella noche llegó a casa a altas horas de la madrugada, el tiempo se le había pasado muy deprisa. Lo pasó tan bien que, al día siguiente, cuando Virginia le propuso salir de nuevo con sus amigos aceptó.

Cuando estaba a punto de montarse en su coche para marcharse, se encontró con Víctor en el garaje. Él la miró de arriba abajo y advirtió que iba muy arreglada, y sexi. Sus perfectas piernas, enfundadas en unas medias negras de cristal, eran visibles a los ojos de cualquier hombre pese a que la mini falda de cuero negra que llevaba no era demasiado corta. Se fijó en los botines de tacón que estilizaban más su figura y en el abrigo corto que apenas le llegaba a la cintura.

Sus ojos se posaron en los labios, pintados de color rojo. El corazón le dio un vuelco y maldijo no ser su compañía aquella noche, estaba claro que iba a salir.

—Vas a coger frío. —Víctor no pudo evitar el comentario. El mes de noviembre había llegado con temperaturas muy bajas, sobre todo por las noches.

—No te preocupes, voy a cenar a casa de unos amigos.

—Que lo pases bien. ¿Algún día podremos quedar para tomar algo, como amigos? —sugirió sintiendo unos celos tremendos por las personas que la acompañarían aquella noche.

—Algún día —dijo de forma retórica, para deshacerse de él.

—¿Qué tal ha ido tu semana? No hemos coincidido. —Trató de entablar conversación con ella.

—Con mucho trabajo —respondió de forma escueta, no quería darle charla y que se produjese un acercamiento entre ellos.

—No he querido agobiarte ni presionarte, pero necesito que sepas que mis sentimientos no han cambiado, todo lo contrario, cada día eres más importante para mí.

Eva asintió, incómoda. Comenzó a abrir la puerta de su coche y lanzó la cartera dentro.

—Llego tarde, nos vemos.

—Conduce con cuidado.

Se metió en el coche y arrancó. Víctor se quedó allí parado, observando cada maniobra que hizo hasta que salió del garaje.

Por el espejo retrovisor, Eva no dejó de mirarlo. Le hubiese gustado parar el vehículo y correr hasta él para refugiarse en sus brazos y deleitarse con sus maravillosos besos, era lo que más necesitaba, pero continuó su camino.

Durante el resto de la noche, intranquilo, Víctor estuvo pendiente del regreso de ella. La escuchó llegar casi al alba, pero no salió a su encuentro. No tenía derecho a pedirle explicaciones, como bien ella le dejó claro, entre ambos no existía un *nosotros*.

48

La semana siguiente, Víctor también la pasó sin ver a Eva. Estaba sumido en echar a Alexia para siempre del bufete de abogados y no tenerla que ver a diario. Deseaba desenmascararla ante un juez y que pagase por las artimañas que había realizado con el fin de quedarse con casi todo el patrimonio de Rodrigo Ferrer.

Por otro lado, su sobrina y su madre también necesitaban de su atención y Dana no paraba de llamarlo y reprocharle que la tenía abandonada en una habitación de hotel con una enfermera y, encima, hacía días que solo se limitaba a llamarla. En determinados momentos sentía que iba a explotar. Necesitaba a Eva más que nunca en su vida, pero el destino se empeñaba en alejarla.

Eva ansiaba que llegase el fin de semana, el viernes por la tarde lo pasó con su gemela y sus sobrinas, de compras, y el sábado volvió a salir de fiesta junto con Virginia.

Víctor llamó aquella noche a la puerta de su vecina, pero no le abrió. La llamó por teléfono, pero no lo atendió. Tampoco respondió a los mensajes que le dejó. Finalmente, bajó y le preguntó al portero del edificio si sabía algo de la señorita Quiroga, ya que hacía días que no se cruzaba con ella. El hombre le indicó que un coche la había recogido aquella noche, pero no llevaba maletas.

Sentado en el sofá de su casa, con una copa de licor en la mano y el móvil en la otra, por si Eva se dignaba a responderle, Víctor decidió esperarla despierto hasta que apareciese. Necesitaba verla, hablar de nuevo con ella, comprobar si los sentimientos de la mujer que amaba habían cambiado hacia él. No le hacía falta que ella se lo manifestase con palabras, con mirarla a los ojos le sería suficiente para adivinar en aquellos profundos ojos azules lo que sentía por él.

Cuando ya había perdido las esperanzas de que Eva regresase a casa aquella noche, escuchó ruidos en el pasillo. De inmediato, acudió tras su puerta para ver tras la mirilla si se trataba de Eva o si llegaba sola.

Comprobó que no la acompañaba nadie, pero observó que su vecina daba pasos poco seguros, se tambaleaba un poco, llevaba los zapatos de tacón en la mano y le costaba encontrar las llaves de casa en su cartera.

Malhumorado, Víctor salió a su encuentro. Abrió la puerta y se dejó caer sobre el marco de esta. Se permitió observarla en silencio durante unos segundos sin que Eva no se diese cuenta de su presencia mientras continuaba con la tarea de encontrar las llaves.

—¿No crees que es un poco tarde para volver a casa? —Sobresaltada por la voz seria, Eva se volvió hacia él—. Y mira en qué estado. —La repasó de arriba abajo. Descalza, con una randa en la media, con el pelo alborotado y maquillaje un poco corrido.

—No es tan tarde, aún no ha amanecido. —Sonrió, sacó las llaves e hizo un gesto de alegría por tenerla al fin en sus manos.

—Olvidaba que la semana anterior llegaste al alba. ¿Qué te pasa? —preguntó preocupado, acercándose a ella.

—No creo que haga nada malo, solo me divierto. —Le dedicó una sonrisa traviesa, entró en casa, pero no se molestó en cerrar la puerta, fue decidida hacia su habitación. Víctor la siguió.

—¿Con quién has estado? —preguntó con tono de exigencia, como si le debiese explicaciones, mientras iba tras ella.

Después de verla en aquel estado, se le pasaron por la cabeza mil posibilidades que lo estaban

matando. Era una mujer joven, con un buen cuerpo, bellísima y soltera. ¿Qué hombre no intentaría llevársela a la cama?

—Con unos amigos —contestó cansada. Se sentó en los pies de la cama y lo miró—. Me lo he pasado muy bien —murmuró sonriente, arrastrando las palabras.

De repente, toda la habitación comenzó a darle vueltas en la cabeza.

—Has bebido —afirmó Víctor en tono acusatorio. La miraba como un padre cuando su hija adolescente llega en aquel estado.

Tenía ambas manos en la cintura y la miraba serio y desafiante.

—Solo un poco —confirmó mientras se tumbaba en la cama—. Yo antes bebía, ¿sabes? De vez en cuando, como una persona normal y corriente —especificó con los ojos medio cerrados —. Pero desde el accidente me volví una aburrida, lo medicamentos, los fuertes dolores, mis dos horribles cicatrices…

—Creo que lo mejor es te acuestes. —Víctor tiró de ella, consiguió ponerla en pie y la ayudó, como todo un caballero. Le destapó la cama y la metió en ella.

Ambos quedaron muy cerca, Víctor se sentó en la cama y la observó con atención.

—Será mejor que te vayas, porque si sigues ahí, mirándome de esa forma, terminaré por besarte. Y mañana me arrepentiré y tú también, porque te habrás aprovechado de una pobre borracha que no sabe lo que hace.

Víctor suspiró y se revolvió el pelo. La deseaba más que nunca, pero era plenamente consciente de que no era el momento. Asintió y se levantó decidido a marcharse.

—Hasta mañana, Eva.

Cuando salió, varias lágrimas rodaron por el rostro de ella. Estaba un poco achispada y cansada, aquella noche los tacones la habían matado, pero muy lejos de estar ebria.

Al escuchar el sonido de la puerta, señal de que Víctor se había marchado, lloró aún más. Le dolía demasiado tenerlo cerca, desearlo y no poder tenerlo porque sus propios principios se lo impedían.

Cuando se volvió de lado en la cama y se acurrucó en posición fetal, sintió que no estaba sola, miró a la puerta entreabierta de la habitación y vio a Víctor aparecer de nuevo. Decidido, fue hasta ella y se sentó en la cama, a su lado. La observó bien, en silencio, mientras sus ojos le decían lo que no salían de sus labios. Le limpió con la yema de los dedos, con delicadeza, las lágrimas que tenía en las mejillas y se atrevió a hacerle la gran pregunta que lo estaba matando por dentro:

—¿Has estado con algún hombre? Por favor, respóndeme sí o no. No necesito más, pero sácame de esta incertidumbre que está acabando conmigo, que me corroe por dentro y te juro que ya no puedo más.

—No me he acostado con nadie —respondió de inmediato, dejándolo bien claro mientras lo miraba a los ojos. Víctor la creyó, aquella mirada limpia decía la verdad.

Aliviado y feliz, la estrechó entre sus brazos.

Eva se refugió en ellos, sentir su calor y su protección le daba vida.

—Te quiero más que nunca —murmuró depositándole un beso en el cabello, con orgullo.

No obtuvo respuesta por parte de Eva, pero no la necesitaba. Sus actos hablaban por sí solos. Estaba seguro de que llegaría el día en el que le manifestaría todo lo que trataba de esconder desde que lo conoció.

Permanecieron abrazados y en silencio un largo rato. Eva se quedó dormida junto a él. Luego, la acomodó mejor en la cama. Marcharse de aquella habitación y dejarla dormir sola fue difícil, pero quería hacer las cosas bien con Eva.

El domingo a mediodía Virginia llamó con insistencia al móvil de Eva. Le cogió el teléfono a la cuarta llamada.

—¿Aún estás dormida? —preguntó preocupada.

—¿A ti qué te parece? —La voz de Eva resonó molesta, estaba muy a gusto en la cama.

—Son las dos de la tarde. He reservado en un sitio donde se come de lujo y no has estado todavía —intentaba convencerla.

—¿Qué te hace pensar que hoy voy a salir de casa? Estoy muerta, a ti no hay quien te siga el ritmo. No sé cómo puedes darlo todo en tu trabajo, tener la maravillosa cara que muestras en la pantalla cuando presentas los informativos y no parar de salir —enumeró Eva a modo de queja. Sentía que no podía con el pellejo.

—Hoy tengo la reunión con mi socia, vamos a perfilar detalles mientras almorzamos, y tú eres buena en el tema de las inversiones y finanzas, has aprendido mucho de tu abuelo y Martín, quiero que me asesores.

Virginia iba a sacar, junto con otra presentadora de la cadena y Carla, una línea de pulseras de cuero de alta calidad. Serían una empresa de venta exclusiva por internet.

—¿Por qué no se lo pides a Elena?

—Ella también viene, pero deseo que las dos estéis para asesorarnos en los últimos pasos que tenemos que dar, por favor… —le rogó con ánimo de darle pena.

—Está bien —accedió. Eva la había animado mucho en aquel proyecto—. Pasadme a recoger, no tengo ganas de coger el coche.

—Perfecto, en media hora me tienes en la puerta de tu casa, antes paso por Elena. Con Sara y Carla nos vemos allí —comentó ilusionada.

Cuando Víctor vio aparecer en el restaurante donde almorzaba con Dana a Elena, le dio un vuelco el corazón, la confundió en un principio con Eva, pero luego se fijó en la incipiente barriga de embarazada que ya lucía con orgullo y dio gracias de que no fuese Eva.

Dana le había rogado que la sacase del hotel, el médico le había dicho que podía hacer vida normal, pero sin excesos ni esfuerzos, y convenció a Víctor para celebrarlo. Después de días pidiéndoselo, no se pudo negar. Sentía que tenía la obligación de hacer algo por la madre de su hijo después de ella haber pasado unos días tan mal.

El rostro de Víctor palideció por completo cuando vio que la última de las cinco mujeres que se dirigían a una mesa cercana a la suya era Eva. Ella iba distraída, charlando con una mujer que Víctor no conocía. Elena y Virginia iban a la cabeza del grupo. Ambas mujeres se toparon de frente con él y, de inmediato, sin poderlo remediar ninguno, Eva descubrió porqué sus hermanas se habían parado en seco, sin saber qué hacer.

Con un breve saludo, Elena y Virginia continuaron tras el camarero hasta la mesa que tenían reservada. Cuando Eva pasó por el lado de Víctor, ni siquiera lo miró a la cara. Sentía que si lo hacía no podría evitar las lágrimas que intentaba frenar debido a la tremenda decepción que sentía en aquellos instantes. Verlo junto a aquella mujer fue como si le clavasen un puñal en el pecho.

Sin importarle nada, solo Eva, cuando pasó por su lado, Víctor la agarró por la muñeca. Con gran agilidad se puso en pie y la miró a los ojos.

—Eva —pronunció a modo de saludo.

—Hola, Víctor. Espero que disfrutes de la comida.

De un tirón, se soltó de él y continuó su camino.

Él, por respeto a Dana, no fue tras Eva. Se sentó de nuevo en la mesa y se enfrentó a la mirada asesina que la madre de su hijo le dirigía.

—¡Esto es el colmo! —bramó Dana—. ¿No te cansas de humillarme? —le reprochó—. Soy la madre de tu hijo —le recordó ofendida.

—Recuérdalo siempre, porque nunca serás nada más que eso en mi vida —le dejó claro, de forma tajante.

Acto seguido, Víctor se levantó de la silla, arrastrando esta más de lo normal, tiró la servilleta de malas formas encima de la mesa y murmuró malhumorado;

—Voy al baño.

Dana lo miró sin creer que la dejase allí sola. Su dignidad le impedía coger el camino y marchase sin él. Eso sería una victoria para Eva y no le pensaba dar el gusto.

Víctor fue al baño, pero de vuelta a la mesa que compartía con Dana, se paró en la de Eva. No le importó que estuviese acompañada, no pensaba dejar que se hiciese ideas raras en la cabeza después de verlo allí con Dana.

—Eva, solo he venido a comer con ella —le aclaró sin tapujos—. Nada ha cambiado entre Dana y yo.

—No me debes explicaciones, Víctor —lo cortó, exasperada. Le dirigía una mirada incómoda.

—Sí te las debo —afirmó convencido de ello—. Que te quede bien claro que la única mujer que ocupa mis pensamientos, mi corazón y mis noches solitarias, eres tú.

Tras escucharlo, Eva deseó que se la tragase la tierra. Elena, Virginia, Carla y Sara lo miraban con la boca abierta, aún no salían del asombro ante la valentía de aquel hombre.

Sin más, Víctor volvió a la mesa con Dana.

—¡Madre mía! —exclamó Virginia llevándose las manos a la boca—. ¿Por qué Miguel no me dice esas cosas? —se quejó envidiando a Eva.

—¡Eva! —le llamó la atención Elena—. ¿Cómo puedes quedarte así tras lo que te acaba de decir? ¿Eres de piedra o qué?

—Te aseguro que no. Me tiembla todo el cuerpo. Víctor no tiene límites —murmuró con una sonrisa en sus labios, la cual no pudo evitar.

Solo recordar la intensidad de la mirada de Víctor cuando le dijo todo aquello le ponía el vello de punta.

Aquella noche Eva no fue a dormir a su casa, sabía que Víctor la esperaría tras la puerta para hablar con ella y no estaba preparada. Le pidió a Virginia pasar un par de días con ella, de alguna forma, quería darle tiempo y margen a Víctor para que ordenase todo el caos que la vuelta de Dana había supuesto a su vida. Si estaba decidido a no volver con ella, Eva quería que fuese una decisión bien meditada e influir lo menos posible en ella. Sentía que estar lejos de él era lo acertado en aquellos momentos.

El jueves por la tarde, Eva decidió volver a su casa, necesitaba ropa y algunos objetos personales. Pero antes, Virginia la convenció de ir a tomar algo con unos amigos con los que había quedado. Tras mucha insistencia, Eva accedió. Consideró que era una forma de agradecerle a Virginia todo lo que había hecho por ella desde que Víctor apareció y las molestias ocasionadas aquellos días en su casa.

Después de terminar el horario laboral, Virginia se pasó por el despacho de Eva y la recogió, en el aparcamiento se encontraron con un par de amigos de la redacción de los informativos que

también se unieron a tomar algo. Lo tenían por costumbre. Hasta ahora, Eva nunca se había unido a esas reuniones, la consideraban la jefa entre las jefas después de su cuñado, pero se integró muy bien. Se tomó un par de cervezas y charló con varias personas que trabajaban para ella y no había visto nunca. Le gustó conocerlos mejor y que le contasen de primera mano cómo eran sus trabajos y si estaban contentos con él.

Eva se encontraba en un lugar apartado del bar de copas, tenían unos sillones y sofás alrededor, pero la mayoría de la reunión estaba en pie. De repente, sus ojos se clavaron en dos hombres sentados en la barra y que tenían unas copas de vino en las manos. Notó como un fuerte nudo se le hizo en la garganta cuando comprobó que eran Víctor y su amigo Javier Quintana.

Cuando Víctor entró en el bar no reparó en Eva, estaba bastante lleno y fueron directos a la barra. No le apetecía ver a nadie, pero Javier lo convenció de salir un poco de las cuatro paredes de su despacho, donde llevaba metido toda la semana perfilando la gran demanda que pensaba interponer en contra de Alexia.

Mientras Eva lo observaba allí sentado y contemplaba su imponente espalda, se había quitado la chaqueta y llevaba una camisa blanca con el nudo de la corbata flojo, las piernas le temblaron cuando Virginia, que pasó por su lado al recoger una copa de la barra, lo saludó. Desde la distancia Eva vio que charlaron animadamente y finalmente Virginia señaló con el dedo hacia ella.

Eva deseó que la tierra se la tragase, pero, para su gran sorpresa, Víctor no fue a saludarla. Levantó la mano y le hizo un gesto al que ella correspondió mientras el corazón se le aceleraba hasta límites insospechados debido a la magnífica sonrisa que le dedicó.

Tras una hora, Víctor continuaba donde mismo, se había pedido otra copa y hablaba con Javier pese a no perderla de vista. Desde su posición tenía controlada la salida y no pensaba dejar que se marchase de allí sin hablar con ella, esperaba la ocasión perfecta. Le había concedido tiempo y dejar que se relajase, pero tenía claro que, después de cuatro días rehuyendo de él, era hora de que hablasen claro.

Eva necesitaba ir al servicio y la otra opción era marcharse a casa para no pasar por el lado de Víctor. Tras debatirse en ello, decidió ir al baño y continuar un rato más en el bar, apenas eran las nueve de la noche y no estaba cansada.

Junto con Sara, una gran amiga de Virginia, ambas se dirigieron hacia el aseo de señoras. Para su tranquilidad, Víctor solo le hizo un gesto con la cabeza cuando pasó por su lado, pero la esperaba para la vuelta. Cuando Eva lo vio de pie y decidido a ir hasta ella, se tensó, pero no aminoró el paso.

De repente, cuando ya veía a Víctor muy cerca, alguien se cruzó en su camino y la tomó por la cintura con un gesto de demasiada confianza.

—Nos volvemos a encontrar —le dijo el hombre y luego le plantó dos besos muy afectuosos.

—Diego… —Eva no lo esperaba—. ¿Qué tal? —preguntó de forma retórica, por educación.

Desde que se vieron la vez pasada cuando iba acompañaba de Víctor había intentado ponerse en contacto con ella de nuevo en un par de ocasiones, pero Eva nunca le contestó a los mensajes. Ignoraba cómo había conseguido su teléfono, desde que terminó la relación con él y pasó lo de su accidente, por cuestiones de seguridad, toda la familia cambió de número de teléfono.

Tenía muy claro que no le interesaba nada con Diego, pero al parecer él tenía todas las intenciones de conquistarla de nuevo.

Con el ruido y la música del bar, él se acercó al oído de Eva para responderle a la pregunta.

—Ahora que te veo, estoy mucho mejor. Cada día estás más guapa, y eres una mujer más inaccesible y ocupada —comentó a modo de reproche, pero con una gran sonrisa seductora.

A Eva comenzó a incomodarle su cercanía y esto no le pasó desapercibido a Víctor, que se había quedado parado muy cerca de ellos y los observaba al detalle con la mandíbula apretada y los puños cerrados.

—Te llamo un día de estos y quedamos, ¿vale? —le propuso para deshacerse de él con facilidad—. Unos amigos me esperan.

—Espero tu llamada. —Volvió a propinarle dos besos, demasiado cerca de la comisura de los labios para el gusto de Víctor, y Eva continuó su camino.

No pudo dar más de cinco pasos cuando se topó con Víctor, la miraba serio.

—¿Te estaba molestando? —preguntó de forma cortante mientras seguía a Diego con la mirada.

—No. Estábamos quedando para vernos otro día. —Aquello salió solo de su boca y de inmediato se arrepintió de haberlo dicho en voz alta.

—No estarás pensando en volver a tener algo con ese tío, ¿no? —preguntó a modo de reproche, con los dientes apretados, mientras la taladraba con la mirada y refrenaba las ganas de llevársela de allí a rastras, a un lugar donde estuviesen a solas.

—Yo no me meto en tu vida, haz tú lo mismo con la mía —le sugirió altiva y con descaro.

La respuesta de Eva no mejoró su humor. En un arranque, la tomó con fuerza por ambos brazos y la acercó a él de tal forma que ambos podían sentir sus respiraciones. Sin poderlo remediar, Víctor le tomó la boca y la besó con ganas. Estaba hambriento de ella, de su sabor y de su contacto.

Eva se vio atrapada entre sus brazos, la sostenía con fuerza, y sus arrebatadores besos le nublaron la capacidad de pensar.

Cuando Eva tomó conciencia, y fuerzas para separarse de él, se deshizo de sus manos y le propinó una sonora bofetada en la mejilla izquierda. Después de este acto, que hizo de forma automática, sin pensar, con la respiración alterada, se avergonzó cuando vio que todo el bar estaba con los ojos clavados en ellos mientras Víctor la miraba de forma impasible, como si estuviesen solos en aquel lugar.

De repente, alguien se interpuso en medio de ambos y estrelló su puño contra la mandíbula de Víctor. La reacción de este no se hizo de esperar y atacó a su contrincante.

Desde los brazos de Miguel, la tenía tomada por la cintura para que no se interpusiera en la pelea ocasionada en el bar, Eva pudo observar con dolor cómo Víctor y Diego se pegaban como dos animales. Javier intentaba separarlos, ayudado por varios hombres y acompañantes de Diego, pero ambos continuaban enzarzados. Partieron varias sillas y desplazaron el mobiliario del lugar. La mitad de los clientes salieron despavoridos a la calle.

Eva se soltó de Miguel e intentó parar a Diego y Víctor, Virginia salió en su ayuda y, en un intento de calmar la situación, salió lesionada.

Miguel, de inmediato, fue en su rescate.

Javier consiguió separar a Víctor y los acompañantes de Diego se lo llevaron del local.

Con el corazón en la boca, Eva observaba los desastres ocasionados a su alrededor. Javier sacó a Víctor de allí, mientras ella alcanzaba a ver que llevaba sangre en la mano. Contrariada y con las piernas temblando, sin saber qué hacer, si ir con Víctor o quedarse donde estaba y que la tierra se la tragase, comenzó a llorar. Un par de compañeras con las que estaba fueron en su auxilio, la sentaron, pidieron un vaso de agua y trataron de que se calmase.

Miguel se acercó a Eva y le comunicó que iba a llevar a Virginia al hospital del que era director. Había recibido un golpe en la mano y comenzaba a hinchársele y no le presagiaba buen diagnóstico.

Eva quiso acompañarlos, pero Virginia insistió en que se fuese a casa. Ella estaba en buenas manos y era innecesario que pasase horas en un hospital en su estado.

Cuando Eva llegó a la puerta de su casa, se debatió entre llamar o no en el timbre de su vecino. Se dirigió hacia él, pero se arrepintió y sacó las llaves para refugiarse en su hogar y llorar, era lo único de lo que tenía ganas. Sin embargo, finalmente, decidió hacerle caso al corazón en vez de la razón. En un impulso llamó a la puerta de Víctor, no podía estar más tiempo sin saber cómo se encontraba, todo aquello se había desatado por su culpa. Se arrepentía de haberle dado aquella bofetada.

49

—¿Estás bien? —preguntó preocupada nada más ver a Víctor. Él no tardó en abrirle. Tenía la camisa blanca manchada de sangre y una postilla en la comisura del labio. Observó que la mejilla izquierda la tenía un poco hinchada. No pudo evitar acercarse y acariciársela con mimo.

En los ojos de Eva, vidriosos, se reflejaban culpabilidad y miedo. Consciente de que era la causante de aquella situación le dolió verlo así.

Víctor la abrazó y ella agradeció ser arropada por sus brazos. Se refugió en ellos y consiguió calmarse un poco mientras él le acariciaba el cabello y la espalda, sintiendo cómo temblaba.

—Ahora sí estoy bien —confirmó tras expulsar el aire contenido desde que se marchó de aquel bar sin saber nada de Eva—. ¿Estás bien? —preguntó preocupado, se separó un poco y la miró al detalle.

Ella solo asintió mientras trataba de refrenar las ganas de llorar.

Víctor volvió a abrazarla.

—Estás hecho un desastre —dijo Eva sin separarse de él. Tenía muy cerca las manchas de sangre impregnadas en su camisa, pero no le importaba, se sentía tan bien que deseaba continuar allí.

—Tranquila, tu exnovio quedó peor —murmuró sin soltarla. Ella lo miró en silencio, como reprochándole algo—. Yo no empecé la pelea —se excusó—. Solo me defendí. No debió haberse metido donde no lo llamaban.

—No debí darte aquella bofetada delante de todo el bar. Lo siento, me dejé llevar. De alguna forma yo propicié todo —se disculpó abatida. Sentía que ya no podía más con todo lo que la rodeaba. La situación con Víctor la tenía bastante mal, no recordaba días tan malos ni melancólicos, ni siquiera en sus peores momentos tras el brutal accidente y sus consecuencias.

—Tú estás bien, es lo importante —le quitó hierro al asunto.

—Ya, pero tú y Virginia habéis resultados heridos y Diego ni sé cómo está —lamentó.

—¿Virginia? —preguntó preocupado.

—Sí, intentó pararme a mí cuando os separaba a ti y a Diego. Tiene la muñeca hinchada. Fue con Miguel al hospital. Aún no sé su diagnóstico.

—¡Joder! —maldijo Víctor—. Lo siento, me dejé llevar por las ganas que le tengo a ese tío por lo que te hizo —confesó.

Eva le mostró una sonrisa y le dio un breve beso en los labios, orgullosa de él. Víctor protestó al sentir cierto pinchazo al contacto.

—¿Duele? —preguntó retirándose ante el murmullo de queja.

—Duelen más otras cosas. Esto no es nada en comparación con no poder besarte y abrazarte cuando más lo necesito. —Le estaba mostrando su alma desnuda. Aquella mirada limpia y sincera derribaron todas sus barreras.

Eva lo besó como deseaba hacerlo desde hacía mucho tiempo. Se enredaron en un beso profundo y Víctor la arrastró hasta el sofá de su salón, se tumbaron en él sin romper el contacto de sus bocas y comenzaron a acariciarse. Necesitaban sentir piel con piel.

Víctor le desabrochó la camisa con prisas. En la tarea, saltaron varios botones por los aires, pero Eva no lo paró. Lo deseaba hasta límites insospechados. Ella también comenzó a desvestirlo. Necesitaba pasear las manos por su piel, sin barreras.

Inmersos en el deseo que los consumía en aquellos instantes, no escucharon unos pasos cercanos. Víctor había olvidado cerrar la puerta.

—¿Ves que tu hermana está perfectamente, mi amor? Y por lo que podemos apreciar, bien cuidada. Yo no diría que se queja de nada, todo lo contrario —comentó Martín de forma jocosa, con una amplia sonrisa.

Disfrutaba de la situación, todo lo contrario que su mujer.

Elena le propinó tal codazo a su marido en el que casi le cortó la respiración.

Eva y Víctor se incorporaron de inmediato, no los esperaban.

—¡Joder! ¿Qué hacéis aquí? —maldijo Víctor rascándose la cabeza, intentando recomponerse.

—Sentimos interrumpir, pero mi mujer se enteró del altercado en el bar. Virginia la llamó para que viniese a ver cómo se encontraba su hermana —reveló Martín con el don de palabras que lo caracterizaba en todas las situaciones.

Con el rostro rojo como un tomate, Eva trataba de cerrarse la camisa sin botones y acompasar la respiración.

—Estoy bien. —Consiguió decir, bajo la atenta mirada socarrona de su hermana y su cuñado.

—Tú no lo pareces tanto —advirtió Martín con los ojos clavados en Víctor—. ¿Qué pasó? —exigió saber—. Hasta donde sé, todo se desató porque besaste a Eva a la fuerza, y ahora os encontramos así. Y francamente, cuñada, no lo rechazabas.

Martín tenía toda la confianza del mundo con Eva para hacerle aquellos comentarios como si fuese un padre.

—¡Martín! —exclamó avergonzada Elena. Le reprochó con la mirada que se comportase de aquella manera. Parecía disfrutar del espectáculo mientras que a Eva estaba a punto de darle algo.

—¿Vamos a casa, Eva? —preguntó su gemela.

Ella asintió. Le dirigió una mirada a Víctor, él se la devolvió, pero no le dijo nada.

Elena tomó a Eva por la cintura, y bajo la atenta mirada de Martín y Víctor se marcharon. Las escucharon entrar y cerrar la puerta.

Una vez a solas, Martín se enfrentó a Víctor. Fue hasta él, le palmeó el hombro y le dijo:

—Anda tío, invítame a una copa mientras mi mujer y mi cuñada hablan.

Víctor le mostró una sonrisa tranquilizadora, comprendió de inmediato que tenía a un aliado en él. Cogió dos vasos y una botella del mejor vino de las bodegas de su familia.

—Me estoy volviendo loco —reveló a modo de confesión.

—Te entiendo. No solo son iguales por fuera. Yo las pasé canutas con Elena.

—No creo que sea peor que lo mío —murmuró apesadumbrado.

—Oh, sí. Te haré un breve resumen.

Martín le contó cuando dudó de Elena y la echó de su casa. Todo lo que le costó recuperarla luego.

—Joder —comentó Víctor asombrado.

—Superaréis esto —lo animó. Conocía bien la situación entre Víctor y Eva por su mujer. Entre Elena y él no existían secretos, se lo contaban todo. Era el gran pilar de su relación.

—Tu cuñada es la mujer de mi vida. No la voy a dejar escapar —confesó alto y claro, de frente—. Haré lo que sea por ella.

—Me tienes de tu lado. —Le tendió la mano y Víctor se la estrechó.

Al rato, Martín recibió una llamada de su mujer, lo enviaba solo a casa. Ella se iba a quedar a dormir con Eva, su hermana la necesitaba.

A la mañana siguiente, Víctor no despertó con buenas noticias. Su madre lo llamó muy temprano, llorando. Le comunicó nerviosa y sin entender nada que su marido se había marchado para siempre, la había dejado, y eso no era lo peor. Se había llevado una importante cantidad de dinero perteneciente a los viñedos.

Maldiciendo su mala suerte y todo lo que lo rodeaba, Víctor puso camino a los viñedos. Lo principal era consolar a su madre, brindarle todo su apoyo, y luego denunciar al mal nacido de Félix. Nunca le cayó especialmente bien. Siempre lo consideró un tipo frío, reservado y solitario.

Por otro lado, Dana comenzaba a impacientarse. Llevaba en España casi tres semanas y no había avanzado en nada con Víctor. Tan solo había conseguido negativas y rechazos. Echaba de menos su vida en Nueva York y el ambiente de lujo en el que se movía a diario. Estaba más decidida que nunca a poner a Víctor entre la espada y la pared. No pensaba esperar más tiempo para llevar su plan a cabo. La paciencia nunca había sido su fuerte, ella era más de negociar y atacar sin piedad, estaba acostumbrada a conseguir casi todo lo que deseaba.

El día casi pasó y Eva extrañó que Víctor tocase a su puerta o la llamase por teléfono. Su hermana se marchó antes del almuerzo y Eva se negó a acompañarla. Le apetecía la soledad de su casa y Elena lo entendió.

A media tarde Eva recibió un mensaje de Víctor.

He tenido que viajar de forma precipitada hasta los viñedos. Félix ha abandonado a mi madre repentinamente y se ha llevado mucho dinero del negocio. Tengo que poner en orden muchas cosas por aquí y encontrar a ese desgraciado.

Nos vemos y hablamos a mi vuelta.

Te quiero, aún perturban mis recuerdos lo que estuvo a punto de pasar anoche. Tu sabor está impregnado en todos mis sentidos.

Lamentando toda la situación, por Víctor y más aún por Gloria, le respondió:

Siento mucho todo lo sucedido. Dale un beso fuerte a tu madre de mi parte.

Cuídate, te estaré esperando.

Cuando Víctor leyó aquel breve mensaje, sintió tal ilusión que le dieron ganas de pegar un brinco y tocar el techo. El hecho de que Eva le confirmase que lo esperaría significaba mucho para él.

Resolver los problemas en los viñedos, el dinero que se llevó Félix, los pagos que no había realizado y la denuncia contra él, le llevó a Víctor toda una semana. La policía comenzó a buscar al marido de su madre, pero pasó toda otra semana y tampoco dieron con él.

Víctor sentía que no podía más. Llevaba el bufete desde la distancia, delegaba casi todo en su buen amigo Javier, mientras intentaba salvar el negocio de su familia. Al cual casi había llevado a la ruina el marido de su madre.

En aquellas dos semanas, se dedicó a revisar a fondo toda la contabilidad. Descubrió que llevaba dos años quedándose con dinero y se las había ingeniado muy bien para que Gloria firmase una documentación donde lo autorizaba en todas las cuentas de la empresa. Anselmo

siempre fue reticente a esto, decía que la familia es la familia y un yerno siempre era alguien ajeno. Tras el chasco con Rodrigo, al que llegó a querer como a un hijo, nunca más confiaría en otro más. Pero Gloria estaba enamorada de su marido y confiaba en él, hasta que comprobó que solo la quería por su dinero.

En esas dos semanas, Eva se concentró de lleno en el trabajo. Pese a tener a Víctor lejos, pasaron muy rápido. Casi todas las noches intercambiaban breves mensajes que se limitaban a hablar de lo estresados que estaban por sus trabajos. Eva no quería profundizar en el tema de lo que sentía por él, y Víctor deseaba darle espacio. Prefería abordar el tema de ellos de frente. Aquel tiempo separado de la mujer que amaba le había servido para darse cuenta de que la necesitaba como respirar.

***

Virginia resultó ser una mala paciente. Cuando se lesionó la muñeca en la pelea del bar, no consintió cogerse una baja. Para ella, su trabajo era siempre lo primordial. Se quitó el vendaje que Miguel ordenó que le colocasen ya que no pensaba presentar los informativos así, y su lesión no mejoró.

Obligada por el dolor que sentía, fue al hospital. Cuando subía en el ascensor, este se paró y vio salir a Dana de una consulta de ginecología. Solo había visto a aquella mujer la vez que se la encontraron con Víctor en el restaurante, pero alguien como ella era difícil de olvidar y que pasase desapercibida en cualquier lugar. Era rubia, con una voluminosa melena a media espalda con ondas muy cuidadas, alta y lucía ropa de marca ajustada a su perfecto cuerpo. Virginia se fijó en los zapatos de tacón tan poco apropiados que lucía para ser una mujer en estado y acudir a un hospital, pero así era Dana. Llevaba el letrero de mujer sofisticada y de negocios escrito en la frente.

Las puertas del ascensor se cerraron y Virginia continuó su camino, centrándose en el malestar que le había llevado hasta allí.

Contrariada, con la cabeza gancha y gran dolor en la mano, se presentó en el despacho de Miguel.

—Tienes que recetarme algo. La mano no mejora —anunció nada más aparecer por la puerta. Ella no necesitaba cita para acudir a verlo. Saludaba a su secretaria y, si no estaba reunido, pasaba directamente.

—No has hecho lo que te indiqué, ahora no te quejes —contestó levantándose del sillón, yendo hasta ella y tomando su mano entre las de él para examinarla.

—Ah —se quejó de inmediato Virginia.

—Está inflamada y necesitaba el vendaje que te pusieron durante más días.

—Ponme un analgésico —casi le rogó.

—No será suficiente.

—Pues una venda que pueda poner y quitarme o que sea discreta para presentar los informativos —argumentó.

Miguel puso los ojos en blanco, sabía lo cabezona que era.

—Voy por algo, espérame aquí. A ver cómo solucionamos esto —comentó a modo de queja y salió del despacho.

Virginia suspiró e inspeccionó el lugar. Hacía algún tiempo que no iba por allí. Cada día se obligaba a mantener una relación más lejana con Miguel, pero era inevitable. Era el mejor amigo

de Martín y estaba muy ligado a su familia. Compartían muchas amistades, pero cansada de llevar años tras él y ser algo más que amigos, decidió romper con aquello de raíz. Pero el resultado no estaba siendo efectivo, siempre había algún motivo que los llevaba a pasar tiempo juntos.

Ambos tenían una vida similar, eran apasionados de sus trabajos, pero fuera de ellos les encantaba divertirse. Siempre estaban de fiestas y reuniones con amigos y, por lo general, coincidían. Les gustaban sus vidas de solteros, o eso era lo que Virginia se encargaba de pregonar, la realidad era que estaba enamorada de Miguel desde que lo conoció y era incapaz de mantener una relación seria con nadie. Miguel se describía como un espíritu libre. Después de un matrimonio fallido, juró no volver a tener ninguna relación seria ni convivir con otra mujer, había quedado muy escarmentado. Virginia llevaba cinco años tratando de que aquello cambiase, pero era imposible.

Paseó la mano por la espalda del sillón de Miguel y se sentó en él. Aún permanecía allí su calor, se refugió en él y cerró los ojos, podía sentir su olor en el ambiente. De repente, el teléfono sonó y se sobresaltó. Movió el ratón del ordenador sin querer y la pantalla cobró vida donde trabajaba él antes de marcharse. Observó, mientras hacía caso omiso al teléfono, que repasaba unas historias de pacientes. Él era cirujano, pero al ser el director del centro Virginia imaginó que tendría acceso ilimitado a todos los pacientes del mismo. Algo se cruzó por su cabeza, rechazó la idea, se levantó y volvió al lugar que ocupaba cuando Miguel se fue, pero ella no era así, se caracterizaba por ser valiente, decidida y, a veces, rebasar ciertos límites, aunque con aquella acción iba a saltarse unos cuantos. No le importó.

Desde que vio a Dana salir de la consulta del ginecólogo, algo se activó en su mente. No sabía el apellido de aquella mujer, pero ¿cuántas Dana podría haber en aquel hospital? Y ya si reducía la búsqueda al área de ginecología, la lista no sería muy extensa. Volvió al sillón de Miguel y puso su plan en marcha. De nuevo volvió a sonar el teléfono, pero no le hizo caso. Tecleó con rapidez lo que deseaba averiguar y esperó a que en la pantalla apareciese el resultado.

De pronto, Virginia dio un respingo en la silla cuando la puerta se abrió de golpe, sin previo aviso.

—Te he estado llamando —dijo Miguel sin llegar a pasar—. Ha surgido un problema y tardaré unos veinte minutos más en venir, si tienes prisa puedo enviar a alguien.

—No te preocupes, prefiero que seas tú. —Él se quedó mirándola sentada en su silla—. Es más cómoda que esas —comentó girando el asiento y reposando la cabeza.

Miguel asintió con una gran sonrisa y volvió a cerrar la puerta.

Virginia suspiró y sonrió mientras trataba de serenarse. El corazón le galopaba a mil por hora tras la interrupción de Miguel.

Cuando se centró de nuevo en la pantalla sus ojos se agrandaron, solo había una Dana en todo el hospital y su apellido era Taylor. Tenía que ser ella. Con cierta culpabilidad por la invasión a la intimidad que estaba por cometer, comenzó a leer la historia clínica de la mujer.

Descubrió que aquella era su primera visita y se sorprendió aún más cuando leyó que lo había hecho para retirase un DIU. Virginia sacudió la cabeza y comenzó a leer de nuevo. En ningún lado se reflejaba que aquella mujer estuviese embarazada. Además, era imposible que lo estuviese y llevando aquel aparato. Sin embargo, Dana llevaba casi un mes en Madrid alardeando estar embarazada de Víctor.

Pensativa y sin saber cómo tomar aquello, suspiró. Fue hasta su bolso, cogió el móvil e hizo varias fotos a la pantalla del ordenador. Sabía que estaba sobrepasando todos los límites, pero aquella mujer también lo había hecho y Eva sufría las consecuencias de ello y no pensaba

permitirlo por más tiempo.

Cuando Miguel volvió, encontró a Virginia con los ojos cerrados y la cabeza reposada sobre el sillón, ella lo había escuchado hablar por el pasillo e interpretó su papel para que no sospechase nada de haberla visto ahí con anterioridad.

—Te has quedado dormida —murmuró al entrar, en un tono bajo de voz.

—No, solo pensaba. Me ha venido bien este tiempo aquí sola. Hay días en los que no tengo ni un solo minuto de paz.

—Vamos al lío —anunció Miguel, traía en sus manos una caja y movió esta.

Virginia extendió el brazo de forma cómica y cerró los ojos, como si fuese a sufrir con lo que él le iba a hacer.

Dana había tomado una decisión. Sabía que a Víctor no le iba a gustar nada, pero estaba cansada de esperarlo y solo encontrar indiferencia. Con el carácter que le caracterizaba, se presentó en los viñedos. Cuando Víctor la vio descender de aquel coche rojo, alquilado, pero que tan bien se ajustaba a ella, con sus zapatos de tacón como si fuese a una de las reuniones a las que estaba acostumbrada, tuvo que refrenar las ganas de gritarle y echarla de allí. En aquellos momentos lo que menos necesitaba era a Dana cerca.

La mujer se acercó a él, mirando a su alrededor como si en algún momento fuese a aparecer un lobo.

—Si Mahoma no va a la montaña… Estoy cansada de que huyas de mí. Me he enterado por la difícil situación por la que pasas aquí y he venido a echarte una mano.

—No te necesito, Dana. Puedes irte por donde mismo has venido.

Víctor no se preocupó en preguntarle cómo sabía la difícil situación por la que pasaba. No entendía cómo, pero Alexia se había enterado de lo sucedido con Félix y trató de filtrarlo a la prensa para hundir los viñedos. Gracias a que Anselmo era amigo de Sebastián, el abuelo de Eva, pudo paralizar que esto saltase a los medios. Ese habría sido el fin de los viñedos Garza. Sin embargo, era conocedor de que muchos empresarios y cierto círculo financiero conocía la noticia y Dana estaba muy bien relacionada en el mundo de los negocios y temas como aquel no tardaban en llegar.

—Dana —pronunció Gloria al verla allí. Se acercó a ella y le dio dos besos secos, mientras miraba a su hijo preguntándose qué hacía ella allí.

Víctor no le había contado nada de la presencia de su ex en España.

—Pensé que me recibirías de una forma más afectuosa al llevar a tu nieto dentro de mí —le reprochó a la que consideraba su suegra, mientras se acariciaba el vientre.

Gloria sintió que se mareaba. Miró a su hijo en busca de una confirmación y le leve tic apareció en la mandíbula de Víctor, junto con los puños apretados, le dijo que no estaba muy contento de ser padre.

—¡Oh! Víctor… no… no me dijo nada —consiguió decir. Sentía que no le salían las palabras. Estaban atascadas en su garganta.

—No lo planeamos, pero vas a tener un nieto. He venido para arreglar las cosas. Tengo todas las intenciones de brindarle a mi bebé un verdadero hogar —anunció haciendo su mejor interpretación.

Víctor la miraba serio y distante, reprochándose no haberla visto como realmente era en todos los años que pasó con ella.

—Por favor, pasa, Dana. —Gloria hizo acopio de su educación e intentó relajar el ambiente. Conocía a su hijo y sabía que estaba a punto de explotar.

50

Cuando entraron en la casa estaba desierta. Era la hora de la siesta. Anselmo dormía junto con Daniela en su habitación.

Gloria se disculpó y fue por unas bebidas.

—Mi madre no sabía nada, y con todos los problemas que tiene en estos momentos no necesita otro. No debiste presentarte aquí —le reprochó enfadado, taladrándola con la mirada.

—Me ves como un problema —le recriminó sin importarle alzar la voz—. ¿Cuándo vas a darme mi lugar? Soy la madre de tu hijo.

—¡No empieces! —le advirtió con los dientes apretados. Trataba de calmarse.

—Déjame ayudarte, estoy aquí para eso. Me enteré por lo que estás pasando. No he venido para presionarte por el tema del niño —intentó relajar el ambiente. Llevaba un guion estudiado.

Víctor expulsó todo el aire que contenía y se sentó en el sillón de mala gana. Dana lo imitó y le dedicó una sonrisa.

—No me mires como a una enemiga. Te ves agotado. —Lo repasó de arriba abajo y llegó a sentir compasión por él. Le habían pasado demasiadas cosas en los últimos meses, pero ella era una mujer que siempre se movía por sus propios intereses y por dinero, y en esta ocasión no se iba a apiadar de él. Hacer que Víctor Ferrer regresase de nuevo a Nueva York sería el mayor negocio de su vida, y pensaba usar todas sus armas para conseguirlo.

—He traído unos zumos y unas pastas —interrumpió la madre de Víctor—. Dana, cuéntame, cómo estás llevando el embarazo. Si necesitas algo…

Gloria se sentó a su lado y Dana la miró sonriente, se dijo que ya la tenía de su parte.

Víctor puso los ojos en blanco, se levantó y se marchó. Necesitaba respirar aire fresco, sentía que iba a explotar.

***

Como si fuese un huracán, así fue como entró Virginia en el despacho de Eva. La llamó nada más salir del hospital, rechazó tomar algo con Miguel, y le dijo que no se moviese de su despacho, tenían que hablar de un tema muy importante.

—No te vas a creer lo que acabo de descubrir —anunció Virginia en cuanto abrió la puerta. Venía con el corazón en la boca, como si hubiese corrido una carrera.

—¿Qué ocurre? —preguntó alarmada Eva, levantándose hasta ella—. ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien —afirmó con una sonrisa. Sentía una gran alegría de poder proporcionarle aquella información. Sabía que era el pasaje de Eva hacia la felicidad con Víctor.

Eva frunció el ceño y miró el vendaje de su mano.

Virginia le quitó hierro al asunto con un gesto de su otra mano. Llevó a Eva hasta el sofá que estaba en la parte derecha de su despacho y se sentaron.

—Me estás preocupando —murmuró. La miraba con atención.

—He descubierto que Dana no está embarazada —lanzó de pronto. No sabía por dónde comenzar y decidió hacerlo por el final.

—¡¿Qué?! —Eva la miraba con los ojos muy abiertos.

—Como lo oyes, ahora déjame que te cuente todo desde el principio —le relató desde que

entró en el hospital y vio a Dana desde el ascensor hasta que descubrió su falso embarazo—. Mira, aquí tienes las pruebas. —Le enseñó las fotos de su historial médico.

—Dime que no has hecho algo así.

—Lo he hecho —afirmó sin cargo de conciencia alguno—. Tu felicidad bien lo valía. Esa mujer es una arpía y pretende destrozarle la vida a Víctor, no sé con qué fin se ha presentado aquí, pero queda claro que se vale de un engaño.

Eva suspiró y volvió a releer el informe que aparecía en la pantalla del móvil de Virginia.

—¿Y ahora qué hago? —preguntó agobiada. Esperaba que Virginia le diese la solución.

—Ir en busca de Víctor, contarle todo y ser muy felices. Ah, y poner a esa bruja de Dana en su lugar. Desenmascararla.

—Víctor no está aquí, aún está en los viñedos de su madre solucionando todo lo que la huida de Félix provocó.

Virginia estaba al tanto de la situación, era el paño de lágrimas de Eva.

—Pues preséntate allí —sugirió. Virginia era una persona muy arriesgada.

—Creo que lo mejor será que espere a que vuelva a Madrid y hable con él en persona. El tema es delicado, no puedo decir que vi un informe médico de Dana, eso te pondría en una difícil situación. Diré que la escuché hablar con alguien y que le confirme que realmente espera un hijo. Víctor sabrá cómo moverse a partir de ahí.

—Yo en tu lugar iba a buscarlo —insistió—. No me importa que digas que accedí a esos informes, esa mujer no hará nada en contra de mí. Todo es una mentira, y con respecto a Miguel, me da igual que se enfade conmigo. Sabes que ya lo tengo todo perdido con él. Tiré la toalla. Si decide no volverme a hablar será lo mejor.

Tras meditarlo mucho aquella noche, no pegó ojo, dio mil vueltas en la cama, Eva decidió esperar a que Víctor regresase a Madrid. Dana estaba en la capital, Virginia la había visto aquella mañana, no suponía un peligro entre ella y Víctor, y prefería no cargarlo con otro problema.

***

Pasaron tres días y Eva no pudo hablar con Víctor ni siquiera por teléfono.

Dana continuaba en los viñedos, se había instalado allí y cada día se llevaba mejor con Gloria. Trataba de ganarse a Daniela y Anselmo, pero aquello iba a ser complicado. Con Víctor las cosas avanzaban bien, había accedido a que le ayudase a encontrar y encajar datos en la contabilidad que Félix había llevado durante años. Lo cierto era que con la ayuda de Dana avanzó bastante, ella era buena en aquello y lo demostró, sin embargo, Dana no consiguió su propósito, ablandar a Víctor y volver a tener una buena relación. Intentó meterse en su cama la segunda noche, pero él la rechazó de forma contundente y le advirtió que la próxima vez la echaría de los viñedos definitivamente.

Gloria y Anselmo estaban al tanto de que Víctor no pensaba unirse de ninguna de las maneras a Dana. Les explicó que la situación era y sería complicada de ahora en adelante con ella, pero que tan solo la trataría como la madre de su hijo, él amaba a Eva y pensaba luchar por ella. Solo consiguió el apoyo de su abuelo, Gloria era más tradicional y prefería que aquel niño se criase en el seno de una familia, que por lo menos lo intentasen, pero Víctor se negó a escuchar sus argumentos.

Dos días después, la presencia de Víctor en Madrid fue necesaria. Debía firmar una

documentación del bufete que solo podía hacer él. En esta ocasión no pudo delegar en Javier como hizo en los últimos días.

No le dijo a Dana que se marchaba, cuando ella bajó a desayunar y preguntó por él Gloria la informó. Pensó la posibilidad de ir tras Víctor a la capital, pero decidió quedarse y esperarlo. Quizás si se ganaba a toda su familia volvía a conquistarlo a él.

Eva, Virginia y Elena desayunaban juntas en una cafetería del centro a la que les gustaba acudir de vez en cuando. Eva las ponía al tanto de que aún no le había contado a Víctor la verdad sobre el embarazo de Dana cuando el móvil le sonó. Ella miró de quien era la llamada y no lo atendió, de nuevo sonó y cortó con un mal gesto en el rostro.

—¿Quién insiste tanto tan temprano? —preguntó Elena. Le quedaba claro que no era una llamada urgente ya que su hermana no la había atendido.

—Es Diego. Desde el incidente en el bar no deja de llamarme para que quedemos.

—Se ha propuesto reconquistarte —murmuró Elena.

—Lo tiene todo perdido —comentó Virginia acabándose el café—. Y si se le llegase a pasar por la cabeza volver con él la encierro. Ese tío ya te hizo sufrir bien, te engañó. ¿Y ahora qué pretende?

—Se ha divorciado, de verdad —apostilló—, y dice que solo quiere que seamos amigos, pero no me interesa nada con él. Con Víctor he descubierto lo que es el verdadero amor —confesó al fin.

Virginia comenzó a aplaudir tras escuchar aquello, sin importarle que media cafetería centrase su atención en ellas. Elena sonreía mientras Eva las miraba escandalizada.

—¿Tienes claro comenzar algo serio con él? —preguntó Elena.

—Sí, más que nunca —confesó decidida, les mostró una sonrisa enorme. Estaba decidida a ser feliz con Víctor.

—¡Bravo! —alzó la voz Virginia, avergonzando de nuevo a Eva cuando toda la cafetería centró de nuevo sus miradas en ellas.

Eva deseaba que llegase el mediodía, pensaba comer tranquila en casa y llevarse toda la tarde del viernes tirada en el sofá sin hacer nada. Virginia le había propuesto salir de compras, pero declinó la invitación. Necesitaba estar sola y pensar muy bien en cómo hacer las cosas de ahora en adelante con Víctor.

Un coche la dejó en la puerta de su casa, fue a una panadería cercana a comprar pan y al quiosco por algunas revistas. Cuando le pagaba al hombre, se dio media vuelta y se chocó con Diego.

—¡Eva, qué sorpresa! —se alegró de verla. De inmediato le dio dos besos demasiado afectuosos para el gusto de ella.

—Hola, Diego. La sorpresa es mía, de verte por aquí. —Sabía que vivía en las afueras de Madrid, él se lo había dicho en un intento de sonsacarle su dirección, pero Eva no cayó en el juego.

—Vengo de casa de un amigo que vive por la zona. —Ella no lo creyó, eran casi las tres de la tarde y no consideraba que fuese hora de una visita. Estaba segura de que habría indagado entre sus amistades comunes la dirección de su casa—. No has respondido a mis últimos mensajes —le reprochó paciente y con dulzura.

Cansado de que no le cogiese el teléfono, se decidió por enviarle mensajes. Eva solo le contestó el primero, donde le decía que estaba muy ocupada. Luego, no le hizo más caso, pero

Diego no dejó de llamarla y enviarle mensajes. Estaba seguro de que tarde o temprano accedería a salir con él.

—He tenido muchísimo trabajo, perdona —contestó por educación, con una sonrisa fingida.

—¿Haces algo ahora? ¿Nos podemos tomar una cerveza? —señaló un bar cercano.

Entre la espada y la pared, Eva no pudo mentirle y aceptó el ofrecimiento. También lo consideró necesario para hablarle con claridad y que no continuase molestándola.

Se sentaron en una mesa pegada al cristal del local que daba a la calle y pidieron dos cervezas. Diego rebosaba alegría mientras Eva trataba de disimular su incomodidad. No le gustaba compartir nada con el hombre que jugó con ella en el pasado.

Para su sorpresa, Eva descubrió que el tiempo pasó muy deprisa. Diego le habló de su trabajo en la universidad, de sus alumnos y, como era un tema que le apasionaba, le prestó atención al mismo tiempo que disfrutaba de la charla. Desde que se dedicaba a llevar el Grupo Quiroga junto con su cuñado, echaba de menos la música y el mundo que la rodeaba. Tenía en casa el gran piano que Elena y Martín le habían regalado, lo tocaba a veces, pero aquella conversación con Diego le devolvió parte de unos recuerdos que estaban dormidos dentro de ella.

Cuando miró el reloj de forma distraída Eva comprobó que había pasado casi una hora.

—¿Me aceptas una invitación a comer? —Diego desvió la mirada hacia el restaurante que estaba en la acera de enfrente.

—Está bien —aceptó mientras se levantaban de la mesa. Él dejó un billete de diez euros sobre ella y se marcharon.

Durante el aperitivo Eva no había tenido ocasión de dejarle claro que no le interesaba nada con él, ni siquiera que fuesen amigos, pero le pareció mal educado soltarlo así, de pronto. Esperaba que él propiciase la situación. De ahí que aceptase la invitación a comer.

Cuando salieron del local, Diego se permitió el atrevimiento de tomarla de la mano para cruzar la acera corriendo, como dos niños. No esperaron en el paso de peatón la indicación del muñeco verde.

Con el corazón acelerado y entre risas, llegaron al otro lado. Antes de encaminarse hacia la entrada del restaurante, se tomaron unos minutos para calmarse. Diego le colocó el pelo bien a Eva detrás de la oreja y aprovechó el gesto para acariciarle la mejilla mientras la miraba con intensidad.

En un gesto rápido, que Eva no presagió, Diego se tomó la libertad de besarla. Deseaba aquello desde hacía mucho tiempo.

Desde dentro de su coche negro, con los cristales tintados, Víctor observó todo. Los vio salir sonrientes y de la mano de un bar, cruzar la carretera y besarse como una pareja enamorada.

Tras la intensa mañana de reuniones y toma de decisiones, antes de volver a los viñedos para reencontrarse con más problemas y con Dana, deseaba ver a Eva. La calma y la estabilidad que ella le hacía sentir era justo lo que necesitaba en aquellos momentos. Tras muchos años, había sentido que llegaba al límite.

Con un nudo en la garganta, con ambas manos apretando con todas sus fuerzas el volante que tenía delante, contempló aquella escena que le revolvió el estómago y le partió el corazón.

Aceleró el coche y salió casi derrapando. No podía ver aquello por más tiempo. Sentía que lo había perdido todo en la vida.

El sonido de unas ruedas rechinar sobre el asfalto hizo reaccionar a Eva. No se esperaba aquel beso. Se separó de Diego de forma abrupta y le propinó una sonora bofetada, ofendida.

—No confundas las cosas, una charla y unas risas no significan nada. ¡No vuelvas a besarme jamás! —le advirtió muy enfadada.

—Lo siento, Eva. Fue un impulso. Te sentí tan cercana… Sabes que te sigo queriendo —se justificó.

—Yo no, Diego —le dejó claro, soltándose de un manotazo de él—. Para que no vuelvas a confundir nunca nada más, lo mejor será no volver a vernos ni hablar. Hasta siempre.

Echó a caminar con rapidez y la vista al frente.

—¡Eva! —escuchó tras su espalda, pero no se volvió ni permitió que la siguiese.

Diego era su pasado, y tras aquel beso había comprobado que estaba más enterrado que nunca.

51

Como un loco, sin rumbo, a toda velocidad y sin importarle nada, así conducía Víctor por la ciudad. Ver a Eva en los brazos de Diego le había desquiciado por completo.

Era consciente de que no tenía una relación seria y formal con ella, pero de alguna forma la consideraba suya y lo que sus ojos acababan de ver lo tomó como una traición. No tenía derecho a reclamarle nada y quizás ese hecho, fuese el que lo tenía peor. Debía tragarse todo el veneno que llevaba por dentro. No tenía contra quién escupirlo.

Con el corazón igual de acelerado que el coche que conducía, Víctor sentía que no podía más con todos los problemas presentes en su vida. Hasta el momento había lidiado con la repentina muerte de su padre, su hermana y su cuñado, con la ambiciosa exmujer de su padre y las trampas que había realizado para quedarse con lo que no le pertenecía, con una sobrina traumatizada que no hablaba desde la muerte de sus padres, con la desaparición de Félix y todo el dinero que había robado en los viñedos y la aparición de Dana de nuevo en su vida, embarazada.

Encontrar a Eva, una mujer que había calado en su corazón nada más cruzar una primera mirada con ella, era lo único bueno que le había sucedido. Y ahora sentía que la había perdido para siempre. Encontrarla besándose con Diego fue la gota que colmó el vaso de su caótica y desorganizada vida.

En aquellos momentos, se sentía perdido. Necesitaba olvidar aquella imagen de Eva en los brazos de otro hombre, que le perturbaba por dentro como un aguijón que cada vez se clavaba más profundo. Si no la tenía en aquel caos ¿qué sentido tenía su vida? Estaba cansado de luchar e ir contra corriente, así llevaba más de tres meses, pero Eva era su gran motor. Tenerla y no tenerla suponía como una especie de juego que lo mantenía activo, pero saber que la había perdido formaba parte de una derrota, y no estaba acostumbrado a perder.

Parado en un semáforo, con la cabeza reposada en el reposacabezas del asiento y los ojos cerrados, buscó una imagen de la última vez que fue feliz. En aquellos instantes se sentía la persona más desgraciada del mundo. Era incapaz de ver la luz por ningún lado.

La oscuridad más profunda, aquella que hacía años no sentía, se cernió sobre él. Una profunda necesidad, dormida durante años, despertó sin ni siquiera ser consciente de ello. Siempre pensó que lo había superado y que no volvería a caer jamás, pero al mismo tiempo supo que era lo que necesitaba o terminaría por cometer una locura. No se paró a pensar, todo le daba igual, solo necesitaba algo muy concreto. Y sabía muy bien dónde conseguirlo con facilidad, ya lo había hecho años atrás.

Eva subió a su casa, cabreada por el beso que le había plantado Diego, se metió en la ducha y se tomó un café tras colocarse unas mallas y un amplio jersey. De repente, escuchó un sonoro portazo en el piso de Víctor. Se levantó, abrió su puerta y se quedó tras la de la casa de su vecino, escuchando.

Sonidos de golpes tras golpes se repetían de forma constante. Se asustó, parecía que estaban desvalijando la casa. De no ser por la seguridad que tenían en aquel edificio, habría llamado a la policía de inmediato. Pegó la oreja más a la puerta y escuchó más ruidos, sin voces de nadie. Armada de valor, aporreó el portón con todas sus ganas.

—¡Víctor! ¿Estás ahí? ¿Qué sucede? —gritó presa del pánico. No obtuvo respuesta, los

golpes continuaban sin cesar—. Abre, por favor. —Nada. Esperó un poco por si escuchaba alguna voz.

Decidida, bajó al portero y le pidió la llave de la casa de su vecino.

—Por favor, necesito la llave de la casa del señor Ferrer. Acaba de llegar y con tan mala suerte ha resbalado en la ducha, me ha pedido ayuda. —No se le ocurrió otra excusa.

—Claro, señorita, le acompaño.

—No…

—¿Pido una ambulancia? —preguntó el hombre levantando el teléfono de la portería.

—No, por ahora iré yo sola. Si es necesario le aviso.

—Como usted desee, señorita Quiroga. El señor ha llegado hace apenas diez minutos y venía solo. Lo he visto aparcar su coche por las cámaras de seguridad —le informó. Esto tranquilizó un poco a Eva, era él quién estaba dentro de la casa y estaba solo. Aquellos golpes no eran con nadie.

Impaciente, Eva subió en el ascensor. Sabía que lo que estaba a punto de hacer era arriesgado, pero no le importó. Tenía que ver con sus propios ojos qué le ocurría a Víctor y el origen de aquello ruidos.

Con decisión, metió la llave en la cerradura y abrió como si se tratase de su propia casa. Lo primero que vio fue todo tirado por medio y revuelto. Sillas rotas, estanterías arrancadas, cortinas rasgadas y cuadros por los suelos, hecho añicos.

Con el corazón encogido, se atrevió a entrar. Era incapaz de articular palabra. Víctor estaba sentado en el sofá, inclinado hacia delante, sobre una mesa baja de cristal. Lo observó con aspecto desaliñado y se acercó a él, cautelosa.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó casi con miedo.

Víctor no la esperaba. Estaba tan sumido en su dolor que no escuchó la puerta ni las llaves. Cuando levantó la mirada, sus ojos vidriosos se cruzaron con los de ella.

Con los ojos muy abiertos, Eva lo miraba sin entender nada. Tenía la chaqueta por el suelo, las mangas de la camisa remangadas y hasta la mitad del pecho abierta. No parecía él. Un fuerte escalofrío le recorrió el cuerpo. De forma involuntaria, mientras se acercaba más, se abrazó a sí misma, presa del pánico que sintió ante la situación.

—Vete de aquí, Eva. Déjame solo, es lo mejor en estos momentos —vociferó.

—¡¿Qué pasa?! —preguntó con un grito ahogado, sin dejar de mirarlo. Aquel rostro desencajado, que se le hacía desconocido, la alarmó. No obtuvo respuesta de Víctor. El movimiento de sus manos sobre la mesa hizo que desviase la mirada y la centrase en lo que tenía allí delante. Cuando asimiló lo que realmente era, casi se le salieron los ojos de las órbitas. Nunca lo hubiese imaginado de él—. ¡¿Tú te metes esa mierda?! —preguntó en tono acusatorio, con la mirada clavada en la raya de cocaína que tenía delante. Una tarjeta de crédito azul reposaba sobre la mesa.

—Eva… —arrastró su nombre con pesar al pronunciarlo—. Vete y déjame solo con mi mierda.

—No lo puedo creer. —Estaba atónita. Lo miraba casi sin reconocerlo mientras se preguntaba de qué clase de hombre se había enamorado.

Víctor agachó la cabeza, sin importarle que estuviese presente.

En un impulso, Eva se acercó y barrió de un manotazo todo el polvo blanco de la mesa.

—Tengo más. —La miró impasible—. No te molestes, déjame solo —la invitó a marcharse, recostado sobre la espalda del sofá, con los ojos cerrados.

—Pero… ¿por qué todo esto? —Miró a su alrededor, trataba de comprender la situación—.

¿De verdad consumes eso? —preguntó sin creerlo.

—Te juro que ahora mismo es lo que más necesito —confesó sin ser capaz de mirarla a los ojos—. No puedo con mi vida. Llegué al límite. —Elevó la mirada y le confesó—: Llevo años sin probarla, pero hoy siento que es mi salvación.

Ella acudió hasta su lado y se sentó junto a él. Le tomó las manos entre las suyas y lo obligó a que la mirase.

—¿Por qué? —exigió saber presa del pánico, mientras intentaba comprenderlo. Víctor le había dado demasiada información con muy pocas palabras.

Los ojos de Eva, vidriosos y a punto de llorar, esperaban una explicación. Podía sentir el dolor que le transmitían los de Víctor. Aferrada a sus manos, sentía una angustia que le taladraba el pecho. El sufrimiento patente del hombre que amaba se acababa de convertir en suyo propio sin saber las verdaderas razones que lo tenían así.

—Porque me siento lo peor de este mundo en estos instantes, porque nada me sale bien y porque necesito más que nunca en toda mi vida perderme en algo. Créeme que en estos momentos la cocaína es lo más sencillo. Juré no volverlo a hacer cuando salí del centro de desintoxicación hace años, pero no puedo más. Hoy llegué al límite de mi resistencia —confesó completamente hundido.

Eva sentía las manos de Víctor temblar entre las suyas. Con el corazón en un puño entendió que debía hacer algo por él. No podía dejarlo caer, no lo iba a permitir. Ya habría tiempo de las explicaciones, ahora lo primordial era salvarlo.

—Si necesitas perderte en algo, piérdete conmigo. Deja que sea yo la vía escape en tu vida. Tu nueva adicción. Déjame ser yo y no esa mierda que terminará por destruirte. Yo te brindaré un mundo completo de felicidad —le ofreció de forma desesperada, pero consciente de lo que decía.

Víctor la miró con media sonrisa burlona en los labios. No la creía.

—Vete, Eva. Es lo mejor. Te aseguro que hoy soy un completo miserable, tomaré todo lo que me ofrezcas sin escrúpulo alguno —reveló con intención de espantarla.

No se acobardó. Le soltó las manos y las llevó hasta sus mejillas, armada de valor y con el corazón roto por verlo en aquella situación.

—Toma de mí todo lo que necesites, hoy y siempre —pronunció con desesperación—. Te amo, Víctor Ferrer. Si tienes que volverte adicto a algo, que ese algo sea yo —le propuso con una sonrisa sincera.

La transparencia que Víctor leyó en sus ojos azules lo dejó sin capacidad de reacción por unos segundos. Cuando lo consideraba todo perdido, Eva le confesaba que lo amaba. No entendía nada. Desde que la conoció esperaba aquella revelación, y jamás la hubiese imaginado en aquel momento. Con lo que había visto y él le había dicho, ella debería haber huido de su lado hacía tiempo, sin embargo, ahí estaba, a su lado, con aquella sonrisa que le tenía paralizado el corazón y la capacidad de reaccionar.

Decidida, Eva tomó la iniciativa. Colocó ambas manos en la nuca de Víctor y lo obligó a besarla. El dulce sabor de su boca impregnó todos sus sentidos. Estaba hambriento de ella, la necesitaba como respirar. Le devoró los labios y sumergió la lengua dentro de su boca. Fue un beso voraz al que Eva le correspondió de la misma forma. Se besaron con auténtica urgencia y desesperación. Víctor estaba como loco, apenas podía pensar con claridad. Tener a Eva así de dispuesta entre sus brazos era todo un sueño.

En un breve amago de lucidez, entre besos, Víctor tomó a Eva con fuerza de la cintura y la separó de él.

—Vete ahora, por favor —le rogó preso de la pasión—, o no respondo de mí. —No obtuvo respuesta alguna, ella se acercó de nuevo y lo besó mientras comenzaba a quitarle la camisa con prisa—. Eva… —Trató de parar aquello de nuevo—. No va a ser romántico ni delicado. Quizás no estás preparada para ello —le advirtió al darle una última oportunidad.

—Sé que contigo siempre será perfecto, sea como sea —confesó perdida en él, sin soltarlo—. Me quieres, no necesito más para decidirme.

De un tirón le sacó la camisa, Víctor se dejó hacer. La miró, asintió y le atrapó la boca mientras se levantaba del sofá con ella en brazos, con las piernas alrededor de su cintura, completamente entregada.

Cuando llegaron a la habitación de Víctor, de camino a ella sorteó con habilidad todo lo que había tirado por el suelo, ambos iban desnudos de cintura para arriba. Con delicadeza, perdido en el sabor de sus pechos, le recorrió la cicatriz de la espalda. Sentados en la cama, Eva a horcajadas encima de Víctor, se deshicieron del resto de la ropa hasta estar completamente desnudos. Sentir a Eva tan ardiente y dispuesta lo encendió como nunca. La piel le quemaba y se sentía como un completo adolescente inexperto.

Eva sentía un gran vértigo, pero al mismo tiempo era consciente de que pese a todo, Víctor intentaba hacer de aquello algo muy especial. La emocionaba con el mimo que le recorrió ambas cicatrices de su cuerpo, la de la espalda y la cadera. Sus manos sobre su cuerpo era verdadera música, la sintonía que escuchaba en su propia cabeza, producida por los gemidos de ambos, era la más espectacular que nunca hubiese presenciado. Deseaba que se repitiese todos los días de su vida junto a él.

Entre los fuertes y musculosos brazos de Víctor se sentía única y especial, invencible, algo que jamás le había pasado con otro hombre.

Víctor no fue delicado ni cuidadoso cuando la penetró. Lo hizo en una sola y rápida embestida. Eva estaba más que preparada para recibirlo en su cuerpo en todo su esplendor. Sentir como la llenaba y la volvía a hacer mujer fue algo casi mágico.

Con cada fuerte embestida, cargadas de un profundo placer donde la hacían gritar cada vez que se sentía colmada por completo, sentía que Víctor le devolvía los años perdidos. Cinco años sin sexo había sido demasiado tiempo.

Víctor la llevó con maestría a un final explosivo donde vieron juntos todas las estrellas del universo. Eva terminó derrotada y sudorosa contra su pecho. Lo abrazaba con fuerza y deseaba quedarse así para siempre.

Incapaz de articular palabra, el corazón le bombeaba demasiado deprisa, como nunca antes, Víctor le acariciaba el cabello y la espalda con delicadeza, sin salir de su interior. No deseaba romper la unión.

Ella le dio un beso en el pecho y luego en el cuello, se sentía amada, cuidada y protegida. Víctor Ferrer acababa de demostrarle lo que era el verdadero amor, y nunca se había sentido tan viva.

—No creas que hemos acabado —le advirtió en un susurro, con una sonrisa pícara que Eva no vio, pero se imaginó. No tenía fuerzas ni para levantar la cabeza—. Esto tan solo ha sido el principio, dame unos minutos para que me recupere.

Víctor sintió la sonrisa que esbozó Eva sobre su cuello.

—Después de cinco años estoy un poco desentrenada —confesó, cohibida, sin atreverse a mirarlo a los ojos—. Espero cumplir con tus expectativas.

Con un gesto delicado, le alzó la barbilla para darse el gusto de admirarla bien.

—Gracias por permitirme ser yo —dijo con un profundo orgullo. Sentía que aquella mujer era

completamente suya.

—Gracias a ti por aparecer en mi vida y hacerme sentir todo esto. Te amo.

—Yo también te amo, mi diosa.

La besó de nuevo, con auténtica devoción, y ambos se perdieron en el placer de la pasión que los embargaba.

Volvieron a hacer el amor, con más calma, tomándose su tiempo, disfrutando de los preliminares y grabando cada reacción en sus recuerdos para siempre.

A la mañana siguiente, Víctor y Eva amanecieron juntos y abrazados en la cama. Despiertos, perdido cada cual en los maravillosos recuerdos de lo que habían vivido horas atrás, ninguno dijo nada. Se miraban sonrientes y felices sin atreverse a romper aquel instante.

Eva acariciaba el amplio y musculoso pecho de Víctor con su mano izquierda al mismo tiempo que lo miraba embobada. El Víctor que tenía junto a ella sí era el hombre que había conocido, nada que ver con el que encontró sentado en el salón de su casa y una raya de cocaína delante.

—Necesito que me lo expliques. Necesito entenderte y conocer tu historia —le rogó de una forma dulce y paciente. Él sabía que le debía una larga y extensa explicación, y había llegado el momento.

Se incorporó un poco en la cama, para apoyar la espalda contra el cabecero, pero no rompió el contacto con Eva. Deseaba tenerla abrazada cuando le contase la parte más oscura de su vida y que muy pocas personas conocían.

—Antes que nada, quiero que te quede claro que ayer no llegué a probarla. Tú lo impediste. —Eva se sintió orgullosa de ello, le dedicó una amplia sonrisa y dejó que continuase—. Comencé a consumir a los diecisiete años, junto con más amigos. Nos la ofrecieron en una fiesta y lo que comenzó como algo ocasional, pronto se convirtió en una adicción. Siempre fui un adolescente que manejaba dinero, mi familia siempre tuvo una buena posición económica y por ese lado no tuve problemas, confiaban en mí y me daban lo que pedía. Estuve enganchado casi dos años. Un día mi abuelo me descubrió cuando me quedé en su casa porque mis padres estaban de viaje, me dio tal paliza que estuve tres días en un hospital. A mis padres les dijo que me había caído de un caballo. Me propuso un trato: me internaba en una clínica y salía de esa mierda y nadie se enteraba de nada o se lo contaba a mis padres y me cortaban todo el dinero que me daban. Tomé la decisión acertada. Hicimos creer a mis padres que comenzaba a estudiar en una universidad de Londres y la realidad fue que me ingresó en un centro donde estuve seis meses. Gracias a él soy el hombre que soy a día de hoy, y a ti. No he vuelto a probarla desde aquella paliza de mi abuelo —confesó, la abrazó más fuerte y le dio un beso en el cabello mientras suspiraba.

—Tu abuelo es un gran hombre —murmuró Eva. Se removió entre sus brazos y lo miró a los ojos, de frente—. ¿Qué pasó ayer para que casi volvieses a caer? —preguntó intrigada, con un leve hilo de voz. Tenía miedo a su respuesta.

—He podido con todo lo que ha sucedido en mi vida en los últimos meses, pero no pude con el hecho de verte en los brazos de otro hombre y cómo te besabas con él. En ese instante mi mundo se rompió por completo, me marché y ya no fui dueño de mí mismo. —Había llegado la hora de las confesiones y de pedir explicaciones de una forma indirecta.

Eva lo miró preocupada y alarmada. Le acarició la mejilla con una mano temblorosa.

—Entre Diego y yo no hay nada —aclaró de inmediato, mirándolo de frente, con el ceño fruncido—. ¿No alcanzaste a ver la bofetada que le di tras el beso? Nos encontramos por

casualidad, me invitó a una caña y acepté por educación. Desde la pelea en el bar no lo había visto más. No me interesa nada con él. Mi corazón es tuyo por completo, yo soy tuya —afirmó orgullosa de ello. Lo besó preocupada.

Con el alivio más grande que jamás hubiese sentido, Víctor la abrazó con fuerza.

—Dios, Eva —suspiró aliviado y orgulloso al mismo tiempo—. ¿Por qué eres tan maravillosa? —La besó con ganas y ella le respondió con entusiasmo—. ¡Cómo me hubiese gustado presenciar el momento en el que pusiste a ese idiota en su lugar! —La volvió a besar de nuevo. Eva lloraba, sin poder parar, mientras lo besaba—. ¿Por qué estas lágrimas, mi amor? —preguntó preocupado, separándose un poco y tomándola por la barbilla con delicadeza.

—Porque por mi culpa casi vuelves a caer en las drogas. No puedo dejar de sentirme culpable.

La abrazó fuerte, sintiendo que tuviesen que pasar por aquel mal trago.

—Todo ha pasado, estamos bien. No hay nada que lamentar.

—Cuando te tiré la raya al suelo me dijiste que tenías más —reveló casi con miedo, deshaciéndose de su abrazo.

Para tranquilidad de Eva, Víctor se levantó de la cama, exhibiendo su cuerpo desnudo, sin pudor alguno, y salió de la habitación bajo la atenta mirada de ella, que se quedó en la cama cubierta por las sábanas, con la mirada fija en el enorme tatuaje de un dragón que Víctor tenía en la espalda. Era la segunda vez que se lo veía y le llamó la atención.

Cuando regresó, traía consigo, en la mano, la chaqueta que la noche anterior estaba tirada por el salón. Rebuscó, delante de ella, en los bolsillos de esta, y sacó una pequeña bolsa transparente con polvo blanco.

—Es todo —anunció alzándola ante su vista—. Ven —Le tendió una mano para que se acercase a él.

52

Sin saber qué pretendía, Eva se levantó de la cama, despacio. Al igual que Víctor, desnuda y sin preocuparse por colocarse nada encima, se acercó a él y le estrechó la mano, demostrándole que estaría ahí siempre que la necesitase, sin condiciones.

La hizo caminar junto a él y la llevó hasta el baño. Abrió la tapa del váter y arrojó todo el contenido de la bolsa en él. Luego, tiró de la cisterna.

—Ya está. Nunca más. Te lo juro. Confía en mí —le rogó.

Eva se abrazó a él con lágrimas en los ojos, emocionada y orgullosa del hombre del que se había enamorado. Lo besó y paseó sus manos por la amplia espalda del amor de su vida.

Cuando abrió los ojos para mirarlo a la cara, a través del espejo que tenía enfrente vio el tatuaje de Víctor. Con sus dedos, en silencio, repasó la forma de aquel dragón.

—¿Y esto? —preguntó intrigada. Deseaba saber si tenía algún significado especial.

—Me lo hice cuando salí del centro de desintoxicación curado. Este tatuaje me recuerda cada día que una vez en mi vida apareció un dragón que casi pudo conmigo, pero yo fui más fuerte. El haber estado en el mundo de las drogas es una carga que llevo en mi espalda y nunca lo olvidaré.

—Prométeme que nunca volverás a caer —le rogó con preocupación.

—Te lo prometo. —Le dio su palabra y a través de su mirada Eva pudo verlo en su alma.

—Si alguna vez vuelves a sentir la necesidad… —comentó angustiada.

—No volverá a ocurrir —le cortó de inmediato—. ¿Sabes por qué? —Ella negó con un gesto de la cabeza, centrada en él—. Porque he descubierto que perderme en tu cuerpo es lo mejor que me ha pasado en la vida. No necesito más. Eres mi única adicción, Eva Quiroga —confesó con una sonrisa cargada de felicidad.

—Te amo, Víctor Ferrer —manifestó con el orgullo más grande del mundo—. Te quiero tal y como te conocí; prepotente, creído y sano. —Lo besó y sus cuerpos desnudos se fundieron uno contra el otro.

Víctor la arrastró hasta la ducha y ahí volvieron a hacer el amor.

Bajaron a desayunar a una cafetería cercana para reponer fuerzas, pasearon juntos y felices, comieron en un restaurante y luego Víctor sugirió ir al supermercado. Le apetecía pasar el resto del fin de semana encerrado en casa con la mujer que amaba, sin preocupaciones, tan solo ellos dos.

Tras un breve debate, decidieron trasladarse a casa de Eva, la de Víctor estaba hecha un completo desastre. El lunes enviaría a alguien para que pusiese orden, él se iba a encargar de ponerlo también en su vida. Ahora con Eva a su lado todo era diferente, se sentía otro hombre, mucho mejor que el Víctor Ferrer de antes.

Después de pasar la tarde tirados en el sofá, abrazados, con una película de fondo a la que casi no le prestaron atención porque las caricias y los besos entre ellos cobraban protagonismo, todo era muy nuevo y estaban deseando vivirlo, Víctor propuso hacer la cena. Se le ocurrió hacer una pizza casera y a Eva le encantó la idea de verlo metido de lleno en la cocina.

Con la mirada fija en el hombre que amaba, y una sonrisa en sus labios, admiraba lo sexi que se veía amasando la base de la pizza. Acostumbrada a verlo con traje de chaqueta y en el mundo de los negocios, le pareció de lo más adorable conocerlo en aquella faceta tan tierna.

Sumida en la imagen de los músculos de su espalda a través de la camiseta blanca que

llevaba, apareció en su mente la cruda realidad. Habían estado inmersos en una nube de felicidad y no había tenido ocasión de decirle la verdad sobre Dana.

Esperó a que metiese la pizza con todos los condimentos en el horno, se acercó por detrás de él, lo abrazó y le dio un beso en la espalda.

—Tenemos algo importante de lo que hablar —murmuró con los labios pegados en su nuca.

Por el tono de su voz, Víctor supo de inmediato a lo que se refería. Pensó que no le había contado que Dana estaba en los viñedos, pero no tenía ganas de romper la burbuja en la que estaban. Sentía que se merecían un poco más de felicidad sin empañarla con otros problemas que podían esperar un poco más.

—Dejémoslo para el lunes. Lo que queda del fin de semana seamos solo tú y yo, por favor —le rogó mientras la abrazaba y le besaba el lóbulo de la oreja, aspirando su dulce aroma.

—Está bien —accedió devolviéndole el beso.

Después de comerse la exquisita pizza, Eva la elogió en cada bocado, miró a Víctor y sintió que era ella quién debía dar el siguiente paso en aquella relación.

—Pasa la noche conmigo, en mi cama —le suplicó con dulzura mientras lo abrazaba.

—No pensaba ir a ninguna parte sin ti —murmuró sobre sus labios antes de profundizar el beso.

—Vamos. —Tiró de la mano de Víctor hasta que consiguió ponerlo en pie—. Tenemos que inaugurar mi colchón —le propuso con una sonrisa pícara de camino a la habitación.

—Será un placer, señorita Quiroga —murmuró junto a su oído, mientras la abrazaba por detrás.

El día siguiente, pasaron un domingo de lo más relajado. No salieron de casa ni apenas de la cama. Desconectaron los móviles y se rindieron a su amor, a todos los momentos de intimidad que se debían y habían desperdiciado desde que se conocían.

—Víctor… —murmuró Eva sobre su pecho después de hacer el amor— Creo que ambos somos conscientes de que no estamos tomando precauciones hasta ahora —le alertó—. No hemos mantenido esta conversación, pero…

Él se removió en la cama y la miró a los ojos.

—Soy consciente de ello y feliz de tenerte así, sin barreras. No tienes de qué preocuparte, estoy sano. Hace meses que no me acuesto con nadie y siempre he tomado precauciones.

—Creo que debemos comenzar a cuidarnos. Ya nos hemos arriesgado suficiente, es pronto para un hijo —anunció con algo de miedo. Deseaba ir despacio en aquella relación.

—Como tú desees —lo dejó en sus manos. Él estaba dispuesto a todo con ella, un hijo de Eva era lo más maravilloso que podía soñar.

—Mañana iré al médico y le pediré que me recete la píldora. —Víctor asintió, tranquilo.

—No tengo miedo de nada, contigo a mi lado me siento con fuerzas para afrontar lo que venga.

—Siempre me tendrás, te amo —confesó mientras lo besaba.

Aquella semana comenzó como la mejor de toda su vida, Eva trabaja en su despacho con una enorme sonrisa y un brillo especial en la mirada, sumida en los maravillosos momentos que había pasado aquel fin de semana junto a Víctor. Era un sueño del que no quería despertar. Había vuelto a creer en el amor, a disfrutar de la intimidad con un hombre sin sentir vergüenza por sus cicatrices. Solo recordar con el mimo que él las besó hacía que el vello se le erizase. Se sentía inmensamente feliz de tenerlo a su lado.

De repente, la puerta de su despacho se abrió y él apareció ante ella. Con aquella sonrisa en los labios que le cortaba la respiración. La miró con un brillo intenso en su mirada gris. Cerró la puerta como si estuviese en su propio espacio mientras Eva escuchó el leve sonido del pestillo. Se mordió el labio esbozando una sonrisa mientras su corazón se aceleraba sin poder remediarlo.

—¡Qué sorpresa más agradable! —No se levantó del sillón que ocupaba tras la amplia mesa. Víctor fue directo hasta ella y la besó.

—¿Tienes idea lo sexi que estás en este lugar? —murmuró sobre sus labios, con ambas manos apoyadas en los brazos del sillón.

Se sintió felizmente acorralada.

—Estaba pensando en ti, creo que te he llamado con el pensamiento. —Le tomó el rostro entre sus manos y le acarició las mejillas mientras lo besaba.

—He venido a traerle unos documentos a tu cuñado y no pude resistirme a hacerte una visita y robarte unos besos.

—¿Solo eso? —preguntó en actitud coqueta, desafiándolo.

—No. —Se alejó un poco de ella y la miró serio—. También he venido porque siento unas ganas tan grandes y un mono que no he sentido nunca antes —confesó serio. Eva se tensó con sus palabras y se puso en alerta. Se levantó del sillón y paseó las manos por las solapas de la chaqueta de Víctor, incómoda y asustada—. Me confieso adicto a ti. —Se inclinó hacia ella y se lo susurró en el oído—. Necesito volver a hacerte el amor.

Sin apenas tocarla, con la simple melodía de su voz, consiguió que sintiese un tirón en el vientre. Eva lo miró y las piernas le temblaron. Pudo leer en su mirada que había llegado a su despacho con un claro objetivo. Cierto calor la inundó y necesitó tomar una bocanada de aire profunda.

—Víctor… —protestó sobre sus labios cuando la acercó a su cuerpo y sintió su deseo.

Dio unos pasos con ella hasta que el trasero de Eva se topó con la mesa. Víctor la miró con una enorme sonrisa y ella leyó en su mirada las intenciones.

—¿Qué te parece hacerlo aquí, señorita vicepresidenta? —preguntó mientras paseaba sus manos por debajo de la falda de Eva en una clara dirección. Cuando llegó a su objetivo, ella ahogó un grito.

—Es mi lugar de trabajo. Alguien podría venir —argumentó presa de la pasión. Ya no era dueña de ella misma en aquellos instantes.

Cuando Víctor la tocaba con la maestría que lo hacía en aquellos momentos y la besaba degustando cada rincón de su boca, conseguía que perdiese todo el control que siempre había pensado que tenía sobre sí misma. A todo aquello debía unirle la adrenalina que le corría por las venas, iban a hacerlo allí, sobre su mesa de trabajo.

Sin miramientos, Víctor tiró del escritorio todo lo que le estorbaba. Tomó a Eva en brazos y la sentó en la mesa, con la mirada fija en la de ella. Le abrió la camisa con expertos dedos y le subió el sujetador. Degustó sus pechos, inclinado sobre ella, mientras le subía la falda y le quitaba las medias y el tanga.

Eva le rodeó la cintura con las piernas y lo atrajo hacia ella. Lo necesitaba dentro con urgencia.

Víctor se desabrochó el cinturón y los pantalones con prisa y se los bajó. Eva intentó tocarlo, devolverle las caricias que ella había recibido, pero, con una ardiente mirada, le suplicó que no podía aguantar más. Le llevó la mano hasta sus labios, se la besó y la penetró con urgencia. Estaba completamente preparada para recibirlo, lloraba por él.

Nunca antes había sentido tal perfección cuando estaba dentro de una mujer. Encajaban como

dos piezas hechas a medida. Eva era muy estrecha y conseguía que Víctor perdiese la razón cuando lo aprisionaba de aquella forma tan intensa.

Después de un polvo impresionante, que los dejó sin respiración por unos minutos, ambos se miraron y comenzaron a reírse. Eran conscientes de que se habían comportado como dos salvajes, pero, al mismo tiempo, se encontraban más satisfechos que nunca.

—Me encanta ser el culpable de esas mejillas sonrosadas y tu cuerpo acalorado —confesó Víctor admirándola sobre la mesa, semidesnuda, mientras se componía los pantalones.

—Creo que no volveré a concentrarme sobre esta mesa después de lo que acaba de pasar aquí —murmuró Eva abrochándose la camisa.

Víctor hizo que lo mirase y le dio un beso arrebatador.

—Me gusta estar presente en tus pensamientos siempre. Y si es de esta forma, más. —La admiró con el pelo desordenado y los labios hinchados y sintió ganas de perderse en ella de nuevo. Cerró los ojos, le dio un beso de despedida y se marchó dejándola con las mismas ganas que él de repetir aquello, pero debían trabajar. Les quedaba un largo día por delante.

Flotando en una nube y con una sonrisa boba, así fue como encontró Virginia a Eva cuando entró en su despacho media hora después.

—¿Y esa cara de felicidad se debe a…? —preguntó intrigada. Eva no le había contado nada de lo sucedido aquel fin de semana con Víctor.

—Víctor —confesó de inmediato—. Este fin de semana… Él y yo… Estamos muy bien. — No sabía cómo decírselo.

—¡Oh! —Virginia saltó de la silla que ocupaba y fue a abrazarla—. ¿Te has acostado con él? Dime que esa cara es consecuencia de lo satisfecha que te ha dejado —rogó entre risas—. Tiene pinta de ser un dios en la cama.

—¡Virginia! —reprendió escandalizada. Luego asintió y ambas se abrazaron.

—Me alegro tanto por ti… Te ves radiante y feliz.

—Hemos pasado todo el fin de semana juntos. Ha sido maravilloso —confesó con ilusión.

—Con razón apenas me contestabas al teléfono. ¿Todo arreglado entre vosotros? ¿Cómo reaccionó con lo de Dana? —preguntó con interés.

—Bueno… No hablamos de eso —respondió algo confusa. Ni ella misma se explicaba cómo no había aclarado ya con Víctor aquel asunto tan importante.

—¡¿Cómo?! —preguntó Virginia con los ojos muy abiertos.

—Pasaron muchas cosas —se excusó.

—Imagino —la reprendió con una mirada y una sonrisa socarrona.

—Cuando fui a sacar el tema Víctor me pidió un fin de semana solo para nosotros dos, sin problemas. Y se lo concedí —argumentó.

—Pues habla con él lo antes posible —le aconsejó a modo de reprimenda.

—Si… acaba de estar aquí, pero no encontré el momento —comentó algo confusa y nerviosa —. No es fácil ponerse seria cuando me mira con ganas de devorarme. Consigue que me olvide de todo.

Virginia soltó una sonora carcajada que dejó a Eva expectante.

—Tú cara lo dice todo, eres un libro abierto. Puedo leer de qué habéis hablado. —Soltó un par de carcajadas más y se tapó la boca.

—Virginia…

—Ya, ya. —Cuadró los hombros y guardó las formas—. Si al fin y al cabo te envidio. Ojalá Miguel me visitase un día en mi despacho y me dejase con la cara que tú tienes ahora mismo

para el resto del día. Digo yo, así se debe trabajar con más ganas, ¿no?

Eva le lanzó una bola de papel y ambas rompieron en carcajadas.

—Las cosas llegan cuando menos lo esperas. Si no es Miguel será alguien que realmente merezcas.

Aquella tarde Eva llegó a casa, se puso cómoda y esperó a tener noticias de Víctor. No había sabido nada más de él desde que se fue de su despacho.

El timbre de la casa de Eva sonó y fue a abrir. Encontró a Víctor, recién duchado, aún tenía el pelo mojado, y con dos maletas delante de ella. Un escalofrío y sensación de pérdida le taladró el pecho.

—¿Te vas? —preguntó casi sin voz, con la mirada clavada en su equipaje.

—Vengo a pedirle asilo a mi guapa y sexi vecina. Mi casa está hecha un desastre y necesita una reforma. ¿Sería usted tan amable de ofrecerme un lugar en su cama para dormir? —rogó con cara de niño bueno, trataba de darle pena.

El rostro de Eva esbozó una enorme sonrisa, se relajó, tiró de su camiseta negra y lo acercó hasta ella.

—¿Cómo negarme? Cuando me miras de esa forma me dejas sin voluntad. Estaré encantada de recibirte en mi casa, y en mi cama. Te necesito siempre cerca. —Se puso de puntillas y lo besó.

Víctor se fundió junto a ella y sin dejar de besarla, con gran habilidad, arrastró ambas maletas, cerró la puerta y se adentraron en el salón como dos enamorados.

—Tendrás que acogerme por algún tiempo —murmuró sobre sus labios, previniéndola. Lo último que quería era que se viese forzada a algo.

—No te vayas nunca, quédate para siempre junto a mí —le rogó colgada de su cuello, con el corazón latiéndole fuerte contra el pecho por manifestar sus deseos en voz alta. Sentía que no quería perder el tiempo.

—Es lo único que deseo durante el resto de mi vida. Soy tuyo por completo. Te amo.

—Y yo a ti —reveló emocionada, mirándolo a los ojos mientras le paseaba los dedos por el pelo—. Hay algo importante que debo decirte. —Lo tomó de la mano, se puso seria y lo llevó hasta el sofá.

Víctor la siguió confiado, lo único que necesitaba era su amor y la disposición con la que lo había recibido.

El teléfono de Eva sonó, pero no le hizo caso. Cuando se terminó el tono volvió a entrar otra llamada.

—Cógelo —la animó Víctor al ver que no iba a atenderlo de nuevo—. Tenemos toda la vida para que me cuentes ese algo importante —comentó con una mueca y le guiñó un ojo—. No me pienso mover de tu lado.

Accedió y atendió el móvil, las dos llamadas eran de Elena.

—Hola, hermana —la saludó Eva.

—He estado toda la tarde esperándote, ¿Qué ha pasado que me has dado plantón?

Con gran esfuerzo, Eva intentó recordar para qué había quedado con su hermana. A los pocos segundos pasó por su mente que tenía que probarse el vestido que llevaría para el desfile de la nueva colección de vestidos de novia de Elena, era la noche siguiente.

—Lo olvidé, discúlpame. —Cerró los ojos y se reprochó haber olvidado algo que era importante para su hermana.

—No pasa nada, te he escogido un elegante mono negro, en palabra de honor con escote

corazón.

—Me encantará, como todo lo que diseñas.

Con los años, Elena también se había lanzado al diseño de vestidos elegantes para invitadas. Juntos con los vestidos de novias, su negocio cada día tenía más éxito.

En cada desfile de presentación de los diseños de novia, había acostumbrado a sus seguidores que ella, Eva y Virginia lucían tres vestidos exclusivos de su próxima colección de ropa de invitadas a fiestas y eventos.

—Te lo haré llegar mañana a la oficina.

—Perfecto. Nos vemos a las ocho. —Era la hora del desfile, no lo había olvidado, y luego había un cóctel para los invitados y prensa.

—¿Irás sola? —preguntó con cierto deje. Eva supo que pese a no haberle contado nada de cómo estaban las cosas con Víctor, por falta de tiempo, Elena ya lo sabía—. Por saber si te adjunto otra invitación.

—Que sean dos —resolvió sin pensarlo.

—Me alegro mucho —contestó Elena—. No me hacen falta más explicaciones, el tono de tu voz me dice que eres feliz —argumentó.

—Ya te contaré todo.

—Virginia me puso al tanto, pero será un placer conocer los detalles por ti.

—Te quiero, gracias por comprenderme.

—Estoy feliz por ti. Hasta mañana.

—Besos a mis sobrinas.

Cuando Eva colgó con su hermana ya no tenía a Víctor a su lado, había salido a la gran terraza de la casa.

Lo encontró sentado en el escalón que llevaba hasta el jacuzzi, que estaba tapado ya que estaban a finales de otoño.

—¿Qué haces aquí? Hace frío. —Eva se frotó los brazos.

Fue hasta él y Víctor la envolvió junto a su cuerpo.

—Estaba observando que tu terraza es más grande que la mía, y pensaba en algunos cambios. —Eva lo miró de forma interrogativa, con el ceño fruncido—. ¿Qué quería tu hermana? —la distrajo, no pensaba revelarle por ahora sus futuros planes.

—Recordarme el desfile de mañana. ¿Te gustaría acompañarme? —preguntó mientras le recorría el rostro con un dedo, perdida en él y todo lo que le provocaba tenerlo así de cerca y su intensa mirada dedicada en exclusiva a ella.

—Por supuesto que lo haré —afirmó con orgullo—. Me encantará que todos nos vean como pareja y al día siguiente la prensa tenga de qué hablar —bromeó besándole el cuello y aspirando su aroma—. Quiero que todo el mundo sepa que Eva Quiroga es mía, y yo tuyo. Contigo siempre quiero mucho más.

—Tú siempre deseas más —comentó con una sonrisa, recordando todo lo sucedido entre ambos desde que se habían reencontrado.

—Quiero que seas mi mujer, no solo en cuerpo y alma, también ante la ley —reveló serio, escrutando con ávidos ojos la reacción de Eva, que lo miró con los suyos muy abiertos y el corazón bombeándole con fuerza contra el pecho—. Siempre te dejé muy claro que iba en serio. Lo quiero todo contigo. Eres la mujer de mi vida, jamás tuve algo tan claro. —Víctor le acarició la mejilla y con el gesto la hizo aterrizar sobre la tierra—. Tranquila, aún no te estoy proponiendo matrimonio —comentó con una amplia sonrisa—. Cuando llegue el momento, lo sabrás —le guiñó un ojo y la besó.

53

En el refugio de su hogar, abrazados en el sofá frente a la chimenea, Martín y Elena descansaban después de acostar a sus gemelas. Eran unos padres muy entregados y se obligaban, con frecuencia, a jugar con ellas, ayudarlas con las tareas del colegio, bañarlas y cenar con ambas. El tiempo pasaba muy deprisa y Carolina y Eva eran la prueba de ello. Tenían cinco años y sus padres recordaban su nacimiento como si hubiese sido ayer.

Martín acariciaba el abultado vientre de su mujer, ya estaba de cinco meses y el miedo a un parto como el anterior lo tenía aterrorizado.

—Es muy inquieto, creo que le va a gustar jugar al fútbol —comentó Elena con una sonrisa mientras ambos sentían al bebé moverse.

—Me encanta verte embarazada, y a mi hijo dentro de ti. —Posó sus labios sobre los de ella y la besó.

—A mí me encanta tenerte así. Aquí, relajados, todo para mí, señor Quiroga. —Paseó sus manos por su incipiente barba y se perdió en los ojos de su marido.

Cada día estaban más enamorados y tras los años continuaban descubriéndose. Amaban la familia que habían formado.

—Pronto no habrá tanta paz, cuando él llegue —Le acarició de nuevo la barriga—, volverán las noches sin dormir —lo dijo con orgullo. Nunca había valorado demasiado las horas de sueño, y desde que era padre las valoraba menos. Prefería disfrutar de sus hijas.

—Por lo menos ahora no vienen dos —comentó recordando el caos en el que se convirtieron sus vidas con la llegada de las gemelas. Martín apenas tuvo tiempo de hacerse a la idea. Cuando se enteró de que iba a ser padre de dos niñas a Elena le faltaba muy poco para dar a luz.

—¿Dos mini Martín? —Ya habían llegado al acuerdo de que el bebé se llamaría como su padre. Elena frunció el ceño y sonrió.

—Dejemos el próximo embarazo doble para Eva y Víctor —comentó de pasada, pero a su mujer no le pasó desapercibido.

—¿Qué sabes tú que no me hayas contado? —inquirió seria, con tono de reproche.

—No sé nada con certeza, pero como bien sabes soy un gran observador. Esta mañana Víctor vino a mi despacho a firmar unos documentos, luego lo vi entrar en el despacho de Eva, se encerraron en él, y después, cuando me crucé con ella por los pasillos mostraba cierta aura de felicidad en su rostro —comentó con delicadeza.

—¿Aura de felicidad? —preguntó Elena sin entender a qué se refería su marido en concreto.

—Sí, Elena, estaba radiante —afirmó exasperado—. Olvidas que Eva es tu gemela, y tenía la misma cara que tú cuando yo te hago el amor y te dejo satisfecha, flotando en una nube.

Elena soltó un grito y se llevó las manos a la boca.

—¡Serás prepotente! —lo reprendió con una sonrisa en los labios, incapaz de enfadarse con él.

Martín la abrazó y la besó.

—¿Quieres que te lo demuestre? —le retó con descaro mientras bajaba por su cuello, en dirección a sus pechos, dejando un reguero de besos húmedos por su delicada piel.

***

Virginia se encontraba sola en casa, les había enviado un mensaje a Elena y otro a Eva y ninguna le había contestado. Supuso que estarían en compañía de sus amores. En la soledad de la noche era cuando más echaba de menos una pareja. Sentirse amada, cuidada y protegida entre los brazos de Miguel era su gran sueño desde que lo conoció, pero aquello no había ocurrido nunca y ya casi había perdido las esperanzas. Iba a cargar el último cartucho para intentarlo una vez más con aquel hombre, y si no conseguía nada, se daría por vencida, sobre todo por su orgullo.

Acababa de decidir poner en marcha el plan que le propuso días atrás su gran amigo Manuel, lo acababan de destinar a Madrid, cuando le contó lo que le pasaba con el hombre que tenía metido en el corazón a fuego desde que lo conoció.

Virginia estaba decidida a darle celos a Miguel con Manuel, este último era gay, pero nadie lo podría sospechar. Era guapo, alto, serio, nada amanerado y juez. El perfil perfecto para poner a prueba a Miguel, que no conocía al hombre ni sabía de su amistad desde hacía años con Virginia.

***

Aquella mañana, Víctor estaba reunido con Javier en su despacho. Lo había citado muy temprano. Ya tenía casi listas las dos demandas que pensaba interponer, una a Alexia, la viuda de su padre, y otra a Félix, el marido de su madre. Ambos eran unas sanguijuelas que solo querían el dinero de su familia y no lo iba a permitir. Tenía pensado enviarlos unos años a la sombra. Con todo lo que había reunido y pensaba probar, no tendrían escapatoria. Con respecto a Félix estaba seguro de que lo atraparían muy pronto. La policía lo buscaba y le habían chivado que lo tenían localizado.

Javier era un buen abogado penalista y Víctor le confió todo lo que pensaba hacer. Necesitaba que su amigo le confirmase si se dejaba algún cabo suelto tras leer los bocetos de demandas que le enseñaba. Las últimas semanas en su vida habían sido un caos y sentía que no hacía nada al cien por cien.

—Vaya con tu padrastro y tu madrastra —murmuró Javier tras leer todos los documentos.

—¿Cómo lo ves todo? —preguntó con interés cuando su amigo terminó de repasar la documentación.

—Vas a ganar —sentenció.

—Gracias.

—Si puedo ayudarte en algo más… ¿Quieres que las presente yo? —se ofreció para ir al juzgado a interponer las demandas.

—No. Lo haré yo mismo, muy pronto. Esta noche las repasaré de nuevo cuando vuelva de un desfile de moda al que tengo que asistir con Eva.

—¿Y qué pintas tú en algo como eso? —Se interesó Javier, sorprendido.

—Es el desfile de la nueva colección de su hermana y no podemos faltar.

—¿Tú y Eva…? —preguntó asombrado.

Hasta donde Javier sabía, Víctor y ella no tenían relación alguna y él estaba en los viñedos con Dana.

El día anterior Víctor solo le dijo que había decidido no volver a los viñedos, Dana estaba ayudando a su madre con los asuntos de la contabilidad y él tenía temas importantes en el bufete.

—Estamos juntos —anunció rebosante de felicidad. Apartó los documentos que tenían delante y unió ambas manos sobre la mesa.

—¿Y Dana lo sabe? —preguntó su amigo, sorprendido.

—No he hablado con ella del tema, pero no le debo explicaciones de mi vida. No tengo nada con ella. Solo será la madre de mi hijo, y por error.

—¿Y Eva? ¿comprende la situación?

—Vamos poco a poco —prefirió no entrar en detalles.

De repente, la puerta del despacho se abrió y Alexia entró echa una furia. Cerró de un sonoro portazo y encaró a Víctor sin importarle la presencia de Javier.

—Dame una explicación a esto —bramó, le tiró en la mesa un dossier y esperó una respuesta con las manos en la cintura y actitud desafiante.

Lejos de acobardar a Víctor o enfurecerlo, este se tomó su tiempo. Se reclinó sobre el asiento y la observó, disfrutando del espectáculo.

—Creo que sabes leer —se burló de ella.

—¡No puedes desautorizarme! —le recriminó con un sonoro grito.

—Yo creo que sí. Mi padre era una marioneta en tus manos, yo no. Soy el socio mayoritario y no me gusta que representes a este bufete en los acuerdos que firmamos con las grandes empresas. De ahora en adelante lo haremos Javier o yo —le informó para gran sorpresa de ella.

—No sabes nada de esas empresas ni cómo mejorar los acuerdos, vas a llevar al bufete a la ruina —le echó en cara, furiosa.

—Javier me pondrá al tanto. —Lo miró y su amigo asintió en silencio.

—Has bloqueado mi acceso a las cuentas del bufete —le recriminó.

—Sí.

—Yo también soy socia, te demandaré —lo amenazó.

—Adelante —la animó con una sonrisa y le hizo un gesto para que abandonase su despacho.

—¿Podemos hablar esto a solas? —Miró a Javier echándolo de allí. El hombre se levantó en silencio y se marchó. Víctor solo le dedicó un asentimiento de cabeza—. ¡No lo soporto! —bramó una vez a solas—. Tú padre lo tenía en una alta estima, pero a mí nunca me cayó bien.

—Es bueno en su trabajo, y no es como tú —añadió—. Quizás esas sean razones suficientes para que no lo puedas ni ver. La solución es fácil, márchate. No tienes necesidad de trabajar. Te sobra el dinero.

—No me voy a ir —le advirtió desafiante—. Somos enemigos y que gane el mejor, suerte —le deseó mientras se marchaba tras dar un sonoro portazo.

***

Eva, Elena y Virginia almorzaban algo rápido juntas en el despacho de Elena. Estaba de los nervios con el desfile de aquella tarde y ambas habían ido para tranquilizarla y ayudarle en los últimos preparativos. Pidieron algo de comer ligero y se quedaron charlando y descansando tras una ajetreada mañana.

—Esto de que tu marido sea nuestro jefe y nos dé el día libre para ayudarte es la bomba —manifestó Virginia mientras se metía en la boca un poco de ensalada de arroz.

—Martín daría la vida por mi hermana, solo hay que ver cómo la mira —comentó Eva, sonriente.

—Si de miradas vamos a hablar… La de Víctor no se queda atrás. —Elena le guiñó un ojo a su hermana, le sonrió y esperó una respuesta.

—¿Eres feliz, Eva? —preguntó de forma intencionada Virginia.

—Mucho —reveló con el rostro cargado de felicidad—. Víctor es más de lo que siempre soñé. Cuando estoy a su lado y siento cómo me mira, creo que me transporto a otro mundo donde

solo somos él y yo.

—Conozco la sensación —comentó Elena.

—Yo no —dijo Virginia un poco molesta—, pero no pasa nada. Podéis regodearos ante mí. Algún día aparecerá el hombre que me haga sentir como vosotras.

—¿Qué tal estáis en estos momentos? —indagó Elena. Deseaba saber cómo estaba la relación de su gemela y Víctor.

Eva les contó todo, pero obvió la parte más oscura en la vida de Víctor, no se sentía con derecho para contar algo tan personal sobre él.

—¿Aún no le has revelado el falso embarazo de Dana? —preguntó en tono de reproche Virginia.

—¡¿Qué?! —Elena la miró con los ojos casi desencajados.

—No, no se lo he dicho aún —afirmó Eva con remilgo ante las miradas de reproches de sus hermanas.

—¿Y a qué se debe? —preguntó Elena sin entenderlo.

—Estamos tan bien que no he tenido tiempo —se excusó—. En estos días que llevamos juntos nos hemos dedicado a recuperar el tiempo perdido, amándonos, y lo cierto es que hemos tenido pocas conversaciones importantes, aparte de la de anoche cuando Víctor me dejó claro que quiere que sea su mujer.

—¡Oh, te ha pedido matrimonio! —exclamó Virginia tocando las palmas.

—No. Me dejó clara su intención, pero no me lo pidió formalmente —aclaró sonriente.

—Cada día me cae mejor Víctor —manifestó Elena con alegría.

—Y a mí —afirmó Virginia.

Antes de ir a su casa para vestirse y acudir al desfile, Eva se pasó por casa de sus abuelos. Ellos también asistirían, y no deseaba que se enterasen allí de que tenía una relación formal con Víctor Ferrer. Le pareció mejor ir a decírselo en persona y que no se encontrasen con la sorpresa y ambos de la mano.

Cuando Eva le hizo saber a su abuelo que Víctor era nieto de Anselmo Garza tomó la noticia con más alegría. Conocer a la familia del hombre que pretendía a su nieta era un punto a favor.

Dana estaba de los nervios, Víctor llevaba tres días sin cogerle el teléfono. Tan solo sabía por su madre que había decidido quedarse unos días en Madrid para solucionar ciertos problemas con el bufete. Estaba indignada porque no le había preguntado cómo estaba ni le había dado las gracias por las horas que le dedicaba a la contabilidad de la empresa de su familia. Sin embargo, lo que la tenía desquiciada era la información que acababa de recibir. Víctor Ferrer iba a acudir con Eva a la presentación del desfile de modas de la hermana de esta, y ello significaría una declaración pública de su relación. Nunca en su vida se había sentido tan humillada como en esos momentos. Juró que Víctor lo iba a pagar muy caro.

Eva esperaba a Víctor en el salón de su casa, él había llegado apurado de tiempo y estaba en la ducha.

Cuando apareció ante ella casi se le cortó la respiración. Estaba impecable, con un traje de chaqueta negro, camisa blanca y corbata estrecha negra. Sus ojos grises brillaban más que nunca, cada vez que la miraba de aquella forma tan intensa Eva sentía que las rodillas le temblaban.

Con una enorme sonrisa, recorriéndole con la mirada el cuerpo, se acercó a ella. Le dio un casto beso en los labios y le acarició la mejilla.

—Estás preciosa —la elogió—. Ya sueño con quitarte lo que llevas puesto y tenerte toda para mí.

—Tú también estás muy guapo. —Recorrió las solapas de su chaqueta con las manos y le dio un beso, aspirando su aroma.

—No me entretengas o llegaremos tarde —le advirtió tomándola de la mano y encaminándose hacia la salida. Si iba a aquel desfile era por ella, lo que más necesitaba era meterse en la cama con la mujer que amaba y olvidarse del mundo hasta el día siguiente.

Cuando Eva y Víctor llegaron, de la mano, el desfile estaba a punto de comenzar. Las luces estaban casi apagadas y los asistentes sentados. Bajo la atenta mirada de casi todos los presentes, se dirigieron hasta sus lugares reservados en primera fila. Allí se encontraban Martín y sus hijas, Virginia, los padres de esta y los abuelos de Eva. No hubo ocasión para presentarles a Víctor, lo haría al finalizar el desfile.

La nueva colección de Elena Galván cobró vida y Eva descubrió, para su gran sorpresa, que la había llamado *Eva&Elena*. Eran vestidos de novias de ensueños, casi mágicos, que hacían presagiar una boda perfecta.

Durante todo el desfile Víctor no le soltó la mano, con cada caricia y apretón que le daba le decía que un día ella llevaría un vestido como aquellos para convertirse en su mujer.

Al finalizar el desfile, todos los vestidos de novia y un avance de los vestidos de fiestas, Elena hizo subir a sus hermanas al escenario, para agradecerle su apoyo y manifestar que ambas eran su constante inspiración en aquella colección.

La ocasión de presentar a Víctor Ferrer a sus abuelos surgió tras el desfile, en el cóctel que se daba después para todos los invitados.

—Me gusta que seas el nieto de un gran amigo. Hace tiempo que no veo a tu abuelo, muchacho —dijo Sebastián a Víctor. Lo escrutaba con ojos ávidos y el leve asentimiento de cabeza que hizo le gustó a Eva. Tenía la aprobación de su abuelo.

—Ya no viene por Madrid. Los viñedos son toda su vida. Pero puede ir un día a visitarlo, seguro que le encantará.

—Me gusta la idea, llevo años para ir a conocer las tierras de tu familia y aún no tuve la ocasión.

—Abuelo, ¿os lleváis ya a las niñas? —Elena se acercó con sus hijas de la mano. Aquella noche la iban a pasar con sus bisabuelos y estaban impacientes por marcharse ya. El ambiente de los mayores les aburría.

Begoña tomó de la mano a las gemelas y se despidió de Víctor.

—Cuida de mi nieta, muchacho. Hazla feliz, se lo merece —le recomendó Sebastián antes de marcharse.

—Tiene usted mi palabra. La amo más que a mi vida —respondió con el corazón en la mano.

Mientras, Eva se despedía de su abuela y sus sobrinas, las tres le daban la enhorabuena por el novio tan guapo que tenía.

—Víctor es maravilloso, abuela. He tenido mucha suerte de encontrarlo.

—Solo hay que ver como ese hombre te mira para saber que te ama y eres lo principal en su vida. Te mereces a alguien como él.

Cuando sus abuelos se marcharon, Víctor abrazó a Eva, pegando su espalda contra su amplio pecho.

—Prueba superada, creo que he aprobado —le susurró al oído con una enorme sonrisa.

Le había gustado conocer a toda la familia de Eva, ello lo hizo sentir más cerca de la mujer

que amaba.

—Y con nota. Mi abuela me dijo que tus ojos revelan cuanto me amas. Te los has ganado a todos.

—Me alegro, pero la única que me interesa eres tú.

Eva se revolvió entre sus brazos, lo miró y lo besó. No le importó estar rodeados de mucha gente, hizo lo que sentía y llevaba toda la noche anhelando besarlo como se merecía.

—¡No puedo creer esto! —gritó Dana, sobresaltando a Eva y Víctor, inmersos en un beso y ajenos a ella—. Llevo tres días sin noticias de ti, no te has dignado a llamarme desde que te marchaste y me dejaste sola en los viñedos con tu familia —le reprochó enfurecida.

Eva desconocía aquella información, y por la cara de Víctor supo que era cierta. Lo miró desconcertada y decepcionada preguntándose porque ella estaba en la casa de la familia de Víctor.

54

—¿Qué coño haces aquí? —preguntó Víctor entre dientes, tomándola del brazo y reprimiendo el impulso de zarandearla con fuerza.

Cuando reparó en el rostro de Eva, Víctor no supo qué hacer. Tenía que haberle contado que Dana se presentó por sorpresa en los viñedos y estaba en casa de su familia. Debía haberle aclarado que no tenía nada con ella más allá de ser la madre de su hijo.

—Creo que es obvio, he venido a buscar al padre de mi bebé.

De repente, se vieron rodeados por Elena, Martín, Miguel, Virginia y los padres de Virginia.

Virginia y Elena se situaron al lado de Eva, Dana estaba muy nerviosa, como descolocada. Gritaba y hacía gestos exagerados con las manos.

—Te recuerdo que es lo único que nos une. Te presentaste en las tierras de mi familia por voluntad propia y convenciste a mi madre de quedarte allí unos días, sabes que yo no estaba de acuerdo —le recordó de forma intencionada, de paso Eva escuchaba como sucedió todo.

—¿Estás con esta mujer? —preguntó ofendida Dana, haciendo caso omiso a sus palabras.

—Sí. Eva y yo somos pareja. —Fue hasta ella y la tomó por la cintura.

Eva observaba a Dana mientras una gran ira se desataba en su interior. Se decía a sí misma que aquel no era el momento de contarle a Víctor la verdad. Miraba a Elena y Virginia y sentía que ellas la animaban a hacerlo, pero estaba segura de que ello provocaría un escándalo y no deseaba aguarle el broche final de una gran noche a su hermana.

Cuando Dana se vio perdida, que todos a su alrededor la miraban y la invitaban a marcharse, decidió representar su mejor papel hasta ahora. De repente, se llevó una mano al vientre, se dobló sobre sí misma, y comenzó a quejarse.

—¡El bebé, Víctor! —gritó—. No me encuentro bien.

Víctor y Miguel acudieron hasta ella de inmediato, el resto de personas alrededor no se movieron, se miraban atónitos. El padre de Virginia venía de camino con dos guardas de seguridad, pensaba echar a aquella mujer de allí.

—Soy médico, ¿dónde te duele? —Miguel se interesó en ella, pero Dana lo rechazó.

—Víctor, llévame a casa. Necesito reposo, descansar —ordenó con tono estridente.

—Vamos a un hospital. —Víctor la tomó por la cintura, intentó que se incorporase un poco y anduviese con él hasta la salida.

Le dirigió a Eva una mirada en silencio de disculpa y sintió como si le clavasen un puñal en el corazón. En parte era como si la estuviese traicionando y elegía a Dana, pero no podía hacer otra cosa. Estaba seguro de que Eva entendería la situación. No podía dejar a la madre de su hijo desamparada.

De repente, Eva dio un par de pasos, tomó a Víctor del brazo e impidió que continuase caminando.

—Ni se te ocurra caer en el juego de esta mujer —le advirtió seria y decidida.

Eva no lo miraba a él, tenía los ojos clavados en Dana. La taladraba con ellos al mismo tiempo que le decía que lo sabía todo. Observó como la mujer tragó con dificultad, sin saber qué decir ni cómo reaccionar.

—¿Qué ocurre, Eva? —preguntó Víctor desconcertado, nunca la había visto así. Echaba fuego por los ojos, la mirada de odio que le dirigía a Dana daba miedo.

—Miguel, ven por favor —ordenó Eva, altiva, ignorando a Víctor—. Esta mujer dice que está embarazada. Por favor, llévala a tu hospital. Él es el director —le informó a Dana con una sonrisa fingida—. Que la revisen bien y luego le comunicas que lo más probable es que el dolor que siente en el vientre sean gases, porque no existe ningún embarazo real.

—¡¿Qué dices, Eva?! —Víctor se acercó hasta ella y le tomó del brazo, sin creer lo que escuchaba.

—¡Estás loca! —gritó Dana a la defensiva—. Y celosa —apostilló de forma hiriente.

—No está embarazada. Te mintió —le reveló Eva con valentía y la mirada clavada en Dana.

—Esta mujer solo quiere separarnos. No la creas —le rogó Dana tirando de su otro brazo. Necesitaba irse de allí con él.

—Eva no tiene necesidad de separarnos, ella ya me tiene. —Escrutó a Dana con una mirada furiosa mientras esperaba una explicación por parte de Eva, a la que taladraba con la mirada de forma inconsciente.

Lo que Eva acababa de decir era muy grave, la conocía bien, no era la clase de persona que jugaba con esas cosas.

—¿La vas a creer a ella, que la conoces tan solo desde hace unos meses o a mí, que llevamos juntos años? —le reprochó—. Esta mujer es una mentirosa.

—Eva, explícate. ¿Por qué afirmas que Dana no está embarazada y me engañó? —preguntó serio, exigiéndole una explicación.

—Víctor, por favor, créeme —le rogó. No podía desvelar frente a ella cómo tenía aquella información. Miraba a Virginia y la veía decidida a soltarlo todo, pero la reprendió con una mirada—. Te lo explicaré todo en casa, te ruego que confíes en mí, mi amor.

—Dana, dime la verdad, ¿estás embarazada? —exigió saber, encarándola.

—Sí. Espero un hijo tuyo y no me siento bien. Necesito irme de aquí. Si algo malo le pasa al bebé tú tendrás la culpa.

Víctor estaba entre la espada y la pared.

—Víctor… —le rogó Eva—. No la creas, ¿has visto algún informe o alguna ecografía? Aparte de su palabra, ¿hay alguna prueba médica que lo acredite? —intentó hacerlo entrar en razón y ponerlo de su parte. Que confiase un poco en ella.

Él negó con un gesto. Se pasó las manos por la cabeza y se revolvió el pelo. Se estaba volviendo loco. Eva podía ver la desesperación en su mirada.

—Ha llegado la hora de elegir, ¿ella o tu hijo? —preguntó Dana, fingiendo de nuevo dolor. Miguel estaba al lado de ella y la tenía tomada por el brazo. No sabía qué pensar de todo aquello.

—Yo te llevaré al hospital —intentó que caminase con él.

—Víctor, ¿no vienes? —le exigió con una mano en el vientre y mirada desafiante.

Con valentía, y a sabiendas de que podía terminar con todo, Eva le ofreció su mano a Víctor en señal de que se la tomase y se quedase a su lado. Era consciente de que lo estaba haciendo elegir, pero debía hacerlo. Ponerlo en aquella tesitura.

Él la miró, reticente a tomarla de inmediato, dudaba. Estaba entre la espada y la pared, nunca se había encontrado en una encrucijada tan grande. De pronto, se le vino a la mente un consejo que le dio su abuelo hacía mucho tiempo; *“cuando no sepas qué decisión tomar, escucha a tu corazón”*. La razón le decía que no podía dejar a Dana sola sin saber si era cierto que no estaba embarazada y porqué le había mentido según Eva, y su corazón le decía que creyese a Eva sin dudar de ella.

Tras varios minutos de una intensa agonía interior, miró a las dos mujeres que esperaban su decisión, y le tomó con fuerza la mano a Eva, sin dudar.

Ella se abrazó a él y Víctor la sintió temblar contra su cuerpo. Le dio un beso en el cabello y le susurró al oído:

—Siempre serás lo más importante en mi vida. Te amo. Y te creo.

Eva lo miró con ganas de llorar.

Dana, furiosa, echó a caminar hacia la salida bajo la atenta mirada de todos. Tan solo Miguel fue tras ella, pero en el aparcamiento se negó a que la acompañase.

—Te lo explicaré todo en casa —le dijo Eva en una especie de ruego, entrelazando sus dedos con los de él.

Víctor solo asintió, incapaz de decir nada más. Hizo un gran esfuerzo y esperó aquella explicación que tanto ansiaba.

Un silencio se hizo entre todos los presentes. Los padres de Virginia habían desaparecido, Martín abrazaba a su mujer y Miguel volvió de nuevo con ellos, y con un gesto de las manos les informó de que Dana se había marchado sola.

Eva y Víctor se dirigieron a la salida, para ellos la noche había llegado a su fin y tenían una larga conversación por delante.

Una vez en casa, el trayecto en el coche lo hicieron en silencio, se pusieron cómodos en el sofá y se enfrentaron a la realidad.

Ambos habían ocultado información y había llegado la hora de poner las cartas al descubierto.

—Eva, explícamelo todo —le rogó con paciencia. Se sentía como si un tren hubiese pasado por encima de él.

Ella se levantó, bajo la atenta mirada de Víctor, abrió un cajón y sacó un sobre blanco pequeño.

—Toma, será mejor que lo compruebes por ti mismo. —Le extendió el documento y él lo cogió entre sus manos. Eva había imprimido las fotografías del informe médico que Virginia le envió al móvil.

Víctor lo leyó de inmediato.

Eva, sentada a su lado, esperaba una reacción.

Los ojos de Víctor se abrieron mucho, el rostro se le quedó pálido y la miró desconcertado.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó con un hilo de voz.

—Yo… —titubeó—. Será mejor no mezclar a nadie más en esto.

—Eva, no me vengas con esas —la apremió serio—. Ahora no. Necesito la verdad más que nunca.

Consciente de la confianza que le pedía y de la importancia del tema, nerviosa, retorciéndose las manos, asintió.

—Virginia acudió al hospital y vio a Dana por casualidad, luego se quedó sola en el despacho de Miguel, el ordenador estaba encendido y buscó la historia clínica de ella. Ese es el resultado. Acudió al hospital hace una semana para retirarse un DIU —le indicó la fecha que se reflejaba en el informe—. No está embarazada ni nunca lo ha estado, como puedes comprobar en su historia clínica.

Víctor expulsó aire con dificultad, sentía que lo tenían aprisionado por dentro.

—¿Desde cuándo conoces esta información? —preguntó pensativo, se sentía abrumado, incapaz de encajar porqué Dana se había presentado en España con un embarazo inventado.

—Desde hace una semana —contestó con sinceridad, a sabiendas de que esto provocaría en él un ataque de furia.

—¡¿Una semana?! —bramó, poniéndose en pie y paseándose por el salón como un león enjaulado—. ¿Y estos días que llevamos juntos? ¿Cómo no me has dicho nada? —le reprochó

con gritos.

—Se me olvidó —respondió con el corazón acelerado, nunca lo había visto tan furioso.

—¿Cómo se te pudo olvidar algo tan sumamente importante? —le volvió a gritar, sin entender su forma de actuar—. Debiste decírmelo en cuanto te enteraste.

—Lo siento —se disculpó apenada, con lágrimas en los ojos y la cabeza gacha, incapaz de mantenerle la mirada por más tiempo—. Cuando me enteré no supe cómo manejar la información. Tú no estabas aquí y sabía que tenías problemas en los viñedos de tu familia. Tras pensarlo mucho decidí esperar a que regresases y contártelo en persona. Cuando eso ocurrió todo entre nosotros fue tan intenso, tan fuerte y tan bonito al mismo tiempo, que una parte de mí solo deseó vivirlo y no empañarlo con nada. Había imaginado en tantas ocasiones estar cómo hemos estado estos días que me dejé llevar por un sueño. Ahora sé que no actué bien. Debí habértelo comunicado antes. Lo siento —se disculpó de nuevo, retorciéndose las manos mientras varias lágrimas rodaban por sus mejillas.

Víctor sintió que se le partía el corazón al verla así. Todo su enfado de esfumó de repente, fue junto a ella, la tomó por los brazos, la obligó a levantarse y la abrazó con fuerza.

Desesperada, se refugió contra su pecho. Víctor le alzó la barbilla, hizo que lo mirase con aquellos ojos rojos llenos de lágrimas negras debido al rímel y la pintura del rostro.

—No vuelvas a ocultarme nunca nada más —le rogó con dulzura y paciencia—. Confía siempre en mí. Estaré ahí para apoyarte y ayudarte en todo, mi amor.

La besó y Eva se dejó llevar por aquel delicioso beso, era lo que más necesitaba en aquellos momentos. Sentirlo cerca y de su lado.

Se sentaron de nuevo en el sofá, Víctor le limpió los restos de lágrimas y la tomó de las manos para tranquilizarla. No le gustaba verla así.

—Tú tampoco me dijiste que Dana estaba en los viñedos de tu familia. — Eva no lo dijo en forma de reproche, sino como un recordatorio.

—Se presentó allí sin avisar. Puso al tanto a mi madre y a mi abuelo de su embarazo, pero la situación conmigo nunca cambió. Siempre le dejé claro que ya no me interesaba nada con ella como mujer.

Eva respiró con tranquilidad y se abrazó a él. Le rodeó la cintura con las manos y cerró los ojos junto a su pecho mientras Víctor le mesaba con mimo el cabello.

—¿Todo perdonado? —Alzó la barbilla y lo miró con ojos suplicantes.

—¿De verdad estamos discutiendo por esto cuando en realidad debemos de estar celebrándolo? —Le mostró una sonrisa radiante y ella le correspondió—. Te amo, Eva.

—Y yo más que nunca. Que me tomases la mano y creyeses en mí en el momento más difícil de tu vida significó mucho para mí —reveló mientras recordaba los instantes de agonía que vivió hasta que Víctor decidió creerla frente a Dana.

—Habló mi corazón, no te lo voy a negar. Me dejé guiar por él.

—Buena elección —manifestó sonriente, besándolo de nuevo.

—¿Sientes que ese hijo no exista? Quizás ya te hiciste ilusiones con él —comentó con miedo.

—Yo solo deseo tener hijos contigo. Tras la noticia del falso embarazo de Dana solo puedo sentirme liberado y feliz. Lo único que deseo es estar unido a una sola mujer el resto de mi vida, y esa eres tú, como esposa, madre y compañera.

La besó y ambos sintieron que en ese momento comenzaba su verdadera andadura como pareja consolidada, sin obstáculos en el camino.

Tras el altercado en el desfile de Elena, Miguel llevó a Virginia a casa. Durante el trayecto,

este ató cabos, había observado cómo Eva tuvo que acallar a Virginia cuando iba a decir algo referente al falso embarazo de Dana.

—Dime que la información que tiene Eva y tu compartes —afirmó sin tapujos—, no la sacaste de mi ordenador el día que te dejé sola en mi despacho.

Tras salir Dana, Miguel accedió, desde el móvil, con sus claves al historial de la mujer en el hospital. Desde hacía dos años trabajaba en la clínica privada más importante de la capital, si Dana había acudido a un médico durante su estancia estaba seguro de que lo haría en su clínica, aquella mujer derrochaba glamour por todas partes y no iba a permitirse menos.

Cuando descubrió la verdad se remontó al día que dejó a Virginia sola en su despacho. Cuando volvió a usar el ordenador comprobó que ella había lo había utilizado, pero no alcanzaba a saber para qué. Pensó que fue para su propio historial médico con respecto a la mano lastimada, y lo dejó pasar.

—Lo siento, no pude evitarlo —afirmó sin tapujos ni remordimiento alguno.

Miguel dio un brusco frenazo y se apartó a un lado de la calzada.

—¿Pero tú sabes lo que has hecho? —bramó furioso—. Eso es información confidencial —le gritó fuera de sí.

—No hace falta que me lo expliques —manifestó con tranquilidad y la mirada al frente—. Lo siento, si tengo que responder por mis actos lo haré, pero mi hermana será feliz y esa mujer ya tiene su merecido.

—Eres una inconsciente. —La miraba y no la reconocía.

—Lo siento, supongo que dejarás de hablarme y no me permitirás entrar más en tú despacho, me lo merezco —dijo resignada.

Miguel puso el coche en movimiento de nuevo, no esperaba aquella reacción tan calmada de Virginia.

—Lo dejaré pasar por esta vez —resonó su voz al cabo de unos minutos, cuando ya casi había llegado a la puerta del edificio donde Virginia vivía—. ¿Me invitas a una copa? Creo que me la debes.

Ella le sonrió y asintió.

Tras un par de copas, mientras comentaban más relajados el numerito que montó Dana hacía unas horas, Miguel y Virginia se sentían muy a gusto.

—¿Quién era el hombre ese que se marchó con tus padres y no te quitó ojo en todo el desfile? —le preguntó con curiosidad.

—Manuel, un amigo que han trasladado a Madrid hace poco, es juez.

—¿Y cómo de amigos sois? —se interesó.

—¿A qué viene esa pregunta? —le rebatió.

—Simple curiosidad —comentó mientras se esforzaba por aparentar indiferencia—. Te mereces a un buen tío. —Le recorrió la mejilla con los dedos y Virginia cerró los ojos. Su contacto la alteraba.

—Y tú no lo eres —comentó con añoranza.

—Ya hemos tenido esta conversación otras veces, no soy un hombre para ti. Más de diez años mayor que tú, divorciado y que tiene claro que no desea una familia ni hijos.

Se acercó peligrosamente a sus labios, respiró su aroma y se permitió darle un breve pico.

—No me hagas esto Miguel —susurró presa del deseo que había despertado con su sola cercanía.

Consciente de que la situación podía írsele de las manos, Miguel se levantó y puso distancia. Se habían besado en ocasiones anteriores, un día estuvieron a punto de acostarse, pero lo paró.

Virginia era una mujer importante para él, no deseaba tratarla como a las demás que pasaban por su cama, pero al mismo tiempo era consciente de que no quería una relación estable con nadie por muy difícil que le resultase, cada vez más, estar lejos de ella.

***

Eva y Víctor amanecieron abrazados en la cama, desnudos, después de una intensa noche de amor.

—Debo de ir a hablar con Dana. Necesito enfrentarla y me cuente porqué el invento de un embarazo para recuperarme cuando en los meses que llevaba en España nunca me había llamado ni había intentado recuperar lo nuestro —murmuró con Eva entre sus brazos. Necesitaba cerrar para siempre aquel capítulo de su vida—. ¿Lo puedes entender? —preguntó al cabo de varios segundos, ante su silencio.

Eva se revolvió entre sus brazos, apoyó ambas manos en su pecho y lo miró.

—Sí —afirmó calmada y con una mirada transparente. Confiaba en él.

Víctor le dio un beso en los labios, y se levantó hacia la ducha. Eva no lo siguió, sentía que no podía con su cuerpo. No pensaba ir a trabajar, previamente ya se había tomado aquel día libre.

Cuando Víctor salió del baño, completamente vestido, se acercó a ella mientras se colocaba el reloj en la muñeca. Eva reparó en él, adormilada, boca abajo en la cama, con la espalda desnuda. Él fijó los ojos en la cicatriz de su espalda, la que tantas veces ya había acariciado y besado. Le dio un beso en ella, la arropó un poco más y le recorrió la mejilla con los dedos.

—Vuelvo enseguida —le susurró en voz baja, cerca del oído—. Duerme un poco.

Eva solo asintió, sumida en un profundo cansancio.

Dana tardó en abrir la puerta de la habitación del hotel donde aún se alojaba. Víctor llamaba con fuerza y vociferaba su nombre sin importarle los demás huéspedes. Algunas puertas de las habitaciones cercanas se abrieron para ver qué pasaba en el pasillo.

—No quiero verte, Víctor. Anoche ya elegiste —vociferó cuando lo tuvo enfrente. Él la hizo a un lado y entró decidido—. Nunca sabrás nada más de tu hijo. Mañana mismo regreso a Nueva York.

—Deja ya de fingir, Dana. No existe ningún hijo. Y si continúas con la farsa, vamos en este momento a un médico para que te haga una ecografía y pueda ver cómo está mi supuesto hijo —bramó casi fuera de sí. Odiaba las mentiras.

—No voy a ir a ningún lado. Dudas de mí que me conoces bien y crees a una mujer que acabas de conocer —le reprochó, furiosa.

—¿Por qué haces todo esto? Lo nuestro estaba terminado antes de yo regresar a España, estábamos juntos por pura rutina —le reprochó dolido—. Ambos teníamos en casa lo que necesitábamos y nos convenía para no perder tiempo buscándolo fuera —le espetó con dureza, pero eran conscientes de que era la realidad—. ¿Por qué este invento? —preguntó desconcertado —. No te faltan hombres con dinero alrededor.

—Porque te amo, lo supe cuando te fuiste. Pensé que volverías, que no soportarías estar en España por mucho tiempo, pero cuando me di cuenta de que no sería así y de que no me extrañabas, decidí regresar a buscarte. Cuando llegué te encontré en los brazos de otra mujer, y no lo esperaba.

—Lo que has hecho es muy bajo. —La miró con asco.

—Deseaba recuperarte. —Estaba desesperada. Saberse descubierta la descolocó por completo

desde la noche anterior.

—Me conoces bien, Dana. Las presiones no van conmigo. Ni las mentiras.

Ella lo miró desafiante, altiva. En su interior se sabía derrotada, pero era tan orgullosa que era incapaz de demostrarlo.

—¿Sabe tu vecinita que fuiste un puto adicto a la cocaína? —escupió las palabras con la intención de dañarlo. Le sonrió de forma malévola.

—Deja en paz a Eva. —Se acercó, perdiendo la paciencia, la tomó con fuerza del brazo y le advirtió—: Ni se te ocurra acercarte a ella. Márchate a Nueva York y dedícate a llevar lo que mejor sabes hacer, la vida de los demás, porque tú no tienes. Y no te vuelvas a interponer en mi camino porque lo lamentarás —le advirtió echando fuego por los ojos.

Víctor lamentó haber confiado en el pasado en Dana y haberle contado su problema con las drogas, pero lo consideró necesario ya que en el mundo que se movían en Nueva York, las importantes fiestas a las que los invitaban sus clientes, la droga siempre estaba presente.

Luego, se marchó sin decirle nada, la miró de arriba abajo con desprecio y cerró la puerta con un sonoro golpe.

Dana se quedó furiosa, había perdido y no atinaba a saber dónde había estado la brecha de su elaborado plan.

55

Cuando Víctor regresó a casa encontró a Eva profundamente dormida en la cama, se deshizo de la ropa y se metió dentro con ella. Al sentirlo, se despertó.

—Abrázame fuerte, te necesito —le rogó él.

—Estoy aquí. —Eva sintió que temblaba. Supuso que la conversación con Dana no debía haber sido fácil, pero no hizo preguntas.

Víctor suspiró, le acarició el cabello y no dijo nada más, tenerla acurrucada a su lado era cuanto necesitaba.

—¿Te apetecería pasar el fin de semana en los viñedos? —le propuso tras un largo silencio—. Nos marchamos el viernes a mediodía y vemos a mi familia y a Daniela. Quiero contarles que Dana no estaba embarazada y presentarles oficialmente a mi novia. —La besó y Eva sintió que volvía a ser el Víctor de siempre, no el niño asustado que la abrazaba hacía unos minutos.

—Tu novia… —pronunció pensativa y sonriente—. Me gusta cómo suena.

—Mi novia, mi futura mujer, la futura madre de mis hijos… —enumeró sonriente—. Todo suena maravilloso.

—Sí. Todo suena a felicidad. —Se revolvió entre sus brazos y lo besó.

—Mi madre, mi abuelo y Daniela se van a llevar una gran alegría, iremos sin avisar, para que sea una sorpresa.

—Me encanta la idea. Tengo muchas ganas de volverlos a ver, sobre todo a Daniela. Esa pequeña me robó el corazón.

***

Dos días después Víctor y Eva aparecieron en los viñedos para la gran sorpresa de Gloria, Anselmo y la pequeña Daniela, que cuando vio a Eva corrió hasta sus brazos muy emocionada.

—Hijo, qué gran sorpresa ¿por qué no avisaste de que venías? —preguntó feliz de tenerlo de nuevo a su lado. Miró a Eva un poco extrañada y rezó al mismo tiempo porque Dana ya no estuviera en los viñedos. Miró de nuevo a su hijo pidiéndole una explicación, no entendía nada. Dana iba a tener un hijo suyo y él iba y venía como si nada con Eva.

—Queríamos que fuese una sorpresa —anunció mientras cogía a su sobrina en brazos y rodeaba la cintura de Eva con el otro—. Tenemos dos noticias importantes que daros.

Se encaminaron hacia el interior de la casa, donde los esperaba Anselmo. Como era habitual en él, se encontraba sentado en su sillón, delante de la chimenea encendida, con su perro fiel tumbado a los pies.

—Mira quiénes acaban de llegar —resonó la voz de Gloria nada más entrar en la casa, para llamar la atención de su padre que estaba adormilado.

—Víctor, Eva, qué alegría veros juntos —comentó Anselmo poniéndose de pie con algo de dificultad. A su edad las piernas se le quedaban dormidas cuando pasaba demasiado tiempo sentado. Y ya llevaba tres horas allí, desde que terminó de almorzar.

Los besó a los dos y los miró con curiosidad. Gloria los invitó a tomar asiento.

Daniela le extendió los brazos a Eva para que la sentase en su regazo, continuaba sin hablar, pero con los gestos que le manifestaba a su familia se hacía de entender a la perfección.

—Como ya le he dicho a mi madre —comenzó a hablar Víctor—, tenemos dos noticias que daros. Creo que debo empezar por la que es menos importante para mí: Dana no está embarazada. Todo ha sido una gran mentira para que volviese con ella.

—¡¿Cómo?! —preguntaron a la vez Gloria y Anselmo, con los ojos muy abiertos.

—Es una larga historia que no me gustaría repetir —añadió Víctor—. Todo está aclarado y yo feliz. —Le tomó una mano a Eva y la llevó hasta sus labios, donde depositó un breve beso mientras la miraba sonriente—. Os presento formalmente a la mujer de mi vida —anunció de golpe—, la amo. Pronto la convertiré en mi esposa —confesó con orgullo, mientras la miraba con ojos de enamorado.

Eva sonreía, aferrada a Daniela, mientras pasaba un momento incómodo.

—¡Cómo me alegro, hijo! Ella sí es la mujer indicada para ti —manifestó Anselmo. Fue hasta Eva y le dio un beso en el cabello.

—Oh, Eva, es maravilloso. Tú y Víctor… —Gloria también los felicitó y se alegró por la nueva noticia.

—Este viejo quiere ver a tus hijos correr por este salón, así que espero no me hagáis esperar mucho —manifestó Anselmo, feliz—. Será todo un orgullo ser bisabuelo a la misma vez que mi gran amigo Sebastián. ¡Qué cosas tiene el destino! Esta unión hay que celebrarla. Gloría, trae vino para brindar ahora mismo.

Gloria fue por una botella y llenó cuatro copas. Todos, sonrientes y felices, brindaron por un futuro lleno de felicidad.

—Eva, puedes invitar a tu familia para que vengan a pasar un fin de semana completo, así nos conocemos todos. En la casa hay sitio de sobra —la animó Gloria.

Eva asintió. Le gustó la proposición.

—Claro, qué buena idea. Hace mucho que no veo a tu abuelo, muchacha. Me encantará recibirlos a todos.

—Se lo propondremos. Martín y Elena tienen dos hijas de cinco años, seguro que a Daniela le encantará conocerlas y jugar con ellas —comentó Víctor.

Eva sonreía al mismo tiempo que admiraba la gran familia que iban a crear. Nunca había imaginado sentirse tan dichosa como en aquellos momentos. Un futuro junto a Víctor era más de lo que jamás llegó a imaginar.

El hombre que amaba fue hasta ella, le dio un beso en la mejilla y la sacó de sus pensamientos.

—¿Feliz? —preguntó mientras la miraba con atención, trataba de leer qué pasaba por su mente en aquellos momentos.

—Mucho. —Le devolvió un breve beso en los labios y luego se los acarició, perdida en ellos.

Pasaron la tarde en familia, delante de la chimenea, junto al calor de un verdadero hogar. Eva jugó a las muñecas con Daniela en la alfombra mientras Gloria ponía al tanto a su hijo de los últimos balances que hizo en la contabilidad de los viñedos con Dana. Ya estaba todo al día, tenían toda la documentación y las cifras exactas que Félix les había robado.

Al caer la noche, tras la cena, Eva y Víctor decidieron retirarse a descansar. Llevaban un día agotador, habían trabajado aquella mañana y tras el almuerzo pusieron rumbo a los viñedos, las horas de carretera comenzaban a hacer mella.

Cuando la pareja desapareció, de la mano, bajo la atenta mirada de Anselmo y Gloria, Daniela dormía desde hacía un par de horas. La madre de Víctor suspiró aliviada.

—Se ven felices. Nunca había visto ese brillo tan especial en la mirada de mi hijo.

—Me gusta verlo así de enamorado. Ella siempre lo guiará por el buen camino —comentó

sumido en sus recuerdos.

Su hija lo miró a la espera de una explicación más extensa de aquel comentario, pero Anselmo tenía la táctica de cuando no quería hablar de algo cerraba los ojos y simulaba dormitar.

Tras terminar de subir las escaleras, Víctor llevó a Eva hasta su habitación. No la soltó de la mano. Cuando ella vio que abría la puerta y que tenía la intención de que durmiesen juntos protestó.

—Víctor… ¿qué van a pensar tu madre y tu abuelo?

—Me da igual lo que se les pase por la cabeza. Ya saben que eres la mujer que amo, vendremos a esta casa muchas más veces y no voy a dormir separado de ti por un formalismo estúpido y anticuado.

—Pero… es la segunda vez que me ven —argumentó.

—Que se acostumbren. —La acalló con un beso. Entraron en la estancia y cerró la puerta con llave. A Eva no le pasó desapercibida la acción y lo miró de forma interrogante, con una ceja alzada—. No voy a arriesgarme a que Daniela venga a buscarte y te encuentre —murmuró mientras le besaba el cuello, perdido en ella.

—No hemos deshecho ni las maletas. —Eva apreció que ambas estaban en los pies de la cama.

—No te hará falta el pijama, te lo puedo asegurar —musitó él antes de inclinarse sobre ella y apoderarse de sus labios. Con delicadeza, los separó con suaves besos y se adentró en su boca con firmeza. Nunca se cansaría de explorarla.

Sin pensar más en la situación, Eva se entregó a aquellos besos que la enloquecían y le hacían perder la razón. Se dijo que se había vuelto completamente loca por hacer el amor con él la primera vez que visitaba la casa de su suegra, pero era una marioneta en las increíbles manos del hombre que amaba.

Al día siguiente, Víctor llevó a Eva a recorrer la finca a caballo muy temprano. Le gustaba madrugar y le costó arrancarla de la cama con el frío que hacía a finales de noviembre, pero pensaba demostrarle que el madrugón bien merecía la pena.

A Eva no le apasionaban demasiado los caballos, pero Víctor le escogió una yegua muy mansa, llamada Cian, con la que se sintió muy segura. Por otro lado, él no se separó de ella en todo el recorrido por las tierras. Cabalgaron hasta los límites de los viñedos y luego le enseñó las bodegas mientras le explicaba el proceso de elaboración y embotellado.

Cuando regresaron a la casa era casi mediodía, la pequeña Daniela los esperaba junto con su abuela, ambas sentadas en un sofá en el porche. Con el sol sobre ellas, Víctor y Eva contemplaron una estampa maravillosa. Gloria era una abuela entregada, jugaba a todo lo que le pedía su nieta. Había llegado de recoger flores y tenía un pequeño ramo sobre la mesa para que la niña se lo regalase a Eva.

Nada más que Daniela vio a Eva y sus tíos dirigirse a la casa desde los establos, cogió las flores y salió corriendo dirección a ambos. Emocionada, Gloria contemplaba la escena al mismo tiempo que miraba al cielo y suplicaba porque aquella pequeña volviese a pronunciar alguna palabra pronto y escuchase el dulce timbre de su vocecita.

Daniela le extendió el ramo de flores a Eva y ella lo tomó emocionada. Besó a la niña y la tomó en sus brazos.

—Vas a conseguir que me ponga celoso —murmuró su tío al besarla y cogerla de los brazos de Eva.

—Creo que le recuerda a su madre. Contigo se comporta de una forma especial a todos

nosotros —admitió Gloria. Había ido tras su nieta—. La comida está lista —anunció cambiando de tema.

Daniela comenzó a tocar las palmas, si algo tenía era que comía muy bien. Por ese hecho no se tenían que preocupar.

—Mamá, primero vamos a darnos un baño —dijo Víctor—. En menos de media hora estaremos listos en el salón. Daniela, ayuda a la abuela a poner la mesa. —Le entregó a su sobrina a su madre cuando llegaron a los pies de las escaleras del porche de la casa y tomó a Eva de la mano.

Cuando Eva tomó conciencia de que tiraba de ella lo siguió tras hacerle un gesto de despedida a Daniela con la mano.

—¿Tú no te cansas de avergonzarme delante de tu madre? —le reprendió de camino a la habitación—. ¿No tienes suficiente con que durmamos juntos que le anuncias que nos vamos a la ducha también? Podías haber subido tú y luego hacerlo yo.

Víctor no tomó en cuenta sus comentarios, se limitó a abrazarla, aspirar el olor a tierra que impregnaba su cuerpo y besarla mientras abría la puerta de la habitación.

—No pienso perderme el placer de ducharme contigo —murmuró sobre sus labios mientras comenzaba a sacarle el chaleco por la cabeza, ya en el baño.

—Cuando bajemos, tú madre y tu abuelo sabrán lo que hemos hecho. —Podía leer en los ojos de Víctor el deseo—. Tú eres un descarado al que todo le da igual, pero yo no —murmuró en tono mandón.

—Te acostumbrarás. —Le sonrió, se deshizo de los calzoncillos y los pantalones y la metió en la ducha con él de un tirón. Pegó su espalda contra los azulejos aún fríos y, apoderándose de su boca con ansias, le advirtió—: Tendrá que ser algo rápido.

A Eva no le dio tiempo de replicar. La alzó y la penetró de golpe, transportándola a otro mundo y dejándola sin capacidad para decir nada más, solo sentir.

Tras un orgasmo demoledor, terminaron en el suelo de la ducha, saciados y sin poder sostener sus cuerpos por más tiempo en pie. Víctor tiró de la mano de Eva y comenzó a enjabonarla con mimo. Ella, recostada sobre su pecho, flotando aún en una nube, se dejó hacer.

—Cuando lleguemos a Madrid te voy a hacer el amor de una forma tan lenta que creerás que es una completa tortura. Ah, y te dejaré gritar todo lo que desees —añadió al recordar que la noche anterior y hacía un rato tuvo que acallar sus gritos con besos y la mano—, no creo que a tu vecino le moleste. —Le guiñó un ojo y continuó con la tarea.

Sentir las manos de Víctor masajeándole el cuero cabelludo con mimo, la hizo estremecerse. Nunca lo había imaginado tan entregado.

El fin de semana en los viñedos pasó muy rápido. Eva y Víctor volvieron a Madrid, donde los esperaban un montón de trabajo. Prometieron a la familia de Víctor volver pronto, junto con la familia de Eva y pasar unos días todos reunidos.

Víctor trasladó todas sus pertenencias a casa de Eva, ella estaba más que encantada con tenerlo allí para siempre y dormir con él. Durante el día, apenas se veían, pero las noches eran de ambos. Por muy cansado y difícil que les resultase una jornada laboral, sabían que terminaría con un final feliz.

Aquella tarde Eva llegó pronto a casa, pese a no saber cocinar y odiarlo, decidió sorprender a Víctor con una cena casera hecha por ella y se puso manos a la obra bajo las instrucciones de su abuela desde el teléfono.

A las diez, Eva recibió un mensaje de Víctor en su móvil.

Llegaré tarde. Es algo importante lo que me retiene alejado de ti. Luego te lo contaré.
Un beso, te quiero.
Espero encontrarte despierta y me alegres este difícil día que llevo.

Cuando Víctor llegó era casi la una de la madrugada. Eva lo esperaba dormida en el sofá del salón, envuelta en una manta, con la televisión de fondo. No lo escuchó entrar. Él le pagó la tele, fue hasta ella, se sentó a su lado y la admiró allí dormida como un ángel. Le acarició la mejilla y ella se removió, entreabrió los ojos y lo vio a su lado. Lo recibió con una sonrisa. Llevó su mano hasta la de él y lo miró preocupada, se veía realmente agotado.

—¿Estás bien? —preguntó incorporándose de golpe. Paseó ambas manos por el rostro de Víctor.

—Deberías estar en la cama —murmuró con los ojos cerrados, agotado.

—Te esperaba. Es muy tarde. ¿Qué ha sucedido? —Llevó la mano derecha hasta su entrecejo y lo acarició con los dedos. Lo tenía en tensión.

—Siento que no puedo con el pellejo. Necesito un baño, relajarme.

—Vamos.

De inmediato, Eva se puso en pie y tiró de él. Lo llevó hasta la bañera y comenzó a llenarla mientras lo desvestía en silencio.

—Hoy han detenido a Félix —anunció—. He tenido que ir a comisaría y todo el jaleo de acusaciones y demás. Le van a caer unos cuantos de años a la sombra —murmuró.

—Me alegro de que lo hayan encontrado. —Eva estaba más centrada en él que en lo que le contaba, le preocupaba el estado de Víctor.

Lo desnudó y lo metió en el agua caliente con espuma que le había preparado. Él se dejó hacer. Una vez dentro, cerró los ojos y recostó la cabeza contra el borde de la bañera.

—Llevaba una buena cantidad de dinero con él, al menos mi madre no lo ha perdido todo —le reveló.

Eva cogió la esponja, mientras lo escuchaba hablar, le echó gel de baño y comenzó a enjabonarlo.

—Supongo que no ha sido fácil.

—Llevaba más de diez años casado con mi madre. Yo no conviví mucho con él porque llegó cuando yo me marché a estudiar fuera, pero lo consideraba de mi familia.

—¿Cómo se encuentra Gloria? —se atrevió a preguntar mientras le mojaba el pelo.

—Se hace la fuerte para que mi abuelo, Daniela y yo no suframos, pero sé que esto no lo esperaba. Me siento impotente de no poder hacer nada más por ella que enviar a ese cabrón a la cárcel.

—Haces mucho más, la ayudas, estás a su lado, la apoyas. Eres un buen hijo.

—Hoy creo que no soy bueno en nada.

—No digas eso. —Le dio un beso en la boca, necesitaba reanimarlo.

Víctor suspiró. Eva lo conocía bien y sabía lo que necesitaba para sacarlo del letargo que lo azotaba.

—Entra aquí conmigo —le rogó con los ojos entornados.

—No. Vamos a la cama —le ordenó ella. Le tendió una mano y lo esperó con una toalla en la otra.

Lo envolvió como a un niño pequeño, lo secó, Víctor se dejó hacer, y luego se encaminó desnudo hacia la cama y se metió en ella.

—¿Quieres comer algo? —preguntó Eva desde los pies de la cama, enfundada en su bata de estar por casa y en zapatillas.

—En estos momentos, solo a ti —anunció con una enorme sonrisa y un brillo especial en la mirada.

Eva le sonrió y con delicadeza, dejó caer la bata por sus hombros. Víctor descubrió que no tenía nada más debajo.

Sentado en la cama, le tendió la mano para que se reuniese con él.

Ella no tardó en tomársela y sentarse a horcajadas encima suya. Le pasó las manos por la cabeza y se la masajeó.

—Víctor… la última vez que te vi así… —Estaba muy preocupada.

—Estoy bien. Ha sido un día terrible, pero tenerte así lo compensa todo. —Acarició su cuerpo desnudo y la besó—. No tienes de qué preocuparte. —Eva le dedicó una sonrisa forzada, pero él supo interpretarla a la perfección. En esta ocasión fue Víctor quién pasó los dedos por su entrecejo e intentó aliviarle la tensión—. Mi única tentación eres tú. Si necesito algo para relajarme y sentirme bien es esto —La pegó más a su cuerpo—, tu piel contra mi piel, sintiendo que somos uno mismo. Gracias por preocuparte por mí.

—Te amo —murmuró antes de besarlo—. Eres mi principal razón para vivir.

Sus cuerpos de fundieron y se quedaron derrotados hasta la mañana siguiente, abrazados y saciados.

Cuando Eva despertó Víctor ya no estaba en la cama, encontró una nota en la mesita de noche.

Hoy también tengo un día complicado. No te desperté al marcharme porque dormías plácidamente, pero sí me despedí de ti con un beso. Nos vemos esta tarde, no iré a comer para llegar antes a casa. Te amo.

Con una sonrisa en sus labios, le encantaba despertar con una nota así, cogió el teléfono y llamó a sus hermanas para desayunar juntas.

Elena y Virginia estuvieron en su casa en una hora. No le apetecía desayunar en la cafetería cercana al trabajo, allí iban demasiados conocidos y no quería interrupciones. Tenía que poner a sus hermanas al tanto del fin de semana que había pasado en los viñedos con la familia de Víctor, que todo con él iba sobre ruedas y transmitirle a Elena la invitación del abuelo de Víctor para que pasasen un fin de semana todos juntos.

56

Al final de la mañana, Eva llamó a Víctor y cuando escuchó su voz agotada, le dijo que se encontraba en su despacho, inmerso en mucho trabajo y pensaba comer algo rápido allí, decidió hacerle una visita para aligerar su día. Lo notó un poco agobiado y le preocupaba que la situación por la que pasaba con el marido de su madre lo desestabilizase.

Eva nunca había estado en el bufete de Ferrer Abogado, pero sabía dónde se encontraba. Nada más llegar, con la primera persona que se encontró fue con Alexia. Ambas mujeres se conocían de varios eventos en los que habían coincidido, siempre fue Alexia la que se acercó a saludarla, le interesaban las buenas relaciones con ella ya que unos de los principales ingresos del bufete provenían del Grupo Quiroga.

—¡Qué sorpresa verte por aquí! —Desde el desfile de la nueva colección de Elena era público para toda la alta sociedad de la capital que Eva Quiroga y Víctor Ferrer eran pareja—. ¿Vienes a ver a Víctor? —preguntó con amabilidad, como si se llevase bien con su hijastro, mientras le daba dos besos—. Está reunido con Javier, pero deben de estar por terminar —comentó mientras miraba la hora—. Llevan bastante tiempo ahí metidos.

—No te preocupes, Alexia. No tengo prisa. Espero aquí a Víctor —le indicó los sillones de la sala de espera del lugar, sin ánimo de darle más conversación. Estaba al tanto de todo lo que aquella mujer había hecho antes y después de la muerte de su marido, Víctor se lo había contado en el camino de vuelta a Madrid con detalles.

Alexia se marchó, llevaba un abrigo y un maletín en la mano, y Eva se quedó sola en la sala. No hizo falta que le indicase a la recepcionista quién era ni a qué había venido, escuchó la breve conversación con Alexia y cuando esta se marchó le dedicó una tímida sonrisa.

Tras veinte minutos de espera, la puerta del despacho se abrió y Javier salió. Eva se puso en pie de inmediato, lo saludó y cuando se aseguró de que Víctor se encontraba a solas entró. La puerta no estaba cerrada del todo. Se tomó la libertad de pasar sin llamar. Víctor, concentrado en unos documentos que tenía sobre la mesa, los firmaba, no se dio cuenta de su presencia.

—Señor Ferrer, qué sexi lo encuentro detrás de esa mesa con su aire de abogado. —Lo miró al detalle, al mismo tiempo que catalogaba al lugar de soberbio. Un despacho donde el color caoba predominaba. Detrás de aquel inmenso escritorio parecía alguien diferente.

Víctor levantó la vista nada más escuchar su voz, la miró con una sonrisa y se recostó en el asiento, admirándola mientras se dirigía a él con paso lento y estudiado.

Como si estuviese en su casa, Eva soltó el bolso y el abrigo sobre una de las sillas que estaban delante de la mesa, luego se dirigió a él. La recibió en sus brazos, la sentó en su regazo y la besó. Aquello era un auténtico regalo después de la estresante mañana que llevaba.

—Soy todo tuyo —murmuró sobre sus labios, mientras le acariciaba la cintura.

—He venido a invitarte a almorzar. —Sin moverse de la posición en la que estaba, le entrelazó las manos detrás de la nuca y esperó una respuesta.

—Tengo una reunión en una hora. —Miró el reloj y vio que eran las tres de la tarde.

—Vaya… —comentó algo decepcionada, pero no se pensaba dar por vencida—. En ese caso, tendremos que comer algo rápido, aquí en la oficina —propuso con una sonrisa, demostrándole que estaba con él en aquellos difíciles momentos.

—Puedo decirle a Mirta que baje por algo.

—Deja a tu secretaria trabajar, ya voy yo —zanjó resuelta. Saltó de sus rodillas y se puso en pie—. ¿Qué te gusta? —preguntó mientras recogía el bolso y el abrigo.

—Me gustas tú —contestó con un brillo especial en la mirada que le dejó claro qué deseaba. Eva se encaminó de inmediato a la puerta antes de caer en la tentación.

—Te sorprenderé. —Le hizo un guiño.

—Eva —llamó su atención antes de que abriese la puerta—. Te prometo que te compensaré. No creas que no soy consciente de que te debo buenos momentos fuera de los que pasamos en la cama todas las noches. Tenemos pendiente pasear como una pareja enamorada, de la mano y sin problemas en los que pensar, tener una cita romántica de verdad, viajar… todo lo que hacen dos personas que recién empiezan una relación. Hemos comenzado por el tejado, viviendo juntos, pero no nos faltarán los recuerdos de un noviazgo, te lo prometo.

Eva lo miró con ganas de ir hasta él y comérselo a besos, y no se resistió. En dos grandes zancadas estuvo a su lado y lo besó apasionadamente, incapaz de dominarse al efecto que sus palabras le habían provocado.

A duras penas, se separó de él y se marchó por la comida.

Víctor terminó de leer dos contratos más y los firmó mientras Eva se ausentó.

Cuando volvió con dos bolsas en las manos, encontró a la secretaria de Víctor en su despacho, la puerta estaba abierta y en cuanto él la vio en la puerta esperando a que la chica saliese la llamó.

—Eva, por favor, pasa. —Entró y dejó la comida sobre la mesa.

—Mirta, la señorita Quiroga es mi novia. Puede entrar en mi despacho sin permiso y sin anunciarse siempre que me visite.

—Sí, señor —asintió dirigiéndole una mirada a Eva, le sonreía con amabilidad.

—Con respecto a las llamadas lo mismo. Las de ella siempre tendrán prioridad. No importa la reunión en la que esté, tienes permiso para interrumpirme si se trata de ella.

Mirta asintió de nuevo, se llevó una carpeta que Víctor le extendió y se marchó tras cerrar la puerta.

—Hamburguesas y patatas fritas —anunció Eva, sonriente, mientras descubría la comida.

—Me encantan. —La miró con ojos hambrientos mientras se hacía con su comida.

—Lo suponía —afirmó Eva mientras tomaba asiento frente a él.

—Está deliciosa —comentó Víctor mientras comía la gran hamburguesa con queso—. Me gusta esta clase de intimidad. Nunca he compartido una comida así en mi despacho.

—Yo tampoco —confirmó sonriente.

—Me gusta crear esta clase recuerdos, porque comida en buenos restaurantes nos sobrarán. —Era una promesa en toda regla.

Tras finalizar la comida, Víctor le pidió a su secretaria dos cafés. Era una costumbre a la que no podía faltar, el café al terminar de almorzar.

—¿Qué tal va el asunto de Félix? —se atrevió a preguntar Eva mientras esperaban a Mirta.

—Está casi zanjado. Permanece detenido, en breve será trasladado a prisión, solicité que no tuviese derecho a fianza y lo han concedido, de todas formas, ya no tiene dinero. En unas semanas lo juzgaran y le caerá una buena condena —explicó con detalles—. Descubrí que había robado a los viñedos casi dos millones de euros en estos años. No fue muy listo en ocultar el desfalco, el muy ingenuo pensó que nunca íbamos a encontrar las facturas falsas.

Eva lo miró asombrada, nunca pensó que fuese tanto dinero.

—¿Has conseguido recuperar toda esa cantidad? —preguntó preocupada.

—Cuando lo detuvieron llevaba casi 50.000 euros encima, el resto lo tiene en cuentas de

paraísos fiscales y otras en España a su nombre. Tranquila, los recuperaré.

Eva suspiró un poco más aliviada.

Mirta les trajo el café y se marchó en silencio. Era una chica joven y hacía poco que trabajaba en el bufete, el señor Ferrer le imponía un poco.

—Bueno, yo me marcho. —Eva miró el reloj y apreció que faltaban unos minutos para la hora de la reunión de Víctor.

—No puedes irte aún. Me falta el postre. —Eva leyó sus intenciones en la intensa mirada que le dirigía. Se levantó y fue hasta ella con paso lento, pero seguro.

La tomó de ambas manos y tiró de ella hasta tenerla a la misma altura. Se lanzó a su boca y fundió sus labios con los de ella. La tomó por la cintura y la pegó tanto a su cuerpo que Eva pudo sentir cómo crecía su deseo. Se estremeció, paró el beso y lo miró con ojos reprobadores.

—No. —Afirmó sonriente y juguetona.

—Sí —anunció convencido de ello, con un movimiento de la cabeza, mientras se apoderaba de su boca y de su cuerpo.

De repente, la puerta se abrió sin que llamasen con anterioridad.

Eva se separó de Víctor de inmediato ante la interrupción.

—Lo siento. Joder… no sabía… Mirta no estaba… No pensé que Eva se encontrase aquí —se disculpó Javier, muy apurado.

—Yo ya me iba. No pasa nada. —Nerviosa, cogió sus pertenencias—. Te veo a la noche —murmuró cuando le dio un breve beso en los labios, de despedida.

—Acabas de interrumpir mi postre —comentó Víctor algo malhumorado a Javier. Tenía confianza con él como para decirle aquello.

—Lo siento —se disculpó de nuevo—. Ya tengo todo lo que me pediste. —Traía varias carpetas consigo.

Víctor le sonrió y aquella información mejoró su humor. Le había pedido las cuentas bancarias de su padre en los últimos años y sus inversiones personales, con ello podría demostrar todo el dinero que faltaba a fecha de su muerte.

—Gracias. —Tomó la documentación en sus manos y comenzó a revisarla con ansia. No veía la hora de enviar a Alexia junto con Félix, ambos se lo merecían por tratar de apoderarse de lo que no les pertenecía—. Ya la tengo —murmuró sintiéndose vencedor mientras sus ojos veían lo que siempre imaginó.

Javier solo asintió, pensando que se avecinaban tiempos complicados cuando todo aquello estallase en la cara de Alexia.

***

Para gran sorpresa de Eva, el viernes a mediodía Víctor se presentó en su despacho sin avisar. Le sorprendió verlo vestido con vaqueros, deportes y una cazadora. Hasta donde ella recordaba aquella mañana había salido de casa, como siempre, vestido de forma impecable con un traje de chaqueta oscuro.

—Vengo dispuesto a secuestrarla, señorita Quiroga —anunció ante su cara desconcertada.

—¿Dónde vamos? —preguntó mientras se acercaba a él para recibirlo como se merecía.

—Es una sorpresa. Solo le diré que aquí acaba su jornada laboral. Nos vamos de puente. —Abrazado a ella la miraba sonriente y misterioso.

—Me dejo llevar, pero yo no voy muy acorde contigo. —Lo miró y luego hizo que él reparase en su vestido de ejecutiva y sus zapatos de tacón.

—No te preocupes por eso. En el coche tienes tu equipaje —reveló.

—¿Equipaje? —preguntó sorprendida.

Víctor solo asintió mientras disfrutaba del momento. La tenía tomada de la cintura y se sentía el hombre más afortunado del mundo.

Tiró de su mano y, con prisa, la sacó del despacho. Debían poner rumbo al destino desconocido para ella lo antes posible.

—¿No me vas a dar una pista? —preguntó Eva cuando Víctor puso el coche en marcha.

—No te hagas demasiadas ilusiones. No vamos a estar solos, pero sé que te gustará —le informó para contentarla. Le extendió una mano y ella se la estrechó. Confiaba en él.

Tras dos horas en la carretera, Eva adivinó cuál sería el misterioso destino. Aquel puente, de principios de diciembre, volvían a los viñedos de la familia de Víctor. No le pareció mal, le gustaba el lugar y pasar tiempo con la pequeña Daniela, a la que le había tomado mucho cariño.

Ninguno de los dos dijo nada, Víctor le sonreía pensando que no se esperaba la sorpresa que le tenía preparada al llegar, mientras que ella se sentía segura y confiada.

Cuando el coche enfiló el camino de grandes setos que llevaba hasta la casa, Eva divisó en el porche de esta a mucha gente. Conforme el vehículo avanzaba, Víctor redujo la velocidad, trataba de retrasar el momento mientras Eva se preguntaba de quiénes se trataba. Finalmente, sonrió y lo miró sin creerlo. Víctor solo asintió.

—¡Oh, es maravilloso! Es mucho más de que jamás hubiese pensado, ¿pero cómo...?

Con la mirada fija en Elena, Martín, sus sobrinas gemelas, sus abuelos y la familia de Víctor, Eva estaba a punto de llorar de la alegría, no se lo esperaba.

—Creo que todos necesitábamos pasar tiempo juntos. Los llamé anoche y lo organizamos a modo de sorpresa para ti —explicó mientras apagaba el motor del coche.

—Es fantástico —dijo emocionada.

Las gemelas, Carolina y Eva, de la mano con Daniela, echaron a correr en dirección a sus tíos. Bajo la atenta mirada de los demás, se quedaron en el porche, las recibieron en sus brazos.

La pequeña Daniela estaba un poco descolocada, miraba a Elena y no veía del todo a Eva en ella, con el embarazo había engordado y la cara le había cambiado un poco con respecto a la de Eva, pero con las pequeñas gemelas estaba alucinada, las miraba a una y a otra sin entender que hubiese dos iguales, pero pronto se adaptó a la situación. Ambas niñas le ofrecieron su mano y Daniela se las tomó con confianza.

A Gloria le dio un vuelco el corazón cuando vio a su nieta jugar e interactuar, aunque fuese en silencio, con otras dos niñas. Desde que había llegado a vivir con su abuela no se había relacionado con otros niños, y ahí fue donde Gloria pensó que había cometido un gran error. Decidió remediar aquella situación a la mayor brevedad.

—¡Víctor y Anselmo han tenido una maravillosa idea, Eva! —exclamó Sebastián alzando la voz, sentado junto a su gran amigo con una copa de buen vino en las manos.

—Os veo a todos muy bien —comentó mientras se acercaba a ellos con la pequeña Daniela en brazos.

Begoña se levantó para recibirla junto con Gloria y Elena. Las tres se fundieron en abrazos y besos, encantadas de pasar aquellos días juntas en los viñedos Garza.

—¿Feliz, hermana? —preguntó Elena abrazando a Eva.

—Mucho —afirmó emocionada.

—¿Cómo habéis conseguido todo esto? —preguntó asombrada al verlos a todos allí tan relajados con atuendos muy cómodos, típicos del campo.

—Martín me llamó a media mañana y me lo propuso, recogimos a las niñas del colegio antes

y los abuelos ya sabes, ellos siempre están libres —comentó resuelta.

—Lo pasaremos en grande —auguró Anselmo cuando Eva fue hasta él para saludarlo.

—Hija, me encanta tu futuro marido, porque habrá boda, ¿no? —resonó la voz de Sebastián. Era muy conservador.

—Por supuesto —afirmó Víctor al ver los ojos del abuelo de Eva clavados en él, acudió al lado de ella y la tomó por la cintura—. Ya os avisaremos. —Les guiñó un ojo a todos y sonrieron.

—Un brindis por la pareja —ofreció Martín.

Tras el almuerzo en familia, del que disfrutaron especialmente Gloria y Anselmo, hacía mucho tiempo que no reunían en casa a tanta gente, Elena y Martín se retiraron a descansar. Anselmo y Sebastián salieron al jardín junto con Gloria y Begoña, y las niñas, estas querían jugar al aire libre y no había nada que sus bisabuelos no hiciesen por ellas.

Eva y Víctor decidieron pasear un poco, solos, llegaron hasta los establos para ella ver a Cian. Pese a que no le gustaban los caballos, desde que lo había montado sentía ganas de volver a hacerlo.

Cuando se aseguró de que estaban lo bastante lejos de los ojos de todos los que estaban en el jardín, en la parte trasera de la casa, desde donde se divisaba perfectamente el establo, la dirección que ambos tomaron cogidos de la mano en un despiste de las niñas, Víctor abrazó a Eva y la besó como deseaba hacerlo desde hacía horas.

La inmensa cara de felicidad que mostró cuando encontró a su familia en los viñedos aún le daba un vuelco al corazón de Víctor cuando lo recordaba. Así la deseaba siempre, feliz y sonriente a su lado, y que todo ello lo provocase él.

—Por fin solos —murmuró besándole el cuello y rodeándole la cintura con las manos.

Eva recostó la espalda contra su fuerte pecho y se dejó guiar, continuaban caminando, adentrándose en el establo. El personal que cuidaba de los caballos estaba en las horas de descanso del mediodía, por eso en el lugar solo estaban los animales.

—¿Te he dicho que me encanta tenerte así, toda para mí? Tus besos me renuevan y me dan vida. —Comenzó a introducir las manos por debajo del jersey de ella, llegó hasta sus pechos y se los masajeó con destreza deshaciéndose del sujetador con habilidad.

—Víctor… —lo reprendió al mismo tiempo que le paraba las manos—. No te emociones —le advirtió tratando de recomponerse a las sensaciones que sus manos producían en su piel desnuda —. Puede venir alguien —le advirtió.

—Es la hora de la siesta, todos descansan. —Continuó con la tarea, incluso, fue más allá, comenzó a desabrocharle el pantalón vaquero.

—Mis abuelos, tu madre y tu abuelo están a pocos metros, y las niñas.

—Están mayores como para caminar después de todo lo que hemos comido, y las niñas estaban muy entretenidas pescando en el estanque.

Gloria tenía un estanque con peces, no era muy grande, pero le gustaba cuidarlo. Las gemelas tuvieron la gran idea de pescar, algo que le gustó a Daniela y las quiso imitar. Anselmo les dio unas redes y las tres pequeñajas se encontraban de lo más entretenidas tratando de capturar a un pez.

Eva se revolvió en los brazos de Víctor y sin saber en qué momento la había dejado medio desnuda, lo reprendió con la mirada antes de besarlo.

Con manos expertas, Víctor las introdujo dentro de sus braguitas y consiguió que Eva lo tomase con fuerza por la camiseta y lo mirase de forma suplicante.

—No podré aguantar mucho más si continúas tocándome así —lo advirtió presa del deseo,

sintiendo con evidencia el de él contra su vientre.

Sin pensar más, se dejó llevar. Le sacó con prisa la camiseta y comenzó a desabrocharle el cinturón.

—Nunca lo he hecho en este lugar —murmuró Víctor sobre sus labios mientras dejaba que Eva le bajase los pantalones—. Siempre tuve esta fantasía.

Eva lo miró extrañada, casi sin creerlo, pero le bastó ver el fuego que desprendían sus ojos grises para saber que no le mentía.

—Dios, como nos pille alguien. —Fueron las últimas palabras de Eva antes de entregarse a aquella locura.

Sus gemidos se comenzaron a entremezclar con los sonidos de los caballos, cada cual en su cuadra. Ellos estaban en una que estaba vacía y limpia, hacía tiempo que no se utilizaba para los animales.

Víctor la tomó en brazos, Eva le rodeó la cintura con las piernas y él la penetró sin esperar más. Sentía que iba a explotar si no lo acogía su calor. Estar dentro de Eva era lo mejor que le había pasado en la vida, se tomó unos segundos para llenar sus pulmones de aire y se entregó por completo, le urgía liberarse.

—Me haces perder la capacidad de pensar —resonó la voz de Eva, exhausta contra su cuello, por el que resbalaban gotas de sudor. Con el corazón acelerado, e incapaz de pronunciar ninguna palabra tras el demoledor orgasmo, Víctor la abrazó más fuerte—. Ha sido maravilloso. Nunca antes había sentido la adrenalina en mi cuerpo como hoy. Si llega a venir alguien…

De repente, Eva agudizó el oído, escuchó unas vocecitas de fondo y se separó del cuerpo desnudo de Víctor con rapidez.

57

Víctor siguió a Eva y ambos observaron a las gemelas y a Daniela, las tres niñas se adentraban en el establo de la mano.

—Vamos a ver los caballitos —decía Carolina a la sobrina de Víctor.

—Están durmiendo la siesta, por eso no se escucha nada —comentó la pequeña Eva a Daniela.

Con prisas, sin decir una sola palabra, Eva reprendía a Víctor con la mirada, comenzaron a vestirse. Ella fue más rápida y salió antes al encuentro de las pequeñas.

—Señoritas. —Las interceptó antes de que pasasen por el lado donde se encontraba Víctor medio desnudo—. ¿Qué hacen por aquí solas? —las reprendió sonriente, con ambas manos sobre la cintura.

Daniela hizo un gesto con el dedo y señaló la cabeza de un caballo que asomaba por la puerta de la cuadra.

Eva la cogió en brazos mientras miraba a sus sobrinas a la espera de una explicación.

—Hemos venido a ver los caballitos, la abuela de Daniela nos dio permiso. Dijo que tú y el tío Víctor estaríais aquí —reveló Carolina, la más resuelta de las gemelas.

Con paso decidido, Víctor hizo aparición ante ellas. Le sonrió a las cuatro y cogió a las gemelas en brazos, resignado.

—Vamos a ver los caballos —pronunció con decisión mientras se acercaba a los animales.

—¿Cuál es tu favorito, tía? —preguntó Carolina, era muy curiosa.

—Cian. Es una yegua muy mansa.

—¿Queréis que os monte en ella? —preguntó Víctor.

Eva puso los ojos en blanco, lo imaginó como padre y se sintió orgullosa de él.

Elena y Martín descansaban en una gran cama, en la confortable habitación que le habían asignado. En los brazos de su marido y con las vistas de los campos de fondo, Elena se sentía de maravilla.

—Esto es espectacular —comentó relajada—. Me transmite paz y serenidad, justo lo que necesitaba después de todo el estrés de presentar la nueva colección y llevarla a la venta en tienda.

—A mí me gusta más estar así contigo, solos, y con la certeza de que las niñas no nos interrumpirán de un momento a otro. —Le masajeó el vientre abultado y le besó el cuello.

Recostada contra su pecho, Elena se sentía en la mismísima gloria.

—No cantes victoria, nunca sabemos cuándo nos van a abrir la puerta e interrumpir —comentó Elena con una sonrisa, recordando todas las veces que aquello había sucedido desde que eran padres de dos traviesas e inquietas niñas de cinco años.

—Hoy no vendrán. Tienen muchas novedades alrededor para entretenerse, además no conocen bien la casa y tardarían en encontrarnos —se regodeó Martín, feliz en aquel instante de intimidad con su mujer.

—Tienes razón. —Elena se revolvió entre sus brazos, lo miró a los ojos y le repasó el ceño fruncido con un dedo. Lo conocía bien y sabía que había algo que le quería preguntar—. ¿Qué sucede?

—Me preguntaba si la razón por la que no ha venido Virginia a pasar el fin de semana sea porque tiene una relación, como se rumorea.

—¿Y dónde se dice eso? —preguntó Elena desconcertada. Ella no sabía nada.

Martín no era dado a los cotilleos, por ello le sorprendió su comentario. Cuando se lo había manifestado en voz alta era porque conocía bien de lo que hablaba.

—Me lo dijo Miguel. Al parecer Virginia y el amigo ese que acudió con ella al desfile, Manuel…

Elena soltó una enorme carcajada y Martín la miró desconcertado.

—Manuel es un amigo desde hace años, lo han destinado a Madrid hace poco y Virginia lo está ayudando porque no conoce la ciudad ni a nadie aquí. Además, es gay.

—Pues Miguel no tiene ese último dato, te lo aseguro —comentó sonriente.

—Creo que Virginia trata de darle celos con él, pero no le digas nada. Miguel se lo merece. Mi hermana lleva años detrás de él y no le hace ni caso, pese a que se le nota que no le es indiferente.

—Miguel juró no volver a casarse ni a compartir su vida con otra mujer, y sabe que Virginia no es cualquiera. No quiere una aventura ni jugar con ella, la respeta.

Martín conocía bien a su amigo y, tras los años, desde que conocía a Virginia, le había advertido en más de una ocasión que la respetara porque de lo contrario olvidaría que eran amigos desde el instituto.

—Me gustaría verlos algún día como a Eva y Víctor —comentó ilusionada—. Tú también juraste no volver a casarte y mira, lo hicimos dos veces —le recordó—. Somos muy felices y tenemos una familia maravillosa, no pierdo las esperanzas de que Miguel siente la cabeza algún día con mi hermana.

—Conozco a Miguel, y si no ha dado el paso en cinco años…

—Él se lo pierde.

—Claro que sí. —Abrazó a su mujer y la besó con pasión—. Soy otro hombre desde que te conocí, mejor, y más feliz. Te amo, Elena. Me encanta nuestra vida. Jamás imaginé tener algo así.

Después de dos días en los viñedos, habían aprovechado el puente de principios de diciembre para tener más días libres todos, lo estaban pasando de lujo. Aquella tarde, tras la merienda en el gran salón de la casa al calor de la chimenea, llegó un mensajero con dos paquetes iguales, algo que sorprendió a Gloria, que fue la encargada de recogerlo.

Cuando llegó al salón, se dirigió a Eva y le entregó uno. Los paquetes, que venían envueltos como un regalo, traían una indicación para quién era cada uno.

Eva recibió la caja cuadrada entre sus manos y miró a Víctor sonriente, debía ser de él. Entusiasmada por descubrir qué sorpresa le había preparado, lo abrió bajo la atenta mirada de todos.

Gloria la imitó, pensando que se trataba de un juego de su hijo.

Dentro encontraron un papel en el que estaba escrito:

¿Quieres descubrir quién es Víctor Ferrer realmente?

Eva lo apartó con una sonrisa y tomó entre sus manos un sobre cerrado que había en el fondo de la caja. Dejó esta sobre la mesa y se dispuso a leerlo. Gloria hizo lo mismo, ambas cajas eran iguales y contenían lo mismo.

Con curiosidad, Víctor se acercó e inspeccionó los paquetes, serio, pero Eva y su madre estaban demasiado ocupadas como para reparar en su expresión.

De repente, la expresión de Eva, que comenzó a leer la carta antes que Gloria, se ensombreció. Víctor le arrebató la nota, decidido a ver qué estaba pasando.

Gloria comenzó a temblar y a llorar de forma desconsolada. Elena y Martín tuvieron que ir hasta ella y ayudarle a tomar asiento.

Begoña, con rapidez, y sin saber qué ocurría, tomó a las tres niñas y les propuso ver una película en su habitación. Aceptaron de inmediato y salieron del salón. Hasta entonces, nadie habló. Todos eran silencios y miradas cargadas de reproches en dirección a Víctor.

Sebastián y Martín tenían la carta de Gloria en sus manos y la estaban leyendo, mientras que Elena y Anselmo se preocupaban por el estado de nerviosismo de Gloria.

Furioso, Víctor le arrebató el papel de las manos a Martín y comprobó que era igual al de Eva y contenía la misma información. Reconoció la letra de la persona que lo enviaba al instante: Dana.

Cerró los ojos y aspiró profundamente, tratando de calmarse porque tenía ganas de matar a alguien.

La carta que ya todos sabían su contenido decía;

¿Conoces el oscuro el pasado de Víctor? Yo te lo cuento con gusto, estuvo enganchado a la cocaína, tanto que pasó dos largos años en un centro de desintoxicación.

Personas como él nunca se rehabilitan del todo. Si bien ya no es un puto adicto como antes, sí consume cuando las cosas a su alrededor se ponen feas o en cualquier que otra fiesta. He presenciado varias con él en el que nos hemos puesto una raya. Víctor fue el responsable de la primera que me metí, me dijo lo bien que lo íbamos a pasar.

Que seáis una familia feliz, pero consciente de quién tenéis a vuestro lado para siempre.

Dana Taylor.

Víctor arrugó el papel entre sus manos con todas sus fuerzas, maldiciéndola. Nunca imaginó que pudiese ser tan dañina ni hacer algo tan rastrero.

—Dime que esto no es verdad, Víctor —exigió Gloria ante el silencio que reinaba en la sala.

Anselmo leía la carta de Eva, tras hacerlo, no mostró sorpresa alguna. Dejó la nota sobre la mesa y se paseó tranquilo delante de todos.

—Nada permanece oculto toda la vida, Víctor. Tarde o temprano sale a la luz y hay que hacerle frente —resonó la voz de Anselmo, resignado.

Miradas de asombro se dirigieron hacia la figura del hombre, que les daba la espalda. Tenía la vista clavada en el exterior mientras miraba por la ventana.

—Abuelo, no me ayudas con tu actitud —bramó Víctor.

Gloria lloraba sin parar, no atinaba a entender qué pasaba allí que ella desconocía.

—Dime que esto no es verdad —rogó rota de dolor a su hijo.

Víctor miró a Eva, que estaba seria y distante. Supo que el contenido de aquella carta le había hecho dudar de él.

—¿Tú te metes esa mierda? —interrumpió Sebastián, lo acusaba con el semblante serio y la mirada vidriosa.

Martín, al lado de su padre, en silencio, también esperaba una explicación.

Elena, pese a estar al lado de Gloria, miraba a su hermana y algo le decía que Eva no era ajena del todo a lo que allí sucedía.

—Abuelo, podrías ayudarme, ¿no? —le reprochó cuando vio que no lo apoyaba como esperaba.

—Es tu vida, hijo. Te corresponde dar las explicaciones pertinentes. Yo solo hice lo que debía en su momento. Una cosa sí te digo, como hayas vuelto a eso, no me importará volver a molerte a palos y que pases otras dos semanas en un hospital.

—Como hayas metido a mi nieta en esto… Eva —Sebastián exigió una respuesta de su nieta.

Ella solo alzó la mano y le hizo un gesto para que dejase hablar a Víctor. Eva también necesitaba escucharlo.

Gloria se llevaba las manos a la cabeza y murmuraba:

—Papá, tú lo sabías… ¿Hace cuántos años? —ató cabos y lo miró con los ojos muy abiertos —. ¿Cuándo me dijiste que Víctor se cayó del caballo y estuvo hospitalizado?

Anselmo solo asintió, apoyado en su bastón fue hasta ella y le mesó el pelo, consolándola.

Exasperado por la situación y de que no lo dejasen explicarse, Víctor bufó y se colocó en el centro del salón.

—Mi contacto con la cocaína comenzó a los diecisiete años, estuve dos años muy enganchado hasta que mi abuelo me descubrió. Fue aquí, en un fin de semana que me quedé con él y Almudena. Me dio tal paliza cuando me encontró colocado y con restos de cocaína en mi habitación que cada vez que la recuerdo me estremezco, pero me lo merecía. Me envió al hospital y me dijo que aquello no era nada comparado con lo que la droga podía hacer conmigo. Me ofreció internarme en un centro sin que nadie más lo supiese y tras varias charlas con los médicos, decidí salir de aquello. Mi abuelo me salvó y se lo agradeceré toda la vida. De haber continuado por el camino que llevaba ahora mismo estaría muerto. —Al escuchar aquello a Eva se le puso el vello de punta—. Nunca más he vuelto a probarla, os lo juro a todos. —Miró a Eva y le rogó que lo creyese—. Es cierto que me la han ofrecido en las fiestas en las que acudía en Nueva York con Dana, pero siempre lo rechacé. Desconozco si ella se metía algo de vez en cuanto.

Tras el relato, todo el salón quedó en silencio. Miraban a Víctor sin saber qué decir ni cómo reaccionar.

—¿Por qué nunca me lo contaste? —preguntó acongojada Gloria. Tenía el rostro lleno de lágrimas—. ¿Tu padre lo sabía?

—No, solo el abuelo. Es una parte de mi pasado que no me gusta compartir. Creo que salta a la vista que soy un tío sano y debo admitir aquí frente a todos, sin miedos ni tapujos, que es gracias a Eva. Hace poco estuve a punto de caer.

Todos lo miraron con los ojos muy abiertos, menos Eva, que solo sentía ganas de llorar y taparse la cabeza. Víctor le cedió la palabra, en silencio, le indicaba que fuese ella quién terminase de contar todo.

Sin poder soportar por más tiempo aquella situación, Eva salió corriendo hacia su habitación. Por alguna extraña razón necesitaba llorar y estar sola, no bajo la mirada escrutadora de todos ellos.

Víctor no fue tras ella, prefirió dejarlo todo zanjado allí y luego hablar con tranquilidad con la mujer de su vida.

—Vi a Eva besarse en la calle con un exnovio —comenzó a explicar—, sentir que la había perdido y el tema del embarazo de Dana, que hasta ese momento ignoraba que era falso, todo me superó. Necesitaba una vía de escape y acudí a la cocaína por primera vez en muchos años desde que me rehabilité, pero Eva llegó a tiempo de que no me metiese aquella primera raya. Le conté todo para que se alejase de mí, pero la gran mujer que es hizo todo lo contrario, no me abandonó,

me ayudó y estamos más unidos que nunca. La amo. Deseo una familia con ella y ni se me pasa por la mente volver a consumir drogas.

Sentía que les debía aquella explicación. A todos los consideraba su familia y necesitaba que confiasen en él.

Sebastián dio un paso al frente para acercarse a Víctor, le extendió la mano, él se la tomó y luego lo abrazó. Martín imitó a su padre, le palmeó la espalda con fuerza a Víctor y le susurro:

—Eres grande, tío.

Elena le dirigió una cálida mirada de apoyo y comprensión mientras Víctor se dirigía hacia su madre, sentada en el sofá, incapaz de levantarse porque le temblaban las piernas demasiado. Él se colocó en cuclillas delante de ella.

—Ya todo pasó, mamá. Soy un hombre sano y feliz. No hay nada que lamentar.

Gloria se abrazó a él y su hijo la besó y consoló.

Luego, se levantó y fue hasta su abuelo.

—Gracias por todo, viejo. Te debo esta vida. —Le dio un abrazo y Anselmo le correspondió —. Y ahora, debo subir en busca de la mujer que amo, creo que me necesita.

Los demás asintieron y Víctor se retiró.

Cuando entró en la habitación, encontró a Eva llorando en la cama. Con la espalda apoyada contra el cabecero mientras se rodeaba las piernas flexionadas con las manos y lloraba. Víctor acudió hasta ella, le acarició la mejilla y le limpió el resto de lágrimas del bello rostro.

—Te juro que desde que salí del centro de desintoxicación nunca más he probado ninguna droga.

Eva se abrazó a él, necesitaba sentirlo cerca.

—Te creo —sollozó sobre su pecho sin poder evitar que más lágrimas inundasen sus ojos azules.

—Dana ha querido dañar a las dos personas que más quiero, siento una tremenda rabia por dentro —confesó mirándola a los ojos.

—Pretendía que se rompiese la confianza que te tengo al contarme tu oscuro pasado.

—Pero le ha salido el tiro por la culata, tú ya lo sabías. No le dediquemos más tiempo a lo que Dana ha pretendido. —La abrazó de nuevo y le masajeó la espalda. Eva estaba muy tensa.

—Si ha pensado que esa carta iba a separarnos… —Se acercó y lo besó—. Nada más alejado de la realidad. —Tiró de él y se colocó encima—. Señor Ferrer, voy a demostrarle cuánto lo amo y confío en usted. —Lo besó de nuevo y comenzó a desnudarlo—. Ninguna carta va a romper esto que siento. Lo que Dana ha tratado de desestabilizar solo se ha hecho más fuerte —le dejó claro entregándose por completo.

Al cabo de un par de horas, pasaron el resto de la tarde solos, metidos en la cama, Víctor y Eva bajaron a cenar y reencontrarse con la familia. Todos los recibieron muy bien, hicieron como si el episodio de la llegada de aquella carta no hubiese pasado y continuaron disfrutando del resto del puente como la gran familia que habían formado.

58

Nada más incorporarse al trabajo tras la escapada familiar, Eva tenía algo en mente. Vengarse de Dana, y qué mejor forma que demostrarle que su envío no había causado estrago alguno.

Llamó a un par de fotógrafos que conocía bien y les informó de dónde iba a cenar aquella noche y con quién. Víctor aún no sabía nada, pero estaba segura de que le encantaría compartir con ella una velada romántica.

Decidió enviarle un mensaje al hombre de su vida, en el que le decía:

Señor Ferrer, no haga planes para esta noche. Le invito a cenar fuera. Ya he reservado y no admito un no por respuesta. Nos merecemos una cita romántica. Nos vemos en casa. Un beso.

El sonido del mensaje interrumpió a Víctor en una importante reunión, pero reconoció que era de Eva y lo miró. Sonrió al leerlo y le respondió de inmediato, nada era más importante que la mujer que amaba.

Acepto. Soy consciente de que te debo muchas cosas, entre ellas citas románticas, pero también te prometo que llegarán junto con otras vivencias que nos quedan por experimentar como pareja. Un beso.

La ilusión por lo que estaba por llegar junto a Víctor creció en el interior de Eva. Deseaba con todas sus fuerzas pasar el resto de su vida con él, compartirlo todo juntos y formar una bonita familia. Por ahora tan solo vivían bajo el mismo techo, no hablaron del futuro, todo era muy incierto, pero ella se sentía feliz.

Cuando Víctor salió del vestidor y encontró a Eva completamente arreglada, el corazón se le paralizó. Con un vestido blanco, el pelo suelto y maquillada para la ocasión, parecía un ángel. Fue hasta ella, la tomó con firmeza por la cintura y la besó, sin poder resistirse.

—Estás espectacular.

—Nuestra primera cita romántica como pareja —anunció Eva con las manos entrelazadas en su cuello.

—Porqué será que estoy deseando volver a casa y quitarte este vestido —murmuró besándole el cuello con suaves y lentos besos.

—Eso tendrá que esperar, señor Ferrer —lo reprendió sonriente alejándose de él para coger el abrigo negro y la cartera.

Víctor la miró completamente preparada y advirtió que los zapatos de tacón, negros, que llevaba eran mucho más altos que todos los que había usado hasta el momento.

—¿Vas bien? —Sabía que en ocasiones le dolía la espalda y la cadera, no quería que se esforzase por impresionarlo.

—Mejor que nunca. Saber que voy de tu mano me da confianza. Desde unos tacones todo se ve diferente. —Le guiñó un ojo, sonriente y lo tomó del brazo, dispuesta a salir.

Eva había reservado en el mejor restaurante de la ciudad. Cuando llegaron, juntos y de la mano en todo momento, todas las personas que ya estaban sentadas cenando se volvieron para

admirarlos y centrar su atención en ellos.

—Esta noche tu mirada tiene un magnetismo especial. Te ves radiante y feliz —reveló Víctor cuando ya habían tomado asiento.

—Todo eso lo provocas tú.

Brindaron por ellos, por la vida y, sobre todo, por un futuro juntos y felices.

Cuando llegaron los postres, con ellos venía un sobre rojo que el camarero le entregó a Eva. Lo tomó con un poco de reticencia, recordando la última nota que llegó a los viñedos.

—Es mío, ábrelo —la animó él con una sonrisa cuando advirtió su miedo.

Más relajada, y sonriente, Eva descubrió qué había dentro. Eran dos pasajes de avión, en primera, para ir a Italia. Fijó la vista en las fechas, eran de ida y vuelta y se asombró cuando descubrió que pasarían una semana allí.

—Esto… ¿Milán? —preguntó asombrada, con ambos billetes en la mano.

Víctor asintió mientras la admiraba, le encantaba sorprenderla.

—Sé lo que en estos momentos se te pasa por la cabeza, mujer responsable; no podemos irnos mañana, tengo trabajo. Pero sí, no vamos. Ya he hablado con Martín y está todo controlado. Tienes una semana de vacaciones —anunció con una sonrisa espléndida—. Tengo que arreglar algunos asuntos en Italia, relacionados con la herencia de mi padre, y pensé que podíamos aprovechar para hacer nuestra primera escapada juntos.

—Oh, es maravilloso. Me encanta la idea. —Se levantó, lo abrazó y le dio un beso, sin importarle que todas las miradas del restaurante se desviasen hacia ellos en esos momentos.

Cuando salieron del restaurante, unos fotógrafos los esperaban en la puerta, hacía mucho frío, Eva sintió pena de ellos y decidió darles un buen material, no las simples fotos pactadas de ella y Víctor de la mano como una pareja enamorada.

Antes de entrar en el coche, lo tomó por la nuca con decisión y le dio un beso en condiciones que lo dejó jadeante.

—¿Quieres que ahora nos tomemos unas copas con tus amigos y me calientas de esta forma antes de entrar en el coche? —preguntó sonriente con la mirada clavada en los fotógrafos, trataba de descubrir qué se proponía Eva.

Durante la cena, ella le había comentado que era el cumpleaños de una compañera de trabajo y le gustaría pasarse un rato, Virginia y algunos amigos más estarían allí.

—Hace frío —dijo de forma inocente.

Víctor la abrazó y le susurró en el oído.

—Cuéntamelo.

—Los he llamado yo, en principio solo debían hacer unas fotos de nosotros juntos a la llegada, pero han esperado aquí hasta ahora y creo que se merecen algo más. —Víctor la miró esperando más explicaciones—. Quiero que estas fotos lleguen a manos de Dana, que compruebe que su acto de maldad no tuvo repercusión ninguna, todo lo contrario.

Emocionado, la abrazó y la besó de nuevo, sintiéndose muy orgulloso de ella.

—Cómo me gusta esta Eva traviesa, desconocida para mí hasta el momento —reveló una vez dentro del coche, donde la besó de nuevo.

Eva frenó el beso.

—No te emociones, vamos a la discoteca *Beverly* —le ordenó con una mirada lujuriosa—. Me apetece bailar contigo. —Estaba dispuesta recuperar todos los instantes que no habían vivido como una pareja de su edad.

—No soy un buen bailarín —le advirtió de soslayo mientras arrancaba el coche—. Se me da mejor otro tipo de baile; en la intimidad, en la cama y especialmente contigo —le reveló con una

mirada provocadora, mientras esperaban en un semáforo en rojo.

—Doy fe de que es un experto consagrado en ese ámbito. —Eva lo miró mordiéndose el labio.

Cuando llegaron a la discoteca, se dirigieron a un reservado. Víctor no conocía a nadie, solo a Virginia y Miguel de las casi treinta personas que debían estar allí. No estuvieron demasiado tiempo, Eva felicitó a su compañera, se tomaron un par de copas, bailaron un poco y antes de la una de la madrugada se marcharon a casa.

***

Eva y Víctor volaban en dirección a Italia. Habían salido del aeropuerto de Madrid a las siete de la tarde. Descansaban en sus asientos de primera clase de la ajetreada mañana que habían tenido, haciendo las maletas y dejándolo todo organizado hasta la vuelta.

Víctor le tomó la mano a Eva entre las suya y se la llevó a los labios. Depositó un breve beso en ella y observó cómo se movía de lado para mirarlo con los ojos entreabiertos, iba medio adormilada. La noche anterior, cuando llegaron a casa, no la dejó pegar ojo.

—¿Sabes qué es una de las primeras cosas que quiero hacer en cuanto lleguemos a Venecia? —preguntó con tomo misterioso, sacándola del estado somnoliento en el que se encontraba.

Aterrizarían en Milán y pasarían la noche allí, verían la ciudad al día siguiente y pondrían rumbo a Venecia, donde estarían un par de días, luego se dirigirían a La Toscana y finalmente terminarían en Roma.

—Sorpréndeme —lo alentó, expectante.

—Pasear tomados de la mano por la Plaza de San Marcos, ¿decepcionada? —preguntó con una ceja alzada. Eva no esperaba aquella respuesta y lo leyó en su rostro.

—No —negó con un gesto—. ¿Por qué ese lugar exacto? —se interesó.

—Porque cuando tuve que viajar a Italia para encontrar al hombre que compró la casa de mi padre en La Toscana, él se encontraba en Venecia y ahí tuvimos el encuentro, luego fui a pasear por la Plaza de San Marcos y te llamé, anhelaba que estuvieses a mi lado. Yo siempre supe que eras la mujer de mi vida —le recordó, muy seguro de ello.

—Te amo. —Se aproximó a él y le dio un breve beso en los labios, quedándose con ganas de mucho más, pero no era el lugar—. Has devuelto la ilusión por completo a mi vida. Te empeñaste en conseguir mi amor y aquí me tienes, rendida ante ti. Admiro que no te dieses por vencido.

—Eso jamás, era demasiado valioso lo que estaba en juego, tú.

—Gracias por este viaje. —Le acarició el mentón, perdida en sus ojos.

—Es el primero de muchos. De mucho más —rectificó—. Lo quiero todo contigo.

***

Dana había vuelto a Nueva York hacía varios días, pero no había perdido la pista de lo que sucedía entre Víctor y Eva. Tenía una confidente que le contaba todo lo relacionado con ellos.

Maldijo que el plan del embarazo no hubiese salido bien, tal y como lo planeó con Alexia, todo estaba calculado para que él regresase a Estados Unidos de nuevo, dejase de hurgar en las cosas de su madrastra y de paso, Dana, llevarse la cuantiosa cantidad de 300.000€ si lo conseguía. Pero no salió bien.

Por amor propio y venganza, Dana decidió enviar aquella carta a los viñedos cuando Alexia la

informó de que toda la familia estaba reunida, pero ni así consiguió separar a Víctor y Eva. Acababa de ver las fotos que le envió Alexia, de una revista, donde la pareja salía junta de un restaurante la noche anterior, más enamorados que nunca.

Ambas maldijeron que sus planes no hubiesen salido bien. Dana decidió retirarse, Alexia era una mujer ambiciosa, sin límites, y en sus términos estaba no cometer un delito para alcanzar sus objetivos. Cuando Alexia le propuso el siguiente paso para sacar a Víctor de su vida, Dana decidió no seguirla. Víctor era un hombre impresionante en todos los sentidos, bueno en la cama, pero nada que no pudiese conseguir en otro. No estaba enamorada de él y consideraba que podía perder más que ganar si el siguiente plan de la viuda del padre de Víctor salía mal, por ello prefirió retirarse y continuar con su vida antes de verse metida de lleno en un lodo del que no pudiese salir.

***

En cuanto llegaron a Venecia y dejaron las maletas en el hotel, Víctor insistió en ir a pasear por la Plaza de San Marcos con Eva, no le importó que estuviese oscureciendo. No podía esperar más.

Sonriente, ilusionado y feliz, así caminaba Víctor con Eva de la mano, con la cabeza alta y el pecho lleno de orgullo porque aquella mujer solo tuviese ojos para él. De repente, cuando ni él mismo lo esperaba, había planeado aquel momento tanto desde que días atrás compró el maravilloso anillo que llevaba en el bolsillo, se puso de rodillas, delante de ella y sacó la impresionante joya del bolsillo interno del abrigo. El rostro de Víctor reflejaba una inmensa felicidad.

Eva se quedó paralizada, como si todo lo que sucedía a su alrededor fuese a cámara lenta. Las personas del lugar los miraban con atención, los señalaban, pero ellos eran ajenos a todo.

—¿Aceptas convertirte en mi mujer, la persona que me guíe y me ilumine durante el resto de mis días? —Con el corazón a punto de salírsele del pecho, no esperaba aquella declaración, y lágrimas que empezaron a brotar de sus ojos azules, de las cuales no era consciente, Eva asintió emocionada.

Víctor le colocó el anilló bajo su atenta mirada.

—Sí, sí, sí quiero —dijo al fin, abrazándose a él y llenándole la cara de besos, eufórica.

Víctor la cogió en brazos y comenzó a dar vueltas con ella, llenándola de más besos y sintiéndose el hombre más feliz de la tierra.

Con la Plaza de San Marcos de fondo, anocheciendo, las luces encendidas y miles de miradas en ellos, a las que eran ajenos, Víctor y Eva se mostraban como una pareja feliz y enamorada a la que todos envidiaban. Los admiraban con sonrisas, como si fuesen los protagonistas de una película. Y así se sentía Eva, como si estuviese viviendo un cuento de hadas.

La etapa final del viaje llegó cuando aterrizaron en Roma. Víctor solo estuvo reunido un día, el cual Eva aprovechó para salir de compras y realizar las propias de la época de Navidad, estaba a la vuelta de la esquina y aún no tenía nada.

El día del cumpleaños de Eva era el último que pasarían en la ciudad, Víctor lo había organizado todo para llegar a Madrid a media tarde y que ambas hermanas gemelas pudiesen soplar las velas juntas en una fiesta sorpresa que él y Martín habían organizado con anterioridad.

El día que Eva cumplía treinta y un años, cuando despertó, en la gran cama y la maravillosa suite que tenían en el mejor hotel de Roma, Víctor no estaba a su lado. En su lugar encontró un camino de pétalos de rosas rojas que la animaban a seguirlo.

Con curiosidad, Eva se levantó, cubrió su cuerpo desnudo con una bata de seda blanca que tenía en un sillón cercano, y, descalza, siguió el camino marcado que la llevaba hasta el salón. La chimenea estaba encendida, y se quedó completamente sorprendida cuando encontró un montón de ramos de rosas rojas, había globos y un cartel de cumpleaños feliz.

—Hay treinta y un ramos, no te esfuerces en contarlos —resonó la voz de Víctor, estaba al lado de la ventana, en un rincón, y Eva no lo había visto. Emocionada, comenzó a retorcerse las manos mientras él se encaminaba hacia ella con una sonrisa tan espectacular como su torso desnudo—. Feliz cumpleaños, mi amor. —La tomó entre sus brazos y la besó—. El primero de muchos —anunció entregado a ella.

—Gracias, mi amor. Todo esto es maravilloso. Sin duda es mi mejor despertar y el cumpleaños más especial —le agradeció con ambas manos sobre sus mejillas, emocionada y feliz.

—Ahora, ven. —Tiró de su mano hasta que llegaron al gran sofá que tenían al lado. Sobre la mesa había una caja—. Es hora de tu regalo. —Eva miró el gran lazo rojo que envolvía la caja sin saber qué podría ser—. Ábrelo —la instó.

La abrió con manos temblorosas y dentro encontró una tarjeta que decía:

Por toda una vida juntos.

Debajo había una carpeta azul, Eva la extrajo sin saber de qué se podría tratar. Observó unos planos que apenas entendió. Miró a Víctor para que se lo explicase mejor.

—Tú estás muy bien y cómoda en tu recién estrenado ático y a mí me gusta mucho la zona y el edificio. He pensado en unir nuestras casas y hacer una sola, más grande, con visión de futuro. Un verdadero hogar para cuando tengamos hijos. ¿Qué te parece? Ahí están todas las posibilidades de unirlas, escoge la que más te guste y empezamos las obras cuanto antes.

Eva se lanzó a sus brazos, lo llenó de besos y se lo agradeció. Le encantó la idea. Nunca se hubiese imaginado un regalo tan perfecto.

La caja aún no estaba vacía, Eva observó otra tarjeta, la sacó y la leyó.

Ya sabes que lo quiero todo contigo, ¿me darías un hijo, o dos, más adelante?

Con lágrimas en los ojos, Eva asintió. Ella también deseaba ser madre.

—¿Quieres gemelos? —preguntó esbozando una carcajada.

—Contigo, todo. Nada me da miedo. —La besó—. Aún te falta un regalo por descubrir —la animó por el último.

Eva miró la caja, metió la mano y sacó un gran sobre tamaño folio, era abultado. Lo abrió y vio fotografías de una maravillosa casa en el campo, rodeada de naturaleza.

—¿Y esto? —preguntó asombrada.

—Una casa en la sierra de Madrid, cerca, pero quiero que sea nuestro refugio, donde nadie nos moleste ni encuentre. Es tuya. La he comprado.

—Víctor… Todo esto… ¿no es demasiado?

—Puedo permitírmelo. Sé que no hemos hablado del tema económico, pero tengo bastante dinero. He sabido invertir bien.

—Eres un gran hombre. —Lo besó y lo abrazó—. Me siento la mujer más afortunada del mundo por tenerte en mi vida y contar con tu amor incondicional.

—Aún queda una sorpresa —anunció, Eva lo miró sorprendida. La caja estaba vacía—.

Salimos hoy para Madrid, no mañana. Vamos a celebrar tu cumpleaños en familia.

Eva se arrojó a sus brazos y lo besó. Estaba segura de que iba a ser el mejor diecinueve de diciembre de toda su vida hasta el momento.

59

Eva y Elena celebraron su treinta y un cumpleaños felices, rodeada de toda su familia y de los hombres que ocupaban sus corazones. La casa de Sebastián se convirtió en el centro de la reunión, donde las gemelas recibieron un montón de regalos y cariño de todos sus familiares.

***

Las Navidades pasaron y fueron las mejores que recordaba Víctor. La familia de Eva insistió en que su abuelo, su madre y su sobrina viajasen a Madrid y las pasasen con ellos. Aceptaron, se quedaron en el nuevo chalet que Víctor había alquilado en una urbanización privada en las afueras de Madrid mientras las obras para la unión de su casa y la de Eva se realizaban.

Tras las fechas navideñas, la familia de Víctor volvió a los viñedos. Daniela se veía más alegre, le había sentado muy bien el cambio de estar dos semanas relacionándose con más gente y niños.

Una noche, Eva le comentó a Víctor la incertidumbre que agobiaba a Gloria con su nieta, continuaba sin hablar y después del verano tendría que escolarizarla en un colegio.

—Víctor, no sé cómo decirte esto, pero es algo que me ronda en la cabeza desde hace días.

—Suéltalo, mi amor.

—Verás… Le aconsejé a tu madre que matriculase a Daniela en el mismo colegio al que van mis sobrinas, pero se ve en el inconveniente de trasladarse a Madrid junto con tu abuelo, que no quiere, y desatender los viñedos. He pensado que, si a tu madre no le importa, ni a ti, la niña podría vivir con nosotros. Quizás sea bueno para que avance. Yo adoro a tu sobrina, no me importaría que viviese con nosotros.

—Gracias por ser tan generosa. —La abrazó emocionado. Él había valorado la cuestión, pero llevaba tan poco tiempo con Eva que no se atrevía a planteárselo—. Daniela no es una niña fácil, pero sé que le pondrás empeño y con nosotros estará muy bien. Se lo diré a mi madre.

Eva asintió más tranquila, se acababa de quitar un peso de encima. Desde hacía noches ese tema no la dejaba dormir, pero no quería meterse en un asunto tan familiar como decidir el futuro de aquella niña, sin embargo, le parecía justo que su abuela tuviese un abanico de posibilidades.

Cuando Víctor se lo propuso a su madre, Gloria aceptó tras meditarlo mucho durante unos días, pero sabía que era lo mejor para Daniela. Llegaron al acuerdo de que viviría con Víctor y Eva a partir de que comenzase el colegio en septiembre, las vacaciones las pasaría con su abuela y los fines de semana. De ese modo, todos esperaban que Daniela volviese a hablar y ser una niña normal.

***

La demanda que Víctor interpuso en contra de su madrastra a finales de año fue admitida a trámite, había suficientes indicios de que Alexia había falsificado la firma de su marido, había alterado documentación y había rebasado los límites de la ley.

Aquella mañana Víctor estaba muy contento, dos de las medidas cautelares que había solicitado fueron concedidas. A partir de ese día Alexia no tendría acceso a las cuentas del

bufete, como socia de un 5% tenía derecho hasta el momento, y sus cuentas bancarias personales también habían sido congeladas hasta que se celebrase el juicio y un juez estimase si era inocente o culpable de todo lo que Víctor Ferrer la acusaba formalmente. Por otro lado, tampoco podía poner a la venta los bienes que Víctor hacía mención en la demanda, los que tiempo atrás pertenecieron en algún momento, o compartió titularidad, con Rodrigo Ferrer.

Alexia se veía atada de pies y manos, no tenía liquidez. Contaba con propiedades que no podía vender y un futuro muy complicado. Ella sabía cómo había actuado y también contaba con que Víctor estaba decidido a hundirla, y tenía buenas pruebas. Había podido acceder a la demanda desde que la presentó y sabía de todos los ases que su hijastro tenía bajo la manga, por ello decidió que era la hora de poner en marcha el plan b.

***

Daniela se quedaría en casa de sus tíos unos días. Gloria le había pedido a su hijo y a su nuera si podían cuidar a la pequeña mientras ella acompañaba a su padre en unas pruebas rutinarias anuales en el hospital.

Por supuesto, Víctor y Eva accedieron encantados. Eva se tomó tres días de vacaciones para estar dedicada por completo a la niña.

Una tarde soleada de finales del mes de febrero, Elena y sus gemelas, junto con Eva y Daniela fueron al parque, era viernes y habían quedado con Martín y Víctor que las recogiesen ahí al finalizar de trabajar, luego irían todos juntos a merendar y al cine.

Durante los días que la pequeña había pasado con sus tíos, se había portado muy bien, se adaptó a la casa de ellos y se veía contenta y feliz. La única pega que tenía Víctor era que Daniela se empeñaba en dormir con Eva, y tener a la mujer de su vida alejado de su cama ya no entraba en sus planes nunca más.

Por lo demás, le encantaba ver a Eva en el papel de madre. Era estupenda, cariñosa, atenta y protectora. Tener a Daniela con ellos esos días sirvió para que Víctor se animase a que pronto tuviesen un hijo.

Eva y Elena estaban sentadas en un banco del parque al sol, veían como las niñas se tiraban de los toboganes y se montaban en los columpios. Daniela sonreía y corría tras las gemelas que cuidaban de ella como una hermana menor.

A Elena solo le faltaban dos semanas para dar a luz, le comentaba a su hermana que cada día se sentía más pesada. Tenía gana de tener a su bebé ya en brazos.

Las pequeñas Eva y Carolina acudieron corriendo junto a su madre para coger las botellas de agua y beber. Cuando lo hicieron Eva les preguntó, alarmada, por la pequeña Daniela. No venía con sus sobrinas. De inmediato, se puso en pie y trató de divisarla entre todos los niños que había en el parque en ese momento, pero no la vio.

Intranquila, salió corriendo. Comenzó a gritar el nombre de Daniela, a buscar entre los niños y madres, pero la pequeña no estaba al alcance de su vista.

—¿Y Daniela, niñas? ¿Dónde la habéis dejado? —Elena, preocupada, interrogó a sus hijas.

Necesitaba saber el lugar exacto. Tomó a sus hijas de la mano, recogió el bolso de ella y el de su hermana, Eva lo había dejado allí cuando salió despavorida en busca de Daniela.

—Estaba ahí —indicó Carolina con el dedo, al pequeño tobogán—. No quiso venir a beber agua.

—Mamá, movía la cabeza y no quería andar. Carolina y yo teníamos sed —explicó la pequeña Eva, de la mano de su madre.

Elena llegó hasta su hermana, Eva tenía el rostro desencajado.

—No está, Elena. No la veo —atemorizada no dejaba de mirar hacia todos lados.

—Tranquilízate, no debe estar muy lejos. Estaba ahí con mis hijas, no la hemos perdido de vista ni dos segundos.

—Pues han bastado para que desaparezca delante de nuestras narices —se reprochó a sí misma, sintiéndose culpable. Solo había consultado el móvil un par de segundos.

Elena comenzó a preguntarle a las demás madres del parque si habían visto a una niña con los rasgos de Daniela.

Tras diez minutos de intensa búsqueda y la pequeña no aparecer por las cercanías del parque, algunas madres se habían unido para encontrarla, Elena decidió llamar a su padre. Carlos la había criado desde pequeña y lo consideraba como tal, había sido agente secreto del gobierno como su verdadero padre y sabría qué hacer ante la situación que tenían.

Carlos se puso en marcha de inmediato. Llamó a varios policías que conocía y les dio la dirección donde se había perdido la niña.

Eva estaba como loca, no atinaba ni a llamar a Víctor.

Elena llamó a su marido y le informó de la difícil situación por la que pasaban. Martín trató de tranquilizarla y le dijo que él se encargaba de poner a Víctor al tanto de todo.

Nada más colgar con su mujer, Martín llamó a su suegro.

—¿Hay algo de lo que debamos preocuparnos? —preguntó rememorando cinco años atrás, cuando las vidas de Eva y Elena corrieron peligro a causa de amenazas pasadas contra su verdadero padre, Andrés.

—Ese asunto quedó enterrado, pero estoy en ello. Debemos cerciorarnos de que todo sigue igual.

Martín solo le contó a Víctor que no encontraban a la pequeña Daniela en el parque, al parecer la niña se había despistado y no daban con ella.

Ambos hombres se presentaron allí de inmediato, ni se molestaron en aparcar los coches, los dejaron en medio de la carretera y fueron hacia el lugar donde se divisaba un gran barullo. La policía ya había llegado y Carlos tenía a sus nietas de la mano mientras Elena trataba de tranquilizar a Eva. Un ataque de nervios se había apoderado de ella.

Carlos ya le había entregado una foto de Daniela a la policía, de las muchas que Eva tenía en el móvil, ella no atinaba ni a teclear en la pantalla. Las manos le temblaban como no recordaba que nunca lo hubiesen hecho.

Le informaron a la policía de que la niña no hablaba, tenía dos años y medio y no estaba acostumbra a relacionarse con mucha gente.

Ya había pasado más de cuarenta y cinco minutos y no había ni rastro de Daniela. La policía estaba comenzando a revisar las cámaras de seguridad, de esa forma sabrían en qué momento exacto desapareció y hacia donde se dirigió.

Cuando Víctor llegó, con el rostro desencajado, incapaz de asimilar la situación, se dirigió a Eva y le preguntó nada más verla:

—¿Cómo fue? ¿Cómo se perdió? —No lo formuló con tono de pregunta amable, fue una exigencia en tono de reproche.

Eva alzó la mirada al rostro de Víctor, incapaz de levantarse del banco donde estaba sentada porque las piernas le temblaban demasiado, y descubrió un semblante duro. Fue como una bofetada el hecho de que no se acercase para abrazarla y consolarla. No se le dijo, pero en su mirada pudo leer que la consideraba culpable de la desaparición de Daniela.

Carlos y Martín convencieron a Elena para que se marchase a casa con las gemelas. Su

hermana le pidió a Eva que se fuese con ella y las niñas, pero se negó.

Víctor comenzó a hablar con la policía y a inspeccionar la zona como un loco. Gritaba el nombre de su sobrina desgarrándose la garganta. Cada vez que Eva lo escucha se le partía el corazón.

Martín y Carlos no la dejaban sola, estaban a su lado y la tenían tomada de la mano. Le habían dado un tranquilizante y la obligaban a beber agua.

De repente, el policía encargado del caso se dirigió hacía Carlos con una carpeta en las manos. Era evidente que traía noticias.

Víctor acudió hasta ellos y esperó a que el hombre hablase.

—Hemos revisado las cámaras de seguridad, por favor, vengan conmigo a la furgoneta y se las mostraré.

—¿No nos puede adelantar nada? —ladró Víctor, de malos modos.

—Se han llevado a la niña —confirmó—. En las imágenes se ve como una mujer se acerca a ella con un perro, logra capar su atención y se la lleva sin la pequeña mostrar reticencia.

—¿Una mujer? ¿quién? Quiero verle la cara —rugió Víctor.

—Lleva un pañuelo en la cabeza y unas enormes gafas de sol, no hemos podido ver su rostro —anunció el policía ante las exigencias de Víctor.

Eva se llevó las manos a la cabeza y solo sabía repetir; “No es posible”.

Víctor se encaminó con el policía para ver la grabación, Martín y Carlos ayudaron a caminar a Eva. Era fundamental que ella viese las imágenes por si reconocía a la mujer como alguien que ya estuviese en el parque antes o como la madre de otro niño.

Cuando vieron las imágenes en las que aparecía Daniela y la desconocida con el perro se acercó a ella, Eva no pudo parar de llorar. Miraba toda la escena como si ella no hubiese estado a escasos metros y no hubiese dejado de vigilarla.

Martín sintió como si un puñal le atravesase el pecho, sus hijas estaban con Daniela, podría habérselas llevado también aquella mujer que no lograron reconocer ninguno.

—Carlos —llamó su atención el policía al mando—. Esto no tiene nada que ver con el caso de Eva y Elena años atrás, aquello quedó cerrado. Creemos que se trata de un secuestro. Señor Ferrer —se dirigió a Víctor—, les aconsejo que se marchen a casa. Se pondrán en contacto con usted o con alguien de la familia para pedir un rescate —anunció para sorpresa de todos.

Víctor lo miró con cara de asesinarlo. Martín tuvo que tomarlo del brazo para que no perdiese los papeles. Mientras, Carlos consolaba a Eva, la tenía abrazada.

—Mis hombres se quedarán en el parque interrogando a todos los que estuvieron aquí por si logran darnos alguna pista. Ahora el caso está en nuestras manos —le comunicó el policía al mando.

Víctor lo miró mientras se revolvía el pelo, intranquilo. Su sobrina se había vuelo un “caso” y él se sentía impotente de no poder hacer nada, solo esperar.

Finalmente, Víctor accedió. Junto con Eva, Martín y Carlos se encaminaron al chalet donde vivían desde hacía un par de meses. La policía también los acompañó. Tenían que montar un operativo y escuchas en los teléfonos para cuando recibiesen la primera llamada.

Con el salón de su hogar invadido de personas a las que no conocía, solo llevaban un letrero en la espalda que los identificaban como policías, Víctor llamó a su madre y la puso al tanto de la situación. Martín se ofreció a ir por ella y Anselmo y traerlos junto a Víctor y Eva.

—No puede ser, un secuestro… ¿por qué? —lamentó Víctor en voz alta.

Estaba sentado en el amplio sofá de su casa con Eva, aún no le había dirigido una palabra amable o de consuelo, mucho menos un abrazo o un beso. Ella lo miraba y no lo conocía. Sentía

escalofríos y solo tenía ganas de llorar hasta morirse.

—Por dinero y venganza, es el móvil, siempre —dijo Carlos, un poco más alejado de ambos.

—No tengo enemigos —ladró Víctor.

—¿Estás seguro? —lo desafió Carlos—. Estuviste metido en el mundo de las drogas, igual ahora que has vuelto… si le debías algo a alguien… —lo encaró de frente.

Víctor se levantó y fue hasta él en actitud desafiante.

—Me sobraba el dinero en aquellos entonces y me sobra ahora —casi escupió entre dientes—. Sin embargo, me pareció escuchar que el caso de Eva y Elena quedó cerrado hace años. Teníais miedo de que fuese algo relacionado con eso, ¿qué es? —exigió con curiosidad.

Eva nunca le había contado nada, solo le habló del brutal atropello y las consecuencias médicas posteriores, siempre se centraron en su trauma y cicatrices, nunca hablaron de quién produjo el accidente ni con qué fin. Ni el por qué estuvo separada de su hermana tantos años. Eva y Víctor habían pasado por tanto que aquellos aspectos casi fueron olvidados.

Carlos miró a Eva asombrado, a estas alturas del partido creía que Víctor Ferrer conocía todos los secretos de la familia de Eva. Como el hombre decidido y con don de palabra que siempre había sido, abordó el tema.

—¿Sabe que tú y tu hermana os conocisteis hace apenas cinco años? —preguntó con tranquilidad a Eva. Ella asintió. Debía averiguar en qué punto comenzar su relato. No estaban para perder el tiempo—. Bien, entonces, supongo, que lo que te falta por saber es que ambas estuvieron amenazadas de muerte por algún tiempo. Eran el blanco de una venganza contra su verdadero padre muerto, Andrés Verdoy.

Víctor miró a Eva con decepción y reproche en la mirada. El dolor que ella vio en sus ojos grises, tristes y apagados, le llegó al corazón como si le clavasen un puñal.

—Hace cinco años que todo eso terminó. El hombre que me atropelló está muerto. Carlos lo mató cuando iba a matar a Elena, pero se interpuso Martín y se llevó la bala en su pecho —le explicó a Víctor, nerviosa, retorciéndose las manos mientras se acercaba a él con paso lento.

Nuevamente Víctor la miró con los ojos desencajados, preguntándose qué era todo aquello. Hablaban de balas y amenazas de muerte como si fuese el pronóstico del tiempo.

—¿Por qué nunca me contaste todo esto? —le reprochó con los dientes apretados y un leve tic en la mandíbula—. ¿No lo creíste suficientemente importante? —le reprochó con dureza.

—Porque todo había pasado. Formaba parte de un doloroso pasado que me horroriza recordar —gritó desesperada.

Eva se brotó los brazos con sus manos. Tenía el cuerpo cortado desde que Daniela había desaparecido.

—Mi sobrina ha sido secuestrada por una venganza a ti y tu familia —afirmó con desprecio —. Y nunca me avisaste del peligro.

—No había tal peligro —gritó Eva de nuevo—. De haberlo visto, mi abuelo, Carlos y Martín nos hubiesen puesto seguridad privada, como hace años.

Víctor se tapó los ojos y no quiso escuchar más. Cada vez era peor.

Carlos permanecía en silencio. Estaba seguro de que el secuestro de Daniela no tenía nada que ver con la venganza hacia Andrés Verdoy, pero, aun así, había avisado a antiguos compañeros para que hiciesen una investigación más detallada. Si Elena y Eva volvían a estar en peligro él debía arreglarlo todo para ponerlas a salvo.

Mientras Eva y Víctor continuaron echándose cosas en cara, Carlos se alejó un poco de ellos para leer una documentación que le habían enviado al correo electrónico. Lo leyó en el móvil y de inmediato llamó a Martín, sabía que su yerno estaría a la espera de saber si su mujer estaba de

nuevo en peligro, o sus hijas.

Carlos salió al jardín de la casa, dejó pasar a un par de policías con varios equipos para cuando se produjese alguna llamada a la familia de la niña.

—Martín, el caso de Elena y Eva continúa cerrado, no tenemos de qué preocuparnos. Al parecer Víctor Ferrer sí tiene una enemiga, su madrastra. Hace cuatro meses que le tiene puesto un detective privado que lo sigue a todos lados y la informa de cada paso que da. La policía está trabajando sobre ello. Por lo demás, Víctor está limpio. Ni deudas ni enemigos.

Martín se quedó más tranquilo. El chófer de Sebastián conducía, su padre iba en la parte trasera del coche con Anselmo y Gloria, y él de copiloto. Los acompañaban hasta la casa de Víctor y Eva.

—Bien, en menos de tres horas estaremos por ahí —anunció.

Cuando Carlos entró de nuevo en la casa, Eva ya no estaba en el salón. Víctor se movía por él como un león enjaulado.

—Ruego que el teléfono suene de un momento a otro, eso significará que Daniela está con ellos y solo será cuestión de dinero. Pero si no llaman… Dios, me voy a volver loco —comentó Víctor abrumado.

—Tranquilo, la calma en estos casos es esencial. —Carlos le tocó el brazo y le indicó con la mirada que estaba ahí con él—. ¿Y Eva? —se atrevió a preguntar.

—Ha subido a ponerse cómoda.

Carlos asintió, fue a la cocina y sirvió dos cafés, uno para él y otro para Víctor. Haría la espera más llevadera.

Cuando Gloria llegó, se abrazó a su hijo rogándole que le dijese que no estaban pasando por aquello. Su nieta no podía estar desaparecida.

A Anselmo lo puso al tanto de todo Carlos.

Cuando Eva bajó al salón ya encontró a la madre y al abuelo de Víctor allí. Descalza, con unos calcetines gordos, unas mallas y un amplio jersey en el que apretaba con fuerza los puños de las mangas con los dedos, se le encogió el corazón. No sabía cómo explicarle a aquella abuela que ella había sido la causante de que su nieta estuviese desaparecida, ni sabía cuál sería la reacción de la mujer al verla.

60

Con lágrimas en los ojos, que manaban sin que Eva lo pudiese evitar, entró en el salón de la casa que compartía con Víctor desde hacía un par de meses. La madre de Víctor, nada más que la vio aparecer, se levantó del lugar que ocupaba junto a su hijo en el sofá y fue hasta ella. La abrazó y la consoló, unidas por el mismo dolor que compartían.

—No te sientas culpable, Eva. Sé que cuidabas de mi nieta como si fuese tu hija. Esas personas os tenían vigilados y aprovecharon un instante. —Las tiernas palabras de Gloria, junto con su apoyo y su gran abrazo la reconfortaron. Era lo que necesitaba, lo que le había faltado de su pareja.

Anselmo también fue junto a Eva y la abrazó. El dolor que vio en la mujer le partió el corazón. Víctor contemplaba la escena impasible. Solo podía pensar en su pequeña sobrina y qué suerte habría corrido.

—Lo siento mucho. —Eva sentía que les debía una disculpa—. No sé cómo pasó. Hubiese preferido morirme antes de que ocurriese esto.

—No digas eso, hay que tener esperanzas.

Eva no contaba con que Gloria estuviese tan entera, nunca imaginó que su suegra la consolase a ella y no al revés. Por lo menos tenía el apoyo de alguien en la familia de Víctor, cada vez que lo miraba lo sentía muy lejos de ella, como si fuese un completo extraño, frío y distante.

Una hora después se produjo la tan deseada llamada, en el teléfono de Víctor sonó un número oculto y él lo atendió de inmediato.

—La niña está con nosotros. Queremos un rescate. En la próxima llamada le diremos la cantidad que debe preparar para el cambio —anunció una voz distorsionada.

—Quiero una prueba de que Daniela está bien —exigió Víctor.

—La tendrá.

La comunicación se cortó. Víctor suspiró y el cuerpo le encajó un poco, solo era cuestión de dinero. El miedo a que su sobrina apareciese muerta en alguna zanja le reconcomía por dentro.

Tras la llamada, Carlos se ausentó de la casa. Los policías que se encontraban allí continuaron con su trabajo. Eva, Víctor, Gloria y Anselmo estaban en el salón, intranquilos y a la espera de la siguiente comunicación de los secuestradores.

En menos de diez minutos el salón de la casa se llenó de nuevos policías, entre ellos llegó un nuevo agente que parecía estar al mando. Tenía una edad avanzada y parecía experto, se movía con seguridad y daba órdenes muy concretas.

—Señorita Quiroga, soy el inspector Adánez. Por favor, quiero hablar con usted. Estaba presente cuando la niña desapareció y fue la que la buscó en los primeros minutos por el parque. —Eva se levantó del sillón que ocupaba y fue hasta él. Víctor la acompañó, pero no recibió muestras de apoyo alguna, se quedó a su lado sin más—. ¿Ha vuelto a tener amenazas en su vida? ¿Cree que el secuestro de la pequeña puede ir contra usted? —Eva lo miró con los ojos muy abiertos, los desvió hacia Víctor y lo observó con los brazos cruzados a la altura del pecho, a la espera de una respuesta.

—Eva, responde —la apremió Víctor con una mirada acusadora.

—¡No! —dijo alto y claro con un grito ahogado. Sentía que no la creían—. ¿Crees que si me hubiesen amenazado no lo habría puesto en conocimiento del padre de Virginia? —le reprochó a

su pareja en modo de pregunta—. Por favor, hable con Carlos Galván, él lo pondrá al tanto de todo lo sucedido en el pasado —le indicó al policía, desesperada.

—¿Y quién es ese señor y qué pinta aquí? —preguntó crispado.

—Ese soy yo Adánez —resonó la voz de Carlos tras la espalda del hombre—. Cuánto tiempo —lo saludó con un gesto de la cabeza.

El inspector se quedó blanco, no lo esperaba, pero era evidente que se conocían.

—¿Tú? —preguntó asombrado.

—Sí, yo. Con algunos años más, oficialmente muerto y con otro nombre, Carlos Galván —le extendió la mano a modo de saludo—. Eva es la hermana gemela de Elena, la hija que crie de Andrés Verdoy. —Nada más pronunciar aquel nombre Adánez comenzó a atar cabos.

Ambos se habían conocido bien en el pasado. Adánez se enamoró de Rosa en una operación policial que tuvieron que realizar juntos, pero ella nunca le hizo caso.

Víctor miraba la escena sin entender nada. Desconocía que Carlos estuviese muerto oficialmente para todos los que lo conocieron como agente secreto del gobierno y que ese no fuese su verdadero nombre. Se llevó las manos a la cabeza y sintió que todo lo que lo rodeaba era una auténtica locura.

—¡Joder! —manifestó Adánez, descolocado.

—¿Qué coño es todo esto? —exigió Víctor—. ¿Qué mierda hay en vuestras vidas que mi sobrina se ha visto implicada?

—Antes de fijarte en la de los demás, mira en la tuya propia —anunció Carlos, muy seguro de lo que decía. Sintió lástima de Eva que no paraba de apartar las lágrimas de su rostro en silencio —. Daniela ha sido secuestrada por venganza hacia ti, su tío. Alexia Dantés es la principal sospechosa, pese a tener una coartada perfecta. ¿Algo que nos quieras contar, Víctor? —Se permitió mirarlo de frente y hacerlo sufrir tanto como él lo hizo con Eva.

Cuando escuchó el nombre de su madrastra tuvo que tomar asiento. Las piernas le flaquearon y una rabia incontrolada hacia Alexia se apoderó de él. Sintió ganas de matarla.

Seguidamente otros dos hombres entraron en el salón y se posicionaron al lado de Carlos a la misma vez que saludaron a Adánez. Este, al ver a Martínez y Tirado, comprendió que la información vertida por Carlos era veraz.

—Con la demanda que he presentado en contra de esa mujer sus días de libertad están contados si un juez falla en contra de ella, pero nunca imaginé que pudiese hacer algo así —lamentó—. Pero… si tiene una coartada perfecta, ¿por qué sospecháis de ella? —preguntó confuso.

—Porque te puso un detective privado hace meses y controla todos tus movimientos. Le has bloqueado las cuentas bancarias y no tiene dinero. Pedir un cuantioso rescate por la niña y largarse del país es lo más lógico que haya planeado.

Víctor dio un golpe contra la mesa, furioso.

—¿Cuál es la cantidad exacta por la que jugamos? —preguntó Adánez, desconocía el contenido de la demanda de Víctor.

—Unos cinco millones de euros, entre propiedades y dinero en el banco.

—¡Vaya! Una cantidad asombrosa —exclamó Adánez.

—¿Ella es la mujer camuflada que se llevó a Daniela? —preguntó Víctor con interés.

—No lo sabemos, un importante dentista afirma que estuvo dos horas en su consulta. Coinciden con las horas en las que la niña desapareció. Por ahora tiene coartada, creemos que tiene un cómplice.

El teléfono de Víctor comenzó a sonar de nuevo. Era una llamada entrante, con número

privado.

Carlos y los demás policías asintieron, Víctor se preparó para hablar y escuchar las instrucciones de los secuestradores.

—Reúne seis millones de euros en una bolsa negra de gimnasio, mañana se te indicará dónde dejarla y dónde verás de nuevo a la niña. —No hubo más indicaciones a través de la voz distorsionada. La comunicación se cortó.

—¡Joder! —maldijo Víctor mientras se revolvía el pelo y se paseaba por el salón como un loco—. No tengo esa cantidad de dinero de un día para otro. —Miró a su madre y a Carlos, con la mirada encendida. Estaba atado de pies y manos.

—No te preocupes, se lo pediré a mi abuelo —resonó la voz de Eva.

No se molestó en levantarse del sofá en el que estaba sentada. Miraba a Víctor en actitud resignada y distante mientras comenzaba a teclear en el móvil.

Carlos se acercó a ella y se lo quitó.

—Yo hablaré con él. ¿Qué cantidad de dinero necesitas exactamente? —preguntó Carlos a Víctor.

—No lo sé con certeza, pero más de dos millones no dispongo de un día para otro.

Carlos asintió y se marchó con todas las personas que estaban en el salón, tan solo se quedaron la familia: Víctor, Eva, Gloria y Anselmo.

Cuando ya se marchaban, Adánez no se podía ir sin resolver una duda que lo reconcomía por dentro.

—¿Ella también está viva? —preguntó con miedo, refiriéndose a Rosa.

—Sí —afirmó Carlos—. Es mi mujer y tenemos dos hijas —le informó con orgullo.

—Me alegro de que superase la enfermedad. —Rosa tuvo cáncer de pecho tiempo atrás, cuando decidieron darla por muerta en su profesión y crearle otra identidad se aprovecharon de ello y lo pusieron como excusa—. Dale recuerdos de mi parte.

***

De madrugada, Eva se despertó y Víctor aún no había subido a descansar. Su lado de la cama estaba intacto. Decidió levantarse e ir en su busca.

Gloria dormía en la habitación que tenían para Daniela en el chalet de Víctor y Eva, y Anselmo se quedó en la de invitados de la planta de abajo. Sobre las dos de la madrugada todos decidieron ir a dormir un poco y relajar el cuerpo.

Nada más que Eva salió de la habitación, vio luz al fondo del pasillo, en el despacho de Víctor. La puerta estaba entreabierta y lo encontró detrás del escritorio, con una copa en la mano y la cabeza apoyada sobre la mesa. Se acercó hasta él con sigilo y le tocó el pelo, él se revolvió y fijó la mirada en ella.

—Deberías darte una ducha e ir a la cama a descansar —le aconsejó—. Mañana será un día difícil donde tendremos que estar despejados.

Víctor no dijo nada, ella se tomó la libertad de apartarle el vaso, cogerle la mano entre la suya y tirar de él. Estaba decidida a que se tomase unas horas de descanso. Había soportado mucha presión en las últimas horas, más de las que estaba dispuesto a soportar y eso la hacía sufrir sin poder remediarlo. Se compadecía de él en vez de guardarle rencor por la frialdad con la que la había tratado desde que desapareció la niña.

Eva se dirigió con Víctor hasta el baño de su habitación, le abrió el grifo de agua caliente de la ducha mientras que él se desnudaba. Sin mediar palabra, se adentró bajo el agua mientras ella

buscaba una toalla para él.

No se fue del baño pese a sentirse una extraña, él era su pareja, estaba habituada a verlo desnudo, sin embargo, todo se le hacía tan raro que logró sentirse como una intrusa que invadía la intimidad de aquel hombre.

Sumida en sus pensamientos, delante del espejo, no se percató de que Víctor había salido de la ducha envuelto en una toalla de cintura para abajo y estaba detrás de ella, con el pelo y el pecho mojado.

Eva fijó la mirada en la suya a través del espejo y en silencio, se volvió, cogió otra toalla y le secó el pelo y el pecho.

—Gracias —murmuró Víctor con un leve hilo de voz, como si le costase un gran esfuerzo pronunciar las palabras.

—Métete en la cama, descansa un poco —le aconsejó Eva.

Él solo asintió, la tomó de la mano y tiró de ella. En silencio, llegaron hasta la cama. Con agilidad Víctor se deshizo de la toalla, se quedó desnudo y comenzó a meterse en la cama.

—Ven conmigo —suplicó a Eva, con la mano extendida hacia ella. Se había quedado sin saber qué hacer.

Aquel Víctor tan poco comunicativo le resultaba un completo extraño.

—Quizás estés más cómodo… —susurró sin moverse.

—Tenerte a mi lado es mi paz y mi descanso, ven —suplicó de nuevo.

No se lo pensó, acudió a su lado. Se metió en la cama y Víctor la abrazó. Lo sintió temblar como un niño pequeño. Lo acunó, le dio un beso en la frente y le brindó todo su amor y protección.

A la mañana siguiente Alexia recibió en su casa la visita de la policía, Adánez y dos agentes más se presentaron con la excusa de hacerle un interrogatorio rutinario. Ella trabajaba con Víctor y necesitaban saber con quién se codeaba el abogado para poder delimitar los posibles enemigos que tenía. Se lo plantearon de tal forma que no sospechó que dudaban de ella, todo lo contrario, se sintió de gran ayuda al decirles que siempre existía un cliente insatisfecho o que Víctor se codeaba con gente poco recomendable. Les mostró unas fotos de su hijastro comprando droga.

Alexia era muy lista y lo tenía todo calculado, sabía que a aquellas alturas la policía ya tendría conocimientos de que había investigado a Víctor, por ello fue más rápida y les dijo que lo mandó a seguir porque se preocupaba de él y sus hábitos con las drogas.

Tras marcharse los tres hombres, Alexia le hizo una llamada a su amante y cómplice. Él tenía a la niña en el piso que tenían alquilado desde hacía un par de años como nidito de amor.

—Pondremos la primera entrega del dinero esta tarde a las cuatro, en la taquilla del gimnasio al que va Víctor —anunció a su amante—. Los vamos a descolocar cuando les exijamos que hagan en dos pagos el dinero que les pedimos. ¿Está todo acordado con el personal de mantenimiento del gimnasio?

—Sí.

El cómplice de Alexia le había pagado una buena cantidad de dinero al hombre encargado de limpiar los vestuarios. Con una llave maestra abriría la taquilla indicada y metería la bolsa con todo el dinero en el contenedor de basura y luego se encargarían de sacarlo de ahí de camino que llevaban la basura al vertedero. La policía no podría predecir esa jugada quedando otros millones por entregar.

La siguiente entrega los descolocaría aún más, Alexia sonreía al creerse superior en inteligencia a todos ellos.

Cuando Víctor despertó Eva no se encontraba a su lado en la cama. Se removió con pereza a lo largo de todo el colchón y se vistió.

Encontró a Eva, su madre y su abuelo desayunando en la cocina. Apenas eran las ocho de la mañana. EL chalet volvía a estar lleno de personas de la policía.

Víctor se sirvió un café y se marchó al salón con la taza en la mano. El silencio reinaba en todo momento, no había mucho que hablar, o sí, solo que nadie se atrevía a decir la primera palabra en voz alta. Todos llevaban el dolor y los remordimientos por dentro sin saber cómo exteriorizarlos.

Sobre las diez de la mañana sonó el teléfono de Víctor, eran los secuestradores:

—La entrega del dinero se producirá en el gimnasio que usted habitúa, a las seis de la tarde. Deje en la taquilla número 234 una bolsa negra con tres millones de euros repartidos en billetes de 50, 100, 200 y 500 euros. La siguiente entrega será mañana junto con la niña.

—¿Cómo? —se sorprendió Víctor. No esperaba aquella jugada, ni la policía.

—En cinco minutos le enviaré un vídeo de su sobrina junto al periódico de hoy, podrá comprobar que se encuentra en perfecto estado. Mañana recibirá nuevas indicaciones. —Cortaron la comunicación de inmediato.

—¡Joder! —maldijo Víctor en un sonoro grito. Tenía ganas de estrellar el puño contra algo.

—Tranquilízate —le pidió Carlos, que sacaba de una bolsa el dinero que le había entregado Sebastián hacía una hora. Lo contaba y preparaba como que le habían pedido—. Hay que cumplir con sus condiciones. La vida de la niña está en juego —le recordó para hacerlo entrar en razón.

No era momento para berrinches, había que tener la mente fría y actuar con la cabeza, no dejarse llevar por los impulsos.

Adánez se acercó a Víctor, por su actitud dedujo que le iba a decir algo.

—He ido a hablar con Alexia Dantés, lejos de poder acusarla de algo, me entregó unas fotografías de usted comprando cocaína —le reprochó serio.

—Eso fue un error. No me voy molestar en explicárselo porque mi familia está al tanto de que no consumí esa mierda. Que Carlos le informe de todo —le dijo cansado, se dio media vuelta, arrastrando los pies, y se alejó un poco. Daba la conversación por finalizada.

Seguidamente, al móvil de Víctor llegó un vídeo. Era de Daniela jugando en una gran alfombra, rodeada de juguetes, en una habitación muy soleada. Al lado de la niña estaba colocado, a conciencia, el periódico de ese día para que pudiesen constatar que la pequeña estaba en perfectas condiciones.

Tras ello, Víctor se marchó del salón, subió las escaleras y se dirigió a su despacho. Necesitaba estar solo.

Eva lo observó todo, pero no fue tras él. Se quedó al lado de Gloria y Anselmo. Se sentía más arropada con ellos que con el hombre que amaba.

A la hora indicada Víctor realizó la entrega. No vio nada raro en el gimnasio, se volvió a casa y varios policías camuflados se quedaron pendientes de quién acudía a retirar la bolsa del dinero de la taquilla, pero el gimnasio cerró a las once de la noche y nadie la sacó. Todo resultaba muy raro.

Aquella noche Eva fue de nuevo en busca de Víctor. Desde que llegó de entregar el dinero se encerró en el despacho y no quiso hablar con nadie. Solo deseaba que las horas pasasen y que Daniela regresase a su lado.

—¿No vas a venir a la cama? Te hará bien descansar. Hasta mañana no tendremos más noticias —le dijo Eva desde la puerta, sin atreverse a pasar.

—Ahora en un rato voy —anunció con la cabeza apoyada en el respaldo del sillón y los ojos levemente cerrados.

—Víctor… ninguno estamos bien, pero tú… Me preocupas, mi amor —consiguió decir.

—Cuando Daniela aparezca estaré bien —pronunció de forma seca y cortante.

—Te espero en la cama. —Sin más conversación, Eva se dio media vuelta y se marchó.

Víctor la dejó ir. En su interior tenía dos grandes batallas, primero necesitaba vencer la de Daniela para enfrentarse a la de Eva.

A la mañana siguiente, un poco antes de las doce, cuando todos comenzaban a desesperarse por no tener noticias de la próxima entrega de dinero y de la niña, un mensajero entregó un paquete que contenía una carta para Víctor. La abrió en presencia de su familia y de la policía.

Una niña llamada Daniela espera a su familia en el parque de El Retiro. Acudan de inmediato, no vaya a ser que la pierdan de nuevo.

61

Descolocados, no esperaban aquello, sin pensarlo, todos corrieron hacia el lugar. No se pararon a pensar que pudiese ser una trampa o mentira, necesitaban encontrar a Daniela y se aferraron a aquel mensaje con todas sus ganas.

Llegaron al parque de El Retiro, se distribuyeron por las diferentes puertas y comenzaron a buscar a la niña.

Carlos avisó a Martín, que nada más enterarse puso rumbo al lugar junto con Sebastián, Virginia y Miguel. Begoña se fue a casa con Elena y las gemelas.

Tras veinte minutos buscando desesperados a Daniela, entre la gente, los niños, era domingo, hacía buen tiempo y había mucho movimiento. No resultaría fácil encontrar a una niña de dos años y medio sola.

De repente, Eva la vio. Estaba debajo de un árbol, sentada sobre una manta con varios juguetes alrededor. Una mujer vestida con ropa de deporte, se notaba que venía de correr, estaba parada frente a ella observándola.

Eva echó a correr hacia Daniela con todas sus fuerzas, dejó atrás a Gloria que no le pudo seguir el paso.

—¡Daniela! —gritó Eva, sin poder evitarlo, cuando estuvo a escasos metros de la niña.

La pequeña alzó la mirada y le sonrió.

El corazón de Eva le dio un vuelco. Era ella, y estaba sana y salva. Corrió hasta abrazarla y examinarla. Estaba intacta.

La mujer que miraba a la niña, allí sentada sola sin ningún adulto alrededor, continuó en la misma posición.

—¿Es su hija? Me llamó la atención verla aquí sola en dos vueltas que di y me paré —le dijo preocupada.

—Es mi sobrina —afirmó Eva con Daniela entre sus brazos.

De repente, un pelotón de gente se agolpó alrededor de Eva y Daniela, la mujer se asustó cuando vio a varios policías.

Gloria lloraba, fue la primera en coger a su nieta en brazos, luego lo hizo Víctor, emocionado.

Miguel llegó a los pocos minutos, se acercó a la niña y comenzó a examinarla como médico, bajo la atenta mirada de su tío y su abuelo, que no se movían de su lado.

—Está bien, no tiene golpes ni señales de que la hayan tenido atada o amordazada. Parece que ha comido bien y está bien cuidada.

Una primera impresión de un médico los dejó a todos más relajados mientras la policía y Carlos hacían su trabajo. Interrogaban a las personas del parque por si alguien llegó a ver quién dejó a la niña allí. Ya habían pedido las cámaras de seguridad, pero estaban seguros de que se habrían cuidado de ellas, al igual que cuando se produjo el secuestro.

Víctor comenzó a hablar con la policía y Carlos. Eva, Gloria y Virginia se sentaron en un banco con la niña. Daniela pedía estar en los brazos de Eva.

De repente, Javier Quintana apareció con ropa deportiva y todo sudado, saludó a su amigo y se interesó por el caso de la niña. Estaba al tanto del secuestro ya que Víctor había delegado todos los asuntos del bufete en su amigo desde que Daniela desapareció.

—Está sana y salva —le informó Víctor, aliviado. Ambos hombres se dieron un abrazo, sin

importar que Javier estuviese bañado en sudor.

—No sabes cómo me alegro, amigo. —Le palmeó con fuerza el brazo y miró hacia la niña.

Se acercó al banco donde estaban las mujeres sentadas y las saludó, le tomó una mano a la pequeña y esta le sonrió. Javier se despidió de ellas y volvió junto con Víctor, Martín, Anselmo, Carlos y Sebastián, por si podía ayudar en algo. Se mostró solícito.

Eva observó que la pequeña Daniela, en sus brazos, solo quería estar con ella, seguía la figura de Javier con la mirada, como si lo conociese. Sabía que Víctor había llevado a su sobrina en una ocasión pasada al bufete, pero no como para que Daniela lo mirase de aquella forma, como si le resultase demasiado familiar.

La pequeña se recostó sobre el pecho de Eva y ella apoyó su mejilla contra su cabecita, mientras la suya propia no paraba de dar vueltas.

De repente, Daniela estiró la mano y un dedo, señaló en la dirección en la que se encontraban los hombres, Víctor y Javier eran los únicos que les daban la espalda.

—¿Quieres ir con el tío Víctor? —preguntó Eva a la niña, que negó con la cabeza y continuó señalando con el dedo con insistencia.

—No te entiendo, ¿quieres agua? —Volvió a negar con un gesto de la cabeza y la miró esperanzada en que la comprendiese.

Eva la acunó de nuevo contra su pecho, debía estar cansada, pero lejos de ello, Daniela se bajó de sus brazos y tiró de su mano, haciendo que se levantase.

Eva la cogió en brazos de nuevo y comenzó a caminar con la niña en dirección hacia Víctor, bajo la atenta mirada de Gloria, que, en cierto modo, se sentía apenada por el hecho de que su nieta desease más a Eva que a ella en aquellos momentos.

Daniela iba agarrada fuerte al cuello de Eva. De repente, esta se paralizó cuando escuchó:

—Jugar a los indios —le susurró en el oído dos veces seguidas.

Escuchar aquellas palabras y su vocecita por primera vez paralizó a Eva. Se detuvo y la miró a los ojos, necesitaba comprobar que lo que había oído era real.

—¿Quieres jugar? ¿Con quién? —preguntó nerviosa. La niña asintió y señaló la espalda de Javier.

Eva pensó que al igual que ella le recordaba a su madre, al ver a Javier, le habría recordado a su padre, no le dio mayor importancia. Pero no dio un paso más para acercarse, continuaba como paralizada, a la espera de escucharla de nuevo.

—Me lo pasé muy bien. Jugué a los indios con él —reveló la niña al ver que no llegaban a su objetivo.

El rostro de Eva se quedó pálido. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para que Daniela no se le cayese de los brazos.

—¿Cuándo has jugado tú a los indios? —Entre escuchar su voz y lo que la niña le estaba revelando, sentía que se mareaba y que le faltaba el aliento.

—Ayer y hoy con él. Otra vez. —Pidió removiéndose entre sus brazos para que su tía se moviese.

Eva tenía demasiada información y no sabía cómo ordenarla en su cabeza. Se tomó unos instantes y lo vio claro.

En un arranque, llevó a Daniela junto a su abuela. La dejó en sus brazos sin darle explicaciones y fue con paso decidido hasta Javier.

De malas formas, zarandeándolo para la gran sorpresa de todos los que estaban allí le gritó:

—¿Por qué dice la niña que ha jugado contigo a los indios ayer y hoy? ¿Me lo puedes explicar? —chilló perdiendo los nervios.

Javier se quedó blanco como la cal cuando la escuchó, sin saber cómo reaccionar titubeó. Carlos que lo observaba de frente, su experiencia le dijo que aquel hombre ocultaba algo.

—¿Daniela ha hablado? —preguntó Víctor, sorprendido.

—Me ha dicho que quiere jugar de nuevo a los indios con él. Por dios, no lo conoce —afirmó fuera de sí—. ¿Cómo dice eso? —exigió saber con ojos desencajados.

—¿Lo estás acusando de algo? —preguntó Víctor, como ofendido.

Eva lo miró casi sin reconocerlo.

Carlos asintió mientras miraba a Adánez y este tomó la palabra:

—Señor Quintana, ¿sería tan amable de acompañarnos? Necesitamos que nos cuente dónde ha estado estos días y con quién.

—¿Cómo? —preguntó descolocado—. Es una niña, ¿le vais a hacer caso de lo que dice? —inquirió con nerviosismo.

De repente, Víctor apareció con su sobrina en brazos.

—Cariño, ¿tú has jugado con el amigo del tío a los indios? —preguntó de frente, decidido.

El rostro de Javier cantó la verdad antes de la niña responder.

Carlos supo con certeza que aquel hombre estaba implicado en el secuestro.

—Sí. Nos disfrazamos. Otra vez —pidió animada y sonriente.

Víctor soltó a la niña en el suelo y se fue directo hacia Javier, con la mirada encendida y los puños apretados.

—Hijo de puta —murmuró entre dientes tras estrellar su puño contra la mandíbula del que hasta ahora consideraba su amigo.

Eva cogió a la niña y la sacó de escena.

Entre Carlos y Martín consiguieron parar a Víctor.

La policía esposó a Javier y se lo llevaron para interrogarlo y comprobar el testimonio de la pequeña.

En el parque ya no había mucho más que hacer, cada cual se encaminó a casa. Víctor, Daniela, Gloria y Anselmo se fueron juntos, Eva prefirió marcharse con su hermana. Pensaba dejarle unas horas a solas en familia con la niña, iría a casa después.

***

Tras un registro en casa de Javier Quintana, comprobaron que la pequeña había pasado allí los dos días que estuvo secuestrada. Encontraron pelo de Daniela, ropa y juguetes propios de una niña de su edad. Con posterioridad, la policía descubrió que Javier Quintana era el amante de Alexia desde hacía más de tres años. En el registro de la casa encontraron varios vídeos eróticos de la pareja.

Cuando toda esta información llegó al conocimiento de Víctor se sintió con ganas de matar a Javier. Lo consideraba su amigo y confidente mientras que le clavaba un puñal en la espalda.

Sin embargo, cuando Javier llegó a comisaría y fue interrogado no delató a Alexia en el secuestro de la niña. Por el momento, le era leal.

Lo único que afirmó, ante las pruebas evidentes, fue que secuestró a la niña por dinero. Con respecto a los vídeos encontrados junto con Alexia y si eran cómplices y amantes no dijo nada.

Víctor dejó en casa a su familia y acudió a la comisaría. Deseaba saber lo que había declarado Javier. Sabía que Carlos estaría allí y lo tendría fácil.

El secuestro de Daniela saltó a los medios de comunicación, Dana, desde Estados Unidos,

comprobó que la maldad de Alexia no tenía límites. No lo habían dicho, pero ella presagiaba que la mano de aquella mujer estaba tras la desaparición de la niña.

En un acto de bondad, llamó a Víctor y le dijo que tuviese mucho cuidado con su madrastra. Ella fue quién le pagó una buena cantidad de dinero para que se presentase en España con la mentira de un embarazo y él volviese a Nueva York junto con la supuesta madre de su hijo. Dana también le reveló que le había prometido más dinero si colaboraba con ella en este último plan, pero Dana no llegó tan lejos. Le gustaba el dinero, pero tenía ciertos límites que no pensaba sobrepasar.

Víctor agradeció no tener a Alexia cerca, porque la hubiese matado con sus propias manos.

Finalmente, cuando la policía le hizo comprender a Javier que él solo soportaría todos los cargos del secuestro mientras Alexia se iba a marchar con los tres millones de euros y no la iba a ver nunca más, terminó por confesarlo todo. La había llamado para que se presentase como su abogada y ella no lo hizo, mandó a otra persona.

La detención de Alexia se produjo cuando ya estaba sentada en un lugar de primera clase en un avión con destino a Paraguay. La policía recuperó el dinero, la mujer fue llevaba al calabozo para declarar y posteriormente ponerla a disposición judicial. Tanto ella como Javier iban a pasar unos años tras las rejas.

Eva pasó en casa de Virginia toda la tarde, necesitaba desahogarse con todo lo que había sufrido en aquellos días y lo que llevaba por dentro. Lloró junto a su hermana hasta que se quedó vacía.

Se quedó dormida en el sofá y cuando despertó se dio cuenta de que había anochecido. Le pesaba todo el cuerpo y no se sentía nada bien. Algo extraño le rondaba.

—Víctor me ha llamado, interesándose por ti. Le dije que estabas dormida —anunció Virginia cuando Eva despertó y se incorporó.

No la había dejado sola, veló su sueño mientras leía un libro con el calor de la chimenea de fondo.

—Creo que voy a quedarme a dormir, ¿puedo? —preguntó restregándose los ojos con las manos.

—¿Has escuchado lo que te he dicho? —preguntó Virginia alarmada.

Eva asintió, se echó un vaso de agua de la botella que estaba en la mesa y la miró.

—Necesito que estemos un tiempo alejados —murmuró.

—¡¿Qué?! ¡No me vengas con tonterías! Es normal que todo esto del secuestro os haya afectado, a ambos —puntualizó—. No permitas que se abra una brecha entre vosotros. Sois una pareja que derrocha amor, envidiable.

—Hoy necesito estar alejada de él. No me creyó cuando acusé a Javier, me miró como si estuviese loca, y durante todo el tiempo que ha durado el secuestro se ha comportado de una forma muy fría conmigo. He sentido siempre que me culpaba de lo sucedido por estar al cuidado de la niña y dejar que ocurriese.

Virginia asintió. La situación entre ambos era complicada, pero nada que no se pudiese salvar si lo hablaban con detenimiento y se daban algo de tiempo.

Eva consultó el móvil y comprobó que tenía varios mensajes de Víctor. Le contestó de forma escueta que iba a pasar la noche en casa de Virginia y que hablarían al día siguiente.

No obtuvo respuesta alguna de Víctor, vio leyó los mensajes, pero no le contestó de inmediato.

Varias horas después, casi a media noche, el teléfono de Eva sonó. Era un mensaje de Víctor:

Te necesito a mi lado, eres mi fuerza y mi apoyo, aunque me haya comportado como un imbécil estos días. Te pido perdón. Te amo, Eva. Nada ha cambiado. Te esperaré toda la vida.

Una sonrisa iluminó el rostro de ella tras leer estas palabras que le devolvieron vida. Dispuesta a olvidar todo, fue a llamarlo, pero un terrible dolor en el vientre hizo que se doblase por la mitad y diese un grito tan grande que hizo que Virginia se presentase en su habitación de inmediato.

Eva comprobó que estaba sangrando. Alarmada, Virginia llamó a una ambulancia y a Miguel. En menos de media hora Eva estuvo atendida en el hospital.

Antes de entrar en quirófano le informaron de que se trataba de un aborto, no pudieron hacer nada por salvar el feto. Le hicieron un legrado y le aconsejaron que descansase en los próximos días.

Eva desconocía que estaba embarazada.

Cuando la trasladaron a una habitación, entre Miguel y Virginia la pusieron al tanto de la situación, apenas estaba de cinco semanas.

—Has estado sometida a mucha presión en los últimos días, Eva —le indicó Miguel—. Todo ha salido bien. Podrás ser madre en cuanto lo desees, no tienes de qué preocuparte. Siento que este embarazo no haya llegado a buen término.

Con lágrimas en los ojos, Eva llevó la mano hasta su vientre, ya vacío. Lamentó no haber sido consciente de que un hijo de ella y Víctor cobraba vida ahí hasta hacía poco.

Miguel se retiró y Virginia abrazó a su hermana. Eva lloraba sin consuelo.

Virginia comprendió que tendría que pasar su propio duelo y la acompañó y apoyó en todo momento.

Eva se negó por completo a que informasen a Víctor. Él ya tenía suficientes problemas como para cargar con uno más, con el que, al fin y al cabo, no podría hacer nada, solo lamentarse como ya lo hacía ella.

A la mañana siguiente, Eva decidió volver a casa de Virginia y les pidió a ella y a Miguel, los único por el momento al tanto de la situación, que no le dijesen nada al resto de la familia. Decidió no contar a nadie más por lo que había pasado. Ambos respetaron su decisión. Elena estaba a punto de dar a luz y lo que su hermana menos deseaba era darle un disgusto, y el resto de la familia no se merecían más malas noticias ni que sufriesen por ella, ya nada se podía hacer.

Al no tener noticias de Eva desde que le envió el último mensaje la noche anterior, Víctor la llamó muy temprano a la mañana siguiente.

Eva no le cogió el teléfono hasta que estuvo instalada de nuevo en casa de Virginia. Miguel le había ordenado unos días de reposo.

—Hola, Víctor —resonó su voz, apagada, cuando le cogió el teléfono en la cuarta llamada que le realizaba aquella mañana.

—¿Ocurre algo? —le notó la voz rara.

—No, es solo que me acabo de despertar —mintió. Mientras escuchaba su voz recordaba al hijo que acababan de perder y no podía evitar que las lágrimas saltases de sus ojos.

—¿Por qué no has venido? —preguntó de forma paciente, pese a estar desesperado.

—Víctor… —No sabía cómo decirle aquello—. Necesito unos días para mí, a solas. Pensar. Voy a marcharme a Aracena —le comunicó.

—¿Qué? —No esperaba aquello.

—Me voy con Virginia. Volveré en unos días.

Virginia, que la escuchaba, la miró con los ojos muy abiertos. Desconocía aquella información, y, al mismo tiempo, se estaba quedando helada con la decisión que Eva le comunicaba a Víctor.

—No te entiendo, Eva. ¿Qué te pasa? —preguntó Víctor, perdiendo los nervios—. ¿Por qué esto ahora? —inquirió desesperado.

—Necesito pasar por esto sola. Todo lo del secuestro me ha dejado muy tocada —argumentó.

—Mi vida, ven a mi lado, juntos lo superaremos —le rogó.

—Volveré en unos días. Te quiero. Déjame el espacio que necesito, por favor.

Le colgó y pagó el móvil. Eva lloraba sin consuelo.

Virginia la abrazó en silencio. Lo que menos necesitaba en aquellos momentos eran sus reproches.

A la mañana siguiente, Virginia se marchó con Eva unos días a Aracena, a ella también le vendría bien desconectar y de paso acompañar a su hermana, no pensaba dejarla sola en tan difíciles momentos.

En los cuatro días que estuvieron alejadas de Madrid, Eva no le contestó a ningún mensaje a Víctor ni le cogió las llamadas. Tenía muy claro que lo que debían decirse y aclarar lo tenían que hacer de frente, y ya estaba preparada para ello. Los días en la sierra la habían renovado y devuelto las energías y ganas de vivir.

Cuando estaban de vuelta a Madrid, Virginia conducía, recibieron una llamada desesperada de Martín, les informaba que Elena se acababa de poner de parto.

62

—¡Martín! —le llamó la atención Elena con un sonoro grito—. ¿Quieres tranquilizarte?

Estaba frenético, de un lado para otro, nervioso como nunca antes lo había visto. Nada más decirle su mujer que estaba de parto fue a avisar a sus hijas, llamó a las hermanas de Elena, a sus padres y a sus abuelos.

Las gemelas gritaban y bailaban en medio del salón.

—Ya viene el hermanito —canturreaban a la vez Eva y Carolina.

—¿Podemos ir contigo, mami? —preguntó Eva.

—No, cariño. Cuando nazca vais y nos visitáis.

—Dora —gritó Martín, la mujer buscaba la bolsa de Elena del bebé para el hospital, él no atinaba con nada—. Ocúpate de las niñas, nos vamos antes de que nazca en el camino.

—Por favor, tranquilízate —le rogó Elena de nuevo. Le quitó la bolsa de las manos y abrió la puerta mientras Martín buscaba las llaves del coche—. Solo estoy de parto. Faltan unas horas para que el bebé nazca. Esta vez todo irá bien.

Se aferró a su mano y se la besó antes de arrancar el coche.

—Prométemelo. Te juro que si algo va mal me muero de un infarto.

—Esta vez todo irá sobre ruedas, lo presiento. Conduce con cuidado —le recomendó cuando vio que iba como si se tratase de una urgencia.

Cuando llegaron a la puerta principal del hospital Martín comenzó a dar órdenes para que atendiesen a su mujer de inmediato. Elena agradeció que Miguel apareciese al instante y se hiciese cargo de todo.

Eva y Virginia llegaron al hospital cuando Elena aún no había dado a luz, la visitaron en la sala de monitores y una hora después tuvo un bebé precioso y sano, sin complicaciones. El pequeño Martín pesó tres kilos doscientos y tenía los ojos azules como sus padres.

El parto fue fácil y Elena se encontraba en una habitación recibiendo visitas a las pocas horas de tener a su bebé.

Martín era un hombre relajado y feliz, con su hijo en brazos logró que Elena se emocionase.

—Por fin el varón, mi vida.

Hacía años que deseaba tener un hijo y no daba a este por el último, deseaba una familia numerosa, mínimo otro hijo más, para que estuviesen en igualdad de condiciones.

—Te amo.

Martín besó a su mujer con orgullo. Elena le había brindado una gran felicidad y una familia con la que jamás llegó a soñar.

***

Elena recibió el alta médica dos días después. Aquella mañana las gemelas tenían un teatro en el colegio, en el que actuaban e iban los padres a la función. Martín acudió junto con Begoña y Sebastián. Eva y Virginia se encargarían de recoger a Elena en el hospital y luego comerían todos juntos en casa, en familia, celebrando la llegada del nuevo miembro. Carlos y Rosa, unos abuelos felices, preparaban la comida para el recibimiento.

Mientras, Víctor ponía en orden su vida. Su madre y su abuelo regresaron a los viñedos junto con la pequeña Daniela. Lo único que le agradecía Víctor a Javier Quintana, se demostró que él fue quien cuidó de la niña los días del secuestro, era que la hubiese tratado bien y no tuviese secuela alguna de los momentos que pasó lejos de su familia. Además, milagrosamente, Daniela ya hablaba de nuevo, el mutismo en el que vivió desde que murieron sus padres desapareció por completo.

Aquella mañana, Víctor se había enterado de que Elena había dado a luz. Cansado de no recibir noticias de Eva y de haberle concedido unos días como le pidió, decidió presentarse en el hospital para visitar a Elena y de paso ver a Eva. Estaba seguro de que no iba a dejar sola a su hermana en esos momentos.

Cuando Víctor entró en la habitación de Elena encontró la puerta abierta. Pasó sin llamar ya que la vio sentada con su bebé en brazos, lo acurrucaba y le susurraba al oído. La imagen lo enterneció. Esperanzado, imaginó una igual con Eva y un hijo de ambos pronto.

—Enhorabuena, Elena —la felicitó yendo hacia ella. Le acarició una manita al bebé y luego le dio un beso en la mejilla a ella—. Me han dicho que todo fue muy bien. Es un niño precioso.

—Sí, es maravilloso. —Posó los labios en su cabecita y le dio un beso, bajo la atenta mirada de Víctor, que la encontró un poco extraña.

—¿Dónde está Eva? —le preguntó desesperado, directo al grano. Se sentó en los pies de la cama y la miró suplicándole una respuesta—. Llevo casi una semana sin verla. Te juro que me estoy volviendo loco —confesó—. Tu hermana es mi vida entera, si no la tengo a mi lado siento que me falta algo. La amo con locura y no aguanto ni un día más sin verla ni saber de ella. Sé que durante el secuestro de mi sobrina no me porté con ella como esperaba, fui un auténtico capullo, pero ese es el Víctor hermético y distante que ella desconoce. Cuando algo se escapa del alcance de mi control me bloqueo y solo estoy conmigo mismo, sé que debí brindarle mi apoyo en esos duros momentos, sé que necesitaba mis abrazos, mis besos, pero estaba paralizado de miedo. Ni siquiera me atrevía a decirle que yo los necesitaba más que ella. Nunca me había sentido tan impotente —le explicó. Hacía días que necesitaba decirle todo aquello a alguien.

Con los ojos llorosos, la mujer que sostenía el bebé en brazos lo miró a punto de estallar en un mar de lágrimas, incapaz de decirle nada.

—¿Me vas a ayudar con tu hermana? —le suplicó.

Ella solo fue capaz de asentir, todo lo que le había revelado con anterioridad le produjo un nudo en la garganta que la dejó sin capacidad de hablar.

De repente, la puerta entreabierta se abrió del todo y entró alguien cargado de globos y una cesta, no le veían la cara en un principio.

—Eva, mira todo lo que me han regalado para el bebé las enfermeras de la planta. Son maravillosas.

Elena entró, y hasta que llegó a la cama no se dio cuenta de que Víctor estaba ahí, frente a su hermana que sostenía a su sobrino en brazos.

Víctor miró a Elena y luego hacia Eva, la mujer sentada con la que había estado hablado todo el tiempo. Le dirigió una mirada cargada de reproche, se compuso ante la impresión, fue hasta Elena y le dio la enhorabuena por el bebé tan bonito que había tenido. No le dijo que acababa de confundir a Eva con ella.

—Tú y yo ya hablaremos —le susurró a Eva mientras Elena colocaba bien todos los regalos que le habían entregado.

—Creo que no nos va a caber todo en el coche. Igual Virginia se puede ir con Miguel, total vamos todos al mismo sitio. ¿Te apuntas, Víctor? —preguntó de forma resuelta.

—¿A dónde vais? —se interesó con curiosidad.

—A comer a mi casa, estaremos toda la familia. Para darle la bienvenida al bebé.

—Claro, me encantará ir. Eva se viene conmigo, no hay problema. Podemos llevar todos estos regalos con nosotros —resolvió con don de mando.

Eva continuaba sentada en el sillón con su sobrino en brazos, incapaz de mirar a Víctor a los ojos ni de decir nada.

Virginia y Miguel llegaron a la habitación, se sorprendieron al ver a Víctor y Eva juntos, y lo hicieron más cuando se marcharon en el mismo coche, pero ninguno se atrevió a decir nada.

El primer momento a solas entre Víctor y Eva se produjo en el vehículo, mientras bajaron en el ascensor de la clínica lo hicieron acompañados. Él tenía tantas ganas de explotar que sentía que se atragantaba.

—No me mires así. No fue mi intención hacerte creer que era Elena, tú lo diste por hecho —comenzó a hablar primero Eva.

—No me sacaste del error —le reprochó con la mirada al frente. Centrado en el tráfico—. Disfrutabas de la situación.

—Ni lo pienses. —Suspiró agobiada—. Nunca lo he pasado tan mal —reveló—. No te esperaba. Me impresionó mucho verte. No podía ni hablar tras las palabras que dijiste, me emocionaron —reveló.

Ante aquella confesión, escuchaba la voz de una Eva rota, se ablandó un poco.

—Hablaremos con calma cuando lleguemos a nuestra casa, porque hoy, tras la comida en casa de tu hermana, vendrás conmigo, aunque te tenga que llevar maniatada —sentenció de forma contundente.

Eva no replicó, solo esbozó media sonrisa.

En casa de Elena y Martín apenas estuvieron dos horas, nada más que terminaron de almorzar Víctor apremió a Eva para que se marchasen. Ya habían cumplido con la reunión familiar y ahora la necesitaba en exclusiva para él.

Al montarse de nuevo en el ascensor, esta vez lo hicieron sin las bolsas, regalos y globos que llevaban en las manos cuando subieron con anterioridad, sintieron que era el primer momento de intimidad que tenían. Víctor se moría por besarla, fundirla contra su pecho y sentir su calor, la había extrañado como nunca pensó en todos los días que estuvo lejos de él. Si algo había aprendido era que no iba a permitir que él y Eva estuviesen nunca más separados.

A escasos metros de ella, sintiendo su respiración, alterada como la de él, no pudo resistirse a tomarla entre sus brazos con brusquedad y apoderarse de su boca sin piedad.

Eva le respondió y se entregó al instante, también estaba hambrienta de él. Se besaron como locos mientras el ascensor descendía.

Al llegar a la planta baja, no se dieron cuenta de que las puertas se abrieron, la pasión los consumía y tenían los sentidos nublados.

De repente, escucharon un leve carraspeo, de incomodidad, y se separaron de inmediato. Se encontraron con un matrimonio mayor, se apoyaban en bastones y los miraban con los ojos casi desencajados.

Con determinación y la cabeza al frente, Víctor tomó a Eva de la mano, tiró de ella y salieron del ascensor sin pudor alguno.

—Buenas tardes, que tengan un buen día, señores —murmuró Víctor al pasar por su lado.

Eva se tapó la boca, una carcajada amenazaba con romper.

—Creo que sus caras perplejas se deben a que me han confundido con mi hermana.

Ya en el coche, Víctor y Eva estallaron en risas.

—Tendrás que llamar a Elena, tenéis liado a todo vuestro alrededor —se quejó con una enorme sonrisa. Besar a Eva le había devuelto la vida—. Pero estoy seguro de que soy la persona que más veces os ha confundido —confesó con humor.

Eva asintió risueña.

Cuando llegaron al chalet en el que vivían, el que Víctor alquiló hasta que la obra de la unificación de sus pisos estuviese lista, pese a tener mucho de lo que hablar, los sentimientos mandaban. Nada más abrir la puerta y adentrarse en la casa comenzaron a besarse y fueron directos a la habitación. Eva necesitaba más que nunca sentirse amada y querida. Estaba segura de que los brazos y los besos de Víctor le devolverían la confianza y las fuerzas que había perdido en sí misma desde que abortó, pero al mismo tiempo era consciente de que tenían que hablar y contarle todo lo sucedido, él tenía derecho a saber que había perdido un hijo.

—Víctor… —Interpuso las manos en su pecho y se alejó un poco de él haciendo un gran esfuerzo—. Ambos deseamos esto, pero antes debo de decirte algo —anunció seria.

—¿No puede esperar? —La atrajo hacia él de nuevo e intentó besarla, pero Eva se alejó de su lado y esto lo preocupó—. ¿Qué ocurre, mi amor? —preguntó con el ceño fruncido. Fue hasta ella y le alzó la barbilla. Necesitaba verle los ojos.

—Hay algo importante que debes de saber. La verdadera razón por la que me alejé de ti en estos días y necesité estar sola.

—Me estás preocupando, Eva —reveló mientras la llevaba hasta el lateral de la cama y tomaban asiento allí.

Víctor le cogió las manos y notó que estaba nerviosa.

—He pasado los peores días de mi vida, incluso peores a los que recordaba cinco años atrás cuando me atropellaron y lo que sufrí con las operaciones posteriores.

—Lo sé, la desaparición de Daniela nos ha dejado tocados a todos —comentó al tratar de comprenderla.

—Fueron dos días de infierno en los que sufrí como nunca. Tampoco ayudó no sentirte a mi lado, la distancia y la coraza que te pusiste me dolieron mucho —le reprochó a sabiendas de que él ya era consciente de ello. Se lo había admitido cuando la creyó Elena en el hospital, pero necesitaba que lo hablasen, sacar todo lo que llevaba por dentro antes de entregarse a él en cuerpo y alma.

—Te pido perdón. No sabes lo que me arrepiento de ello. Yo también he sufrido al sentirte lejos de mí todos estos días. Ha servido para comprender cómo debiste sentirte tú durante los días del secuestro de mi sobrina.

—No lo hice por venganza —le dejó claro—. Necesitaba alejarme para superar cierto dolor —reveló.

—¿Qué pasa, Eva? —preguntó al comprender que había algo más.

—Cuando apareció Daniela y me fui con Virginia a su casa, cuando me pusiste el mensaje en el que me decías que me amabas y me pedías perdón, iba a responderte y volver a tu lado, pero algo me lo impidió. —Víctor frunció el entrecejo, preocupado—. Apareció una hemorragia —reveló emocionada, con un nudo en la garganta y un medio sollozo—. Estaba embarazada, no lo sabía, apenas eran cinco semanas. No se pudo hacer nada, aborté. —Él se quedó paralizado, no esperaba aquella noticia—. Me hicieron un legrado y me recomendaron reposo por unos días —le hizo saber muy emocionada.

—Dios, Eva. —La abrazó de inmediato, con lágrimas en los ojos—. ¿Por qué no me llamaste de inmediato? —preguntó con dulzura, en ningún momento fue un reproche. Se hacía una idea de lo que debía haber pasado ella sola y se le partía el corazón.

—Ya tenías demasiados problemas encima. No quise agobiarte con uno más que no tenía remedio.

La volvió a abrazar y enterró el rostro en su cuello, siendo consciente de la gran generosidad de ella.

—¿Estás bien? —preguntó de repente, deshaciéndose del abrazo y examinándola con la mirada de arriba abajo, muy preocupado.

Eva solo asintió. Lloraba y tenía un nudo en la garganta que no la dejaban hablar.

—Podremos tener más hijos —confesó cuando se armó de valor.

—Eso es lo de menos, mi amor. Solo me importas tú. Que estés bien —confesó con miedo, abrazándola y acunándola entre sus brazos.

—¿Has estado hospitalizada estos días? —se interesó con gran dolor.

—No, solo fue aquella noche. Cuando me dieron el alta me fui con Virginia a Aracena. Los días allí me han servido para pensar y tener clara muchas cosas en mi vida.

—¿A qué conclusión has llegado? —preguntó con miedo.

Eva esbozó una media sonrisa antes de responderle.

—Que no pudo estar lejos de ti. Te amo demasiado. Eres mi vida entera, Víctor Ferrer.

Él encajó el cuerpo, unas lágrimas comenzaron a rodar por su rostro y la abrazó con fuerza.

—Perdóname por no haber estado ahí cuando más me necesitabas. Siento que de alguna manera te he fallado, pero te juro que te compensaré.

Eva le acarició el pelo y la mejilla, luego lo besó.

—Tenía que contártelo, era tu hijo. Además, siento que para superarlo ambos debíamos pasar por este duelo.

—Debiste hacerlo mucho antes. —La miró con ternura y le acarició el rostro con mimo.

—No lo buscamos e ignorábamos su existencia, pero era parte de nosotros y sé que hubiésemos recibido la noticia con alegría.

—¿Qué causó el aborto? —se interesó.

—Los médicos me dijeron que en muchas ocasiones se produce sin una causa que lo justifique, estaba de muy poco tiempo. Quizás influyó los nervios y la situación por la que pasé debido al secuestro de Daniela, pero eso nunca lo sabremos.

—Solo nos queda superarlo y pensar que vendrán más. —La abrazó y la besó animándola—. Ya sabes que lo quiero todo contigo. Una casa llena de niños —aventuró.

Necesitaba curar todas sus heridas con besos y dulces caricias. Amarla despacio, degustando cada rincón de su cuerpo al mismo tiempo que la hacía sentirse querida.

—Eh… —Eva le tomó las manos entre las suyas e interrumpió el beso— Lo veo muy lanzado, señor Ferrer —bromeó. Los besos del hombre que amaba tenían el don de curarla con rapidez—. El médico me recomendó no tener relaciones sexuales en varias semanas.

Víctor la miró con los ojos muy abiertos, sintiéndose culpable de no haberle preguntado aquello.

Cuando Eva vio su cara, rompió en carcajadas y Víctor supo que se estaba burlando de él.

—¿Te parece gracioso jugar con algo así? Llevo casi una semana sin hacerte el amor y siento que voy a explotar —confesó presionando su cuerpo contra el colchón. Tener todo el peso de Víctor encima le resultó una delicia—. ¿Podemos…? —preguntó con delicadez, pidiéndole permiso antes de continuar.

—Sí, y lo deseo más que nunca. —Tiró de él y lo besó con ansia.

63

Víctor le hizo el amor a Eva tan lentamente, con tanta pasión y devoción que casi la hizo llorar. Las emociones que consiguió despertar en ella la llevaron a vivir la noche de amor más increíble de su vida.

No fue una reconciliación planeada, pero a partir de ahí sabían que nunca nada ni nadie los iba a separar más. Se amaban más allá de lo racional y estaban dispuestos a darle rienda suelta a ese amor en todo su esplendor. Hasta el momento lo habían vivido compaginando un montón de problemas alrededor, pero Víctor estaba decidido a acabar con eso. Él y Eva se merecían un tiempo juntos, solos.

—Solo le pido a la vida esto todos los días —murmuró Víctor al amanecer—, despertar contigo, desnudos y en la cama.

—Es adictivo, ¿verdad? —preguntó ella—. Cada vez te necesito más a mi lado, tus brazos a mi alrededor, tus besos… Te amo, Víctor.

—Quiero que tengamos un hijo. —Se colocó encima de ella y la miró a los ojos—. Ya —apremió—, no quiero esperar más —especificó.

—¿Estás seguro? —le preguntó perdida en sus ojos y emocionada al mismo tiempo.

—Nunca he estado más seguro.

—La doctora me dijo que después de un legrado es más fácil quedarse embarazada —comentó acariciándole la pierna con la suya.

—Yo creo que debemos ponernos manos a la obra —le susurró en el oído.

Eva soltó una carcajada cuando le mordió el lóbulo de la oreja y se pusieron a la tarea.

Al mediodía los sacó de la cama la insistencia del móvil de Víctor, no paraba de sonar.

—Hijo, ¿dónde te metes? —preguntó Gloria, preocupada. No sabía nada de él desde el día anterior y lo había llamado varias veces.

Víctor estuvo a punto de decirle que se metía bajo las sábanas de la mujer que amaba, pero no le pareció muy educado.

—He estado liado, mamá. Tenía entre manos un encargo importante y debía poner todo mi esmero. —Eva lo reprendió con la mirada. Comían juntos en la cocina de su casa y Víctor tenía puesto el manos libres—. ¿Todo está bien?

—Sí. Es solo que Daniela no deja de pedir que quiere ver a Eva. No sé si en este momento estás con ella. Os vi un poco distanciados la última vez —argumentó con prudencia.

—Pasamos por nuestro mejor momento, mamá. Tanto así que estamos pensando hacerte abuela muy pronto —confesó sin vergüenza alguna. Eva lo reprendió por decirle aquello a Gloria, era evidente que ambas estaban pasando un mal trago mientras que Víctor se divertía—. Mañana iremos a haceros una visita —anunció.

Eva lo miró con sorpresa, se acababa de enterar, pero le encantó el plan. Estaba de baja laboral desde que pasó lo del secuestro y pensaba aprovechar todo el descanso que el médico le recomendó.

Cuando Daniela vio a Eva, fue corriendo hacia ella y la abrazó. Eva la tomó en brazos y se emocionó al escuchar de nuevo la vocecita de la pequeña.

Víctor planeó pasar unos días en los viñedos con su familia mientras acababa de perfilar lo

que tenía en mente. Quería a Eva solo para él y lejos de todos.

Aquella noche Eva habló con Gloria y entre ambas quedaron que a partir de septiembre Daniela se incorporaría al colegio al que acudían de las hijas de Elena y Martín, por lo que la pequeña iría a vivir con sus tíos los días entre semana. Los fines de semanas y vacaciones Gloria se comprometió a tenerla ella. Le agradeció a Eva lo fácil que se lo estaba poniendo y todo lo que hacía por su nieta.

Daniela admiraba a Eva, la quería muchísimo y le encantaba compartir tiempo y juegos con ella.

La primera noche que Víctor y Eva pasaron en los viñedos, cuando estaban por meterse en la cama, olvidaron cerrar la puerta por dentro y la niña se presentó en la habitación de ambos.

—Quiero dormir contigo —dijo Daniela, con el dedo señalaba a Eva, sentada en la cama en pijama.

—Eso no va a poder ser, pequeña —terció Víctor antes de que la bondad de Eva saltase—. La tía tiene que dormir con el tío, y tú en tu cama —le explicó de forma paciente—. Yo te acompañaré hasta que te duermas, vamos. —La cogió en brazos y miró a la mujer que amaba, que lo reprendía con la mirada.

Víctor salió de la habitación y cuando volvió había pasado más de una hora. Eva lo esperaba en la cama despierta.

—Por fin —anunció al tumbarse junto a ella—. Pensé que no se quedaba dormida, pero estaba dispuesto a quedarme varias horas a su lado. Tiene que aprender que las noches en la cama en tu compañía son exclusividad de su tío. No pienso renunciar a esto nunca más. —La besó y se acomodó junto a ella.

Eva lo abrazó sintiéndose amaba y feliz.

—Estás muy misterioso esta noche, ¿qué tienes en mente? —Lo miró intrigada. Lo conocía bien y aquella mirada gris, con el brillo tan especial que le transmitía tramaba algo.

—Es una sorpresa. —Se levantó, fue a su chaqueta, cogió un sobre y se lo entregó.

Eva lo abrió y descubrió que era un folleto con información sobre Los Cabos, en Baja California, un lugar maravilloso al que siempre deseó ir, pero aún no había podido cumplirlo. Lo miró extrañada de que él supiese de aquello, nunca se lo había revelado.

—Yo siempre… —comenzó a decir eufórica.

—Lo sé. Le pedí consejo a Elena para comprarte algo con qué sorprenderte, y me recomendó este viaje. He de confesar que fue idea suya, pero yo lo haré realidad. Nos vamos pasado mañana.

Eva se arrojó a sus brazos y le llenó todo el rostro de besos, emocionada. Pasar unos días a solas con Víctor y alejada de todo era justo lo que necesitaba.

***

Los siete días que pasaron juntos y a solas, en la más estricta intimidad, a Víctor y Eva se les pasaron volando. Disfrutar del sol, la playa, de su amor y no pensar en nada más que ellos, sin teléfonos ni problemas ajenos, les devolvió vida.

Aquellos días les sirvieron para enamorarse más, para valorar lo afortunados que eran de contar con el amor del otro y de haberse encontrado en la vida.

Desde que planeó aquel viaje Víctor tenía una idea en mente, y la pensaba cumplir la última noche que iban a pasar allí. Deseaba casarse con Eva en la intimidad, no podía esperar más tiempo para hacerla su mujer.

Cuando Eva salió de la ducha, se encontró un vestido blanco sobre la cama, era largo, de gasa, en tirantes, nada muy formal, pero sí un vestido especial. Sobre él había una nota que había dejado Víctor en la cual le indicaba que se lo pusiese y que la esperaba en el jardín del hotel, cerca de la piscina.

Intrigada, Eva se lo colocó, se arregló el pelo y la cara y bajó a su encuentro. Cuando llegó vio un arco de flores cerca de la piscina, velas y pétalos alrededor. Se encaminó por un sendero marcado por antorchas encendidas a los lados hasta que llegó bajo el arco donde la esperaba el hombre de su vida, perfectamente vestido con un traje de chaqueta negro y camisa blanca. Estaba guapísimo.

Un señor desconocido estaba con él y sostenía una carpeta negra. Cuando Eva llegó hasta Víctor, él la tomó de la mano, la besó con brevedad en los labios y le susurró:

—Bienvenida a nuestra boda.

Le entregó un pequeño ramo de flores y le sonrió.

Eva lo miró sin saber qué decir. Él notó el temblor de todo su cuerpo, la abrazó y le hizo una señal de asentimiento al señor que estaba ante ellos. Este comenzó a leer unas palabras tan mágicas y bonitas que hicieron llorar a Eva. Fueron escritas por Víctor, pero él se veía incapaz de reproducirlas sin emocionarse.

Finalmente les pregunto:

—¿Queréis estar unidos por siempre? —Ambos asintieron y pronunciaron el sí más orgulloso de todas sus vidas.

Víctor miró hacia la luna llena que los iluminaba aquella noche y agradeció que fuese testigo de aquella unión.

—Ya eres mi mujer —susurró atrayéndola hacia él para besarla con pasión.

—Soy tuya desde que clavaste tu mirada en mí por primera vez.

—Te amo, Eva.

***

Tres meses después.

Eva se probada el vestido de boda que le había diseñado su hermana para su boda en España, por la iglesia. En tres meses la familia tendría una gran celebración por todo lo alto.

Escogieron la fecha de la ceremonia para después de que hubiese terminado la obra en casa de Víctor y Eva, deseaban comenzar su vida de marido y mujer, en familia, junto con Daniela y los hijos que viniesen, en el hogar que con tanto amor habían diseñado.

Cuando Virginia llegó, Eva ya tenía el vestido colocado. Elena estaba agachada recogiéndole el bajo para ajustarlo a su medida.

—Estás preciosa —manifestó Virginia con los ojos llorosos cuando la vio.

—Sí. Este vestido es perfecto para ti.

Eva se admiraba en el espejo, aquella mañana estaba muy callada y pensativa.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Elena.

Con un suspiro, Eva se alejó de ambas y se sentó en un puf redondo que estaba en el gran probador. Sus hermanas la notaron algo agobiada.

—He tomado una difícil decisión —anunció seria, tanto que consiguió alarmar a sus hermanas—. No voy a casarme.

—¡¿Qué?! —preguntaron Elena y Virginia a la misma vez, estaban blancas como la leche. No

esperaban aquello.

—No puedo hacerlo. Voy a hacer las cosas bien —sentenció decidida.

—¿Qué sucede? —preguntó Elena con un leve hilo de voz.

—Estoy embarazada —reveló con una enorme sonrisa—. Víctor y yo hemos acordado retrasar la boda hasta que nazcan los bebés. No me voy a casar con un barrigón. Me hace ilusión que mis hijos asistan a la boda y estén presentes en nuestros recuerdos y fotografías, quiero que me lleven los anillos.

Virginia y Elena se abrazaron a ella, emocionadas, felices y con lágrimas en los ojos.

—Un momento, ¿has dicho hijos? —preguntó Elena.

—Sí, estoy embarazada de gemelos. Ayer nos los confirmaron. Víctor y yo estamos felices, pero al ser dos bebés hemos decidido retrasar la boda.

—Oh, qué alegría. —Virginia se abrazó a ella llorando.

—Creo que es la decisión más acertada —le aconsejó Elena—. Debes estar centrada en el embarazo y no con los nervios y preparativos de una boda.

—Sí. Soy tan feliz que quiero vivir ambas experiencias cada una en su momento adecuado.

Las tres se abrazaron dichosas y sonrientes.

Epílogo Volver a creer

Meses después.

Aquella tarde, Eva y Víctor celebraron el primer cumpleaños de sus gemelos, Andrés y Sebastián, dos niños que se parecían demasiado a su padre. Cuando Eva los miraba a los ojos no podía evitar ver los de su marido.

El último año y medio había sido el más intenso de toda su vida, y a la misma vez el más feliz. Estaba segura de que volvería a repetir cada minuto desde que conoció a Víctor Ferrer, el hombre que le había devuelto las ganas de volver a creer en la vida, en el amor y le curó todas sus cicatrices y miedos.

Tras una intensa tarde, Eva y Víctor acostaron a los gemelos y a Daniela, la niña vivía con ellos y era muy feliz. Desde que Andrés y Sebastián habían comenzado a decir papá y mamá ella llamaba a sus tíos así también. Eva y Víctor la adoraban, era muy buena, se había vuelto una charlatana y en el colegio le iba genial. Algunos fines de semana cuando su abuela venía a recogerla no se quería ir. Adoraba a sus hermanitos, como ella los llamaba.

Abrazados, felices y sonrientes, Eva y Víctor se dirigieron hacia el salón, orgullosos de la familia que habían formado y cómo sus vidas cambiaron de forma radical, pero ahora era mejor que antes.

Él sirvió dos copas de vino y le entregó una a su mujer.

—Por la familia que tenemos, por nuestros hijos. —Chocó la copa contra la de ella y bebieron —. El día de hoy ha sido… Disfrutar del primer cumpleaños de mis hijos… Nunca pensé que ser padre me hiciera sentir así de bien —confesó.

Eva rememoró un momento en el cumpleaños de sus hijos, cuando Víctor y Martín jugaban al fútbol con ellos. Apenas daban los primeros pasos, pero Víctor tomaba a cada uno de la mano y ellos disfrutaban con su primo y su tío.

Ambas hermanas, Eva y Elena, orgullosas, los admiraban ya que nunca imaginaron a sus maridos en aquellas facetas de padres entregados, en la que sus hijos los dominaban con toda la facilidad del mundo.

—¿Te confieso algo? —preguntó con tono misterioso y actitud coqueta—. Te amo aún más desde que eres padre y presencio cada día cómo amas a nuestros hijos, a los tres —puntualizó, No tenía diferencias con la pequeña Daniela. Se acercó a él y lo besó con pasión.

—He deseado besarte así durante toda la tarde, pero rodeados de tantos niños no era muy apropiado —murmuró sobre sus labios y volvió a profundizar el beso.

El sonido del teléfono hizo que interrumpiesen el momento. Víctor estaba encendido, pero Eva lo paró. Sabía que aquella llamada era de Virginia. Se había marchado a Nueva York por unos meses como corresponsal de la cadena, desde la Gran Manzana informaba de las noticias del país, y no había podido asistir al primer cumpleaños de sus sobrinos.

Eva atendió la llamada y le contó a su hermana qué tal había ido la fiesta de cumpleaños y todo lo que le había gustado a Andrés y Sebastián los regalos de su tía.

Víctor se echó otra copa de vino y se dedicó a acariciar el cuerpo de su mujer, ella intentaba pararle las manos, pero le resultaba imposible.

Cuando colgó con Virginia, tomó en brazos a su mujer y la llevó hasta la cama. Deseaba

hacerle el amor y adorarla durante toda la noche.

Eva se despertó, desnuda y saciada, entre los brazos de su marido, tenía sed. Con cuidado se levantó, se colocó una bata de seda verde y fue hasta la cocina.

Con un vaso de agua en las manos, se dirigió hacia el salón y paseó una mano por el gran piano blanco que estaba allí, le encantaba tocar. Cuando sus hijos eran unos bebés conseguía dormirlos y calmarlos con las notas que tocaba. Se sentó delante del piano, paseó los dedos por las teclas y rememoró desde que ellos llegaron a su vida y la cambiaron por completo. Las manos cobraron vida solas, comenzó a tocar una melodía que había creado para ellos, pese a continuar con su cargo de vicepresidenta en el Grupo Quiroga, nunca dejaría de ser fiel a los estudios que realizó en el pasado, la música siempre estaría muy presente en su vida, se decía a sí misma que Víctor y sus hijos eran la melodía más maravillosa que jamás había escuchado, sus risas le daban un vuelco al corazón.

Inmersa en estos pensamientos, no se dio cuenta de que su marido estaba detrás de ella hasta que le colocó ambas manos sobre los hombros y se los masajeó.

—¿No puede dormir, señora Ferrer?

Se dio la vuelta y lo miró a los ojos, en la penumbra del salón le vio un brillo tan especial en la mirada que se le aceleró el corazón. Víctor tan solo llevaba unos pantalones de pijama, su torso desnudo tan cerca, su olor y su imponente presencia le nubló todos los sentidos.

—No, soy tan feliz que la emoción no me deja conciliar el sueño. Plasmar toda esa dicha en esta melodía que comenzaba a tocar me relaja.

—A mí me relajas tú, tu desnudez, tus besos, tu cuerpo rodeando el mío. —Comenzó a abrirle la bata con expertas manos. La tomó de la mano y la puso en pie.

Eva pensaba que la iba a llevar de nuevo a la habitación, pero, para su sorpresa, la colocó encima del piano y le abrió la bata, dejándola desnuda. Asaltó su boca mientras que recorría su cuerpo con caricias atrevidas.

—Víctor… —protestó sobre sus labios—. Los niños… Ya no estamos solos, puede venir alguno —consiguió decir, pero él no cesaba en el empeño. Desde que Daniela había venido a vivir con ellos echaba de menos asaltar a la mujer de su vida en cualquier parte de la casa y hacerle el amor sin reservas.

—Después de la tarde de hoy están rendidos. No se van a despertar, aunque se caiga el mundo.

Llevó su boca hasta los pechos de su mujer y la hizo gemir, rindiéndose al deseo y dejándose llevar por todo lo que le provocaba siempre su marido.

—Te amo, Eva. Me has brindado todo lo que nunca llegué a imaginar que tendría ni viviría —confesó con los ojos clavados en ella, dispuesto para enterrarse en su cuerpo.

—Tú me hiciste volver a creer, gracias. No puedo ser más feliz ni sentirme más amada.

Lo recibió en su interior y se entregó al placer de hacer el amor con su marido sobre un piano en la que la melodía eran sus gemidos de pasión, entrega y felicidad.

***

—No es fácil ser madre de tres hijos casi de la noche a la mañana. Hasta hace apenas año y medio vivía una vida de soltera en la que los biberones, las noches sin dormir, los llantos y los pañales estaban muy lejos. Nunca llegué a imaginar un cambio en mi día a día tan radical. Tenía dos sobrinas gemelas, sabía lo que eran los niños ya que las había tenido muy cerca, pero ser

madre de tres, estar a tiempo casi completo con ellos ha sido una locura. Durante este año dedicada en exclusiva a mis hijos he echado de menos mi trabajo, el mundo laboral. Llevar algunos asuntos desde casa no es lo mismo que vestirse y armarse de responsabilidad cada mañana al llegar a la oficina. Durante este año me he vestido de mamá y he descubierto que la responsabilidad con tres hijos era mayor que la de codirigir una gran empresa.

Eva hablaba por teléfono en la cocina de su casa. Víctor había llegado antes aquella tarde. Los niños jugaban en el salón con sus bisabuelos y él fue a saludar a su mujer. Cuando la escuchó hablar se paró en seco, sin llegar a entrar en la cocina. Ignoraba a quién le contaba todo aquello, pero por su tono de voz serio y pausado, dedujo que no era a ninguna de sus hermanas ni amigas. Esto hizo despertar todas las alertas en Víctor. Algo sucedió en su interior que le hizo dar media vuelta y volver con sus hijos cabizbajo y pensativo.

—¿Ocurre algo, hijo? —le preguntó Sebastián al verlo algo callado.

—No, solo mucho trabajo que no me deja desconectar ni cuando llego a casa —justificó.

—Pues no dejes que eso suceda. Así perdí yo a mi mujer. El trabajo se antepuso a nuestro amor —le reveló Sebastián mientras le dirigía una mirada cómplice a Begoña, que jugaba con los gemelos de un año.

—Nada es más importante que la familia. Eso los hombres lo aprendéis cuando lo habéis perdido todo, ya sea por trabajo o porque se interponga otra mujer —añadió Begoña.

—En mi caso fue el trabajo, nunca hubo nadie más que tú —le reveló Sebastián.

Víctor miraba a aquella pareja y pensó en todo lo que habían superado tras los años y se dijo que tenía ante sus ojos una muestra del amor verdadero, pero el suyo con Eva también lo era y no estaba dispuesto a perderla. La había oído quejarse de la forma tan radical en la que cambió su vida y que echaba de menos su trabajo, y eso lo dejó tocado.

Cuando nacieron los gemelos, decidieron que Eva se tomaría un año alejada del plano laboral. Llevaba algunos asuntos más urgentes desde casa. Pero, hasta ese momento que la escuchó hablar por teléfono su marido no fue consciente de toda la carga que había dejado sobre su mujer. Él continuó trabajando en el bufete y los viñedos de su familia y en esos momentos esto le produjo cierto grado de culpabilidad. Comenzó a pensar; ¿Y si Eva se arrepentía de haberse casado con él? Habían disfrutado muy poco de ambos como pareja. Daniela se fue a vivir con ellos desde el inicio y los gemelos llegaron al poco de casarse en Los Cabos. Eva nunca le había dicho nada, pero… ¿y si su mujer se planteaba dejarlo? Aquello le aterrorizó. No concebía la vida sin ella.

Esa noche, se fue a la cama algo serio. Antes de apagar la luz, Eva le preguntó:

—¿Te ocurre algo? Has estado muy callado durante la cena y has vuelto de dormir a los pequeños muy serio —murmuró preocupada.

—Es solo cansancio, mi amor. Ha sido una semana muy intensa en el trabajo. —Le dio un beso en el cabello y la abrazó.

Víctor no durmió en toda la noche. Su cabeza bullía. No estaba dispuesto a perder a su mujer ni a la bonita familia que tenían. Estaba decidido a devolverle a Eva las ganas de volver a creer en ellos, en el hogar que habían formado pese a, en ocasiones, ser un verdadero caos.

A la mañana siguiente, mientras desayunaban, como hacían todos los sábados, en familia, con tortitas, bizcocho de chocolate y porras, Víctor anunció los planes que había trazado durante toda la noche.

—Daniela —Se dirigió primero a su sobrina que lo iba a entender mejor que sus hijos de año y poco—, este fin de semana os vais a quedar con los abuelos. Los he llamado y estarán encantados de pasar con vosotros estos días.

Eva miró a su marido extrañada. Desconocía aquello.

—¿Y eso? —preguntó sorprendida mientras Daniela tocaba las palmas e incitaba a los gemelos, sentados ambos en unas tronas mientras se bebían un biberón de leche.

—Tú y yo necesitamos pasar tiempo juntos, a solas y sin niños. Esta mañana he hablado con tus abuelos y están encantados de trasladarse con su chófer a los viñedos de mi madre y pasar allí unos días con los niños. Lo he arreglado todo y nos iremos cinco días.

Eva esbozó una enorme sonrisa, le gustó la sorpresa. Desde que sus hijos nacieron no se habían separado de ellos.

—Vaya, ¡qué sorpresa! ¿Cuándo pesabas decírmelo? —preguntó extrañada.

—Te lo estoy diciendo, mi vida.

—Pero necesito tiempo para hacer las maletas, organizar las cosas de los niños…

—No te preocupes por nada. Está todo arreglado. Hable con Tati y se irá también a los viñedos estos días con los niños. Ya está arriba organizando todo —anunció Víctor. Tati era una chica que los ayudaba unas horas al día con la casa y los niños—. Y por nuestras maletas no te preocupes, echaremos lo imprescindible y el resto lo compramos.

—¿Adónde vamos? —preguntó con interés, mirando a su marido a los ojos. Conocía muy bien a Víctor y trataba de averiguar a cuento de qué venía aquel repentino viaje.

—Paris. Quiero pasear por la cuidad del amor con la mujer que amo tomada de la mano. Ya sé que has estado en muchas ocasiones, te criaste en Francia, pero no hemos ido juntos. Y seguro que hay muchos lugares que querrás enseñarme.

Eva se levantó de la silla que ocupaba en la mesa y se abrazó a su marido. Estaba feliz por aquel viaje. Cinco días con Víctor en Paris eran todo un sueño.

—Eres maravilloso, mi vida. Me encanta la idea de tú y yo solos unos días en la ciudad más bonita del mundo.

Víctor la miró con una ceja alzada, habían tenido aquella conversación en muchas ocasiones. Se debatían entre Londres, Roma y Paris. Víctor odiaba hablar francés, nunca se le dio bien, por ello tenía preferencia por Londres. Sin embargo, Eva estaba decidida a hacerlo cambiar de opinión en aquel viaje. Le pensaba demostrar a su marido que Paris era una ciudad especial y que lo que se vivía en ella quedaba en los recuerdos para siempre.

A Eva le costó un poco despedirse de sus pequeños y de Daniela, a la que quería como si fuese su hija. Hizo una maleta rápida con ropa para ella y para Víctor y se marcharon al aeropuerto.

En el vuelo en primera que los llevaría hasta Paris, Víctor tomó la mano de su mujer entre las suyas y le preguntó:

—¿Cómo te encuentras?

—Es un cúmulo de sentimientos. Feliz por este viaje contigo —Le acarició el rostro con su mano—, pero al mismo tiempo intranquila por dejar a los pequeños.

—Van a estar bien. Nosotros nos merecíamos unas mini vacaciones. Tiempo juntos y salir de la rutina diaria. Echo de menos tenerte toda para mí, quizás haya tenido algo de culpa en no organizar un viaje como este antes. No quiero que la magia entre nosotros se pierda, ni que entremos en una dinámica que no sepamos frenar. Quiero hacerte muy feliz.

—Y yo, Víctor. —Eva lo miró con preocupación. Hacía meses que estaba muy estresado con el bufete, los viñedos y los niños. Se sintió mal por no haberle prestado toda la atención que debería. Él había tenido graves problemas en el pasado y una recaída en ello le pasó por la cabeza.

Besó a su marido, lo tomó de la mano y recostó la cabeza en su hombro. Víctor Ferrer era su

gran apoyo en todos los aspectos de su vida.

Cuando aterrizaron, antes de ir al hotel en un coche que alquilaron por insistencia de Eva, fueron a hacer unas compras. Víctor se empeñó en regalarle un precioso vestido rojo que ella se quedó mirando en un escaparate. Luego fueron al hotel y le propuso una cena íntima en un buen restaurante.

—Yo elijo el lugar. Quiero sorprenderte —propuso Eva con una sonrisa y cierto toque de misterio.

—Que sea acorde para que luzcas el vestido que acabamos de comprar —le indicó con una sonrisa.

Ella asintió. Estaba ilusionada y feliz por tener una cita romántica con su marido. Hacía mucho que no salían a cenar solos y relajados.

Se ducharon juntos e hicieron el amor.

Víctor esperaba a su mujer en la antesala de la habitación algo nervioso, como si fuese su primera cita con ella. Se miró al espejo, se ajustó la corbata y se colocó bien los gemelos de los puños de la camisa. Para ir acorde con el vestido de Eva se había puesto un traje de chaqueta de firma que le sentaba de maravilla.

Cuando Eva apareció ante los ojos de Víctor, a este se le cortó la respiración. Aquel vestido rojo, en tirantes y toda la espalda fuera le quedaba como un guante. Se había recogido el pelo en una coleta elegante y le gustó que su melena no ocultase su esbelto cuello ni parte de la espalda.

Se acercó a ella, la tomó de la mano, hizo que se girase por completo y observó cada cicatriz de su espalda. Se sintió orgulloso de que su mujer hubiese superado aquel complejo. Durante muchos años ocultó partes de su cuerpo por miedo y vergüenza a las cicatrices que tenía debido al accidente que tuvo años atrás en el que casi perdió la vida.

—Estás espectacular —le susurró al oído antes de besarla.

—Tú estás increíblemente guapo. —Le devolvió el beso y lo miró a los ojos. Conocía bien a su marido y sabía que algo le preocupaba.

—¿No vamos? —propuso Eva tomándolo de la mano. Se dijo que Víctor necesitaba distracción y alejarse de la rutina diaria.

—Por supuesto. Un coche nos espera. —Ella lo miró con sorpresa—. Esta noche es nuestra —murmuró besándole el cuello.

Cuando llegaron al restaurante, de inmediato, Víctor lo aprobó. Era un lugar muy elegante y su esposa había escogido un lugar íntimo en el que tenían la mejor vista fuera y dentro del sitio.

Desde que Víctor le propuso aquel viaje Eva lo notaba intranquilo. Conocía demasiado bien a su marido como para saber que algo le preocupaba y no se atrevía a manifestárselo abiertamente. Esto la inquietó a ella. No sabía cómo preguntarle si estaba bien o lo podía ayudar de alguna manera. Le sonrió, sentado frente a ella, guapísimo y con aquel brillo en los ojos que la desarmaba. Cada vez que se veía reflejada en la mirada de su marido se sentía la mujer más afortunada de la tierra. Jamás pensó que viviría un amor como el que añoró durante años viendo a su gemela y su marido.

—¿Estás bien? —preguntó Víctor al verla pensativa.

—Sí. Intento grabar este momento en mis recuerdos. Tú y yo solos en Paris, en una cena romántica y sin prisa por llegar a casa para ocuparnos de los niños.

—Prometo que vendrán más momentos como este. El último año con la llegada de los gemelos ha sido un poco loco, pero me he dado cuenta de que todo puede aparcarse por unos días y disfrutar como ahora junto a mi mujer. Te lo mereces.

—Nos lo merecemos —rectificó ella. Él la tomó de la mano y la llevó hasta sus labios,

depositando un beso en ella. Eva lo notó intranquilo e inseguro, algo muy poco común en Víctor, pero se dijo de inmediato que eran ideas suyas.

La cena fue perfecta, hacía mucho que no disfrutaban juntos de un ambiente tan íntimo y especial.

Al día siguiente fueron a la Torre Eiffel, se hicieron fotos como la pareja enamorada que eran y ambos tuvieron la sensación de que estaban en el inicio de una relación. En el atardecer, Eva sorprendió a su marido con un paseo por el Sena en un barco privado que alquiló solo para ellos, en el cual pasaron toda la noche.

Al día siguiente, Eva preparó una excursión a los jardines del Palacio de Versalles y posteriormente una visita exclusiva de vino y gastronomía en Champagne.

De vuelta al hotel, tras un día increíble, sentados en el asiento trasero de una limusina, Víctor le confesó a su mujer:

—Ideé este viaje juntos para enamorarte aún más de mí y que nunca quisieras irte de mi lado, y resulta que ha sido al revés —confesó con la mirada clavada en ella. Ambos estaban achispados de todo lo que habían bebido.

—¿Y por qué querría irme de tu lado si estar junto a ti es mi lugar preferido en el mundo? Me da igual que sea Paris o cualquier otro sitio. Tú lo haces todo especial. Le das sentido a mi vida.

Eva besó a su marido y ambos agradecieron la intimidad que les proporcionaba el cristal tintado y cerrado que los separaba del conductor de la limusina.

El último día en París, Víctor despertó a su mujer con un suculento desayuno en la cama.

—No podemos irnos sin visitar el Louvre —murmuró sobre los labios de su mujer mientras la besaba.

—Me encantará recorrerlo de tu mano —susurró Eva mientras le acariciaba el pecho desnudo a su marido.

Mientras recogían la habitación y metían las cosas en la maleta, Eva murmuró:

—Se acabó lo bueno, vuelta a la realidad. —Fue un comentario sin intención alguna, pero Víctor se quedó pensativo tras oírlo y se le vino a la mente la conversación que escuchó en la cocina de su casa.

Tras darle varias vueltas a la cabeza, se acercó a su mujer, la tomó por la cintura, la miró a los ojos y se armó de valor.

—Si un día te cansases de estar junto a mí, de lo que tenemos, ¿me lo dirías? —preguntó con el ceño fruncido.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —preguntó extrañada.

Su marido carraspeó y se removió inquieto por la estancia, bajo la atenta mirada de ella que lo observaba al mismo tiempo que trataba de averiguar qué ocurría.

—¿Eres feliz? —preguntó de golpe—. ¿Tienes todo lo que una vez deseaste? ¿Te encuentras agobiada por la vida que tenemos? Sé que apenas tuvimos tiempo de ser novios, pasaron muchas cosas y nuestros gemelos llegaron, quizá, demasiado rápido. A todo ello hay que unir a Daniela, que convive con nosotros casi desde el minuto cero de nuestra relación. Sé que has sido muy generosa con ella, pero no sé si…

—Víctor, Víctor —intentó pararlo. Iba embalado e intentaba comprender aquel arranque.

—Dime, intentaré mejorar todo lo que me indiques. Quizá venir a Paris no fue buena idea. Aquí habrás revivido toda tu vida de antes… Lo único que deseo es que ames la vida que tienes junto a mí y nuestros hijos. Y si algún día dejas de ser feliz a mi lado… Yo... yo te dejaría ir —anunció con pesar y cabizbajo.

—¿Qué está pasando? —preguntó preocupada, sin llegar a entender aquello. Enfrentó a su

marido, lo miró a los ojos y acarició con sus manos su rostro—. ¿A qué viene todo esto? —exigió saber—. ¿Tú estás bien, estamos bien? —preguntó con miedo.

Habían pasado unos días increíbles en Paris y no iba a permitir que aquel maravilloso viaje terminase así.

Tocaron a la puerta, Víctor fue a abrir y era el botones para recoger el equipaje. De inmediato, Eva tomó el mando de la situación.

—No nos marchamos. Nos quedaremos un día más. Por favor, si es tan amable de que nos lo arreglen todo… —le pidió en un perfecto francés al empleado.

Víctor miró a su mujer con sorpresa cuando el hombre desapareció y dejó las maletas en la habitación.

—¿Pasa algo? —Él no sabía francés y no entendió la conversación de su mujer con el botones.

—Nos quedamos. Existe un problema entre tú y yo y, como comprenderás, no es el momento de marcharnos, tomar un avión y regresar a casa. No vas a salir de esta habitación hasta que me digas qué es lo que está pasando —le exigió seria y con un tono más elevado de voz de lo normal —. ¿Tienes dudas sobre nosotros o qué es lo que pasa?

Víctor la miraba serio. Los ojos azules de Eva echaban chispas. Su mujer parecía muy enfadada.

—¿Las tienes tú? —contraatacó.

—¡¿Qué te pasa?! —escupió Eva entre dientes, con una mirada cargada de reproches.

—Te escuché hablar por teléfono en la cocina de nuestra casa. Organicé este viaje, pero igual no fue una buena idea. Debí hablar contigo y listo. Debo admitir que tus palabras me hicieron sentir miedo.

—¿De qué conversación hablas? —preguntó sin saber a qué se refería.

—En la que le decías a alguien que no era fácil el cambio tan radical que había dado tu vida en poco tiempo y que echabas de menos el mundo laboral. Escucharte decir eso removió mis cimientos. Quizás he sido un completo egoísta durante este tiempo y te he dejado demasiado sola con los niños. El bufete y los viñedos me han tenido muy ocupado. Tú, sin embargo, renunciaste a tu trabajo —manifestó con culpabilidad. Abatido, se sentó en el sofá que se encontraba frente al que estaba sentada su mujer—. Pensé que con este viaje solos se arreglarían un poco las cosas, pero no se puede tapar el sol con un dedo —lamentó.

Cuando asimiló las palabras de su marido y recordó la conversación a la que él se refería, sonrió. Lo miró bien y se tomó su tiempo, admirándolo.

—¿Te acuerdas de aquella vez que me viste con Diego y no te quedaste hasta el final y sacaste malas conclusiones? —le recordó con una amplia sonrisa. Víctor asintió de no muy buen humor.

—¿A qué viene eso? ¿Hablabas con él? —escupió entre dientes.

Eva puso lo ojos en blanco, suspiró y rogó en silencio tener paciencia con él. Se levantó y se sentó junto a su marido.

—Si te hubieses quedado hasta el final de la conversación o me hubieses preguntado, ya sabrías que hablaba con Virginia. Y no te estarían reconcomiendo todas estas dudas desde hace días —le reprochó en tono amable.

Víctor asintió un poco más tranquilo al saber que aquella conversación fue con su hermana.

—Pero te quejabas de tu nueva vida —murmuró.

—No me quejaba. Reflejaba una realidad. El cambio tan grande por el que he pasado. De no tener pareja, a estar completamente enamorada y con tres niños. Y aparcar mi trabajo por un

tiempo para dedicarme en exclusiva a ellos —apostilló.

—Planeé este viaje para tratar de reparar, en algo, lo que hice mal —manifestó con culpabilidad.

—No hiciste nada mal —le rectificó. Lo abrazó, emocionada por el gran hombre que tenía a su lado, y se tomó su tiempo para aclararle todo. Eran pocas las ocasiones en las que disfrutaba de un Víctor confuso y desubicado.

—Pues explícamelo porque no lo entiendo. Llevo días viviendo con un miedo atroz a que estés arrepentida de estar conmigo, de nuestra vida, de…

Eva no lo dejó terminar, lo besó y le demostró todo su amor en un tierno beso.

—Te amo. Mi vida junto a ti y al lado de nuestros hijos no podría ser más perfecta. Es diferente a lo que tenía antes, sí, pero también es diferente para ti. La conversación que no terminaste de escuchar el otro día era con Virginia. Me pidió como favor, se le había caído parte del contenido de ese día del programa, reflejar el cambio de la vida de estar soltera, sin compromiso y sin obligaciones a una madre de tres hijos y casada. No me quejaba, solo reflejaba una realidad. Mi nueva vida, la cual adoro y no cambiaría por nada de lo que tenía antes. Tú haces que mi mundo sea como siempre lo soñé. Desde que te conocí no existe sueño que no haya cumplido, y todo te lo debo a ti. Te amo, Víctor Ferrer.

Tras escuchar sus sinceras palabras, le encajó el cuerpo y se abrazó a su mujer.

—Eres mi vida entera —murmuró sobre sus labios antes de besarla—. No hay nada que no haga por ti.

Eva lo miró a los ojos, sonrió mientras asentía y decidió aprovecharse de la situación.

—Pues… necesito pasar más tiempo a solas con mi marido. Estos días me han sabido a poco. Ya que perdimos el vuelo… ¿Qué te parece si nos tomamos unos días más para nosotros? —propuso con ilusión.

—Creo que es una gran idea. Nos iremos unos días a Berlín.

—¿Berlín? ¿Por qué ese destino? —preguntó con curiosidad.

—Por dos razones, porque domino el idioma y porque terminé mi carrera allí.

—¡Vaya! —Eva ignoraba aquel dato—. Entonces creo que tendré un guía turístico maravilloso.

—No te quepa la menor duda. Todo cuando se trata de ti me esfuerzo el doble.

Volver a sentir

Sinopsis

Virginia Galván lleva años enamorada de Miguel Durán, un apuesto médico diez años mayor que ella y amigo de la familia. Pero Miguel aún no está preparado para dar el paso de volver a sentir por otra mujer tras su divorcio.

Un cambio de vida llega para Virginia cuando acepta una propuesta de trabajo en Nueva York por unos meses. Allí conocerá a Zack, un atractivo y joven bombero que hará que el corazón le vuelva a latir con fuerza y se plantee quedarse de forma indefinida en la Gran Manzana.

Cuando Miguel se entera de que está a punto de perder el amor de su vida, vuela hasta Nueva York con la intención de recuperarla.

Dos hombres en el camino de una misma mujer, ambos decididos a luchar por ella y solo Virginia tendrá la difícil decisión de elegir a uno de ellos.

Prólogo

La noche tocaba a su fin. Pasadas las cinco de la madrugada, Virginia tenía los pies reventados de tanto bailar, y eso que estaba descalza. Hacía varias horas que se había deshecho de las sandalias de tacón. Se lo estaba pasando tan bien que le daba pena marcharse, pero Miguel insistía en llevarla a casa, como siempre. Él deseaba irse, pero no quería dejarla sola. Siempre protector y cuidando de la cuñada de su mejor amigo, Martín, quién consideraba un hermano y al que le había prometido que la dejaría sana y salva en su hogar tras aquella gran fiesta.

Martín y su mujer se habían marchado hacía unas horas, tenían tres hijos y, además, no acostumbraban a salir de noche. Pero en aquella ocasión no dejaron de acudir. Al informativo de televisión que presentaba Virginia en la cadena del Grupo Quiroga le habían otorgado un premio. Ella, Virginia Galván, una mujer joven de tan solo veintisiete años fue elegida a dedo como presentadora, por su cuñado y director de la cadena, Martín Quiroga, pero lo cierto era que él creía en ella y en el potencial que proyectaba delante y detrás de la cámara, y como siempre no se equivocó. El informativo de la sobremesa presentado por Virginia era el más visto de todas las cadenas de televisión del país. Tenía el don de captar a los telespectadores con su belleza y simpatía. Poseía una gran habilidad para comunicarse y relacionarse con los demás, aparte, se había esforzado muchísimo para llegar donde estaba. Estudió la carrera de periodismo y se formó a conciencia para ponerse delante de una cámara de televisión y ganarse a la audiencia.

Virginia era consciente de que le había favorecido mucho el hecho de que el marido de su hermana mayor, Elena, fuese su jefe. Pero a ello ayudaba aún más que Eva, la hermana gemela de Elena, tuviese el cargo de vicepresidenta del Grupo Quiroga.

Aquella noche Eva no había acudido a la fiesta, estaba embarazada de gemelos, su estado era avanzado y declinó asistir. Su doctora le había recomendado reposo. Se cansaba con facilidad y se le hinchaban muchísimo los pies.

—Virginia, creo que ya es hora de marcharse. Estás cansada y has bebido suficiente —le hizo ver Miguel mientras le clavaba los ojos en los pies descalzos y le lanzaba una mirada a la copa que llevaba en la mano.

—Es mi fiesta. Quiero disfrutarla al máximo —respondió feliz y resuelta.

—Le prometí a Martín que te dejaría en casa —intentó convencerla con tono serio y crispado. Le molestaba ver cómo reía y bailaba con otros hombres.

—Mira a tu alrededor, quedan más de veinte personas en este lugar, los conozco a todos. Ya me iré con alguien.

Miguel chasqueó la lengua y se colmó de paciencia. Eso era precisamente lo que no deseaba, que se marchase con alguien aquella noche. La había visto hablar y coquetear con varios tíos y cómo otros se la comían con los ojos. Virginia era una mujer espectacular a la que deseaban muchos hombres. Tenía un físico impresionante, pese a ser una mujer menuda y no demasiado alta.

Desde que ella presentaba los informativos de la cadena Miguel los había dejado de ver. Virginia conseguía alterarlo como ninguna otra mujer, pero él tenía prohibido desearla. Era la cuñada de su mejor amigo, la consideraba una amiga y, hasta el momento, era a la única mujer que había respetado y no se había llevado a la cama con el único fin de pasar un buen rato, como hacía con todas las demás.

Desde que se divorció, siete años atrás, no se había permitido tener una relación seria con

ninguna mujer. Tenía muy claro que no iba a sufrir más el desamor y la traición.
—Nos vamos —zanjó de forma autoritaria mientras le quitaba la copa de la mano y la agarraba con fuerza el brazo.
—¡¿Pero… oye, por qué has venido? La verdad, no entiendo qué haces aquí —le reprochó mientras tiraba de ella hacia la salida y no podía deshacerse de la gran mano que le abarcaba todo el brazo.
—Martín me invitó.
—Pues no hubieses venido. Tú eres médico. Todo esto debe parecerte muy aburrido —protestó mientras intentaba que no llegasen a la calle.
—Somos amigos y sé que este premio era importante para ti. Quise estar presente. Nada de lo que tenga que ver contigo me parece aburrido, todo lo contrario. Tú tienes el don de hacerlo todo muy apasionante.
—¡Vaya! —bufó poniendo los ojos en blanco—. Yo creo que lo mejor es que dejemos de ser amigos de una vez por todas. ¿No habíamos quedado en no vernos tanto? Sabes de sobra que siempre me interesó de ti algo más que una amistad. —Habían tenido aquella conversación en otras ocasiones.
—Y siempre te he dejado claro que no podía dártelo —le recordó con paciencia.
—Pero te molesta verme con otros tíos, y siempre es lo mismo. Apareces cuando me lo paso de lujo y me llevas casi a rastras a casa como si fueses mi salvador. ¡Se acabó! —Se plantó delante de él y se cruzó de brazos—. Esta noche no va a ser así. Tengo ganas de sexo, de terminar la fiesta con broche de oro, así que márchate porque tengo claro que contigo no será. —Lo miró desafiante y le sonrió, sintiéndose una mujer libre y segura de sí misma.
—Virginia… por favor —le rogó con paciencia mientras intentaba controlarse. Le extendió una mano para que se fuese con él, pero ella se dio media vuelta y se dirigió de nuevo a la pista de baile—. ¡Joder! —maldijo mientras acudía tras la mujer que le importaba más que nada en la vida, la tomó por la cintura y la aproximó a su cuerpo—. Esta noche seré yo —anunció antes de besarla como un loco, sin pensar en nada más.
Hambrienta de aquella boca y los labios que más había deseado nunca, Virginia se dejó llevar. Le correspondió al beso y dejó que Miguel la sacase de aquella fiesta. Llevaba más de seis años enamorada de él, pero no le hacía caso. Se empeñaba en poner como obstáculos que era diez años mayor y el mejor amigo de su cuñado, eran casi familia. Por estas razones siempre había rechazado llevársela a la cama. Se habían besado en otras ocasiones, pero Miguel nunca permitió que fuese a más.
En ese momento, los celos lo devoraban como no le había sucedido antes. Llevaba observándola y deseándola toda la noche. El sexi vestido blanco que lucía ajustado a su perfecto cuerpo lo tenía loco y excitado. No podía permitir que Virginia se fuese a la cama con otro. Era consciente de que no llevaba una vida de monja, algo que sobrellevaba, pero aquella noche no se sentía capaz de soportar imaginarla en los brazos de otro.
Había deseado tener a Virginia desnuda y dispuesta para él desde que la conoció. Fantaseó con ello en cuanto se la presentaron, pero cuando Martín le dijo que era su cuñada todo se vino abajo. Su amigo le dejó muy claro que si quería mantener la amistad con él la respetase, y lo había cumplido hasta el momento a duras penas.
Llegaron a casa de ella entre apasionados besos y abrazos. Ambos deseaban aquello, ni se molestaron en encender la luz, se arrancaron la ropa en cuanto cerraron la puerta y fueron directos a la habitación. Los dos habían bebido aquella noche, Virginia mucho más que Miguel, pero eran conscientes de lo que hacían. La pasión los abrasaba.

Desnudos uno frente al otro, Miguel se tomó unos segundos para acariciar el cuerpo menudo de Virginia y grabar cada curva y su tacto en los recuerdos. Había soñado tanto con aquel instante que le parecía un sueño. Llevó los labios hasta sus pechos y los saboreó mientras ella sentía que iba a desfallecer en sus brazos. Miguel era el hombre de su vida, se sentía ante él como si fuese la primera vez. No quería decepcionarlo. Necesitaba mostrarle todo lo que lo deseaba en cuerpo y alma.

Agarrada a sus fuertes brazos, era un hombre mucho más alto y corpulento que ella, se sentía muy pequeña. Apenas pesaba cincuenta kilos y él debía llegar al doble. Sus músculos eran trabajados y definidos, ya lo había visto en bañador en otras ocasiones y había soñado con cada centímetro de aquel cuerpo de pecado que aquella noche sería todo suyo.

Ninguno de los dos dijo ni una sola palabra desde que salieron de la discoteca. Las miradas de ambos hablaban por sí solas. Los sentimientos estaban a flor de piel y el objetivo de los dos era el mismo aquella noche.

Virginia disfrutaba sin límites, logró sentirse colmada y feliz entre los brazos de Miguel. La besaba despertándole mil sentimientos y sensaciones a la vez, su cuerpo ardía y tenerlo tan cerca la incendió como nunca lo había conseguido otro hombre.

Centrado en hacerle el amor, Miguel recorrió cada centímetro de su cuerpo con caricias y besos, ella se dejó hacer y cuando llegó su turno lo colmó de atenciones. A él lo apremiaba la urgencia de que iba a explotar, pero al mismo tiempo no quería perderse todo lo que Virginia le despertaba y nunca antes había experimentado.

No se dejaron llevar por las ganas y la impaciencia, habían deseado aquello desde hacía mucho tiempo, por lo que se dedicaron a disfrutar de los preliminares y terminar con un gran broche de oro que ninguno de los dos olvidaría jamás.

Cuando la luz del día entró por la ventana y el sol los despertó, Virginia se encontró recostada sobre el pecho del hombre que amaba. La abrazaba y ambos estaban completamente desnudos.

Al sentir las caricias de ella sobre su pecho, Miguel se sobresaltó. No recordaba dónde estaba. Virginia lo miró sonriente y lo ayudó a recostarse de nuevo mientras lo besaba con mimo y delicadeza en el pecho.

—Ha sido maravilloso —murmuró sobre su piel, sonriente y relajada.

Miguel cerró los ojos y se tomó unos segundos para ordenar sus pensamientos y todo el caos que bullía en su mente. Sintió el cuerpo desnudo de Virginia al lado y su cuerpo reaccionó de inmediato. Ella llevó la mano hasta su miembro, juguetona, a la misma vez que lo miraba con picardía, pero Miguel la paró.

—No —resonó su voz grave, demasiado serio—. Esto entre nosotros ha sido un completo error —lamentó haciéndola a un lado, con poca delicadeza, para levantarse de la cama.

Virginia lo miró como si le hubiese dado una bofetada. No esperaba aquella reacción después de la intensa noche de amor y todo lo que se susurraron al oído.

—¿Te arrepientes? —le preguntó en forma de reproche, mientras se sentaba en la cama y se cubría los pechos.

Miguel buscaba la ropa tirada por el suelo y se vestía con prisa.

—Esto no debió pasar. Los dos bebimos de más anoche —justificó sin darle la cara.

Dolida y aguantando las ganas de llorar, observaba los músculos de su espalda mientras se colocaba los pantalones.

—Ambos éramos conscientes de lo que hacíamos, no te escudes en que bebimos. Lo deseábamos, los dos —le dejó claro alzando la voz, ofendida por su actitud—. Y lo disfrutamos.

¿O me vas a negar que gozaste en la cama conmigo como no lo habías hecho antes? ¿Me mentías cuando me dijiste al oído que nunca habías sentido nada parecido? —le reprochó alterada.
—Anoche me dejé llevar —justificó metiéndose la cartera en el bolsillo—, pero no volverá a pasar. No quiero perder tu amistad, ni la de Martín, ni la buena relación con tu familia. Será mejor que lo olvidemos y continuemos como si no hubiese pasado nada.
Virginia lo escuchaba mientras se sentía rota. Temblaba al mismo tiempo que tenía ganas de tirarle lo primero que tuviese a mano.
—Eres un cabrón —manifestó furiosa, con las lágrimas a punto de brotarles.
—Perdóname. Intentemos olvidar esto, por favor. Será lo mejor.
Se acercó a ella, le acarició la mejilla, intentó darle un beso, pero Virginia le volvió la cara, herida.
—¡Vete de mi casa! —gritó alterada.
En silencio, terminó de recoger sus pertenencias y se marchó.

Al día siguiente Virginia recibió un ramo de rosas rojas enviado por Miguel, le pedía de nuevo que olvidasen lo sucedido y que todo entre ambos continuase como antes.
Virginia tiró las flores y no le contestó a las numerosas llamadas y mensajes que le dejó. Necesitaba tiempo para abordar la montaña rusa de sentimientos que sentía en su interior.

64

Tres meses después.

Virginia y Eva se encontraban en el jardín de la nueva casa de Elena y Martín. El matrimonio se había comprado un chalet enorme con piscina tras el nacimiento de su tercer hijo.
Elena y Eva eran gemelas, pero no se conocieron hasta seis años atrás. Elena y Virginia se criaron pensando que eran verdaderas hermanas. Tras enterarse de que no tenían lazos de sangre en común, lejos de existir un distanciamiento entre ambas, se unieron más y Eva formó parte de ellas. Las tres se querían muchísimo y tenían una gran complicidad. Se veían casi a diario y no tenían secretos.
Con su sobrino en brazos, un bebé de un año y poco, hijo de Elena y Martín, Virginia admiraba a los hijos de Eva, tenían casi tres meses, dormían plácidamente en sus cestones allí al lado, y envidió la felicidad que rodeaba a sus hermanas junto a sus parejas.
Martín, Víctor y Miguel estaban jugando en la piscina con las pequeñas gemelas que habían cumplido seis años ya. Virginia las adoraba. Carolina y Eva eran maravillosas, se sentía muy afortunada de ser la madrina y tía de Carolina, Eva lo era de la de pequeña que llevaba su mismo nombre. Ahora ella era madre de gemelos, estaba feliz con Víctor y habían creado una gran familia. Daniela, la sobrina huérfana de Víctor, vivía con ellos y se había vuelto inseparable de las hijas gemelas de Elena y Martín, la niña también jugaba en la piscina con su tío y sus primas.
Observando las risas y el ambiente de felicidad que la rodeaba, Virginia sintió que necesitaba encontrar una estabilidad así en su vida. Deseaba a un hombre que se desviviese por ella como lo hacían las parejas de sus hermanas, y quería hijos. Consideraba que ya iba siendo hora de asentar su vida y de olvidarse de Miguel para siempre. Tenía más claro que nunca que con él jamás lograría nada.
Durante los meses que habían pasado desde que se acostaron juntos, mantenían una relación distante y solo coincidían en reuniones familiares en las que se saludaban de forma cordial y por compromiso. Virginia tenía más claro que nunca que todo con Miguel había llegado a su fin y debía buscar el amor en otro lado. Por ello, desde hacía un mes le daba vueltas a una idea.
—Estás muy pensativa, ¿qué ronda por esa cabecita? —preguntó Eva con interés a Virginia. La conocía bien y llevaba un tiempo diferente.
—Voy a aceptar la oferta que me ofreció Martín —anunció.
Eva asintió, era conocedora de la misma. Elena no sabía de qué hablaban.
—¿Estás segura? —preguntó Eva al verla tan decidida. Cuando su cuñado se lo propuso jamás pensó que Virginia llegase ni a considerarlo.
—¿De qué habláis? —Elena las miraba sin entender nada, pero por el semblante preocupado de su gemela dedujo que era algo serio.
—Virginia contempla la posibilidad de marcharse a Nueva York como corresponsal de noticias para la cadena. El puesto quedó vacante hace un mes y Martín se lo propuso por unos meses —explicó Eva.
—¡¿Qué?! —preguntó sorprendida.
—Solo serán seis meses o un año como máximo, y la verdad, es algo que me apetece hacer en mi carrera. Aprovecharé para hacer un máster en comunicación allí y perfeccionar mi inglés.

—¿Cuál es la razón por la que quieres marcharte? —preguntó Elena seria. La conocía muy bien y sabía que aquella decisión tenía un trasfondo.
Virginia y Eva se miraron con complicidad, al mismo tiempo que Elena sentía que ignoraba algo importante.
—Hace unos meses se acostó con Miguel. Virginia pensó que a raíz de ahí todo entre ellos cambiaría, pero no fue así. Él le pidió que lo olvidasen y todo continuase como siempre —le reveló Eva en un tono bajo. Él estaba a unos metros, en la piscina.
—¡¿Cómo?! —Elena no lo podía creer. Con los ojos muy abiertos miraba a su hermana, que estaba centrada en acariciar el rostro de su sobrino dormido en sus brazos—. ¿Y por qué yo me entero de eso ahora? —preguntó algo molesta.
—Porque Martín y Miguel son como hermanos, y no quería que me vieses mal por lo que sucedió y se lo contases tarde o temprano a tu marido. Lo que pasó entre Miguel y yo es cosa nuestra y no quiero que vuestros maridos lo sepan —les advirtió a las dos.
Elena asintió y dirigió una mirada cargada de furia hacia donde se encontraba Miguel.
—Es un completo capullo. No sabe la mujer que se pierde. Tiene treinta y ocho años, no sé a qué espera para sentar la cabeza —comentó Elena molesta. Desde que lo conocía no le había conocido ninguna relación seria.
—Necesito cambiar de aires, y marcharme unos meses a Nueva York es justo lo que hará olvidarme para siempre de Miguel. Aquí lo veo a menudo, es como de la familia, y eso no ayuda a que lo que lo siento por él desaparezca. Deseo más que nunca encontrar a un hombre que me haga olvidarlo y no piense en él mil veces al día.
Eva y Elena asintieron, la comprendían. Ambas conocían lo que era estar enamoradas hasta la médula y se hacían una idea de lo que debía sufrir Virginia al tenerlo tan cerca y que él no se interesase en ella.
—Si Martín se entera del porqué te marchas a Nueva York mata a Miguel —murmuró Elena.
—Somos adultos. Sucedió porque ambos quisimos, solo que él se arrepintió a la mañana siguiente.
—Algún día sí que se va a arrepentir de haberte dejado marchar, y estoy segura de que luego no habrá marcha atrás —dijo Eva.
Virginia asintió mientras se levantada y le entregaba el pequeño Martín a Elena. Se había despertado y quería ir a los brazos de su madre.
—Eva, prepara todo con Martín para mi viaje a Nueva York. El lunes firmaré el contrato —decidió mientras observaba a Miguel salir de la piscina.
Su hermana asintió. Le apenaba que se marchase, pero al mismo tiempo era consciente de que Virginia necesitaba aquello en su vida. Irse de Madrid por un tiempo y conocer a gente nueva le haría olvidar a Miguel, o eso esperaba.
—Ya tienes que estar jodida para dejarlo todo en estos momentos. Eres la presentadora estrella de la cadena, tienes dos sobrinos recién nacidos y mis hijas no te perdonarán no verte en meses, y mi pobre Martín ni te reconocerá cuando regreses. —Elena le hizo una carantoña a su hijo y miró a su hermana con nostalgia de no tenerla cerca pronto.
—Lo necesito para avanzar y mejorar como persona. Deseo algo como lo que tenéis vosotras ahora en mi vida futura. Un hombre que lo dé todo por mí, una familia y estabilidad. Estoy segura de que Miguel nunca me lo dará. Ya me cansé de intentarlo con él y lo doy todo por perdido. Ahora estoy abierta a lo que llegue a mi vida.
—Yo solo sé que Miguel lo pasó muy mal en su divorcio y juró que nunca más le entregaría su corazón a una mujer. Según me dijo Martín en una ocasión, se casó enamorado y al poco

descubrió que su mujer le ponía los cuernos.
—Pero han pasado años de eso, ¿sigue pillado de su ex? —se interesó Eva.
—No sé nada más. Ni siquiera sé quién es ella, si vive aquí o cómo se llama —les informó Elena.
—Lo que sé es que en una ocasión me dijo que nunca le volvería a entregar su corazón a una mujer ni a confiar en ella. Eso fue mucho antes de acostarnos. Creo que tiene miedo de volver a sentir algo especial y que le rompan el corazón. Pero ya no puedo hacer más. Le he confesado lo que siento por él, pasamos una noche increíble y ha tenido tiempo de pensarlo todo en estos meses. Es decisión suya que no tengamos nada más.
—Yo pienso que es un completo cobarde. Creo que está enamorado de ti, pero no se atreve a dar el paso ni a admitirlo. Llevo años viendo cómo te mira y no es solo amistad, estoy convencida —argumentó Eva.
—Haces bien en marcharte —anunció Elena al comprender por lo que pasaba su hermana—. Si estuviese en tu lugar creo que haría lo mismo. Yo me enamoré de Martín mucho antes de que él lo admitiese y se pasa muy mal teniendo cerca al hombre que amas y que no te corresponda como deseas.
—Estoy segura de que en Nueva York te esperan cosas muy buenas. —Eva la abrazó y le dio un beso.
—Guardarme el secreto. No quiero que Miguel se entere aún. A papá y a mamá se lo diré en estos días —le dijo a Elena.
—Te vamos a echar mucho de menos —le hizo saber su hermana mayor.
—¿Quieres que hable con Víctor y te deje su apartamento en Nueva York? No tiene intenciones de venderlo ni de deshacerse de él —le ofreció Eva—. No he estado, pero me dijo que está muy bien ubicado y que es grande.
—Sí, estaría bien —aceptó de inmediato.
Marcharse a Nueva York era su destino, cada vez lo veía todo más fácil. Ya contaba con un lugar donde vivir y estaba segura de que sería espectacular.
—A la noche en casa lo hablo con él.
—Yo también tengo que hablar con mi marido. A ver por qué yo no me había enterado de la propuesta de Nueva York hasta hoy.
—Pero no le digas nada de Miguel —le advirtió Virginia.
—Tranquila, no se lo nombraré. Sé lo impulsivo que es Martín y todo lo que te quiere, si se entera que sufres por culpa de Miguel su amistad se resentiría.
—¿Hoy no se merienda? —Martín y sus hijas llegaron hasta ellas envueltos en toallas mientras se secaban.
—Vamos a ello. Chicas, con la tía a la cocina a preparar bocatas —les indicó Virginia a Carolina, Eva y Daniela.
Las niñas la siguieron mientras que Eva y Elena observaban cómo Miguel repasaba de arriba abajo a Virginia.
—Cuando un hombre mira así es porque siente algo —le susurró Eva a su hermana al oído mientras simulaba una carantoña a su sobrino.

Por la noche, sola en casa, Virginia rememoraba los momentos de tensión aquella tarde en casa de su hermana junto a Miguel. Se saludaron de forma cordial y no hablaron demasiado. Ninguno de los dos sabía que el otro iba a estar allí. Hacía tres meses sus encuentros eran así, de casualidad en reuniones de amigos o familia. Desde que se acostaron no hablaron más de ello y

su amistad y complicidad se vio perjudicada. Virginia extrañaba sus abrazos, sus bromas y sus charlas. Era consciente de que no podía vivir así, anhelando algo que nunca sería como ella deseaba. Miguel tenía claro la vida que quería y ella también, por ello estaba decidida a cambiarla por completo.

65

Meses después.

Carlos Galván, el padre de Virginia, entró en el despacho de dirección de la clínica privada que dirigía Miguel Durán tras un sonoro portazo, sin importarle no ser anunciado antes de pasar. Estaba tan furioso que tenía ganas de coger a aquel tipo por el cuello y retorcérselo.
Miguel, que estaba al teléfono, cortó de inmediato la comunicación y se puso de pie tras la mesa. El semblante de Carlos consiguió asustarlo. Nunca se había presentado de aquella forma en su trabajo.
—¿Qué ocurre, Carlos? —preguntó con impaciencia. Mil desgracias se le pasaron por la mente, que alguien de la familia estuviese ingresado…
—¡No sé, dímelo tú! —bramó alzando las manos al mismo tiempo que esperaba una explicación.
—Te juro que no sé de qué va esto —se excusó Miguel mientras que el padre de Virginia lo taladraba con la mirada—. ¿Debería saber algo que ignoro? —preguntó con cautela mientras Carlos se paseaba delante de él como un león acorralado.
—Llevas ignorándolo hace seis años y estás a punto de perderlo todo —le espetó de malas formas mientras lo acusaba con la mirada.
—Dime algo más porque no te sigo. Estoy perdido.
—Pues a ver si te encuentras de una buena vez —le reprochó acercándose a él, mientras plantaba los puños cerrados sobre la mesa—. Mi hija lleva meses en Nueva York y tú sigues aquí como si nada. ¿Tú te crees que una mujer como ella va a estar esperado toda la vida a que un idiota como tú se decida? —le reprochó de malas formas. Estaba furioso.
Miguel no esperaba aquello, de repente se sentó en el sillón y se quedó callado con el rostro blanco. Ignoraba qué sabía Carlos. Lo miraba nervioso sin saber qué contestarle. El padre de Virginia era un hombre corpulento que imponía, había sido agente secreto del gobierno y la capacidad intimidatoria no la había perdido cuando necesitaba obtener información.
Ante el silencio de Miguel, Carlos le soltó sin anestesia:
—Virginia está saliendo con un hombre en Nueva York. Van en serio. Hasta se plantea quedarse allí más tiempo. ¿Me vas a decir que eso te da igual? ¿No piensas hacer nada? —le exigió.
—Carlos… yo… no sé a qué viene esto por tu parte. Virginia y yo siempre hemos sido buenos amigos. Ella es libre de salir con quien quiera —comentó con un leve hilo de voz mientras asimilaba toda la información que le acababa de dar y que ignoraba por completo.
—No me trates como si fuese tonto —le advirtió entre dientes—. Solo hay que veros a mi hija y a ti juntos para ver las chispas que saltan. Siempre me pregunté qué coño esperabas para sentar la cabeza con ella. Pensé que cuando se marchase a Nueva York reaccionarías, pero ni así —le reprochó con dureza—. Ahora va en serio con un tío que ha conocido allí, y se plantea quedarse por tiempo indefinido —anunció.
—Y eso no te gusta —resolvió—. Desconocía todo esto que me dices, pero si ella es feliz…
—Y una mierda —bramó—. Conozco a mi hija. Estoy seguro de que se marchó para olvidarte. ¿Tú te crees que una mujer como ella, desde que vive en esta gran ciudad y no ha tenido una sola pareja estable? Te esperaba hasta que se cansó.
—No sé qué quieres que diga o haga ante esto —se defendió perplejo.

—Pues que hagas lo que no has hecho en todo este tiempo —bramó de nuevo alzando la voz—. No sé cómo puedes estar ahí tan tranquilo. ¿No tienes sangre en las venas? —le reprochó alterado—. Ármate de valor de una vez por todas y admite lo que sientes por mi hija y hazla feliz. A ver si con tu edad y tu historial en mujeres te voy a tener que dar lecciones.
—Tú cómo sabes…
—Por Dios santo, tengo ojos y veo las cosas, aunque me quede callado. Lo tuyo y de Virginia es algo que salta a la vista.
—Es complicado —murmuró Miguel.
—Pues pídele un deseo al genio de la lámpara, preséntate en Nueva York y tráete a mi hija de regreso —le propuso en forma de exigencia.
—¿Me estás usando para que tu hija no se quede para siempre en Estados Unidos lejos de su familia? —preguntó con una sonrisa forzada.
—Yo solo quiero la felicidad de ella, y sé que esa eres tú. No me gustas como yerno. Tu historial mujeriego es demasiado amplio. Pero la prefiero contigo aquí que con un desconocido para mí en otro país.
—Me temo que no puedo hacer nada. Estás equivocado en todo lo que me planteas —le dejó claro mientras trataba de dominar los celos que le había provocado conocer que Virginia tenía una pareja en Nueva York.
—Eres un cobarde. Vas a perder a la mujer de tu vida. Te estoy poniendo sobre aviso, pero tú mismo, aunque ya igual es hasta demasiado tarde. Mi hija nunca nos había presentado a un novio formal hasta ahora a su madre y a mí. Hace unas semanas nos presentó al tal Zack por *Skype*.
Miguel asintió con un nudo en la garganta mientras le subía la bilis. Sentía como si un rayo lo hubiese partido por la mitad tras conocer que la mujer que amaba tenía algo serio con otro hombre. Pero era algo con lo que contaba, sabía que tarde o temprano sucedería. Él había decidido no volver a entregarle su amor a ninguna otra mujer ni sufrir por amor y era la penitencia que debía cargar sobre su espalda. Amarla en silencio.
—Adiós, Miguel. Te deseo que sufras mucho cuando veas a mi hija feliz con otro hombre —se despidió Carlos antes de cerrar la puerta de un sonoro portazo. No contaba con encontrarse con la indiferencia y la sangre fría de Miguel Durán al contarle que estaba a punto de perder a Virginia para siempre.

Esa misma mañana, Eva y Víctor se pasaron por el despacho de Miguel a saludarlo. Sus gemelos habían cumplido el año y los llevaron al pediatra a ponerle una vacuna rutinaria. Como era casi mediodía decidieron invitar a comer a Miguel con ellos y los niños.
Mientras Eva y Víctor daban la comida a los bebés, sentados ambos en unas tronas en el restaurante y los mayores esperaban los platos elegidos, Miguel decidió saber un poco más de Virginia. Eva estaría al tanto de todo sobre su vida en Nueva York.
—He oído que Virginia tiene pareja y es algo serio —lanzó Miguel mientras bebía de la copa de vino.
—Sí, parece que ha encontrado al amor de su vida. Anoche estuve charlando con ella mucho tiempo, me envió fotos de Zack y me confirmó que se va a quedar más tiempo del que tenía pensado. Yo la veo muy ilusionada. Le he renovado el contrato por unos meses más, pero algo me dice que está pensando en quedarse allí para siempre —le informó de forma intencionada.
—No sabía nada. He hablado poco con ella desde que se marchó.
—No tiene mucho tiempo. Entre el trabajo, el máster, las clases de inglés y Zack…
Miguel asintió serio y trató de forzar una sonrisa cuando en realidad hervía por dentro tras lo que

le había dicho Eva.
—Carlos está que trina —lanzó Víctor—. No le gusta nada que su hija tenga un novio americano al que no pueda investigar a través de sus contactos. Y mucho menos que haya pensado quedarse allí para siempre.
Cuando Miguel escuchó la palabra *novio* sintió ganas de estrellar la copa que tenía en la mano. Le pusieron la comida por delante y sintió ganas de vomitar. Pensar que Virginia era feliz con otro hombre le hizo tener arcadas.
—¿Martín y tú vais a permitir dejaros escapar a una gran comunicadora como ella? ¿No le vais a poner una oferta irrechazable sobre la mesa? —casi le exigió de forma molesta a Eva.
—Lo cierto es que la audiencia del informativo que presentaba Virginia ha bajado desde su marcha, pero en este caso a Martín y a mí nos puede más la felicidad de ella que los intereses de la cadena.
Miguel suspiró, sentía que estaba entre la espada y la pared. Percibía que la perdía para siempre.
De repente, a Eva le entró un mensaje al móvil, lo miró y sonrió.
—Oh, mirad. —Les mostró una foto de Virginia y Zack, juntos, abrazados y sonrientes—. Hacen una pareja perfecta, ¿no creéis? —preguntó con segundas.
—Se ve radiante —comentó Víctor—. Me dijiste que él es bombero, ¿no? —Eva asintió de inmediato a la pregunta de su marido—. El tío debe tener una buena manguera, solo hay que ver la cara de tu hermana. Yo creo que la habéis perdido en el Grupo Quiroga. Ese americano os la ha robado para siempre.
—Me temo que sí. —Eva le dio la razón a su marido, sonriente.
Miguel tenía ganas de golpear algo. Una rabia incontrolada nacía en su interior.
Sin ganas de permanecer más tiempo acompañado, simuló un mensaje de emergencia de la clínica y se marchó sin apenas probar la comida.
Una vez a solas, Eva se inclinó hacia su marido, le dio un beso en los labios y le dijo sonriente:
—Gracias por seguirme el juego.
—Cuando has enseñado esa foto de Virginia y Zack que te envió hace tres días, de inmediato supe que te traías algo entre manos. Yo también creo que Miguel sigue colado por tu hermana. —Le guiñó un ojo y le devolvió el beso en un gesto cómplice.
—¿Crees que hemos conseguido ponerlo suficientemente celoso?
—Yo creo que va directo a estrellar los puños contra el saco del gimnasio —bromeó sonriente.
—Yo espero que vaya un poco más lejos, a Nueva York.

66

Al día siguiente, muy temprano, Miguel se presentó en el despacho del bufete de Víctor. Este era el dueño. Entró sin llamar.
—Tengo que hablar contigo —anunció de golpe.
—¿Ocurre algo grave? —preguntó alarmado, no le había dado ni los buenos días y el semblante de su amigo era preocupante.
—Necesito que me dejes tu apartamento en Nueva York —pidió sin más explicación.
Víctor lo miró asombrado.
—Imposible. Allí se encuentra Virginia desde que se marchó. Habla con ella y si le parece bien… Ya sabes que ahora tiene pareja y desconozco si…
—Vale, vale. —No le dejó continuar—. Su respuesta será una negativa, lo sé. Necesito llegar como tu invitado.
—No entiendo nada, a ver… explícame a qué vas a Nueva York y para qué necesitas mi apartamento cuando te puedes pagar el mejor hotel —le exigió saber algo intrigado.
—Tengo que ir a recuperar a la mujer de mi vida. La amo. Me he dado cuenta de que no puedo perderla —confesó con valentía, de frente.
Víctor abrió mucho los ojos y cerró la boca, lo acababa de dejar pasmado.
De repente, Martín entró en el despacho sin llamar. Los tres hombres eran muy amigos y tenían esa clase de confianza cuando la secretaria de cada uno le confirmaba que no estaban en una reunión importante.
Cuando Martín se fijó en la cara seria y de preocupación de Víctor y en el silencio que reinaba en el lugar, miró bien a Miguel y se preocupó.
—¿Qué ocurre aquí? —preguntó con atención mientras repasaba a uno y a otro con los ojos—. No te habrás metido en algún lío legal, ¿verdad? —le preguntó a Miguel.
—Lo de él es mucho peor. Está metido en un grave lío sentimental —terció Víctor sonriente, acomodándose mejor en el sillón y adoptando una actitud más relajada tras asimilar la noticia.
—¿Te has tirado a una menor? —preguntó Martín con tono acusatorio mientras tomaba asiento al lado de Miguel.
—¡Qué tonterías dices! —Hizo un aspaviento con la mano, le quitó hierro al asunto y se puso en pie—. Solo he venido a pedirle su apartamento en Nueva York. Tengo que ir allí a recuperar a la mujer que amo —reveló mientras se paseaba intranquilo, con las manos en los bolsillos del pantalón.
—¡Serás hijo de puta! —bramó Martín cuando ató cabos. Se colocó a su altura y lo enfrentó—: Has tenido durante años a Virginia detrás de ti y la has ignorado, ¿y ahora que ha encontrado a un tío con el que es feliz vas a atormentarla?
—Sé que he sido un imbécil al dejar marchar a una mujer como ella, pero tú mejor que nadie sabes lo que pasé con la traición de mi ex y el divorcio. Juré que nunca más iba a enamorarme ni a volver a sentir ese tipo de necesidad que te liga a otra persona hasta el punto de desearla a morir y dar tu vida por ella. —Víctor y Martín lo miraban serios y sorprendidos, nunca había sido tan sincero con respecto a sus sentimientos por nadie—. Cuando Virginia anunció que se iba a Nueva York pensé que igual era lo que necesitaba, tenerla lejos y olvidarme de ella, pero ha sido todo lo contrario. Cada día la he necesitado más.

—Y ahora que sabes que está con un americano y la cosa va en serio te has decidido —comentó Martín con cierto deje de reproche. Quería muchísimo a su cuñada, en más de una ocasión le advirtió a Miguel de que no jugase con ella ni que la tratase como a una más, le hubiese gustado que formalizasen una relación, pero su amigo nunca se decidió a ello.
—¿Me vais a ayudar o qué? —les preguntó a ambos en forma de exigencia. Esperaba de ellos más colaboración y menos reproches.
—¿Qué intenciones tienes con ella? —se interesó Martín.
—¡Joder! Te estoy diciendo que la amo. La quiero en mi vida para siempre, formar una familia con ella. Que sea mi mujer.
Víctor y Martín sonrieron a la vez cuando escucharon aquella sincera confesión.
—Lo vas a tener difícil, tío —anunció Martín.
—Lo sé, pero tú recuperaste a Elena después de lo cabrón que fuiste con ella. Virginia no tiene ni la mitad que perdonarme —le echó en cara.
Martín suspiró y se alejó de él. Si no fuese porque lo consideraba como un hermano le hubiese dado un puñetazo por sacar a relucir ese delicado tema.
—Vamos a relajarnos un poco —comentó Víctor mientras echaba tres copas de licor. Apenas eran las diez de la mañana, pero la necesitaban.
—¿Me vas a ayudar con el tema de tu apartamento? —le pidió Miguel.
—No quiero problemas con mi mujer. Virginia es prácticamente su hermana —le advirtió—. Tienes mi permiso para llegar a mi casa en Nueva York y compartirla con Virginia. De ahí en adelante no quiero saber nada. Si te echa la apoyaré a ella, si no quiere nada contigo, estaré de su lado. Solo deseo su felicidad.
—Lo mismo digo —resonó la voz de Martín mientras le daba un trago al vaso de whisky con hielo que Víctor le había dado—. Nos estás convirtiendo en cómplices de esto y no me gusta mentirle a mi mujer. Si le cuento algo de esto a Elena no será capaz de callárselo.
—No le digáis nada a vuestras esposas —les rogó Miguel a ambos—. Necesito que todo sea una sorpresa, que Virginia no me espere. De lo contrario se marchará del apartamento.
—¿Tú has pensado en la que me va a caer a mí por parte de Virginia y mi mujer cuando llegues allí? —preguntó Víctor.
—Le diré que me hicieron mal la reserva del hotel y necesito quedarme por unos días hasta que todo se arregle.
—¿Y tú te crees que vas a recuperarla en unos días? —preguntó Martín.
—Lo primero que necesito es estar cerca de ella y ver cómo está el asunto con el americano, luego improvisaré —comentó nervioso, paseándose por la estancia mientras bebía.
—Te deseo suerte porque lo tienes muy complicado —le aseguró Víctor.
—¿Cuento con vosotros? —les preguntó intranquilo, de frente, consciente de que lo tenía muy difícil.
Martín y Víctor asintieron, sonrieron y le dieron un gran abrazo. Los dos habían tenido que luchar bastante por sus mujeres y lo comprendían mejor que nadie.

***

Elena y Eva terminaban de hacer una paella. Era domingo y habían organizado un día en el jardín con sus hijos y maridos. Martín y Víctor no estaban, salieron a comprar las bebidas y el postre.
—Me ha dicho Carla, que se ha enterado por su ex, que mantienen una estupenda relación, que

Miguel se ha pedido un mes completo de vacaciones en la clínica. ¿Sabes algo? —preguntó Elena a su gemela.
—Nada. Hace mucho que no lo veo, y si Víctor lo sabe no me lo ha comentado.
Ambas hermanas se quedaron unos segundos en silencio. Cada cual meditaba la información en su cabeza.
—¿Será que Miguel decidió ir a Nueva York? —lanzó Elena.
—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Eva.
—Mi madre me dijo que mi padre fue a informar personalmente a Miguel de que Virginia había conocido a alguien y aquello iba en serio.
—¡¿Qué?! Joder, Carlos es de armas tomar —comentó Eva asombrada—. ¿Y cómo se lo tomó Miguel? —se interesó.
—Eso ya no lo sé.
—Tu padre no quiere nietos americanos —bromeó Eva.
—Ni tener a su hija siempre lejos. Está acostumbrado a tenernos controladas por todo lo que hemos pasado. Si ha recurrido a Miguel es porque intuye que Virginia pueda hacer su vida allí.
—La última vez que vi a Miguel fue un día que me pasé por su despacho tras llevar a los niños al pediatra y luego comimos juntos. Recuerdo que salió el tema del novio de Virginia en Estados Unidos, Víctor comenzó a hacer gracias y de inmediato se levantó y se marchó con la excusa de que tenía una urgencia en la clínica.
—Yo creo que siente algo muy fuerte por Virginia y no termina de aceptarlo. Ojalá esto lo impulse a tomar las riendas para decidirse a luchar por ella —aventuró Elena.
—¿Nuestros maridos sabrán algo de las vacaciones de Miguel?
—Los tres son como uña y carne, lo sabrán. Y si va a Nueva York con una clara intención no nos lo van a contar.
Martín y Víctor llegaron cargados de bolsas.
—Mi amor, ¿no piensas ofrecerle a Virginia un contrato millonario para que regrese? Mi madre me dijo que va en serio con el chico americano y se plantea quedarse allí. —Elena intentó sonsacarle algo a su marido.
—No seré yo quien interfiera en la felicidad de tu hermana. Sabe que las puertas del Grupo Quiroga siempre estarán abiertas para ella. Conoce de primera mano —Miró a su cuñada— que desde que se marchó la audiencia del telediario de la sobremesa ha bajado. Si no fuese familia, por supuesto que le pondría un cuantioso contrato por delante para que regrese, pero sé lo que le ha costado encontrar a un hombre con el que formalizar una relación. Creo que Virginia se merece ser feliz.
Miró a su mujer y a su cuñada sonriente. Mientras, Víctor lo observaba y solo le faltó aplaudir por la brillante interpretación que realizó.
—Yo lo siento por nosotros, la cadena y por Miguel. Me hubiese gustado que Virginia y él llegasen a algo y tenerla aquí —comentó con añoranza Eva.
—¿Pero es serio lo de Virginia con ese tío? —insistió Martín. Víctor no se atrevía a abrir la boca, en cuanto Virginia llamase a su mujer y le dijese que Miguel estaba allí, Eva lo acusaría de cómplice y le reprocharía habérselo ocultado.
—Llevan saliendo unos meses, se los ha presentado a mis padres por *Skype* y nos ha enviado fotos con él en actitud muy cariñosa. Nunca antes había hecho eso con otro hombre —argumentó Elena—. Yo creo que sí es serio —afirmó mientras ponía a prueba las caras de su marido y su cuñado.
Ambos se miraron cómplices y comenzaron a llenar unos vasos con vino y refrescos.

—Miguel no sabe lo que se pierde. —Martín fue junto a su mujer, la besó y le entregó un vaso de refresco con mucho hielo, como le gustaba a ella.
—Sin lugar a dudas, estar perdidamente enamorado es el mejor estado del hombre —dijo Víctor mientras abrazaba y besaba a su mujer.
—Y ser padre —apuntilló Martín.
Sus hijas aparecieron de la mano de su pequeño hermano. Lo cuidaban de maravilla. Los hijos de Eva aún no andaban, estaban casi a punto, y se encontraban jugando en un parque con bolas y demás juguetes, tanto Martín como Víctor miraron a sus hijos y sintieron un enorme sentimiento de orgullo en el pecho.

67

La vida de Virginia en Nueva York era un auténtico no parar. Llevaba en la Gran Manzana diez meses y aún no había hecho todo lo que tenía en mente cuando se trasladó allí. En un principio se marchó con la firme idea de tan solo pasar seis meses alejada de su familia y el trabajo en España, pero una cadena de televisión de habla hispana le ofreció colaborar en un programa sobre costumbres y la vida en España tres días a la semana. Virginia aceptó, era en horario de tarde y no le interfería cuando hacía las conexiones para el informativo de la cadena de su cuñado. Aparte de ello, estaba realizando un máster en comunicación y acudía a clases para obtener el nivel más avanzado en inglés.

Tenía muy poco tiempo libre para pasear y conocer la ciudad. Cuando no estaba delante de la cámara, estudiaba en casa o preparaba el trabajo para el día siguiente. Apenas había hecho amigos, ya que había tenido muy poco tiempo de relacionarse con gente. Contaba con un grupo de compañeros de trabajo con los que se tomaba unas cervezas los viernes, pero nada más. Echaba de menos la vida de Madrid, las salidas con amigas de verdad y las fiestas a las que acudía con frecuencia. Desde que estaba en Nueva York se sentía una persona aburrida, más sensata y responsable. No es que antes fuese insensata e irresponsable, pero vivía el día a día, sin pensar tanto en el futuro y sin meditar más de dos días seguidos cada decisión que tomaba. Se limitaba a hacer su trabajo, era la mejor en ello, y a vivir la vida el resto del tiempo. Sin preocupaciones ni restricciones. A su edad contaba con una casa en propiedad que le había regalado su hermana, un muy buen sueldo que ganaba como la presentadora de los informativos de la sobremesa de la cadena más vista del país y había lanzado una línea de pulseras de cuero junto a otra compañera de trabajo. Ambas eran muy guapas y les habían ofrecido en varias campañas publicitarias ser la imagen de productos. Aprovechando lo bien que fueron, decidieron emprender como empresarias. Apenas llevaban un año como tales y les iba de lujo. El negocio, exclusivo por internet, marchaba solo.

Virginia podía presumir de tener una vida resuelta en el plano económico, en el sentimental era un caos hasta que se marchó a Nueva York ya que a su edad no había conseguido una estabilidad en pareja. La sombra de Miguel siempre le impedía centrarse en alguien y permitirse soñar con otro hombre que no fuese él.

En esos momentos se sentía una mujer plena, llevaba saliendo unos meses con Zack, un bombero con cuerpo de infarto, ojos azules y una cara de anuncio. El típico hombre con el que toda mujer sueña, pero Virginia Galván soñaba con Miguel Durán hasta que Zack consiguió despertarle ciertos sentimientos que creía que solo les pertenecía a Miguel.

Zack llegó a la vida de Virginia por casualidad y como un héroe. Ella esperaba en un paso de peatón para cruzar la calle mientras el semáforo estaba en verde para los coches cuando un carterista le robó el bolso a la persona que estaba a su lado y empujó con fuerza a Virginia para huir, ella cayó al suelo y Zack, que iba caminando por la acera, lo vio todo y acudió en su ayuda evitando que un coche la atropellase.

Se ofreció e insistió en llevarla a un hospital y luego la dejó en la puerta de su casa cuando se aseguró de que estaba bien. No se intercambiaron los teléfonos ni quedaron en verse más. Él era un completo desconocido y Virginia se había criado con las reprimendas de su padre de que no confiase en extraños, y después de lo sucedido años atrás con Elena y Eva, le costaba creer en la

bondad y buenas acciones de los demás sin un interés detrás.
Dos semanas después del incidente, Zack, que ya había acudido en varias ocasiones a la puerta del edificio donde dejó a Virginia el día que la conoció, intentó saber más de ella a través de un hermético portero que no le dio ninguna información.
Días después, por casualidad, Zack descubrió que Virginia salía en la televisión. Le gustaba ver los canales de habla hispana, su madre y su abuela eran españolas, él había nacido en Nueva York, pero hablaba el idioma a la perfección pese a no haber viajado nunca al país al que deseaba viajar y conocer en un futuro.
Durante una semana, siguió los pasos de Virginia Galván en la televisión. Un día, se atrevió a ir con su moto a la puerta de los estudios donde se grababa el programa y esperar a ver si tenía suerte y la veía. La tuvo. La interceptó cuando salió y se encaminaba de vuelta a casa.
De inmediato, Virginia reconoció a Zack, un hombre como ese no se olvidaba con facilidad. Tras hablar con él casi una hora en plena calle, decidió que era un tío de fiar y aceptó irse con él a tomar algo a un lugar público. Y desde ese día, hacía casi cinco meses ya, hablaban a diario y se veían con frecuencia. Eran mucho más que amigos. Virginia estaba ilusionada. Zack era tan perfecto en todos los sentidos que le resultaba muy fácil sentirse atraída por él. Tenía el presentimiento de que era el hombre que necesitaba en su vida para olvidar a Miguel para siempre. Y esa era la verdadera razón por la que no había regresado todavía a Madrid. Necesitaba enamorarse de Zack como una loca, y estaba segura de que lo conseguiría. Cuando estaba con él las horas pasaban muy deprisa y tenía la gran habilidad de hacer que ella se centrase en él y no pensase en nada más. Era divertido, resuelto y tenía un gran corazón. Virginia se sentía la mujer más afortunada de la tierra por haberlo encontrado en su camino. Estaba segura de que era el hombre indicado para sacar de una vez, y para siempre, a Miguel Durán del lugar tan aferrado que ocupaba en su corazón.
Aquella noche, Virginia había terminado en casa de Zack, él vivía con un compañero de trabajo que se acababa de divorciar. Como buen amigo, le había ofrecido su apartamento mientras resolvía la nueva situación.
Dylan llegaba a las diez, y a Virginia no le gustaba marcharse cuando él venía. Le resultaba incómodo que pensase que por su culpa no se quedaba a dormir. Lo cierto era, que cuando tenía ganas de sexo con Zack siempre lo hacían en casa de ella. Se sentía más cómoda y con más intimidad. El dueño de su apartamento era su cuñado Víctor y estaba segura de que no iba a aparecer sin previo aviso.
Cuando Zack le ofreció a Dylan su casa aún no conocía a Virginia. Estaba deseando que su amigo arreglase todo y se marchase al piso que había alquilado, pero para eso faltaba un mes. No podía echarlo, era como un hermano y le debía la vida, ya que, en un rescate en un incendio, años atrás, le salvó la vida.
—Será mejor que me lleves a casa —ronroneó Virginia sobre el cuello de Zack. Tras cenar se habían tumbado en el sofá con la televisión de fondo. Estaba muy a gusto allí, pero era consciente de que tenía que volver a su apartamento.
—Puedo quedarme contigo esta noche —propuso Zack.
—No. Trabajas mañana temprano y sabes que odio escuchar el despertador en fin de semana. Pienso dormir todo el día. Creo que he tenido la peor semana de mi vida —se quejó, cansada.
Zack le besó el cabello, comprensivo y entendiéndola, se levantó y tiró de la mano de Virginia para llevarla a casa. Le entregó el casco de la moto, Zack siempre se movía por la ciudad en este transporte.
Cuando la dejó en la puerta del lujoso edificio en el que vivía Virginia, la besó y le susurró en el

oído:
—Estoy loco por ti. Desde el instante en el que te ayudé cuando aquel carterista te tiró al suelo.
—He de confesar que me costó fiarme de ti —reveló con una sonrisa—. Tan guapo, simpático, educado, con un buen empleo y sin una mujer en tu vida. Eres perfecto —anunció recorriéndole el rostro con la mano, con la mirada clavada en la suya.
—Solo me interesa esa perfección ante tus ojos. Tú eres perfecta para mí en todos los sentidos, yo deseo serlo para ti.
—Lo has conseguido. En estos meses has sido muy persistente.
Virginia siempre fue sincera con él, le dijo que su corazón estaba atrapado, pero al mismo tiempo le indicó sus ganas de librarse de esas cadenas que cada vez le pesaban más.
—Siempre lucho a muerte por lo que deseo.
—Me alegro. —Le dio otro beso de despedida y se marchó sonriente mientras le decía adiós con un gesto de la mano.
Zack siempre conseguía hacerla soñar. Tenerlo cerca y sentir todo lo que la quería y la deseaba hacía que sintiese cosas muy profundas por él. Sabía que aquello era más que una amistad o amigos con derecho a roce. Con Zack fue con el primer hombre que se planteó irse a vivir y comenzar algo serio y duradero, aunque aún le daba vueltas al asunto. Él se lo había propuesto hacía un mes y ella le dio como excusa que no le parecía que comenzasen a convivir juntos en el apartamento prestado de su cuñado, y él tenía a su amigo en casa. Por el momento, el tema había quedado en suspenso.

68

Miguel aterrizó en Nueva York sin avisar a Virginia de que llegaría. Pensaba hacerlo una vez en la ciudad. Con lo que no contaba era con que fuese tan tarde, el vuelo se había retrasado en la salida y había llegado varias horas después de lo planeado. Llamó a Virginia cuando se montó en un taxi, pero no le cogió el teléfono. Volvió a intentarlo y nada. Temió que estuviese dormida. Eran casi las diez de la noche, pero al ser un viernes, dudó que ya estuviese en la cama. Aunque se le pasó por la cabeza de que estuviese ahí con el tal Zack, de inmediato desechó los pensamientos y se centró en su cometido al acudir a la Gran Manzana: recuperar el amor de la única mujer que le interesaba en la vida.

El taxi lo dejó en la puerta del edificio de Víctor, trataba de convencerse de que iba a casa de su amigo, no a interrumpir la paz y la vida que ahora Virginia llevaba allí. Miguel se dirigió hacia el portero y le indicó que iba a subir tras presentarse como amigo del dueño del apartamento y de la mujer que lo habitaba en esos momentos, pero Jared no le permitió el acceso, algo que enfureció a Miguel y lo miró de malas formas.

—¿Quiere llamar a Víctor Ferrer? Tome mi teléfono. —Miguel le extendió su móvil, molesto por el trato que estaba recibiendo.

—No hace falta molestar al señor Ferrer, llamaré a la señorita Galván. Está arriba. Si ella lo autoriza le dejaré pasar.

El portero llamó desde su teléfono al apartamento de Virginia bajo la atenta mirada de Miguel mientras este esperaba que ella le respondiese.

Cuando ya ambos pensaban que no atendería el teléfono, Jared dijo:

—Señorita, perdone que la moleste, pero aquí hay un señor que insiste en subir y dice que es su amigo y del señor Ferrer. Solo si usted me da autorización lo dejo pasar. Se llama Miguel Durán —anunció Jared mientras miraba a Miguel con ojos de desconfianza.

En un arrebato y perdiendo la educación que siempre lo caracterizaba, Miguel le quitó el teléfono de la oreja al hombre y tomó los mandos de la conversación.

—Virginia, soy yo, Miguel. Estoy aquí.

—¿Qué… qué haces aquí? —preguntó con la voz cortada.

—¿Me permites subir y te lo explico? —inquirió algo crispado.

Tras las horas de vuelo y el retraso, no estaba de muy buen humor. Lo único que le faltaba era mantener una conversación con ella por teléfono delante del portero.

—Sube —indicó Virginia.

—¿Lo ha oído? —le preguntó exasperado al portero—. Ya puedo pasar.

Cogió la maleta y la bolsa que llevaba en la mano y se encaminó hacia el ascensor bajo la atenta mirada, en silencio, de Jared.

Virginia esperaba a Miguel con la puerta del apartamento abierta, impaciente e intranquila. En cuanto lo vio aparecer, el corazón le dio un vuelco, pero el sentimiento del miedo era la principal emoción que le azotaba en aquellos momentos.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué haces aquí? ¿Mi familia está bien? ¿Ha pasado algo?

En los escasos minutos que tardó en subir el ascensor Virginia se hizo toda clases de preguntas. No atinaba a imaginar qué hacía Miguel allí, y sin avisar.

—Tranquila, tranquila. Todo está bien. No tienes por qué alarmarte. —La tomó de la mano e

intentó tranquilizarla mientras la miraba a los ojos por primera vez después de tanto tiempo. Deseó besarla y estrecharla contra su cuerpo, pero decidió que no era la mejor opción. Tenía un plan trazado y pensaba acatarlo. Se jugaba demasiado.
—Tú estás aquí sin avisar. Algo no va bien —comentó Virginia, intranquila, revolviéndose el pelo mientras Miguel cerraba la puerta del apartamento.
La admiró moviéndose por el amplio salón con solo una camiseta puesta. Clavó la mirada en sus perfectas piernas y luego en su cuerpo. Desde hacía meses fantaseaba con volver a tocar cada curva de aquella mujer.
—Todos en España están bien. No tienes de qué preocuparte —insistió para tranquilizarla.
—¿Por qué no me avisaste de que venías? ¿Qué haces aquí? —preguntó alterada.
—Te he llamado, pero no me has cogido el teléfono —comenzó a explicarse siguiendo su plan —. Cuando he llegado al hotel que tenía reservado, no estaba bien hecha la reserva y el hotel esta completo. Después de un vuelo con retraso y cansado, lo que menos me apetecía era buscar un alojamiento. Llamé a Víctor y me dio la dirección. Espero que no te importe que me quede. No será por mucho tiempo.
—¡¿Qué?! —preguntó atónita—. ¿Te piensas quedar aquí?
—¿Tienes algún problema? Víctor me dijo que la casa dispone de tres amplias habitaciones. Estaré fuera casi todo el día, he venido a un congreso de medicina. Ni te vas a enterar que estoy aquí.
—¡No lo puedo creer! —Virginia se llevó las manos a la cabeza y se movió por todo el salón. Trataba de ordenar sus pensamientos y asimilar aquella situación—. Voy a matar a Víctor —murmuró enfadada.
—No te enfades con él. Esta es su casa, creo que podemos quedarnos los dos —comentó con aire inocente.
—¡No estoy para tonterías! —bramó enfadada, mirándolo de forma desafiante.
Desde la noche en la que se acostaron, nunca más volvieron a estar solos con la clase de intimidad que los rodeaba en aquellos momentos.
—Esto es un caso de extrema necesidad. No iba a dormir en la calle —se justificó Miguel con un leve encogimiento de hombros.
—No me gusta tenerte en mi casa —le espetó de frente, con descaro.
—La casa es de Víctor —le rectificó con una sonrisa triunfante. Notaba lo crispada que estaba por tenerlo allí.
—Tengo pareja —le dejó claro. Estaba nerviosa y no atinaba ni a lo que decía.
—¿Vivís aquí juntos? —preguntó aparentando naturalidad.
—No.
—Bien. Entonces no hay problema alguno —resolvió con una enorme sonrisa de satisfacción—. Somos adultos. Creo que podremos afrontar esta situación con normalidad. —Virginia bufó, exasperada—. ¿No me vas a saludar ni con un beso ni un abrazo después de tanto tiempo sin vernos? Hasta donde recuerdo éramos amigos.
Virginia se aplacó un poco, reparó en aquella sonrisa radiante y perfecta que le mostraba y acudió, sin pensarlo demasiado, a los brazos abiertos de Miguel que deseaba recibirla en ellos más que nunca.
Se fundieron casi en un mismo cuerpo, Virginia se permitió aspirar su aroma. Era tal y como lo recordaba, y se sintió transportada a Madrid, junto a su familia y millones de recuerdos que se hicieron presentes.
Cuando notó que Miguel le recorría la cintura y la espalda con las manos, recordó que no llevaba

nada más debajo de aquella camiseta de Zack que se había colocado de prisa y corriendo cuando Miguel le dijo que subía. De inmediato, Virginia se separó de él, trató de normalizar la respiración, tenerlo tan cerca la había alterado, y cuando lo miró a los ojos el deseo que leyó en ellos la dejó sin habla. Tragó varias veces, con dificultad, carraspeó la garganta y suspiró.
—Al final del pasillo, la puerta de la derecha, allí puedes quedarte. Es una habitación amplia —le indicó con un gesto de la mano—. Yo voy a ponerme algo más decente para recibir a un invitado en casa. Perdón por el aspecto, pero no te esperaba —le dejó caer con cierto deje de retintín.
—Tú siempre estás maravillosa con lo que sea. Te ha sentado bien el aire de Nueva York. Estás más guapa —apreció perdido en ella. La admiró de arriba abajo y cuando fue a acercarse de nuevo Virginia lo dejó ahí plantado, desapareció en el pasillo y escuchó una puerta cerrarse.
Miguel se derrumbó en el sofá, cerró los ojos y suspiró consciente de que tenía una gran batalla por delante, pero al mismo tiempo estaba decidido a ganarla. Había llegado con su mejor artillería.
—¿Has cenado? —preguntó ella, sobresaltándolo de sus pensamientos. Se había colocado un chándal—. Podemos pedir algo. No tengo nada decente en la nevera que ofrecerte.
—¿Tú has cenado?
—Sí, hace horas. Estaba por irme a la cama cuando has llegado.
—Vaya, no recuerdo que en España te fueses a dormir ningún viernes a esta hora —comentó con tono jocoso.
—La vida aquí es diferente, los años pasan y acudir a demasiadas fiestas comienza a cansar. Tú sigues igual, ¿no? —No pudo evitar la pregunta con cierto tono de reproche.
—No creas. Algo ha cambiado en mí. Por fin puedo decir que sé lo que quiero en mi vida para siempre, aunque me ha costado darme cuenta. Las juergas ya están de paso —aseguró mientras la miraba de una forma que consiguió alterarla.
—¿Un vino y unos ganchitos? —propuso Virginia para relajar el ambiente.
—Acepto.
Miguel fue a levantarse para ayudarla a traerlo todo.
—No. Tú te quedas ahí. Vienes cansado de un largo viaje y no quiero que te quejes a mi cuñado de que no te recibí bien. —Le guiñó un ojo y se encaminó hacia la cocina. Él no insistió, estaba rendido.
Como todo un caballero, Miguel descorchó la botella y llenó ambas copas mientras Virginia echaba un paquete de ganchitos en un bol.
—Un brindis —anunció Miguel alzando su copa—. Por este reencuentro.
Virginia no dijo nada, se limitó a chocar la copa contra la de él y beber.
—¿Qué tal todo por España? Cuéntame cosas —lo instó con ganas.
—Todo bien. Tus hermanas felices, tus sobrinos muy grandes y el trabajo bien.
—Vaya, veo que nada ha cambiado en todo este tiempo en mi ausencia.
—Sí, algo ha cambiado. El factor común en todos los que te queremos es que te extrañamos muchísimo —reveló. Luego le dio un sorbo al vino y la miró con atención.
Virginia se revolvió incómoda en el sofá. Soltó la copa sobre la mesa y se paseó por la estancia. Tras escuchar que Miguel se había incluido en el lote de los que la querían se alteró.
—Yo también echo muchísimo de menos a mi familia y amigos. Sobre todo, a mis sobrinos, soy consciente de que me estoy perdiendo muchas cosas de ellos.
—¿Cuándo vuelves? —preguntó con sumo interés.
—Por ahora no me lo planteo a corto plazo. Me gusta mi trabajo aquí, la ciudad es una pasada y estoy saliendo con alguien.

—¿Es una relación seria? —preguntó mirándola con atención.
—Zack es maravilloso, lo que siempre he estado buscando.
—Bien, me alegro por ti —mintió mientras trataba de dominar la furia que sus palabras habían despertado en su interior.
—Miguel… yo me voy a la cama. Estoy muy cansada. Siento no ser una mejor anfitriona.
—¿Qué haces mañana?
—¿Tú no has venido a un congreso?
—Sí, pero comienza el lunes. Llegué antes de tiempo porque debo hacer varias gestiones que me encargó mi madre al enterarse de que venía a Nueva York.
Los padres de Miguel eran dueños de la importante firma de joyas, Durán, y tenían tiendas repartidas por todo el mundo.
—¿Cuánto tiempo vas a quedarte?
—Dos semanas —mintió de nuevo. No le pensaba decir que no había comprado el billete de vuelta.
—¿Dos semanas? —preguntó asombrada—. ¿Aquí?
—Si te molesto puedo buscar mañana mismo un hotel.
—No. Esta no es mi casa. Creo que hay sitio para los dos.
—Ni te vas a enterar de que estoy por aquí. Pero no me has respondido, ¿qué planes tienes para mañana?
—Pensaba levantarme a la hora de comer y pasar todo el día tumbada en el sillón.
—No seas aburrida. Te propongo un plan mejor. Vamos a recorrer Nueva York juntos.

69

En cuanto Virginia llegó a su habitación, cogió el móvil, abrió el grupo de WhatsApp que tenía con sus hermanas y las puso al tanto de la presencia de Miguel en Nueva York.

—*¡Me parece increíble que no me hayáis dicho nada!* —se quejó y les puso varias caritas de enfado—. *No me lo esperaba de vosotras. ¿Sabéis lo que ha supuesto ver a Miguel frente a frente después de tanto tiempo?* —Esperó unos minutos, pero no les contestaban. Volvió a insistir—. *No os lo voy a perdonar, a ninguna de las dos.*
Al cabo de otro par de minutos observó que Elena y Eva leían lo que había puesto y estaban escribiéndole.
—*¡¿Cómo?! ¿Miguel está en Nueva York?* —preguntó Elena.
—*Yo no sabía nada, te lo juro* —se excusó Eva.
—*Pues está aquí mismo, en el cuarto de al lado. Hubo un problema con su reserva en el hotel, se vio sin sitio y le pidió a Víctor quedarse aquí mientras arreglaba todo* —les explicó.
—*Mi marido no me ha contado nada* —le insistió Eva.
—*Yo he tenido una semana infernal de trabajo, apenas he visto a Martín* —dijo Elena.
—*¿Qué tal con Miguel? ¿Se va a quedar ahí contigo unos días? ¿Y qué dirá Zack?* —preguntó Eva.
—*Con Miguel bien, trato cordial. No podía echarlo. Este apartamento es de tu marido. Tendré que convivir con él hasta que arregle el tema del hotel. No sé cuánto tiempo se quedará. Y Zack… no sé… le diré que es un amigo de la familia. No puedo hacer otra cosa.*
—*¿Qué ha supuesto para ti volver a ver a Miguel? ¿Se han removido viejos sentimientos?* —preguntó Elena interesada. La conocía bien.
—*Ha sido impactante verlo sin saber que vendría. Ahora mismo no sé qué siento por él. Todos estos meses con Zack… Estoy hecha un lío. Yo no lo esperaba aquí.*
—*¿Y para qué ha viajado Miguel a Nueva York?* —preguntó Elena intrigada.
—*Me dijo que venía a un congreso de medicina.*
Ninguna de las tres se extrañó. Miguel solía hacer viajes de ese tipo por trabajo.
—*Hablaré con Víctor e intentaré sonsacarle más información* —escribió Eva.
—*Miguel puede pagarse el mejor de los hoteles de Nueva York. No entiendo que acudiese al apartamento de Víctor sabiendo que tú estás ahí. Si hubo un problema con la reserva del hotel y estaba lleno podría haberse ido a otro* —argumentó Elena.
Hasta ese momento que lo comentó su hermana, Virginia no cayó en ello. Suspiró e intentó buscar una explicación razonable, pero no la encontró.
—*Chicas, me voy a dormir ya. Me caigo del cansancio* —les anunció Virginia.
—*Ya nos cuentas qué tal va todo con Miguel* —le manifestó Eva con interés.
—*Te conozco, Virginia, ahora con Miguel ahí tus sentimientos se volverán un caos. Solo te diré que me gusta Zack para ti, pese a que sea la razón que te ha mantenido alejada más de lo previsto de España* —le reveló Elena.
—*Buenas noches.* —Les puso iconos de besos y se retiró de la conversación.
Pese a lo cansada que se sentía, Virginia dio vueltas en la cama durante tres largas horas, hasta que consiguió dormirse y dejar de pensar en el hombre que la perturbaba.

A la mañana siguiente, Miguel se despertó con un aroma a café recién hecho. No se molestó en deshacerse del pijama. Se levantó de la cama, en la que había dormido como un rey, y se dirigió al salón. El apartamento contaba con una cocina abierta, por lo cual, en cuanto puso un pie en el pasillo, al fondo, divisó a Virginia. Estaba haciendo café y tostadas. Se acercó con paso silencioso, iba descalzo, y la observó tomándose su tiempo. Ella estaba de espalda, pese a llevar un amplio jersey, Miguel admiró cada curva de su menudo cuerpo. No era muy alta, pero estaba muy bien proporcionada. Pese a estar muy delgada tenía un cuerpo de infarto.

Cuando ella se volvió para seguir con su tarea, se encontró con los intensos ojos verdes de Miguel. No lo esperaba, tuvo que hacer grandes esfuerzos para que no se le cayese el plato que llevaba en la mano. Se dijo que aún no había superado la impresión y los vuelcos que le daba el corazón cada vez que se cruzaba con aquel hombre.

—Buenos días, dormilón. Espero no haberte despertado al recoger un poco la casa y hacer el desayuno —se excusó.

—Buenos días, ¿siempre te levantas tan guapa? —admiraba su cara sin una sola gota de maquillaje. Al tener el pelo recogido en una coleta nada le impedía ver bien su maravilloso rostro.

—Bueno… ya hace casi dos horas que estoy despierta —le informó algo nerviosa. El simple comentario de Miguel la había alterado—. Y mira que pintas llevo. —Se dio un tirón del jersey y se tocó el pelo mal recogido.

Miguel la encontró más deseable que nunca. En su mente, jamás lo dijo en voz alta, la catalogaba como su diosa rubia. Aquellos ojos almendrados color miel lo atrapaban como no le había sucedido con nadie.

—Maravillosa como siempre. Un icono de la moda. Por cierto, estabas guapísima en la última campaña que hiciste de publicidad para tu empresa. Elena me dijo que cada vez os va mejor a ti y a Sara y que pronto vais a lanzar la línea de pulseras para hombres. Quiero una en cuanto salgan al mercado.

—La tendrás, pero no son tan elegantes como las que diseña tu madre.

Los padres de Miguel diseñaban joyas y relojes, tenían una gran aceptación a nivel mundial. La línea Durán era muy prestigiosa.

—De la firma de mi familia solo uso los relojes, siempre he considerado que las joyas les quedan mejor a las mujeres.

—¿Un café? —preguntó Virginia mientras sacaba dos tazas.

—Sí, solo. Por favor.

—Lo recuerdo, y con sacarina.

—Veo que tienes buena memoria. No te has olvidado de los gustos de quienes te importan.

Virginia apartó la mirada de sus intensos ojos, vertió el café en las tazas, los colocó en una bandeja ya preparada y se dirigió a la mesa del salón mientras intentaba mantener el equilibrio y no tirarlo todo. Se reprendía a sí misma ante estas reacciones de adolescente que tenía con Miguel. Se consideraba una mujer segura y estaba más que acostumbrada a los piropos y palabrerías de los hombres, pero con él todo era diferente. Conseguía afectarla y que apareciesen esas mariposas revoloteando en su estómago que le resultaban tan molestas. No quería sentirlas. Deseaba más que nunca que la presencia de Miguel no le alterase, pero desde que llegó había comprobado que todo con él continuaba como diez meses atrás.

Desayunaron mientras Virginia le contaba de qué trataba el programa en el que colaboraba y presentaba una sección. Miguel se interesó por su rutina en Nueva York mientras ella se sintió

muy cómoda contándole cómo era su vida desde que aterrizó en Estados Unidos.

***

Eva le hizo una visita inesperada a su marido en el trabajo. Entró en su despacho sin ser anunciada por la secretaria. La noche anterior estuvieron cenando en familia y no tuvo ocasión de sacar el tema. Necesitaba cogerlo distraído y que estuviesen a solas.
—Mi amor, qué sorpresa. Tú por aquí. ¿Ocurre algo? —preguntó preocupado cuando observó que Eva no se acercaba a él. Se quedó de pie, a una distancia prudente mientras lo medía con la mirada.
—Dímelo tú. ¿No hay nada que tengas que contarme?
Víctor se removió incómodo en el asiento e hizo memoria.
—Eh… no. ¿Qué pasa? No me gustan los rodeos.
—Miguel está en tu apartamento de Nueva York. ¿Me vas a decir que no sabías nada? —preguntó con cierto deje de desconfianza.
—Sí… me llamó ayer algo apurado porque hubo un problema con la reserva del hotel. Me pidió la dirección de mi apartamento para quedarse allí con Virginia. Se la di y le dije que se las arreglase con ella, si no le parecía bien que se quedase yo no me iba a meter en el tema —le mintió mientras maldecía a su amigo. Entre Eva y él no existían secretos, pero le juró a Miguel no desvelar su plan para conquistar a Virginia de nuevo.
—No me dijiste nada —lo acusó.
—Estábamos en casa con los niños, cuando los veo a ellos y a ti el resto del mundo desaparece. —Se levantó, fue hasta ella y comenzó a darle suaves besos en el cuello—. No me has dado un saludo en condiciones —murmuró en dirección a su boca mientras recorría las curvas de su cuerpo con las manos.
—No me distraigas, Víctor —dijo entre besos.
—Solo te estoy dando la bienvenida como te mereces. Hacía mucho que no venías por aquí. —Continuó besándola.
—Sé lo que pretendes, pero no vas a conseguir distraerme. No obtendrás nada de mí hasta que no me desveles todo lo que he venido dispuesta a saber. —Lo miró con una sonrisa triunfadora y Víctor supo que había ganado aquella batalla.
—No sé en qué momento te entregué toda mi voluntad —se quejó con una enorme sonrisa. Orgulloso de lo que sentía por su mujer.
—Dispara, mi amor. Y no te dejes nada por detrás.
—Miguel ha ido a Nueva York con la intención de conquistar a Virginia. Desde que Carlos se presentó en su despacho y le dijo que la iba a perder para siempre se dio cuenta de que es la mujer de su vida.
—Y él sabía que entre Virginia y Miguel… —intentó sonsacarle más información, ella ya sabía de aquella visita por Elena.
—Dudo que a Carlos Galván se le pase algo por alto. —Eva asintió dándole la razón a su esposo —. Te pido que no le digas nada a Virginia. Dejemos que Miguel haga su lucha. ¿Tú crees que tiene posibilidades?
—Yo pienso que Miguel es el gran amor de Virginia, pero también creo que ella ha hecho hasta lo imposible por olvidarlo en estos meses en Nueva York y Zack es un gran hombre en todos los sentidos. Pero si Miguel se lo curra y lo hace bien, puede que consiga ganarse su amor de nuevo y sean muy felices.

Víctor se acercó a Eva, le rodeó la cintura con los brazos y la admiró con orgullo.
—Yo debí hacerlo muy bien. Somos muy felices.
—No seas prepotente, la que lo hizo muy bien fui yo —comentó sonriente, perdida en los labios de su marido.
—Por eso te amo tanto. Y ahora, saciada la curiosidad por la que me has hecho esta inesperada visita, creo que ha llegado el momento de cobrármela —le anunció con descaro mientras le subía el vestido y comenzaba a sacárselo por la cabeza.
—Eres un sinvergüenza —murmuró Eva entre besos, sonriente—. Hacerle esto aquí a tu respetada mujer.
—Ni que fuese la primera vez, aunque hace tiempo que no lo hacemos en mi despacho o en el tuyo… Me tienes loco. —La besó y la arrastró hacia la mesa.
—Déjame decirte que comparto esa misma locura.

70

Virginia y Miguel estuvieron casi toda la mañana fuera. Recorrieron varias calles, comieron en un restaurante y terminaron paseando por Central Park. El apartamento estaba cerca y tenía unas vistas maravillosas al parque.
En todas las horas que pasaron juntos, Miguel se esforzó en recordar los buenos momentos que habían vivido ambos desde que se conocían. Tenía un plan trazado y lo estaba poniendo en práctica. Recuperar el amor de Virginia era su prioridad. Cada vez que la miraba sentía deseos de besarla y decirle todo lo que llevaba por dentro, pero al mismo tiempo se decía que no podía arriesgarlo todo. Ella estaba con otro hombre y permanecía en Nueva York por él, primero tenía que entrar de nuevo en el corazón de Virginia y que volviese a sentir por él todo lo que alguna vez le manifestó.
Sobre las cuatro Virginia le indicó a Miguel que tenía que volver a casa. Les había prometido a sus sobrinas gemelas que tendrían un *Skype* después de la cena de estas y no podía darles plantón. Hacía más de una semana que no hablaba con ellas, entre el trabajo y la diferencia horaria… Les prometió que de aquel día no pasaba.
—Yo pensaba invitarte a merendar y pasear con las luces de la noche.
—Si quieres puedes quedarte tú por aquí —le comentó a Miguel sentados en un banco.
—No. Iré contigo. Las vistas del apartamento son espectaculares y comienza a refrescar. La idea de una merienda en casa está bien. Podemos comprar algo —propuso—. Si no tienes plan, claro —añadió al ver la cara de sorpresa de ella.
—No. No tengo plan. Zack hoy tenía turno de doce horas y llega rendido a casa. Mañana tiene el día libre, le diré que tengo un invitado en casa y te lo presentaré. Podemos quedar para hacer algo los tres.
Miguel asintió. Tenía ganas de conocer al bombero en persona y saber con qué clase de rival contaba.
Se levantaron y comenzaron a caminar en dirección al apartamento.
—Todo es muy diferente a Madrid —murmuró Miguel junto al oído de Virginia mientras la abrazaba.
Él era un hombre muy cariñoso, quizá necesitaba abrazar y tener contacto con otras personas debido a todo el que le faltó cuando niño. Era hijo único y se había criado entre colegios privados e internados. Allí conoció a Martín, y desde los trece años eran como hermanos.
Virginia se refugió en su calor y caminó a su lado dejándose llevar.
—Sí —comentó con nostalgia. Echaba de menos a su familia, su trabajo y su vida en Madrid. Le hubiese gustado que todo continuase igual entre ella y Miguel, sobre todo después de aquella noche que pasaron juntos, de la cual nunca más volvieron a hablar. Siempre tuvo la esperanza de que hubiese nacido algo bonito si él hubiese puesto interés de su parte.
Cuando llegaron al apartamento, se deshicieron de las chaquetas y ambos se quedaron mirándose a los ojos, muy cerca.
El teléfono de Virginia los interrumpió, eran las gemelas dándole el aviso de que ya estaban preparadas delante del ordenador. Virginia conectó el suyo, Miguel saludó a Carolina y Eva y luego se excusó con que tenía que hacer una llamada a su madre.
Las niñas interrogaron a su tía sobre su nuevo novio y le preguntaron intrigadas qué hacía

Miguel ahí con ella. Una espontánea Carolina le soltó a su tía que a ella le gustaría más que fuese novia del tío Miguel, regresase a España y le diese un primito.
Cuando terminó la conexión con sus sobrinas había pasado casi una hora. Tras cerrar el ordenador Virginia vio que Miguel aparecía en el salón, le había dejado privacidad para que hablase con ellas. Él aprovechó para llamar a su madre y comunicarle que iba a pasar por uno de los establecimientos de Nueva York a retirar una joya.
—¿Todo bien? —preguntó Miguel acercándose a ella.
—Sí. Me echan de menos, y yo a ellas.
—¿Cuándo piensas volver? —preguntó con interés.
Virginia suspiró y se quedó pensativa. No tenía respuesta a esa pregunta.
—¿Qué te parece si nos damos una ducha y luego pedimos algo a domicilio para cenar? —le planteó cambiando de tema.
—¿Eso es una proposición? —preguntó Miguel con una enorme sonrisa, muy cerca de ella.
Virginia leyó el deseo en sus ojos, pero, de inmediato, sacudió la cabeza, deshaciéndose de esa loca idea, y se apartó de él mientras lo miraba con gesto contrariado.
—No digas estupideces.
—Solo era una broma —comentó con una enorme sonrisa y se disculpó con un gesto.
Virginia se marchó al baño que había dentro de su habitación y no se preocupó de qué hacía Miguel.
En todo el día, Virginia no recibió noticias de Eva. Por alguna razón necesitaba saber más sobre aquella inesperada aparición de Miguel en Nueva York. Tras una ducha rápida, la llamó y para su gran suerte atendió el teléfono Víctor.
—Querido cuñado, debo agradecerte el gesto que tuviste conmigo al avisarme de que Miguel se presentaría en tu apartamento —le dijo en tono mordaz.
—Lo siento, debí avisarte. Todo fue tan rápido… Mis disculpas, querida cuñada.
—Quedas perdonado, pero solo porque estoy enamorada de las vistas con las que disfruto a diario de tu apartamento. Es genial.
—Todo tuyo, siempre que lo necesites.
—Gracias, pero no vuelvas a hacerme algo así.
—Prometido.
—¿Puedes pasarme con Eva?
—Está liada con los niños que hoy no quieren dormir, pero si es urgente la llamo.
—No te preocupes, le dejo un mensaje de voz y que lo escuche cuando esté tranquila. No es nada importante.
—Cuídate. Y vuelve pronto. Todos te echamos de menos por aquí.

Pasada una hora, Virginia y Miguel se encontraban cenando delante de la televisión sobre la gruesa alfombra.
—Esta pizza está de muerte —elogió Miguel mientras masticaba y la degustaba con ansia—. Es la mejor que he probado en toda mi vida.
—Soy adicta a ella. La suelo pedir una vez al mes y como hasta reventar. Me recomendó el sitio una compañera de trabajo.
—Tendremos que pedirla de nuevo antes de que me vaya —anunció sin parar de comer.
—Mañana tendré que salir a correr para quemar todo esto. —Habían pedido una pizza muy grande.
—Mañana es domingo.

—Da igual. Hace tres días que no hago ejercicio.
Virginia era muy rigurosa con su figura. Era consciente de que salía en televisión y la imagen y aspecto físico eran importantes. En cuanto engordaba dos kilos se ponía a dieta estricta.
—Tienes una figura estupenda. Te lo puedes permitir. Aventuraría que no pesas más de cincuenta y cinco kilos.
—Cincuenta y dos —le rectificó.
—Estás más delgada de lo que te recuerdo.
—He perdido cinco kilos desde que llegué.
—Estás guapísima, no adelgaces más o parecerás una adolescente.
Virginia apenas llegaba al metro sesenta y cinco de estatura.
—Teniendo en cuenta que ya casi rozo los treinta, eso es todo un elogio —le dijo sonriente.
—Te faltan dos años para los treinta, si no recuerdo mal.
—Y a ti uno y medio para los cuarenta.
—Uy, esa cifra ya suena peor.
Ambos terminaron en carcajadas.
—¿Cómo conociste a tu novio? ¿Se enamoró de ti a través de la pantalla? —preguntó Miguel de golpe. Necesitaba saber más sobre el tipo de relación que la unía a Zack.
—No. Me salvó la vida. —Miguel la miró preocupado, desconocía aquello. Solo pensar que Virginia había estado en peligro le hizo darle un vuelco el corazón—. Un carterista le robó a la persona que estaba a mi lado, me empujó para huir y casi caí a la carretera cuando los coches pasaban y yo esperaba que el semáforo se pusiera en verde para el peatón —le explicó.
—¿Te ocurrió algo?
—Afortunadamente no. Zack evitó que cayese al suelo. Aun así, insistió en llevarme al hospital, pero me dijeron que no tenía nada.
—Lo ves como a un héroe —comentó con cierto deje de resentimiento.
—Lo veo como es. Un gran hombre, amable, atento, cariñoso y generoso. Me quiere y me valora como mujer como nunca nadie lo hizo antes. —No pudo evitar el comentario.
A Miguel no le pasó por alto la puya recibida.
—Entiendo, es el hombre de tu vida. Vais en serio. —Necesitaba que ella se lo confirmase.
Virginia solo asintió.
—¿Y tú, has encontrado a la mujer que logre quedarse en tu corazón? —preguntó con cierto resentimiento. Aún le dolía no haberlo conseguido ella.
En los meses que llevaba en Nueva York nunca se atrevió a preguntarle a sus hermanas si Miguel tenía una relación estable. Solo deseaba olvidarlo, pero ahora que estaban frente a frente necesitaba saciar su curiosidad.
—La cierto es que sí —le anunció con una sonrisa enorme. De inmediato, Virginia supo que era cierto. Jamás le había visto aquella expresión de felicidad en el rostro ni aquel brillo tan especial que desprendían sus ojos.
—Oh… ¿Y quién es ella? ¿Cuánto lleváis juntos? No sabía nada —atinó a decir mientras tragaba con dificultad e intentaba deshacer el nudo que tenía en la garganta.
—Es perfecta en todos los sentidos. Cada día estoy más enamorado. Lo cierto es que no llevamos mucho juntos, se podría decir que casi estamos empezando, pero sé que es la mujer de mi vida y no estoy dispuesto a perderla.
—Veo que ya tienes planes de futuro con ella.
—Sí. Tengo claro que deseo que sea mi mujer, la madre de mis hijos y formemos una gran familia —le especificó sin dejarle de prestar atención.

Virginia lo miraba seria, trataba de esbozar una sonrisa forzaba que le costaba mostrar. No esperaba aquello. Los sentimientos que se estaban despertando en su interior eran como un monstruo dormido y trataba de controlarlo.
—Me alegro por ti. Te mereces ser feliz. —Hizo un gran esfuerzo para decir aquello. No lo sentía en realidad. Tenía un nudo en la garganta, cierto dolor en el pecho, como si se lo estuviesen taladrando y no podía evitar el sentimiento de decepción y pérdida. No quería sentirse así, pero no podía controlarlo. Miguel había sido el hombre más importante de su vida y sabía que siempre lo querría de una forma especial—. Entonces este viaje no ha sido muy oportuno. Ahora estás lejos de ella.
—No creas. Es justo lo que necesitábamos, tiempo para ambos reconocer que no podemos dejar pasar al amor de nuestras vidas.
—Eh… bueno… Me la tendrás que presentar —atinó a decir. Estaba realmente impactada. Le acababa de reconocer que esa mujer era el amor de su vida—. ¿Tienes una foto de ella? Me gustaría conocerla.
—Creo que será mejor que te la presente en persona. Pero estoy seguro de que te gustará y la aprobarás. Sois muy parecidas, tiene tu edad —le reveló con una enorme sonrisa sin dejar de observarla al detalle—. Os llevaréis muy bien. Creo que seréis amigas y todo —aventuró mientras Virginia lo miraba seria.
Miguel estaba por dentro que no cabía de gozo. La actitud de Virginia la delataba y le hacía pensar que no le era indiferente. Aún le importaba como hombre. Tendría que esforzarse un poco más por averiguar qué sentía por él, pero algo le decía que la mitad del camino ya estaba hecho. No lo había olvidado por completo.
De repente, Virginia comenzó a recoger los restos de comida y lo llevó todo a la cocina.
—Bueno, me retiro a mi habitación. Estoy algo cansada y me duele un poco la cabeza —argumentó como excusa para marcharse cuanto antes. Necesitaba estar sola, cerrar los ojos y asimilar la noticia que acababa de recibir.
—Bien. Buenas noches. Si necesitas algo, no dudes en llamarme. Si no te importa me quedaré aquí en el salón un rato más.
—Como si estuvieses en tu casa.
Se dio media vuelta y se encaminó a su cuarto.
Miguel no dejó de observarla hasta que desapareció ante sus ojos. Aquello había sido algo improvisado sobre la marcha. Desde que supo que veía a Zack como a un héroe en su vida temía que fuese un rival demasiado fuerte. Los celos despertaban emociones y sentimientos que las personas ni siquiera saben que tienen en su interior, y eso pretendía él con Virginia.

71

A la mañana siguiente, cuando Miguel apareció en el salón, se le habían pegado las sábanas, el cambio horario lo tenía trastocado, se encontró con Virginia que llegaba de la calle. Cerraba el portón y la visión de verla en ropa de deporte ajustada y toda sudada lo puso a cien nada más verla. Deseó secar cada gota de sudor con sus propias manos mientras recorría su piel y fundirla junto a su cuerpo, pero lejos de ello tomó asiento y trató de frenar sus impulsos mientras se reprochaba mentalmente que llevaba demasiado tiempo sin sexo. Desde hacía algo más de dos meses no estaba con ninguna mujer y tener a la que deseaba tan cerca no ayudaba.
—¿Cuántos kilómetros has hecho, mujer? Parece que vengas de correr un maratón —comentó sin quitarle los ojos de encima mientras Virginia hacía algunos estiramientos de piernas sobre el respaldo del sofá.
—Necesitaba descargar tensión. Me he quedado como nueva.
—Te has quedado agotada. Solo espero que no me digas que vas a pasar todo el domingo en casa. Me gustaría volver a recorrer Nueva York y solo me resulta muy aburrido. ¿Qué me dices?
—Aquí el viejo eres tú. —Le guiñó un ojo y le hizo un gesto de burla con la lengua, sonriente—. Dame una hora y estaré lista y como nueva tras una ducha. ¿Qué te apetece visitar?
—Me gustaría subir al Empire State e ir a la Estatua de la Libertad.
—Me parece perfecto. Nos dará tiempo. Esta noche he quedado con Zack para cenar. Puedes venir con nosotros y te lo presento.
—No te preocupes. Lo que menos quiero es molestar. Comprendo que desees estar a solas con él.
—Me gustaría que lo conocieses, además él tiene ganas de conocer a mi familia y mis amigos.
—¿Y cómo me presentarás, cómo familia o amigo? —preguntó poniéndola en un aprieto—. Porque lo nuestro siempre ha sido algo complicado.
—Eh… sí. Creo que somos un poco de cada, ¿no? —contestó algo incómoda. La pregunta de Miguel había conseguido que en su mente apareciese la noche que se acostaron juntos y otras tantas veces que se besaron.
—Porque decirle que soy algo así como un ex…
Virginia lo fulminó con la mirada por aquel comentario que manifestó sonriente.
—No le veo la gracia —soltó crispada.
—No, si yo tampoco. Es la realidad a menos que tengas mala memoria.
—¿A qué viene esto? —preguntó molesta—. Nunca hemos hablado de un nosotros y no creo que sea el momento. Yo tengo pareja y tú también. Dejemos el pasado atrás y vivamos el presente —le reprendió.
—Tienes razón, discúlpame. Me apunto a la cena. Quiero conocerlo.
En realidad, lo que deseaba era alejarlo para siempre de Virginia, pero necesitaba conocer al enemigo para saber de primera mano cómo era su rival.

Desde que llegó a la Gran Manzana Virginia ya había visitado casi todos los lugares turísticos, pero hacerlo al lado de Miguel fue como recorrer cada sitio por primera vez. Él sintió lo mismo, había estado en Nueva York muchísimas veces, con sus padres, amigos… Pero hacerlo al lado de la mujer que amaba le resultó único. Lamentaba no poder abrazarla y besarla como le apetecía y

necesitaba, pero se repetía de forma constante que todo a su debido tiempo. Era consciente, más que nunca, que tenía que hacer las cosas bien o perdería a Virginia para siempre.
Cada abrazo y cada vez que Miguel tomaba de la mano a Virginia cuando pasaba por una multitud de gente para no perderla, ella sentía cierta electricidad en su cuerpo que hacía mucho no se activaba. Él siempre fue un hombre sumamente cariñoso, los gestos afectuosos con todas las personas le salían solos, pero Virginia sentía algo especial cada vez que la miraba y la abrazaba. Algo había cambiado, y ni ella misma sabía si era por parte de ella o de Miguel, le daba miedo hasta averiguarlo. Cuando lo miraba y recordaba que tenía pareja sentía como si un puñal le atravesase el corazón.
Durante aquel día se repitió en más de una ocasión que lo único que tendría para siempre de Miguel era una bonita amistad y complicidad. En el recorrido en barco hasta la Estatua de la Libertad, cada vez que lo miraba, tan guapo e imponente, se decía que fue muy bonito soñar con tenerlo en su vida, pero ya era hora de despertar y tomar conciencia de que su presente y futuro era Zack, el único hombre que sería capaz de enamorarla y olvidase de una vez por toda a Miguel, sus maravillosos ojos, su bonita sonrisa y aquel cuerpo de infarto que no tenía nada que envidiarle al de un joven bombero.

Virginia y Miguel llegaron en taxi hasta el restaurante donde habían quedado con Zack para cenar. Este último siempre se movía en moto por Nueva York, tenía una Ducatti por la que tenía verdadera pasión. A Virginia nunca le gustaron demasiado las motos, pero Zack estaba contagiándola y después de todos los paseos que dieron juntos en ella por la Gran Manzana aceptó que era el mejor medio para moverse y disfrutar del paisaje de la bulliciosa ciudad.
Previamente, Virginia habló por teléfono con su novio, lo puso al tanto de la visita que había recibido en su casa y le habló un poco de Miguel. Solo le dijo que era un buen amigo de toda la familia y que había llegado por asuntos de trabajo. No le reveló en ningún momento que él era el hombre por el que había estado pillada durante años y por el que huyó a Nueva York para olvidarlo.
Miguel y Virginia se encontraron con Zack en cuanto se bajaron del coche, él estaba en la puerta del restaurante con pintas de motero y un casco en la mano. Miguel repasó sus pintas informales de arriba abajo y luego miró su cara de niño bonito. Admitió que era un tío interesante, alto, corpulento, de ojos azules y con una coleta rubia mal peinada. No pegaba para nada con Virginia. Cuando vio que se acercó a él con paso decidido y le plantó un breve beso en la boca sintió como si le propinasen un puñetazo en el estómago del que le costó reaccionar. Pese a ello, no perdió de vista las manos del americano acariciando la cintura de Virginia y devolviéndole el beso mientras le decía algo al oído. Ver que ella le sonrió con complicidad le revolvió el estómago. Tenía que admitir que nunca en su vida había experimentado los celos que aparecieron en aquel instante.
Con la educación y saber estar que lo caracterizaba, para algo se habían gastado sus padres un dineral en los mejores colegios y educadores, se acercó a la pareja y miró a Zack forzando una sonrisa amable. De inmediato Virginia los presentó, Zack le extendió la mano y Miguel se la tomó a modo de saludo.
—Encantado, tío —le dijo Zack en un perfecto español que sorprendió a Miguel.
—¿Sabes español? —preguntó sorprendido.
—Mi madre y mi abuela son españolas. En mi casa no se habla inglés.
Miguel asintió con la bilis en la garganta, otro punto más a favor del americano. Lo miraba tratando de encontrarle algún defecto, pero a simple vista no encontró ninguno, cosa que le dio

coraje. Deseaba poder criticarlo por algo, pero hasta el momento no encontró con qué.
Pasaron al interior del restaurante, dejaron las chaquetas y demás pertenencias y los llevaron hasta la mesa que tenían reservada.
Miguel se encontraba en la situación más incómoda de toda su vida. Deseaba huir de ahí y no ver cómo el americano se comía con los ojos a Virginia y se deshacía en atenciones con ella. Cada vez que la acariciaba tenía ganas de arrancarle la mano.
Virginia no estaba cómoda, conocía a Miguel y las miradas serias y distantes que le dirigía a Zack la inquietaban. Lo estaba midiendo al milímetro y estaba segura de que luego pondría al tanto a Víctor y Martín, y este último a Carlos. Su padre aún la consideraba una niña indefensa y desconfiaba de todo hombre que se le acercaba. Estaba segura de que Miguel estaba actuando en esos momentos como un padre. Y calificaba como apto o no a Zack.
La mitad de la cena discurrió hablando de la profesión de Zack, muy a su pesar Miguel lo calificó de un buen bombero. Relató el último rescate que había realizado y comprendió que arriesgaba la vida a diario. Por su parte, Zack se interesó en cómo era la vida de un médico, pero Miguel no fue tan preciso como él. Se limitó a decirle que al ser el director de una clínica privada hacía más papeleo que operaciones.
Cuando estaban con los postres, Zack se interesó un poco más en la vida personal de Miguel, solo sabía que era amigo de la familia de Virginia desde hacía años.
—¿Has venido solo? —Miguel asintió—. ¿Tienes pareja, estás casado? —preguntó con naturalidad.
—Tiene novia, pero ella se ha quedado en España —dijo Virginia un poco molesta. Conocía a Zack y supo que estaba evaluando al hombre que convivía con su novia por unos días.
—Vaya, una pena. No la voy a conocer —comentó Zack.
—Bueno, no creas. Si todo sale como tengo planeado en breve la tendré a mi lado y recorreremos algunas calles de la ciudad como pareja —lanzó con una gran sonrisa. Dirigió la mirada hacia Virginia y vio que le cambiaba la cara.
—¿Ella… va a venir? —preguntó con la voz rota.
—Mi intención es marcharme de Nueva York con ella.
—No… no me habías dicho nada —comentó perpleja.
—¿Cómo se llama tu novia? —se interesó Zack.
—Yo la llamo mi pequeña —reveló Miguel con los ojos clavados en los de Virginia.
—¿Te encuentras bien? —preguntó Zack a su novia. Estaba pálida y tenía los ojos un poco vidriosos.
—Eh… sí, sí. Es que me he acordado de mi familia, amigos… Tener aquí a Miguel me causa nostalgia. No lo puedo evitar. Me gustaría que también estuviesen todos los demás.
Zack se acercó a ella la abrazó y le dio un beso. Miguel tuvo que desviar la mirada hacia el plato sobre la mesa y tragarse las ganas de irse de allí.
—Te tengo una sorpresa, no pensaba decírtelo hoy, pero en vista de que estás un poco desanimada… He conseguido dos entradas en primera fila para el jueves, un partido de baloncesto.
—Oh, eso es maravilloso. —Virginia sabía la ilusión que le hacía aquello. Ella no era aficionada a seguir los deportes, pero siempre había escuchado que no te podías ir de Nueva York sin presenciar un partido de baloncesto, el ambiente era increíble.
—No hagas planes para el jueves por la tarde —le dijo a ella—. Lo siento, tío. De saber que estabas aquí hubiese tratado de conseguir una más, pero ya no podré hacerlo —le indicó a Miguel algo apurado.

—No te preocupes, seguramente estaré cansado. Disfrutadlo vosotros.

Durante todo el trayecto de vuelta a casa en taxi Miguel no dijo ni una sola palabra. Se limitó a mirar por la ventana las luces de la ciudad mientras su mente giraba en torno al plan que tenía para recuperar a la mujer que amaba.
Cuando subían en el ascensor, Virginia, cansada de tanto mutismo le hizo la pregunta del millón.
—¿Qué te ha parecido Zack?
—Creo que trata de impresionarte a cada segundo. Sus rescates de héroe, las entradas para el partido…
—¿Acaso tú no impresionas a tu novia? —preguntó con cierto deje molesto.
—Yo solo deseo que se impresione cuando la mire y la bese —contestó rotundo.
Consiguió ponerle el vello de punta y que el corazón se le acelerase.
En cuanto pusieron un pie en el apartamento, Miguel se excusó con que tenía sueño y debía levantarse temprano. Se marchó a su habitación, se tumbó en la cama vestido y se paseó las manos por la cabeza, intranquilo. Que el americano fuese tan perfecto no estaba dentro de sus planes. Tenía como contrincante a un tío once años menor que él, con una profesión admirable y, pese a que le costaba reconocerlo, parecía un buen tío. Tenía que admitir que si no desease a Virginia para él sería el hombre indicado para ella.

***

Los siguientes tres días Virginia y Miguel solo se vieron cuando ella llegaba a casa por la tarde noche, y venía tan rendida que apenas tenían tiempo ni de hablar.
Él pasaba el día paseando por la ciudad, haciendo algunas compras y visitando las joyerías de su familia por encargo de su madre.
Miguel sentía que su plan de reconquistar a Virginia no avanzaba. En los últimos días solo habían hablado mientras cenaban, luego ella se retiraba a dormir. Maldijo el curso que estaba haciendo en aquella semana que la mantenía ocupada casi todas las tardes. Estaba deseando que llegase de nuevo el fin de semana para poder estar más tiempo con ella. Por otro lado, que estuviese tan ocupada y tenerlo que atender como invitado en casa tenía como ventaja que apenas veía al americano.
La mañana del miércoles Virginia tuvo que acudir al hotel Hilton a entrevistar a un jugador de fútbol americano. Tras finalizar la grabación se dio cuenta de que ese era el mismo hotel donde se desarrollaba el congreso al que Miguel le dijo que asistía. Se dirigió a la recepción y preguntó al personal en qué sala se llevaban a cabo dichas jornadas. Pensó que si leía en el programa cuando tenían un descanso podría tomarse algo con Miguel. El resto de la mañana lo tenía libre y no le apetecía volver a casa.
Para gran sorpresa de Virginia, le informaron de que en aquel hotel no se celebraba ningún congreso médico en aquella semana. Extrañada, se marchó. En el trayecto a casa pensó que igual había entendido mal el nombre del hotel que le dio Miguel.
Cuando llegó a casa se encontró con él delante del ordenador, en el salón, y en pijama. Su mente comenzó a atar hilos con rapidez y una furia descomunal se apoderó de ella. Cerró el portón de un sonoro portazo y se dirigió hacia él con la mirada encendida y las manos en la cintura, en actitud desafiante.
—¡Dime la verdad! —exigió saber—. ¿Qué coño haces aquí?
—Hoy las jornadas del congreso son de tarde. El avión del ponente se ha retrasado —explicó sin

alterarse.
—¿En qué hotel era el congreso?
—En el Hilton Midtown.
—¡Mientes! —bramó—. Vengo de allí de hacer una entrevista y me dijeron que no hay ninguna clase de jornadas médicas como me dijiste —lo enfrentó dirigiéndole una mirada cargada de reproche—. ¿A qué has venido? Ten el coraje y la valentía de decirme la verdad.
Miguel se vio entre la espada y la pared. Aún no podía decirle qué hacía realmente en Nueva York. Se levantó aparentando tranquilidad mientras su mente se movía con gran velocidad. Se paseó descalzo por el salón y la miró con media sonrisa. Le encantaba verla enfadada, cuando Virginia sacaba todo el genio que llevaba dentro lo ponía más que nunca. Era una verdadera tigresa.
—La verdad —repitió Miguel—. Bien, si es lo que quieres… Toma asiento. No sé cómo te vas a tomar lo que te voy a decir. —Ella se sentó, la mirada seria de Miguel logró inquietarla—. Tu padre vino a hablar conmigo y me puso al tanto de que tenías una relación seria con un americano. No le gustaba demasiado el hecho de que su hija se quedase aquí para siempre. Es cierto que no existe ningún congreso al que vaya a asistir. He venido a Nueva York a recoger la joya más preciada en mi vida, un compromiso con la mujer que amo. Y… me quedé aquí contigo porque quería comprobar que estabas bien y llevarle a tu padre información de primera mano. Es todo —le aclaró.
Virginia se quedó sin palabras para responderle tras escucharlo. Tomó una bocanada de aire y sintió una fuerte presión en la garganta como si se ahogase.
—Y… ¿has venido hasta aquí solo por un anillo de compromiso? Tus padres son dueños de una firma de joyas, estoy segura de que no tendrías problemas en la elección y envío —comentó de forma mordaz.
—Como te he dicho, es la joya más importante de mi vida. No podía delegar en nadie, tenía que venir yo mismo.
—Vaya… Estás muy enamorado —afirmó con un nudo en el estómago.
—Como nunca pensé estarlo. La amo —confesó con la mirada fija en ella.
Virginia sintió como si una espada le atravesase el corazón. Sus sentimientos la traicionaron y deseó ser la destinataria de aquella declaración.
—Bueno, creo que debo felicitarte. ¿Por qué no me dijiste la verdad cuando llegaste?
—Porque hubieses tardado dos segundos en contárselo a tus hermanas y quería que mi futura mujer se enterase de la sorpresa por mí.
—¿Elena y Eva conocen a la mujer que amas? —preguntó sorprendida.
—Sí —reveló con una amplia sonrisa mientras disfrutaba de todo aquello.

72

El jueves por la mañana Zack llamó a Virginia y le comunicó que se tenía que marchar a California. Un atentado en un edificio lo había derrumbado y muchas personas estaban sepultadas. Necesitaban ayuda y Zack, junto con otros compañeros, pusieron rumbo de inmediato al lugar del suceso. Sintiéndolo mucho, no podría acudir junto con ella al deseado partido de baloncesto. Le dejó las entradas y la animó para que fuese con Miguel.

A Miguel le encantó el plan de ir con Virginia solo. Era justo lo que necesitaba, estar con ella a solas y tener al americano lejos. Parecía que las cosas tomaban rumbo. Llevaba casi una semana en Nueva York y apenas había avanzado con la mujer que amaba. Cada vez le era más difícil no estrecharla junto a él y besarla como deseaba.

En el partido de baloncesto disfrutaron como nunca, gritaron, rieron y sufrieron en una final muy reñida. En medio de la emoción por el ambiente que se vivía en la cancha, Miguel y Virginia se abrazaron en un par de ocasiones, eufóricos. En el descanso del partido comieron algo y admiraron de cerca lo que era un verdadero partido de baloncesto en América, nada que ver con lo que se vivía en España.

Tras salir al exterior, una vez finalizado el partido, caía una leve llovizna y era de noche. Hacía frío y ambos repararon en que no llevaban paraguas. Se miraron, sonrieron y echaron a correr hasta la parada de metro más cercana. Miguel llevaba tomada a Virginia de la mano y ella se sentía feliz.

Mientras aguardaban la cola para entrar en el vagón del metro Miguel le susurró en el oído:

—Ha sido el mejor partido al que he acudido nunca. No sabes cómo lo he disfrutado a tu lado.

—No sabía que eras tan fan del baloncesto americano.

—No lo soy. Con el paso de los años he aprendido que el valor de las cosas en esta vida se lo da la persona con quien lo disfrutas.

Virginia lo miró sin saber muy bien cómo tomar aquellas palabras. Estaba claro que era un cumplido, pero ella lo percibió como una declaración. Sacudió la cabeza, le sonrió y se centró en entrar en el metro que los llevaría a casa.

De camino al edificio del apartamento, la boca de metro donde aparecieron estaba muy cerca, ya había dejado de llover, a Miguel se le antojó hacerse una foto juntos. Sacó el móvil y sonrieron abrazados como una pareja enamorada. Luego ambos admiraron la captura y de inmediato a Miguel se le ocurrió ponerla de fondo de pantalla de su teléfono.

—No creo que a tu novia le guste demasiado que la foto principal de tu teléfono sea esta —apreció Virginia mientras caminaban.

Miguel le tenía el brazo echado por el hombro y la retenía pegada a su cuerpo. Hacía frío y la quería proteger. Además, el suelo estaba resbaladizo de la lluvia que había caído.

—Yo estoy seguro de que le encantará —le rebatió convencido de ello.

—Ella no me conoce. A mí no me gustaría que mi pareja tuviese un fondo de pantalla abrazado a una amiga.

—Ella sabe que eres alguien especial para mí y que siempre te querré.

Virginia se paró en seco y lo miró sin separarse de él.

—¿Le has hablado de mí? —preguntó extrañada.

—Por supuesto, eres la mujer más importante de mi vida. Nadie tiene cabida a mi lado si no

comprende eso.
—Yo… mejor no pregunto más —comentó atónita. No entendía nada.
Miguel soltó una sonora carcajada, le besó el cabello con mimo, la abrazó más fuerte y así entraron en el edificio.
Jared les dio las buenas noches y los admiró sonriente.
En cuanto entraron en casa se cambiaron de ropa y se pusieron cómodos. Ninguno de los dos tenía ganas de irse a la cama.
—¿Una copa? —propuso Miguel—. Seguro que así entramos en calor. —Había pasado frío en el regreso a casa y se habían mojado.
—No suelo comprar alcohol, pero creo que quedan algunos restos de la última fiesta que celebramos aquí, el cumple sorpresa de una compi de trabajo.
Virginia abrió varios muebles y sacó un par de botellas. Miguel cogió refrescos, hielo y vasos mientras ella buscaba unas gominolas.
Sentados, al calor de la chimenea artificial que tenía Víctor en su apartamento, cómodos y relajados, aquello les pareció un verdadero lujo.
—Hacía mucho que no nos tomábamos una juntos —dijo Miguel recordando los viejos tiempos al mismo tiempo que movía la copa suspendida en el aire.
—Y han sido muchas —apuntilló Virginia.
—Siempre éramos los últimos en marcharnos de las fiestas.
—Desde que llegué a Nueva York he salido poco.
—Desde que te marchaste de Madrid el mundo de la noche comenzó a parecerme aburrido —confesó mirándola a los ojos—. Apenas he ido a fiestas.
—Eso será que te haces mayor y ya no aguantas el ritmo de vida de antes —comentó con una enorme sonrisa. Sabía lo que le molestaba que sacase a relucir la diferencia de edad que tenían.
Ante la cara seria de Miguel, que se esforzaba en ello, Virginia le hizo una burla con la lengua y estalló en carcajadas.
En venganza, Miguel se acercó y comenzó a hacerle cosquillas. Sabía que era su punto débil y la dejaba sin defensas. Ambos forcejearon tumbados en el sofá entre risas y una lucha que Virginia tenía perdida, Miguel era mucho más fuerte y la inmovilizaba con su cuerpo.
—Ríndete —le dijo sin parar de hacerle cosquillas—. Solo tienes que admitir que no me estabas llamando viejo.
Virginia se retorcía de risa debajo de él mientras trataba de zafarse de su agarre de forma inútil.
—¿Te tengo que recordar que tú también tienes cosquillas?
—Inténtalo.
—No quiero hacerte daño. Sé defenderme de un ataque. Mi padre me enseñó —consiguió decir sin parar de reír. Apenas le quedaban fuerzas.
—Creo que lo resistiré.
—Bien, dame una tregua. Te lo suplico. Un poco de aire.
Miguel accedió y dejó de hacerle cosquilla en las costillas.
Una hábil Virginia, aprovechó el descuido de su contrincante y lo tiró del sofá al suelo en un solo movimiento certero que cogió a Miguel completamente desprevenido. Cuando se dio cuenta su espalda tocaba el suelo y Virginia estaba a horcajadas sobre él y ahora era ella la que le hacía cosquillas.
—¿Sorprendido? —preguntó victoriosa.
—Mucho, pero nunca menosprecies a tu contrincante. En el momento menos esperado te puedo sorprender con lo que menos te esperes.

—Lo tengo controlado, gracias. Creo que he ganado. Ríndete.
—Será todo un placer hacerlo ante ti —confesó con una mirada ardiente posada en sus labios.
Virginia sintió que una corriente eléctrica la partía en dos y seguidamente notó los labios posesivos de Miguel sobre los suyos.
No era la primera vez que se besaban, pero lo recibió con más intensidad y ganas que nunca. El sabor de la boca de Miguel era único, no lo había olvidado, y su forma de besar era tan especial que la transportaba a otra dimensión. Siempre se dijo que aquel hombre tendría un máster oficial en besos, solo él sabía dejarla sin voluntad entre sus brazos cuando la besaba.
Ambos se enzarzaron en un beso que ansiaban, lo disfrutaron con ganas y saborearon cada rincón de la boca del otro como si no hubiese un mañana.
Jadeantes, alterados, excitados y con ganas de muchos más, de repente, tomaron conciencia de lo que estaban haciendo y de lo que iba a pasar si no paraban aquello. Miguel estaba decidido a continuar, pero Virginia se separó de él, lo miró con el rostro cargado de culpabilidad y vergüenza por lo sucedido y se levantó de su lado. Se recompuso el pelo, la ropa y trató de tomar aire y respirar antes de volverlo a mirar a la cara.
Miguel se quedó sentado en el suelo, la miraba en silencio mientras esperaba una reacción por su parte.
—Esto… esto ha sido un completo error, Miguel. Se nos ha ido la cabeza. Por Dios, ¿cómo ha podido ocurrir? ¿En qué estábamos pensando? —se reprochó a sí misma a la misma vez que lo encaraba.
Con el corazón a mil por hora, Miguel le extendió una mano, sin moverse de la posición que ocupaba, pero Virginia no se la tomó.
—Ven —la apremió con una mirada cargada de pasión.
—Será mejor que olvidemos esto —gritó escandalizada, moviendo la cabeza con un gesto de negación, mientras enfilaba con prisa el pasillo que la llevaba a su habitación.
Abatido, Miguel se dejó caer de espalda contra el suelo y se tapó los ojos con el brazo preguntándose qué estaba haciendo con Virginia. Se encontraba en la disyuntiva de ir tras ella y terminar lo que había comenzado y luego confesarle todo o seguir el juego un poco más, hasta que estuviese seguro de que los sentimientos de ella volvían a favorecerle.
Virginia llegó a su cama más confundida que nunca en su vida. No se explicaba lo que acababa de pasar con Miguel. Aquel beso le había servido para darse cuenta de que nunca lo olvidaría, de que siempre sería una marioneta en sus manos y de que por mucho que trató enterrar sus sentimientos por él, los había barrido de un solo plumazo al aparecer de nuevo en su vida.
Pero lo que la tenía tan desconcertada y confundida no eran sus sentimientos, sino la forma como la había besado, la pasión y la entrega que le transmitió. Solo habían bebido una copa, no estaban borrachos, y él la besó como si fuese la mujer de la que estaba enamorado. Lo había sentido pese a que se repetía una y otra vez que eran imaginaciones suyas.
Confundida como nunca antes, con los sentimientos a flor de piel y llorando como no recordaba haberlo hecho antes, así pasó la peor noche que recordaba. Mientras el hombre que deseaba estaba en la habitación de al lado.
No podía dejar de sentirse mal por Zack, lo había traicionado al besar de aquella forma a Miguel. Siempre consideró que no hacía falta una infidelidad física para engañar a otra persona. Había besos, gestos y complicidades que dolían mucho más que una noche en la cama sin que significase nada, por puro placer.
Desde que conoció a Zack se dio cuenta de que él era como el hombre que siempre deseó que fuese Miguel. Intentó enamorarse y perder la cabeza por él, pero solo consiguió quererlo

muchísimo y hasta ahora con eso le bastaba, pero después de sentir todo lo que le había provocado Miguel sabía que de nada servía diseñar a un hombre perfecto en la imaginación, el corazón traiciona en el momento menos esperado y se termina enamorada del hombre más imperfecto sobre la tierra, con todos aquellos defectos que se odian y aman a la misma vez, pero que sin ellos no sería la persona por la que se pierde la cordura.
Repitiéndose que tenía que centrarse en Zack y olvidarse de Miguel, un hombre comprometido y enamorado de otra, se quedó dormida casi al amanecer.

73

A la mañana siguiente, casi al alba, llamaron a Virginia de la cadena de televisión donde trabajaba. Debía cubrir unos informativos especiales sobre un grave incendio en un edificio.
Cuando Miguel se levantó encontró un papel en la puerta del frigorífico donde le decía que pasaría todo el día trabajando.
Los siguientes tres días apenas la vio. Solo venía a casa a dormir, pasaba todo el tiempo en la cadena de televisión informando sobre el estado de las víctimas y el suceso, que resultó de extrema gravedad.
Por su parte, Miguel pasó el fin de semana más aburrido de su vida. Se dedicó a reunirse con varias personas por encargo de sus padres, algo que no le hacía gracia en absoluto. No le gustaba el mundo de las joyas y los diseños. A él le llamaba salvar vidas, algo que echaba de menos desde que era director de una clínica privada. Su profesión como médico le resultaba más apasionante cuando estuvo en un hospital público como un médico más, pero cuando le ofrecieron el cargo de director se lo pensó mucho y decidió aceptar porque no se gustaba tener jefes. Tenía un carácter terco y dominante y cuando recibía una orden que no consideraba adecuada se rebelaba sin importarle las consecuencias.
Tras unos días de intenso y agotador trabajo rescatando a personas atrapadas, Zack volvió a Nueva York. Fue directo a su casa y pasó un día entero descansando sin moverse de la cama.
Virginia continuó trabajando como no lo había hecho antes desde que había llegado a Estados Unidos, no se sentía agotada, todo lo contrario. Estaba más viva y activa que nunca. Amaba su profesión y disfrutaba haciendo su trabajo, aunque en ocasiones este conllevase no dar buenas noticias, como en esos instantes.
Su jefe la felicitó por la gran labor realizada y el esfuerzo, y la recompensó con tres días de descanso en casa que Virginia agradeció. Zack se marchaba a una labor humanitaria en el Sahara y necesitaba tiempo para estar con él y despedirse. Ya habían hablado de ese viaje antes, era algo programado, estaría tres semanas ayudando a las personas necesitadas de aquel lugar. Un proyecto que a Virginia le apasionó e intentó apuntarse, pero al no ser americana no le permitieron ir en el mismo grupo que iba Zack. Le encargó que hiciese fotos y le enviase imágenes del pueblo saharaui, pensaba hacer un documental y enviárselo a Eva para que le buscase un hueco en la cartelera de la cadena. Deseaba ayudar de alguna forma ya que no iba a ser posible con su presencia. Ella se encargaría de concienciar a las personas que desconocían las condiciones en las que vivían para que enviasen ayuda y participasen en acoger a niños durante el verano y hacer que conociesen otra vida.
Cuando Virginia salió de trabajar, pese a estar agotada no fue a su casa. Allí estaría Miguel y desde la noche en la que se besaron no habían estado a solas y relajados, no le apetecía verlo. Algo en su interior, una clase de culpabilidad, la impulsaba a ir hasta Zack, no le iba a contar nada del beso, pero sentía que el hecho de ir con él era una forma de resarcir que lo había traicionado besando a otro hombre.
Zack era un tío maravilloso en todos los sentidos y lo que menos deseaba Virginia era hacerle daño de alguna manera. Le había dado tanto en los meses que hacía que lo conocía que sabía que lo querría siempre de una forma especial.
Después de pasar un par de horas en casa de Zack, relajados en el sofá cada cual contando lo que

habían sido aquellos días y sus planes para las siguientes tres semanas separados, él insistió en llevarla a casa. Se había hecho de noche y hacía frio. Virginia estaba cansada y llevándola él estaría allí en menos de quince minutos.
Como el hombre atento y educado que era, Zack insistió en subir con ella a casa y despedirse de Miguel. Virginia intentó hacerlo desistir de la idea, pero no pudo.
Ni siquiera sabía si Miguel estaría en el apartamento, solo se hablaban por breves mensajes en el móvil y aquel día se limitó a decirle lo que los anteriores, que llegaría tarde.
Cuando abrieron la puerta se encontraron con Miguel sentado en el salón. Tenía un ordenador delante y tecleaba con ganas. Al verlos se levantó y los miró. No sabía que Zack ya estaba de vuelta. Intentó que el recelo que le tenía no se le notase en la cara y forzó una sonrisa.
—¿Qué tal estáis? —preguntó por pura amabilidad, a él solo le importaba Virginia. La miró al detalle y sintió ganas de abrazarla y cuidarla. Tenía pronunciadas ojeras y se veía agotada.
—Han sido días difíciles, pero bien —anunció Zack mientras se dirigía a él y lo saludaba con un apretón de manos.
—Necesitáis un descanso —aventuró por decir algo. Lo que menos deseaba es que se fuesen a descansar juntos.
—Virginia lo tendrá. Yo no tanto, mañana mismo me marcho tres semanas a una labor humanitaria en la que llevo años con ganas de participar en el Sahara.
Cuando Miguel escuchó aquello casi dio un bote de alegría y comenzó a tocar las palmas, tuvo que hacer un gran esfuerzo para que el americano no notase las ganas que tenía de quedarse a solas con su novia para arrebatársela de una vez por todas.
—Espero que te vaya bien.
—Gracias. He querido subir para despedirme de ti, Virginia y yo llevamos toda la tarde juntos —reveló al mismo tiempo que esta información fue para Miguel como un golpe en el estómago—, pero supongo que ya no te veré más. Cuando yo vuelva ya no estarás por aquí. Espero que no sea la última vez que nos veamos y nos conozcamos más.
—Nos vemos en otra ocasión. —Miguel le extendió la mano, serio y distante.
—Tengo que recoger algo de ropa que tengo en tu habitación, voy a pasar por ellas —dijo Zack mientras se dirigía al cuarto de Virginia.
Miguel sintió que la bilis le subía a la garganta, imaginar al bombero conviviendo en aquel lugar con Virginia le revolvió el estómago.
Entre Miguel y Virginia se hizo un incómodo silencio cuando se quedaron a solas. Se miraron con intensidad, pero ninguno dijo nada.
Zack no tardó en aparecer, llevaba una mochila negra colgada al hombro y fue directo a despedirse de Virginia. Miguel se sintió incapaz de presenciar aquello y se alejó hacia las ventanas a contemplar el paisaje nocturno.
Se dieron un breve beso en los labios y un abrazo profundo mientras Miguel resoplaba por lo bajito.
—Cuida de ella mientras estés por aquí, tío —dijo Zack antes de salir.
—Lo haré, no lo dudes —afirmó Miguel mirándolo de frente. Luego desvió sus ojos verdes hacia los de Virginia y la acarició con ellos mientras le mostraba una sonrisa sincera.
Cuando se quedaron a solas Miguel estuvo a punto de ir hasta ella y estrecharla entre sus brazos y besarla como deseaba, pero supo que no era el momento. Se limitó a acercase, acariciarle el rostro con mimo y hacerle saber que estaba ahí.
—Deberías darte un buen baño y dormir. Si necesitas algo solo tienes que pedírmelo.
Virginia estuvo a punto de decirle que necesitaba tenerlo lejos y que desapareciese de su vida,

pero no lo hizo. No tenía fuerzas suficientes para discutir con él.
—Creo que voy a dormir dos días seguidos, con que no hagas ruido y no me molestes será suficiente.
Pasó por su lado y se refugió en la soledad de su habitación.

El día siguiente Virginia apareció por el salón a media tarde. Miguel había pasado la mañana haciendo recados, cuando ella se levantó vio varias bolsas de compras en la entrada. Él estaba preparándose un café.
—Fuera hace un frío de muerte. Han anunciado nieve para mañana.
—No pienso salir de casa en los próximos dos días, ni poner la televisión. Necesito relax en el sofá viendo series y películas.
—Bien, te haré compañía —comentó Miguel con la taza de café humeante en la mano. Se sentó junto a ella.
—¿Cuándo te vas? —le preguntó mirándolo con atención.
—En unos días. Estoy cerrándole unos negocios a mis padres. —No le concretó más, lo cierto era que no tenía comprados los billetes ni la intención de marcharse.
—¿Ya tienes el anillo? —preguntó con interés. Desde que le confesó que había venido a Nueva York a recoger la joya más preciada en su vida no dejaba de pensar en el dichoso anillo.
—Me gustaría que vinieses conmigo para elegirlo. Quiero estar completamente seguro de que es el adecuado. —Le siguió el juego disfrutando de ello.
Virginia lo miró sin creer lo que le estaba pidiendo.
—¿Yo…? —preguntó casi asustada—. Tu madre es diseñadora de joyas, es toda una experta. Pídele consejo, seguro que te asesorará mejor que yo.
—Me fío más de tu criterio. Tienes la misma edad que la mujer que amo, además, vuestros gustos son muy parecidos —insistió—. ¿Qué te cuesta? Hay una joyería Durán a dos manzanas. Vamos dando un paseo un día de estos que puedas —le propuso con naturalidad.
—Bueno. Está bien —accedió para que dejase el tema. Pensar que lo iba a acompañar a elegir el anillo de compromiso para otra mujer la partía en dos de dolor.
Se tumbó en el sofá y se arropó con una manta que tenía cerca. Solo quería cerrar los ojos y que pasase lo que las palabras de Miguel habían provocado en su interior.
—He estado de compras —le dijo Miguel con una sonrisa—. He comprado cosas para nuestros sobrinos. —Consideraba como tales a los hijos de Elena y Eva—. ¿Quieres ver los juguetes y ropa que les voy a llevar?
Lo dijo con tal emoción y sonrisa en el rostro que consiguió despertar el interés de Virginia, se incorporase y le prestase atención mientras dejaba atrás el tema del anillo.
Ella aprobó todo lo que había comprado, estaba segura de que les iba a encantar a los niños.
—Me vas a robar el papel de tía favorita —comentó risueña—. Tenía entendido que no te gustaban los niños.
—Tenía claro que no quería hijos. Eso es una cosa y que no me gusten los niños es otra —le aclaró.
—¿Sigues pensando igual? —preguntó mirándolo a los ojos con atención.
—No. Cuando estás enamorado hasta la médula lo quieres todo con ella, y más si sabes que adora a los niños y desea ser madre —reveló al mismo tiempo que no pudo contener el gesto de colocarle bien el pelo mientras la miraba con una sonrisa.
—Tengo muchas ganas de conocer a la mujer que te ha cambiado por completo.
—Lo harás muy pronto —aseguró.

Virginia no se atrevió a preguntar más. Le hubiese gustado sacar el tema del beso que se dieron días atrás, pero consideró que era mejor hacer como si no hubiese ocurrido.

74

Aquella noche Virginia llamó a Elena y Eva, por separado, y les reprochó que no le dijesen nada de la novia de Miguel. De ambas no obtuvo mucha información. Miguel se había puesto en contacto con ambas y les pidió que lo ayudasen. Las gemelas accedieron a ocultarle a Virginia la información que manejaban, la conocían bien y sabían que Miguel siempre sería el gran amor de su hermana.
Cabreada consigo misma, con Eva, Elena, Miguel y el mundo entero, Virginia apenas pudo dormir en toda la noche. Se sentía traicionada porque sus hermanas no le habían contado nada sobre la novia de Miguel. Al mismo tiempo se sentía frustrada porque ninguna se extendió en más información que la que le dio Miguel.
Se repetía una y mil veces que dejase de pensar en el tema, pero le era imposible. Necesitaba conocer a la mujer que había logrado enamorar a Miguel Durán como no lo consiguió ella en años por más que lo intentó.

Unos leves toques en la puerta despertaron a Virginia. Somnolienta se revolvió en la cama y vio que Miguel entraba en la habitación.
—¿Te encuentras bien? Son las tres de la tarde y como no te has levantado me tienes preocupado.
Virginia se incorporó un poco en la cama, él tomó asiento cerca y le pasó la mano por la mejilla.
—Sí. Estaba agotada. —No le dijo que no había pegado ojo en toda la noche.
—Puedes seguir durmiendo, pero ahí fuera hay un paisaje maravilloso. Está todo nevado y es precioso admirar las vistas desde el salón —anunció entusiasmado—. ¿Qué se hace un día como hoy en Nueva York? —preguntó Miguel. Hacía demasiado frío y había mucha nieve como para salir a la calle.
—Quedarse en casa en el sofá viendo la televisión y disfrutando del día tumbado, como cuando estábamos enfermos de pequeños y no íbamos al colegio.
—Eso harías tú. Yo pasé la infancia en internados y cuando estaba enfermo me enviaban a la enfermería.
—Pues te perdiste unos de los mayores placeres de niños, cuando tu madre o tu padre decía que no se iba al colegio porque tenías unas décimas de fiebre. Tengo que confesar que algunas veces me ponía delante de la estufa para que se me calentase la frente y luego cuando conseguía no ir a clase ese día y estaba sola saltaba en la cama.
—No lo puedo creer —comentó Miguel con una gran carcajada—. Espero no tener unos hijos que me tomen el pelo así. —La miraba y cada día la amaba más. Se preguntaba qué coño había hecho en todos los años pasados para no ver la gran mujer que era y dejarla marchar.
—¿Qué te parece si hoy volvemos a ser niños? —propuso con entusiasmo Virginia.
—Enséñame cómo de divertido puede ser todo un día encerrado en casa —la retó con una enorme sonrisa. Pasar un día a solas con ella era el mejor plan que se le ocurría.
—Hay varias reglas. No podemos quitarnos el pijama en todo el día, darle una paliza al sofá, manta, infusiones calientes y televisión de fondo. Como excepción podemos comer palomitas.
—Me encanta el plan. —Le acarició el rostro con la mirada y luego posó los ojos en los labios de Virginia. Se le antojaba besarla, pero arruinaría todo. Prefirió ir con paso seguro—. ¿Qué

película propones ver?
—Como nos hemos transportado a la niñez, a mí me encantaba ver *Solo en casa.* ¿Qué te parece? No me digas que no te gustaban esas películas. Yo las he visto mil veces y me sigo riendo con ellas.
—Me parece bien. No las he visto.
—¡¿Cómo que no?! —preguntó escandalizada. Se incorporó más en la cama y lo miró con atención—. ¿Es cierto?
—Te lo juro.
—Vamos a remediar eso ahora mismo. —Lo tomó de la mano y tiró de él fuera de la habitación —. No has tenido niñez si no has visto las películas de *Solo en casa.* —Miguel la admiró mientras la seguía y se le hinchó el pecho de orgullo—. Haz palomitas mientras yo busco las películas —le ordenó sentándose en el sofá y encendiendo la televisión.
—A sus órdenes, señorita. Hoy soy todo tuyo. —La miró desde la distancia, estaba metiendo las palomitas en el microondas y dijo para sí mismo—: Hoy y siempre.
—Lo vas a pasar tan bien que desearás volver a tener ocho años.
—No me cabe la menor duda.

Después de tres horas delante de la televisión, en la que rieron y disfrutaron como dos niños pequeños, Miguel echó de menos no haber tenido aquello años atrás. No recordaba haber visto ninguna película con sus padres en el sofá de casa. Había tenido todo lo material que un niño podía desear, pero esos detalles y vivencias le faltaron.
—Gracias por una tarde maravillosa que no olvidaré jamás —le agradeció Miguel cuando apagaron la televisión y contemplaron tras las grandes ventanas que continuaba nevando.
—De nada, siempre es un placer dar risas y felicidad a los demás. ¿Qué más te perdiste en tu niñez? —se interesó.
—Supongo que muchas cosas como estas. En parte envidio a Martín, él ahora lo está recuperando todo con sus hijos.
—Cuando los tengas tú también lo harás —anunció con cierta pena de no ser ella la madre de sus hijos.
—¿Y tú, que?
—Yo… —No entendió su pregunta.
—Si deseas tener hijos pronto. Me consta todo lo que disfrutas y quieres a tus sobrinos.
—Bueno… Para Zack y para mí aún es pronto hablar de hijos. —Cuando nombró al americano Miguel sintió como un fuerte puñetazo en el estómago—. Estamos en la fase en la que nos planteábamos vivir juntos —reveló para sorpresa de Miguel que la miró con incomodidad.
—¿Qué te apetece cenar? —Decidió cambiar de tema. Tenía todas las intenciones de que el hombre con el que se marchase a vivir fuese él.
—¿Un revuelto de verduras? Tengo uno en el congelador que está de muerte.
Miguel asintió. No tenía apetito, pero no le apetecía seguir hablando de Zack. Cocinar y comer era una buena distracción.
Mientras cenaban, Miguel le daba vueltas a la comida del plato algo incómodo, Virginia lo observó y se atrevió a hacerle una pregunta que nunca le había hecho hasta el momento.
—¿Qué ocurrió en tu matrimonio para que quedases tan herido y renunciases durante tantos años a tener una pareja, volver a casarte y formar una familia?
Miguel siempre había sido muy hermético con ese tema, Martín era el único que conocía lo que realmente pasó con su ex, Paola, y todo lo que sufrió tras separarse de ella.

—Paola me dejó ocho meses después de nuestra boda. Fuimos novios durante cuatro años. Nos casamos enamorados, al menos yo. Un día me dijo que había conocido a alguien y que quería el divorcio. Pensé que se trataba de una broma, pero lejos de la realidad me encontré con que llevaba tres meses liada con su profesor de yoga. Como un imbécil le rogué para que no me dejase. A los cuatro meses de separarnos me enteré de que estaba embarazada. Tenía con otro todo lo que yo había soñado con ella. Me fui a España, no soportaba estar en la misma ciudad que ella. Necesitaba distancia para olvidarla y curar todas las heridas que me había provocado. No me imaginaba una vida sin ella, había construido en mi mente una familia junto a Paola y de la noche a la mañana recibí el palo más grande que te puede dar la vida. A raíz de todo eso juré que jamás le entregaría mi corazón a otra mujer ni me permitiría volver a sentir algo tan profundo y real por nadie.
—Comprendo —dijo Virginia compadeciéndolo. Lo miraba con pena y con ganas de abrazarlo y consolarlo. Se veía afectado por todo lo que le había contado—. Me alegro que por fin hayas encontrado a la mujer que te haga olvidar todo ese dolor.
—Ella me ha hecho volver a sentir como pensé que nunca podría hacerlo —confesó con orgullo mientras la admiraba—. ¿Brindarías conmigo por la mujer que amo? —le preguntó llenando de vino blanco ambas copas casi vacías.
Virginia se sintió fuera de juego, aceptó sintiéndose una estúpida y alzó la copa para chocarla con la de Miguel.
—Por volver a sentir —dijo Miguel.
Ella le sonrió y bebió de la copa con dificultad. Tenía la garganta cerrada.
Miguel la miraba sonriente, feliz. Disfrutaba del vino mientras que a ella le sabía a veneno.

El día siguiente se presentó igual, frío y con nieve, pero Miguel estaba cansado de estar en casa. Se las ingenió para conseguir dos entradas para el musical de *Matilda* en lugares privilegiados. Llamó a su madre y le hizo que moviese algunos de sus contactos en la Gran Manzana.
—Tengo un plan para hoy y no puedes decirme que no. Creo que te encantará.
—¿De qué se trata?
—Continuaremos con nuestra infancia, pero tendremos que salir —le anunció con misterio.
—¿Qué has pensado? —preguntó intrigada.
—Vamos a ir a ver el musical de *Matilda*.
—Oh, no lo puedo creer. ¿De verdad? —preguntó emocionada. Desde que había llegado a Nueva York aún no había acudido a ninguno, y era algo que estaba deseando hacer. Y *Matilda* era uno de sus libros y películas preferidas de la infancia.
Emocionada, se levantó y abrazó a Miguel en agradecimiento al gesto. Él le correspondió y se demoró en ello, permitiéndose tenerla pegada a su cuerpo y sintiéndola tan cerca. Aspiró su aroma y le dio un casto beso en la mejilla.
—Te ha gustado mi sorpresa.
—Gracias. No me digas que no has visto la película o leído el libro.
—Vi la película con las gemelas de Elena —confesó.
—¿Y eso? Lo ignoraba.
—Un día fui a verlas y me engatusaron.
Ambos estallaron en carcajadas.
—Igual *Matilda* ya te cogía un poco mayor en tu época de niño, se publicó a finales de los ochenta —comentó Virginia sonriente.
—¡Qué te gusta remarcar que soy mayor que tú!

—¿Tienes un problema con la diferencia de edad?
—Ya no. No si tú no lo tienes.
Virginia no lo entendió muy bien, pero estaba tan contenta con acudir a ver el musical que fue a cambiarse sin pensar demasiado en el significado de las palabras de Miguel.

Cuando volvieron del musical venían helados. Había oscurecido y en la calle hacía un frío de muerte. Iban bien abrigados, pero ni así consiguieron resguardarse de las temperaturas bajo cero que había en la ciudad.
En cuanto llegaron al apartamento Virginia se fue directa al sofá, encendió la chimenea eléctrica y se rebujó bajo una manta.
—¿Qué haces? —le preguntó a Miguel cuando lo escuchó trastear en la cocina—. ¿No tienes frío?
—Voy a hacer chocolate caliente, y por aquí vi esta mañana una bolsa de cruasanes que mojados nos van a sentar de vicio.
A Virginia se le hizo la boca agua. El chocolate era su perdición y Miguel lo sabía.
—Oh, por favor, qué cosa más rica. Tú sí que sabes tentarme.
Miguel le sonrió desde la isla de la cocina como un verdadero diablo mientras pensaba que Virginia no tenía ni la menor idea qué clase de tentaciones le faltaban por probar junto a él.
Saborearon juntos el chocolate caliente con los cruasanes, se pusieron morados. Ambos estaban hambrientos. No habían comido nada desde el desayuno.
—Esto está buenísimo —lo elogió Virginia con la boca llena de chocolate y los dedos. Se había puesto perdida al comer, pero lo estaba disfrutando como una niña.
Al mismo tiempo Miguel la admiraba y sentía que la amaba cada día más. Soltó su taza sobre la mesa y se acercó a Virginia, con la yema del dedo le limpió las comisuras de los labios, llenas de chocolate. Luego, bajo la atenta mirada de ella, se llevó el dedo a su boca y se lo relamió a conciencia.
—Has hecho que me transporte a las noches en el internado cuando Martín y yo nos colábamos en la cocina y nos tomábamos un chocolate caliente a escondidas. No todo fue tan malo allí —admitió perdido en los recuerdos de años atrás.
—Me agrada que me cuentes cosas de tu pasado. Siempre has sido tan hermético… Me gusta conocerte más.
—Y a mí me gustas tú —confesó perdido en ella.
Le tenía las manos cogidas entre las suyas. Virginia se quedó inmóvil, sin saber de nuevo como tomar sus palabras. Él se llevó sus manos a la boca y comenzó a lamer el chocolate esparcido en ellas.
Virginia fue incapaz de retirarse de su contacto. Las sensaciones que la boca de Miguel provocaba la tenían con el corazón a punto de salírsele por el pecho. Verlo con el mimo y la dulzura con la que besaba sus manos la debilitó hasta el punto de creer desmayarse allí mismo.
—Te has puesto perdida, señorita —murmuró él sobre su piel sin retirarse.
—Será mejor que me lave las manos —resonó la voz nerviosa de Virginia mientras intentaba huir de él.
Miguel no dejó que se alejase ni un milímetro. La miró con intensidad y clavó sus ojos verdes en los labios de la mujer que amaba. Sentía una necesidad casi salvaje de asaltarla y devorarla. Estaba loco por volverla a besar y perderse en ella. Se acercó sin pensarlo más, decidido. Posó sus labios firmes y seductores sobre los de Virginia y no se detuvo, todo lo contrario, aceleró.
Ambos se besaron con ganas en un beso profundo, saboreando sus bocas y grabando en los

recuerdos aquel instante.
—Miguel… —murmuró Virginia sobre sus labios, incapaz de separarse de ellos. Eran demasiado adictivos y los había anhelado durante años.
—He sido un completo estúpido durante todos estos años. Espero que algún día puedas perdonarme —confesó sin dejar de besarla con ansia.
Como si le hubiesen echado un jarro de agua fría encima, Virginia se separó de él de inmediato y lo miró asustada. Trataba de concienciarse a sí misma de que aquello no era un sueño.

75

De repente, el timbre de la casa sonó con demasiada insistencia, como si hubiese un incendio en el edificio. Miguel salió disparado hacia la puerta y abrió de inmediato. Virginia se quedó en el sofá, donde estaba. Era incapaz de moverse. Las palabras de él la habían dejado sin capacidad de reacción ante nada.
—Perdón, necesito su ayuda, señor Durán —dijo Jared, el portero del edificio, de forma abrupta y alterado. El hombre tenía la cara bañada en sudor y los ojos desencajados.
—¿Qué ocurre? —preguntó Miguel preocupado. No tenía confianza con él, tan solo lo saludaba cada vez que salía o entraba en el edificio durante las dos semanas que llevaba allí.
—¿Te ha pasado algo? —Virginia se acercó y lo tomó por el brazo.
—El señor Ferrer me dijo que usted es médico y que le pidiese ayuda. —Miguel asintió—. Mi hermano pequeño ha sido herido en una pelea, le han dado un navajazo en la pierna y sangra mucho. No tiene seguro médico ni papeles.
—¿Dónde está tu hermano? —se interesó Virginia con preocupación.
—Abajo, en mi apartamento de la portería.
—Bien, vamos a verlo —dijo Miguel de inmediato—. Voy a coger mi maletín.
Bajaron en el ascensor con el portero y este los llevó hasta el lugar donde se encontraba su hermano. Estaba casi desmayado en el sofá de la entrada. Había sangre por el suelo y la herida no tenía buen aspecto.
Miguel rompió el pantalón, limpió la herida y lo curó con rapidez. Envió a Jared a comprar unas medicinas y llevó a su hermano hasta la cama, donde estaría más cómodo. Le indicó que debía tener reposo durante unos días y que estaría pendiente de la herida. No era tan grave como en un principio aparentaba.
—Déjalo dormir y si le sube la fiebre o empeora no dudes en subir y llamarme de nuevo —le indicó a Jared cuando volvió.
—Gracias, señor. No sé cómo le voy a pagar esto que acaba de hacer. —Estaba muy apurado.
—No te preocupes. Hiciste lo correcto en venir a buscarme.
—Gracias a los dos por todo —les dijo Jared tomándoles las manos con un gesto de cariño.
Cuando Miguel y Virginia volvieron a casa era casi de madrugada. No hablaron del tema que habían dejado a medias antes de la interrupción del portero. Virginia necesitaba estar a solas y no sentirse abrumada por la presencia de Miguel para pensar bien y poner en orden todo lo que había pasado.
—Me voy a dormir, estoy rendida —murmuró ella.
—Bien, que descanses. —Miguel apreció sus leves ojeras y la dejó marcharse. Se dijo que ya tendría tiempo al día siguiente de hablar sobre ellos.

A la mañana siguiente, cuando Virginia se levantó Miguel no estaba en casa. A los pocos minutos llegó con una bolsa de bollería recién hecha para desayunar.
—Pensé que dormirías más, por eso no te dije que bajaba por unas magdalenas y dónuts.
—Tú quieres que yo engorde —murmuró haciéndosele la boca agua cuando vio el manjar que Miguel le ponía por delante.
—Yo solo quiero verte disfrutar. Sé todo lo que te gustan los pasteles y el chocolate y la fuerza

de voluntad que tienes para no comprarlos y mantener el tipazo que mantienes, pero un día es un día.
—Te recuerdo que ya son varios. Las pizzas, el chocolate caliente de ayer… —enumeró al mismo tiempo de que no dijo nada más. Recordó la escena de él relamiéndole el chocolate de los dedos y el posterior beso y no supo cómo abordar aquello con Miguel.
—Podemos salir a pasear para bajar las calorías —propuso—. ¿Qué te parece si me acompañas a hacer un recado especial?
—¿Qué tienes que hacer? —preguntó ella con interés.
—Escoger un anillo. Ayer me dijiste que me ayudarías.
—No creo que sea la persona indicada para ello —dudó.
—Yo creo que eres la perfecta. Vamos, termina el desayuno que tenemos una cita a las doce en Durán.
Virginia lo miró con ganas de gritarle todo lo que llevaba por dentro, pero se conocía bien y sabía que una vez comenzase no habría nadie que la parase.

Entraron en la joyería Durán como dos personas cualesquiera, había más gente y las dependientas los atendían. Hicieron tiempo hasta que les tocase el turno y mientras miraron todas las vitrinas. Se dedicaron a las de los anillos. El lugar era muy grande, amplio y luminoso.
—¿Qué estilo te gusta? —le preguntó Miguel con interés.
—¿No lo tienes elegido? Pensé que veníamos a que te diese mi opinión —casi le reprendió.
—La verdad es que no tengo ni idea. Quiero acertar de lleno y por eso he querido que lo elijas tú.
—Igual mi gusto y el de ella…
—Ella es como tú, lo que te guste le gustará. Si fuese para ti… ¿cuál escogerías? Dímelo con sinceridad —le insistió con descaro.
—Para mí un anillo de compromiso es algo especial. Me gusta algo así.
Le indicó una joya de oro blanco con una piedra deslumbrante en el centro.
—Ese anillo es maravilloso. Un símbolo de amor sin lugar a dudas —resonó la voz de la dependienta tras ellos, que no les había perdido la pista desde que pisaron la joyería. Daban la imagen de la perfecta pareja adinerada que iban a dejar una buena fortuna en alguna joya.
—Gracias —indicó Miguel, sonriente—. ¿Nos lo podría sacar de la vitrina para que escojamos la talla adecuada?
—Por supuesto, pasen por aquí conmigo.
La dependienta los llevó a un lugar con más intimidad, les ofreció asiento y fue en busca de las joyas. Cuando colocó varios anillos del mismo modelo sobre un tapete negro de terciopelo les dijo:
—Solo tenemos estas tres tallas disponibles en tienda. Si necesita otra la podemos pedir. Puede probárselos —animó a Virginia.
—Oh, no. Yo no… —Miró a Miguel con los ojos muy abiertos.
—Por favor, pruébatelos. Ella tiene la misma talla que tú.
Virginia lo miró con ganas de asesinarlo. No podía creer que después de besarla la noche anterior tuviese el descaro de hacerla pasar por aquello.
—Yo creo que este le va a quedar perfecto —indicó la dependienta ofreciéndole el anillo.
—¡Miguel! Pero mira que eres descarado, entras en tu propia tienda como un cliente más —dijo una voz masculina a sus espaldas.
Era el encargado de la joyería. En los días que llevaba en Nueva York había tenido un par de reuniones con él en nombre de su madre.

—Señor Brown, un placer verlo de nuevo. —Se levantó y le extendió la mano.
La dependienta se centró en Virginia. Le tomó la mano con delicadeza y le probó el anillo.
—Le queda maravilloso —aseguró con una amplia sonrisa.
—Sí. Es la talla —comentó Virginia admirando la joya con incomodidad.
Miguel se volvió, admiró el anillo en la mano de la mujer que amaba y lo aprobó con una enorme sonrisa.
—Nos lo llevamos —le ordenó a la dependienta.
Mientras lo envolvía, Miguel presentó a Virginia al señor Brown. El hombre se deshizo en elogios hacia su belleza y en un error les dio la enhorabuena por el compromiso.
La dependienta les entregó el anillo perfectamente envuelto y Miguel y Virginia salieron de la tienda. Él iba feliz, ella echa una furia.
—¿Contento? —preguntó en tono mordaz y una mirada reprobadora.
—Mucho —afirmó con una amplia sonrisa.
—Me alegro —murmuró enfadada y comenzó a caminar con energía—. Me voy a casa. Tengo frío —mintió. En realidad, hervía por dentro, pero necesitaba tumbarse en la cama, arroparse y llorar como una imbécil.
—Pues vayamos a casa.
—Tú puedes quedarte haciendo más compras. No es necesario que estés pegado a mí como una lapa —comentó crispada y con mal genio.
—Es mi lugar favorito en el mundo.
De repente, Virginia se paró en seco y lo encaró.
—¿A ti qué coño te pasa? —bramó—. Acabas de comprar un anillo para la mujer que supuestamente amas.
Miguel asintió sin remordimiento alguno.
—¿Qué problema hay? —preguntó con fingida inocencia.
Virginia bufó, resopló, alzó las manos y lo dio por imposible.
—¡Ninguno! —gritó unos pasos alejada de él, exasperada y sin saber cómo abordar todo lo que le bullía por dentro.
Cuando llegaron a casa Miguel insistió en pedir comida china para almorzar, Virginia no tenía apetito, pero él se empeñó y consiguió sacarla de la cama donde se metió desde que regresaron al apartamento.
—Podemos ver una película. No me digas que vas a volver a la cama —le propuso Miguel cuando terminaron de comer.
—No estoy de humor para nada. Me temo que hoy no soy buena compañía.
—Cuéntame qué te sucede. —La ponía a prueba—. No voy a parar hasta que me lo digas. Si te vas a la cama me iré detrás de ti.
Era consciente de que pretender que ella diese el primer paso era muy egoísta, pero necesitaba entrar en su mente y sus sentimientos y saber qué sucedía ahí, qué lugar ocupaba en su corazón y, sobre todo, si este seguía latiendo por él como tiempo atrás.
A veces creía que la táctica de los celos le podía salir bien cara, pero, por otro lado, conocía lo orgullosa que era Virginia y sabía que si se plantaba delante de ella y le contaba sus verdaderos sentimientos corría el riesgo de que lo enviase a paseo solo por cobrarse todos los años que habían desperdiciado. Necesitaba ponerla contra la espada y la pared.
—Está bien. Veamos una dichosa película. Tú ganas. Pon la televisión —le ordenó con mal genio.
Al menos mientras duraba la película estaría centrado en ella y no la molestaría. Necesitaba

cerrar los ojos y pensar.
—¿Te parece si volvemos a la infancia y vemos *Daniel el travieso*? —preguntó Miguel cuando encontró la película.
—Me parece bien —dijo Virginia desganada. Se tumbó en el sofá y se echó una manta por encima.
Miguel se quedó tan cerca de ella como se lo permitió.
En menos de media hora Virginia se quedó dormida. Él le prestó más atención que a la película. Verla dormir a su lado y observar su belleza serena le resultaba un gran placer. Apagó la televisión y se acomodó a su lado. Le apetecía dormir una siesta con ella. Que le transmitiese su calor.
Virginia se despertó cuando soñaba que la estaban besando. Aquellos labios eran adictivos y se sentía presa del deseo que crecía en su interior.
Conforme el beso fue tomando intensidad, iba despertando poco a poco, paseó sus manos por unos brazos musculosos y luego las llevó al rostro del hombre que no la dejaba tocar la realidad. Sintió una barba incipiente y recorrió su pelo con ambas manos. Tenía el cabello corto. Justo ahí se dio cuenta de que no se trataba de Zack. Se sobresaltó al ser consciente de que soñaba con Miguel, pero cuando abrió los ojos y lo vio sobre ella se asustó e intentó levantarse sin éxito.
—¿Por qué me besas? —exigió saber con un grito ahogado. Tenía la mano en el pecho y su ritmo cardiaco estaba por las nubes.
—Porque eres irresistible cuando duermes. —La miró y le sonrió con seguridad en lo que decía —. También lo eres cuando estás despierta, cuando sonríes, te enfadas… Puede decirse que me fascinas en todas tus facetas.
—Esto es un sueño, ¿verdad? —preguntó confusa, mientras se restregaba los ojos con fuerza.
—Un sueño sería despertar siempre a tu lado. —Se inclinó sobre ella y volvió a besarla.
Virginia le correspondió al beso al mismo tiempo que libraba una batalla interior. No entendía nada de lo que estaba sucediendo.

76

De un salto, como si le hubiesen echado un jarro de agua fría, Virginia se deshizo de su contacto y se puso en pie en mitad del salón. Colocó ambas manos en la cintura, en actitud desafiante, y lo enfrentó con ojos de pantera.
—¡¿Qué coño te pasa?! ¡¿Por qué me dices todas estas cosas?! ¡¿Por qué te comportas así conmigo?! Esto forma parte de una cámara oculta, ¿verdad? —Comenzó a mirar por el techo y detrás de los cuadros mientras Miguel la miraba con diversión. Se movía como una loca por todo el salón mientras él seguía sentado admirándola—. Tú, Víctor y Martín habéis organizado esta broma, ¿no es así? ¡Pues no tiene ni puta gracia! —vociferó mirando al techo—. Habéis conseguida cabrearme, y mucho.
—No se trata de ninguna broma. Jamás jugaría con algo así —aseguró Miguel mientras se acercaba a ella e intentaba calmarla al atraerla a su lado y mirarla a los ojos de frente.
—Llevas jugando conmigo más de seis años —le espetó furiosa y dolida al mismo tiempo.
—He sido un imbécil todo este tiempo —reconoció mientras paseaba sus manos por los brazos de ella y la atraía más hacia él.
Virginia miró sus dedos como si llevasen electricidad y luego lo miró a él con los ojos muy abiertos. Cuando se dio cuenta, la besaba de nuevo y estaba inmersa en aquellos labios que la volvían loca.
Comenzó a llorar mientras sus lenguas se enredaban, aquello era exquisito al mismo tiempo que dolía como un gran golpe.
—Eres un hijo de puta, un cabrón. No me puedes hacer esto ahora —murmuró entre besos, con rabia, mientras clavaba los dedos en sus brazos—. Me vas a dejar rota y destrozada para toda la vida.
—Te quiero, Virginia. Lamento muchísimo no habértelo dicho antes.
—¡¿Qué?! —preguntó perpleja. Se secó las lágrimas del rostro y lo miró bien mientras intentaba calmarse y asimilar las palabras que había pronunciado—. No. No. No. Esto no puede ser verdad. —Se alejó de él revolviéndose el pelo. Se estaba volviendo loca—. Esta misma mañana has comprado un anillo para tu prometida, la mujer que amas —le reprochó a gritos limpios, mientras hacía aspavientos con las manos—. ¿Qué clase de hombre eres? —Lo miró sin reconocerlo.
—Un hombre enamorado hasta la médula —confesó con calma, mirándola a los ojos y haciendo que ella misma lo leyese en ellos. Virginia se obligó sentarse. Le temblaban las piernas—. ¿Necesitas que te lo explique? —preguntó con media sonrisa.
Sentía que el corazón le iba a estallar. Trataba de asimilar lo que Miguel le daba a entender.
—Todo este tiempo… —Lo miraba con dolor—. Desde que llegaste y me hiciste creer que estabas enamorado de una mujer… —El pecho le subía y le bajaba al mismo ritmo que si hubiese corrido una carrera.
—Ella eres tú —confirmó serio y tajante—. No existe nadie más. Mi viaje a Nueva York no tenía más fin que recuperar tu amor, que volvieses a sentir por mí lo que una vez hubo. Solo espero que no sea demasiado tarde —confesó intranquilo. Había llegado la hora de la verdad.
—¡No lo puedo creer! —bramó fuera de sí. Volvió a ponerse de pie y pasearse por el salón—. Dejas el balón sobre mi tejado. ¿Tú sabes lo que me has hecho sufrir en todo este tiempo? —le

reprochó con fuerza, encarándolo.
Miguel asintió con pesar y cerró los ojos mostrándole arrepentimiento y culpabilidad.
—Aceptaré la penitencia que decidas ponerme por ello.
—No es tan fácil. Te he querido desde que te conocí, he estado detrás de ti durante años, no eras un imbécil, sabías lo que sentía por ti de sobra, pero siempre me rechazabas con la excusa de la edad, que no eras el hombre adecuado para mí y que no estabas hecho para el compromiso y formar una familia. ¿Qué ha pasado ahora? —exigió saber sin calmarse.
—A veces tienes que estar a punto de perder para siempre lo que más amas para darte cuenta de lo que te importa alguien —confesó sin tapujos.
—Comprendo. Todo esto lo ha desencadenado Zack —resolvió con calma, decepcionada.
Miguel asintió avergonzado.
—Aquí me tienes, ahora soy yo el que suplica tu atención y vive con el gran miedo de perderte para siempre. —Se expuso ante ella.
—Eres… No sé ni cómo calificarte —dijo abatida—. Me vine a Nueva York porque después de acostarnos juntos se me hacía imposible estar a tu lado. Dolía demasiado. Tú decidiste hacer que la noche más importante y mágica de mi vida fuese como si no hubiese pasado. Me marché para olvidarte, conocí a Zack y con él comencé a creer que te había olvidado. Y ahora apareces y me dices todo esto —le reprochó dolida.
—Quiero reparar todo ese daño. —Se acercó a ella y la tomó por la cintura.
—¡No me toques! —le advirtió entre dientes—. Ahora mismo solo tengo ganas de pegarte y te aseguro que te podría dar tal paliza que tardarías una semana en poder levantarte de la cama.
Miguel la miró sonriente y orgulloso de ella. Estaba dispuesto a recibir esa paliza si con ello aliviaba el dolor de la mujer que amaba.
—Puedes hacer conmigo lo que te plazca. Soy todo tuyo.
Virginia lo miró con resentimiento y no pudo contenerse. Sacó un gancho de derecha y se lo estampó en toda la cara. Luego hizo una mueca por el dolor en la mano.
Lejos de quejarse por el golpe recibido, Miguel se preocupó por ella mientras trataba de reprimir una enorme sonrisa.
—Te has lastimado, deja que vea esa mano. —La tomó entre las suyas, la examinó y fue a ponerle hielo.
—Tu padre te enseñó a golpear bien —murmuró mientras le aplicaba el frío y ella se estremecía ante el dolor, pero no se quejó en voz alta.
—Te lo merecías —le rebatió con coraje. Aún no se le pasaba el enfado y la rabia. Lo miró bien y comprobó que tenía la marca en su bonita cara.
—Si necesitas darme otro… Todo tuyo. Lo soportaré —anunció con paciencia.
—Bien, prepárate porque te voy a dar bien fuerte —murmuró con decisión.
Virginia se lanzó sobre él con ganas. Miguel cerró los ojos para recibir el golpe, pero lo que le propinó la mujer que amaba era el beso más arrebatador y pasional que se hubiesen dado.
La recibió con sorpresa, pero no rompió la conexión entre ambos, la pegó más a su cuerpo y la devoró con auténtica delicadeza.
—Golpéame así siempre que lo desees —dijo entre besos, sonriente y feliz de tenerla tan entregada y dispuesta.
—Lo he deseado desde que te conocí —le recordó mientras le acariciaba la mejilla con complicidad, perdida en su mirada verde transparente que le aceleraba el corazón.
—Estoy loco por ti.
—Has tardado un poco.

—¿Y tú? —preguntó con interés.
—Yo siempre he estado loca por ti, ya lo sabes.
—¿Y en estos momentos? ¿Qué sientes por mí?
—Sinceramente, no sé si mandarte al infierno o besarte —comentó risueña.
Miguel estalló en una carcajada.
—Prefiero la última opción.
—¿Sabes las veces que he soñado con algo más entre nosotros? —le reprochó con media sonrisa.
—No dejes de hacerlo nunca —confesó perdido en ella.
—¿Por qué ahora?
—Ya te lo he dicho, sufrí demasiado por amor y me negaba a volver a sentir y entregar mi corazón a nadie más. Pensé que así me refugiaría de volver a pasar por lo mismo, pero me equivoqué. Eso me llevó a casi perderte. ¿Lo tengo muy complicado? ¿Aún sientes algo por mí? —preguntó con miedo, pero necesitaba más que nunca estar seguro de los sentimientos de Virginia.
—Verte de nuevo aquí en Nueva York removió todo lo que creí olvidado. Darme celos con otra mujer despertó a un yo desconocido que no podía dominar. Siempre tuve claro que jamás dejaría de quererte de una forma especial, pero besarte de nuevo, descubrir más de ti y ahora esto… —Le acarició el rostro con mimo—. Te amo, Miguel Durán. Eres el hombre de mi vida. Lo que siento cuando me besas no lo provoca ningún otro —confesó con pesar. Por alguna extraña razón le dolía decirle todo aquello en voz alta.
Miguel la escuchaba con el pecho hinchado de la emoción. Tenía los ojos llorosos y daba gracias al cielo de no haber perdido para siempre el amor de aquella mujer.
—Tengo un anillo para ti —le recordó sonriente—, pero te lo entregaré en el momento adecuado. Quiero que sea especial y nunca lo olvides. Te amo, Virginia Galván. Lo quiero todo contigo. Te juró que viviré dedicado a hacerte feliz y recuperar cada minuto que perdimos por mi culpa.
—Me parece una buena promesa. —Se colgó de su cuello y se lo besó. Fue en dirección a su oído y le susurró—: Puedes comenzar por hacerme el amor —le rogó con dulzura.
—Tus deseos son los míos.
La cargó en brazos y fue con ella, sin dejar de besarla, hasta la habitación de invitados que ocupaba. La dejó con delicadeza sobre la gran cama y la admiró en ella. Se desnudó tomándose su tiempo delante de Virginia, haciendo que se relamiese los labios de deseo y la besó con la clara promesa de lo que vendría.
Luego, en una maniobra rápida le sacó los pantalones junto con el tanga y la dejó desnuda de cintura para abajo. Colocado de rodilla, entre sus piernas, la admiró mientras le quitaba la sudadera. No llevaba nada debajo para su sorpresa. Se inclinó sobre ella y le besó los pechos mientras la transportaba a otra dimensión.
Virginia apoyó la espalda contra el colchón y dejó que Miguel la besase por todo el cuerpo a su antojo. Se retorcía debajo de él con cada caricia y sensación que le provocaba. Aquella boca era puro fuego y tenía la sensación de que se iba a quemar viva, pero nunca un calor así había sido tan placentero. Él sabía muy bien dónde besarla y cómo arrancarle los gemidos involuntarios que salían de su boca sin ser consciente de ellos.
Situado de rodillas entre sus piernas, la mantenía con ellas abiertas, la besó y recorrió todo su sexo con expertos labios. Ella, agarrada a las sábanas de la cama se corrió sin poder evitarlo. Luego, de un tirón brusco y delicioso, Miguel entró en ella de una sola embestida. Incorporó a Virginia, la sostuvo sobre él y le llevó las manos hasta su cuello al mismo tiempo que le

enroscaba las piernas en la cintura. Sentirla tan caliente y dispuesta lo prendió como una mecha. Tomó un poco de aire sobre sus labios y trató de dominarse y controlar la situación. No quería follarla con rapidez. Deseaba hacerle el amor con paciencia y delicadeza.

—Miguel, no te has puesto un preservativo —le indicó Virginia cuando lo sintió de una forma tan íntima y exquisita.

—Lo sé. Estoy sano. Además, hace meses que no estoy con ninguna mujer —confesó para gran sorpresa de Virginia que lo miró con atención—. Es cierto —afirmó ante su cara de incredulidad —. ¿Hay algún problema por tu parte?

—Un poco tarde, ¿no crees? —lo reprendió con una sonrisa maravillosa.

—Confío en ti.

—No es posible que hoy me quede embarazada —dijo pensativa en su ciclo menstrual y lo alentó a que no saliese de ella. Era demasiado bueno como para privarse de aquella maravillosa sensación que le provocaba. Se movía de forma lenta y sutil dentro de ella haciendo círculos—. Siempre he usado protección antes —le reveló, algo que le hizo sonreír a Miguel.

—Bien, no hay problema. Pero que te quede claro que no me da miedo el tema de un hijo. Te amo y lo quiero todo contigo.

Virginia se fundió en él, lo besó y le dio el orgasmo más espectacular que jamás hubiese tenido. Tembló en sus brazos y deseó grabar aquel momento en sus recuerdos para siempre. Sentir cuando Miguel se derramó en su interior la catapultó a la mejor experiencia de su vida.

77

Unos besos por el cuello y el cosquilleo que estos le producían despertaron a Virginia. Entreabrió los ojos y se encontró en los brazos de Miguel. Le sonreía y la miraba con unos ojos cargados de amor.
—Buenos días, pequeña dormilona. —Le dio un beso en los labios y le acarició la mejilla con mimo—. Ha sido una noche intensa y estás rendida —comentó con gran satisfacción.
—Volvería a repetir, el cansancio merece la pena —reveló con picardía mientras se mordía el labio inferior—. Fue maravilloso. —Lo abrazó y lo besó con todo el amor que sentía por él—. Eres mi sueño hecho realidad —confesó perdida en su mirada.
—Te amo.
—¿Puedes repetirlo otra vez? —le pidió en un ruego—. He deseado escucharlo tantas veces que cada vez que lo oigo el corazón me da un vuelco.
—Te amo. Te amo. Estoy loco por ti. Tenemos que hablar de tantas cosas… —murmuró mientras la abrazaba y le besaba el cabello—. Tengo un anillo guardado para este dedo —indicó alzando su mano—, que me muero porque lo lleves puesto.
—¿No crees que vamos demasiado deprisa?
—Lo único que creo es que hemos perdido demasiado tiempo y no estoy dispuesto a que pase más.
—No ha sido mi culpa —manifestó con inocencia.
—Lo sé. Por ello tengo pensado hacerte muy feliz y resarcir todo lo que no vivimos.
—¿Qué tienes pensado hacer hoy?
—No moverme de esta cama contigo —aseguró convencido de ello—. Te debo muchos besos. —La besó con mimo—. Caricias. —Paseó las manos por su cuerpo desnudo—. Y pienso hacerte el amor de todas las formas en la que lo imaginé en este tiempo —confesó perdido en ella.
—¿Sabes las veces que he anhelado que me mirases así y ver el deseo que puedo apreciar en tu mirada en estos instantes?
—Se ha cumplido. Me tienes rendido ante ti.
—Tendría que haberme venido a Nueva York a los pocos meses de conocerte. Igual hubieses reaccionado antes —le reprochó sonriente y juguetona. Paseaba las manos por su ancho pecho.
—Dejemos el pasado atrás y centrémonos en el futuro juntos.
La atrapó entre sus brazos, se apoderó de su boca y le hizo el amor muy lentamente.
Luego, Virginia le demostró que ella también podía dejarlo sin voluntad y convertirlo en un completo sumiso. Le ordenó que estaba prohibido que la tocase. Lo expuso tendido en la cama, a su merced, y lo degustó milímetro a milímetro hasta que lo hizo correrse en su boca, entre sus pechos y en su mano.
Pasaron el resto del día en la cama, amándose como deseaban, recuperando el tiempo perdido y grabando en cada célula de su piel aquellos recuerdos que serían los cimientos de una relación que recién empezaba.

Al día siguiente desayunaron en una cafetería entre gestos y miradas cómplices y luego decidieron hacer un poco de turismo juntos por la ciudad. Les apetecía salir a la calle como una pareja enamorada, pasear y disfrutar del ambiente de aquella ciudad. Fueron al mejor mirador de

Nueva York, al Top of the rock. Admiraron las maravillosas vistas de todo Manhattan y se hicieron varias fotografías juntos, besándose y disfrutando del momento que vivían como pareja.
En los casi dos días que llevaban juntos, donde se había declarado su amor abiertamente, no hablaron en concreto del futuro, se dedicaron a recuperar el tiempo perdido y a ser cómplices de gestos y miradas.
Virginia se sentía en las nubes, todo lo que vivía con Miguel era el gran sueño que siempre anheló. Pidió dos días de vacaciones en el trabajo ya que no estaba dispuesta a renunciar a él. Pasar las veinticuatro horas del día a su lado era un regalo demasiado grande. Se sentía feliz como nunca antes. Tenerlo tan cerca y entregado era adictivo.
Aquella noche pidieron de nuevo la pizza que tanto le gustó a Miguel. Sentados en el sofá, envueltos en albornoces, se acababan de duchar tras haber hecho el amor, recibieron el pedido como niños. Estaban hambrientos. Devoraron la gran pizza de atún y queso entre miradas cómplices.
—Creo que deberíamos hacer planes —dijo Miguel. En su mente tenía una vida trazada al lado de Virginia, pero no quería abrumarla.
—¿Qué tienes en mente para mañana?
—Para mañana, pasado y el resto de nuestra vida —anunció.
Virginia se puso seria, se ajustó el albornoz al cuerpo y lo miró retorciéndose las manos. En ese momento tomó conciencia de que ella tenía una relación con Zack y una vida en Nueva York que por el momento no había pensado dejar.
—Todo lo que ha sucedido entre nosotros me ha cogido por sorpresa. Si te soy sincera no sé cómo manejarlo —manifestó preocupada.
Miguel se acercó y le alzó la barbilla con los dedos para que lo mirase a los ojos.
—Te amo y tú me amas. No podemos estar separados.
—Es complicado en estos momentos. Ahora yo estoy aquí… Zack… —Se llevó las manos al rostro, agobiada.
—No pretendo abrumarte, solo ayudarte a tomar decisiones. —La abrazó mostrándole su apoyo.
—¿Puedo pensarlo todo bien por unos días? —preguntó con miedo.
—Por supuesto. —Asintió y le dio un breve beso en la boca—. Estaré a tu lado para lo que necesites.
—¿Cuándo tienes que volver a Madrid? —se interesó.
—No tengo fecha concreta ni vuelo reservado. Me tomé un mes entero de vacaciones. Aún me quedan algunos días —comentó con una amplia sonrisa.
—Me temo que voy a poder pensar poco, vas a distraerme con frecuencia —anunció con una sonrisa mientras Miguel le besaba el cuello, continuaba en dirección descendente y le abría el albornoz para pasear las manos por su cuerpo desnudo.
Con prisas, se deshicieron de la ropa que les estorbaba. Miguel la cogió en brazos y, sin dejar de besarla, fue con ella hasta los enormes cristales donde se apreciaban unas maravillosas vistas de la ciudad de noche. Él apoyó su espalda contra el cristal mientras penetraba con ímpetu a Virginia y le hacía ver tantas estrellas como las que se reflejaban en el cielo aquella noche.
Desde su perspectiva, con las vistas de la ciudad de Nueva York al fondo mientras Miguel la follaba con fuerza y ella gritaba, sintió que era lo más salvaje que había hecho nunca. Era como si flotasen en el aire, entre los edificios, las luces y la noche.

Pasaron la noche durmiendo juntos de nuevo. En esta ocasión en la cama de Virginia.
Cuando llegó a aquel apartamento, sola y despechada por el rechazo de Miguel, soñó con él

infinidad de noches. Incluso se dio placer a sí misma imaginando que eran sus manos quién le arrancaba gemidos y le ponía el vello de punta. En esos instantes podía afirmar que los sueños se cumplían.
En mitad de la noche, Virginia se levantó al baño, pero antes se le ocurrió abrir el segundo cajón de la mesita de noche, donde guardaba cierta ropa interior. Se le había pasado algo por la mente que le hizo sonreír con picardía. Hacía un mes que compró un conjunto de ropa interior muy sexi que no había estrenado y se moría porque Miguel se lo descubriese puesto y se lo arrancase del cuerpo, pensó que sería una buena idea que la encontrase con él al despertar.
Para gran sorpresa de ella, encontró en el cajón una carta donde se reflejaba su nombre. Reconoció la letra al instante, era de Zack. Extrañada, tomó el sobre con manos temblorosas y se fue al baño tras comprobar que Miguel estaba completamente dormido.
Una vez a solas, sentada sobre la tapa del váter, abrió el sobre. Encontró una carta y una bolsita negra de terciopelo donde había un anillo de oro.
Comenzó a leer:

Eres y siempre serás mi mejor casualidad.
Quizá sea un cobarde por decirte esto a través de las letras y no de las palabras, de frente, mirándote a los ojos, pero no soportaría un rechazo. Te quiero demasiado.
Sí, ese anillo es lo que piensas. Te amo, no solo deseo que nos vayamos a vivir juntos, sino que ello forme parte de un compromiso, de la construcción de un futuro en común y sólido como pareja. Eres la mujer de mi vida. Quiero crear una familia a tu lado, no me importa el lugar, será donde tú decidas.
Si cuando regrese del Sahara te encuentro con el anillo en la mano querrá decir que has aceptado. Si no lo llevas, haremos como si esta carta nunca hubiese existido y continuaremos como hasta el momento. Estoy seguro de que algún día te decidirás a dar el paso junto a mí.
Siempre tuyo, Zack.

Virginia releyó la carta con lágrimas en los ojos. No se podía creer que le estuviese pasando eso en aquel momento tan feliz junto a Miguel y a la misma vez tan complicado.
Zack era una persona maravillosa, el hombre ideal con el que toda mujer sueña. Lo quería, era imposible no quererlo, pero tenía que reconocer que no estaba locamente enamorada de él.
Se pasó más de media hora en el baño decidiendo qué hacer con su vida. En aquellos instantes tenía lo que siempre había deseado, a Miguel Durán loco por ella. Sin embargo, tras leer la carta de Zack la felicidad que la embargaba hasta el momento desapareció. Una gran culpabilidad y remordimiento se apoderaron de ella. Zack no se merecía lo que le estaba haciendo.
Dobló la carta, introdujo dentro del sobre el anillo y lo guardó todo en un neceser del baño que solo usaba para viajar.
Se enjuagó la cara, se tranquilizó un poco y se metió en la cama junto a Miguel, que permanecía dormido. Al sentirla a su lado la abrazó. Virginia se refugió en él, pero no consiguió pegar ojo el resto de la noche. La carta de Zack la había dejado tocada. Se encontraba entre dos hombres que le tenían dos anillos de compromiso y no quería herir a ninguno ya que los quería demasiado a ambos.

A la mañana siguiente Miguel notó a Virginia diferente. Hicieron el amor en la ducha y la encontró con desgana. Nada que ver con la mujer apasionada de las veces anteriores.
—¿Qué te ocurre? —le preguntó con atención tras finalizar el desayuno. Virginia apenas había

probado bocado.
—Esto… es complicado —acertó a decir.
—No lo veo como tú. Tenemos claro que nos queremos. Estar juntos es lo normal. Creo que siempre has sabido que tu vida no estaba aquí en Nueva York. Lo lógico es marcharnos a Madrid y hacer nuestra vida allí.
—¡Qué fácil lo ves todo! —le reprochó crispada—. Apareces de la nada y pretendes que nos volvamos a España de un día para otro.
—Somos una pareja enamorada. Quiero un compromiso y tengo la ilusión de convivir juntos y crear una familia —le recordó.
—¡Yo tengo una vida aquí! Un trabajo que me gusta y un novio al que hasta el momento he olvidado.
—Bien. ¿Qué tienes pensado hacer? —preguntó exasperado, perdiendo la paciencia.
—No lo sé, pero haga lo que haga tengo que hacerlo bien. Zack es un hombre maravilloso, no puedo llamarlo y decirle; lo nuestro se acabó, me voy con Miguel.
—¿Qué sugieres? —la increpó serio. No le gustaba el rumbo que estaban tomando sus pensamientos.
—Por lo pronto hablar con Zack cara a cara.
—Va a estar dos semanas en el Sahara, ¿piensas esperarlo?
—¿Y tú crees que en menos de dos semanas yo pueda cerrar mi vida aquí e irme contigo como si nada a ser felices? —le reprochó.
—Me estás volviendo loco —se quejó revolviéndose el pelo y recostándose contra el respaldo de la silla.
—Tú eres el que me has vuelto loca a mí con tus idas y venidas —gritó enfadada—. Si cuando nos acostamos en España hubieses admitido lo que sentías por mí no nos encontraríamos en esta situación —recalcó con ímpetu.
—No sé qué coño te pasa —bramó Miguel—. Haré lo que me pidas —terminó cediendo, consciente de que le había puesto la vida patas arriba en más de una ocasión.
—Necesito tiempo. —Esperó su reacción mientras lo miraba seria.
—Tiempo —repitió al tratar de asimilarlo—. ¿Y cómo será ese tiempo? ¿Qué lugar ocuparé en tu vida? —preguntó cabreado. No entendía qué le pasaba ni porqué actuaba así.
—Necesito vivir en paz con mi conciencia y ella me dicta que debo hacer las cosas de forma correcta con Zack. Se ha portado muy bien conmigo y me quiere muchísimo. No me sentiría bien si no hablo con él y le explico todo. No puedo dejarlo en la distancia.
—¿Me estás pidiendo que me marche? —preguntó a modo de reproche.
—Comprendo que no puedas permanecer en Nueva York un mes más, que es el tiempo que necesitaré para cerrar mi vida aquí. Luego volveré a mi Madrid y podremos comenzar algo bonito juntos, pero necesito este tiempo para mí.
—Eres una ingenua si piensas que el americano no hará hasta lo imposible por retenerte. ¿Y me pides que me vaya y le deje vía libre? —No estaba de acuerdo.
—Debes confiar en mí. Te amo. Quiero una vida contigo, pero también necesito hacer las cosas bien —le repitió exasperada. Trataba de hacerlo entrar en razón. Comenzaba a pensar que era un egoísta que solo deseaba su bienestar.
—Mi intención era llevarte conmigo de regreso.
—Y la mía que esto entre nosotros sucediese años antes —le reprochó—. El tiempo que te pido es cuestión de confianza para ambos. ¿Te crees que me quedo tranquila sabiendo que estarás solo en Madrid? ¿Y si cuando vuelva has cambiado de opinión o te has sentido tentado de estar con

otra? —preguntó con el miedo reflejado en el rostro.
—Eso no va a suceder —dijo de inmediato.
—No lo sé —pronunció con sinceridad mientras temblaba por dentro.
—Mañana mismo regresaré a España —zanjó la conversación en tono duro. Se levantó de la mesa y se dirigió a su habitación. Cerró la puerta con energía y comenzó a hacer las maletas de malas formas. Sentía que estaba en las manos de Virginia y no podía hacer mucho más.
Virginia se derrumbó y derramó todas las lágrimas que había contenido mientras hablaba con él. Sufría por partida doble, por Miguel y por Zack. La carta y el anillo del bombero lo habían cambiado todo. Le hicieron poner los pies en el suelo y pensar las cosas bien. De no haber sido por ello, se habría marchado con Miguel sin medir las consecuencias de nada, solo con la vista clavada en un futuro juntos y en ser felices.

78

Miguel pasó dos horas encerrado en la habitación, las mismas en las que Virginia no dejó de llorar en el sofá del salón. Sentía que estaba en medio de una situación de la cual no tenía la culpa, pero que iba a terminar hiriendo, de una forma u otra, a dos personas que quería.
En el móvil no dejaban de entrarle llamadas y mensajes, pero no se molestó en mirarlo, cuando parecía que había adquirido vida propia y no dejaba de encenderse, decidió ver qué sucedía.
Tenía veintidós llamadas perdidas de Eva y Elena junto con muchísimos mensajes de WhatsApp. No se molestó ni siquiera en abrirlos, de inmediato supo que tanta insistencia por parte de sus hermanas era porque algo grave habría sucedido.
Con manos temblorosas llamó a Elena.
—¿Qué sucede? —preguntó con la voz entrecortada, asustada.
—¿Miguel está contigo?
—Sí… No lo tengo aquí al lado, está en la habitación —aclaró.
—Estaban intentando ponerse en contacto con él, al ser imposible, han llamado a Martín y hemos tratado de localizarlo a través de ti.
—Elena, me estás preocupando.
—Es el padre de Miguel. Ha sido algo repentino, nadie lo esperaba. Un infarto, fulminante. Ha fallecido.
—¡¿Cómo?! —preguntó con una mano en el pecho, sin poder creerlo.
—Estaba en una comida con su mujer y unos amigos, se sintió mal y… —Elena no pudo acabar de contarlo, estaba muy afectada. Ella conoció a Héctor en persona y lo apreciaba.
—¡Qué horror!
—No hemos podido hablar aún con Miguel. Su madre llamó a Martín y le pidió que localizase a su hijo.
—Miguel ha estado todo el día conmigo. Debe de haber dejado el móvil en silencio o por alguna parte de la casa.
—Tú tampoco contestabas, estábamos preocupados.
—Virginia, si no deseas darle tú esta fuerte noticia, por favor, dile que llame a Martín.
—Está bien. Voy con él. Luego hablamos.
Cortó de inmediato la comunicación
Con paso inseguro, nerviosa y sin saber cómo darle aquella terrible noticia a Miguel llamó a la puerta de su habitación. Tomó aire antes de oír que le contestase y agarró la manivela para entrar sin permiso si no se dignaba a decirle nada porque aún estuviese enfadado con ella.
Lo encontró con el teléfono en la mano, sentado en la cama, con la cabeza gacha y la mirada clavada en el suelo. Cuando la miró, Virginia descubrió que tenía el rostro lleno de lágrimas y los ojos rojos. Se miraron y sobraron las palabras, ella no se atrevía a decir nada ni dar un paso más. Sentía la necesidad de tocarlo y abrazarlo, pero los pies se le habían vuelto de plomo y no les respondían.
Roto, Miguel le extendió una mano. Fue la señal que ella necesitó para acudir a su lado, abrazarlo y darle un beso. Se sentó en sus rodillas y permanecieron en silencio un buen rato.
—Lo siento —murmuró ella acariciándole el pelo.
—Me lo acaba de decir Martín, me dijo que Elena trataba de ponerse en contacto contigo.

—Me acabo de enterar. Es terrible.
Miguel asintió con dificultad y la abrazó de nuevo. No tenía una estrecha y gran relación con su padre, pero perderlo de esa forma lo dejó tocado.
—La secretaria de Martín me está buscando el primer vuelo que salga para Berna —anunció apartándose un poco de ella.
—Le diré que sean dos. Viajo contigo. No pienso dejarte solo en semejante situación.
Miguel no se negó. Por primera vez en su vida tenía anulada la capacidad de pensar. Se sentía una persona sin rumbo. Afrontar la muerte de su padre lo había dejado impactado. Solo tenía sesenta y tres años, llevaba una vida sana y no tenía ninguna enfermedad grave.

***

Cuando llegaron a Berna, donde los padres de Miguel vivían desde hacía veinte años, el chófer de la familia los recogió y los llevó directos al velatorio del señor Durán. En todo el viaje, Virginia permaneció al lado de Miguel, tomándole la mano y prestándole su apoyo en tan difíciles momentos.
—Siento que tu primera visita a esta ciudad sea por este motivo —resonó la voz de Miguel mientras el vehículo en el que iban recorría las calles de la capital de Suiza.
—Es cierto, me invitaste un par de veces junto con Elena y Martín para venir a esquiar.
—Gracias por estar a mi lado. —Le tomó la mano, se la apretó y se la llevó a los labios para darle un beso en ella—. No estábamos bien antes de suceder esto —murmuró apenado sobre su piel.
—No te preocupes ahora por eso. Estoy aquí, a tu lado. Siempre me tendrás.
Se inclinó hacia ella y le dio un breve beso en los labios en señal de agradecimiento.
Cuando el vehículo se paró, Virginia vio que estaban delante de una enorme propiedad con una casa que parecía un palacio. Miró a Miguel extrañada y él le aclaró:
—El velatorio tendrá lugar en casa. Así lo ha decidido mi madre, según ella tendremos más privacidad. Solo podrán asistir las personas autorizadas en la entrada. No desea un último adiós a mi padre multitudinario.
Virginia asintió y respetó el deseo de la viuda. No conocía personalmente a Lidia. Había oído que era una gran señora, elegante y sofisticada que trabajaba desde hacía años junto a su marido para mantener la firma de joyería Durán en lo más alto.
Al entrar en la casa, con la gran sorpresa que se encontró Virginia fue ver allí a su hermana Elena y sus cuñados, Martín y Víctor. Se abrazó a ellos, después de meses sin verlos y preguntó por Eva.
—Se ha quedado con los niños y al frente de la cadena —le explicó Elena.
Mientras que hablaba con ella no perdía de vista a Miguel. Lo observó abrazado a una elegante mujer, rubia, vestida de negro riguroso.
—Es su madre —le indicó Martín, que se acercaba a su mujer y a su cuñada—. Es toda una sorpresa verte por aquí —le indicó a Virginia con cierto tono que a ella no le pasó por alto.
—Miguel estaba conmigo cuando recibió la fatal noticia. No podía dejarlo venir solo.
—Hiciste muy bien —terció Elena. Miró a su marido reprochándole el comentario anterior y caminó del brazo de su hermana hasta llegar a Lidia.
Elena, que conocía a la mujer, le indicó que Virginia era su hermana pequeña. Esta le mostró sus condolencias y Miguel, que estaba al lado de su madre, le agradeció el gesto con un asentimiento de cabeza. Significaba mucho para él que Virginia estuviese allí en tan duras circunstancias.

Consciente de que no era el momento adecuado para presentarle a su madre a la mujer que amaba formalmente, le agradó ver a las dos mujeres más importantes de su vida juntas.
Después de tres intensas horas acompañando a la familia en el duelo, ya había anochecido, el entierro sería al día siguiente, Martín, Víctor, Elena y Virginia pensaron en retirarse a descansar.
—¿Habéis reservado un hotel? —preguntó Virginia a su cuñado. Hasta el momento no había pensado en ese detalle.
—No —contestó Martín—. Miguel insistió en que los cuatro nos alojemos aquí. La casa tiene más de diez habitaciones sin contar con que existe una casita de invitados al otro lado de la piscina.
Apreció que Martín conocía muy bien la propiedad, había estado allí en varias ocasiones.
—Sois mi familia más cercana en estos momentos aparte de mi madre —resonó la voz de Miguel. Se acercó más a Virginia y le susurró en el oído—: No te alejes de mí, por favor. Te necesito a mi lado esta noche.
La miró con ganas de besarla y perderse en ella, pero la visión de la llegada de una mujer vestida de negro captó su atención por completo.
Virginia observó cómo le cambiaba la cara.
De inmediato, Martín le indicó a Elena que era la exmujer de Miguel.
—¿Qué hace ella aquí? —preguntó Elena. Martín respondió con un leve encogimiento de hombros mientras observaba a su amigo.
Fue hasta Miguel y lo tomó del brazo. Lo conocía bien y no estaba seguro si iba a echar a Paola de allí, y no era momento para hacer un alboroto.
Ambos se encaminaron hasta Lidia y Paola, las dos se fundieron en un cálido y amigable abrazo que sorprendió a ambos hombres.
—¿Y eso? Parecen amigas —murmuró atónito Martín. No daba crédito a lo que sus ojos veían.
—Sé lo mismo que tú —contestó Miguel con la vista clavada en ambas.
Cuando se acercó a Paola ella le dio las condolencias y se atrevió a darle un abrazó. Él no esperaba aquel gesto. Desde que firmaron el divorcio casi siete años atrás no sabía nada de ella. La había querido muchísimo. Tenerla de nuevo entre sus brazos lo devolvió al pasado.
Desde la distancia, Virginia observaba con ojos ávidos el encuentro de la pareja. Para su gusto, estuvieron abrazados más de lo cordial y Miguel la miró de forma especial. La expresión dura que llevaba cuando fue a su encuentro desapareció.
Lidia acudió al lado de su hijo y Paola.
—Miguel… —No sabía cómo empezar a decirle aquello—. Paola y yo somos amigas. Le debo la vida a ella y a su hija —le dijo antes de que su hijo la echase del lugar.
Él la miró extrañado. Desconocía lo que su madre le decía.
—¡¿Cómo?! —preguntó con interés y alertado.
—Hace dos años me atracaron en el aparcamiento del supermercado, me dieron un golpe y quedé tirada en el suelo, desmayada. La hija de Paola, Anna, se dio cuenta y se lo dijo a su madre. Ella me reconoció de inmediato, llamó a una ambulancia y estoy viva gracias a lo bien que se portó conmigo.
Miguel la miraba sin creer lo que le decía.
—¿Por qué no me dijiste nada? —le reprochó.
—Porque nombrarte a Paola en todos estos años siempre fue motivo de discusión.
—Mi hija y Lidia se han hecho amigas —reveló Paola.
—Tiene una niña adorable. Desde el día que vinieron a visitarme al hospital conectamos muy bien, solemos quedar una vez al mes para vernos. Anna va a echar de menos a Héctor.

Miguel miró a su madre y la reprendió en silencio. Solo le faltaba que la hija de su ex los llamase abuelos.
—Solo quise venir a presentar mis respetos. Me marcho de inmediato —le dijo Paola a Miguel.
Se abrazó a Lidia, se despidieron entre lágrimas y complicidad mientras que Miguel alcanzó a escuchar:
—Sé mejor que nadie cómo debes sentirte. Ahora ambas estamos viudas.
Tras marcharse Paola, se acercó a su madre para que le aclarase aquello. Hasta donde sabía, se casó con el profesor de yoga y eran felices junto a su hija.
—Su marido murió hace dos años en un accidente de moto —reveló Lidia con pena. Tenía la mirada clavada en la espalda de Paola mientras abandonaba su casa.
—Vaya, lo siento por su hija. Quedarse sin padre… —comentó Miguel.
Lidia lo abrazó y le dio un beso, sabía que aquello había supuesto un impacto para él.
Martín se acercó a su amigo y le dio una palmada en el hombro, se interesó por saber si estaba bien y Miguel asintió. Martín mejor que nadie sabía lo que había sufrido por aquella mujer y la impresión que debió haber sido verla de nuevo.
—Nos retiramos a descansar —anunció.
—Os acompaño. —Miguel se encaminó con él hacia donde se encontraban Elena, Víctor y Virginia, buscó al mayordomo y le indicó que los acompañase a sus habitaciones. Se acercó a Virginia y le susurró—: Por favor, no te vayas. Te necesito.
Ella le mostró una medio sonrisa y asintió. Le había dolido verlo abrazado a su ex, pero era consciente de que pasaba por malos momentos y ella siempre estaría a su lado, ya fuese como amiga o pareja.
Virginia se despidió de su hermana y sus cuñados. Miguel la tomó del brazo con delicadeza y fue hasta su madre. Le manifestó que estaba rendido y que se retiraba a descansar. El día siguiente se presentaba complicado. No estaba preparado para enterrar a su padre.
Lidia, una mujer atenta, a la que no se le pasaba nada por alto, observó que su hijo tomó de la mano a Virginia con demasiada confianza y así juntos subieron a la planta de arriba de la mansión.
Una vez a solas, Miguel llevó a Virginia a su habitación, ella admiró la amplia estancia con atención.
—¿Es tu dormitorio? —preguntó con interés mientras paseaba la vista por la gran cama, los sofás, la televisión, el vestidor y el baño. Miguel asintió—. Es enorme.
Él se encontraba sentado en la cama, abatido. Se tumbó en ella bajo la atenta mirada de Virginia mientras le hacía un gesto para que acudiese junto a su lado.
—He visto cómo me mirabas cuando apareció Paola. Supongo que ya sabrás quién era ella.
—No tenemos que hablar de eso ahora —comentó algo incómoda.
—No quiero malos entendidos entre tú y yo. No me esperaba a Paola aquí. Ella no significa nada para mí —le dejó claro.
Virginia solo asintió, suspiró y le acarició el rostro.
—¿Dónde voy a dormir yo? —preguntó al no ver su maleta en la habitación.
—Aquí, conmigo.
—No creo que sea lo más adecuado. ¿Qué va a pensar tu madre?
—No era el momento de presentarte como mi futura mujer. Siento que las cosas sean así, pero necesito tenerte cerca.
Virginia suspiró.
—¿Y mi maleta?

—Pedro es muy eficiente. Debe de haber colgado toda tu ropa en mi vestidor. Ve a ver —la instó seguro de ello.
Fue a comprobarlo y cuando regresó se encontró con Miguel cerca de la puerta.
—Voy a ver a mi madre a solas, delante de la gente se hace la fuerte, tomarle la tensión y darle algo para que duerma. Ya debe haber subido a su habitación. No tardo. Ponte cómoda. —Se acercó a ella, le dio un beso en la mejilla y se marchó.
Cuando Miguel regresó, casi una hora después, Virginia estaba metida en la cama medio dormida. Él se desnudó, se quedó solo con los calzoncillos, y se metió entre las sábanas con ella. La abrazó y le susurró:
—Gracias por estar a mi lado. Te quiero.
Ella se revolvió entre sus brazos y le dio un beso. No se atrevió a profundizarlo, pero Miguel no la dejó que abandonase sus labios. La necesitaba más que nunca.
—¿Sabes que es lo que más me gustaba de esta casa de pequeño? —Ella negó con curiosidad—. Cuando amanecía nevada. Mi padre y yo salíamos al jardín y nos encantaba jugar a la guerra de bolas de nieve. Nos trasladamos a esta ciudad cuando yo tenía dieciocho años, pero aun siendo mayor nunca perdí esa parte de niño junto a él.
Virginia lo miraba embobada y en silencio, le encantaba conocer cosas de la vida de Miguel.
—Es bueno que te refugies en estos momentos en los recuerdos con tu padre. Nadie se va del todo si sigue vivo en nuestra mente.
—No solía jugar mucho conmigo, nunca tenía tiempo. De ahí que no me diesen más hermanos. Tenían suficiente conmigo y los problemas que le daba en cada nuevo internado por el que pasaba.
—¿Les guardas rencor por llevarte a internados?
—Ellos decidieron criarme así porque era lo mejor para sacar su negocio hacia delante. Yo nunca lo haría con un hijo mío. Soy de los que lo dan todo o nada.
—Hasta hace poco no querías tener hijos —le recordó.
—Tuve un divorcio duro. Nunca creí que volviese a enamorarme, tú eres la responsable de que quiera más.
—¿Qué?
—Que seas mi mujer y que tengamos hijos. A mis treinta y ocho años he descubierto lo que es estar enamorado de verdad —confesó con un brillo especial en la mirada que Virginia pudo ver en la penumbra de la habitación.
Ella le pasó las manos por el pecho, lo abrazó y le besó el cuello.
—Por favor, para —le rogó haciendo grandes esfuerzos—. Si sigo percibiendo tu contacto y tus besos no me importará nada y te haré el amor ahora mismo.
Ella se separó de él como si sus palabras le hubiesen dado calambre. Miguel la abrazó. La atrajo hacia su pecho y ambos conciliaron el sueño tras un día muy duro y cargado de fuertes emociones.

79

Después del entierro del padre de Miguel todos volvieron a casa, incluida Paola que había estado junto a Lidia gran parte del mismo.
Virginia se mantuvo en un segundo plano. Le hubiese gustado estar más cerca de Miguel. Abrazarlo y darle consuelo en esos duros momentos, pero su lugar estaba junto a su madre, y al parecer al lado de dos mujeres que no se despagaban de ellos, su exmujer y otra que ni Martín sabía quién era.
Intentó que los celos no apareciesen en ella, se reprochaba a sí misma que no era momento, pero no lo podía remediar. Miguel parecía sentirse muy a gusto entre aquellas dos mujeres que se deshacían en atenciones hacia él.
Antes de marcharse, Paola se despidió a solas de Miguel. Un poco alejados del resto de los presentes. Virginia en ningún instante los perdió de vista.
—Gracias por venir, Paola. A mi madre le ha hecho mucho bien tu presencia. —Miguel nunca se imaginó diciéndole aquello, pero lo cierto era que su exmujer se había convertido en otra persona, una mucho mejor—. Cuando erais nuera y suegra apenas os soportabais y ahora sois amigas.
—Lo que son las cosas.
—Has cambiado mucho. —La admiró y se dijo que ahora era una persona normal, no la pija superficial que se casó con él—. Creo que mi error fue dártelo todo —admitió convencido de ello.
—La muerte del padre de mi hija me hizo poner los pies sobre la tierra.
—Al menos la tienes a ella. —Se refirió a su hija.
—Anna lo es todo para mí. Vivo por y para ella. Es mi felicidad. Y tú, ¿eres feliz? —se interesó.
—Estoy en el camino —aseguró con la mirada puesta en Virginia, alejada de él.
—Me alegro. —Paola lo abrazó y Miguel le correspondió agradecido por el sincero afecto que le manifestó.
Ver a su exmujer tan cambiada le resultó raro, pero se alegró por ella. Al mismo tiempo, ver a Paola le sirvió para comprobar que ya no sentía nada por ella y que nunca llegó a estar ni la mitad de enamorado de su ex de lo que estaba de Virginia.
Cuando iba a ir en busca de la mujer que amaba, Valeria lo tomó del brazo y le preguntó con interés:
—¿Todo bien tras ver a Paola?
—Muy bien.
—Me alegro. —Lo abrazó y le dio un cariñoso beso en la mejilla.
Virginia, que observaba la escena, ardía por dentro, pero no dijo nada. Martín y Elena estaban con Sebastián y Begoña, que habían llegado esa misma mañana para asistir al entierro de Héctor Durán. Sebastián era amigo de la pareja, como padre de Martín, conoció a Héctor en el despacho del director del internado cuando sus hijos hicieron de las suyas y los mandaron a llamar. Desde entonces se convirtieron en grandes amigos.
—¿Celosa? —preguntó Víctor a su cuñada. La vio cómo miraba a Miguel y a la impresionante morena que tenía colgada del brazo.
—Es casi una adolescente —comentó con cierto deje de ironía. La muchacha llevaba ropa poco

formal y no se veía sofisticada, como la exmujer de Miguel.
—Me consta que a Miguel le gustan más pequeñas —indicó Víctor con media sonrisa.
—No le veo la gracia —le reprendió algo molesta.
—¿Qué tal por Nueva York con Miguel? ¿Nada nuevo? ¿Alguna novedad?
—Todo sigue igual.
—Vaya, una pena. Me consta que Miguel estaba decidido por varios cambios.
—Igual los hace con ella —le indicó con la cabeza en dirección a la pareja. Miguel y Valeria charlaban y se comportaban con demasiada cercanía y complicidad—. O con su exmujer. Mujeres no le han faltado desde que llegó. —Estaba que echaba fuego por la boca. Solo quería marcharse de allí cuando antes—. ¿A qué hora sale nuestro vuelo? —le preguntó con impaciencia a Víctor.
—En cuatro horas —reveló consultando el reloj.
—Bien, voy a terminar de recoger mi maleta.
Virginia se encaminó escaleras arriba y fue directa a la habitación que ocupó la noche anterior junto con Miguel.
Al cabo de unos minutos, Víctor fue sorprendido con una palmada en el hombro de Miguel. Su amigo miraba el paisaje, pensativo.
—¿Y Virginia? —preguntó Miguel.
—Después de verte con Paola y la morena jovencita se ha marchado algo cabreada a terminar de hacer su equipaje —comentó con cierto tono jocoso.
Miguel lamentó la situación y se reprochó mentalmente no haberle dado su lugar aquel día.
—No tiene de qué preocuparse. Solo tengo ojos para ella —le confesó a su amigo. Víctor lo miró sonriente, sabía muy bien cuál era el efecto de sentir algo así—. Mi ex es agua pasada y la otra chica, Valeria, es como mi hermana pequeña. Es la hija del mayordomo y la cocinera. Se ha criado en esta familia desde que nació. Mis padres la adoran —le explicó.
—Ve con Virginia si quieres despedirte de ella. En unas horas nos marchamos —le indicó su amigo.
Miguel asintió y se dirigió a su habitación, donde la encontró cerrando la maleta.
—No sabía que te marchabas tan pronto. No me dijiste nada —le comentó a modo de reproche.
—Voy a aprovechar el avión privado donde han llegado los abuelos de Elena y me iré con ellos a Madrid. Me apetece ver a mis padres y mis sobrinos. Me quedaré una semana y luego volveré a Nueva York —le informó seria y un poco distante.
—Llegaré a Madrid antes de que te marches. Necesito estar unos días por aquí con mi madre para arreglar bastantes asuntos.
Virginia asintió comprendiendo la situación.
Con paso seguro, pero despacio, Miguel se acercó a ella. La cogió de las manos y la miró a los ojos. Deseaba descubrir qué pasaba por su cabeza y cómo estaban ellos en ese momento como pareja.
—¿Qué te ocurre? ¿Está todo bien entre nosotros? —preguntó con miedo.
—Perfectamente —contestó de inmediato, pero él no la creyó.
—Te llamaré en estos días.
—Quizás estés muy ocupado recuperando la amistad con tu ex. Hoy os vi muy amigos y cómplices. —No pudo callarse el comentario. Después de decirlo en voz alta cerró los ojos y lo lamentó.
Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Miguel. Verla celosa era maravilloso. No pudo evitar acercarse, tomarla en sus brazos y besarla. Necesitaba demostrarle que para él no había

más mujeres que ella.
—Esto no es un adiós, es un hasta pronto. Te quiero. Sé que en el pasado no luché por ti y te mostré la más cruel de las indiferencias, pero te aseguro que eso no se volverá a repetir. Prepárate, Virginia Galván, no conoces al hombre enamorado que tienes ante ti. Y lo más importante de todo, decidido a que seas mía para siempre.
Esta confesión logró que a Virginia le diese un vuelco el corazón y olvidase que estaba muy enfadada con él. Le acarició el rostro, perdida en su intensa mirada, y se permitió disfrutar el momento. Lo había soñado en tantas ocasiones que necesitaba grabarlo en sus recuerdos para siempre.
Se acercó a él y lo beso a modo de despedida.
—Nos vemos en Madrid. —Agarró su maleta y comenzó a alejarse de él.
—Comienza nuestra historia. No voy a parar hasta conseguir que seas la mujer más enamorada sobre la tierra. Luego te haré la más feliz.
Lo miró con el corazón acelerado. Le dedicó una sonrisa triunfante y, con toda la fuerza de voluntad del mundo, se marchó. Deseaba besarlo y perderse en su cuerpo, pero fue sensata y salió cuanto antes de aquella habitación.

En el avión, camino a España, Virginia se sentó junto a su hermana Elena. Mientras Sebastián, Begoña, Martín y Víctor mantenían una animada conversación sobre las nuevas ideas de Eva para la cadena, las hermanas se pusieron al tanto de lo sucedido en sus vidas en aquellos meses.
Virginia le contó a Elena todo lo que vivió con Miguel desde que este llegó a Nueva York. De alguna forma necesitaba confesarse y que la sensatez de su hermana mayor le indicase qué hacer porque ella se sentía perdida.
—Yo creo que debes terminar con Zack y ser feliz con Miguel. Siempre has estado enamorada de él. Es el hombre de tu vida. No des más rodeos ni pierdas más tiempo —le aconsejó sintiendo la encrucijada por la que pasaba su hermana.
—Estoy entre dos hombres maravillosos, y no quiero hacer daño a ninguno. Zack se ha portado conmigo como nadie en todo este tiempo y Miguel… él es él. No tengo explicación alguna para justificar cómo sigo queriéndolo después de las veces que me ha rechazado en estos años.
Elena la abrazó, intentaba darle fuerzas para lo que tendría que afrontar. Estaba segura de que no iba a ser nada fácil.

***

Cuando los padres de Virginia la vieron llegar a casa lloraron de alegría. No esperaban que hiciese una parada en España. No los había avisado. Deseaba que fuese una sorpresa.
Rosa y Carlos estaban rebosantes de felicidad, tenerla junto a ellos por unos días, después de meses sin verla, era todo un regalo. Insistieron en que Virginia se quedase en casa, pero tras toda una tarde y una larga cena con sus padres solo le apetecía volver a su propia casa y estar sola. Echaba de menos su cama y todas sus cosas. Aunque el apartamento de su cuñado en Nueva York era cómodo y moderno, sentía que como su hogar no encontraría nada. Hacía unos años que vivía sola. En un edificio cercano al gran ático donde vivían Eva y Víctor. Decoró su casa con un gusto exquisito y se veía en ella hasta el final de sus días, por nada del mundo la cambiaría.
Cuando se refugió en la calidez de sus sábanas, el aroma de sus cosas, cerró los ojos y supo que pertenecía a aquel lugar. En esos momentos, más que nunca, tuvo claro que sus días en Nueva

York estaban contados y que debía volver a su vida de antes.
Se quedó dormida tras enviarle un mensaje a Miguel donde le decía que ya estaba en casa, pero él no le contestó.

A la mañana siguiente, Virginia se reunió temprano con sus hermanas y sus sobrinos en casa de Elena. Tenía muchísimas ganas de verlos a todos. Desayunaron juntos y los llevaron al colegio. Les prometió que aquella tarde era de ellos. No se separaría de su lado. Luego, fueron al despacho de Elena en la tienda de vestidos de novias de alta costura. Aún no habían tenido ocasión de hablar las tres a solas de temas importantes. Elena estaba un poco más al tanto de cómo se encontraba la vida de su hermana pequeña, Eva ansiaba saber más sobre Virginia y Miguel juntos en Nueva York.
—Y eso es todo —terminó de explicar Virginia a sus hermanas, que la miraban en silencio.
Les había contado todo con lujo de detalles. Desde que Miguel llegó por sorpresa al apartamento de Víctor hasta el día antes cuando se despidieron en Berna.
—Comprendo que quieras hacer las cosas bien. Después de la carta y el anillo que te dejó Zack en el cajón lo mínimo que debes hacer es dejarlo mirándolo a los ojos —dijo Eva.
—Lo sé, pero Miguel no lo comprende. No entiende ese espacio de tiempo que necesito para mí. Ordenar mi vida y comenzar algo con él sobre unos cimientos sólidos.
—¿Y tus planes son…? —preguntó Elena.
—Regresar a Nueva York, esperar que Zack regrese del Sahara y explicarle mis sentimientos por Miguel. Luego, volver a Madrid, reincorporarme a mi trabajo en la cadena y comenzar una relación seria con Miguel, si él me espera.
—Si no te espera yo lo mato —dijo Eva enfurecida. Ella había vivido más de cerca que Elena todo lo que Virginia vivió cada vez que él la rechazaba.
—Está loco por ti. Solo hay que ver cómo te miraba en el entierro de su padre. Por fin ha entendido que eres la mujer de su vida y ha abierto su acorazado corazón —comentó Elena.
—Me da miedo el tiempo que pasemos separados —expuso—. Mujeres nunca le faltan alrededor. Tú misma lo viste en Berna —le indicó a Elena—. Su ex ahora está viuda, la quiso muchísimo en el pasado y por lo que sufrió durante la separación nunca más se abrió a otra relación similar.
—Paola es agua pasada. Miguel no volvería con ella. Lo conozco bien —le hizo ver Elena.
—¿Cuánto tiempo te vas a quedar aquí? —se interesó Eva.
—Una semana. Ayer envié un mail a la cadena de televisión en Nueva York presentando mi renuncia. Tras los días que tenía de descanso, les he comunicado que no me voy a incorporar más. Regresaré para recoger todo y esperar a Zack.
—Yo no he recibido ningún email diciéndome que no harás las conexiones en directo desde la Gran Manzana ni que vuelves a los informativos —comentó Eva sonriente. Estaba feliz de que regresase.
—Pues ya lo sabes. En tres semanas me vuelves a tener aquí para siempre. —Le guiñó un ojo y le sonrió.
Eva se levantó y la abrazó. Echaba de menos las visitas por sorpresa de Virginia en su despacho.

80

Aquella noche, Virginia tenía ocho llamadas perdidas de Miguel en el móvil. La había estado llamando durante toda la tarde, pero no se lo cogió. Estaba con sus sobrinos y quería disfrutar de ellos.
Cuando llegó a casa, después de cenar en casa de su hermana, junto a sus padres, se tumbó en la cama y le devolvió la llamada a Miguel.
Él tardó un par de tonos antes de descolgar. Cuando Virginia ya iba a cortar le respondió.
—Llevo solo un día separado de ti y te echo de menos.
Una enorme sonrisa involuntaria apareció en el rostro de Virginia.
—¿Qué tal estás? —preguntó algo preocupada. Lo notó cansado.
—Son días difíciles. Mi madre está mal y yo procuro arreglar todo en un tiempo récord, pero son muchas cosas y como bien sabes no entiendo nada del negocio de mi familia, nunca me ha interesado.
—Tu madre necesita ayuda.
—En ello ando. Estoy buscando a alguien que trabaje codo con codo junto a ella y ocupe el lugar de mi padre en la empresa. De todo lo demás que se encarguen los asesores y abogados. Dejaré firmado lo que me corresponde y listo.
—¿Cuándo vuelves?
—En tres días. ¿Te veré en Madrid?
—Sí. Después vuelvo a Nueva York para arreglar toda la vuelta definitiva.
—Bien, ya hablaremos —resonó su voz seria.
—Miguel…
—No vamos a resolver esto por teléfono —zanjó el asunto con tono autoritario—. Teniéndote cerca todo es más fácil. Sé que mis besos y mis caricias ayudaran a ablandarte —comentó más relajado y seguro de sí mismo.
—No sé si mandarte a la mierda o comerte a besos.
Miguel soltó una inesperada carcajada. No esperaba aquella respuesta.
—Prefiero lo último. Es lo que deseo el resto de mi vida. Besarte y amarte cada día —confesó.
—Nos vemos en unos días.
—Es lo que más ansío en estos momentos. No sabes todo lo que daría por estar a tu lado.
—Estoy tumbada en mi cama, en ropa interior —lo tentó con picardía.
Miguel cerró los ojos y la imaginó.
—No me hagas esto —le rogó perdido.
—Mi conjunto de ropa interior es color malva, por si te ayuda a imaginarme con él —reveló de forma intencionada.
—Te lo arrancaría a bocados.
—Es nuevo.
—Te compraría muchos más.
—Me dejaré sorprender. No sé qué te gusta que lleve de ropa interior —siguió el juego.
—A ti todo te queda bien —dijo al mismo tiempo que cerraba los ojos y la imaginaba semidesnuda.

—¿Quieres que te haga una videollamada y me dices qué tal me queda? —le propuso con descaro.
Miguel maldijo para sus adentro y trató de componerse.
—Dame dos minutos que llegue a mi habitación.
Se sintió como un adolescente. Estaba en el despacho de la casa de su madre y no era seguro hacer una videollamada allí, prefería la intimidad de su cuarto, donde sabía que nadie lo iba a molestar.
Miguel cortó la llamada telefónica y le hizo una videollamada, mientras, Virginia lo esperaba sonriente y juguetona.
—Sabes lo que estás haciendo, ¿verdad? —le preguntó Miguel nada más que la vio.
Estaba tumbada en la cama y sostenía el teléfono con ambas manos alzadas.
—Algo que deseé durante muchos años, que me mirases con ojos hambrientos —reveló mientras se movía de forma sensual ante su expectante mirada.
—¿Vamos a tener sexo telefónico? —preguntó sonriente—. Nunca he hecho esto antes —comentó impaciente. Virginia lo estaba poniendo a cien.
—Ni yo —confesó, siguiéndole el juego.
—¿Quieres probar? —preguntó Miguel, estaba decidido a ello.
—¿Esto no lo hacen los adolescentes? ¿No somos ya muy mayores para estas cosas? —Virginia lo miraba con un brillo especial en los ojos mientras intentaba aparentar que estaba escandalizada.
—Al parecer es algo que los dos nos perdimos. Por mi parte estoy dispuesto a recuperarlo contigo —resolvió mientras de deshacía de la ropa. Se quedó en calzoncillos y le dijo—: Es justo que estemos en igualdad de condiciones.
Virginia se mordió el labio inferior al admirar su espectacular pecho. Él imitó su posición en la cama mientras que ella comenzó a respirar con dificultad maldiciendo haber comenzado aquel juego al que estaba más que dispuesta a poner fin de una forma satisfactoria.

***

Dos días después Miguel le comunicó a su madre que en veinticuatro horas se marchaba a España. Había resuelto la mayoría de los asuntos que eran urgentes tras la repentina muerte de su padre y en España le esperaban más asuntos pendientes.
—Hijo, ¿no puedes quedarte unos días más? —le pidió Lidia. No tenía fuerzas para reincorporarse al trabajo.
—Lo siento, madre, pero en Madrid me espera mi trabajo, que lo tengo desatendido hace casi un mes y la mujer que amo con todo mi corazón, con la cual deseo formar una familia —le reveló para sorpresa de su madre. En aquellos días no había tenido ocasión de hablarle de Virginia.
—¡¿Cómo?! —preguntó asombrada—. ¿Quién es ella? ¿Por qué no me la has presentado? —inquirió sonriente. Hacía años que deseaba que su hijo le diese aquella noticia.
—Discúlpame por no habértela presentado como se debe, pero no era el momento. Ella es Virginia.
—¿La cuñada de Martín? —preguntó extrañada.
—La misma.
—Vaya… Me dejas sin palabras. No lo esperaba. La conoces desde hace años y es unos cuantos años más pequeña que tú.
—Diez años, madre —puntualizó—. Desde mi divorcio juré no volver a sentir la necesidad de

entregarle mi corazón a otra mujer, pero Virginia ha conseguido lo que nadie. La quiero como pensé que no se podría querer.
—Oh, Miguel, ¡qué alegría me das! Es de una gran familia y muy guapa.
Él puso los ojos en blanco y le sonrió. Lidia era una persona muy superficial. Las apariencias y la imagen formaban parte de su día a día.
—Te la presentaré como se debe.
—Espero que sea pronto, hijo. Me alegro tanto por ti. —Lo abrazó de nuevo, emocionada.
Miguel era la razón de vivir de Lidia, lo amaba con locura, pero no era una madre entregada ni dedicada a su único hijo. Desde que él nació no le falto de nada, solo tenerla más tiempo a su lado.
—Gracias, mamá.
—¿Y a Virginia no le interesaría trabajar conmigo? Martín me comentó que lanzó una línea de pulseras de cuero hace unos meses —preguntó esperanzada.
—Eso no tiene nada que ver con el negocio de alta joyería que tienes —casi le reprendió—. Virginia ama su profesión como comunicadora y jamás lo dejaría. Por otro lado, no permitiría que la alejases de mi lado.
Lidia lo miró decepcionada e intentó darle pena, pero Miguel la conocía bien y no le iba a funcionar.
—Yo creo que estás tan obsesionada en buscar a la persona adecuada para ocupar el puesto de papá que no te has dado cuenta de que está más cerca de lo que imaginas —le hizo ver.
Su madre lo miró sonriente y con un brillo especial en la mirada.
—Oh, no. No soy yo —se excusó de inmediato—. Me refiero a Valeria.
—Está en el último año de universidad. Es muy joven, hijo. Perdería mi tiempo con ella.
—Se ha criado en esta casa. Ha estado cerca de papá y de ti desde que nació. Es de confianza y en estos días que he pasado más tiempo con ella he podido comprobar que es responsable y tiene garra para los negocios.
Lidia se quedó pensativa. Nunca hubiese pensado en la hija del mayordomo y la cocinera de su casa para que fuese su mano derecha en su empresa.
—No sé… —dudó.
—Piénsalo. Estudia diseño. Es guapa, joven, con ilusión e ideas para triunfar. Puedes enseñarle todo lo que sabes y hacer de ella una gran directora para Durán en un futuro. Ya sabes que cuando decidas jubilarte por nada del mundo me haré cargo de la empresa, sin embargo, si la lleva Valeria todo sería diferente, ella es como de la familia, alguien en quién confiamos.
Lidia se quedó pensativa. La argumentación de su hijo casi la había convencido.
—Hablaré con ella y le preguntaré si le interesa.
—Bien —dijo Miguel muy contento. Se abrazó a su madre y respiró con tranquilidad.
—Pero si Valeria no vale para el puesto me ayudarás a encontrar a otra persona —le dijo a modo de reprimenda.
—Prometido.
Miguel estaba seguro de que ella era la persona adecuada. Era muy joven y sin experiencia, pero lejos de ser un inconveniente lo encontraba una ventaja. Estaba seguro de que su madre la moldearía y haría de Valeria una gran mujer de negocios.

***

Los siguientes días que Virginia pasó en Madrid los dedicó por completo a recuperar los meses

de ausencia con su familia. Sus hermanas, sus padres y sobrinos eran la principal prioridad. Durante esos días apenas pudo hablar con Zack y contarle que estaba en España. En el lugar donde él se encontraba había poca cobertura y por lo que casi siempre se comunicaban vía mensajes de WhatsApp.

Aquella mañana, Virginia se ofreció para ir con su madre al médico. Rosa padeció cáncer de mama antes de que ella naciese y desde entonces cada año se sometía a una revisión para comprobar que todo estuviese en perfecto estado como en años anteriores. Esta ocasión no resultó ser así. El médico que la llevaba desde hacía tiempo no se atrevía a desvelar lo que leía en el informe. Finalmente, terminó por transmitirle que tenía un pequeño bulto en el otro pecho y que tendría que quitárselo.

Rosa y Virginia rompieron a llorar, no esperaban encontrarse con semejante noticia.

El médico les explicó que no tenía que ponerse en lo peor, el bulto era pequeño y no existía metástasis, lo habían cogido a tiempo.

Como ambas estaban bastante afectadas, las citó al día siguiente para que acudiesen a formalizar toda la documentación y poner en marcha una pronta intervención. No había tiempo que perder.

Virginia llamó a su padre, estaba rota. No se sentía con capacidad para conducir y llevar a su madre de vuelta a casa. Por su parte, Rosa, una mujer fuerte y decidida, le daba ánimos a su hija y confiaba en que todo fuese a salir bien.

Destrozada, Virginia sentía que su vida se había vuelto del revés. Nada le salía bien y todos eran problemas.

Llegaron a casa, le comunicaron la noticia a Elena y, como una gran familia unida que eran, le brindaron cariño y le dieron ánimos a Rosa.

Los padres de Virginia insistieron en que se quedase a dormir con ellos aquella noche, no la veían muy bien, pero ella necesitaba llorar en la soledad de su casa. No quería que su madre la viese así, pero lo cierto era que estaba aterrada. No estaba preparada para perderla. Fue en ese instante cuando decidió que no volvería a Nueva York. En aquellos momentos nada importaba más que estar junto a su madre y que se recuperase. Todo lo demás podía esperar.

81

Lo primero que hizo Miguel cuando aterrizó en Madrid fue llamar a Virginia. No le había dicho que llegaba ese día, quería que fuese una sorpresa. Le hizo más de diez llamadas y no le contestó. Eran las nueve de la noche, hacía frío y llovía. No imaginaba dónde podría estar. Se le ocurrió ir a su casa, ver si estaba allí, si no luego llamaría a Elena o Eva y le preguntaría por ella, pero no quería ponerlas sobre aviso. Deseaba aparecer ante el amor de su vida y comprobar cómo reaccionaba.

El portero del edificio de Virginia en Madrid conocía de sobra al señor Miguel Durán, sabía que era un buen amigo de la señorita Galván, por ello le informó de que ella estaba en casa y lo dejó pasar.

Miguel tuvo que tocar a la puerta en repetidas ocasiones, cuando ya comenzaba a asustarse y pensar que le hubiese pasado algo a Virginia, abrió la puerta. Miguel la observó preocupado, tenía los ojos rojos e hinchados, estaba descalza y vestía con solo una amplia camiseta mal colocada sobre su cuerpo. Parecía que un camión hubiese pasado sobre su cabeza.

—Miguel… —pronunció algo confusa—. ¿Qué… qué haces aquí? —preguntó con un leve hilo de voz.

Él dio un paso hacia ella, la tomó por ambos brazos, preocupado, y la examinó de nuevo al detalle.

—¿Qué te ocurre? —preguntó alarmado, con los ojos muy abiertos. Mil ideas, y ninguna buena, se le pasaban por la mente.

Abatida, Virginia se arrojó sus brazos buscando refugio en ellos.

La recibió en su pecho, sintió su inquietud, le acarició el cabello y la espalda y se adentró en el salón de la casa con ella, sin soltarla. La ayudó a sentarse, junto a él en el sofá, le alzó la barbilla para que lo mirase y le preguntó intranquilo:

—¿Por qué estás así?

—Es mi madre. Hoy fui con ella a recoger los resultados de la revisión rutinaria de cada año y no estaba como esperábamos. Le han detectado un pequeño bulto en el otro pecho —le informó con lágrimas en los ojos. Él estaba al tanto, desde hacía años, de la enfermedad que había padecido Rosa.

Miguel la abrazó de nuevo. Era médico y estaba acostumbrado a esa clase de noticias, pero se le atascaron las palabras en la garganta a la hora de consolar a la mujer que amaba.

—Estoy aquí contigo.

—Abrázame muy fuerte —le rogó sumida en la pena que la embargaba—. Te necesito más que nunca.

—Voy a estar ahí para ayudaros en lo que haga falta. No te voy a dejar sola.

—Gracias.

Permanecieron abrazados y en silencio más de media hora. Miguel dejó que se calmase un poco y la sostuvo contra su pecho mientras la acariciaba, haciéndole sentir que estaba a su lado.

—No te esperaba cuando abrí la puerta —dijo Virginia alzando el rostro y mirándolo.

—Quería darte una sorpresa.

—Y mira cómo te recibí —comentó con pesar—. Hoy no soy la mejor compañía.

—Tú siempre serás mi mejor compañía. —Se inclinó sobre ella y le dio un breve beso en los

labios.
—¿Puedo pedirte un favor enorme?
—Lo que sea, ya lo sabes.
—Ya que estás aquí, quiero que te ocupes de supervisar todo el caso de mi madre. Necesito tener la seguridad de que está en buenas manos y que irá bien.
—No tienes ni que pedírmelo. Mañana mismo me pongo con ello. Hablaré con los mejores médicos.
Virginia se sintió un poco más tranquila.
—Tengo que pedirte otro favor. Este es un poco más personal —se atrevió a decir mientras le dedicaba una media sonrisa—. ¿Podrías quedarte conmigo esta noche?
—No pensaba ir a ningún lado. Soy todo tuyo, mi vida. —La abrazó y le dio un beso en el cabello—. ¿Has comido algo en todo el día? —se interesó. Virginia movió la cabeza en señal de negación. Tenía el estómago cerrado. No le pasaba ni el agua—. En ese caso me tocará hacer algo de cena y que te la comas como una niña buena y obediente —comentó con cierto toque cómico mientras le acariciaba la mejilla, perdido en ella.
Tenía unas ganas enormes de besarla y hacerle el amor, pero se contuvo. Se levantó y se dirigió a la cocina. Cuando comprobó que no tenía nada en la nevera llamó a uno de los restaurantes favoritos de Virginia y pidió dos sopas de verduras y dos filetes de ternera al punto. Y, por supuesto, helados de postre. Estaba seguro de que eso no lo rechazaría.
—Gracias por esta maravillosa cena —le agradeció Virginia aún sentados en la mesa— y por la compañía. Has hecho que me sienta mejor.
—Me alegro. —Le cogió una mano entre las suyas y se las llevó a los labios sin dejar de mirarla con aquellos ojos verdes que hicieron que a Virginia le temblasen las piernas—. ¿Puedo hacer algo más por ti? —preguntó con cierto toque de misterio, mientras le mostraba media sonrisa.
—Puedes lavar los platos —soltó ella de golpe. Tras ver la cara de Miguel estalló en carcajadas.
—Me encanta verte sonreír.
—¿Nos vamos a la cama? —propuso ella—. Deja los platos para mañana. Te necesito a mi lado.
Miguel se levantó sin decir nada, la tomó de la mano y se encaminaron a la habitación de Virginia.
—¿Sabes las veces que imaginé hacerte el amor en esta cama? —le reveló Miguel con la mirada clavada en ella—. Fueron muchas las ocasiones en las que te acompañé y acosté aquí tras las fiestas donde terminabas pasada de copas.
—He de confesarte que en más de una vez fingí estar más afectada para que vinieses hasta aquí conmigo, solo conseguí que te quedases una vez —confesó con decepción—. Y a la mañana siguiente… —recordó con amargura.
—Eso no volverá a pasar —afirmó rotundo.
Ella entrelazó ambas manos detrás de su cuello y se permitió el lujo de admirarlo de cerca y sentir su aliento.
—Hoy te necesito más que nunca. Hazme el amor, necesito sentirme viva —le rogó para sorpresa de Miguel. Tenía asumido que aquella noche solo dormiría al lado de la mujer que amaba.
No necesitaron más palabras, él la miró, le sonrió, la tomó por la cintura con fuerza y se apoderó de su boca con ganas. Fue un beso hambriento y exigente por parte de ambos.
Con facilidad, Miguel se deshizo de la camiseta y la ropa interior de Virginia. Tenerla completamente desnuda ante él mientras que permanecía vestido lo puso a cien. Sentía que iba a explotar. Necesitaba a aquella mujer como agua en el desierto.

Virginia no pensó en nada. Solo se entregó a lo que sentía en aquellos instantes. Necesitaba que los besos y las caricias de Miguel alejasen de su mente todos los malos pensamientos que le atormentaban desde que conoció el estado de salud de su madre.
Con urgencia, le quitó la camisa y se deshizo de los pantalones de él, necesitaba sentirlo piel con piel.
Una vez los dos desnudos, Miguel la arrastró hacia la cama, se sentó en ella y colocó a Virginia a horcajadas sobre sus piernas. Continuó besándola y acariciando su maravillosa piel con deleite. Se introdujo en ella y sintió la mismísima gloria.
—Este es mi lugar favorito en el mundo —murmuró sobre su garganta mientras descendía a besos hasta sus pechos.
—Hazme tuya, te necesito más que nunca —lo apremió mientras tiraba de su pelo y se retorcía sobre él.
Mientras la embestía Virginia gritó con fuerza, era demasiado intenso lo que le estaba haciendo sentir.
Como todo un maestro, le demostró que le quedaba mucho por aprender y enseñarle. La dejó derrotada y satisfecha sobre sus labios. La acunó en su pecho y se echó en la cama con ella. Virginia cerró los ojos de inmediato, él tardó un poco más. Admirar a la mujer que amaba mientras dormía era un lujo demasiado grande como para privarse de él.

82

Virginia se encontró con uno de los mejores despertares que recordaba. Cuando abrió los ojos estaba entre los brazos de Miguel, desnudos y en su cama. Él dormía como un tronco. Lo admiró y sintió que el pecho se le desbordaba de amor. Lo había querido siempre, desde que lo conoció. Lo había soñado durante años y, ahora, cuando por fin lo tenía su vida era un completo caos. En esos momentos solo tenía algo claro; iba a quedarse al lado de su madre hasta que se recuperase, todo lo demás tendría que esperar.

Pasada media hora desde que ella lo observaba en silencio, Miguel entreabrió los ojos y la vio a su lado. Con el pelo alborotado, unas leves ojeras y unos labios deliciosos que invitaban a besarla.

—Buenos días. ¿Qué tal te encuentras? —preguntó incorporándose un poco en la cama. Arrastró a Virginia con él y le dio un breve beso en los labios.

—Me dejaste derrotada y he dormido como un bebé —le hizo saber con media sonrisa pícara.

—¿Derrotada y satisfecha? —preguntó con interés.

—Fue la mejor experiencia de mi vida —confesó—. Justo lo que necesitaba, sentirme viva y capaz de afrontarlo todo. Gracias por estar a mi lado toda la noche. He sentido cada vez que me abrazabas y estabas pendiente de mí.

—Te amo, Virginia. Te prometo que me tendrás a tu lado todas y cada una de las noches de mi vida de ahora en adelante.

—Miguel… he tomado una decisión. No voy a volver más a Nueva York —afirmó convencida de ello.

—Lo celebro. Sé que la principal razón de esa decisión es tu madre, pero no puedo dejar de sentir alegría por tenerte cerca. Me estaba matando el hecho de pensar que estaríamos separados unas semanas.

—Tampoco quiero que esto y lo que ocurrió anoche entre nosotros te confunda. —Miguel la miró sin entenderla—. Estoy en una situación muy difícil en mi vida. No tengo cabeza para nada y quiero hacer las cosas bien. En estos momentos solo sé que quiero estar con mi madre. Ella es mi prioridad. Todo lo demás tendrá que esperar.

Miguel asintió, la comprendía.

—¿Cómo quedamos tú y yo? —preguntó serio.

De repente, el timbre comenzó a sonar con insistencia. Aporreaban la puerta con ganas y Virginia escuchó a sus sobrinas. Miró el móvil y tenía llamadas de Eva y Elena. En un mensaje le decían que iban de camino a su casa con los niños para desayunar. Era sábado y habían organizado un día juntos para levantarle el ánimo a Virginia y luego irían a casa de Rosa. La abuela necesitaba distracción y sentirse arropada por la familia más que nunca.

Se levantó de la cama corriendo, comenzó a colocarse la camiseta que estaba tirada por la habitación y le indicó a Miguel alterada:

—Vístete, mis hermanas y mis sobrinas vienen a desayunar. —Le arrojó parte de su ropa sobre la cama y salió corriendo de la habitación.

Cuando abrió la puerta, sus hermanas y sus cinco sobrinos entraron como un batallón.

—Víctor y Martín están aparcando, ahora suben y traen porras para desayunar —anunció Eva.

—¿Qué tal te encuentras? —se interesó Elena mientras le daba un abrazo.

—¿Aún estabas en la cama? —preguntó Eva—. Son las once de la mañana.
—¡Tío Miguel! —exclamaron con alegría las pequeñas gemelas, Carolina y Eva. Fueron corriendo hasta él, lo abrazaron y lo llenaron de besos.
Elena y Eva se quedaron perplejas al verlo salir de dentro de la casa. Iba descalzo y llevaba la camisa mal colocada.
—Vaya, vaya —murmuró Eva con una sonrisilla—. Y nosotras que pensábamos que habías pasado una noche horrible. Veníamos a subirte el ánimo, pero ya veo que… —No terminó la frase, Miguel estaba cerca. Venía a saludarlas con una de sus sobrinas en brazos y la otra de la mano.
—Miguel, qué gran sorpresa —dijo Elena.
—Ya veo que estás instalado —comentó Eva mirándolo de arriba abajo. Ella no era tan prudente como su gemela—. Por aquí hay cambios y no nos han dicho nada. —Se dirigió a Elena y esperó a que alguno de los dos les dijese algo.
En ese momento, la puerta se había quedado abierta, llegaron Martín y Víctor. Se sorprendieron de ver a su amigo allí, no sabían que ya había regresado a España y se fundieron en saludos y abrazos.
Por su parte, Virginia abrazaba a sus sobrinos, por lo que Eva y Elena se quedaron con ganas de que la pareja le diese algún tipo de información.
Cuando ya terminaron de desayunar y los niños jugaban a la *Play Station*, estaban los seis sentados en la mesa, Martín lanzó la pregunta del millón.
—Y vosotros dos, ¿qué? ¿No tenéis nada que contarnos a los demás? —preguntó mientras el resto esperaban expectantes.
Virginia y Miguel se miraron en silencio, sin saber qué decirles. Era más que evidente que habían pasado la noche juntos.
—Miguel llegó anoche de Berna. Vino a saludarme y me encontró mal con lo de la noticia de mi madre. Tengo que agradecerle que haya cuidado de mí durante toda la noche —resolvió el asunto.
Dadas las circunstancias por las que pasaba Virginia debido a lo de Rosa, sus cuñados y sus hermanas no metieron más el dedo en la llaga.
—Ahora lo llaman así —comentó por lo bajo Víctor, que se ganó una patada por debajo de la mesa de su mujer.
Tras la respuesta de Virginia, Miguel se levantó de la mesa, serio y distante, y se despidió de todos. Antes de marcharse, fue a la habitación de Virginia para recoger el resto de sus pertenencias. Ella fue tras él sin importarle las miradas de sus invitados.
—¿Qué te ocurre? ¿Por qué has reaccionado así cuando le he contestado a Martín sobre nosotros? —le preguntó Virginia en tono de reproche.
—Me queda claro que para ti ha sido una noche más. Ellas son tus hermanas, tus cuñados —apostilló—, nos conocen desde siempre y no te has atrevido a decirles lo que hay entre nosotros. ¿Qué tengo que esperar? —preguntó alterado mientras recogía su cartera.
—¿Qué querías que les dijese? —lo retó desafiante, con las manos en la cintura, sin dejarlo salir por la puerta que permanecía cerrada a sus espaldas.
—La verdad.
—No les he mentido, les he dicho que has pasado la noche en mi casa —recalcó.
—Una verdad a medias —la acusó.
—Por el momento no estoy preparada para más —lo enfrentó seria y altiva.
—Bien. Será como tú quieras que sea. Supongo que me lo merezco, por hacer el imbécil durante

todos estos años —masculló cabreado consigo mismo.
—No lo tomes como una especie de castigo, penitencia o venganza. —No sabía ni cómo calificarlo.
—Supongo que yo debería entenderte mejor que nadie. Creo que se han invertido los papeles. —La hizo a un lado y se marchó sin más ceremonias.
Virginia no esperaba que se fuese así. Sintió como si le hubiese dado una bofetada. Se recompuso durante unos minutos a solas en su habitación y cuando llegó al salón ya no había ni rastro de Miguel.

***

En los días sucesivos Virginia y Miguel solo se vieron y hablaron en el hospital. Él estaba arreglando todo para la operación de Rosa. Decidió darle tiempo y espacio a Virginia, que fuese ella la que decidiese ir a él, pero hasta el momento solo acudió a su faceta profesional, no a la de hombre.
En esos días, Virginia tuvo ocasión de hablar con Zack, aún le quedaban unos días en el Sahara, y le contó que había vuelto a España a causa de la enfermedad de su madre. Obvió que viajó antes a Berna para acompañar a Miguel al entierro de su padre y que se había acostado con él en varias ocasiones. No sabía en qué momento hablar con Zack, si él no le hubiese dejado aquella carta junto con el anillo no sería tan difícil todo. Pero después de aquel detalle no se merecía que lo dejase por teléfono. Estaba decidida a cortar con él y comenzar algo serio con Miguel cuando todo lo de su madre pasase.

La noche antes de la operación de Rosa, Virginia la acompañaba en el hospital, Miguel se pasó a verlas antes de marcharse.
—Mañana estaré aquí muy temprano y entraré en quirófano contigo —le indicó a Rosa para infundirle tranquilidad.
—Gracias, hijo. Saber que estás a mi lado me hace afrontar esto con más tranquilidad.
—Virginia, ¿te llevo a casa? Tu madre está bien atendida. No es necesario que pases una mala noche. Debes de estar descansada para mañana que será un día duro.
—Claro, hija. Vete a casa. Deja que Miguel te lleve. Si te quedas yo pasaré una noche intranquila al saber que estás aquí a mi lado cuando no te necesito. Estoy bien.
Finalmente, Virginia aceptó marcharse a casa. Bajó con Miguel en el ascensor en silencio y parte del recorrido en el coche solo hablaron de la operación de Rosa al día siguiente y del tratamiento que debería seguir con posterioridad.
Miguel paró el coche en la puerta del edificio de Virginia. No tenía intenciones de subir a menos que ella se lo pidiese.
—Que descanses.
—Miguel… estos días… yo… no he tenido cabeza para nada.
—Comprendo que tu madre sea tu prioridad. Ya tendremos tiempo para nosotros.
—Te pido paciencia —le rogó en un suspiro.
—Te la concedo —contestó mientras le acariciaba la mejilla—. Buenas noches.
—No quiero pasar la noche sola. Me aterra —confesó. Él permaneció en silencio—. ¿Podrías acompañarme? —le pidió algo cohibida.
—No hay nada en este mundo que no haga por ti.
Arrancó el coche y entraron en la plaza de invitados del garaje de Virginia. Llegaron a casa y

fueron directos a la cama. Ambos estaban cansados.
Miguel la abrazó y ella se quedó dormida al sentir su calor y protección, hacía varias noches que no pegaba ojo.

Al día siguiente, toda la familia esperaba en la sala de espera que finalizase la operación. Miguel no iba a intervenir a Rosa, pero había pedido a sus colegas estar presente. Les indicó a Carlos, Rosa y Elena que saldría en cuanto todo estuviese en orden.
Eva, su marido y Martín llegaron cuando Rosa llevaba una hora en quirófano. Virginia refugió sus nervios con sus hermanas y Carlos se tomó un café en la sala de espera con Víctor y Martín.
Cuando nadie esperaba aquella visita, un hombre rubio, con coleta, alto, corpulento, joven y de intensos ojos azules se aproximó a Virginia. Elena y Eva lo reconocieron al instante.
Zack fue hasta Virginia, y ella asombrada, se refugió en el gran abrazo que él le ofreció. Sentirlo le dio paz. Él tenía un aura que nada más verlo hacía sentir a los demás bien.
Sumida en la calidez de los brazos de Zack, Virginia observó que Miguel salía de la sala de operaciones, con el gorro y los papis aún colocados, para darle noticias sobre su madre.
La cara de Miguel cuando se topó con la imagen del americano abrazando a Virginia casi se rompió de todo lo que apretó la mandíbula para contener la rabia que aquello le provocó.
Como todo un profesional, se dirigió a los familiares del paciente y, algo frío y distante, representando el papel de médico y no el de amigo de la familia, los puso al tanto de cómo se encontraba Rosa. Mientras, no le quitaba ojo a Zack, que abrazaba a Virginia y se comportaba con ella de forma protectora. Miguel tuvo ganas de sacarlo de allí a empujones, pero se contuvo.
Una vez que les informó de que todo había salido bien y que en un par de horas pasaría a Rosa a planta, se retiró.
Virginia, eufórica y contenta, se abrazó a sus hermanas y a Zack de nuevo, sin ser consciente de que Miguel la observaba detrás del círculo de cristal de la puerta por donde desapareció segundos antes.

83

—Zack, ¿qué haces aquí? —preguntó Virginia cuando tomó conciencia de la realidad. Entre los nervios por la operación de su madre y la alegría de que todo hubiese salido bien no se paró a pensar cómo la había encontrado.
—Pasas por un momento difícil, mi vida. Tenía que estar a tu lado apoyándote.
—¿Tú no tenías que estar en el Sahara unos días más? —preguntó extrañada.
—Ahora estoy aquí a tu lado. —Le acarició la mejilla y le dio un beso en ella.
—¿Cómo me has encontrado? No conoces Madrid.
—Fui a la cadena de televisión y allí me encontré con Sara, tu amiga y socia, ¿recuerdas que me la presentaste en una videollamada que hicisteis de trabajo? —Virginia asintió—. Ella me dio la dirección de este hospital. Fue muy amable.
Virginia lamentó no haber tenido tiempo suficiente para poner a su amiga al tanto de lo que había pasado en su vida con Miguel.
—Ven, voy a presentarte a mi padre y al resto de mi familia. —Por educación se vio obligada a ello.
Primero les presentó a Eva, Elena y sus cuñados, luego se dirigió a su padre.
—Papá, te presento a Zack. —Carlos la miró pidiéndole más detalles—. Mi pareja en Nueva York —se vio obligada a aclarar. En realidad, sería un poco raro no presentarlo como tal, él no era consciente de los cambios que Virginia pensaba realizar.
—Encantado. —Carlos le extendió la mano.
—Miguel, no he tenido ocasión de saludarte antes cuando has salido a dar el informe sobre Rosa —dijo Zack mientras le extendía la mano de forma amigable.
Virginia se quiso morir en aquel instante. No había sido consciente de que volvió a salir, ya sin el atuendo de quirófano que llevaba antes. Miguel había escuchado que presentó a Zack como su novio. Cerró los ojos y luego lo miró con la culpabilidad reflejada en ellos.
Miguel le dirigió una mirada cargada de resentimiento y reproche. Haciendo grandes esfuerzos se retiró antes de que montase un numerito allí con el americano.
Cuando Virginia se dio cuenta Miguel había desaparecido y como su madre tardaría un poco en llegar a la habitación del hospital, se disculpó con Zack, le indicó a Eva y Elena que se quedasen con él, y fue en busca de Miguel.
Entendía que estuviese enfadado y cabreado por lo que acababa de presenciar, pero no pudo hacer otra cosa.
La secretaria del director del hospital le indicó que estaba muy ocupado y no podía recibirla, pero a Virginia no le importó. Lo conocía bien y sabía que había dado aquella orden para no verla. Con la valentía que la caracterizaba, hizo caso omiso a la indicación de la secretaria y pasó al despacho de Miguel. María ni se molestó en ir tras ella, la conocía de sobra y sabía que era alguien especial para el jefe.
Cuando Miguel enfrentó la mirada que le dirigía Virginia la fulminó.
—Lo siento —se disculpó de inmediato—. No contaba con que Zack se presentase aquí hoy. No me dijo nada de que fuese a viajar a España —le explicó intranquila.
Miguel asintió en silencio. Se mostraba frío y distante. No se levantó del asiento que ocupaba tras la mesa.

—Tengo mucho trabajo, Virginia. Ya te has disculpado. —Le hizo un gesto con la mano invitándola a abandonar el despacho.
—No necesito esto de tu parte en estos momentos —le rogó dolida y casi sin fuerzas.
—¿Y qué necesitas? Para que te abrace y te bese ya está tu pareja ahí fuera, como se lo has presentado a tu padre —le reprochó con una mirada ardiente y herida, alzando la voz.
—Zack no sabe nada de lo que ha ocurrido entre nosotros —le recordó exasperada—. Para él sigo siendo su pareja y todo entre nosotros está igual que cuando se fue de Nueva York. Si no lo presentaba como mi pareja lo haría él. ¿Qué querías que hiciese?
—¿Y qué se supone que tengo que hacer yo? —le rebatió perdiendo la paciencia—. ¿Ver cómo te besa y te abraza como si fueses suya?
—¿Tú te crees que es el momento para yo decirle a Zack que lo nuestro ha llegado a su fin? ¡Por Dios, mi madre está en una mesa de operaciones! —gritó casi fuera de sí.
—No seré yo quién te diga lo que tengas que hacer en estos momentos.
—Es mi problema, ¿verdad? —comentó decepcionada al ver el poco apoyo que recibía de su parte.
—Ponte en mi lugar, ¿cómo te sentirías? —Virginia no le contestó—. Los celos me devoran por dentro. Nunca antes había sentido algo así —confesó—. ¿Cuánto va a durar todo esto? ¿Qué le vas a decir esta noche al americano cuando quiera dormir contigo? —le exigió saber, intranquilo.
Virginia se llevó las manos a la cabeza y se resolvió el pelo, agobiada. No se había planteado todo aquello.
—Me parece increíble que me reproches todo esto en el momento por el que paso. Eres un egoísta. Siempre lo has sido —le gritó envalentonada—. ¿Y por todo lo que yo pasé cada vez que te ibas con otras a la cama? Llevo años sufriendo por ti, te aseguro que esto no es nada comparado con lo que he aguantado —le reprochó fuera de sí—. Es lo que hay y no puedo cambiarlo. Si no te gusta, lo siento.
Con coraje y valentía, Virginia agarró el pomo de la puerta y se marchó sin mirarlo más ni esperar una réplica. Se sentía agotada y solo tenía ganas de llorar. Eran demasiadas emociones juntas. La operación de su madre, la inesperada llegada de Zack y los celos descontrolados de Miguel. Sentía que no podía con todo.
De camino a la sala de espera Elena la interceptó en el pasillo y la llevó al despacho donde Miguel pasaba consulta. Estaba vacío y necesitaban hablar a solas.
—¿Estás bien? —Elena la conocía demasiado y sabía que pasaba por muchas cosas a la vez.
Virginia se abrazó a ella y se permitió desahogarse. Lloró en el hombro de su hermana mayor mientras esta le prestaba todo su apoyo y comprensión.
—Todo se acaba de complicar —murmuró agobiada, sin saber qué hacer.
—No contabas con la presencia de Zack.
Virginia negó con un gesto de la cabeza.
—Sé que debo hablar con él, pero no es fácil. Me dejó un anillo de compromiso, lo mínimo que se merece es saber que Miguel es el hombre que siempre estuvo en mi corazón. Nunca le negué cuando empezamos a conocernos que estaba pillada por alguien, pero no sabe que es Miguel. Nunca le dije su nombre.
—Y Miguel desconoce aún que Zack te ha dejado un anillo de compromiso.
Virginia asintió con culpabilidad. No había encontrado la ocasión de decírselo.
—Todo esto tiene que pasar justo ahora, cuando mi mente no está para ellos, sino puesta en mamá y su recuperación.
Elena la abrazó de nuevo, la compadecía.

—Me tienes aquí para lo que necesites, pero creo que sabes que esto es algo que solo tú puedes resolver. Si quieres un consejo, no tardes demasiado. Sé que no quieres hacerle daño ni a Zack ni a Miguel, pero ten en cuenta que en ello tú no salgas herida también. Conozco a Miguel, está enamorado de ti, pero ya sufrió en el pasado una gran decepción de amor y no va a arriesgar a pasar por otra. Es un hombre temperamental y cuando toma una decisión es difícil hacerlo cambiar de parecer. Tú misma lo has vivido en carne propia durante estos años, cuando decidió no entregarle su corazón a ninguna mujer.
Virginia suspiró y respiró hondo. Trató de componerse y afrontar lo antes posible la realidad que la rodeaba.
Aquella noche insistió en que debía ser ella quién se quedase para cuidar de su madre en el hospital. Envió a Zack a casa con su padre. Hasta que hablase con él debía darle el lugar que se merecía.

A la mañana siguiente, la primera visita que recibió Rosa, apenas eran las ocho de la mañana, fue la de Miguel.
Cuando él abrió la puerta de la habitación y se encontró con Virginia tumbada en el sofá y con aspecto de haber pasado la noche allí, se sintió aliviado. No había pegado ojo pensando que estuviese en los brazos del americano.
Le dirigió una breve mirada a la mujer que hacía que se le acelerase el corazón como ninguna otra y se centró en la paciente.
—¿Qué tal te encuentras? —Tomó a Rosa de la mano en un gesto cariñoso—. Me han informado de que has pasado una buena noche.
—Sí, un poco atontada por la medicación, pero bien. Virginia es una excelente enfermera. —Hizo alusión a su hija al ver que apenas se habían mirado.
Miguel solo asintió.
Virginia se levantó y se colocó al otro lado de su madre. Él la miró por un instante, pero no le dedicó ni un solo gesto de cariño o amabilidad. Algo que ella necesitaba realmente.
—Tengo una reunión en cinco minutos —comentó mientras consultaba el reloj—. Os dejo. Vendré esta tarde a visitarte de nuevo. —Le dio un breve apretón de mano antes de marcharse.
A Virginia casi la ignoró por completo. De todos los desplantes que le había hecho Miguel durante años este fue el que más le dolió, quizá porque sabía lo que sentía por ella y no entendió cómo pudo ser tan frío. Lo necesitaba más que nunca y él se mostraba indiferente, como si fuese una desconocida.
Antes de abandonar la habitación Miguel se topó con Carlos y Zack de lleno. El padre de Virginia le dirigió una mirada cargada de reproches cuando el americano le dio un beso en la mejilla a su hija y se la acarició. No sabía qué planes tendría Virginia para un futuro, pero prefería a un yerno que no lo tuviese en vilo con la posibilidad de que su hija se marchase a otro país en cualquier instante.
Zack saludó con amabilidad a Miguel mientras a este se le revolvía el estómago al verlo abrazar a la mujer que amaba. Le dirigió una última mirada de resentimiento a Virginia y se marchó sin más.
Ella suspiró mientras se sentía entre la espada y la pared. Era consciente de que Miguel no se merecía pasar por aquello, pero al mismo tiempo no podía hacer mucho más, solo sentir la culpabilidad más grande que jamás hubiese experimentado.

84

—Tienes una casa maravillosa —comentó Zack cuando Virginia le hizo un recorrido por su hogar en Madrid.
Él insistió en acompañarla a casa para que descansase tras haber pasado la noche en el hospital con su madre.
Virginia se sentía en la obligación de ofrecerle un lugar donde quedarse, no conocía a nadie en la ciudad y no lo podía echar de buenas a primeras.
Estaba muy cansada, apenas había pegado ojo en toda la noche, estuvo pendiente de cada movimiento que hizo su madre, y no consideró que fuese el momento adecuado para hablar seriamente con Zack sobre el futuro de ambos.
—Voy a darme una ducha y me voy a meter en la cama. Estoy que me caigo de sueño. Siento no ser mejor anfitriona —se disculpó.
—Claro, cariño. Por mí no te preocupes. Saldré a dar un paseo por los alrededores.
—No te pierdas. —Le hizo un guiño con el ojo y le acarició la mejilla en un gesto de complicidad—. Coge mis llaves para que puedas entrar luego.
Zack asintió sonriente, le dio un beso en los labios, que ella no rechazó, pero tampoco le devolvió y se marchó de inmediato.
—Gracias por ser como eres —le dijo Virginia cuando ya salía por la puerta.
Él le lanzó un beso con la mano y se fue.
Zack era un hombre resuelto que sabía moverse ante cualquier tipo de situación. No tenía problema alguno en salir a pasear o hacer turismo solo por una ciudad que desconocía.

Cierta inquietud no dejaba a Virginia dormir. Apenas pudo estar tres horas en la cama. Le había puesto un mensaje a Zack preguntándole qué tal iba y él le dijo que pensaba comer algo y continuar conociendo la ciudad. Algo que le pareció bien. Luego, llamó a sus hermanas y les pidió que viniesen a casa. Necesitaba los consejos de Eva y Elena para afrontar la difícil situación con Zack y Miguel.
Virginia les agradeció a sus hermanas que se hubiesen pasado por comida. Era las tres de la tarde y no tenía nada en casa ni cabeza para pensar en qué iban a almorzar. La paella que habían traído estaba deliciosa. Hacía tres días, entre una cosa y otra, que no comía en condiciones.
—¿Qué tal con el americano? —preguntó Eva.
—Bien.
—¿Te has acostado con él? —preguntó de forma directa. Elena le dio un codazo por la franqueza que siempre la caracterizaba.
—¡No! —aclaró Virginia—. Llegó ayer y pasé la noche en el hospital.
—Habéis tenido toda la mañana —insistió—. La verdad que es un hombre que quita el aliento en cuanto lo miras. Es mucho más guapo e impresionante que en las fotos que nos enviaste. Comprendo que te sea difícil decidirte entre él y Miguel.
—¿Qué vas a hacer ahora que los dos están aquí? —inquirió Elena preocupada por ella.
—Tengo que hablar con Zack, pero no he tenido la ocasión aún.
—¿Tienes claro con quién vas a quedarte? —se interesó Eva—. ¿A quién vas a darle calabazas, al bombero o al médico? —comentó con aire jocoso.

—Esto no es fácil —manifestó en tono de riña—. Zack es un hombre con el que cualquier mujer puede ser feliz. Lo tiene todo, si no hubiese estado enamorada de Miguel hasta la médula no tendría duda alguna, pero Miguel es dueño de una parte de mi corazón en la que ni yo misma mando. Siempre será el hombre de mi vida, y desde que me confesó que me ama soy suya por completo.
—Tendrás que hablar con Zack en breve —le aconsejó Elena.
—Quizás esta noche se quiera acostar contigo —lanzó Eva.
—Y dale con el tema —alzó la voz Virginia, algo crispada.
—Solo te advierto de lo que puede suceder —excusó su anterior comentario con cierta sonrisa—. Es un hombre joven y lleva unas semanas sin sexo.
—Lo sé, lo sé —replicó exasperada—. No me ayudáis mucho —les reprochó.
—¿Qué quieres, que se lo digamos nosotras por ti?
—No estaría mal —terció, se tapó los ojos y se fue al sofá.

Cuando Zack llegó a media tarde Virginia ya estaba sola. La encontró tumbada en la cama con la televisión de fondo. Fue hasta ella, le dio un beso y se sentó a su lado.
—¿Has descansado?
—Un poco.
—Y tu madre, ¿cómo sigue?
—Mejor. He hablado con ella esta tarde. Iba a ir a visitarla, pero me ha convencido de que vaya por la mañana y pase unas horas con ella. —Zack asintió de buena gana—. ¿Qué has hecho durante todas estas horas fuera? Han sido muchas —se interesó.
—He paseado por este barrio pijo donde vives, he disfrutado de la comida española y he buscado varios anuncios de abogados. Necesito uno.
—¿Cómo? —se interesó muy sorprendida.
—Con todo lo de tu madre no te lo he contado, pero tú no has sido el único motivo de que viajase a España.
—Ah, ¿no? —preguntó perpleja.
—No. Recibí una llamada de un abogado de aquí de España a los días de llegar a el Sahara, me comunicó que mi padre biológico me había dejado parte de su herencia al morir. No tenía pensamientos de venir, sabes bien que el dinero no me interesa, pero cuando me dijiste que estabas aquí y lo de tu madre decidí viajar. Como no sé nada de las leyes españolas, quiero buscar a un abogado que me asesore y me diga qué hacer.
Virginia sabía que el padre de Zack nunca se hizo cargo de él y no lo conoció. Su madre solo le dijo que era un hombre casado que le dio mucho dinero para que se fuese de España con él.
—Vaya, es toda una sorpresa. Puedo recomendarte un abogado de confianza. Mi cuñado, Víctor Ferrer, es uno de los mejores que conozco. Mañana te daré su dirección del bufete y le diré que vas a ir a verlo.
—Muchas gracias. Me tranquiliza que sea alguien de tu confianza.
En un gesto de agradecimiento la abrazó e intentó besarla en los labios, pero Virginia se separó.
—Zack… yo… —intentó excusarse.
—Lo comprendo. —Se retiró de inmediato—. Pasas por una situación complicada con lo de tu madre.
—Tenemos que hablar —le dijo seria y nerviosa al mismo tiempo.
Él le tomó las manos entre las suyas y se las masajeó. Fijó la mirada en ellas y sonrió con calma.
—No pasa nada, cariño. Ya he observado que no llevas el anillo. No tenemos por qué tener esta

conversación —le expuso con comprensión.
—Zack, yo no estoy preparada para…
—Hagamos como si esa carta y ese anillo no hubiesen existido. Quizá me precipité. En estos momentos tu vida está alterada con lo que le ocurre a tu madre y sé que no puedes pensar en nada más, ni en un futuro. Estaré a tu lado de forma incondicional y paciente. Te quiero.
Se abrazó a ella y Virginia no pudo rechazarlo. Lloró contra su pecho y lo miró admirando al gran hombre que era.
—Gracias por estar aquí a mi lado —resonó la voz de Virginia.
—Es tarde, será mejor que nos metamos en la cama y descansemos —la animó intentando que se levantase del sofá.
Virginia lo miró y se tomó unos segundos para abordar el tema.
—¿Puedo pedirte un poco de espacio? ¿Te importaría dormir en la habitación de invitados? —le rogó con un nudo en la garganta.
—No pasa nada. Te daré todo lo que necesites. —Se mostró comprensivo y paciente.
—¿Podemos ser solo amigos? —preguntó con inquietud.
—Podemos ser lo que tú quieras. Siempre voy a estar ahí, descansa. —Le dio un beso en la frente y se marchó a su cuarto.
Tras cerrar la puerta y quedarse sola rompió a llorar. Era consciente de que no había sido lo suficientemente franca con él, pero no se sintió capaz de ir más allá. Zack era tan bueno y perfecto que tenía el corazón roto con solo pensar cuando le confesase que no lo amaba y que lo había traicionado acostándose con Miguel.

La mañana siguiente, cuando Virginia entró en el ascensor de la clínica para subir a la habitación de su madre, se encontró con Miguel.
—Buenos días —dijo ella al entrar, había sido la última en llegar de las cuatro personas que lo ocupaban.
Todos contestaron menos Miguel, que la miró serio, solo le brindó un movimiento de cabeza en señal de saludo.
Virginia se colocó a su lado, pero él fijó la mirada al frente y la ignoró. Para suerte de ella, todas las personas que los acompañaban se bajaron antes. Cuando se quedaron solos en el ascensor lo enfrentó.
—No es justo como me tratas —le recriminó dolida.
—Créeme que ante la rabia que llevo por dentro ignorarte es la mejor opción —le espetó sin mirarla a la cara. Continuaba con la vista clavada en las puertas cerradas del ascensor.
—¿Podemos ir a tu despacho y hablamos? —le propuso con paciencia. En parte comprendía por lo que pasaba. Ella conocía bien la sensación.
—No —dijo rotundo—. Llego tarde a una reunión.
—Bien —asintió sin tomarlo a mal—. ¿Tienes un hueco para mí en el resto del día?
—Puedes venir a mi casa esta noche —le propuso. Le clavó la mirada sobre la suya y esperó una respuesta.
—Dime la hora y allí estaré.
—A las ocho está bien. —Se retaron con la mirada durante unos segundos—. ¿Te has acostado con el americano? —preguntó serio y distante.
En la boca de Virginia se dibujó media sonrisa que trató de disimular. Tenía que admitir que le encantaba verlo así de celoso.
En un impulso, se acercó a él y le robó un apasionado beso en los labios.

—No —respondió cuando las puertas del ascensor se abrieron.
Salió con paso ligero y sonriente, dándole la espalda al hombre que se quedó en el elevador con una sonrisa boba en la boca mientas la admiraba marcharse.

85

Virginia habló con su cuñado Víctor y le dijo que Zack iría a visitarlo para que lo asesorase. Él se presentó en el despacho muy temprano y pasó casi toda la mañana haciendo gestiones con Víctor. Finalmente, se enteró de que había heredado un gran piso en la mejor zona de Madrid y una cuenta bancaria con más de quinientos mil euros.
Víctor lo animó a aceptar la herencia y se ofreció a ser su abogado para regularizarlo todo. Zack confiaba en él y decidió hacer todo lo que el abogado le aconsejó.
—En unos días estará todo arreglado —le aseguró Víctor.
—Muchas gracias. Nunca pensé encontrarme con esto cuando me dijeron por teléfono que debía viajar a España porque había recibido una herencia de mi padre.
—Todo será más fácil porque te tenía reconocido como hijo.
—Nunca supe de él, ni me interesó. Solo sé que cuando se enteró de que mi madre estaba embarazada le dio dinero para que se marchase lejos.
—La mujer de tu padre pertenecía a una familia adinerada, él vivía al son que ella marcaba. Tuvieron un solo hijo que murió con veinte años en un accidente de tráfico y luego su madre se suicidó. Tú eres el único heredero de todo —le explicó. Aquello lo había descubierto Víctor con un par de llamadas y búsquedas en internet.
Por su parte, Zack desconocía todo.
—No sé qué hacer con la herencia.
—Disfrutarla —lo animó Víctor.
Zack le estrechó la mano y, una vez más, le dio las gracias por todo.

A las ocho en punto Virginia se presentó en casa de Miguel. Había pasado todo el día con su madre en el hospital deseando que fuese la hora de reunirse con él y hablar con tranquilidad.
La recibió con una copa de vino blanco en la mano y ropa informal. Tenía el pelo mojado y olía a recién duchado. Virginia sintió ganas de abrazarse a él y besarlo hasta perder la razón. Nunca había dejado de desearlo, pero en esos momentos le resultó irresistible.
—Pasa —le indicó Miguel cuando advirtió que se quedaba rezagada en la entrada.
Ella lo hizo con paso firme e inseguro. Llegó hasta el salón y tomó asiento sin que se lo indicase. Sentía que las piernas le temblaban. Que Miguel la mirase de aquella forma la alteraba—. ¿Le has contado ya al americano lo que hay entre tú y yo? —preguntó de golpe, sin paños calientes.
Virginia suspiró al mismo tiempo que tomaba aire e intentaba tranquilizarse.
—Ya no estamos juntos —atinó a decir. Cuando la miraba de aquella forma conseguía que perdiese la capacidad de razonar y de comportarse como la persona fuerte y decidida que era.
—¿Dónde durmió anoche? —La repasaba de arriba abajo, posicionado frente a ella, de pie, con la copa de vino en la mano y actitud intimidatoria.
—En mi casa, en la habitación de invitados —aclaró de inmediato.
—¿Cómo se lo ha tomado? —preguntó un poco más relajado, pero sin abandonar la posición anterior.
—Zack es un hombre maravilloso y muy comprensivo.
—Por favor, ahórrate enumerarme sus atributos —le espetó de forma brusca. Le dio la espalda y dejó la copa sobre la mesa—. ¿Cómo estamos tú y yo en estos momentos? —preguntó

caminando hacia ella, se aproximó de forma peligrosa y la miró muy de cerca. Virginia podía sentir su aliento.
—Por mi parte, con respecto a ti, no ha cambiado nada. Es cierto que mi vida está llena de contratiempos y no puedo manejarlos como me gustaría, pero no puedo cambiar lo que siempre he sentido.
—Dímelo alto y claro —le exigió mientras le tomaba la barbilla y se la alzaba para que lo mirase a los ojos.
—Te amo, Miguel Durán. Siempre serás tú. Eres el dueño de una parte de mi corazón que no controlo, te pertenece por completo.
Con una sonrisa de satisfacción se cernió sobre ella y se apoderó de su boca. Se besaron como locos mientras sus cuerpos se enredaban en el sofá que los acogía.
—Eres la mujer de mi vida —confesó entre apasionados besos—. Te amo.
Se deshicieron de la ropa con prisa y fundieron sus cuerpos en uno solo. Culminaron en un orgasmo maravilloso que los dejó saciados y rendidos, abrazados en el sofá.
—Quédate esta noche conmigo —le pidió mientras le acariciaba con mimo el vientre—. Necesito más de ti.
Virginia lo besó y asintió. No pensó en nada más, tan solo en pasar la noche en la cama del hombre que amaba.
Mientras Miguel pedía algo de cenar, ella fue al baño y desde allí le envió un mensaje a Zack. Se disculpaba con él por haberlo tenido en el olvido durante todo el día. Le mintió al decirle que no iba a ir a dormir porque se quedaba con su madre en el hospital. Le indicó que le dejaba la casa a su disposición y se veían al día siguiente. Tras enviar el texto se sintió mal con Zack y con Miguel. No estaba siendo sincera del todo con ambos, pero no quería hacerle daño a ninguno. A Miguel lo amaba, y a Zack lo quería de una forma muy especial.

***

Rosa recibió el alta al día siguiente. Se marchó a casa para recuperarse por completo y comenzar con las sesiones de quimioterapia que vendrían. No serían muchas, pero era necesario dar algunas.
Por su parte, Virginia pasó toda la mañana en el despacho de su jefa, mejor amiga y casi hermana. Repasaba con Eva su incorporación para presentar los informativos del mediodía. Tenía que grabar un *spot* publicitario para anunciar su vuelta.
Luego, quedó a comer con su compañera de informativos y socia, Sara. En tres meses lanzaban la nueva colección de pulseras de cuero y tenían que elegir y escoger los diseños que iban a promocionar antes de sacarlos a la venta.
Sara era una gran amiga y le contó la situación por la que pasaba con Miguel y Zack. Habían salido muchísimo de fiestas juntas y estaban al tanto de la vida íntima la una de la otra.
—¿Qué te frena a ser sincera con Zack y lanzarte de lleno a los brazos de Miguel? —le preguntó con franqueza—. Ya has decidido quedarte en Madrid y tienes claro que amas a Miguel. Te conozco, ¿qué ocurre? —preguntó sabiendo la respuesta. La conocía bien.
—Es complicado. Tengo claro que Miguel es la persona con la que quiero pasar el resto de mi vida, siempre ha sido él, aún en la distancia, pero Zack es especial. Lo quiero. Se ha portado conmigo como nadie, incluso mejor que Miguel.
—Estás pillada por dos tíos —aclaró Sara, sin rodeos.
—No quiero hacerle daño a ninguno.

—Vas a salir mal parada si no eres sincera con ellos. Cuéntale a Zack que te has tirado ya varias veces a Miguel y a este dile que tú y Zack solo os habéis dado un tiempo, no habéis roto del todo.
Virginia se llevó las manos a la cabeza agobiada. Nunca se había visto en semejante situación.
—Creo que debes asumir que vas a perder al americano para siempre.
—A una parte de mí le gustaría tenerlo siempre cerca, como amigo —aclaró.
—Es bueno el americano en la cama —afirmó Sara con una sonrisa pícara.
Virginia no entró en el juego, pero su silencio lo dijo todo.

Cuando Virginia llegó a casa, se encontró con Zack sentado en el salón de su casa con la televisión de fondo.
—Hola, ¿qué tal el día? —lo saludó con un beso en la mejilla y se sentó a su lado.
—Con muchas gestiones. Gracias a Víctor todo va sobre ruedas.
—Me alegro. Mi día ha sido agotador.
—Debes de estar cansada, y más de pasar la noche en el hospital con tu madre —añadió. Virginia lo miró en silencio y él se puso serio—. Fui temprano al hospital para recogerte y desayunar contigo, me encontré con Elena. Dormía junto a tu madre. Me dijo que había pasado la noche allí. ¿Qué ocurre? —preguntó preocupado, exigiéndole una explicación al mismo tiempo.
Virginia suspiró mientras se decía que había llegado la hora de confesar.
—Te mentí —admitió con recelo. Apenas le salían las palabras.
—Si necesitabas espacio me lo hubieses dicho. Podía haberme ido a un hotel, de hecho, lo haré. Lo que menos deseo es incomodarte en tu propia casa, mi vida.
—Zack… no es eso… bueno, sí. —No sabía ni cómo decírselo—. Hay otra persona —terminó por decir, de golpe.
Él se quedó impactado, no lo esperaba.
—Vaya… pensé que nuestro distanciamiento era por todo lo sucedido con tu madre, el anillo, la carta…
—Cuando comenzamos siempre te dejé claro que en mi corazón había alguien que no conseguía arrancar. —Zack asintió—. Pensé que lo nuestro… pero ha sido verlo de nuevo y…
—Comprendo —asintió serio—. Esta era tu vida y al volver todo se ha removido —comentó comprensivo—. Pero estoy aquí, a tu lado, para hacerte ver que te amo. He decidido quedarme en España —anunció decidido—. Me gusta esta ciudad, tengo una casa, dinero y lo más importante, estás tú.
Virginia lo miró con los ojos muy abiertos. No esperaba aquello.
—¿Y tu trabajo?
—Puedo conseguir uno aquí. A mi madre y a mi abuela les hará mucha ilusión volver a España. Les tenía prometido que algún día las traería y pienso cumplir mi promesa.
Cierta sensación de agobio embargó a Virginia. No supo cómo reaccionar a aquello ni qué decir.
—Creo que lo mejor será que me vaya a la cama. Estoy cansada.
—Me marcharé mañana mismo. Te daré el tiempo y el espacio que me pides, pero estaré cerca. Me importas demasiado y pienso hacer mi lucha por recuperarte —le dejó claro.
Virginia cerró los ojos con pesar y asintió. Lo último que necesitaba era a dos hombres peleándose por ella.

86

Zack se marchó a un hotel. No sin antes dejarle claro de nuevo a Virginia que pensaba hacer su lucha y recuperarla.
Por su parte, ella le comunicó a Miguel que ya Zack no estaba en su casa como invitado. No le dijo nada de la cuantiosa herencia que iba a recibir ni de sus planes de quedarse en España de forma indefinida. Sabía que eso inquietaría a Miguel y lo que menos necesitaba era que la agobiase con sus celos.
En la siguiente semana Virginia y Miguel se vieron poco, ella procuraba pasar todo el tiempo posible con su madre. Cuando comenzó las primeras sesiones de quimio se fue unos días a casa de sus padres, deseaba estar pendiente de ella todo lo posible cuando no trabajaba.
Aquella tarde, Virginia se trasladó de nuevo a su casa. Zack la llamó, llevaban varios días sin verse ni hablar y le propuso ir a visitarla.
Cuando le abrió la puerta la sorprendió con una caja de pasteles. La alzó para que la viese bien y ella cerró los ojos al alcanzar el delicioso olor que desprendían aún envueltos. Se le hizo la boca agua.
Merendaron juntos, cada cual le contó al otro cómo habían pasado los días sin verse mientras que Zack la miraba al detalle.
—Estás más delgada —apreció.
—No he tenido mucho apetito en estos días. Gracias por los dulces, están de muerte.
—Sabía que te gustarían.
—¿Qué tal va el tema de tu herencia? —se interesó.
—Hoy mismo he firmado los papeles. En unos días me dan las llaves del piso.
—¿Te vas a mudar allí?
—Víctor dice que es espectacular. Conoce la zona y el edificio. Además, está amueblado. Me gustaría que vinieses a verlo.
—Claro que sí —contestó de inmediato.
—¿Seguimos siendo amigos? —Necesitaba la confirmación de ella.
—Por supuesto. —Lo abrazó con cariño y así permanecieron unos segundos.
Luego, Zack la tomó por sorpresa y la besó. Ella le devolvió el beso, pero al instante se separó de él y puso distancia.
Se quedaron en silencio, cuando ella iba a decir algo sonó el timbre de la puerta. Se levantó y fue a abrir. No esperaba a nadie. Su sorpresa fue mayúscula cuando vio que se trataba de Miguel. Él fue a besarla, pero Virginia le colocó una mano sobre el pecho y le ofreció la mejilla.
Cuando Miguel se dio cuenta de que Zack estaba sentado en el sofá del salón cambió el semblante del rostro. Se puso serio, carraspeó y taladró a Virginia con los ojos antes de adentrarse en la estancia.
De inmediato, Zack se puso de pie y fue al encuentro de Miguel con la mano extendida para saludarlo.
—¿Qué tal? Un gusto verte de nuevo. —Se mostraba sonriente y amable.
Miguel le estrechó la mano sin saber si aquello formaba parte de un teatro y de un momento a otro le partiría la cara por haberse tirado a Virginia siendo su pareja.
Cuando comprobó que Zack era sincero y no existía un trasfondo, miró a Virginia exigiéndole

una explicación. Ella suspiró agobiada.
—¿Unos pasteles? —le preguntó a Miguel—. Zack ha sido muy amable de traerlos cuando ha venido a visitarme.
—No, gracias —declinó probarlos. Se le había cerrado el estómago.
De repente, se hizo un incómodo silencio en la estancia.
Miguel miraba a Virginia con gesto de reproche, Zack sonreía a ambos sin saber qué ocurría allí y Virginia necesitaba tres cajas de tilas ante la situación que presenciaba.
—Yo he venido para hablar contigo sobre el tratamiento de tu madre —anunció Miguel dirigiéndose a Virginia—. Puedo volver en otro momento. Zack, me vas a disculpar, pero es algo confidencial.
Fue muy hábil para deshacerse de la presencia del americano. Virginia lo miró sin creerse que hubiese hecho aquello.
De inmediato, Zack sintió que sobraba y se dispuso a marcharse. Se despidió de Virginia con un beso y un abrazo tras decirle que la llamaría.
Cuando se quedaron a solas, Miguel era un león enjaulado que se movía por el salón de la casa sin saber en qué momento explotar.
Ella se sentó en silencio en el sofá y lo observó. Le daba tiempo.
—¡¿A qué coño estás jugando?! —le reprochó a gritos—. Es obvio que el americano no sabe que hemos estado acostándonos este tiempo, sino me hubiese partido la cara. Dudo que sea tan abierto de mente.
—No le dije que eras tú —reconoció en un tono más bajo de lo normal.
—¿Se puede saber qué le has dicho? —exigió saber, muy enfadado.
—Siempre supo que existía alguien importante en mi corazón que no era capaz de olvidar. Nunca lo engañé cuando comenzamos a salir en serio. Le he dicho que no te había olvidado y que necesitaba un tiempo para aclarar mis sentimientos —expuso con sinceridad.
Miguel se llevó las manos a la cabeza, se revolvió el pelo y la miró muy enfadado tras escuchar sus palabras.
—Me has mentido y le has mentido a él —bramó.
—¡No!
—Sí. Le has pedido tiempo, con lo cual le has dejado una puerta abierta y no le has dicho con claridad que lo vuestro ha terminado para siempre y, para colmo, no le has dicho que ese hombre soy yo. Llego a tu casa y os encuentro solos tomando café, tan amigos —se quejó—. Dime algo, ¿te has acostado con él? —preguntó dirigiéndose a ella, tomándola por ambos brazos, fuera de sí.
—Y si lo hubiese hecho, ¿qué? —lo enfrentó desafiante—. ¿Cambiarías lo que sientes por mí?
—Es lo que trato de averiguar, joder —maldijo.
—Yo puedo darte la respuesta. Mis sentimientos no cambiaron pese a ver con mis propios ojos a todas las que te llevabas a la cama —le espetó con ira.
—¡No compares! No éramos pareja.
—Yo hablo de sentimientos. Duele igual.
—¿Te estás vengando de mí por todo lo que te hice pasar en años? Porque si es así dímelo, para estar preparado.
—No, Miguel. —Tomó asiento, cansada y abatida, no le gustaba discutir con él de una forma tan acalorada—. Las cosas se han dado de esta forma, creo que me conoces bien para saber que nunca haría algo así. Y ahora te ruego que te vayas, no tengo ganas ni ánimos de seguir discutiendo contigo.
Él asintió con un gesto de la cabeza. Su mirada era como la de un felino. Se dio media vuelta y

se dirigió a la salida sin cruzar más palabras con ella.
—No te vayas con la duda. No me he acostado con Zack —resonó la voz de Virginia, dolida, a sus espaldas.
Él no se volvió ni la miró. Cerró la puerta y se marchó.

***

Pasó una semana y Virginia no supo nada de Miguel. Se resistía a ser ella quien diese el primer paso. No entendía por qué estaba tan enfadado. Reconocía que no había hecho las cosas bien del todo, pero no lo había traicionado. Miguel deseaba ir a un ritmo que ella, por ahora, no podía seguir. En su fuero interno consideraba que estaba haciendo las cosas bien y que, poco a poco, estaba tomando las riendas de su vida. Había vuelto al trabajo, los telespectadores la habían recibido con índices de audiencia nunca antes vistos. El único inconveniente era que ahora la prensa rosa la seguía y querían saber más de ella y de su regreso.
Por otro lado, estaba al lado de su madre cada día, veía que pese a lo mal que lo estaba pasando se iba a recuperar. Y con Zack tenía una relación de amistad de la que estaba orgullosa. Hacía días que le había pedido que fuese a visitar la casa que heredó y donde ya vivía.
Pasaron una tarde muy amena. El piso de Zack en el barrio de Salamanca de Madrid, tenía cuatrocientos metros cuadrados, estaba decorado con mucho gusto, pero era anticuado para un hombre de veintiocho años.
Tras la visita, Zack la invitó a cenar a un buen restaurante que había justo en frente de su casa, y ella terminó por aceptar. Estar en compañía de Zack le resultaba muy agradable, hablaban de mil cosas y las horas pasaban volando.
Cuando salieron del restaurante después de la cena, para sorpresa de ambos, se encontraron con que había prensa en la puerta. Los esperaban.
Zack, nada acostumbrado a ello, tomó a Virginia de la mano, tiró fuerte de ella, la protegió entre *flashes* y empujones y echaron a correr hacia el portal de él. Allí se refugiaron de las fotografías y preguntas indiscretas.
Llegaron acalorados, cesantes y sonrientes. Pese al mal rato que habían pasado, no estaban acostumbrados a ser perseguidos por la prensa rosa, rompieron en carcajadas.
—Si no somos famosos —dijo Zack alucinando un poco con la situación—. ¿Antes de marcharte a Nueva York era así?
—No. Nunca fui objetivo de la prensa rosa, pero es cierto que el negocio online de las pulseras ha crecido mucho y la imagen de las campañas publicitarias somos Sara y yo, supongo que al volver a presentar el informativo… No sé…
—Eres guapa, inteligente y maravillosa —la elogió acercándose a ella de forma peligrosa—. Es razonable que suscites interés.
Sin poder contenerse por más tiempo, la besó. Virginia se dejó llevar por aquellos labios tentadores y se enredó en él. Zack fue con ella hasta la habitación, sin dejar de besarse y abrazarse, cuando sus cuerpos estuvieron sobre el colchón Virginia tomó conciencia de lo que estaba a punto de hacer. Su cuerpo ardía y tenía ganas de sexo.
—Zack… —Se separó de él—. Será mejor que lo dejemos. —Comenzó a deshacerse de sus brazos e incorporarse en la cama.
—¿Por qué? Creo que está muy claro que ambos lo deseamos.
—Es lo mejor. No quiero arrepentirme de esto ni hacerte daño —confesó recorriéndole la mejilla con sus dedos—. Amigos. Solo amigos —le dejó claro mientras se alejaba de él y se componía la

ropa.
—¿Amigos con derecho a roce cuando nos apetezca? —propuso, tumbado en la cama, casi derrotado, empalmado y con la mano extendida hacia ella con la leve esperanza de que volviesen a reanudar lo que habían dejado a medias.
—En estos momentos de mi vida no.
—Explícamelo.
—Porque ahora sé que él siente algo por mí —se refirió a Miguel sin darle el nombre. Zack la entendió.
—Comprendo. Y tú nunca has dejado de sentirlo por él. —Virginia asintió—. ¿Yo soy la razón por la que no estáis juntos?
—No. He querido hacer las cosas bien, y es complicado. —No le dio más explicaciones—. Será mejor que me vaya.
Zack la conocía bien y supo que no debía insistir más por aquella noche.
—Te puedo llevar a casa en moto. Salimos del garaje con los cascos y no nos identificaran los *paparazzi* —propuso Zack mientras se levantaba de la cama.
—¿Desde cuándo tienes una moto aquí? —preguntó sorprendida.
—Ya sabes que es mi medio de transporte. Me compre ayer una.
—Mucho me temo que la que siempre soñaste —comentó escandalizada.
Zack asintió sonriente, como un niño pequeño.
—Pesaba invitarte un día a dar un paseo. Iba a ser una sorpresa, pero…
—Los *paparazzi* lo han chafado. Está bien, acepto. Llévame a mi casa.
Zack le entregó una chaqueta de cuero de su talla y un casco. Ella lo observó bien y se dijo que seguía siendo muy sexi. Con pintas de motero tenía aspecto de chico un malote.
Virginia sacudió la cabeza y alejó aquellos pensamientos de la mente. Zack estaba como un tren. No sería humana si no se sintiese un poquito atraída por un hombre como él.
Salieron del garaje, montados en moto a toda velocidad y Virginia estuvo en su casa antes de lo que esperaba. Se bajó, se deshizo de la chaqueta y el casco y se los fue a entregar a Zack.
—Quédatelos. Los compré para ti. Otro día salimos a dar una vuelta más larga, ¿te parece?
Virginia asintió. Nunca había recorrido Madrid en moto, y desde que Zack le mostró Nueva York desde aquella perspectiva se le antojaba conocer así la ciudad en la que vivía.
—Gracias por la cena y por traerme.
—No hay de qué. ¿No me invitas a subir? —le pidió Zack con cierto tono y sonrisa que ella conocía bien.
—No.
—Lo tenía que intentar —le dijo con una sonrisa maravillosa. Arrancó y se marchó baja la atenta mirada de ella.
Virginia suspiró, su vida era un completo lío, y subió a su casa sintiéndose frustrada. Aquella noche tenía ganas de sexo y de disfrutar sin compromiso alguno, como lo había hecho en otras ocasiones. Era una mujer liberal, pero desde que Miguel le expuso sus sentimientos había cambiado. Se sentía suya por completo. Pese a que no tenía una relación de pareja formal en aquellos momentos, en su fuero interno sentía que si estaba con otro hombre lo traicionaría.

87

Eva y Virginia estaban reunidas en el despacho de vicepresidencia del Grupo Quiroga cuando Elena las interrumpió.
—Aquí me tenéis, lista para almorzar con vosotras y pasar toda la tarde juntas —anunció Elena sintiéndose liberada. Era madre de tres hijos y tener una tarde entera para ella lo consideraba un verdadero lujo, algo más relajante que el mejor *spa* que pudiese pagar.
—Casi hemos terminado —anunció Eva.
Virginia le dio el visto bueno a las propuestas que tenía delante y la reunión concluyó.
—Por fin libres —casi gritó Virginia mientras se levantaba y se estiraba. Tenía el cuerpo entumecido. Llevaba sentada allí con Eva más de cuatro horas.
—Solo hemos tratado temas profesionales —dejó claro Eva a su gemela.
Elena se solía quejar de que le contaban todo la última al no trabajar en el Grupo Quiroga. Eva y Virginia se veían a diario, inclusive, algunos días compartían coche para ir a trabajar juntas.
—¿Cómo va todo con Miguel? —preguntó con interés a su hermana menor—. Hoy, cuando he acudido con mamá al hospital hemos desayunado con él y lo he visto serio y con la mirada apagada.
—Hace más de una semana que no nos hablamos. Él lo ha querido así. —Les contó el último encuentro en su casa donde él se fue muy enfadado—. No me ha llamado ni me ha contestado a un par de mensajes que le dejé. No sé qué le pasa —se quejó.
—Yo no sé qué coño os pasa a los dos. Lleváis años jugando al perro y al gato, y ahora que os manifestáis abiertamente lo que sentís y coincidís en ello —enfatizó Eva— no estáis juntos disfrutando y gozando de vuestro amor. No lo entiendo —expuso algo alterada. Aquella situación la superaba.
—Digamos que no tenemos el entorno adecuado para ello —justificó Virginia.
—¡Tonterías! —soltó Elena. Sus hermanas la miraron con sorpresa—. Si os amáis no perdáis el tiempo. Te lo digo por experiencia, ¿vas a esperar que te suceda como a mí con Martín, verlo al borde de la muerte para aceptar que deseaba pasar el resto de mi vida con él? Siempre has vivido el día a día. Has sido arriesgada y valiente, no entiendo qué te sucede ahora —le reprochó envalentonada—. Y me consta por Martín que Miguel está loco de amor por ti.
—Nunca pensé vivir una situación así.
—Siempre has deseado que Miguel te amase —le recordó Elena con ímpetu.
—Lo sé, pero ahora está Zack —admitió.
Eva y Elena se miraron sin comprenderla.
—¿Sientes algo por el americano? —preguntó Eva—. El tío está como quiere, pero Miguel no se queda atrás. Son dos hombres impresionantes. Uno más maduro y otro más joven —le dejó claro.
—Zack es lo que siempre soñé, pero mi corazón ama a Miguel y siempre lo hará.
—Pues listo, veo que lo tienes claro —zanjó Elena.
—No quiero hacerle daño a Zack. Se ha portado conmigo muy bien y siempre ha tenido mil detalles, algo que Miguel nunca tendrá por más que me diga que me ama.
—No es un hombre detallista, ¿qué le vamos a hacer? —resolvió Eva, un poco exasperada de que Virginia no se aclarase.
—Yo creo que tu batalla interna radica en que Zack es el hombre que soñaste en todos los

sentidos, pero tu corazón se inclina por Miguel.
—Dios, qué lío —se quejó Virginia.
—¿Qué vas a hacer? —preguntó Eva.
—Vamos a comer. Pienso mejor con el estómago lleno.
Salieron del Grupo Quiroga y se dirigieron a uno de sus restaurantes favoritos.
—Pasado mañana es la gala en favor de la Asociación contra el Cáncer. Quedáis invitadas —les recordó Eva a ambas.
—Siempre voy con Martín —dijo Elena.
—Iré. Me la perdí el año pasado, pero este no. Además, mamá me ha pedido que vaya también en su lugar ya que este año no se siente con fuerzas para asistir.
—¿Vas a ir sola? —preguntó Elena con interés.
—Sí.
De repente, Eva recibió una llamada. La atendió porque era su cuñado Martín. Escuchó con atención lo que le decía mientras ponía cara de circunstancia a sus hermanas.
—Virginia, creo que tienes un problema —anunció tras finalizar la llamada—. Acaban de salir unas fotografías tuyas y de Zack donde aparecéis de la mano saliendo de un restaurante, entráis en su casa y el titular es que pasas la noche en casa de tu nueva pareja, según me acaba de decir Martín. No ha podido pararlo. Cuando se ha enterado ya había saltado a la luz —le informó.
—¡Joder! —maldijo pensando en Miguel. Solo le faltaba eso a la escasa relación que tenían.
—¿Qué hay de cierto? —preguntó Elena con interés.
—Fui a conocer su nueva casa, bajamos a cenar a un restaurante cercano, al salir había prensa esperándonos, volvimos a su casa en una carrera, estuve a punto de acostarme con él y luego me llevó a casa en moto —enumeró—. Salimos de su garaje camuflados y no nos identificaron. Él durmió en su cama y yo en la mía —les aclaró a la defensiva.
—Cuando Miguel vea lo que se ha publicado… —comentó Elena.
—Lo sé. Hablaré con él.
—Hazlo cuanto antes —le aconsejó—. Si vuelve a sacar la coraza que tuvo en todos estos años atrás quizás no lo recuperes nunca más.

Virginia trató de localizar a Miguel aquella tarde, no lo encontró en el hospital ni le cogió el teléfono. Lo llamó más de cinco veces seguidas, esperó que le devolviese las llamadas, pero no lo hizo. Cuando vio que no se iba a dignar a ponerse en contacto con ella, casi de madrugada, le dejó un mensaje de voz en el contestador. No deseaba dejarle un frío mensaje de texto. Quería que le escuchase la voz, el tono y él mismo juzgase sus palabras y sus hechos.
Le dijo:

Sé que a estas alturas ya habrás visto las fotografías mías con Zack que se han hecho públicas, y que eso será el motivo de tu enfado y razón por la que no me coges el teléfono ni me atiendes las llamadas.
Quiero decirte, que, en parte, comprendo que estés molesto y dolido, pero necesito que me creas. Zack y yo solo somos amigos. Es cierto que nos hemos visto y hemos salido juntos en estos días, los cuales tú me has ignorado, pero no ha sucedido nada entre nosotros. Yo te quiero, Miguel. Es algo que no puedo cambiar. Eres el dueño de mi corazón, pese a todos tus defectos.
Mañana es la gala que hace la cadena todos los años en beneficio de la Asociación contra el Cáncer, asistiré con mis hermanas. Me gustaría verte allí y que arreglemos todo entre nosotros. No nos alejemos más, por favor. Necesito saber que tus sentimientos no han cambiado. Un beso,

te quiero.

Miguel escuchó el mensaje de voz en cuanto le entró en el teléfono, pero no le contestó.
Virginia pasó toda la noche en vela esperando una respuesta, una llamada, una reacción, pero no sucedió. Casi al alba se quedó dormida. Despertó cuando llamó a su puerta la maquilladora y peluquera que venía para arreglarla para la gala. Cuando miró el reloj se dio cuenta de que eran las cinco de la tarde. Miguel continuaba sin dignarse a ponerse en contacto con ella.

Martín y Elena pasaron a recogerla a las nueve de la noche. En cuanto entró en el coche le preguntó a su cuñado, él mismo conducía, por Miguel, pero no supo decirle nada. Le transmitió que hacía días que no sabía nada de su amigo.
Virginia apenas tenía ganas de asistir a la gala. Estaba completamente desanimada, si no fuese por su madre, que le había pedido que hiciese una donación en su nombre para ayudar a todas las personas que pasaban lo mismo que ella sin recursos, no hubiese asistido. Sabía que se iba a encontrar con un montón de gente conocida y que tendría que posar en el *photocall* para la prensa. Solo pensar en forzar todas las sonrisas que debería mostrar aquella noche le agotó.
Cuando recorrió el pasillo lleno de prensa hasta el *photocall*, mostró un paso seguro y una sonrisa relajada. Caminó despacio mientras controlaba la cola del elegante vestido en color miel que lucía, era creación de Elena y no podía estar más orgullosa de su hermana. Se había convertido en una gran diseñadora.
Dejaron los abrigos de pieles en el guardarropa y pasaron a hacerse las fotos rutinarias antes de entrar en la gala. Allí posó junto con sus hermanas y cuñados, Víctor y Eva ya habían llegado.
Los periodistas y fotógrafos le preguntaron por el hombre con el que salía en las fotos dos días atrás. Se interesaban en saber qué relación tenían y quién era él, pero Virginia se limitó a sonreírles y no les aclaró nada.
Cuando llevaban una hora allí, había saludado a un montón de gente, Virginia se sintió sola. Miraba a sus hermanas y echaba de menos tener a alguien que le rodease la cintura cuando menos lo esperaba o cuidase de ella con simples detalles de traerle una copa y preocuparse si todo iba bien.
Miguel no había aparecido, consultó el móvil mil veces desde que salió de casa, pero no le había dicho nada. Se dio media vuelta decidida a marcharse a casa cuando, justo en ese instante, lo vio aparecer por la puerta. El corazón le comenzó a latir con fuerza, se puso nerviosa y se quedó paralizada en el lugar que estaba, incapaz de dar un paso más.
Lo observó al detalle, tan guapo, imponente y atractivo. Lucía un esmoquin negro, llevaba el pelo engominado, algo poco usual en él, pero lo cierto era que llevaba el pelo más largo que de costumbre, y sus ojos la buscaban. Cuando ambos se encontraron la miró al detalle y Virginia pudo ver como aquella mirada verde intensa se iluminaba. Serio y seguro de sí mismo, se encaminó hacia ella sin dejar de mirarla de aquella forma que le hacía suspirar. Pese a llevar unos altos zapatos de tacón, se sintió más pequeña que nunca a su lado.
—Buenas noches —la saludó Miguel.
—Has venido —comentó ella con una amplia sonrisa, feliz de verlo allí.
—Estás espectacular, maravillosa —la elogió con una mirada cargada de magnetismo y complicidad.
—Tú también. Te veo diferente, ese pelo…
—No he tenido tiempo de cortarlo. He tratado de dominarlo.
—Te queda bien.

Se hizo un breve silencio y ninguno supo que más decir. Tenían tantas cosas de las que hablar que no sabían por dónde comenzar.
—Necesito que me abraces —le rogó Virginia con un breve hilo de voz.
Miguel no dudó en hacerlo. La sintió temblorosa mientras la envolvía en sus fuertes brazos.
Se refugió en su calor y aspiró su aroma. Era todo lo que necesitaba. Sentirlo cerca le dio vida.
—Gracias por venir. Te necesitaba. Me he sentido muy sola —le dijo al oído mientras permanecían abrazados.
—Te quiero —le confesó Miguel.
—Y yo.
De repente, Miguel observó que Zack aparecía por la entrada. Se tensó mientras tenía a Virginia pegada a su cuerpo, ella no podía ver a Zack. Entonces, Miguel hizo algo a conciencia. La besó ante los ojos del americano.
Zack se quedó paralizado cuando vio que ella le devolvía el beso, se tomaron de la mano y comenzaron a caminar entre miradas cómplices como si fuesen una pareja. Miguel le susurró algo al oído y ella soltó una carcajada mientras se aferraba a su brazo.
Virginia alzó la mirada y salió de la burbuja de felicidad en la que se encontraba cuando sus ojos se cruzaron con los de Zack, parado a unos metros de ella. La observaba con rabia y decepción reflejados en su rostro.

88

Cuando Virginia miró hacia Miguel y lo vio tranquilo y sonriente, supo que la había besado a conciencia. No imaginaba qué podía estar haciendo allí Zack, que ella supiese no estaba invitado ni aquellas cosas iban con él.
Sintiendo cómo Miguel la agarraba con fuerza de la mano, deseó que la tierra se la tragase. No sabía qué hacer. Zack le exigía una explicación mientras el hombre que amaba la retenía a su lado.
—Zack —balbuceó Virginia, descolocada y aterrada. Lo que menos deseaba era provocar una escena allí mismo.
Se debatió entre el amor y hacer lo correcto, miró a Miguel y su sonrisa triunfadora mientras le sostenía la mirada a Zack la impulsó a deshacerse de su contacto e ir con paso ligero hasta el hombre de traje chaqueta azul marino y coleta rubia muy bien peinada que tenía enfrente.
—¿Es él? ¿Todo este tiempo ha sido él? —preguntó Zack a modo de acusación.
Virginia solo asintió. No tenía fuerzas de decir nada más. Se volvió y vio que Miguel estaba esperándola al otro lado. No le daba mucho tiempo. Con un gesto del rostro la animó a ir hacia él, pero Virginia no se movió.
Cansado de aquella situación, Miguel decidió marcharse y ponerla entre la espada y la pared. La obligaba a que fuese tras él.
En un movimiento rápido, Zack tomó a Virginia del brazo y la encaró.
—Te has estado acostando con él durante todo este tiempo, ¿verdad? Fue a Nueva York a recuperarte. Él es la razón por la que no aceptaste el anillo —le reprochó—. Cuando Miguel apareció estábamos mejor que nunca —le recordó con rabia.
—Lo siento, Zack. —Fue incapaz de admitirle que le había sido infiel.
Tenía un nudo en la garganta y estaba a punto de llorar. Lejos de estar enfurecido, como se marchó Miguel, la nobleza que caracterizaba a Zack le impidió mirarla con odio. Lo hacía con decepción, abatido y derrotado como nunca se había sentido.
—Tío, me alegra que hayas aceptado la invitación —dijo Víctor a sus espaldas, le dio una palmada en el hombro a modo de saludo y los miró a ambos—. Zack quería donar una parte del dinero que ha heredado y le aconsejé hacerlo aquí —comentó el marido de Eva, ajeno a lo que pasaba entre la pareja.
—Gracias, Víctor —agradeció Zack después de un carraspeo de garganta—. Ya lo hice a la entrada. Solo venía a saludar a Virginia. Me marcho, no pinto mucho más aquí. Que tengáis buena velada.
—¿No te quedas a la cena? —preguntó Víctor—. En nuestra mesa hay hueco.
Su cuñada lo miró con ganas de asesinarlo. Víctor no lo invitó con mala intención, ni sabía que Miguel había acudido.
Virginia buscó al amor de su vida con la mirada y el corazón alterado. Ya no podía cambiar nada lo que había sucedido, pero ya era hora de hacer las cosas bien de una vez por todas.
De forma abrupta, sin despedirse, se alejó de Zack y Víctor, que se quedaron mirándola en silencio.
Con paso ligero, buscó a Miguel por los alrededores, salió a la calle por si estaba allí, pero no lo vio.

—El señor Miguel Durán se acaba de marchar —le indicó un reportero con cámara que se fumaba un cigarrillo con aire relajado.
—¿Perdón? —preguntó Virginia desconcertada de que se dirigiese a ella. No lo conocía de nada.
—Me dio la sensación de que lo buscaba, discúlpeme si me he equivocado —comentó con media sonrisa el desconocido.
Ella asintió y se dirigió hacia una fila de coches, buscó al aparcacoches y le pidió que le trajese el de su cuñado Martín. Necesitaba ir tras Miguel.
Cuando llegó al edificio donde vivía Miguel el portero le informó de que el señor Durán había llegado hacía escasos minutos en un taxi. Virginia subió al piso de él y llamó con insistencia a la puerta, pero no le abrió ni le contestó.
—Sé que estás ahí. No me voy a dar por vencida —le gritó desde detrás de la puerta.
No recibió respuesta alguna.
Ella continuó golpeando la puerta y llamando al timbre, pero ni así Miguel se molestó en aparecer. Era el hombre más terco y más duro que conocía, pero esta vez no pensaba perder aquella batalla.
Se sentó, con su elegante vestido de noche, en el suelo, al lado de la entrada el piso. Lo llamó por teléfono, pero tampoco le contestó ni escuchó sonido detrás de la puerta. Suspiró y pensó qué hacer.
Miguel estaba tumbado en la cama, con la mirada perdida en el techo, en calzoncillos, sumido en sus pensamientos y meditando qué iba a hacer con Virginia. No podía seguir así por más tiempo, teniéndola y no teniéndola. Ella admitía que lo amaba, pero se negaba a formalizar una relación, y para colmo no cortaba con la estrecha amistad que la unía al americano y tanto le molestaba.
Cuando ya pensaba que Virginia se había marchado, había pasado más de media hora en la que no lo molestaba, escuchó una música muy alta que venía del pasillo del edificio. No tenía vecino, su piso era el único en la planta. Se levantó y fue a ver de dónde venía aquel sonido.
La voz era de la cantante Niña Pastori, y la canción *Hablo contigo*.
Miguel esperó detrás de la puerta, la escuchó completa. Virginia la tenía puesta en bucle, cuando terminó, comenzó de nuevo. Emocionado, dándole sentido a cada palabra de aquella letra, abrió la puerta despacio.
La encontró sentada en el suelo, sin importarle arruinar el caro vestido que llevaba. Ella no se levantó de inmediato, lo miró a los ojos y comenzó a cantar el estribillo de la canción que no dejó de sonar. Luego paseó la vista por el magnífico cuerpo de Miguel, solo llevaba unos calzoncillos negros. Él no dijo nada.
Con paso lento y estudiado, descalza, Virginia se levantó, se acercó y colocó ambas manos sobre su pecho desnudo.
—Déjame besar tus labios y que mañana me despierte a tu lado. Dime que sí. No hay más dudas, quiero una vida solo contigo. Que nos lleve el viento hacia donde quiera, pero juntos.
Miguel esbozó una sonrisa, la atrapó con fuerza entre sus brazos y la besó de forma apasionada. Deseaba a aquella mujer con todas sus fuerzas.
La canción continuaba sonando a toda voz.
—¿De dónde has sacado ese altavoz? —preguntó sonriente, sin dejar de besarla.
—Tu portero me adora. Me lo prestó.
—No hay un hombre en este mundo que te adore y te quiera más que yo, ni tu padre —afirmó con orgullo—. Te amo.
Se apartó un poco de ella, se agachó, recogió el móvil y el altavoz que estaban en el suelo, la tomó de la mano y entró con ella en casa.

—Demuéstremelo, señor Durán —lo retó con descaro, sonriente, sin soltarse de su mano.
Miguel volvió a besarla, se deshizo de su vestido y la admiró en ropa interior.
—No tienes idea de las veces que te he soñado así en los últimos días —confesó Miguel mientras acariciaba su piel.
Ella lo agarró por las nalgas y se las masajeó con descaro mientras sentía su creciente erección sobre el vientre.
—Te necesito más que nunca —murmuró sobre sus labios.
—Ya somos dos.
Miguel la cogió en brazos, ella enroscó las piernas sobre su cintura, y sin dejar de besarse, llegaron hasta la cama. Se deshicieron de la ropa, una vez completamente desnudos, Miguel se sentó en la cama, la admiró desnuda delante de él, le resultaba maravillosa.
Virginia se sentó a horcajadas encima de él, lo necesitaba más que nunca en su interior. Tomó su miembro erguido entre las manos y lo guio hasta su entrada. Se deslizó sobre él y ambos gimieron a la vez.
—Mi lugar favorito en el mundo —consiguió decir Miguel mientras se apoderaba de sus labios y le masajeaba las nalgas.
—Y el mío —murmuró mientras se movía haciendo círculos alrededor de su enorme erección. Lo sentía más grande que nunca, muy dentro de ella—. No estamos tomando precauciones de nuevo —lo previno Virginia.
—No he estado con nadie, solo contigo. Y no le temo a las consecuencias. Me harías un hombre muy feliz si me conviertes en padre.
—Dios, Miguel. Dejemos esta conversación para otro momento —dijo con los ojos entrecerrados, presa de la pasión y de lo que él le hacía sentir.
—Muévete, preciosa, os vas a matarme —le rogó—. Necesito correrme con urgencia —confesó. Sentía que no podía aguantar más.
Virginia sonrió sobre sus labios y le dio todo el placer que necesitaba, el que ambos estaban deseosos de volver a experimentar juntos.
Cuando él salió de su interior y la ayudó a incorporarse, observó cómo su semen resbalaba por los preciosos muslos de Virginia. Llevó sus dedos hasta allí y la acarició.
—Me encanta verte así —confesó con voz ronca y la mirada brillante.
—Eres un pervertido —se quejó Virginia con una enorme sonrisa—. Acompáñame al baño —le ordenó tirando de su mano.
Él la siguió y allí volvieron a hacer el amor, sobre el enorme plato de la ducha, mientras les caía el agua encima.
Después volvieron a la cama y recuperaron fuerzas en un sueño profundo, abrazados, relajados y amándose más que nunca.

El día siguiente ambos tuvieron un despertar casi mágico, entre los recuerdos de la pasada noche y con una promesa de empezar algo en serio.
—Buenos días, señorita Galván. Deberíamos hablar de un anillo que ya tendría que estar en esta mano. —La alzó y la admiró desnuda, no llevaba ninguna otra joya.
—Ya veo que se ha levantado un poco posesivo —le susurró en el oído mientras le mordía el lóbulo de la oreja.
—Quiero que seas mía el resto de mi vida.
—Bien, coloca el dichoso anillo —comentó mientras recordaba cuando fue a elegirlo pensando que era para otra.

—No lo tengo aquí —confesó.
—¿Qué? ¿Lo has perdido?
—Está en Berna. Lo dejé allí con parte de mi equipaje que se me olvidó. Pero hoy mismo iremos a comprar otro.
—Ah, no —dijo rotunda—. Quiero mi anillo.
—Compraremos el mismo.
—No. Quiero el de Nueva York. Esa joya tiene toda una historia que le contaré a mis nietos de mayor.
Ambos estallaron en carcajadas, se abrazaron y se besaron mientras rodaban en la cama, desnudos y más cómplices que nunca.
—No quiero que haya más secretos entre nosotros. Por ello quiero contarte algo —anunció poniéndose algo más seria y apartándose un poco de él—. ¿Podemos vestirnos y lo hago mientras desayunamos? —preguntó esperando una respuesta.
—Podemos hacer lo que tú quieras. —La besó y salió de la cama.

Sentado al lado de Virginia, con la mesa llena de comida exquisita para desayunar, Miguel esperaba que le contase algo que aún no le había dicho y lo mantenía intrigado.
—Quiero contarte porqué todo cambió entre nosotros en Nueva York de un momento a otro. —Miguel asintió expectante—. Descubrí en un cajón una carta en la que Zack me proponía un compromiso serio y dentro había un anillo. La había dejado allí antes de marcharse al Sahara. Fue ahí cuando comprendí que no podía lanzarme a la piscina contigo, vivir nuestro amor y arrasar con lo demás. Le debía a Zack hacer las cosas bien. Sé que no te gusta que te lo diga, pero se ha portado conmigo como nadie. Siempre lo voy a querer como amigo y le agradeceré eternamente los mil detalles que tuvo como amigo y pareja.
Tras decir esto último Miguel sintió celos, hizo memoria y se dijo que Virginia debía tener más recuerdos de él entre desplantes y reproches que detalles y gestos bonitos. Hizo una nota mental para ponerle remedio a aquello.
—¿Todo entre tú y Zack está aclarado? —preguntó con interés.
—Lo único que le había ocultado desde que rompí con él era tu nombre. Y anoche tú mismo te encargaste de presentarte —le reprochó.
—Cuando alguien me interesa tanto como tú, no me importa jugar sucio. Sé que anoche lo hice, pero los celos me dominaron. Cuando lo vi aparecer… no sé qué me pasó. Necesitaba que supiese que eras mía y que no tenía el camino libre. Estoy cansado de verlo siempre a tu lado.
—Vale, vale —lo frenó—. Ahora mismo Zack no querrá ni verme, pero intentaré ser su amiga.
—No me gusta que seáis amigos —comentó serio y mandón.
—Bien, cojamos tu agenda y veamos con cuantas mujeres te has acostado que ahora son tus amigas —le reprochó.
—Muchas están ya casadas —justificó.
—Me da igual.
Miguel soltó una gran carcajada. Se levantó y fue hasta ella. La envolvió entre sus brazos y la besó.
—Cómo me gusta verte celosa. Me resultas irresistible. ¿Y si volvemos a la cama y terminamos esta discusión allí? —propuso sonriente, entre besos húmedos regados por su cuello.
—Procura que no salga la fiera que hay dentro de mí debido a los celos, bastantes he pasado en estos años en los que no eras mi pareja, o me vas a conocer bien, señor Durán —le advirtió de camino a la habitación. Él la arrastraba entre sus brazos en una clara dirección.

—Demuéstrame mejor la fiera que llevas dentro en la cama —la retó Miguel sonriente y feliz.

89

El teléfono sonó con insistencia a media tarde. Virginia y Miguel estaban dormidos en el sofá, habían puesto una película para ver juntos, pero ninguno de los dos llegó al final. Apenas habían dormido la noche anterior y estaban derrotados.
—¿Qué ocurre, madre? —preguntó Miguel con voz ronca y somnolienta, mientras trataba de ver qué hora era.
Virginia se revolvió en el sofá y continuó durmiendo. Sentía que el cuerpo entero le pesaba y no tenía fuerzas ni para abrir los ojos.
Miguel se alejó un poco y continuó la conversación.
Cuando volvió al lado de Virginia, casi una hora después, ella no había sido consciente del tiempo que él pasó al teléfono.
—Mi amor —la llamó Miguel, sentado a su lado, acariciándole la mejilla. Ella se revolvió, perezosa a su lado—. Tengo que coger un vuelo a Berna lo antes posible.
Estas palabras la despertaron por completo del estado en el que se encontraba.
—¿Qué ocurre? —preguntó alarmada.
—Nada grave. No te asustes. A mi madre se la ha ocurrido la genial idea de volver a España para estar más cerca de mí y cambiar la sede principal de Durán. He tratado de convencerla de que se quede allí y de los beneficios para su negocio, pero ha sido inútil. Está decidida. Se requiere mi firma para cerrar todo y hacer el traslado. A pesar de que no me interesa lo más mínimo, soy el heredero y socio de Durán —comentó sin demasiado entusiasmo.
—Vaya. Volvemos a separarnos.
—Puedes venir conmigo.
—No. Acabo de volver a mi trabajo y no quiero dejar a mi madre sola. ¿Tendrás que pasar mucho tiempo allí?
—Calculo que unas dos semanas a lo sumo —anunció con pesar.
—¿Cuándo te marchas?
—Tengo que buscar vuelo.
—Bien, te ayudaré y luego no perderemos el tiempo —resolvió atrayéndolo hacia ella y apoderándose de su boca—. Ah, y no olvides mi anillo cuando regreses —le recordó entre besos.

Miguel se marchó al día siguiente por la tarde. No desaprovecharon ni un minuto, se amaron e hicieron planes de vivir juntos al regreso de él. Virginia insistió en que fuese en su casa y Miguel no puso objeciones. Solo deseaba estar con ella y amarla el resto de su vida.
Ella lo llevó al aeropuerto y allí se despidieron como una pareja enamorada, entre besos, abrazos y promesas. Los dos estaban de acuerdo en que serían dos semanas muy largas, aunque Miguel le prometió regresar cuanto antes.

Virginia se fue de tirón al despacho de Eva. Llegaba tarde para preparar los contenidos del informativo. Tenía mil mensajes y llamadas de sus hermanas aquel fin de semana, pero se limitó a decirles que estaba bien y que ya hablarían el lunes.
Tanto Elena como Eva vivían en la incertidumbre de si Virginia estaba con Miguel, con Zack o sola y apenada en casa.

—¿Dónde has pasado todo el fin de semana? —le exigió saber Eva en cuanto Virginia puso un pie en su despacho—. ¿O por la sonrisa que traes debo preguntar con quién?
Virginia se mostraba radiante y feliz.
—He pasado todos estos días con Miguel. En la cama. No hemos salido de ella —especificó con una sonrisa de oreja a oreja.
Eva se levantó, eufórica, pegando gritos, y la abrazó.
—No sabes cuánto me alegro, ¿todo arreglado entre vosotros?
—Sí. Hemos decidido vivir juntos en mi casa. En cuanto regrese se mudará.
—¿Regrese de dónde?
Virginia le contó con detalles las dos semanas que tendrían que estar separados.
Luego dejaron los temas personales y se dedicaron al trabajo. Quedaron en ir a casa de Elena aquella tarde y cenar juntas para ponerla al día.

***

Las dos semanas siguientes, separados, cuando más necesitaban estar juntos, a Miguel y a Virginia se les hicieron eternas. Cuando ella creía que ya quedaban pocos días para que regresase él le hizo saber que se retrasaría una semana más. Debía cerrar todo bien en Berna para no tener que volver más ni separarse de la mujer que amaba.
Virginia se dedicó a ordenar bien la casa y a adecuarla para vivir con Miguel. Le hizo sitio en el armario y compró varias cosas nuevas para la convivencia en pareja.
También intentó hablar con Zack y acercarse a él, volver a ser amigos. Recibió como respuesta que estaba muy dolido y necesitaba tiempo. Le comunicó que se pondría en contacto con ella cuando estuviese preparado para verla de nuevo y tratarla como amiga, pero al mismo tiempo le dejó claro que tardaría en olvidar su traición.

***

Sobre las tres de la madrugada, el teléfono despertó a Virginia. Se asustó al pensar que le podría haber pasado algo a su madre, pero se encontró con la noticia de que la llamaban del hospital, Zack había tenido un grave accidente de moto y ella era la persona más cercana para avisar de su estado.
De inmediato, se vistió y puso rumbo al hospital. Le dijeron que tenía dos costillas rotas y una pierna. Esperó con paciencia que lo llevasen a una habitación y verlo.
Cuando Zack llegó en la cama que empujaban dos celadores traía mal aspecto. Virginia se acercó a él, le tomó una mano entre las suyas y le dio un beso en la frente haciéndole ver que estaba allí con él.
—Me pidieron un número de contacto por si algo me pasaba y solo se me ocurrió el tuyo. No quería asustar a mi madre y a mi abuela.
—Hiciste bien. Estaré aquí para todo lo que necesites.
—Gracias.
—Me gustaría ser tu amiga si me lo permites.
—Hecho.
Virginia le dio un beso en la mejilla y pasó el resto de la noche a su lado.

***

Dos días después Zack continuaba hospitalizado, Virginia lo visitaba a diario y se quedaba junto a él todo lo que podía, que no era lo que le hubiese gustado, porque entre el trabajo y su madre, que todo iba muy bien, apenas tenía tiempo.
La relación de amistad entre ella y Zack se fue reforzando, el nombre de Miguel no salió a relucir por el momento, ambos lo evitaron y Virginia agradeció no hablar del tema.
Aún no le había contado a Miguel que había pasado dos noches en el hospital cuidando de su ex. Consideraba que tenía suficientes problemas en Berna como para añadir uno más, pero, por otro lado, no quería que se enterase y esto fuese otro motivo de distanciamiento entre los dos. Estaba deseando de que llegase y compartir su vida con él, como pareja, crear un hogar y ser muy felices.

—Hola, preciosa, ¿qué tal estás? —Miguel llamó a Virginia aquella noche casi a las once. Ambos habían tenido un día muy complicado y fue difícil coincidir en horarios.
Virginia estaba metida en la cama, Zack había insistido en que estaba bien atendido en el hospital y no era necesario que pasase malas noches. Ya hacía demasiado con visitarlo a diario y llevarle todo lo que necesitaba.
—Cansada, con sueño y metida en la cama.
—Y yo lejos de ti. Te compensaré todo este tiempo.
—Quiero detalles y sorpresas —le pidió con una enorme sonrisa.
—Los tendrás. Prometido.
—Miguel… quiero decirte algo —comentó con temor.
—¿Qué te ocurre? —No le pasó desapercibido su tono.
—No quiero que te enfades. No te lo tomes a mal. —Trató de suavizarlo.
—¿Qué pasa? —preguntó serio y con poca paciencia.
—Zack tuvo un accidente de moto. Un camión se lo llevó por delante en un adelantamiento. He estado cuidándolo desde hace tres días. —Se hizo un largo silencio. Él no dijo nada—. No te enfades. Tienes que confiar en mí para que esto funcione. Yo confío en ti, no sé con qué mujeres te estás relacionando en estos días. —Le hizo ver con paciencia.
—Confío en ti, no en él —dijo al fin—. En cuatro días estoy ahí —anunció sin demasiada alegría.
—Dime que tu regreso no tiene que ver con Zack.
—No. Ya tenía los billetes de avión comprados. Te lo iba a decir ahora.
—Tengo muchas ganas de verte, besarte y que me hagas el amor —le enumeró con tono de voz meloso. Él no le dijo nada—. ¿Estás enfadado?
—Un poco. No me agrada que mi mujer cuide de su ex ni que él la tenga más cerca que yo.
Cuando Virginia lo escuchó referirse a ella como *su mujer* cierta sensación de felicidad le recorrió el cuerpo.
—Cuento las horas para verte. No te he dicho nada, pero en estas semanas he acondicionado mi casa para ti. Te he hecho hueco en mi vestidor y he comprado cosas nuevas para el que será nuestro hogar —reveló ilusionada.
Poco a poco fue consiguiendo que el mal humor se le bajase.
—Me parece bien. Estaré ahí en cuanto llegue.
—¿A qué hora aterrizas? Voy a recogerte.
—De madrugada. No salgas a esas horas. Cogeré un taxi. Espérame en la cama.
—Te quiero.

—Y yo.
—¿Traes mi anillo?
—No lo olvidaría.
—Lo espero. Me gusta ser una mujer comprometida.
—Y pronto serás mi mujer ante la ley. Ya hablaremos de ello.
—¡Qué romántico! —se quejó—. Ya me lo podías haber pedido con flores, corazones y velas.
—Eso es lo común y tú sabes que yo me salgo de ello.
—Doy fe.
—Conseguiré sorprenderte —era una promesa.
—Te estaré esperando toda la vida —bromeó. Miguel era como era y no deseaba que se convirtiese en un romántico de la noche a la mañana. Aunque no lo conocía apenas en ese aspecto.

90

—Miguel, hijo, no voy a viajar a Madrid. El comprador de la casa quiere firmar esta misma semana, me quedaré y hago el trámite para así no volver más. Tú y Valeria podéis comenzar con todo en la nueva sede de Durán en Madrid. No tenéis porqué retrasar el viaje —le informó su madre mientras cenaban.
Valeria los acompañaba. Desde hacía más de un mes era la sombra de Lidia, que le había hecho caso a su hijo y decidió convertir a la muchacha en su pupila. En los días que llevaba a su lado, le había enseñado muchísimo. Estaba muy contenta con la decisión que había tomado guiada por su hijo. Valeria tenía madera y valía para el puesto de subdirectora de Durán, y cuando ella se jubilase en unos años ocuparía su cargo de directora y presidenta.
—No sé el empeño que te ha entrado con deshacerte de todo aquí y trasladarte a Madrid de inmediato —se quejó Miguel.
—Los recuerdos constantes de tu padre me matan. Necesito volver a empezar sola en otro lugar y he decidido hacerlo al lado de mi hijo —argumentó.
Miguel suspiró y no dijo nada más. Sabía que tener a su madre cerca le iba a dar más quebraderos de cabezas que alegrías, pese a haberle dejado claro por activa y pasiva que no pensaba ocuparse de nada del negocio.
—Puedo esperarte, Lidia, y viajamos juntas —le ofreció Valeria.
—No. Te necesito más allí, supervisando todo. Viajaré con tus padres.
—Bien. Vigilaré que todo vaya bien en las nuevas oficinas y buscaré un piso como el que deseas comprar.
—No quiero nada alejado, en las afueras. Asegúrate de verlo tú misma, que sea amplio y tenga todas las comodidades —le ordenó.
—¿Han acabado todas tus recomendaciones? —le reprochó Miguel a su madre. Cuando Lidia se ponía a dar órdenes no tenía fin. Estaba acostumbrada a mandar y que nadie le llevase la contraria—. Valeria, no dejes que te trate como si fueses su secretaria personal.
—Hijo, si le encargo estas cosas es porque confío en ella como si fuese una hija.
—No te preocupes —terció Valeria con una sonrisa.
—Vosotras mismas —soltó exasperado—. Una vez que pisemos Madrid olvidaos de mí. Cada uno a su trabajo.
—Buscaré un piso para mí, mientras me quedaré en un hotel —dijo Valeria. Desde que nació había vivido con sus padres en el gran chalet de los señores Durán, pero no pensaba ir a vivir con Lidia a un piso en Madrid, por muy grande que fuese. A su edad necesitaba independencia.
—Puedes quedarte con mi casa, me voy a ir a vivir con Virginia en cuanto llegue a Madrid —anunció para sorpresa de su madre y de Valeria.
—¡Oh, qué alegría, hijo! ¿Vais en serio? —se interesó.
—Mucho. Pienso casarme con ella.
Lidia abrió mucho los ojos. Había sido testigo de las veces que Miguel juró no volver a contraer matrimonio.
—Me alegro por ti —le manifestó Valeria—. Tendrás que presentármela.
—Por supuesto, creo que le vas a caer muy bien. Podréis ser hasta amigas. Virginia solo es cinco años mayor que tú.

***

Cuando Zack recibió el alta médica, Virginia se ofreció a llevarlo a casa. Una vez allí, se dio cuenta de que le costaría vivir solo. Tendría que llevar la escayola en la pierna por un par de semanas más y sus costillas aún estaban delicadas.
—Creo que vas a tener que contratar a alguien. —Lo ayudó a llegar hasta el sofá, luego fue a la nevera y comprobó que la tenía vacía—. Voy a bajar al súper cercano y te traeré algunas cosas y podemos llamar a la agencia de limpieza que se encarga del mantenimiento de la cadena y contratar a una persona para que venga a limpiar y hacerte de comer —le propuso.
—Me parece bien.
—Vendré a visitarte siempre que pueda, pero entre el trabajo y que estoy muy pendiente de mi madre … —se excusó.
—¿Y Miguel? ¿Cómo va todo entre vosotros? —se atrevió a preguntar.
—Está en Berna con su madre arreglando unos asuntos. Vamos bien. Tenemos planes de futuro —le comentó algo nerviosa, mientras se paseaba por la estancia delante de él y se retorcía las manos. Estaba segura de que aquel incómodo momento se daría tarde o temprano.
—Quizá no le guste demasiado que nos hayamos vuelto a ver.
—Yo quiero tenerte en mi vida como amigo y siempre que tú me dejes, Miguel lo entenderá.
—En todo este tiempo he comprendido que Miguel no se metió entre nosotros, fui yo. Lo vuestro era una historia en el aire que no terminaba de encajar.
—Gracias por ser tan comprensivo.
—No voy a negarte que me dolió muchísimo cuando descubrí que era él y me lo habías ocultado, pero las horas de hospital sin hacer nada han servido para que lo pensara todo bien. He llegado a la conclusión de que cuando se ama no hay traición, ya que no manda la razón sino el corazón, y tú lo amas a él.
Emocionada, Virginia fue hasta él y lo abrazó con fuerza.
—No cambies nunca —le rogó Virginia mientras le acariciaba las mejillas.
—Quiero ser tu amigo.
Volvió a abrazarlo tras escuchar sus palabras. Ahora sí sentía que había hecho las cosas bien y todo tenía sentido en su vida. Estaba preparada para volver a sentir sin límites.

***

El día antes de llegar Miguel le informó a Virginia que aterrizaba sobre las cinco de la madrugada. Quedaron en que él iría a su casa por la mañana, tras recoger algunas de sus cosas.
Virginia, feliz e ilusionada, arregló toda la casa, la mandó a limpiar, colocó sábanas nuevas, toallas, velas… Quería que fuese un verdadero hogar del que disfrutar juntos.
Contaba las horas para sentirlo abrir la puerta y que fuese hasta la cama con ella. Lo esperaba con un conjunto muy sexi que se había comprado para sorprenderlo.
Se alegró de que fuese fin de semana, así podrían pasar todo el tiempo juntos y recuperar las semanas separados. Solo esperaba que Miguel no tuviese ninguna guardia o lo llamasen del hospital por alguna emergencia.

A la mañana siguiente, cuando eran más de las doce de la mañana, Virginia se preocupó, conociendo a Miguel, le extrañó muchísimo no tenerlo en casa a las ocho. Lo llamó un par de

veces y su móvil estaba apagado. Inquieta, decidió vestirse e ir a su casa. Si se había quedado dormido lo despertaría y le ayudaría a traer sus pertenencias. Deseaba tenerlo a su lado cuanto antes y para siempre.
El portero del edificio de Miguel no supo decirle si el señor Durán ya había llegado o no. Se ofreció a mirar las cámaras de seguridad de la madrugada, pero Virginia no quería perder tiempo. Si Miguel no estaba en casa investigaría si el vuelo se retrasó, pero le extrañaba que no le hubiese avisado.
No tenía llaves de su casa, por lo que llamó al timbre sintiéndose como una extraña en vez de su prometida y futura mujer. Insistió sin obtener respuesta, hasta que por fin escuchó movimientos dentro de la casa. No dijo nada, quería que fuese una sorpresa cuando Miguel abriese la puerta y la encontrase ahí.
Pero resultó que la sorpresa se la llevó Virginia cuando tuvo delante a una mujer con aspecto de recién levantada de la cama. Llevaba el pelo alborotado y una camiseta ancha mal colocada.
Se quedó mirando a aquella mujer y la reconoció de inmediato, estuvo en el funeral del padre de Miguel y no se movió del lado de su madre ni de él el día del entierro. Con todo lo que había pasado entre ambos no volvió a interesarse por quién era ella y qué significado tenía en la vida de Miguel, pero, por lo visto, estaba claro.
—Valeria, preciosa, abre la puerta. Estoy desnudo. —Se escuchó la voz de Miguel desde la habitación.
Virginia se quedó atónita. No esperaba aquello, por su cabeza habían pasado muchas cosas con respecto al retraso de Miguel, pero nada como aquello.
—Hola, pasa —le indicó la mujer con gesto amable, mientras le dedicaba una sonrisa.
En el vuelo de regreso, Miguel le había enseñado a Valeria una foto de su futura esposa. Ella la había reconocido y la miraba como si se conociesen.
—¿Quién es, Valeria? —preguntó la voz de Miguel que se acercaba.
—Es… es… —Le daba apuro decir quién era ya que no habían sido presentadas.
—Soy yo —resonó la voz fría de Virginia mientras miraba a su prometido a los ojos. El corazón le comenzó a latir con demasiada velocidad y sentía que le faltaba el aire cuando vio a Miguel ante ella, con el pecho al descubierto, descalzo y con solo una toalla blanca liada alrededor de su cintura—. Creo que he llegado en mal momento. Ninguno de los dos me esperabais —atinó a decir. Sentía que tenía un nudo en la garganta y le aprisionaban el corazón en un puño.
—¡Virginia! —llamó su atención Miguel cuando se dio cuenta de que estaba malinterpretando la situación.
Ella se dio media vuelta y comenzó a correr escaleras abajo.
Él, sin saber qué hacer, fue a entrar en la habitación para vestirse e ir tras ella, pero sopesó que la perdería del todo si la dejaba marchar así. Sin importarle su aspecto, ni ir descalzo, se encaminó detrás de ella.
Le gritaba su nombre y le pedía que se parase mientras iba tras ella, pero la escuchaba bajar los escalones a toda velocidad.
Virginia salió a la calle como alma que lleva el diablo. No podía correr como deseaba. Se paró una vez fuera, tomó aire tras haber bajado las escaleras a gran velocidad y, justo en ese momento, Miguel apareció tras ella. Sin importarle su aspecto. En aquellos momentos lo más importante era aclararle la idea que se había hecho al ver a Valeria en su casa.
—Deja que te lo explique —le rogó al tomarla del brazo. Intentó que volviese con él.
—Eres un hijo de puta —le gritó, se deshizo de su mano y le dio una sonora bofetada.
Luego, comenzó a andar con paso ligero. Quería correr, pero no podía.

Miguel se quedó tan impactado que no le dio tiempo a ir tras ella.
Una pareja que pasaba al lado de Virginia y vio la escena le preguntó:
—¿Está usted bien?
—No. Ese cabrón acaba de destrozarme la vida —gritó fuera de sí.
Dejó a Miguel plantado en la acera con los pies descalzos, el pecho desnudo y la toalla alrededor de su cintura. Todo el mundo lo miraba.
Virginia aligeró más el paso y se metió en el coche, aparcado allí mismo.
Impactado por lo sucedido, sin dar crédito a que lo suyo con Virginia se hubiese complicado de aquella forma de la nada, Miguel se dio media vuelta y subió a casa.
—Puedo ir a hablar con ella y explicarle todo —se ofreció Valeria apurada. Había visto lo sucedido en la acera desde el balcón de la casa.
—No te preocupes. Ella no dejó que se lo explicase. Fue verte y condenarme —manifestó con pesar, herido.
—Ve con ella y explícaselo —le aconsejó apurada.
Miguel lamentó haberse quedado dormido. Desde que llegó a Berna apenas dormía nada y hacerlo en su cama lo hizo perder la noción del tiempo.
Su primera intención fue irse directo a casa de Virginia cuando aterrizó, pero no le pareció bien dejar a Valeria sola la primera noche en casa.

91

Virginia llegó a casa de Eva llorosa y con ganas de morirse. En un primer momento pensó en ir con Elena, pero Martín y Miguel eran como hermanos y no deseaba que su cuñado le dijese a su gran amigo donde estaba. No quería ver a Miguel ni saber nada de él en mucho tiempo.
Eva la recibió asustada, Víctor se hizo cargo de los niños, se los llevó a comer fuera y ellas se quedaron solas. Con calma le contó todo a Eva, que la entendió en su reacción al encontrar a una mujer medio desnuda en casa de Miguel, pero también le aconsejó que le diese la oportunidad de explicarse.
—No quiero mentiras. Le he perdonado muchas cosas. Me ha refregado a mil mujeres por la cara sabiendo que estaba loca por él y, ¿ahora esto? No. Se acabó. Los hombres como él no cambian. Necesitan más de una mujer en su vida.
—Creo que estás muy alterada. Quizá si comes algo y descansas lo veas todo de otra forma.
—No —lloriqueó como una niña pequeña—. Mi mundo se acaba de hundir para siempre. Una vez más, Miguel ha jugado conmigo.
Eva la abrazó y consoló. Suspiró al mismo tiempo que pensaba en lo difícil que era que ella y Miguel alineasen sus vidas y fuesen felices para siempre. Estaban destinados a que algo siempre se interpusiese entre ambos.

Virginia pasó todo el fin de semana en casa de Eva. Desconectó el teléfono para que Miguel no continuase llamándola. Le había dejado mil mensajes que no escuchó y no quería ni verlo, por ello le prohibió a Víctor que le dijese nada a su amigo.
Para suerte de Virginia, Elena y su familia habían decidido pasar el fin de semana en Aracena con sus abuelos. Por lo que no se enteró de lo sucedido con Miguel.
El domingo por la tarde, Virginia se ofreció a quedarse con sus sobrinos en casa, Eva y su marido habían pasado el fin de semana a su lado y lo mínimo que podía hacer era ofrecerles una tarde en pareja mientras se quedaba en casa con los niños. El matrimonio aceptó y se marcharon al cine y a cenar.
Virginia organizó una tarde de películas con sus sobrinos, también estaba Daniela, la sobrina de Víctor a la que adoraba junto a los gemelos de Eva.
Tras ver la película jugaron a los indios. A Daniela le encantaba y contagió a sus primos de ello. Sacaron plumas, tiendas de campaña, flechas y pistolas. Incluso se pintaron las caras.
Los niños consiguieron que Virginia pasase una tarde diferente, llena de risas y diversión en la que se olvidó de todos sus problemas.
Mientras jugaban y correteaban por la casa, sonó el timbre, Virginia estaba dentro de una tienda de campaña en la gran terraza del ático de Eva y Víctor. Sebastián y Andrés, los gemelos, abrieron la puerta.
Cuando Virginia apareció en el salón con Daniela, jugaban hombres contra mujeres, se encontró con los ojos acusadores de Miguel sobre ella. No esperaba verlo, el corazón se le aceleró y no quiso montar una escena delante de los niños.
—¿Qué haces aquí? —le preguntó en tono acusatorio.
Miguel estaba igual de sorprendido que ella. Había decidido ir a visitar a Víctor aquel domingo por la tarde para proponerle que fuese el abogado de su madre en la nueva sede de Durán en

Madrid, ya que necesitaban a gente de confianza. Y de paso intentaría sonsacarle a Eva el paradero de Virginia. Él la hacía en Aracena, lo primero que hizo cuando ella desconectó el teléfono fue llamar a Martín, pero su buen amigo le juró que no estaba con ellos, aunque no lo creyó.
—Hola, tío Miguel. —Daniela salió corriendo hacia él.
Los niños lo querían mucho, se alegraron de verlo y lo invitaron a jugar a los indios. Lejos de marcharse por donde había venido, les sonrió, se deshizo de la chaqueta y se puso cómodo.
—¿A quién hay que matar? —preguntó sonriente mientras Andrés le entregaba una flecha.
—Sebastián señaló con el dedo a su tía.
—Sí, ganas de matarla tengo —comentó Miguel con una ceja alzada, sonriente. Estaba feliz de tenerla cerca.
—Pues anda que yo —le contestó Virginia.
—¡Esto es la guerra! —gritó Miguel y comenzó a correr por el salón lanzando flechas a Daniela y Virginia.
Ambas salieron corriendo y ellos las persiguieron. Salieron a la terraza entre gritos y alborotos. Virginia se sentó en el borde el *jacuzzi* y se limitó a ver a sus sobrinos. No estaba dispuesta a ponerse a jugar con Miguel como si nada hubiese pasado entre ellos.
—Si no corres o te escondes, voy a matarte —le indicó Miguel. Tenía a los niños detrás que le lanzaban flechas, pero él no se inmutaba. Estaba centrado en la mirada de Virginia.
—Ya me has matado. Estoy muerta —le manifestó con rencor.
Miguel se acercó a ella con paso seguro, sin dejar de taladrarla con la mirada, pero Virginia no se vino abajo. Lo desafiaba altiva y valiente, sin moverse un ápice.
De repente, los tres niños empujaron a Miguel, este se tambaleó cuando daba un paso para acercarse a Virginia, se cayó sobre ella, ambos perdieron el equilibrio y terminaron dentro del *jacuzzi*, en el agua.
Los niños comenzaron a reírse sin parar al ver a sus tíos empapados por completo. Daniela gritó:
—Hemos ganado. —Chocó las manos con sus primos y salieron corriendo para esconderse.
—¡Preparos cuando os vea! —gritó Miguel.
—¡Joder! —maldijo Virginia mientras intentaba salir del agua.
—Deja que te ayude. —Miguel salió antes del *jacuzzi* y le extendió una mano que ella no tomó —. No seas cría —le reprochó—. Solo trato de ayudarte.
—No quiero nada de ti.
—Tenemos que hablar. Me tienes desesperado buscándote por todos lados.
—Vete. Ni se te ocurra decirme nada aquí con los niños —le advirtió desafiante.
—¿Cómo me voy a ir así? —miró su ropa empapada y chorreando.
—Voy a darte algo de Víctor y te marchas.
—¿Por qué huyes de mí? —Se aproximó a ella y la tomó por los brazos.
—No me interesa nada de lo que tengas que decirme.
—No me has dado ni una sola oportunidad de excusarme —le reprochó.
—Ahórratelo, no te creería. Mis ojos vieron algo muy evidente.
—Quizá necesites que te revisen la vista —se burló de ella sonriente.
Virginia se deshizo de sus manos, entró en la casa y les ordenó a los niños que recogiesen todo.
—Se ha acabado el juego —les dijo seria y enfadada.
—Ellos no tienen la culpa de que yo esté aquí. No lo pagues con los niños —le susurró Miguel en el oído. Lo tenía detrás suya.
—Cuando regrese quiero todo recogido. Vamos a pedir hamburguesas —les prometió.

Los tres niños se pusieron a saltar y tocar las palmas.
—¿Puedo apuntarme? —preguntó Miguel sonriente.
—No —le dejó claro, rotunda—. Tú sígueme —le indicó con tono mandón.
—Hasta el fin del mundo, mi reina —resonó la voz de Miguel a su espalda mientras caminaba para el interior de la casa.
—La próxima vez que abras la boca te la cierro de un puñetazo —le advirtió entre dientes.
Miguel no puedo evitar una enorme carcajada.
—Estás muy guerrera. Me tengo que cobrar la bofetada que me diste en plena calle.
—¿Cómo te la piensas cobrar? —Lo enfrentó parándose de golpe. Se dio media vuelta y lo miró con ojos de tigresa.
—Así. —La tomó con fuerza por la cintura con ambos brazos, la alzó y la besó.
Ella lo golpeó con las manos en los hombros y movió los pies, que no le tocaban el suelo, para darle una patada, pero Miguel supo esquivarla muy bien.
—Suéltame —le ordenó entre besos. Se resistía a devolvérselos.
Él la dejó en el suelo y Virginia lo miró desafiante. Entró en el vestidor de la habitación de su hermana y salió con ropa para él y para ella. Desde que había llegado a casa de Eva usaba su ropa, no trajo nada suyo y no le apetecía ir por su casa.
Dejó a Miguel en la habitación cambiándose y ella se metió en el baño.
—No me voy a escandalizar por verte desnuda. Nada que no haya visto ya —le siseó desde su posición, ella no había cerrado la puerta del todo.
—Por si te pones cachondo al verme —le soltó de forma intencionada. Ya vestida, con unas mallas y una amplia sudadera.
Él no pudo reprimir una enorme carcajada. Le gustaba enfadada y hecha una fiera.
—Tú me pones siempre. —En dos zancadas fue hasta ella, la tomó en brazos de nuevo y la besó con ganas.
En esta ocasión, Virginia no se resistió.
De repente, fueron sorprendidos por Eva y Víctor. Él carraspeó con fuerza e hizo que la pareja se separase al instante.
Virginia quería que la tierra se la tragase cuando vio a Eva y su cuñado, allí parados mirándolos sonriente, a la espera de una explicación.
—Nos… caímos al *jacuzzi* mientras jugábamos con los niños, y os hemos cogido ropa prestada —logró decir Virginia, que miraba a Miguel y este parecía estar en su salsa, no sentía pudor alguno.
—Creo que hemos interrumpido algo importante, mi amor. Será mejor dejarlos solos —dijo Víctor tomando a su mujer de la mano para abandonar la estancia—. Por cierto, chicos, nuestra cama es espectacular, igual deberíais probarla —les indicó sonriente.
Por ello se ganó un codazo de su mujer, pero a Víctor no le importó, disfrutaba como un niño de la situación.
—Podemos probarla —comentó Miguel con total descaro, sonriente, encantado con aquel juego.
Cuando Virginia dio un paso para ir tras Eva y Víctor, Miguel no lo permitió.
—Tú no tienes límites. No conoces la vergüenza —le reprochó casi escupiendo las palabras. Estaba muy enfadada.
—Tenemos que hablar.
—Creo que serás lo suficientemente inteligente como para saber que este no es el momento —le ladró hecha una furia.
—No quiero que te escondas de nuevo, o de lo contrario haré guardia hasta que termines de

presentar el informativo y te secuestraré —le advirtió.
—Le pediré a seguridad que no te deje pasar o, en el caso de que lo consigas, te echen.
—Mi gran amigo Martín jamás permitiría eso. Él es el presidente —le recordó con una sonrisa triunfante.
Virginia lo fulminó con la mirada, dándose por vencida.
—Vete, por favor —le rogó—. No me apetece estar contigo en presencia de Eva y Víctor, de lo contrario me iré yo y quizás lo haga a casa de Zack —le soltó sin pensar, trataba de darle celos.
—Me marcharé, pero no has ganado esta batalla. Te quiero, Virginia Galván.
Pasó por su lado y le acarició la mejilla antes de abandonar la estancia.

***

El lunes Virginia volvió al trabajo con aspecto cansado y ojeras pronunciadas. No había dormido apenas desde que aquella mujer abrió la puerta de la casa de Miguel. Intentaba buscar excusas que no la llevasen a pensar mal, pero lo cierto era que no encontraba ninguna. Él no le aviso de que vendría con nadie de Berna, mucho menos que tuviese invitados en casa.
Aquel día las maquilladoras de la cadena tuvieron que hacer un gran trabajo con Virginia. Rocío, que tenía confianza con ella, le manifestó con claridad que tenía un aspecto horrible y hasta se preocupó mientras le aplicaba el corrector y el maquillaje.
Virginia presentó el informativo como cada día y en mitad de este hicieron una conexión en directo desde el hospital. Los niños enfermos de cáncer habían recibido una visita muy especial, algunos médicos se habían disfrazado de superhéroes y habían acudido a verlos.
Ella no sabía nada de aquello, la tomó por sorpresa, y se sorprendió aún más cuando vio que la iniciativa de aquella actividad procedía de la clínica de la que Miguel era el director. Sonrió al ver la conexión y las caritas de ilusión de los niños enfermos. Había hombres y mujeres con diferentes disfraces, pero le llamó la atención el personaje de Superman. Fijó los ojos en la pantalla que tenía delante, sin escuchar los comentarios del reportero presente en la clínica, y lo reconoció al instante. Era Miguel.
Finalmente, la reportera habló con Superman, y este se identificó como el director de la clínica e impulsor de aquella actividad. Habló de lo bien que les hacía a los niños enfermos sentirse queridos, crearles ilusiones y hacerles sentir que no están en un hospital de forma continua mientras recibían el tratamiento, que se sintiesen como en casa.
Virginia se emocionó con las palabras de Miguel, consideró que era un gesto muy noble por su parte brindarse a hacer aquello. Nunca lo hubiese imaginado vestido de Superman delante de las cámaras de televisión.
Cerró el informativo con una sonrisa triunfal y odiándolo un poquito menos por aquel gesto tan bonito con los niños enfermos.
Cuando se quitó el micro y cerró la pantalla del portátil, ya fuera de cámaras, se encontró con la mirada de Miguel. Lo tenía delante. Ahí mismo, vestido ya con su ropa, detrás de las cámaras del estudió donde se transmitía el telediario.
De inmediato, Virginia comprendió que el reportaje de su compañera no era en directo, se había grabado durante la mañana, algo en lo que no había reparado hasta el momento.
Los compañeros de Virginia comenzaron a desaparecer del estudio y mientras ella se demoraba más de lo acostumbrado en recoger sus pertenencias de la mesa desde donde presentaba Miguel la esperaba paciente, con los brazos cruzados a la altura del pecho, las piernas cruzadas y recostado sobre una columna. La miraba al detalle sin perderle ojo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó a modo de reproche una vez a solas, cuando se levantaba de la silla.
—He venido a secuestrarte —anunció seguro de sí mismo y sonriente a la misma vez.
—¿Y me vas a llevar volando a un lugar desconocido? —le preguntó con cierto deje de burla, haciendo alusión a su anterior conexión como Superman.
—¿Cómo lo has averiguado? —Le seguía el juego, dejando que se confiase.
—Ha sido una bonita iniciativa con los niños —reconoció—. Nunca te hubiese imaginado de Superman.
—Hay muchas cosas que ni imaginas de mí —le replicó. Virginia asintió mientras en su mente solo aparecían momentos desagradables vividos junto a él—. Cuando quieras que volemos juntos, solo tienes que decírmelo. Será todo un placer llevarte hasta las nubes en mis brazos.
Virginia lo miró desafiante, pasó por su lado, en actitud molesta, y se dirigió a la puerta. Él caminó detrás de ella, en silencio, con una enorme sonrisa, la cual la mujer de su vida no podía ver, preparándose para lo que había planeado con la ayuda de su gran amigo Martín y cómplice en la locura que estaba a punto de llevar a cabo.

92

Cuando Virginia puso un pie en el exterior del plató de grabación se encontró con una alfombra roja de apenas un metro, que la separaban de una impresionante limusina negra. Tenía la puerta abierta y dos hombres vestidos de negro la custodiaban.
—Por favor, entra —le habló Miguel detrás de ella, provocándole un sobresalto. No esperaba sentir su aliento en la piel de su nuca.
—Estás loco —le espetó desafiante, decidida a marcharse.
—No sabes cuánto, mi amor. —La tomó con fuerza por la cintura y la obligó a entrar en el coche, sin contemplaciones.
Ella comenzó a gritar, pero se encontró sin ayuda. El personal de seguridad que estaba cerca no hizo el menor caso de acudir en su rescate.
Miguel entró en la limusina detrás de Virginia y dio la orden de ponerse en marcha. Ella intentó abrir las puertas, bajar las ventanillas, pero todo estaba bloqueado.
—Te conozco bien —resonó la voz de Miguel, sentado a su lado, relajado—, no hay escapatoria —anunció sonriente, sintiéndose triunfador mientras se echaba una copa de champán bien frío.
—Olvidas quién es mi padre —le recordó a gritos, enfurecida.
—Te aseguro que no. Todo está perfectamente planeado. Tengo un gran amigo y un futuro suegro que me han dado su permiso para hacer esto —reveló. Virginia lo miró con ganas de asesinarlo—. No me has dado opción. Llevas días negándote a que hablemos y necesito darte una explicación y que me creas.
—¿Y secuestrarme es la solución, pedazo de animal? —le reprochó—. Cuando te pedí que fueses un hombre detallista no me refería a esto, por si lo interpretaste mal —le comentó con ironía.
Él soltó una sonora carcajada y bebió de la copa ante su atenta mirada.
—Relájate, tardaremos un poco en llegar. Disfruta del trayecto. —Recorrió el interior de la elegante limusina con la mirada—. Nuestro destino te gustará —anunció seguro de ello.
Virginia bufó, expulsó aire, recostó la cabeza sobre el asiento y cerró los ojos.
—Estás cometiendo un delito y te denunciaré cuando sea libre —le dijo con calma, intentado buscar una forma de vengarse por aquello.
—No tengo intención de que seas libre nunca más. Te deseo atada a mí el resto de mi vida. —Le hizo un gesto con la copa, la alzó, brindó solo en el aire y se bebió el resto del champán que le quedaba.
Virginia movió la cabeza en señal de negación y se dio por vencida. Cuando comprobó su móvil, estaba apagado y, como por arte de magia, no se encendía. Lo miró acusándolo y esperó a ver cuál era el destino escogido por su secuestrador.
Pasó más de media hora de trayecto en la que ambos estuvieron en completo silencio y Virginia evitó mirarlo.
—Para que esto sea un secuestro en toda regla debo vendarte los ojos, y, solo si me prometes que no me atacarás, te dejaré las manos en libertad —le manifestó Miguel con una amplia sonrisa mientras sacaba de un compartimento de la limusina un antifaz y un lazo negro.
—Te estás pasando —le advirtió entre dientes.
—Déjate llevar. Te aseguro que no te vas a arrepentir —le aseguró mirándola con tal intensidad

que el corazón le dio un vuelco.
—En todo el trayecto no te has dignado a darme ni una sola explicación sobre la mujer que me abrió la puerta de tu casa medio desnuda —le reprochó. Miguel la miró interrogativo, con una ceja alzada—. Sí, solo llevaba una camiseta grande sobre su cuerpo desnudo, y el pelo alborotado —especificó.
—Todo a su debido tiempo. No desesperes, mi amor.
—No me llames mi amor.
—Es que lo eres. Mi vida entera. El amor más puro que he sentido jamás —afirmó sonriente, tomándole una mano con fuerza y llevándosela hasta sus labios para depositar un cálido beso en ella.
Virginia se removió en el asiento, incómoda. Sus palabras le afectaban. Había deseado escucharlas por demasiados años y ahora que al fin las pronunciaba las ponía en duda.
—Tienes una forma un poco peculiar de demostrarlo —le echó en cara.
—Lo sé, pero estoy decidido a ponerle remedio. Ponte el antifaz. —Se lo extendió con amabilidad, dedicándole una amplia sonrisa—. Por favor —le rogó cuando vio que se mostraba reticente a ello.
—No tengo otra opción, ¿verdad? ¡Todos estáis aliados y nadie vendrá en mi ayuda! —se quejó resignada.
—Tú familia me quiere más que al americano.
—¡No se te ocurra nombrar a Zack! ¡No sé cómo no me enamoré de él como una loca, en vez de seguir colgada de ti como una estúpida!
A Miguel le gustó escuchar aquel reconocimiento. Le colocó el antifaz, ella permaneció quieta y en silencio mientras la limusina seguía el último tramo hasta el destino final.
Unos veinte minutos después de ir con los ojos vendados, Miguel anunció:
—Hemos llegado.
Salió primero del coche y la ayudó a bajar. En cuanto Virginia colocó el sofisticado, y caro, zapato de tacón que calzaba en el suelo se dio cuenta de que era tierra. Se tambaleó un poco, pero Miguel estuvo ágil a su lado para sujetarla con fuerza.
—¿Cuánto tiempo voy a tener que estar así? —preguntó armándose de paciencia.
—Solo unos pasos más. —La ayudó a caminar mientras ella intentaba imaginar dónde estaban —. Ya te puedes deshacer del antifaz —le susurró en el oído.
Virginia le hizo caso, se lo arrancó de un tirón, sin delicadeza alguna.
Cuando vio dónde se encontraban, todo el enfado desapareció. Con aquel maravilloso paisaje delante de ella solo podía sentir paz y relax. Estaban en medio de la sierra de Madrid, en un lugar en el que solo había naturaleza alrededor de ellos. Y la cabaña que tenía ante sus ojos era espectacular, toda de madera con un enorme porche y chimenea, la cual estaba lista porque salía humo de ella.
Las escaleras que accedían a la cabaña eran también de madera, nunca había visto nada igual, parecía sacado de un cuento.
—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Virginia, mientras apreció que el chófer de la limusina había dejado dos maletas cerca de ellos, arrancaba el coche y se marchaba.
—Vamos a pasar aquí unos días. A solas, aislados de toda la civilización —le especificó—. No hay televisión ni tampoco internet. Nada que nos distraiga. Tendremos tiempo de resolver con calma todas nuestras diferencias y malos entendidos.
Miguel cogió ambas maletas y esperó, unos pasos más adelantados que Virginia, que lo siguiese. Ella se quedó quieta, mirando a su alrededor.

—No hay forma alguna de escapar. Estamos bastante alejados de una carretera y no hay ninguna casa alrededor —le informó.
—¿Y si a alguno de los dos nos ocurre algo? Estamos aislados y sin podernos comunicar.
—Hay un todoterreno en el garaje de la parte de detrás de la casa, y podemos hacer llamadas de teléfono, suficiente. La casa está caliente, llena de comida y aquí tenemos ropa adecuada —le especificó alzando ambas maletas.
—¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí? —le preguntó en forma de ladrido.
—Te aseguro que no querrás marcharte —le dijo muy seguro de ello.
En un arranque, Virginia pasó delante de él, subió los escalones que daban a la cabaña y entró sin esperarlo.
El interior le resultó de lo más acogedor que hubiese visto nunca. La cabaña no era muy grande, el salón, la habitación y la cocina estaban todo en un mismo espacio sin puertas que los dividiesen. Las paredes eran de madera y la calidez del fuego reflejado sobre ellas era maravilloso. Olía a chimenea, a campo, naturaleza. Se consideraba una mujer de ciudad, de fiestas, bullicio, pero aquello le resultó el ambiente más tentador que jamás hubiese tenido delante. No era muy lujoso, pero tenía tal toque que lo hacía especial.
—¿Te gusta? —preguntó Miguel a su espalda mientras la miraba observar el interior de la cabaña al detalle.
—Si no estuvieses aquí sería perfecto —le espetó altiva. Se hacía la dura.
—No seas mentirosa. Mi presencia aquí es lo mejor de todo. Tú y yo. —Se acercó a ella, la tomó por la cintura y se inclinó para besarla.
Virginia se deshizo de sus brazos y lo dejó con las ganas.
—¿Me acabas de hacer la cobra? —preguntó sonriente, mientras admiraba cada movimiento de la mujer que amaba.
Ella se había sentado con las piernas cruzadas en el enorme sofá marrón chocolate que se encontraba delante de la chimenea.
—¿Qué se siente? —preguntó intrigada, girándose y apoyando ambos brazos sobre el respaldo del sofá mientras que lo miraba con atención, seria.
—Decepción, frustración.
—Eso mismo sentí yo durante años, y el otro día cuando aquella mujer me abrió la puerta de tu casa —apostilló con rencor.
—Creo que ha llegado la hora de aclarar eso. —Se encaminó hacia ella y tomó asiento a su lado. Virginia no le dijo nada, se quedó a la espera con pose de reina—. Valeria es la hija del mayordomo y la cocinera de la casa de mis padres. Los conozco de toda la vida. El matrimonio siempre pensó que se quedaría sin hijos cuando ya maduritos llegó su única hija. He jugado con ella y la he cuidado como a una hermana. Te puedo asegurar que Valeria nunca me ha visto con otros ojos que no sean los de un hermano mayor. Fue dama de honor en mi anterior boda, e iba feliz. Ahora ha crecido y está a punto de terminar la carrera de diseño. Mi madre necesitaba a alguien de confianza a su lado tras la muerte de mi padre, y le aconsejé que formase a Valeria y le enseñase todo lo que ella sabe si deseaba que Durán continuase vivo cuando yo lo herede.
—¿Por qué no me dijiste que viajabas con una mujer y que pasaría la noche en tu casa?
—Porque en un principio iba a viajar mi madre con nosotros. Ellas tenían un hotel reservado, pero mi madre finalmente se quedó en Berna. Hay un comprador de la casa y se ha quedado para cerrar la operación. Cuando aterrizamos el vuelo venía con retraso, caía una leve llovizna y veníamos cansados. Yo tenía intenciones de ir a tu casa directamente, pero preferí dormir un poco y presentarme ante ti con energías para que no me calificases como un viejo. —Le guiñó un

ojo, sonriente por aquel comentario—. Como habíamos quedado en vivir juntos en cuanto yo regresase, le ofrecí a Valeria mi casa. Creí que le resultaría menos fría que la habitación de un hotel. Además, ya te he dicho que para mí es de mi familia. Me sentía en la obligación de llevarla a casa.
—¿Y por qué no me dijiste todo esto antes de montarte en el avión? —le recriminó.
—Porque no soy un hombre de dar explicaciones ni de pensar en las consecuencias de mis actos, siempre me ha dado igual lo que piensen de mí. Nunca imaginé que el hecho de quedarse Valeria en mi casa desencadenase todo esto contigo. —Virginia se quedó en silencio, asimilando y meditando todo lo que le acababa de exponer—. ¿Alguna pregunta más? Te juro que no quiero que queden secretos entre nosotros. Te amo, Virginia. Eres la única mujer en mi vida y en mi corazón desde hace mucho tiempo —confesó.
La mirada transparente y limpia con la que Miguel le relató todo lo hizo creerlo, al mismo tiempo que se sentía una tonta por todo lo que había huido de él y el tiempo que habían perdido.
Con movimientos estudiados, Virginia se levantó y se dirigió hacia una silla de las que estaban alrededor de una mesa redonda. La arrastró y la llevó hasta el centro de la estancia bajo la atenta mirada de Miguel, que no alcanzaba a imaginar qué se proponía.
—Esto es un secuestro, ¿verdad? —preguntó sentándose con la mirada clavada en la suya—. Pues átame y haz que lo recuerde el resto de mi vida. —Finalmente le dirigió una sonrisa cargada de doble intención que hizo que Miguel diese un brinco y se colocase a su lado.
—Será una auténtica tortura —le susurró en el oído mientras le llevaba las manos a la espalda para amarrárselas. Luego recogió el antifaz de encima de la mesa y se lo colocó de nuevo. Ella no se quejó—. Prepárate para gritar como nunca —le advirtió con aire de victoria—. Te llevaré al mismísimo cielo, mi vida.
Se acercó a su boca y la besó desde una posición más elevada a la que ella se encontraba. Un beso hambriento y exquisito que ambos se negaban a terminar.
Luego la desnudó con prisa, sin miramiento por la ropa. Salieron algunos botones volando de su elegante vestido y le rasgó la ropa interior a conciencia. La dejó desnuda ante sus ojos, expuesta y exquisita.
Virginia continuaba con los ojos tapados y las manos atadas en la espalda, nunca había hecho algo como aquello, pero sentir la respiración alterada de Miguel en el ambiente de silencio que los rodeaba le excitó como nunca antes.
Él se tomaba su tiempo. Se arrodilló ante ella y, como si fuese de cristal, la acarició con delicadeza. Virginia se estremeció al mismo tiempo que se retorcía en la silla. Necesitaba más.
Con una enorme sonrisa que ella no podía apreciar, Miguel se cernió sobre sus pechos y los besó arrancándole gemidos de placer. Luego, continuó con torturadores besos por su vientre mientras sus dedos le pellizcaban con fuerza los pezones.
Virginia se retorcía bajo su boca y todo lo que provocaba en ella. De repente, la tomó con fuerza por las nalgas y le colocó el trasero al filo de la silla. Ella emitió un grito y luego se quedó expectante, a la espera de la siguiente maniobra.
Con auténtica devoción, Miguel la miraba ante él, era toda suya.
—Estás maravillosa, una visión como no he tenido otra —murmuró mientras le besaba la cara interna de sus muslos en una clara dirección.
El cuerpo de Virginia ardía, no poder tocarlo ni tener margen de movimiento le hacían experimentar sensaciones hasta ahora desconocidas.
Él llegó hasta su centro del placer, la besó, la exploró con sus dedos y logró que perdiese la capacidad de razonar.

Sin duda, consiguió que sintiese la tortura más maravillosa de toda su experiencia sexual.

93

—Cómo he deseado esto durante años —manifestó Virginia, desnuda sobre la gruesa alfombra del salón de la cabaña mientras soportaba el exquisito peso de Miguel desnudo y enterrado en ella.
—¿Estoy perdonado? —preguntó sobre su cuello, sin incorporarse.
—Unos días aislados en esta cabaña, haciendo maldades como la que acabamos de hacer ayudaran bastante —le hizo saber con una amplia sonrisa, satisfecha como nunca, mientras le paseaba las manos por la espalda.
—Ya veo que disfrutas de tu secuestro.
—No ha empezado nada mal —reconoció acariciándole el pelo.
Miguel se incorporó un poco, sin salir de su interior, y la miró a los ojos.
—Te amo. Esto es solo el principio. Prepárate para ser feliz.
—No más separaciones ni malos entendidos —le rogó—. Estoy cansada de que siempre suceda algo a nuestro alrededor que nos impida disfrutar de esto.
—Debemos tenernos plena confianza. —Virginia alzó una ceja en forma interrogativa—. Lo sé, lo sé —replicó Miguel ante su cara—. Me pongo como un loco cuando me hablas de tu amistad con el americano, pero te prometo que intentaré controlar mis celos.
—Ambos tenemos un pasado. Debemos hacer borrón y cuenta nueva. Si comenzamos a reprocharnos cosas nunca seremos felices. Tú cuentas con la absoluta certeza de que eres el hombre que siempre he amado, sin embargo, yo sé que antes de mí hubo alguien a quien amaste y por la que sufriste demasiado.
—Lo que siento por ti nunca lo he sentido antes. He de confesar que ahí radicaba mi miedo a comenzar algo contigo. Eras mucho más joven que yo, me daba miedo que algún día me considerases mayor y me dejases más destrozado que Paola —le reveló.
Tras escuchar aquellas sinceras palabras Virginia se emocionó, lo abrazó más fuerte y lo besó.
—Eres el amor de mi vida.
—Y tú el mío.

***

Aquella mañana Valeria había quedado con dos inmobiliarias para visitar varios pisos. Encontrar algo como lo que requería Lidia sería complicado, pero pondría todo el empeño. En un principio pensó en buscar también algo para ella, no tan sofisticado, grande ni en una zona tan cara, pero Miguel la convenció de que se quedase con su apartamento. Le gustaba, se sentía cómoda y estaba en una zona inmejorable.
Tras una mañana ajetreada, en la que vio dos pisos y no le gustó ninguno, al pasar por una lujosa calle de las que había visitado aquella mañana le llamó la atención cuando un hombre colgaba un letrero de SE VENDE en el balcón de un piso. Tomó nota del teléfono y llamó de inmediato.
Valeria hablaba el español a la perfección. Sus padres habían nacido en España y trabajado para el matrimonio Durán desde que se casaron.
Llamó al teléfono de la casa en venta y se lo cogieron al primer tono, sonrió y pensó que empezaba bien después de la nefasta mañana que llevaba. Le atendió un chico muy amable, que

le indicó que era el actual dueño del inmueble, le informó de las dimensiones de la misma, y cuando Valeria le dijo que se encontraba justo enfrente del piso le ofreció subir a visitarlo. Ella aceptó de inmediato, tenía la corazonada de que iba a ser la casa que Lidia le había encargado comprar.

—Hola, encantado. Mi nombre es Zack y soy el propietario de la casa. Pasa, por favor —le ofreció con un gesto de la mano.

Valeria advirtió que el hombre se sostenía con muletas debido a una pierna escayolada.

—Hola. Mi nombre es Valeria Rodríguez. Estoy buscando una casa por la zona para mi jefa.

—Pasa, te enseño la casa. —Ella lo miró con preocupación—. Oh, no te preocupes, podré hacerlo —le indicó con una amplia sonrisa mientras movía un poco la pierna con escayola.

Le hizo un gesto en el que le indicó por dónde comenzar.

Tras un recorrido en el que Zack se limitó a enseñarle cada estancia, Valeria se dio cuenta de que era alguien sincero y en quién confiar. No le había insistido ni tratado de convencerla para que se quedase con la propiedad.

—Me gusta. Es muy amplia y creo que es lo que mi jefa busca. ¿Podría hacerle unas fotos para enviárselas?

Durante las visitas a todas las estancias Zack le comentó que acababa de poner la casa en venta por puro impulso, y por su cuenta, sin contar con una inmobiliaria. Él se encargaba de enseñarla y venderla y Víctor de los trámites legales, ya lo había hablado con él.

—Por supuesto. La he heredado, no es mía ni tengo recuerdos en ella, por eso he llegado a la conclusión de que quiero venderla y comprar una donde comenzar a crear mi vida.

—Es una casa espectacular —la admiró Valeria.

—Demasiado grande para mi gusto. Prefiero algo más acogedor.

Valeria le tomó fotografías a la casa entera.

—¿Puedes esperarme a mañana para que te de una contestación? —le pidió mientras le mandaba las fotos a Lidia.

—Por supuesto.

—Gracias —le dedicó una amplia sonrisa, muy agradecida.

—¿Te puedo invitar a tomar algo? Pero tiene que ser en el bar de abajo, aquí no tengo nada.

Valeria suspiró, no se esperaba aquella proposición. Desde que vio a Zack admitió que estaba muy bueno, sus ojos azules, su cuerpo atlético y aquella coleta rubia mal cogida y despeinada le daban un aire muy atractivo. Se sintió atraída por él.

—Mi madre siempre me dice que no salga con extraños —coqueteó con él—, pero acepto. Me has caído bien.

***

Virginia y Miguel se habían levantado tarde, pasaron una noche muy activa y se les pegaron las sábanas hasta la una del mediodía. Desayunaban entre sonrisas cómplices, enamorados y con los recuerdos de todo lo que habían hecho en aquella cabaña muy presente.

—Hay un lago aquí cerca, podemos dar un paseo —propuso Miguel.

—No me apetece moverme. Me duele todo el cuerpo, solo quiero tirarme en el sofá contigo y disfrutar de la calidez del fuego y esta paz que nos rodea.

—Me parece un plan perfecto. —Le sonrió, le tomó una mano entre las suyas y la besó.

—¿Nos podemos quedar aquí para siempre? —preguntó Virginia entre los brazos de Miguel, ya tumbados en el sofá.

—¿No echarías de menos a nadie?
—Bueno, solo un poquito. Mi madre se recupera muy bien y mis hermanas tienen sus vidas. De ti he disfrutado muy poco.
—¿Y el trabajo y las fiestas?
—No mucho. Tú te encargas de entretenerme muy bien —se acomodó mejor entre sus brazos y le acarició el pecho desnudo.
—¿Cómo está todo entre Zack y tú? —preguntó con recelo, pero necesitaba saberlo con certeza.
—Ya te lo dije. Tuvo un accidente y lo cuidé unos días en el hospital. ¿Quieres no empañar este momento? —le recriminó—. Siempre que hablamos de Zack terminamos peleándonos.
—No me gusta que tengas por amigo a tu ex.
—Pues te vas a tener que acostumbrar y confiar en mí. —Lo besó con paciencia y consiguió ablandarlo.
Virginia alzó la mano y la mostró desnuda delante de la vista de Miguel.
—¿No crees que falta algo aquí? —preguntó en tono juguetón.
—Ajá —respondió Miguel, sin darle más explicaciones.
—¿Lo has olvidado en Berna?
—No.
—¿Y no lo has traído?
—No —respondió seco, a la misma vez que intentaba mantenerse serio. Disfrutaba teniéndola en vilo.
—¿Por qué? —preguntó alarmada.
—Es usted muy curiosa, señorita Galván. Esto es un secuestro, no un lugar donde entregarle un anillo.
Virginia lo miró con decepción.
—¿Cuándo me lo darás? —preguntó impaciente.
—A su debido tiempo, te has quejado hasta la saciedad de que no tengo detalles. Prepárate que vienen en camino —le advirtió con una enorme sonrisa.
—Tengo que admitir que este secuestro me ha fascinado. Lo estoy disfrutando mucho.
—Y lo que le queda, futura señora Durán. —Era una promesa en toda regla.
Ella lo miró a los ojos embobada en ellos, ser su esposa era su gran sueño cumplido. Lo besó, lo abrazó y lo amó entre el crepitar de la leña mientras se quemaba en la chimenea.

Después de almorzar Virginia y Miguel dieron un paseo por las zonas verdes que los rodeaban, de la mano, como una pareja enamorada, caminaron y llegaron hasta un lago. Estaban a principios del mes de abril, pero el sol pegaba fuerte a las cuatro de la tarde. Lo que comenzó con mojarse solo los pies, se convirtió en un baño frío y desnudos, como niños. Entre gritos, juegos, besos y arrumacos.
Terminaron haciendo el amor en el agua y fue una experiencia completamente diferente, bajo los rayos del sol abrasador, al aire libre y rodeados de plena naturaleza. Ninguno de los dos deseaba volver a la realidad, aquello era demasiado perfecto.

Virginia y Miguel pasaron dos días más, juntos y aislados, en la cabaña. El tiempo se les pasó muy deprisa. No hablaron de un futuro en común ni trazaron planes, solo se dedicaron a amarse sin límites, como tanto lo habían soñado en todos aquellos años.
La última noche en la cabaña Miguel le consultó a Virginia mientras hacían la cena:
—Dentro de dos días es la inauguración de la sede de Durán en Madrid. ¿Me acompañarás como

mi prometida?
—Será todo un placer, pese a no tener mi anillo —le indicó mientras levantaba la mano.
Miguel fue hasta ella, la abrazó por detrás y le besó el cuello con mimo. Lo tenía loco, Virginia era mucho más de lo que jamás llegó a imaginar. En los días que llevaban en la cabaña estaba como un adolescente empalmando todo el día, y deseando hacerla suya a todas horas.
La alzó y la sentó en la encimera. Retiró del fuego la comida que removía y se centró en besarla y sacarle el jersey por la cabeza. La desnudó de cintura para arriba, ella lo imitó, con urgencia, llevó las manos hasta sus pantalones y los desabrochó, metió la mano dentro de ellos y comprobó que estaba duro como una roca. Le bajó los pantalones y los calzoncillos ayudándose con las piernas, sin dejar de besarlo. Se bajó de la encimera y lo llevó hasta una silla de la cocina. Lo sentó allí en todo su esplendor, lo admiró mientras se desnudaba por completo y se sentó encima de él introduciéndolo en su cuerpo muy lentamente. Admiró los grandes esfuerzos que hizo Miguel por aguantar aquella tortura a la que lo llevaba. Deseaba follarla duro y sin esperar un solo segundo más, pero Virginia, con toda la intención, decidió llevarlo al límite.
Le clavó las manos en las caderas, la unió hasta él como nunca. Desde aquella posición lo sentía muy dentro.
—Por favor —le rogó Miguel.
No pudo aguantar ni un solo minuto más, la bombeó con fuerza, hasta que se corrió como un loco. Virginia lo hizo al mismo tiempo que él, y justo en ese instante la silla que los sostenía se desplomó y cayeron al suelo.
No se hicieron daño, ambos comenzaron a reír sin poder parar debido a la situación. Incapaz de levantarse, aún uno dentro del otro y con los restos de la silla alrededor, se abrazaron y disfrutaron del momento.
—Pobre silla, creo que no aguantó la intensidad —dijo Virginia casi llorando de la risa. Ella podía ver mejor los restos de los palos esparcidos por el suelo, ya que se encontraba encima de Miguel.
—¿Crees que nos falta algún rincón de la cabaña donde no hayamos hecho el amor o follado como locos? —preguntó con orgullo.
—Creo que en la escalera de la entrada —dijo Virginia sonriente, al recordar que lo habían hecho hasta en el sofá balancín del porche.
—Pues habrá que ponerle remedio.
La miró con una promesa en sus ojos mientras Virginia escondía la cara en su cuello.
—Estás loco —le susurró.
—Solo por ti.

94

Cuando Virginia regresó a Madrid se encontró con muchas novedades. Su madre estaba muy bien, todo iba genial.
Elena le contó que en un tiempo récord había organizado un desfile de vestidos de noche junto con joyas de la firma Durán, y este tendría lugar en la inauguración de la nueva sede de Durán en un par de días.
Por otro lado, se encontró con que toda su familia estaba feliz de que ella y Miguel estuviesen enamorados, felices y juntos.
Aquel día, cuando Rocío maquillaba a Virginia para presentar los informativos le indicó que estaba radiante y que tenía una piel maravillosa.
—¿Has estado todos estos días en un *spa*? —se interesó. En la cadena Eva y Martín se encargaron de decir a todos que Virginia estaba de vacaciones.
—No, pero casi. El tratamiento que he recibido ha sido el mejor de mi vida.
—Oh, pues ya me contarás para copiarlo, nena. —Ambas mujeres tenían mucha complicidad.
—Se llama Miguel Durán y es mío. —Le guiñó un ojo, sonriente, le dirigió una sonrisa pícara y se marchó, con la elegancia que la caracterizaba, a presentar el informativo de aquel día.
En mitad del informativo, a Virginia le comunicaron por el pinganillo que tendrían una conexión no programada. Algo estaba pasando en la Clínica Barber, la reconoció de inmediato. Era la clínica donde trabajaba Miguel y sabía que él iba a pasar allí toda la mañana. Se preocupó, intentó que le explicasen por el pinganillo qué sucedía, pero le indicaron que no había tiempo. Iban a conectar de inmediato con una compañera que había llegado corriendo hasta las inmediaciones para cubrir el suceso.
Virginia puso atención a lo que comenzó a relatar la reportera a través de la pantalla de televisión:
—Hace media hora, delante de la entrada principal del edificio —detrás salía la clínica— se ha desplegado una enorme pancarta. Algo así no había ocurrido nunca. Todas las personas que acceden a la clínica, en especial las mujeres, y leen el mensaje les gustaría ser la persona a la que va dirigido. Yo misma —comentó la mujer—, me sentiría la persona más feliz del mundo si recibiese una proposición así.
Virginia esperaba expectante ver el dichoso cartel, no entendía muy bien lo que decía la reportera. Ella solo necesitaba saber que Miguel estaba bien.
De repente, la cámara dejó de enfocar a la compañera de Virginia a pie de calle y se centró en la enorme pancarta a la que se refería, no era una simple sábana pintada con letras, que era lo que esperaba encontrar, sino un enorme lienzo de grandes dimensiones, realizado por un artista en el que se podía leer:

¿Quieres casarte conmigo? Te amo, Virginia Galván. Necesito que el mundo entero se entere.
Miguel Durán.

Cuando Virginia leyó aquello se quedó de una pieza. El corazón comenzó a latirle con fuerza, le sudaban las manos y le temblaba la barbilla. Sus ojos se llenaron de lágrimas y una emoción que nunca había sentido antes se apoderó de ella.

Sin poder decir ni una sola palabra, se apartaba las lágrimas para continuar atenta a la retransmisión de su compañera.
Asombrada, observó cuando Miguel se acercó a la mujer con micro en mano.
—¿Usted es el responsable de esto? —le preguntó sonriente.
—El mismo —contestó Miguel con los ojos fijos en la cámara como si fuese Virginia.
—¿Y cree que ella le dirá que sí? —La reportera tenía un guion trazado, Miguel y Martín estaban en complicidad con ella para llevar aquella conexión a la pantalla.
—Creo que sí. ¿Usted sería tan amable de entregarle esto? —Le extendió una caja en forma de tubo, no muy grande.
—Por supuesto —accedió la reportera.
—Pues ahí va la respuesta.
La mujer no lo terminó de entender muy bien. Pero tomó en su mano el objeto que le entregó Miguel y despidió la comunicación.
Virginia suspiró, y cuando alzó la mirada, vio a Eva y Elena sonrientes delante de ella.
—¿Qué ha sido esto? —le preguntó a Eva directamente.
—La declaración de amor y la proposición más romántica que he visto nunca.
—¿Sois las responsables de ello?
—Cómplices. No le quitemos el mérito a Miguel, él tuvo la idea. Nosotros solo le ayudamos a ponerla en práctica —le explicó Elena.
—¿No estás contenta? —Eva fue hasta ella y la tomó de los brazos y la obligó a levantarse del asiento desde el que presentaba.
—Es que aún no reacciono. Me ha dejado sin habla. Nunca esperé algo así.
—Miguel deseaba que siempre recordases cómo te pidió matrimonio —le hizo saber Elena.
—No creo que lo olvide jamás —apuntilló Eva.
Ambas la abrazaron, pero Virginia estaba en una nube de la que le costaba bajar.
—¿Y Miguel? —les preguntó con más ganas de verlo que nunca.
—Ahora lo verás. Debes de seguir las instrucciones. Esto aún no ha terminado.
—¡¿Estamos en el aire?! —preguntó Virginia de pronto, no había sido consciente de que presentaba el informativo y que después de salir Miguel en pantalla no había tomado las riendas del mismo. Se quería morir.
—Tranquila, ha continuado Sara desde otro plató. Estaba todo preparado —le informó Eva.
Virginia se volvió para abrazar a sus hermanas.
En quince minutos llegó la reportera que traía la caja tubo que le entregó Miguel, pero él no apareció.
Cuando Virginia abrió la caja sacó una especie de pergamino. En él estaba dibujado el edificio de un hotel y el nombre de este estaba escrito. Ella lo identificó al instante, en ese lugar conoció a Miguel años atrás, en la fiesta de cumpleaños de su hermana Elena. También había dibujada una llave con un número en ella. Entendió el mensaje, era la habitación a la que debía acudir.
Sin pensarlo, recogió sus cosas y se dispuso a marcharse cuanto antes al lado de Miguel. Le debía la respuesta más importante de su vida.

Una vez en el hotel, nada más aparecer por la puerta, una persona se acercó a ella y le entregó un enorme ramo de rosas rojas. Era obvio que la esperaba. Era personal del hotel y la acompañó con amabilidad, y en silencio, hasta la habitación donde se encontraría con Miguel.
La puerta no estaba cerrada del todo, entró sin llamar, con el ramo de rosas en una mano y una sonrisa espectacular, mientras el corazón le latía como nunca.

En la enorme pantalla de televisión de la habitación, de unas sesenta pulgadas, apareció un bonito mensaje entre corazones y música romántica.

No me alcanzarán los días de mi vida para agradecerte que me hayas hecho volver a sentir. Sin ti he estado muerto durante estos años atrás.
Quiero amor, complicidad, confianza, pasión, ternura, hijos, tenerte todos los días de mi vida junto a mí y hacerte el amor hasta el final de mis días.

Miguel apareció como de la nada de detrás de unas cortinas blancas que comunicaban con la terraza de la habitación.
Sin darle la oportunidad de que se acercase más ni que dijese nada, Virginia dijo algo alto y claro:
—Sí, quiero. Quiero. —Se lanzó a sus brazos, Miguel la recibió—. Te amo. —Y lo besó con todo el amor que sentía por él, demostrándole que era y siempre sería suya—. Lo que has hecho hoy es lo más bonito que jamás hubiese esperado. Estás loco. Te quiero —le confesó entre besos, fundida contra su cuerpo.
—Ahora sí, es el momento —dijo Miguel arrodillándose ante ella y colocándole el anillo que compraron juntos en Nueva York.
Virginia lo admiró en su mano y se sintió feliz. Continuaba en una nube de la que no quería bajar.
Miguel le indicó que observase bien la habitación. Estaba llena de globos, flores y corazones. En la enorme cama blanca había uno dibujado con pétalos de rosa, al lado estaba una bolsa de la famosa tienda de lencería La Perla.
—Es todo como un sueño —le agradeció Virginia con el corazón a punto de explotar por la emoción.
—Ahí tienes un regalo —le indicó Miguel refiriéndose a la bolsa que estaba en la cama.
—¿Me has comprado lencería fina? —preguntó con una enorme sonrisa, halagada.
—He de confesar que nunca lo he hecho antes, pero me apetecía verte con algo que yo escogiese.
—Veamos qué has comprado. —Abrió la bolsa y sacó tres conjuntos muy atrevidos, pero elegantes a la misma vez.
—Ya veo que no te has conformado solo con uno —comentó sonriente mientras sostenía la ropa, aún en perchas, sobre su cuerpo para hacerse una idea de cómo le quedaría.
—Vamos a pasar en esta suite todo el día y te aseguro que nos sabrá a poco.
Virginia soltó las prendas encima de la cama y lo abrazó.
—Me encanta la idea y me maravilla todo lo que has preparado, pero lo que más me gusta es usted, señor Durán. Verlo así de detallista y enamorado me tiene loca.
—Ya te lo dije, prepárate para ser feliz.
—Estoy en tus manos, me dejo llevar.

95

La inauguración de la nueva sede y central de la joyería Durán era aquella noche. Toda la familia Quiroga al completo estaba invitada.
Virginia y Miguel llegaron juntos y sonrientes, de la mano, como una pareja enamorada. Los acompañaban Elena, Martín, Eva y Víctor.
La madre de Miguel junto con Valeria, que no se separaba de ella desde que había llegado a Madrid, saludaban a los abuelos de Elena y Eva. Sebastián y Begoña le ofrecieron a Lidia todo su apoyo y amistad ahora que iba a vivir en Madrid. Entre todos consiguieron que la mujer sintiese que tenía una gran familia.
Desde que Virginia y Valeria se conocieron en casa de Miguel no habían tenido ocasión de ser presentadas, Miguel aprovechó la ocasión para que ambas mujeres se conociesen mejor e incluso pudiesen ser amigas.
Virginia se llevó muy buena impresión de Valeria, y terminó por disculpase por haberla confundido con una mujer cualquiera en la vida de Miguel y no como casi a una hermana pequeña, como él la consideraba.
Aquella noche, con sus propios ojos Virginia pudo apreciar que entre Valeria y Miguel existía esa clase de cariño y complicidad que solo hay entre hermanos. Le agradó descubrirlo y algo en su interior se quedó en tranquilidad para siempre.

El desfile de joyas junto con los vestidos de noche de la diseñadora Elena Galván fueron un éxito. Había muchísimos invitados y todos estuvieron encantados con la fiesta ofrecida.
En mitad de esta, Miguel apreció entre los invitados a Paola, su ex. Lanzó un improperio por lo bajo, se disculpó con Virginia y el resto de personas que los acompañaban y se retiró con la excusa de ir al baño.
Cuando Virginia se quedó sin Miguel a su lado, apartó la vista hacia el otro extremo del enorme salón donde se encontraba y divisó a Zack. Hacía una semana que no sabía nada de él. Había estado tan ocupada reconciliándose con Miguel que se olvidó del resto del mundo.
Se dirigió hacia él y en su encuentro observó cómo Valeria se acercó a él y se saludaron con confianza. Le extrañó verlos juntos, hablar con complicidad al mismo tiempo que se preguntaba de qué podrían conocerse y qué hacía Zack allí si ella no lo había invitado.
—Hola —los saludó sonrientes cuando llegó a su lado.
—Virginia, ¿qué tal estás? —Zack fue hasta ella y le dio dos afectuosos besos.
Valeria los miró un poco asombrada, desconocía que se conociesen.
—Te presento a Valeria —le dijo de inmediato Zack.
—Oh, ya nos conocemos. Ella es casi de la familia de Miguel —le explicó Virginia.
Zack desconocía aquello. Tan solo sabía de ella que había venido a Madrid por trabajo y buscaba una casa para su jefa.
—El mundo es un pañuelo —comentó Zack asombrado.
—¿Qué haces aquí, Zack? —le preguntó Virginia.
—Yo lo invité —dijo Valeria—. Le pedí que se acercase por aquí a última hora. Lidia deseaba conocerlo.
—¿A Zack? —Virginia no entendía nada.

—Sí.
—Lidia es la madre de Miguel, no sé si lo sabes —le aclaró Virginia.
—Yo solo sé que es la jefa de Valeria y va a comprar mi casa. Valeria me invitó para que la conociese hoy aquí —le explicó algo confuso.
—¿Vas a vender la casa? —preguntó asombrada. Lo desconocía.
—Sí. He decidido comprar una en la que comenzar una vida y crear mis propios recuerdos. Además, si quiero que vengan a vivir conmigo mi madre y mi abuela no creo que deban hacerlo en esa casa que fue de mi padre.
Virginia lo comprendió y le dio el visto bueno a aquella venta.
—¿Y la madre de Miguel es la compradora?
—Sí, Valeria vio mi casa y se ajustaba a lo que le pedía su jefa. Hoy la conoceré, mañana ella personalmente verá la casa y si le termina de convencer en unos días haremos la venta.
—Me alegro por ambos —dijo Virginia.
—¿Y vosotros de qué os conocéis? —se interesó Valeria, que no pudo evitar la pregunta. Solo sabía de Zack que vivía en Nueva York y vino a España para recoger una herencia.
—Zack y yo nos conocemos desde Nueva York —atinó a decir Virginia.
—Fuimos pareja —anunció él con naturalidad.
Valeria los miró asombrada y muda al mismo tiempo.
De repente, apareció Lidia, saludó a su futura nuera, que ya días antes Miguel organizó una cena familiar para que se conociesen mejor, y Valeria le presentó a Zack. Virginia se disculpó y se marchó mientras pensaba que el mundo era muy pequeño.

Al otro lado del salón, Miguel hablaba a solas, en un rincón, con su ex.
—¿Qué haces aquí? —le reprochó.
—Tu madre me invitó. Creo que ya sabes que somos amigas.
—¿Y haces un viaje desde Berna solo para acudir a esta fiesta?
—No. También quería hablar contigo, verte.
—Entre tú y yo todo está claro. No tenemos nada de qué hablar.
—Miguel, yo… en todo este tiempo… Cuando te vi en el funeral de tu padre… Mis sentimientos se revolvieron —confesó acercándose a él y acariciándole el brazo—. He venido porque sé que en todo este tiempo no me has olvidado, tu madre me contaba lo mal que lo habías pasado y que nunca volviste a tener pareja. ¿Y si lo intentamos? Yo he descubierto que aún siento algo por ti. —Se lanzó a sus brazos y lo besó.
A Miguel lo tomó tan desprevenido que no supo cómo reaccionar. La apartó de inmediato de su lado y la miró sorprendido.
—¿Qué te pasa, Paola? —le reprochó con dureza zarandeándola por los brazos—. Lo nuestro está más que muerto y enterrado, además, ahora sé que nunca estuve enamorado de ti de verdad. Te aseguro que he conocido el amor de verdad junto a Virginia y no se asemeja ni por asomo a lo que sentí una vez por ti. Espero que hagas tu vida lejos y no vuelvas a acercarte a mí.
Se dio media vuelta y se marchó muy cabreado por aquella escena.
Iba en busca de Virginia para marcharse de allí, Paola le había arruinado la noche.
—Miguel, tengo algo que decirte. —Lo interceptó Valeria muy apurada.
—¿Qué ocurre? —La miró a los ojos y vio que algo había sucedido.
—Tienes que evitar que se produzca una tragedia. Vengo del baño y acabo de ver a Elena, la mujer de Martín, besándose apasionadamente con Víctor en la terraza. ¡Ay, Dios mío! Lo último que necesita esta exitosa inauguración es un escándalo.

Miguel la miraba sonriente, finalmente terminó por soltar una carcajada. Sin proponérselo Valeria había disipado su mal humor.
—Creo que no has reparado en que Elena y Eva son hermanas gemelas —le susurró en el oído a modo de confidencia mientras disfrutaba de ello—. Y Víctor, es el marido de Eva.
Valeria lo miró con ganas de que la tierra se la tragase. Ella solo conocía a Elena, su hermana no acudió al funeral del padre de Miguel, y aquella noche con tanto ajetreo no las había visto juntas ni nadie se las había presentado.
—Dios, cuánto lo siento. Qué vergüenza. —Se tapó los ojos.
—No te preocupes, no lo sabías. Si me disculpas, voy en busca de Virginia. Hace mucho que no la veo.

Cuando Miguel encontró a la mujer que amaba, estaba con sus hermanas y un grupo de más personas, se acercó a ella, le dio un delicado beso en el cuello mientras la tomaba por la cintura y le susurró en el oído:
—Quiero irme ya.
—¿Estás bien? —se preocupó.
—Sí. Es solo que quiero estar en exclusiva contigo, en la intimidad.
Ella le sonrió. Se despidieron del grupo de amigos y pusieron rumbo a casa.
Durante todo el trayecto, Miguel conducía, Virginia lo notó serio. Como si algo le preocupase. Desde que se montaron en el coche no había dicho nada.
—Estás muy callado —apreció cuando aparcaron en la plaza de garaje perteneciente al edificio.
—Trazo en mi mente todo lo que te haré esta noche —le adelantó con una sonrisa de diablo.
Virginia se la devolvió, lo besó y entre caricias y abrazos llegaron a casa.
Cuando Miguel la ayudaba a deshacerse del vestido de noche, le bajaba la cremallera, le dijo:
—Me gustaría contarte algo —anunció algo serio, sentado en la cama, sin chaqueta y con la camisa a medio abrochar.
Virginia lo miró interrogativa mientras se deshacía del vestido y los zapatos. Al ver la preocupación que leyó en sus ojos, acudió hasta él, se sentó en sus rodillas y le acarició la mejilla.
—¿Qué ocurre, mi amor? —preguntó centrada en el ceño fruncido que mantenía.
—Esta noche se presentó en la inauguración de Durán Paola. No sabía que estaba invitada. —Notó cómo Virginia se tensó entre sus brazos, pero lo dejó que continuase con el relato. No hacía falta que le aclarase que ella era su exmujer, lo sabía de sobra—. Me interceptó en un lugar apartado cuando yo salía del baño. Me dijo que tras verme en el funeral de mi padre se ha dado cuenta de que aún siente algo por mí y me besó. La verdad es que no me esperaba nada de eso. Todo me cogió por sorpresa —confesó.
El corazón de Virginia se aceleró, no esperaba aquello. No supo cómo tomarlo. Solo sintió miedo. Mucho.
—Dime algo —le rogó Miguel.
—No sé qué quieres que diga o haga. —Se sentía hasta incapaz de levantarse de encima de él. Las piernas le temblaban.
Durante años le había oído a Elena y Martín decir lo destrozado que quedó Miguel tras su divorcio, ya que amaba con locura a su mujer y nunca la olvidó. Todo eso volvió a su mente. ¿Y si Miguel se había dado cuenta de que Paola era el amor de su vida? Ahora ella era viuda, estaba libre y le pedía una oportunidad.
—Te lo estoy contando todo esto porque necesito que lo sepas, y por si llega a tus oídos, deseo

que sea por mí. —Virginia comprendió en esos instantes con la premura que la sacó de allí—. Quedamos que de ahora en adelante siempre nos lo contaríamos todo y eso estoy haciendo.
—Bien, ¿y ahora? —preguntó inquieta.
—Ahora ya lo sabes y nada me preocupa.
—¿Qué has sentido cuando te besó? —se atrevió a preguntar. Miguel la sintió temblar sobre su cuerpo.
Le dedicó una amplia sonrisa y se tomó su tiempo para responderle.
—He sentido lo que es el verdadero amor y cuanto mi cuerpo puede llegar a estremecerse de arriba abajo. Nada es comparable a tus besos. Tú me has enseñado a amar. He de confesarte que me alegro de que Paola me diese ese beso, ya que he comprendido que nunca la amé como a ti y no siento por ella absolutamente nada. Soy tuyo por completo, en cuerpo y alma —confesó.
Virginia suspiró, lo abrazó con fuerza al mismo tiempo que caía al vacío en unos brazos que la soportaban, y lo besó.
—Gracias por confiar en mí y contármelo.
Lo besó de nuevo y cuando Miguel comenzó a acariciarla de aquella forma tan íntima en la que sabía que iba a perder la razón lo paró.
—Creo que yo también debo contarte algo —anunció—. Zack estuvo esta noche en la inauguración de Durán. —Miguel la miró serio, lo desconocía—. Lo invitó Valeria.
—¡¿Cómo?! ¿Se conocen?
—Tu madre va a comprar la casa que heredó.
—No lo puedo creer.
—Ni yo.
—Vaya noche de locos —se quejó mientras se revolvía el pelo—. Valeria vino a mí alarmada porque vio a Eva y Víctor besándose y la confundió con Elena. Nadie le había dicho que eran gemelas —le comentó con una sonrisa.
Virginia acomodó el rostro sobre su cuello, sonrió mientras lo abrazaba y susurró:
—Valeria mira a Zack de una forma muy especial. Creo que entre ellos existe cierta complicidad, no me pasó desapercibido.
—Pues si el americano se enamora de ella, un problema menos, pero que no juegue con Valeria o se las verá conmigo.
Virginia le dio un tortazo en el brazo a modo de reprimenda, mientras sonreía. Se sentía una mujer feliz.
—Terminemos esta noche como se merece, amándonos y creando recuerdos para siempre. Te quiero, señor Durán. Gracias por tu sinceridad. Me has dado una gran lección de confianza.
—Yo te amo con locura, futura esposa.
La besó y le hizo el amor con verdadera adoración.

Epílogo Volver a sentir

Meses después.

La familia Quiroga al completo, junto con Miguel y Virginia, y sus padres, Rosa había superado con éxito el cáncer de mama, se trasladaron a Nueva York para pasar los últimos diez días del año allí. Víctor y Virginia eran los únicos que habían vivido la Navidad en la Gran Manzana y ambos estaban de acuerdo en que toda la familia debía conocer aquello. Por ello organizaron todo, cuadraron vacaciones y viajaron juntos. Se merecían una Navidad para recordar siempre. Sebastián y Begoña se hacían mayores y sus nietas deseaban darles todo lo que no tuvieron en el pasado. Disfrutar de ellas y sus bisnietos tan a menudo era un regalo del cielo.
Martín se encargó de alquilar un espectacular apartamento de diez habitaciones donde estuviesen todos juntos. Colocaron un gran árbol de Navidad en el inmenso salón de la casa y comenzaron a comprar regalos para ponerlos debajo. Estaban impacientes por vivir la llegada de Santa Claus junto a los niños.
En familia fueron a la pista de patinaje en Rockefeller Center, disfrutaron como niños y algún que otro resbalón hubo. Sebastián, Begoña, Carlos y Rosa disfrutaron de verlos a todos en la pista. Se encargaban de inmortalizar el momento.
Una noche, tras una fiesta de pijama familiar al calor de la chimenea, mientras comían unas ricas pizzas a domicilio, Elena le preguntó a Virginia:
—¿Tenéis fecha ya? Luego no quiero prisas en las últimas pruebas del vestido.
Virginia y Miguel deseaban casarse la próxima primavera. Él lo veía todo muy lejano, pero ella quería hacer las cosas con tiempo. Organizar una boda de ensueño y cuidar cada detalle. Deseaba festejar aquella unión por todo lo alto.
—Será en abril, pero nos falta concretar el día.
Miguel bufó, solo pensar que le quedaban cuatro meses para que fuese su esposa lo desesperaba. Virginia insistía en que vivían juntos y no había diferencia alguna a tener un documento firmado, pero él deseaba que fuese suya de todas las formas. Pero al mismo tiempo respetaba la gran ilusión que tenía de organizar la boda, y gran fiesta, que soñó al casarse con él.
—¿Y los primos cuando llegarán? —preguntó Martín centrado en sus tres hijos.
—Después de la boda —dijo Virginia de inmediato.
—Si por mí fuese ya seríamos padres —comentó Miguel. Deseaba con todas sus fuerzas tener un hijo—, pero ella quiere esperar. No se da cuenta de que me hago mayor. Seré padre con cuarenta años —se quejó sonriente.
—Mi amor, estás estupendo. Te encuentro más atractivo que cuando te conocí. Cada día me pones más —le susurró al oído.

La noche de Navidad cenaron todos juntos, acostaron a los niños temprano, al mismo tiempo que disfrutaban de la ilusión que tenían porque llegase la mañana siguiente.
Una vez en la cama, Miguel le dijo a Virginia:
—Prométeme que el próximo año yo pondré regalos debajo del árbol para un hijo nuestro.
—Prometido, señor Durán.
—Todos estos meses a tu lado, la convivencia, nuestro amor, dormir así cada noche, —la abrazó — han sido los mejores meses de mi vida. Gracias por enamorarte de mí y hacer que mi vida sea completamente feliz. Ahora entiendo a Martín y a Víctor cuando me decían que sus familias lo

eran todo, que no lo cambiarían por la vida que tenían antes de solteros.
—Me haces muy feliz, nunca imaginé que todo fuese tan perfecto.

La mañana siguiente fue una completa locura de gritos, risas y festejos debajo del árbol de Navidad mientras cada uno abría sus regalos. Los que más disfrutaron fueron los niños y Rosa, quien daba gracias por seguir viva y poder disfrutar de todo aquello junto a su gran familia.

La mañana del veintinueve de diciembre Miguel despertó a su mujer muy temprano y le comunicó que se marchaban a Las Vegas. Víctor y Martín hicieron lo mismo con sus esposas. Entre los tres habían organizado aquel viaje de dos días. Los niños se quedarían a cargo de los abuelos y bisabuelos.
Los seis, en un avión privado, se dirigían rumbo a Las Vegas. Virginia, Eva y Elena estaban muy ilusionadas, nunca habían estado antes.
Se alojaron en tres suites de lujo y el plan era acudir a los casinos, ir de fiestas, disfrutar y gastar mucho dinero.
Lo que Virginia ignoraba por completo era que estaba asistiendo a su despedida de soltera. Todos eran cómplices de Miguel que, como el hombre enamorado hasta la médula que era, se desvivía por Virginia y por sorprenderla cada vez que podía. A su lado había descubierto que la felicidad no la daba el dinero ni la posición social, sino disfrutar de la vida y las cosas de esta al lado de la persona que se amaba. Junto a ella consiguió verlo todo de una forma diferente, se sentía una mejor persona y lo más importante era el entusiasmo con el que vivía todo lo que organizaba para sorprender al amor de su vida.
Con la ayuda de Elena y Eva organizó su boda en Las Vegas. Deseaba una unión que recordasen toda la vida y estaba seguro de que aquella lo sería. Virginia y él siempre habían sido dos personas a las que les encantaban las fiestas, salir, beber y pasarlo de escándalo. Deseaba recordar el día de su boda así con ella. A lo loco, sin la rigidez de un protocolo marcado o de un fotógrafo que indicase cada paso que diesen.
Le daría la boda con la que ella soñaba, pero también la sorprendería con una boda como la que nunca imaginó y la que jamás iba a olvidar.
Ansiaba ver la cara de su futura mujer cuando apreciase que se iban a casar allí mismo.
Cuando Elena y Eva irrumpieron en la habitación de Virginia y Miguel con un vestido metido en una funda y lo echaron a él de la habitación sin contemplaciones, Virginia comenzó a atar cabos. En cuanto Elena le mostró el sencillo, pero elegante vestido blanco que traía, Virginia se llevó las manos a la boca en señal de sorpresa.
—¡No puede ser! —casi gritó de euforia.
Eva y Elena asintieron sonrientes.
—Prepárate porque hoy te casas.
—¿En Las Vegas? —preguntó sorprendida.
—Tu historia con Miguel ha sido una completa locura, ¿no crees que os merecéis una boda como esta? ¡A lo loco! —gritó Eva. Estaba feliz.
Sus hermanas comenzaron a vestirla, emocionadas, y luego la acompañaron hasta la puerta de la capilla donde se casarían. Ahí la esperaba Miguel, guapísimo de esmoquin negro, junto a Martín y Víctor.
—¿Preparada para la locura más grande de nuestras vidas? —anunció Miguel extendiéndole la mano mientras le mostraba una gran sonrisa llena de felicidad.
—Contigo todo, mi vida. Hasta el fin del mundo, mi amor. —Se acercó a él y lo besó.

—¿Pero eso no es después del sí quiero? —comentó Víctor en tono de broma, sonriente.
—¿Los anillos? —preguntó Miguel preocupado a Martín.
—Los tengo. —Los sacó del bolsillo del pantalón.
Elena y Eva le dieron a Virginia los últimos retoques y entraron en la capilla.
En una ceremonia breve se convirtieron en marido y mujer en Las Vegas. Virginia se dio cuenta de que no tenía a quién tirar el ramo, sus hermanas ya estaban casadas y en la sala no había nadie más.
—Una boda loca, pues que comience la locura —dijo Virginia después de besar a su marido tras colocarse los anillos. Le pidió a Miguel su teléfono e hizo una videollamada a Valeria en la que le lanzó el ramo de forma virtual.
La fiesta comenzó con muchísimas fotografías, creando los mejores recuerdos que se pueden tener en la vida: compartir la felicidad con los seres queridos. Luego apostaron a diferentes juegos, como la vida misma, y no ganaron en nada, porque ya los seis habían ganado muchísimo para el resto de sus días: encontrar a las personas adecuadas y amarse de forma incondicional. Finalmente, bebieron y brindaron por muchas cosas, pero cada cual pidió hacer uno en concreto.
Martín pidió un brindis especial:
—Por volver a nacer —propuso al mismo tiempo que miraba a su mujer. Nadie mejor que Elena conocía el significado de esas palabras.
Víctor se unió y pidió hacer otro.
—Por volver a creer. —Miró a su esposa y ella lo besó tras brindar.
Miguel se lanzó y pidió el último, con la mirada clavada en la que ya era su mujer. Diciéndole tantas cosas en silencio que solo Virginia podía interpretar por el maravilloso brillo que mostraban sus ojos.
—Por volver a sentir.

***

—¡Miguel! Estoy de parto —anunció Virginia a su marido con un grito, con los ojos muy abiertos cuando sintió que había roto aguas. De inmediato, el pánico se apoderó de ella.

Aún faltaban veinte días para que su hija llegase al mundo y, justo en ese instante, se encontraban pasando unos días en una casa en la sierra, alejados de todos.

—¡¿Cómo?! —preguntó Miguel mientras se le caía de las manos el vaso que sostenía.

—He roto aguas —gritó Virginia mirando el charco que tenía en sus pies.

—Vale, vale —balbuceó nervioso, paseándose ambas manos por la cabeza. Se acercó a su mujer y la miró intranquilo.

—¡Vamos, rápido, al coche! Hay que ir al hospital —lo apremió Virginia. Su marido estaba como en trance, sin saber cómo reaccionar.

—Un hospital, sí. El coche. —Tomó a su mujer de la mano para salir de la casa—. Las llaves —. Se volvió a recogerlas, se les olvidaban. Y ayudó a su mujer a bajar los escalones del porche de la propiedad hasta el coche.

Cuando Miguel arrancó el vehículo, este no hacía señal alguna. Lo intentó de nuevo y nada, ni un solo ruido.

—¡¿Qué pasa?! —preguntó Virginia perdiendo la paciencia.

—No lo sé, pero no arranca. Voy a ver.

Miguel se bajó y abrió el capó del coche, se quedó mirándolo sin saber de dónde podría venir el problema. Al cabo de un rato, Virginia acudió junto a su marido.

—¡Eres médico, no mecánico! —bramó cuando lo vio observando el motor sin saber qué hacer—. Llama a una ambulancia, a mi padre, a mis hermanas. A quien sea, pero que nos saquen de aquí. He roto aguas, estoy de parto —le recordó algo histérica.

—Vale, vale, no perdamos la paciencia. Vamos a llamar para que vengan por nosotros.

Cuando Miguel intentó hacer varias llamadas, comprobó que no tenía cobertura. Le pidió el móvil a su mujer y con el de ella tampoco. Se encontraban en plena sierra, pero los días anteriores habían realizado llamadas sin problemas. No entendía qué pasaba.

—¿Qué ocurre? —preguntó Virginia alterada al ver que su marido no establecía conexión con nadie.

—No hay cobertura. Ambos teléfonos no tienen línea, tampoco internet —anunció nervioso.

—Es broma, ¿verdad? —preguntó con una amarga carcajada. Su marido movió la cabeza lentamente. No le salían las palabras—. Pues ve al pueblo a pedir ayuda —casi le gritó, señalando el camino con la mano.

—No digas bobadas, el pueblo está a kilómetro y medio de aquí. No hoy a ir andando ni te vas a quedar sola aquí. Además, hay amenaza de lluvia, mira el cielo —le indicó.

La pasada noche había llovido bastante y hubo grandes rayos y truenos.

—¡¿Y qué hacemos?! —gritó Virginia, dominada por el pánico.

—Vamos dentro. Aquí no podemos hacer nada —determinó mientras pensaba qué hacer.

Por lo pronto, cogió del maletero del coche el maletín médico que siempre llevaba.

—Dame mi teléfono, voy a intentar ponerme en contacto con mi padre de alguna forma. Estoy segura de que él vendrá en nuestra ayuda.

Virginia, le envió a su padre un mensaje de texto, le dejó un whatsapp y le envió un email. Todo le ponía a la espera porque no había red, pero confiaba que en el momento que volviese le llegase todo a su padre.

Por su parte, Miguel también dejó varios mensajes.

De repente, comenzó a tronar y a llover con fuerza. El pánico se apoderó de Virginia cuando sintió la primera contracción.

—Vamos a la cama —anunció Miguel.

Ella lo miró reprendiéndole el comentario.

—No creo que sea el mejor momento —escupió entre dientes.

—Tengo que explorarte y ver cómo va todo.

—Ah —balbuceó Virginia con la boca abierta. Había olvidado por completo que su marido era médico y podía asistirla.

—Has dilatado varios centímetros —anunció Miguel—. Vas a tener que ser fuerte y traer a este bebé al mundo sin epidural.

—No importa, mientras todo vaya bien para ella… Miguel, tengo miedo. Y si…

—Todo va a ir bien. —No la dejó terminar la frase—. Necesitaba que estuviese tranquila y confiase en él.

Virginia lo miró asintiendo mientras aguantaba el dolor que llegaba de forma inesperada.

Miguel preparó todo lo necesario para asistir el parto de su mujer. Nunca llegó a imaginar que fuese así, pero no había otra opción. Tenía bastante experiencia en el campo de la medicina y rezó para que todo fuese bien.

—Miguel, mira el móvil —gritó Virginia entre contracción y contracción a su marido.

Seguían sin cobertura.

—Nada —le indicó él. Tiró los móviles lejos y se centró en lo realmente importante en esos momentos. Su mujer y la llegada de su hija al mundo.

Tras dos horas, Miguel anunció:

—Ya le veo la cabeza.

—Esto duele muchísimo —gritó Virginia.

—Tienes que ser fuerte y empujar cuando yo te diga. Vamos, dame la mano. Sé que tú puedes. Lo haremos junto —la animó.

Empujó cuando su marido le indicó y la cabeza del bebé salió poco a poco. Miguel recibió a su hija en brazos y agradeció que hubiese sido un parto tan fácil.

Cuando le puso al bebé en brazos de su mujer y cortó el cordón le temblaban las manos de emoción. Jamás había vivido una experiencia parecida, y se consideraba un hombre que había vivido mucho. Pero nada igualaba los sentimientos que habían nacido de golpe al coger a su hija por primera vez.

—¿Está bien? —preguntó Virginia con su hija en brazos, llorando como nunca antes.

Miguel asintió. Luego volvió a cogerla en sus brazos, la reconoció de nuevo y la envolvió en una manta. Se la entregó a su esposa mientras él terminó de asistirla.

—¿Cómo vamos a llamar a esta pequeña? —preguntó sentándose al lado de su mujer, admirando a su pequeña.

No tenían decidido un nombre en concreto, Virginia decía que para escoger el nombre de su hija antes tenía que verle la carita.

—Creo que debe llamarse Montaña —anunció sonriente—. ¿Qué te parece, papá?

Miguel no esperaba aquel nombre, pero fue escuchar por primera vez la palabra papá dirigida hacia él que se emocionó y asintió de inmediato.

—Ha nacido en medio de la montaña y es una niña con carácter. —La miró y ambos sonrieron al verla llorar a pleno pulmón—. Creo que es un buen nombre.

Virginia acercó a la niña al pecho y esta comenzó a comer de inmediato.

Pasadas un par de horas, un gran todoterreno aparcó en la puerta de la propiedad. Era el padre de Virginia.

Cuando Carlos entró y vio que su nieta ya había nacido, rompió a llorar.

—Yo sabía que nos encontrarías —le indicó, emocionada, Virginia a su padre.

***

—Creo que hoy es el día más feliz de mi vida —murmuró Miguel con su pequeña hija en brazos. La admiraba y mientras lo hacía, su mujer, desde la cama, se le hinchaba el pecho de orgullo al verlo en su reciente faceta de padre.

Se encontraban en la mejor habitación del hospital que dirigía su marido.

—¿Estás seguro? —le preguntó Virginia con una sonrisa.

—Asistir el parto de mi mujer ha sido la mejor experiencia de mi vida.

—No sé yo… estabas un poco nervioso y… desencajado —comentó con una sonrisa rememorando unas horas antes.

—Nunca conté con tener que atenderte en una cama, solos, en medio de la nada y sin apenas cobertura —enumeró ya más tranquilo—. Solo rezaba para que no hubiese complicaciones para ti o para nuestra hija.

—Afortunadamente todo salió bien.

—Te amo. Gracias por tanto —admiró a su hija, le dio un beso en la frente y se la entregó a su madre.

Miguel se sentó al lado de su mujer, la abrazó y la besó sintiéndose más feliz que nunca.

Al cabo de un par de horas, la habitación se llenó de gente. Los abuelos, las hermanas de Virginia y sus sobrinos. Todos estaban impacientes por conocer a la pequeña Montaña, una niña rubia y de ojos azules que era el centro de atención de todas las miradas.

EPÍLOGO EXTRA
SERIE VOLVER

Elena, Eva y Virginia comían juntas, como hacían todos los viernes, cuando el móvil de Elena sonó y era la directora del centro de sus hijas gemelas. Estas ya tenían doce años y, hasta el momento, no le habían dado grandes problemas. Eran unas niñas estudiosas, responsables y ambas hermanas se querían muchísimo.

A Elena le comunicaron que Carolina se había hecho pasar por Eva para realizar el examen que su hermana no hizo la semana anterior por estar enferma. Cuando la madre de las niñas colgó el teléfono tenía la cara descompuesta.

—¿Qué ocurre? —preguntaron Eva y Virginia a la vez.

—Mis hijas, se han intercambiado en un examen. ¿Os acordáis que Eva estuvo enferma la semana pasada con la garganta y se perdió varios días de clase, una excursión y un examen? —Sus hermanas asintieron—. Pues resulta que hoy tenía que realizar ese examen y en vez de ir Eva ha ido Carolina.

Virginia estalló en carcajadas.

—Cómo se nota que tú no tienes unos gemelos que te hacen estas cosas —le reprendió Eva. Sus hijos, Andrés y Sebastián, con solo seis años, ya le había hecho algo así varias veces.

—Mis sobrinas son muy listas. Para qué iba a estudiar Eva cuando ya Carolina se sabía la lección. —De nuevo Virginia estalló en risas—. Tenéis que admitirlo, de haber estado juntas a la edad de vuestros hijos habríais hecho estas cosas que hacen los gemelos. Os recuerdo que siendo unas adultas responsables lo habéis hecho —les recordó Virginia sonriente.

Elena y Eva se miraron y finalmente terminaron riendo junto con Virginia.

—Pero eso no se lo podemos decir a los niños —le indicó Eva.

—Tengo que ir al instituto. El jefe de estudios me espera —anunció Elena levantándose de la mesa.

—Ya nos cuentas cómo se lo toma Martín —le indicó Eva antes de marcharse su hermana.

Martín era un padre muy protector, llevaba un poco mal que sus hijas creciesen, fuesen al instituto y tuviesen amigos a los que empezaban a llamar novios.

Cuando Elena llegó a casa con sus hijas, después de haber hablado con el jefe de estudios y con ellas, y junto con su hijo de siete años, su marido ya estaba allí.

—¿Ocurre algo? —preguntó al verlos a todos juntos.

Los viernes Elena comía con sus hermanas, las gemelas se quedaban hasta media tarde con sus amigas y al pequeño lo recogían sus abuelos y pasaba la tarde con ellos y sus otros primos en casa de Carlos y Rosa, que eran muy felices con los siete nietos que tenían, los dos hijos de Eva los consideraban como tales. A veces, era una completa locura cuando estaban todos en casa, pero también gozaban una gran felicidad al disfrutar de todos ellos juntos.

—Contárselo a papá —animó Elena a sus hijas, mientras las empujaba un poco para que se adentrasen en el salón.

—Se han intercambiado en un examen y a las muy tontas las han cogido —relató el pequeño Martín a su padre.

—Chivato —gritaron a la vez Eva y Carolina.

Martín miró a sus hijas y luego a su mujer, situada detrás de ambas. Elena esperaba la reacción de su marido con una sonrisa que trataba de disimular.

—Eh… niñas… —comenzó a decir Martín mientras se paseaba por la estancia y se rascaba la cabeza—. No está bien lo que habéis hecho. Pero creo que eso ya os lo habrá dicho mamá. De nada servirá que os eche la bronca para que no lo hagáis más, cuando estoy seguro de que lo haréis más veces a lo largo de vuestra vida. Eso sí, hacerlo bien y que no os cojan.

—¡Martín! —lo reprendió de inmediato su mujer.

—¡¿Qué?! —se disculpó encogiéndose de hombros—. Niñas, algún día, que vuestra madre y vuestra tía os cuenten cómo se hace bien. A ella nunca las han cogido hasta el momento.

—¡Martín! —gritó de nuevo, fuera de sí—. ¡Eres increíble! —Su mujer lo fulminó con la mirada.

—¡Mamá! —exclamaron las gemelas a la vez, sonrientes, mientras la miraban sin creerlo.

—Lo sé, mi amor. —Le guiñó un ojo y le sonrió a su mujer—. Campeón, vámonos tú y yo a jugar al fútbol un rato.

Cogió a hijo de la mano y salieron al jardín.

—¿Nos puedes contar cómo lo hacías con la tía Eva? —preguntó Carolina con curiosidad.

Elena resopló, maldiciendo a su marido por aquello, y juró que Martín se las iba a pagar.

—Hay que hacerlo cuando se es mayor —le indicó algo nerviosa, para salir de la encerrona.

—Si no nos lo quieres contar la podemos llamar a ella.

—Ya os lo contaremos cuando seáis mayores.

—Todo cuando seamos mayores. Estoy deseando crecer —se quejó Eva.

—Disfrutad de estos años juntas. La tía y yo no pudimos hacerlo.

—¿No? —preguntaron ambas niñas a la vez.

—No. Creo que ha llegado la hora de que os cuente que la tía Eva y yo nos conocimos cuando teníamos veinticinco años y hasta ese momento desconocíamos la existencia de la otra.

Sus hijas la miraron con sorpresa. Lo ignoraban.

Elena les sonrió, las tomó de la mano y se sentó con ambas en el amplio sofá del salón. Sus gemelas eran unas niñas muy maduras y estaba segura de que estaban preparadas para conocer parte de la verdad y de la vida de su madre.

***

Tras marcharse Elena, Eva y Virginia se quedaron de compras por el centro comercial. Necesitaban ropa para sus hijos. Eva era madre de dos gemelos de seis años y su sobrina Daniela, de nueve años, vivían con ellos. Y Virginia tenía una niña de tres años y un bebé de nueve meses.

El teléfono de Eva le sonó y era Víctor. Su marido le proponía una cena solos para aquella noche. Daniela iba a pasar el fin de semana con la madre de Víctor y le pidió a su mujer que le dijese a Carlos y Rosa que se quedasen con los gemelos aquella noche. El matrimonio tenía una amplia casa acondicionada para todos sus nietos. Pese a los de Eva y Víctor no serlos de sangre, ellos nunca hicieron diferencias con respecto a los demás. Desde que Eva apareció en sus vidas las quisieron tanto como a Elena.

—Tengo cena romántica con mi marido y esta noche estamos solos. Dejo a los niños con tus padres —anunció Eva a Virginia.

—Oh, qué envidia me das. Miguel no regresa hasta mañana.

—Qué viaje más largo. Pensé que llegaba esta noche.

Miguel llevaba una semana fuera en un importante congreso en Berna.

—Han cambiado el vuelo —comentó algo triste. Añoraba mucho a su marido cuando lo tenía lejos.

Eva escogió un elegante vestido en tono marrón y un abrigo largo en blanco para cenar con su marido. Cuando la pareja entró en el restaurante todas las miradas se centraron en ambos.

—Cada día estás más guapa e impresionante, mi amor —le susurró Víctor en el oído cuando se dio cuenta de que todos los hombres miraban a su mujer. La elegancia de Eva era innata, aparte que su belleza cada día estaba más acentuada—. Ser madre te hace más sexi.

Ella lo miró de soslayo y le sonrió al mismo tiempo que bajaba la vista y miraba sus manos entrelazadas. Luego advirtió que la mayoría de las mujeres del lugar la observaban con envidia. Víctor era un hombre muy atractivo y se le notaba que estaba enamorado de la mujer que acompañaba.

—Tú eres el responsable de ello —respondió con una sonrisa inmejorable.

—No sabes cuanto me alegro.

Se sentaron en un reservado y pidieron vino, luego tomaron la carta entre sus manos y decidieron qué iban a pedir. Víctor tenía la mirada centrada en su mujer.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Eva—. ¿Por qué me miras de esa forma?

—¿Cómo te miro? —se hizo de rogar.

—Con ese brillo especial en tus ojos y esa sonrisa. Me recuerda a la de tus hijos cuando quieren pedirme chocolate.

Víctor soltó una carcajada. Eva lo conocía muy bien.

—El padre quiere algo más que chocolate —anunció.

—¿Qué quieres? —preguntó con curiosidad, mientras bebía de la copa de vino con coquetería.

—Hace tiempo que la idea me ronda la cabeza —murmuró.

—Y es… —lo animó a hablar.

—¿Y si te lo digo después de la cena? —propuso con un guiño del ojo.

—Si me lo dices ya puedo ir pensando en cómo hacer realidad tu petición. Cuando no lo has soltado de inmediato es porque es algo complicado.

—Eh… no creas. A mí me resulta muy fácil y placentero.

—Víctor… —Estaba consiguiendo ponerla de mal humor. No le gustaban los rodeos.

El camarero llegó y le pidieron la cena.

Luego, el resto de la velada, Víctor fue muy hábil y distrajo a su mujer con una conversación centrada en sus hijos.

De camino a casa, Eva le propuso a su marido ir a bailar a un local que conocía al dueño. Terminaron allí y coincidieron con algunas personas a las que conocían. Bebieron y bailaron casi hasta el amanecer.

De camino a casa, un chófer los llevaba, Eva le confesó a su marido:

—Hacía años que no lo pasaba tan bien.

—Aún no ha terminado la noche —le indicó Víctor con una mirada ardiente.

—Estoy segura de ello. —Eva lo besó y se perdió en la magia que la capturaba cada vez que besaba a su marido. Era como si el mundo se parase.

Cuando llegaron a casa, en cuanto cerraron la puerta, comenzaron a quitarse la ropa entre besos y caricias.

—No he olvidado que tienes que decirme algo —murmuró Eva mientras desnudaba por

completo a su marido y se recreaba en él—. ¿Qué es?

—Quiero que tengamos otro hijo —soltó de golpe, mientras le besaba el cuello y le acariciaba los pechos.

Tras escuchar sus palabras, Eva se retiró de inmediato de su contacto y lo miró con la respiración alterada.

—¿Cómo? Habíamos decidido que no tendríamos más. Con los gemelos y Daniela somos felices y estamos muy bien.

Víctor sonrió ante el desconcierto de su mujer. Sentado en la cama, la tomó por las nalgas desnudas con sus grandes manos y la atrajo hacia él.

—Quiero una hija con tus mismos ojos —anunció recorriéndole al abdomen a besos.

—Pueden ser dos. Dijimos que no nos arriesgaríamos más.

—Mira Elena, el segundo embarazo no fue doble.

—¿Por qué quieres tener otro hijo? —le preguntó tomándolo por el rostro con ambas manos, y mirándolo a los ojos.

—Porque quiero más de ti. Te amo.

—Lo pensaré —le indicó Eva no muy convencida.

—Insistiré —murmuró Víctor, apoderándose de los labios de su mujer y arrastrándola hacia la cama junto a él.

***

A la mañana siguiente, mientras hacían el desayuno, Martín le anunció a su mujer:

—He contratado seguridad privada.

Escuchar estas palabras casi hicieron que Elena se desmayase. Todo el pasado le vino a la mente de golpe.

—¡¿Qué ocurre?! —casi gritó con la mirada clavada en la puerta, con miedo a que apareciesen sus hijos que aún dormían.

—No te preocupes, mi amor. Solo para las gemelas —manifestó Martín con tranquilidad.

—¿Cómo? —Lo miró con las manos en la cintura y reprendiéndolo. Lo conocía demasiado bien y ya le había leído la mente.

—Ya sabes el mundo en el que vivimos. Nuestras hijas ya quieren salir solas con sus amigas, hablan de amigos y novios y yo estoy en un sin vivir. No te preocupes que ellas no se enteraran de nada. Las seguirán y me informarán de sus pasos. La seguridad solo intervendrá en caso necesario.

—No. No y no. Me niego. Por favor, Martín vivimos en una urbanización privada, con cámaras. No salen de aquí. Esto es seguro. Y cuando van al cine las dejamos en la puerta y luego las recogemos. Quiero que se críen como unas niñas normales, al igual que lo hice yo.

—Tú no vivías en Madrid. Aquí todo es diferente. ¿Te tengo que recordar todo lo que vi en las calles? —le reprochó enfadado.

—Ah, no. No vayas por ahí, Martín Quiroga. No vas a conseguir que esté de acuerdo con esta descabellada idea. Nuestras hijas tienen que vivir sus vidas. Tienes que confiar en ellas, para ello las hemos educado de la mejor de las maneras, y no me refiero a buenos colegios, me refiero a la educación que se da en casa. Lo que han vivido y les enseñamos día a día.

—Ya, pero puede venir alguien…

—También podemos tener un accidente al ir a trabajar y no volver más, y sin embargo vamos todos los días.

—Elena, ellas no tendrían por qué saberlo. La seguridad privada nos informará, serán discretos y estaremos tranquilos. —Su mujer movió la cabeza con un gesto de negación—. No tenía que haberte dicho nada —bufó Martín al no obtener la aprobación que esperaba.

—Si me llego a enterar por fuentes ajenas te aseguro que tú y yo hubiésemos tenido un problema. —Lo señaló al pecho con un dedo, muy enfadada.

—Te lo tomas todo a la tremenda —le reprochó.

—Eso lo haces tú —lo acusó con una mirada seria.

—Yo solo quiero lo mejor y más seguro para mis hijos.

—Y yo, pero te aseguro que no estoy de acuerdo con esto. Lo considero innecesario. La única travesura que han hecho es intercambiarse para un examen, algo que tú casi elogiaste. Y ahora me vienes con esto… —Alzó las manos al cielo, exasperada.

—Elena…

—Buenos días, quiero porras para desayunar —dijo el pequeño Martín, que apareció por la puerta de la cocina restregándose los ojos.

Martín y Elena no hablaron más del asunto, se miraron en silencio y determinaron que la conversación quedaba aplazada para otro momento.

***

Miguel llevaba tres días en casa y Virginia lo notaba raro. Sentía que le ocultaba algo. Le había preguntado en innumerables ocasiones si el congreso había ido bien, a lo que siempre contestaba; de maravilla, pero no entraba en detalles.

Como todos los viernes al mediodía, Elena, Eva y Virginia comían juntas.

—¿Qué tal la semana, chicas? —preguntó Eva. Elena y Virginia guardaron silencio mientras degustaban la exquisita pasta que tenían delante—. ¿Ocurre algo que no sepa? —inquirió preocupada.

—La mía complicada —murmuró Elena.

—Seguro que Virginia está muda del cansancio. Una semana sin Miguel… seguro que ha venido con ganas de recuperar el tiempo perdido —comentó en tono jocoso Eva. Virginia la miró seria. Luego reparó en su gemela y su cara no era mejor—. ¿Me vais a decir de una puñetera vez que os ocurre? Nos lo contamos siempre todo —les recordó exasperada.

—Martín me tiene de los nervios —explotó Elena—. Llevo varios días sin hablarme con él. Quiere contratar seguridad privada para que vigile a nuestras hijas cuando salen con sus amigas por la urbanización —lanzó nerviosa. Necesitaba echar fuera todo lo que no podía con su marido —. Su afán de protección supera al de mi padre, de verdad —se quejó.

—No sé qué va a hacer cuando Eva y Carolina tengan tres años más —comentó Virginia.

—Al paso que va las encierra —bromeó Eva.

—No pienso permitir esta locura, no hay necesidad. Y no lo entiende —manifestó Elena.

—Ahora comprendo el mal humor de mi cuñado en los últimos días. Le gruñe a todo el mundo en el trabajo —reveló Eva.

—Martín es como un niño, si no tiene a Elena a su lado y que lo guíe se pierde —dijo Virginia.

—Esta vez se lo he dejado claro. Nada de seguridad, pero sigue en su empeño. Hace un par de días que apenas le hablo y anoche me acosté en el sofá —reveló Elena.

—Joder, pasáis por una crisis —murmuró Eva.

—No son los únicos —murmuró también Virginia.

—¿Qué sucede? —preguntaron Eva y Elena a la vez con los ojos muy abiertos mirando a Virginia.

—Miguel ha llegado muy raro del congreso. Creo que esta semana que hemos estado separados han pasado cosas que no me cuenta. Comienzo a pensar que me haya puesto los cuernos con alguna mujer.

—¡¿Cómo vas a pensar eso?! Está loco por ti, y después de todo por lo que habéis pasado, si lo hace lo mato —apostilló Eva.

—Le suena demasiado el teléfono, y se retira fuera de mi alcance para hablar. Ah, y lo hace en inglés. No sé… pero hay algo raro.

—Pregúntale de frente —la incitó Elena.

—¿Qué hombre confiesa si no hay pruebas evidentes? —les reprochó Virginia—. Estoy pendiente a todos sus movimientos y llamadas.

—¿Y en la cama, es como antes? —se atrevió a preguntar Eva.

—Por supuesto nos hemos acostado desde que llegó, pero lo noto… como si algo le atormentase.

—Joder, vaya semanita —se quejó Elena—. ¿La tuya bien, Eva?

—Bueno… —titubeó.

—¿Qué? —preguntaron a la vez Virginia y Elena.

—Víctor se ha empeñado en que tengamos otro hijo —anunció sin demasiada ilusión.

—¡Madre mía! —exclamó Virginia tapándose los ojos.

Elena se llevó las manos a la cabeza.

—¿Qué les pasa a nuestros maridos? —preguntó Eva.

—¿Nos vamos de vacaciones solas y que les den a los tres? —propuso Virginia a modo de broma. Su situación con Miguel la tenía muy preocupada.

—¡Qué desastre! —lamentó Eva.

—Elena no se acuesta con Martín, yo lo hago con Miguel y lo noto rato y tú… Tu marido quiere un hijo, así que pondrá todas las ganas. No te quejes que tienes la mejor parte.

Finalmente, las tres estallaron en carcajadas.

Aquel domingo Begoña cumplía setenta y cinco años e hicieron una gran barbacoa en familia en casa de Elena y Martín para celebrarlo. Hacía un día maravilloso y Begoña estaba feliz de poder celebrar su cumpleaños rodeada de sus nietas y bisnietos.

Cuando llegó, se sorprendió muchísimo. Todo el jardín estaba decorado para la ocasión. Tener a la familia reunida y a su marido a su lado era cuanto podía pedir a la vida para ser feliz. No deseaba nada más.

Martín, Miguel y Víctor se encargaban de asar la carne. Los pequeños jugaban por el jardín y Carolina y Eva se hacían fotos al borde de la piscina. Estaban en esa fase en la que estaban descubriendo la coquetería de ser mujer y los cambios que experimentaban sus cuerpos.

Eva, Elena y Virginia se encontraban en la cocina de la casa, preparaban los platos para sacarlos al jardín.

—¿Qué tal va todo? —le preguntó Eva a Virginia.

—Igual. Miguel sigue raro. Y está menos apasionado. Soy yo la que lo busca —les confesó.

—¿Y tú, Elena? —se interesó Virginia—. ¿Sigues sin compartir cama con Martín?

—Apenas nos hablamos.

—¿Y tú, has decidido ya si quieres volver a ser madre? —le preguntó Elena a su gemela.

—Me cuesta volver a la vida de los biberones y los pañales. Pero Víctor lo desea tanto…

—Volveremos a ser tías —zanjó Virginia de golpe—. No le niegas nada a Víctor.

—Lo amo —argumentó.

—Yo también amo a Martín, pero a veces hay cosas imposibles que nos alejan —alegó Elena. Nunca se había llevado tantos días enfadada con su marido.

—Yo amo tanto a Miguel que como me haya puesto los cuernos y lo descubra me hundiré para siempre. No podría soportarlo.

—Como no me hablo con Martín no he podido preguntarle nada —le indicó Elena. Sus maridos eran íntimos desde pequeños. Estaba segura que fuese lo que fuese que le ocurría a Miguel, Martín lo sabría.

—Víctor no sabe nada —afirmó Eva.

—Es abogado, debe saber mentir muy bien —alegó Virginia algo cabreada. Estaba esperanzada en obtener información a través de sus hermanas.

—Te aseguro que conmigo no le valen sus mañas. Lo conozco bien.

Las tres salieron al exterior y se sentaron junto a los padres de Virginia, Carlos y Rosa, y junto a Begoña y Sebastián. Ambas parejas se llevaban muy bien.

Miguel, Martín y Víctor continuaban asando carne.

—¿Se lo has contado ya? —le preguntó Martín a Miguel, refiriéndose a Virginia.

—No sé cómo decírselo. Somos tan felices… ¡Joder! No debí haber ido a ese congreso. Todo surgió a raíz de ahí, por reencontrarme con viejos conocidos.

—Estoy seguro de que si se lo explicas lo entenderá —le aconsejó Víctor.

—Lo que más me preocupa son mis hijos. Separarme de ellos. Son tan pequeños…

—¡Niñas! —interrumpió de golpe Martín con la vista clavada en sus hijas, que se hacían fotos en poses muy sexi—. Como me entere que subís esas imágenes a alguna red social os tiro los teléfonos —gruñó.

—Lo tuyo no es normal, tío —le indicó Miguel a modo de queja, en defensa de sus sobrinas.

—Cuando Montaña crezca me lo cuentas —le rebatió Martín.

—¿Lo veis? —preguntó Elena al grupo con el que estaba—. Martín es imposible. Como no cambie sus hijas acabaran aborreciéndolo. Y cuando le digo algo me salta con que estoy de parte de las niñas.

—Siempre fue un hombre muy protector en todos los sentidos —lo defendió Sebastián—. Recuerda que aceptó casarse contigo sin conocerte, solo para salvar tu vida.

Las palabras de su abuelo hicieron pensar a Elena. Le dedicó una sonrisa en silencio y le agradeció la luz que le acababa de brindar. La situación de Martín con sus hijas no mejoraba y Sebastián le había recordado una carta oculta y la iba a mostrar.

Eva fue hasta su marido, que había presenciado las protestas de Martín y le dijo al oído:

—¿Estás seguro de tener otro hijo? Si es niña… No te quiero convertido en alguien como Martín.

—Daniela es como mi hija —alegó en su defensa.

—Aún tiene nueve años —le recordó Eva.

—Tienes mi palabra. —Se llevó la mano al corazón y la besó.

Elena se levantó y fue hasta sus hijas, tomó asiento con ellas junto a la piscina y se hizo algunas fotos con ambas.

—No la subáis a las redes sociales, ¿entendido? —les advirtió a las dos. Les habían comprado un móvil a cada una para que hablasen con sus amigas, pero siempre le dejaron claro que nada de mostrar la intimidad de la familia en redes, mucho menos tenerlas abiertas a otras personas. Era

algo que Elena controlaba, sabía que si lo dejaba en manos de su marido no sería tan paciente como ella.

—Papá es un pesado —se quejó Carolina.

—Nos hace mil preguntas sobre dónde vamos y con quiénes. Lo quiere saber todo —se quejó también Eva.

—Niñas, papá os quiere mucho por ello os protege tanto. Para que lo comprendáis esta noche os voy a contar cómo nos conocimos.

Dejó a sus hijas intrigadas y se marchó.

—¿Cómo va la carne? —Elena se acercó a su marido, Víctor y Miguel. Martín le echó una ligera mirada y continuó asando.

—En breve estará en la mesa —anunció Víctor.

Elena se marchó de nuevo junto a sus hermanas.

—Estáis buenos con vuestras mujeres —se quejó Víctor a sus amigos—. Elena y tú apenas os habláis —le indicó a Martín—, y tú —se dirigió a Miguel— le ocultas lo que pasó en Berna.

Los tres hombres estaban de espaldas, sacaban la última carne que asaban y no fueron conscientes de que Virginia se encontraba tras ellos. En silencio, ella se dio media vuelta y se marchó. Tuvo que contenerse y no armar una escena, pero recordó que estaban reunidos por la celebración del cumpleaños de Begoña y se merecía unos buenos recuerdos de aquel día. Si le montaba a su marido la bronca que pensaba echarle nada más que llegasen a casa, estaba segura de que aquella idílica reunión familiar se convertiría en un infierno.

El resto del cumpleaños Virginia aguantó el tipo como pudo, no le dijo nada ni a sus hermanas, se refugió en su pequeño bebé y se dedicó el resto del día a él, ya que no quería ni mirar a la cara a su marido.

Aquella noche, Elena no volvió a dormir con su marido. Para sorpresa de sus hijas, su madre les propuso pasar una noche de chicas fuera de casa. Las llevó al lugar que compartió con Martín de recién casados. Sus hijas ya lo conocían porque habían realizado varias celebraciones en ella.

Elena las llevó a la que fue su habitación con Martín, el matrimonio solía pasar algunas noches allí a solas, y animó a sus hijas a ponerse el pijama y dormir las tres juntas.

Una vez metidas en la gran cama, Eva dijo con remilgo:

—Las fiestas de pijama son divertidas y hasta el momento de aburro.

—Podemos ver una comedia —propuso Carolina.

—Nada de televisión —zanjó Elena—. Hemos venido aquí para estar solas y que papá no nos interrumpa, y me podáis hacer todas las preguntas que queráis.

—¿Cómo os enamorasteis papá y tú? —preguntó Carolina con interés.

—Vaya rollo —bufó Eva.

—Primero nos casamos, apenas nos conocíamos. Luego nos enamoramos como locos —anunció para captar la atención de sus hijas. Y lo consiguió. Eva y Carolina la miraron expectantes.

—¿Y no es al revés? —se atrevió a preguntar Carolina.

—Lo hizo para salvarme la vida.

Luego, Elena le contó cómo se conocieron y cuándo se casaron. Obvió la parte en la que Martín la confundió con Eva, cuando desconocían la existencia de una gemela, y se separaron. Eso se lo contaría más adelante.

Tras dos horas hablando con sus hijas y razonando algunos aspectos autoritarios de Martín les preguntó:

—¿Ahora podéis entender un poquito más a papá y por qué siempre se preocupa mucho más por vosotras que yo en todos los aspectos?

Carolina y Eva asintieron a la vez.

Pasados unos minutos, Carolina preguntó:

—¿Cuándo le podremos decir a papá que desde hace un año vamos a clases de kárate y defensa personal y somos muy buenas? —Esto era algo en lo que había insistido su abuelo, él pagaba las clases, pero Elena les pidió a los tres que lo llevasen en secreto. Quería que fuese una sorpresa para Martín cuando sus hijas estuviesen más avanzadas.

—Mañana cuando lleguéis a casa después del colegio podréis hablar con él.

—¿Y no podemos ir ahora? Quiero darle un beso y un abrazo a papá. Es mi héroe. Y quiero que me cuente si recibir un tiro duele mucho —dijo Eva.

—Sí, yo también quiero —manifestó Carolina.

—Pero niñas, es muy tarde. Son las once de la noche.

De repente, sonó el timbre, Elena fue a abrir y era su marido con el pequeño Martín en brazos, iba dormido.

—Estaba llorando por su madre y sus hermanas —dijo para tratar de justificar su presencia.

—Sí, ya veo. Pasad —comentó Elena poniendo los ojos en blanco. Conocía demasiado bien a su marido.

Martín dejó al pequeño en el sofá y miró a su mujer. Ambos se quedaron en silencio mirándose a los ojos, como hacía días no hacían. Cuando él fue a dar un paso hacia Elena, Eva y Carolina aparecieron.

—¡Papá, papá! —gritaron ambas. Corrieron hacia él y se abrazaron a su cintura con alegría y cariño.

—Ya te entendemos un poquito más, porqué eres tan gruñón y protector —anunció Carolina.

—¿Te dolió mucho el disparo? Mamá nos ha contado que estuviste a punto de morir por salvarnos a las tres.

Martín miró a su mujer desconcertado. Elena solo asintió, con ello le confirmaba que le había contado a sus hijas parte de su pasado.

—Papá, tenemos algo que decirte —dijeron las gemelas a la vez—. Vamos a clases de kárate desde hace tiempo y somos las mejores en defensa personal.

—¿Cómo? —preguntó sin dar crédito a lo que decían sus hijas.

—El abuelo Carlos nos regaló las clases de Kárate. Nos lo pasamos muy bien.

—¿Y yo por qué no lo sabía? —preguntó serio.

—Mamá dijo que sería una sorpresa cuando acudieses a nuestra primera exhibición.

Martín miró a su mujer con ternura, por esto y por todo lo anterior que habían relatado sus hijas.

—Creo que debéis terminar la fiesta de pijama en la cama con papá. Yo dormiré con el hermano —sugirió Elena.

Eva y Carolina estuvieron de acuerdo, tomaron a su padre de la mano y lo llevaron con ellas.

Elena se acurrucó con su hijo pequeño en el gran sofá, lo arropó y cerró los ojos.

En medio de la noche, sintió que la despertaban unos besos. Abrió un poco los ojos, desorientada, y vio a su marido a su lado. Arrodillado en el suelo mientras la abrazaba.

—Te amo, mi adorada esposa. ¿Cómo tienes el don de hacerlo todo tan sencillo y solucionar cualquier problema? —preguntó embobado en ella.

—Porque amo a mi familia, y jamás voy a permitir que esta felicidad que tenemos la ensombrezca nada —argumentó.

—Ven aquí, necesito recuperar todos los besos que no nos hemos dado en estos días. —La besó con pasión y la acarició—. Y también tenemos que recuperar otras cosas —comentó con una sonrisa y un brillo especial en la mirada.

—Eso será otro día. No hay más camas y nuestros hijos duermen.

—¿Quién te ha dicho que nos hace falta una cama? —Tomó a su mujer de la mano y tiró de ella.

Elena lo regañó con la mirada, pero él no cesó en el empeño. La llevó hasta el lugar donde pintaba sus cuadros y allí dieron rienda suelta a toda la pasión. Como si fuesen unos adolescentes que se esconden de sus padres.

Cuando sus acelerados corazones volvieron a latir con regularidad, Elena paseó la mano por el pecho desnudo de su marido y ambos estallaron en carcajadas.

—Será mejor que nos vistamos, por si se despierta alguno —dijo Elena.

Se dispusieron a ello, y entre miradas cómplices, ella le preguntó:

—¿Todo arreglado con tus hijas? —Martín asintió.

—¿Todo arreglado con mi mujer? —preguntó atrayéndola hacia su cuerpo y apoderándose de su boca.

—Creo que sí. ¿Tu loca idea de la seguridad privada para las gemelas ha desaparecido? —preguntó en tono mandón.

—Por el momento sí.

Elena lo miró resignada, pero esa respuesta le valía. Martín era un hombre difícil, siempre lo supo. Pero solo ella tenía el don de saber guiarlo por su camino sin que se desbocase.

***

Cuando los niños estuvieron dormidos, el pequeño Miguel tardó un poco más de lo normal en conciliar el sueño, quizá porque sentía a su madre nerviosa e irritada, Virginia se dirigió al salón de su casa, decidida a enfrentar a su marido.

—¿Ya se durmió Montaña? —preguntó Virginia a Miguel cuando lo vio sentado con un café humeante en la mano. Él asintió—. ¿Desde cuándo tomas café antes de dormir? —preguntó a modo de reproche.

—Me apetecía algo caliente.

—Me parece bien porque vamos a dormir poco esta noche. —Él le dirigió una mirada esperanzada con un brillo especial—. Oh, no. Los tiros no van por ahí —le dejó claro de inmediato—. Oh sí… —Lo observó con dudas.

—¿Qué te pasa? —le preguntó confuso.

—¿Qué me pasa a mí? —inquirió fulminándolo con la mirada—. ¿De verdad me lo preguntas? —gritó—. Lo sé todo —murmuró mientras lo enfrentaba y temblaba a la misma vez.

—¡Joder! Seguro que te lo dijo tu padre —bufó—. A veces creo que nos tiene puesto micros. Te lo iba a decir, pero no sabía cómo.

—¿No sabías cómo? —le reprochó con dureza.

—No es fácil. Sé que a raíz de esto todo va a cambiar.

—Tú tienes la culpa —lo acusó de forma directa.

—Me he repetido en contadas ocasiones de que no debí ir a ese congreso.

—Pero pasó. No quiero los detalles. Solo haz la maleta y vete.

—¿Así, tan fácil? —preguntó asombrado.

—No voy a llorar —manifestó con orgullo. Tratando de dominarse.

—Bueno… esperaba que me rogases un poco, que te costase más separarte de mí.

—No me conoces —ladró aparatándose de él.

—Ya veo… —dijo pensativo, sin dejar de mirarla.

—Me iré en un mes —anunció con tranquilidad.

—¿Un mes? —preguntó asombrada.

—La propuesta era para dentro de un mes. Si no te dije nada antes fue porque había tiempo y no sabía cómo decírtelo.

—Pero tienes el descaro…

—Mi amor, puedo renunciar. Es una gran oportunidad, pero tú y mis hijos sois lo primero. Quería hablarlo contigo.

—¿De qué estás hablando? —ladró Virginia, sin entender nada.

—Del puesto que me han ofrecido en uno de los mejores hospitales de Nueva York. Es una gran oportunidad laboral, pero no quiero separarme de mi familia. Por otro lado, me parece muy egoísta pedirte que vengas conmigo y dejes tu trabajo y tu familia. Me debato en ello desde que me hicieron la propuesta en el congreso de Berna.

—¡¿Qué?! —preguntó Virginia con la mandíbula casi desencajada.

—Sé que cambiaría nuestras vidas por completo, pero… —Tras escucharlo, Virginia necesitó sentarse y ordenar sus ideas—. ¿Te encuentras bien? —Miguel se arrodilló a su lado, preocupado.

—Sí, sí. Es solo que no esperaba esto.

—¿No? ¿No te lo dijo tu padre? —preguntó desconcertado.

—Eh… No exactamente. Yo escuché algo de lo que hablabas con Martín y Víctor, y añadido a tu actitud desde que regresaste del congreso me hice una idea equivocada.

Miguel la miró con el ceño fruncido, se tomó unos minutos para ordenarlo todo y finalmente estalló:

—¡Pensaste que te engañé con otra mujer! —lanzó con un grito.

De inmediato, Virginia le hizo una señal con el dedo para que bajase el volumen y no despertar a los niños.

—Bueno… estabas muy raro. Te pregunté muchas veces si te ocurría algo —trató de justificar.

—Y pensaste lo peor —le reprochó dolido.

—Perdóname, me cegaron los celos y las dudas —le rogó muerta de la vergüenza.

—¡Joder! Virginia. Jamás te he dado motivos. Para mí solo existes tú. Ya nos costó años estar juntos y felices como para tirar todo por tierra. Era por eso por lo que no me atrevía a decirte nada de la propuesta. Somos tan felices que me da miedo romperlo.

Virginia se abrazó a su marido. Él la recibió en su pecho y no dijeron nada en unos segundos.

—¿Es una importante oferta laboral? —murmuró sin mirarlo a los ojos.

—La mejor que podría recibir. La que todo médico espera en su carrera. Trabajar con los mejores y los mejores equipos.

—Bien, entonces no hay mucho más que hablar. Nueva York no espera de nuevo.

—¿Cómo? —Miguel la miró con el ceño fruncido—. ¿Has dicho nos espera?

—Mi lugar y el de nuestros hijos está a tu lado. Somos felices junto a ti.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Miguel al escuchar las palabras de su mujer.

—No quería alejarte de tu trabajo y de tu familia.

—Soy yo la que decido ir contigo.

—¿De verdad? —preguntó asombrado de que todo fuese tan fácil tras la confusión inicial.

—Veo que me conoces muy poco, esposo mío —le indicó con una amplia sonrisa. Miguel asintió—. Te amo, y te seguiría hasta el fin del mundo. No lo dudes nunca.

Miguel la besó y terminaron haciendo el amor en el sofá.

***

Treinta días después.

Aquella noche estaban todos reunidos en la fiesta de despedida para Virginia y Miguel. Se marchaban a vivir a Nueva York con sus hijos. En un principio se quedarían en el apartamento de Víctor hasta que encontrasen una casa familiar como la que tenían en Madrid.

Virginia habló con Martín y Eva y les propuso volver a ser corresponsal de la cadena en Nueva York. Ellos aceptaron pese a saber que los informativos diarios bajarían de audiencia hasta que encontrasen a alguien que transmitiese tan bien como Virginia.

—Os vamos a echar muchísimo de menos —dijo con pena Elena, abrazada a su hermana. Luego cogió a su pequeño sobrino de diez meses en brazos y lo achuchó con nostalgia. Despidiéndose de él.

—Ya convencí a Carlos de pasar unos meses en Nueva York —dijo Rosa. No estaba dispuesta a perderse el crecimiento de sus nietos.

—Aún no encontramos a nadie que te sustituya en los informativos —lamentó Eva.

—No vais a encontrar a nadie como mi mujer, ella es única —dijo Miguel tomándola por la cintura y abrazándola.

—No te regodees en ello. Va a bajar la audiencia y eso supone una crisis en los informativos —comentó serio Martín.

—Sobreviviréis.

Las gemelas se abrazaron a Virginia.

—Te echaremos de menos, tía. Pero papá y mamá nos prometieron que todos viajaríamos pronto a Nueva York para haceros una visita.

—Claro que sí. —Virginia abrazó a sus sobrinas, emocionada.

Cuando llegó la hora de despedirse de todos tras la cena, las lágrimas rodaron por las mejillas de la familia al completo, en especial al despedirse de los pequeños.

Miguel tenía un gran nudo en la garganta y en el estómago. Aquella noche pudo comprobar de primera mano todo lo que la familia los quería.

A la mañana siguiente, cuando Eva se levantó, le comentó a su marido que tenía una leve sospecha de que pudiese estar embarazada. De inmediato fueron a hacerse un test y dio positivo. Se abrazaron y se besaron felices.

—Me hiciste creer de nuevo en ser madre. Tienes el don de hacerme volver a creer.

—Te amo. Estoy ansioso por darle la noticia a los gemelos y a Daniela —dijo Víctor.

Juntos, despertaron a los niños y, pese a ser un poco pronto en el tiempo de embarazo, le dieron la feliz noticia. Terminaron todos abrazados en la cama.

Virginia y Miguel subieron al avión que los llevaría a su nueva vida. Miguel con Montaña en sus brazos y Virginia con el pequeño Miguel en los suyos, pensaban en los grandes cambios que

vendrían tanto para ellos como sus hijos, y, sobre todo, cómo les afectaría vivir tan lejos de la gran familia que eran. Miguel no tenía hermanos, pero desde que se casó con Virginia sentía que pertenecía a una gran familia, como la que siempre deseó tener. En esos momentos, por su cabeza pasaron millones de imágenes y momentos vividos con Martín, Víctor, Elena y Eva, y, por supuesto, sus sobrinos.

De repente, Miguel se levantó del asiento que ocupaban en un vuelo en el que viajaban en primera y dijo:

—Un momento. Nos bajamos. Virginia, nos vamos.

—¡¿Cómo?! —preguntó ella. Asombrada ante la actitud de su marido.

—No nos vamos a Nueva York. Nos quedamos. —Le dio un beso en los labios y tiró de su mano para que saliesen del avión. No había tiempo que perder. Estaban a punto de despegar.

Su mujer lo siguió sin saber muy bien qué estaba pasando.

Una vez fuera del avión, Virginia le dijo a su marido:

—¿Estás loco? ¿Qué ha sido eso? —Señaló al avión que se disponía a despegar.

—La mejor decisión de mi vida. Por poco cometo un gran error al marcharnos. —Ella lo miraba con su hijo en brazos, dormido, y el ceño fruncido—. A tu lado he apreciado el valor de una familia. Y con ello no me refiero a nosotros y nuestros hijos. Éramos muy felices y no voy a anteponer mi trabajo a que mis hijos se pierdan a los maravillosos tíos, abuelos y primos que tienen. No nos hace falta el dinero y mi mayor logro personal siempre será hacerte y hacerlos —Acarició a sus hijos— muy felices. Tú me diste la mayor prueba de amor al no dudar en abandonarlo todo por mí y mi trabajo.

—Y ahora tú me la has devuelto. Te amo, Miguel Durán. Eres un gran hombre.

—Me hiciste volver a sentir la llamada de la familia, de un verdadero hogar y de una calidad de vida. Si lo teníamos todo, no merecía la pena alejarnos. —La besó, se tomaron de la mano y abandonaron juntos el aeropuerto, sonrientes y seguros de que habían tomado la decisión acertada en sus vidas.

Aquella tarde era la primera exhibición de kárate que las gemelas hacían de forma pública en un pabellón deportivo, por supuesto, sus padres estaban en primera fila.

Martín sostenía en sus brazos a su hijo, que esperaba ver a sus hermanas en acción.

Tras la exhibición, el pequeño Martín, que no parpadeó mientras sus hermanas demostraban lo que habían aprendido en aquel año, le dijo a su padre:

—Yo también quiero saber dar patadas así o las hermanas me ganaran cuando nos peleemos. —Su padre le revolvió el pelo y le sonrió. Ya cuando llegasen a casa le explicaría que no se trataba de dar patadas así porque así.

Cuando las gemelas se cambiaron y se reunieron con sus padres, se abrazaron a ambos. Martín los invitó a todos a cenar pizza, a sus hijos les encantaba.

De camino al coche, sus hijos iban unos pasos por delante de la pareja, Martín abrazó a su mujer y le susurró:

—Siempre tienes el don de hacerme volver a nacer. Ya sean mis pensamientos e ideas cerradas, llegas tú y abres todos mis horizontes de nuevo. Te amo.

Se besaron mientras sus hijos los apremiaban para que llegasen cuanto antes al coche. Tenían ganas de comer pizza.

Al día siguiente, y en complicidad con Carlos y Rosa que organizaron una comida para la familia, Virginia y Miguel aparecieron por sorpresa con sus hijos y anunciaron a todos que

habían decidido quedarse. Los vítores, abrazos, besos y alegría fueron desbordantes. La felicidad estaba servida en aquella maravillosa familia que todos formaban y que permanecerían unidos siempre pasase lo que pasase. El vínculo que existía entre todos ellos era demasiado fuerte como para que se rompiese jamás.

Sebastián y Begoña admiraban a la bonita familia que tenían y de la cual disfrutaban a diario como un regalo de la vida. Solo deseaban que sus bisnietos, en un futuro, fuesen como sus padres. Una gran familia unida y personas que amasen de corazón.

***

10 años después.

—Mamá, ¿están listos nuestros vestidos? —preguntó Carolina a su madre. Aquella tarde era su graduación y la de su hermana y estaba muy nerviosa.

Eva estaba tranquila, era más organizada que Carolina y le gustaba tenerlo todo listo con tiempo.

—Están en el vestidor, cada uno en su funda. —Les indicó a sus hijas mientras las peinaban. Se encontraban en la peluquería poniéndose guapas para el evento de aquella tarde.

—¡Qué orgullosa estoy de mis sobrinas y de que haya llegado este gran día! —dijo Eva, que había acudido junto a su hermana Elena y sus sobrinas a la peluquería para acudir al evento y posterior fiesta que Elena y Martín habían organizado en casa.

—En nada estarás viviendo la graduación de Daniela —le indicó Elena a su hermana.

—Acaba de empezar la carrera.

—Los años pasan muy deprisa, hermana. Míranos a nosotras, parece que fue ayer cuando nos conocimos.

Ambas sonrieron y asintieron, agradecidas a la vida de todo lo que les había brindado desde que supieron la existencia de la otra.

Una vez en casa, entre Elena y Eva ayudaron a las gemelas a vestirse. Eva las quería como su fuesen sus hijas y vivió aquel momento como si fuese su madre. Se sentía muy orgullosa de ambas. Eran guapas, listas, responsables y trabajadoras. Habían estudiado la carrera de periodismo y les auguraba un gran futuro por delante.

Unas horas después, desde el gran auditorio donde se producía la graduación de todos los alumnos de aquel año, Elena y Martín admiraban a sus hijas con lágrimas en los ojos. No eran los únicos que asistieron al evento, Eva y Víctor, junto con Virginia y Miguel no se lo perdieron. Los primos irían a la posterior celebración, y solo los más mayores por expreso deseo de las gemelas, que deseaban una fiesta de adultos y de sus mejores amigos. Sus padres les dejaron organizar una gran fiesta en el jardín de su casa.

En parte también se trataba de una despedida, en unos meses Carolina se marcharía a Londres a realizar un máster durante un año. Eva no iba a acompañar a su hermana en esta aventura que realizaría con su novio. Ella decidió aprender de sus tías Eva y Virginia, consideraba que era el mejor aprendizaje que podía tener. Trabajar de becaria al lado de ambas durante un año.

En el jardín de su casa, Martín y Elena admiraban a sus hijos, rodeados de amigos, y se sentían orgullosos de ellos. El pequeño Martín ya tenía diecisiete años y era todo un conquistador de mujeres, aprovechó el evento para presentarle a sus padres a su nueva novia.

—Suegro, cada día estás más joven. —El novio de Carolina lo saludó a Martín con una palmada en el hombro.

Martín lo miró, le dedicó una sonrisa forzada y le recordó:

—¿Qué te dije el día que mi hija nos presentó?

—Que no te llamase suegro hasta después de la boda.

—Muy bien, pues que no se te olvide, muchacho. —Le devolvió la palmada en la espalda y fue a saludar a otros invitados.

Elena, que escuchó la breve conversación, se acercó a su marido de inmediato.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que seas más amable con él? —le reprendió su mujer.

—Por favor, Elena. Carolina cambia de novio como de chaqueta, ¿cuántos lleva ya?

—¿Es una queja?

—Es una realidad.

—Bien, porque te recuerdo que nuestro hijo también ha tenido ya bastantes novias.

—Menos mal que Eva es más tranquila en ese aspecto, al menos no me presenta a un novio diferente cada cierto tiempo.

—Eva es más reservada, y le gusta hacer las cosas oficiales cuando está segura de ellas. Mientras vive la vida.

—¿Qué quieres decir con eso de que vive la vida? —le preguntó serio a su mujer.

—¿Tú no vivías la vida cuando estabas soltero? Pues igual ella. —Elena conocía bien a sus hijas y sabía la clase de vida que llevaba cada una de ella. Lo que le importaba es que eran buenas personas y responsables en la vida, por ello nunca tuvo que darles un toque de atención.

Martín buscó con la mirada a su hija Eva por el jardín.

—No te lleves toda la noche pensando con quién estará liada, igual el chico no está aquí —le susurró su mujer al oído.

—Por favor, no hables así. Es nuestra hija.

Elena lo besó y le sonrió mientras le indicaba con la mirada que se relajase.

—Eva, ¿estás viendo a tus hijos? —le preguntó Víctor a su mujer mientras observaba desde lejos como Sebastián y Andrés bebían alcohol.

—Víctor, tienen dieciséis años y es la fiesta de sus primas. No se van a emborrachar, ya hablé con ellos y les permití que se tomasen un par de copas. Además, no harán nada que no hacen cuando no estamos.

—Hoy he visto a Andrés fumando —le reveló a su mujer, preocupado—. No puedo dejar de pensar que algún día, alguno de los dos, caigan en el mundo de las drogas como yo lo hice.

—Entonces, creo que ha llegado la hora de que tengas una charla con ambos y le cuentes todo.

—¿Tú crees? —preguntó con miedo.

—No los vas a decepcionar, todo lo contrario. Te admiraran por lo que conseguiste y cómo eres a día de hoy. Y, de paso, le contarás de primera mano cómo es de terrible caer en una adicción.

Víctor asintió, decidido a ello. Eva lo besó y lo miró con orgullo. Era un padre excepcional.

—Creo que incluiré a Daniela en esa charla que les daré a mis hijos —determinó Víctor.

—Me parece una idea estupenda.

—Y a nuestra pequeña ya le llegará su hora también. —Victoria tenía solo diez años.

—Estoy segura de ello.

—En nada estarán nuestros hijos graduándose —comentó Miguel a Virginia mientras la abrazaba.

Ellos habían acudido a la fiesta sin sus hijos. Montaña tenía trece años y el pequeño Miguel once.

—No corras tanto en el tiempo. A este paso comienzo a pensar en la jubilación en breve —se quejó Virginia—. Y aún me considero joven.

—¿Tengo que recordarte que estás casada con un hombre unos años mayor que tú?

—¿Tengo que recordarte en lo buena forma que estás? —le preguntó con coquetería y un guiño en el ojo.

—Esta noche te lo volveré a demostrar —le susurró en el oído.

Elena, Martín, Eva y Víctor se acercaron a ellos. Todos traían unas copas en sus manos y se mostraban sonrientes y felices.

—¿Un brindis por la graduación de las gemelas? —propuso Miguel.

Los seis alzaron sus copas y brindaron. Se giraron y vieron que Carolina y Eva lo pasaban en grande con sus amigos y sus primos.

—Un brindis por la gran familia que somos y los hijos que tenemos —propuso Martín.

Todos brindaron, felices.

—Somos muy afortunados de formar la gran familia que tenemos —dijo Elena con orgullo—. En todos estos años la vida nos ha enseñado a volver a nacer, a volver a creer y a volver a sentir, pero aquí seguimos, todos unidos, felices y en nuestras mejores versiones.

Elena besó a su marido. Eva besó a Víctor. Y Virginia besó a Miguel. Tres parejas enamoradas que se admiraban y se descubrían cada día, pese al paso del tiempo.

FIN

Pd: Queridos lectores, ahora no vale que me pidáis las historias de las gemelas, Carolina y Eva. ¡Que os conozco!

Por ahora, la serie Volver termina para siempre aquí. Me despido de todos estos personajes a los que les tengo un especial cariño, ya que a través de ellos me habéis hecho llegar el vuestro.

He de confesar que ha sido un verdadero placer escribir estas partes nuevas que forman la serie Volver. Releer y recordar a todos los personajes para daros más de ellos me han hecho pasar muy buenos momentos y he disfrutado cada escena nueva que he plasmado.

Gracias a todos los que os habéis enamorado de esta serie tanto como yo. Gracias a vosotros fue aumentando.

Os espero en otras nuevas historias, que deseo que os enamoren tanto como estas.

Besos y os prometo que volveré pronto con nuevas y sorprendentes novelas que os dejen pegados a ellas.

Elizabeth Bermúdez.

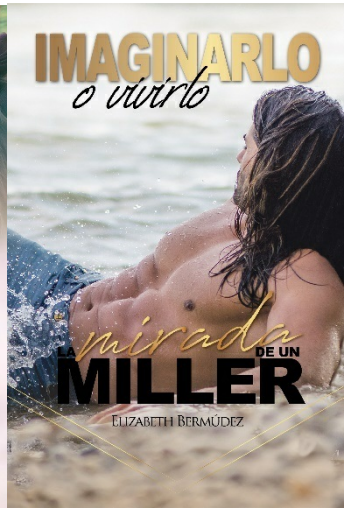
Os recuerdo que todos mis libros se encuentran en Amazon, en formatos ebook y papel.

Me encanta conocer la opinión de mis lectores. Puedes dejármela en la plataforma donde adquiriste la novela o también puedes contactarme y seguirme en mis redes sociales, de esta forma estarás al día de mis próximas publicaciones.

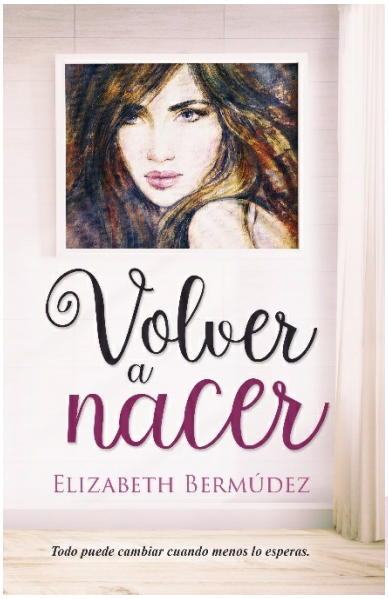
- **Instagram** @eli_berm
- **Facebook** Elizabeth Bermúdez

Otras novelas de la autora

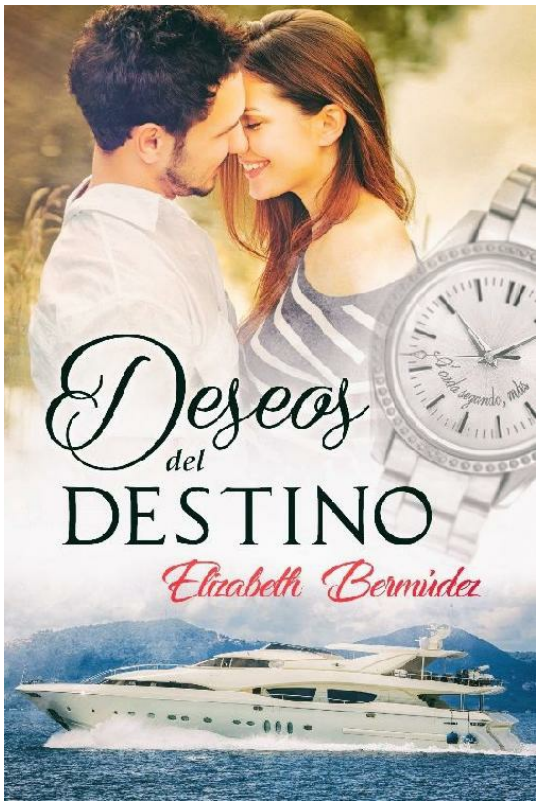
FAMILIA MILLER

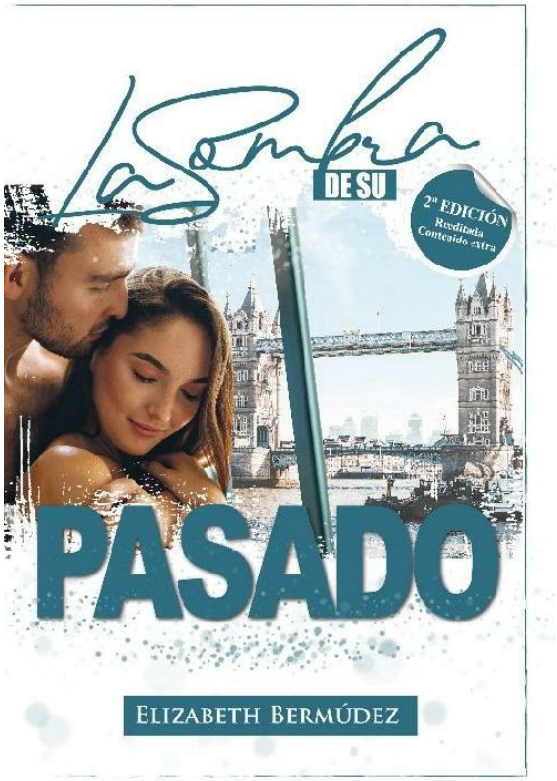


SERIE VOLVER

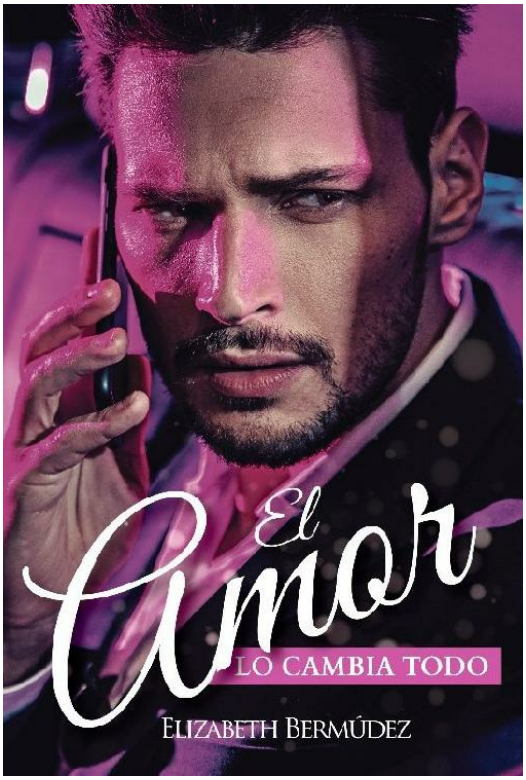


NOVELAS INDEPENDIENTES




La Sombra
DE SU
2ª EDICIÓN
Revitalada
Contenido extra
PASADO
ELIZABETH BERMÚDEZ

Y de repente,
el mundo
se paró
Elizabeth Bermúdez


El
Amor
LO CAMBIA TODO
ELIZABETH BERMÚDEZ